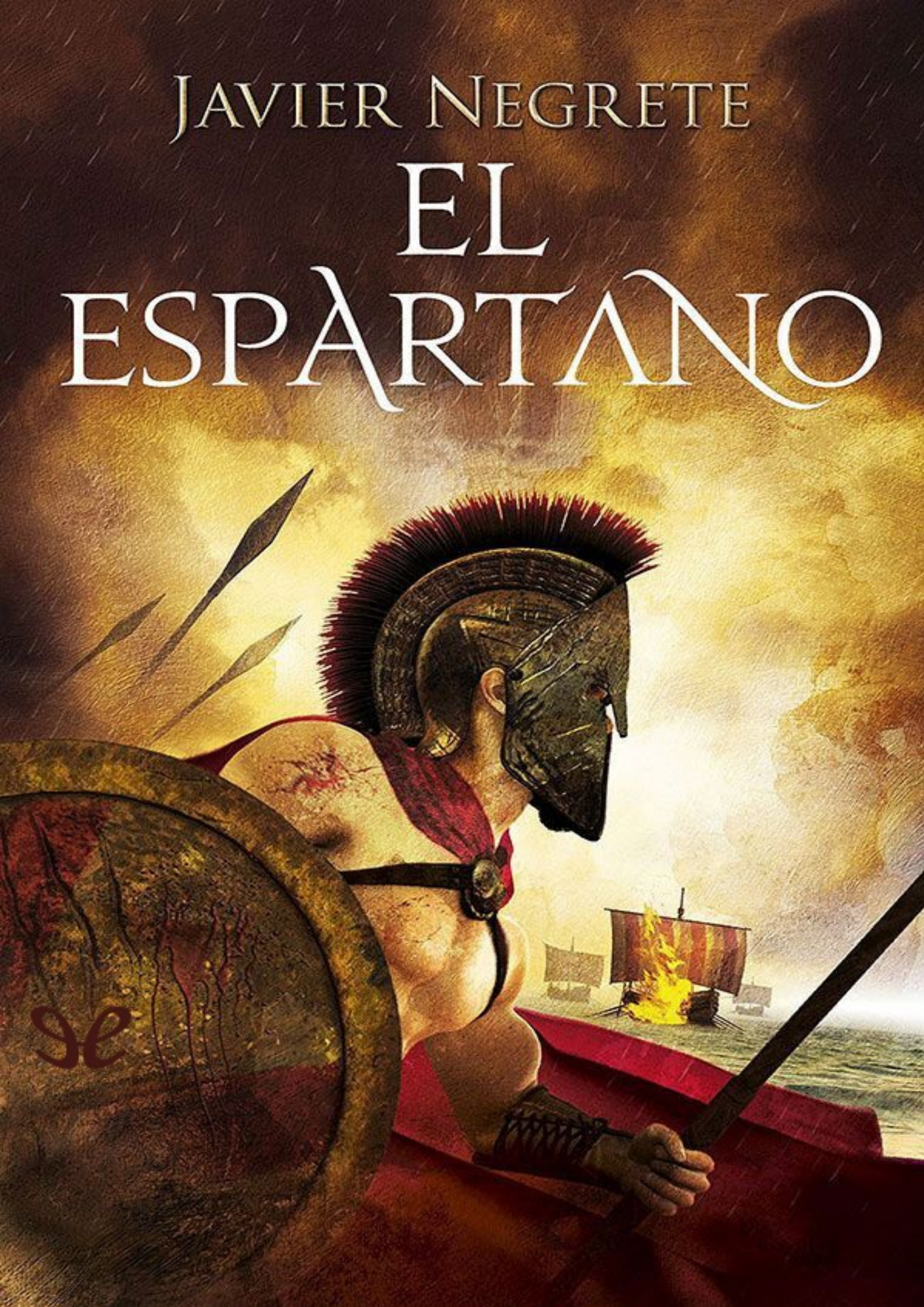
JAVIER NEGRETE

# EL ESPARTANO



**Año 480 a. C.** Antes de morir en las Termópilas, el rey Leónidas entrega una carta sellada al oficial Perseo y le ordena que regrese a Esparta y se la entregue a su esposa, Gorgo. ¿Por qué decide que el mejor guerrero de la ciudad abandone la batalla, cuando la ley espartana prohibía retirarse o rendirse?

Esta es la historia del hombre que nació y se crio como Perseo, hijo del rey Damarato. Víctima de conjuras palaciegas, perdió el derecho al trono y debió aprender a sobrevivir como un simple guerrero. Mientras se olvidaba de quién había sido y quién estaba destinado a ser, soportó mil pruebas que lo convirtieron en otra persona: Perseo, un espartano más… y a la vez un campeón entre campeones. Y mientras tanto tuvo que ver cómo Gorgo, la mujer que amaba, se casaba con un miembro de la familia que había hundido su vida.

Javier Negrete

# El espartano

**ePub r1.0**

**NoTanMalo** 13.11.17

Título original: *El espartano*

Javier Negrete, 2017

Diseño e imagen de cubierta: Opalworks

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

A Pablo Enrique Negrete y Matilde Medina, mis padres, que nos inculcaron a Jorge, a Jose y a mí, ya desde niños, el amor por los libros (entre tantas otras cosas).

Les debo todo lo que he escrito, mejor o peor, pero siempre con la pasión que heredé de ellos.

También les debo *El espartano* y se lo dedico a los dos, allá donde estén, reunidos después de tantos años.

# Prólogo

Las Termópilas, agosto de 480 a. C.

Cuando el guerrero del parche en el ojo dejó fuera de combate a los seis guardias reales que escoltaban a Leónidas, este comprendió por qué le resultaba familiar. Lo conocía desde niño. No era extranjero, sino espartano, aunque llevara diez años ausente de la patria.

Que Perseo, príncipe destronado de Esparta, apareciese el mismo día en que los trescientos guerreros escogidos por Leónidas llegaban a las Termópilas no podía ser sino una señal enviada por los dioses.

Buena o mala, eso era lo que Leónidas ignoraba.

El rey de Esparta había subido a las alturas del monte Calídromo acompañado por su amigo Diéneces y escoltado por aquellos seis guardias. Venían armados únicamente con lanzas y espadas con el fin de moverse más ligeros por los senderos del monte; el pesado escudo de roble resultaba imprescindible para luchar en la formación cerrada de la falange, pero no tanto en una posible escaramuza con tropas sueltas en terreno boscoso.

Desde allí, asomados sobre farallones de caliza que se alzaban a más de mil metros sobre las aguas del golfo, Leónidas y Diéneces estudiaron el campamento persa.

Una cosa era escuchar que el ejército invasor era tan numeroso que secaba los ríos al pasar y que dejaba los campos pelados como una plaga de langosta. Otra bien distinta, contemplar desde las alturas aquel mar de tiendas de abigarrados colores, punteado por miles de humaredas, que se extendía varios kilómetros hasta difuminarse en la distancia. Entre todas esas tiendas destacaba una mancha, roja como un rubí: el pabellón real de Jerjes, tan grande como los dos palacios reales de Esparta juntos.

Según los informes de los espías, allí abajo, entre soldados, sirvientes y

acompañantes se alojaban doscientas cincuenta mil personas. Leónidas dudaba mucho de que en todo el orbe de las tierras existiera una ciudad tan inmensa como aquel campamento, ni siquiera la afamada Babilonia.

—Un enemigo digno de Esparta —observó Diéneces a su lado, palmeándole el hombro.

Leónidas miró a su amigo y sonrió. El rey persa Jerjes, acostumbrado a súbditos que se prosternaban ante él, jamás habría tolerado semejante muestra de confianza en ninguno de sus subordinados. Pero los reyes espartanos no eran déspotas orientales exaltados sobre los demás hombres, sino primeros entre iguales, entre ciudadanos libres. Además, no existía persona en el mundo en la que Leónidas depositara más confianza que en Diéneces. Ni siquiera con su esposa y sobrina Gorgo compartía tal intimidad.

Pensando en Gorgo, a Leónidas le acudió a la memoria el momento en que se había despedido de ella, cuando la expedición salía de Esparta por el camino de Tegea. El niño, Plistarco, la acompañaba.

Aunque Plistarco tenía casi once años, en lugar de entrenarse en el durísimo campamento de la *agogé* como otros críos espartanos, se estaba educando en palacio, puesto que había nacido para ser rey. Leónidas consideraba que aquello era un error dentro del código de leyes de Esparta. Ni su antecesor en el cargo, su hermanastro Cleómenes, ni el anterior rey de la otra dinastía, Damarato, habían pasado por el campamento. Como resultado, aquellos dos soberanos nunca habían llegado a imbuirse del todo del espíritu de Esparta. En cambio, Leónidas, que por nacimiento no estaba destinado a ser rey, sí lo había hecho. Eso hacía que comprendiera de verdad a los hombres que mandaba en la guerra y que se sintiera capaz de manejarlos como la mano callosa maneja la lanza de fresno.

Hombres que, por otra parte, eran pocos. Ridículamente pocos. Trescientos espartanos de pura cepa, los únicos que se había permitido elegir a Leónidas como miembros de su guardia personal. El grueso del ejército se había quedado en Esparta, por votación del consejo de ancianos y de Latíquidas, el rey de la dinastía Euripóntida.

Una de las ventajas del sistema espartano, una diarquía en la que dos reyes de linajes independientes, los Agíadas y los Euripóntidas, gobernaban en paralelo —un sistema único en Grecia y, probablemente, en el mundo—, era que ninguno de ellos, al estar controlado por el otro, podía convertirse en un tirano y abusar del poder. La desventaja consistía en que a menudo las

acciones de un rey neutralizaban las del otro.

Que era, precisamente, lo que había sucedido con aquella expedición.

El pretexto que Latíquidas, el otro rey, había argumentado para no enviar más tropas a las Termópilas era que se estaban celebrando unas fiestas en honor de Apolo y que la ciudad no debía mancillarse con la impureza ritual del derramamiento de sangre.

La verdad era muy diferente. La mayoría de los miembros del consejo de ancianos tenían miedo de enviar tropas tan lejos, pues la ciudad vivía bajo la amenaza permanente de una rebelión de sus siervos ilotas, veinte veces más numerosos que sus amos espartanos.

Gorgo, siempre perspicaz para la política, había aventurado otra causa cuando se despidió de Leónidas.

—Estoy segura de que Latíquidas ha sido sobornado por el oro persa.

—No tenemos prueba de ello, Gorgo —le había respondido Leónidas.

—Cree lo que te digo. Hay traidores en Esparta, incluso en los puestos más elevados.

Allí, a la salida de Esparta, mientras los trescientos elegidos aguardaban al borde del camino aprovechando la sombra de un encinar, Leónidas había abrazado con ternura a su esposa. Gorgo, que tenía treinta años, la mitad de la edad de él, había crecido en belleza con el tiempo y se hallaba en su *akmé*, su momento de florecimiento. Pero si ya de niña su mirada mostraba siempre un dulce tinte de melancolía, en los últimos años aquella tristeza se había aposentado en sus ojos como un velo perpetuo. Leónidas conocía la razón, y Gorgo también sabía que él la conocía, pero nunca hablaban del asunto entre ellos.

—Tengo un mal presentimiento, Leónidas —le dijo Gorgo, apretando la cabeza contra el hombro macizo del rey.

—No tienes por qué.

Leónidas mentía, por supuesto, y ambos eran conscientes de ello. No solo mandaba una tropa del todo insuficiente, sino que además el oráculo de Delfos, el más respetado de Grecia y del mundo conocido, había profetizado que uno de los dos reyes debía morir para salvar a Esparta. Y ese, desde luego, no iba a ser Latíquidas, que en aquel momento debía de estar cómodamente sentado en su palacio.

—No lleváis hombres bastantes para contener a Jerjes —aseguró Gorgo.

—Soy el único que lleva hombres de verdad —respondió él—. ¿Recuerdas? Los que parís las espartanas.

Ella se apartó un poco para mirarle a los ojos. Los suyos estaban empañados.

—Con dichos ingeniosos no ganaremos una guerra. No vas a luchar contra una pequeña falange de hoplitas griegos que combaten con nuestras mismas reglas, sino con el ejército más grande que el mundo haya contemplado.

«El ejército más grande que el mundo haya contemplado», se repitió Leónidas, mientras estudiaba el campamento persa. ¿Qué mayor honor para un rey espartano que enfrentarse a tamaña horda? A sus sesenta años, cuando esperaba dedicarse a cuidar de sus viñas y fabricar vino, a Leónidas se le había presentado la ocasión de mandar un ejército en la mayor guerra jamás librada. Lo frustrante era que, por la mezquindad —o traición— del otro rey y por la excesiva cautela del consejo de ancianos, se veía obligado a hacerlo con aquella exigua fuerza. Sumando los contingentes del Peloponeso y los griegos que habitaban la región de las Termópilas, apenas pasaban de los cinco mil hombres.

Cinco mil contra los ciento veinte mil guerreros de la todopoderosa *Spada*, el ejército de Jerjes. ¡Un hombre por cada veinticuatro enemigos!

—Pueden ser suficientes —dijo Diéneces. Se hallaba en cuclillas sobre el borde de una pared que se precipitaba cien metros en vertical, para después suavizarse un poco y convertirse en la escarpada ladera que bajaba hasta el desfiladero. La cercanía del abismo no parecía imponerle lo más mínimo.

—Siempre me lees el pensamiento, Diéneces.

—Me limito a interpretar tus gestos, mi rey. Pero mira allí.

El dedo de Diéneces señaló justo abajo, donde se abría una explanada triangular. En ella se encontraban las fuentes termales que daban su nombre al paraje, las Termópilas. Según la leyenda, Heracles se arrojó a ellas abrasado por una túnica empapada en la sangre de un centauro, sangre que a su vez estaba emponzoñada por el veneno de la Hidra de Lerna. Ni el agua alivió el dolor del héroe, que terminó inmolándose en una pira sobre un monte vecino. Pero el calor del veneno pasó a las fuentes, que desde entonces lo habían mantenido y se habían transformado en un balneario muy frecuentado.

Desde hacía varios días nadie se bañaba en aquellas aguas, pues la explanada se había convertido en tierra de nadie entre ambas huestes. Al oeste, o a la izquierda desde el punto de vista de Leónidas, se extendía el campamento persa, mientras que a la derecha se levantaba el Muro Focense, una vieja construcción que el rey espartano había hecho reforzar. Leónidas no tenía intención de combatir detrás del muro, ya que ese no era el estilo de lucha de los espartanos. Su plan consistía en adelantar líneas y formar su propia pared de escudos casi en el vértice del triángulo, entre la montaña y el mar.

—Por muchos soldados que traiga el Gran Rey —dijo Diéneces—, allí abajo no podrán combatir más que en un frente de doscientos o trescientos escudos. Y cada uno de ellos tendrá delante de él a un espartano. Si los aliados nos relevan de cuando en cuando para que tomemos aire, podremos aguantar un tiempo indefinido.

—Lo que me preocupa no es lo que tenemos ahí abajo, sino a la espalda —repuso Leónidas, volviendo la cabeza hacia el paraje boscoso que se extendía hacia el sur.

El desfiladero de las Termópilas no era el único lugar por el que los persas podían invadir la Grecia central. Existía una senda que subía desde las cercanías del campamento persa y atravesaba una serie de vaguadas entre el lugar donde se encontraban ellos y las cimas más elevadas situadas al sur. Dicha senda desembocaba justo tras la retaguardia de las fuerzas de Leónidas. Si el enemigo seguía esa ruta y los sorprendía en una maniobra envolvente…

Leónidas trató de desechar aquel pensamiento. Había tomado las medidas que podía tomar. Lo demás quedaba en manos de los dioses.

—Los focenses conocen bien esta zona —aseguró Diéneces, refiriéndose a los mil soldados que Leónidas había apostado en las alturas para vigilar la senda—. Puedes confiar en ellos.

—¿Tú crees?

—Ya los has visto. Son valientes y agresivos.

—El mismo tipo de valentía rápida que desaparece en cuanto llega Fobos, el Miedo. Nada parecido a la disciplina de un auténtico soldado.

«De un espartano», implicaban las palabras de Leónidas. Diéneces no contestó. Únicamente trataba de animar a su amigo.

Se suponía que la misión del pequeño contingente de infantería que mandaba Leónidas era tan solo contener a la *Spada* en tierra. El verdadero esfuerzo de la alianza helénica iba a llevarse a cabo más al este, al norte de la isla de Eubea. Allí, las trescientas cincuenta naves griegas debían enfrentarse a los seiscientos trirremes de Jerjes. Una gran desproporción, pero no tan desorbitada como la que sufrían las tropas de Leónidas.

La flota tenía un punto a favor: la mayoría de los barcos eran atenienses y los dirigía el mejor estratega y político de aquella ciudad, Temístocles. Pero contaba con otro punto en contra: el mando nominal lo ostentaba el almirante espartano Euribíades, tan incapaz de diferenciar proa y popa o babor y estribor como la mayoría de sus compatriotas.

Leónidas volvió la mirada de nuevo al campamento persa. Al verlo tan inmenso, sintió que la desesperación brotaba en su alma como una mala hierba. Seguramente derrotar a Jerjes era un empeño imposible.

Pero él ya era mayor, y a esas alturas de su vida un espartano como él no iba a renunciar al orgulloso código de su ciudad. Ni, por supuesto, iba a traicionar la causa común de la libertad de Grecia.

Fue entonces cuando oyó voces tras de sí. Alarmado, se giró buscando el pomo de la espada.

Un desconocido, un hombre muy alto, de cabellos y barba pajizos, había salido de entre los pinos con un sigilo sorprendente en alguien de su tamaño.

—¡Soy amigo! —se apresuró a decir, bajando al suelo la punta de la lanza y levantando en alto la mano izquierda con la palma abierta.

Trasilao, el oficial que mandaba a los guardias, se acercó a él y, apuntándole con la lanza hacia el rostro, dijo:

—¡Suelta el arma y ponte de rodillas!

Aquella amenaza no resultó del agrado del desconocido. Con una rapidez asombrosa, usó su lanza para desviar la punta de la de Trasilao, se metió dentro de su distancia de combate y, blandiendo el arma con ambas manos en un rapidísimo molinete que hizo zumbar el aire, le golpeó en la sien con una fuerza tremenda. Cuando Trasilao trastabilló y cayó de rodillas, el desconocido acabó de tumbarlo propinándole una patada en el pecho. Todo había ocurrido en apenas medio latido.

Por suerte para el oficial de la guardia, aquel hombre traía los dos

extremos de la lanza embotados con bolas de cuero; de lo contrario, el alma de Trasilao estaría ya siguiendo a Hermes camino del reino de los muertos.

—¡A por él! —gritó otro de los guardias, enristrando su propia lanza con la intención de acometer al desconocido.

Mientras los cinco guerreros se abrían en abanico para atacar simultáneamente, Diéneces, sin perder la calma, se acercó a Leónidas y le dijo:

—¿Ese tipo no te resulta familiar?

Leónidas asintió.

—Más que familiar.

Diez años antes había visto cómo ese hombre, cuando todos sus compañeros de campamento se dejaban caer derrengados tras la durísima instrucción, seguía entrenando a solas con la lanza. Su estilo era inconfundible, aunque parecía haberlo refinado y purificado con los años, reduciéndolo a los movimientos imprescindibles, sin alardes ni aspavientos.

No podía ser otro que Perseo, hijo de Damarato. El mismo Damarato que había sido depuesto de su cargo como rey doce años antes y que ahora, movido por el rencor, ocupaba un lugar como consejero de Jerjes en el campamento enemigo.

¿Qué demonios hacía allí Perseo? ¿Había decidido pasarse al bando persa al igual que su padre? ¿Acaso venía a matarlo a él, a Leónidas, por encargo del Gran Rey?

No, aquello no cuadraba con su forma de ser ni de actuar.

Aunque, por otra parte, se preguntó Leónidas, ¿quién puede saber cómo cambia un hombre en diez años?

Pese a que los cinco guardias tenían las puntas de las lanzas desnudas y afiladas y ambos extremos de la suya estaban embotados, Perseo consiguió salir del abanico de adversarios y esquivar o desviar sus ofensivas sin recibir ni un rasguño. Con movimientos felinos y precisos, fue atacando a sus rivales por los flancos, procurando aislar a unos de otros para enfrentarse a dos como mucho simultáneamente. Los golpes fulgurantes de su lanza de dos puntas, dirigidos contra las cabezas, las espinillas o las ingles de sus adversarios, hicieron que los guardias reales fueran hincando la rodilla de uno en uno. Cuando apenas había pasado un minuto de lucha, los cinco hombres habían

quedado prácticamente fuera de combate.

Al ver que Perseo se disponía a usar las puntas emboladas de su lanza para golpear en las cabezas a sus contrincantes y terminar de neutralizarlos, Leónidas levantó la mano y exclamó:

—¡Ya es suficiente!

Perseo retrocedió, trazó un par de molinetes que hicieron silbar el aire y descansó la lanza en el suelo. De los guardias, algunos empezaron a levantarse entre gruñidos, mientras que otros, que sangraban por diversas heridas, necesitaron la ayuda de sus compañeros. Todo había ocurrido a tal velocidad que, si alguien le hubiera pedido que reconstruyera la escena, Leónidas habría sido incapaz de hacerlo.

El peor parado era Trasilao. El golpe en la sien lo había dejado tan mareado que no era capaz de atinar a apoyar su propia mano en la rodilla para hacer fuerza y ponerse de pie. Perseo se acercó a él y le tendió el brazo para ayudarlo.

—¿Qué opinas ahora, Trasilao? —le preguntó—. ¿Sigues creyendo que no hay ningún guerrero sobre la faz de la tierra capaz de derrotar a seis enemigos?

El oficial se agarró al antebrazo de Perseo y se incorporó resoplando. Encima de la oreja tenía una herida no demasiado grande de la que manaba algo de sangre, pero mucho se temía Leónidas que iba a seguir aturdido horas o incluso días.

Como si le sobraran los soldados, para que ahora llegara Perseo a lesionarle a otros seis.

—Está bien, Perseo —masculló Trasilao—. A la tercera lo has conseguido.

Leónidas comprendió que allí se escondía una vieja historia entre Perseo y Trasilao, pero en ese momento no tenía tiempo para indagar sobre ella. Acercándose al recién llegado, lo examinó de pies a cabeza. Venía ataviado con una túnica descolorida, sobre la cual llevaba una capa de pieles. Tanto la barba como los cabellos rubios se veían desgreñados. Eso, junto con las pieles, le confería un aspecto muy poco espartano, pensó Leónidas, acariciándose sus propias trenzas bien peinadas y aceitadas.

Le dio la impresión de que Perseo había crecido todavía más, o quizá era

que no lo recordaba tan alto. Leónidas mismo era un hombre de estatura algo más que mediana, con músculos que a sus sesenta años seguían siendo abultados y apenas mostraban la flacidez de la edad. Pero Perseo le sacaba casi una cabeza, y sus brazos y piernas se veían nervudos y marcados como los de una estatua de bronce. Que alguien de su tamaño se moviera con tal rapidez resultaba casi inconcebible y lo convertía en el guerrero más letal que Leónidas hubiera visto en su vida.

Con la excepción de Bagabigna, el Asesino Blanco, que lo había derrotado en aquella infausta tarde delante de miles de espartanos. Pero Bagabigna estaba muerto y Perseo, mucho más vivo de lo que Leónidas esperaba después de tantos años sin recibir noticias suyas.

No había sobrevivido sin recibir algunas heridas; eso saltaba a la vista. Reparando en el parche de cuero que le cubría el ojo izquierdo, Leónidas le preguntó:

—¿Quién te hizo eso? ¿Otro ritual con mutilaciones como el de Arcadia?

—Es una vieja historia, Leónidas —respondió Perseo—. Ya está más que olvidada.

—¿Alguien puede olvidar una historia de resultas de la que queda tuerto? —inquirió Diéneces acercándose a ambos.

Perseo inclinó la cabeza para saludarlo.

—Es un placer verte de nuevo, Diéneces. Veo que Esparta manda pocos hombres a esta guerra, pero al menos elige a los mejores.

Mientras Diéneces correspondía al cumplido asintiendo con la barbilla, Leónidas estudió el rostro de Perseo. Pese al parche del ojo y a la nariz torcida —un regalo de su propio hermano—, estaba más guapo que cuando era un joven príncipe. Antes su belleza resultaba demasiado perfecta, demasiado apolínea. Y todo el mundo sabía que Apolo, de tan bello y relamido, cosechaba más rechazos que conquistas.

«¿Cuántos años tiene?», se preguntó Leónidas. Trató de recordar. Debían de ser treinta o treinta y uno. Aunque su cuerpo se correspondía con esa edad, su rostro, de piel clara, mostraba algunas arrugas de más en las comisuras de los ojos. Sobre todo, su mirada era la de alguien que había visto, sufrido y perdido más de lo que cabía en tres décadas de vida.

—¿Qué haces aquí, Perseo? —interrogó Leónidas—. No hemos sabido

nada de ti desde que fuiste a hablar con mi hermanastro en su celda.

—Aquella conversación no resultó del todo satisfactoria.

—No debió de serlo, porque no te despediste de nadie. Ni siquiera de ella. No tienes ni idea del dolor que le causaste.

—Créeme, Leónidas —contestó Perseo, clavando en él el azul de su único ojo—. Fue mucho mejor así.

—Contéstame a esto, al menos. ¿Por qué has venido precisamente ahora?

—Tengo entendido que no traes muchos hombres, Leónidas. ¿Vas a poner objeciones a alistar a un guerrero más?

«Leónidas», no «mi rey». Así lo llamaba Perseo antes, cuando era él y no Leónidas quien estaba destinado a empuñar el cetro real, antes de que las caprichosas Moiras le dieran la vuelta a todo. Y parecía empeñado en seguir dirigiéndose a él de aquel modo.

Leónidas miró de soslayo a Trasilao y a los guardias, que se mantenían apartados a una distancia prudencial.

—Vistos los daños que has causado en mis fuerzas, tu lanza será una buena manera de compensarlos. Pero no veo que hayas traído escudo.

—En tu ejército habrá alguien que pueda prestarme alguno —respondió Perseo—. Pero puedo contribuir con algo más que con mi lanza. Vengo desde Tesalia marchando en paralelo con el ejército persa. Puedo contarte algunos detalles sobre su organización y su modo de combatir.

—¿Los conoces solo por marchar en paralelo con los persas? —preguntó Leónidas, torciendo la cabeza a un lado—. ¿No será que tu lanza ha servido a las órdenes de Jerjes?

—Mi lanza ha servido a las órdenes de muchos jefes, griegos y bárbaros, desde Sicilia hasta Egipto —replicó Perseo—. No soy el primer espartano que ha luchado como mercenario, ni seré el último.

—No te estoy censurando, Perseo. Pero sigo sin entender por qué has venido aquí. —Haciendo una pausa, Leónidas tomó a Perseo del codo para apartarlo un poco de los demás. En voz baja, añadió—: Si es verdad que dispones de información, sabrás que esta es una misión prácticamente suicida. Lo mejor que podremos obtener en las Termópilas es una muerte gloriosa.

—Yo he venido aquí porque es el lugar donde pienso cobrarme mis

últimas cuentas pendientes. Si es lo último que hago en mi vida, que así sea.

Al oír «cuentas pendientes», Leónidas pensó automáticamente en el padre y el hermano de Perseo, que estaban en el campamento enemigo. Por su tono, tan áspero como el filo de una espada en una amoladera, Leónidas vaticinó mal futuro para quienes lo habían ofendido y abandonado en el pasado.

—Está bien, Perseo. Te conozco lo bastante bien para saber que no eres ningún espía enemigo. Pero si quieres servir en mi ejército, has de obedecer mis órdenes.

—Tú eres el rey y el general.

—Siempre has sido un lobo solitario y en el pasado ya has desobedecido instrucciones. Debes jurarme que esta vez no lo harás.

—¿Quieres un juramento? La última misión que me encomendaste la cumplí a tu entera satisfacción —dijo Perseo.

—Por si acaso —insistió Leónidas—. Has de jurármelo por lo más sagrado. Por las aguas de la laguna Estigia.

Perseo asintió. El juramento por la Estigia, que obligaba a los propios dioses olímpicos, era el más apropiado para alguien como él, que había llegado al extremo de atravesar a nado sus aguas infernales.

—Te lo juro por la Estigia, Leónidas. Puedes contar con mi disciplina. Vuelvo a ser un espartano —sentenció Perseo, tendiéndole la mano, que era más grande y fuerte de lo que correspondía incluso a alguien de su estatura.

—Muy bien, Perseo —respondió Leónidas—. A partir de ahora, eres nuestro guerrero trescientos uno. Que Helena, Cástor y Pólux y todos los dioses nos sean propicios.

Aunque la mano de Leónidas no era precisamente pequeña ni débil, la fuerza del apretón de Perseo volvió a sorprenderlo. Por un momento, le pareció mentira que aquella mano fuera la misma del niño al que su sobrino Pausanias había llevado en brazos cuando lo atacó el jabalí.

Tiempos felices, pensó Leónidas, cuando él no sabía que iba a ser rey y la amenaza de los persas era una nube tan lejana que ni siquiera asomaba por el horizonte…

# Primera parte

## El príncipe Perseo

# 1

Esparta, 503 a. C.

El príncipe Perseo, al que un oráculo había vaticinado que llegaría a ser el primero de los espartanos, presenció su primera batalla a los siete años.

No se trataba de una verdadera contienda, sino de un combate ritual. Con todo, que en ella no se blandieran armas no significaba que, al igual que en las batallas campales, no hubiese gritos, golpes, polvo, sangre y más de un hueso roto.

Se enfrentaban dos ejércitos en miniatura, formados por muchachos de dieciséis años. Los que llevaban pañuelos rojos anudados al cuello pertenecían al batallón de Pitana y los de los pañuelos verdes, al de Mesoa. El que venciera lucharía contra el ganador del combate del día siguiente, entre los batallones de Amiclas y Cinosura. Y, a su vez, el superviviente de ese duelo pelearía en la ronda final contra los campeones del año anterior, los jóvenes del batallón de Limnas.

El campo donde se libraba la contienda era el llamado «los Platanistas», una isla artificial creada entre dos canales desviados de las aguas del Eurotas. Disponía de varias explanadas muy amplias, donde se ejercitaban los niños y los jóvenes que, con el tiempo, se convertirían en los mejores soldados de Grecia. También había algunas zonas pobladas de sauces y álamos y, sobre todo, de frondosos plátanos que le daban su nombre al lugar.

Dos días después, todo el recinto se vería rodeado de espectadores, tanto espartanos como extranjeros, que acudirían allí para contemplar la batalla final. Pero en aquella mañana había mucha menos gente. La poca que había se concentraba al otro lado del canal sur, donde el sol de finales de la primavera era agradable y la vegetación que rodeaba los Platanistas, menos espesa, permitía observar el combate con más detalle.

Por la parte norte no se veía prácticamente a nadie. Allí las orillas eran más escarpadas y el canal se abría en charcas y corrientes más pequeñas,

plagadas de piedras resbaladizas. «No juguéis ahí, que os podéis abrir la cabeza», había avisado Hipólito, el pedagogo que cuidaba a Perseo y a su hermano Nabis.

Por supuesto, ambos se habían escapado de él para jugar precisamente en esa zona y correr de un lado a otro entre cañas, árboles, rocas y regatos alimentados por el canal. A ratos seguían las peripecias de la batalla y a ratos luchaban entre ellos, con la energía inagotable y sin canalizar de su edad. Casi todas las peleas las ganaba Perseo. Pese a que en teoría era el menor —había nacido unas horas después que Nabis—, le sacaba a su hermano cuatro dedos de estatura y desde el principio había sido más fuerte y de movimientos más coordinados.

Por lo demás, no se parecían en nada. Perseo tenía la piel marfileña, el cabello dorado y los ojos azules de su madre, la reina Pércalo, a la que los espartanos —nunca en su presencia— llamaban la Belleza de Hielo. Nabis había salido al rey, Damarato: moreno, con las piernas cortas y arqueadas, los ojos estrechos y alargados y los labios finos como tiras de metal.

Por tercera vez aquella mañana, Perseo logró derribar a su hermano de espaldas en un terrón de barro oscuro. Se sentó sobre su pecho, lo inmovilizó poniéndole las rodillas sobre los antebrazos y empezó a propinarle unas bofetaditas que, por suaves que fueran, sacaban de quicio a Nabis. Lo sabía bien, porque, en las raras ocasiones en que era él quien acababa con la espalda en el suelo, también se enfurecía.

—¡Ríndete!

—¡Jamás! —contestó Nabis—. ¡Soy un espartano!

Eso se daba por supuesto. En una de sus primeras peleas, Nabis había reconocido la derrota. El pedagogo Hipólito lo había oído, los había plantado en sus rodillas y les había dado una azotaina a cada uno; primero a Nabis por rendirse y después a Perseo por consentirlo. «No puedes permitir que un espartano se rinda. ¿Qué ejemplo darías así si fueras rey?».

De modo que ahora Perseo se contentó con arrancar del suelo un trozo de musgo y hacérselo masticar a su hermano. Después se levantó y salió corriendo para escapar de sus represalias.

—¡Ha vencido Mesoa! —gritó mientras saltaba entre las raíces y las piedras que abundaban en aquella parte más somera y umbría del canal.

—¡Pues en la isla está venciendo Pitana! —replicó Nabis, que tras una

breve carrera había renunciado a alcanzar a su hermano y se había encaramado a una roca para ver mejor lo que sucedía en los Platanistas.

Allí, en efecto, los pañuelos rojos de Pitana, que habían entrado en la isla por el puente de Licurgo, estaban ganando terreno a los pañuelos verdes, a los que empujaban hacia el puente de Heracles. En eso consistía la batalla: en empujar literalmente a todos los enemigos y expulsarlos de los Platanistas, hasta que no quedara uno solo. A algunos los sacaban por el puente haciéndolos recular, pero a la mayoría los arrojaban directamente al agua, entre chapoteos, gritos, carcajadas y maldiciones que habrían hecho sonrojarse a un carretero.

Perseo se acercó adonde estaba su hermano, se encaramó a la misma piedra y se agarró a la rama de un árbol cercano para hacer equilibrios sobre un pie. Habían pasado un par de minutos desde su pelea, plazo suficiente para que se considerara firmada entre ellos una tregua momentánea.

—¡Mira! ¡Ese va a hacer ruido! —exclamó Nabis.

Dos robustos muchachos de Pitana estaban manteando a un rival de Mesoa, cuya cabeza pelirroja destacaba entre las demás como una llamarada. En cada balanceo tomaban más impulso, hasta que al final decidieron soltarlo. En aquella zona la orilla formaba un pequeño acantilado, por lo que cuando el pelirrojo cayó al canal, lo hizo con un sonoro chapoteo y levantó un anillo de agua espectacular. Al cabo de unos segundos salió a la superficie, escupiendo y jadeando, y se retiró hacia la otra orilla del canal chapoteando con aire abatido.

—¿No sabes quién es? —preguntó Perseo.

—No.

—Es Pausanias, el sobrino del *otro*.

Solían emplear esas palabras, el *otro*, para referirse al rey Cleómenes, gobernante de la dinastía rival. Desde bien pronto, a los mellizos les habían imbuido que los Agíadas eran una pandilla de corruptos, lujuriosos, tramposos y borrachos; nada que ver con las acendradas virtudes de ellos, los Euripóntidas.

Sin embargo, Perseo ya tenía las bastantes luces para darse cuenta, por detalles que iba captando, de que aquel retrato tan contrastado no era del todo exacto.

—¡Pues que lo enculen! —dijo Nabis.

—Si Hipólito te oye decir eso, te va a dar una buena.

«Encular» y «joder» eran dos palabras que decían cada vez que no había adultos, aunque no tenían ni idea de lo que significaban. Solo sabían que les estaban prohibidas por ser niños y, por lo tanto, cada vez que las pronunciaban se llenaban la boca con ellas alargando las vocales y se tronchaban de risa.

La batalla de los Platanistas parecía cada vez más decidida. Al principio, los dos ejércitos se habían embestido agrupados en verdaderas falanges, en las que a falta de escudos enlazaban los brazos para establecer una muralla humana. Pero ahora las formaciones se habían roto, y los de Pitana, en superioridad numérica, rodeaban en parejas y tríos a sus adversarios y los arrojaban sin contemplaciones al canal, del que cada vez asomaban más cabezas y brazos que chapoteaban impotentes.

—¡Qué divertido! —exclamó Nabis. Empezó a contar con los dedos y, cuando llegó al meñique de la mano derecha, dijo—: Cuando tenga diez años más, estaré ahí con los de Pitana y ganaré. —Después se volvió hacia su hermano y, para vengarse de su reciente derrota, añadió—: Y tú no. ¡Jódete!

Perseo torció el gesto.

—¿Y por qué no puedo estar yo? No es justo.

—Porque vas a ser rey, cabeza de calabaza —contestó Nabis, saltando de lo alto de la piedra a una poza para alejarse de las represalias de su hermano.

—Yo no quiero ser rey. Yo no quiero ser un aburrido como nuestro padre. ¡Yo quiero ir al campamento y ser un guerrero!

—Entonces, ¿vale que yo sea rey y me quede con madre mientras tú te vas al campamento?

—¿Y por qué no podemos ir los dos juntos? Yo quiero estar contigo.

Por más que se pelearan y se hicieran rabiar, Perseo no concebía la vida en palacio sin su hermano. Y sabía que le quedaba poco tiempo: antes de medio mes, los oficiales del paidónomo se llevarían a Nabis al campamento de la *agogé*.

—No podemos, idiota —respondió Nabis—. Ya te lo han dicho mil veces. Uno de nosotros tiene que quedarse para ser rey.

—No es justo —repitió Perseo.

Durante el invierno, Perseo le había planteado a su padre esa misma idea. El rey estaba sentado en su estancia favorita, un salón decorado con pinturas ya desvaídas que representaban sombrías escenas de guerreros caídos. Los postigos de las ventanas estaban cerrados y en el hogar solo quedaban rescoldos rojos, pues a Damarato le gustaba rumiar sus pensamientos lejos de la luz.

—¿Por qué no me voy yo también al campamento con Nabis?

La mirada de su padre siempre era severa, incluso cuando cavilaba para sí y la tenía puesta en la nada; tan severa como las dos arrugas verticales que surcaban sus enjutas mejillas a modo de cuchilladas. Pero entonces, al oír a Perseo, sus pupilas se contrajeron y su ceño se arrugó.

Su padre tenía esa forma de mirar, con ojos fríos como los de una estatua, y para colmo la acompañaba con silencios. Aquellos silencios del rey, largos e incómodos, que hacían a sus interlocutores hablar de más, y a Perseo sentirse culpable de algo, sin saber muy bien de qué. ¿Tal vez de no conseguir que su padre sonriera jamás?

—La ley estipula que el príncipe heredero se eduque en palacio, fuera del campamento —había respondido por fin el rey—. Así fue el pacto entre nuestros antepasados, los Heráclidas, y los dorios que poblaron Esparta con ellos. Y así se mantendrá mientras el sol gire en el cielo. La ley es nuestra soberana.

Cuando su padre pronunciaba esas palabras —«La ley es nuestra soberana»—, no había más que añadir.

Recordando aquello, Perseo trató de consolarse. «Soy el príncipe heredero», se dijo. Tras saltar de la piedra, mientras seguía a su hermano hacia el puente de Heracles, donde parecía que iba a terminar la batalla, exclamó:

—¡Pues por lo menos, cuando yo sea rey, ganaré una batalla de verdad!

—¡Nunca vas a estar en una batalla y yo sí! ¡Seré el comandante del batallón de Pitana! —se burló Nabis, arrancando a correr de nuevo.

—¡Voy a ser rey y podré hacer lo que quiera! ¡No voy a mandar a un batallón! ¡Voy a mandar a Esparta entera en una batalla!

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué padre nunca va a la guerra? ¿Por qué

siempre va el *otro*? ¡A ti te va a pasar lo mismo!

Enfadado por las palabras de su hermano, Perseo corrió detrás de él. Lo normal era que lo hubiera alcanzado enseguida, pero una raíz sumergida se interpuso en su camino, con lo que dio de bruces en el barro. Se levantó con las manos y la frente manchadas de hojas podridas y cieno negro, y empezó a llorar. No de dolor ni por la caída, sino por la humillación.

—No es verdad —sollozó, para sí—. No es verdad. ¡Cuando sea mayor, ganaré la mayor batalla del mundo! ¡Lo vais a ver todos!

Fue en ese momento cuando escuchó los gritos de su hermano y unos gruñidos que no parecían humanos.

Perseo se levantó y, previendo algún peligro, cogió del suelo el palo más grueso y largo que vio. Después acudió hacia los gritos. Para hacerlo, tuvo que rodear el tronco de un enorme plátano que le tapaba la línea de visión.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Su hermano venía corriendo hacia él, chapoteando entre el barro y las charcas. Detrás de él venía la causa de su huida: un jabalí furioso. En realidad, se trataba de un jabato, pero a Perseo, con su estatura, se le antojó grande como un toro.

No se lo pensó un instante. Enarbolando la rama sobre su cabeza como si fuera una lanza, corrió de frente hacia el animal mientras gritaba:

—¡Aparta, Nabis! ¡Yo te salvaré!

Después, todo se volvió negro.

A no mucha distancia de la isla artificial donde combatían los jóvenes, se alzaba un plátano muy peculiar. El tronco, tan ancho que habría hecho falta un corro de diez personas para abarcarlo, se dividía a metro y medio del suelo en cinco ramas del mismo grosor, que se abrían en ángulos parejos, casi perfectos, y ascendían a una gran altura. Una frondosa rama por cada una de las cinco aldeas que en un pasado remoto se habían unido para formar Esparta: Pitana, Mesoa, Cinosura, Limnas y Amiclas.

Aquel era el plátano de Helena, patrona de Esparta. Las doncellas que iban a casarse acudían a él, trenzaban coronas de trébol y se ponían de puntillas para adornar con ellas sus ramas. También ungían el tronco con aceite de oliva que traían en una alcuza de plata y grababan en su corteza con cuchillos sus nombres y los de sus futuros esposos, debajo de una vieja

inscripción en la que se leía: «Venérame, soy el árbol de Helena».

A pocos pasos del enorme árbol se levantaba un templete de adobe rojo. En su interior, una única sala que incluso como alcoba habría resultado modesta, había un *xóanon*, una antigua estatua de madera pintada y repintada de vivos colores que representaba a Helena.

Y ante la estatua, arrodillada en el suelo con el trasero apoyado en los talones, se hallaba Ferenice. Viuda del anterior rey Aristón, madre del actual rey Damarato, abuela del futuro rey Perseo.

Por estos dos últimos rogaba a Helena, a la que acababa de ofrendar caros perfumes traídos de la lejana Siria, y también dorados pastelillos de miel, y huevos cocidos pintados de rojo para recordar que la heroína había nacido de un huevo de cisne.

—¡Hija de Zeus Cronida, que toda mi vida me has sido propicia! Tú, verdadera soberana de Esparta, cuya mano otorgó el trono a tu esposo Menelao, ilumina a mi hijo Damarato con la sabiduría que necesita un rey, ya que ni la alegría ni el amor anidan en su alma.

»Sobre todo, cuida de mi nieto Perseo. Es un niño noble y de mirada limpia, pero sé que está destinado a sufrir mucho. Por favor, hermosa Helena, protégelo y guíalo en los trances que le aguardan.

Cuando nacieron los mellizos, sus únicos nietos, un adivino errante había aparecido en palacio. El adivino, un hombre alto que peinaba su barba en dos largas trenzas adornadas con cascabeles de cobre, había ofrecido a Ferenice consultar el futuro de los dos niños a cambio únicamente de una cosa.

—Nunca les hables de mí, ni de lo que yo te vaya a decir.

Ferenice no se pudo resistir a una profecía aparentemente tan barata. El adivino, después de escrutar entrañas de animales, escuchar el susurro de las hojas en el árbol sagrado de Calcante y escudriñar las estrellas, le dijo:

—Oscuro es el porvenir del que nació primero, Nabis. De recuerdo breve, de la oscuridad viene y a ella regresará. Pero accidentado es el futuro del hermano que nació después. Zeus le verterá medidas parejas de la tinaja de la gloria y de la tinaja de la humillación, y el dolor será su compañero. Será el último entre los espartanos y, cuando llegue la hora decisiva, será el primero de los espartanos.

Ferenice había escuchado el oráculo una sola vez y, sin embargo, lo tenía

grabado en la memoria. Perseo, aunque había nacido horas después que su hermano, estaba destinado a ser rey por la costumbre espartana. Pero, se preguntaba la abuela, ¿qué tribulaciones debería sufrir antes de sentarse en el trono? ¿Por qué tenía que sufrir humillaciones, qué significaba «el último de los espartanos»?

Mientras cavilaba sobre aquello, oyó a su espalda unos pasos menudos. Torció el cuello para mirar hacia la puerta. En ella, recortándose contra la luz, vio a una niña que no podía tener más de seis años. Obviamente, los dos soldados de la escolta real que montaban guardia en el exterior del templete no la habían considerado una amenaza. Venía descalza y había perdido el ceñidor, pero tanto el material de la túnica como las finas costuras, la falta de remiendos y el vivo color azul revelaban que era una prenda de calidad. No se trataba de una niña ilota, sino de la hija de algún ciudadano distinguido.

—Qué raro huele aquí —dijo la niña.

—Eso es porque estoy quemando mirra.

—¿Quién eres tú?

Ferenice apoyó las manos en el suelo para girarse sobre las rodillas y poder mirarla sin forzar las cervicales, porque cuando lo hacía no tardaba en sentir vértigos.

—¿No crees que debería ser yo quien lo pregunte?

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque yo estaba aquí antes que tú. Y, en segundo lugar, porque soy vieja.

La niña se quedó pensativa. Tenía los ojos oscuros y muy grandes, con una ligera caída oblicua hacia las comisuras exteriores, lo que confería a su mirada una extraña melancolía. Pestañeaba poco, y lo hacía muy rápido, como si creyera que ese brevísimo instante en que los párpados cubrían sus ojos fuera tiempo que perdía para absorber todo lo que podía ofrecerle el mundo exterior.

—¿Eres abuela? —preguntó por fin la niña.

Ferenice sonrió.

—¿Por qué?

—Porque has dicho que eres vieja. Las madres son mayores y las abuelas

son viejas.

—Pues lo has adivinado. Soy abuela.

—Pues eres muy guapa. No pareces vieja.

La sonrisa de Ferenice se amplió. No hacía mucho que había pasado los cincuenta años. De ser una campesina ilota, tendría la cara surcada de arrugas como una sementera y, seguramente, le faltarían unos cuantos dientes. Pero, amén de ser la reina madre, pasar buena parte del tiempo protegida del sol y no haber realizado una tarea penosa en su vida, gozaba de la bendición de Helena.

—Eso es gracias a la diosa que ves aquí —dijo Ferenice, señalando a la estatua de madera—. ¿Sabes quién es?

La niña asintió. ¿Cómo no iba a saber quién era Helena? Al hacerlo, metió la barbilla para dentro en un gesto que Ferenice, que no tenía nietas, encontró adorable.

—Pero sigo sin saber quién eres tú —insistió la cría, adelantándose un poco. Su rostro llegaba apenas a la altura del de Ferenice, que continuaba sentada sobre sus talones.

Divertida, Ferenice decidió contestar primero.

—Soy la madre del rey.

—¿Cómo vas a ser la madre del rey, si yo soy la hija del rey y a ti no te conozco?

—Hummm. Pues eso nos lleva a un problema. Una de las dos está equivocada.

La niña se la quedó mirando muy seria. Se notaba que estaba deseando decir: «La que está equivocada eres tú». Pero ya tenía edad suficiente para que le hubieran inculcado, pese a su desparpajo, un mínimo respeto por sus mayores.

Lo que parecía evidente era que nadie le había explicado que en Esparta había dos reyes. Conociendo a su padre, que solía obrar como si su colega Damarato no existiera, a Ferenice no le extrañó.

—Tú debes de ser Gorgo.

—¡Hala! ¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Cómo no voy a conocer el nombre de Gorgo, la única hija del rey Cleómenes?

—¿Soy famosa?

Ferenice se rio.

—Por lo visto, más que yo. Pero ¿sabes una cosa?

Ferenice extendió las manos para tomar las de la niña. Eran tan menudas y suaves, tan bien proporcionadas que, por alguna razón, se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué cosa?

—En tiempos se habló mucho de mí. Fui la mujer más conocida y pretendida de esta ciudad. Incluso tu padre, aunque es más joven que yo, trató de cortejarme.

—¿Qué es cortejar?

—Quiere decir que intentó…

Ferenice titubeó. «Casarse conmigo» no era verdad, pero «acostarse conmigo» no parecía adecuado para una niña tan pequeña. Por otra parte, ¿con quién no había intentado acostarse Cleómenes? En el caso de muchas mujeres lo había conseguido. Ferenice estaba casi segura de que así había sido, por ejemplo, con su nuera Pércalo, la madre de Perseo y Nabis.

Lo cual tampoco era una hazaña de la que pudiera presumir Cleómenes, pues la castidad de Pércalo era más que cuestionable. Ni había llegado virgen a su matrimonio con Damarato, ni se había mantenido fiel después.

Decidió que lo mejor era orillar la cuestión y no abordar temas escabrosos.

—¿Por qué eras famosa? —insistió la niña.

Ferenice suspiró antes de responder.

—Tiene que ver con la diosa Helena. Aunque no lo creas, cuando nací, yo era una niña muy muy fea.

—¿De verdad? No me lo creo.

—Más que un sapo. Mis padres…

En ese momento se oyeron voces en el exterior. Tras un rápido diálogo con los guardias, un joven pelirrojo entró en el templete. Ferenice apenas se

fijó en su rostro, porque la carga que traía en los brazos reclamaba toda su atención.

Era su nieto Perseo. Tenía los ojos cerrados y los cabellos rubios manchados de sangre.

Detrás de ellos entró Nabis, jadeando. Más atrás, los dos guardias se asomaron con gesto preocupado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ferenice—. ¿No teníais que estar los dos con Hipólito?

Nabis miró al suelo y se retorció los dedos.

—Se nos ha perdido.

«Lo hemos despistado», interpretó la abuela. Habían venido todos juntos de palacio y ella los había dejado jugando con el pedagogo, contando con que no se separasen de él. Pero aquellos niños eran de la piel del sátiro Marsias, inquietos como lagartijas.

El joven pelirrojo depositó a Perseo sobre la alfombrilla de juncos en la que se había arrodillado Ferenice. Esta se inclinó sobre su nieto y le removió el pelo, que era del color de la paja al final del verano.

El niño tenía una pequeña brecha un par de dedos por encima de la línea donde nacía el cabello. Por suerte, allí los huesos eran más sólidos; en una sien habría resultado mucho más peligroso.

—Está sangrando mucho —señaló la niña, acercándose a curiosear—. ¿Se va a morir?

—La sangre en la cabeza es muy escandalosa —dijo Ferenice, mientras usaba el borde de su túnica para limpiar la herida de su nieto. Por suerte, la hemorragia se había detenido. Pero el golpe tenía que haber sido bastante fuerte para hacerle perder el conocimiento—. Solo tiene una rajita. ¿Qué ha ocurrido, Nabis?

—Ha sido un jabalí, abuela.

—¿Un jabalí? ¿Qué hacía un jabalí en esta zona?

—Es culpa nuestra, mi señora —intervino el joven pelirrojo.

Ferenice levantó la mirada y, por primera vez, se fijó bien en el muchacho. Vestía la típica túnica roja de los jóvenes de la *agogé*, descolorida por el sol y deshilachada de tanto rodar por el polvo y las zarzas. Además,

estaba empapado y tenía despellejados los codos y las rodillas.

—Te conozco —afirmó Ferenice—. Tú eres Pausanias, sobrino del rey. ¿No es así?

Él enrojeció un poco y agachó la cabeza. Un joven tímido, pensó Ferenice. Nada que ver con su tío Cleómenes, que no lo había sido ni cuando era un crío.

—Sí, mi señora.

—Es mi primo —dijo la niña con aplomo, como si aquel fuera el dato más relevante de la vida de Pausanias.

—¿Qué haces tú aquí, Gorgo? —preguntó el joven.

—Estoy rezando a Helena con la reina, ¿no lo ves?

Ferenice reprimió una sonrisa y le revolvió el cabello a la niña. Ella arrugó un poco la nariz, pero no se apartó.

—¿Qué tienes que ver tú con ese jabalí, Pausanias? —inquirió Ferenice, volviendo la atención al joven pelirrojo.

—Hoy es la batalla de… Es decir, una de las batallas de los Platanistas. Los de Mesoa acabamos de luchar contra los de Pitana, pero hemos perdido.

—¿Y el jabalí?

—La víspera de la pelea, por la noche, cada uno de los dos equipos trae un jabalí para hacerlo pelear contra el del otro. Es decir, no un jabalí grande, sino un jabato. El nuestro ganó y dejó al otro malherido, así que pensamos que eso era un buen augurio y que íbamos…

—¿Qué ocurrió con el jabalí?

El joven se arreboló todavía más.

—Íbamos a guardarlo como mascota del batallón, pero se nos escapó. Era de noche y no fuimos capaces de encontrarlo.

—¿Y ese es el jabalí que ha atacado a mi nieto?

—El jabato. Sí, señora.

—Ha sido culpa de Perseo, abuela —intervino Nabis.

—¿Culpa de Perseo? ¿Por qué?

—Hemos visto al jabalí, que estaba tirado en el barro echándose la siesta.

Yo le he dicho que lo dejara en paz, pero Perseo ha cogido un palo y ha empezado a gritar: «¡Soy Heracles! ¡Soy Heracles y voy a matar al jabalí de Erimanto!».

—Pero él no es Heracles, es Perseo —dijo la niña.

—Eso le he dicho yo. —Nabis empezó a sollozar, pero con los ojos secos su lloriqueo no resultaba demasiado convincente—. Él se ha empeñado y le ha pegado al jabalí con el palo en la tripa. Entonces el jabalí se ha levantado y le ha tirado al suelo, y Perseo se ha pegado en la cabeza con una piedra.

—¿Con una piedra?

—No, no. Con una rama. De esas que salen por debajo.

—¿Se ha dado con una raíz?

—Sí, eso, con una raíz. La piedra se la he tirado yo al jabalí, y se ha asustado y ha salido corriendo.

Ferenice miró a su nieto a los ojos. Lo conocía lo bastante para saber que mentía como un cretense. Lo hacía demasiado bien para ser un crío de siete años; si seguía practicando así, cuando fuera mayor conseguiría que los demás se tragaran todos sus embustes.

—¿Es así como ha ocurrido, Nabis?

—Sí, abuela.

—¿Seguro?

—¡Te lo juro!

Ferenice levantó la mirada hacia Pausanias, interrogante. El joven se apresuró a explicarse.

—Yo estaba saliendo del agua cuando he oído al jabalí y también he escuchado cómo gritaban los niños. Cuando me he acercado, el jabalí… el jabato había salido huyendo. Perseo estaba en el suelo, con la cabeza metida en un charco, así que he ido corriendo a levantarlo. Tu otro nieto se había subido a un árbol.

Ferenice se volvió de nuevo hacia Nabis.

—¿No acabas de decir que le habías tirado una piedra al jabalí?

—Sí, abuela. Me he subido al árbol para apuntarle mejor. Le he atizado en toda la cabeza.

—¿No será que estabas huyendo del jabalí?

—¡No, abuela! —Esta vez los ojos del niño se empañaron de verdad—. ¡Soy un espartano, no puedo huir!

—Mejor que no hayas huido —dijo Gorgo—. Los niños no tienen que ser cobardes.

—¡Yo no soy un cobarde!

Ferenice meneó la cabeza. Mejor sería dejar correr aquel asunto. Perseo no le tenía miedo a nada, pero Nabis no era ni de lejos tan valiente. O cambiaba, o cuando entrara en la *agogé* en unos pocos días lo iba a pasar muy mal. En Esparta no había nada peor que ser un *tresas*, un «temblón».

Ferenice volvió su atención hacia Gorgo. La niña se había agachado sobre Perseo y estaba haciendo algo con el borde de su peplo.

—¿Le estás limpiando la sangre con la túnica?

—Como tú antes. ¿No se hace así?

—Te va a caer una buena regañina en casa cuando te vean con esa mancha.

En ese momento, Perseo abrió los ojos. Tenía la cabeza de la niña encima, a apenas un palmo de la cara.

—¿Eres una ninfa? —preguntó.

Ella soltó una risita.

—No soy una ninfa. Soy una niña. Me llamo Gorgo.

Perseo no parpadeaba. Ferenice comprendió que la hija de Cleómenes le había gustado. No le extrañó. Había visto a crías más guapas que Gorgo, pero ninguna con unos ojos tan grandes y expresivos. Si nada se torcía, iba a convertirse en una joven muy atractiva. «Esperemos que en la forma de ser no salga a su padre», se dijo.

Perseo se incorporó y se llevó la mano a la cabeza.

—Me duele —se quejó y se miró la palma. Se había manchado, porque la herida todavía sangraba un poco.

—¿No sabes lo que ha pasado? —le preguntó Ferenice—. ¿No te acuerdas del jabalí?

—Del jabato, mi señora —puntualizó Pausanias, agachando la vista—.

Con tu permiso.

Perseo meneó la cabeza, confuso, y volvió a mirar a Gorgo, como si los ojos de la muchacha fueran de piedra de Magnesia.

—No había ningún jabalí —dijo.

—Sí lo había —replicó Pausanias.

—No me acuerdo —aseguró Perseo, volviendo a mover la cabeza a ambos lados.

Ferenice miró de reojo a Nabis. Al escuchar que su hermano no recordaba lo del jabalí, había levantado los hombros como si le acabaran de quitar de encima un saco de piedras.

O de mentiras, se dijo Ferenice.

—Es normal que el muchacho no se acuerde.

Al oír aquella voz retumbante, Ferenice volvió la mirada hacia la puerta. Por ella acababa de entrar un hombre alto, de barba y cabello muy negros, vestido con una túnica roja que se pegaba a su torso revelando unos músculos que parecían de bronce. Llevaba en una mano dos pequeñas sandalias manchadas de barro y en la otra un estrecho ceñidor de piel.

—¡Tío Leónidas!

Gorgo se levantó, corrió hacia el recién llegado y saltó a sus brazos, lo que hizo que el hombre soltara las prendas de la niña para agacharse y atraparla al vuelo. Al enderezarse de nuevo, reparó en la presencia de su sobrino Pausanias.

—¿Qué haces tú aquí?

Pese a lo tímido que era el joven, con su tío parecía capaz de hablar sin repetirse, atrancarse ni ponerse colorado. Ferenice, que conocía a Leónidas desde hacía mucho, pensó que aquel hombre irradiaba un aura de serenidad que, a su vez, infundía confianza en los demás. Sin duda, mucha más confianza de la que podría inspirar jamás su hermanastro, el rey Cleómenes.

Cuando Pausanias terminó de explicar la historia de los Platanistas y el jabalí que habían adoptado como mascota, Leónidas le dijo:

—Mejor será que te encargues de que ese animal no haga daño a nadie más.

—Sí, tío. —Pausanias hizo ademán de irse, pero luego pareció recordar algo y se volvió para despedirse de Ferenice con una leve inclinación de cabeza—: Adiós, señora. Espero que tu nieto se ponga bien.

Ella correspondió con una suave sonrisa. El joven volvió a dirigirse a la puerta y de nuevo se detuvo, esta vez para dar un beso a su prima en la mejilla antes de salir corriendo.

Una vez que Pausanias se hubo ido, Leónidas echó un poco la cabeza atrás para mirar a su sobrina con gesto grave.

—¿Qué te he dicho yo, Gorgo? Si te escapas otra vez, no volveré a salir de paseo contigo.

La niña desvió la mirada y, ensortijándose un mechón de pelo con el dedo, respondió:

—Yo no quería escaparme. Es que me han entrado ganas de correr.

Al ver que Leónidas apenas lograba disimular una sonrisa bajo la espesa barba negra, Ferenice pensó: «Buenas piezas de críos tenemos». El instinto natural de los niños siempre era desobedecer y seguir su propia y caprichosa voluntad. En eso, la educación espartana resultaba paradójica: se enseñaba a los chicos a doblegarse a la ley y a sus mayores, recurriendo a la vara y al látigo cuando era menester; pero también se los sometía a tales condiciones que necesitaban recurrir al engaño y al hurto para sobrevivir en la instrucción. La mezcla justa de disciplina e iniciativa de la que salían grandes guerreros y generales.

Los mejores del mundo.

—¿Por qué has dicho que es normal que mi nieto no recuerde lo que ha pasado, Leónidas? —preguntó Ferenice, poniéndose de pie y dándole la mano a Perseo para que hiciera lo propio.

—Suele ocurrir con los golpes en la cabeza. He visto a muchos guerreros que, después de sufrir un golpe en el yelmo, no recuerdan ni tan siquiera haber participado en la batalla, y eso después de matar a más de un enemigo.

Sin soltar a la niña, Leónidas se acercó a Perseo y le apartó un poco el pelo para examinar la brecha.

—Tu primera herida de guerra. No será la última, espartano.

—¡Pero yo no me acuerdo!

Leónidas se acomodó a Gorgo en el brazo izquierdo y levantó el derecho para mostrarlo a los demás. Allí, en el antebrazo, tenía una cicatriz que se extendía casi desde la muñeca hasta el codo.

—¿Ves esta herida?

—¡Hala, qué larga es!

—Imagínate lo que pudo sangrar. Pues no me di cuenta de que la tenía hasta que terminó la batalla, y todavía hoy sigo sin saber quién demonios me la hizo ni cómo. ¿Ves? Hay heridas del cuerpo que no se recuerdan. En el fondo, eso es una suerte.

—¿Y las heridas del alma, Leónidas? —preguntó Ferenice.

Leónidas la miró y levantó una ceja.

—Esas son peores, mi señora. Roguemos para que ninguno de estos niños tenga que sufrirlas.

«Pero las sufrirán —pensó Ferenice, recordando la profecía del adivino—. Vaya si las sufrirán».

Era la primera noche que Perseo pasaba sin su hermano, al que por la mañana se habían llevado a la *agogé*. Ambos habían llorado: Nabis porque no quería ir y Perseo porque no quería quedarse solo en palacio. Compadecida de él, Ferenice lo había hecho venir a sus aposentos para que cenara con ella. También se hallaba presente Hipólito, el pedagogo, para el que Perseo se había convertido en la única tarea.

Al ver a su nieto tan triste, Ferenice decidió recurrir a una historia que nunca fallaba, un relato que solía contarle a ambos mellizos y que hacía que se troncharan de risa.

—No te preocupes, Perseo —le tranquilizó—. Ahora te crees muy infortunado porque tu hermano se ha ido y tú te has quedado solo en palacio. Pero la suerte puede cambiar.

—No sé cómo —respondió el niño con aire mohíno, removiendo el caldo con la cuchara y apartando a un lado y otro los trozos de cebolla y vísceras.

En un rincón de la estancia, una joven con labio leporino tocaba una triste melodía con la lira. Ferenice le hizo un gesto para que cambiara a una pieza más alegre y dijo a su nieto:

—¿Sabes que yo era la niña más fea de Esparta?

—Sí, abuela. Siempre nos lo cuentas a Nabis y a mí.

Su hermano y él solían decir: «No nos creemos que fueras tan fea, abuela. Eres muy guapa. ¡Hasta eres más guapa que mamá!». Comentario que a su madre, Pércalo, cuando alcanzaba a oírlo, le hacía torcer el gesto como si la hicieran tragar una cucharada de vinagre. Y su abuela contestaba: «Lo era, y mucho. Algún día, cuando seáis mayores, os contaré cómo dejé de serlo». Pues a Ferenice, como buena narradora, le gustaba racionar sus relatos para darles más interés.

—Pero es que no te haces idea de lo fea que era —insistió Ferenice ahora —. ¡Más fea que una Gorgona!

Por pura costumbre, Perseo levantó la mirada. Su abuela abrió los ojos como dos platos y sacó la lengua en un gesto que, se suponía, debía convertir en piedra a todo el que lo mirara. El niño conocía muy bien la historia de las Gorgonas: a él le habían puesto el nombre del antepasado de ambas casas reales, el mismo Perseo que mató a Medusa, la única Gorgona mortal, y le cortó la cabeza. Cuando su abuela hacía el gesto, Nabis y él tenían que taparse la cara rápidamente.

—¡Te he convertido en piedra, Perseo! —exclamó ahora Ferenice.

Al ver que su nieto no le seguía el juego, la mujer decidió no insistir en la broma.

—¿Quieres que te cuente algo que nunca os he contado antes?

Casi sin querer, Perseo se interesó.

—¿No nos lo has contado?

—No, ya te lo he dicho.

—¿No lo sabe ni Nabis?

—Claro que no. ¿Cómo se lo iba a contar a él solo si estáis siempre juntos?

Por más que Perseo echara de menos a su mellizo, el privilegio de conocer algo reservado únicamente a sus oídos suponía una tentación irresistible.

—Cuéntamelo, abuela.

—Sigue cenando, que todavía te queda caldo —dijo Ferenice, cruzando una mirada rápida con el pedagogo, que asintió con gesto grave.

Perseo metió la cuchara en el cuenco y se la llevó a la boca. Normalmente tenía buen apetito; tanto que comía casi el doble que su hermano. Hipólito lo regañaba a veces, asegurando que la frugalidad era una de las mayores virtudes espartanas. Pero su abuela tenía impartidas órdenes de dar de comer a su nieto lo que este fuera capaz de devorar, ya que saltaba a la vista que todo lo que ingería lo gastaba o lo convertía en hueso y músculo. «Heracles no se convirtió en el mayor héroe de Grecia comiendo solo coles y nabos», solía decir.

—No te creas que, cuando digo que era fea, exagero —prosiguió Ferenice —. Era tan fea que, de haber sido varón, los ancianos del consejo me habrían abandonado en el monte Taigeto como hacen con los niños deformes. Mi propia madre estaba tan horrorizada por mi cara de sapo que se le cortó la leche, y tuvieron que pagar a una nodriza llamada Glicía para que me diera el pecho.

Lo de tener nodriza no era algo que extrañase a Perseo. Su hermano y él habían compartido la misma, una mujer robusta y descarada llamada Amiclas que seguía sirviendo en palacio. Ella se lo recordaba de vez en cuando: «Os habéis criado a mis pechos». «¿Eso no lo hacen las madres?», preguntaba Nabis. «Sí, anda que ibais a catar vosotros la ambrosía de los divinos pechos de vuestra madre», respondía Amiclas.

Por aquel entonces, eran demasiado jóvenes para captar el sarcasmo.

—Glicía me tenía mucho cariño pese a que yo era más fea que un cardo borriquero seco —continuó Ferenice—. Todos los días me llevaba a Terapne, al otro lado del Eurotas, ante el altar de Helena.

Al mencionar el nombre de la hija de Zeus y Leda, Ferenice se llevó a los labios una medalla con su efigie y la besó. Después prosiguió su relato.

—Allí me colocaba en el suelo, delante de la estatua de Helena, y le rogaba: «¡Por favor, hija de Zeus, tú que por tu belleza provocaste la mayor guerra que el mundo ha conocido, libera a esta niña de su extrema fealdad!».

—¿Y qué pasó entonces, abuela? —preguntó Perseo. Casi sin darse cuenta, había terminado con el tazón de caldo. A un gesto de Ferenice, una criada puso ante el niño un platito con una porción de queso fresco de cabra con miel. Perseo se lo comió en apenas seis bocados y después se chupeteó los dedos.

—Pues un día en que la nodriza me traía de vuelta del santuario, se

encontró con una mujer muy alta y de porte noble, a la que no conocía ni de vista. «¿Qué llevas en los brazos?», le preguntó la mujer. «Nada», contestó Glicía, que me estrechó en su regazo y me tapó aún más, pues mis padres estaban tan avergonzados de mí que le habían ordenado que no me enseñara a nadie. Pero como la mujer se empeñó tanto, al final me descubrió la cara.

»La desconocida me acarició la cabeza, pese a que tenía el pelo tan fino y quebradizo como el de una rata, y dijo: “Esta niña llegará un día a ser la mujer más bella de Esparta”.

—¿Quién era esa mujer, abuela?

Ferenice miró de reojo a la criada y a Hipólito, que sonrieron. Como respuesta, le acercó a Perseo el medallón.

—¿Era la diosa Helena? —preguntó el niño.

—¿Quién si no? Desde ese mismo día, empezó a cambiarme la cara. Se me quitaron los ojos de sapo, el pelo de rata y la nariz de cerdito, y empecé a ser, y perdóname la inmodestia, una niña bastante guapa.

Lo cierto era, como comprendería Perseo con los años, que entre las muchas virtudes de su abuela una de las ausencias más conspicuas era la de la modestia. Pero ahora estaba demasiado embelesado con el relato para poner pegas.

—¿Y por eso te casaste con el abuelo, porque el rey se tiene que casar con la mujer más guapa? —quiso saber Perseo, pensando en su propio futuro. Casi inconscientemente, se le pasó por la cabeza la imagen de aquella niña, Gorgo, a la que había conocido unos días antes, cuando el jabalí le golpeó en la cabeza. Sin saber muy bien por qué, al pensar en ella se ruborizó.

Ferenice soltó una carcajada.

—Las cosas no son tan sencillas.

—Señora —intervino Hipólito—, ¿no crees que Perseo es demasiado joven para escuchar…?

—¡Pamplinas! Esto es Esparta, no una ciudad de mojigatas como Atenas.

Ferenice le contó una historia un tanto enrevesada para que un niño de siete años comprendiera todos los pormenores. Aunque Perseo retuvo en la memoria todo lo que pudo, muchos detalles los completaría con los años. De otros, los que con el tiempo provocaron un vuelco radical en su vida, nunca llegaría a estar del todo seguro.

Antes de casarse con el rey Aristón, explicó Ferenice, ella había sido durante un breve tiempo esposa de un noble guerrero llamado Ageto, hijo de Alcidas. Ageto y Aristón eran íntimos amigos, por lo que se visitaban y cenaban juntos a menudo. Como subrayó Ferenice, los espartanos no eran como otros griegos, que mandaban a sus mujeres a cenar al gineceo, de modo que ella y el rey Aristón se veían bastante. Ambos se habían enamorado y empezaron a intercambiar notas en secreto.

—No es que yo quisiera cometer adulterio —puntualizó Ferenice—, sino casarme con el rey.

—¿Qué significa adulterio, abuela?

—Algo que no existe en Esparta —intervino Hipólito en tono severo.

—Vuelve a hablar sin mi permiso y te mando a dormir junto a la puerta de las letrinas —dijo Ferenice, levantando un dedo admonitorio hacia el pedagogo.

Después volvió a beber de su copa de vino, responsable en buena parte de que estuviera relatando tales confidencias a su nieto. Este también comprendería, con el tiempo, que Ferenice, una gran conversadora, apenas se hablaba ni con su taciturno hijo ni con su antipática nuera, por lo que siempre estaba deseando charlar con otras personas.

—La cuestión es que yo quería casarme con el rey —repitió Ferenice, sin explicar aquel término, «adulterio», que había despertado la curiosidad de Perseo.

Aristón ya estaba casado en segundas nupcias, pero ni de estas ni de las primeras había conseguido engendrar un heredero para el trono. Por eso, Ferenice lo convenció para que repudiara a su esposa, aunque no debía hacerlo hasta que llegara el momento conveniente. En cuanto a ella, para librarse de su marido Ageto tuvo que urdir un plan más complicado. Si bien las espartanas gozaban de más libertad que las demás mujeres griegas —«Para eso somos las únicas que parimos hombres de verdad»—, dicha libertad no era tanta como para divorciarse unilateralmente.

—Tu abuelo Aristón tenía un caballo semental llamado Sirio. Gracias a sus descendientes, tu padre ganó el triunfo en las carreras de cuadrigas de Olimpia, como ya te habrá contado él.

Perseo asintió. Aun siendo tan joven, ya contemplaba con cierto escepticismo esa victoria de la que tanto se ufanaba su padre. Ni había corrido

él, sino los caballos, ni tan siquiera había manejado las riendas de la cuadriga, ya que lo había hecho el auriga Teleclo.

Ferenice continuó. Su marido, Ageto, era un fanático de los caballos y ansiaba poseer ese semental para mejorar su propia cuadra. A sugerencia de Ferenice, Aristón le propuso a su amigo: «Por el aprecio que te tengo, estoy dispuesto a regalarte cualquier cosa que tú elijas de entre mis posesiones». «¿Cualquier cosa?», preguntó Ageto. «La que sea —insistió el rey—. La única condición es que tú hagas lo mismo y me entregues lo que yo escoja».

—Aprende la lección, Perseo —dijo Ferenice, bebiendo otro sorbo de vino—. Nunca debes prometer algo a ciegas. Zeus lo hizo con Sémele y se arrepintió cuando ella…

Hipólito carraspeó, aunque no se atrevió a interrumpir a Ferenice. Esta se lo pensó mejor y, omitiendo la historia de Sémele y el nacimiento de Dioniso, continuó con su relato.

—Ageto había pensado que él no poseía nada tan valioso como el semental del rey. Además, sospechaba que este le iba a pedir una vajilla de electro de Corinto de la que estaba encaprichado.

»Para refrendar su pacto, ambos juraron por lo más sagrado, las aguas de la Estigia. Fíjate si es importante ese juramento que los mismísimos dioses tienen que respetarlo, si no quieren ser desterrados del Olimpo.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Perseo. No tenía prisa por que su abuela acabara el relato, ya que sabía que después lo mandarían a la cama y era la primera noche que iba a pasar solo en la alcoba sin su hermano.

Una vez intercambiados los votos, prosiguió su abuela, cada uno solicitó su deseo. Como era de esperar, Ageto pidió el semental y el rey se lo entregó. «Ahora, pídeme tú lo que quieras», dijo Ageto. Y tal como había planeado ella, Aristón respondió: «Dame a Ferenice».

Fue entonces, y no antes, cuando el rey repudió a su mujer, ya que de haberlo hecho con anterioridad podría haber despertado sospechas en su amigo. Al darse cuenta de que había caído en una trampa, Ageto se mesó los cabellos y se rasgó las vestiduras. Pero no había nada que pudiera hacer. Por el más sagrado de los juramentos, debía renunciar a su esposa, la mujer considerada más bella de Esparta.

—Y así —concluyó Ferenice, revolviendo el flequillo dorado de su nieto — fue como me casé con tu abuelo Aristón, y yo sí que le di un hijo, tu padre

Damarato, que a su vez os engendró a tu hermano Nabis y a ti. Y por eso estás ahora aquí, con tu abuela, en este palacio, y por eso también, como ya es tarde, Hipólito te va a llevar a la cama.

Perseo no comprendió demasiado la lógica del último razonamiento de su abuela, pero sabía que cuando daba una orden era inflexible como un general, así que se levantó, la besó en ambas mejillas y siguió al pedagogo a su dormitorio.

De noche le costó conciliar el sueño, porque antes de dormirse solía librar con su hermano una batalla de almohadas en la que ambos desfogaban energías. Además, cada poco rato se volvía hacia la cama de Nabis, que estaba al alcance de su brazo, y, al palparla y notarla vacía, se amohinaba de nuevo.

No obstante, Perseo acabó cerrando los ojos y su respiración se hizo profunda y acompasada. Pero apenas llevaría durmiendo una hora cuando lo despertaron unos gritos que provenían del piso de arriba, donde estaba la alcoba de su madre.

Se sentó en la cama. Al hacerlo, se dio cuenta de que tenía la vejiga llena. Demasiados tazones de caldo, seguramente, aunque él no pensó en la relación entre ambos hechos: las ganas de orinar eran un fenómeno natural, o más bien una especie de posesión demoníaca que, como pasaba con el hambre o el frío, le interrumpía cuando más entretenido estaba jugando o haciendo alguna otra cosa.

En la misma situación, Nabis habría orinado en la bacinilla que tenían al pie de la cama, e incluso para eso habría pedido a Perseo que le agarrara la mano antes de poner los pies en el suelo, pues le daba mucho miedo la oscuridad.

A Perseo no. Había perdido ese temor un año antes. Hasta entonces, había sufrido una pesadilla recurrente, en la que se le aparecía un fantasma que habitaba en palacio. Según contaban los criados para asustarlos a Nabis y a él, se trataba de un tal Eufaes, un mesenio asesino de críos espartanos.

En sus sueños, Eufaes lo atacaba en cualquier rincón o pasillo oscuro de palacio, con un cuchillo ensangrentado en una mano y una antorcha en la otra. Cuando Perseo intentaba huir de él, descubría que sus piernas no le obedecían y se volvían torpes y lentas como leños. Una vez que el fantasma lo apresaba, la tortura a la que sometía al niño no era acuchillarlo, sino hacerle cosquillas. Pero Perseo no se despertaba precisamente entre carcajadas, sino temblando y a veces llorando de miedo.

Hasta que, con seis años, dentro de su sueño decidió tomar el control. «No soy un niño —le dijo al fantasma—. ¡Soy el hijo del rey de Esparta y este es mi palacio!». En aquel momento atacó a Eufaes a patadas y puñetazos, hasta que hizo huir al fantasma. La pesadilla todavía se repitió unas cuantas veces, pero el espectro se llevó tantas palizas que debió de convencerse de que con aquel niño tan agresivo no tenía nada que hacer y se esfumó de sus sueños para atormentar los de algún otro.

Poco tiempo después, cuando su padre le asignó como maestro de armas a un veterano guerrero llamado Fénix, este descubrió que, de los impulsos que los humanos comparten con los animales cuando se enfrentan a un peligro —esconderse como los conejos, huir como los ciervos o atacar como los leones —, Perseo únicamente parecía tener uno.

Atacar.

Cuando Perseo se levantó de la cama, el contacto de las baldosas frías en los pies desnudos aumentó sus ganas de orinar. La única luz que alumbraba la estancia era la que provenía de dos lámparas de aceite que ardían bajo sendas imágenes de terracota de Cástor y Pólux, patrones de Esparta y protectores de los mellizos. Pero sus llamas temblonas eran suficientes para que Perseo llegara hasta la puerta y la abriera, levantando el pomo con ambas manos para evitar que rechinara sobre sus goznes.

Salió de puntillas hasta el patio norte, donde se erguían dos altos cipreses. Se había levantado un viento bastante fuerte que agitaba las puntas de sus copas en una especie de duelo de lanzas, acompañado por el susurro de las hojas. Aquello habría provocado el pánico y la huida de Nabis, pero a Perseo no le daba miedo. Le gustaba orinar entre ambos árboles, levantando la mirada hacia las estrellas. Al hacerlo experimentaba una extraña libertad y, además, se sentía poderoso proyectando el chorro lo más lejos posible. Sobre las tejas del segundo piso se levantaba la constelación de Orión. Más abajo, todavía invisible hasta que llegara la canícula, se hallaba Sirio, el perro de caza de Orión que, curiosamente, se llamaba igual que el caballo que el rey Aristón le había regalado a su amigo, el primer marido de Ferenice.

Mientras vaciaba la vejiga, Perseo se preguntó qué habría pasado si su abuela no se hubiera casado con Aristón y hubiese seguido con su primer esposo. En tal caso, su padre Damarato no sería rey, con lo cual él tampoco tendría que serlo y ahora podría estar en la *agogé* con Nabis.

En aquel momento no se le ocurrió pensar que, si su abuela hubiera

seguido casada con otro hombre, el hijo que hubiese nacido de aquel matrimonio no habría sido Damarato y, por lo tanto, él mismo jamás habría podido llegar a la existencia. Pues si había algo que el niño daba por sentado en el mundo era que él, Perseo, existía.

Se disponía a regresar a su cubículo cuando oyó de nuevo los gritos que lo habían despertado. Provenían del piso de arriba, de la balaustrada de madera que corría sobre la parte sur del patio de los cipreses.

—¡… Me pongas la mano encima!

Era la voz de su madre. Cuando chillaba con esa estridencia, sonaba como cuando alguien pasaba las puntas de un rastrillo por una losa de pizarra. Pero a Perseo le inquietaba todavía más su otra voz, la fría, la que sonaba más gélida que el viento que bajaba del Taigeto en la época de las nieves. Esa misma mañana la había escuchado, cuando Nabis acudió a despedirse de ella y quiso saltar sobre su regazo y abrazarla. Ella, que estaba observando cómo las criadas tejían, había frenado a Nabis con la punta de los dedos, sin apenas hacer fuerza.

—Quieto ahí. Me vas a estropear el vestido.

A Pércalo nunca le había gustado abrazarlos, porque se le arrugaba la ropa. Del mismo modo que se arrugaban los labios si los fruncía para darles un beso. ¿Quién habría inventado aquella estúpida costumbre de besar? Algún bárbaro, seguro, se contestaba ella misma. Con lo cual, Nabis había marchado al campamento sin besos ni abrazos, únicamente con un consejo: «Pórtate como un espartano y no me dejes en mal lugar delante de las otras madres».

Aquellas muestras eran más que suficientes para que Perseo empezara a intuir que ni él ni su hermano iban a obtener jamás el cariño de su madre, por la sencilla razón de que la bella Pércalo era incapaz de experimentar tal emoción.

No obstante, seguía siendo su madre, y su grito hacía suponer que alguien la estaba amenazando. Como su abuela le había explicado, Perseo era descendiente de Heracles y, como tal, su misión era «defender a los débiles y poner orden en el mundo». Fuese quien fuese el que trataba de intimidar a su madre, él le daría una lección.

A la luz de la luna, Perseo buscó un arma en el suelo. Junto a un banco de mármol encontró una rama y una piedra. La primera era como una lanza o una espada, propias de un guerrero valiente. La segunda, en cambio, servía para

herir a distancia como las flechas y las jabalinas que disparaban los cobardes y los persas.

Para él, no cabía duda.

Pertrechado con la rama, Perseo subió la escalera que llevaba al gineceo de su madre. Pesaba tan poco todavía que los peldaños de madera no llegaron a rechinar bajo sus pies. Al llegar arriba, giró hacia la izquierda y pasó entre las columnas de cedro que sujetaban el artesonado, buscando la habitación de su madre.

La puerta de la alcoba estaba entreabierta. De ahí provenían las voces. Desde el patio no había llegado a escuchar la de su padre, porque Damarato procuraba hablar en susurros.

—No grites, mujer. No des un escándalo.

Si Pércalo apenas soportaba el contacto físico, Damarato añadía a esa intolerancia la de las voces y los ruidos. Si le hubieran dejado a él, el palacio de los Euripóntidas habría sido más que una morada de vivos un santuario de héroes ya muertos y silenciosos.

Perseo se asomó a la puerta. Allí estaban su padre y su madre, de frente, separados por un par de metros y alumbrados por las llamas de un pebetero y varias velas. Damarato tenía las manos pegadas a los muslos, y abría y cerraba los dedos como si se contuviera para no levantar los brazos. Pércalo gesticulaba, se inclinaba hacia él y lo señalaba. Los ojos del rey estaban entrecerrados, como dos rendijas inexpresivas. Los de ella, tan abiertos que se veía el blanco rodeando el intenso azul de sus iris.

La violencia contenida en aquella escena se correspondía con la de la pintura que se veía detrás de ellos. Se trataba de un fresco que fascinaba e inquietaba a Perseo, y que su padre detestaba. Su madre se lo había encargado a Aglaofón de Tasos, uno de los pintores más afamados de Grecia. La pintura representaba a un hombre desnudo, con la rodilla izquierda apoyada en el suelo y la pierna derecha extendida. Una mujer ataviada con una túnica azul le pisaba la corva, le tiraba del pelo con una mano y con la otra levantaba el tirso que se disponía a clavarle a modo de lanza. Otra mujer vestida de malva le agarraba del brazo izquierdo, mientras que por detrás una tercera levantaba una gran piedra para aplastarle la cabeza.

Perseo, que ya había aprendido a descifrar las letras, sabía por los rótulos que el hombre se llamaba Penteo y que aquellas mujeres furiosas eran su

madre Ágave y sus tías Ino y Autónoe. Como su propia madre no le había querido explicar en su momento la historia detrás de aquel fresco («¿Por qué está esa mujer tan enfadada con su hijo?», le había preguntado), Perseo había acudido a su abuela para averiguarlo. Ella le contó que Penteo era rey de Tebas y que quería prohibir en su ciudad el culto orgiástico de Dioniso. Por eso se había colado de forma subrepticia en una de sus fiestas, ataviado con ropas femeninas. Pero las mujeres lo habían descubierto y, poseídas por la locura dionisíaca, lo habían despedazado.

La imagen irradiaba algo aterrador, que atraía y estremecía al mismo tiempo a Perseo. Aquel hombre, Penteo, de nombre tan parecido al suyo, se hallaba indefenso ante una fuerza mucho más brutal, mucho más primordial que la de una falange de soldados.

Como niño que era, Perseo todavía conocía poco de los oscuros secretos del dios Dioniso. Pero era ya entonces la deidad favorita de su madre, que además de aquel fresco tenía en la alcoba un pebetero de bronce cuya pata representaba a un sátiro y una ménade abrazados en una posición harto indecorosa. Pércalo también demostraba su veneración a Dioniso libando vino en su honor desde que se levantaba hasta que se le cerraban los párpados por la noche. Por suerte para ella, su naturaleza era tan resistente que ni entonces ni más tarde se le abotargaron los rasgos como suele ocurrir con quienes abusan de la bebida.

—¿Te da vergüenza que grite? ¡¿Te da vergüenza que grite?! —exclamó la madre de Perseo, subiendo cada vez más el tono.

—¡Chsssss! No levantes la voz así en mi palacio.

—Será tu palacio por tanto tiempo como yo quiera.

Su madre había bajado la voz tanto que se convirtió en un siseo venenoso como el de una serpiente. Perseo no pudo distinguir las palabras que decía a continuación, pero sí se percató de cómo afectaban a su padre, que hundió los hombros y apretó los puños.

—Cada uno tiene que aceptar su destino —dijo Damarato.

Perseo contuvo el aliento. Sabía que estaba siendo testigo de algo que no debería presenciar, pero sus piernas se habían vuelto rígidas como dos tablones.

—Deja de hablar de destino —respondió Pércalo—. Yo tenía mi destino. ¡Fuiste tú quien me lo arrebató!

Los ojos de su madre parecían soltar relámpagos. La ira de su padre era siempre fría, reconcentrada, una ira dirigida hacia dentro, lo que explicaba que siempre se anduviera quejando del estómago. En cambio, la de su madre era tempestuosa como la de Zeus, y su voz subía y bajaba igual que lo hace el retumbar de los truenos conforme la tormenta se acerca o se aleja.

—Eso no era un destino —replicó Damarato—. ¿Te habrías conformado con ser una espartana más? Gracias a mí eres reina.

—¿Que gracias a ti soy reina? En buena hora me dejé raptar por ti. Podría haber sido reina con él. *Todavía* podría ser reina con él.

—Cállate ya, mujer. No sabes lo que dices.

—Él es mucho más hombre que tú. Merece ser rey cien veces más que tú.

«¿Él?», se preguntó Perseo. ¿Quién era él? ¿De quién estaban hablando?

—Deja de provocarme o conocerás mi ira, mujer.

—¿Conocer tu ira? ¿Conocer tu ira? —Su madre hacía aspavientos, con las manos contraídas como garras y los labios recogidos, enseñando los dientes en una mueca feral—. Para sentir ira hay que tener sangre. ¡Pero tú tienes las venas tan secas como el miembro!

—Para tenerlo seco, he sido capaz de engendrar dos varones sanos, no como él.

Pércalo soltó una carcajada desdeñosa.

—¿Dos varones sanos? ¡Qué sabrás tú!

«Está hablando de nosotros», comprendió Perseo. ¿Acaso Nabis y él no estaban sanos? ¿Le pasaba algo a su hermano? ¿Estaba enfermo y por eso decían que se lo habían llevado al campamento? Preocupado por la idea, Perseo no escuchó bien la siguiente frase de su padre, pero sí la respuesta de su madre.

—Él es mucho más hombre que tú. Por lo menos, sabe cómo dar placer a una mujer.

—¿Has dicho «sabe»? ¿Has dicho «sabe»?

Fue entonces cuando su padre levantó la mano en ademán de abofetearla. Pero su madre respondió, con unas eses tan silbantes y venenosas como si por su boca brotara la ponzoña de la Hidra de Lerna:

—No te atrevas a ponerme la mano encima, *rey* de Esparta. No te atrevas a hacerlo si quieres mantener lo que tienes y no te mereces.

Su padre detuvo la mano a apenas un palmo del rostro de su madre. Durante unos segundos pareció como si sus dedos libraran una batalla entre ellos, retorciéndose en el aire como culebras. Por fin, cerró el puño, se giró hacia la puerta y caminó hacia ella mientras mascullaba:

—¡Puta!

Solo entonces, cuando se dio cuenta de que su padre venía hacia él, Perseo recuperó el control de sus piernas y salió corriendo escaleras abajo, saltando los peldaños de dos en dos. A sus espaldas escuchó la voz de Damarato preguntando: «¿Quién anda ahí?», pero ya no se detuvo hasta llegar a su habitación, cerrar la puerta tras de sí y esconderse debajo de la manta.

«Lo que tienes y no te mereces». ¿Qué había querido decir su madre? La frase le obsesionó durante unos días.

Después la olvidó, y no comprendería su significado hasta trece años después.

# 2

Esparta, verano de 492 a. C.

Fue en el segundo día de las fiestas Jacintias cuando los dioses decidieron abatir su hacha sobre la cabeza de Perseo. No lo hicieron de repente ni de forma espectacular: ni cayó sobre su cabeza el rayo de Zeus ni lo infectó ninguna flecha de Apolo. Fueron más sutiles, más insidiosos. Pero, cuando con el tiempo recapacitó sobre todo aquello, no albergó ninguna duda: fue en aquel día cuando el destino que creía grabado en piedra empezó a cambiar.

La víspera había sido una jornada de luto en Esparta. Se hicieron sacrificios y se entonaron cantos fúnebres por Jacinto, al que el disco lanzado por su amante Apolo le había abierto la cabeza. Pero se trataba de un luto contenido, pues todo el mundo sabía que al día siguiente empezarían los auténticos festejos.

En la segunda jornada se celebraba el renacer del héroe. La mayoría de los ritos y competiciones se realizaban en una amplia pradera, en la que había espacios abiertos para las carreras y los diversos certámenes, pero también plátanos y robles cuya sombra agradecían los asistentes. Aunque acababa de empezar el verano, el viento Noto arrastraba desde hacía dos días una turbia calima que se había aposentado como un velo ocre sobre el valle del Eurotas. La temperatura era más propia de la canícula que de los días del solsticio y se escuchaban más cantos de chicharra que de pájaro.

Desde el amanecer se estaban celebrando competiciones de todo tipo: carreras a pie y a caballo, saltos, lucha, pugilato. Incluso, a pesar del accidente que había sufrido el héroe Jacinto, se lanzaban pesados discos de bronce, que volaban girando por el aire como símbolo del recorrido del sol en el cielo.

Había, asimismo, coros masculinos y femeninos de diversas edades. Algunos se limitaban a cantar, y los chicos o las chicas que los formaban vestían túnicas blancas y se engalanaban con coronas de hiedra. Otros

bailaban representando escenas de la vida y la muerte del héroe, y en estos coros los muchachos iban desnudos y las jóvenes llevaban ropas tan ligeras que enseñaban más de lo que ocultaban. Los nativos, más acostumbrados al espectáculo, observaban a los danzantes con esa mirada tan espartana que parecía estar de regreso de los confines del mundo. En cambio, a los forasteros que habían acudido desde sus ciudades a presenciar las Jacintias se les iban los ojos detrás de las muchachas; todos los griegos estaban acostumbrados a ver a los efebos ejercitarse desnudos, pero el espectáculo de los muslos femeninos y algún que otro pecho que se escapaba de la túnica era privativo de Esparta.

A Perseo también se le iban los ojos. Pero en su caso lo hacían con envidia, observando las competiciones en las que no podía participar.

Acababa de cumplir dieciocho años. No era ningún niño, pues; pero el pedagogo que los había llevado a su hermano y a él de la mano desde críos seguía acompañándolo. Hipólito se ponía siempre a una distancia discreta, dejándole espacio para moverse por su cuenta, pero sin perderlo de vista por si le hacía falta algo.

Desde los siete años, cuando llevaron a su hermano al campamento de la *agogé*, Perseo se había acostumbrado por obligación a estar solo. No en el sentido literal, porque en el palacio Euripóntida siempre había personas atentas a él. Hipólito, y también Céfalo, su maestro de letras y leyes, y Fénix, su instructor de armas y gimnasia, más todos los sirvientes y los parientes de su padre. Y su abuela Ferenice, por supuesto.

Los más distantes, de hecho, eran su padre y su madre, cada uno por motivos diferentes. En el caso del rey Damarato, porque su personalidad era lejana, seca y nudosa como un olivo. En el de su madre, que tampoco era un paradigma de cariño, porque pasaba cada vez más tiempo fuera de palacio en casa de su hermano Demármeno.

Al menos, eso era lo que ella alegaba. Perseo ya tenía edad suficiente para escuchar ciertos rumores. Incluso se decía que Pércalo visitaba a veces a su antiguo prometido, Latíquidas, primo de Damarato.

A raíz de su relación con Pércalo, ambos primos se habían convertido en enemigos irreconciliables. Damarato, cuando ya había fecha para la boda, se había adelantado a Latíquidas raptando a Pércalo, un procedimiento arcaico que, sin embargo, conservaba su validez legal. A Perseo le extrañaba mucho que un hombre tan frío como su padre hubiese recurrido al rapto, hasta que su

propia madre, en un día de sinceridad ebria, le confesó que quien la tomó en brazos para subirla al carro no fue el mismo Damarato, sino un fornido sirviente suyo; sirviente que, a juzgar por la forma en que Pércalo hablaba de él, en algún momento debía de haber gozado de sus favores.

En cualquier caso, no era tanto el amor como la ambición lo que había hecho a Pércalo decidirse por Damarato en lugar de Latíquidas: por aquella época el rey Aristón estaba muy enfermo y se preveía que en pocos meses su hijo Damarato subiría al trono, como de hecho sucedió. Pero, a no mucho tardar, la relación entre Pércalo y Damarato se había agriado tanto que ella había dejado de compartir su lecho —de eso, Perseo estaba seguro— para compartir de nuevo el de Latíquidas —algo que Perseo consideraba probable, pero de lo que no tenía constancia fehaciente.

De todos modos, y descontando a sus padres, que no contaban como compañía de ningún tipo, por más moradores que tuviera el palacio Euripóntida, Perseo se veía privado de la sociedad de jóvenes de su edad, ya que no le estaba permitido confraternizar con los hijos de la servidumbre. Se suponía que la cercanía y el ejemplo de los adultos lo harían madurar antes, tal como se esperaba de un futuro rey; pero anhelaba la amistad de sus iguales, esa amistad que los críos de otras ciudades disfrutaban de forma natural y en Esparta de un modo más reglamentado en los campamentos de la *agogé*.

Esa soledad forzosa tenía otra contrapartida. Perseo se había acostumbrado a la intimidad y a tener a su alrededor un espacio vacío que su hermano, criado en los barracones de la *agogé*, desconocía. Sin darse cuenta, le había tomado el gusto a ese aislamiento. Ahora, mientras paseaba por el prado de Jacinto y contemplaba las competiciones, se sentía algo agobiado por la multitud. En general, la gente le abría paso, sobre todo al ver a los dos guardias reales que lo seguían a escasa distancia. Aunque habían embolado las puntas de las lanzas en honor a las fiestas Jacintias, eran hombres escogidos por su fuerza y estatura, y las astas de fresno, aun sin la moharra de hierro, podían resultar de lo más convincente.

Con todo, había gente que no se apartaba, ya fuera por pura imposibilidad física en medio de la aglomeración o porque sentía la curiosidad de acercarse e incluso tocar al hijo del rey. Entre las personas que hacían un esfuerzo por arrimarse a él, una mujer que tendría la edad de su abuela le tendió un trozo de pan con una tajada de carne.

—¡Cordero braseado con tomillo! ¡Para que sigas creciendo tan guapo, joven Perseo!

Él tomó aquella ofrenda espontánea y sonrió. Apenas pudo darle las gracias a la mujer, pues su hermano Nabis no dejaba de tironearle de la túnica para arrastrarlo al lugar donde se celebraban las carreras.

—¿Te vas a comer eso?

—Vaya que si me lo voy a comer —dijo Perseo, hincándole el diente al cordero. La carne estaba tierna y jugosa, pero aunque hubiera sido de oveja anciana se la habría comido igual. Ya pasaba del metro ochenta y tenía una musculatura que superaba a la de muchos guerreros adultos. Para mantener ese cuerpo, su estómago no dejaba de exigir alimento, tan insaciable como la fragua de Hefesto pidiendo leña.

—¿Y si esa vieja quería envenenarte?

—Estamos en Esparta, Nabis, no en Persia. ¿Quién va a querer envenenarme?

Llegaron por fin al borde de la pista de carreras, delimitada con estaquillas y cordeles. Acababa de terminar la carrera de los diecisiete años, e iba a empezar la de los meleirenes, el grupo de los dieciocho. Era la final, y en ella competían los cinco mejores, uno por cada batallón de las tribus. Los corredores, ataviados tan solo con un taparrabos, aguardaban la señal de salida. Mientras que los muchachos que habían corrido antes tenían las cabezas rapadas o el pelo muy corto, según la edad de cada grupo, los meleirenes ya empezaban a llevar el cabello más largo. Cuando se convirtieran en espartiatas, a los veinte, se les permitiría hacerse trenzas con él.

—Qué injusta es la vida —comentó Nabis.

—¿Por qué?

—Yo, que puedo participar, tengo las piernas cortas y siempre me quedo fuera en la primera eliminatoria. Tú, que podrías ganar a todos estos, no puedes competir porque no perteneces a ningún batallón.

En decir que las piernas de Nabis eran cortas había algo de eufemismo, pues también las tenía un tanto torcidas.

—No necesito pertenecer a ningún batallón —respondió Perseo.

—Ya. Un día los mandarás a todos. Ja. Como hace padre.

Perseo no contestó. Su padre había dejado desde hacía tiempo todas las campañas militares en manos de Cleómenes, pero eso no significaba que, llegado el momento, él fuese a hacer lo mismo. Aunque no estaba en la *agogé*, Perseo llevaba ejercitándose con armas desde antes que ningún otro muchacho espartano. Sabía que había nacido para ello. Lo veía en los ojos de su instructor Fénix, lo veía en los ojos de los guerreros adultos a los que derrotaba desde que tenía tan solo quince años.

Y también se lo decían el roble del escudo y el fresno de la lanza, que se convertían en prolongación de su cuerpo cuando los empuñaba. «Has nacido para nosotros, Perseo», le susurraban.

Los gritos de los espectadores le avisaron de que la carrera ya había empezado. Perseo salió de su ensimismamiento y miró a su derecha, por donde venían los corredores.

—¡Mira, Perseo! —exclamó Nabis, señalando a un muchacho un poco más bajo que los demás y de tez muy morena—. ¡Ese es el mío! ¡Ánimo, Nicanor! ¡Pitana *nikâi*!

—Pues va el último.

—Espérate y verás.

Al final de la pista se alzaba un poste en el que los atletas tenían que dar la vuelta. Nicanor pasó el último, pero como el centro de su peso estaba más cerca del suelo, perdió menos tiempo en la curva. Tras agarrarse al poste para girar, se propulsó en la salida y empezó a ganar velocidad.

—¡Míralo! ¡Mira cómo mueve las piernas! —exclamó Nabis.

Los demás meleirenes mantenían la cadencia de la carrera, e incluso uno de ellos, el que hasta entonces había marchado el primero, se estaba desfondando. Pero las piernas de Nicanor, más cortas que las de sus rivales, se habían acelerado tanto que parecían un borrón. Tenía una forma de correr muy peculiar, con las manos rígidas y abiertas y el torso recto como una lanza.

—¡Vamos, Nicanor! ¡Vuela!

Nabis se había apartado un poco de su hermano para acercarse a un grupo de chicos de su edad que también llevaban pañuelos rojos. Gritaban cada vez más fuerte, y cuando cinco metros antes de la meta Nicanor adelantó a todos sus rivales, empezaron a brincar agarrándose unos a otros por los hombros

mientras animaban:

—¡Pitana, Pitana, Pitana! ¡Pitana *nikaî*, Pitana *nikaî*!

Después se saltaron el cordel que delimitaba la pista y corrieron hacia la línea que servía a la vez de salida y de meta. Allí auparon en hombros al vencedor, que levantó los brazos al cielo para ofrecer su victoria a Jacinto y a su divino amante, Apolo. Después, cuando lo dejaron en el suelo, Nabis se abrazó a Nicanor.

—Se ve que tu hermano es muy popular entre sus compañeros.

«¿Popular?», se preguntó Perseo. Nicanor se había dejado abrazar por Nabis, con las manos rígidas al costado. No parecía una forma muy efusiva de responder a ese gesto.

Se volvió hacia el hombre que le había hablado. Su instructor Fénix se había acercado tan sigiloso como un zorro, algo que cuadraba bien con su rostro estrecho y su nariz afilada. Aquel hombre se deslizaba al moverse como el agua de un arroyo que pasa sobre las piedras.

Fénix no venía con nadie. Era un hombre solitario, algo inusual en una ciudad como Esparta. Perseo nunca le preguntaba por su pasado, pero le habían contado algo de él. Si bien Fénix se había educado en el campamento como los demás espartanos, cuando llegó la hora de convertirse en uno de los Iguales, no pudo aportar la suficiente renta como para entrar en un *pheiditíon*, una de las mesas comunales donde los ciudadanos se reunían a cenar casi todas las noches.

La pobreza había relegado a Fénix a *móthax*, espartano de segunda clase. Mas, en lugar de resignarse a ese papel como hacían otros, Fénix había viajado a Asia Menor, donde luchó como mercenario, primero al servicio del rey Darío y después contra él. En alguna de sus muchas batallas y escaramuzas se había dejado dos dedos de la mano derecha, pero con los tres que le quedaban se las arreglaba para empuñar la lanza mejor que muchos otros soldados con cinco.

Aunque Fénix no era un ciudadano de primera, y aunque el hecho de dejarse pagar por el rey Damarato para instruir a su hijo acarreara la vergonzosa servidumbre de depender de otro para ganarse la vida, en opinión de Perseo no había nadie en Esparta que comprendiera el arte de la guerra como él.

—¿Has visto la carrera? —preguntó Perseo.

Fénix asintió.

—Sé lo que estás pensando, Perseo.

—¿Y cuándo no lo sabes?

El instructor soltó una especie de tos que podía interpretarse como una carcajada.

—Crees que podrías haber ganado, ¿verdad?

—¿Y tú no?

—Probablemente sí, a no ser que ese muchacho sea incluso más rápido de lo que parece y haya reservado fuerzas.

—Le habría sacado por lo menos cinco pasos en la meta —dijo Perseo. No era bravuconería: había corrido mentalmente al lado de los cinco jóvenes durante el trayecto entero y conocía bien sus propias posibilidades.

—Tal vez sí —reconoció Fénix—. Tanta distancia como le habrías sacado al que ha ganado el lanzamiento de disco.

Perseo asintió con tristeza. También podía saltar más lejos que los demás, golpear más rápido y duro con los puños y derribar a casi cualquier rival en la arena.

—¿De qué sirve ser el mejor si nadie te puede ver? —se quejó—. Es como pintar un cuadro en el fondo de una cueva a la que jamás entrará la luz.

Fénix le apretó el hombro.

—Ten paciencia, Perseo. Tu momento llegará. Y, cuando así sea, brindarás a Grecia un espectáculo como nunca ha contemplado. ¡Un rey ganando batallas con su propia lanza!

Dicho esto, Fénix se alejó. Era incluso más reacio a las muchedumbres que Perseo.

«Un rey ganando batallas con su lanza», se repitió Perseo. Fuerte y valeroso como Heracles o Aquiles, los mayores héroes de la historia, pero sentado en el trono que ellos nunca llegaron a tener.

Era un hermoso sueño. Pero, por el momento, le habría gustado brindar un espectáculo más cercano, el de un príncipe heredero llegando el primero en la carrera, derribando a sus rivales en el pugilato o lanzando la jabalina más lejos que nadie.

—¿Por qué tanto empeño en competir? —le había preguntado Damarato unos días antes. Como solía ocurrir, él mismo había contestado su propia pregunta—: No tienes paciencia para esperar a que yo muera y quieres que todo el mundo te alabe a ti.

—No es eso, padre.

—Quieres superar mis triunfos. Pues espérate a heredar mi cuadra y llegarás tan alto como yo.

—Ya —se limitó a responder Perseo, con poco entusiasmo.

Su padre se refería a la que consideraba su mayor proeza: era el único rey de Esparta que había conseguido triunfar en la carrera de cuadrigas de Olimpia. Pero a Perseo no le convencía aquella clase de triunfos. Su victoria olímpica significaba únicamente que Damarato, gracias a su influencia y sus riquezas, poseía los mejores caballos y había elegido al auriga más hábil para manejarlos. En persona, él no había ganado nada.

Perseo se sentía sobrado de energías y ansiaba demostrarlas como fuese. No quería que los demás lo admiraran por sus riquezas ni por la nobleza de su familia —tal vez porque daba ambas cosas por descontadas—, sino por su agilidad y su fuerza. Las palabras de Fénix se le habían quedado grabadas.

«Brindarás a Grecia un espectáculo como nunca ha contemplado. ¡Un rey ganando batallas con su propia lanza!».

—Tío Cleómenes, prima Gorgo, os presento a mi amigo e invitado Temístocles, el ateniense —dijo Pausanias.

Al ver que el rey de Esparta le tendía la mano, Temístocles se la estrechó con cierta precaución. Aunque sus dedos estaban encallecidos a fuerza de remar en los barcos de su propia flota, cuando Cleómenes los apretó con aquella manaza de oso tuvo que contener un gruñido de dolor. El rey Agíada era un hombre grande, media cabeza más alto que él, de musculatura recia que hablaba de un pasado atlético y estómago prominente que revelaba un presente entregado a los placeres de la mesa. Por lo que calculaba Temístocles, se acercaba ya a los sesenta años. Sus movimientos y ademanes conservaban la energía y vivacidad de un hombre de menos edad, si bien el negro exagerado del tinte que obviamente se aplicaba al cabello y la barba lo envejecían más que lo rejuvenecían.

«Que no se diga que un ateniense es menos hombre que un espartano», pensó Temístocles, sobrellevando el apretón como mejor pudo.

Era la primera vez que Temístocles visitaba la capital de Laconia. Para los atenienses, se trataba de una ciudad temida y soñada, admirada y aborrecida a la vez. Los espartanos, sabedores de esa aura de misterio y encantados de mantenerla, se hacían los remolones a la hora de recibir extranjeros. Y mucho más si los visitantes eran atenienses. «Es porque estamos convencidos de que nos vais a corromper», le había explicado Pausanias a Temístocles.

—¿Así que has venido a disfrutar de las fiestas Jacintias? —preguntó Cleómenes, soltándole por fin la mano—. Recibimos muchos visitantes en estas fechas, pero suelen venir del Peloponeso, no de tan lejos como Atenas.

—Oh, Atenas y Esparta no están tan lejos.

«Tú bien lo sabes», estuvo a punto de agregar, pero se mordió la lengua por no ofender a su interlocutor.

Cleómenes había estado en Atenas en varias ocasiones, y no precisamente de visita. En la primera ocasión, casi veinte años atrás, había comandado la expedición militar que sirvió para derrocar al tirano Hipias, lo que le granjeó una gran popularidad entre los atenienses.

Popularidad que había perdido en buena medida cuando regresó dos años después. En esta ocasión lo hizo para instalar en el poder al oligarca Iságoras, un amigo tan íntimo que permitía al rey espartano acostarse con su esposa incluso en su presencia. Pero a Cleómenes, que no llevaba suficientes hombres, la jugada le había salido tan mal que acabó sitiado en la Acrópolis y al final tuvo que abandonar Atenas con un salvoconducto y el rabo entre las piernas.

En su empeño por instaurar una oligarquía en Atenas, Cleómenes todavía había dirigido una tercera campaña dos años después. Temístocles la recordaba perfectamente, ya que a la sazón era ya un efebo en edad de tomar las armas. En aquella ocasión, Cleómenes reclutó un gran ejército en el que formaban también los corintios, arcadios y otros aliados de la Liga del Peloponeso, con los que marchó contra Atenas sin revelar que su propósito era, de nuevo, entregarle el poder a Iságoras. Sin embargo, ya lo hizo por él su colega en el trono, Damarato, que informó de sus intenciones a los aliados y consiguió que abandonaran a Cleómenes cuando estaban a una jornada de llegar a Atenas, acusándolo de intrigar en su propio beneficio. Aquello no había contribuido precisamente a mejorar las relaciones entre ambos reyes.

Ya habían pasado catorce años de aquella intentona. Cleómenes parecía haber comprendido, por fin, que era mejor no inmiscuirse en la política de

Atenas y desde entonces había empleado su considerable energía en incrementar el poder de Esparta en el Peloponeso.

Aunque las ideas políticas de Cleómenes, amigo de instaurar oligarquías, y de Temístocles, partidario de derrocarlas, no podían ser más distintas, el ateniense comprendía que el rey Agíada, mucho más activo e intervencionista que su colega Damarato, era el aliado que necesitaba en la inminente guerra contra los persas.

Porque Temístocles tenía la intención de que aquella guerra se hiciera a su manera. Y para eso había venido a Esparta como huésped de su amigo Pausanias.

—Mi sobrino cuenta cosas increíbles de ti, Temístocles —dijo Cleómenes —. ¿Es verdad que puedes recordar todos los nombres y las caras de las personas a las que conoces?

Temístocles miró de reojo a la hija del rey, que al lado de su padre parecía más menuda de lo que era. Debía de tener algo menos de veinte años, una edad a la que en Atenas ya estaría casada; por lo que le habían contado, las muchachas espartanas lo hacían a una edad algo más tardía. Aun así, Pausanias le había comentado que en Esparta se empezaban a hacer cábalas sobre quién se casaría con Gorgo. Era de todo el mundo sabido que su padre la quería tanto —o la consentía tanto, según las malas lenguas— que, como si fuera una Helena rediviva, le había prometido que ella misma podría elegir a su pretendiente.

Curiosamente, al contárselo Pausanias se había ruborizado, lo que en alguien pelirrojo y de tez tan blanca como la suya suponía encenderse como si lo alumbrara por dentro la mismísima Eos, «la aurora de rosados dedos».

Era obvio que al joven le atraía su prima. Temístocles no podía reprochárselo. Gorgo era guapa, sin ser una belleza exuberante; sobre todo, tenía algo especial en la mirada. Sus ojos transmitían inteligencia y también pasión, teñidas ambas de una extraña melancolía que la hacía parecer mayor de lo que era, como si arrastrara con ella las vidas y la sabiduría de incontables mujeres que habían vivido antes que ella. De haber sido un artista, Temístocles le habría pedido a Gorgo que le permitiera usar su rostro como modelo para representar a Atenea.

Y por alguna razón, esos ojos, que lo estaban mirando con una franqueza poco habitual en una mujer griega, le hicieron desear impresionarla.

—Puedo recordar muchas cosas —reconoció—. Si queréis ponerme a prueba con algo, estoy dispuesto.

—¡Padre, deja que ponga a prueba al extranjero! —pidió Gorgo, con un entusiasmo que le devolvió por un instante su verdadera edad.

—Ahora no es un extranjero —respondió Cleómenes—. Es un griego entre griegos, que ha venido a tratar conmigo la mejor forma de salvar la libertad de Grecia contra la amenaza persa. Pero ponlo a prueba, puesto que a él no le importa.

Gorgo tragó saliva y después, con las manos a la espalda en un gesto que involuntariamente realzaba sus pechos, empezó a recitar la lista de los reyes Agíadas. Lo hizo de carrerilla, aunque en un par de nombres se frenó un poco y desvió la mirada a la izquierda con un gesto que Temístocles había observado en muchas personas cuando trataban de invocar algo desde el fondo de su memoria.

—… Y de León nació mi abuelo Anaxándridas, y de este mi padre Cleómenes —concluyó la joven, casi sin aliento.

Temístocles, que había escuchado con toda atención, pensó si debía rizar el rizo para impresionar todavía más a sus anfitriones, y en particular a aquella joven de los ojos tristes y hermosos.

«Qué demonios, ¿por qué no?», se dijo y empezó a recitar la lista al revés.

—Tu padre Cleómenes nació de Anaxándridas, y este de León, Euricrátidas, Anaxandro, Eurícrates, Polidoro, Alcámenes, Teleclo, Arquelao, Agesilao, Doriso, Labotas, Equéstrato, quien nació de Agis, que fue el que dio nombre a vuestra dinastía. Agis a su vez nació de Eurístenes, gemelo de Procles, antepasado de la dinastía Euripóntida. Tanto Eurístenes como Procles nacieron de Aristodemo, que nació de Aristómaco, este de Cleodeo, este de Hilo, y este, por último, de Heracles.

Gorgo aplaudió entusiasmada.

—¿Veis? Ya os lo había dicho —comentó Pausanias mirando a Gorgo con una sonrisa radiante. A Temístocles le resultó curioso: era como si Pausanias quisiera impresionar a su prima no mediante un logro propio, sino de un amigo. Siempre observador, reparó en las miradas y gestos de ambos. Cada vez veía más palmario que Eros había clavado una de sus flechas en Pausanias, pero que, para su desgracia, Gorgo no lo iba a corresponder jamás.

Cleómenes, mirando de soslayo a Temístocles con los ojos entornados, le preguntó:

—¿Te has aprendido esa lista antes de venir aquí para impresionarme?

El ateniense se encogió de hombros.

—Si tengo que impresionarte para que escuches la propuesta que quiero hacerte y para que Atenas y Esparta traten con los persas con una sola voz, estoy dispuesto a aprenderme el censo de todos vuestros ciudadanos. ¿Sois muchos?

Cleómenes no dijo nada durante unos segundos. Después, soltó una enorme risotada y palmeó la espalda de Temístocles. Este resistió como pudo aquel empellón que estuvo a punto de arrojarlo de bruces sobre la hierba.

—¡Por un momento he estado a punto de decírtelo, ateniense! —respondió Cleómenes—. Pero ese es un dato que los enemigos de Esparta estarían deseando conocer, y tú y yo todavía no nos hemos emborrachado juntos como para compartir esas intimidades.

Refiriéndose al misterio del que gustaban rodearse los espartanos, Clístenes, mentor de Temístocles, solía decir: «Esparta es el enigma de la Esfinge, envuelto en el velo brumoso de Afrodita y tapado por el yelmo de invisibilidad de Hades».

—Esparta y Atenas no son enemigas ahora, rey Cleómenes —sentenció Temístocles—. Yo no tengo el menor recato en decirte cuántos hoplitas podemos movilizar cuando llegue el momento de enfrentarnos juntos a los persas.

—No hace falta que me digas ese número, ateniense. Lo conozco perfectamente. Tengo ojos y oídos en todas partes, ¿lo sabías?

—No lo dudo, rey Cleómenes.

El rey puso ambas manos en los hombros de Temístocles y lo miró fijamente a los ojos. Después de un escrutinio que pareció durar una eternidad, se apartó de él diciendo:

—Ahora el protocolo exige que hable con mi colega Damarato, algo que me apetece tanto como que me saquen una muela. Pero más tarde, cuando caiga el sol y no haga tanto calor, tú y yo conversaremos. ¡Prometido!

Con esto, y con una última sonrisa de Gorgo, que Temístocles encontró sutil y encantadora, padre e hija se alejaron por el prado.

Temístocles se dio cuenta de que había estado conteniendo un escalofrío mientras sostenía la mirada de Cleómenes. Ciertamente, era un hombre inquietante. Cuando algo le interesaba, sus ojos se encendían como brasas y se clavaban en su interlocutor con una fijeza inusitada. Pero después, justo al despedirse de él, aquellos ojos se habían apagado, convirtiéndose en dos bolas opacas de obsidiana que no emitían ningún reflejo.

Era la mirada de un depredador, de alguien que evaluaba a las personas como objetos que podía utilizar o desechar. Temístocles sabía que él mismo podía ser así, pero no llegaba a tales extremos. Detrás de las pupilas de Cleómenes anidaba una inteligencia inhumana, mucho más fría que la suya.

Y, con todo, Temístocles tenía que arreglárselas para manipular a aquel hombre, alguien acostumbrado a manipular a los demás, y que además era el más poderoso de Grecia.

El ateniense se frotó las palmas de las manos en los antebrazos. Las tenía empapadas en sudor, y no se debía tan solo al bochorno de la calima. Si no jugaba bien sus dados, era posible que no saliese vivo de Esparta. Pese a que en Atenas ostentaba la magistratura de arconte epónimo, lo que implicaba que tenía el honor de dar nombre a aquel año, su visita a Esparta no era oficial, ya que no se habían intercambiado heraldos ni embajadores entre ambas ciudades para prepararla. Él había venido como huésped particular de Pausanias, lo que significaba que su persona no era inviolable.

Y de inviolabilidad diplomática se trataba. De quebrantarla, por ser más precisos. Lo que significaba quebrantar también los preceptos de Zeus y de unas cuantas divinidades más.

«¿Por qué no dejan de sudarme las manos?», se preguntó, frotándose casi con rabia.

La respuesta era tan sencilla que no se la podía ocultar aunque lo intentara.

Tenía miedo.

El miedo, Fobos, era la emoción más natural e instintiva en los humanos. Pero en el caso de Temístocles no se trataba del miedo físico a morir, sino del temor al fracaso, a perder la vida sin dejar huella en el mundo. Ahora, pensando en lo que quería conseguir con aquella arriesgada visita a Esparta, el ateniense se repitió la frase que siempre le servía de arenga en tales casos.

«Haré cosas grandes. Haré cosas grandes y les demostraré a todos quién

soy».

Si Temístocles se había sentido impresionado por la presencia intimidante de Cleómenes, a ojos de Pausanias lo había sabido disimular. El joven se sentía muy satisfecho de la exhibición memorística de su amigo y de la seguridad con la que se había dirigido a su tío.

Una seguridad que él mismo, su único sobrino, seguía sin sentir después de tantos años de tratar con él.

Temístocles se quedó un rato pensativo acariciándose la barba, que llevaba perfectamente recortada y subrayaba unos rasgos morenos y afilados que podrían haber pasado por fenicios. Después sorprendió a Pausanias preguntándole de sopetón:

—Dicen que tu tío es un gran general. ¿Es eso cierto?

—Si por general entiendes aquel que gana batallas…

—¿Y qué quieres que entienda si no?

Pausanias miró a ambos lados. Había demasiada gente cerca, hablando en corros, bebiendo vino y disfrutando de los pinchos de carne de los sacrificios. Buscando discreción, se llevó a Temístocles a una zona algo más apartada, a pleno sol. Guiñando los ojos por la luz, que con aquellas pestañas tan claras le molestaba bastante, le explicó:

—Mi tío no respeta nada que no sea su propia voluntad. Le dan igual las normas humanas o las leyes divinas. Ni tan siquiera respeta su propia palabra.

—Hasta ahí, no me has contestado —dijo Temístocles, sin alterar el gesto —. ¿Es buen general o no? ¿Nos puede hacer ganar la guerra contra los persas?

Pausanias resopló, inseguro.

—Si te parece que un hombre sin escrúpulos puede ser buen general…

Temístocles soltó una carcajada.

—Ese es precisamente mi tipo de general.

—¿Conoces la historia de la batalla de Sepea?

—Alguna noticia nos llegó a Atenas en su momento.

—Yo estuve allí, con mi tío. —Pausanias hizo un gesto para alejar el mal —. Vi sus triquiñuelas, sus engaños… Todo.

—Cuéntame. Pero hazlo mientras vamos hacia allá. —Temístocles señaló un pequeño soto cerca del río, en una zona alejada de las celebraciones—. Si seguimos al sol, te vas a poner tan rojo que no se va a notar dónde acaba la túnica y dónde empieza la piel.

Mientras caminaban hacia la arboleda, Pausanias le habló de aquella batalla, que se había librado dos años antes entre los espartanos y sus enemigos ancestrales, los argivos.

—Tras unas primeras escaramuzas, con los dos ejércitos formados a poca distancia uno frente a otro, mi tío envió a dos heraldos Taltibíadas para que pactaran una tregua de siete días con los de Argos. Su propuesta era reunirse con los gobernantes argivos durante la tregua para llegar a un acuerdo.

—Y ellos aceptaron.

—Así fue. Pero tres noches después, al empezar la tercera guardia, mi tío ordenó despertar a todo el mundo y formar en silencio para lanzar un ataque. Cuando le pregunté si le parecía bien romper una tregua de aquella manera, ¿sabes qué me contestó?

—Dímelo tú.

—«Donde no llegue la piel de león, un parche de piel de zorro viene muy bien».

Temístocles soltó una carcajada. Ya habían llegado a la sombra de los alisos y se sentaron sobre un tronco caído y cubierto de liquen.

—¡Tu tío es un auténtico sabio! A partir de ahora, me apropio de ese refrán.

Pausanias recordaba perfectamente la conversación que había mantenido con su tío. Mientras los soldados desayunaban a oscuras y se aprestaban a empuñar las armas, Cleómenes se había agachado para agarrar con sus manazas una piedra que no pesaría menos de ciento cincuenta kilos y, usando al mismo tiempo las piernas y los riñones, la había levantado del suelo.

—¿Ves? Puedo hacerlo —le dijo a Pausanias con un gruñido y después la soltó de golpe, tan cerca que faltó una pulgada para que se machacara los dedos de los pies—. Pero que sea capaz no significa que me apetezca levantar esta roca todos los días.

—No entiendo el símil, tío.

—Del mismo modo que yo puedo alzar en vilo esta piedra, los espartanos

podemos derrotar a cualquier ejército del mundo, por preparado que esté. Pero si engañamos al adversario para pillarlo por sorpresa, empleamos menos esfuerzo y perdemos menos hombres. Y esos recursos nos son imprescindibles: fuerza y soldados. ¿Comprendes por qué?

Pausanias había asentido.

—Por los ilotas.

—Así es, Pausanias. No olvides cuán pocos somos nosotros y cuánto nos odian los ilotas. Nos comerían crudos, pero incluso nuestros supuestos aliados periecos nos devorarían como cuervos carroñeros si olfatearan nuestra debilidad. Por eso debemos ahorrar nuestras fuerzas y mantener a todos aterrorizados con nuestra reputación de invencibles.

El cielo apenas empezaba a agrisarse cuando los espartanos cargaron contra los argivos. Estos, desprevenidos y confiados en la tregua que habían jurado poniendo a los dioses por testigos, apenas tuvieron tiempo de organizar las filas. El ala derecha, donde se desplegaban las tropas más disciplinadas, aguantó la acometida durante un tiempo. El resto, sin esperar tan siquiera a la primera embestida, se dio a la desbandada en dirección a Argos, que no distaba mucho del campo de batalla.

—Los argivos del flanco derecho tampoco resistieron demasiado —explicó Pausanias—. Cuando quisieron huir, les teníamos cortada la retirada a su ciudad. No les quedó más remedio que refugiarse en un encinar sagrado que estaba consagrado a Argos Panoptes, el vigilante de los cien ojos.

—Esa historia del bosque sí la he oído, pero me han contado versiones contradictorias. ¿Qué ocurrió?

—Entre hoplitas y acompañantes, se refugiaron allí seis mil hombres. En un bosque sagrado como ese, que rodea a un santuario, no se pueden cortar ni siquiera ramas para hacer fuego. Incluso las que caen al suelo las dejan allí, consagradas a Argos. Así que nosotros no nos atrevíamos a profanarlo entrando en él para perseguir a nuestros enemigos.

—Sospecho que «ese vosotros» no abarcaba a todo el mundo…

Pausanias asintió.

—Sospechas bien. Los espartanos somos muy religiosos, pero mi tío es una excepción, pese a que como rey tiene que sacrificar en nombre de la ciudad y es sacerdote de Zeus Lacedemón.

»Primero intentó hacer salir a los argivos prometiéndoles impunidad, siempre con juramentos, y conforme salían los hacía asesinar. Cuando ya habían muerto más de cincuenta, los que estaban en el encinar se dieron cuenta y se negaron a salir.

Temístocles movió la cabeza a un lado, en gesto apreciativo.

—No está mal. A esas alturas tu tío había violado una tregua y unos juramentos de inmunidad. Ni el propio Sísifo respetó menos a los dioses.

—Pues todavía quedaba lo peor. Como veía que era imposible hacer salir con promesas a los argivos refugiados entre los árboles, Cleómenes ordenó a los ilotas que nos acompañaban que prendieran fuego al bosque. El adivino Megistias le advirtió de que Esparta pagaría cara aquella tropelía.

Mientras se lo contaba a su amigo, Pausanias entornó los ojos, recordando.

—Quiero que vayas al otro extremo del bosque y des la orden de prenderlo.

—Pero, tío, se han acogido a sagrado. ¡Los dioses nos castigarán!

Cleómenes le agarró del brazo y sus dedos de bronce le apretaron hasta dejarle marcas.

—Que se jodan los dioses.

—Pero, tío…

—Por mí los pueden sodomizar a todos en fila: a los olímpicos, los de las aguas saladas y los del Hades. ¡Tú haz lo que te digo y prende fuego a ese puto bosque!

La escena que presenció a continuación no dejaba de repetirse en sus sueños. Cuando en días como el de hoy se sacrificaban víctimas en los altares, el olor a carne chamuscada le recordaba cómo el bosque de Argos se había convertido en un infierno rugiente del que salían huyendo los argivos, con las ropas y los cabellos en llamas, para ser masacrados por los soldados y los ilotas que rodeaban el bosque. La mayoría de los enemigos, no obstante, perecieron abrasados o asfixiados entre las encinas, mezclando sus cenizas con las de los árboles sagrados.

Pero todos esos detalles Pausanias prefirió omitirlos. Simplemente

resumió:

—Allí murieron seis mil argivos. Pero mi tío no se quedó contento con ello, sino que nos hizo marchar al templo de Hera, el santuario más importante de los argivos, para hacer un sacrificio a la vista de las murallas de Argos.

—Si no fuera un símil vulgar —comentó Temístocles—, diría que eso es como arrancarle a alguien un ojo y orinar en el hueco.

—Algo así. Un sacerdote del templo se lo quiso impedir, porque los extranjeros no pueden ofrecer sacrificios allí. Pero mi tío hizo que lo azotaran allí mismo y ofreció el sacrificio en persona.

Temístocles contó con los dedos.

—Uno, dos, tres, cuatro sacrilegios en una sola campaña. Y el caso es que tu tío parece gozar de la salud de un roble.

—No te burles de los dioses, Temístocles.

—No lo hago, solo constato un hecho. ¿Qué ocurrió luego?

—Después de humillar a los argivos en su propio santuario, regresamos por fin a Esparta. Desde entonces, los de Argos no han levantado cabeza.

—Lo que explica que hayan entregado a Darío el agua y la tierra que les pide.

—¿El agua y la tierra? ¿Qué quieres decir?

Temístocles palmeó el muslo de su amigo y se levantó.

—Tengo entendido que acaba de llegar una embajada persa.

—Así es.

—En ese caso, pronto sabrás qué significan el agua y la tierra. Pero, si tu tío sigue siendo la clase de persona que me has descrito, creo que los embajadores de Darío se van a llevar una sorpresa.

—Venga, vamos a ver las pruebas de lucha. ¡Todavía nos da tiempo a ver la final! —exclamó Nabis, tironeando del brazo de Perseo.

Llevaban así toda la mañana, con Nabis arrastrándolo de una a otra competición.

—Yo creo que tú habrías ganado la carrera de sobra —le dijo a Perseo, mientras lo llevaba al vallado donde se celebraba el pugilato—. Es una pena

que no participes. ¿Por qué nunca te animas?

—Ya sabes la cara que pondría padre. —Perseo apretó los labios entre los dientes y enronqueció la voz—. «Un rey ha de estar por encima de todo, incluso de los ganadores».

Nabis se rio. Él no tenía que apretar los labios, pues los tenía tan finos como su padre, y con la pubertad la voz se le había empezado a quebrar como la de un cuervo. Era la viva imagen física de Damarato, pero al menos se reía y hacía bromas.

No por primera vez, Perseo se preguntó si, de joven, su padre habría sido alguien divertido, que reía y bromeaba con sus amigos. Si es que los tenía.

«A lo mejor, antes de casarse con madre lo era», se respondió Perseo. Era algo que solo se atrevía a comentar con su abuela Ferenice, que nunca había soportado a su nuera Pércalo.

Siempre seguidos por los dos guardias, llegaron a las *skámnai*, los rectángulos de arena delimitados por estaquillas donde los contendientes de las diversas edades se enfrentaban entre sí. Nabis señaló al cuadrilátero en el que se iba a librar el combate final de los jóvenes de dieciocho años.

—Mira. Ese es Gerión.

Su hermano le había hablado mucho de él, pero Perseo no lo había visto hasta entonces. De haberlo hecho, no lo habría olvidado. Su verdadero nombre era Posidonio; lo apodaban Gerión por el gigante de tres cuerpos al que Heracles mató en su antepenúltimo trabajo.

Perseo, que no era precisamente bajo, calculó que aquel muchacho le sacaba casi una cabeza. Entre aquellos hombros macizos como yunques habrían cabido tres torsos humanos normales.

—¿No te animas a combatir con él? —preguntó Nabis.

Perseo miró a su hermano para saber si se estaba burlando de él. Parecía hablar en serio.

—¿Tú crees que tendría alguna posibilidad?

—Gerión no es el tipo más ágil del batallón. Podrías darle vueltas hasta cansarlo. ¿No fue así como perdió Milón su último combate?

Nabis se refería a Milón, el luchador de Crotona que se había convertido en una leyenda para todos los griegos. Había vencido seis veces en la prueba

de lucha de las Olimpiadas: una como niño y cinco como adulto. En la séptima ocasión, ya muy veterano, un rival lo había derrotado por puro agotamiento.

Curiosamente, un anciano espectador estaba comentando que el joven Gerión le recordaba a Milón, al que había visto conquistar sus dos últimas victorias en Olimpia.

—Cuando termine de crecer, será incluso más grande que Milón —dijo.

—Eso es imposible —le rebatió otro compañero de su misma edad—. ¡Milón era capaz de llevar un toro sobre sus espaldas, asarlo en una parrilla y comérselo de una sola sentada!

—¡Te digo yo que este muchacho va a ser más grande que él!

—¿No será que como estás encogiendo como la mojama ahora todo te parece más grande que antes?

Ya untado de aceite y embadurnado de una fina capa de arena, Gerión se volvió hacia los compañeros de Pitana que lo jaleaban y levantó los brazos sobre la cabeza. Sus bíceps parecían dos calabazas y por debajo de las axilas sus dorsales se desplegaron como la cola de un pavo real.

Por un momento, Perseo se sintió tentado de quitarse la túnica, saltar la cuerda que delimitaba la arena de la *skámna* y pelear contra aquel titán. A mayor rival, mayor gloria. Después, se palpó su propio brazo, duro como madera de tejo, y tan ancho que incluso con sus grandes manos no terminaba de rodearlo. Pero para abarcar el brazo de Gerión le habrían hecho falta hasta tres manos.

Meneó la cabeza y le dijo a su hermano:

—Si alguna vez peleo con ese buey, será en el pugilato o con lanza y escudo. En la lucha suele ganar el más grande y pesado. Y prefiero que esos brazos no me estrujen las costillas.

—O sea, que le tienes miedo —concluyó Nabis—. No te dé vergüenza, puedes reconocerlo. Todo el mundo le tiene miedo a Gerión.

Perseo pensó en ello. ¿Miedo? No era la palabra adecuada. Fénix le había hablado sobre ello cuando empezó a adiestrarlo.

—Observa a los animales. Cuando se ven amenazados reaccionan de diversas formas, según los dones que en su momento les haya repartido Prometeo. Verás que el león, con su fuerza y sus garras, ataca. La liebre, con

sus poderosas patas traseras, huye. Y la tortuga, con su caparazón inexpugnable, se esconde. Entre los humanos los hay leones, liebres y tortugas. ¿Cuál prefieres ser tú, Perseo?

—¡Yo quiero ser un león! —había contestado él.

Su respuesta había sido instintiva. Había algo en él que le imposibilitaba huir o esconderse: la única respuesta que le parecía natural era atacar.

—Miedo, no —respondió—. Respeto.

—Ya. Y no es lo mismo —dijo su hermano, poco convencido.

—Si compitiera contra él en el pentatlón, le vencería en cuatro de las cinco pruebas. Es absurdo que me enfrente contra él en la única en la que puedo perder.

Uno de los dos ancianos que habían estado discutiendo sobre las proezas de Milón de Crotona se acercó a Perseo y le tocó suavemente en el hombro con el puño del bastón.

—Perdóname, hijo de Damarato.

Perseo se volvió hacia él, inclinando la barbilla desde su mayor altura en señal de respeto por su edad.

—Antes has dicho que en la lucha suele ganar el más fuerte y pesado. Mira hacia allí.

Siguiendo la dirección que le marcaba el bastón del anciano, Perseo observó una *skámna* algo más alejada. Allí estaban luchando dos muchachos que debían de tener once o doce años. A esa edad, según el grado de desarrollo de cada chico, las diferencias de tamaño podían resultar aún más exageradas. En aquel caso lo eran: uno de los dos contrincantes le sacaba al otro casi dos cabezas y su cuerpo era más corpulento en proporción.

Sin embargo, el muchacho de menor tamaño se las había arreglado para colgarse de la espalda del otro y lo tenía agarrado con una llave que Perseo nunca había visto utilizar. Le había rodeado el cuello con el antebrazo derecho y le estaba apretando la garganta. Para evitar que su rival pudiera soltarse, había enganchado la mano derecha en el bíceps del brazo izquierdo, cuya mano, a su vez, estaba apoyada y haciendo presión en la nuca del otro chaval. De esa forma, comprendió Perseo, los dos brazos estaban enlazados y haciendo fuerza al mismo tiempo como eslabones de una cadena casi imposible de separar.

El muchacho más grande se sacudía a un lado y otro para librarse de su rival, pero cada vez lo hacía con más lentitud y desmaña. Finalmente, sus brazos cayeron flácidos a los costados, las rodillas se le doblaron y se desplomó de bruces sobre la arena, con el otro chico todavía colgado a su espalda.

—¡Suéltalo ya, lo vas a matar! —gritó uno de los jueces, golpeando al muchacho más pequeño con el bastón.

Mientras el chico de mayor tamaño seguía tendido en el suelo, inconsciente, los dos jueces debatían entre sí si aquella maniobra era legal o no. Perseo observaba con interés, pues Fénix no le había enseñado ese truco para dejar fuera de combate a un rival, y pensó que podía resultar muy útil.

Antes de que llegara a saber la decisión de los jueces, Nabis le agarró del brazo y tiró de él para darle la vuelta.

—Atiende ahí, te vas a perder el combate de Gerión.

Los dos árbitros de la final habían levantado ya sus varas para pedir silencio. El rival de Gerión se acercó al centro de la *skámna*.

—¡Alceo! —corearon sus compañeros del batallón de Cinosura, agitando los pañuelos azules—. ¡Ánimo, Alceo! ¡Tú puedes con ese oso!

—Lo dudo mucho —musitó Perseo.

El tal Alceo era casi tan alto como el propio Perseo y exhibía una musculatura perfectamente definida. Pero Gerión prácticamente lo doblaba en peso. Parte de dicho peso consistía en grasa, que borraba las líneas de sus abdominales; sin embargo, era evidente que debajo de ella se ocultaba una masa muscular que habría rivalizado con la de un toro.

Los árbitros bajaron las varas y golpearon el suelo dos veces. Era la señal para empezar. Gerión se adelantó hacia su adversario, que se agachó por debajo de sus brazos y pasó a su espalda con la agilidad de una comadreja. Una vez allí, rodeó la cintura de Gerión entrelazando los dedos sobre su ombligo y trató de moverlo. El joven de Pitana soltó una carcajada, tomó aire e hinchó el abdomen como una pelota monstruosa, hasta que su rival no tuvo más remedio que abrir los dedos.

El combate siguió así durante un rato, con Alceo agachándose y rodeando a Gerión para evitar que lo aferrara en una presa. Así se las arregló para eludir cinco ataques y para lanzar varios intentos de llave que cosecharon tanto éxito

como si hubiera intentado derribar a cabezazos las columnas de mármol del santuario de Menelao.

A su sexta arremetida, Gerión consiguió plantar sus zarpas en los codos de su adversario y tiró de él para derribarlo, haciéndolo chocar de cabeza contra su enorme pecho. Eso provocó que el cuello de Alceo se doblara hacia atrás. Gerión le agarró la cabeza y le dio la vuelta para abatirlo, pues necesitaba que su contrincante cayera de espaldas en la arena para puntuar. Lo hizo con una fuerza terrible, y en ese momento se oyó un fuerte crujido, como si alguien hubiera pisado una rama seca.

Alceo se desplomó como un guiñapo. Gerión retrocedió un par de pasos. Los árbitros se acercaron al joven de Cinosura y le ordenaron que se levantara, ya que tenía que caer tres veces en total para perder el combate.

—No se va a levantar —murmuró Perseo.

Pasado un rato, al ver que Alceo no reaccionaba, los árbitros dieron por ganador a Gerión. Sus compañeros saltaron por encima del cordel que delimitaba la arena para felicitarlo. Entre ellos Nabis, que se estrechó contra aquel enorme tórax rebozado de aceite, sudor y arena tratando de abarcarlo en un abrazo. De nuevo, como había hecho Nicanor en la carrera, el vencedor se dejó agasajar por Nabis, sin demasiado entusiasmo, mientras levantaba los brazos y proclamaba como heraldo de sí mismo:

—¡No hay nadie más fuerte que Gerión!

Perseo también pasó el cordel, pero él lo hizo para aproximarse al joven caído. Los árbitros estaban reclamándole que se pusiera en pie, ya que había que dejar libre la arena para la siguiente prueba.

Alceo tenía los ojos abiertos, pero parecía no ver a nadie.

—¡No puedo moverme! ¡No puedo moverme!

Perseo, que había oído aquel chasquido, sospechó que el muchacho se había partido el espinazo. En su carrera de mercenario, Fénix había visto todo tipo de heridas y lesiones, y le había explicado que cuando el cuello se doblaba hacia atrás —por ejemplo, por mirar hacia arriba al trepar al asalto de una muralla— resultaba mucho más vulnerable. Eso le había ocurrido a Alceo al chocar contra la pared humana que era Gerión: había doblado el cuello, y seguramente sus vértebras no habían resistido la salvaje torsión a la que las había sometido el coloso.

Fénix había añadido una lúgubre descripción de los efectos de una lesión así. Cuando alguien se rompía la columna a media espalda, se quedaba paralítico de cintura para abajo; pero si se partía el cuello y no moría directamente, quedaba convertido para el resto de su vida en una cabeza pegada a un cuerpo inerte.

—No tengas miedo —le tranquilizó Perseo, poniendo la mano en el hombro de Alceo, que tenía los ojos anegados de lágrimas—. Has combatido bien contra un rival al que no podías vencer. Pero no te has rendido.

Alceo, que debió de reconocer a Perseo como heredero del trono, dijo:

—¡No siento nada, señor! ¡No siento nada!

Perseo hizo una seña a los compañeros de batallón de Alceo. Entre tres de ellos lo levantaron en brazos, cuidando de doblarle el cuerpo lo menos posible, y se lo llevaron de allí. Alceo lloraba aterrorizado, y sus sollozos se convirtieron en unos aullidos escalofriantes. Sus padres, que habían venido a presenciar el combate, salieron corriendo detrás del grupo que se lo llevaba.

Mientras unos operarios entraban con picos y removían y ablandaban la arena para el salto de longitud, una mujer que estaba en un corrillo dijo lo bastante alto para que se la oyera:

—¡Si fuera mi hijo, preferiría que muriera y se quedara en silencio para siempre antes que oírlo llorar de esa forma!

Algunas mujeres asintieron y las demás callaron. Perseo pensó que, si Alceo se había partido el cuello de verdad, era casi mejor que hubiese muerto. Y después se preguntó si su madre, la Belleza de Hielo, opinaría algo parecido a lo que había dicho aquella mujer.

Sus ojos la buscaron. Estaba a unos treinta pasos de allí, charlando con su abuela, lo cual era ya lo bastante inusitado para llamarle la atención. Pero, además, se había unido a la conversación Gorgo, la hija de Cleómenes. ¿Qué podían tener en común aquellas tres mujeres?

Gorgo también había pasado un rato contemplando las pruebas con tanta envidia como el propio Perseo. Hasta un par de años antes había participado en las carreras con otras doncellas. Más de una vez había ganado, aunque tenía la sospecha de que las demás se dejaban adelantar por ser ella hija de un rey; y no de cualquiera, sino de Cleómenes, del que algunos afirmaban —y los comentarios le habían llegado a su hija— que era lo más parecido a un tirano que había conocido Esparta en toda su historia.

Precisamente era su padre quien le había prohibido volver a participar.

—¿Por qué las demás sí pueden y yo no?

—Eres mi hija —le había respondido él—. Si ganas, no conseguirás más honor del que ya te acompaña por ser la hija de un rey. Si pierdes, nos dejarás en mal lugar a los dos.

Su fiel criada Crino, una laconia alta y cuadrada, tan robusta y contundente como cualquier guerrero, tenía otra explicación.

—Tus pechos han crecido, señora.

No añadió «mucho», pero la joven lo sobreentendió, pues Crino tenía un tórax más bien hombruno, mientras que los senos de Gorgo, aunque firmes, se veían más voluminosos de lo que correspondía al resto de su cuerpo. Desde hacía un tiempo era consciente, a veces de forma dolorosa, de cómo se movían al caminar y, sobre todo, al correr.

—No estaría bien que todos esos forasteros que vienen a olisquear a nuestras mujeres en las fiestas se pongan en celo viendo cómo se bambolean los pechos de la hija del rey —había concluido Crino.

Era bien sabido que los varones de otras ciudades griegas albergaban la calenturienta fantasía de que las jóvenes de Esparta practicaban gimnasia desnudas delante de los hombres. Sin embargo, aunque no llegaban a tanto, sí era cierto que hacían ejercicio con ropas ligeras que les permitían moverse con libertad y que exhibían las piernas por encima de las rodillas. Muchas de ellas se ponían túnicas prendidas únicamente al hombro izquierdo, por lo que a veces, en un movimiento brusco, un pecho asomaba más de lo debido.

En la última carrera femenina, unos veinte metros antes de llegar a la meta, le sucedió así a Teleutia, la prima de Gorgo. La túnica le resbaló, pero ella siguió corriendo sin inmutarse y durante un rato regaló a los espectadores la visión de uno de sus senos. Aunque llegó segunda, la involuntaria exhibición le granjeó más aplausos que a la muchacha que alcanzó la meta en primer lugar.

—Observa cómo mira el ateniense que está con tu primo Pausanias. ¿Qué crees que irá contando de nosotras las espartanas cuando vuelva a su ciudad?

Gorgo se volvió. Con el alboroto de la carrera, no había oído acercarse a Ferenice, la madre del rey Damarato. Pasaba ya de los sesenta años, pero seguía conservando una belleza que parecía emanar de los huesos como un

fluido mágico y suavizar las arrugas de la piel. Además, los ojos le brillaban con una chispa que ya se había borrado en mujeres mucho más jóvenes que ella.

Ferenice saludó a Gorgo como solía, plantándole dos sonoros besos en las mejillas y apretándole los hombros con fuerza. La relación que existía entre ambas desde el día en que se conocieron junto al plátano de Helena era peculiar, considerando que pertenecían a las dos dinastías rivales. Se veían poco, prácticamente solo en rituales públicos donde a ambas familias reales no les quedaba más remedio que coincidir. Pero mientras que los reyes se limitaban a cruzar las palabras mínimas que exigía el protocolo, y aun esas a veces derivaban en agrias discusiones, Gorgo y Ferenice siempre conversaban con gusto.

Gorgo sospechaba que Ferenice veía en ella a la hija o la nieta que no había tenido. A ella misma le habría encantado que Ferenice fuese su abuela, o incluso la madre a la que no recordaba. Las dos se quedaron mirando a Temístocles, que paseaba con Pausanias y no dejaba de hacerle preguntas y señalarlo todo.

—Ahí está el ateniense —comentó Ferenice—. Vino ayer por la tarde a presentarle respetos a mi hijo, aunque sospecho que los negocios que se trae tienen más que ver con tu padre. Un hombre muy amable. Nos ha traído regalos a todos.

—¿Qué te ha regalado a ti, señora?

—Una lira de Mitilene. No es que toque mucha música últimamente, eso es cosa de jóvenes como tú. Creo que ha acertado más con mi nuera. Le ha traído un espejo de tocador con el pie tallado en forma de Afrodita desnuda. Aunque una figura de Narciso habría resultado todavía más adecuada.

Gorgo sonrió ante la malicia de Ferenice. Después, pensando en la imagen de Afrodita sin ropa, sintió un calor interno que hizo que deseara hablar de los asuntos de la diosa del amor.

—Ven, querida —le dijo Ferenice, agarrándola del codo—. Busquemos asiento y algo de sombra. Soy muy mayor para pasar tantas horas de pie al sol.

Entraron en un pequeño cenador delimitado por setos y cubierto por un emparrado que se sostenía sobre una armazón de bronce. En el centro había una fuente y, alrededor, varios bancos de piedra. Ferenice se sentó en el que

más sombra recibía y Gorgo hizo lo propio. En otro banco algo más alejado, un hombre de unos treinta años, con una barba poblada y negra, conversaba con un muchacho que no llegaría a los quince. Hablaban en susurros, pero parecía que el hombre mayor estaba enfadado. Gorgo pensó que debían de ser *erastés* y *erómenos*, amante y amado.

Pensar en las extrañas costumbres masculinas la llevó de nuevo a la conversación que había empezado con Ferenice sobre las mujeres espartanas.

—¿Y qué crees tú que dirá ese Temístocles de nosotras cuando vuelva a Atenas?

—Supongo que dirá que somos unas desvergonzadas, que enseñamos los muslos y los pechos y que somos las que mandamos en la ciudad. Los atenienses están acostumbrados a mujeres dóciles como ovejas, que se encierran en casa, se envuelven en túnicas hasta los tobillos y dicen que sí a todo a sus maridos.

—¿De verdad hacen eso? —preguntó Gorgo, que encontraba muy difícil decir que sí a todo incluso cuando trataba con su padre.

—¿Sabes cuál es la razón por la que esta es la primera ciudad de Grecia? —contestó Ferenice, bajando la voz como si contara un secreto. En el otro banco de piedra, el hombre adulto y el efebo se levantaron y salieron del emparrado. Tal vez querían más intimidad, o habían roto su relación.

—No sé. ¿Que descendemos de la sangre de Heracles? —respondió Gorgo.

—No.

—Nuestra estirpe doria.

—Tampoco.

—¿Cuál es, entonces?

—Nosotras. Nosotras somos el secreto, Gorgo. Somos las únicas que parimos hombres de verdad. ¿Y sabes por qué?

Gorgo meneó la cabeza.

—Porque nuestras doncellas se crían libres, sanas y fuertes, se ejercitan en el campo y nadan en el río, y se alimentan bien, con carnes y pescados como los chicos. En cambio, a las atenienses, las corintias y otras griegas las encierran bajo techo y las ceban a fuerza de panes y pasteles para que se les

reblandezcan las carnes.

»Además, cuando nuestros jóvenes os contemplan entrenando con ropas ligeras al alcance de su vista y no de sus manos, se sienten enardecidos de deseo. Así, cuando llega el momento de unirse en el lecho, una unión tanto tiempo esperada entre especímenes tan soberbios produce los retoños fuertes y saludables que garantizan el futuro de Esparta. —Ferenice hizo una pausa y añadió—: Vaya, querida, te has puesto colorada. ¿Eres demasiado joven para hablar de estas cosas?

—No sé —contestó Gorgo. En realidad, se había ruborizado porque ella ya se había unido, aunque fuera lejos del lecho, con un espécimen soberbio; y lejos de calmar sus ardores, cada vez que repetía aquel acto su cuerpo se encendía más.

—Por los dos dioses, madre, ¿qué le has dicho a la hija de Cleómenes que la has abochornado tanto?

Ambas se volvieron hacia la recién llegada. Era Pércalo, la esposa del rey Damarato. Tenía el cabello muy rubio, efecto que procuraba reforzar con una redecilla de hilos de oro y una túnica azafranada, y su piel era tan blanca que a Gorgo le recordaba el epíteto homérico de Hera, *leukólenos*, «la de níveos brazos». Para evitar que se quemara, la acompañaba en todo momento un criado con un parasol. Aquel sirviente se había quedado fuera de la sombra del cenador, sin poder cubrirse a sí mismo. Junto a él, otro criado llevaba en una mano una jarra, que usó para escanciar vino en la copa de plata de la reina antes de que esta se reuniera con las otras dos mujeres bajo la sombra de las parras.

—No hablábamos de nada especial, querida —respondió Ferenice. No hizo amago de levantarse, ni Pércalo de inclinarse para besarla—: No es bochorno lo de la joven Gorgo, sino rubor natural, señal de sangre caliente y buena salud. En cambio, a ti se te ve un poco pálida. Creo que deberías dejar que los rayos de Febo te acaricien un poco más. Nunca es malo recibir caricias en la piel.

—Pues yo venía a decirte que te veo muy bien, madre —dijo Pércalo, sentándose en otro banco que hacía ángulo con el de ellas, tan cerca de Gorgo que sus piernas casi se rozaban—. La odiosa vejez apenas ha estropeado tu belleza.

—Oh, la odiosa vejez nos llega a todos por igual. Salvo a las personas amadas por los dioses, que mueren sin llegar a conocer la decrepitud. A lo mejor tú tienes la suerte de evitarla.

Gorgo observaba el intercambio de pullas, un tanto violenta por la situación. Ferenice y Pércalo, que por lo que a ella le constaba apenas se veían en palacio, se miraban sin abandonar la sonrisa. Pero la de la reina se quedaba en los labios sin dar calor a sus ojos, tan fríos como la nieve azulada del Taigeto, mientras que la de Ferenice le subía por toda la cara hasta iluminarle las pupilas y arrugarle las comisuras de los párpados.

—Prefiero hacer el sacrificio de envejecer, madre —repuso Pércalo—. Todavía tengo unos hijos por los que velar. Sobre todo, cuando no estés tú.

Ambas volvieron la mirada al mismo tiempo. A través del hueco entre dos setos por el que habían entrado se veía parte del grupo donde Perseo y su padre conversaban con Cleómenes. Gorgo pensó que seguramente ambos reyes no se estaban lanzando dardos tan envenenados como aquellas dos mujeres. «¡Y eso que son de la misma familia!», se dijo.

—Qué afortunada eres —admitió Ferenice—. Gracias a tus desvelos, has criado dos espléndidos mozos.

—Lo son. Puedo jurarte que no hay madre más orgullosa en toda Esparta que yo —respondió la reina, apurando el cáliz de plata. Su copero se apresuró a servirle más vino.

«No se puede decir con más frialdad», pensó Gorgo, que sabía algo más de lo que estaba dispuesta a confesar sobre la relación entre Pércalo y sus hijos.

—Y, sin embargo, ni las noches en blanco ni la trabajera que dan los niños han estropeado ni tu rostro ni tu figura —remató Ferenice.

Pércalo se volvió hacia Gorgo y le acarició el dorso de la mano. Tenía las uñas perfectamente pintadas y muy largas, incluso para una señora espartana a la que sus ilotas libraban de toda tarea penosa.

—¿Cuándo te casas, querida? ¿Estás ya comprometida?

—Todavía no —respondió Gorgo, arrugando la nariz sin querer por el olor a vino en el aliento de Pércalo. «Debería estar acostumbrada», se dijo, pensando en su propio padre, tan amante del jugo de Dioniso.

—Es hora de que eches una mano a tu padre a engendrar un heredero para los Agíadas, ¿no crees? Yo ya cumplí mi parte con los Euripóntidas.

Gorgo miró de reojo al corrillo que rodeaba a ambos reyes y al momento apartó los ojos.

—Ahora eres tú quien está haciendo sonrojar a la joven Gorgo —dijo Ferenice—. Todavía es doncella.

Eso ruborizó incluso más a Gorgo, que se llevó la mano a la boca como si quisiera evitar que huyeran de ella palabras indiscretas. «Sé perfectamente de lo que habláis», querría haber dicho.

—Doncella puede ser, pero mojigata no, ¿verdad, querida? —Las uñas volvieron a rozarle la piel y Gorgo sintió un escalofrío—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, señora.

—Si fueras corintia o ateniense, ya tendrías dos críos a tu edad.

—Pero es espartana —replicó Ferenice.

—Sí, nosotras solemos casarnos y ser madres más tarde que el resto de las griegas.

Pércalo se calló un instante, como si se le hubiera ocurrido algo, y volvió a beber. Gorgo siguió la línea de su mirada.

Los reyes se estaban despidiendo, y no daba la impresión de que fuese de forma amigable. No la sorprendió demasiado. Había que escuchar los comentarios venenosos que su padre hacía sobre Damarato en privado, y a veces delante de otras personas. Sin embargo, cuando llegaban festivales como las Jacintias, Cleómenes se las arreglaba para volverse todo sonrisas, palmadas e incluso abrazos. Así que algo debía de haberle contrariado ahora para que se alejara de Damarato con aquel gesto tan agrio.

—Es una pena cómo pasan los años —comentó Pércalo—. Aunque tenga sus desavenencias con mi esposo, tu padre ha sido un gran hombre.

—¡Todavía lo es! —saltó Gorgo.

—Lo es, claro. Juventud de alondra, vejez de águila. Aun así, se le nota cansado. Antes tenía los hombros más rectos, más altos.

—Todos teníamos los hombros más rectos antes —dijo Ferenice.

Gorgo empezaba a sentirse enojada. No entendía el juego de Pércalo.

—Te agradezco tu interés por nuestro linaje, señora…

—No pretendo inmiscuirme en los asuntos de vuestra familia, querida. Es solo interés por Esparta.

—… Pero nuestra dinastía está bien segura. Incluso en caso de que mi padre falleciera. —Al decir esto, hizo un gesto para alejar el mal, que Ferenice imitó.

—¡Los dioses no lo quieran! —exclamó Pércalo, realizando el mismo gesto con desgana—. ¿Quién es el siguiente en la sucesión de tu familia? Leónidas, ¿no es así? No es ningún mozo. ¿Qué tiene, cincuenta y tantos años?

—Cuarenta y ocho —respondió Gorgo—. Y todo el mundo dice que aparenta menos edad.

—Como tengáis que esperar a que tu tío Leónidas engendre un hijo…

—Nunca es tarde para eso —intervino Ferenice, levantándose también y alisándose la túnica—. La simiente de los hombres es muy duradera.

—Pero para que germine hay que plantarla en una mujer. No vale cualquier campo, por mucho que se parezca a…

Ferenice la interrumpió.

—No entremos en detalles, hija. Como ya te he dicho, nuestra querida Gorgo es doncella.

—Por supuesto. —Pércalo volvió a mirar al séquito de los Agíadas, que se dirigía a saludar a otro grupo—. No veo a tu tío Cleómbroto.

La mirada de Gorgo se cruzó con la de Ferenice, que levantó las cejas ligeramente, como diciéndole: «Paciencia, aguanta un poco más».

—¿Es que está enfermo? —insistió Pércalo.

Gorgo se limitó a asentir.

—Pobre hombre. Se conserva peor que Cleómenes, y eso que es el más joven de los tres hermanos. ¿Lo es, verdad?

—Lo es, señora.

—Es una pena que tu tío Dorieo muriera en aquella aventura en el extranjero. Dicen que era un hombre con una planta magnífica. Parecido a mi hijo Perseo, pero en moreno.

—Eso dicen de él. Yo no lo conocí.

«Mi hermano Dorieo era un tarugo —solía decir de él su padre—. Todo lo que le sobraba de músculos le faltaba de seso. A su lado, Áyax, que masacró un rebaño de ovejas creyendo que mataba a los soldados de Odiseo, habría parecido un genio».

—¿Quién es el siguiente en la sucesión? —preguntó Pércalo—. ¿El del pelo de azafrán? —«El del pelo de azafrán» era Pausanias, el primo de Gorgo —. Creo que es un entendido en poesía y fábulas.

—También tiene conocimientos de medicina y de arquitectura —respondió Gorgo, defendiendo a su primo.

—Conocimientos sumamente útiles para dirigir una ciudad.

—No hay saber inútil —dijo Ferenice—. Un gobernante debe entender de todo. Hasta la mujer de un gobernante debería tener *algo* de cultura.

La reina fue a beber de su copa y, al encontrarla vacía, extendió el brazo sin mirar. Su criado se apresuró a entrar en el cenador, se la rellenó de nuevo

y, con la misma rapidez, salió de nuevo al sol.

—Cuando ese pelirrojo tenga que mandar un ejército contra los persas, que busque consejo en los versos de algún poeta, y veréis qué suerte corre Esparta. —Acercándose a Gorgo, que de nuevo olió el vino en su aliento, añadió—: Por el bien de nuestra ciudad, espero que la salud de tu padre aguante hasta que el heredero que le des se haga adulto.

—Tranquila, querida —la cortó Ferenice—. El futuro de Esparta está asegurado con el heredero que tú ya nos has dado.

Pércalo miró a su suegra con tal inquina que a Gorgo se le antojó que por un instante sus cabellos se convertían en serpientes como los de Medusa.

—Ah, pero pueden pasar tantas cosas.

Sin decir nada más, se levantó, se alisó la túnica y salió del cenador. El criado del parasol se apresuró a cubrirla de los dardos de Helios, mientras que el copero volvió a echarle vino.

Gorgo y Ferenice se quedaron solas. Las dos suspiraron y se palmearon los muslos como si les hubieran quitado sendas albardas de encima, y al darse cuenta soltaron una carcajada.

—¿Por qué es así? —preguntó Gorgo—. ¿Por qué le gusta tanto hacer daño? Es como si me odiara, y yo no le he hecho nada.

—¿Conoces la fábula del escorpión y la rana? Ella es igual. Sería capaz de ahogarse con tal de envenenar a la rana. Es su naturaleza.

—No puedo creer que exista gente así.

—Los dioses reparten sus dones de forma azarosa, Gorgo. A Pércalo le otorgaron una gran belleza, pero la castigaron con la envidia y la amargura que corroen por dentro como la bilis negra. Tú tienes juventud y hermosura, y ella está perdiendo ambos dones sin recibir a cambio la sabiduría de la edad. Por eso se consuela mortificándote. —Ferenice se acercó más a Gorgo y le susurró al oído—: Y, aparte de eso, tiene muy mal vino. Lo bueno es que, con lo pronto que ha empezado a beber, antes de media tarde nos habremos librado de ella.

«Un escorpión que es capaz de ahogarse con tal de hacer daño», pensó Gorgo, observando cómo la reina se acercaba a felicitar a un coro de doncellas. ¿Cómo podía haber nacido alguien como Perseo de aquellos dos padres?

Mientras Nabis se quedaba con sus compañeros de *agogé*, celebrando sus triunfos en las diversas pruebas de las Jacintias, Hipólito vino a buscar a Perseo.

—Tu padre reclama tu presencia. Quiere que saludes al otro rey.

Perseo asintió y siguió a su antiguo pedagogo, y a él lo siguieron a su vez los dos guardias que lo escoltaban. A poca distancia, bajo la sombra de un enorme plátano, se habían congregado dos pequeñas comitivas. A la izquierda estaba la de Cleómenes, algo más nutrida con *gerontes*, miembros del consejo de ancianos. Todo el mundo sabía que Cleómenes contaba con más partidarios en ese consejo que Damarato. En parte se debía a que todo el mundo consideraba que la dinastía Agíada —mal que le pesara a su padre— era más influyente y, en parte, a que Cleómenes llevaba más años gobernando. Pero el motivo principal, en opinión de Perseo, era su carácter, mucho más activo y abierto que el de su padre, aunque en ocasiones se excediera en su agresividad.

Entre los personajes que acompañaban a Cleómenes había uno que a Perseo le producía una particular repulsión: Latíquidas, el antiguo pretendiente de su madre y, según los rumores, su actual amante. Aunque pertenecía al linaje Euripóntida, sus relaciones con su primo Damarato eran tan frías como el Bóreas. A la sazón era éforo, miembro del colegio de cinco magistrados elegidos cada año por el pueblo de Esparta para supervisar y controlar la labor de los reyes. En el caso de Latíquidas, esa supervisión consistía fundamentalmente en apoyar todas las acciones de Cleómenes y criticar las de Damarato; esto último no resultaba fácil, puesto que el padre de Perseo nunca había destacado por su iniciativa, y con los años era cada vez menos activo.

Latíquidas era tan alto como Perseo, tenía buena planta y una espesa cabellera cuyo dorado empezaba a convertirse en blanco. Habría podido pasar por guapo, pero a Perseo le ponían nervioso lo estrecho del puente de su nariz y la poca distancia que separaba sus ojos, algo que confería a su mirada un aire entre miope y obtuso. No acababa de entender qué podía ver su madre en aquel hombre; pero, para ser justos, tampoco tenía demasiado claro qué pudo haber encontrado en su momento en el propio Damarato.

A este, por su parte, lo acompañaba otro personaje que tampoco gozaba de las simpatías de Perseo: Amonfareto, un tipo de nariz ganchuda y ojos saltones que defendía sus ideas con tanto fanatismo como si los mismísimos

dioses se las susurraran al oído. Para desgracia de los jóvenes espartanos, Amonfareto era el paidónomo, magistrado que supervisaba la educación de todos los jóvenes, desde los siete hasta los veinte años, que se adiestraban en la *agogé*. Implacable e intransigente, Amonfareto recurría a menudo a los mastigóforos, jóvenes que disciplinaban a los demás con látigos y varas de abedul, y tampoco era remiso a aplicar los castigos con su propia mano.

—Perseo, presenta tus respetos a mi colega Cleómenes —ordenó Damarato en tono gélido.

Cada vez que ambos se veían, Cleómenes miraba a Perseo de arriba abajo para comprobar su estatura, y al hacerlo él mismo se erguía todo lo que podía. A sus cincuenta y siete años, el rey Agíada conservaba una complexión poderosa, heredada según se decía de su padre Anaxándridas; si bien, entre la edad y los excesos, sus músculos empezaban a vencerse hacia el suelo y, por más que tratara de disimularla con los pliegues de la túnica, su panza traicionaba su afición a la comida del mismo modo que las venillas de su nariz delataban su amor por el vino. De lejos, podía parecer que su espesa barba y sus cabellos se conservaban tan negros como en su juventud, pero al acercarse resultaba evidente, demasiado evidente, que se teñía.

—Cuando tenga su edad, espero envejecer con más dignidad —solía decir Damarato.

Perseo hizo una reverencia para saludar a Cleómenes, pero este le tendió la mano. Cuando Perseo hizo lo propio, el rey Agíada le apretó con tanta energía que Perseo tuvo que rechinar los dientes para no gruñir. Cleómenes no tenía la mano tan grande ni tan fuerte como él, pero había usado un truco: en vez de esperar a que ambas manos llegaran al final del recorrido y los pulpejos de ambos se encontraran, el rey había cerrado su apretón en torno a los nudillos de Perseo. Resultaba muy doloroso, y además le pinzaba los nervios y los músculos de tal manera que él no podía apretar.

Perseo tomó nota de aquella argucia, por burda que fuese, y aguantó el tipo sin mover un músculo. Después de estrujarle los nudillos un rato, Cleómenes se dio por satisfecho y, finalmente, lo soltó.

—Tu hijo Perseo se parece cada vez más a su madre y Nabis a ti —comentó Cleómenes, dirigiéndose a Damarato—. Estaréis contentos los dos, así no podréis discutir.

El comentario resultaba particularmente grosero, puesto que era de dominio público que lo único que hacían los padres de Perseo en las escasas

ocasiones en que se hablaban era discutir. Pero Damarato se limitó a contestar:

—Quien a los suyos se parece honra merece.

—En cualquier caso, este hijo tuyo tiene un aspecto espléndido —dijo Cleómenes, palmeando con fuerza la espalda de Perseo—. Va a lucir muy bien a mi lado en el trono cuando te suceda.

—Tengo diez años menos que tú, Cleómenes —respondió Damarato.

Cleómenes sacudió la cabeza.

—Es cierto. A veces se me olvida.

Aunque Damarato no había cumplido todavía los cincuenta, parecía mayor de lo que era por su forma de moverse, con un hieratismo propio casi de un anciano, como si temiera malgastar antes de tiempo las energías que le quedaban. Siempre, desde que Perseo lo recordaba, había actuado así. Apenas levantaba la voz, excepto si se enfurecía mucho, y lo más parecido en él a una risa eran unas carcajadas tan breves y secas que semejaban toses. Podía permanecer largos ratos sentado, inmóvil, meditando o con la mirada perdida en la nada. Si se trataba de ahorrar fuerzas para no morir, Perseo pensó que su padre podría ser realmente inmortal.

En cambio, Cleómenes se movía con el brío de un hombre en su plenitud. Si ya de por sí su corpachón ocupaba mucho espacio, sus movimientos al hablar, echándose un paso adelante, otro atrás, agitando los brazos, le hacían apropiarse de un volumen de aire aún mayor.

¿Cómo quería ser él cuando se convirtiera en rey?

Majestuoso. Esa era la palabra.

Ninguno de los diarcas actuales lo era. Su padre, por ser tan avaro con su presencia, sus palabras, su energía: una estatua de madera resultaba más expresiva que él. Por el contrario Cleómenes, con aquella exuberancia de movimientos y gestos, podía caer a veces en la vulgaridad.

Aunque Perseo tenía que reconocerle algo al soberano Agíada: era él quien dominaba las situaciones. Y fue él quien pasó a hablar del asunto que más les interesaba aquel día. Coincidiendo con las Jacintias, acababa de llegar a Esparta una embajada de Darío, soberano del Imperio persa, el mismo que se hacía llamar Gran Rey, Rey de Reyes y Señor de las Tierras. Las ciudades más importantes de Grecia estaban recibiendo legaciones semejantes, más o

menos nutridas, y todo el mundo sabía cuál era el mensaje que traían: si querían seguir viviendo en paz y no tener problemas en el futuro, los griegos debían ofrecer a los embajadores agua y tierra, símbolos de la sumisión al Gran Rey.

—Debemos ponernos de acuerdo con la respuesta que vamos a dar a los persas —dijo Cleómenes.

—Aún no han hecho ninguna petición —respondió Damarato.

Cleómenes bufó de impaciencia.

—¿Necesitas que te explique yo lo que van a pedir? ¿De verdad hace falta?

Perseo observó los nudillos de su padre. Se le habían puesto blancos de tanto apretar los puños. Era algo que Damarato jamás reconocería, pero que Perseo había descubierto hacía tiempo y que le avergonzaba.

Su padre le tenía miedo a Cleómenes. Miedo físico. Cuando el rey Agíada se acercaba a él, siempre retrocedía y se encogía un poco. Ahora lo hizo de nuevo.

—Sé que me lo vas a explicar de todas formas —replicó Damarato.

—Las embajadas persas están recorriendo toda Grecia para pedir a las ciudades y a las tribus que rindan vasallaje a Darío. ¿Qué crees que nos van a pedir a nosotros?

Damarato apretó aún más los labios, si es que ello era posible, y miró fijamente a Cleómenes sin decir nada. El paidónomo Amonfareto debió de pensar que Damarato necesitaba ayuda y terció:

—Esta no es cualquier ciudad griega. ¡Esta es Esparta!

—Cuna de los valientes, sí —respondió Cleómenes, sin molestarse en disimular el sarcasmo.

Animado por la intervención de su amigo Amonfareto, Damarato dijo:

—Darío sabe que nuestra ciudad no es una ciudad cualquiera, sino la más poderosa de Grecia.

—No será gracias a las batallas que has ganado tú —intervino Latíquidas.

Damarato fulminó a su primo con la mirada, pero no acertó a contestar. Perseo se sintió humillado por el comentario. Su padre jamás había mandado

un ejército en solitario. Su última campaña había sido catorce años antes, cuando él y el rey Agíada marcharon contra Atenas para derrocar a los gobernantes de aquel momento y aupar al poder a Iságoras, amigo de Cleómenes. Era de dominio público que Damarato se había dedicado a intrigar entre los corintios y otros aliados de Esparta para convencerlos de que aquella expedición obedecía únicamente a motivos personales de Cleómenes. Los aliados se habían retirado, así como Damarato con la mitad de las tropas, lo que había obligado a Cleómenes, finalmente, a renunciar a la campaña.

Desde entonces, para evitar que se repitiera una situación similar, se había promulgado una ley por la cual solo un rey podía acompañar al ejército, mientras el otro se quedaba en Esparta. Como símbolo de eso, de los dos estandartes de Cástor y Pólux que hasta entonces iban con las tropas, uno permanecía a buen recaudo en la ciudad. Eran los éforos quienes decidían cuál de ambos reyes asumía el mando de cada expedición, y desde aquel momento, invariablemente, Cleómenes había recibido el generalato en todas las ocasiones.

No obstante, Cleómenes no se sentía satisfecho con aquel monopolio sobre las expediciones militares que detentaba gracias a su influencia sobre los éforos y el consejo de ancianos. Todo el mundo sabía que se la tenía jurada a Damarato por aquella jugarreta, que había supuesto para él una humillación delante de los aliados de la Liga del Peloponeso y, sobre todo, de los atenienses, que se habían reído de él a carcajadas. «Aunque pasen mil años —solía decir cuando se excedía con el vino, algo bastante habitual—, Damarato me las pagará».

Haciendo caso omiso del comentario de Latíquidas, Damarato prosiguió:

—Dicen de Darío que es un hombre sensato. Y lo más sensato que puede hacer es ofrecernos una alianza.

—¿Una alianza? —replicó Cleómenes—. ¿En igualdad de condiciones? ¿Estás seguro de lo que dices?

Damarato dudó un momento y después asintió.

—Sí. Estoy seguro.

—¡Cuando Heracles se ponga a dieta! —exclamó Cleómenes. Después, mirando a ambos lados y bajando la voz, como si temiera que algún extranjero pudiera escucharlo, añadió—: Sabes de sobra que bajo el nombre de alianza se esconde el vasallaje.

Perseo ya había recibido suficientes lecciones de política para entender a qué se refería Cleómenes. Los estados de la Liga del Peloponeso habían firmado pactos de amistad en los que se comprometían a tener los mismos amigos y enemigos que Esparta. En la práctica, eso significaba que reconocían a los espartanos como sus caudillos, que les otorgaban el mando en las operaciones militares y que elegían para sus ciudades gobiernos oligárquicos que complacían a Esparta.

En suma, que todos ellos eran vasallos de Esparta.

—Cuando se nos ofrezcan los términos, serán estudiados —afirmó Damarato—. Por quienes deben ser estudiados.

—Es el pueblo espartano el que decide, rey Cleómenes. No tú ni el rey Damarato —apostilló Amonfareto.

Cleómenes miró por un instante a Amonfareto como si fuera una mosca zumbando junto a su oído. Después volvió a dirigirse a Damarato.

—Por una vez, debemos tener la misma opinión. Si lo hacemos, la asamblea se dejará guiar por nosotros.

—La misma opinión, sí —respondió Damarato—. Pero ¿cuál?

—La que sirva a los intereses de Esparta.

—¿A los intereses de Esparta o a los de Cleómenes el Agíada?

Cleómenes respiró hondo, lo que hizo que el pecho se le hinchara como un barril.

—Está visto que no puedo contar contigo para nada. Tendré que tomar el timón yo solo. —Tras una pausa, agregó—: Una vez más.

Sin más ceremonia, el rey Agíada se dio la vuelta y se alejó, seguido por los diez guardias que lo escoltaban. En eso, Cleómenes también se diferenciaba de Damarato. Mientras que este se hacía preceder por los *hippeîs* para abrirse paso entre la gente, Cleómenes llevaba detrás a los suyos a modo de estela: siempre vigilantes, pero dejándole palmear espaldas, repartir abrazos, pellizcar las mejillas a los críos e incluso piropear a las mujeres aun delante de sus maridos.

Cuando se convirtiera en rey, Perseo tenía pensado llevar a sus guardias detrás, no por permitirse las expansiones sociales de Cleómenes, sino para demostrar que no tenía miedo de sus propios súbditos, que era la impresión, certera o no, que brindaba la actitud de su padre.

Apartando la mirada de Cleómenes y el grupo que lo seguía, Perseo se volvió hacia su padre.

—¿Me das permiso para hablar?

Damarato asintió, sin mirar a Perseo. Parecía ensimismado en algún diálogo interior, quizá pensando en alguna réplica afilada que podría haberle dado a Cleómenes.

—Deberíamos tomarnos en serio la amenaza de Darío —dijo Perseo—. Fénix me ha hablado del ejército persa. Él estuvo en la batalla de Éfeso y vio cómo su caballería y sus arqueros masacraban a los hoplitas griegos.

—No eran hoplitas espartanos —intervino Amonfareto en tono severo.

—Aunque todos los espartanos sean buenos guerreros, no todos los buenos guerreros son espartanos —respondió Perseo, citando a Fénix.

El paidónomo soltó un bufido.

—En mis tiempos, los niños no se entrometían en las conversaciones de los mayores. Sobre todo, no se atrevían a contradecirlos.

Para sorpresa de Perseo, su padre salió en su defensa.

—Mi hijo es joven, Amonfareto. Pero ya no es un niño. Debe estar preparado por si los dioses deciden llevarme de este mundo en cualquier momento.

—Tú todavía eres joven, mi rey —dijo Amonfareto.

—No tanto. Además, nunca se sabe cuándo ni dónde puede caer el rayo. Si me ocurre algo antes de tiempo, sé que Cleómenes intentará manejar a Perseo como intentó manejarme a mí cuando sucedí a mi padre.

—Pero nunca lo consiguió. Las argucias de Cleómenes pueden servir con cualquiera, menos contigo. No eres una persona que se deje manipular.

Perseo disimuló un rictus. Todo lo severo y desagradable que era el paidónomo con los demás se trocaba en adulación cuando se dirigía al rey Euripóntida. Adulación que no dejaba de ser un intento de manipulación, pero que con Damarato no surtía demasiado efecto.

«Nadie, ni el más sabio, es inmune a los halagos», solía decir Fénix. Perseo pensaba a veces que su padre sí lo era, y no tanto porque superase a todos en sabiduría, sino porque era de natural tan desconfiado que incluso en las palabras más amables y sinceras siempre sospechaba oscuras intenciones.

—Discúlpanos un momento, Amonfareto —pidió ahora Damarato—. Quiero que mi hijo conozca a unas personas.

Sin aguardar respuesta, Damarato amagó con agarrar del codo a Perseo para llevárselo de allí. En realidad, no llegó a rozarlo. No le gustaba el contacto si podía evitarlo. En un momento de confidencia, la abuela de Perseo le había contado que cuando él y su hermano eran muy niños, su padre se había sentado a cada uno en una rodilla. Nabis se le había orinado encima de la pierna y aquello había servido de escarmiento a Damarato para prescindir en lo sucesivo de tales efusiones.

Gracias a los guardias, se abrieron paso entre el gentío evitando todo roce, hasta llegar a un lugar más despejado donde se celebraba la final de *déros*, una danza guerrera. Los danzantes, uno por cada uno de los cinco batallones, competían prácticamente desnudos, armados de escudos y lanzas emboladas. Aunque cada uno bailaba por su cuenta tratando de superar a los demás, tenían tan asimiladas las maniobras y las técnicas que al moverse parecían un único coro. Las lanzas silbaban hendiendo el aire y los escudos, chapados con cobre bruñido, despedían vistosos reflejos en cada giro.

Cuando terminaron todos a la vez, con la rodilla clavada en tierra y la lanza proyectada sobre el borde del escudo, el público aplaudió entusiasmado. Mientras los jueces, ancianos ya de blancas barbas, juntaban sus cabezas calvas y moteadas para deliberar, Perseo pensó que también podría haber ganado a cualquiera de esos muchachos. Cuando se entrenaba con la lanza, conseguía que el aire silbara más fuerte, y en los saltos con el escudo le habría sacado al mejor de ellos al menos un palmo. Pero su esfuerzo y su disciplina quedaban únicamente para los ojos de Fénix; ni siquiera su padre se dignaba observarlo nunca y se limitaba a escuchar los informes del maestro de armas muy de cuando en cuando.

¿De qué servía su virtud guerrera, se preguntaba Perseo, si nadie era testigo de ella?

La deliberación todavía continuaba cuando Damarato se acercó a un grupo de extranjeros formado por un hombre ya anciano y una mujer joven, ataviados con ropas lujosas y acompañados por cuatro criados. Uno de estos llevaba una sombrilla para proteger de los rayos de sol a su señor, que era calvo como una calabaza y tenía la piel del cráneo plagada de manchas marrones.

—Este es mi querido huésped, Nicerato de Mileto —lo presentó Damarato

—. Su padre Nicias y el mío ya eran *xénoi* desde antes de que yo naciera.

Saludando con una inclinación, Nicerato acarició un colgante que llevaba al cuello, una taba bañada en oro o moldeada en ese metal para imitar la forma del hueso. Perseo tardó unos instantes en interpretar su extraña forma, hasta que comprendió que se trataba de un *sýmbolon*, una contraseña que compartían entre sí personas unidas por vínculos de hospitalidad para reconocerse en el futuro, o bien para recomendar a otras personas o familiares. Seguramente, su padre guardaba en su poder la otra mitad del huesecillo, que encajaba perfectamente. Que él no la exhibiera y Nicerato sí parecía lógico: Damarato tenía poco prestigio que ganar con aquel vínculo, mientras que para el milesio mostrar el *sýmbolon* de su amistad con un rey de Esparta suponía todo un privilegio.

Perseo estrechó la mano de Nicerato, con cuidado de no apretar demasiado, pues el huésped de su padre tenía los nudillos hinchados y los dedos deformados por la artrosis.

—Y esta es su hija, Cloe.

Perseo se inclinó levemente para saludarla, a lo que ella correspondió con una graciosa reverencia. La joven bien podría haber sido la nieta de Nicerato, pues no llegaría aún a los veinte años. Era menuda y esbelta, pero bajo aquella bonita túnica verde bordada con hilos de cobre oxidado se adivinaban unos pechos más voluminosos de lo que sugería la anchura de sus caderas.

Perseo observó que los ojos del rey bajaban a menudo al escote de Cloe. Enrojeció levemente, como si lo hubieran sorprendido a él y no a su padre mirando donde no debía, y enseguida se dio cuenta del motivo.

«¡Deja de mirar las tetas a otras mujeres! ¡Ya sé que estoy lisa como una puerta, pero no tienes por qué humillarme en público!».

Tenía siete años cuando oyó gritar aquellas palabras a su madre. Era un día en que se aburría mucho sin su hermano por lo que, al oír las voces de sus padres, había acudido corriendo al patio de los cipreses para verlos, ignorante de que estaban discutiendo. Ellos lo despacharon al momento con aspereza y prosiguieron con su pelea.

Al menos, había que reconocer que últimamente sus padres discutían menos. Para hacerlo habría sido necesario que se dirigieran la palabra.

—Querido Nicerato, mi hijo cree que no me tomo en serio la amenaza persa —dijo Damarato—. Me temo que es él quien apenas la conoce. Tú, que

la has sufrido en tus carnes y en tus propiedades, háblale de ella.

Nicerato empezó a relatar cómo los persas habían asediado su ciudad cinco años después de la revuelta de las ciudades griegas de Asia Menor contra el yugo persa. A la hora de sofocar la rebelión, Darío había actuado despacio, pero de forma implacable, dejando a Mileto, la presa más importante, para el final.

—Nosotros confiábamos en nuestra muralla, que protegía la única parte de la ciudad que no se hallaba rodeada por el mar, y la creíamos inexpugnable —explicó Nicerato—. Pero los persas atacaron el muro con enormes arietes que poco a poco arrancaban las piedras de la capa exterior. Al mismo tiempo disparaban una lluvia constante de flechas sobre los defensores del parapeto, de tal manera que a estos les resultaba imposible estorbar el trabajo de las máquinas.

Para minar todavía más la moral de los defensores, los persas sometían a los prisioneros que caían en sus manos a torturas inhumanas. A unos los empalaban y a otros los despellejaban, o incluso combinaban ambos tormentos. Los sitiadores llegaron al extremo de clavar a algunos de los cautivos a las planchas que protegían sus arietes, para evitar que los defensores les dispararan flechas.

Cuando Perseo le preguntó si él había visto todo aquello desde lo alto de la muralla, Nicerato negó con la cabeza.

—¡Ojalá fuera tan joven como tú para haber defendido mi ciudad! Quien me lo contó fue mi hijo Hipónico, que combatía en las murallas y lo presenció todo. Allí vio cómo agonizaba su amigo Telo, con las muñecas y los tobillos clavados a la tabla, y cómo los cuervos picoteaban su cuerpo y le sacaban los ojos incluso antes de morir.

Perseo se imaginó la escena y apretó las mandíbulas. ¿Qué virtud guerrera podía haber en atormentar así a los enemigos? Lo más cruel que llegó a hacer el gran Aquiles fue arrastrar a Héctor de su carro, y fue cuando ya estaba muerto, e incluso así se arrepintió más tarde y devolvió el cadáver a su padre Príamo.

Con voz temblorosa, Nicerato estaba narrando el asalto final. Dos sectores de la muralla, después de recibir el golpeo constante de los arietes, se derrumbaron casi simultáneamente. Mientras cientos de enemigos entraban por las brechas recién abiertas, miles más tendieron escalas por múltiples puntos de la muralla y treparon por ellas. El primero que se plantó en el

parapeto fue un oficial persa que subió a cabeza descubierta, esquivando milagrosamente los cascotes y flechas que le arrojaban los defensores. Estos ya lo conocían de escaramuzas de días anteriores; al presenciar los estragos que causaba con la lanza y con la espada, le habían puesto el sobrenombre de *Leukofontes*, «el Asesino Blanco».

Mientras sus hombres ascendían por la escala para unirse a él en el adarve, aquel oficial, que peleaba como un demonio surgido del Tártaro, mató sin ayuda de nadie a diez defensores. El hijo de Nicerato, aun viendo la furia homicida de aquel Aquiles persa, en lugar de huir saltando al interior de la ciudad tuvo el coraje de enfrentarse a él. Un coraje inútil e insensato, pues al primer choque de espadas el Asesino Blanco le cercenó el brazo por el codo.

—Los camaradas de mi hijo lograron retirarlo de la muralla y pudimos llevarlo con nosotros hacia la nave en la que conseguimos huir. Pero todavía teníamos a la vista las llamas que destruían nuestra ciudad cuando murió desangrado.

Los ojos de Nicerato se habían llenado de lágrimas, que en las comisuras de los ojos se convertían en desagradables legañas, lo que hizo que, por puro reflejo, Perseo se tocara sus propios lagrimales.

Al menos su hijo fue afortunado, prosiguió Nicerato, ya que murió de forma honorable; al contrario que la mayoría de los hombres de Mileto, que perecieron entre terribles tormentos por orden del general Datis, que mandaba las fuerzas de asalto. En cuanto a las mujeres y los niños, aquellos que sobrevivieron a las violaciones colectivas fueron esclavizados y deportados. Los persas arrasaron toda la ciudad y los alrededores, sin respetar tan siquiera el santuario de Apolo en Dídima, que redujeron a cenizas.

—Mileto era una ciudad más grande que la vuestra —concluyó Nicerato —. Podía movilizar un ejército de ocho mil hoplitas. Y aun así, y con la alianza de tantas otras ciudades griegas, cayó. ¡No hay nada que pueda detener el rodillo persa!

Viendo que su padre no decía nada para reconfortar a sus huéspedes, Perseo intervino:

—Podéis estar tranquilos. En Esparta estaréis a salvo.

—¿No me has entendido, joven Perseo? ¡No hay muralla que pueda detener a los persas!

Perseo miró a ambos lados e hizo un gesto con las manos.

—¿Dónde has visto una muralla, Nicerato? Los espartanos no ponemos más muralla entre nosotros y el enemigo que nuestros escudos. Y es un baluarte que jamás ha cedido ni cederá.

Con una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes perfectos, Cloe parpadeó graciosamente, tomó la mano de Damarato entre las suyas y, apretándola, dijo:

—Por eso nos hemos acogido a tu protección, noble rey, porque sabemos que gobiernas la ciudad con los guerreros más valerosos del mundo.

Perseo habría jurado que aquel extraño gesto que retorcía las comisuras de la boca de su padre era una sonrisa. Pero duró apenas un instante, pues en aquel momento uno de los sirvientes de Nicerato se acercó a su señor y le susurró algo al oído en tono agitado.

El anciano milesio se estremeció. Apuntando con el dedo hacia alguien o algo detrás de Perseo y con los ojos en blanco, añadió:

—¡Es él! ¡El Asesino Blanco! ¡Ese es el demonio que mató a mi hijo!

Perseo se volvió. La comitiva de los embajadores de Darío se acercaba siguiendo a Leónidas, que ejercía de guía para ellos. Aunque había al menos quince asiáticos en el grupo, Perseo supo enseguida a quién se refería Nicerato. Sin tener una estatura exagerada, era el más alto del grupo y, bajo su ropa —una casaca y unos pantalones tan blancos como las nieves del Taigeto, decorados únicamente con grecas negras, lo que explicaba su sobrenombre—, se marcaban los músculos de un atleta.

Era él, sin duda. Nadie como un guerrero para reconocer a otro.

Como si sintiera los ojos de Perseo clavados en su rostro, el persa volvió la mirada hacia él. Durante unos segundos ambos permanecieron así, escrutándose desde la distancia. Después, el llamado Asesino Blanco sonrió.

En aquel mismo instante, sin que Perseo lo sospechara, la hilandera Cloto tomó los hilos de las vidas de ambos y entrelazó sus destinos.

Al caer la tarde, una vez terminados los juegos y rituales, se celebró un banquete que en aquel día serviría a la vez para honrar a Apolo y a Jacinto y agasajar a los embajadores persas. Como hacía calor, se festejó al aire libre, bajo un gran tendal montado con vigas de madera y emparrados cerca del río Eurotas. Se trataba de un lugar neutral, puesto que los Agíadas se negaban por principio a visitar el palacio de los Euripóntidas, y esa negativa era

correspondida por la otra parte.

Persas y espartanos se hallaban todavía en los primeros momentos de la embajada, en los que se intercambiaban más zalemas, regalos y cumplidos que información o exigencias. A Perseo, todavía joven y poco ducho en sutilezas, le sorprendía la cordialidad que reinaba en la cena. Sobre la suave música de las flautas y las liras, se oían conversaciones en griego, en persa y en híbridos de ambos, y también risas y tintineo de platos y copas.

—¿No son nuestros enemigos, los mismos que han arrasado Mileto y torturado a sus defensores? —preguntó en susurros Perseo, inclinándose hacia su padre.

—Lo son.

—Entonces, ¿por qué nos mostramos tan amables con ellos? Han venido a exigirnos que nos sometamos y nos convirtamos en sus esclavos. Deberíamos dejarles muy claro que los espartanos no somos esclavos de nadie.

—Por ahora no son enemigos, sino huéspedes —respondió Damarato—. Nuestra obligación ante Zeus Xenios es darles de comer y beber y ser amables con ellos. Las conversaciones desagradables las mantendremos en privado.

Nicerato, el huésped milesio de su padre, no había venido, pues no quería compartir comida ni bebida con el hombre que había provocado la muerte de su hijo. Su hija Cloe, sin embargo, estaba sentada en una silla plegable al lado del diván donde se reclinaba Damarato, tan cerca que cualquiera podría haber pensado que se trataba de su esposa. La legítima, Pércalo, había excusado su presencia alegando una repentina jaqueca.

Al menos, pensó Perseo, su madre no se había ausentado para reunirse con su expretendiente Latíquidas, pues este sí había acudido al banquete y permanecía sentado con los otros cuatro éforos. Si andaba retozando con algún otro amante, esa era otra cuestión.

Había alrededor de las mesas más de sesenta personas, entre espartanos, persas y algunos invitados de otras ciudades griegas aliadas de Esparta. Los varones adultos estaban reclinados en divanes, mientras que las pocas mujeres que asistían y el mismo Perseo, todavía joven para recostarse, se sentaban en sillas plegables o taburetes sin respaldo. Había, por supuesto, muchos sirvientes de ambos sexos, al menos tantos como comensales, todos ellos escogidos entre los ilotas de mejor planta. La mayoría servían las mesas, pero había otros que abanicaban flabelos de plumas de pavo para remover el aire y

aliviar la sensación de bochorno que se había asentado en la ciudad desde hacía días con la llegada del viento Noto.

Algo apartados, montaban guardia diez caballeros reales, armados con lanzas emboladas y uniformados con impolutas corazas blancas de lino. Deberían haber sido veinte, pero los diez que faltaban andaban escoltando al rey Cleómenes, que no había llegado a ocupar su puesto porque estaba conversando con Temístocles, el político ateniense que también se hallaba de visita en Esparta.

—Es una actitud impresentable para con los embajadores persas —había mascullado Damarato.

Perseo no le había respondido. En su opinión, quizás era preferible mostrarse impresentable con los persas, enemigos de la libertad de los griegos, y tratar con los atenienses, que parecían decididos a no convertirse en sus súbditos.

Ante la ausencia de Cleómenes, ocupaba su puesto su hermanastro Leónidas, que a sus casi cincuenta años lucía todavía unos pectorales y unos deltoides tan abultados y duros como los de la estatua de Heracles que presidía el banquete. Incluso Damarato sentía, bien que a regañadientes, cierta admiración por el estilo de Leónidas. «Es un hombre de una pieza», solía decir de él.

Junto al diván de Leónidas se sentaba su sobrina Gorgo, hija única de Cleómenes, con la espalda recta y las piernas muy juntas, tal como exigía el decoro. Llevaba una sencilla túnica azul prendida con fíbulas de plata en ambos hombros y se había recogido el cabello con una cinta de seda, un lujo asiático que a Perseo le resultaba muy familiar. De cuando en cuando la mirada de la joven se cruzaba con la suya, pero ambos se apresuraban a apartarla.

Resultaba muy fácil distinguir a los comensales griegos de los persas. Los primeros vestían túnicas cortas por las que asomaban sus pantorrillas y a menudo sus rodillas. Algunos de los espartanos de más edad, y entre ellos los cinco éforos, se habían envuelto tan solo con el típico manto lacedemonio rojo, el *tribon*, que dejaba al descubierto el hombro derecho.

Los persas, por su parte, llevaban túnicas con mangas, teñidas con colores vivos y estampados variopintos. Como concesión al lugar donde se encontraban, se habían despojado de mitras y tiaras para cubrir sus cabezas con coronas de pámpano o hiedra, al igual que sus anfitriones.

A Perseo, el atavío persa le resultaba curiosamente atractivo, más elegante y sofisticado que los sencillos ropajes que llevaban los comensales griegos. Lo que más le llamaba la atención eran los pantalones, una prenda de la que los espartanos se chanceaban a espaldas de sus invitados. «¡Qué poco viril!», decían, sin saber que los persas opinaban lo mismo de ellos al tener que verles las piernas velludas y, en ocasiones, otras partes del cuerpo que el pudor debería haber tapado.

Según el protocolo, a los miembros más notables de la embajada persa los habían colocado en el centro de la concurrencia, entre ambas familias reales. El jefe de la legación era un anciano prácticamente ciego llamado Istafernes. Perseo había oído que pertenecía a una misteriosa tribu o casta sacerdotal conocida como *mágoi* o magos, personajes dotados de poderes místicos e intérpretes de sueños. Istafernes hablaba poco, contentándose con escuchar lo que su intérprete le susurraba al oído y de vez en cuando con emitir algún comentario poco comprometedor en su idioma.

Mucho más locuaz se mostraba Bagabigna, el Asesino Blanco de Mileto, recostado al lado de Istafernes. Después de lo que había oído contar sobre él, Perseo no podía evitar sentir curiosidad por él y estudiarlo como posible adversario. Su figura era soberbia, pero sus ademanes blandos y algo afectados recordaban a los de un mercader corintio y cuadraban con sus labios carnosos y burlones y su mirada irónica. La impresión que le daba a Perseo era la de un puñal afilado envuelto en un pañuelo de seda que, incluso a través del fino tejido, puede herir y matar.

Bagabigna parecía un entusiasta del vino laconio que se estaba sirviendo y cada poco rato levantaba la copa para que algún sirviente se la rellenara. Aunque hablaba el dialecto griego de los jonios con soltura, no pasó mucho tiempo antes de que su voz comenzara a sonar algo espesa y a bordear la insolencia con sus comentarios.

—Los espartanos me caéis bien —dijo, alzando su copa primero hacia Damarato y luego, volviéndose en el diván, hacia Leónidas. Ya se habían servido los platos principales y era la hora de los brindis, acompañados de frutos secos, aceitunas y unos pastelillos de miel que dejaban pegadas las muelas.

—De lo cual nos congratulamos —respondió Damarato, en un tono que no parecía precisamente congratulatorio. No era culpa suya: ni sabía contar chistes, ni jamás se había reído de ellos, ni era capaz de apreciar una buena

ironía.

—¡Sí, es verdad que me caéis muy bien! —repitió Bagabigna—. Me gusta vuestra forma de vida, tan sencilla. Antaño los persas éramos así, gente noble y algo tosca.

—¿Qué nos está llamando ese bárbaro? —intervino Amonfareto en voz perfectamente audible. Damarato le hizo un gesto con la mano para apaciguarlo.

—¡Ah, pero después conquistamos un imperio! —prosiguió el persa en tono retórico, ignorando el exabrupto del paidónomo—. Fue entonces cuando nos adueñamos de las riquezas de Babilonia y Egipto y refinamos nuestros modales. —Agitando la copa con un sutil movimiento de la muñeca, Bagabigna bajó la mirada y chasqueó la lengua—. Creo que en ese momento perdimos algo de nuestra pureza primitiva. Es una pena que toda ganancia conlleve una pérdida, ¿no os parece, mis ilustres huéspedes?

—Nosotros no necesitamos riquezas ni refinamiento —contestó Amonfareto.

El persa miró al paidónomo y enarcó una ceja.

—Entiendo. No necesitáis riquezas. Ni refinamiento. ¿Y qué necesitáis pues, anciano?

—Solo una cosa —respondió Amonfareto, mirando con fiereza a Bagabigna.

—¿Y cuál puede ser?

—¡La libertad!

—He aprendido esa palabra de vuestro idioma, pero no puedo decir que entienda realmente qué queréis decir cuando la usáis. *Eleuthería*. ¿Qué significa para vosotros?

Leónidas y Damarato cruzaron una mirada. Después, el segundo inclinó la barbilla, cediéndole la palabra al primero.

«Debería ser mi padre quien hablara», pensó Perseo.

—Libertad quiere decir que no nos arrodillamos ni nos doblegamos ante la voluntad de ningún amo externo —respondió Leónidas, levantándose del lecho para hablar.

—¿Ni siquiera ante la voluntad de vuestros reyes?

—No si esa voluntad quebranta las leyes que nosotros mismos nos otorgamos votándolas en asamblea. Nuestros éforos, en representación del pueblo espartano, hacen un pacto con los reyes que se renueva cada mes. Si los reyes respetan las leyes, el pueblo respeta a su vez a los reyes. Es un pacto libre, entre hombres libres.

Bagabigna bajó la mirada, como sopesando las palabras de Leónidas, mientras un traductor cuchicheaba al oído del ciego Istafernes. Después volvió a beber y dijo:

—También he oído que la libertad es sagrada para los griegos.

—Lo es —contestó Leónidas—. Más que la vida.

Gorgo asintió con vigor a las palabras de su tío y después miró de soslayo a Perseo. Los ojos de ambos se toparon de nuevo, un encuentro que duró apenas un par de latidos de corazón.

—Sin embargo, la mayoría de las ciudades griegas han aceptado las condiciones del Gran Rey —dijo Bagabigna—. Si no me equivoco, eso debe significar que pertenecer a nuestro imperio y ser libres no es incompatible.

—Que contesten a eso otros, no los espartanos —replicó Leónidas—. Aunque todas las demás ciudades de Grecia se inclinen ante Darío, Esparta jamás lo hará.

—¿Estás seguro? —preguntó Bagabigna—. ¿Os atreveríais a combatir no solo contra nuestro imperio, sino contra el resto de los griegos?

—Nos atreveríamos y nos atreveremos. No lo dudes.

—¿Cuántos hombres podéis movilizar, mi querido Leónidas? Si no es grosería preguntarlo.

Leónidas miró de reojo a Damarato mientras rumiaba la respuesta. El padre de Perseo se enderezó ligeramente en el diván y apretó los labios, pero no dijo nada.

«¿Vamos a revelar a los persas cuál es nuestra verdadera fuerza?», pensó Perseo. Esparta era capaz de poner en pie de guerra a ocho mil hoplitas, tal vez incluso diez mil recurriendo a los más veteranos. Y luego estaban los periecos, no espartanos que moraban en el valle del Eurotas y que entrenaban a menudo con las tropas de élite espartanas. A ellos había que sumarles los aliados de la Liga del Peloponeso, forzosos o voluntarios. De ese modo, Esparta podía movilizar el ejército más poderoso de Grecia.

Y aun así, por lo que contaban los viajeros y espías que conocían el Imperio persa, todo lo que Esparta pudiera llevar al campo de batalla no suponía más que una gota de agua ante el mar de tropas que podía reclutar el rey Darío.

—Cuántos seamos da igual, noble Bagabigna —respondió Leónidas por fin—. Si nuestro ejército puede movilizar tan solo mil hombres, esos mil lucharán contra el Gran Rey. Y si son menos o si son más, también lucharán.

Bagabigna levantó la copa para que le echaran más vino y, cuando se la llenaron, vertió unas gotas en el suelo para ofrecer una libación.

—¡Brindo por tu valor y por el de tu pueblo, noble Leónidas! Pero explícame bien. ¿Has dicho que incluso con mil hombres os enfrentaríais a la *Spada* de mi señor Darío, Rey de Reyes, que puede reclutar a cientos de miles de soldados?

—Eso he dicho. —Como para corroborar sus palabras, Leónidas, que no había vuelto a sentarse, tensó sus hombros macizos y sus abultados tríceps.

—O sea, que piensas que cualquiera de los súbditos de tu hermano y de Damarato…

—Nosotros no tenemos súbditos, sino ciudadanos.

—Perdona mi error. Decía que debes de pensar que cualquiera de vuestros ciudadanos vale al menos por diez soldados persas y que podría derrotarlos en combate. Lo que, por tanto, significará que alguien como tú, un guerrero aún más poderoso y de la familia real, podría batirse al menos contra veinte de los nuestros.

—Yo no he afirmado eso, noble Bagabigna. No pretendo batirme ni con veinte hombres, ni con diez, ni, si está en mi mano, tan siquiera con uno solo. No he afirmado que los espartanos os superemos a los persas como combatientes individuales, aunque tampoco somos inferiores.

—¿Entonces qué has querido decir, noble Leónidas? No acabo de entenderte.

La concordia se había convertido en tensión. Entre el bochorno de la noche, los mosquitos que subían del río, el calor de los pebeteros que habían encendido para ahuyentarlos y las palabras desafiantes de Bagabigna, Perseo sentía que la atmósfera era cada vez más sofocante y que le faltaba el aire. En teoría no debían surgir peleas, ya que los huéspedes estaban protegidos tanto

por Zeus Hospitalario como por Hermes, el patrón de los heraldos y embajadores, y alzar la mano contra uno de ellos habría constituido un sacrilegio.

Leónidas, que se había tomado otra pausa antes de contestar a Bagabigna, explicó:

—He querido decir que cuando los espartanos combatimos escudo con escudo, no existe fuerza humana capaz de derrotarnos.

—Eso habría que verlo —repuso Bagabigna, cada vez menos sonriente y más rígido en el diván.

—Si es necesario, se verá.

—Los espartanos tenéis una peculiar obsesión con los escudos.

—Porque son el baluarte de nuestra ciudad. ¿No has reparado en que no tenemos murallas?

—He oído que vuestras mujeres alardean de que jamás han tenido que ver los escudos de los enemigos. ¿Crees que podrán seguir así eternamente?

En ese momento Perseo notó que los ojos de Gorgo se posaban sobre él. Fue apenas un instante, el aleteo de una mariposa; cuando se fijó en ella, la joven estaba observando de nuevo a su tío.

Pero había sentido su mirada, estaba seguro. Y también estaba seguro de que significaba algo.

Fuera por eso, o por la insolencia cada vez más patente en las palabras y el tono de Bagabigna, Perseo sintió que la sangre le zumbaba como un torrente en los oídos.

—Permiso para hablar, señor —dijo, volviéndose hacia su padre. Los jóvenes espartanos nunca debían tomar la palabra por propia iniciativa ante los mayores. Esa norma no se aplicaba del todo a él, príncipe heredero, salvo cuando se hallaba en presencia de personajes tan notables.

Damarato se lo pensó, removiendo la boca como si masticara hebras de regaliz, y por fin hizo un gesto de aquiescencia. Perseo se levantó del asiento estirándose la túnica sobre las rodillas y miró un instante a Gorgo y después a Leónidas.

—El noble Leónidas tiene razón —empezó. Después carraspeó, porque su propia voz le había sonado demasiado aguda, llenó el pecho de aire y

prosiguió en un tono más grave—: Los espartanos somos invencibles luchando en falange. Pero Leónidas ha sido demasiado modesto al referirse a nuestra pericia como combatientes individuales.

—Explícate, joven príncipe —dijo Bagabigna, acariciándose la barba, tan fina y recortada como si se la hubiera dibujado sobre el rostro—. ¿Qué quieres decir?

Solo entonces Perseo miró directamente a la cara al embajador persa.

—Quiero decir que incluso un guerrero espartano de habilidades medianas puede derrotar al mejor de vuestros campeones.

Por los perros de Hécate, se dijo, ¿por qué no podía dejar de latirle tan rápido el corazón? Se le iba a escapar por la boca en cualquier momento.

—Una afirmación muy atrevida —replicó Bagabigna—. ¿En qué la basas, joven?

—En que a los espartanos se nos enseña a combatir desde que se nos caen los dientes de leche.

—¿Se os enseña? Tengo entendido que, como príncipe heredero, tú no estás sometido a la disciplina de la *agogé*.

Perseo miró de reojo a Fénix, que estaba sentado en tercera fila, junto con otros asistentes de la casa Euripóntida. Su maestro de armas hizo un gesto ambiguo, pero Perseo ya no podía echarse atrás.

—He recibido adiestramiento con las armas desde niño —aseguró.

—Entonces, ¿crees que podrías derrotar al mejor paladín de Persia? —preguntó Bagabigna.

Perseo estuvo a punto de decir algo, pero se mordió la lengua. Si contestaba, iba a sonar a fanfarronería.

Fue su hermano Nabis quien acudió en su ayuda.

—¿Puedo hablar yo también, padre?

Damarato bajó la cabeza con gesto pausado y respondió:

—Adelante, hijo.

Nabis, que había permanecido semioculto no muy lejos de Fénix, dio un paso al frente y penetró en el círculo de luces que proyectaban las llamas de los pebeteros y las lámparas de aceite.

—Noble Bagabigna —dijo Nabis—, si hay uno entre nosotros que puede derrotar a cualquiera de vuestros guerreros, ese es mi hermano Perseo.

Tras examinar al joven espartano de arriba abajo con aire crítico, Bagabigna comentó:

—Por lo corto que llevas el pelo, veo que tú sí estás sometido a la *agogé*. ¿Consideras, sin embargo, que tu hermano es mejor guerrero que tú?

Nabis miró de reojo a Perseo y asintió.

—Hay quienes poseen un talento especial para la música, o para correr, o para seguir rastros en el bosque, o para domar caballos. A mi hermano, el dios Ares le otorgó al nacer el talento para el combate.

—Muy interesante —respondió Bagabigna—. Tengo entendido que tú naciste primero, y sin embargo tu hermano es el heredero del trono, y no tú.

—Así es, por las leyes de nuestra ciudad.

—No obstante, observo que no le guardas rencor, sino que lo admiras. Me parece muy noble por tu parte. ¿Realmente es tan buen guerrero, o es que tal vez por tu boca habla el amor fraterno?

Nabis enrojeció un poco.

—Aunque mi hermano no haya compartido el campamento conmigo ni con los de mi edad, desde que nos separaron no ha dejado de entrenar con los mejores maestros de armas y ha derrotado ya a combatientes hechos y derechos.

Retrepándose en el diván, Bagabigna giró la mirada en derredor. No había ya rastro de embriaguez en su voz, lo que hizo pensar a Perseo que todo había sido una farsa para provocar a sus anfitriones.

—¿Sois aficionados a las apuestas, espartanos?

Perseo vio cómo varios de los presentes entrecruzaban miradas. A los espartanos no les gustaba reconocerlo, porque contradecía el espíritu de las leyes de Licurgo, pero les encantaba hacer todo tipo de apuestas. Jugaban a los dados, a las tabas, a las damas, al cótabo e incluso a ver quién orinaba más lejos después de los banquetes comunales.

Sin aguardar respuesta, Bagabigna añadió:

—Estoy dispuesto a jugarme mi caballo blanco, un espléndido corcel de Nisea, a que yo, que no puedo alardear tan siquiera de ser uno de los mil

mejores guerreros de la *Spada*, puedo aun así derrotar al joven Perseo.

—¿Con quién quieres apostar ese caballo, extranjero?

Perseo volvió la mirada hacia el río. Por allí venía Cleómenes, acompañado por Temístocles y seguido por sus guardias. Mientras el ateniense se quedaba a cierta distancia y entre las sombras, como si no quisiera que los persas lo vieran demasiado de cerca, el rey Agíada siguió caminando hasta llegar junto a su hermanastro.

Se oyeron algunos murmullos y un gruñido apenas disimulado de Damarato. «Qué impresentable, aparecer ahora», susurró el rey Euripóntida, tan bajo que solo Perseo lo escuchó.

—Oh, no pretendo apostar contra el príncipe —respondió Bagabigna—. Estoy dispuesto a correr el riesgo de perder, y en tal caso mi caballo será un regalo para vuestra ciudad, una ofrenda para vuestros dioses.

Cleómenes puso los brazos en jarras, un gesto poco regio que, sin embargo, resaltaba la anchura de sus hombros y disimulaba un poco la de su cintura.

—¿Qué te daremos nosotros si ganas?

El persa lo miró primero a él, después a Gorgo y, por último, torciendo el cuello, a Perseo.

—Tan solo un objeto simbólico, nada de importancia. Por ejemplo, esa bonita cinta azul con la que la hija del rey Cleómenes, la hermosa Gorgo, lleva recogido el pelo.

A Perseo se le paró el corazón un instante. Se oyeron murmullos entre los comensales, algunos sorprendidos y otros enojados. Sin embargo, Cleómenes no pareció ofenderse.

—Como padre de Gorgo, acepto el desafío. ¿Lo acepta mi ilustre colega Damarato, como padre de nuestro joven campeón?

Damarato se limitó a asentir con gesto serio.

—En tal caso —sentenció Cleómenes—, propongo que ese duelo se celebre mañana mismo a media tarde, en el gimnasio de Heracles. El corcel de Nisea de nuestro invitado contra la cinta de seda de mi hija Gorgo. Mi querido Perseo, espero que dejes en buen lugar a toda Esparta.

Perseo, que no había vuelto a sentarse, inclinó ligeramente el torso como

asentimiento y reverencia. A continuación se volvió a Damarato y dijo:

—Padre, con tu permiso, creo que lo mejor es que me retire ahora. Mañana debería estar descansado.

El rey Euripóntida se levantó del diván, con su rigidez habitual. Mirando a Cleómenes con gesto más hostil incluso de lo habitual, respondió:

—Creo que es mejor que todos nos retiremos. Se ve que estamos cansados y quizá algo bebidos, y pueden decirse cosas de las que quizá luego nos arrepintamos.

Cleómenes demostró el respeto que le merecían las palabras de su colega tumbándose en el diván.

—Habla por ti, Damarato. Todavía es temprano, y no quiero que nuestros invitados piensen que los espartanos somos unos aburridos. ¿Qué opinas tú, hija? —preguntó Cleómenes, acariciando el brazo de Gorgo.

Esta sonrió, tomó la mano de su padre, la besó y dijo:

—Disfruta de la cena, padre. Creo que lo más decoroso es que yo me retire ahora.

Cuando Cleómenes quiso poner un gesto de contrariedad, Gorgo ya le había soltado la mano y se había levantado para abandonar el banquete. Mientras él mismo se marchaba, Perseo pensó, y no por primera vez, que la hija de Cleómenes sería una extraordinaria reina de Esparta.

# 3

Bagabigna, vestido tan solo con un pantalón blanco, estaba sentado en el suelo, con cada pie apoyado en el muslo opuesto. Bajo sus piernas, las tablas del suelo desprendían calor. Habría preferido el primer piso de aquella mansión donde los éforos albergaban a las embajadas extranjeras, porque tenía el suelo de piedra y era más fresco, pero allí se alojaba el anciano Istafernes.

El sitio donde se había sentado estaba junto a la ventana que daba al patio, pero el aire estaba tan encalmado que no entraba ni una leve brisa por la celosía. Lo único que se colaba por allí eran mosquitos. Sura, arrodillada en un cojín detrás de él, trataba de espantarlos con el abanico, y de cuando en cuando aplastaba uno sobre la espalda desnuda de Bagabigna.

—Hace calor, mi amado.

—¿Calor? Esto no es calor. ¿Te he hablado alguna vez de Ahwaz, donde nací?

—Muchas veces, mi amado. Pero nunca me canso de oír tu voz.

Una voz que sonaba perfectamente clara y lúcida. Bagabigna había bebido bastante durante el banquete, pero poseía una alta tolerancia al vino, y si se había fingido más ebrio de lo que estaba había sido para provocar a sus pomposos anfitriones.

—He recorrido todas las satrapías del Rey de Reyes —le dijo a Sura—. En ningún lugar he sufrido más calor que en Ahwaz. Allí pasábamos el verano encerrados en casa, tras las paredes de piedra. Si no había más remedio que salir fuera, podías oír el crujido de la tierra al cuartearse bajo el sol. Cuando en Ahwaz no hay una tormenta de arena, puedes ver cómo el aire riela tanto que parece una cascada al revés que sube desde el suelo hasta el cielo.

—Me gustaría ver eso. Algún día me llevarás.

—No, no te gustaría. —Bagabigna agarró la mano que le acariciaba el hombro y la acarició a su vez—. Aunque por supuesto, si no tengo más remedio que volver a Ahwaz, te llevaré conmigo.

Había dejado en Susa a sus dos esposas, sus cinco hijos y su otra concubina. Pero a Sura no; de Sura la sogdiana era incapaz de separarse. Como ella era tan esbelta y sus pechos lo bastante pequeños para disimularlos con un ceñidor bien apretado, Bagabigna le había dicho que se cortara el pelo y la había hecho pasar por un paje, sin más explicaciones. Se trataba de una embajada masculina, o así se la habían presentado a los espartanos, porque tenían entendido que los griegos sentían un gran desprecio por las mujeres. Mas, para sorpresa de Bagabigna, había descubierto que en Esparta se las trataba con más consideración incluso que en Persia.

En aquel lugar el problema no era tanto el calor, sino que aquella mansión no estaba preparada; seguramente en invierno sería fría, llena de corrientes. «Mansión», de hecho, era un término muy pretencioso para aquel edificio. Tan pretencioso como lo eran los propios espartanos.

Llevaba poco tiempo allí, pero era el suficiente para saber que los espartanos no le gustaban. No le caían bien. ¿De dónde sacaban esa presunción de ser superiores a los demás? Desde luego, esa supuesta superioridad no se plasmaba en sus construcciones. Viajando a las órdenes de la corte imperial, Bagabigna había contemplado las pirámides junto al Nilo, los jardines colgantes y la torre de Etemenanki en Babilonia, los anillos de colores de las murallas de Ecbatana y la grandiosa *apadana* recién erigida en Persépolis para las audiencias del Gran Rey. Casi cualquier construcción que pudiera encontrarse en el imperio era infinitamente más grandiosa que los templos de madera, adobe y como mucho estuco que se veían en Esparta. ¿Qué decir de lo que llamaban palacios? Cualquier eunuco de segunda fila de la administración de Darío poseía mansiones más amplias y lujosas.

—Si desaparecieran todos los habitantes de Esparta y quedaran únicamente los edificios, ¿crees que alguien pensaría que esta colección de aldeúchas de adobe separadas por matorrales y sembrados es la ciudad más poderosa de Grecia?

—Y, sin embargo, así la consideran, mi amado. Algo de verdad habrá en ello.

Los labios de Sura le rozaron el lóbulo de la oreja al hablar. Bagabigna sintió el deseo en forma de sangre fluyendo a sus ingles, pero no se movió.

No quería hacerle el amor a Sura. Prefería mantenerse puro, y mantener esa tensión en su interior y convertirla en fuerza vital al día siguiente. Ya celebraría después su victoria sobre aquel joven rubio y tan apuesto como una estatua de uno de sus falsos dioses.

—El poder no es poder si no se demuestra, Sura. ¿Te imaginas al Gran Rey o a su heredero Jerjes caminando entre la chusma como estos que se hacen llamar reyes de Esparta? Son jefezuelos de tribu, no llegan a más.

Ella le masajeó por encima de las clavículas.

—Estás demasiado tenso, mi amado. Pronto nos iremos de aquí y volveremos a lugares más civilizados.

—El único de estos espartanos en el que pondría alguna esperanza es el joven Perseo —prosiguió Bagabigna, que apenas había escuchado las palabras de Sura—. Si entrara al servicio de Darío, aún podríamos hacer de él un buen oficial de la *Spada*.

—Tiene muy buena planta y es guapo —dijo Sura, abriendo las palmas sobre los hombros de él. Más que un masaje era una caricia incitadora—. Pero no tanto como mi señor.

Bagabigna pensó en lo que había visto en los dos días que llevaba allí. Tan solo le habían enseñado el adiestramiento de los muchachos. Eran disciplinados, ciertamente. Pero las maniobras de los verdaderos soldados se las habían ocultado.

Con todo, Bagabigna sabía de sobra cómo combatían los hoplitas griegos. Los había visto en acción en la revuelta jonia. La única diferencia que podían presentar los espartanos era que sus líneas, al parecer, eran más rectas y sus lanzas tremolaban menos al formar. Pero un ejército compuesto únicamente por infantería pesada, por disciplinado que fuese, era una herramienta lenta y tosca, un arma que servía únicamente para el choque frontal. En las vastas extensiones del Imperio persa sería inútil. De hecho, ya lo había demostrado en esa fallida revuelta, cuando la caballería y los arqueros de la *Spada*, actuando en combinación, habían ido aniquilando a los hoplitas batalla tras batalla.

—Y aun así, se creen invencibles —pensó en voz alta.

—¿Por qué estás tan irritado, mi amado?

—Porque estos espartanos no muestran el debido respeto. Cuando una

embajada del Gran Rey visita cualquier otro lugar, los habitantes nos miran con admiración y temor. Pero aquí parece que nos están perdonando la vida. Es una ciudad ensimismada, como si para ellos no existiera el mundo exterior.

«Mañana les voy a demostrar que el mundo exterior existe, y es más vasto y poderoso que esta aldea, y que cuando golpea lo hace con mano de piedra», se dijo, apoyando aquel pensamiento con el puño en la palma.

—¿De verdad no crees que te relajaría si…?

—Chsss —la interrumpió Bagabigna, poniéndose en pie.

—¿Qué ocurre?

Había oído algo fuera. Pasos rechinando en los escalones de madera y luego susurros. Como embajadores inviolables y protegidos por los dioses de todas las naciones, no creía que estuvieran en peligro. Pero, por si acaso, tomó un pequeño cuchillo con empuñadura de marfil que tenía bajo la almohada y se lo guardó entre el pantalón y el fajín, junto a los riñones.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¿Mi señor? —preguntó Arses, el paje que guardaba los aposentos por fuera—. Ha venido un mensajero.

—Espera un momento.

Sin necesidad de que él dijera nada, Sura corrió junto al lecho y se apresuró a ponerse una túnica y un chal para embozarse el rostro. Mientras se vestía, Bagabigna disfrutó de una breve visión de su espalda y sus nalgas desnudas, y le dio gracias al Señor de la Sabiduría y a la diosa Anahita por la belleza de su concubina.

—Hazle pasar, Arses —ordenó cuando vio que ella ya estaba vestida y podía pasar por un paje de figura algo andrógina.

Arses abrió la puerta y, cuando el visitante entró, la cerró detrás de él. El mensajero traía la cabeza cubierta con un capote de corte basto y color pardo. Debía de tratarse de un ilota, el nombre que los espartanos daban a sus siervos.

—Traigo una carta para ti.

La forma de tender la mano y el tono, sin embargo, no parecían nada serviles. ¿Acaso hasta los criados eran arrogantes en aquella ciudad? Si en Persia se le hubiera presentado un recadero de aquella forma, Bagabigna lo

habría hecho decapitar al momento.

La carta estaba sellada con cera. Bagabigna reconoció el sigilo, dos leones rampantes, porque lo había visto en un relieve sobre la puerta de uno de los palacios. De modo que la carta era de uno de los dos reyes, del taciturno Damarato.

Rompió el sello de cera y desenrolló la carta. Estaba escrita en griego, como era de esperar, pero él no solo hablaba el idioma, sino que también sabía leerlo, al igual que el persa, el elamita y el arameo. De las lenguas de otros súbditos del imperio chapurreaba unas cuantas, las suficientes para entenderse.

El texto, dirigido a Istafernes y no a él, era largo y prolijo. Tuvo que leerlo dos veces para captar todos los detalles, pues la sintaxis de Damarato era a ratos torpe y a ratos rebuscada.

Lo que proponía aquel tipo era una alianza en igualdad de condiciones con el Gran Rey, en la que ambos tuvieran los mismos amigos y los mismos enemigos. Esparta, que sería libre en su política interior, organizaría los asuntos de Grecia y recaudaría el tributo para Darío. Del que, por supuesto, estaría exenta y además se quedaría una parte. Aun así, explicaba Damarato, el Gran Rey tendría mucho que ganar, pues había muchas ciudades en Grecia, y algunas de ellas eran muy ricas, como Atenas y Corinto.

Damarato, en nombre de Esparta, estaba incluso dispuesto a ayudar a Darío en su guerra de represalia contra Atenas. A cambio, solo requería que le apoyara contra su colega y rival Cleómenes. No llegaba a tanto Damarato como para pedir que Darío quitara de en medio a los Agíadas, pues la doble monarquía era una antigua tradición. Pero sí que castigara a Cleómenes por sus sacrilegios —al parecer, entre otras lindezas había incendiado un bosque sagrado lleno de refugiados— y de paso se librara también de sus hermanos Leónidas y Cleómbroto, que compartían con él la misma maldición o *míasma*.

«Sería conveniente buscar a algún otro familiar para ocupar el trono —decía la carta y sugería al sobrino del rey, Pausanias— que es joven y de voluntad débil». Sin duda, más maleable que Cleómenes y más dispuesto a pactar con Persia.

El mensaje concluía: «Muy noble Istafernes, espero que el desafío que mi hijo Perseo le ha lanzado al otro embajador no interfiera con nuestra deseable amistad. Como rey, no permitiré que mi hijo, aunque venza, humille a tu compañero».

«Todo un detalle por su parte», se dijo Bagabigna, enrollando de nuevo la carta.

—Esto está dirigido al embajador Istafernes. ¿Por qué me la has traído a mí?

El mensajero se quitó la capucha. A Bagabigna no se lo habían presentado oficialmente, pero lo reconoció por su intervención durante el banquete para apoyar a su hermano.

—Soy Nabis, hijo de Damarato.

—Y te pareces a él —confirmó Bagabigna.

A quien no se parecía aquel joven era a su mellizo. Tenía los ojos oscuros en lugar de azules, y en aquella penumbra iluminada por velas parecían dos pozos negros que absorbieran toda la luz.

—Tu padre, el rey, ha dirigido esta carta a Istafernes —dijo Bagabigna—. Tenía entendido que en Esparta la desobediencia a los mayores se considera un crimen.

—Estoy mirando por los intereses de mi padre. He observado que, aunque el otro embajador sea más anciano, tú eres el que tiene el poder de decisión.

—Para ser tan joven, pareces buen observador.

Bagabigna se dio la vuelta y le entregó la carta a Sura. Esta la guardó en un cofrecito, y después, sin que fuera necesario tan siquiera un ademán de Bagabigna, se dirigió hacia un pequeño velador cuya pata de bronce representaba a un ser de rasgos caballunos, lo que los griegos llamaban un sátiro. Sobre el velador descansaban una jarra con vino y otra con agua, junto a varias copas de plata, y otra mucho más ancha, de hueso cubierto de oro por dentro y forrado de piel por fuera.

Sura mezcló vino y agua en una copa de plata y se la entregó al joven espartano. Después hizo lo mismo en el vaso ancho, un trofeo personal de Bagabigna al que llamaba «el cáliz de Anacarsis».

Nabis se bebió el vino en dos tragos y, sin decir nada, le tendió la copa a Sura. Saltaba a la vista que no bebía por sed. Ella le sirvió de nuevo, y esta vez Nabis se conformó con un sorbo. Después sujetó la copa en ambas manos. Una buena forma de hacer algo con ellas si estaba nervioso, pensó Bagabigna. A su hermano Perseo no le habría pasado algo así: poseía la majestad innata para permanecer inmóvil sin perder la elegancia.

Bagabigna le señaló un taburete. Nabis negó con la cabeza.

—Como embajadores y servidores del Gran Rey —dijo Bagabigna—, el noble Istafernes y yo lo compartimos todo. Tendré que enseñarle la carta.

—No lo compartís todo.

Bagabigna pensó que aquel joven no tenía muy buenos modales. Debía de creer que estaba hablando con un bárbaro, un ser inferior. Llegado el momento, Bagabigna ya le borraría esa convicción, pero por ahora sentía más curiosidad que enojo.

—¿A qué te refieres?

—A que él no tiene que batirse con mi hermano.

Bagabigna volvió a examinar a su interlocutor. Nabis era más bajo que su hermano, y tenía las piernas cortas y algo arqueadas. No miraba de frente como Perseo: era como si temiera que los demás encontraran algo en el fondo de sus ojos.

Normalmente, cuando alguien miraba así era porque, en efecto, ocultaba algo. *Drauga*, la Mentira, pensó Bagabigna. Sus ojos, sus movimientos, todo hacía pensar que aquel joven se llevaba mintiendo a sí mismo y a los demás toda la vida. No el engaño de la astucia, que un diplomático o un guerrero podían y hasta debían utilizar para obtener fines más elevados. Se trataba de otra mentira interior, una corrupción que afectaba al alma.

—¿Es verdad que tu hermano y tú sois mellizos? No os parecéis demasiado.

—Ya sé que él es el guapo. Ha salido a mi madre. Ella me lo solía decir. «Tanto esfuerzo pariéndote, y no te pareces a mí en nada».

—Al menos, guardas parecido con tu padre. ¿No te satisface eso? Nadie te achacará que seas un hijo ilegítimo.

—¿De qué me sirve eso? Legítimo o no, nunca seré rey.

«A no ser que muera su hermano», pensó Bagabigna. ¿Era eso lo que quería? ¿Para eso había venido, para convencerlo de que acabara con la vida de Perseo? Pero habían acordado que el duelo se iba a librar con armas embotadas y que el árbitro lo detendría cuando juzgara conveniente para evitar que ninguno de ellos sufriera heridas graves.

—He oído que naciste antes que tu hermano. ¿Por qué el heredero es él?

—Después de que yo naciera, y justo antes de que naciera Perseo, mi abuelo Aristón falleció.

Bagabigna enarcó una ceja y animó al joven a que prosiguiera su explicación.

—Cuando nací yo, mi padre solo era príncipe heredero. Al principio pensaban que yo era el único, aunque les extrañó, porque era un bebé más pequeño de lo normal y la tripa de mi madre abultaba mucho. Después llegó la noticia de la muerte de mi abuelo, y entonces mi madre expulsó las secundinas y a mi hermano Perseo, que medía medio palmo más que yo. En ese momento, mi padre ya se había convertido en rey.

Tras pensar unos segundos, Bagabigna creyó comprender.

—De modo que en Esparta preferís a aquellos herederos que nacen durante el reinado del padre, incluso si ya hay otros hijos mayores.

—Así es.

Un principio curioso, pensó el persa. Pero había viajado por tantas satrapías y conocido tantas tribus, de los nómadas árabes a los arqueros escitas, de los montañeses de Sogdiana a los místicos de la India, que resultaba casi imposible que lo sorprendieran las costumbres de ningún pueblo. En cierto modo, podía encontrarle lógica a aquella norma. El hijo nacido de un rey venía al mundo ya con aquella distinción, aquel carisma heredado del padre.

Pero no lo reconoció en voz alta, puesto que lo que convenía a su misión era sembrar la cizaña en Esparta.

—No parece justo desposeer así al primogénito de lo que debería pertenecerle.

—Yo nací al amanecer y él, a media mañana. ¡Y mi abuelo tuvo que morirse justo en medio! —dijo Nabis, apurando la copa.

Sura se apresuró a servirle por tercera vez. Al hacerlo, le resbaló el chal sobre los hombros. Aunque llevaba el pelo corto, resultaba imposible disimular que se trataba de una mujer.

Los ojos de Nabis, que entre las sombras parecían dos rendijas, se abrieron de golpe. Pero enseguida apartó la vista de Sura y se quedó mirando la copa, como si se dijera a sí mismo que ya había bebido suficiente. Sin embargo, segundos después dio otro largo trago. Al parecer, necesitaba el

valor que da el vino.

—Ahora bien —tanteó Bagabigna—, supongo que si a tu hermano le ocurriera algo, y no quiera el Señor de la Sabiduría que eso suceda…

Nabis hizo un gesto raro con los dedos por delante de la cara, probablemente un pase mágico para ahuyentar malos espíritus. Bagabigna estaba comprobando que los espartanos eran un hatajo de supersticiosos.

—¡Yo no he dicho que quiera que mi hermano muera! Las Erinias me castigarían.

—Por supuesto.

—Es mi hermano.

—Lo es.

—Lo hemos compartido todo, incluso desde antes de nacer.

—*Casi* todo.

Nabis entrecerró los ojos con rencor. No hacía falta explicar qué era lo que no habían compartido, lo que había diferenciado a Perseo de él desde el mismo momento en que nació.

Bagabigna levantó un poco su copa. Sura pasó por detrás de él y le sirvió vino por encima del hombro. Al hacerlo, sus senos le rozaron la espalda. A través de la finísima seda de la túnica de Sura, él notó las puntas enhiestas de sus pechos acariciándole la piel. Sintió que le afluía la sangre al miembro y le invadió un súbito deseo de agarrarla por la cintura y tomarla allí mismo, por detrás, aunque el muchacho estuviera delante, tal como había hecho en alguna fiesta de hermandad con los salvajes escitas.

«Mañana tengo un duelo», se recordó. La pureza ante todo. Después ya celebrarían ambos su victoria.

—Tú mismo dijiste durante el banquete que tu hermano es el mejor combatiente de Esparta.

Nabis meneó la cabeza.

—Lo dije porque sé que es lo que él cree. Pero mi hermano no es un auténtico guerrero.

—Ahora sí que me has sorprendido. Explícate.

—Sabe manejar las armas. Las maneja muy bien. Mucho mejor que yo.

—Pero…

—Pero nunca ha matado a nadie.

—Es muy joven. Tiempo tendrá de hacerlo.

—Yo *sí* he matado.

Interesado, Bagabigna cogió un taburete y se sentó. Después empujó otro con el pie derecho para ponerlo frente a Nabis. Esta vez, el joven obedeció la sugerencia.

—Lo que me dices es muy interesante. ¿Has estado ya en la guerra, Nabis?

—Sí y no.

—No se puede estar y no estar en la guerra. A no ser que los espartanos seáis peculiares incluso para eso.

El joven volvió a negar con la cabeza.

—No es una cosa que se pueda decir.

Bagabigna se puso en pie, rodeó el taburete donde se sentaba Nabis y le puso las manos sobre los hombros. Había comprendido que se estaba acercando a algo interesante. Desde el mismo momento en que desembarcaron en Gitión, el puerto de Esparta, se había dado cuenta de que algo extraño colgaba sobre las cabezas de sus habitantes; un manto de silencio tan pesado y sofocante como la calima de esos días.

—Has venido en secreto —susurró, inclinándose junto al oído de Nabis —. No has obedecido las instrucciones del rey. Traes un mensaje contra el otro rey. Me hablas contra tu hermano. ¿Sabes qué significa todo eso?

Sin esperar respuesta, Bagabigna se enderezó y volvió a ponerse frente al joven espartano.

—Que confías en mí. ¿Me equivoco?

—No. No te equivocas.

—Pues tú háblame de esa guerra que es y no es, y yo confiaré en ti. Y te aseguro que la confianza de Bagabigna, hijo de Artavardiya, vale su peso en oro.

«Ese metal que tanto decís despreciar en Esparta, pero del que no podéis apartar los ojos», pensó, acariciando una de las cadenas que colgaban de su

cuello.

Le hizo un gesto a Sura, que trajo más vino para Nabis. Al servírselo, se agachó un poco, y eso hizo que se entrevieran sus pechos. Eran pequeños y duros como manzanas agraces, pero a Nabis se le fueron los ojos un instante. Bagabigna lo observó, divertido. Su deseo por Sura era tan intenso y su seguridad en sí mismo tan alta que no solo no le importaba, sino que le excitaba que otros varones la miraran con lujuria.

Volvió a sentarse. Sura lo hizo en el suelo, a su lado, y él se dedicó a juguetear con sus cabellos negros, como si acariciara a un gato egipcio.

—Nuestro enemigo ancestral es Argos —explicó Nabis—. Pero, después de aplastarlos en la última batalla, ahora estamos en tregua con ellos.

—Dime algo que no sepa.

—Tenemos… —Nabis dio otro trago para armarse de valor. Ya había bebido tanto que la lengua se le trababa un poco—. Tenemos otro enemigo más peligroso.

—¿Más peligroso? Argos está cerca y dicen que tiene un ejército tan grande como el vuestro.

—El enemigo del que te hablo está más cerca y es mucho más numeroso.

Los dedos de Bagabigna se detuvieron sobre la nuca de Sura. Toda su atención estaba puesta en el chico.

—¿Cuál?

—Los ilotas.

—Los ilotas. ¿Os referís a vuestros esclavos? ¿Les tenéis miedo?

—No son exactamente esclavos.

—¿Ah, no?

Los ilotas, le explicó Nabis, eran siervos vinculados a las tierras de Laconia y Mesenia. Como cada uno de los Iguales, los ciudadanos espartanos de pura cepa, poseía un lote heredado de esas tierras, con el lote poseía, de algún modo, a los ilotas. Pero, al contrario que ocurría con un esclavo normal, a los ilotas no se los podía comprar ni vender.

—Los ilotas cultivan nuestras tierras y nos dan una parte de lo que producen, para que nos mantengamos y para que nuestros guerreros puedan

llevar vino y comida a los banquetes comunales que celebramos casi todas las noches.

Bagabigna asintió, entendiendo que «una parte» significaba «casi todo». Nabis prosiguió con su explicación: los ilotas de Laconia llevaban desde tiempo inmemorial bajo el yugo espartano, pero los mesenios habían sido conquistados más recientemente y eran más rebeldes, amén de hallarse más lejos de la ciudad de Esparta.

Juntos, los ilotas de Laconia y Mesenia superaban en número a los espartanos en una proporción desmesurada, más de diez a uno, o quizá incluso de veinte a uno. Esto ocurría porque se reproducían como conejos, al contrario que los espartanos, que procuraban limitar el número de hijos para no dividir y agotar las heredades.

—A ellos les da igual, porque son sucios y perezosos, y no les importa que sus hijos vivan entre la mugre, sin comida, que enfermen y mueran, porque siempre pueden engendrar más.

Bagabigna contuvo una sonrisa. Lo que oía lo habían afirmado en el pasado los asirios de los medos, y luego los medos de los persas hasta que estos les arrebataron el imperio, y ahora lo decían los persas de los medos. Pero no dijo nada, porque captó la verdadera esencia de lo que decía Nabis.

Miedo.

Los valientes espartanos tenían miedo. Miedo de que sus propios sirvientes, los que producían su comida, los que se la traían y se la ponían prácticamente en el plato, se rebelaran un día y los mataran a todos.

Ahora comprendía esa obsesión por convertir a sus ciudadanos en máquinas de guerra. No para conquistar el mundo exterior, como los persas, sino para no perder el miserable y pequeño imperio que poseían.

Qué visión más pobre y limitada.

—Por eso, todos los años, los éforos declaran la guerra a los ilotas —dijo Nabis.

—¿Se la declaran abiertamente? ¿Les mandan embajadores? ¿Es que los ilotas tienen reyes a los que declararles la guerra?

—No. La declaración es solo ante nuestros dioses.

—De ese modo, se supone que es una guerra justa.

—No se supone. Lo es. Tenemos que defender nuestro modo de vida.

—Pero no entiendo bien, Nabis. Gracias a los ilotas os es posible mantener ese modo de vida, ¿no? Puesto que ellos se encargan de todas las tareas serviles, podéis dedicar todo vuestro tiempo a adiestraros como guerreros y cultivaros como nobles ciudadanos.

—Así ha sido desde hace mucho tiempo.

—Y queréis que siga así. Pero entonces, ¿por qué estáis en guerra con ellos? Si los aniquiláis, ¿quién trabajará para vosotros?

—No se trata de aniquilarlos. Es como se hace con las vides. Si se deja que la vid crezca y crezca, lo invade todo como una enredadera, y las uvas que produce no sirven para nada. Con los ilotas ocurre lo mismo.

Por la rapidez con que había dicho aquello, Bagabigna comprendió que se trataba de un discurso aprendido.

—Así que los podáis. —Nabis asintió—. Y tú eres uno de los que los podan. —Nabis asintió de nuevo—. ¿Y puedo preguntarte cuántas… vides has podado?

—Quince. Hasta ahora.

Nabis no llegó a sonreír, pero las comisuras de su boca se distendieron. Bagabigna comprendió. El joven había matado… y le había gustado.

—¿Cómo lo has hecho?

—Yo he… —El joven se levantó de pronto—. Te he contado más de lo que debía. Tenemos un juramento.

—¿Quiénes?

Nabis hizo otro gesto apotropaico.

—No te lo puedo decir. He jurado por la Estigia. Es el juramento más sagrado.

Nabis se puso en pie y se acercó al velador para dejar la copa. Bagabigna le agarró la mano, con la firmeza suficiente para evitar que abriera los dedos.

—Espera un momento.

Casi sin esfuerzo, Bagabigna hizo que Nabis levantara la mano y se acercara la copa a la cara. Los ojos del joven se fijaron por primera vez en el relieve finamente grabado sobre la superficie de plata, en el que un jinete

persa mataba a un león disparándole flechas.

Bagabigna abrió los dedos por fin, liberando la mano del joven espartano.

—Quiero que te la quedes. Un presente, de guerrero a guerrero.

«Tú no eres un guerrero, sino un asesino», añadió para sí. Pero incluso un asesino podía ser útil.

—Gracias, noble Bagabigna.

«Vaya, por fin muestra un poco de respeto».

—De guerrero a guerrero —repitió Bagabigna—. Y me has dicho que tu hermano no lo es…

—Mi hermano parece de piedra por fuera, pero por dentro es de mantequilla. Yo he sido el duro desde niño. —Palmeándose el pecho, Nabis explicó—: Yo fui el que se marchó de casa a los siete años, sin llorar ni mirar atrás. Él fue el que se quedó en palacio, mimado por las criadas, por mi madre y, sobre todo, por mi abuela.

—Vaya. Con razón dicen que no es oro todo lo que reluce.

Bagabigna se movió de tal manera que Nabis tuvo que girarse para seguir mirándolo a la cara. En aquel ángulo, la luz de las velas le alumbró todo el rostro, sin sombras.

Y, sin embargo, las sombras seguían allí, dentro de los ojos. Oscuras como el espíritu tenebroso de Angra Mainyu.

—De todos modos, debes tener en cuenta una cosa —dijo Nabis—. Aunque mi hermano no haya matado a nadie todavía, es muy rápido.

—Rápido. Ajá.

—Es muy difícil alcanzarlo con un golpe. Y, cuando ataca, es como una serpiente.

—¿Como esta serpiente?

Nabis levantó la barbilla y se puso bizco para mirar la punta del minúsculo cuchillo que, sin previo aviso, había aparecido junto a su nuez. Ni lo había visto venir.

Mucho más despacio, Bagabigna volvió a guardarse el cuchillo debajo del fajín que ceñía su pantalón.

—Si tu hermano es tan bueno, dejemos que la divinidad decida el

resultado de nuestro duelo.

Nabis se tocó el cuello para comprobar que no tenía sangre y, por primera vez desde que había entrado en la estancia de Bagabigna, sonrió.

—¿Cómo sería un hijo nuestro? —susurró Perseo.

No era la primera vez que hacían el amor, pero sí la primera que él preguntaba aquello. Su joven amante se sorprendió y, por un instante, sus muslos se aflojaron. Pero enseguida volvió a tensar las piernas, que tenía entrelazadas alrededor de las estrechas caderas de Perseo.

—No sería —respondió.

—¿Por qué? —insistió él.

—Porque no puede ser. Y tú deberías estar descansando para el duelo de mañana. ¿No es eso lo que le has dicho a tu padre, que te retirabas para descansar?

—¿Es que quieres que me vaya?

—¡No! —exclamó ella, apretándolo más contra su cuerpo.

—Ya no podía soportar más seguir viéndote tan cerca y no poder hablarte, ni besarte, ni tocarte.

Ambos estaban chapoteando en un remanso del río. Perseo tenía los pies entremetidos bajo unas raíces que se hundían bajo el agua, y eso los mantenía a ambos en el sitio pese al suave tirón de la corriente. Tampoco se veía obligado a hacer demasiado esfuerzo: allí el Eurotas dibujaba un recodo donde el agua se aquietaba. Tanto como la noche, que de tan encalmada parecía que el aire se hubiera convertido en resina. La temperatura era más propia de la canícula que de los días del solsticio. Por eso, después de copular rabiosamente bajo las ramas del sauce (de *su* sauce), habían quedado tan acalorados y empapados de sudor que se habían zambullido en el río. Pero como ambos eran jóvenes y en ellos predominaban los humores fogosos y apasionados, apenas habían nadado un instante y después habían vuelto a pegarse la una al otro y el otro a la una como el hierro se adhiere a la piedra de Magnesia.

Saciado el primer ardor del sexo, ahora estaban haciendo el amor despacio, conscientemente despacio. Ella marcaba el ritmo, contrayendo y aflojando las piernas, que había ejercitado desde niña corriendo con las demás muchachas, y también saltando y danzando en los festivales de Ártemis y

Helena. Se clavaba en su amante, después se separaba apenas un par de dedos, volvía a clavarse, siempre buscando el contacto de su sexo contra el duro pubis de Perseo. Al hacerlo emitía pequeños gemidos, se mordisqueaba el labio inferior, hinchado ya de tantos besos, y la punta de su lengua asomaba como un diminuto triángulo bajo sus dientes. Estaba controlando el placer, un placer que llevaba conociendo solo unos meses. Constantemente se acercaba al límite del éxtasis, como si se asomara a los riscos de las Apótetas en el monte Taigeto, sacara las puntas de los dedos sobre el borde rocoso y se balanceara sobre el abismo. Y cada vez que estaba a punto de precipitarse en él se detenía, refrenaba la respiración y retrasaba un poco más el clímax.

Pero él se había empeñado en preguntar.

—¿No crees que sería el mayor guerrero de estos tiempos? Tú y yo llevamos la sangre de Heracles en nuestras venas.

—No puede ser.

—Puede ser si los dos queremos, Gorgo.

Ella le tapó la boca.

—Chssssss. No pronuncies mi nombre. En este lugar no somos hijos de reyes. Solo amantes. Yo soy tu Hero y tú, mi Leandro.

Perseo apartó la mano de ella y sonrió.

—Espero no acabar como él —dijo.

Todas las noches Leandro cruzaba a nado el Helesponto, el estrecho de mar entre Asia y Europa, para llegar hasta la torre donde vivía su amada Hero. Hasta que una vez ella se olvidó de encender la lámpara que guiaba a Leandro y el joven se ahogó entre las olas.

—Yo nunca me olvidaré de encender mi fuego para ti —aseguró ella, y para demostrarlo llevó la mano al punto donde más encendido lo tenía, allí donde ambos se unían como todos los amantes lo hacen desde que Urano y Gea se abrazaron por primera vez en el origen de los tiempos.

En aquel mismo lugar, bajo las ramas del mismo sauce, habían caído atravesados por la flecha de Eros a finales del verano anterior.

Era media mañana ya pasada. Gorgo había terminado de correr con otras doncellas, entrenándose para la carrera en honor de la diosa Hera. Había quedado la primera, aunque tenía la sospecha de que su prima Teleutia se dejaba ganar. Siendo la hija unigénita del rey, Gorgo a menudo dudaba si la

actitud de los demás hacia ella era sincera o bien obedecía a la reverencia, la adulación o el simple cálculo de interés.

Como quiera que fuese, Gorgo, Teleutia y las otras tres muchachas, jadeantes y sudorosas por la carrera, decidieron bañarse en aquel recodo de la orilla oeste del río, aprovechando el espacio que quedaba entre el agua y un junqueral, allí donde se levantaba aquel sauce. Los juncos servían de pantalla, cobijándolas de las miradas de los sirvientes y los soldados que las acompañaban; pues, como hija de un rey que en más de veinte años de gobierno autoritario se había granjeado muchos enemigos, Gorgo nunca salía de palacio sin escolta.

O al menos no lo había hecho hasta el inicio de su idilio secreto, pensó ahora con una sonrisa traviesa. En cambio, en esta segunda noche de luna llena no había soldados al otro lado de las cañas; solo su fiel Crino, una laconia alta y cuadrada, tan robusta y contundente como cualquier guerrero.

La joven siguió recordando aquel día. Se había quitado el peplo, enganchado con fíbulas de plata, para extenderlo sobre la hierba que crecía bajo el árbol. Después saltó al agua y, tras meter la cabeza y emerger resoplando, se dio la vuelta y salpicó a sus amigas.

—¡Vamos, tardonas! ¡El agua está buenísima! —exclamó, aunque lo cierto era que se le había cortado la respiración por un segundo.

Teleutia y Laótoe ya se habían soltado las túnicas y las tenían en los tobillos cuando, de repente, abrieron unos ojos como platos y miraron más allá de la cabeza de Gorgo. Al instante, entre gritos y risitas nerviosas, se agacharon para subirse de nuevo los peplos y corrieron con las otras dos muchachas a esconderse entre los juncos.

Gorgo braceó hasta hacer pie sobre las raíces del sauce y se dio la vuelta. Del agua sobresalía una cabeza. Era un nadador que venía de la otra orilla y estaba a unos diez metros de ella. La joven pensó que se le ofrecían dos opciones: salir corriendo y mostrar fugazmente su cuerpo desnudo o mantenerse hundida en el agua para ocultarlo.

No eligió ninguna de las dos.

Las jóvenes espartanas lucían sus muslos al entrenar y en las carreras se anudaban el peplo solo sobre el hombro izquierdo, de tal modo que el pecho derecho a veces les asomaba. Pero no eran tan impúdicas como se imaginaban en sus sueños lúbricos los atenienses y otros griegos que reprimían y

encerraban en sus casas a sus propias mujeres.

Y, sin embargo, alguna divinidad, sin duda Afrodita, se había apoderado de Gorgo aquel día, tomando el control de sus miembros. Sin perderle la mirada al intruso, reculó en cuclillas sobre las raíces y la pendiente de la orilla. Después se levantó muy despacio, siempre con los ojos clavados en el desconocido.

Que se había acercado lo suficiente para dejar de serlo. Aunque apenas había cruzado unas palabras con él diez años antes, cuando ambos eran unos críos y ella usó su túnica para limpiarle la sangre de la cabeza, Gorgo no lo había perdido de vista desde entonces. Por supuesto, había crecido mucho, pero su cabello seguía siendo igual de rubio.

Era Perseo. Príncipe heredero de los Euripóntidas y, por tanto, vástago de una familia enemiga.

En aquel momento a Gorgo, poseída por la diosa, le dio igual. Se quedó de pie, con los pezones erizados por el frío del agua y la excitación de lo doblemente prohibido, sintiendo que la mirada del joven la ungía como aceite.

Su cuerpo llevaba tiempo despertando. Contribuían a ello no solo la edad y la naturaleza, sino también el deporte al aire libre, la ropa ligera que exhibían su cuerpo y los de sus amigas, los masajes de sus sirvientas para tonificar sus músculos: todas esas actividades que, según creían los espartanos, había instituido el legislador Licurgo con el fin de estimular el deseo poco a poco y conseguir que, llegado el matrimonio, los jóvenes esposos procrearan hijos más robustos para la patria. Pues cuanto mayor es la lujuria, más intensa la cópula y más fuerte su fruto. ¿No ocurrió que de la unión de tres noches y tres días sin sol entre Zeus y la mortal Alcmena nació el héroe más poderoso de todos los tiempos, Heracles, antepasado tanto de Gorgo como de Perseo?

Sí, el cuerpo de la joven llevaba tiempo despertando. En aquel instante lo sentía tan alerta como un vigía en una atalaya, tan tenso como las cuerdas de una lira a punto de romperse. Durante unos segundos permaneció de pie, sin moverse. Por fin, su mano derecha subió a ocultar sus pechos y su izquierda bajó para cubrir su sexo; pero lo hicieron con tanta lentitud que más que púdicas tapaderas parecieron reclamos para la vista.

Con una sonrisa, Gorgo se dio la vuelta y salió del agua. Ya no veía la cara de Perseo, pero sentía su mirada clavada en la espalda, y sobre todo en los glúteos, que sabía respingones y perfectamente formados gracias a los

brincos que daba en honor de Ártemis. Y no dejó de notar sus ojos mientras se puso, por fin, la túnica y se apartó del río para reunirse con sus amigas.

Así empezó todo. Días después se vieron en una fiesta en el santuario de Menelao, el más antiguo de la ciudad. Aunque estaban rodeados de una ruidosa multitud —los padres y familiares de ambos, más sacerdotes y sacerdotisas, guerreros, sirvientes, visitantes de otras ciudades griegas, incluso bárbaros—, sus miradas se buscaban furtivamente y alguna sonrisa se les escapó. Al fin y al cabo, pensaba Gorgo, ¿quién iba a sospechar que una princesa Agíada y un príncipe Euripóntida podían mantener alguna relación?

Terminado el sacrificio, mientras los asistentes formaban corrillos, bebían vino y comían tajadas de carne braseada, un criado del cortejo de los Agíadas se acercó a una sirvienta de Gorgo, la musculosa Crino, cuchicheó con ella unos segundos y le puso algo en la mano.

Crino se acercó a su ama y con mucho disimulo le entregó aquel objeto. Eran dos, en realidad. Una cinta azul de seda, un lujo oriental importado por un mercader de Egina, y una nota escrita en un trozo de tela. Gorgo pensó en quedarse a solas para leerla, pero la curiosidad la venció, así que, parapetándose tras el corpachón de Crino, desenrolló la nota.

El estilo era indudablemente laconio. «Bajo la primera luna llena y las ramas del sauce a mitad de la primera guardia».

Sin preguntas ni peticiones. «¡Qué prepotencia!», pensó Gorgo. Su mirada buscó a Perseo, que se hallaba a unos diez metros de ella, junto a su mellizo Nabis. Ambos escuchaban una conversación entre su padre Damarato, el insufrible paidónomo Amonfareto y dos miembros del consejo de ancianos.

Sin duda, Perseo se había convertido en un joven muy apuesto, media cabeza más alto que cualquiera de sus interlocutores, incluido aquel hermano al que tan poco se parecía. Gorgo observó complacida cómo la túnica blanca se pegaba a sus pectorales y después colgaba recta hasta el cinturón, sin rozar ni el estómago ni el vientre.

Por otra parte, la seguridad en sí mismo que revelaban tanto la mirada de Perseo como las palabras que había garrapateado en la nota la irritaban.

«Qué sorpresa te vas a llevar pasado mañana cuando esperes toda la noche bajo el sauce», pensó, lanzando una brevísima sonrisa a Perseo antes de apartar la mirada.

Y, sin embargo, dos noches después, en la primera del plenilunio, se

escapó de palacio por las cocinas y acudió a la cita que principiaría su amorío prohibido.

Ahora, mientras hacían el amor mirándose a los ojos, recordaron aquel momento. Tras el primer descubrimiento, el de la vista —que se había producido de casualidad, gracias a que Perseo había burlado a sus escoltas para nadar a solas en el río—, había llegado el de los cuerpos. Desde entonces, poseídos por la lujuria animal de los adolescentes, ambos se habían convertido en una droga para el otro. Droga que reforzaban gozando del amor presente mientras se deleitaban rememorando el placer pasado.

—No querías venir, pero viniste —dijo Perseo por enésima vez.

—Vine.

—Y luego volviste.

—Y luego volví —respondió Gorgo. Sus dientes relucieron entre las sombras mientras volvía a apretar con los talones las piernas de su amante para obligarlo a clavarse más entre sus ijares.

A Gorgo la divertía ese juego. Fingir que se sometía mientras era ella quien controlaba los movimientos de Perseo, impidiéndole que escapara, acelerándolo o frenándolo a voluntad. Desde niña había sido indomeñable, como buena hija de Cleómenes, un rey que no respetaba ni temía a ninguna potencia divina o humana.

Ya había reparado en que Perseo se parecía a ella en aquel aspecto. En una ciudad donde los jóvenes debían agachar la mirada y esconder las manos ante los mayores, y donde ni siquiera les estaba permitido hablar antes de que se les dirigiera la palabra, ellos dos eran distintos. Y así debía ser, pues, según le había explicado su padre:

—Nosotros no somos dorios como nuestros súbditos, vástagos de tribus medio bárbaras del norte. —Por supuesto, Cleómenes únicamente utilizaba la palabra «súbditos» para referirse a los Iguales espartanos cuando estaba en privado—. ¡Nosotros descendemos de la casa de Heracles, legítimos habitantes y dueños de todo el Peloponeso!

Mientras Gorgo pensaba en las palabras de su padre, sin dejar de contraer la pelvis con una cadencia tan lenta como los latidos de la noche, Perseo se la bebía con los ojos.

En el tenue enrejado que formaban las sombras del ramaje y las luces de

la luna, el joven a medias veía el rostro de su amante y a medias lo recordaba, pues las zonas oscuras las rellenaba con su memoria. El cabello ondulado de Gorgo, empapado de agua y de sudor (residuo del primer arrebato amoroso de la noche), se le pegaba a la nuca allí donde la sujetaba la mano de Perseo, a quien le fascinaba la curva grácil y alargada del cuello de su amante.

Pero, sobre todo, lo hechizaban los ojos de Gorgo. Oscuros, algo más separados de lo normal, grandes y rasgados. Las comisuras externas se dejaban caer con una inclinación apenas perceptible que teñía su mirada de una misteriosa melancolía, incluso cuando sonreía. Perseo se preguntó una vez más qué anhelos escondía, qué deseos no conseguía cumplir.

Lo que ignoraba era que ella encontraba en él algo parecido, ya que ambos estaban poseídos por Eros, cuya maldición es un hambre que nunca se satisface, una sed que jamás se extingue.

—¿Qué piensas? —preguntó él.

Gorgo se rio.

—Que eres demasiado guapo para ser un guerrero —se burló y le besó de nuevo—. Alguien debería partirte la nariz para que parezcas más espartano.

Perseo enarcó una ceja.

—No ha nacido el hombre que me parta la nariz. ¿No sabes que soy como Aquiles? Nadie fue capaz de hacerle jamás el menor rasguño, hasta que ese cobarde de Paris le disparó de lejos y por la espalda.

Cuando Perseo pronunció el nombre de Paris, raptor de Helena y traidor a su anfitrión Menelao, ambos escupieron a un lado por puro reflejo aprendido desde que eran niños. Después, Gorgo dijo:

—Eres un fanfarrón.

—Realista. Mañana te lo demostraré, cuando le dé una lección a ese persa insolente.

Ella le arañó los hombros y, con un gruñido, se empaló más hondo en él.

—¿Así que eres el hombre más hombre de Esparta?

—Eso parecen creer.

Siguieron acunándose, más pacientes de lo que nunca habían sido.

—Un hijo nuestro acabaría con esta anomalía —insistió él, al cabo de un

instante.

—¿Por qué no te callas y me besas?

—Dos reyes —prosiguió Perseo, fingiendo que no la había oído—. No hay ningún otro lugar en el que gobiernen dos soberanos.

—Esto es Esparta. No tenemos por qué imitar a nadie —repuso Gorgo. Lo cierto era que su padre comentaba a menudo lo mismo que Perseo. Con la diferencia de que a él no se le pasaba por la cabeza unir ambas dinastías: si por él fuera, exterminaría a toda la casa de los Euripóntidas.

—No somos una ciudad tan grande —insistió Perseo—. Con un rey nos sobraría. Incluso el Imperio persa, que es inmenso, se basta con un solo señor. Un hijo nues…

Gorgo le tapó la boca y se apretó más contra él. Notaba el sexo hinchado, y si demoraba más el placer, se temía que el clímax se le iba a quedar atrancado dentro, haciéndola sufrir toda la noche.

—Disfruta de lo que tenemos ahora, Perseo —le susurró al oído. Su propio aliento le hizo cosquillas al rebotar en la piel de su amante—. Cuando llegue el momento, nos casarán con otros. Jamás habrá un hijo nuestro. —Se agarró con ambas manos de su nuca y aceleró el ritmo de sus caderas.

—Si haces eso, no voy a poder aguantar… —dijo él.

—Es para que vuelvas a tu casa y duermas —respondió ella, mordiéndose el labio con un gemido—. Si no, mañana estarás demasiado cansado para vencer a ese persa. ¿Cómo se llamaba?

—Bagabigna. Podría vencerlo con una sola mano, aunque no durmiera en tres noches.

—Fanfarrón… —susurró ella y le mordió el lóbulo de la oreja—. Eres mi fanfarrón…

El orgasmo le llegó de pronto, por sorpresa, en oleadas tan intensas que resultó casi doloroso. Pero, incluso en ese momento de pasión, su mente era demasiado poderosa para abandonarse del todo. Cuando percibió que el clímax de Perseo era inminente, pese a que el suyo no había terminado todavía, puso las manos en los pectorales de él, duros como piedras, y empujó para apartarse. Un momento después sintió cómo la simiente de Perseo, cálida incluso dentro del agua, le rozaba el ombligo.

«Ahí es inofensiva», pensó. Pues estaba segura de que si concebía un hijo

de un odiado Euripóntida, por mucho que fuera la niña de los ojos de su padre, Cleómenes la estrangularía con sus propias manos y despeñaría al bebé por el Taigeto.

Por eso su amor tendría que quedar estéril para siempre. Cuando lo pensó, la invadió una profunda tristeza, se abrazó a los hombros de Perseo y escondió el rostro junto a su cuello para que no la viera llorar.

Porque llorar era un lujo que la hija de un rey espartano no se podía permitir.

### Gimnasio de Heracles, Esparta

A media tarde, cuando ocuparon su lugar en las gradas que rodeaban la arena donde se iba a celebrar el duelo entre Perseo y el persa Bagabigna, Temístocles le dijo a su amigo Pausanias:

—Con lo que os odiáis los Agíadas y los Euripóntidas, estarás dudando quién quieres que venza en el duelo, si el embajador persa o el príncipe Perseo.

Pausanias enarcó las cejas en un gesto equivalente a encogerse de hombros. La víspera, en las Jacintias, al observar que los espartanos eran sumamente parcos en sus ademanes, Temístocles le había preguntado a su amigo por esa circunspección. Según Pausanias, en el campamento los mastigóforos golpeaban con varas los hombros de los niños que los encogían, hasta extirparles aquella costumbre. Al igual que muchas otras. «No verás a ningún Igual hurgarse la nariz en público, por ejemplo».

—Como espartano que soy —respondió ahora Pausanias—, deseo que ese persa se lleve una lección. Su insolencia en el banquete fue intolerable. Si no se tratara de un embajador, cualquier espartano de bien lo habría degollado en el acto.

«Si las cosas salen como yo pretendo, no tendrás que preocuparte de que ese persa vuelva vivo a su patria», se dijo Temístocles. No obstante, no se atrevió a expresar su pensamiento en voz alta.

—Por otra parte —prosiguió Pausanias—, si el persa humilla al joven campeón de los Euripóntidas, nos echaremos unas buenas carcajadas. No tanto por él, que es una persona noble, sino por el estreñido de su padre.

Recordando la cara de dispepsia permanente del rey Damarato, Temístocles pensó que «estreñido» era un buen epíteto para él. «Damarato el

de las heces atrancadas», podría haber cantado Homero.

—En tal caso, únicamente puedes ganar —dijo Temístocles—. ¿Por quién has apostado?

Pausanias enrojeció. Aunque fue solo un leve arrebol, el joven tenía la piel tan clara que lo delató.

Por las leyes de Licurgo, que instituían el desprecio por todo lo material, los espartanos tenían prohibido apostar.

Esa era la teoría.

La realidad era que, cuando Temístocles conoció a Pausanias en los Juegos Olímpicos celebrados tres años antes, comprobó que el joven Agíada se jugaba el dinero con una pasión digna del mejor ateniense. Ambos habían apostado buenas sumas por la victoria de Tisícrates, un atleta de Crotona que había sacado a sus perseguidores más de cinco metros en la carrera del estadio. Como Tisícrates era el hombre más veloz del momento, la jugada solo les había rendido un beneficio de una dracma por cada cinco invertidas. Aun así, lo habían festejado juntos en el pabellón donde se alojaba Temístocles. La alegría de la ganancia, el vino y la juerga con tres bellas cortesanas corintias habían contribuido a amigar a espartano y ateniense.

Para su desgracia, ambos habían dilapidado lo ganado, y hasta diez veces más, al apostar por que Tisámeno de Élide, un atleta y adivino local tan conocido por sus hazañas físicas como por sus extravagancias, iba a ganar en el pentatlón. Tisámeno había llegado a la última prueba, la lucha, con posibilidades de victoria, pero su rival, Jerónimo de Andros, lo había superado por un derribo. Con ello, Temístocles y Pausanias habían perdido su dinero, y Tisámeno se había sentido tan mortificado que había desaparecido de Olimpia y nadie había vuelto a saber nada de él.

Aquel pentatlón había hecho perder a Temístocles cuatrocientas dracmas: doscientas suyas y otras tantas de Pausanias, a quien cubrió las pérdidas con vistas al futuro. Recordando aquello, se preguntaba cuánto dinero iban a costarle los espartanos entre favores, regalos y sobornos. Según se contaba, en Esparta se despreciaban tanto el oro y la plata que supuestamente estaban prohibidos y se utilizaban en su lugar monedas de hierro. Pero Temístocles había comprobado que aquel rumor no era más que una fábula.

Como para corroborarlo en su idea, Pausanias respondió por fin a su pregunta:

—He apostado por Perseo.

—¿Por Perseo? ¿En serio?

—Como lo oyes.

—¿El amor por tu ciudad ha prevalecido sobre tu odio a los Euripóntidas?

—No. Lo que ha prevalecido ha sido la prudencia. Conozco a unos cuantos guerreros de pecho velludo que se han enfrentado a él con el escudo y la lanza, o simplemente peleando sin armas, y todos ellos han doblado la rodilla. Diéneces, el amigo de mi tío Leónidas, que es un combatiente excepcional, me ha dicho que Perseo puede llegar a ser el Aquiles de Esparta.

—¿Aquiles? Grandes palabras son esas.

—Mejor que no lleguen a sus oídos, porque se le podrían subir a la cabeza. Todavía más. La modestia no es su virtud principal.

—No diría yo que Aquiles sea el paradigma de la modestia.

En ese momento, sonaron las trompetas.

—¡Ciudadanos! ¡Extranjeros! —exclamó el heraldo del linaje de los Taltibíadas—. ¡Los reyes de Esparta!

Al reclamo metálico de la trompeta, todos los asistentes al duelo se pusieron en pie. Temístocles, siguiendo la máxima de «Cuando vayas a Tebas, haz como los tebanos», miró de reojo a Pausanias y se incorporó.

Un segundo después se percató de que no todos se habían levantado. A su derecha, en el rincón sudeste del patio, había cinco hombres que, en lugar de sentarse en las gradas de piedra como los demás, ocupaban sencillas sillas de tijera sin respaldo. Ataviados únicamente con mantos rojos, se hallaban algo apartados del resto de los concurrentes y no se habían molestado en separar el trasero del asiento. «Nos vigilan con la displicencia de los dioses», pensó Temístocles, aunque enseguida se corrigió. Estaba convencido de que, cuando observaban a los mortales, los dioses no lo hacían con displicencia, sino que se divertían como tracios en una boda con vino sin mezclar.

—¿Quiénes son esos tipos?

—Los éforos —respondió Pausanias—. ¿No te los había presentado?

—No.

Temístocles había acertado con el nombre casi sin darse cuenta. Éforos.

«Vigilantes». ¿A quién o quiénes vigilaban?

—¿Por qué no se levantan como los demás?

—Su principal cometido es controlar a los reyes y recordarles que no son tiranos con poder absoluto. Por eso tienen el privilegio de no levantarse, para recordárselo. —Llevado por su afán didáctico, Pausanias agregó—: Cada mes, en la luna nueva, los éforos pactan respetar a los reyes siempre que estos gobiernen siguiendo las leyes de Licurgo. Y cada nueve años, acuden al santuario de Ino Pasífae para escudriñar los cielos por si descubren en ellos señales de que alguno de los reyes ha cometido alguna acción que ofenda a los dioses y deba ser castigada. Si ocurre así, se juzga al rey, que puede recurrir al testimonio del oráculo de Delfos para demostrar su inocencia.

Temístocles chasqueó la lengua.

—No sé yo si querría ser rey en Esparta con tantas limitaciones.

Las dos comitivas reales, antecedidas por flautistas, aparecieron por la entrada oriental de la palestra. Sobre sus cabezas, por encima de la techumbre de madera que rodeaba la arena, asomaban los templos de la vecina Acrópolis, que parecían más lejanos por efecto del polvo líbico que enturbiaba el aire.

Ambos cortejos cruzaron el centro de la arena y se detuvieron ante el altar. Este se hallaba consagrado a Heracles, al igual que todo el gimnasio. Así lo proclamaba una escultura de bronce de tres metros erigida al borde de la palestra, que representaba al héroe con su piel de león y con la tosca clava que le servía de arma.

En su pausado desfile, los dos cortejos se mantuvieron separados en todo momento al menos cinco metros. Finalmente, encabezados por los reyes, los séquitos se pararon a ambos lados del altar. En el centro, un sacerdote vestido de blanco («Es Megistias de Acarnania, uno de los mejores adivinos de Grecia», informó Pausanias a su huésped) procedió a inmolar un cabrito blanco en honor de Heracles y las demás divinidades tutelares de Esparta.

En los sacrificios que se ofrecían tanto a los dioses como a los héroes era norma acatar la *eufemía*, el silencio sagrado. No obstante, con el tiempo y la rutina se tendía a descuidar el respeto debido a las divinidades. En muchos lugares, como por ejemplo en Atenas, no dejaban de escucharse cuchicheos, toses o carraspeos durante la muerte de la víctima. En cambio, allí en Esparta el silencio era real, tan intenso que se podía oír el zumbido de las moscas que

revoloteaban sobre el altar, ansiosas de libar. Incluso el cabrito pareció respetar la *eufemía*: el adivino lo degolló con tal presteza que el desdichado animalejo no tuvo tiempo de exhalar ni un breve balido.

Muerta la víctima, Megistias asperjó con su sangre las paredes de estuco del altar. La parte superior del ara estaba hecha de cenizas prensadas y empapadas en sangre, restos de anteriores sacrificios. Con los años, había ido creciendo en altura, hasta el punto de que los ayudantes del adivino tuvieron que levantar los brazos para poner sobre la parrilla los muslos del cabrito.

Pasado aquel momento de silencio, los flautistas volvieron a tocar y un coro de diez doncellas entonó un himno en honor de Helena. Los asistentes espartanos, que eran la mayoría, las acompañaron, aunque muchos de ellos cantaban con esa irritante costumbre de deslizarse por todos los tonos intermedios para llegar de una nota a otra.

*Espejo de belleza, telar de las virtudes,*

*oh, casta entre las castas…*

Temístocles no habría imaginado jamás a Helena como telar de virtudes, y menos como una mujer casta. Pero Pausanias le había advertido muy serio: «Ten mucho cuidado con lo que se te ocurre decir de Helena en mi ciudad. Ni un solo chiste sobre cuernos ni nada similar».

*Tus pechos divinos que amamantan*

*a la estirpe de Heracles, fuerte como el león…*

Si para el resto de los griegos Helena era el arquetipo de la mujer infiel, en Esparta se la adoraba como a una diosa y no querían ni oír hablar de su adulterio con Paris. De hecho, cada vez que pronunciaban el nombre del troyano, los laconios escupían a un lado en un gesto apotropaico. Y, por supuesto, aceptaban la versión del poeta Estesícoro, según la cual lo que viajó a Troya con Paris no fue Helena, sino un simulacro creado por los dioses a partir de brumas solidificadas.

Por fin, el himno terminó y ambos reyes y sus séquitos ocuparon sus asientos a ambos lados de los embajadores de Darío.

—Acabo de pensar una cosa —dijo Pausanias.

—¿Qué?

—Este va a ser el primer combate que se celebre entre griegos y persas en nuestro suelo. ¿Crees que será una premonición?

Temístocles apretó la mano de su amigo.

—Si ese chico es tan bueno como tú dices, espero que sea un presagio. Porque la guerra entre Persia y Grecia va a llegar, más temprano que tarde.

«De eso ya me encargaré yo», añadió para sí.

Había tanta gente rodeando la palestra que al principio Perseo, cohibido, agachó la cabeza. Sobre la arena, el borde de su sombra se veía borroso, como el filo de una espada embotada. «Maldita calima», pensó. Solo había calentado un poco los músculos y ya tenía la túnica pegada al cuerpo. Pese a que los rayos del sol tenían que abrirse paso a través del polvillo que flotaba en la atmósfera y la teñía de un difuso azafrán, Perseo notaba su flama en la nuca, irritándole la piel como una lija.

«Levanta los ojos —se ordenó a sí mismo—. Vas a ser el rey de todos estos que te miran».

Cuando alzó la cabeza, el corazón se le aceleró.

Jamás el gimnasio de Heracles había estado tan abarrotado. Las gradas de granito que rodeaban el rectángulo de arena se veían llenas de cuerpos apretujados. Por detrás, entre las columnas que sujetaban el pórtico, se adivinaban cientos de cabezas. Incluso decenas de niños de la *agogé* se habían encaramado al tejado, flacos y pelones, con las piernas sucias y llenas de mataduras colgando sobre los aleros, las túnicas tan cortas que a algunos les asomaban las vergüenzas.

«Tranquilo», se dijo Perseo. No pasaba nada. Así debió de sentirse Aquiles cuando se batió contra Héctor al pie de las murallas de Troya, observado por miles de espectadores. En el caso del guerrero mirmidón se trataba de enemigos. Y eso no lo acobardó ni influyó en el desenlace de su duelo.

Pese a su juventud, como príncipe que era, Perseo había tenido el privilegio de salir de Esparta para asistir a los juegos de Nemea. Allí, en una palestra similar a esta, la multitud que rodeaba la arena había recibido la entrada de púgiles y luchadores aplaudiendo, jaleando, aullando o pateando. Pero ahora estaban en Esparta. Manifestar las emociones de forma tan estridente y primaria habría sido una vulgaridad impropia del carácter laconio. Por eso solo se escuchaban murmullos y comentarios apagados. Además, se daba por supuesto que Perseo iba a ganar. ¿Acaso no era su deber hacerlo contra un afeminado persa que llevaba pantalones?

Poco a poco su respiración se aquietó. Iba a hacer aquello para lo que había nacido.

Luchar.

Buscó rostros conocidos entre el público. A la derecha del altar se sentaban su padre y su madre. ¿Dónde se había metido su hermano?

Una mano se agitó más atrás, tras las gradas. Allí, entre las estatuas de Cástor y Pólux, estaba Nabis, de pie junto a sus compañeros de campamento, entre los que descollaba el gigantesco Gerión. Perseo contuvo la tentación de corresponder al saludo de su hermano; había que mantener la gravedad de la situación, de modo que se limitó a hacer un gesto con la barbilla que Nabis, como era de esperar, no llegó a percibir.

Después, los ojos de Perseo acudieron por sí solos adonde se sentaban los Agíadas. Como siempre, ocupaban el lugar más honorable, a la derecha del altar. Para Perseo sus rostros y sus cuerpos eran poco más que bultos borrosos. Solo veía con claridad a Gorgo. Vestida con una túnica tan azul como la cinta de seda que recogía sus cabellos, la joven destacaba como una figura recién pintada sobre un fresco descolorido por el sol y el paso del tiempo.

Que Gorgo se hubiera puesto la cinta, prenda de aquel duelo, demostraba que confiaba en la victoria de Perseo.

Detrás de él, unos pasos crujieron en la arena. Sus asistentes. Sin volver la vista, Perseo levantó ambos brazos para dejarse armar. Al hacerlo hinchó el pecho y los hombros, y proyectó los músculos dorsales como si fueran las alas de un águila.

Fénix le tendió el escudo. Perseo pasó el brazo izquierdo por el *pórpax*, un semiaro de bronce clavado en el centro cóncavo. Sus dedos buscaron y agarraron la *antilabe*, la cuerda que recorría el borde interior. Después se acercó el escudo al pecho y trazó con él un par de giros, noventa grados arriba y otros noventa abajo; era todo el juego que le permitía el sistema de agarre. Una maniobra más de exhibición que práctica, para demostrar al público que podía manejar aquella pieza de roble de más de ocho kilos como si fuera una pluma.

Y, sobre todo, para impresionar a su adversario, al que intuía a su derecha como una presencia fantasmal, una sombra en el rabillo del ojo.

Tras entregarle el escudo, Fénix le advirtió:

—Recuerda que hasta ahora ningún ejército griego ha vencido en una batalla contra las tropas del Gran Rey.

—Eso es porque hasta ahora no se ha enfrentado a ningún espartano —respondió Perseo, la mirada siempre al frente. Alzando la voz, añadió—: ¿No han venido los persas a pedir tierra? Pues hoy uno de los suyos se va a llevar toda la que quiera. Para que la mastique bien entre los dientes.

—Bravas palabras —dijo Fénix—. Pero ahora has de demostrar que no son huecas.

Los espectadores más cercanos acogieron el comentario de Perseo con sonrisas y alguna carcajada. El intérprete persa cuchicheó al oído de Istafernes, el anciano embajador, que se limitó a acariciarse la barba.

Una vez embrazado el escudo, Perseo aferró con la diestra la lanza que le ofrecía Hipólito, el pedagogo, que le había solicitado el honor de oficiar también como asistente para el duelo. Sus dedos se cerraron sobre la fina soga enrollada en el asta, un apaño destinado a evitar que el arma resbalara con el sudor de la palma. La zona de agarre no se hallaba en el centro, como habría sido el caso de tratarse de una jabalina. La *dory*, la lanza de hoplita, no estaba destinada a ser arrojada, sino blandida, y a mantener al adversario a la mayor distancia posible. Gracias al *sauroter*, una contera de bronce dos veces más pesada que la punta de hierro, el centro de gravedad se hallaba a un tercio del final. De ese modo, sin hacer grandes esfuerzos para equilibrarla, Perseo podía mantener por delante de su escudo más de metro y medio de arma.

En una batalla campal, se habría puesto además la coraza de lino y el casco y las grebas de bronce. Hoy llevaba tan solo una túnica roja de lino, ceñida con un cinturón de piel. Ambos rivales habían acordado que el duelo no fuese a muerte, por lo que las puntas de las lanzas estaban embotadas y enfundadas en cuero.

Tan someramente equipado, Perseo giró noventa grados sobre los talones y encaró por fin a Bagabigna. El persa le devolvió la mirada, guiñando los ojos ante el difuso resol que rebotaba en la arena desde el oeste.

—Si quieres podemos cambiar el sitio —le ofreció Perseo—. No deseo tener ventaja alguna sobre ti.

El persa sonrió. La mezcla de los labios carnosos y los rasgos afilados hacía que su sonrisa resultara insolente y atractiva al mismo tiempo. Como buen griego, admirador sin tapujos de la belleza masculina, Perseo tuvo que reconocer que su adversario, tan alto como él, era un espécimen magnífico. Llevaba únicamente unos pantalones blancos, tan inmaculados que casi era el joven espartano quien se deslumbraba al verlos. Para el combate, Bagabigna se había despojado del caftán, que uno de sus sirvientes le estaba doblando con tanto cuidado como haría un mayordomo en una alcoba palaciega. El persa tenía el torso depilado y, a juzgar por el brillo de su piel, se lo acababa de ungir de aceite. Sin vello y con aquella pátina, sus músculos resaltaban con líneas tan marcadas como si los hubiera tallado el buril de un broncista.

Inconscientemente, Perseo contrajo sus propios músculos. Sabía bien que, al hacerlo, las fibras de sus deltoides cabrilleaban y las venas de sus bíceps se hinchaban como cuerdas. Por desgracia, el efecto de aquella exhibición quedaba en poca cosa, pues las mangas de la túnica roja le llegaban casi hasta los codos.

Lo único que deslustraba la perfección del tórax de Bagabigna era una cicatriz blanca que le corría como un surco desde la tetilla izquierda hasta más allá del ombligo. «Yo no tengo ninguna marca así», se dijo Perseo, casi con envidia. Durante su adiestramiento había sufrido lesiones, pero hasta el momento, no conocía la sensación de una hoja de hierro clavándose en su carne. Y la pequeña señal de su breve y olvidada lucha contra el jabalí estaba bien disimulada debajo del pelo.

«Aquiles tampoco sufrió heridas jamás», contraargumentó para sí. ¿Acaso para ser mejor guerrero hacían falta cicatrices? De hecho, si se pensaba bien, el guerrero perfecto no debería mostrar ninguna cicatriz.

—No te preocupes por tener ventaja, príncipe —respondió Bagabigna—. Ya cambiaremos de posición durante el baile.

Perseo estudió las armas del persa. El escudo de Bagabigna no era un *aspís* circular como el suyo, sino un *gérrhon* de forma ovalada, con segmentos en forma de media luna cortados a ambos lados. Estaba construido con mimbres, que se hacían pasar en haces paralelos por agujeros practicados en una piel de vaca. El cuero, al secarse, doblaba los mimbres y le otorgaba al conjunto flexibilidad y resistencia sin añadir demasiado peso.

«Son escudos buenos contra las flechas, pero no tan buenos contra la punta de una lanza griega», le había explicado Fénix.

Perseo tenía entendido que las lanzas persas solían ser más cortas que las griegas, pero la de Bagabigna debía de medir unos dos metros y medio, igual que la suya. Un palmo por debajo de la punta tenía un adorno que le intrigó, un manojo de cintas negras y doradas.

El árbitro del combate, Diéneces, se situó entre ambos. Era un guerrero fibroso que gozaba ya de tanto prestigio que el año anterior, apenas cumplidos los treinta, los ciudadanos lo habían elegido éforo. No miraba a Perseo de forma amistosa, puesto que era íntimo amigo de Leónidas, pero tampoco resultaba hostil. «Es un buen espartano», le había dicho de él Fénix.

Diéneces dibujó una raya en la arena con un haz de cañas atadas. La raya era solo simbólica, ya que podían pelear en toda la palestra.

—Las reglas son muy sencillas —explicó Diéneces—. Perderá el primero de vosotros que se rinda o quede fuera de combate.

—Pero ¿un espartano puede rendirse? —preguntó Bagabigna.

—Hoy te quedarás con las ganas de saberlo, persa —respondió Perseo. Aquella sonrisa burlona que a su adversario nunca parecía caérsele de la boca le irritaba cada vez más. «Cuando te rompa unos cuantos dientes con el ribete del escudo, ya veremos si sonríes igual», se dijo.

Diéneces reculó hacia el altar y levantó el haz de cañas. Una vez comenzado el duelo, su papel como árbitro prácticamente había terminado.

En lugar de avanzar hacia su rival, Bagabigna se desplazó hacia la izquierda, cruzando los pies lateralmente y flexionando las rodillas. Mientras maniobraba así, buscando rodear a su adversario con la fluidez de un bailarín, salmodió algo en persa.

—¿Estás rezando a tus dioses, bárbaro? —preguntó el joven espartano.

—No hay más que un dios, griego. Es el gran Señor de la Sabiduría, que protege con su luz a mi señor Darío y a sus fieles súbditos.

—¿Os protege con su luz? Yo prefiero que me ayude Atenea con su lanza.

Mientras seguía rodeando a su contrincante, Bagabigna se dedicó a hacer giros de adorno con la lanza, pasándosela entre los dedos y la muñeca como si hiciera molinetes con un cayado. Un alarde absurdo, en opinión de Perseo. Y, sin embargo, se dio cuenta de que los ojos se le iban solos detrás de las vistosas vueltas de las cintas. «No les prestes atención», se advirtió a sí mismo, comprendiendo que esas escarapelas estaban ahí para distraerlo.

Perseo mantenía el sitio, girando lentamente sobre sus talones en el centro de la circunferencia que estaba dibujando el persa. Mientras tanto, examinó los posibles puntos débiles de su adversario.

Muchos combatientes, tanto con armas como con las manos desnudas, buscaban tantear al rival al principio del combate. Fénix había enseñado a su pupilo a actuar de otra forma. «Procura que tu primer ataque sea definitivo. Casi nadie está preparado para resistir un primer golpe en el que se emplea toda la fuerza».

Perseo se quedó quieto un instante, apenas medio latido. Después saltó adelante como un rayo y buscó con su lanza el borde izquierdo del escudo de su rival. Su intención era golpearlo con fuerza suficiente como para hacerlo bascular hacia el exterior, lo que abriría la defensa de Bagabigna como una puerta. Había vencido de ese modo a muchos oponentes: tras apartar el escudo enemigo, su lanza retrocedía y al instante volvía a atacar el cuerpo parcialmente descubierto del adversario, picando como una serpiente. La clave radicaba en la potencia y la rapidez con que llevaba a cabo esa maniobra: incluso a enemigos advertidos les costaba mantener la posición del escudo y evitar el giro que los desprotegía.

La primera parte de su maniobra funcionó. La punta embotada de su lanza impactó con tremenda fuerza sobre la protección de cuero y mimbre. Pero el persa, en lugar de resistirse, se dejó llevar, acompañó el golpe y aprovechó el giro de todo su cuerpo para proyectar su propia arma hacia el rostro de Perseo. Este se apartó a tiempo, pero la lanza le pasó tan cerca que pudo oír el zumbido del aire.

«El persa sabe lo que hace», pensó, retrocediendo un par de pasos.

—Eres rápido, cachorro —dijo Bagabigna—. Para ser un griego, se entiende.

—Y tú agarras fuerte el escudo. Para ser un bárbaro afeminado, se entiende.

Entre los espectadores, Temístocles chasqueó la lengua.

—¿Te has jugado mucho dinero, Pausanias?

—Un caballero no habla de esas cosas en ciertos sitios —respondió Pausanias a su amigo—. ¿Por qué lo dices?

—¿Has visto cómo se mueve el persa?

—Lo único que veo hasta ahora es cómo trata de defenderse. Perseo lleva la iniciativa. El persa se limita a esquivar sus ataques o a interponer el escudo.

—Pero es muy rápido —insistió Temístocles.

—Ninguno de los dos es lento —repuso Pausanias—. Aun así, yo diría que el nuestro es más veloz.

—Y yo diría que te equivocas.

Pensando en lo que le había dicho Temístocles, Pausanias empezó a observar con otros ojos el combate. Perseo lo estaba fiando todo a su potencia, a descargar lanzazos tremendos con la esperanza de que su rival fallara en una finta.

—Es verdad. Parece que el persa lo esquiva siempre por un pelo. Y, sin embargo, su cara no es la de alguien que ha perdido el control de la pelea.

—Eso es —repuso Temístocles.

Ambos se referían al gesto del combatiente que consigue detener y eludir los golpes de su adversario, pero que ve cómo le llueven encima cada vez más rápido, al borde de su capacidad de reacción, y sabe que más pronto que tarde se va a ver sobrepasado. Alguien así boquea y tiene los ojos abiertos como un conejo asustado. El rostro de Bagabigna, en cambio, era una máscara de tranquilidad, incluso cuando la lanza de su adversario le pasaba rozando la cabeza.

El público que rodeaba la arena no dejaba de murmurar. Se oían algunos gritos de ánimo, más sonoros que cuando Perseo había entrado a la palestra; por muy espartanos que fuesen, se jugaban mucho prestigio en aquel duelo con el embajador de Darío.

—Pero mira —dijo Pausanias, inclinándose hacia su amigo—. La fuerza bruta tampoco le está viniendo tan mal al nuestro. El escudo del persa se está rompiendo.

Perseo se había dado cuenta y por eso ahora descargaba toda su rabia contra el escudo. En cada lanzazo saltaban trozos de mimbre y el cuero se empezaba a rasgar por varios sitios.

—A ver cómo se las arregla ese bárbaro sin el escudo —añadió Pausanias.

—Yo no lo veo demasiado nervioso por perderlo —respondió Temístocles.

Lo que más desesperaba a Perseo era que la sonrisa de Bagabigna no se borraba de su rostro. De hecho, conforme su escudo menguaba, su sonrisa se ensanchaba como una luna creciente.

¿Cómo podía ser tan rápido aquel demonio bárbaro? La gran ventaja de Perseo como luchador, mayor incluso que su fuerza, residía en su velocidad. Se trataba de algo innato que no podía explicar a los demás. Tenía más reflejos que sus adversarios y lo veía todo más rápido: siempre encontraba algún hueco en la defensa de sus rivales —incluso en la de su maestro de armas— y sabía que podía penetrar en ese hueco antes de que a ellos les diera tiempo a cubrirse. Cuando se querían proteger para evitar que su arma entrara, su lanza o su espada ya estaban saliendo después de haber golpeado. En realidad, Perseo no se consideraba a sí mismo alguien muy rápido, sino que veía a los demás lentos como tortugas.

Pero el maldito persa se las arreglaba para interponer su escudo o para hurtarle el cuerpo en cada ataque. Siempre en el último momento, siempre con aquella facilidad acuática, como si no le costase ningún esfuerzo.

Perseo empezaba a sospechar algo cuya mera posibilidad le helaba la sangre en las venas.

Que tal vez Bagabigna lo superaba tanto en agilidad como él superaba a los demás rivales.

—Bendito Hermes, dame tu velocidad —murmuró.

—¿Cuántos dioses necesitas para vencerme, príncipe? —se burló Bagabigna—. A mí ni siquiera me hace falta el mío. Yo no le suplico la victoria: yo se la ofrezco cuando la consigo.

—¡Pues hoy no tendrás nada más que ofrecerle que tus dientes rotos!

El persa había bajado el escudo hasta la cintura. Perseo amagó con una lanzada al vientre y en el último segundo la desvió hacia la cara.

Esta vez estuvo a punto de sorprender a Bagabigna. Pero solo a punto. El persa tuvo que arquear el cuerpo hacia atrás y apenas pudo interponer el escudo a tiempo. El borde superior se rompió con un crujido y la punta embotada rozó la oreja del persa.

—*Eleléeeeuuuu!!* —rugió el público espartano.

Bagabigna retrocedió unos pasos, brincando hacia atrás. Por primera vez, la sonrisa se esfumó de su rostro. Lo que sujetaba en el brazo izquierdo ya no era un escudo, sino una piltrafa.

—Perseo ya lo tiene —murmuró Pausanias.

—Yo no estaría tan seguro —respondió Temístocles.

Bagabigna arrojó lejos el escudo, que cayó en la arena con las abrazaderas hacia arriba. Perseo avanzó hacia él y dijo:

—Acordamos pelear con un solo escudo y una sola lanza, bárbaro. Sin repuestos.

—Eso hicimos.

—Ya no tienes escudo. ¿Te rindes?

—¿Por qué iba a rendirme? Apenas estamos empezando.

El persa volvió a su táctica inicial de bailar en círculo alrededor de su adversario. Si antes había hecho molinetes con una mano, ahora usó ambas, agarrando la lanza por el centro para llevar a cabo una serie de giros espectaculares: por encima de la cabeza, por ambos lados, cambiando de mano, por debajo de las axilas. Las cintas negras y amarillas se movían en el aire como un enjambre de avispas furiosas.

—Podrías enfrentarte a nuestras muchachas en el concurso de baile en honor a Helena —dijo Perseo—. Se te da mejor que a ellas.

Empezaba a notarse cansado —había gastado mucha fuerza en romper el escudo de su contrincante— y no le venía del todo mal aquella pausa.

—Llegará el momento en que me enfrente a todas vuestras doncellas —respondió Bagabigna—. Sobre todo a la hija de Cleómenes. Ahora me voy a quedar con su cinta, pero cuando vuelva con la *Spada* me quedaré con algo más. ¿Te has fijado en cómo se bambolean sus pechos cuando camina?

Perseo dio un grito de rabia y atacó de nuevo. «Nunca te dejes llevar por la rabia», le aconsejaba siempre Fénix. «Aquiles se dejó llevar por ella junto al Escamandro y masacró a sus enemigos», contestaba él. «Tú todavía no eres Aquiles».

Bagabigna esquivó su arremetida. Esta vez no lo hizo por poco: simplemente, no estaba allí cuando la lanza de Perseo llegó, como si Afrodita lo hubiera arrebatado en una nube de bruma. En su lugar, apareció por el lado del escudo de Perseo y la punta embotada de su arma alcanzó al joven espartano en la espinilla izquierda.

Perseo no llegó a caer al suelo, pero el dolor le hizo maldecir y dar un par de brincos en el sitio. Se dio cuenta de que, en un duelo de verdad, ahora estaría cojo.

Enseguida recuperó el movimiento de la pierna. Había sido un golpe más humillante que doloroso. Tan mortificante como tener que perseguir a Bagabigna, que se movía a ambos lados sin cesar y lo rodeaba con aquel baile de pies endiablado. ¿Acaso aquel hombre no se cansaba?

—¡Estate quieto de una vez! ¡Pelea como un hombre! —exclamó Perseo, sintiéndose ridículo e impotente al decir eso. El escudo de roble empezaba a parecer de mármol. Apoyó la concavidad interior en el hombro para descargar un poco de peso.

—¿Quieres que pelee como un hombre? —respondió el persa—. ¿O como un griego? Esa forma de combatir vuestra es propia de palurdos que no saben luchar. ¡Campesinos que se juntan unos con otros para esconderse detrás de sus escudos!

—¡Ven con tus guerreros y aprenderás cómo pelean esos palurdos con sus escudos!

—¿Para qué? Ya me lo estás enseñando tú.

Bagabigna abandonó todo disimulo y empezó a lanzar ataques. Caían sobre Perseo de todas partes, porque al manejar la lanza con ambas manos podía usar la punta y la contera, e incluso el asta en barridos laterales.

El escudo de Perseo era ya una losa. Los golpes resonaban sobre la fina capa de bronce, *bang, bang, bang*, y la lambda pintada en ella empezaba a desportillarse.

Se le pasó por la cabeza tirar el escudo y combatir como el persa, libre de

aquella carga. Lo estaba usando para defenderse a sí mismo, no para cubrir el costado de un camarada. No tenía por qué resultar algo deshonroso.

Pero desde que era niño había oído versos y canciones sobre el valor del escudo. Historias sobre *trésantes*, «temblones» que, por arrojar el escudo durante la batalla, sufrían tal vacío y rechazo en su vuelta a Esparta que terminaban ahorcándose. Incluso su abuela se lo había dicho en una ocasión. «Algún día irás a la guerra, hijo, y como tu madre no irá a despedirte, lo haré yo, y apretando el ribete de tu escudo te diré: "Vuelve con él o encima de él"».

La lanza de su rival lo rozó dos veces más. A la tercera fue un impacto directo bajo las costillas, que lo dejó sin respiración. Únicamente su orgullo lo mantuvo en pie.

—¿Estás cansado, espartano? —preguntó Bagabigna, retrocediendo un poco. Su cuerpo brillaba de sudor y su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración apresurada. Pero sus ojos brillaban con viveza.

Perseo se preguntó cómo se verían los suyos. ¿Acaso con la mirada opaca del que está a punto de doblar la rodilla?

«¡Nunca!».

—Puedo seguir así todo el día —dijo con voz entrecortada por los jadeos. Su propia frase se le antojó una baladronada apenas abandonó el cerco de sus dientes.

—Yo no —respondió Bagabigna—. Tengo mejores cosas que hacer.

El persa señaló con la lanza hacia las gradas donde estaban los Agíadas.

—¿Te has dado cuenta, príncipe? No todo el público se ha puesto de tu parte.

Mientras se esforzaba por conseguir que entrara algo de aire en sus pulmones, Perseo miró de reojo a Cleómenes. Tenía una copa de vino en la diestra, mientras con la izquierda agarraba la mano de Gorgo. Pero lo peor era su gesto, una sonrisa enorme que partía su cara como la grieta del Tártaro.

«Se está riendo de mí», comprendió Perseo.

En ese instante algo estalló en su sien izquierda y el mundo se volvió blanco. Niebla blanca y ruidos. ¿Eran risas, abucheos? ¿Gemidos de consternación? El zumbido que llenaba su cabeza no le dejaba distinguirlos. Pero esos sonidos se quedaron cosidos en su mente al pensamiento que había

tenido mirando a Cleómenes, la distracción de medio segundo que le había costado recibir el golpe final.

Solo que la frase que se le grabó era ligeramente distinta ahora.

«Se están riendo de mí».

«Todos».

Pausanias chasqueó la lengua y movió la cabeza a los lados. Para un espartano, aquello era casi un gesto de consternación, como para un ateniense mesarse los cabellos y revolcarse por el polvo.

—¿Preocupado por el dinero que has perdido? —le preguntó Temístocles.

Pausanias lo miró con enojo. Era la segunda vez que Temístocles hablaba de aquello en voz alta.

—Preocupado por el prestigio de mi patria. —Volviendo la mirada a la arena, exclamó—: ¡Vamos, levanta, Perseo!

«¡Levanta, levanta!», era el grito unánime del público, que se había puesto en pie como si con su ejemplo pudiera devolverle las fuerzas al príncipe. Este tenía la rodilla en el polvo y, apoyado en el borde del escudo, manoteaba en el aire buscando en vano la lanza que había soltado sin darse cuenta.

—No se va a levantar —sentenció Temístocles—. Esto ha terminado.

La joven princesa Gorgo, sentada en la grada por debajo de ellos, se volvió y los miró a ambos. El destello de rabia en su mirada le sugirió muchas cosas a Temístocles. «No, una Agíada y un Euripóntida… Imposible», se dijo.

Por fin, Perseo se incorporó, pero enseguida resultó evidente que era incapaz de caminar en línea recta. Tambaleándose a los lados, dio varios pasos y se detuvo, mirando hacia la nada.

—Parece que no ve —comentó Pausanias.

—No sabe dónde está —corroboró Temístocles.

Quien sí lo sabía de sobra era Bagabigna. El persa se acercó al joven espartano, agarró el borde del escudo y se lo arrancó de un tirón. Después le apoyó la punta de la lanza en el pecho y empujó un poco. Perseo cayó como un abeto talado.

Bagabigna levantó el escudo de su adversario sobre su cabeza, girándolo adrede para que la lambda quedase invertida. Después lo dejó caer en el suelo,

junto al cuerpo de Perseo.

Al ver cómo su amigo apretaba los labios y fruncía el ceño, Temístocles dijo:

—No pareces tan contento de la lección que ha recibido el príncipe.

Pausanias movió la cabeza a ambos lados antes de responder.

—¿Tanto esfuerzo para esto? ¿Nos esclavizamos a nosotros mismos sometiéndonos a todo tipo de privaciones para convertirnos en los mejores guerreros, y luego llega un bárbaro y nos humilla en nuestra propia casa?

Al darse cuenta de que su amigo estaba discutiendo consigo mismo y no con él, Temístocles se abstuvo de responder. Mientras tanto algunos de los espectadores, callados y cabizbajos, empezaban a abandonar el gimnasio.

Gorgo se levantó y, sin encomendarse a su padre ni a nadie más, se desató la cinta del pelo y la llevó al embajador semiciego, Istafernes. Después se dio la vuelta y se marchó.

—Una mujer digna incluso en la derrota —reconoció Temístocles.

—La derrota nunca es digna —respondió Pausanias. Arrebolándose un poco, añadió—: Pero mi prima sí lo es.

Temístocles se inclinó hacia su amigo y preguntó, bajando la voz:

—¿De veras que este era el mejor guerrero que podíais haber encontrado en Esparta?

—Eso creía yo —contestó Pausanias—. Si lo era, tenemos un problema.

«Todos los griegos lo tenemos», pensó Temístocles. Si el campeón de los espartanos, que eran a su vez los paladines de Grecia, había sido derrotado, ¿qué podían esperar en la guerra que se avecinaba?

Quizás no había tenido tan buena idea. Pero mucho se temía que ya no había forma de detener lo que había desencadenado al hablar con Cleómenes la noche anterior.

El alud estaba a punto de caer montaña abajo. Lo único que podía hacer era no lamentarse por ello y contemplar y aprovechar sus efectos.

Mientras Fénix, Hipólito y otros miembros de la casa Euripóntida se llevaban a Perseo, que seguía aturdido, Bagabigna se acercó al altar de Heracles y levantó una mano para pedir la palabra.

—Me temo que, después de haceros la herida, el persa pretende orinar dentro de ella —dijo Temístocles—. Esto resulta cada vez más interesante.

Pausanias observó a su amigo. Tenía la expresión de un perro lebrero que acabara de captar la cercanía de una presa. Recordando que la víspera lo había dejado a solas con Cleómenes, Pausanias dirigió la vista hacia el rey. Su tío seguía sentado en su sitial, bebiendo de una copa que un joven criado se afanaba en surtir de vino. Unos instantes después, el rey giró la cabeza hacia los éforos y Pausanias siguió la dirección de su mirada. El más joven de los magistrados, Alcámenes, le hizo un gesto de aquiescencia a Cleómenes y después se enderezó en el asiento y se echó las trenzas a la espalda con un movimiento bastante ostentoso.

¿Era todo casualidad, o estaba produciéndose un cruce de señales? Frente a los éforos, en un sector de las gradas donde daba el sol, se sentaban jóvenes ciudadanos del batallón de Mesoa a los que Pausanias conocía, pues muchos de ellos habían sido compañeros suyos de campamento. Al ver cómo algunos juntaban las cabezas entre murmullos y otros se levantaban para hablar con compañeros más alejados, Pausanias empezó a sospechar que se estaba fraguando algo, y no de forma espontánea.

—¡Amigos espartanos!

Pausanias devolvió su atención a la arena. En privado, Bagabigna tenía un tono suave, casi untuoso. Pero ahora su voz sonaba poderosa y metálica como una trompeta de guerra.

—Me han explicado que aquí, en Esparta, los ciudadanos sois soberanos, y veo que estáis reunidos prácticamente todos en este lugar. ¡Permitid que aproveche para dirigirme a vosotros!

—La victoria le ha reblandecido el seso —dijo Pausanias—. El lugar para dirigirse a los ciudadanos es la asamblea, no este gimnasio. Va a conseguir lo contrario de lo que pretende.

—Depende de si quiere apaciguaros o si lo que intenta es precisamente lo contrario —señaló Temístocles.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá lo que pretende es soliviantaros todavía más.

Bagabigna intentó seguir hablando, pero los murmullos de los espectadores se estaban convirtiendo en voces destempladas y no dejaban

distinguir con claridad sus palabras. A una señal de Cleómenes, uno de los soldados que lo escoltaban hizo sonar un toque de cuatro notas que todos los espartanos, incluso los críos encaramados al tejado, conocían bien. «Silencio».

Al percatarse de que todo el mundo se callaba, Temístocles susurró al oído de su amigo:

—No deja de sorprenderme lo disciplinados que sois. En Atenas tiene que caer un rayo para que guardemos silencio.

—¿Por qué mi tío le deja hablar? ¿Qué demonios está ocurriendo?

—Soy forastero. ¿Cómo quieres que lo sepa?

Los espectadores que los rodeaban les chistaron y ambos guardaron silencio. Un poco más abajo en las gradas Cleómenes le hizo un gesto a Bagabigna, que prosiguió con su discurso.

—¡Los guerreros espartanos sois célebres en todo el orbe por vuestro valor! Pero los soldados de la *Spada*, el ejército de mi señor Darío, no os van a la zaga. Lo acabáis de ver.

—¡Fantoche! —gritó alguien entre el público. Tras algunas carcajadas y varias voces apoyando al que había hablado, volvió a hacerse el silencio.

—¡Lo que quiero decir, nobles espartanos, es que no es ningún desdoro para vosotros convertiros en *bandakas* del Gran Rey!

Pausanias observó que la mirada del embajador se dirigía más a Damarato que a Cleómenes, como si esperara de él algún ademán de aquiescencia. Pero el rey Euripóntida estaba tan callado e inmóvil como la estatua de Heracles que dominaba el gimnasio.

—¿Qué significa *bandakas*? —preguntó un éforo, levantándose y cruzando la arena para acercarse al embajador.

De nuevo, se trataba de Alcámenes. Pausanias lo conocía bien. Se suponía que los éforos vigilaban a los reyes con el objetivo de que no abusaran de su poder. Alcámenes debía de pensar que la mejor manera de controlar a Cleómenes era visitar a menudo su palacio para cenar y, sobre todo, emborracharse con él. Una forma un tanto particular de cumplir con su misión.

—*Bandakas* significa amigos especiales —respondió Bagabigna—. Los más apreciados por el Gran Rey. No se trata de un título de sumisión, sino de

un grandísimo honor. Yo mismo me honro de ser uno de los *bandakas* de Darío.

—¿Y qué obligación tendríamos como *bandakas*? —inquirió el éforo, apoyando ambas manos en el bastón como si se tratara del borde de un escudo.

—Ninguna, salvo tener los mismos aliados y enemigos que el Gran Rey.

—¿Por qué dices amigos entonces, cuando quieres decir súbditos?

Pausanias pensó que la pregunta tenía sentido. Desde hacía tiempo los aliados de la Liga del Peloponeso —arcadios, eleos, corintios y otros pueblos — habían pactado con Esparta que en el futuro tendrían los mismos amigos y enemigos que ella. Pero todos los miembros de la liga, los espartanos los primeros, sabían que no se trataba de una relación de igualdad. Por eso era impensable que ellos, que dominaban a sus aliados con un tratado similar al que proponía Bagabigna, se dejaran engatusar por las palabras de miel de los persas.

—No seríais súbditos —insistió Bagabigna—. Estaríais exentos de rendir tributo al Gran Rey.

—Pero tendríamos que rendirle cuentas de nuestra conducta —repuso Alcámenes—. Tendríamos que pedirle permiso para ir a la guerra.

—Libraríais las mismas guerras que él. Eso os haría más temidos y poderosos.

—Los espartanos ya somos temidos y poderosos.

—Si os aliáis con Darío, os temerán incluso en rincones del mundo en los que ni siquiera han oído hablar de vosotros.

El éforo se volvió hacia las gradas con un gesto teatral, haciendo revolar el fino manto rojo sobre el hombro.

—Ese hombre sabría manejarse incluso en la asamblea de Atenas —susurró Temístocles, complacido por el gesto retórico.

—El embajador persa —dijo Alcámenes— afirma que no tendríamos que pagar tributos ni rendir cuentas a su rey. Pero yo digo que no hay tributo más grave que entregar la libertad. ¡Y que el señor al que obedecen no es un rey, sino un tirano, un déspota de poder arbitrario!

—¡Tirano, tirano! ¡Darío es un tirano!

Los gritos, que habían brotado de las gradas del sol, encontraron eco rápidamente en otros sectores. Pausanias tuvo que reconocer que el éforo había sido muy hábil. Los espartanos respetaban tanto la realeza que tenían dos reyes a falta de uno. Pero pronunciar la palabra «tiranía» delante de ellos era como meter un palo ardiendo en un avispero.

Miró en derredor. No solo había dejado de salir gente del gimnasio, sino que muchos de los que lo habían abandonado estaban volviendo a sus asientos para curiosear. Alcámenes levantó su bastón de éforo para acallar las voces y continuó:

—Nosotros los espartanos, y nuestros reyes menos que ningún otro, no rendimos cuenta a nadie salvo a la ley. ¡La ley es nuestro único soberano!

La tensión seguía subiendo. Se oyeron más gritos y abucheos, y también decenas de voces que chistaban para que dejaran que Alcámenes siguiera hablando. Pausanias, al ver cómo Cleómenes asentía con vigor a las palabras del éforo, pensó que su tío era un hipócrita redomado. ¿Rendir cuentas a la ley? ¿Él? ¿Un autócrata que había despreciado las decisiones del consejo de ancianos y de la asamblea de guerreros una y otra vez?

Bagabigna volvió a pedir la palabra.

—¡No me malinterpretéis, espartanos! El Gran Rey no pretende que cambiéis en nada. Admira vuestra franqueza, vuestra forma de vivir sencilla y pura, vuestro valor en el combate. ¡El Gran Rey no os quiere como súbditos, sino como amigos!

—Cada vez habla con menos altivez —observó Pausanias.

—Incluso el guerrero más avezado siente miedo ante la multitud —dijo Temístocles—. La masa es una bestia peligrosa e imprevisible.

«Y, sin embargo, tú tienes previsto lo que va a hacer», sospechó Pausanias.

—¿Afirmas que no has venido a pedir tributo, persa? —preguntó Alcámenes.

—No es esa nuestra misión.

—Pero ¿no vas a exigir nada?

—Exigir, nada. Venimos a pedir amistad.

—¿Y acaso no es verdad que habéis traído dos jarras de plata para

llevaros en ellas agua del Eurotas y tierra de nuestro suelo patrio como señal de sumisión? ¡Exigís nuestra agua y nuestra tierra!

—¡Son símbolos de hospitalidad, como compartir el pan y…!

Aunque Bagabigna ahora se estaba desgañitando, Pausanias no pudo distinguir sus últimas palabras. Por la zona donde se habían aglomerado los de Mesoa surgió un clamor demasiado rápido y orquestado para ser espontáneo, y un grupo muy numeroso saltó a la arena levantando los puños.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Dadles agua!

Los demás miembros de la embajada persa se levantaron de sus asientos, dispuestos a escapar por un estrecho vomitorio que tenían a la espalda. Pero una veintena de hombres, todos ellos altos y fornidos, se plantaron en la salida para impedirles el paso. Pausanias los conocía a todos de vista, y a algunos incluso de nombre. Eran *hippeîs*, miembros de la guardia de su tío, aunque no estaban de servicio en aquel momento y seguramente llevaban puñales o porras ocultos bajo las túnicas.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Dadles agua!

Los jóvenes que habían invadido la palestra se abalanzaron sobre Bagabigna, que se apresuró a recoger el escudo de Perseo que él mismo había arrojado al suelo con tanto desdén. Con él logró rechazar a los primeros atacantes y a uno de ellos le asestó tal golpe que incluso desde su asiento Pausanias pudo ver el chorro de sangre que saltaba de su boca.

Aquel joven se desplomó en la arena y ya no se movió. Pero los demás cayeron sobre Bagabigna como una crecida del Eurotas. Mientras el campeón persa desaparecía bajo un mar de cabezas y puños, otra multitud rodeó a los demás miembros de la embajada, a los que agarraron de la ropa, los brazos o los cabellos. A fuerza de tirones, patadas y violentos empellones, los llevaron primero al centro de la palestra, y después hacia la puerta norte del gimnasio, por donde habían entrado antes ambos cortejos reales.

Entre los espectadores hubo quienes se quedaron en los asientos y también otros que se marcharon por las demás salidas del recinto. Pero la mayoría de los asistentes, incluidas muchas mujeres, se lanzaron a la arena y siguieron a los cabecillas del motín. El grito, que había cambiado, era ahora unánime y ahogaba las protestas de los persas.

—¡Al pozo! ¡Al pozo! ¡Al pozo!

—Ven, quiero ver qué ocurre —ordenó Temístocles, tirando del brazo de Pausanias.

—¿Estás loco? ¿No has dicho tú mismo que la multitud es imprevisible?

—Tengo que ver cómo termina esto.

Los dos amigos saltaron las gradas a menos de cinco metros del sitial de Cleómenes, que no se había movido. El rey parecía ensimismado en el contenido de su copa, como si pudiera leer el futuro en los posos del vino. Pero cuando pasaron cerca de él, levantó los ojos y cruzó una mirada de inteligencia con Temístocles.

Su expresión confirmó las sospechas de Pausanias. Aquel tumulto había sido preparado de antemano por Cleómenes y Temístocles. En cambio Damarato, que se había puesto en pie y discutía airadamente con otros dos éforos, debía de estar al margen.

—¡Son embajadores! —protestaba—. ¡Esto es un sacrilegio!

Junto a él estaba su hijo Nabis, que había bajado las gradas a saltos para interponerse entre los exaltados y los embajadores. Pero unos cuantos empujones y un puñetazo en un ojo parecían haberlo disuadido, y ahora se limitaba a asentir con vigor a las palabras de su padre.

—Vamos, aquí no hay nada que ver —dijo Temístocles, tirando de la túnica de Pausanias.

Temístocles siguió a la multitud, abriéndose paso a codazos como si estuviera en Atenas y no en una ciudad ajena. A poca distancia del gimnasio, en un cruce que llamaban de Labotas por un antiguo rey Euripóntida, había un pozo de más de metro y medio de ancho. Se suponía que lo llamaban el pozo de Cástor, pero Pausanias lo conocía desde niño como el pozo de Perséfone, porque, para evitar que los críos cayeran dentro, les contaban que en ocasiones la reina de los infiernos se asomaba a su boca para raptar a los curiosos que se acercaban demasiado.

—¡Sacad toda el agua que queráis y llevádsela a vuestro tirano Darío! —clamó Alcámenes. Su voz era tan penetrante que sus palabras se distinguían incluso entre el clamor de la turba y los gritos de los diplomáticos persas.

Para entonces, la mayoría de los miembros de la embajada estaban prácticamente desnudos. Los amotinados les habían arrancado la ropa y, de paso, mechones de cabello y jirones de piel, no menos furiosos que las

Ménades que despedazaron al rey Penteo por no permitir el culto de Dioniso.

Los más cercanos al pozo levantaron en volandas primero al anciano Istafernes y lo arrojaron a su interior con un grito de «¡Oéeeee!», como si aquello fuera la batalla de los Platanistas y estuvieran tirando a un rival al canal. Pasado un instante se oyó un sonoro chapoteo, que fue acogido con carcajadas.

—Qué salvaje es la multitud —dijo Temístocles, meneando la cabeza.

—¿Te parece mal? ¿No has incitado tú todo esto? —preguntó Pausanias, que notaba el corazón tan acelerado como el son de la danza pírrica.

—No me agrada verlo, pero es un mal necesario —reconoció implícitamente su amigo.

Después de Istafernes cayeron los intérpretes, ayudantes y pajes. Para sorpresa de todos, el último de ellos resultó ser una mujer muy joven, que trataba de taparse los pechos con los jirones de la túnica. Su desnudez provocó todo tipo de comentarios. Algunos fueron muy soeces, e incluso alguien propuso violarla antes de arrojarla al agua. Otros, muy pocos, conmovidos por su belleza y sus lágrimas, pidieron clemencia para ella.

—Haz algo, Temístocles —pidió Pausanias, apretando el brazo de su amigo.

—¿Qué quieres que haga? Esto es como una tormenta o un corrimiento de tierras. Aunque estuviéramos en Atenas, ni yo mismo podría detenerlo.

«Pobre niña», pensó Pausanias, con un nudo en la garganta.

—Zeus Xenios, yo no tengo la culpa de esto —murmuró, recordando el incendio del bosque sagrado.

El grito que predominó finalmente fue: «¡Al pozo con ella también!». Al ver las manos que tocaban, pellizcaban y arañaban con saña el cuerpo desnudo de la mujer mientras la levantaban sobre el brocal de granito, Bagabigna profirió un grito escalofriante. En un esfuerzo titánico, se zafó de los jóvenes que lo apresaban, partió las narices a dos de ellos con sus codos y a otro le propinó tal patada en la entrepierna que lo levantó del suelo. Pero cuando la mujer se precipitó por el pozo con un postrer chillido de terror, el guerrero se dejó caer de rodillas, y su propio grito murió congelado dentro de su pecho antes de brotar.

Durante un instante reinó el silencio, como si la misma mano que ahogaba

el aullido de Bagabigna apretara las gargantas de todos los demás. Aquella calma duró apenas unos latidos y después se volvieron a oír las mismas voces, «¡Al pozo, al pozo!». El persa se dejó levantar del suelo, inerte como un fardo, y no dijo nada ni siquiera cuando lo pasaron por encima del pretil y lo soltaron al vacío.

—Esto es lo que quería el tirano, ¿no? —preguntó Alcámenes—. ¡Agua para sus embajadores! ¡Que venga a beberla él también si tiene arrestos!

Los cabecillas del tumulto arrancaron la polea de donde colgaban la cuerda y el balde para sacar agua del pozo, y después cubrieron su boca con la pesada tapa de roble que se ponía por las noches para evitar accidentes.

—¡Vamos al Eforión! —gritó otro de los cabecillas—. ¡A quemar los tesoros de los persas!

«¿A quemar o a saquear?», se preguntó Pausanias. Alcámenes debió de pensar que la propia sede de los éforos corría peligro y trató de controlar a los exaltados, pero ya era tarde.

—¿En qué dirección está el Eforión? —preguntó Temístocles.

—Hacia allá —señaló Pausanias, su mano apuntando al ágora.

—Entonces vamos en la dirección opuesta. Basta de multitudes por hoy.

Pausanias asintió. Mientras la parte más exaltada de la muchedumbre se dirigía hacia el ágora, ellos dos eligieron otra calle que llevaba hacia el río.

—Confiésalo, Temístocles —dijo Pausanias cuando los ecos del tumulto se apagaron a lo lejos—. Todo esto ha sido cosa tuya.

—Me he limitado a deslizarle una sugerencia a tu tío. No soy yo quien posee influencias aquí, sino él.

—Alcámenes…

—De no haber sido él, habría sido otro. Tu tío me ha dicho que tres de los cinco éforos corren a comer de su mano como polluelos tras el alpiste. Lo que acaba de pasar tendría que haber ocurrido mañana, en la reunión de la asamblea. Se ha adelantado, pero el resultado habría sido el mismo.

—Lo que hemos hecho es un terrible sacrilegio. ¡Esos embajadores estaban protegidos por juramentos sagrados!

—Que no los han salvado.

—Los dioses nos castigarán por esto.

—En ese caso, compartiréis el castigo con nosotros, los atenienses.

—¿Qué quieres decir?

Se detuvieron bajo la sombra de una higuera, en un cruce de callejuelas donde corría algo de brisa. Había un poyo de piedra con inscripciones obscenas medio borradas por el tiempo. Recogiéndose un poco la túnica, Temístocles se sentó y palmeó el banco para que su amigo hiciera lo propio. Pausanias, entre indignado y fascinado por la falta de escrúpulos de su amigo, obedeció sin rechistar.

—Cuando los embajadores persas se presentaron ante nuestra asamblea, también pidieron agua y tierra. El general Milcíades propuso arrojarlos a la sima del Báratro, de donde podrían sacar tierra en abundancia. —Temístocles se encogió de hombros—. Como ves, espartanos y atenienses nos hemos complementado. Agua y tierra querían, y agua y tierra les hemos dado.

—¿De veras lo propuso Milcíades? ¿Tú no tuviste nada que ver?

—Es posible que susurrara algo en su oído —contestó Temístocles, sin molestarse en sonar sarcástico—. Milcíades me debía un favor por haberlo defendido de quienes lo acusaban de haber sido un tirano al servicio de Darío en los Dardanelos. Un general de sangre noble sigue teniendo más peso en Atenas que el hijo de un mercader como yo, por muy arconte que sea, así que era mejor que presentara él la moción.

—Así que Milcíades te debía un favor. ¿Y qué favor te debe Cleómenes?

—Ninguno todavía. —Temístocles suspiró—. Pero se lo cobrará, y me va a costar caro. Más que su propio peso en plata.

—Quien se va a cobrar la ofensa es Darío. Y será implacable.

—De eso se trata. De que sea implacable.

—¿Estás hablando en serio? ¿Has oído hablar de los empalamientos, los despellejamientos, las crucifixiones?

—De sobra. Pero en Esparta, igual que en Atenas, hay muchos que querrían pactar con el enemigo. Ahora no podrán hacerlo, porque los persas no nos van a conceder cuartel.

—Así que la guerra es inevitable…

—Siempre lo ha sido. La diferencia es que antes iba a ser una guerra por

la libertad. Ahora tendremos que luchar por nuestras vidas.

Pausanias se estremeció. Había visto en los aposentos de su tío el mapa de bronce, diseñado por el filósofo Anaximandro de Mileto, que representaba las tierras conocidas. Sabía lo grande que era el Imperio persa y lo pequeñas que eran Grecia y Esparta en comparación.

Temístocles le apretó el muslo.

—No tengas miedo, Pausanias. Es en la guerra cuando las fortunas cambian. Y cuando los relegados, como tú o como yo, pueden tener la oportunidad de subir a lo más alto.

«¿Quiero yo subir a lo más alto?», se preguntó Pausanias. Sobre la ambición de su amigo, no albergaba la menor duda. Por colmarla, estaba dispuesto a enfrentarse no solo a la ira de Darío, sino a la de los mismísimos dioses.

—Imagínatelo —continuó su amigo, haciendo un gesto de barrido con la mano como si pudiera ver el futuro en el horizonte—. Una alianza de ciudades griegas libres. Una gran flota dirigida por Temístocles el ateniense. El mayor ejército que Grecia haya visto reunido, mandado por Pausanias el espartano.

Pausanias soltó una carcajada. ¿Él mandando un ejército, ni grande ni pequeño, cuando apenas había sido capaz de coordinar un pelotón en la *agogé*? ¡Tan ridículo como absurdo!

Mientras tanto, Cloto, Láquesis y Átropos seguían tejiendo y entrelazando sus hilos, millones de hilos que implicaban millones de vidas.

Y en el núcleo de aquella intrincada red, allí donde el destino de pueblos enteros se decidía, los hilos de Temístocles y Pausanias estaban anudados el uno al otro.

Durante la noche que siguió a la muerte de los embajadores persas se oyeron discusiones en todas las calles y las casas de Esparta. Incluso algunos que habían participado en el linchamiento se arrepentían ahora, conscientes de que habían asesinado a personas protegidas por juramentos sagrados. Los Taltibíadas, un linaje de mensajeros que se decían descendientes de Taltibio, heraldo del mítico Agamenón de Micenas, se llevaban las manos a la cabeza, se deshacían las trenzas y se mesaban las barbas y auguraban males sin cuentos para la ciudad.

Perseo no se enteró de lo sucedido hasta bien entrado el día siguiente. Había pasado una noche terrible, con vértigos y vómitos constantes por la conmoción del golpe, y completamente desorientado. A media mañana, cuando empezó a ser consciente de dónde estaba, Fénix le explicó cómo había perdido su duelo con Bagabigna y lo que había sucedido después. Al escucharlo, Perseo se incorporó en la cama de golpe, lo que hizo que el techo de la alcoba empezara a girar sobre su cabeza como un firmamento enloquecido.

—Pero… ¡eso es una canallada y un sacrilegio! —exclamó, llevándose las manos a las sienes.

—Tranquilo —le dijo Fénix—. No hagas movimientos tan bruscos o volverás a vomitar.

—No me queda nada en el estómago. ¿Qué voy a vomitar?

Una joven criada de palacio le preguntó si quería que le trajera comida. Cuando Perseo respondió que no, que de pensar en probar tan solo un bocado le daban náuseas, Fénix chasqueó la lengua.

—Tienes que encontrarte muy mal para haber perdido el apetito. He visto lobos hambrientos que comían menos que tú.

Perseo volvió a tumbarse y cerró los ojos. Descubrió que era todavía peor, pues el firmamento giratorio se proyectaba ahora en el negro de sus párpados cerrados, y a más velocidad incluso.

—Ese hombre no merecía morir así —murmuró, abriendo los ojos de nuevo. El artesonado del techo parecía haber cobrado vida.

—¿A quién te refieres?

—A Bagabigna. El Asesino Blanco.

—Nadie merece morir así. Y menos cuando se han pronunciado juramentos de respetar su vida, su persona y sus posesiones. —Fénix meneó la cabeza—. Lo que ocurrió ayer va a acarrear consecuencias. Los dioses van a castigar a toda la ciudad. Y no es el mejor momento para ello.

—¿Qué quieres decir?

—Que la guerra contra Persia es inevitable, y más después de lo que sucedió ayer. Darío estará rabioso contra nosotros y nos hará pagar por ello con creces. Cuando luchas contra un imperio cien veces más rico y poderoso que tú, lo último que deberías hacer es granjearte la enemistad de los dioses.

Perseo apoyó las manos en la cama y volvió a incorporarse, esta vez con sumo cuidado.

—En ese caso, lo que hay que hacer es compensar la falta cometida contra ellos, ¿no?

—¿Te refieres a un sacrificio expiatorio? —preguntó Fénix—. No sé si cien hecatombes bastarían para purgar un sacrilegio como el que ha cometido esta ciudad.

—No, no me refiero a un sacrificio —respondió Perseo—. Me refiero a compensar los daños causados.

—¿Cómo?

—Como tú me dices siempre, Fénix. Actuando.

Era ya medianoche. La tercera luna llena del mes, que marcaba el fin de las Jacintias, dominaba el cielo. Sin embargo, su brillo se veía manchado por la calima que seguía enturbiando el aire, como si el sacrilegio contra los embajadores hubiera contaminado el propio firmamento. Aquel velo que atenuaba los bordes de la luna y los perfiles de las cosas también parecía amortiguar los sonidos. O tal vez, se dijo Perseo, era él quien lo oía todo más opaco, más embotado, por culpa del zumbido que se había aposentado entre sus oídos. Seguía sintiendo vértigos si movía de golpe la cabeza, por lo que procuraba girar esta al mismo tiempo que el torso y la cabeza, lo que no solo restaba agilidad a sus movimientos, sino que además le estaba produciendo un dolor de espalda cada vez más agudo.

No obstante, se había empeñado en salir de la alcoba y del palacio para llevar adelante el descabellado plan que había concebido. Fénix se había opuesto en principio, pero Perseo había insistido tanto en que se trataba de la única forma de lavar el sacrilegio cometido por toda la ciudad que, finalmente, su instructor había accedido.

Después de aquellas emociones tan intensas —primero el luto por la muerte de Jacinto, después el jolgorio por su resurrección y, por último, la oleada de ira que había desencadenado la muerte de los embajadores—, sobre las calles de Esparta habían caído una quietud y un silencio más propios de un cementerio. Perseo y Fénix llegaron hasta el cruce de Labotas sin toparse con nadie. No llevaban antorchas, que las leyes de Licurgo desaconsejaban para andar de noche por las calles como muestra de refinamiento y molicie, pero gracias a la luz difusa de la luna tampoco resultaban necesarias.

El brocal del pozo de Perséfone estaba tapado con una gran plancha de roble, que normalmente colocaban entre dos personas. Perseo rechazó la ayuda de Fénix y la levantó él solo, lo que le provocó un fogonazo de dolor en la cabeza. Gruñendo por el esfuerzo y con cuidado de que no se le cayera al suelo y el golpe alarmara a los vecinos, apoyó la tapa en el pretil de piedra.

—¿Estás seguro de lo que haces, Perseo? —preguntó por enésima vez Fénix.

—Ese hombre es un guerrero. No merece morir así.

—¿Y cómo crees que merece morir?

—En combate, no ahogado en un pozo.

Fénix empezó a desenrollar la cuerda que traía liada a la cintura.

—¿Crees que lo llaman Asesino Blanco por su piedad para con los hombres y los dioses? Ya has oído las atrocidades que cometieron los persas en la toma de Mileto.

—El sobrenombre se lo pusieron por matar a adversarios en combate —replicó Perseo—. No por torturar.

—Eso no significa que él no haya torturado también a otros griegos.

—Aunque lo hubiera hecho, ¿sería esa una excusa para quebrantar los juramentos prestados ante los dioses?

Fénix meneó la cabeza a un lado. Ya solo quedaba una vuelta de soga enrollada a su cintura. Pasándole el cabo a Perseo, dijo:

—No sería una excusa. Pero sigo pensando que tu motivo para hacer esto no es puro.

—Claro que lo es. Pretendo evitar que los dioses lancen una maldición sobre todos nosotros.

—No. Lo que pretendes es evitar que ese persa muera ahogado en el pozo.

—Eso ya te lo he dicho.

—Pero es porque deseas que muera a tus manos.

Perseo, que había empezado a soltar cuerda, se interrumpió y se quedó mirando a su instructor. Durante un momento pensó en preguntarle qué quería decir; pero, en realidad, ambos lo sabían de sobra. «Qué bien me conoce Fénix», se dijo. Mejor que cualquier otra persona, incluyendo a toda su

familia.

—Eso ocurrirá, pero cuando llegue el momento —reconoció.

—No soportas que te haya vencido, y para colmo delante de todo el mundo.

—Tú mismo me has dicho que soy joven y tengo que aprender. Mejoraré y le superaré.

—No estés tan seguro, Perseo.

—¿Qué quieres decir?

—Eres muy bueno, Perseo. Puedes llegar a ser el mejor guerrero de Esparta. Pero también Héctor era el mejor guerrero de Troya, un héroe que vencía todos sus combates hasta que se topó con Aquiles. Y ya sabes cómo acabó esa historia.

—Conozco la *Ilíada*, sí.

—Todo el mundo acaba topándose con su propio Aquiles.

Perseo entrecerró los ojos.

—Me conoces desde niño, Fénix, pero todavía te puedo sorprender. Te aseguro que llegará el día en que sea yo quien se convierta en el Aquiles de Bagabigna.

Fénix se le quedó mirando unos segundos. Después asintió.

—De pronto has hablado como si tuvieras diez años más. Venga, suelta la cuerda de una vez.

Perseo lo hizo y asomó medio cuerpo sobre el antepecho, con cuidado de no caer por el borde para no compartir el destino de los embajadores. Pero quería meter la cabeza lo más posible entre las paredes interiores con el fin de evitar que su voz saliera al exterior.

—¿Hay alguien ahí abajo? ¡Os hemos echado un cabo! ¡Si hay alguien vivo, que tire de la cuerda!

La respuesta fue muy rápida, casi instantánea. Al notar el tirón en las manos, Perseo volvió a inclinarse sobre el brocal.

—¡Átate la cuerda por debajo de los hombros! ¡Nosotros te izaremos!

Para su sorpresa, la soga se puso todavía más tensa y empezó a sacudirse de una forma que hizo comprender a Perseo que alguien estaba trepando por

ella a pulso. ¿Después de un día y medio dentro de un pozo? Era asombroso.

Fénix apoyó los pies en la pared del pozo y se echó hacia atrás para servir de contrapeso, ayudado por Perseo, que tiró a su vez de la cuerda para aliviar a su instructor de parte del esfuerzo.

Al cabo de un rato oyeron jadeos y gruñidos, y poco después una mano apareció sobre el antepecho, palpando en busca del mejor punto de apoyo. Perseo se apresuró a agarrar la muñeca y tirar hacia arriba. La otra mano del hombre que subía soltó la cuerda, se aferró a su túnica e hizo un último esfuerzo.

Como sospechaba Perseo, se trataba de Bagabigna. Durante un instante, mientras lo ayudaba a salir del pozo, sus rostros quedaron tan cerca el uno del otro que podrían haberse besado en los labios, un pensamiento absurdo que pasó un instante por la mente de Perseo.

Cuando el persa estuvo de pie en el suelo, ya al otro lado del pretil, Perseo le preguntó:

—¿Quién más hay abajo?

—Nadie —contestó Bagabigna, con voz débil y los ojos clavados en el suelo.

—Me han dicho que os arrojaron a todos al pozo. Tiene que haber…

El persa alzó la cabeza y fulminó a Perseo con la mirada.

—No hay nadie porque están todos muertos. Incluso Sura. ¿Es que quieres burlarte de mí?

Incluso sin armas, tiritando de frío y vestido únicamente con los pantalones rotos y empapados, el persa irradiaba amenaza. Perseo retrocedió un par de pasos, no por impulso de huida, sino por mantener una distancia que le permitiera reaccionar a tiempo. Tanto él como Fénix iban armados con sendas espadas. Los dedos de Perseo rozaron el pomo de la suya, aunque no llegó a desenvainarla.

—No me estoy burlando. Puedes ver que he venido a sacaros del pozo. Siento que tus compañeros hayan muerto.

—¿Qué esperabas? ¿Cuánto tiempo crees que se puede sobrevivir ahí abajo, en esa agua gélida?

—Habría venido antes, pero, por si no lo recuerdas, tú te aseguraste de

que me sacaran del gimnasio tendido en una camilla —respondió Perseo.

Fénix, que sí tenía su mano rodeando la empuñadura de la espada, dijo:

—Anoche Perseo no estaba en condiciones de hacer nada. En cualquier caso, deberías darle las gracias por salvarte la vida. No tenía por qué hacerlo.

Bagabigna los miró a ambos alternativamente y sonrió. Su gesto era muy diferente de las sonrisas entre amables, burlonas e irónicas que Perseo le había visto hasta ese momento. A la luz de la luna, sus dientes relucían como los de un lobo y las sombras que sus cejas proyectaban sobre sus ojos lo hacían parecer diez años más viejo y cien veces más peligroso.

Después, sus mejillas se relajaron y su sonrisa dejó de ser tan feroz y pareció incluso sincera.

—Eso es cierto, Perseo —reconoció—. Después de haber perdido nuestro duelo particular, viniendo a rescatarme demuestras ser un hombre de honor.

—Y lo ha hecho a escondidas, a riesgo de ser castigado —intervino Fénix —. No lo olvides, persa.

Bagabigna extendió el brazo y le ofreció la mano tendida a Perseo. Este se quedó mirándola unos segundos y después decidió aceptarla. Por un instante pensó en estrecharla como hacía Cleómenes, agarrando los nudillos para triturarlos, pero aquel habría sido un triunfo mezquino. En cualquier caso, cuando ambos cerraron los dedos sobre los del otro, Perseo comprobó que los suyos eran mucho más fuertes. No le sorprendió, pues desde niño había tenido una fuerza exagerada en las manos, la suficiente como para partir nueces entre los dedos mientras Nabis tenía que recurrir a piedras o a meterlas en el quicio de la puerta.

—Eres buen guerrero, Perseo —le dijo Bagabigna—. Y serás grande cuando aprendas la última lección.

Marchando en silencio, se dirigieron hacia el río por el camino que tan bien conocía Perseo de sus encuentros furtivos con Gorgo. Después, remontando el curso del Eurotas, llegaron al puente de Tindáreo. Bagabigna, envuelto en un manto de lana que le había traído Perseo, había entrado en calor poco a poco y caminaba a buen paso.

Al otro lado del río, en un bosquecillo de álamos, aguardaba el otro cómplice de aquel rescate. Hipólito había resultado más difícil de convencer incluso que Fénix, pues no era precisamente un hombre de acción. Mas, por

otra parte, su respeto por los dioses era tan grande que rayaba en la *deisidaimonía*, el temor supersticioso por los espíritus. Cuando Perseo habló con él, su viejo pedagogo estaba encerrado en su cubículo, de rodillas en el suelo y balanceando el cuerpo una y otra vez mientras repetía una larguísima plegaria en la que imploraba a cientos de dioses y númenes para que no hicieran caer su ira sobre él por el pecado que habían cometido los espartanos. Únicamente gracias a esa superstición había conseguido persuadirlo Perseo para que saliera en plena noche y hurtara un caballo y una mula de los establos reales.

—Supongo que con estas dos monturas podríamos haber viajado todos los miembros de la embajada —dijo Bagabigna.

—Ahórrate los sarcasmos, persa —respondió Fénix, acariciando de nuevo el pomo de su espada—. ¿Qué querías? ¿Que saqueáramos las cuadras reales para ti y te trajéramos los corceles que compiten en las Olimpiadas?

El persa palmeó los lomos del caballo, un castrado ya entrado en años al que Damarato no echaría tanto de menos como a otros ejemplares de sus establos. De los costados de la mula colgaban dos alforjas cargadas de pan, higos secos, uvas pasas y queso.

—Perdona si soy sarcástico, amigo —se disculpó Bagabigna, vuelto de espaldas a ellos y con la cabeza apoyada en el costado del caballo—. He perdido mucho en ese pozo. He perdido tanto que cuando empiece a darme cuenta me querré morir.

—Todos hemos perdido mucho en esta vida —contestó Fénix.

—Tienes razón, amigo —admitió el persa, sin volverse—. ¿Cómo te llamas?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Te recordaré en mis plegarias al Señor de la Sabiduría.

—Soy Fénix, hijo de Hiponacte.

Bagabigna se quitó el manto y lo puso encima del caballo. Solo entonces reparó Perseo en que en la parte trasera de sus pantalones se apreciaba un bulto. Después, los músculos de la espalda del persa se contrajeron como maromas y entró en acción.

Cuando Perseo quiso desenvainar la espada, Fénix yacía en el suelo con la garganta rajada de lado a lado, gorgoteando en la agonía, con burbujas de

sangre que brotaban de la herida y reventaban en el aire. Hipólito estaba tendido a su lado, inmóvil.

Bagabigna no lo había acuchillado con el filo, sino clavándole la punta hacia arriba por debajo de la barbilla.

—¿Qué has hecho? —preguntó Perseo, horrorizado. Tenía la espada en la mano, en guardia, con la punta hacia Bagabigna. Este había flexionado ligeramente las piernas y sostenía en la diestra el puñal que hasta ese momento había llevado escondido debajo del pantalón.

—¿Que qué he hecho? ¿Y me lo preguntas?

«Ataca», le dijo a Perseo una voz interior.

«Ataca».

Se había quedado paralizado, por primera vez en su vida. La voz que lo incitaba a actuar sonaba como la de Fénix, pero no podía ser la suya. Fénix estaba convulsionándose en el suelo, tratando de tapar con las manos la herida por la que se le escapaba el alma.

Todo daba vueltas a su alrededor. Sobre las copas de los álamos, la luna había emprendido un baile frenético. Perseo cayó de rodillas sobre la hierba y el estómago se le vino a la boca. Le había dicho a Fénix que no tenía nada en el estómago que pudiera vomitar, pero estaba equivocado. A la tercera arcada, de su boca salió una mezcla de flemas, saliva y sangre.

El persa, comprendiendo que Perseo no suponía ninguna amenaza, descolgó las alforjas de la mula, se las colocó al caballo y, por último, montó. Solo entonces se dignó dirigir la palabra al joven espartano.

—Me habéis quitado lo que más amaba. Te juro por tus dioses y los míos, por mi Señor de la Sabiduría y tu Zeus Tonante, que un día no lejano volveré y os lo arrebataré todo. Igual que no has podido impedir que mate a esos hombres, no podrás impedir que reduzca tu ciudad a cenizas.

Con los ojos llenos de lágrimas y la boca de sangre, Perseo levantó la mirada. Fénix ya estaba tan inmóvil como Hipólito.

Ambos, muertos. Los dos hombres con los que había compartido más de media vida.

Se encontraba tan aturdido que ni siquiera era capaz de recordar cómo se las había arreglado Bagabigna para acuchillarlos a tal velocidad; él, para quien los movimientos de la lucha constituían una segunda naturaleza.

Comprendió que el persa era mucho más rápido que él y que siempre sería mejor guerrero. De rodillas en el suelo, como un Héctor agonizante, supo que si aquel Aquiles persa no lo mataba en ese mismo momento, incluso con un arma dos palmos más corta que la suya, era simplemente porque no quería, por capricho o por algún designio vengativo.

—Te he dicho que serás grande algún día, Perseo —dijo Bagabigna, apretando con las rodillas los flancos de su montura para hacerla girar en el sitio—. Pero tienes que aprender una lección.

Sin levantarse, conteniendo un sollozo que le atenazaba el pecho, Perseo miró al hombre al que con razón llamaban el Asesino Blanco. La pregunta no brotó de sus labios, pero Bagabigna la contestó igual.

—Sabes manejar las armas, Perseo, pero nunca las has usado para arrebatar una vida. Aprovecha la lección que te acabo de dar. Aún tienes que matar a muchos hombres para enfrentarte a mí. Cuando ese día llegue, ven a buscarme. Te estaré esperando.

Con estas palabras, Bagabigna taloneó a su caballo, y hombre y animal se perdieron entre los árboles. Perseo no fue capaz de seguirlos con la vista, porque en su vértigo cielo y suelo, luna y tierra se confundieron, y él cayó de bruces al lado de Fénix, y mientras todo se volvía oscuro, en sus labios su propia sangre se mezcló con la que todavía manaba de la garganta degollada de su maestro de armas.

# 4

Al mismo tiempo que Perseo yacía inconsciente junto a los cadáveres de su antiguo pedagogo y su maestro de armas, un criado del palacio Agíada sacudía suavemente el hombro de Cleómenes para despertarlo, tal como se le había ordenado.

A ciegas, el rey le lanzó un puñetazo. El ilota, acostumbrado a esas reacciones violentas, se apartó a tiempo de esquivarlo. Sin embargo, al ver que Cleómenes se volvía a dormir, no tuvo más remedio que insistir, esta vez zarandeando a su señor con más fuerza.

El rey se incorporó de súbito, aferró al criado con sus manazas y le apretó la garganta. El ilota empezó a gorgotear algo ininteligible —le habían cauterizado la lengua de niño como represalia por la rebeldía de su padre—, pero no se atrevió a agarrar las muñecas del rey para zafarse de la presa; algo que, por otra parte, habría resultado inútil dada la gran fuerza física de Cleómenes.

—¡Déjame en paz, madre! —exclamó Cleómenes, con los ojos abiertos, mas todavía en el reino de Hipnos—. ¡Vosotras, dejadme en paz también!

Pasados unos segundos, el rey comprendió que había estado soñando y que se acababa de despertar. Solo entonces dejó de estrangular al criado y lo apartó de sí con un empellón.

—¡Fuera de aquí! ¡Venga, fuera te he dicho!

Cleómenes se sentó en la cama, un lecho alto montado sobre gruesas patas de roble en forma de garras de león. Notaba un sabor nauseabundo en la boca, el estómago hinchado y un espantoso dolor de cabeza. Había abusado de la carne asada cenando, y también de la salsa, servida en cantidades más que generosas sobre el pan. Pero, sobre todo, se había excedido con el vino. Como solía hacer cada vez que despertaba en aquel estado, algo que sucedía muy a menudo, se maldijo a sí mismo. ¿Cómo podía ser tan estúpido de recaer en el mismo error noche tras noche, conociendo de sobra las lamentables

condiciones en las que se iba a levantar?

Sobre un arcón al lado de la cama había dos jarras, una de agua y otra de vino, y también una copa. Para quitarse aquel sabor de la boca, bebió directamente de la jarra del agua hasta vaciarla. Después tomó la de vino, pues tenía más que comprobado que un pequeño grado de embriaguez aliviaba la resaca. Al percatarse de que estaba vacía, se maldijo otra vez. Cambiando de opinión de repente, se tendió boca abajo en el suelo y empezó a hacer flexiones: diez, veinte, treinta, hasta cuarenta. La última la terminó de milagro y después se dejó caer sobre las baldosas con un resoplido.

Acercándose a los sesenta años, aunque seguía conservando la fuerza física de su padre —los mismos músculos que había heredado Leónidas, pero no así el pobre Cleómbroto—, Cleómenes era consciente de los estragos de la edad. Cierto que esa conciencia únicamente lo asaltaba al levantarse de la cama, cuando se fustigaba a sí mismo por los excesos nocturnos. Por eso lo primero que solía hacer en mañanas normales era disciplinar su propio cuerpo corriendo hasta el Eurotas, cruzándolo a nado por muy fría que fuera la mañana y volviendo al palacio también a la carrera para terminar su sesión de entrenamiento con cuarenta flexiones. Antaño era capaz de hacer sesenta, pero en los últimos tiempos había ganado demasiado peso como para llegar a esa cifra.

Ahora, después de recuperarse de su sesión de fondos, se levantó del suelo con un gruñido y se palmeó la tripa. En lugar de los abdominales pétreos que tenía de joven se encontró con aquella mullida capa adiposa que odiaba más que nada en el mundo, pero que no podía dejar de pellizcar como si fuera una masa para pan. Igual que tantas otras mañanas, se prometió a sí mismo comer menos a lo largo de todo el mes siguiente y librarse de aquella molesta carga de grasa que rodeaba su cintura y redondeaba sus riñones.

Otra cosa bien distinta era dejar de beber, propósito que ni se planteaba. No tenía más remedio que recurrir al vino. La razón eran las pesadillas. El jugo de Dioniso era un remedio para ellas, o eso se decía a sí mismo, sin querer admitir que muchas noches se convertía más bien en la causa.

Era en sus sueños, en el momento en que descuidaba la guardia, cuando se le aparecían los espectros del pasado.

Gracias a los espías que tenía en todos los rincones, Cleómenes conocía bien cuáles eran las hablillas y rumores de los espartanos. Sus súbditos —eso es lo que eran para él, por más majaderías sobre «ciudadanos iguales» que

dijeran las leyes de Licurgo—, que lo llamaban «sacrílego» sin rebozo ninguno, debían de pensar que los fantasmas del bosque de Argos atormentaban sus sueños. No podían estar más errados. Cleómenes había ordenado incendiar aquel encinar sin ninguna vacilación. Pasados los años, seguía sin albergar remordimientos. Por mucho que los espartanos lo acusaran de impiedad, bien que se aprovechaban todos ellos de haber dejado fuera de combate para una generación entera a Argos, la enemiga ancestral de su patria.

Tampoco sentía ninguna culpa por lo ocurrido con los embajadores persas. Habían cometido la insolencia de venir a pedirle sumisión a él. ¡A Cleómenes, el rey más poderoso de Grecia!

No, no eran los fantasmas de los argivos ni de los persas los que podían atormentarlo. Había otros mucho peores que lo acechaban.

Salió de la alcoba y entró en la letrina aledaña. Mientras vaciaba sus intestinos, pensó en el último sueño que lo había visitado antes de despertar. Con gesto de furia, su madre le decía: «¡Deja de calentar tu pan en el horno fríO!». Detrás de ella, las Erinias lo asaeteaban con sus ojos rojos como brasas, mientras sus cabellos serpentinos siseaban con voz propia.

Eran las mujeres las que se empeñaban en perturbar sus sueños. Pues su relación con ellas era harto complicada.

Todo había empezado con su madre, Olimpia.

El rey Anaxándridas, padre de Cleómenes, estaba casado con Antusa, que resultaba ser también su sobrina y de la que estaba muy enamorado. («Encoñado», puntualizaba siempre la madre de Cleómenes). Pese al significado de su nombre, «Floreciente», el vientre de Antusa era tan estéril como un cardizal sembrado de cenizas. En seis años de matrimonio no le había dado hijos al rey, que por otra parte no tenía parientes agnados que pudieran sucederlo en el trono.

Ante el peligro de que se extinguiera la estirpe de los Agíadas, los éforos y los gerontes insistieron al rey para que tomara otra esposa. Anaxándridas así lo hizo y se casó con Olimpia, una hermosa joven que pertenecía al linaje del ilustre Quilón, uno de los afamados Siete Sabios de Grecia. Pero cuando lo hizo, no repudió a Antusa, sino que se convirtió en bígamo, en contra de las costumbres griegas y espartanas. Para colmo, en lugar de llevar a Olimpia a residir al palacio real, la alojó en una casa que tenía a orillas del Eurotas, a la que acudía para consumar el coito con ella cada cinco días. Después de

cumplir con su misión, regresaba de nuevo con su primera esposa, pese a que esta no podía competir en belleza con Olimpia.

Olimpia no tardó en quedarse embarazada y dio a luz a Cleómenes, que fue designado sucesor de Anaxándridas con gran alborozo del pueblo espartano. Pero entonces, fuese por envidia femenina —eso, al menos, era lo que creía Cleómenes, que sentía al mismo tiempo fascinación y repulsión por las mujeres— o por capricho de los dioses, Antusa se quedó embarazada después de tantos años de esterilidad y alumbró a un bebé que ya desde su nacimiento fue considerado perfecto: Dorieo. No contenta con eso, Antusa todavía le dio al rey otros dos hijos, Leónidas y poco después Cleómbroto. Aquello no hizo sino incrementar el amor que sentía Anaxándridas por su primera esposa y lo distanció todavía más de la segunda.

De ese modo, Cleómenes había crecido en una situación insólita: como primer hijo nacido siendo ya rey Anaxándridas, era heredero del trono; y, sin embargo, vivía fuera del palacio y era, de los cuatro vástagos, el que menos relación mantenía con su padre.

Cleómenes, que como heredero real estaba exento de educarse en la *agogé*, se había criado prácticamente a solas con su madre, en aquella casa húmeda que siempre olía a paredes bofadas y a madera podrida. Olimpia tenía que enviar mensajes constantes a Anaxándridas para que le enviara albañiles y carpinteros que repararan la casa, ya que tan cerca del río la bodega y los cimientos sufrían filtraciones constantes y solían inundarse. Aquel era un lugar lóbrego, en el que a su madre le había sido fácil aprovechar la soledad y la oscuridad para conseguir que su hijo dependiera absolutamente de ella, una mujer que alimentaba en su corazón un rencor creciente contra Anaxándridas y su primera esposa por verse preterida.

Al llegar a la pubertad, Cleómenes empezó a salir de su morada para conocer a otras personas, y su padre se tomó por fin un mínimo interés en su educación, por lo que le asignó maestros de varias disciplinas. Aquello molestó a su madre, que temía perder el monopolio sobre él. Además, fue por esa misma época cuando Olimpia lo sorprendió en un rincón de la casa magreando a una muchacha ilota, motivo por el cual lo reprendió acerbamente.

—¡No se te ocurra mezclar tu simiente con linajes inferiores! Desciendes del mismísimo Heracles, no como esa escoria ilota. ¡No lo olvides!

Aquella misma noche Olimpia le hizo probar por primera vez dos cosas:

el vino puro durante la cena y después, en su alcoba, donde se le apareció a modo de súcubo, el sexo.

Así pues, su madre había sido su primera amante. Por aquel entonces Olimpia tenía veintinueve años y se hallaba en el momento culminante de su belleza. ¿Cómo iba a resistirse a su seducción un chaval de trece años sojuzgado por ella desde su nacimiento y al que, para colmo, había emborrachado?

Recordando todo aquello, Cleómenes salió de la letrina y volvió a entrar en la alcoba. Mientras él evacuaba el vientre, el ilota mudo le había rellenado las dos jarras.

Cleómenes se sentó en un taburete y extendió la mano, dubitativo. Qué demonios, pensó, decantándose finalmente por la jarra de vino. No pensaba correr ni nadar, pues todavía era de noche. Además, noche de luna llena, con lo cual el ritual de renovación de la bruja tesalia lo iba a curar todo, ¿o no? Rellenó la copa y bebió, despacio primero y más rápido después, y cuando terminó se sirvió de nuevo.

Decían algunos, y él era bien consciente de ello, que se había acostumbrado al vino puro por culpa de unos embajadores escitas con los que había compartido varias noches de francachelas. La realidad era que le debía aquella afición a su madre, gran adepta a los misterios de Dioniso. Noche sí y noche también ella lo embriagaba y después lo visitaba en el lecho, que abandonaba antes del alba.

Al día siguiente nunca hablaban de *aquello*. Era como si la mujer con la que se acostaba por las noches fuera, igual que la Helena cantada por Estesícoro, un simulacro de niebla creado por Afrodita para engañarlo.

Solo que bien sabía él que no se trataba de ningún simulacro, sino de su madre, que usaba para sojuzgarlo el mismo vientre en el que lo había tenido nueve meses.

—Te odio, madre —murmuró Cleómenes, bebiendo otro trago.

Por fin, Olimpia había gozado del placer de ser testigo de la muerte de Anaxándridas, aquel esposo remoto que después de dejarla embarazada no se había dignado volver a visitar su lecho. Pese a que muchos en Esparta consideraban que Dorieo, el primogénito de Antusa, era mejor candidato para convertirse en rey —en la *agogé* había destacado sobre todos los demás muchachos—, la ley era inflexible. Cleómenes, y no Dorieo, ni Leónidas, ni

Cleómbroto, fue coronado rey. Cuando se mudaron al palacio, lo primero que hizo Olimpia fue expulsar de allí a su rival y a los tres hermanastros de Cleómenes.

Como madre del rey, Olimpia empezó a disfrutar de muchos privilegios, lo que pareció compensar todos los años de rencor malgastados en aquella casa húmeda y lóbrega. Durante unos meses todo fue miel sobre hojuelas. Pero Cleómenes también había descubierto los encantos del poder y, habiendo heredado la naturaleza manipuladora de su madre, se encontraba cada día más resentido con ella por su manía de intentar manejarlo como si fuera un fantoche. Para colmo, Olimpia había perdido el control sobre la bebida y, cuando se le subía el vino, le abroncaba durante la cena, bien la celebraran en privado, con amigos o incluso en público. Se llegó a decir que era ella, y no él, quien gobernaba, y hubo quienes empezaron a intrigar para derrocar a aquel títere de su madre y poner en su lugar a Dorieo.

Por suerte, el propio Dorieo, que tenía el cerebro de un carnero alojado dentro del cuerpo de un dios, se quitó de en medio partiendo a fundar colonias en el otro extremo del Mediterráneo. Con todo, Cleómenes decidió que necesitaba librarse de su madre. Por el día, su intromisión en las tareas de gobierno resultaba intolerable. Y por la noche, su influencia se había vuelto perniciosa. Para aumentar la dependencia que Cleómenes sentía por ella, Olimpia empezó a recurrir a prácticas sexuales dignas de mujeres de Lesbos con el fin de aumentar su placer: no existía perversión que no estuviera dispuesta a cometer con tal de tenerlo a él atado a su seno.

Finalmente, Cleómenes decidió recurrir a los servicios de Frixo, una hechicera de Tesalia, región conocida por sus prácticas de magia y brujería. Aquella bruja, experta en pócimas, preparó unas gotas insípidas que se mezclaban con el vino y que en menos de un mes llevaron a la tumba a su madre.

«Deja de calentar tu pan en el horno frío». Las palabras del sueño volvieron a su recuerdo, lo que le hizo servirse una tercera copa.

Aquello, lo del horno frío, había ocurrido precisamente por culpa del vino. Cleómenes había visto a su madre quieta en la cama, tan fría y tan rígida, con el rigor de la muerte. Sobre todo, callada. Por fin, por una vez, la primera desde que él podía recordar, ella no tenía nada que decir. Y Cleómenes, tan borracho que apenas se tenía en pie, había aprovechado la ocasión para despedirse de ella.

«Deja de calentar tu pan en el horno frío». ¿Por qué le insistía en «deja de calentar»? Únicamente lo había hecho una vez, ¿a qué tanto venir a torturarlo en sueños? Ella, que había recurrido al incesto para manipular a su propio hijo, ¿qué tenía que echarle en cara por una sola ocasión en que él había tomado la iniciativa?

*Sssssshhhh*, le saludaban las Erinias en sueños. *Sssssshhh*, le decían sus cabellos, cada uno de ellos una serpiente con sus propios ojos rojos y su lengua bífida. «Asesinaste a la sangre de tu sangre y después también asesinaste a tu esposa».

—Eso da igual —dijo Cleómenes, bebiendo de nuevo para sentir en sus venas el agradable calor del vino—. Una esposa puede darte sangre de tu sangre, pero ella misma no lo es.

Su esposa. La otra mujer por la que lo acosaban las Erinias.

Se había casado con Trifena tras la muerte de su madre. Era una mujer callada, tan insulsa en la cama que acostarse con ella sí que era como introducir su barra de pan en un horno helado. Pero le dio a Gorgo, la niña de sus ojos, la única mujer de su vida que merecía la pena. Después, se volvió a quedar embarazada. Cuando orinó sobre unos granos de cebada y de trigo, los de cebada germinaron primero, lo que presagiaba que el niño que había de alumbrar Trifena sería un varón.

A Cleómenes no le alegró la noticia. No hacía tanto que se había convertido en rey y se había liberado de la influencia de su madre, y ya el pueblo espartano andaba entusiasmado pensando en que iba a nacer un heredero al trono Agíada. ¿Tan pocos años creían que iba a vivir, que tenían que andar recordándole ya su propia mortalidad?

Para empeorar las cosas, la bruja Frixo consultó a los espíritus del Hades, mucho más fiables para conocer el futuro que las desdeñosas deidades del Olimpo, y le profetizó: «El hijo varón que engendres será la causa de tu caída».

Cleómenes no se anduvo con paños calientes. En los mitos, los soberanos que recibían vaticinios amenazantes de esa índole intentaban eludir el destino de formas indirectas, por temor a derramar su propia sangre y verse acosados por las Erinias. Layo de Tebas había hecho que un pastor abandonara en el monte a su hijo Edipo, pero este había sobrevivido y reaparecido años después para asesinarlo en una encrucijada. («Y acostarse con su madre como tú —le recordaban las Erinias—. Pero al menos Edipo no fornicó con Yocasta

después de muerta»). Acrisio de Argos, por su parte, había encerrado a su hija Dánae y a su nieto Perseo en un cofre y los había arrojado al mar, lo cual no había evitado que Perseo sobreviviera para, años después, partirle la cabeza a su abuelo sin querer lanzando un disco.

El destino se había burlado de Layo y de Acrisio, pero no se burlaría de Cleómenes. Nadie se burlaba de él. ¿Para qué esperar a que el niño naciera? Nada de refinamientos ni complicaciones: una simple escalera había bastado, ayudada por una patada en el vientre. Al llegar abajo, Trifena se había desnucado, y el feto había reventado dentro de sus entrañas.

*Sssssshhh*, volvían a sisear los cabellos agusanados de las Erinias. *Sssshh*. «Un hijo muerto es sangre de tu sangre».

—Era un puñetero feto. Los fetos no tienen sangre —replicó Cleómenes.

«Basta de recuerdos», se dijo y dio una voz. Instantes después, el criado mudo volvió a entrar para ayudarle a ponerse la túnica y un fino manto; aunque la noche era calurosa, dentro del palacio Agíada la temperatura se notaba más baja. Sobre todo en el ala norte, la menos frecuentada, donde Cleómenes tenía previsto celebrar su pequeña reunión.

Escoltado por el ilota, que portaba una antorcha, Cleómenes llegó hasta una puerta de roble cerrada con llave. El criado mudo la abrió y ambos entraron en un largo pasillo de paredes mohosas que bajaba en una acusada pendiente para adaptarse al relieve del terreno donde se había edificado aquella zona del palacio. Se detuvieron en el siguiente rellano ante dos puertas que se abrían en el muro de la derecha, cada una de ellas con su propia cerradura.

La primera de aquellas puertas estaba entornada. El ilota pasó primero, seguido por Cleómenes. Entraron en una celda de construcción tosca, con paredes de zócalo de piedra hasta medio metro de altura rematadas por adobe y con suelo de tierra compactada y mezclada con guijarros.

Amén de diversos habitantes ocasionales, sabandijas de todo tipo que se refugiaban en los rincones más oscuros, había tres ocupantes en la celda. Uno de ellos era un hombre de unos cuarenta años, desnudo y con el cuerpo lleno de moratones y heridas. Tenía los pies metidos en un gran cepo de madera, las manos atadas y la boca amordazada con un trapo manchado con su propia sangre.

En el techo, justo en el centro de la estancia, había una argolla de la que

colgaba una cadena con dos grilletes, que aherrojaban las muñecas de una muchacha que a lo sumo tendría catorce años. Estaba un tanto entrada en carnes y, al tener los brazos en alto sobre la cabeza, sus pechos se marcaban perfectamente bajo los jirones de su túnica. Por alguna razón aquellos senos, bastante desarrollados para su edad, le recordaron a Cleómenes los de su hija Gorgo, quien a su vez los había heredado de Olimpia, la abuela a la que no había llegado a conocer.

*Sssssshhh*, volvieron a sisear los cabellos serpentinos de las Erinias. *Sssssshhh*, apártate de tu hija.

—Mi amor por ella es puro —murmuró Cleómenes.

—¿Qué has dicho, mi rey?

Cleómenes volvió su atención al tercer ocupante de la celda, el único que no estaba inmovilizado. Era él, de hecho, quien se había encargado de traer a los dos prisioneros, al padre y a la hija. Se trataba de un hombre joven, de piernas cortas y arqueadas, que al bajarse la capucha de la clámide descubrió un rostro moreno de ojos estrechos, tan apagados como los de un pescado muerto en un puesto del ágora. Uno de ellos se veía hinchado y morado, algo bastante frecuente en los muchachos de la *agogé*.

—Nada, Nabis. No he dicho nada de tu incumbencia.

Desde que se convirtiera en rey, Cleómenes había comprendido la importancia vital de obtener información, en particular sobre sus enemigos. Donde más útil le resultaba disponer de ella era en el palacio de la dinastía rival, los Euripóntidas. Por otra parte, su madre, que siempre sabía encontrar lo peor en las personas, le había inculcado un principio básico: llegado el momento de manipular a la gente, resultaba mucho más fácil aprovecharse de sus defectos que de sus virtudes.

Con Nabis lo tenía sencillo, ya que el hijo de Damarato era la jarra de Pandora encarnada, un auténtico dechado de defectos. El más útil para Cleómenes era el que más atormentaba y emponzoñaba al joven: la envidia. Se trataba de la misma envidia que debió de experimentar durante toda su vida Ificles contra su medio hermano mellizo Heracles, el gran héroe, engendrado de la sangre de Zeus y superior a él en todo.

El símil no era banal. Nabis y Perseo tenían más puntos en común con Ificles y Heracles de los que ellos mismos sospechaban. Pues en el palacio Euripóntida —y eso lo sabía bien Cleómenes, que, aparte de Nabis, contaba

con más informantes— casi nada y casi nadie eran lo que parecían.

De aquello precisamente —de quién era quién— venía a hablarle Nabis.

Procurarse el apoyo del muchacho había resultado sumamente fácil. Nabis era el típico chico al que en la *agogé* sometían a todo tipo de humillaciones y que solo sobrevivía buscando a otros más débiles a los que mortificar. Al principio sus compañeros se habían cohibido un poco con él por ser hijo del rey; pero, en cuanto comprobaron que su padre no ponía el menor interés en su bienestar, los más matones del campamento no tardaron en infligirle pequeñas novatadas que con el tiempo se tornaron cada vez peores.

Ante la negligencia de Damarato, Cleómenes había intervenido para hacerle la vida más cómoda al débil Nabis. Gracias a eso, y a diversas prebendas que le había ido ofreciendo, lo había convertido en su agente más valioso en el palacio Euripóntida. Tan valioso como en el pasado lo había sido su madre, Pércalo, otro personaje cuyos muchos defectos de carácter —empezando por los más evidentes, su vanidad y su lujuria— no resultaban complicados de explotar.

—Espero que te satisfaga lo que te he traído hoy, mi rey —dijo Nabis, señalando a la muchacha. Como su padre, la chica también estaba amordazada, aunque no habría hecho falta para silenciarla: saltaba a la vista que la habían sedado con alguna droga, y se limitaba a colgar de los grilletes con las rodillas flexionadas, la mirada en el suelo y la boca entreabierta.

—Puntual, como cada luna llena —respondió Cleómenes, acercándose a la muchacha ilota para palparla. Sus senos se notaban duros; pero, a juzgar por su constitución, en cuanto madurara un poco más aquellas tetas se le caerían hasta acabar en la cintura.

O se le habrían caído. Pues no llegaría a sufrir la decadencia de la carne. Eso debería agradecérselo a él, a Cleómenes.

En un rincón de la celda había una escudilla con la mixtura preparada por Frixo, la bruja tesalia que le había librado de su madre. Se trataba de una variación del caldo negro, pero servido en frío y con algunos otros componentes que aumentaban el vigor de todos sus miembros, incluyendo el que se había hinchado de sangre al sobar los pechos de la chica.

Cleómenes se sentó en un poyo de piedra, desde el que podía ver a la muchacha de frente y controlar también los escasos movimientos de su padre, y empezó a beberse el contenido de la escudilla. Lo hizo con calma; tanto el

sabor agrio como la textura grumosa resultaban desagradables y engullirlo de golpe le habría hecho vomitar, como sabía por experiencia.

—¿Qué más me traes, Nabis? ¿Has averiguado algo de ese asunto del que hablamos?

Asintiendo con vehemencia, el hijo de Damarato le mostró un díptico de madera que traía en el zurrón.

—He traído el original —anunció con una sonrisa triunfal.

Todo provenía de una conversación que habían mantenido un mes antes, cuando Nabis le trajo a otra muchacha como la que ahora colgaba de los grilletes, aunque en aquella ocasión no había añadido el refinamiento de apresar también al padre.

Lo bueno de haber introducido a Nabis en la Criptía, aquel cuerpo secreto de asesinos que Cleómenes había creado para sembrar el terror entre los ilotas, era que el joven se las apañaba para matar varios pájaros con la misma flecha. Cuando se le señalaba un objetivo al que había que eliminar, normalmente un ilota que destacaba por su valor, su rebeldía o sus influencias entre los demás de su clase, solía arreglárselas para encontrar entre su familia alguna chica que cumpliera los requisitos —púber, virgen— indicados por Frixo para el ritual de renovación.

Si, además de reprimir ilotas y traerle doncellas, le brindaba información que podía utilizar contra su padre, ¿qué más se le podía pedir a aquel muchacho, pese a su aspecto tan poco prometedor?

En la última ocasión, Nabis le había hablado de un criado de palacio, un antiguo ayuda de cámara al que ahora, medio ciego y un tanto senil, habían relegado a limpiar los establos. A aquel viejo ilota se le había escapado un comentario que interesó a Nabis, por lo que una noche que estaba libre de servicio en la *agogé* lo sacó del palacio para interrogarlo a fuerza de vino. Después le fue con el cuento a Cleómenes, sabiendo que podía obtener una recompensa por aquella información.

—El criado ha guardado silencio todos estos años —le había explicado Nabis—, porque mi abuelo lo amenazó no solo con matarlo a él, sino con asesinar también a su esposa y sus hijos. Pero ahora está viudo y sus dos hijos también fallecieron. Dándole un poco de vino, no tardó en contármelo todo.

—¿Y qué te contó? —había preguntado Cleómenes.

—Que cuando mi abuela Ferenice dio a luz a mi padre, fue él quien se encargó de ir a darle la noticia al rey Aristón. El rey estaba reunido con los éforos de aquel año tratando no sé qué asuntos, y cuando el criado le comunicó que mi padre había nacido, él se puso a contar con los dedos los meses transcurridos desde el día en que se había casado y dijo en voz baja: «No puede ser mío».

A Cleómenes se le habían afilado los dientes al oír aquella historia. ¿Cómo no se había enterado hasta entonces? Por eso le había sacado a Nabis los demás pormenores. Al parecer, el rey Aristón se había arrepentido enseguida de aquel comentario, seguramente porque su esposa, que por aquel entonces era la mujer más bella de Esparta, lo tenía encandilado. Además, los espartanos ansiaban tanto que su rey les diera un heredero que él no se atrevió a frustrarlos. Precisamente por ese motivo le había impuesto el nombre de Damarato, «deseado por el pueblo».

—Si eso es verdad, si tu padre es hijo del anterior marido de tu abuela… sabes lo que implica eso, ¿verdad?

Nabis había asentido.

—Que mi hermano Perseo ya no será rey.

Ni siquiera había dicho: «Que mi padre perderá el trono». Tan solo: «Que mi hermano Perseo ya no será rey». Su rencor por haber sido preterido en la sucesión pese a haber nacido el primero llegaba a tal grado que prefería hundir a toda la familia con tal de perjudicar a su hermano.

Cleómenes le había pedido a Nabis que indagara más sobre el asunto. Y ahora el joven le traía aquella prueba material.

—Lo he sacado del santuario de Procles, el gemelo del que desciende nuestra estirpe. Ahí se guardan los archivos donde los sacerdotes apuntan los nacimientos de todos los Euripóntidas.

—Dámelo —dijo Cleómenes, extendiendo la mano.

—Tuyo es, mi rey.

Cleómenes, que casi había terminado con aquel repulsivo caldo, desató la cinta que cerraba el díptico y lo abrió. A la luz de la antorcha que ardía en el nicho de la pared, tan solo pudo ver que las tablillas estaban escritas con tinta roja. Distinguir las letras a su edad le resultaba impensable. Aunque juraría que las veía un poco mejor desde que se sometía al ritual de renovación de

Frixo, o eso quería creer, la mejoría no era suficiente para leer lo que estaba apuntado en aquel documento.

Pero eso no se lo iba a reconocer a Nabis.

—Ya veo. Así que esta es la prueba.

El muchacho se acercó a él y señaló con el dedo en la tablilla de la derecha.

—Aquí lo dice. Mi padre nació siete meses después de la boda entre Aristón y Ferenice.

—Eso no es del todo imposible —repuso Cleómenes—. Hay sietemesinos que sobreviven.

Nabis movió la cabeza a ambos lados, negando con vehemencia. Resultaba obvio que le entusiasmaba aquella conspiración contra su propia familia.

—Por eso fui a hablar con mi abuela y le pregunté quién nació con más peso, si mi padre o yo, ya que nos parecemos tanto. Ella me dijo que mi padre había sido un bebé bastante grande y gordo, incluso más de lo normal, aunque con el tiempo no creció tanto y se volvió muy enjuto. En cambio, según ella yo era mucho más pequeño, porque mi madre no tenía carnes para alimentar a dos fetos y mi hermano nació midiendo medio palmo más que yo.

Cleómenes emitió un sonido gutural. Él sabía de sobra por qué Perseo había nacido con más tamaño que Nabis, pero se lo calló. Aquella información, de momento, no le resultaba útil. En cambio, la que le ofrecía Nabis sí lo era. Pues demostraba que Ferenice había llegado al matrimonio con el rey Aristón embarazada de su primer marido, Ageto. Y que Damarato no pertenecía al linaje de los Euripóntidas.

Luego por sus venas no corría la sangre de Heracles.

Luego no podía seguir siendo rey de Esparta.

La tablilla que sujetaba en la mano significaba que se iba a librar de Damarato y a vengarse de las jugarretas que le había gastado. Aquel bastardo —cada vez tenía más claro que aquel término lo definía literalmente— se las había prometido muy felices cuando boicoteó su expedición contra Atenas para reinstaurar en el poder a Iságoras, el amigo de Cleómenes. Habían pasado catorce años de aquello, pero, como decía su madre Olimpia, «El plato de la venganza es mejor servirlo frío». Tan frío como aquel repulsivo caldo

que, por fin, había terminado de beber.

Fuera por la pócima de la bruja o por la excitación de la revancha, la mente de Cleómenes había empezado a funcionar con la precisión de un mecanismo celeste, atando cabos.

Había que sacar todo aquello a la luz. Pero Cleómenes no quería que la iniciativa partiera de él. ¿A quién recurrir?

A Latíquidas, sin duda, primo de Damarato —o eso había creído todo el mundo hasta entonces— y un auténtico Euripóntida, lo que lo convertía en el primer candidato para conseguir el trono. Un trono que obtendría gracias a Cleómenes, de modo que estaría en deuda con él.

Sin duda, llegar a rey supondría un incentivo para Latíquidas. Este, además, se la tenía jurada a Damarato por haberle robado a su prometida Pércalo. Con la que, según le constaba a Cleómenes, Latíquidas seguía acostándose de vez en cuando. Podía entenderlo, ya que aquella mujer, pese a su carácter insufrible, siempre había sido muy deseable. El mismo Cleómenes, que había disfrutado de sus encantos en alguna que otra ocasión, podía dar fe de ello.

Sí, lo más conveniente era que fuese Latíquidas quien denunciara a su primo. Pero había más acciones que se podían llevar a cabo para reforzar la prueba del archivo. El testimonio del criado, por supuesto. ¿Habría algún otro testigo?

Cleómenes cerró la tablilla y se la devolvió a Nabis. Después, como si se le acabara de ocurrir, dijo:

—Así que tu padre nació en el año en que era éforo epónimo… —Haciendo una castañeta con los dedos, exclamó—: Maldita sea, se me acaba de ir el nombre.

—Isanor —se apresuró a contestar Nabis, siempre tan servicial.

—Ese es, Isanor —repitió Cleómenes como si hubiera sido capaz de leerlo.

El rey se quedó pensativo. Aquel hombre todavía estaba vivo, aunque debía de tener más de ochenta años. Por lo que recordaba de él, no había perdido la chaveta todavía, si bien se movía con mucha dificultad. Pero, por más despacio que caminara, con la ayuda de un bastón le sobraría para llegar al tribunal y atestiguar contra Damarato, si es que había llegado a escuchar el

comentario del rey Aristón.

«No puede ser mío». Cleómenes se relamía imaginándose a Aristón, con quien había llegado a correinar, pronunciando esas palabras.

Siguió cavilando su plan. Todo estaba encajando a la perfección. Precisamente acababan de cumplirse nueve años desde la última vez que los éforos se retiraron al santuario de Ino Pasífae, donde escudriñaban los cielos en busca de signos que demostraran si los dioses seguían protegiendo a los reyes o si alguno de ellos había cometido alguna irregularidad. Eso significaba que los éforos actuales tenían que repetir el ritual en breve. Cuando Alcámenes o alguno de los otros magistrados que comían de su mano declararan haber visto una estrella fugaz de mal agüero en el sector del cielo asignado a Damarato, ¿quién podría contradecirlos? Esos astros eran fugaces por su propia definición.

Todavía guardaba un dado cargado, el más poderoso de todos. El que le había ofrecido Temístocles el ateniense a cambio de organizar el linchamiento de los embajadores. El testimonio del mismísimo dios Apolo, patrón del oráculo de Delfos.

Eufórico, Cleómenes se puso en pie, se desató el cinturón y se quitó la túnica. Nabis, comprendiendo lo que tenía que hacer, se acercó a la muchacha y con un cuchillo le rasgó los restos de la ropa hasta dejarla completamente desnuda.

Entre la pócima de Frixo, el cuerpo mórbido de la joven, los ojos de terror y los gruñidos sofocados del padre y la perspectiva de hacérselo perder todo al aborrecible Damarato, la excitación que sentía Cleómenes era tal que él mismo se sorprendió al ver el ángulo y la dureza con que se le había levantado el miembro.

Todo tenía que hacerse de forma sincronizada. El momento en que la vida escapara de la doncella debía ser el mismo en que perdiera la virginidad. Era la efusión de las dos sangres bañando a Cleómenes lo que renovaba su juventud.

De eso se encargaban Nabis y su puñal. El muchacho era muy eficaz. No solo le conseguía las muchachas, sino que remataba el ritual y después se encargaba de desprenderse de los cuerpos. Lo último no debía de ser una misión demasiado complicada. La primera vez que Cleómenes se sometió a la renovación, diez años antes, lo había hecho con una joven espartana de buena cuna, y hacer desaparecer las pruebas del sacrificio sin que la familia se

enterara de lo sucedido se había convertido en una pesadilla. Desde entonces había comprendido que tenía una reserva de carne humana inagotable a la que recurrir sin que nadie en Esparta se hiciera preguntas.

Los ilotas.

Ya que él mismo había creado la Criptía para reprimir a los más levantiscos de entre ellos, ¿por qué no utilizar a algunos de sus miembros para que le suministrasen vírgenes de las mismas familias a las que atacaban en la noche?

Como en otras noches de luna llena, en esta todo funcionó a la perfección. Cuando Nabis levantó la mandíbula de la muchacha con una mano, le clavó el cuchillo con la otra y lo arrastró de lado a lado para degollarla, Cleómenes pensó por su gesto de salvaje placer que el muchacho debía de estar experimentando una erección tan intensa como la suya.

«¡Deja de calentar tu pan en el horno frío!». «No, madre —respondió Cleómenes en su mente—. Este horno todavía conserva el calor suficiente».

Mientras la sangre de la joven bañaba su pecho desnudo y corría por su tripa resbalando cálida y viscosa hasta sus ingles, y mientras él mismo inoculaba su semilla en ella, sintió cómo la *psyché*, el aliento vital, abandonaba aquel cuerpo y penetraba en el suyo, prolongando su existencia para que él, Cleómenes, gozara de un reinado más largo que los de Cronos y Zeus juntos.

Era consciente de que en su camino tendría que librarse de algún obstáculo. Si para él era vital poseer información sobre los demás, no menos crucial resultaba que los demás no la poseyeran sobre él. Al mismo tiempo que se apartaba del cuerpo de la muchacha, que colgaba ya flácido de las argollas, observó la cadena con ojo crítico y después miró a Nabis.

—¿Te he servido bien, mi rey? —preguntó el joven, pasándose las manos por los antebrazos para limpiarse la sangre, o tal vez para extenderla más por su piel.

—Perfectamente, Nabis. Nadie me ha servido nunca mejor que tú.

«Pero tengo que ir buscándote ya un sustituto que te reemplace», añadió para sí.

# Segunda parte

## Las pruebas

# 1

Esparta, finales del verano de 492 a. C.

Los hombres armados vinieron a buscar a Perseo mediada la tercera guardia.

En cuanto notó sus pisadas al otro lado de la puerta, supo instintivamente qué hora era. Pese a que todavía no estaba familiarizado con aquella casa y se sentía algo desorientado por la mudanza, desde niño había aprendido a interpretar los sutiles indicios que diferenciaban las distintas horas de la noche: los matices de la luz, los ruidos de los animales nocturnos, incluso los olores que flotaban en el aire. «La noche es el reino de Ares», le decía Fénix cada vez que lo despertaba de golpe a horas intempestivas para sacarlo al patio a ejercitarse, hacerle correr alrededor del palacio o llevarlo a entrenar a los bosques. A menudo lo hacía dos y hasta tres veces en la misma noche. Gracias a esa dura rutina, Perseo se había acostumbrado a saber la hora y, sobre todo, a pasar del sueño a la vigilia y de la vigilia al sueño de forma casi instantánea.

—En tiempo de guerra un soldado ha de adquirir el hábito de despertar al instante cuando suena la alarma —explicaba Fénix—. Pero también ha de aprender algo aún más difícil: a dormirse en cualquier momento y lugar cada vez que le surja la ocasión, pues un soldado nunca sabe cuándo podrá volver a descansar.

La tercera guardia. La mejor hora para sorprender desprevenido a un enemigo.

—Es cuando el cuerpo se encuentra más frío y entumecido, y la voluntad y la astucia están en su momento más débil. Por eso, cuando seas rey y te corresponda mandar a tus hombres en la guerra, al menos cada dos noches debes levantarte y vigilar a tus centinelas de la tercera guardia. Así les darás ejemplo y no se dejarán sorprender por el enemigo.

«Cuando seas rey». ¡Qué sarcástico sonaba aquello ahora!

Perseo aguzó el oído. No era raro escuchar pasos nocturnos en palacio. Normalmente sonaban sordos y graves, *tump, tump*, pies descalzos sobre las losas: criados que visitaban la bodega a hurtadillas, o que acudían a otras estancias siguiendo el reclamo de Afrodita. Otras veces eran más rápidos y crujientes, *cris, cras, cris, cras*: pisadas de perros que se movían buscando un rincón más cálido en invierno o más fresco en verano. Y también estaba el correteo casi inaudible de las ratas, *rip, rip, rip, rip*.

Pero los pasos que se oían junto a la alcoba de Perseo no sonaban de la forma habitual. Ni correspondían a pies descalzos, ni se molestaban en ser sigilosos.

«Y además, ya no estás en palacio», recordó. Era su tercera noche en aquella casa, una antigua propiedad de la abuela de Perseo.

Las imágenes de tres días antes volvieron a desfilar por su memoria, rápidas y dolorosas como una cuchillada traicionera en los riñones.

Desde el amanecer de aquel día, el último que habían pasado en palacio, los heraldos Taltibíadas habían recorrido las calles de Esparta explicando a todo el mundo algo que a esas alturas incluso los sordos sabían. Los éforos, cumpliendo una tradición secular, se habían retirado al santuario de Ino Pasífae, junto a la costa del golfo de Mesenia. Allí uno de ellos, Alcámenes, había observado una estrella fugaz que, por su trayectoria y la región del cielo que había surcado, indicaba que el rey Euripóntida había cometido un sacrilegio o una falsedad. Desde ese momento, el mandato del rey quedaba suspendido, mientras una legación enviada a Delfos consultaba al dios Apolo para aclarar las dudas. El dictamen de la Pitia había coincidido con el testimonio del anciano Isanor, que había servido como éforo el año en que nació Damarato. Isanor había declarado que el rey Aristón, al recibir la noticia de que había tenido un hijo, tras echar cuentas con los dedos había declarado: «No puede ser mío».

Por todo eso, concluían los Taltibíadas, un tribunal formado por los éforos, el consejo de ancianos y el rey Cleómenes había depuesto a Damarato —cuyo padre no nombraban a continuación de su nombre, puesto que no se sabía a ciencia cierta quién era—, para designar en su lugar a su primo Latíquidas, hijo de Ménares, de la casa de los Euripóntidas.

Esos mismos heraldos se presentaron a media mañana ante las puertas del palacio para comunicarles que debían desalojarlo. Los acompañaba el mismísimo Latíquidas, rodeado por su corte de allegados y con una odiosa

sonrisa de oreja a oreja. Tuvo que ser Perseo quien acudiera a recibirlo al zaguán, pues su padre se había encerrado en su cámara y se negaba a saber nada de nadie.

—No te preocupes, joven Perseo —le dijo Latíquidas—. No tenéis por qué apresuraros. Me doy por satisfecho con que el palacio esté libre mañana al amanecer.

¡Mañana al amanecer! Sin esperar respuesta a sus cínicas palabras, el usurpador se dio la vuelta y se alejó seguido de su cohorte. Por suerte, los preparativos de la mudanza ya llevaban unos días en marcha. Ferenice, más práctica que su hijo, se había encargado de ellos. Aunque el honor de la abuela de Perseo se hallaba tan en entredicho como el de Damarato, la anciana no había perdido ni la calma ni el sentido práctico.

—La vida continúa —le comentaba a Perseo, mientras ordenaba a los criados que recogieran y empaquetaran todos los muebles, vajillas y vestidos que pertenecían a la familia y no al palacio Euripóntida—. No digas de nadie que es feliz ni desgraciado hasta el día de su muerte.

Por mucho que Ferenice tratara de sonreír, sus palabras no podían disimular que su estado de ánimo era tan lúgubre como el del resto de los que pronto pasarían a ser exmoradores del palacio. Damarato seguía encerrado en su andrón, como si el traslado no fuese con él. Nabis no se había presentado en ningún momento, alegando deberes de la *agogé*; probablemente los hombres del paidónomo no le habían concedido permiso, ahora que su familia había caído en desgracia.

En cuanto a la madre de Perseo, se había marchado la noche anterior, tras una discusión con su esposo tan acre que sus gritos atravesaban las gruesas puertas de roble.

—¡Qué vergüenza! Siempre sospeché algo así.

Tras unas palabras ininteligibles de Damarato, ella respondió:

—¡Y pensar que por dos veces dejé que me mancharas el vientre con tu simiente!

Una nueva réplica inaudible de Damarato dio lugar a una sarta de gritos e insultos de Pércalo, que terminó su retahíla exclamando:

—¡Me voy con mi hermano! ¡No quiero volver a verte nunca, ni a ti ni a tus malditos hijos!

Perseo, que creía que a esas alturas de su vida las palabras de su madre ya no podían herirlo, se había alejado corriendo para refugiarse en su propia alcoba y llorar. Ni siquiera se había enterado del momento en que Pércalo se marchó con dos carros cargados de baúles y ánforas y con sus sirvientes personales.

Después, cuando el sol llevaba una hora escondido al otro lado de las montañas, los demás salieron del palacio donde Perseo había pasado toda su vida, en una pequeña procesión formada por la familia, quince sirvientes y algunas bestias de carga. Los criados que pertenecían al palacio se quedaron allí, así como los guardias reales, que ahora dependían de Latíquidas. Algunos de aquellos sirvientes y soldados se despidieron de ellos con pesar, pero muchos otros se cruzaron de brazos y levantaron la barbilla al verlos pasar, como si fueran vulgares advenedizos. Merced a la insistencia de Ferenice, Damarato había salido por fin de su andrón, pero caminaba con pasos rígidos, taciturno, la cabeza cubierta con el manto.

Abandonaron la mansión por la puerta de servicio, pues la calle del norte siempre se hallaba menos concurrida, incluso de día. Sin embargo, apenas habían avanzado unos pasos cuando se encontraron flanqueados por dos filas de hombres y mujeres que llegaron corriendo como fantasmas de entre las sombras y empezaron a gritarles improperios y a arrojarles coles y zanahorias podridas, y también nabos duros como piedras.

—¡Fuera! ¡Fuera de la ciudad, impostores! ¡Marchaos! ¡Fuera de Esparta!

Mientras trataba de proteger a su abuela con el cuerpo, Perseo escudriñó los rostros de aquella pequeña multitud. Había espartiatas allí, pero también periecos e incluso ilotas. A la luz de las antorchas que agitaban, sus rostros se veían contraídos con muecas de odio más propias de Gorgonas que de seres humanos, y se desgañitaban con tanta rabia al insultarles que les brotaban salivazos de la boca y a muchos se les quebraba la voz.

—¿Qué les hemos hecho, abuela? —preguntó Perseo, en susurros.

—Esta gente no viene de forma espontánea —respondió Ferenice, mirando al frente y sin acelerar el paso—. Es la última humillación de Cleómenes. No descansará hasta que nos vayamos de Esparta.

—¿Por qué? Ya no podemos hacerle nada.

—Lo hace por ti, Perseo. Cleómenes te teme a ti.

Ferenice trataba de mantener la dignidad, aunque, por la forma en que le

temblaba la barbilla, Perseo se dio cuenta de que estaba a punto de llorar. Ella, que cada vez que salía a pasear por las calles de Esparta recibía bendiciones y piropos, cuando no flores y pasteles y otros regalos, tenía que verse a sus años insultada y atacada por aquella chusma.

La ignominia empezó a convertirse en peligro físico cuando algunos de aquellos supuestos espontáneos se envalentonaron y empezaron a acercarse más para levantarles la túnica a las criadas o propinar patadas en el trasero a los sirvientes. Hubo un individuo que incluso se atrevió a aproximarse a Perseo enarbolando una estaca. Antes de que pudiera hacer nada con ella, Perseo le clavó el codo en la cara con tal fuerza que notó perfectamente cómo le aplastaba el tabique nasal y le removía los dientes. El agresor cayó al suelo fulminado, y sus compañeros comprendieron que era mejor apartarse unos pasos de Perseo; pero, a cambio, sacaron de debajo de sus mantos piedras y no ya verduras podridas.

«¿Este va a ser mi fin?», se preguntó Perseo. En lugar de una gloriosa muerte en combate embrazando el escudo y empuñando la lanza, ¿caer apedreado por una turba indigna y cobarde?

Fue en ese instante cuando una corneta anunció la llegada de los guardias reales. No los de la casa Euripóntida, sino los de la dinastía Agíada. No eran demasiados, tan solo veinte, pero cuando empezaron a varear con las lanzas a uno y otro lado de la calle sin molestarse en mirar a quién golpeaban con la punta o la contera, la jauría de lobos agresivos se convirtió de repente en un rebaño de ovejas que huyeron despavoridas como si hubieran oído los alaridos del dios Pan.

—Qué detalle de Cleómenes —comentó irónica Ferenice—. Primero envía gente que nos ataque y después manda guardias para que nos protejan.

Pero no había sido iniciativa de Cleómenes. Era Leónidas en persona quien marchaba al mando de aquellos hombres. El hermanastro de Cleómenes se inclinó ante Ferenice y también ante Damarato, que ni siquiera en ese momento se descubrió la cabeza.

—Yo mismo os escoltaré hasta vuestro destino —dijo Leónidas—. Sería una vergüenza y una deshonra para Esparta que quien ha reinado casi veinte años con dignidad tenga que sufrir el acoso de gentuza sin honor.

Perseo miró de reojo a su padre. Al ver que se limitaba a apretar aún más los labios, pensó que tenía que ser él quien contestara en nombre de la familia. Pero su abuela se le adelantó.

—Gracias, Leónidas. Eres un hombre noble. Siempre he pensado qué gran rey serías.

Leónidas se rio, y la punta de su barba se columpió al son de sus carcajadas.

—¡Rey, yo! —exclamó y, tomando del codo a Ferenice para acompañarla, añadió—: ¿Tan mal me quieres que deseas imponerme esa carga? —Después se volvió hacia Damarato y agregó—: Quizás ahora descubras los placeres que puede ofrecerle la vida a un simple espartano.

—Nosotros no somos espartanos —replicó Damarato, decidiéndose a hablar por fin—. Somos Heráclidas. No lo olvides.

Leónidas miró a Perseo, enarcando las cejas como si dijera: «¡Cómo se las gasta tu padre!». Después, a un gesto suyo, toda la comitiva se puso en marcha hacia la nueva morada del rey destronado y de su familia.

De todo lo que se había dicho aquella noche, las palabras que resonaron ahora en la mente de Perseo fueron las de su abuela. «Es por ti, Perseo. Cleómenes te teme *a ti*».

Pues los pasos que se escuchaban fuera de su alcoba sonaban acompañados por otros ruidos más alarmantes: el tintineo de anillas de metal en los talabartes, el roce del bronce y el hierro contra cuero.

Hombres armados en el exterior de su puerta. Con antorchas, a juzgar por el olor a resina que se colaba por el quicio.

Al parecer, el rey había decidido que no bastaba con enviar chusma provista de nabos y repollos.

Perseo se levantó del jergón de un salto, se apresuró a coger el cinturón que había dejado sobre el arcón y se ciñó la túnica, recogiéndola un poco para dejar libertad de movimiento a las piernas.

La puerta se abrió con un gemido de óxido. En el vano se dibujó una silueta cuadrada, con una lanza en la mano derecha y una tea en la izquierda. Al entrar, el desconocido se desplazó a un lado para hacer hueco a los que lo seguían.

«Vienen a matarme», comprendió Perseo.

Tal como temía su abuela, a Cleómenes y al usurpador Latíquidas no les bastaba con arrebatarles el trono a su padre y a él la herencia. Era mucho mejor eliminar a Perseo y evitar que algún día tratara de desquitarse. Los

usurpadores de las historias siempre procuraban hacer lo mismo con los legítimos herederos: Pelias lo había intentado con Jasón y la intrigante Medea, con el joven Teseo.

¿Pensaban asesinar a su padre también? Si lo intentaban, no iban a encontrar mucha resistencia. La vergüenza y el rencor ya lo estaban matando en vida. Al llegar a aquella casa se había vuelto a encerrar en sus aposentos y, dentro de estos, en una prisión incluso más pequeña, la de su cabeza y su obstinado silencio.

«Yo no soy mi padre», se dijo Perseo, apretando las mandíbulas y los puños.

A la luz de las llamas, contó a los intrusos. Seis. Todos mayores que él, aunque no debían de llegar a los treinta años. Llevaban corazas de lino sobre las túnicas rojas y los escudos colgados a la espalda. Dos de ellos iban armados con lanzas y los otros cuatro, que permanecían detrás, solo traían espadas. Aunque por el momento no las habían desenvainado, tenían las manos apoyadas sobre los pomos redondos.

Ninguno llevaba yelmo.

Un exceso de confianza del que se iban a arrepentir.

El soldado de la antorcha apuntó con la lanza hacia el pecho de Perseo.

—Por orden de…

Perseo no aguardó un segundo más. «Al empezar una pelea, no tantees al enemigo. ¡Aniquílalo!». Saltando por encima del jergón, extendió ambas manos hacia la lanza del intruso y la agarró justo por debajo de la punta de hierro. El otro hombre, por instinto, aferró el astil para evitar que Perseo se la arrebatara de un tirón y, al hacerlo, dejó caer la tea al suelo.

Perseo hizo lo contrario de lo que su rival se esperaba: en lugar de tirar, empujó para desequilibrarlo. Al mismo tiempo apoyó la maniobra con una patada dirigida a la rodilla que su adversario tenía adelantada. Puso en el golpe todas sus fuerzas y su peso, y como recompensa notó cómo la rodilla del otro cedía hacia dentro con un crujido.

Una fracción de segundo después Perseo, ahora sí, dio un salvaje tirón de la lanza y la arrancó de las manos de su dueño. Apenas notó el arma en su poder, invirtió el movimiento en un rápido vaivén y golpeó al intruso en la frente con la contera de bronce en forma de manzana. Sin esperar a

comprobar los efectos, se apresuró a girar el arma para impactar con fuerza contra la lanza del otro soldado y apartar de sí la punta de hierro.

En realidad, todo había ocurrido tan rápido que el segundo lancero ni siquiera intentó mover su arma; o quizá no esperaba una respuesta tan agresiva de la supuesta víctima desarmada a la que venían a sacrificar.

Aquel no era un duelo como el que Perseo había librado con Bagabigna: no tenía la protección del escudo, pero tampoco su impedimento. Con un nuevo molinete de la lanza descargó un tremendo varazo en la sien del segundo intruso, que se tambaleó y medio se desplomó con una rodilla en tierra. Perseo se abalanzó sobre él y terminó de derribarlo con una patada en el pecho que habría arrancado de sus goznes una puerta de roble.

Quedaban cuatro rivales en pie. El más rápido de ellos ya había conseguido desenfundar la espada, pero cuando Perseo lo hirió en el antebrazo con el filo de la moharra, los dedos se le abrieron sin fuerza y soltaron el arma. A los otros tres los atacó con el astil, derecha-izquierda-derecha-izquierda, a toda velocidad, como si usara un cayado, empleando las técnicas que le había visto a Bagabigna.

Para su desgracia, el primer rival, al que había descuajaringado la rodilla, no había quedado del todo fuera de combate y golpeó a Perseo en la corva con la contera de su lanza. A Perseo se le dobló la pierna y perdió momentáneamente el equilibrio. Cuando trató de volverse, otro de los atacantes lo golpeó en la oreja derecha con el pomo de su espada. Perseo vio destellos por un segundo y oyó un pitido penetrante. «Si caigo al suelo, estoy perdido», pensó. Era otra de las máximas de Fénix. «Nunca caigas al suelo. Y si tu enemigo cae, machácalo a patadas, con la lanza o con una piedra. ¡Que no se levante!».

Mientras Perseo trataba de defenderse de tres ataques frontales y simultáneos, el soldado que lo había golpeado con la contera se arrojó sobre su espalda con todo su peso y le rodeó el cuello con un brazo. Perseo intentó zafarse de él, pero ya estaba desnivelado y bastó con que otro de sus atacantes le tirara del brazo para caer de bruces.

Incluso así, se resistió desde el suelo como un león acorralado. Boca abajo y con el peso de su adversario sobre la espalda, apoyó ambas manos en el suelo y estiró los brazos para levantarse.

—Quieto, chaval.

Oyó la voz al mismo tiempo que sentía la punta de una espada entre la oreja y la mandíbula, apretando lo suficiente para rasgarle la piel y hacer que una gota de sangre resbalara por su cuello.

Perseo se detuvo a media flexión. El hombre que estaba sobre su espalda se quitó de encima, pero le apoyó la lanza en la nuca. Perseo comprendió que iba a morir así, de bruces, como una res ante el altar del sacrificio.

—No seas idiota, Perseo —dijo el soldado que lo amenazaba con la espada—. Por muy bueno que creas ser, no hay ningún guerrero sobre la faz de la tierra que pueda vencer a seis adversarios. ¿Tengo que recordártelo?

*—Eres valiente, pero estás loco. Nadie puede vencer a seis adversarios.*

Perseo tuvo un recuerdo fugaz. Nunca había olvidado su única visita al campamento de la *agogé*. Todavía no había cumplido los diez años cuando un día se escapó del palacio para ir a ver a su hermano. Se lo había encontrado en un trance más que delicado: seis muchachos que tenían doce o trece años le habían hecho orinar en el suelo, y ahora le estaban retorciendo los brazos y tirándole de las orejas para obligarlo a tirarse sobre el charco que él mismo había formado y revolcarse en él.

Sin preguntar nada, Perseo se había lanzado sobre aquellos chicos convertido en un torbellino de puños y piernas. Pese a que eran mayores que él y, obviamente, más numerosos, se las había tenido tiesas durante un rato y les había ensangrentado la cara a casi todos. Pero había terminado en el suelo, boca abajo e inmovilizado como estaba ahora, mientras dos de ellos le pisaban la espalda. Finalmente, le habían dejado marchar, no sin una buena paliza que se sumó a la tunda que le dio Hipólito a su regreso por haber escapado de palacio.

—¿Fuiste tú? —preguntó ahora Perseo.

—Fui yo —contestó el soldado de la espada—. Sigues siendo igual de valiente e igual de estúpido. Pero eso lo vamos a arreglar de una vez.

—¿A qué esperáis? ¡Matadme de una vez!

En lugar de hincarle sus armas, dos de sus agresores lo agarraron por los brazos para retorcérselos a la espalda y atárselos. Otro le tiró del pelo para obligarlo a levantarse. Perseo ahogó un gruñido de dolor.

—¿Ves, niñato? Si llevaras el pelo rapado como corresponde a tu edad, no

podríamos tirarte de él.

Era el soldado al que había golpeado en la rodilla. Al advertir que cojeaba de forma evidente, Perseo se volvió hacia él, apretando los dientes, y le preguntó:

—¿Qué tal tu pierna?

—Ya quisieras haberme hecho daño.

—Si no te ha dolido, no te importará que te patee la otra rodilla.

—Silencio —ordenó con voz seca el hombre de la espada, el mismo con el que se había peleado siendo niño.

A empujones, lo sacaron de su alcoba. Tras cruzar un corto pasillo, salieron a un patio aledaño a la puerta de la calle. Allí había más hombres armados. Diez, contó Perseo. Lo que suponía dieciséis en total. Habían enviado dos pelotones a por él. Los acompañaban cuatro ilotas que portaban antorchas para iluminar al grupo.

Perseo levantó la mirada hacia el segundo piso. Asomados a la galería de madera que rodeaba el patio encontró rostros conocidos. Los criados de su familia lo observaban todo con aquellos gestos planos y grises tan propios de los ilotas, aunque un par de sirvientas se estaban enjugando lágrimas de los ojos.

Dos de los criados se apartaron a un lado y entre sus cabezas apareció la de Ferenice. Traía el cabello cubierto, lo que hizo esbozar a Perseo una sonrisa de tristeza. A pesar de sus años, su abuela era tan coqueta que jamás habría permitido que nadie la viera despeinada al levantarse de la cama.

—¿Quiénes sois? —preguntó Ferenice.

—Mi nombre es Trasilao, hijo de Filolao, señora —respondió el oficial del grupo.

Así que aquel era el jefecillo de los matones que habían intentado abusar de Nabis y le habían propinado una paliza a él. Perseo apuntó el nombre. Tarde o temprano, le daría una lección.

Si seguía con vida, claro estaba.

—¿A qué habéis venido?

—Cumplimos órdenes del noble paidónomo Amonfareto.

—¿Y qué órdenes son esas que os traen a nuestra casa en la noche?

—Está claro lo que han venido a hacer —masculló Perseo, mirando de reojo a Trasilao. De los seis hombres con los que había luchado Perseo, él era el único que había salido libre de contusiones. De los otros cinco, uno cojeaba, dos se tambaleaban y otros dos mostraban rasguños y moratones.

—No hemos venido a matarte, mozalbete —dijo Trasilao.

Pese a las ligaduras que le apretaban las muñecas, Perseo hinchó el pecho y enderezó los hombros para aprovechar que le sacaba media cabeza a aquel oficial.

—Háblame con respeto. Soy hijo del legítimo rey Damarato y nieto del difunto rey Aristón.

—No es eso lo que ha decidido el tribunal —respondió Trasilao—. Ahora vendrás con nosotros.

Perseo levantó la mirada. Ya no se veía a su abuela asomada a la balaustrada. ¿Se habría escondido para no soportar aquella vergüenza?

Volvió a mirar a Trasilao.

—¿Y por qué habría de ir con vosotros?

—Por obedecer la ley.

—¿Qué ley es esa, que os hace entrar en mi casa en plena noche como ladrones de gallinas?

—¿Tu casa? —Trasilao soltó una carcajada y escupió a través del hueco de un incisivo que le faltaba.

Perseo recordó algo más y sonrió.

Ese diente se lo había arrancado él de un codazo aquel día.

—Tú no tienes casa —insistió Trasilao—. No eres nada más que una boñiga seca y seguirás siendo una boñiga seca hasta que te convirtamos en un hombre, como hicimos con tu hermano.

—Desátame y te demostraré si ya soy un hombre o no cuando te rompa el resto de los dientes.

Una mueca de odio cruzó el rostro del oficial, que levantó la mano un instante como si fuera a golpear a Perseo, pero se contuvo.

—Olvídate de tus privilegios, Basilisco —masculló—. Ahora que tu padre

no es rey, tú ya no eres nadie.

Entre los demás soldados se oyeron risas apenas camufladas. Perseo se indignó. Basilisco, lo había llamado. «Reyecito».

—¿Que no soy nadie? ¿Acaso no recuerdas que combatí en nombre de toda Esparta?

Apenas las palabras brotaron de su boca, Perseo comprendió su error.

—Y fuiste derrotado —replicó Trasilao—. Humillado. ¿Y sabes por qué?

Perseo rechinó los dientes.

—No, pero seguro que tú me lo vas a decir.

—Por tu soberbia —dijo Trasilao—. Por pensar que un individuo solo puede combatir y ganar la gloria para la ciudad. Pero pronto olvidarás todo eso y comprenderás cuál es tu puesto y que solo vales lo que vale un ladrillo de adobe en una pared.

—¿Qué quieres decir?

—Que te vienes con nosotros. Si pretendes ser espartano de verdad, tendrás que pasar por lo que hemos pasado todos.

Y solo entonces Perseo comprendió.

Once años después de separarlo de su hermano, se lo llevaban por fin a la *agogé*.

Y algo en la mirada de Trasilao le decía que no iba a ser para bien.

Ya estaban fuera de la casa cuando se oyó la voz de Ferenice detrás de ellos.

—¡Esperad! ¡Quiero hablar con mi nieto!

Trasilao hizo un gesto y los hombres que rodeaban a Perseo se detuvieron. El oficial se volvió hacia Ferenice, que acababa de salir por la puerta de la casa y caminaba hacia ellos apoyándose en su bastón. La anciana llevaba bastantes días quejándose de dolores en la cadera derecha, y para empeorar sus achaques aquella casa era mucho más húmeda que el palacio.

—Señora, este mozo pertenece ahora a la *agogé*. No tiene familia —contestó Trasilao, acariciando el pomo de su espada.

Ferenice se acercó a él. La empuñadura de su bastón, la cabeza de un caballo tallado en marfil, sonó *tap, tap, tap* en la coraza de lino del oficial.

—Jovencito, si te atreves a amenazarme, te rompo los dientes que te quedan sanos. Ahora, quita de en medio y déjame hablar con mi nieto.

La voz y el porte de Ferenice eran los de una persona que no concebía que sus órdenes pudieran ser desobedecidas. Hasta aquel día nunca lo habían sido. Ahora, sin embargo, Perseo observó alarmado que el oficial estaba a punto de responderle con aspereza.

Comprendió que lo que había dicho Trasilao era verdad. «Ya no somos nadie».

Finalmente, el oficial se apartó un poco e indicó con una señal a sus hombres que hicieran lo propio. Ferenice les hizo un gesto con la mano, «Más atrás, atrás», y todos ellos se separaron unos pasos.

La anciana apoyó la mano en la mejilla de su nieto y trató de sonreír, aunque tenía los ojos empañados.

—No desesperes, Perseo.

Él trató de mantenerse impasible, pero el contacto de aquella mano, más áspera y seca que cuando lo acariciaba de pequeño, le puso un nudo en la garganta.

De niño habría dado cualquier cosa por ir a la *agogé*, se dijo. Ahora, sin embargo, tenía miedo de lo que pudiera esperarle allí. De pronto iba a tener que compartir su vida con decenas, cientos de personas. Iba a ser uno más.

—Los dioses han trastocado tu destino de golpe, Perseo —dijo su abuela —. Todo lo que creías tener se ha escurrido entre tus dedos como si fuera arena. Eso es lo que sientes ahora, ¿verdad? —Perseo asintió—. ¿Sabes una cosa? A mí me ocurrió lo mismo cuando tenía tu edad. Y sobreviví.

—Sé que me quieres consolar, abuela. Pero tu destino cambió para mejor. El mío no.

—Yo iba a ser la esposa de un ciudadano y me casé con un rey. Tú ibas a convertirte en rey y ahora serás un ciudadano. Eso es cierto. Y, sin embargo, ¿quién puede decir cuál es el mejor destino? Quizá yo habría sido más feliz con mi vida anterior y quizá tú lo seas con la vida que te espera.

Perseo agachó la cabeza. No quería contradecir a su abuela.

—No crees lo que te digo, ¿verdad, Perseo?

Él meneó la cabeza, mirando al suelo.

—Me resulta difícil hacerlo, abuela.

Ferenice le levantó la barbilla.

—¿Sabes que mi padre, tu bisabuelo, tuvo como huésped a Solón? Era ateniense, pero tan sabio como ese Quilón del que tanto alardea tu madre. ¿Has oído hablar de Solón?

Perseo asintió. El nombre le sonaba familiar.

—Solón le contó a mi padre una historia que luego él narró a menudo a sus invitados. Esa historia siempre me ha impresionado, pero no había querido contártela hasta que llegase el día adecuado para ello.

—¿Y ese día es precisamente hoy?

Perseo observó de reojo a Trasilao, que golpeaba el suelo impaciente con la puntera del pie derecho. Ferenice torció el cuello un instante para fulminar al oficial con la mirada y después procedió con su relato.

—Había un rey en Lidia que se llamaba Creso. Vivía en un palacio en el que habrían cabido diez como el nuestro y era el hombre más rico de Asia, que es como decir de todo el mundo. Cuando el sabio Solón, en uno de sus muchos viajes, fue a visitarlo, Creso le enseñó las estancias de su palacio, sus caballerizas, sus fincas y las cámaras de su tesoro. Después le preguntó: «Tú que has visto mucho mundo, Solón, ¿a quién consideras el hombre más feliz del mundo?». ¿Qué respuesta crees que esperaba el rey de Lidia?

—Que el hombre más feliz era él, por supuesto.

Perseo no entendía muy bien a qué venía aquella historia. Pero gracias a ella podía seguir unos minutos más con su abuela.

De pronto sintió un escalofrío. ¿Y si, por el motivo que fuera, jamás volvía a verla? Podía resignarse a no ver nunca más ni a su padre ni a su madre, pero a su abuela o a Nabis…

Ferenice prosiguió con su relato:

—La contestación de Solón fue: «Si me preguntas por el hombre más feliz del mundo, te diré que Telo de Atenas». «¿Por qué?», quiso saber Creso, y Solón le respondió: «Telo vivió en una ciudad próspera, tuvo hijos honrados que llegaron a mayores y que le dieron nietos. Y después murió en combate contra los enemigos de la ciudad y los atenienses lo sepultaron con exequias públicas».

»Picado en su amor propio, Creso le preguntó de nuevo: “¿Y quién es el segundo más dichoso del que tú tengas constancia?”.

»“De hecho, son dos —replicó Solón—. Los gemelos Cleobis y Bitón, dos atléticos jóvenes de la ciudad de Argos”.

—¿De Argos? —preguntó Perseo, incrédulo.

—Sí, Perseo —respondió su abuela—. Incluso en esa vil ciudad puede encontrarse virtud. Pero no me interrumpas y sigue escuchándome.

»La madre de esos gemelos, que era la sacerdotisa de Hera, debía subir al santuario de la diosa en un pesado carro tirado por bueyes. Pero, como los animales no aparecían por ninguna parte, el festival se retrasaba. Ni cortos ni perezosos, los dos gemelos se uncieron al yugo y arrastraron el carro durante casi diez kilómetros para llevar en procesión a su madre. Ella, orgullosa de sus hijos, pidió a Hera que les otorgara el don más preciado que se puede dar a un hombre. ¿Y qué crees que les concedió la diosa?

Perseo pensó en los dones que Hera, Afrodita y Atenea habían ofrecido a Paris a cambio de su voto en el infausto certamen de belleza que causó la ruina de Troya.

—¿Riquezas? ¿Bellas mujeres? ¿Ser invencible en combate?

—Nada de eso, hijo mío. Tras su esfuerzo, Cleobis y Bitón se tumbaron a descansar en el santuario y ya nunca despertaron.

Perseo frunció el ceño.

—¿Murieron? ¿Ese fue el don que les otorgó Hera? ¿La muerte?

—Exactamente.

—¿Qué clase de don es ese?

—Piénsalo. ¿Comprendes ahora por qué Solón le dijo a Creso que esos tres hombres habían llevado vidas dichosas y, sin embargo, no lo puso a él como ejemplo de felicidad a pesar de sus incontables riquezas? —Perseo sospechaba la respuesta, pero no quería reconocerla, así que meneó la cabeza —. Porque estaban muertos —continuó su abuela, y recalcó—: Muertos y bien muertos. Ya no les podía ocurrir nada malo. En cambio, el todopoderoso Creso que se creía tan feliz fue derrotado en la guerra por Ciro el persa. Él, antaño tan orgulloso, acabó sus días humillado y convertido en siervo del Gran Rey.

—No sé si comprendo la moraleja, abuela.

Ferenice se volvió hacia Trasilao y le hizo un gesto entre el pulgar y el índice para que esperara un instante más. Después se dirigió de nuevo a su nieto y le revolvió el pelo con ternura.

—Sí la comprendes. Los dioses nos reparten a todos bienes y males, a unos más que a otros. Pero el que sufre los golpes más duros puede acabar sus días con tal brillo que todos lo consideren feliz al resumir su vida. Por otra parte, aquel al que siempre ha sonreído la fortuna puede sufrir un revés tan repentino y espantoso que en un solo día destruya el sentido de su misma existencia.

»Quizás, si te hubieras convertido en rey, habrías pasado a los anales como un soberano nefasto. Ahora te has salvado de ese posible destino. En cambio, ¿quién sabe cómo terminará sus días el soberbio Cleómenes, que se cree por encima de los dioses?

»Pero tú, que ya no vas a ser rey, tienes ahora la ocasión de convertirte no solo en un espartano de verdad, sino en el mejor de los espartanos.

—El mejor de los espartanos —murmuró Perseo, una vez que su abuela volvió a entrar en la casa y la puerta se cerró tras ella.

—El mejor de los espartanos —repitió Trasilao en tono mordaz, acercándose a él—. Estás tan lejos de eso como una babosa de escalar el Olimpo, jovenzuelo.

Perseo entrecerró los ojos. Los soldados de los dos pelotones lo habían rodeado.

—Podréis engañar a mi abuela, pero a mí no. Si vais a matarme, por lo menos hacedlo un poco más lejos de mi casa. Que ella no tenga que ver la sangre al despertarse.

—No eres tan importante como para que hayamos venido a matarte, Basilisco.

Trasilao hizo un gesto a dos de los hombres a los que había vencido Perseo, el que cojeaba y el que había recibido la patada en el pecho. Uno de ellos usó el filo de su lanza para rasgar la espalda de la túnica de Perseo, con tanta precisión como si empuñara una navaja. El otro se sacó del cinto un vergajo retorcido.

—Ahora, tú que quieres ser el mejor de los espartanos, vas a recibir la

primera lección para convertirte en uno de nosotros.

—¿Y cuál es esa lección, si puede saberse?

—Disciplina —masculló Trasilao y, dirigiéndose al soldado de la fusta, ordenó—: ¡Quince azotes!

Después del castigo lo llevaron hacia el norte. Los barracones para los jóvenes del grupo de edad de Perseo se hallaban más alejados de la ciudad que los que él había visitado de niño, cuando se escapó para buscar a su hermano. A los meleirenes, los que estaban en el último año antes de convertirse en soldados, los tenían apartados del resto. Durante los demás años de la *agogé*, los niños y adolescentes mantenían algo más de relación con sus familias y disfrutaban de permisos según el calendario de fiestas. Pero en el último, antes de convertirse en soldados, los meleirenes permanecían prácticamente apartados del resto de la sociedad. Por eso, en los últimos meses, Perseo había visto menos que nunca a Nabis. O eso creía. Nunca llegaría a conocer la verdadera y siniestra razón.

Los barracones estaban construidos sobre una suave ladera. Eran dos edificios paralelos y alargados, unidos en su parte oeste por otro más corto, mientras que por el este se abrían mirando al Eurotas, de modo que todo el complejo tenía forma de U orientada hacia la salida del sol. Estaban levantados en paredes de adobe que una cuadrilla de ilotas, provistos de escaleras, andaban enjalbegando ya a esas horas de la mañana.

Pasaron por la abertura de la U a un patio de suelo de arena, rodeado por sendas galerías con escaleras de madera cada pocos pasos que daban acceso a los barracones. Sobre las puertas laterales colgaban placas de terracota con relieves de escenas mitológicas y letras que identificaban las unidades.

La actividad ya había empezado en el patio. Se veían pelotones que salían de sus dormitorios y formaban delante de las puertas; algunos jóvenes vestían túnicas, otros venían en taparrabos y unos cuantos se colocaban en las filas directamente desnudos. Entre ellos pasaban ilotas afanados en diversas tareas, llevando cestas y escudillas de aquí para allá o rastrillando la arena del patio.

Trasilao hizo un gesto a sus hombres, que se detuvieron a la entrada de la U clavando el paso en el sitio. Cuatro meleirenes con cara de sueño salieron a su encuentro. Como todos los demás, llevaban el cabello muy corto salvo por una fina trenza detrás de la oreja derecha.

Perseo esperaba ser recibido por alguien con autoridad. Tal vez el mismo

Amonfareto, al que había visto infinidad de veces en palacio y con el que había conversado a menudo, aunque no podía decir que le resultara simpático. Al parecer, tendría que conformarse con aquellos meleirenes. Los jóvenes se cuadraron delante de Trasilao y se golpearon el pecho con la mano derecha, gesto al que el enomotarca no se dignó contestar.

—Aquí os dejo el paquete —se limitó a decir—. Encargaos de él. Ya lo traemos ablandado, pero si veis que levanta una sola ceja no dudéis en macerarlo más.

Macerar parecía un buen término, considerando cómo le habían dejado las espaldas a Perseo. De niño sus preceptores le habían propinado sus buenas raciones de bofetadas y lo habían azotado con verdascas, por no hablar de la brutalidad del entrenamiento al que lo sometía Fénix. Pero nada le había resultado tan doloroso como los quince golpes de vergajo que acababa de recibir. Por más que había intentado apretar los dientes para no proferir un sonido, al final no había podido evitar gruñir de dolor.

—Cuando seas capaz de soportar esto sin inmutarte —le había dicho Trasilao—, y solo entonces, empezarás a parecerte a un espartano.

Mientras Trasilao y sus hombres se alejaban, dos de los meleirenes de guardia se acercaron a Perseo con intención de agarrarlo por los codos. Otro de ellos, el que estaba al mando de aquel turno de guardia, les dijo:

—Dejadlo. Seguro que sabe caminar solo. —Dirigiéndose a Perseo, añadió—: No vas a darnos problemas, ¿verdad, príncipe?

Perseo, que había apretado los puños, los relajó un poco. No estaba acostumbrado a que le pusieran las manos encima tantas veces, al menos sin que él se prestara a ello. Una cosa era recibir masajes y dejar que lo limpiaran con el rascador después del ejercicio, y otra que lo llevaran a tirones y empellones de un lado a otro como si fuera una res.

Aunque empezaba a sospechar que eso era lo que pretendían de él: convertirlo en una bestia sin cerebro ni voluntad.

El jefe de aquella patrulla de guardia le dijo que se llamaba Androcles y mostró al menos algo de respeto. Mientras acompañaban a Perseo a la barbería, le comentó:

—Vi tu combate contra ese persa. Peleaste bien. No tienes nada que reprocharte. Lo único que pasa es que él era mejor que tú.

«¿Te parece poco?», pensó Perseo, torciendo la boca de medio lado.

Dentro de la barbería, le hicieron sentarse en un escabel. Un ilota empezó a cortarle el pelo, dejándole solo un mechón detrás de la oreja derecha.

—Cuando tengas ese mechón un poco más largo, te lo podrás trenzar —explicó Androcles.

Androcles, que parecía del tipo parlanchín, le explicó que allí se alojaban únicamente los meleirenes, jóvenes en su último año de preparación. Cuando llegase el momento, se les sometería a un ritual cuyo nombre les estaba prohibido pronunciar, pero que todo el mundo pronunciaba *phouaxir*, una enigmática palabra que al parecer significaba «tiempo del zorro».

—Estamos divididos por batallones —prosiguió Androcles—. Pitana y Mesoa en el barracón norte, Cinosura y Amiclas en el sur y los de Limnas en el barracón central.

Mientras el *meleirén* hablaba, un ilota le trajo una escudilla con el desayuno. Androcles le dijo algo, y el sirviente se marchó y no tardó en aparecer con otra escudilla para Perseo. Este olisqueó el contenido. Era algún tipo de caldo negro hecho con sangre, vinagre y manos de cerdo. Espeso y sustancioso, aunque algo tibio para su gusto; pero dio buena cuenta de ello, ya que no sabía cuándo volvería a probar bocado.

—Vaya, amigo —dijo Androcles—. Se nota que hay que dar combustible a esos músculos. ¿Quieres repetir?

Perseo asintió. En su experiencia, la comida era energía, y esta última le iba a hacer falta para afrontar lo que pudiera ocurrirle a partir de ese momento.

—¿Estando tan cerca los batallones, no hay peleas entre ellos? —preguntó mientras devoraba una segunda ración.

—Aquí siempre hay peleas entre todo el mundo. Ya lo verás.

Cada batallón, añadió Androcles, se dividía en tres enomotías o secciones, y estas, a su vez, en cuatro pelotones. Se trataba de una estructura paralela a la del ejército, aunque faltaba una unidad intermedia, la compañía o *lókhos* entre el batallón y la enomotía. La razón, comprendió Perseo, era que cada batallón de meleirenes constaba de cien jóvenes a lo sumo, mientras que los batallones de verdad pasaban de mil quinientos soldados.

A estas alturas, ya habían terminado de cortarle el pelo, salvo la *trikha*, el

mechón de meleirén: germen de las futuras trenzas que lo señalarían como un guerrero espartano.

—… Si es que terminas lo que nos falta de *agogé*, que es lo más duro. —Androcles, dándose importancia, añadió—: No todo el mundo la acaba con vida.

Androcles debía de haber recibido alguna inspiración de los dioses cuando dijo aquello, pues un par de meses después moriría despeñado por un farallón del Taigeto.

Una vez rapado, llevaron a Perseo a una dependencia aneja, donde unos ilotas le pidieron, sin demasiado respeto, que les entregara la ropa que llevaba. A cambio le suministraron una túnica parda de tejido más áspero que la que le acababan de confiscar. La mayor diferencia estaba en las costuras, tan bastas y torcidas como si las hubiera cosido Polifemo después de perder su único ojo. El roce de aquellos gruesos hilos en la piel resultaba molesto, pero Perseo sospechaba que ese sería uno de los menores inconvenientes. También le dieron un capote de lana que parecía conservar a la vez el olor de la oveja de la que había salido y el de su anterior propietario. Para terminar, le entregaron un cinturón de cuero gastado y unas botas.

—Solo te las puedes poner durante el entrenamiento con armas —le explicó Androcles—. El resto del tiempo tienes que ir descalzo, como los demás. Estas son todas tus posesiones a partir de este momento. Ahora te llevaré con tu pelotón —concluyó.

Mientras cruzaban de nuevo el patio hacia el lado norte, Perseo miró en derredor. Los pelotones seguían formando, entrando y saliendo, y muchos de ellos recibían órdenes de sus jefes, meleirenes que se distinguían de los demás por los cinturones, más gruesos, y por unas cintas de diversos colores que llevaban en los hombros.

—¿No debería recibirme mi jefe de pelotón? —preguntó Perseo.

—Tu pelotón es… peculiar —respondió Androcles.

Cada vez reinaba más actividad, aunque todavía no se veía a adultos de verdad.

—¿No hay instructores para vigilaros? —quiso saber Perseo; aún no se adaptaba a usar la primera persona del plural.

—Oh, créeme, siempre estamos vigilados.

En la urna en la que había vivido, apartado de los demás, Perseo ignoraba que sobre un espartano, fuese de la edad que fuese, estaban siempre posados los ojos de los demás: sus iguales, sus superiores, sus inferiores, observando, comparando y juzgando en todo momento su conducta.

No tardaría en descubrirlo.

Subieron los peldaños del pórtico, cuyas tablas crujieron bajo el peso de Perseo, y se detuvieron ante una puerta. Sobre ella colgaba una placa de terracota. En la placa, bajo el nombre de Pitana y un rudimentario relieve del héroe Pólux, se veían pintadas en toscos brochazos las letras gamma y alfa.

—Este es tu pelotón, el Gamma Alfa. Conocido como Gea, «Tierra», para abreviar —anunció Androcles.

Había un joven sentado junto a la puerta, con la espalda en la pared y recogiendo los primeros rayos de sol. Sin levantar la mirada, dijo:

—No te preocupes, Androcles.

—¿Por qué iba a preocuparme?

El joven soltó una carcajada y dio un trago de un odre. Por el color del chorro, Perseo sospechó que más que agua asperjada con vino se trataba de lo contrario, vino casi sin aguar.

—El buey no está —comentó aquel joven. Tenía una voz limpia y hermosa, que Perseo reconoció. Lo había oído cantar no hacía mucho, como solista de un coro en las Jacintias—. Ha ido a librarse de toda la alfalfa que convierte en mierda por las noches. Ya sabes que es un animal de costumbres.

—¿Dónde está Nicanor? Tengo que entregarle a este peluso.

Perseo se enteró más tarde de que los jóvenes de la *agogé* utilizaban «peluso» como término despectivo que servía para todos aquellos que estuvieran por debajo de su grupo de edad. En el caso de los meleirenes, a punto de terminar la *agogé*, pelusos eran todos los demás.

A Perseo le sorprendió, no obstante, que Androcles, que hasta ese momento se había mostrado tan amable, se refiriera de repente a él con ese tono de superioridad. Era como si quisiera hacerse el duro ante el meleirén sentado en la puerta.

Allí había mucho de exageración y disimulo, comprendió. Recordando algunas cosas que le contaba Nabis en sus visitas a la familia, pensó que acaso la manera de sobrevivir en la *agogé* consistiese en fingirse más fuerte y duro

de lo que uno era en realidad.

Perseo apretó los puños y contrajo los músculos del torso antes de entrar. «Bien —se dijo—, aquí os vais a encontrar con alguien que no tiene por qué fingirse más fuerte de lo que es».

—No hace falta que me entregues a nadie —dijo, volviéndose hacia Androcles.

—Pero…

Perseo le puso la mano en el hombro y apretó. No tanto como para parecer hostil, pero sí para demostrar firmeza.

—Te agradezco tu recibimiento y tus explicaciones. Me las apañaré.

Androcles miró a los lados, tragó saliva ostensiblemente y se marchó a toda prisa.

—¿Quién es ese buey del que has hablado? —preguntó Perseo al muchacho sentado en la puerta—. ¿Por qué le tiene miedo Androcles?

—No tiene pérdida. En cuanto lo veas, lo sabrás.

El joven de la puerta se dignó levantar la mirada por fin. Tenía los ojos muy grandes y vivos, entre verdes y grises. Sus rasgos habrían podido ser hermosos, pero algo los estropeaba; una sutil asimetría difícil de captar a primera vista.

—Va a ser curioso cuando os conozcáis, Perseo.

—¿Sabes quién soy?

—¿Quién no sabe quién eres?

Perseo no dijo nada. Respiró hondo y entró por fin en la camareta.

«Estudia el terreno siempre que preveas que puede convertirse en un campo de batalla».

Desde aquel instante, dada su situación, la máxima de Fénix se aplicaba a cualquier lugar donde se encontrase, de modo que procuró fijarse bien en los detalles.

No había demasiados en los que reparar. La camareta era un rectángulo de unos diez pasos de largo por seis de ancho. Las paredes habían sido pintadas y repintadas de blanco de forma un tanto chapucera: en algunos lugares la pintura se caía a desconchones y en otros se veían a medio borrar las letras de

los mensajes obscenos que los últimos meleirenes habían dejado para sus sucesores. En el techo había un agujero cuadrado de ventilación y debajo de él, un pequeño hogar que no parecía haber albergado fuego desde hacía semanas. Desde luego, no olía a madera ni carbón quemados, como era de suponer que ocurriría en invierno; por el momento solo captó olor a humedad y a adobe bofado.

Y a gente. No podía decirse que fuera un hedor acre o insoportable, pero se notaban los efluvios del sudor y la respiración de otros flotando en un ambiente mal ventilado. Algo a lo que Perseo no estaba acostumbrado.

Por lo demás, el único mobiliario consistía en ocho jergones situados de forma simétrica, cuatro a cada lado. No eran más que tablas, amortiguadas —tal vez era mucho decir— por pieles de cabra cosidas entre sí que ya habían perdido buena parte de su pelo. Según le había explicado Androcles, la única ropa de cama era el mismo manto que le acababan de dar, y de almohada podía usar sus antebrazos o, simplemente, nada. «Dureza» parecía ser la palabra clave. Los lechos de las casas espartanas solían ser simples esterillas de junco sobre armazones de madera con correas de cuero tensadas; pero incluso eso les parecía demasiada molicie a los instructores de la *agogé*.

Al menos, pensó Perseo, a eso estaba bien acostumbrado gracias a Fénix.

Ninguno de los camastros parecía estar libre. Tres se encontraban ocupados por sus dueños y sobre los otros cinco se veían botas o capotes como marca de propiedad.

Perseo observó a sus nuevos compañeros. Dos de ellos se limitaban a vegetar en sus jergones, tendidos boca arriba con los brazos doblados detrás de la cabeza. El tercero se dedicaba a hacer flexiones contándolas en voz alta: «Ochenta y tres, ochenta y cuatro, ochenta y cinco…».

Había un cuarto meleirén en la camareta, algo más apartado. Se hallaba pegado a la pared del fondo, acurrucado en el suelo. Perseo sospechó que la razón de que estuviera allí no era que las tablas le pareciesen demasiado blandas y prefiriese tumbarse en las losas.

Los dos que estaban boca arriba se sentaron para ver quién era el recién llegado. El joven de las flexiones se enderezó gateando con las manos y se acercó a él. Llevaba la túnica enrollada a la cintura, obviamente para exhibir los músculos del abdomen y el torso. Era alto y se le veía en espléndida forma física, pero no tanto como para preocupar a Perseo, que le sacaba diez centímetros y cerca de quince kilos.

—Te has equivocado de camareta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Perseo.

—Aquí no tenemos sitio. ¿Es que no lo ves? —dijo el joven, señalando los camastros ocupados por calzado y ropa.

—No tengo ningún interés en compartir este antro con vosotros, pero es el que me han asignado. Me da igual dormir en el suelo hasta que me traigan una cama.

—«Hasta que me traigan una cama» —repitió el otro, abriendo mucho los ojos y ahuecando la voz. Después extendió el brazo y clavó los dedos dos veces en el pecho de Perseo—. Ya no estás en tu palacio, reyecito. ¿Es que no te has enterado?

Perseo se quedó observando los dedos del joven, sin decir nada. Después lo miró a la cara. Fue suficiente para que el otro retrocediera un paso.

—No tienes por qué pedir una cama, Perseo. Desde que Sapo murió de un golpe de calor tenemos una libre.

Perseo se volvió. El muchacho de la puerta se había decidido a levantarse y entrar en la camareta. Solo entonces se dio cuenta Perseo de que cojeaba de forma ostensible. Su pierna derecha era más corta que la otra y el pie se torcía para dentro. No era esa su única deformidad: tenía los dedos de la mano derecha cortos y en forma de bolita, como si se los hubieran cortado o los tuviera atrofiados de nacimiento.

¿Qué hacía alguien así en la *agogé*? Se suponía que nadie con esas taras podía servir en el ejército. Cada vez que nacía un bebé, una comisión del consejo de ancianos lo examinaba, y si no lo encontraba lo bastante sano, robusto y bien formado, lo declaraba no apto. En tal caso debía ser abandonado en el paraje agreste conocido como las Apótetas. Al menos teóricamente. En la práctica había madres que criaban a esos bebés siempre que sus deformidades no fueran realmente monstruosas; pero al crecer no pasaban la *agogé* ni llegaban a convertirse en ciudadanos. ¿Cómo había llegado allí aquel muchacho?

El recién llegado extendió la mano derecha. Perseo la miró un instante. Después la estrechó y sintió un breve escalofrío al notar en su piel el tacto de aquellos dedos atrofiados.

—Soy Espertias, hijo de Anaristo. Mal que le pese a él.

—Te llamas Escaleno, y todo el mundo lo sabe —dijo el otro joven.

«Cojo». Sus compañeros no se habían devanado los sesos para encontrarle un apodo a Espertias.

—Este chico tan amable y hospitalario —continuó Espertias, señalando al que lo había llamado Escaleno— se llama Eurístenes, pero todos lo conocen como Brontes. Con eso ya tienes toda la información que precisas sobre él.

Perseo percibió que entre los apodados Escaleno y Brontes («Trueno») no había ninguna simpatía, pero la hostilidad parecía contenida. Tal vez la domaban los mastigóforos a golpe de vergajo, pensó Perseo, moviendo los omóplatos casi sin darse cuenta. El roce de la túnica nueva —era un decir— en las marcas de los azotes era como el de una lija; pero habría dejado que las Grayas le arrancaran un ojo antes que pedir un emplasto de Quirón para aliviar el dolor.

—¿Por qué lo llamáis Brontes? —preguntó Perseo, tirándose del cuello de la túnica para separarla de su espalda.

—Porque son idiotas —respondió el aludido, dando a entender que le molestaba el mote. «Así que es precisamente el que usaré», se dijo Perseo.

Escaleno tomó a Perseo del codo y lo guio hacia la pared del fondo.

—Mira —dijo, señalando a uno de los jóvenes tumbados. Era muy oscuro de cabello y de piel, y tenía los pies grandes como barcas—. Ese es Polidectes.

—¿No tiene apodo?

—Que a alguien se le ocurra ponérmelo —amenazó el joven. La voz rasposa y sibilante hizo pensar a Perseo en una serpiente. De pronto, Polidectes se levantó de un brinco y se acercó a Perseo—. ¿Me lo quieres poner tú? ¿Me lo quieres poner tú, eh?

Perseo bajó la barbilla para observarlo desde su altura. Polidectes tampoco era rival físico para él, aunque anotó mentalmente que sería mejor no darle la espalda. Tenía los ojos oscuros y muertos como la obsidiana. Los ojos de un futuro asesino, si es que no lo era ya.

Perseo se preguntó por qué Brontes y Polidectes, sin conocerlo, o precisamente conociéndolo y sabiendo sus virtudes como guerrero, se mostraban tan hostiles con él sin preocuparse de las consecuencias. ¿Quién les decía que Perseo no era propenso a sufrir ataques de ira y romper cabezas

como Heracles?

«Es porque confían en que los proteja otro más fuerte que ellos», pensó. Pero muy fuerte debía de ser aquel protector, fuese quien fuese, para que Perseo le tuviera miedo.

—No tengo mucha imaginación para los motes —respondió Perseo—. Polidectes me vale como cualquier otro nombre.

—¡Ah! —replicó el otro, sacando pecho como si hubiera hecho retroceder él solo a todo el ejército de Argos—. Mejor para ti que sea así.

—Ese otro es Idomeneo —continuó Escaleno. El mentado, un tipo fibroso y con cara de comadreja, se quedó mirando a Perseo sin abrir la boca y sin levantarse de su yacija—. De una cosa puedes estar seguro: jamás te aburrirás con su charla.

Por toda respuesta, Idomeneo se llevó la mano izquierda a la entrepierna y se apretó los testículos.

—El día que se dirija así a la asamblea, se le va a entender todo —comentó Escaleno.

El último ocupante de la camareta, el muchacho que estaba tendido de costado en el suelo, se puso de pie, se acercó a Perseo y le tendió la mano. Poseía un tórax robusto, pero las piernas cortas lo convertían en el más bajo de los miembros del pelotón, más incluso que Escaleno. Tenía una sonrisa nerviosa, aunque amistosa, y al mirar entrecerraba tanto los ojos, rasgados de por sí, que parecían dos puñaladas en una calabaza.

—Bienvenido. Yo me llamo Aristodemo —saludó el joven.

La mano le temblaba y su voz vibraba con un ligero trémolo. Perseo comprendió que aquel muchacho era el más débil y vulnerable del pelotón, y sintió una simpatía instintiva por él.

«Defender a los débiles y poner orden en el mundo». La consigna que le había inculcado su abuela desde niño, la misión de su antepasado Perseo, matador de la Gorgona.

—¿Aristodemo? ¡Ja! —exclamó Brontes a espaldas de Perseo—. Ya quisieras merecerte ese nombre. Con Tresas vas que fornicas.

El aludido no pareció enfadarse, aunque Tresas —«Temblón»— era el peor epíteto con que se podía insultar a un hombre libre. Los espartanos llamaban así a los que mostraban debilidad ante el enemigo y les hacían el

vacío en la ciudad, les negaban el fuego sagrado, miraban a través de ellos como si no existieran e incluso los golpeaban impunemente al pasar a su lado. No hacía falta arrojar el escudo y huir ante el enemigo para convertirse en un Temblón. Bastaba con no dar suficientes pruebas de valentía a ojos de los compañeros de falange para que corriera el rumor por las filas: «¡Ese es un cobarde!». La mayoría de los que se veían así motejados acababan abandonando la ciudad y convirtiéndose en apátridas, o llegaban al extremo de suicidarse.

Pero Aristodemo se limitó a frotarse las manos en un gesto tímido y decir:

—Me llaman así porque tengo muy mal pulso. Pero ya comprobarás que no se me caen ni la lanza ni el escudo.

—Puedes llamarlo Tresas, Perseo —dijo Escaleno—. A mí tampoco me molesta que me llamen Escaleno. Es bueno que los demás te ataquen constantemente con lo que creen que es tu mayor debilidad. Así te acostumbras a ello y al final ya no puede molestarte.

—Interesante idea —afirmó Perseo.

—Siempre he dicho que los demás no pueden hacernos nada que no seamos capaces de soportar.

«¿Estás seguro?», pensó Perseo.

Miró en derredor de nuevo y contó con los dedos. Escaleno, Temblón, Polidectes, Idomeneo, Brontes. Cinco meleirenes, y con él seis. En teoría faltaban dos para completar el pelotón, uno de ellos su jefe Nicanor. ¿Por qué no había camastros libres?

Sospechaba que ese pequeño misterio tenía que ver con el hecho de haber encontrado a Temblón tumbado en el suelo.

Reparó en que dos de las yacijas, situadas en el lado izquierdo de la camareta, estaban ocupadas por botas del mismo par. Sin preguntar a quién pertenecían, las juntó en el lecho más cercano a la puerta y dejó caer sus propias botas sobre el otro.

—Esa es mi cama —dijo Polidectes, agachándose para recoger su bota derecha y arrojarla de nuevo sobre el camastro que acababa de reclamar Perseo.

—No voy a discutir —respondió Perseo. Tomó la bota izquierda de Polidectes, la juntó con su hermana, cogió las suyas y las pasó al otro

camastro, trocando posiciones con Polidectes—. Me quedo con la otra.

Polidectes se agachó de nuevo y devolvió la bota izquierda a su sitio, al lado de las de Perseo.

—Me gustan las dos camas.

Perseo respiró hondo y se aconsejó a sí mismo paciencia. Siempre estaba a tiempo de romperle los huesos a aquel tipo, no tenía ninguna prisa.

—Me parece muy bien —replicó—. Pero en algún sitio tendré que dormir yo.

Polidectes señaló con el dedo el suelo, en el rincón de la pared del fondo.

—Pues duerme en el puto suelo, Basilisco. Así cuando Temblón se mee por la noche, tendrás algo que beber.

«Si me vuelves a llamar Basilisco, te arranco la laringe», pensó Perseo. Pero se mordió la lengua. ¿Qué había dicho Escaleno? «Es bueno que los demás te ataquen constantemente con lo que creen que es tu mayor debilidad, porque así te acostumbras y al final ya no puede molestarte». Si se le ocurría demostrar que aquel apodo le zahería, ya podía prepararse para escucharlo cantado a coro por todo el batallón.

—No puedes ocupar dos lechos al mismo tiempo —respondió Perseo—. Decídete de una vez por cuál quieres.

Durante un rato se desafiaron cara a cara a apenas dos palmos de distancia. Mirar a las pupilas de Polidectes era como asomarse a los rescoldos de una hoguera extinguida en una noche de invierno, pero Perseo se negaba a desviar la vista el primero.

Por fin, Polidectes apartó la cara, recogió la bota del lecho situado más al fondo y la juntó con la otra. Después, como si quisiera apuntarse al menos un triunfo, le dio una patada al nuevo camastro de Perseo para empujarlo contra la pared. Para su desgracia, olvidó que debajo de la piel de cabra había una dura tabla de madera y se machacó el dedo gordo del pie.

Mientras Polidectes daba brincos en el sitio y juraba por todas las presencias del Hades, los demás compañeros se rieron de él. Perseo se limitó a sonreír y enderezó la cama, aunque la dejó pegada a la pared por poner la mayor distancia posible entre Polidectes y él.

Mientras estaba agachado colocando el jergón, notó un ensombrecimiento, como si una nube hubiera tapado el sol. No se molestó en

levantar la mirada hacia la lucerna del techo. El vello de la nuca se le había erizado, advirtiéndole de que lo que fuese que oscurecía la luz se hallaba detrás de él.

Se dio la vuelta. Recortándose contra la puerta, acababa de aparecer una figura gigantesca. Sus hombros rozaban las jambas y había tenido que agachar el cuello para no golpearse con el dintel. Si es que aquella masa de músculos se podía describir como cuello.

—Perseo, te presento a Posidonio —dijo Escaleno—. Más conocido como Gerión por…

—Por el gigante de tres cuerpos que luchó contra Heracles —completó Perseo—. Lo sé.

De modo que ese era el compañero en cuya fuerza confiaban Polidectes y Brontes. Mala suerte. El único espartano que conocía con el que no sentía el menor deseo de enfrentarse cuerpo a cuerpo, y tenía que tocarle en su mismo pelotón.

Gerión atravesó por fin el umbral y volvió a entrar algo más de luz en la camareta. Tenía los muslos tan abultados que no le dejaban juntar los pies, del mismo modo que los inmensos dorsales no le permitían pegar los brazos a los costados. Desde que Perseo lo vio en las fiestas Jacintias parecía haber crecido en altura y volumen; aunque tal vez era una ilusión, efecto de encontrarlo en un espacio tan exiguo y perfilándose contra la luz de la puerta.

Al menos, eso quiso creer.

Desde los siete años, Perseo se había acostumbrado a pelear contra rivales que lo triplicaban en peso, tanto Fénix como los amigos que este traía a palacio para adiestrarlo; ninguno de ellos se reprimía a la hora de golpearlo, por niño que fuese. Habían sido años muy duros, pero, a partir de los dieciséis, Perseo se había ido acostumbrando a disfrutar de superioridad física sobre los contrarios. Toparse ahora frente a frente con una mole como Gerión no le daba miedo, pero sí le producía un cosquilleo molesto en el estómago.

«Miedo, jamás», se repitió a sí mismo. Los impulsos animales, recordó, eran tres.

Huir.

Esconderse.

Atacar.

Y a él solo se le había enseñado uno de ellos.

Gerión se acercó a él. Tal vez fuese efecto de su imaginación, pero a Perseo le dio la impresión de que el suelo temblaba bajo aquellos pies enormes. Curiosamente, sus manos no eran tan grandes, y aún lo parecían menos en comparación con aquellos antebrazos gruesos como columnas. El volumen de los bíceps ya escapaba a cualquier comparación. Para exhibirlos, el gigante abrochaba su túnica solo en el hombro derecho, e incluso de ese lado la llevaba arremangada hasta la axila.

Perseo se dijo que era bueno que Gerión tuviera las manos relativamente pequeñas. Las suyas eran muy grandes y fuertes, casi desproporcionadas. Fénix le había explicado que aquella era una ventaja que tenían que trabajar, y lo habían hecho a conciencia desde que Perseo era niño.

Polidectes aprovechó la llegada de Gerión para coger una de sus botas, ocupar de nuevo el jergón que le había quitado Perseo y colocarlo donde lo tenía puesto antes.

—¿Te estás valiendo de que ha llegado tu hermanito mayor? Ya te he dicho que no puedes ocupar dos camas al mismo tiempo —advirtió Perseo a Polidectes, pero mirando en todo momento a Gerión.

Todo en él ofrecía un aspecto brutal. Al igual que los demás, llevaba el cabello corto salvo por la *trikha*, aquella trenza suelta característica de los meleirenes. Las entradas prematuras sugerían que no tardaría en quedarse calvo. Su frente, algo huidiza, se abombaba sobre los ojos en dos prominentes arcos supraorbitales que parecían tallados en piedra. En cuanto a los ojos en sí, a través de las ranuras que separaban sus párpados, se veían fríos y opacos como basalto.

Brontes se acercó a Gerión y le entregó una bolsita de tela. El gigante, siempre con la mirada fija en Perseo, aflojó el cordel que la cerraba y sacó una nuez de dentro. Después se la puso en la palma de la mano y la estampó contra su frente, sin tan siquiera pestañear. La nuez se rompió con un crujido, y él separó las cáscaras y se comió lo de dentro.

Mientras seguía masticando, sacó otra nuez de la bolsa y se la arrojó a Perseo. Este la cazó al vuelo sin mirar.

¿Qué podía hacer para abrir la nuez? Él también tenía la frente dura. Fénix le había enseñado a utilizarla como arma para dejar fuera de combate a posibles rivales, pues era un recurso que solía pillar por sorpresa a cualquier adversario.

Pero jamás se le habría ocurrido tratar de darle un cabezazo a Gerión para derribarlo. Habría sido más productivo tratar de demoler las columnas del Menelaion a soplidos.

Gerión seguía mirándolo fijamente y abriendo la boca de forma exagerada mientras revolvía entre los dientes y la lengua los últimos restos de la nuez. «¿Es que tu madre no te enseñó a masticar con la boca cerrada?», estuvo a punto de decir Perseo. Ni siquiera estaba seguro de si aquella mole tenía madre o había brotado directamente de las rocas como los Gigantes nacidos de Gea.

Evidentemente, Gerión no le había tirado la nuez por compañerismo. Perseo no pensaba utilizar la cabeza para romperla, ya que no iba con su

estilo, pero contaba con otros recursos. Colocándola entre el pulgar y la falange media de su dedo índice, apretó con fuerza y la partió en dos.

Para su satisfacción, Polidectes, Brontes y los demás miembros del pelotón, que observaban la escena parapetados detrás de las inmensas espaldas de Gerión, mostraron en sus gestos que les había sorprendido aquella proeza aparentemente pequeña, pero sumamente difícil.

Gerión se limitó a emitir un ruido a medias entre un bufido y una carcajada desdeñosa. Sacando otra nuez de la bolsa, la colocó también entre dos dedos y la partió tal como había hecho Perseo. Pero este se percató, por la forma en que el gigante había fruncido el ceño, de que había tenido que realizar un esfuerzo mayor que el suyo.

Si quería ganarse el respeto de Gerión, había que aprovechar esa ventaja.

—No he desayunado —dijo Perseo, extendiendo la mano.

El gigante levantó una de las comisuras de la boca en una mueca que pretendía ser una sonrisa y le lanzó otra nuez a Perseo. Este volvió a atraparla en el aire sin necesidad de mirarla; en todo momento tenía sus ojos clavados en los de Gerión. Perseo siempre había pensado que los de su padre eran fríos, pero los de aquel coloso hacían que los del rey Damarato parecieran, por comparación, brasas de una hoguera. Obviamente, los ojos de Gerión debían de servirle para ver y no andar por el mundo chocando con obstáculos —aunque en su caso los habría derribado, sin duda—, pero para poco más. Si, como decía un poeta, los ojos eran las ventanas del alma, contemplar los de Gerión era asomarse a una casa vacía.

Perseo decidió intentar algo más difícil y pellizcó la nuez entre el pulgar y la punta del dedo corazón en lugar de utilizar la falange a modo de yunque como había hecho antes. Aunque de ese modo se podía ejercer menos fuerza, a veces había conseguido partir nueces así. Tener éxito o no dependía de cada fruto en particular, pues no todos eran igualmente duros.

«Seas antepasado mío o no, divino Heracles —rezó mentalmente—, siempre te he hecho sacrificios y te he honrado más que a ningún otro héroe. ¡Concédeme tu fuerza ahora!». Perseo intuía que de lo que ocurriera con aquella simple nuez dependía su futuro inmediato en la *agogé*. Necesitaba ganarse el respeto de sus compañeros de pelotón, especialmente el de quienes lo miraban con mayor hostilidad. No podía pelearse con todos a la vez.

En particular, no podía pelearse con Gerión. Con las manos desnudas, no

tenía nada que hacer contra él.

Excepto demostrarle, precisamente, la fuerza de sus manos.

Mientras aguantaba el duelo de miradas con Gerión, tratando de que ni el menor rictus de su rostro traicionara el esfuerzo que estaba haciendo, Perseo apretó.

Durante un instante eterno temió que no ocurriera nada y él hiciera el ridículo.

Después, la nuez se rompió con un sonoro crujido.

Perseo extrajo la parte carnosa y se la llevó a la boca, siempre con sus pupilas fijas en las de Gerión. A su pesar, el gigante había levantado las cejas en un mínimo gesto de sorpresa.

—Muy rica —dijo Perseo, masticando la nuez con movimientos de mandíbula un tanto exagerados—. Gracias, Gerión.

El gigante sacó otra nuez de la bolsa, la agarró entre los dedos y se quedó pensativo. Debió de pensar que no iba a ser capaz de partirla como había hecho Perseo y que era mejor demostrar que tenía su propio procedimiento, de modo que se la estampó de nuevo contra el cráneo para romperla.

—¡Nadie es más fuerte que Gerión! —exclamó, dándose la vuelta para salir de nuevo de la camareta.

Roto el contacto visual con el gigante, Perseo se permitió un leve suspiro. Después miró a Polidectes y, señalándolo con el mismo dedo que había partido en dos la nuez, le ordenó:

—Deja esa cama donde estaba, amigo.

El joven lo miró con odio y después buscó con los ojos a Gerión para decirle algo. Pero el gigante, que parecía haberse aburrido de todo aquel asunto, se dirigió a la puerta.

Polidectes tomó el jergón que ahora pertenecía a Perseo y se dispuso a acercarlo a la pared. En ese momento, Perseo decidió dar una vuelta más al torno, y le dijo:

—¡Aguarda un momento! Me gusta respirar aire fresco. —Poniendo los brazos en jarras para que la postura resaltara sus músculos deltoides, agregó —: Ponme el jergón al lado de la puerta.

Siguieron unos segundos muy tensos. Tal vez, se dijo Perseo, había

estirado demasiado la cuerda. Si no conseguía que Polidectes obedeciera, el respeto que acababa de ganarse entre los demás se haría añicos como un ánfora caída.

No llegó a saber qué habría ocurrido. En aquel momento apareció por fin el jefe del pelotón, Nicanor, al que Perseo recordaba como ganador de la carrera de las Jacintias.

—¡Pelotón Gea! ¡A formar!

Y de ese modo empezó la *agogé* de Perseo.

### Afueras de Esparta

Había llegado la vendimia, la época favorita del año para Leónidas, que recorría sus viñedos con gesto de propietario orgulloso. Las parras, sostenidas por horquillas de madera, se veían cargadas de pesados racimos de uvas negras y jugosas. Ilotas de ambos sexos iban y venían entre ellas cargando con cestas de mimbre trenzado. En el centro del viñedo, encaramado a unas piedras que formaban una especie de tosco altar a Dioniso, un bello muchacho con el torso desnudo y la túnica recogida sobre la cintura tañía una lira y cantaba una canción de cosecha cuyo compás seguían los demás al tiempo que arrancaban las uvas de las vides.

Leónidas paseaba solo por la calle central de la viña, tocado con un sombrero de paja y cargado con una cesta más pequeña. En ella recogía las uvas que más dulces le parecían, con la intención de regalárselas a Gorgo, a la que últimamente veía muy alicaída.

«A quien Hera no le da hijos, Atenea le da sobrinos», rezaba un viejo proverbio. De los dos que tenía Leónidas, Gorgo era su favorita. En buena medida había sido ella la responsable de que las relaciones entre Leónidas y Cleómenes hubiesen mejorado. Ya desde la muerte de Olimpia, la madre de Cleómenes —una mujer llena de envidia y rencor, incapaz de encontrar nada bueno en los demás—, su hermanastro había empezado a acercarse a él, comprendiendo que Leónidas, un hombre sereno y ecuánime que asumía de buen grado su papel como subordinado, podía ser un buen apoyo para su gobierno.

Después nació Gorgo y, apenas empezó a crecer, aquel desparpajo que mostraba desde muy cría la convirtió en el mejor vínculo entre ambos, una especie de heraldo informal que llevaba mensajes de paz entre ciudades antes enemigas.

A pesar de eso, no podía afirmarse que ambos hermanastros se adoraran con un intenso amor fraternal —Cleómenes era incapaz de una emoción como esa y Leónidas no dejaba de sentir cierta cautela y poner barreras ante él—, pero al menos se respetaban.

Todo resultaba más complicado con Cleómbroto. Siempre había sufrido problemas de salud: vómitos, estreñimiento, migrañas que lo dejaban incapacitado durante días. No levantaba cabeza, si bien Leónidas pensaba que buena parte de sus males eran morales y no físicos.

Su hijo Pausanias había heredado parte de esa debilidad de carácter, y en la *agogé* lo había pasado tan mal como su padre. No obstante, considerando que su forma de ser era la menos marcial imaginable, el joven pelirrojo había aguantado con mucha entereza. Al menos, gozaba de mejor salud que Cleómbroto y poseía una capacidad de razonar sorprendente. Sin duda, habría sido más feliz en otra ciudad de carácter menos militar, como Corinto, Atenas o la extinta Mileto.

—Tu sobrino tiene un papel que desempeñar mucho más importante de lo que crees, Leónidas.

Leónidas se volvió, sobresaltado. No tendía a ser desconfiado, defecto en el que sí incurría Cleómbroto, que no iba a ninguna parte si no era en compañía de los guardias que su hermanastro le tenía asignados. Leónidas, en cambio, prefería bandearse solo. Confiaba en su fuerza física y, sobre todo, en que carecía de enemigos conocidos.

Aun así, no le hizo gracia descubrir que un desconocido había aparecido a su lado, caminando por la misma calle del viñedo que él, como si se hubiera materializado de la nada.

Se paró en seco y se apartó un par de pasos para contemplar mejor al extraño. Era un hombre alto, de complexión fibrosa, vestido con una túnica y un manto blancos, que caminaba apoyado en un cayado. Tenía unos rasgos peculiares, muy marcados, con una nariz muy larga y fina y ojos profundos como cavernas. La barba le llegaba hasta el pecho, partiéndose por el camino en dos trenzas rematadas con dos cascabeles que campanilleaban al andar.

¿Cómo no había oído antes aquel tintineo?

—¿Quién eres, extranjero? —preguntó Leónidas.

—He estado en muchos momentos y lugares, y me han dado muchos nombres.

—A mí me basta con que me digas uno para saber cómo llamarte.

—Para ti, soy Tisámeno de Élide, hijo de Antíoco —respondió el forastero, arrancando a andar de nuevo.

Cuando quiso darse cuenta, Leónidas estaba caminando a su lado, como si el desconocido hubiera tomado el control de la situación. Siguieron recorriendo la calle, mientras a ambos lados, por encima de las parras, se veía cómo las cabezas de los ilotas subían y bajaban en el trajín de la recolección.

Leónidas se quedó pensativo unos instantes, hasta que cayó en la cuenta.

—Tu nombre me resulta familiar. ¿En unas Olimpiadas no quedaste segundo en el pentatlón?

Tisámeno soltó un bufido. El resoplido hizo que los largos bigotes se le agitaran delante de los labios como cortinas movidas por el viento.

—Ese era otro Tisámeno.

—¿No el mismo Tisámeno de Élide?

—Un abismo de tiempo los separa a los dos.

Aquel era un hombre de los que gustan de hablar con misterios y sentencias solemnes, comprendió Leónidas. En su experiencia, ese tipo de personas solían ser sacerdotes y arúspices.

Como fuere, no tenía aspecto de representar una amenaza para él, de modo que relajó la guardia.

—¿Eres adivino?

—Al parecer, lo eres tú, puesto que has adivinado —respondió Tisámeno.

—Muy ingenioso, amigo. ¿Por qué me has dicho lo de mi sobrino? ¿Cómo sabías que estaba pensando en él?

—Respóndete tú mismo.

—Porque eres un adivino, entiendo —contestó Leónidas.

Tuvo que reconocerse a sí mismo que se estaba divirtiendo. Siempre había sido amigo de las buenas historias, y aquel personaje parecía toda una historia en sí mismo.

—No he venido a hablar de tu sobrino, no obstante. Que su destino se cumpla depende del destino de otro.

—¿De quién?

—¿Quién es el mejor guerrero que tenéis?

—En Esparta no nos preocupamos de quién es el mejor guerrero. Nuestra virtud se basa en la unión, la disciplina y el respeto a la ley.

—Veo que tienes bien aprendido el discurso. Insisto. ¿Quién es el mejor guerrero que tenéis?

Era obvio que aquel hombre no cejaría hasta obtener la respuesta que deseaba. Leónidas se quedó pensativo. Era complicado escoger al mejor guerrero de Esparta. Unos destacaban con la lanza, otros con la espada, algunos por su valor, otros por su disciplina… De tener que escoger a uno para que luchara a su lado, escudo con escudo, no lo habría dudado: Diéneces.

Él mismo sabía que en eso no era objetivo. ¿Había elegido la amistad de Diéneces porque era un hombre virtuoso, o consideraba que era un hombre virtuoso porque lo había elegido como amigo, y tendía a ver resaltadas sus cualidades?

—¿Vas a esperar a que las uvas de este viñedo se conviertan en vinagre antes de contestarme?

Leónidas sacudió la cabeza, tratando de alejar a Diéneces de su mente, pues las virtudes guerreras habían dejado paso por un instante a pensamientos más carnales. Intentó pensar no como un general de falange hoplítica, sino en términos homéricos. ¿Qué guerrero espartano armado de lanza, escudo y espada conseguiría derrotar a cualquier otro?

Perseo, sin duda. Por más que hubiese sido derrotado por Bagabigna, cuya habilidad con las armas bordeaba lo sobrenatural, él era lo más parecido a Aquiles que tenían en Esparta.

—Supongo que Perseo, el hijo de Damarato —dijo por fin.

—Esa era la respuesta que esperaba.

—¿Por qué lo querías saber?

Tisámeno rebuscó en una talega, también blanca, que llevaba cruzada en bandolera. De ella sacó una fina lámina de oro que desdobló para entregársela a Leónidas.

—Lee.

Para hacerlo, Leónidas tuvo que estirar los brazos. A su edad, empezaba a

resultarle difícil enfocar la mirada en objetos tan cercanos. Aun así, consiguió leer: «Un hombre sin hijos serás, a no ser que los adoptes, ¡oh, Tisámeno! Pero a cambio, por cinco veces vencerás en los mayores combates».

Había en aquellos breves versos un sencillo juego de palabras entre *ágonos*, «sin hijos», y *agônes*, que se podía interpretar como «combates» o «certámenes».

—¿Por eso decidiste competir en el pentatlón, para ganar cinco certámenes?

—Ya te he dicho que yo no soy ese mismo Tisámeno —respondió el adivino en tono hosco—. Si mi destino es vencer en los mayores combates, ¿dónde encontrarlos si no es en la ciudad más poderosa en la guerra?

—Te refieres a nuestra ciudad, supongo.

—Llegado el momento, negociaré con vuestros reyes el pago por mis servicios. Pero como tú no eres rey, al menos todavía, no es el momento de hablar de eso.

Leónidas volvió a estudiar el texto. Conocía de sobra el sello grabado al pie de aquellas líneas. Era el de Delfos, el oráculo más prestigioso del mundo. El hecho de que la lámina fuese de oro y no de plomo indicaba que Tisámeno había gastado bastante dinero en la consulta y que la Pitia se lo había tomado en serio. Si le había profetizado aquello a Tisámeno, sin duda se cumpliría.

Y, puesto que el eleo era adivino de profesión, eso significaba que el ejército que contratara sus servicios para interpretar la voluntad de los dioses se aseguraría en la guerra las cinco importantes victorias que prometía Apolo.

Devolviendo a Tisámeno la lámina, Leónidas le preguntó:

—¿Qué tiene que ver todo esto con Perseo?

—Que yo cumpla mi destino depende en parte de que él cumpla el suyo. Pero cuenta con poderosos enemigos, algunos en su familia y otros en la tuya. Quiero que pongas sobre él no un ojo, sino los dos.

¿Un forastero dándole órdenes a él, un Agíada? Leónidas no podía creer que aquel personaje mostrara tal combinación de aplomo y desfachatez. Pero aquello no dejaba de resultarle divertido, por lo que decidió seguirle la corriente a Tisámeno un rato más.

—¿Quieres que lo cuide como si fuera su pedagogo?

—No, ni como si fueras su nodriza. Ese joven ha de sufrir penalidades y peligros para convertirse en lo que puede llegar a ser. Pero es necesario que no lo pierdas de vista y que, cuando veas alguna asechanza que amenace su vida, intervengas.

—¿Todo eso para que tú puedas cumplir tu destino?

El adivino se detuvo en seco, haciendo crujir los terrones secos bajo sus pies.

—Que se cumpla mi destino puede parecer solo asunto mío, pero te aseguro que os vendrá muy bien a todos los hijos y las hijas de Esparta. Será la única forma de que vuestra ciudad no quede reducida a cenizas. —Señalándolo con el báculo, Tisámeno añadió—: No lo olvides. Vigila a ese joven. Cuando llegue el momento, los demás comprenderán por qué Perseo es tan necesario.

—¿Los demás? ¿Yo no lo comprenderé? ¿Tan obtuso me crees?

El adivino negó con la cabeza y las trenzas de su barba cascabelearon por dos veces. Casi con tristeza, declaró:

—Tendrás tu momento de gloria, Leónidas. Pero cuando llegue la mayor batalla que jamás se haya librado en suelo griego, no estarás allí.

Sin más, se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección contraria, clavando el báculo en el suelo a cada paso como si quisiera alancearlo.

—¡Espera! —exclamó Leónidas—. ¿Por qué yo no estaré? ¿Porque me quedaré en Esparta o porque habré muerto para entonces?

Tisámeno no se molestó en pararse para responderle. Leónidas estaba dudando si ordenar a sus ilotas que lo detuvieran, cuando uno de sus sirvientes se acercó a preguntarle algo relativo al lagar. Leónidas estaba tan distraído pensando en la conversación con el adivino que las palabras del criado le sonaron como un zumbido de moscas. Se volvió un momento hacia él para pedirle que se las repitiera y, al comprobar que era un asunto sin importancia, le dijo que se encargara él mismo.

Solo había dejado de mirar la espalda de Tisámeno unos segundos. Pero cuando volvió la vista allí de nuevo, el adivino había desaparecido.

Leónidas no era demasiado supersticioso, pero no pudo evitar apretarse los genitales y escupir a un lado. Cuando los mortales se ven envueltos en asuntos sobrenaturales, pensó, siempre salen perdiendo.

## Esparta, barracones de la «agogé»

El primer día de entrenamiento no empezó mal para Perseo, mejoró con el paso de las horas y terminó con su nariz y su corazón rotos.

A primera hora, poco después de su llegada a la *agogé*, todos los miembros del batallón de Pitana formaron en el patio, en el centro de la U dibujada por las tres naves. Más allá estaban congregándose otros batallones, pero Perseo no se fijó demasiado en ellos. Solo tenía ojos para su unidad, pues no quería equivocarse en nada y delatar que era un novato.

Se colocaron en doce filas, por pelotones de ocho, aunque en algunos de ellos solo había siete miembros. Perseo, que no quería avasallar siendo un recién llegado, se situó el último de su fila. Pero Nicanor, el jefe del pelotón, tras frotarse un rato la barbilla y medir a Perseo de arriba abajo con la mirada, lo trasladó al quinto puesto, por delante de Idomeneo, Escaleno y Tresas, que era quien cerraba la fila; algo que no sorprendió a Perseo: aquel pobre muchacho parecía destinado a ser el último en todo en la vida.

Aunque formaban sin armas, únicamente con túnica, cinturón y sandalias, Perseo se dio cuenta de que aquel era el típico despliegue de la falange: ocho hoplitas de fondo, con un espacio relativamente amplio a izquierda y derecha. En ocasiones se podía reducir ese fondo a la mitad, con cuatro filas de profundidad. De ese modo se ganaba en anchura, algo importante al enfrentarse a enemigos más numerosos que podían rebasar a la falange por ambos flancos y rodearla, el mayor peligro que podía amenazar a una unidad cerrada de hoplitas.

De esa manera, al haber pasado Perseo al quinto puesto de su pelotón, si se daba la orden de duplicar el frente, tan solo tenía que dar un paso a la izquierda, avanzar por el pasillo que los separaba del pelotón vecino y colocarse en vanguardia, a la izquierda de Nicanor.

—¿Por qué me has puesto a este peluso delante? —protestó Idomeneo.

—Cállate —respondió Nicanor—. ¿No has visto que te saca la cabeza? Así tapa esa cara tan fea que heredaste de tu madre.

—Que te jodan, marica.

—Ese peluso, por cierto —comentó Escaleno detrás de Idomeneo—, podría romperte todos los huesos del cuerpo usando solo sus manos, así que quizá deberías seguir tan callado como siempre. Cosa que te agradecemos todos.

—Que te jodan a ti también, pata mustia.

Perseo ya empezaba a captar el ambiente que reinaba en el pelotón. En otros también se oían comentarios soeces, pero menos que en el pelotón Gea. Daba la impresión de que en cualquier momento todos iban a emprenderla a puñetazos contra todos. ¿Habría otra colección más peculiar que sumara a tipos patibularios como Gerión, Brontes y Polidectes, con otros tan patéticos como Escaleno y Tresas?

Seguramente no. Y por eso alguien, quien fuera —no se trataba de un amigo, evidentemente—, había decidido enrolarlo a él en esa unidad.

Una vez formados los pelotones, los jefes ocuparon sus puestos en la primera fila. Perseo sentía una gran curiosidad por saber qué ocurriría a continuación. Gracias a su estatura —la única cabeza que descollaba sobre la suya era la de Gerión—, podía ver por encima de los demás.

—¿Cuándo aparece el jefe del batallón? —inquirió Perseo en voz baja.

—¿Por qué? —replicó a su derecha otro meleirén—. ¿Vas a quejarte a él para que ponga un colchón de plumas?

—Cállate —dijo por detrás Escaleno—. Él no sabe nada todavía.

—¿Qué es lo que no sé y tengo que saber? —preguntó Perseo.

—Chssss —se oyó por delante.

Un hombre entró en el patio y pasó por delante de la primera fila. Venía vestido simplemente con la túnica roja, pero andaba con un porte tan marcial que resultaba fácil imaginárselo armado con la coraza de lino, la lanza y el escudo.

Perseo lo conocía bien. Era Diéneces, que había servido como éforo el año anterior y después como árbitro en su malhadado combate contra Bagabigna. Un hombre fibroso, de mediana estatura, que, por alguna razón, quizá por el aura de seguridad que irradiaba, parecía ocupar el doble de espacio del que correspondía a su tamaño.

—¿Él es nuestro jefe de batallón? —murmuró Perseo, sin apenas separar los labios.

De nuevo, nadie le contestó.

Detrás de Diéneces venían Trasilao, el oficial que lo había sacado de casa por la noche, y cuatro hombres jóvenes armados con vergajos. Mastigóforos,

comprendió Perseo, encargados de disciplinar a los alumnos de la *agogé* desde que entraban a los siete años hasta el último grado.

Trasilao y los mastigóforos conversaron unos segundos con Diéneces. Por los gestos de este, resultaba patente que les estaba diciendo que se quedaran allí, que no los necesitaba. Trasilao puso un mal gesto, mirando de soslayo a la zona donde formaba Perseo, pero finalmente se resignó.

Diéneces se volvió hacia los meleirenes con una sonrisa de buen humor.

—Una mañana magnífica, aunque un poco fresca, ¿no creéis? ¡Vamos a entrar en calor!

Sin más explicaciones, se dio la vuelta y arrancó a trotar para salir del patio. Perseo aguardó para ver qué hacían los demás. Al comprobar que rompían la formación y echaban a correr detrás de Diéneces, siguió su ejemplo.

No tardó en llegar a la vanguardia de aquella aglomeración, muy cerca de Diéneces. Sus piernas eran tan largas que, sin apenas pretenderlo, adelantaba a los demás con sus zancadas. Por allí también se encontraba Nicanor, aunque no se había puesto en primera fila. Delante de él había otros muchachos más enjutos que él, con cuerpos más apropiados para carreras largas.

«Quizá debería reservar fuerzas», se dijo Perseo. Ignoraba cuánta distancia iban a correr.

Al ver a Perseo, Diéneces se desplazó un poco a la izquierda para acercarse a él y frenó el paso. Con ambos brazos hizo gestos a ambos lados, indicando a los muchachos que lo adelantaran. Después, sin llegar a mirar a Perseo, le habló:

—No es obligatorio ser el mejor en todo. Si quieres ser el primero entre los espartanos, antes tienes que aprender a ser el último entre los espartanos.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestra fuerza se basa en el grupo, en la cohesión y en la disciplina, pero también en la camaradería. Ya no estás solo en el mundo, Perseo. Ahora tienes camaradas. Y también tendrás amigos, si los sabes elegir.

Tras decir esto, Diéneces aceleró sin apenas esfuerzo e instantes después se encontraba de nuevo a la cabeza del grupo. Habían dejado atrás ya los barracones y se dirigían hacia el río, corriendo a un ritmo que no parecía exigente, pero que acabaría siéndolo si lo prolongaban.

Perseo miró hacia atrás. La aglomeración de corredores que había empezado el entrenamiento empezaba a estirarse y se abrían huecos entre algunos grupos.

A la cola del batallón se estaban rezagando algunos de sus nuevos compañeros. Uno era Escaleno, que trotaba de una forma muy peculiar, como era de esperar en alguien que tenía una pierna más corta que otra, y otro, Tresas, que también corría con desmaña y no paraba de toser al respirar el polvo que levantaban los pies de los demás.

Por detrás incluso de ellos venía Gerión, el último de la unidad. Desplazar aquella mole a la carrera debía de suponer un esfuerzo más que considerable, pero él parecía tomárselo aún con más parsimonia. Si su paso podía considerarse carrera era únicamente porque en algunos momentos ambos pies se encontraban a la par en el aire, sin contacto con el suelo.

Pensando en la frase de Diéneces, «También tendrás amigos, si los sabes elegir», Perseo refrenó su paso. Dejó que lo fueran adelantando decenas de muchachos, hasta que se quedó al final, a la altura de Escaleno y Tresas.

Trotar al ritmo de ellos resultaba muy cómodo para Perseo. En cambio, los gestos de Escaleno y sus gruñidos revelaban que aquel ejercicio suponía una tortura para él. Tenía el torso bien proporcionado, al igual que los brazos, salvo por la deformidad de los dedos de su mano derecha; de haber tenido las piernas en armonía con el resto, correr no habría representado ningún problema para él. Pero, por la forma en que apoyaba la pierna tullida, cada impacto del pie contra el suelo debía de provocarle un dolor muy intenso tanto en la rodilla como en la cadera.

Pese al esfuerzo patente que estaba realizando, Escaleno se enjugó el sudor de la frente y saludó a Perseo con una sonrisa.

—Antes has preguntado si Diéneces es nuestro jefe de batallón. Ahora que no estamos en formación te puedo contestar.

—Te lo agradeceré.

—Nuestro anterior jefe de batallón era un *eirén* ya iniciado, pero le han quitado el puesto para dárselo a alguien que creo que conoces. No quiero estropearte la sorpresa, ya lo descubrirás tú.

—¿Y por qué ese jefe de batallón no está aquí?

—Todavía no ha tomado posesión de su cargo. De todos modos, no es

muy amante del ejercicio físico.

—¿Y por eso nos dirige Diéneces?

—No es tan raro. Recuerda lo que dictan las leyes de Licurgo: todo ciudadano espartano de bien tiene el derecho y el deber de preocuparse de la educación de los jóvenes. Diéneces no es el único ciudadano de prestigio que de vez en cuando se presenta voluntario para enseñarnos, pero sí es de quien más tenemos que aprender. Y me voy a callar ya, porque estoy contraviniendo mis propios principios.

—¿Qué principios son esos? —preguntó Perseo.

Tresas contestó por Escaleno.

—«Si no tienes nada malo que decir de alguien, cállate».

Al ver con qué seriedad asentía Escaleno a aquel precepto tan cínico, Perseo se escandalizó durante un par de segundos. Después no pudo evitar soltar una carcajada.

Miró de reojo a su espalda. Gerión se estaba quedando cada vez más retrasado, circunstancia que no parecía incomodarlo ni un ápice.

—Oh, no te preocupes por nuestro amigo Posidonio.

Perseo había olvidado que aquel era su verdadero nombre. Luego descubriría que Escaleno lo llamaba así para mortificarlo. Al contrario que otros, Gerión prefería que se dirigieran a él por su apodo. Otra peculiaridad suya era que jamás se refería a sí mismo añadiendo el nombre de su padre, ni soportaba que otros lo hicieran. Lo más suave que decía de su progenitor era «El hijo de la grandísima puta».

—Hoy Gerión viene corriendo con nosotros porque está Diéneces y le tiene cierta consideración, ya que no respeto. Si no, se habría quedado en el barracón.

—Gerión no le tiene respeto a nadie —intervino Tresas, entre tos y tos—. Le he visto masturbarse diciendo que estaba fornicando con Atenea. ¡Cualquier día va a acabar como Áyax!

Perseo entendió que Tresas se refería a Áyax de Oileo, el guerrero que en la toma de Troya violó a la sacerdotisa virgen Casandra en el templo de Atenea, aunque ella se había abrazado a la estatua de la diosa para implorar su protección —un sacrilegio aún peor que la violación en sí—. En el viaje de regreso, Atenea convenció a su padre Zeus para que fulminara la nave de

Áyax con un rayo y lo hundiera. El guerrero, no obstante, se las arregló para sobrevivir al naufragio y nadar hasta unas rocas. Cuando salió del agua, levantó las manos al cielo y se jactó de que ningún dios era capaz de acabar con un guerrero como él. Su bravata irritó tanto a Poseidón que, olvidando por un instante su vieja rivalidad con Atenea, se levantó de entre las olas, lanzó su poderoso tridente y dejó ensartado a Áyax contra los escollos.

Una historia que Ferenice gustaba de contar a Perseo para inculcarle el respeto a la diosa Atenea y también a las mujeres en general y a las vírgenes en particular.

—¿Y cuando no corre, qué hace? —quiso saber Perseo, echando otra mirada a Gerión.

—Quedarse en los barracones a comer, dormir y ventosear —respondió Escaleno—. Eso cuando no se dedica a artes autoamatorias o a sodomizar a los muchachos de las edades inferiores.

Perseo observó que Tresas enrojecía al oír aquello y se preguntó si Gerión no habría intentado también esas prácticas con él.

De todos era sabido que en la *agogé* se mantenían relaciones sexuales entre muchachos. La teoría, tal como se la había explicado Hipólito a Perseo, era que un joven de los últimos grados, o incluso uno que ya hubiera superado el campamento, el amante o *erastés*, tomaba bajo su tutela a otro muchacho de menor edad, el amado o *erómenos*, al que servía como modelo de virtudes y conducta cívica.

«Lo que dice Hipólito está muy bien, pero es solo la teoría», puntualizaba Fénix, quien agregaba que aquel tipo de relación derivaba a menudo en pura utilización sexual en busca de placer o, incluso peor, en abusos de poder y humillación.

Viendo cómo Gerión se rezagaba por momentos con aquel trote cochinero, Perseo sospechó que como *erastés* difícilmente podría servirle de modelo de virtudes a nadie.

—¿Y cómo es que se le consiente que no corra con los demás?

—Supongo que como ibas a ser rey, te tragabas todas esas zarandajas de los Iguales, ¿no?

—Me formaron en las leyes de Esparta, si es a eso a lo que te refieres —contestó Perseo, algo picado—. Y esas leyes son las mismas para todos los

ciudadanos.

—Pues descubrirás que en Esparta hay unos ciudadanos que son más Iguales que otros. Gerión, por ejemplo. Todo el mundo le tiene miedo, desde los mastigóforos hasta cualquier otra autoridad. La única solución con alguien así es matarlo, porque disciplinarlo de cualquier otra forma es imposible. Pero nadie quiere, porque cuando lleguen los próximos Juegos Olímpicos ganará la corona en la lucha, y si quiere también en el pugilato y en el pancracio, y eso le traerá prestigio a Esparta. Así que nuestro muy honrado paidónomo Amonfareto se lo consiente todo a Gerión.

Ellos también se estaban retrasando, por lo que Nicanor, como jefe de pelotón, corrió hacia atrás para azuzarlos.

—¡Vamos, que no seamos siempre los últimos! —los exhortó dando palmas—. Escaleno, si además de estar cojo no cierras la boca ni dentro del Eurotas, ¿cómo demonios vas a correr? Vamos, Tresas, que Gerión viene detrás de ti y ya sabes cuántas ganas les tiene a tus nalgas. Y tú, Perseo, según tu hermano eres capaz de ganarme a mí corriendo. ¡Pero si no eres capaz ni de adelantar a estos dos inútiles!

Después de motivarlos de aquella forma tan peculiar, Nicanor imprimió a sus piernas un acelerón que hizo levantarse nubecillas de polvo tras sus talones y se dedicó a adelantar grupos de corredores hasta llegar de nuevo a la cabeza.

—Todo un capullo —sentenció Escaleno—. Aun así, no es el peor de nuestro pelotón.

—¿Vas a decirme ahora por qué a Brontes lo llamáis así? —preguntó Perseo.

—¿Que por qué lo llamamos Trueno? Ya ni me acuerdo.

Entre toses, Tresas soltó una risita y después contestó:

—Es porque Escaleno le dijo un día: «Cállate ya, que no me dejas dormir. Cuando hablas, truenas como si te tiraras pedos dentro de una vasija».

Siguieron corriendo y durante un tramo guardaron silencio. Al cabo de un rato llegaron al Eurotas, en un punto en que formaba un recodo y sus orillas se ensanchaban. Aprovechando que la distancia era mayor allí, Diéneces hizo que los muchachos se tiraran al agua y cruzaran el río nadando. El cambio de ejercicio y el frescor de la corriente agradaron a Perseo, que gracias a su

envergadura volvió a alejarse de sus compañeros casi sin reparar en ello. Cuando llegó al otro lado, miró hacia atrás y observó que Escaleno nadaba con un estilo más que aceptable, mientras que Tresas chapoteaba prácticamente como un perro.

Gerión acababa de llegar al otro lado del río y se disponía a meterse en el agua cuando Diéneces ordenó a los demás:

—¡Rodillos en la arena!

Perseo se quedó perplejo, sin saber qué quería decir el instructor. Los demás muchachos se tiraron al suelo de bruces, lanzando los pies hacia atrás y poniendo los brazos por delante para frenar la caída. A continuación empezaron a rodar por el bancal de arena que ocupaba aquella zona de la ribera: tres vueltas a un lado, tres vueltas a otro, una y otra vez siguiendo el ritmo de las palmadas de Diéneces.

Perseo los imitó y al principio aquel ejercicio le pareció divertido.

—¡Oficial! —exclamó Escaleno, que parecía haber leído la pregunta en la mente de Perseo—. ¿Para qué sirve esto en la guerra?

—¡Para nada! —respondió Diéneces—. ¡Lo que pasa es que me gusta ver cómo os revolcáis como cerdos en un estercolero! ¡Vamos, ahora al agua, ida y vuelta!

Rebozados en arena, se levantaron y entraron en el río al tiempo que Gerión salía del agua. Después de llegar a la otra orilla y regresar, se sometieron a una nueva dosis de rodillos, se levantaron y reemprendieron la carrera. Perseo descubrió que la combinación de granos secos y ásperos como lija y barro húmedo sobre la piel y sobre la ropa resultaba más que molesta a la hora de correr.

—Nunca entenderé esta estupidez de la arena —dijo a su lado un muchacho de otro pelotón.

Perseo sí creía entenderlo. Aquello lo hacía Diéneces para que los futuros guerreros se acostumbraran a todo tipo de molestias, incluso las que más absurdas parecían.

«Lo peor de la guerra nunca es la batalla, sino todo el coñazo que la acompaña», le solía decir Fénix. La intemperie, el mal tiempo, el polvo, el barro, las letrinas infectas, las moscas, las infecciones…

Siguieron corriendo hasta el Menelaion, donde se dedicaron a hacer

flexiones, saltar entre troncos de árbol talados, escalar una pared por cuerdas, hacer abdominales, dominadas, más flexiones. Perseo seguía sintiéndose bien, pues veía que su forma física le permitía mantener el resuello mejor que los demás y no encontraba problema alguno en superar el número de ejercicios que les ordenaba Diéneces. En general, incluso los que tenían cuerpos menos privilegiados estaban tan acostumbrados a la dureza de la instrucción que sobrevivían a aquella rutina que habría destrozado a cualquier persona no entrenada.

A la vuelta, tras rebozarse de nuevo en la arena y cruzar el río, Diéneces les dijo:

—¡Magnífica mañana! Escaleno, tú que tienes buena voz, ¿por qué no nos cantas la canción del viento y la hierba?

—¡Sí, oficial!

Pese a que tenía el gesto ya descompuesto de dolor y la piel pálida, desde su puesto en la retaguardia Escaleno carraspeó, escupió y alzó su voz, que era pura y sonora como una trompeta de plata:

*Como el viento aplasta la hierba,*

*como el mar arrastra la arena,*

*¡hijos de Esparta, corred!*

*¡Que vibren las voces,*

*que tiemblen las piedras!*

*¡Hijos de Esparta, corred!*

*¡Que los perros de Hécate ladren!*

*¡Que las almas del Hades aúllen!*

*¡Hijos de Esparta, corred, corred, corred!*

Aunque pareciera increíble, después de la paliza que llevaban encima, todos cantaron a una y, siguiendo el ritmo marcial de los versos, aceleraron el paso y levantaron las cabezas con tal brío que, cuando aparecieron por las calles de Esparta de camino a los barracones, la gente se apartó a su paso para aplaudirlos y darles ánimos.

Perseo sintió una vez más que se le erizaba el vello de la nuca. Al final, tal vez no fuera tan mala cosa haber sido reclutado para la *agogé*. Por primera

vez en su vida se sentía parte de algo mayor y más importante que él mismo. ¿Cómo sería cuando formara dentro de la auténtica falange y se enfrentara a los enemigos de Esparta?

Entonces le vino a la cabeza la imagen del último hombre que lo había derrotado, Bagabigna, el Asesino Blanco. Y se juró que, cuando se enfrentaran espartanos contra persas, como era inevitable que ocurriera, lo buscaría entre las filas de los enemigos como Aquiles buscó a Héctor y obtendría su venganza.

Por la tarde, tras un breve descanso en el que Perseo dio una cabezada, los llevaron a otra dependencia de los barracones, guardada con cerrojos. Era la armería. Allí se encontraba el equipo de los muchachos, repartido por paredes y paneles de madera, de tal manera que se identificaban fácilmente los pelotones. Cada uno contaba con un escudo, una coraza de lino, un yelmo y una lanza, más una espada de madera, todo ello pagado o aportado directamente por su familia. Los escudos no tenían emblema ninguno pintado en la chapa que los cubría, ni los tendrían hasta que los meleirenes terminaran el campamento, si bien algunos, reliquias familiares, mostraban huellas de que les habían borrado la lambda espartana o insignias más antiguas.

A Perseo le prestaron un yelmo, una lanza y un escudo de un miembro de otro pelotón, que no podría hacer la instrucción ni ese día ni los siguientes, porque se había roto una pierna. La coraza no le servía, debido a su envergadura. Pero el jefe de aquel pelotón le advirtió en tono malhumorado de que debía conseguirse sus propias armas. Perseo asintió sin rechistar y se dijo que tendría que enviar recado a su casa, para que se encargase de ello su abuela, ya que su padre seguramente no se molestaría en pensar en él.

Con aquel equipo volvieron a salir al patio. Primero corrieron alrededor de los barracones, formados por pelotones y cargados con las armas. Perseo observó que los mismos muchachos enjutos que tan bien corrían por la mañana libres de peso ahora, con el peso de la panoplia, se encontraban con más dificultades. Para él no suponía ningún problema mantener aquel paso ligero, que llevaba años entrenando con Fénix, mucho antes de que los muchachos de la *agogé* empezaran la instrucción con armas reales.

Intrigado por ver cómo se las arreglaba Gerión con aquel ejercicio, miró hacia atrás y descubrió que no estaba con el resto del pelotón. Cuando dieron la siguiente vuelta y pasaron por el extremo abierto de la U, descubrió que el gigante, con toda su pachorra, se había sentado sobre un poyo de piedra, había

dejado el escudo apoyado en él y estaba comiendo queso sobre una hogaza de pan.

—Ya te he dicho que ese solo corre cuando está delante Diéneces o alguien como Diéneces —le dijo Escaleno. Parecía sufrir menos con aquella carrera, ya que, aunque el peso que desplazaban era mucho mayor, los pasos que daban eran más cortos y le afectaban menos a las articulaciones.

Siguieron así un largo rato, hasta dar veinte vueltas a los barracones. Al final, casi todos corrían jadeando y empapados en sudor. Perseo, sin embargo, se sentía fresco.

—Cabrón, tú no llevas coraza —le reprochó Polidectes en tono venenoso.

—Déjame la tuya si quieres —respondió Perseo—. Lo mismo me sirve para envolverme un brazo, si logro cerrarla.

—¡Capullo!

Terminado aquel ejercicio, formaron todos juntos de nuevo en el patio, tal como lo habían hecho por la mañana, pero esta vez armados, aunque con los yelmos sin calar, los escudos apoyados en el suelo y las lanzas en posición vertical. Perseo sintió un estremecimiento que ni él mismo esperaba experimentar. ¡Por primera vez, se encontraba dentro de una falange!

El jefe del primer pelotón de la unidad se separó de sus meleirenes, pasó por delante de la primera fila para comprobar que cada uno ocupaba su sitio y después exclamó:

—¡Aaaa-tención! ¡El jefe del batallón!

Al oír esa voz, todos levantaron el pie derecho y lo hicieron chocar contra el suelo y contra el tobillo izquierdo, al tiempo que alzaban los escudos medio palmo del suelo para luego clavarlos coincidiendo con el talonazo. Perseo imitó aquel movimiento sin dificultades, y otro escalofrío recorrió su piel al escuchar aquel sonido marcial que recorría las filas al unísono.

El día había ido mejorando desde su llegada a los barracones y Perseo estaba convencido de que iba a seguir esa tendencia, pues ninguno de los jóvenes que formaban en aquel patio poseía su destreza con las armas. Segundos después, al ver quién era el jefe del batallón que recibía las novedades del otro meleirén, Perseo pensó que su suerte iba a remontar más todavía.

El jefe no era otro que Nabis.

No obstante, una sombra de inquietud oscureció aquella alegría, como una nubecilla de verano en un cielo hasta entonces impoluto. Se suponía que los pelotones los dirigían meleirenes de la misma edad que el resto, pero no así los batallones. El jefe tenía que ser de un grupo de edad superior, lo que significaba, en el caso de ellos, un *eirén* que ya hubiera terminado el campamento y superado todas las fases de iniciación, desde las maniobras de supervivencia conocidas como *phouaxir*, «tiempo del zorro», hasta los rituales ante el templo de Ártemis Ortia.

Pero Nabis, evidentemente, tenía la misma edad que Perseo, de modo que no debería ser jefe de batallón. Allí se había cometido alguna irregularidad. Perseo empezó a sospechar el porqué de ciertas miradas y comentarios hostiles de los demás miembros de la unidad, y también a qué se referían cuando preguntó por él y le contestaron: «Estará dedicado a sus asuntos».

En cualquier caso, Perseo no pensaba aprovecharse de la ventaja que suponía que su hermano dirigiese el batallón. Al contrario, en cuanto lo vio pasar por delante de aquel proyecto de tropas, sintió una mezcla de orgullo y preocupación por él, y se dijo que procuraría ayudarlo en todo lo que fuese posible. La mejor manera que se le ocurría era, por una parte, tener una conducta intachable y, por otra, destacar en todo.

Nabis se plantó delante del batallón, con las manos a la espalda y los talones separados, lo que recalcaba el arco de sus piernas.

—¡Meleirenes del batallón de Pitana! ¡Soy Nabis, vuestro nuevo jefe!

No había añadido a su nombre el patronímico, lo cual no extrañó demasiado a Perseo. De hecho, cuanto más cavilaba sobre ello, más le chocaba que las autoridades de la *agogé* lo hubieran elegido para aquel puesto. No se trataba solo de que le faltaba edad, sino de que era hijo del hombre al que habían desposeído del trono por considerarlo, por dura que fuese la palabra, un bastardo.

—¿Por qué no sales a darle un abrazo a tu hermanito? —susurró a su lado el joven del pelotón vecino que ya le había zaherido por la mañana.

A todos les habían inculcado la disciplina espartana desde tan temprano que apenas podían concebir la pura idea de desobedecer. Pero Perseo captó la tensión y la hostilidad que crecían entre los meleirenes, como una red invisible que saltaba de uno a otro y se extendía por toda la unidad. Quien hubiera alumbrado la ocurrencia de nombrar a Nabis jefe del batallón, un batallón que sin duda lo conocía de sobra, se había equivocado de medio a

medio.

Nabis se extendió en una especie de discurso, de salutación o de arenga, Perseo no alcanzaba a distinguirlo. Su hermano nunca había destacado por la potencia de su voz y, para empeorarlo, se le notaba nervioso y apenas vocalizaba. Por fin, cuando terminó su alocución, empezó la verdadera instrucción.

No era la primera vez que Perseo se colocaba escudo con escudo dentro de una formación, pues a menudo Fénix había hecho venir a soldados ya hechos y derechos, antiguos compañeros suyos con los que mantenía amistad, para que se adiestraran con él. Como mucho habían establecido líneas o filas de ocho hombres, pero Perseo dominaba el mecanismo.

Embrazar el escudo, levantarlo, descansar su peso en el hombro izquierdo para no agotarse antes de tiempo o bien alzarlo en vilo en el instante del choque. La lanza podía proyectarse sobre el borde del escudo, en el punto en que se solapaba con el del compañero, o también por debajo, buscando las pantorrillas de los enemigos desprovistos de greba. La cuestión era que todos esos movimientos debían coordinarse con los de los compañeros de falange, para no romperse los dientes con los escudos de los demás o sacarles un ojo con la *sauroter*, la contera de la lanza, que dentro de la formación podía resultar más peligrosa incluso que la punta.

Para Perseo, el manejo de las armas era como una segunda naturaleza, por lo que apenas tuvo que hacer unos ajustes a sus maniobras para adaptarse a los compañeros que lo rodeaban.

Pero llegó el momento en que Nabis ordenó:

—¡Duplicar el frente!

En ese instante, Perseo dio un paso a la izquierda, giró tanto el cuerpo como el escudo para caber por el pasillo y avanzó hacia la primera fila. Allí, siempre ladeado, trabó su escudo con el del compañero que tenía a la izquierda para proteger su costado derecho, el de la lanza, que era el más vulnerable a las armas del enemigo, y dejó que a su derecha Nicanor hiciera lo propio. Detrás de él y a su derecha sentía la enorme presencia de Gerión, un coloso plantado en medio de aquella pequeña falange.

Todo se hizo en cuestión de segundos, y los movimientos quedaron clavados, al menos en la zona que podía observar Perseo.

Pero su hermano no debió considerarlo así.

—¡Meleirén! ¡Adelántate!

Al ver que Nabis le apuntaba con el bastón de mando, Perseo miró a ambos lados, incrédulo. ¿Lo estaba señalando a él, cuando lo mejor sería que ninguno de los dos llamara la atención aún más sobre el hecho de que eran hermanos?

—¡Tú, sí!

Perseo destrabó el escudo y salió de la formación para plantarse ante su mellizo. Hacía días que no lo veía, pues desde que se celebró el juicio contra su padre, Nabis no había vuelto a aparecer por el palacio, y menos por la casa a la que se mudaron. Le dio la impresión de que ahora le sacaba más estatura que antes, pese a que Nabis estaba tan erguido como una estaca.

—Oficial…

—¿Cuánto tiempo llevas entrenando con armas, meleirén?

—Eso depende, oficial.

—¿Te niegas a responderme?

Perseo empezaba a albergar un mal presentimiento. Al principio había pensado que su hermano quería disimular, pretender que no iba a darle ningún trato de favor. Pero su mirada era tan fría, tan hostil como si no lo conociera.

O algo peor todavía, como si lo conociera de toda la vida y, sin embargo, por primera vez, revelara sus verdaderos sentimientos hacia él.

—Llevo entrenando con armas desde los siete años, oficial. Y con armas dentro de este batallón he empezado hoy.

—¿Desde los siete años? ¿Entonces cómo es posible que no sepas coger un escudo?

Perseo entrecerró los ojos y los clavó en su hermano con toda la furia contenida que pudo encontrar, tratando de transmitirle: «¿Vas a enseñarme tú a coger un escudo a *mí*? ¿Al mismo que te ha hecho comer hierba desde que no levantábamos un palmo del suelo?».

A Nabis no pareció impresionarle su mirada.

Pero no, se dijo Perseo. No podía ser eso, no podía ser que su hermano estuviera hablando en serio. Se trataba de algún tipo de novatada, o bien quería dejar clara una lección sobre la forma espartana de hacer la guerra, olvidándose de la individualidad y sacrificándose por el grupo.

—¿Te crees que estás cogiendo la tapadera de una cacerola? —insistió su hermano—. ¿Cómo pretendes proteger así al compañero que tienes a tu izquierda y que confía en ti para que le cubras el costado derecho?

El tono de Nabis era tan agudo que sonaba casi histriónico. Perseo se dio cuenta de que su hermano estaba actuando de forma doble. Por una parte, su voz y el lenguaje de su cuerpo, que aparentaban indignación, estaban destinados a los demás miembros del batallón. Pero sus ojos y la sutil curva de su boca eran solo para Perseo.

Se estaba burlando de él.

—¡Traedme una lanza!

Uno de los jefes de pelotón se adelantó y le prestó su lanza embolada a Nabis. Este la empuñó con las dos manos, la revolvió entre los dedos como si examinara las vetas de la madera y se giró de medio lado, dando la vuelta a su hermano.

Y en ese momento atacó.

Perseo sabía lo que pretendía Nabis: golpear su escudo en el borde izquierdo con todas sus fuerzas para desplazarlo, separando el lado derecho del cuerpo de Perseo y abriendo de ese modo su guardia. Conocía ese truco porque lo había utilizado a menudo contra otros rivales, aprovechando el hueco que abría para, en un rápido movimiento de retroceso y avance, tirar otro lanzazo que, esta vez, alcanzaba el cuerpo.

La diferencia era que Nabis no poseía ni la fuerza ni la velocidad de Perseo. La bola de cuero que cubría la punta de su lanza golpeó el brocal del escudo de Perseo, rebotó en él sin desplazarlo más que medio dedo, y cuando quiso asestar otro golpe, se encontró de nuevo con el escudo, perfectamente colocado delante del cuerpo de su hermano.

Al parecer, todos en el batallón se habían dado cuenta de lo que pretendía su nuevo jefe, porque entre las filas se oyeron carcajadas y comentarios apenas sofocados. Nabis apretó los dientes y se puso colorado, tanto que se le notó incluso a través de la piel atezada por el sol. De nuevo intentó mover el escudo de su hermano, esta vez poniendo todo el peso del cuerpo, pero no consiguió nada más que hacerse daño en las manos. Perseo incluso tuvo la tentación de desplazarse ligeramente a la derecha, con lo cual el golpe de Nabis habría pasado de largo y él habría terminado con sus huesos en el suelo, entre el jolgorio general. Pero se reprimió.

—Nabis —murmuró—. ¿Qué estás haciendo? Deja ya esta locura. Soy yo, Perseo. ¿Es que no te das cuenta?

—¿Nabis? ¿Nabis? ¿Me has llamado Nabis a mí, a tu oficial? ¡Ponte firme ahora mismo!

Perseo obedeció la orden pero sin bajar el escudo, receloso de lo que pudiera pretender su hermano. Nabis le devolvió la lanza al meleirén que se la había prestado e hizo una seña a uno de los mastigóforos que lo asistían para que le devolviera el bastón de mando.

—Vamos a ver si de verdad sabes embrazar un escudo —dijo, tratando de controlar el tono de la voz para no soltar un gallo, como le había ocurrido antes—. Bájalo muy despacio y ponlo a tus pies.

Perseo así lo hizo, descansando el borde del escudo delante de sus pies y apoyando el cuenco interior sobre sus piernas.

—Ahora, quiero ver con cuánta rapidez lo levantas del suelo y lo llevas a la posición de guardia. Cuando yo cuente hasta cinco lo harás. Uno, dos…

Perseo no estaba muy seguro de qué podía esperar de su hermano. Después se repitió una y otra vez que había sido un ingenuo, un auténtico novato. Pues Nabis únicamente pretendía distraerlo con aquella cuenta, para que se concentrara en actuar al escuchar el número cinco y estuviese más relajado hasta ese momento.

Y, sin tan siquiera pronunciar el número tres, le descargó un bastonazo en la nariz en el que, comprendería Perseo más tarde, había puesto toda la rabia y la envidia acumuladas en diecinueve años de vida.

El golpe fue tan fuerte que Perseo pudo escuchar perfectamente cómo el tabique se partía, y una nebulosa de luz dorada ocupó todo su campo visual.

Sin embargo, consiguió no caerse al suelo, ni gritar de dolor, ni tocarse la nariz.

—¿Lo veis, meleirenes? —exclamó Nabis—. ¡Un soldado espartano debe tener el escudo siempre, *siempre* en guardia! ¡No esperéis que los enemigos os avisen de cuándo van a atacar!

Por las filas corrieron nuevos comentarios, esta vez menos irónicos y más indignados. A pesar de que el dolor de la nariz era tan insoportable que a duras penas conseguía no desmayarse, Perseo exclamó, con la voz deformada por la sangre y los mocos:

—¡Estoy esperando a que cuentes hasta el número cinco para levantar el escudo, *señor*!

—¿Y por qué ibas a esperar, estúpido? ¿No he dicho que los enemigos nunca avisan del momento en que van a atacar?

—¡Los enemigos no, señor! ¡Pero yo soy un soldado espartano y tú eres un oficial espartano, y si me has dicho que levante el escudo cuando cuentes hasta cinco, no tengo otro remedio que obedecer!

—¿Quién eres tú para contradecir mis palabras?

Pese a la satisfacción de haberle golpeado de aquella forma inicua, Nabis parecía más furioso que él, tanto que al decir «palabras» un salivazo se despegó de la comisura de su boca y voló hasta la túnica de Perseo.

—¡No soy yo quien te contradice, señor, sino la ley de Esparta! ¡Si hubiera levantado el escudo antes de tiempo, habría desobedecido una orden directa tuya!

«Que acabe esto pronto, dioses —suplicó Perseo—, o me voy a derrumbar».

Nabis estuvo a punto de replicar, pero no debió encontrar una respuesta lo bastante mordaz y se calló. Apartándose de su hermano, que tenía ya toda la pechera de la túnica manchada de sangre, se dirigió al resto del batallón.

—¡Por hoy es suficiente, meleirenes! ¡Tengo asuntos importantes que tratar con el paidónomo Amonfareto! ¡Romped filas!

Los ojos de Perseo no dejaban de lagrimear. Quería convencerse a sí mismo de que se debía al dolor de la nariz, que no dejaba de sangrar y moquear. Pero la verdadera razón no era esa, sino que de pronto la mitad del mundo que conocía se le había hundido bajo los pies.

¡Él, que había llegado al extremo de pegarse con seis muchachos mayores que él por defender a Nabis! ¡Que mientras vivieron juntos en palacio siempre lo acompañó en la oscuridad! ¿Así se lo pagaba?

—No te preocupes tanto por tu nariz —le dijo Escaleno, malinterpretando su tristeza—. Te va a quedar un rostro más interesante con el tabique desviado. Antes eras demasiado perfecto, como una estatua de Apolo.

—¿Qué tiene de malo parecerse a Apolo? —contestó Perseo, molesto con el sonido de su propia voz—. Es el dios de la belleza.

—¿No te das cuenta de que las chicas siempre le dan calabazas? Piénsalo: lo rechazó su propia sacerdotisa, Casandra. Dafne se convirtió en laurel con tal de no soportar sus abrazos. Castalia se transformó en fuente. ¿Y qué te parece lo de Marpesa? ¡Eso sí que fue humillante! Cuando tuvo que elegir entre el amor de Apolo, eternamente joven, y el de Idas, que se iba a quedar calvo, desdentado y reumático con los años, ella escogió a Idas. Si yo hubiera sido Apolo, me habría clavado mis propias flechas en el corazón.

—No blasfemes, Escaleno —terció Tresas. Perseo empezaba a darse cuenta de que era muy supersticioso.

Los tres estaban sentados en el porche que rodeaba por dentro el barracón, apoyados en una pared y holgazaneando como tantos otros miembros del batallón antes del toque de silencio. A aquellos momentos se referían con una curiosa expresión que Perseo no había escuchado jamás, «vidilla».

—Decir la verdad no es blasfemar, todo el mundo conoce esas historias —alegó Escaleno.

Mirando a Perseo con gesto crítico, le pasó otra hila de lino para que se restañara la sangre de la nariz. Después miró a ambos lados y sacó algo que tenía escondido entre sus riñones y la pared.

—Toma, te vendrá bien.

Era un pellejo de vino. Perseo miró en derredor, como había hecho Escaleno, y dio un largo trago. Era un caldo excelente y apenas rebajado. Lo que les habían servido en la cena, en cambio, era agua asperjada con un vino que incluso en una proporción tan baja sabía agrio.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó Perseo, devolviéndole la bota a Escaleno.

—De las bodegas de mi padre.

—Pero no se puede traer nada del exterior…

—¿No te he dicho que en Esparta unos somos más Iguales que otros? Yo sufrí la desgracia de nacer deforme, pero a cambio, tuve el buen tino de hacerlo en una familia rica. Muy rica, Perseo. Tanto que solo te diré que no envidiamos ni a los mismos reyes.

—¿Y por ser rico te puedes permitir que te traigan vino de casa?

—Por ser rico me puedo permitir sobornar a quien quiera. ¿Por qué crees que Gerión me deja en paz e incluso consiente que me meta con él? Lo tengo

subvencionado con dosis extra de comida, incluso más que la que le proporciona Amonfareto para convertirlo en un monstruo hinchado de músculos antes de la Olimpiada.

Perseo enarcó una ceja.

—¿Hay alguien más a quien tengas… subvencionado?

—Con Gerión me basta y me sobra. Es un ejército de un solo hombre.

—A mí también me pagas —intervino Tresas.

—No es por el mismo motivo, no te hagas ilusiones —respondió Escaleno —. Si tuviera que escoger a un guardaespaldas, elegiría al menos a uno que sepa diferenciar una cara de un culo a diez pasos.

Tresas, corto de vista como un topo, no se ofendió. Más tarde, él mismo le explicaría a Perseo que estaba en el campamento como *móthax*. Su familia se había empobrecido por diversos motivos —tener hijos de más, entre otros—, de modo que no podía pagarle los gastos de la *agogé*. Sin embargo, Escaleno, cuya madre había sido muy amiga de la de Tresas en la infancia, había decidido tomarlo bajo su protección sufragando esos gastos. También le había prometido que, una vez se licenciaran del campamento, seguiría pagándole para que Tresas pudiera contribuir a un *pheiditíon*, un banquete comunal, ya que era la única forma de que perteneciera a la comunidad de guerreros y se convirtiera en un ciudadano de verdad.

Pero en aquel momento Escaleno prefirió no insistir sobre aquella cuestión. Aunque apenas llevaban conociéndose un día, Perseo se dio cuenta de que aquel joven de voz tan bella como deforme era su cuerpo escondía bajo el sarcasmo de sus comentarios un corazón noble.

Tanto como vil había demostrado ser el de su hermano. Al acordarse de él, Perseo volvió a suspirar y se llevó la mano al pecho. El corazón, o algo muy parecido que estaba a su lado, le daba punzadas de angustia.

—¿Sigues triste por lo de la nariz?

—No —respondió Perseo, limpiándose la sangre de nuevo y aprovechando para enjugar unas lágrimas—. Es por Nabis. No puedo creer que me haya hecho esto.

—Has tardado mucho tiempo en abrir los ojos y conocer cómo es de verdad tu hermano —le dijo Escaleno, pasándole la bota para que diera otro trago.

—Supongo que tenía más el recuerdo de cuando éramos pequeños, antes de que viniera a la *agogé* y lo malearan —respondió Perseo.

—No te equivoques. A tu hermano no lo han maleado aquí. Un sitio como este saca la verdadera naturaleza de cada uno. Nabis ha procurado trepar siempre sobre las cabezas de los demás, y no se le ha dado nada mal. ¿Sabes por qué lo han nombrado jefe de batallón?

—No tengo ni idea. ¿Cómo es que le dan ese puesto justo cuando nuestra familia cae en desgracia?

—No es cuestión de tu familia, sino de la otra.

—¿La otra?

—Los Agíadas. Nabis mantiene negocios turbios con Cleómenes. Tu hermano cree que controla los movimientos de todo el mundo, pero yo también tengo mis recursos para enterarme de lo que hace él.

—¿Y qué recursos son esos?

—¿Cuáles van a ser? —respondió Escaleno, haciendo un gesto expresivo con los dedos índice y pulgar.

Dinero, comprendió Perseo. Eso que tanto despreciaban de boquilla los espartanos y que tanto codiciaba en privado la mayoría de ellos.

—¿Qué pueden tramar mi hermano y Cleómenes juntos?

—No seas ingenuo, Perseo. ¿Qué puede querer Cleómenes de tu hermano? Que espíe para él los asuntos de tu familia.

—Eso es…

«Impensable», estuvo a punto de decir Perseo, pero se interrumpió. No, no lo era. No más impensable que lo que acababa de ocurrir ante los ojos de todo el batallón.

—Nabis está condenado a ser un segundón —insistió Escaleno—. Yo soy el tercer hijo de tres, pero mis dos hermanos mayores murieron prácticamente al nacer, lo que me convierte en heredero de mi padre, mal que a él le pese haber engendrado un hijo cojo y con esto. —Escaleno abrió y cerró los muñones de su mano derecha—. Ahora bien, ¿tienes tú aspecto de morirte antes que tu hermano, con ese cuerpo que los dioses te han dado?

—Cualquiera puede morir en cualquier momento.

—Sí, pero en tu caso dudo que sea por una enfermedad, algo que no me atrevería a decir de él. —Bajando la voz y mirando a los lados, Escaleno añadió—: Nabis actúa de proxeneta para Cleómenes, por no decir de mamporrero.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Cuando me enteré, yo mismo me escapé una noche de aquí. Pude verlo perfectamente, pues había luna llena. Tu hermano iba con otros hombres, encapuchados como él, pero el único que entró al palacio de Cleómenes por la puerta trasera fue él. Llevaba una muchacha, con las manos atadas a la espalda, que no podía tener más de trece años. Desde entonces he hecho que sigan sus movimientos, y lo hace siempre el día de luna llena. Parece que a Cleómenes le gusta la carne tierna.

Perseo se quedó pensativo. Siempre había sabido que la política espartana estaba erizada de intrigas, una trama de intrigas que a él siempre le había costado seguir sin quedarse enredado como una mosca en una telaraña. Pero nunca habría sospechado que un Euripóntida se pusiera de acuerdo con un Agíada para perjudicar a su propia casa. Empezaba a sospechar que su propio hermano tenía que ver con la conspiración que había derrocado a su padre.

Lo que no podía sospechar era que su hermano ejercía de algo más que de proxeneta para Cleómenes y que el motivo por el que llevaba a aquellas jóvenes a su palacio era mucho más siniestro que el puro placer de la carne.

# 2

Esparta, primavera de 491 a. C.

Según el calendario, había empezado la primavera, pero la madre Deméter parecía no haberse enterado. Por algún motivo, su hija no había renacido como Core y seguía siendo Perséfone, la soberana infernal, encerrada en el inframundo con su taciturno marido Hades, el rey de los muertos.

Todos los jóvenes meleirenes de aquel año formaban en el patio de armas. Allí, después de los preceptivos sacrificios y cánticos en honor de Helena, los Dióscuros, Ártemis Cazadora y algunas divinidades más —entre las que no faltaba el supremo Zeus, evidentemente—, Amonfareto se subió a una tarima de madera y les explicó lo que iban a hacer durante el mes siguiente.

El pelotón Gea se hallaba en la posición que habría ocupado en una auténtica formación de batalla, cerca del extremo derecho de su batallón, con Nicanor abriendo la fila como jefe. En segundo lugar se alzaba Gerión, cuya cabeza descollaba sobre las demás como la de Áyax entre los aqueos que asaltaron Troya. En el quinto puesto, como había ocurrido desde el primer día de sus ocho meses de adiestramiento, formaba Perseo.

Salvando la cabeza de Gerión, desproporcionadamente pequeña en comparación con sus hombros y sus abultados trapecios, no había más obstáculos ante la vista de Perseo. En los meses de *agogé*, a una edad en la que la mayoría de sus compañeros se habían estancado, él había dado otro estirón: medía ya más de un metro noventa y sus hombros eran incluso más anchos y macizos que antes.

Hacía un día de perros. El viento soplaba en rachas tan fuertes que había arrancado varias tejas de los barracones que rodeaban el patio y una de ellas había descalabrado a un muchacho de otro pelotón. El infortunado ya estaba de vuelta en formación, con la cabeza cosida, pero desde su puesto Perseo podía ver cómo se tambaleaba por momentos. Las nubes pasaban sobre sus cabezas, bajas y veloces, sucias como las panzas lanudas de un rebaño que

atraviesa un barrizal, y cada poco rato descargaban sobre ellos una lluvia gélida que venía de través y se compinchaba con las ráfagas de viento para levantarles los faldones de los capotes y empaparles las piernas.

—¡… Y demostrad que sois dignos de convertiros en espartanos de verdad!

El interminable discurso de Amonfareto le llegaba a Perseo también en rachas, en parte por el aire y en parte porque su atención se dispersaba, pensando en lo que los aguardaba. Por fin, tras doce años de espera para los demás y ocho meses para él, había llegado el momento de la *phouaxir*, una palabra antiquísima y secreta que significaba, al parecer, el tiempo del zorro. Durante un mes vivirían apartados, o más apartados si ello era posible, del resto del mundo. De las condiciones en las que se vivía ese mes apenas sabían nada, salvo que tenían que arreglárselas por su cuenta.

Nabis, que había sufrido ya esa iniciación antes de lo que le correspondía gracias a su relación privilegiada con Cleómenes, les había dicho que hicieran acopio de todo aquello que los ayudara a sobrevivir en los bosques. Entre sus antiguos compañeros del pelotón Gea se comentaba que su iniciación había durado tres días y no un mes. Aun así, por antipático que les resultara, decidieron hacer caso de sus instrucciones.

Colgado del hombro derecho, en el petate, Perseo llevaba lo que se les había permitido encargar a sus familiares: un cuchillo de un palmo, un rollo de cuerda, eslabón y yesca, bandas de lana para cubrirse las piernas, plantas medicinales, linimentos… Con todo aquello, a Perseo no le preocupaba demasiado el futuro inmediato. La cuerda y el cuchillo le permitirían fabricar trampas e incluso un arco con el que cazar, y gracias a la yesca podría encender fuego para calentar y cocinarse. Estar separado de los demás durante un mes no representaba el menor problema para él: suponía no tener que aguantar las groserías de Brontes, las ventosidades de Polidectes o la presencia siempre amenazante de Gerión. Únicamente echaría de menos las ocurrencias de Escaleno o de vez en cuando, por qué no confesarlo, un trago de esa bota de vino que nunca parecía vaciarse.

Mientras Amonfareto seguía hablando, su hermano Nabis paseaba por delante de la primera fila, sujetando el vergajo de toro con las manos a la espalda y una sonrisa de autosuficiencia, como si se estuviera contando a sí mismo un chiste muy gracioso. Por enésima vez, Perseo sintió la tentación de tocarse la nariz, como si a esas alturas pudiera todavía enderezarse el tabique.

Pero estaba en formación, y moverse significaba diez azotes en la espalda y una noche en el hoyo.

El severo paidónomo les impartió las instrucciones finales. A partir de aquel momento se iban a separar por unidades, cada batallón en una dirección elegida por sorteo. Amonfareto las fue revelando de una en una, hasta llegar al batallón de Pitana. Por eliminación, Perseo sabía lo que les iba a corresponder, así que no se sorprendió cuando Amonfareto anunció que debían marchar al oeste, directamente a las alturas del Taigeto.

El peor lugar posible.

—¿Por qué será que me lo imaginaba? —murmuró Escaleno detrás de Perseo.

—¿Por sorteo? ¡Y una mierda! —masculló Polidectes.

—Como si nos mandan al Averno. ¡Somos los mejores! —dijo Brontes.

Una vez que cada batallón llegara al punto prefijado, continuó Amonfareto, se dispersaría por enomotías, que a su vez se repartirían por pelotones hasta que, finalmente, cada meleirén se quedaría solo en el bosque, librado a sus propios recursos.

—¡Si os acercáis a la ciudad, se os dará caza como a alimañas! ¡Si os juntáis en grupos, los *eirenes* que batirán los bosques en vuestra busca tienen permiso para alancearos como jabalíes!

A una señal del paidónomo, Amonfareto, los jóvenes armados que formaban al otro lado del patio aporrearon los escudos con las lanzas y prorrumpieron en el grito guerrero, *Eleléu*, que a los meleirenes les estaba vetado hasta que superasen la última iniciación.

—Panda de capullos —masculló Brontes delante de Perseo—. Con gusto les metería la *posthe* por la boca para hacerlos callar.

—Para eso tendrías que sacársela de la boca a tu difunta abuela —respondió Polidectes. Aquellos dos siempre estaban diciéndose groserías de aquel tipo; a veces se las toleraban y a veces acababan a puñetazos. Cuando peleaban entre ellos, Perseo se limitaba a cruzarse de brazos y disfrutar del espectáculo.

—¡Si estáis pensando en robar comida en las fincas de los montes, olvidad ese truco deshonroso! —dijo Amonfareto—. ¡Si algún sucio ilota me trae en una bolsa las manos o la cabeza de uno de vosotros al que haya sorprendido

robando en su choza, no solo no lo castigaré, sino que le daré una recompensa!

—O sea —tradujo Escaleno—, que podemos robar siempre que no nos pillen.

Perseo asintió. Pese a que llevaba poco tiempo en la *agogé*, había aprendido lo suficiente para saber que desde los primeros años los muchachos del campamento procuraban agenciarse todo lo que podían para complementar sus raciones, en ocasiones bastante magras. La idea era que aprendieran a vivir del enemigo y a moverse con sigilo por su territorio. A diferencia de otros ejércitos griegos, a los que se podía escuchar a kilómetros de distancia, el espartano estaba adiestrado para desplazarse en silencio y sin perder la orientación ni tan siquiera en la noche más cerrada.

—Debe parecer que estáis muertos —proseguía Amonfareto—, porque ¡ay de vosotros como os encontremos! Si eso ocurre, más os valdrá estar muertos de verdad.

Perseo no sabía si tomarse en serio las palabras del paidónomo. ¿Estaría dispuesto a llegar al extremo de matar a los que fracasaran en la prueba y perder futuros soldados que tan necesarios le eran a Esparta?

Por si acaso, tomando en cuenta el fanatismo de Amonfareto y la inquina que le tenía a él personalmente, procuraría no averiguarlo.

Terminado el discurso del paidónomo, él mismo llevó a cabo un nuevo sacrificio en honor de Dioniso, Zeus y Ártemis Cazadora. Mientras la pingüe grasa crepitaba sobre las llamas, unas doncellas vestidas con túnicas oscuras danzaron ante el altar y entonaron una canción de despedida, ya que iban a abandonar el reino de los vivos. Era un himno a Core-Perséfone, la doncella que bajaba al Hades, pero que volvía a resurgir cada primavera resucitada, bella, plena, y a la incesante búsqueda de su madre Deméter.

> … La madre de los dioses bajaba por bosques y cañadas
>
> con pies ligeros, siguiendo el curso de los ríos,
>
> en busca de su hija perdida. Ártemis arquera
>
> y Atenea de mirada torva, armada y con lanza,
>
> la seguían, tras la doncella raptada
>
> por el dios cuyo nombre no debe pronunciarse…

Había llegado el momento de separarse por batallones, hacer el recuento de miembros y emprender la marcha. El de Pitana contaba con ochenta y siete meleirenes, cuatro menos que cuando llegó Perseo: el entrenamiento del último año había sido tan duro que dos chicos habían muerto —uno de ellos Androcles, el que recibió a Perseo al llegar al cuartel— y otros dos, para vergüenza suya y de sus familias, habían abandonado. Tresas también había estado a punto de renunciar varias veces, pero gracias a los ánimos y la ayuda de Escaleno y Perseo había resistido hasta aquel momento decisivo.

La cuestión era si conseguiría superarlo. Mirándolo de reojo, Perseo se preguntó si sería capaz de arreglárselas por su cuenta. Tresas tenía la nariz colorada por los estornudos y los ojillos entornados para enfocar la visión, lo que hacía que se le levantara el labio superior y enseñara los dientes como una liebre. A veces, al propio Perseo le irritaba tanto ese gesto que tenía que contenerse para no tirarle del labio hacia abajo. Si a él, que era su amigo, Tresas lo sacaba de quicio, ¿cómo no iba a tener problemas con los demás?

Salieron de los barracones y tomaron el sendero que lleva hacia Pitana, la aldea que daba nombre a su batallón. Mucha gente salía a contemplarlos como si partieran a la guerra, entre ellos los familiares de los meleirenes. Perseo caminaba muy erguido, con la vista al frente, complaciéndose en destacar entre los demás. Cierto era que Gerión le sacaba un palmo; pero también que desfilaba con la gracia de una acémila.

Trató de distinguir rostros conocidos entre los curiosos que los saludaban. El camino los hizo pasar a poco más de cincuenta metros de su casa, pero por allí no asomó nadie de la familia. De su madre no lo esperaba, evidentemente. Por lo que le había contado Escaleno, siempre bien informado, Pércalo se había divorciado oficialmente de Damarato y este, a su vez, se había casado con la joven Cloe, su huésped de Mileto. ¿Habría animado aquel matrimonio a su padre, o seguiría enclaustrado sin ver la luz del sol? Si salía alguna vez de casa, desde luego no lo había hecho para ver a su hijo.

La mansión a la que se había mudado su familia tenía una torre de unos siete metros de altura, un anexo típico de muchas casas de campo. Allí, en el mirador, había dos figuras contemplando el paso del batallón de Pitana. Por la ropa, ambas eran mujeres, ambas vestidas de colores claros. Desde la distancia, Perseo no alcanzaba a distinguir sus rasgos, pero el corazón le quiso convencer de que una era su abuela. Por supuesto, ni se le pasó por la cabeza levantar la mano para saludar. Eso podían hacerlo los arcadios, los corintios o los atenienses al ir a la guerra. Nunca un espartano, ni aunque marchase al

campo de maniobras a practicar formaciones.

Dejaron atrás los alfoces de Esparta y el sendero empezó a empinarse e internarse entre arboledas. Cuando el camino llegó a la ladera de la montaña, se encontraron ante una trifurcación. Allí el batallón se dividió en las tres enomotías. La que mandaba Nabis tomó el camino más empinado de los tres, directo al oeste.

Marchaban en columna y en silencio, acompañados únicamente por el crujido de sus pisadas y por jadeos ocasionales cuando tenían que subir un trecho particularmente inclinado. Al ver el camino que tomaban, Nicanor se retrasó unos pasos, agarró del codo a Perseo y le susurró al oído:

—Desde que te trajeron, nos has echado el gafe.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Podríamos haber disfrutado el tiempo de zorros al norte o al sur y salir de los bosques por las noches a los caseríos a robar queso y vino y alguna oveja, o incluso alguna muchacha. Pero no, nos tienen que mandar a la puta montaña, donde lo más que encontraremos son cabras y pastores y osos.

—Habrá que ver si somos capaces de distinguir a unas de otros —terció Escaleno.

Por lo que veía, el discurso amenazador de Amonfareto no había calado mucho en Nicanor. No le extrañó, ya que su padre, Nicolao, era primo e íntimo amigo del paidónomo, que no se recataba de mostrar su favoritismo con el joven corredor al que llamaba «futuro olimpiónico». Lo mismo ocurría con Gerión: pensando en las dos coronas que podía conquistar Esparta en la próxima Olimpiada con ellos, a ambos los trataban casi como si ya las hubieran ganado y se les consentían conductas que eran castigadas con severidad en el caso de otros meleirenes.

El día empezaba a declinar. El viento había amainado y el cielo se abría a intervalos, por lo que durante un breve rato ascendieron con el sol de frente, acariciándoles el rostro. Después de tantas horas de lluvia y frío en el patio, resultaba una sensación agradable para variar.

Pasado un rato se detuvieron en un pequeño mirador, desde el que se dominaba todo el valle. Aunque los últimos rayos de sol todavía caían sobre ellos, tímidos como la caricia de una doncella, allí abajo la ciudad de Esparta ya se había sumergido en la sombra del Taigeto.

«Nuestra sombra», se dijo Perseo.

En aquel punto se separaron de los otros dos pelotones. Como enomotarca, Nabis podría haber elegido continuar camino con cualquier otro, pero se quedó con el Gea y encargó a dos subordinados que se acompañaran con los otros.

—Tu hermano no soporta separarse de ti —dijo Nicanor—. Luego te quejarás de que no te aprecia.

—Si seguimos subiendo —comentó Escaleno—, lo mismo llegáis juntos hasta el cielo y os convierten en constelación como a Cástor y Pólux. ¿No te encantaría pasar la eternidad con tu hermano?

Perseo fulminó a su amigo con la mirada y no dijo nada.

—¡Silencio ahí atrás! ¡En marcha! —ordenó Nabis. Aparte de un sacerdote de Ártemis y cinco ilotas cargados con grandes cestas de mimbre, lo acompañaban diez mastigóforos, una cifra exagerada para un solo pelotón: con los otros había enviado tres a lo sumo. Lo cual demostraba el miedo que le infundía quedarse a solas con su antigua unidad.

Y, no obstante, se empeñaba en hacerlo. Lo cual daba muy mala espina a Perseo.

Desde el incidente del escudo, Nabis no había vuelto a molestarlo y se limitaba a actuar como si no existiera. Si con ello pretendía hacerle daño, lo estaba consiguiendo. La indiferencia era el veneno con que su hermano lo torturaba después de haberlo apuñalado. Al menos había una contrapartida positiva: la popularidad de Perseo en el batallón había crecido desde que todo el mundo vio cómo Nabis le rompía la nariz sin justificación ninguna. Eso mitigaba en parte —solo en parte— el resquemor que muchos abrigaban contra él por haber entrado en la *agogé* en el último año y, sin embargo, haberlos superado a todos en prácticamente todas las pruebas físicas, tanto de fuerza como de habilidad o de resistencia.

El sol se puso, por fin, sobre las crestas afiladas de la montaña y las sombras cayeron rápidamente sobre ellos. Al otro lado del valle, la luna salió sobre los montes del Parnón, redonda y amarilla como una moneda de oro persa. El viento no tardó en soplar de nuevo y unas nubes aceradas desfilaron veloces tratando de devorar la luz de la luna.

Ascendían ahora una cuesta muy empinada, sembrada de grandes rocas que de cuando en cuando se rompían en lo que parecían peldaños naturales,

como si los gigantes hijos de Gea hubieran construido allí una escalera para subir al Olimpo. Al principio habían caminado entre helechos, castaños y plátanos. Los olivos silvestres de troncos retorcidos hicieron pensar a Perseo en los Nióbidas masacrados por las flechas de Apolo y Ártemis, alzando sus brazos torturados al cielo. Pero conforme ascendían la vegetación cambiaba, y se vieron caminando entre retamas espinosas, abetos y, sobre todo, pinos.

La subida era muy lenta. Cada cierta distancia se detenían y los mastigóforos, un ilota y el sacerdote se llevaban a un miembro del pelotón para dejarlo en el lugar acordado, con instrucciones terminantes de mantenerse apartado de los demás. Después regresaban y se reemprendía la marcha.

Perseo calculó que debían de estar ya en la segunda guardia cuando llegaron a un pequeño santuario situado en una oquedad y rodeado de altos abetos, lo que hacía que pareciera el pozo de la muerte. Allí se quedaron él y cinco mastigóforos, mientras los otros cinco, Nabis, el sacerdote y un ilota se alejaban llevándose a Tresas, el penúltimo miembro del pelotón en llegar a su destino. Al irse, el joven echó una última mirada a Perseo, que se dio cuenta de que su amigo apenas lo veía. De noche su miopía se agravaba. «No va a sobrevivir», se dijo Perseo, y aquel pensamiento le dolió más que todos los males que pudieran recaer sobre él en aquella desolación azotada por el viento.

Mientras aguardaban al regreso de Nabis, Perseo se acercó a mirar el tosco relieve labrado en la roca junto al altar. El viento y la lluvia lo habían erosionado, pero se reconocía la figura de un héroe que llevaba una hoz en una mano y una cabeza de Gorgona en la otra. ¡Perseo, su antepasado y epónimo! Pensó que aquello debía de ser un buen presagio, y se encomendó al héroe y le prometió un cabrito si volvía con bien de la *phouaxir*.

Olía a tierra húmeda y de vez en cuando a hojas de pino, aunque el frío amortiguaba los olores. También los sonidos se escuchaban más mortecinos de lo que habrían sido en una primavera más cálida. El ulular de las lechuzas y los autillos se oía más débil y el canto de los grillos, más lento. Todo parecía dormido.

Menos el maldito viento. Perseo se arrebujó en el capote, agradeciendo que al menos les permitiesen ir calzados y abrigados.

Un rato después llegó Nabis, que ni se dignó mirarlo cuando dio la orden de proseguir la marcha. Siguieron subiendo, subiendo, a ratos por senderos de

cabras y a ratos trepando a gatas por grandes rocas inclinadas.

Cuando Perseo se preguntaba si su hermano estaba pensando en llevarlo hasta las mismísimas cimas del Taigeto, al monte conocido como «la pirámide de Zeus», se detuvieron por fin.

—Este es el lugar —anunció Nabis, dirigiéndose a sus acompañantes, nunca a su hermano.

Dos de los mastigóforos y el sacerdote se acercaron a Perseo. El sacerdote empezó a canturrear un poema secreto que, según le explicó previamente, no debía revelar jamás si no quería acabar en el Hades sufriendo tormentos peores que los de Sísifo e Ixión. El canto le resultaba familiar a Perseo, pero tenía muchos detalles añadidos que desconocía. Trataba de lo que le ocurrió a Afrodita cuando, después de que un jabalí destripara a su amante Adonis, decidió bajar a los infiernos a recuperarlo. Una vez en el reino de los muertos, atravesaba siete puertas, y en cada una de ellas tenía que dejar una prenda o una joya. Tras perder las sandalias, la diadema, los pendientes, las ajorcas, los anillos y el chal, en la sexta puerta se veía obligada a abandonar su famoso ceñidor, la clave de su poder.

Mientras el sacerdote cantaba los versos, los mastigóforos le fueron quitando hasta el último de los objetos que había traído: el capote, el cuchillo, el gorro de fieltro, la cuerda… Todo se lo iban dando a uno de los ilotas, que lo guardaba en su cesto de mimbre. Solo ahora comprendía Perseo por qué aquellos cestos parecían pesar cada vez más.

Miró a su hermano con ira.

—Nos has engañado. Nos dijiste que podíamos traer todas estas cosas…

—¡Silencio! —ordenó el sacerdote, golpeándolo con su báculo en la espalda.

El poema terminaba con Afrodita despojándose de la túnica y presentándose desnuda e indefensa ante Perséfone, su rival por el amor de Adonis. Cuando tuvo que entregar las botas, Perseo, tiritando, se preguntó si a él también lo iban a dejar allí desnudo, a merced del viento y la lluvia de la noche.

Fue el mismo sacerdote y no un mastigóforo quien le quitó el cinturón, el símbolo de un guerrero.

—Ahora estás muerto —musitó—. Ahora eres uno de los muertos.

Perseo se le quedó mirando. El sacerdote tenía un ojo blanco y turbio, muerto como el de un pescado después de salir de la sartén.

—No has terminado el canto, anciano —le dijo al sacerdote—. ¿Qué le ocurrió a Afrodita? Es una diosa, ¿no? No puede morir…

—Eso tendrás que descubrirlo tú, hermano —replicó Nabis, dirigiéndose a él por vez primera—. Si sobrevives hasta la próxima luna llena, podrás escuchar el final del canto.

—¡Silencio! —ordenó el sacerdote—. No es ley natural que los vivos hablen con los muertos.

Sin más palabras, la comitiva se alejó por donde había venido. Perseo no se había dado cuenta del calor que emitían las antorchas hasta que se perdieron de vista tras un peñasco. Ya estaban solos él, la luna, el bosque y el viento.

Durante unos minutos se quedó allí, contemplando el baile de la luna y las nubes, y observando cómo más abajo el aire agitaba las copas de los árboles. Después, descalzo y vestido tan solo con la túnica, que a falta de cinturón dejaba que el aire se colara por todas partes, comprendió que si seguía mucho rato allí quieto no tardaría en morir.

Lo primero era sobrevivir a la primera noche. Como lo segundo sería sobrevivir a la segunda, y así sucesivamente. Pero si trataba de pensar en todo ello de golpe, lo único que conseguiría era que lo invadieran el frío y la desesperación. Era mejor proceder paso a paso, peldaño a peldaño, como si tuviera ante sí una escalera infinita.

¿De qué podía morir primero? Obviamente, de frío. Necesitaba prender fuego. Luego ya buscaría cómo saciar el hambre y la sed.

Volvió a levantar la mirada a las alturas. Tras alejarse del horizonte y perder el tono amarillento de la salida, la luna había dejado de ser una moneda de oro para convertirse en una dracma de plata. Por desgracia, las nubes que la cubrían parecían estar espesando, y cuando se veía toda su faz, la rodeaba un cerco de colores que presagiaba lluvia. «Por favor, que no llueva todavía», suplicó a Ártemis, la cazadora lunar.

Al igual que Ártemis, él avanzó descalzo por el bosque, pisando con cuidado entre las piedras y las agujas de pino. Con Fénix había hecho largas marchas sin sandalias, y en las primeras semanas de la *agogé* los callos de las plantas se le habían endurecido todavía más. Pero incluso a través de esos

callos notaba las aristas de la grava, y el frío de la piedra húmeda y de los charcos penetraba en su piel y empezaba a subir por sus talones. Se frotó el pecho con fuerza, tal como le había enseñado Fénix. «Debes mantener el calor en los pulmones y el estómago. Si el frío llega al centro de tu cuerpo, ya no habrá quien lo saque de ahí».

¿Y si penetra en los pies?, se preguntó Perseo, mientras el viento, que por la mala intención debía de ser el suegro del Bóreas, azotaba los faldones de su túnica contra sus muslos o, aún peor, se los levantaba hasta el ombligo. Siguió frotándose, pensando que eso también evitaría que se le congelaran los dedos: eran la única herramienta que le habían dejado. De cuando en cuando se detenía y brincaba en el sitio, levantaba las rodillas hasta el pecho e incluso gritaba, como si su propia voz tuviera el poder de calentarlo.

Era crucial prender un fuego. Como fuera. Pero las piedras peladas no arden, ni siquiera con el rayo de Zeus.

Llegó a un pequeño barranco rodeado por respaldones de piedra caliza. Allí, al menos, se levantaban algunos abetos y pinos negros. Entre sus troncos el viento soplaba con menos rabia. Perseo estudió el suelo. Además de grava y tierra húmeda, había una fina alfombra de agujas. Se agachó y procuró reunir todas las que pudo. Lo primero, para engordar esa alfombra y mover los pies en ella, tratando de enterrar los pies entre las agujas como si fueran arena de playa y calentarse un poco.

El aire arreció de nuevo, y al sacudir las ramas con su hostigo, regaló a Perseo una rociada de agua gélida. Maldijo en voz alta. Fénix le había dicho una vez: «Encender fuego en el campo en un día seco es pan comido, lo puede hacer hasta un arcadio. La gracia está en conseguirlo bajo la lluvia».

Era inútil buscar ramas tiradas en el suelo. Estaban demasiado húmedas. Mejor buscar las que salían del tronco a baja y media altura: algunas ya estaban muertas, secas por dentro, y además sus hermanas de la altura superior las cubrían un poco de la lluvia.

Primero necesitaba algunas herramientas. Medio a tientas y medio a la luz de la luna, encontró una piedra semienterrada en el suelo, plana y de unos tres palmos de ancho. Esa le serviría de base para su futuro fuego. «Lo voy a encender», se repitió a sí mismo, tiritando. Aunque no podía verse los labios, sabía que los tenía más morados de lo que se veían las nubes del fondo del valle al atardecer.

Encontrar una piedra que se pudiese empuñar y al mismo tiempo contase

con una arista afilada resultó más complicado. Cuando por fin la halló, la utilizó para desgajar unas cuantas ramas. De entre ellas, eligió la más gruesa, le arrancó la corteza y comprobó que por dentro se hallaba razonablemente seca. Además, no tenía ramitas secundarias, lo cual suponía una ventaja, pues los nudos internos le habrían dificultado la labor.

Se acuclilló sobre la piedra que pretendía usar como base y que ahora le serviría a modo de yunque. Apoyó el extremo de la rama en él, agarrándola con la mano izquierda, y con la derecha pasó la piedra como una cuchilla por la superficie de la rama.

—¡Mierda! —maldijo.

La piedra no servía. El filo era demasiado romo. Tenía que buscar otra.

—Madre Gea —murmuró, agachándose y tocando el suelo con ambas manos—. Tú que concediste a Deucalión y Pirra hijos para repoblarte, yo no te pido tanto. Dame solo una piedra, una miserable piedra con un filo que corte. Si me la das, prometo que en cuanto vuelva a Esparta te sacrificaré el cabrito más rollizo que puedas imaginar.

La imagen del cabrito asándose sobre las ascuas hizo que la boca se le hiciera agua y las tripas le gruñeron como si tuviera un sapo en celo croando ahí dentro. No había probado bocado desde el desayuno. Y un cuerpo como el suyo no se mantenía del aire: mientras seguía creciendo, su cuerpo se había vuelto tan insaciable como los hornos de la fragua de Hefesto.

«Lo primero es hacer fuego y calentarse —se repitió—. Lo segundo, encontrar comida».

Buscó durante un rato por el suelo, a medias rezando y a medias maldiciendo; pero con cuidado de que sus maldiciones no se refirieran en ningún momento a Gea, cuyo favor necesitaba.

Por fin encontró una lasca de aspecto adecuado. Quizá demasiado pequeña para unos dedos tan grandes como los suyos; debía tener cuidado para que no le resbalase y le cortase la piel, porque lo último que necesitaba era hacerse una herida en las manos.

Volvió a coger la rama y, murmurando una nueva plegaria a Gea, pasó el filo de la lasca por su corteza igual que un barbero deslizaría su cuchilla de cobre por las mejillas de un guerrero.

—¡Bien! —exclamó al ver cómo obtenía la primera viruta de madera fina

y seca—. ¡Gracias, gran madre!

Siguió «afeitando» de esa manera la rama, cuidando de no llevar la piedra hasta el final, de modo que las virutas siguieran pegadas al resto del palo. Pasado un rato, las virutas empezaron a formar una especie de melena rizada, que le hizo pensar en los cabellos de una Gorgona. Sacó la lengua a un lado en un gesto apotropaico para alejar el mal y prosiguió.

Cuando terminó con aquella rama, buscó otra similar y procedió a afeitarla del mismo modo. Continuó así hasta que obtuvo unas cuantas ramas adornadas con virutas, como si ellas mismas fueran árboles en miniatura de ramas rizadas.

Esas virutas finas y secas eran un buen combustible, pero no iban a prender mágicamente. Habría estado bien tener ojos como brasas encendidas, igual que las Erinias, pero no era así. Necesitaba temperatura: mucha más de la que podría obtener frotándose las manos, aunque el principio básico era el mismo. Frotar.

Se preguntó si Brontes, que estaba obsesionado por masturbarse a todas horas, conseguiría esas temperaturas en la punta de su *posthe* y sería capaz de encender fuego con ella, y aquel pensamiento absurdo le hizo soltar una carcajada.

Mientras su mente divagaba con imágenes un tanto absurdas, como la de Brontes convertido en una antorcha humana, encontró más palos que le vendrían bien. Puso uno de ellos sobre la piedra base y, con la punta de la lasca, le practicó un bisel en forma de lambda. «*Eleléu!*», exclamó mientras lo hacía, pensando en las lambdas de los escudos espartanos. Después colocó ese palo sobre las virutas de madera, parte de las cuales trituró con los dedos para conseguir una yesca más fina.

Eligió otra rama recta y aguzada como taladro. Tras colocarla en perpendicular sobre la rama base, cerca de la lambda, comenzó el lento proceso de hacer girar el barreno.

Trató de imaginar que la rama base era el ojo del cíclope Polifemo y él, Odiseo, intentando clavarle la rama taladro, «como el barreno que en manos de un hombre perfora la viga de una nave, mientras a su derecha y a su izquierda mueven dos la correa y él gira en su sitio sin pausa». Para su desgracia, no tenía ni compañeros ni correas que le ayudasen a girar el taladro.

Si todo iba bien, si no moría de frío, ya procuraría fabricarse una especie de arco con cuerdas para que le sirvieran de correas. Pero de momento la única rotación la brindaban sus manos, frotando desde la parte superior de la rama, una adelante y otra atrás, después atrás y adelante, intercambiando posiciones para hacer girar la rama, *fru, fru, fru, fru, fru*, bajando por la rama hasta llegar casi a la lambda y rápidamente arriba para empezar de nuevo.

«Al menos las manos me entrarán en calor», pensó. Recordó lo que le había dicho Fénix. «Prender fuego es como la carrera de los veinte estadios… o como hacer el amor. Empiezas con fuerza, con seguridad, pero reservando energías. Luego vas acelerando los movimientos, y cuando ves que se acerca el final, cuando la temperatura empieza a subir, en ese momento, ¡lo das todo!».

*Fru, fru, fru, fru, fru*. Adelante y atrás, arriba y abajo. Perseo empezó a canturrear una de las marchas que entonaban cuando subían una cuesta al paso ligero cargados de equipo. «Como el viento aplasta la hierba…». El ritmo machacón de los versos los animaba a redoblar el paso, pese a que la lógica habría dicho que cantar a la vez que corrían era malgastar energías. Del mismo modo, ahora el martilleo de las sílabas le ayudaba a no perder la cadencia que había adquirido, *fru, fru*, adelante, atrás, abajo, arriba, abajo…

Primero empezó a brotar un polvillo negro. Un instante después recibió una señal de los dioses: un rayo de luna se coló entre las nubes y las ramas y cayó justo sobre la punta del taladro. Allí, en el palo base, se estaban formando unos puntitos blanquecinos. «Gracias, hermosa Ártemis», murmuró. Dobló la espalda para soplar con suavidad, sin dejar de girar el taladro. Mientras lo hacía, se encomendó mentalmente a Hefesto y Prometeo, y también a Hestia: toda divinidad que tuviera algo que ver con el fuego recibió sus votos.

Por fin una mínima llama prendió en los trozos de viruta pulverizados. Pero esa yesca podía arder y consumirse muy rápido y él no tenía tanta como para desperdiciarla. Así que puso encima las ramas afeitadas, y cuando estas empezaron a arder, añadió más palitos, formando una especie de trípode para que el fuego («El fuego es como una persona, que sin aire se asfixia») pudiera respirar.

Fuego, fuego… Un poeta que había acudido al palacio de su padre le había explicado que el alma era una mezcla de fuego y de agua. «Tanto el hombre sabio como el guerrero deben purificarla de esa parte acuática, porque

así el alma, reducida a fuego, un elemento más noble y ligero, ascenderá a las alturas del cielo con los dioses».

Su alma tal vez no, pero algo de calor sí que ascendía de las llamas. Sin dejar de canturrear, se puso en pie y se arriesgó a dejar su hoguera sola durante unos instantes para buscar más palos y ramas. Al ver cómo las lenguas doradas crecían cual las cabezas de la Hidra brotando del pantano de Lerna, Perseo se incorporó y empezó a bailar cerca de ellas, levantando un pie primero y luego el otro para calentarse las plantas entumecidas.

—*Phouaxir! Phouaxir!* —repitió de forma un tanto absurda, y luego levantó los brazos a la luna y aulló no como un zorro, sino como un lobo, convencido de que iba a sobrevivir a aquella prueba.

Y por un momento se olvidó de que era el príncipe destronado, el hermano traicionado, el proyecto de ciudadano, el amante sin esperanzas, y fue tan solo un muchacho de diecinueve años hambriento y aterido, pero pletórico de energía y feliz bajo la luna llena.

# 3

## Monte Taigeto, principios de la primavera

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó uno de los dos hombres, mientras se abría la zamarra de piel con que se cubría y se levantaba la túnica para sacarse el miembro.

Perseo estaba tumbado sobre un risco que le permitía espiar el pequeño claro que se abría a sus pies sin ser visto. Convencido de que Tresas no sobreviviría solo a la *phouaxir*, había desandado el camino recorrido día y medio antes con Nabis y sus mastigóforos para localizarlo y ayudarlo a prender fuego o lo que fuera menester. Entonces había escuchado voces y, recordando las advertencias del severo Amonfareto —«Si os juntáis en grupos, los *eirenes* que batirán los bosques en vuestra busca tienen permiso para alancearos como jabalíes. Debe parecer que estáis muertos, porque ¡ay de vosotros como os encontremos! Si eso ocurre, más os valdrá estar muertos de verdad»—, había decidido esconderse y estudiar la situación antes de hacer nada.

En esa zona se hallaba Tresas, tal como había imaginado. Para su sorpresa, había logrado encender una pequeña fogata. Pero el primero de los dos hombres, un tipo sucio y de barbas greñudas, estaba orinando encima para apagarla. Tresas se encontraba tirado en el suelo, despatarrado y sangrando por la nariz. Su agresor, otro individuo de aspecto tan montaraz como el primero, le tenía puesto un pie en el pecho. En la mano derecha empuñaba una lanza; de momento la mantenía en vertical, con la contera apoyada en el suelo, pero en cualquier instante podía utilizarla para ensartar a Tresas.

—¿Qué tenemos, preguntas? —dijo el hombre de la lanza, dirigiéndose a su compañero—. Uno de esos *espartanos* que se creen mejores que los demás. Míralo, sin cien tíos con escudos y lanzas a su lado parece lo que es. ¡Una boñiga! ¿No crees que lo suyo es meterle la lanza por el culo para que sea una boñiga pinchada en un palo? Seguro que ya lo tiene bien abierto,

porque todos estos espartanos son más maricones aún que los tebanos.

Ilotas, pensó Perseo. O no exactamente ilotas, puesto que no parecían estar sometidos: mesenios, a juzgar por el acento, que sonaba muy semejante al laconio pero con las consonantes más contundentes. ¿Qué hacían en la parte oriental del Taigeto? A juzgar por su aspecto, parecían cazadores, o tramperos, o ambas cosas a la vez. Cualquiera de ambas ocupaciones en territorio espartano —lo cual implicaba también Mesenia— les habría costado la vida, pues solo se podía cazar, poner trampas o pescar con autorización. Los ilotas carecían incluso del derecho a portar armas.

Probablemente, aquellos furtivos habían escapado de las tierras de su legítimo señor espartano. En parte, Perseo podía entenderlos: él jamás habría aceptado ser siervo de nadie y habría huido al fin del mundo en caso de necesidad con tal de ser libre.

Pero que comprendiera sus motivos no significaba que les fuera a dejar salirse con la suya. Ellos eran ilotas y Tresas era espartano, y además camarada.

Los evaluó rápidamente como adversarios. Uno de ellos, el que estaba orinando en la hoguera, era alto y corpulento, si bien no llegaba a la estatura de Perseo. Llevaba un machete en el cinturón y un hacha colgada a la espalda. El otro tenía un cuchillo similar, más la lanza con la que proyectaba ensartar a Tresas.

Por su lado, Perseo se había agenciado un retoño de roble tan alto como él. En la parte de la raíz terminaba en una protuberancia redonda y dura, mientras que el otro extremo lo había aguzado con una piedra para convertirlo en una rudimentaria lanza. De momento, no había conseguido cobrar ninguna presa con ella, pues dejaba mucho que desear como arma arrojadiza, pero esperaba que le resultara útil para el combate que se avecinaba.

En cambio, y de nuevo para sorpresa de Perseo, Tresas había conseguido más que él como cazador: al lado del fuego tenía un conejo a medio despellejar. Todo sugería que los tramperos lo habían interrumpido cuando trataba de prepararse el almuerzo.

No era cuestión de aguardar más. Encima de la peña donde estaba tumbado Perseo había unas cuantas piedras sueltas. Las examinó rápidamente y escogió una de medio puño de ancho, el tamaño justo para resultar contundente y al mismo tiempo poder apuntar con ella. Sin llegar a la asombrosa puntería de Escaleno, que con aquella mano de dedos atrofiados

era capaz de acertarle a un nido de arrendajos a más de veinte pasos, Perseo siempre había gozado de una excelente coordinación entre ojo y mano.

Arriesgándose a ser visto, se puso de pie encima de la roca, calculó la trayectoria y disparó. La piedra pasó volando entre dos de los árboles que rodeaban el calvero y acertó al trampero en la sien. El sonido del impacto fue satisfactorio, pero Perseo no se quedó esperando a disfrutarlo, sino que saltó desde lo alto de la peña, cayó sobre los helechos que crecían bajo ella, encogiendo las rodillas para amortiguar el impacto, y sin perder un instante corrió en ayuda de su amigo.

Mientras el furtivo que había recibido la pedrada caía y se revolcaba en el suelo húmedo con una mano en la cabeza, el otro se descolgó el hacha de la espalda y fue al encuentro de Perseo, quien, por su parte, lo desafió:

—¡Aquí tenéis a otro espartano!

Su adversario era el más corpulento de los dos tramperos, un hombre con fuerza suficiente para manejar aquella hacha, que parecía muy pesada. Un arma terrible en las manos apropiadas, y sin duda las de aquel hombre lo eran.

Plantando los pies en la trayectoria que llevaba Perseo, el trampero agarró el mango por el extremo y balanceó el hacha por detrás de sus hombros. Con aquella empuñadura tan larga y aquella hoja tan grande y pesada, parecía evidente que el impulso del golpe iba a ser suficiente para decapitar a Perseo y enviar su cabeza girando por los aires hasta el otro extremo del claro.

El primer problema para el trampero era que, si quería adquirir suficiente impulso con un arma de aquella forma y tamaño, tenía que maniobrar de un modo tan aparatoso que igualmente podría haber comunicado sus intenciones con una almenara encendida en lo alto del Taigeto.

Su segundo problema era que no se enfrentaba a un adversario cualquiera, sino a Perseo.

El hacha todavía no había llegado al final del recorrido necesario para cobrar impulso cuando Perseo ya se había metido dentro de la distancia de su rival, realizando el mismo giro de hombros y cintura con la rama de roble, con la diferencia de que no tenía que luchar contra la inercia de un peso tan grande y de que él era mucho más rápido y fuerte.

Justo en el instante en que el hacha se detenía antes de cambiar de trayectoria, el nudo que remataba el retoño de roble impactó contra el rostro del trampero. Perseo lo había cogido del extremo, lo que sumaba a los dos

metros de la improvisada garrota su propia envergadura. El resultado fue que cuando golpeó la nariz de su adversario, la raíz nudosa del retoño llevaba tanta velocidad como un proyectil y el aire silbaba a su paso.

Aquel silbido se convirtió en un crujido seco, el de los cartílagos y los huesos nasales al romperse. El impacto resultó tan certero y tan centrado que la propia cabeza de su adversario detuvo en seco el arco de la rama. Eso ahorró a Perseo el esfuerzo de frenar el movimiento, de modo que una fracción de segundo después pudo echar atrás los brazos de nuevo y repetir el golpe. El nudo de roble impactó en esta ocasión en la boca del furtivo y, apoyado por todo el peso de Perseo, le destrozó los dientes.

Su adversario, más por reflejo o inercia que por intento, todavía trató de utilizar el hacha. Pero Perseo se fue desplazando hacia su derecha en pequeños saltos y aprovechó cada uno de ellos para repetir el golpe una y otra vez, ahora contra su nuca. En cada ataque empleaba más fuerza y rabia, poseído por una especie de furia homicida, como si aquel trampero furtivo fuese el saco relleno de arena contra el que Fénix le hacía entrenar hasta que quedaba agotado.

Después de recibir en rapidísima sucesión cinco golpes en la cabeza, su adversario dobló la rodilla y sus manos soltaron el hacha.

Al verlo entregado de aquella forma, como una vaca ofreciendo la testuz a la segur del sacerdote, Perseo levantó la rama sobre su propia cabeza, llevando el extremo por detrás casi hasta sus pies, y después trazó un arco fulgurante y la hizo bajar en vertical. La potencia del golpe fue tanta que la vibración de la madera le dolió en los dedos, y a través de ellos sintió cómo se rompían los huesos del cráneo de su contrincante.

El trampero cayó de bruces al suelo como un árbol talado. Perseo no quiso correr riesgos, empero, y de una patada le apartó el hacha de las manos. Mientras lo hacía, ya estaba mirando de reojo al otro enemigo.

Tresas se había tirado encima de su espalda, le tenía rodeado el cuello con un brazo y estaba forcejeando con él para inmovilizarlo. El trampero no había soltado la lanza, que mantenía bajo el cuerpo. Perseo se acercó a él, se acuclilló para agarrar el arma y se la arrebató de un violento tirón. Después le apoyó la punta en la nuca, lo que hizo que el furtivo por fin se estuviera quieto.

—Déjame a mí, Tresas.

Cuando su amigo se apartó un par de pasos, Perseo plantó el pie en el costado del trampero y lo empujó para obligarlo a girarse boca arriba. Después le puso la punta de la lanza entre ambas clavículas, apoyada en la parte superior del esternón de tal modo que encajara en la escotadura. Fénix le había enseñado que ese era el mejor modo de asestar un golpe de gracia para evitar que la hoja resbalara.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

—¿Y tú quién eres para preguntarlo?

Perseo aumentó un poco su presión.

—El hombre que tiene tu lanza y que va a metértela por el culo como no respondas.

El trampero bizqueó para fijar la vista en el final de la lanza, una moharra de palmo y medio de longitud. Estaba oxidada, algo que desagradó a Perseo. Fénix le había enseñado a limpiar y aceitar sus armas antes incluso que a utilizarlas, y en la *agogé* eran todavía más obsesivos con el mantenimiento del equipo.

—Somos de Alagonia —contestó por fin el trampero.

Perseo rebuscó en su memoria. Alagonia. Le habían hablado de aquella villa. Un pueblo de montaña situado en las laderas occidentales del Taigeto. Gente tosca, sucia y miserable. Pero eso era lo mismo que venían a decir de todos los ilotas de Mesenia.

No obstante, aquellos dos tipos parecían cumplir con el tópico. Desde donde estaba, a Perseo le llegaba un hedor agrio y rancio, como el de una quesería con el suelo sembrado de excrementos. El hombre tenía los dientes desgastados y negros, y la barba y el cabello enredados en nudos sucios de tierra y de Zeus sabría qué.

—¿Qué hacéis aquí en nuestro territorio? ¿Por qué habéis atacado a mi amigo?

—Ha dicho mi amigo… —murmuró Tresas a su espalda, con tono embelesado. Perseo no le hizo caso. Ya tendrían tiempo para efusiones de camaradería.

—¿Vuestro territorio? —replicó el ilota—. ¿Quién te ha dicho que es vuestro territorio, espartano? ¡No sois más que ladrones de tierras y de mujeres! ¡Pero eso se va a acabar!

—¿Qué quieres decir?

El mesenio sonrió. Al hacerlo mostró que, además de tener picados los dientes, le faltaban varias muelas.

—Pronto todos se unirán contra vosotros. Mesenios y arcadios, ya lo verás. ¡Mi primo Licaón el Lobo os arrancará el hígado a bocados y lo devorará!

—¿De qué estás hablando?

El hombre se metió la mano bajo las pieles mal cosidas que envolvían su cuerpo y sacó algo de allí. Era una cuerdecilla sucia de la que colgaban dos orejas humanas.

—¿Qué es eso? —preguntó Perseo.

—Nuestros trofeos de caza. Espartanitos como vosotros, a los que dejan en esta montaña sin armas. ¡Sois un regalo para nosotros! —replicó el furtivo con una carcajada.

—¿De qué te ríes? Sabes que vas a morir.

—Ya me habrías matado en lugar de hablar tanto, niñato. Se te nota en los ojos que no tienes cojones para hacerlo así.

—¿Se me nota en los ojos? —replicó Perseo—. Míramelos bien, mesenio. No parpadees.

«¿Debería preguntarle el nombre?», dudó. No, aquella no era una victoria heroica al modo de Homero como para alardear de ella en el futuro.

Clavó sus propios ojos en el trampero, apretó ambas manos sobre el asta de la lanza y empujó usando parte de su peso. Al hacerlo, se esforzó él mismo en no pestañear y se concentró en las sensaciones. A través de las manos notó la levísima resistencia de la piel y después el freno del cartílago, apenas una fracción de segundo antes de que se rompiera con un chasquido. Vio cómo los ojos del mesenio se abrían de asombro y escuchó un grito que un instante después de brotar quedó encharcado en sangre y ahogado por falta de aire.

A los pocos segundos, la mirada de aquel hombre se congeló y sus dedos quedaron inmóviles, como garfios en el aire, como si trataran de aferrar algo que se escapaba. Ese algo que antes hacía brillar sus ojos con malicia y que de pronto los había abandonado.

Su *psykhé*, su aliento vital.

Perseo notó un escalofrío en la espalda, como si durante un segundo hubiera bajado la temperatura del bosque detrás de él, y supo al instante que se trataba del aleteo de las Keres, que habían venido a llevarse a su víctima.

—Lo has matado —murmuró Tresas.

—Ellos intentaban matarte. También me habrían matado a mí.

—Ya, pero… Yo…

Perseo se quedó mirando el cadáver unos segundos.

—¿Habías matado a alguien antes? —preguntó Tresas.

—No.

Tiró de la lanza. Salió sin problemas, suavemente, lo que significaba que no se había enganchado en las vértebras. Según Fénix, la zona más peligrosa para que la punta quedara atorada era el costillar.

Perseo examinó el arma con la que había cobrado su primera vida. El astil se veía ligeramente curvado por la humedad y en el filo de la hoja herrumbrosa se apreciaban mellas. Pero, tomando en cuenta la situación, se trataba de una buena arma: un regalo de los dioses, considerando que estaban en la *phouaxir* donde ni cinturón les habían dejado.

—¿Qué sientes, Perseo? ¿No tienes ganas de vomitar?

—No siento nada.

No era ninguna baladronada. Había dejado de prestarle atención al cadáver y estaba pensando en otros asuntos prácticos. Dejando a su primer muerto tendido en el suelo, desanduvo sus pasos para regresar con el otro trampero, el del hacha. En todo momento lo había vigilado con el rabillo del ojo, pero no lo había visto moverse.

Cuando se acercó a él, pudo comprobar por qué. El rostro del mesenio había quedado irreconocible; pero, al parecer, el golpe que lo había matado fue el último, el que le había roto la parte superior del cráneo.

De modo que el hombre al que había liquidado de un lanzazo no era su primera víctima, sino que lo era este otro. Perseo ni siquiera había sido consciente de acabar con su vida. Fénix le había dicho en una ocasión, hablando de la guerra: «Es probable que yo haya segado alguna vida sin ser consciente de haberlo hecho. Así es el caos de la violencia, el reino de Ares y Enío».

Como siempre, al tirar del recuerdo de su maestro, aparecía otro que lo llenaba de rencor y vergüenza y hacía que la sangre le afluyera a la cabeza.

Bagabigna.

«Aún tienes que matar a muchos hombres para enfrentarte a mí».

—He matado a mis dos primeros, bárbaro —masculló Perseo—. Ya queda menos para el día en que pagues tus cuentas.

—Despierta, Perseo. Necesito tus servicios, y los necesito ahora.

Perseo abrió los ojos, aturullado. Durante unos segundos creyó encontrarse no ya en el campamento de la *agogé*, sino en el viejo palacio Euripóntida. Después recordó y descubrió que estaba tumbado dentro del refugio que había improvisado para esa noche. Durante aquellos primeros días de la *phouaxir* había descubierto varios lugares resguardados para pernoctar; lugares que alternaba por desconfianza de que alguien o algo pudiera localizarlo con demasiada facilidad, pues quién sabía qué presencias humanas, animales, divinas o demoníacas moraban entre aquella espesura salvaje.

Aquel cobijo, en concreto, lo había levantado de tal manera que tenía la espalda protegida por dos paredes de roca que se juntaban en forma de lambda, como el símbolo de Lacedemonia. Puesto que Esparta no había sido del todo protectora con él —por no decir nada protectora—, no consideraba que la forma de esas rocas fuese del todo una señal de buen agüero, por lo que reforzó las defensas clavando por delante unas estacas afiladas que apuntaban al frente. Como techo, una celosía de ramas y hojas lo protegía del relente, aunque contra la lluvia de dos noches antes ese tipo de estructura había resultado inútil y él había terminado empapado.

Tan inútil como habían demostrado serlo las defensas para evitar la entrada del extraño que le acababa de hablar. Fuese quien fuese, había trepado por las rocas hasta allí sin dificultades, había pasado sobre las ramillas secas que al troncharse debían alertar a Perseo y no se había pinchado con las estacas.

Lo peor no era eso, sino que Perseo no se había despertado. Parte de su adiestramiento con Fénix había consistido en aprender a dormirse y despertarse varias veces y con un ritmo caótico a lo largo de la noche, e incluso en ocasiones de día. «Un soldado debe aprovechar para dormir cuando tiene la menor ocasión, pues no sabe cuándo será la próxima. El

soldado perfecto es el hombre más gandul del mundo: siempre lo verás con la espalda apoyada en un tronco y el yelmo sobre la cara, sesteando para ahorrar fuerzas antes de la batalla, pero con un ojo y un oído abiertos para entrar en acción en menos tiempo de lo que tarda en latir el corazón».

Perseo debía de haber cerrado por completo ambos ojos y, especialmente, ambos oídos.

Delante de él, alto y erguido como un poste, había un hombre vestido con una larga túnica y un manto fino. Ambas prendas eran tan blancas que parecían fosforescer en la oscuridad, a la manera de la imagen que queda en la retina cuando se mira fijamente una luz intensa y después se cierran los párpados.

Por un instante, Perseo pensó que era Bagabigna y que el Asesino Blanco había regresado de la lejana Persia arrepentido de haberlo dejado con vida. Echando mano a la lanza que tenía a la derecha, se incorporó.

O eso creía él. En realidad, esos dos movimientos pasaron por su cerebro, pero no llegó a realizarlos. Cuando lo intentó, descubrió que estaba paralizado, preso de un profundo torpor que irradiaba de su pecho y agarrotaba sus miembros. Aquel extraño entumecimiento parecía provenir del bastón del desconocido, una larga vara rematada por una intrincada flor de loto mecánica.

En la oscuridad apenas se distinguían los rasgos de aquel hombre, pero al menos se dio cuenta de que no se trataba de Bagabigna. No obstante, eso no significaba que su vida no corriera peligro. Sobre todo, mientras no recuperase el control de sus miembros.

—Vamos, Perseo. ¿Es así como te han enseñado a levantarte en la *agogé*, remoloneando en la cama como un panzudo mercader corintio? —preguntó el desconocido, ajustándose el morral que llevaba atravesado sobre los hombros.

De pronto, aquel marasmo que agarrotaba su cuerpo desapareció como por ensalmo. Perseo tomó la lanza y se levantó como había previsto, apuntando con la hoja de hierro a menos de un palmo del rostro de aquel hombre, fuese quien fuese.

El desconocido ni se inmutó.

—Veo que te has equipado muy bien para la *phouaxir* —dijo el hombre—. No todo el mundo posee la habilidad para extraer hierro de las rocas del bosque, fundirlo y forjarlo en una lanza, o para no solo matar a un ciervo, sino

arreglárselas para curtir su piel.

Perseo se miró a sí mismo de abajo arriba. Desde que diera muerte a aquellos dos tramperos mesenios, su existencia en la *phouaxir* había sido mucho más confortable. Él y Tresas se habían repartido las pertenencias de ambos.

—Pero ¿no nos castigarán si nos ven con estas ropas? —había preguntado Tresas, mientras se ponía la pelliza del trampero al que Perseo había dado muerte con la lanza.

—Nos dejan en el monte con la idea de que usemos el ingenio y nos las apañemos para sobrevivir —había respondido Perseo—. ¿Qué más da matar a un ciervo para arrancarle la piel, o matar al hombre que mató al ciervo y quitarle la piel que le arrancó? Además, nos ahorramos el trabajo de preparar el cuero. ¿Tú sabes curtir?

—¿Yo? ¡Si llevaba media mañana para despellejar un triste conejo! —reconoció Tresas, mostrándole a Perseo sus manos temblorosas.

—Al menos lo habías cazado. Eso ya es mucho.

Sandalias, cuerdas, redes, cepos de diversos tamaños: habían requisado todo lo que llevaban encima los tramperos, incluyendo el queso, los higos secos y el tasajo de los morrales, por no hablar de los dos pellejos de vino. Les habían despojado, igualmente, de los cinturones y las botas. Perseo había tenido que romper las punteras de las suyas, ya que le resultaba imposible acomodar en ellas los pies, cuyo tamaño era proporcionado al de sus manos; pero la diferencia entre dejar que se le colara el aire frío por la punta de los dedos y caminar descalzo entre rocas y espinos era más que considerable.

Por supuesto, se habían apoderado de sus armas: Perseo había decidido quedarse con la lanza y ceder el hacha a su compañero.

De ese modo, habían dejado los cadáveres vestidos únicamente con las túnicas, que se veían remendadas y sembradas de manchas y lamparones cuya procedencia Perseo prefería no imaginar.

—¿Vamos a dejarlos aquí, para que los devoren las alimañas del monte? —preguntó Tresas.

—Son renegados —respondió Perseo—. Pensaban matarte y después usar tus orejas como colgante. No pienso malgastar una gota de sudor en enterrarlos.

—¿Y si sus espíritus nos acosan?

—Procuraremos no volver por aquí, por si se quedan merodeando. Pero si alguno de ellos decide acosarme, ¡peor para él!

«Venid a mí, fantasmas», añadió para sí, recordando al espectro del asesino Eufaes que se le aparecía en las pesadillas de su niñez y al que había acabado expulsando de sus sueños a puñetazos.

Ahora, al verse a sí mismo caliente, calzado, armado y mucho mejor alimentado de lo que esperaba gracias a las provisiones y a los adminículos de caza de los tramperos, pensó que tal vez aquella no era la filosofía de la *phouaxir* y que por eso el desconocido había dejado caer aquel comentario sarcástico sobre su habilidad para fundir y forjar hierro.

—No le des vueltas a eso, Perseo —le dijo el hombre de blanco—. Se os deja en el monte para que aprendáis a manteneros por vosotros mismos en territorio hostil. Eso es lo que has hecho. Ahora, levanta.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

Sin responderle, el desconocido se dio la vuelta y tomó una trocha que ascendía zigzagueando entre rocas, con tanta seguridad como si en lugar de caminar casi a ciegas en la noche lo hiciera a plena luz del sol.

Si Perseo quería satisfacer su curiosidad y averiguar quién era aquel tipo, no le quedaba otro remedio que seguirlo.

«Si le pego una lanzada en una pierna, seguro que se detiene a contestarme», pensó.

En ese momento, el desconocido se detuvo, clavando el báculo en el suelo. El sutil tintineo metálico que acompañaba sus pasos se interrumpió de súbito. Perseo llegó a su altura y se plantó junto a él. Al hacerlo, comprobó que, aunque aquel hombre tenía una estatura considerable, se quedaba por debajo de la suya.

—¿Que cómo lo sé?

Perseo tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba respondiendo a su pregunta anterior, «¿Cómo sabes lo que estoy pensando?».

—Los jóvenes como tú prácticamente hacéis ruido al pensar. —El desconocido le plantó un dedo en la frente. Su piel emitía tanto calor como si sufriera de una fiebre altísima—. Cuando piensas, es como si ahí dentro estuvieras ronchando hojas de lechuga, *cronch*, *cronch*, *cronch*.

—Ya está bien —dijo Perseo, agarrándole el dedo para retirarlo de su frente. Pero cuando quiso retorcerlo, no tuvo más remedio que soltarlo, pues su temperatura había subido tanto que casi quemaba. Eso hizo que la exigencia de sus palabras posteriores perdiera fuerza, pero ya estaban saliendo del cerco de sus dientes y era imposible retenerlas—. Está claro que tú sabes quién soy. ¿Quién eres tú? Dímelo de una vez.

El desconocido lo miró fijamente a la cara. Aunque la luna a esas alturas del mes no era más que un gajo menguante, el cielo estaba tan despejado que su luz era suficiente para que Perseo pudiera distinguir los rasgos de aquel hombre. Tenía las facciones duras, con pómulos marcados y una nariz muy larga y fina. La barba le llegaba casi hasta el pecho, dividida en dos trenzas de cuyas puntas colgaban sendos cascabeles de cobre. Perseo comprendió entonces la razón del peculiar tintineo que había escuchado antes.

—Soy Tisámeno de Élide —respondió el desconocido.

«Élide», repitió para sí Perseo. La comarca situada al noroeste del Peloponeso, donde se hallaba el santuario de Olimpia. El dialecto de aquella región era prácticamente igual que el dórico que hablaba Perseo, salvo algunas sutiles diferencias, como la extraña manía de los eleos de utilizar una preposición que significaba «en» donde los demás griegos decían «hacia», lo que hacía que hubiera que traducir mentalmente ciertas construcciones para no equivocarse.

—¿Qué quieres de mí, Tisámeno?

—He de hacer un largo viaje y necesito que tú seas mi guardaespaldas.

—¿Un largo viaje? Yo tengo que estar de regreso en el campamento en menos de veinte días. No puedo emprender ningún viaje.

Bajo la luz incolora de la luna, Perseo advirtió una leve torsión en la comisura del labio del tal Tisámeno. Algo le hizo sospechar que aquello era lo más parecido a una sonrisa que se permitía aquel hombre.

—Créeme, del mismo modo que el universo puede caber en una nuez, en menos de una luna pueden caber los viajes de siete vidas.

Con aquella enigmática frase, Tisámeno se dio la vuelta y reemprendió la marcha. Perseo se preguntó qué hacer. Después pensó que el camino de aquel hombre parecía alejarlo de Esparta, lo que suponía que él no se iba a encontrar con los *eirenes* que vigilaban a los iniciados en la *phouaxir*. Además, había despertado su curiosidad.

«Qué demonios. ¿Qué más puedo perder?», se dijo y siguió a Tisámeno.

Caminaron durante el resto de la noche y el día siguiente, sin apenas descansar. Llegados a lo alto de las crestas que coronaban la línea más oriental de cumbres, volvieron a descender a un paraje hondo y oscuro que según Tisámeno era conocido como el Valle de las Sombras, pues se hallaba rodeado por tales alturas que apenas recibía la luz del sol unas horas al día.

A partir de allí reemprendieron la ascensión hacia el suroeste. Las encinas y los alcornoques dieron paso a los robles, y estos a los pinos. Después, conforme la temperatura bajaba, los pinos se hicieron cada vez más enanos, hasta ser sustituidos por matorrales de enebro. A continuación solo quedó el musgo, y al musgo lo sustituyó la roca pelada, e incluso esta acabó tapada por la nieve tardía de aquella primavera que no acababa de llegar.

Por fin, al atardecer dejaron de ascender porque habría resultado imposible: habían llegado a la montaña más alta del Taigeto, una cumbre en forma de pirámide. La abuela de Perseo le había contado que Zeus había tallado las paredes de aquel pico con sus rayos, cuando combatió a los Gigantes hijos de Gea que pretendían asaltar los cielos para disputarle el poder.

Arrebujándose todo lo que podía en las pieles que le había arrebatado al trampero muerto, Perseo giró en derredor para contemplar el panorama a través de las nubes blancas de su propio aliento. La vista era asombrosa. Al oeste se veía el mar, ensangrentado por la luz del sol poniente, mientras que al sur las montañas se prolongaban en un larguísimo promontorio, que por lo que Perseo sabía llegaba hasta el cabo Ténaro. Al este, todo el valle del Eurotas se abría bajo ellos, sumido ahora en las sombras proyectadas por las mismas montañas que estaban pisando.

—No te he traído hasta aquí para que disfrutes del paisaje, muchacho —dijo Tisámeno reanudando la marcha, esta vez para bajar hacia el oeste. Sus pasos y su bastón crujían sobre la nieve. Perseo lo siguió de nuevo.

«Vamos a matarnos despeñados por algún barranco», pensó. El sol iba a ponerse en breve y la exigua luna que quedaba todavía tardaría en salir.

Pero Tisámeno, que durante el viaje hasta aquella montaña se había negado a contestar más preguntas sobre su identidad, su familia o su ocupación, parecía tener el don de ver en la oscuridad, como los búhos. En realidad, todo en el eleo —sus ademanes, lo enigmático de sus palabras, la forma en que parecía intuir los pensamientos ajenos— hacían sospechar a

Perseo que se encontraba ante un hombre sagrado, un adivino.

Durante un largo rato, mientras el cielo se oscurecía poco a poco, bajaron por la ladera nevada. Perseo procuraba pisar sobre las huellas que dejaba Tisámeno, confiando en que así no se hundiría ni resbalaría. Después llegaron de nuevo a la zona de roca pelada, en la que quedaban apenas neveros dispersos. Un poco más abajo reapareció la vegetación en forma de musgo y algunos matorrales. Perseo se preguntó si no podrían haber rodeado la cima en lugar de coronarla, si bien por otra parte se alegraba de haber disfrutado de la soberbia vista que se divisaba desde aquella altura.

Descendían ya en una oscuridad casi total. Tisámeno decidió que era mejor detenerse y pasar el resto de la noche al amparo de unas rocas salientes que formaban un semicírculo y protegían de los peores hostigos del viento. Perseo arrancó algunos arbustos de tallos duros y retorcidos y, gracias a la yesca, el eslabón y el pedernal del trampero muerto, encendió una fogata que, sin ser muy grande, al menos evitaría que muriesen ateridos.

Que muriese él, se corrigió Perseo. Pues Tisámeno, que había subido a la cumbre nevada tan solo con la túnica y aquel manto tan fino, parecía inmune al frío. Preguntándose si por las venas de aquel hombre corría sangre, icor divino o algún otro humor, Perseo se acurrucó contra la pared de roca, encogió las piernas contra el pecho para conservar el calor, las abrazó y, tal como había aprendido a hacer con Fénix, se durmió al instante.

Tisámeno lo despertó poco antes de salir el sol y ambos reemprendieron la marcha bajo la luz de hierro que precede al alba. Menos de una hora después, Tisámeno anunció por fin que habían llegado a su destino. Entre dos crestas de caliza que parecían las fauces colmilludas de una bestia petrificada se abría su boca, la entrada de una cueva.

Pasaron al interior, agachándose para no chocar con el dintel de aquella puerta natural. Dentro se abría una cámara en forma de bóveda irregular. Las manchas de tizne de las paredes sugerían que anteriores ocupantes habían prendido hogueras y antorchas allí. A la derecha se abría un túnel negro, que a Perseo se le antojó que debía conducir al inframundo.

—Tranquilo —le dijo Tisámeno—. Algún día tendrás que arrastrarte por una cueva más estrecha que esa, pero ese día todavía no ha llegado. Por el momento nos quedaremos aquí.

—¿Qué has querido decir? ¿Por qué voy a tener que arrastrarme por una cueva? —preguntó Perseo, que sentía aprensión ante la idea de verse

encerrado en pasajes angostos.

—Será la única forma de recuperarte a ti mismo y volver a ser quien eres. Pero queda mucho para eso. Ahora, debes montar guardia.

—¿Por qué debo montar guardia?

—He de hacer un viaje muy largo. Estaré aquí, pero no estaré. Desde este punto geomántico voy a visitar las encrucijadas donde se entrelazan los hilos del tiempo y a asomarme al lugar donde solo se atreven a mirar las Moiras.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo —replicó Perseo, preguntándose si había algo que entender o si todo lo que estaba saliendo por la boca del eleo no era más que faramalla.

—No hace falta que lo entiendas —sentenció Tisámeno, despojándose del manto como si estuviera en un hogar caldeado y no en una húmeda cueva de montaña—. Ahora, trae toda la leña que puedas. No querrás morir de frío.

Cuando Perseo regresó, cargado con un gran haz de ramas —por qué no se habría quedado con el hacha en lugar de la lanza, se preguntó—, encontró, para su asombro, que Tisámeno no solo se había despojado del manto, sino también de la túnica y únicamente llevaba puesto un escueto taparrabos. Estaba sentado en el suelo de la cueva, cerca de una de las paredes, con las piernas cruzadas en una extraña posición, de tal modo que cada pie reposaba sobre el muslo contrario. Tenía ambas manos sobre el regazo y los ojos cerrados y su pecho casi lampiño subía y bajaba muy lentamente al compás de su respiración.

«No querrás morir de frío», había dicho aquel extraño sujeto. O sea, que se refería solo a Perseo. Tocándole un hombro, comprobó que la piel de Tisámeno, pese a que la temperatura de la cueva era bastante baja, seguía estando caliente.

Era un adivino, no cabía duda alguna, se dijo mientras empezaba a amontonar piedrecillas y ramas para encender fuego. Y, como solía ocurrirles a los adivinos, estaba más loco que la proverbial Acó, aquella mujer que cada vez que se veía en el espejo se ponía a discutir con su propia imagen.

Así transcurrieron tres días con sus noches. Perseo, al que Tisámeno no había explicado ni media palabra de sus intenciones antes de entrar en trance, pensó infinidad de veces en abandonar a su suerte a aquel individuo al que no le debía nada. Pero por alguna razón no lo hizo, sino que se quedó montando guardia junto a él, observando cómo respiraba a aquel ritmo tan pausado que

resultaba casi imperceptible, una vez por cada veinte que Perseo tomaba aire.

Únicamente abandonaba su puesto de centinela para hacer sus necesidades fuera de la cueva. Por aquellos andurriales prácticamente pelados había poco que cazar, de modo que procuró racionarse las provisiones que todavía le quedaban del trampero. No obstante, con las cantidades que engullía él, racionarse significaba comer como una persona normal, de modo que no tardó en echar mano del morral de Tisámeno. Allí encontró nueces en abundancia, queso curado e higos secos. De carne, nada. Tal vez Tisámeno pertenecía a alguna de aquellas extrañas sectas de las que había oído hablar Perseo, como los seguidores de un tal Pitágoras, que se negaban a probar la carne porque pensaban que al hacerlo podían estar devorando a alguno de sus antepasados difuntos, retornado a la existencia en forma de vaca o de cabra.

En su letargo, Tisámeno hablaba a ratos. Lo hacía de una forma tan desconcertante que, la primera vez que lo oyó, Perseo dio un respingo, se levantó y salió corriendo de la cueva. Después, cuando estaba a cierta distancia ladera abajo, se dijo que era ridículo temer a un hombre inmóvil y sentado en taparrabos, y volvió a entrar.

Se acercó con precaución a Tisámeno. Sus ojos se estaban moviendo por debajo de los párpados a una velocidad pasmosa. Sus labios hacían lo propio, de manera que más que moverse vibraban, y las palabras brotaban de ellos a tal velocidad que en lugar de un lenguaje humano semejaban el trino de un pájaro, lo que explicaba el primer sobresalto de Perseo.

Enseguida el ritmo de aquellas palabras cambió y se sosegó lo suficiente para que Perseo entendiera parte de lo que decía.

—… Medidas parejas de la tinaja de la gloria y de la tinaja de la humillación, y el dolor será su compañero. Será el último entre los espartanos y, cuando llegue la hora decisiva, será el primero de los espartanos.

Perseo pensó que se trataba de algún tipo de profecía. ¿La estaba pronunciando para él? ¿A qué se refería con «el primero de los espartanos»?

El ritmo de las frases continuó lentificándose, hasta tal punto que las palabras se convirtieron en sonidos sueltos, tan graves que se antojaba imposible que pudieran surgir de un cuerpo humano. Finalmente, Tisámeno guardó silencio de nuevo.

Aquella circunstancia se repitió varias veces durante el trance de Tisámeno. Perseo lamentó no tener nada con que apuntar las palabras que

escapaban de la boca del adivino —estaba ya convencido de que no podía ser otra cosa—, por si todo aquello que escuchaba poseía algún significado importante para su propio futuro. Si aquel excéntrico individuo lo había buscado a él —precisamente a él entre todos los hombres del mundo—, tenía que deberse a algún motivo relacionado con la voluntad de los dioses.

—… Un ejército puede ganar una guerra sin espías. Jamás podrá ganar sin adivinos —dijo Tisámeno en uno de aquellos interludios inteligibles, lo que hizo a Perseo ratificarse en su creencia acerca de su profesión.

El tono en que hablaba el eleo no era siempre el mismo: a veces sonaba sentencioso, como el de un oráculo que comunica la voluntad de los dioses, y otras parecía que estuviera hablando con alguien, aunque siempre con cierta entonación solemne. Resultaba desconcertante seguirlo: era como si Tisámeno saltara en el tiempo, adelante y atrás, atrás y adelante, mezclando en aquella extraña verborrea diversos momentos del pasado.

¿Serían también momentos del futuro? Solo de pensarlo, a Perseo se le erizaba el vello de todo el cuerpo. ¿Se estaba asomando al porvenir en los labios de aquel hombre?

—… Sombras más oscuras que las del Hades acechan junto a sus aguas —declaró en otro de sus monólogos, que quizá eran diálogos con alguna presencia cuya voz Perseo no llegaba a percibir. Tras una breve pausa, Tisámeno agregó—: Para cazar a Cerbero, Heracles tuvo que bajar…

¿Al infierno?, ¿a la morada de Hades?, se preguntó Perseo, pues esta vez los labios de Tisámeno se aceleraron y sus palabras se tornaron de nuevo ininteligibles. Durante unos segundos trinó como un jilguero y después volvió a guardar silencio durante un largo rato.

Otra de sus frases dejó estupefacto a Perseo por la seguridad con que la pronunció:

—… Puedo invocar todos mis recuerdos, desde el mismo momento en que la semilla de mi padre fructificó en el útero de mi madre.

¿Era posible algo así? Viendo a aquel hombre, desnudo en una cueva de montaña que ni con la hoguera llegaba a caldearse y cuya piel, sin embargo, seguía estando más caliente que la del propio Perseo; a aquel hombre que respiraba tan despacio que cualquier testigo lo habría dado por muerto y que sobrevivía sin comer ni beber; observándolo, en suma, uno llegaba a creer que alcanzar tal proeza de conocimiento fuera lo más sencillo para él.

—… Lleno de impureza que ya te devora —dijo Tisámeno en otra ocasión —. Te corroe por dentro. Tu carne ya no es alimento suficiente para la ponzoña que tienes dentro. La putrefacción de tu…

¿Con quién estaba hablando Tisámeno? El desprecio resultaba patente en su tono. ¿Acaso se dirigía a un Perseo del futuro? ¿Le ocurrirían cosas tan atroces en su vida como para emponzoñar y pudrir su alma?

«Eso nunca sucederá», se prometió a sí mismo.

Durante aquel tiempo, los fragmentos inconexos que escuchó le permitieron, al menos, intuir una mínima parte de la historia del propio Tisámeno. Al parecer, en el pasado había sido —Perseo no creía que aquello fuera a acaecer en el futuro— un gran atleta, hasta tal punto que había llegado a competir en el pentatlón de Olimpia. Su nombre, no obstante, no le resultaba familiar. No debía de tratarse de ninguno de los ganadores que los heraldos proclamaban después de cada Olimpiada en las principales ciudades griegas.

—… Cinco victorias me garantiza el dios. Vuestras son, Leónidas, si sois lo bastante sabios para…

¿Leónidas? ¿Se refería al Leónidas al que él conocía, el tío de Gorgo? ¿Por qué le ofrecía esas cinco victorias deportivas? ¿Qué tenía que ganar Leónidas con ellas?

En cualquier caso, resultaba difícil reconstruir una narración coherente a partir de las palabras de Tisámeno. A veces brotaban de su boca lo que parecían ser presagios extraídos de vísceras animales y relativos a batallas («Los presagios sugieren que debes seguir una táctica defensiva y no atacar hasta que los dioses te envíen su señal»). Incluso en varias ocasiones se expresaba en idiomas bárbaros de los que Perseo no comprendía ni una sola palabra.

Perseo dormitaba a saltos, temeroso de que el adivino despertase de su trance y se marchara de la cueva sin que él se percatara, o de perderse alguna revelación significativa. Todo aquello, por absurdo que se le antojase, no podía estar ocurriendo si no era por algún importante designio de los dioses.

Cuando estaban a punto de cumplirse los tres días, Perseo se encontraba agotado y hambriento; al menos, no lo acuciaba la sed, pues de una pared de la cueva manaba agua de sabor algo calcáreo, pero potable, que se acumulaba en una especie de pileta natural. En su duermevela, a veces creía ver cómo el adivino se ponía de pie ya vestido, o levitaba sobre su cabeza y conversaba

con él desde aquella posición imposible. Incluso en una ocasión presenció cómo un enorme oso pardo entraba en la cueva a cuatro patas y se ponía en pie, tan alto que su cabeza casi tocaba el techo. Pero cuando Perseo empuñó la lanza y arremetió contra él, el oso se convirtió en un hombre cubierto de pieles que salió corriendo y huyó ladera abajo. Perseo, adormilado, no llegó a saber si había visto de verdad a aquel hombre oso o lo había soñado.

El trance terminó pasados esos tres días, pero Perseo tampoco supo si había acabado porque esa era su duración natural o porque él había roto la extrema concentración del adivino. En cierto momento Tisámeno declaró:

—Voy a quedarme contigo hasta el final, Ferenice. Y te garantizo una cosa. Desde el Hades obtendrás tu venganza por lo que te ha hecho…

El corazón de Perseo dio un vuelco dentro de su pecho y después se desbocó con latidos apresurados, dolorosos como puñaladas. El final de la frase de Tisámeno resultó ininteligible, pues de pronto su voz se había tornado tan lenta y cavernosa como podría haberlo sido la de la misma madre Gea si tuviera boca.

Perseo agarró a Tisámeno por los hombros, tan calientes que parecían febriles, y lo sacudió.

—¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho de mi abuela? ¿Le ha ocurrido algo? ¿De quién se tiene que vengar?

El adivino abrió los ojos. Bajo los párpados no asomaron ni sus iris ni sus pupilas, únicamente el blanco de sus escleróticas.

Perseo, que estaba sentado en el suelo delante del adivino, se sobresaltó y reculó sobre su trasero como un cangrejo.

Pero lo que ocurrió después resultó todavía más perturbador.

Ante la atónita mirada de Perseo, las raíces de la barba y los cabellos de Tisámeno empezaron a teñirse de blanco, un blanco tan lechoso como el de aquellos ojos ciegos y abiertos de par en par. Aquella albura nívea se propagó tan rápida como un incendio por un trigal seco, hasta llegar a las puntas de la barba, allí donde colgaban los cascabeles de cobre.

Cuando aquel prodigio terminó, la cabeza del adivino quedó coronada por un halo blanco, que contrastaba con su tez curtida y los rasgos casi juveniles de su rostro.

Perseo se había puesto en pie y se disponía a salir corriendo, en esta

ocasión para no regresar, cuando los ojos de Tisámeno hicieron algo muy extraño, un movimiento confuso y borroso. Después, el adivino lo miró con los mismos ojos oscuros e inquisitivos con los que Perseo lo había conocido.

—¿Adónde vas? —preguntó, como si nada hubiera ocurrido—. ¿Pretendes regresar a Esparta? Todavía no ha terminado tu tiempo del zorro.

Perseo volvió a acercarse a Tisámeno con pasos cautelosos. Recordó las enseñanzas de Fénix: ante una amenaza externa, los impulsos del animal humano son esconderse, huir o atacar. Pero cuando esa amenaza resultaba ser sobrenatural, ¿qué se podía hacer?

Tisámeno, con una flexibilidad pasmosa en alguien que había permanecido inerte tres días, se puso en pie sin utilizar las manos. Después se agachó, recogió sus ropas y empezó a vestirse como si nada extraño hubiera acontecido en aquella cueva.

—Has estado tres días y tres noches sin moverte —dijo Perseo en tono neutro.

—Lo sé.

—Era como si estuvieras dormido. Apenas respirabas. Y hablabas en tus sueños. Hablabas mucho.

—Porque he visitado muchos lugares y a mucha gente.

—Has dicho que ibas a quedarte con mi abuela hasta el final. ¿Qué significa eso? ¿Qué le ha ocurrido?

—No creo conocer a tu abuela.

—Ahora no, pero tal vez en el futuro.

—Tal vez. Por el momento no la conozco.

—Pero tú has visto cosas que van a ocurrir en el futuro. Eres un adivino, ¿me equivoco?

—Es la tradición familiar —asintió Tisámeno—. Desciendo de los Yámidas de Élide.

—Me interesa ahora más mi familia que la tuya. Tú has visto algo que le ocurrirá a mi abuela en el futuro. ¿Qué es?

El adivino, ya vestido, meneó la cabeza a ambos lados, haciendo tintinear los cascabeles de su barba, que ahora, en su caída, se confundía con el blanco

inmaculado de su túnica.

—Ni las propias divinidades alcanzan a ver adónde conducen los senderos del futuro. Únicamente las Moiras los conocen en toda su extensión.

—Las Moiras… —susurró Perseo, imaginándose a tres ancianas implacables hilando en una cueva oscura como aquella.

—A su lado incluso Zeus es pequeño y débil. Ellas deciden los destinos de los universos. Las Moiras juegan a los dados con mundos enteros y entretienen su tiempo eterno apostando entre ellas y estudiando con ojos de hielo el resultado de sus juegos infinitos.

Pensar que existían presencias numinosas aún más poderosas que los dioses olímpicos hizo que a Perseo se le pusiera la carne de gallina.

—Las Moiras a veces permiten que algunos mortales atisbemos vislumbres fugaces de lo que está por venir —continuó Tisámeno—. Pero ese conocimiento no está al alcance de todos. Los protagonistas del futuro no pueden conocerlo.

—¿Por qué?

—Si conoces lo que va a suceder dentro de un año, te prepararás para ello, cambiarás tu conducta, y cuando llegue ese momento actuarás de otra forma, con lo cual habrás cambiado el futuro. No será, por tanto, el futuro que se te ha revelado, lo que demuestra que en realidad no lo conocías.

Tratando de seguir el razonamiento de Tisámeno, Perseo se aturulló tanto que la cabeza empezó a darle vueltas, literalmente. Estaba agotado por la falta de sueño, pero en la *agogé* había pasado ciclos de vela peores. Había algo más, una extraña pesadez dentro de su cabeza que no podía explicar.

—Siéntate, Perseo —le dijo Tisámeno—. Descansa.

—No tendría por qué estar cansado —respondió Perseo, pero se dio cuenta de que si no se sentaba, el vértigo iba a hacer que se desplomara—. No he hecho nada para estar cansado.

—Nos encontramos en uno de los escasos puntos por donde las energías de la gran madre Gea fluyen como la sangre. Otro es el *khásma*, la grieta en Delfos, pero de ese lugar tienen el monopolio los sacerdotes del oráculo y la Pitia. Lo que ocurre es que la energía que a mí me ha dado la gran madre Gea para impulsarme en mi viaje…

Perseo se sentó en el suelo, apoyando las manos a ambos lados para

estabilizarse. La cabeza le seguía girando y notaba una extraña opresión en el cuello, como si este quisiera hundirse dentro de su cuerpo, y el cuerpo a su vez fuera a sumergirse en la roca de la cueva. Si no quería ser aplastado por esa fuerza vertical, tenía que estirarse en horizontal, tumbarse. Se dejó caer lentamente, se extendió y colocó la mejilla sobre la piedra fría y húmeda.

—… A ti te la ha absorbido. —La voz del adivino, que habitualmente sonaba dura como el pedernal, se había convertido en un arrullo monótono—. Ella es quien domina las corrientes del tiempo, la primera que existió y la última que existirá, cuando todo lo demás se haya convertido en polvo calcinado por la hoguera del tiempo.

—¿Qué tiene que ver eso con mi abuela? —preguntó Perseo. Le costaba hablar; era como si sus mandíbulas se estuvieran convirtiendo en corcho, y los párpados se le cerraban como cortinas de plomo—. ¿Qué le va a ocurrir? ¿De quién se tiene que…?

«Vengar». La última palabra quedó flotando dentro de su boca. Sintió la mano del adivino en la frente, dura y caliente como una piedra que se pone sobre la hoguera para después calentar el lecho.

—Duerme, Perseo. —La voz de Tisámeno sonaba cada vez más lejana, como si entre su mano y su boca hubiera un mundo de distancia—. Olvida tus preocupaciones. Será la última vez que puedas descansar en mucho tiempo.

Y Perseo durmió.

Cuando despertó, estaba acurrucado en el suelo y tiritando de frío. Era de noche, y por la boca de la cueva entraba un suave resplandor plateado. Se puso en pie y miró en derredor. Los rescoldos de la hoguera emitían algo de calor, pero era tan tenue que calculó que debía llevar casi media noche apagada.

El maldito adivino lo había dejado allí para que se congelara, sin molestarse en preparar un fuego en condiciones antes de marcharse. ¡Después de que él había estado vigilando su trance durante tres días enteros!

Recogió sus cosas. El zurrón pesaba más de lo que recordaba. Cuando lo abrió, descubrió que dentro había tajadas de carne asada fría, de algún animal que no era capaz de identificar. De modo que Tisámeno, que al parecer mataba bestias pero no las comía, había cazado y cocinado algo antes de marcharse. ¿Cómo podía haberle dado tiempo?

Al salir de la cueva y levantar la vista al cielo lo comprendió.

Habían entrado en la gruta antes del novilunio. Ahora, la luna que señoreaba el cielo mostraba su disco blanco casi completo. A juzgar por el borde sombreado de su parte izquierda, en otras dos noches sería luna llena, y él tenía que estar de regreso para entonces.

¿Cuántos días había estado durmiendo dentro de la cueva? ¿Catorce, quince? Aquello no era sueño, sino letargo, hibernación más propia de un oso como el que había creído ver en la cueva que de un humano.

—Es imposible —murmuró.

Tenía que ponerse en marcha ya, aunque fuera de noche.

¿Tenía?

Durante un instante sopesó la posibilidad de dirigirse al oeste, al mar, y buscar alguna embarcación que lo llevara lejos de Esparta, de Grecia, de los problemas que parecían complicar su existencia cada día más. Algún lugar encontraría donde pudiera vender los servicios de su lanza. Aunque fuese una lanza tan mediocre como la que empuñaba ahora: lo importante era la carne del brazo, no la madera del astil. ¿Qué se le había perdido a él en Esparta?

Con un suspiro, desechó aquella tentación. Los problemas no dejaban de ser amenazas, aunque de una naturaleza más sutil e insidiosa. Y ante una amenaza solo cabía huir, esconderse o atacar.

Y él era Perseo. Nunca huía ni se escondía.

Volvió a respirar hondo para tomar fuerzas y emprendió el regreso al lugar más parecido a un hogar que tenía.

# 4

Del mismo modo que los jóvenes iniciados del batallón de Pitana se habían ido repartiendo por el monte para pasar la *phouaxir* por separado, con la nueva luna llena debían congregarse en el mismo lugar donde Nabis los había dejado.

Pero cuando Perseo llegó allí, no había nadie esperando. Alzando la mirada al cielo para contemplar la faz redonda de la luna, se preguntó si en lugar de haber dormido días en aquella cueva no habrían sido meses, o incluso años. La única forma de saberlo era seguir bajando por el valle hasta alcanzar el campamento y descubrir qué había pasado.

Al cabo de un rato, llegó al lugar donde se había separado de Tresas. Era fácil reconocerlo, por el santuario y el altar con el relieve casi borrado que representaba a Perseo con la cabeza de Medusa. Pero allí no estaba su amigo, aunque a cambio se encontró a Escaleno.

Ambos se abrazaron de forma espontánea y después se apartaron un poco, agarrados todavía por los hombros, para examinarse mutuamente.

—Tienes buen aspecto —dijo Escaleno—. Aunque no sé si es porque estás en cuesta o es que has crecido, te veo más alto.

—Tú tampoco estás mal. Yo diría incluso que se te ve más gordo.

Escaleno soltó una carcajada.

—¿Si te confesara un secreto no se lo dirías a nadie?

Perseo levantó la mano derecha.

—Te lo juro por la Estigia.

—He pasado casi todo este mes en una cueva, cuyo paradero jamás confesaré, recibiendo las visitas de mis sirvientes… y de alguna sirvienta.

Perseo tocó las pieles que cubrían el cuerpo de su amigo. Estaban sin curtir, tiesas y con restos de carne que olían a podrido.

—¿Y esto?

—Me lo han preparado mis criados. Tal parece como si yo mismo hubiera matado un ciervo en el monte y hubiese preparado esta chapuza con su piel. ¿Y tú? ¿De dónde has sacado esa pelliza? Tiene bastante mejor aspecto que lo que llevo yo.

Perseo le explicó cómo había ido a buscar a Tresas y su breve combate con los dos tramperos.

—Supongo que lo que has hecho se puede considerar sobrevivir en medio de una naturaleza hostil —comentó Escaleno—. Pero yo no me fiaría de cómo puede reaccionar tu amado hermano cuando te vea con esa lanza y esas pieles. Por ser tú, es capaz de decir que has desobedecido las normas de la *phouaxir* y mandarte otra vez al monte o expulsarte de la *agogé*.

«Que se atreva», pensó Perseo, pero fue una idea fugaz. No se trataba de su hermano, sino de las personas poderosas que lo apoyaban, como Amonfareto o, según sospechaba, el propio rey Cleómenes.

—Puede que tengas razón —admitió, despojándose de la pelliza y dejándola caer entre unos arbustos, junto con la lanza, el zurrón e incluso las sandalias. Regresaría únicamente con la túnica, tal como se había internado en la espesura. Si alguien le preguntaba cómo había sobrevivido, se limitaría a contestar: «Sobreviviendo».

Puesto que allí no aparecía nadie a buscarlos, siguieron descendiendo hacia el valle. Poco después se encontraron con Nicanor, bastante más demacrado que ellos, lo que hacía que sus mejillas ya de por sí enjutas se vieran hundidas y oscuras como cuévanos. Para sobrevivir al frío se había cubierto con una combinación indescriptible de pieles y cortezas de árbol, y llevaba en la mano una lanza de madera que le servía también de cayado.

—¿Sabéis algo de Nabis?

—Nada —respondió Escaleno.

—¿Y tú, Perseo?

—¿Acaso soy su guardián?

Tras una breve deliberación, decidieron continuar su camino. Descendieron largo rato sin encontrar a nadie más, ni de su pelotón ni del resto del batallón. Conforme bajaban, la temperatura aumentaba, para alivio de Perseo, descalzo y vestido únicamente con la túnica.

Habían llegado a una zona más llana, poblada de castaños, cuando oyeron voces familiares.

—¡Deja de resistirte! ¡Te va a doler más todavía!

—¡Soltadme! ¡Dejadme en paz, por favor!

La primera voz era la de Brontes, algo que a Perseo, acostumbrado a no hacerle caso, le habría resultado indiferente en otras circunstancias. Pero la segunda era la de Tresas. Al comprender que se hallaba en apuros, apretó el paso para adelantarse a Nicanor y Escaleno.

Al llegar a un pequeño claro entre los árboles, descubrió que su amigo estaba atado al tronco de un castaño con una cuerda que seguramente le habían quitado a él: parte del botín de guerra despojado a aquellos dos tramperos mesenios.

Aparte de Tresas y Brontes, allí estaban los otros miembros del pelotón: Polidectes, Idomeneo y, sobre todo, Gerión.

Ese era el problema más grave. Mientras Polidectes le subía la túnica a Tresas para desnudar su trasero, Gerión había hecho lo propio con la suya para sacarse el miembro y se disponía a sodomizarlo, doblando las rodillas para ponerse a su altura.

—¡Si ya estás acostumbrado! —insistió Brontes.

—Vamos —dijo Gerión, tocando con su manaza la cabeza de Tresas en un gesto que difícilmente se podría interpretar como una caricia—. ¿No nos has echado de menos?

Perseo recordó por un instante aquel día en que escapó de palacio para visitar a su hermano en la *agogé*, y al descubrir que unos críos mayores le estaban pegando y querían hacerle revolcarse en un charco de orines, se había abalanzado sobre ellos.

«Eres valiente, pero estás loco. Nadie puede vencer a seis adversarios», le había dicho Trasilao, cuando ya lo tenían reducido en el suelo.

Ahora no eran seis, sino cuatro.

Pero, para complicar las cosas, uno de esos cuatro era Gerión.

¿Huir, esconderse, atacar?

Siempre atacar.

Sin decir nada, corrió hacia el grupo, saltó en el aire y, aprovechando el peso de su cuerpo, descargó un puñetazo de arriba abajo en la mandíbula de Polidectes, que cayó como un fardo.

Rápidamente se volvió hacia Brontes, que apenas había tenido tiempo de verlo llegar, y le pateó los testículos. El joven soltó un resoplido, dobló las rodillas y se retorció en el suelo, arrugado como una oruga.

Aunque Perseo llevaba deseando hacer aquello desde el mismo momento en que conoció a Brontes, ahora no tuvo tiempo de disfrutar contemplando los efectos de su patada. Sin permitirse tan siquiera respirar, se giró hacia Idomeneo, que había levantado los puños para defenderse, y le clavó el codo debajo de la oreja. Podría haberlo hecho más fuerte y romperle el hueso, pero reprimió la potencia del golpe para no tener que explicar a Amonfareto por qué había matado a un compañero de pelotón.

Mientras los tres meleirenes derribados se agitaban en el suelo como peces fuera del agua, Gerión se apartó por fin de Tresas, bajándose los faldones de la túnica. De reojo, porque no quería perderle de vista los ojos, Perseo observó el bulto de su entrepierna. Su miembro era grueso como una porra, pero no tan largo como cabría esperar de alguien de su tamaño. En realidad, todos en el pelotón se veían desnudos constantemente, y el que mejor provisto estaba, al menos en circunstancias de reposo, era Escaleno, que solía comentar que era debido a sus ofrendas a Príapo.

Aquel era un buen blanco, un lugar sin músculos ni huesos. Dispuesto a acabar con la pelea por la vía rápida, Perseo repitió la táctica que había usado con Brontes y le lanzó una patada a los testículos. Pero el gigante era más rápido de lo que cabría esperar en alguien de su tamaño y se apartó lo justo para recibir el golpe en la cadera.

Aun así, cualquier otro mortal se habría derrumbado de rodillas, pues Perseo había puesto en la patada toda su alma. Y, sin embargo, Gerión no pareció acusar el golpe.

En cambio, Perseo sí que sintió el puñetazo de Gerión.

Aunque llegó a detenerlo con el brazo derecho, la fuerza de su rival era tanta que un relámpago de dolor le trepó del codo al hombro, como si le hubieran atizado con un martillo de herrero.

Gerión usó la zurda para pegarle en la boca del estómago, mucho más rápido de lo que Perseo se imaginaba. El efecto fue devastador. Pese a que sus

músculos abdominales eran duros como una tabla de madera, el golpe lo pilló entre respiraciones, cuando los tenía casi relajados, y el puño de Gerión se hundió en su abdomen.

Perseo reculó y levantó los brazos para cubrirse de nuevos golpes. Pero su diafragma se había quedado paralizado y era incapaz de coger aire. Sin que pudiera evitarlo, sus piernas se doblaron y cayó de rodillas.

Con la vista clavada en el suelo y la mente concentrada en ordenar a su cuerpo que respirara, notó cómo Gerión lo agarraba por el pelo, que durante la *phouaxir* le había crecido bastante, y le enderezaba la cabeza. Perseo le aferró el antebrazo y trató de apretar, pero el primer golpe del gigante le había dejado el brazo medio dormido, y en esas circunstancias hincar los dedos en la carne de Gerión era como hacerlo en una estatua de mármol.

Perseo levantó los ojos hacia el gigante, que estaba alzando el otro puño para golpearlo.

—Dale saludos a Caronte de mi parte, Basilisco.

Perseo pensó que un puñetazo de aquel coloso en pleno rostro podía ser devastador.

Y lo fue.

Perseo intentó mover el cuello a un lado, pero aun así recibió el impacto en el pómulo. El hueso crujió, a punto de romperse, y la piel se rasgó como lino. El puño de Gerión era tan grande que también le alcanzó el labio superior y lo reventó, y por debajo Perseo notó cómo se le movían los dientes y la boca se le llenaba de sangre.

Si no se derrumbó en el suelo fue porque Gerión lo mantenía agarrado del pelo. Ni siquiera notaba el tirón, pues el dolor en el rostro era anonadante, como el latido de un corazón más grande que su cuerpo, y su diafragma se seguía negando a obedecerle.

«Voy a morir», comprendió. Si no lo mataba el próximo golpe, lo haría el tercero o el cuarto. Por un instante recordó lo que le había sucedido a Alceo, aquel infortunado muchacho que había luchado contra Gerión en las Jacintias: el gigante le había roto el cuello y lo había dejado paralítico durante un mes, lo que tardó en morir.

Su agonía no iba a durar tanto, sospechaba.

—¡Quietos!

La orden restalló como un látigo en la noche, tan sonora que Perseo la escuchó por encima del zumbido de sus oídos. Conocía bien esa voz, que nadie se atrevía a desobedecer.

Leónidas.

Y, sin embargo, Gerión no soltó la presa, aunque al menos desvió su atención hacia el recién llegado y renunció por el momento a seguir golpeando a Perseo. Leónidas entró en el claro, haciendo flamear su manto rojo como las alas de un águila. Lo seguía su fiel Diéneces, y también un pelotón de guardias reales que se quedaron al borde del claro, a una distancia prudencial.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Nicanor se adelantó, mientras los tres meleirenes derribados por Perseo se levantaban a duras penas.

—Nada grave, señor —dijo Nicanor—. Una pequeña discusión entre compañeros de pelotón, nada más.

Gerión, por fin, soltó a Perseo. Este solo quería derrumbarse y boquear sobre la hierba del suelo como un pez arrojado a la orilla, pero la dignidad se lo impedía. Diéneces se acercó a él y le tendió el brazo. Era la segunda vez que lo levantaba del suelo, aunque la primera, después del combate contra Bagabigna, se la habían contado porque no la recordaba.

—¿Estás bien, muchacho?

Aunque fuera una mentira palmaria, Perseo asintió. Un año antes habría reprendido a Diéneces por llamarle «muchacho». Ahora no lo hizo. Como bien le había dicho Trasilao cuando lo sacó de su casa en plena noche, desde que dejó de ser príncipe no era más que una boñiga seca.

—¿Una pequeña discusión? —preguntó Leónidas en tono incrédulo.

Nadie se atrevió a contradecir a Nicanor, que era oficialmente su jefe. Los espartanos no eran como los atenienses o los argivos: sabían obedecer aunque creyeran que su superior los llevaba a hundirse de cabeza en la montaña de mierda de los establos de Augías.

Pero la mirada de Escaleno fue reveladora y Leónidas la siguió. Al ver a Tresas atado al árbol, comprendió la situación de golpe.

—Desatadlo ahora mismo —ordenó, señalando a Brontes, que seguía agarrándose los testículos, y a Polidectes.

—Era una broma inocente, señor —aseguró Brontes.

—¿Inocente?

Leónidas se plantó entre ellos, con las manos detrás de la espalda. Era un hombre acostumbrado al poder, lo que significaba que no tenía que poner las manos delante del cuerpo para protegerse y que cuando necesitaba coger algo, se lo traían.

En su momento, Perseo había caminado así por las calles de Esparta. Pero ya no lo hacía. Se dio cuenta de que su postura había cambiado. Ya no confiaba en nadie.

«Volveré a caminar así», se prometió.

—¿Puedes decirme qué ha pasado aquí, Perseo? —preguntó Leónidas.

Perseo miró a ambos lados. Por cruel y abusivo que le pareciera lo que había ocurrido, las cosas del pelotón habían de quedar en el pelotón y solucionarse dentro de la camareta.

—Estoy un poco confuso, señor —contestó, con la voz todavía ahogada. La cara le seguía latiendo y cada palpitación era un latigazo de dolor.

Leónidas miró a Gerión, que seguía con los puños cerrados en actitud desafiante y los brazos separados del cuerpo, ya que sus enormes dorsales no le permitían pegar las manos a las caderas.

—No me extraña que lo estés, viendo de dónde te han llovido los golpes —dijo Leónidas.

«No me han llovido los golpes —pensó Perseo—. Solo han sido tres». Pero se calló la respuesta, porque lo más humillante era que, en efecto, Gerión no había necesitado más que tres puñetazos para dejarlo balanceándose al borde de la muerte.

Leónidas se volvió hacia Tresas, que se frotó las manos para controlar su temblor. Tenía los ojos tan entornados que Perseo sospechó que no veía el rostro de Leónidas, tan solo un borrón indefinido.

—¿Estás bien, muchacho?

Tresas asintió.

—¿Cómo te llamas?

—Aristodemo, señor. Hijo de Timandro.

—Humm. No conozco a tu padre…

Escaleno se acercó a Leónidas y le dijo algo en voz baja, a lo que el hermano de Cleómenes asintió diciendo: «Entiendo». Perseo sospechó que acababa de explicarle que Tresas no era hijo de un auténtico espartiata y que estaba en el campamento como *móthax*, patrocinado por él.

Dirigiéndose a todos, Leónidas preguntó:

—¿Os parece bien lo que habéis hecho? ¿Os parece noble, os parece algo que os atreveríais a contar a vuestras madres?

Brontes, cuya incontinencia verbal le impedía sentir la menor vergüenza, respondió:

—A todos nosotros nos han hecho lo mismo y no nos hemos muerto.

—¿De verdad? ¿Y te parece bien hacerle a un compañero algo que no te gusta que te hagan a ti?

—Ah, pero a él le gustó —dijo Gerión.

La mirada de Leónidas lo fulminó.

—Firme, meleirén.

El gigante se puso recto, doblando los codos para pegar los puños a los costados. La voz de Leónidas había sonado áspera como una piedra amoladera, con un tono preñado de amenaza. Incluso su mano se movió para apartar a un lado la capa y acariciar el pomo marfileño de la espada.

Después se dirigió de nuevo a todos.

—Futuros espartanos, ¿sabéis lo que guía a los hombres para vivir con nobleza? ¿Sabéis qué es lo que los inspira?

Todos se miraron entre sí, sin saber qué responder. Leónidas señaló a Nicanor con el dedo.

—¿Para vivir con nobleza, señor? —repitió Nicanor.

—Eso he preguntado.

—Tener sangre noble corriendo por las venas —respondió el jefe del pelotón con voz titubeante.

—¡No! Contesta tú, Perseo.

—La sed de honor —respondió Perseo. A su pesar, su voz sonaba todavía

ahogada y corta de aliento. El dolor del rostro no dejaba de crecer y ahora lo golpeaba en oleadas, como la marejada estrellándose contra los muelles de piedra de Gitión, *boommm, boommm*.

—¡Tampoco! ¿Y tú, Espertias?

—Te contestaré que lo que inspira a los hombres son las riquezas para que tú puedas responderme que no, señor.

A su pesar, Perseo sonrió. Escaleno sabía decir esas cosas con tal desenvoltura que lo que en otro habría sonado insolente en él parecía natural.

—Y claro que te responderé que no. ¿Nadie sabe contestarme?

Ante aquel largo silencio, Leónidas miró a Diéneces.

—Dínoslo tú.

—El amor —respondió Diéneces.

Se oyeron algunas risitas contenidas, pero bastó una gélida mirada de Leónidas para sofocarlas. «¿El amor?», se preguntó Perseo. ¿A qué se refería el Agíada?

—Perseo ha hablado de la sed de honor —explicó Leónidas—. Él se ha acercado a la verdad. Lo que lleva a un hombre a realizar grandes obras es la vergüenza ante las acciones feas y el deseo de honor. ¿Y quién hace eso? El hombre enamorado. Pues si al hombre enamorado, el *erastés*, se lo descubre haciendo algo infame o degradante, o permitiendo por cobardía que otro se lo haga, ¿qué le dará más vergüenza, que lo vean su padre, su madre, sus hermanos, sus amigos? ¡No! Lo peor para él, lo que menos podrá soportar, es que lo vea su amado, su *erómenos*.

Meditando en ello, Perseo se acordó de Gorgo. ¿Permitiría él que violaran a Tresas y que luego Gorgo se enterase de que él se había quedado de brazos cruzados?

En realidad, eso ni siquiera se le había pasado por la mente. El impulso de defender al débil había brotado de su estómago sin pasar por ningún razonamiento, tal como le había ocurrido tantos años atrás con su hermano.

Se dio cuenta de que había sido así por algo parecido a lo que decía Leónidas, solo que en lugar de pensar en Gorgo o en otra amante, lo que lo impulsaba a él era el afán de estar a la altura de su abuela: «Defender a los débiles y de este modo poner orden en el mundo».

Tresas era el débil y Gerión, el monstruo que, como el león de Nemea, el Minotauro o la Gorgona, amenazaba el orden del mundo.

Cruzando una mirada con Diéneces, Leónidas continuó:

—Por eso, un ejército de amantes y de amados sería lo mejor para nuestra patria, ya que la mirada de Eros haría que unos y otros se emularan por anhelo de perfección y evitarían cometer acciones vergonzosas.

»Yo mismo preferiría mil veces morir antes de que mi amado viera cómo arrojo el escudo y abandono la formación. Recibir cien azotes delante de toda Esparta sería más llevadero para mí que descubrir una mirada de reproche en los ojos de mi amado.

Al sorprender otro fugaz cruce de miradas, Perseo comprendió que el amado al que se refería Leónidas era Diéneces, lo cual confirmó sus sospechas. Por un momento, la voz del Agíada había sonado incluso tierna, pero enseguida volvió a elevarse como la de Zeus Tonante.

—Pero lo que pretendíais hacer vosotros es una burla, una parodia del amor. Os quedáis con lo animal, y ni siquiera lo habéis hecho por obtener placer.

Leónidas dirigió una mirada reprobadora a Gerión y se acercó a él. El gigante no pareció intimidarse, pero cuando el hermanastro del rey se aproximó tanto que empezó a invadir su espacio vital, no le quedó otro remedio que retroceder un paso.

—Pues lo que estabais buscando no era placer, sino dominación. Humillación. ¡Esa es la peor corrupción del amor, convertirse en el látigo con el que se azota a los esclavos! Nunca, y he dicho nunca, quiero enterarme de que alguno de vosotros, el que sea —de nuevo clavó la mirada en Gerión, que apretó las mandíbulas hasta que las venas se le hincharon como cables—, utiliza los dones que Eros nos ha concedido para humillar a otro. Porque si es así —añadió, desenvainando la espada, que rechinó al salir de la vaina—, yo mismo le cortaré esos dones y se los arrojaré a los perros como hizo Odiseo con el traidor Melantio.

Durante unos instantes, nadie dijo nada. Después, Leónidas ordenó a Nicanor que se llevara al pelotón de regreso a los barracones.

—¿Y Nabis, señor? —preguntó Nicanor—. ¿No esperamos a nuestro jefe de batallón?

—No hagas preguntas y llévatelos.

Perseo, que empezaba a sostenerse en pie sin ayuda, se disponía a seguir a sus compañeros cuando Leónidas le ordenó que aguardase.

—He venido expresamente a buscarte a ti. El rey Cleómenes quiere verte.

—¿Qué sucede, Leónidas? —preguntó Perseo. Pese a los cambios de los últimos meses, seguía conservando el orgullo de su vida anterior y la costumbre de llamar a los miembros de la otra dinastía por su nombre.

—Algo relacionado con tu familia. Él te lo dirá.

—¿Es grave?

Leónidas lo miró con un gesto indescifrable.

—Lo siento, hijo.

Por detrás, uno de los guardias que acompañaba a Leónidas a cierta distancia le puso una capucha en la cabeza a Perseo, que estaba demasiado aturdido para resistirse. Después le retorcieron las manos a la espalda, un soldado por cada muñeca, y se las ataron con una áspera soga.

—Tú di la verdad en todo momento —le dijo Leónidas—. Solo así podrás salir con bien de esto.

La verdad, ¿sobre qué?

¿De qué podía ser culpable él?

Entonces se dio cuenta. ¿A quién podía obedecer Leónidas? A su hermanastro Cleómenes. ¿Y en qué podía haber ofendido Perseo, que ya ni siquiera iba a ser rey, al poderoso Cleómenes?

La respuesta era obvia.

Había descubierto lo de Gorgo.

No había tenido miedo cuando entró en la *agogé*. Tampoco lo había tenido al enfrentarse a Gerión, aunque sabía que podía costarle la vida, y de hecho había estado a punto de perderla.

Pero ahora, con las manos atadas a la espalda, no era dueño de su cuerpo. Estaba en poder de otros. Y eso sí que le produjo escalofríos.

### Palacio de los Agíadas

Tras caminar a ciegas durante horas, Perseo notó un cambio en el aire que lo

rodeaba y supo que habían entrado en un recinto cerrado. Al cabo de un rato, oyó una cerradura que resbalaba y unos goznes que rechinaban. Los guardias que lo conducían le hicieron traspasar una puerta y después le obligaron a sentarse en un suelo húmedo de tierra apelmazada. Sin quitarle la capucha de lana maloliente que le cubría la cabeza, le pusieron los pies sobre una superficie dura, con unos entrantes de forma curva en los que encajaron sus tobillos. Luego cerraron una pieza similar, que le apretaba lo justo para impedir que moviera los pies, aunque al menos no le cortaba la circulación.

Un cepo, comprendió.

—¿Lo habéis registrado bien? —preguntó una voz masculina. Todos los que había allí eran hombres, a juzgar por sus respiraciones. Uno de ellos exudaba un olor acre, tan intenso que a Perseo, mareado por el golpe de la cabeza, le provocaba ganas de vomitar.

—No tiene nada.

Allí lo dejaron, sin molestarse en soltarle las manos, que seguía teniendo atadas tras la espalda. Tumbarse sobre ellas resultaba doloroso, por lo que procuró permanecer sentado. Dado que tenía los pies en alto y ningún apoyo para la espalda, eso también era molesto.

«Un guerrero descansa y ahorra fuerzas siempre que puede —le decía Fénix—, porque nunca sabe cuándo va a tener que entrar en acción».

A oscuras, respirando a través de aquella áspera lana en la que sospechaba que alguien había vomitado, con los pies y las manos inmovilizados, el rostro y el abdomen doloridos por los mazazos de Gerión, en una estancia húmeda donde su única compañía, a juzgar por los sonidos que podía escuchar, eran diminutas criaturas que reptaban y correteaban; a pesar de todo eso, dejó caer la barbilla sobre el pecho, cerró los párpados sin notar cambio alguno en las tinieblas que lo rodeaban, respiró profundo una, dos, tres veces y se durmió.

Si llegaba su momento, lo aprovecharía. No tenía la menor intención de morir como una ternera en el altar.

Lo despertó el rechinar de los goznes de la puerta. Después oyó el tintineo de unas llaves, pasos y susurros, y el sutil murmullo de las llamas de una antorcha, y olió de nuevo al personaje hediondo, apenas disimulado por el penetrante aroma de la resina ardiendo.

Se escucharon pasos a ambos lados de él. Sin contemplaciones, alguien le agarró de las muñecas para separárselas de la espalda y empezó a cortar las

ligaduras. Otro de los recién llegados —había al menos cuatro hombres allí, a juzgar por las respiraciones— le puso algo puntiagudo justo bajo la barbilla y apretó con fuerza suficiente para hacerle levantar la cabeza, sin rasgarle la piel.

—Si te noto respirar fuerte, te meto esta punta hasta que te salga por un ojo.

Era el hediondo. Su aliento a dientes podridos apestaba incluso peor que su sudor. Perseo pensó que, a no ser que la daga tuviera forma de anzuelo, difícilmente iba a conseguir una trayectoria lo bastante curva para asomar por su globo ocular. Pero no dijo nada. Estaba demasiado atento a todo lo que ocurría y a cuanto lo rodeaba, tratando de componer la escena sin verla y de situar a cada uno de sus enemigos en la estancia.

Porque eso eran, enemigos, desde el momento en que lo tenían encarcelado de aquella forma indigna. A la mínima ocasión que le dieran, al menor resquicio para moverse que encontrara, estaba preparado para llevarse con él al Tártaro a todos los que pudiera.

Incluido aquel que menos hablaba y cuya presencia intuía frente a él, bloqueando el aire que entraba por la puerta.

Cuando le quitaron las ligaduras, apenas pudo disfrutar de la sensación de la sangre circulando de nuevo libre por sus dedos, pues le hicieron pasar las manos sobre la cabeza y se las aherrojaron juntas en un grillete doble. Después oyó el rechinar de eslabones metálicos y notó una fuerza que tiraba de sus brazos hacia arriba hasta levantarle el trasero del suelo. Comprendió que lo estaban izando con una cadena que, a su vez, debía de pasar por una argolla del techo. Siguieron tirando de él hasta que notó la tensión en los tobillos. «Me van a descoyuntar», comprendió. Pero Hediondo manipuló algo en el cepo, y este, sin abrirse, giró al menos lo suficiente para no romperle los huesos.

—Quitadle la capucha.

La voz era la que esperaba.

Cleómenes.

Perseo entrecerró los ojos. Después de las horas de oscuridad, incluso las llamas amarillentas de las dos teas que iluminaban la estancia lo deslumbraban. Pero se acostumbró enseguida y agradeció tanto la luz como el escaso calor que emitían las antorchas y que podía sentir rozando su piel.

Estudió la situación. Primero se miró a sí mismo. Tenía las puntas de los pies apoyadas en el suelo, aunque no podía verlas, porque se las tapaba el cepo, una pesada pieza de madera de roble que habían soltado del gancho que lo unía a la pared por la parte derecha. Por arriba había un par de palmos de cadena hasta la argolla clavada en una viga del techo.

Ningún resquicio, ninguna oportunidad para atacar. Haciendo un esfuerzo, podría haber levantado ambas piernas, pero no con la bastante rapidez para que el golpe resultase eficaz. Además, por el lado izquierdo el cepo tenía una cadena unida a una estaquilla de metal clavada en el suelo. La cadena daba cierto juego, lo justo para evitar que el cepo le rompiera los tobillos, pero no mucho más.

Así pues, tenía las manos y las piernas inutilizadas como armas. Le quedaban los dientes, pero dudaba de que ninguno de sus captores se acercara lo bastante para ponerlos a prueba.

Eran cuatro, como sospechaba. Tres de ellos sirvientes, ilotas a juzgar por sus ropas y su lenguaje corporal.

El cuarto, Cleómenes, vestía túnica, manto y sandalias de calidad, como era de esperar, y su postura irradiaba confianza y poder. Se balanceaba ligeramente de un pie a otro, como un marino navegando por aguas tranquilas. Conociendo a Cleómenes, eso significaba que había bebido lo justo para sentir una leve embriaguez.

Que los acompañantes de Cleómenes fueran ilotas preocupó más a Perseo que si hubiesen sido miembros de su guardia personal. Los ilotas estarían más dispuestos a cumplir cualquier orden, aunque fuese tan indigna como torturar a un ciudadano de Esparta.

Qué tontería estaba pensando. Él no era todavía un ciudadano espartano y empezaba a sospechar que probablemente nunca llegaría a serlo.

Cleómenes se apartó la capa a un lado y desenvainó un cuchillo, afilado y casi tan largo como una espada. Perseo notó cómo los testículos se le encogían involuntariamente.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó Cleómenes, acercándose un poco.

Perseo podía intuirlo. Por Gorgo. Pero no iba a confesarlo: tenía que proteger el honor de la joven.

—Nadie ha tenido la amabilidad de decírmelo.

Cleómenes jugueteó con el cuchillo un rato. Después le hizo una señal a uno de los sirvientes, un hombre calvo y fibroso de unos cuarenta años. Este sacó de los pliegues de su ropa un rollo de papiro, lo desenrolló y leyó en voz alta:

—De Damarato, hijo de Aristón, rey de Esparta, a Istafernes, embajador de Darío, hijo de Histaspes, rey de Persia.

—¿Qué insidia es esa? —preguntó Perseo—. Si tienes algo de lo que acusar a mi padre, habla con él.

—Eso no va a ser tan sencillo —respondió Cleómenes—. Tú, acércale la carta.

El ilota lo hizo y le mostró el texto a Perseo a la luz de una antorcha que sujetaba otro de los sirvientes.

Perseo reconoció la letra desigual y los renglones torcidos hacia abajo de su padre. Normalmente Damarato utilizaba para su correspondencia a amanuenses con caligrafía más pulcra que la suya.

Que hubiera escrito la carta de su puño y letra indicaba que aquel no era un mensaje que debiera salir a la luz.

Recordaba quién era Istafernes. El embajador ya anciano y casi ciego que había venido a pedir el agua y la tierra con Bagabigna. Y que, a diferencia de este, había perecido dentro del pozo. Eso significaba que la carta tenía casi un año.

—¿Sabes leer o tu educación se limitó a aporrear escudos? —preguntó Cleómenes. Su voz delataba una tensión contenida, como la cuerda de una lira afinada en un tono demasiado agudo y a punto de romperse.

En lugar de dignarse contestar, Perseo leyó bisbiseando.

Normalmente, y más con la caligrafía de su padre, leía ayudándose del dedo índice para no extraviarse entre las líneas. Pero ahora no disponía de ese lujo, por lo que en un par de ocasiones se perdió.

—… Los mismos amigos y enemigos… —murmuró.

Aunque la letra fuese confusa, el contenido de la carta resultaba más que claro. Damarato estaba dispuesto a convertirse en aliado de Darío, a recaudar tributos para él en las demás ciudades de Grecia e incluso a ayudarle a

destruir Atenas como represalia por la revuelta de Jonia. A cambio pedía que Darío le ayudara a librarse de Cleómenes y sus hermanos, para instaurar en el trono a Pausanias, «joven y de voluntad débil».

Al final de la carta, con la letra cada vez más apretada para aprovechar el espacio —su padre era mezquino incluso con el papiro—, Damarato se despedía: «Espero que el desafío que mi hijo Perseo le ha lanzado al otro embajador no interfiera con nuestra deseable amistad. Como rey, no permitiré que mi hijo, aunque venza, humille a tu compañero».

Aunque Perseo procuraba bisbisear lo más bajo posible, Cleómenes debió de deducir que estaba terminando de leer la carta y chasqueó los dedos para que se la apartaran de la vista. El criado enrolló de nuevo el papiro y se apartó, y de nuevo la imponente figura del rey Agíada ocupó el centro de la visión de Perseo.

Cleómenes miró a los criados. Bastó con un gesto de barbilla para que se marcharan, arrimándose a las paredes de la celda para no acercarse al rey. Tras dejar dos antorchas en sendas hornacinas, salieron y entornaron la puerta, dejando entrar apenas un resquicio de aire del exterior.

—¿Fue por eso por lo que te dejaste vencer y pusiste en ridículo a toda Esparta? —le increpó Cleómenes.

Perseo no podía creer ese argumento. ¿Que se había dejado vencer? ¿Él? Cleómenes ni siquiera podía sospechar las náuseas y dolores que había sufrido después de aquel golpe en la cabeza, por no hablar de la humillación. Todavía se le encendían las mejillas al recordar su derrota delante de miles de espectadores.

—Yo no me dejé vencer. Jamás me dejaría vencer, ni aunque mi vida dependiera de ello.

—¿Ni siquiera si te lo ordenara tu padre?

—Mi padre jamás habría hecho algo así.

—¿Tan seguro estás de ello?

Perseo se mordió la lengua. No, no podía estar seguro después de lo que acababa de leer. Pero no pensaba reconocerlo.

—Me alegro de saber que sois una estirpe de bastardos —dijo Cleómenes —. El rey Aristón podía ser un rival, un Euripóntida, pero también un hombre honorable. Jamás podría haber engendrado a un traidor como tu padre.

«Mi padre no es ningún traidor». Perseo se tragó las palabras antes de pronunciarlas. ¿Qué podía decir?

—Quiero hablar con mi padre. Él aclarará todo esto.

—¿Qué hay que aclarar? Lleva tiempo en tratos con el persa, que es nuestro enemigo y el de toda Grecia. Porque a mí me importa Grecia, ¿sabes? Quiero una Grecia unida y fuerte. ¡Pero no bajo la égida del Gran Rey, sino bajo la de Esparta!

—Aun así, quiero hablar con mi padre.

—Tu padre ha reconocido su culpa.

—¿Qué has hecho con él? ¿También lo has encadenado? ¿Lo has torturado? ¿A un hombre que ha reinado en Esparta casi veinte años?

—No ha hecho falta ninguna tortura. Él solo se ha delatado.

—No te entiendo.

Cleómenes entornó los ojos y ladeó el rostro.

—¿De veras no sabes lo que ha ocurrido?

—¿Cómo voy a saberlo?

Perseo jadeó. Estaba cansado, sediento. Tenía la vejiga llena, pero se resistía a descargarla así, en sus propias piernas, por dignidad. Sobre todo, sentía unos dolores terribles por el golpe de Gerión y lo innatural de su posición. Parecía que le faltara una pulgada para apoyar los talones en el suelo y descansar más peso en los pies y aliviar así la tensión en las muñecas y los hombros. Pero esa pulgada era un mundo.

—Tu padre ha huido de Esparta.

—¿Que mi padre ha huido? ¡Eso es imposible!

Cleómenes disfrutó al ver el gesto de sorpresa de Perseo. Por supuesto, le habría gustado más tener a su padre allí encadenado, y divertirse arrancándole pedacitos de piel durante días, hasta dejarlo todavía más seco de lo que ya estaba. Pero el muy bastardo —ah, cómo disfrutaba pronunciando esa palabra para referirse *literalmente* a Damarato— se había escapado de sus agentes.

Tampoco le habría importado tener a Nabis. En su caso, aquella pequeña y rastrera sabandija se le había escapado literalmente de las manos. Y todo por culpa de su hija.

Aquello había ocurrido unos días antes. En contra de su costumbre de acudir a palacio el día de luna llena con una virgen fresca para el ritual, Nabis le había pedido una audiencia en secreto con el fin de informarle de dos cosas muy importantes.

—¿Cuáles son que no pueden esperar? —le había preguntado Cleómenes, sentado en el mismo despacho en que recibía a los embajadores de otras ciudades.

Era de noche y las velas que iluminaban la estancia se reflejaban en aquel escudo de bronce reluciente que representaba el mapa de las tierras conocidas, y que le recordaba que fuera de Grecia existía un mundo enorme y lleno de riquezas por conquistar. Cada vez que lo miraba, no podía evitar preguntarse cómo sonarían los títulos que acumulaba Darío —por el momento— si los añadía a su nombre: Cleómenes, Gran Rey, Rey de Reyes, Rey de las Tierras.

Precisamente, la primera noticia de Nabis tenía que ver con Persia. Le había traído la carta de su padre a los embajadores que acabaron muertos en el pozo, un documento que lo sorprendió incluso a él, que se jactaba de conocerlo todo.

—¿Por qué has tardado tanto en enseñarme esto?

—No quería perjudicar en tal medida a mi padre —respondió Nabis, rehuyéndole la mirada.

Cleómenes se retrepó en el sillón, separando la panza del borde de la mesa. Algún día se tomaría en serio el ejercicio y la dieta, se dijo, sirviéndose una copa de vino puro. A Nabis, que permanecía en pie delante del escritorio, no le ofreció.

—¿En tal medida? ¿Te parece poco perjuicio el que le causaste cuando me revelaste que no era hijo de Aristón?

—Aquello le hizo perder el trono, mi rey. Esto podría haberle hecho perder la vida.

—Algo que todavía podría ocurrir. ¿Por qué me traes esta carta ahora? ¿Es que ya no te importa que tu padre pueda ser condenado por alta traición?

—Mi padre ya no puede ser castigado. Está fuera de Esparta.

—Lo sé. Ha viajado a Delfos, con la idea de obtener un contraoráculo que asegure que no es un bastardo. ¡Como si no hubiera quedado claro!

Cleómenes dio un largo trago. Al lado de la copa tenía un platito con

pastelillos de miel que parecían llamarlo: «Cómenos, cómenos».

No pensaba hacerlo. Estaba harto de tener que sentarse inclinado hacia atrás para no clavarse su propio estómago.

—Mi padre no ha ido a Delfos.

Cleómenes se enderezó de golpe, pero no le bastó aquel movimiento, sino que, plantando las manos en la mesa, se puso de pie.

—¿Cómo? ¿Dónde ha ido si se puede saber?

—Después de Mantinea ha viajado hacia el noroeste, en dirección a Élide.

—¿Qué se le ha perdido allí?

Nabis bajó la cabeza con gesto avergonzado. Conociéndolo, Cleómenes no estaba seguro de si esa turbación era sincera o un fingimiento como tantos otros.

—El plan de mi padre es cruzar a la isla de Zacinto. Allí lo aguarda un barco egipcio para llevarlo primero a Creta y de allí…

—¡A Persia! —Cleómenes dio un palmetazo en la mesa que la hizo retemblar. Después, sin pensárselo, tomó un pastelillo y lo engulló de un bocado. La miel dejaba un regusto áspero en el fondo de la garganta y tuvo que apurar el resto del vino para quitárselo.

—Así es, mi rey. —Nabis sacó de su bolsa otro fajo de cartas, que depositó sobre la mesa—. Mi padre lleva meses en tratos con Darío. Su intención es viajar a su corte, a reunirse con todos los tiranos descontentos de Grecia, como Hipias el ateniense, y servirle de asesor sobre nuestras costumbres y nuestro modo de guerrear. A cambio, Darío le ha prometido riquezas sin cuento y el gobierno de varias ciudades más pobladas que Esparta.

—¿Y tú por qué me cuentas todo esto? —preguntó Cleómenes, rodeando la mesa para acercarse a Nabis.

Llevaba tiempo pensando que el hijo de Damarato conocía demasiados secretos suyos con los que, llegado el momento, podría extorsionarlo. ¿Quién iba a fiarse de alguien que traicionaba a su propia familia? Personas así resultaban muy útiles como herramientas, pero había que librarse de ellas antes de que su naturaleza las forzara a traicionar a su nuevo amo.

Observó el cuello de Nabis. No era demasiado grueso, ni demasiado

musculoso. Bastaría rodearlo con las manos, echarse encima de él para derribarlo con su peso y estrangularlo en el suelo. ¿Qué mejor momento que ese?

—Te lo cuento porque te soy fiel, rey Cleómenes. —Con un gesto de astuta malicia, Nabis agregó—: Y porque espero que en el futuro mi puesto como jefe de un batallón de la *agogé* se convierta en algo de más dignidad.

—Cuando llegue el momento, puedes contar con un batallón auténtico, no con uno de juguete. O incluso podrías convertirte en paidónomo, ¿por qué no? —aceptó Cleómenes, girando sobre su cintura para escanciarse más vino. Necesitaba un trago para coger fuerzas y retorcerle el pescuezo al muchacho —. Creo que disfrutas más que nadie imponiendo la disciplina del látigo.

—Solo cuando es necesario, mi rey.

Cleómenes bebió otro trago, depositó la copa en la mesa y se frotó las manos.

«Ahora es el momento», pensó.

—Hay algo más, mi rey —dijo Nabis—. Te había dicho que tenía dos informaciones importantes que darte.

—¿Tienes otra más? ¿Es más importante que lo de la traición de tu padre?

—No sabría decir si es más importante, mi rey, pero es posible que te indigne más.

—¿Por qué?

—Tiene que ver con tu hija…

—¿Por qué crees que tu padre ha decidido traicionar a su propia patria? —preguntó Cleómenes después de revelarle a Perseo los planes de Damarato.

—No lo sé —respondió el joven, balanceándose bajo las cadenas como una ristra de salchichas en el puesto del carnicero—. Yo estaba en la *phouaxir*. Ni siquiera he vuelto a hablar con él desde que entré en el campamento.

—No es eso lo que me contó tu hermano —aseguró Cleómenes, mintiendo para comprobar qué cara ponía Perseo—. Lo que me contó fue que tú lo has sabido todo desde el principio, que siempre has estado vendido a los persas como vuestro padre.

—¡Eso es falso! —Perseo se sacudió en vano; por el rictus de su boca, era

evidente que lo único que había conseguido era más dolor en los hombros y las escápulas.

—¿Por qué habría de creerte?

—Si estuviera compinchado con ellos, ¿por qué se han marchado los dos de Esparta sin decirme nada?

«Tu padre, porque ha sido más listo que vosotros —pensó Cleómenes—. Y tu hermano, porque se me escapó en el último momento».

Cuando Nabis le hizo aquella segunda revelación en su despacho, Cleómenes se puso tan furioso que se abalanzó sobre él de forma demasiado precipitada. Había conseguido agarrarlo del cuello con la mano derecha, pero al intentar derribarlo al suelo era él quien había resbalado, por culpa de unas zapatillas pérsicas —¡malditos fueran los persas y todo lo suyo!—, y caído de bruces al suelo.

Aunque consideraba que se conservaba en buena forma, la combinación de su peso, de sus años, de las rodillas maltrechas por empeñarse en correr hasta el Eurotas todos los días y tal vez —solo tal vez— de las copas de vino de más hizo que tardara más de la cuenta en levantarse. Para cuando quiso darse cuenta, el joven había desaparecido por la puerta y corría por el pasillo en dirección a la salida norte del palacio.

Arrojando las zapatillas al otro extremo de la estancia con una maldición, Cleómenes salió en persecución de Nabis, mientras llamaba a la guardia a grandes voces. Pero no bien cruzó la puerta, se encontró casi de manos a boca con su hija Gorgo, que venía descalza, con el cabello suelto y una vela en la mano.

—¿Qué ocurre, padre? ¿Por qué gritas así? He visto a Nabis corriendo despavorido como si le persiguieran las Erinias. ¿Qué ha…?

Al verla y recordar lo que le acababa de contar Nabis, Cleómenes no pudo contener su ira y, por primera vez en su vida, le propinó un bofetón con su mano de piedra.

—¡Puta! ¡Ramera! ¡No tienes decencia ni honor!

Aquel había sido el primero de una sarta de golpes. Para cuando se calmó y se dio cuenta de que Nabis se le había escapado, ya fue imposible localizar al muchacho no solo en el palacio, sino ni siquiera en Esparta.

Ahora, delante de Perseo, Cleómenes fingió estar reflexionando acerca de las

palabras de este.

—¿Que por qué te han abandonado en Esparta? Eso es lo que me pregunto yo. Sé cuándo me mienten, y tú ahora mismo te sientes mortalmente ofendido con tu padre y con tu hermano. Eso me da que pensar.

—No soy ningún traidor.

—¿Ah, no?

—No tengo nada que ver con la corte persa. Me siento avergonzado de que mi padre se haya vendido al oro de Darío. Yo jamás lo haría. ¡Yo creo en la libertad de los griegos!

—Ahórrame tus soflamas, jovencito. No es esa la traición de la que estoy hablando.

Apartándose un poco de Perseo, dio dos palmadas y se volvió hacia la puerta.

—¡Hacedla entrar!

—¿A quién? ¿Quién es ella? ¿De qué estás hablando?

Por primera vez, Cleómenes vio genuino terror en los ojos de aquel niñato que se creía poco más o menos que la reencarnación del mismísmo Aquiles.

No, no tenía a Damarato a mano, pero iba a disfrutar mucho con su hijo.

Dos de los ilotas hicieron pasar a la celda a Gorgo. La joven intentó entrar con la cabeza alta y paso digno, y era obvio que se había maquillado. Pero eso no podía disimular las marcas de los golpes en su rostro y en sus brazos, ni las ojeras ni los párpados hinchados por haber derramado mares de lágrimas.

A Perseo ni se le ocurrió la posibilidad de disimular o negar lo sucedido. Sacudiéndose bajo la cadena, rugió:

—¿Qué le has hecho? ¿Qué le has hecho, maldito odre de vino?

—Ten cuidado con lo que dices, jovenzuelo. No te hallas en situación de insultar. Lo que he hecho es lo que cualquier padre hace con su hija cuando esta le deshonra.

Cleómenes agarró con su manaza el brazo derecho de Gorgo y tiró de ella. Al ver cómo esos dedos se engarfiaban sobre los moratones frescos y cómo la joven trataba de reprimir un gesto de dolor, Perseo volvió a sacudirse en vano.

—Mírale a la cara, puta —ordenó Cleómenes, apretando las mejillas de su

hija para obligarla a levantar el rostro—. Mírale a la cara y dime si no llevas fornicando con él más de un año.

A duras penas, Gorgo consiguió soltarse de la mano de su padre y lo miró con chispas de ira en los ojos.

—Soy una espartana y soy tu hija. ¡Eres tú quien se deshonra a sí mismo tratándome de este modo!

—¿Niegas entonces que te has acostado con él no una, sino muchas veces? ¿Que lo habéis seguido haciendo incluso mientras él estaba en la *agogé*? Mira que tengo espías que lo han visto todo con sus propios ojos.

Nabis, comprendió Perseo. Siempre Nabis. ¿Hasta dónde iba a germinar la semilla de su odio?

—¿Qué deshonra hay en que yo haya elegido al mejor de los espartanos? —contraatacó Gorgo, sin arredrarse, lo que hizo que Perseo se sintiera aún más enamorado de ella.

Para lo que le iba a servir, se lamentó. Tenía la certeza de que no iba a salir vivo de aquella celda.

Cleómenes abrazó a su hija por la cintura y la acercó a él. Por el gesto de repugnancia de Gorgo, Perseo comprendió que había olido la peste a vino que desprendía su padre.

—Ese ha sido tu error, hija. El mejor de los espartanos soy yo. ¿No lo comprendes? Es conmigo con quien tienes que emparejarte y engendrar hijos.

Cuando ella intentó apartarse de Cleómenes, este volvió a sacar el cuchillo que había tenido guardado, se acercó más a Perseo y le apoyó la punta en el centro del esternón, mientras con el otro brazo sujetaba a su hija. Gorgo se debatía e intentaba soltarse, pero su padre era demasiado fuerte para ella.

Mirando a Perseo a los ojos, Cleómenes empezó a recorrerle el torso con el filo del cuchillo, haciéndole algunos cortes superficiales que dibujaron pequeños ríos de sangre sobre su piel.

—¿Quién no conoce el mito de Apolo y el sátiro Marsias? Tú has cometido un error semejante al de Marsias, hijo de Damarato: querer igualarte con quien es muy superior a ti. ¡Inocular tu sucia simiente en el cuerpo de mi hija!

—Padre, por favor…

Volviéndose hacia ella, Cleómenes silabeó:

—Si te vuelves a sacudir, si me vuelves a rechistar, si tan solo veo que me miras mal, te juro por los perros de Hécate que le rajo la tripa a tu amante y le saco los intestinos ahora mismo. ¿Lo has entendido?

Con los ojos desmesuradamente abiertos, Gorgo asintió. Mientras mantenía el cuchillo pegado a la piel de Perseo, Cleómenes soltó un par de broches de la túnica de su hija y metió la mano izquierda por debajo para acariciarla.

A Perseo, las heridas del cuchillo o las contusiones que le habían dejado los golpes de Gerión se le antojaron pellizcos casi indoloros comparados con la tortura de ver cómo la mano de Cleómenes recorría el cuerpo de Gorgo bajo la ropa, sobaba y amasaba sus pechos y después bajaba por el estómago hasta el ombligo. Ella tenía los ojos clavados en el suelo y dos regueros de lágrimas fluían por su rostro hasta juntarse en la barbilla, de donde caían gota a gota como el manantial de la cueva de Tisámeno.

—Apolo colgó a Marsias de un árbol y le arrancó la piel —continuó Cleómenes—. Algunos dicen que a tiras, otros que de una sola pieza, empezando por los pies para llegar hasta el rostro. ¿Cómo prefieres que desuelle a tu amante, hija? Me han dicho que los persas lo hacen suspendiendo a sus víctimas cabeza abajo, porque de esa manera se evita que se desmayen y la agonía dura más. ¿Qué opinas tú, Perseo? Si tu padre estuviera aquí, se lo preguntaríamos, ya que es tan amigo de los persas.

Finos hilos de sangre resbalaban por el cuerpo de Perseo, cruzándose unos con otros a modo de minúsculas torrenteras. Cleómenes parecía extasiado contemplando su obra, como si fuera un pintor trabajando en un fresco magistral.

El cuchillo siguió bajando hasta llegar al vientre de Perseo. Cleómenes lo introdujo entre la piel y el taparrabos, y dio un violento tirón hacia fuera. La hoja estaba tan afilada que bastó para cortar el tejido del *perizoma*, que cayó a los pies de Perseo, dejándolo completamente desnudo. Si antes se sentía indefenso, ahora comprendió que no podía estar más a merced de los caprichos de otra persona, la peor pesadilla de un guerrero.

Máxime si la otra persona era Cleómenes. Si alguna vez Perseo había admirado algunos rasgos del carácter de aquel hombre, en aquel momento se dio cuenta de que su padre tenía razón cuando afirmaba que era un loco peligroso.

—Por supuesto —dijo el rey—, pienso capar a tu amante, como Odiseo capó a Melantio y como Cronos castró a Urano. Pero tengo algunas dudas. ¿Lo hago antes o después de despellejarlo? ¿Arrojo sus genitales a los cerdos o se los meto por la boca para que se ahogue con ellos?

El cuchillo practicó un corte en el pubis de Perseo, justo por encima de donde empezaba el miembro. La sangre fluyó lentamente y empezó a resbalar a lo largo del pene, al mismo tiempo que, con su otra mano, Cleómenes acariciaba el sexo de su hija bajo la ropa. Perseo no pudo sino percatarse de que en la túnica del rey estaba apareciendo una protuberancia sospechosa en la zona de la entrepierna.

—Eres un cerdo —masculló—. Te juro por la Estigia que pagarás por esto.

—¿Por la Estigia? ¡Qué sabrás tú de ese lugar! No amenaces cuando no puedes cumplir tu amenaza, cachorro.

Cleómenes sacó la mano de debajo de la ropa de Gorgo. Perseo se sintió aliviado, pero fue solo un instante. Con esa misma mano, el rey agarró el glande de Perseo para separarle el miembro del pubis, mientras con la otra levantaba el cuchillo dispuesto a cortar.

—¡¡Nooo!! —gritó Gorgo, agarrando las muñecas de su padre para impedírselo—. ¡Haré todo lo que quieras, padre! ¡Por favor, déjale! ¡Te lo juro, puedes hacer conmigo lo que quieras, pero no le hagas daño a él!

Sin soltar las manos de Cleómenes, Gorgo cayó de rodillas y pegó el rostro bañado de lágrimas al muslo de su padre. Perseo quería decirle a la joven que lo dejara, que por su honor no estaba dispuesto a que ella accediese a los abominables deseos de Cleómenes. Pero por primera vez en su vida lo había poseído un terror animal, primigenio, una mano de hielo que lo tenía aferrado de los testículos y de la garganta y que no le permitía hablar, ni tan siquiera pensar.

Para su alivio, Cleómenes le soltó el miembro, que cayó flácido, tan encogido por debajo de la piel que lo cubría como una tortuga que se esconde en su caparazón. Perseo no lo había visto ni notado así jamás, ni siquiera al bañarse en el Eurotas en pleno invierno. Pero esa era la menor de sus preocupaciones.

—¿Lo que quiera? —preguntó Cleómenes, utilizando la misma mano con la que había agarrado el pene de Perseo para tirar a la joven del pelo y

obligarla a levantar la mirada—. ¿Has dicho lo que yo quiera?

Ella asintió débilmente.

—¡¡Quiero oírlo!!

—Lo que tú quieras, padre.

—¿Vas a dejar que te posea?

Gorgo volvió a asentir.

—¡¡Contesta!!

—Voy a dejar que me poseas… —sollozó ella.

Cleómenes tiró con más fuerza, forzándola a ponerse de pie. Después acercó el rostro al de ella hasta que sus labios casi se pegaron.

—Voy a engendrar un hijo contigo. Un sucesor, una réplica de mí mismo. Así seré inmortal y reinaré mil años. ¡Qué digo mil años! Reinaré diez mil, y después otros diez mil.

Sin soltar los cabellos de Gorgo, Cleómenes se arrimó ahora a Perseo, poniéndose de puntillas para estar a su altura.

—Espera aquí, hijo de Damarato. Voy a gozar de lo que es mío y que tú nunca debiste mancillar…

—¡Aguarda, padre! —exclamó Gorgo, aferrando con ambas manos la muñeca de Cleómenes hasta que consiguió zafarse de él—. Si quieres que cumpla mi palabra, tú debes jurar que soltarás a Perseo y le dejarás en paz.

Sin dejar de mirar a Perseo, Cleómenes levantó el labio superior, mostrando los dientes en una mueca feral.

—No estáis en condiciones de exigir juramentos.

—¡Pues si no juras, no tendrás nada!

Libre de la presa de su padre, Gorgo reculó unos pasos. Tomando el aguzado pasador que usaba para prenderse el pelo, se desprendió la túnica del hombro izquierdo, desnudó uno de sus senos, lo levantó con una mano y con la otra se apoyó la punta de la aguja justo debajo.

—Jura lo que te digo, o por Zeus Uranio y Ártemis Ortia que me clavo esta aguja en el corazón —amenazó con una voz fría que hizo estremecerse a Perseo. Con los cabellos sueltos y el pecho desnudo, estaba bellísima, pero se trataba de una belleza aterradora, como podría serlo la de la infernal

Perséfone.

Cleómenes entornó los ojos y se separó de Perseo. Más importante para él, por primera vez apartó el cuchillo de su piel.

—Lo juro —masculló.

—Jura que no le harás daño a Perseo y que le dejarás irse de aquí.

—Lo juro.

—Júralo por lo más sagrado. ¿No te crees un dios? Pues haz como los dioses y júralo por la Estigia.

—Lo juro por la Estigia. No haré daño a Perseo y le permitiré irse de aquí.

Gorgo respiró hondo, apartó el prendedor de su pecho y volvió a cubrirse. Después, con una última mirada a Perseo, se dirigió hacia la puerta y salió.

Cleómenes se guardó el cuchillo y se dispuso a seguir a su hija fuera de la celda. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de cruzar la puerta, se volvió hacia Perseo para decirle:

—Te doy las gracias por lo que has hecho, hijo del bastardo. Merced al amor que siente mi hija por ti, yo voy a cumplir mi deseo. ¡Disfruta pensando en ello!

Agotado por el apresurado viaje desde la cueva de Tisámeno, destrozado tras la pelea con Gerión y hundido por lo que había ocurrido y lo que sabía que iba a ocurrir, Perseo, aún colgado de los grilletes, cayó en una especie de duermevela febril plagado de imágenes aterradoras. En ellas se le aparecía incluso Eufaes, el fantasma de su niñez al que creía conjurado para siempre, y se burlaba de él: «¿No decías que solo sabes atacar, Perseo? ¿Dónde está tu ataque ahora? Tu peor enemigo está fornicando con tu amada, ¿y qué haces tú?».

—Nada, no puedo hacer nada —murmuraba Perseo con voz tan débil que apenas la oía él mismo.

También se le aparecía su abuela, hablándole de los golpes del destino y de cómo de todos ellos se podían levantar las personas con voluntad. Pero los rasgos de Ferenice se convertían en los de su madre, Pércalo, que se reía de él y le decía: «Todavía te queda mucho por sufrir, ingenuo. ¡Cuando descubras la verdad sobre ti mismo, pensarás que esos grilletes son pañuelos de seda persa y los horrores de hoy te parecerán un recuerdo agradable!».

Al contrario de lo que le había ocurrido en la cueva, donde todos aquellos días de letargo se le habían antojado una breve cabezada, colgado de la cadena y con los pies en el cepo el tiempo se eternizó, lento como el goteo de la resina por el tronco de un pino. Y él estaba prisionero, como una hormiga incauta que queda atrapada en esa resina.

Entonces la puerta volvió a rechinar y una silueta se recortó en el hueco.

—¡Gorgo!

Ella entró corriendo en la celda, se abrazó a él y empezó a besarle.

—Mi amor, mi amor —susurró, pegándose a él de tal modo que la sangre de las heridas de Perseo empapó su túnica.

—Gorgo, tu ropa…

—Me da igual mi ropa.

Volviéndose hacia la puerta, la joven ordenó a los ilotas que montaban guardia allí que soltaran la cadena de Perseo. Uno de ellos, al que Perseo había apodado Hediondo, contestó:

—Señora, no podemos hacer eso. Tu padre nos ha ordenado que no soltemos los grilletes de este hombre pase lo que pase.

—¡Pues al menos aflojad la cadena para que se pueda sentar! ¡Tened un poco de compasión!

Los sirvientes se miraron entre ellos, dubitativos.

—¡Vamos! —insistió Gorgo—. Vuestro rey está borracho como un escita. Sabéis que cuando eso ocurre, no lo despierta ni un terremoto. ¡Haced lo que os digo!

Por fin, dos de ellos entraron en la celda, desengancharon la cadena de una argolla de la pared y la soltaron poco a poco. Perseo descubrió que era incapaz de tenerse en pie, y Gorgo y uno de los ilotas —que, por suerte para su olfato, no era Hediondo— tuvieron que ayudarle para que se sentara en el suelo sin caerse.

Estar apoyado sobre el trasero, aunque fuese desnudo y en aquel suelo húmedo y frío, representaba una gran mejora sobre colgar de las manos con los pies de puntillas. Perseo se dijo que hasta en las torturas del Hades existían gradaciones.

—¡Salid y cerrad la puerta! —ordenó Gorgo—. Ya os avisaré cuando

quiera que abráis.

Los ilotas salieron, dejando una antorcha dentro. Gorgo se sentó junto a Perseo y volvió a abrazarlo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Perseo, mientras ella le besaba los párpados y lo acunaba contra su pecho—. ¿Qué te ha hecho ese monstruo?

—Es un monstruo, sí —respondió Gorgo, apretándole ambas mejillas para mirarle a los ojos de cerca—. Y no te diré lo que me ha hecho, ni lo que me ha obligado a hacer a mí, ni quiero recordarlo jamás.

—Me vengaré de él…

—Te vas a vengar ahora mismo —dijo Gorgo, levantándose la túnica y sentándose a horcajadas sobre Perseo.

A pesar de todo lo ocurrido en esa noche eterna, de los mil dolores que le recorrían el cuerpo y de la mezcla de ira, tristeza y repulsión por lo que había hecho Cleómenes, Perseo descubrió para su sorpresa que aquel mismo miembro que el rey había querido cercenarle respondía al instante.

Cuando estuvo dentro de ella, Gorgo empezó a moverse muy dulcemente y desnudó sus pechos para él.

—Me he lavado antes de venir, pero necesito que tú me purifiques de su miasma con tus besos.

Él obedeció, mientras ella gemía junto a su oído. Después le susurró:

—No ha conseguido lo que quería. Estaba demasiado borracho y yo he hecho que beba más vino todavía.

—Pero cuando despierte…

—Tranquilo. Cuando despierte creerá que ha conseguido sus propósitos, porque he ordenado a mi criada Crino que lo masturbe, y que lo haga sin ninguna dulzura. Mañana se encontrará dolorido y pringoso, y creerá que ha consumado lo que él deseaba.

—No tienes por qué contarme esto —dijo Perseo, avergonzado de imaginar aquella sórdida escena.

—Pero debo hacerlo, mi amor —susurró Gorgo—. Porque quiero que sepas que tú vas a ser el primer hombre que derrame su simiente dentro de mí.

Con los ojos llenos de lágrimas, Perseo la miró a la cara y dijo:

—Entonces, ¿quieres que…?

Ella le tapó la boca con la mano, y antes de besarlo, mientras iba acelerando poco a poco el cimbreo de sus caderas, respondió:

—Sí, Perseo. Sí quiero.

Cuando llegó el momento del clímax, por primera vez, Gorgo no se apartó. Mientras Perseo gemía vaciándose en ella, Gorgo pidió a Hera, Helena e Ilitía que su semilla fructificara en su seno.

Y las tres diosas atendieron su ruego.

# Tercera parte

## Estigia

# 1

Esparta, invierno de 491-490 a. C.

«¿Comprendes ahora por qué Solón le dijo a Creso que esos tres hombres habían llevado vidas dichosas y, sin embargo, no lo puso a él como ejemplo de felicidad a pesar de sus incontables riquezas?».

Eso le había dicho Ferenice a su nieto Perseo con la intención de aliviarlo de sus cuitas cuando lo sacaron de la vida a la que estaba acostumbrado y lo llevaron prácticamente prisionero a otra mucho más dura.

Ahora sus propias palabras no se le iban del pensamiento, como tampoco la moraleja de la historia, que se le podía aplicar a ella, y no para bien.

Hasta el mismo día de su muerte, no se puede afirmar de nadie que su existencia ha sido feliz.

Ella había empezado sus días siendo una niña desgraciada por su extremada fealdad, pero en aquella época era tan pequeña que no conservaba ni el menor recuerdo del desapego y la vergüenza que sentían sus padres al mirarla. Después, convertida prácticamente en una nueva reencarnación de Helena, había gozado de la admiración y casi de la adoración de buena parte de Esparta. La habían pretendido muchos hombres y, de entre los tres favoritos de su padre, este le había permitido elegir a uno, un privilegio del que pocas mujeres disfrutaban. Sus pocos años con Ageto habían resultado decepcionantes, porque aquel hombre era tan apuesto como insensible; pero después una mezcla de atracción y ambición habían hecho que se dejara seducir por el rey Aristón, un hombre de corazón noble… y mucho mejor amante que Ageto.

Pocos días antes de la boda se dio cuenta de que estaba embarazada de su anterior esposo, pero vio tan enamorado a Aristón que pensó que podría superar ese obstáculo. Al fin y al cabo, el rey había tenido dos esposas antes y no había procreado con ellas, indicio claro de que el problema radicaba en su simiente: en tales casos, la costumbre espartana era que el marido mirara a

otro lado con tal de tener un heredero en la familia. Aristón mismo sospechó que el bebé no era suyo cuando nació con el peso normal pero bastante antes de lo previsto. Sin embargo, estaba tan contento con haber engendrado un sucesor, sobre todo, con aparecer en las ceremonias y en todas las ocasiones públicas del brazo de la mujer más bella de Esparta que jamás sacó a colación con ella aquel asunto.

No podía decirse que la maternidad hubiera supuesto un motivo de gran felicidad para Ferenice. Su hijo había manifestado desde bien niño que sacaba el corazón frío y mezquino de su verdadero padre, sin heredar por otra parte su apostura. Pero a cambio la habían colmado su vida en común con Aristón y, sobre todo, su papel como reina de Esparta.

Años más tarde, cuando enviudó, le quedó como consuelo el nacimiento de sus nietos. Milagrosamente, considerando la pobre herencia que aportaban tanto el frío Damarato como la altiva y superficial Pércalo, uno de los mellizos, su nieto Perseo, había salido cariñoso, noble y, de añadidura, un soberbio ejemplar físico.

Quedándose con lo bueno —fundamentalmente, con Perseo— y tomándose con ironía y distanciamiento todo lo malo —el resto de la familia con la que vivía en el palacio Euripóntida—, Ferenice había envejecido lenta y serenamente, rodeada del respeto de todos los ciudadanos de Esparta.

Después, el hacha del destino había caído sobre su cabeza. Ferenice había llegado a creer que el tiempo enterraría la mentira en la que se basaba su papel de reina consorte y reina madre. Pero, al parecer, por muchos años que transcurran, las mentiras siempre acaban saliendo a la luz igual que salen a flote los cadáveres de los ahogados: feas, hinchadas y putrefactas.

Primero su hijo perdió el trono, ella dejó de ser reina madre y la echaron, junto a los demás, del palacio donde había pasado más de dos tercios de su vida. Después, cuando se llevaron a Perseo a la *agogé*, Ferenice pensó que habían llegado a lo más bajo del ciclo de Tique, la Fortuna, y aun así había disimulado ante su nieto mostrándose más animosa de lo que realmente se sentía.

Pero se había equivocado. Aunque uno se estrellara en el duro suelo, todavía se podía hundir en sitios peores, simas oscuras y malolientes, auténticos albañales del destino.

Cuando su hijo decidió marcharse en secreto de Esparta para acogerse a la protección del Gran Rey, no se molestó en confiarle su plan ni contar con ella

para el viaje. ¿Lo habría acompañado? No estaba muy segura de ello. Sin embargo, por las noticias que le llegaban de Asia, convertirse en un renegado apátrida en la corte de Darío no era tan mal destino, ya que suponía verse colmado de lo que para un espartano eran grandes riquezas y para el soberano persa simples migajas de su generosidad.

Damarato, no obstante, no le había brindado esa opción. ¡A su propia madre! En lugar de eso, se había despedido de Ferenice por carta a través de una criada. Una carta en la que se mostraba no ya frío, como había sido su norma durante tantos años, sino injurioso. «Hay quienes cuentan por Esparta —escribía en las últimas líneas— una historia incluso más infame que la que han propalado mis enemigos, y es que cuando llegaste a casa de Aristón no es que estuvieras embarazada de tu primer marido, sino que te había dejado preñada un siervo, un ilota. ¡Un mozo de mulas, nada menos! Antes jamás habría creído algo así de ti, pero visto que me has tenido engañado durante todos estos años, creo que es más que posible. Por eso, madre, desde hoy mismo te digo que reniego de ti y que espero que los pocos años que te quedan de vida sufras el desprecio de todos los espartanos».

La maldición de su hijo había surtido efecto. Cuando se supo que Damarato había abandonado Esparta para dirigirse a la corte persa, Latíquidas presentó ante el consejo de ancianos una propuesta para confiscar todos los bienes que el exrey había dejado en Esparta.

Eso incluía las fincas, los caballos, los ilotas.

La casa donde vivía Ferenice, que sin ser el palacio Euripóntida era una mansión digna.

Los criados.

Todo.

Y así se encontraba ahora habitando en una casa ruinosa, húmeda y maloliente, con goteras y corrientes de viento que la atravesaban de parte a parte. Una casa que, para empeorar su situación, tenía que agradecer a la compasión de Cleómenes, que le había permitido quedarse en ella.

¿Compasión? ¡Ja! Jamás en su vida Cleómenes había actuado por compasión. Lo que quería era vengarse de ella, de la época en que él, recién ascendido al trono, se creía una reencarnación de Zeus, capaz de seducir a mujeres de toda cuna y condición, y se había empeñado en acostarse con ella en el mismo palacio Euripóntida aprovechando que Aristón estaba ausente en

una campaña militar. Ferenice lo rechazó, pero en el mismo momento en que lo hizo, el gesto que vio en el rostro de Cleómenes —el puchero de un niño malcriado al que le llevan la contraria, multiplicado y deformado por la edad, el odio y la soberbia— le hizo prever que aquel rechazo traería consecuencias.

Pero no había tenido más remedio que aceptar la oferta de Cleómenes y trasladarse a aquella casa. Los amigos de su familia habían demostrado que lo eran de eso, de la familia, no de ella, y ahora entendían que su lealtad se debía al que consideraban el legítimo Euripóntida, aquel odre lleno de flatulencia que se hacía llamar rey Latíquidas. El rencor de este contra Damarato llegaba a tal punto que se extendía a ella, una mujer ya vieja que no podía hacer ningún mal a nadie. Por eso había ordenado que todo el mundo le hiciera el vacío. A efectos de la sociedad de Esparta, era como si Ferenice hubiera cometido el más horrendo de los crímenes: convertirse en *rhípsaspis*, abandonar el escudo en plena batalla y huir ante el enemigo. Pues la trataban igual que si fuera una arrojaescudos, haciéndole el vacío como si hubiese dejado de existir.

Hasta ese momento Ferenice había resistido bien al deterioro de la edad. Pero cuando su hijo la maldijo en aquella carta y la expulsaron de su casa, algo se rompió en su interior.

Literalmente, pues un día empezó a sangrar por la boca y por el ano, y ya no dejó de hacerlo.

Ella, que siempre se había bastado a sí misma, ahora, al final de su vida, cuando más lo necesitaba, se encontraba sola.

Su única compañía era una criada que le había enviado Cleómenes, llamada Rea. Estaba casi ciega y más sorda aún que ciega, y más arrugada y encogida que Titono, el amante de Eos al que los dioses concedieron la inmortalidad sin añadir a su don el detalle de la eterna juventud.

Al principio Ferenice se las había arreglado para lavarse sola. Después, cada vez más débil —las raras ocasiones en que la comida le paraba en el estómago, no lo hacía en el vientre, y fluía incontenible y mezclada con sangre—, había quedado postrada en la cama y pasaba el día entero manchada en sus propios desechos, o a veces más de un día, hasta que Rea se acordaba de que estaba allí para cuidar de ella.

Por suerte, en su momento más bajo, cuando Ferenice ya empezaba a pensar que su señora Helena la había abandonado e iba a pedirle a Rea que arrojara al río la medalla de oro con su imagen, apareció ella, una bendición

de los dioses, la Esperanza encerrada en el fondo de la jarra de los males de Pandora.

Gorgo.

—¿Estás bien, madre?

—Yo no soy tu madre —respondió Ferenice con voz débil. La pregunta de Gorgo la había sacado del duermevela en que pasaba casi todo el tiempo—. Ojalá lo hubiera sido.

—Para mí, ahora eres mi madre —dijo la joven, que se había sentado en un taburete junto a su cama.

Ferenice se miró a sí misma. Estaba cubierta por una sábana nueva, y por debajo de ella podía notar que su cuerpo estaba recién lavado y envuelto en una túnica limpia. ¿Cuántas horas duraría así antes de mancharse de nuevo?

Experimentó una extraña mezcla de vergüenza, orgullo y ternura. Quien la había lavado no era una sierva ilota, sino nada menos que la hija de un rey.

—Tú nunca conociste a tu madre, eso es cierto —recordó Ferenice.

—Tú sí la conociste. ¿Cómo era?

«Una mujer insulsa, un pan sin sal».

—Era una mujer muy bella y muy inteligente. Sabía bordar y cantaba como un ruiseñor.

Todo mentira, pero ¿qué daño podía hacer? Una mentira más entre todas las que ensombrecían la historia de las dos casas reales de Esparta. Al menos, Ferenice estaba mintiendo por ver sonreír a Gorgo, y lo consiguió.

Pero la sonrisa se trocó rápidamente en lágrimas.

—¿Por qué me pasa esto, Ferenice? ¿Por qué me pongo a llorar ahora?

Ferenice le tocó la tripa, que ya era bastante prominente. Cuando venía a visitarla, Gorgo traía mantos holgados que la disimulaban, pero al despojarse de ellos, se podía apreciar cómo se abombaba el tejido de la túnica.

—Es normal en los embarazos, querida. Esos cambios de humor son como las tormentas de verano: el cielo se nubla, empieza a llover de repente, la lluvia se convierte en pedrisco, y de pronto asoma el sol y sale el arco iris.

Enjugándose las lágrimas, Gorgo se dispuso a darle a Ferenice el remedio para las hemorragias que le había recetado un médico de Cos. Se cocían en

agua la corteza, la raíz y las hojas de un lentisco hasta que soltaban toda su sustancia. Después se sacaban de la cazuela y se volvía a cocer el agua hasta que se reducía y quedaba viscosa como la miel. El sabor no resultaba agradable, ni siquiera con la miel auténtica que le echaba Gorgo para endulzarla. Por lo demás, Ferenice dudaba de que aquel fármaco sirviera para algo, pero se lo tomaba sin rechistar como agradecimiento a los desvelos de la joven.

—¿Qué me cuentas del mundo exterior, hija? —Señalando con una mano cansada y exangüe al rincón donde la anciana Rea dormitaba en una silla, Ferenice añadió—: Ese es mi único contacto con lo que hay detrás de estas paredes. Ya te puedes imaginar.

—Las noticias no son buenas —respondió Gorgo, removiendo el cuenco con la cuchara para despegar los últimos restos de medicina de las paredes.

—Me da igual, tú cuéntamelas.

—El rey Darío está armando una gran flota para invadir Grecia.

—Eso ya lo intentó el año pasado y fracasó.

—Esta vez los persas no van a venir por el norte, para no arriesgarse a naufragar de nuevo en el monte Atos. Parece que pretenden recorrer las Cícladas, isla por isla, hasta llegar a Atenas. Quieren vengarse de los atenienses por los barcos que prestaron a los rebeldes de Jonia.

Ferenice asintió, recordando aquella historia. El tirano de Mileto, Aristágoras, que era vasallo de Darío y quería rebelarse contra él, había recorrido las principales ciudades griegas buscando aliadas. La primera que visitó fue Esparta, que gracias a la calidad de sus guerreros era la más poderosa del Peloponeso y de toda Grecia. Conociendo la ambición y el temperamento inquieto de Cleómenes, había acudido a él en lugar de a Damarato. En eso había demostrado buen tino, pues Ferenice sabía que su hijo, timorato y poco propenso a la acción, jamás habría aceptado embarcarse en una campaña de tamaña magnitud.

Ahora, al hablar de aquella rebelión, Gorgo, que hacía todo lo posible por entretener a Ferenice, rememoró para ella la visita del extirano de Mileto.

—Me acuerdo perfectamente de aquel hombre, Aristágoras. Olía muy bien, tenía el pelo rizado y rubio y se lo adornaba con cigarras de oro. Intentó convencer a mi padre para hacer la guerra, asegurándole que los persas eran unos afeminados que combatían con escudos de mimbre y lanzas de juguete.

Pero cuando Aristágoras no estaba delante, mi padre y los éforos se burlaban y decían que el afeminado era él, que se perfumaba como una mujer.

Aristágoras había traído con él un pesado escudo de bronce, tan pulido y brillante que parecía de oro. Se asemejaba en cierto modo al escudo que Hefesto había forjado para Aquiles, pues representaba el mundo. Pero no lo hacía con imágenes en miniatura de personas, ciudades y animales, sino a vista de pájaro. O más exactamente, a vista de dios. «Pues así es como podría contemplarlo Zeus desde la atalaya más alta de su palacio en el Olimpo», lo había descrito Aristágoras.

—Recuerdo que cuando el extranjero trajo ese escudo, me quedé embobada delante de él, y todavía me sigue ocurriendo —prosiguió Gorgo—. Mi padre lo tiene en su despacho, sobre un soporte de madera de cedro, y de vez en cuando se queda mirándolo y le veo recorrerlo con los dedos y hablar consigo mismo. ¿Tú has visto ese escudo, Ferenice?

Ella negó con la cabeza, un movimiento apenas perceptible, pues le quedaba tan poca energía que incluso ese gesto le costaba un gran esfuerzo. No podía haber visto aquel escudo, porque jamás había pisado el palacio de Cleómenes.

Cleómenes, en cambio, sí que había pisado el palacio de los Euripóntidas de forma clandestina. La primera vez para intentar seducirla a ella, empresa en la que no había cosechado ningún éxito y, además, se había marchado humillado por los comentarios hirientes de Ferenice.

La segunda vez sí había conseguido su objetivo, pues la presa era mucho más fácil: su nuera Pércalo.

Mientras Ferenice pensaba en aquello, Gorgo continuaba con su historia.

—Cuando mi padre se dedicaba a despachar otros asuntos, yo me pasaba horas mirando el escudo y leyendo esos nombres.

El gesto de Gorgo se había teñido de melancolía. Con una mirada ensoñadora que embellecía todavía más sus ojos, la joven recitó aquellos nombres, y al escucharlos Ferenice no pudo evitar imaginarse países remotos y ciudades de oro brillando bajo el sol. Libia, Armenia, Frigia, Tirrenia, Iberia… Escitia… Hiperbórea…

—Y, por supuesto, también estaba Persia, con sus fabulosas capitales. He visto ese escudo tantas veces que me las he aprendido de memoria. Pasargada, Ecbatana, Susa, Babilonia, Sardes. Y la más fabulosa de todas, según nos

contó Aristágoras, era Persépolis, porque el rey Darío la estaba construyendo con el dinero que nos robaba a todos los griegos.

Por bello que fuese el escudo, sin embargo, traer aquel mapa de las tierras conocidas, copia de un original de un sabio de Mileto llamado Anaximandro, había sido un error de Aristágoras. Gracias a él, Cleómenes había comprobado lo pequeña que parecía Grecia en comparación con el Imperio persa. «¿A cuánta distancia está del mar la capital de Darío?», había preguntado el rey espartano. «Es un viaje de tres meses», fue la contestación de Aristágoras. Ante esa respuesta, Cleómenes lo despidió de su palacio sin vacilar. Si los espartanos tenían miedo de enviar ejércitos fuera del Peloponeso por temor a que los ilotas se sublevaran, ¿cómo iban a mandar tropas al otro lado del Egeo para una campaña que podía durar un año entero? Solo presentar esa propuesta ante el consejo de ancianos podía significar que lo denunciaran y depusieran por conspirar contra la patria.

—Sé que mi padre habría querido hacer caso de aquel extranjero, pero no se atrevió. Hasta hace poco lo he visto en su despacho, contemplando el escudo y recorriéndolo con el dedo.

—Soñando con conquistar el mundo —dijo Ferenice—. Muy propio de tu padre.

Gorgo se calló de repente. Dos lágrimas gruesas como perlas empezaron a rodar por sus mejillas.

—¿Qué te ocurre, niña? Cuéntamelo.

—Ya te lo he dicho, Ferenice. Mi padre es un monstruo —respondió ella —. Sigue creyendo que el bebé es suyo. Gracias a eso, no ha vuelto a intentar acostarse conmigo.

—Ser abominable… ¿Por qué no lo ha hecho?

—Soborné a esa bruja aborrecible que tiene siempre con él, Frixo. Le tuve que dar un cofre lleno de joyas para que al día siguiente de… —Gorgo enrojeció y añadió—: De aquello…

—No hace falta que entres en detalles, hija. Ya me contaste lo que ocurrió aquella noche. Sigue.

—Ella preparó un muñeco relleno de hierbas y envuelto en telas que decía mágicas, y me hizo orinar en él. Se supone que con eso pudo saber al día siguiente que yo estaba embarazada de un varón, y así se lo dijo a mi padre. Y

también le dijo que ese niño sería un hijo digno de él, pero a condición de que no perturbara su gestación ino… inoculando de nuevo su simiente en mí.

—¿Esa historia se le ocurrió a la bruja?

—No, se me ocurrió a mí. Ella se limitó a transmitir mis palabras. Mi padre confía mucho en ella.

Ferenice le apretó la mano.

—Has sido muy inteligente. Cuando nazca el niño, los dioses dispondrán.

—Pero cuando llegue ese momento, ¿qué voy a hacer? No puedo decir que he dado a luz a un hijo de mi propio padre.

—Tampoco puedes contar la verdad —indicó Ferenice—. No puedes decir que ese niño es bisnieto mío.

—No —respondió Gorgo, moviendo la cabeza con tristeza—. Si lo hago, mi padre los matará a los dos, a Perseo y al niño. Y es posible que también me mate a mí.

Ferenice volvió a tocar la tripa de Gorgo. Se notaba tensa como un tambor.

—Por tu cara y la forma de tu barriga, va a ser un niño.

—Eso aseguró la bruja, pero porque le pagué para que lo dijera.

—A mí puedes creerme, siempre acierto con esas cosas. Y ese niño va a ser lo que no pudo ser su padre: rey. Por eso debes ocultar que es de Perseo. Pero te digo una cosa, Gorgo. Ese crío que llevas en tu seno será un gran gobernante.

—¿Por qué lo dices?

Ferenice acarició los dedos de Gorgo.

—Porque ha sido engendrado por dos ejemplares humanos magníficos, tú y mi nieto.

Al acordarse de Perseo, Ferenice guardó silencio unos instantes. Por fin, preguntó:

—¿Sabes algo de él?

Gorgo bajó la mirada, con gesto triste.

—Mi tío Leónidas me cuenta que sigue vivo.

—Eso ya es algo.

—Anda por Mesenia, o por el monte Taigeto, sirviendo en un grupo secreto que evita que haya rebeliones de ilotas. Mi padre le perdonó la vida con la condición de entrar en ese cuerpo.

«La Criptía», pensó Ferenice, que hasta que la desgracia se abatió sobre ella había contado con sus propios medios de información. Los miembros de esa sociedad se juramentaban para mantener el secreto y recorrían las tierras de los ilotas de forma clandestina, deteniendo o asesinando a aquellos que tramaban revueltas o que, simplemente, por su valor, inteligencia o cualquier otra cualidad parecían candidatos a convertirse en caudillos. La idea había sido de Cleómenes, pero muchos otros espartanos situados en puestos elevados la apoyaban. Incluso a su hijo no le había parecido mal, lo cual era sorprendente considerando que se trataba de algo creado por su rival.

«Un grupo que evita que haya rebeliones» no dejaba de ser un eufemismo. Ferenice entendía perfectamente que su nieto se había convertido en un asesino al servicio de Esparta. ¿Corrompería eso su noble corazón? Una cosa era matar adversarios en la guerra, luchando de frente, y otra bien distinta hacerlo a traición y al amparo de la noche.

Trató de desechar esos pensamientos. La profecía de aquel adivino que llevaba dos cascabeles en la barba aseguraba que Perseo llegaría a ser el primero entre los espartanos. No debía perder la fe en él.

El destino de su nieto quedaba fuera de su control, pero al menos podía influir en el de su bisnieto.

—A ojos de toda Esparta, tu niño necesitará un padre oficial que no sea mi nieto.

—Lo sé —dijo Gorgo—. Yo ya tenía uno pensado.

—¿Quién?

—Mi primo Pausanias.

Ferenice torció el gesto.

—¿Pausanias? ¿Es el que quieres tú? ¿Quieres compartir lecho con él?

—No es que lo deseo. Pero es mi pariente más cercano.

—Si no sientes amor por Pausanias, no te cases con él. No posee el carácter necesario para criar a un rey, y menos si el niño, naciendo de ti y de

Perseo, es un corcel de guerra fogoso al que hay que domar y enderezar. Para eso se necesita una mano firme.

—¿Y qué puedo hacer entonces?

—Hay otro hombre en tu familia al que puedes recurrir. Es noble y de carácter fuerte. ¡Ojalá fuera él el rey y no tu padre!

—¿Te refieres a mi tío Leónidas?

—A ese mismo.

Por un momento, Gorgo abrió mucho los ojos, en un gesto de sorpresa. Sin embargo, unos segundos después los entornó y movió los labios como si debatiera consigo misma, y Ferenice comprendió que estaba sopesando la idea. Los matrimonios entre tío y sobrina no eran algo inaudito en Esparta. El propio Leónidas era hijo de la primera esposa del rey Anaxándridas, Antusa, que al mismo tiempo era su sobrina.

—Tu tío puede ser un gran padre —aseguró Ferenice, para terminar de decidirla—. Y un gran compañero de casa para ti. Ahora bien, si lo que deseas es un esposo que comparta tu cama…

«Todos conocemos a tu tío», dejó implícito Ferenice.

Gorgo suspiró, tan hondo que sus pechos se levantaron hasta hinchar la túnica. Ferenice comprendió de quién se estaba acordando.

De Perseo.

Y sus propios ojos se llenaron de lágrimas, porque comprendió que nunca lo volvería a ver, como tampoco conocería al hijo nacido de su semilla.

—Quién diría ahora que fuiste la mujer más bella de Esparta.

Ferenice abrió los ojos. En algún momento, se había quedado dormida sin darse cuenta. Ni siquiera recordaba cuándo se había ido Gorgo. Volvió los ojos hacia la ventana; solo los ojos porque, por alguna razón, no podía girar el cuello. El postigo estaba casi cerrado, pero por el resquicio no entraba luz. Debía de ser de noche.

La tenue iluminación de la estancia provenía de las lamparillas aromáticas que Gorgo le había traído para disimular el olor a humedad de la casa. Y también, lo sabía Ferenice aunque la joven no se lo había dicho, para tapar el hedor de la enfermedad que la corroía.

Con un esfuerzo que le resultó casi sobrehumano, Ferenice dirigió la vista

hacia el hombre que la había despertado con su comentario. Alumbrado desde abajo por aquellas llamas temblorosas, parecía más alto, más corpulento, más viejo y más terrible.

Cleómenes.

Ferenice quiso decirle algo, que se marchara de allí, que la dejara morir en paz. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no era capaz de articular palabra.

Tampoco conseguía mover las manos. Todo su cuerpo estaba inmóvil. De algún modo, respiraba, pero tan despacio que ni ella misma lo percibía. Por dentro escuchaba los latidos de su corazón, sordos y muy lentos, como el ritmo cansino de un tambor muy muy lejano.

Se dio cuenta de que ya ni siquiera podía mover los ojos. Aquella incomprensible parálisis había llegado incluso a sus párpados. Quería cerrarlos, intentaba cerrarlos, pero se negaban a obedecer las órdenes de su voluntad.

Era como si se hubiera salido fuera de su propio cuerpo. Pero eso no podía ser, porque seguía encerrada dentro de él.

En tal caso, lo que ocurría es que estaba muerta.

Había perdido a Cleómenes de su campo de visión, pero él se agachó sobre su cabeza para que pudiera verlo bien. Desde abajo, las bolsas de sus ojos se advertían todavía más hinchadas.

—No estás muerta, anciana, si es eso lo que estás pensando. ¿Sabes lo que te ocurre? Me imagino que estás intentando mover la cabeza o decirme que no, y no puedes. La culpa ha sido de mi hija, aunque ella no lo sabe. El sabor a resina y miel de esa pócima ha disimulado los otros elementos de la mezcla.

Cleómenes se sentó en la cama. Las tablas y las correas crujieron bajo su peso. Poniéndole la mano en la frente, empezó a acariciarla. Aunque era incapaz de moverse, Ferenice podía sentir el tacto de sus dedos, la aspereza de su piel. Incluso tenía la impresión de que su sensibilidad se había agudizado.

Eso significaba que, si él pretendía torturarla, no solo no iba a poder hacer nada —mal podría haberlo impedido en su estado, incluso de no haberse encontrado paralizada—, sino que además el dolor iba a ser más intenso.

«Madre Helena, ¿qué te he hecho para que me abandones así? Protégeme, te lo suplico».

—Se te han llenado los ojos de lágrimas, anciana. Supongo que te escuecen porque no puedes pestañear. De niño yo intentaba ver cuánto tiempo aguantaba sin parpadear y al final los ojos me lloraban.

Cleómenes tomó el embozo de la sábana, dobló un pequeño pico y lo usó para restañarle las lágrimas casi con ternura.

—Frixo y sus pócimas. ¿Sabes que fue esa bruja quien me ayudó a librarme de mi madre? Lo suyo no fue una muerte natural. Yo me libré de ella.

Cleómenes se levantó, estirándose la túnica sobre las rodillas como quien se dispone a irse.

«Gracias, señora Helena. No me va a torturar».

—Cuando esa vieja chocha de Rea te vea, creerá que estás muerta. Todo el mundo lo creerá, pero tú seguirás así, encerrada en la cárcel de tu propio cuerpo. Y en la creencia de que estás muerta, te enterrarán, y podrás oír cómo las paladas de tierra caen sobre tu cuerpo, y sentirás el contacto de sus granos y sus grumos en la piel, y cómo las lombrices reptan sobre tu cuerpo.

Cleómenes se inclinó sobre ella y la besó en la frente, deslizando la punta de su lengua sobre su piel para mojarla de saliva. En otras circunstancias, Ferenice habría sentido un escalofrío de repulsión.

—Y morirás, oh, claro que morirás. Pero será lento, Ferenice, porque esa droga que tienes en tu interior se asegurará de que incluso con la brizna de aire que puedas respirar a través de los poros de la tierra, tu cuerpo sobreviva durante días.

Cleómenes se incorporó de nuevo y se dio la vuelta para irse. Pero antes de desaparecer del todo de la vista de Ferenice, pareció pensárselo mejor y giró de nuevo sobre sus talones.

—Cuando las mujeres mortales, aunque se crean las más bellas, rechazan a los dioses todopoderosos, su rechazo no queda impune ni sin consecuencias. Aunque odiaba a mi madre, aprendí mucho de ella. Su frase favorita era: «El plato de la venganza es mejor servirlo frío». Ahora, hermosa Ferenice, te dejo con el plato de mi venganza, gélido y cuajado, para que lo degustes por un tiempo tan largo y espantoso que te parecerá una eternidad.

Con estas palabras, Cleómenes desapareció por fin del círculo de su visión. Ferenice quiso llorar, pero ya ni siquiera la obedecían los lacrimales, y

sus ojos se quedaron abiertos, secos, contemplando el techo y esperando.

No podía saber cuánto tiempo había transcurrido. A juzgar por la luz, la noche debía de continuar su curso en el exterior.

Primero oyó un suave y rítmico tintineo. Después, un rostro apareció en su campo visual. Era alguien conocido, aunque al principio no logró localizarlo en su memoria.

—Sé que te acuerdas de mí, Ferenice —dijo aquel hombre—. Hice una profecía sobre tus nietos. De Perseo dije: «Será el último entre los espartanos y, cuando llegue la hora decisiva, será el primero de los espartanos».

Claro, el adivino, recordó Ferenice. Venía de Élide, pero no había llegado a decirle su nombre. Se lo veía exactamente igual, con aquella larga barba negra trenzada y decorada con dos cascabeles. ¿Cómo podía ser? Ni arrugas ni canas, y eso que habían transcurrido casi veinte años.

—Sé que te estás preguntando cómo puedo parecer el mismo —prosiguió el adivino, con la mano huesuda apoyada en el retorcido e intrincado puño de su báculo—. Los registros de mi tribu dicen que nací en Élide hace treinta años, y que fui inscrito como Tisámeno, hijo de Antíoco.

«¿Cómo pudiste nacer hace treinta años, si te presentaste ante mí cuando nacieron mis nietos?».

—Desde que nací he vivido muchas vidas, algunas en el pasado y otras en el futuro. ¿Lo ves?

Ante los ojos incrédulos y paralizados de Ferenice, los cabellos y la barba del adivino se empezaron a teñir de blanco, un blanco que fluyó desde las raíces a las puntas como la savia por las venas de un árbol. Cuando terminó el proceso, su rostro seguía igual, sin apenas arrugas salvo las de expresión propias en un rostro tan enjuto, pero todo el pelo que rodeaba su rostro se veía blanco como las nieves más puras del Taigeto.

El adivino se sentó en la cama e introdujo el brazo izquierdo por debajo del cuello y los omóplatos de Ferenice para incorporarla. Ella no pudo sino dejarse hacer. Aquel simple movimiento, que le permitió mirar a la pared en lugar de permanecer con los ojos clavados en el techo, supuso un gran alivio para ella.

Tisámeno le puso ante los ojos un frasquito de alabastro con la boca muy estrecha y después se lo acercó a la boca.

—Te he levantado porque esa droga con la que te ha envenenado Cleómenes no te permitiría ni tragar. Ahora, el líquido que te voy a dar caerá por su propio peso a través de tu garganta. No vas a sentir nada, Ferenice. Solo un frío que subirá poco a poco por tus piernas, pero es un frío soportable. Cuando llegue a tu vientre y a tu pecho, abandonarás el mundo de los vivos y te podrás reunir con tu esposo Aristón.

Ferenice quiso sonreír y darle las gracias, pero no pudo. Puesto que Tisámeno era un adivino, supuso que sabía de todos modos que ella se sentía agradecida.

Usando la misma mano izquierda con que la sujetaba —era un hombre de miembros largos y nervudos—, Tisámeno le abrió la boca con delicadeza, y con la otra mano le apoyó el frasco entre los labios y lo volcó. Ferenice notó cómo un líquido amargo y tibio llenaba su boca, fluía sobre su lengua y se derramaba por su garganta.

—Voy a quedarme contigo hasta el final, Ferenice —dijo Tisámeno—. Y te garantizo una cosa. Desde el Hades obtendrás tu venganza por lo que te ha hecho Cleómenes.

A Ferenice la venganza le era indiferente en aquel momento. Un bienestar asombroso empezó a inundar su cuerpo. Comprendió que estaba llegando al final de su vida. Tal como había dicho Solón de Atenas, de nadie se puede decir que ha sido dichoso hasta que cumple el final de sus días. Ella recapituló sobre los suyos. No había tenido una mala existencia. Había sido bella, la más bella, y llevado una vida fácil, sin grandes trabajos. Había conocido el amor de un buen marido y, aunque parte de la familia le había dado más hiel que miel, había tenido a Perseo, del que, gracias al mismo adivino que la sostenía en brazos, sabía que algún día se convertiría en el primero de los espartanos. Y pronto nacería un bisnieto, que llevaría su sangre y sería rey de Esparta.

Sí, sus últimos meses habían sido espantosos, pero ahora la muerte que subía desde sus pies era una muerte dulce, por lo que cuando encontraran su cadáver, no verían su gesto deformado y afeado por el dolor, algo que no habría soportado. Y notaba que su cuerpo seguía estando limpio, tal como lo había dejado Gorgo. Iba a terminar sus días con dignidad.

Volvió a sonreír por dentro, una sonrisa que le llenó el pecho de una calidez que compitió con el frío que poco a poco empezó a subir desde sus pies.

«Gracias, mi señora Helena, por no haberme abandonado en mis últimos

momentos».

Y con esa sonrisa y esa calidez, Ferenice, quien fuera la mujer más hermosa de Esparta, abandonó este mundo.

# 2

## Palacio Agíada, primavera de 490 a. C.

Guiado por los diez guardias reales, Perseo entró en el palacio de los Agíadas, esta vez convocado como cualquier otro habitante normal de Esparta, y no por una entrada secreta, con una capucha en la cabeza y las manos atadas a la espalda. Llevaba toda su vida viendo aquel edificio por fuera, pero era la primera vez que pasaba entre las dos estatuas de piedra que guardaban ambos lados de las puertas de roble. Eran *kouroi* arcaicos, jóvenes desnudos, con los brazos musculosos pegados a los costados, tres cabezas más altos que el propio Perseo.

Existían tradiciones diversas sobre ellos, ya que no había inscripción ninguna que explicara quiénes eran, y las tradiciones se habían confundido y mezclado. Unos decían que se trataba de Cástor y Pólux, hermanos de la divina Helena. Otros aseguraban que eran los gemelos Eurístenes y Procles, antepasados de las dos dinastías reales. Pero Perseo no le encontraba demasiado sentido a aquella explicación.

¿Para qué iban a esculpir los Agíadas en su puerta la imagen de Procles, el fundador del linaje rival? Si en la mansión Euripóntida se hubiese alzado una estatua de algún Agíada, bien claro tenía que su padre la habría hecho derribar.

Tras atravesar el recibidor y un patio en el que solo crecía un olivo de aspecto casi milenario, los guardias lo llevaron hasta el salón de audiencias. Allí lo dejaron, y cerraron tras él las puertas, que se juntaron con un quejumbroso rechinar de goznes.

Otra diferencia con el palacio Euripóntida era que su padre, maniático del silencio, no soportaba que ninguna puerta chirriara, por lo que siempre había un sirviente con una alcuza repasando las más de cincuenta puertas para aceitarlas.

El salón del trono era una estancia alargada y rectangular, en penumbras,

pues las ventanas estaban entornadas, y solo entraban resquicios de luz, más las llamas de los pebeteros. Tenía el techo de madera oscura, sostenido por varias filas de columnas. Eran más ostentosas que las de roble del palacio Euripóntida: las dos filas centrales estaban talladas en mármol. Por su aspecto casi reluciente, las debía de haber hecho instalar Cleómenes no mucho tiempo antes.

Leónidas aguardaba de pie sobre el peldaño en el que se apoyaba el trono, un gran sitial con patas que representaban garras de león. De vez en cuando, como sin darse cuenta, acercaba la mano a él y rozaba el brazo de mármol con los dedos. Manteniendo la distancia y a la vez el contacto, pensó Perseo.

Únicamente había otro ocupante en la sala. Algo apartado, bajo los peldaños del estrado, aguardaba Pausanias, vestido con una túnica roja que le colgaba un poco por debajo de las rodillas; aquello le robaba la marcialidad a su atuendo.

¿Dónde estaba Cleómenes? ¿Y Gorgo, que, según le había contado ella misma, durante las audiencias solía sentarse a la izquierda del trono, en la silla plegable que ahora se veía vacía?

Leónidas supo interpretar la mirada de Perseo. Al menos, en la parte que atañía al rey.

—No busques a mi hermano. No está aquí.

—No soy quién para pedir cuentas por el rey de Esparta —respondió Perseo, esforzándose por conseguir un tono neutro. Después de tantos meses sin saber nada de Gorgo, tener ante los ojos un símbolo de su presencia tan simple como el de aquella silla le hacía sentir su ausencia como un puño hurgando en la boca del estómago.

—Mientras estabas fuera, se han descubierto muchas cosas.

«Aparta los ojos de esa silla», se ordenó a sí mismo Perseo y dirigió la mirada a Leónidas. El hermanastro del rey hinchó el pecho y contuvo la respiración un rato, como si aquellas «cosas» a las que se refería se hubieran quedado atrancadas en su interior y se negaran a salir a la luz. Por fin, prosiguió:

—Tu padre tenía razón al menos en una de las cosas que decía.

—¿Cuál?

—Detrás de su derrocamiento ha habido una conspiración.

«No hace falta ser un genio para deducir eso», pensó Perseo, pero no dijo nada. Prefería dejar que hablara Leónidas. El Agíada aguardó un rato, también en silencio. Pero saltaba a la vista que era él quien quería o necesitaba algo, y por eso no le quedaba más remedio que ofrecer información.

—No ha sido Latíquidas —continuó Leónidas—. Al menos, no existen pruebas de que él haya estado involucrado en el asunto.

Una nueva pausa. Leónidas desvió la mirada, rehuyendo los ojos de Perseo. «No es culpable —pensó este—. Pero se siente culpable».

—El asunto es grave. Está implicado el mismísimo oráculo de Delfos.

Aquello sí sorprendió a Perseo, que miró de reojo a Pausanias para ver qué expresión ponía. ¿Delfos? Si había algo sagrado en Grecia y buena parte del mundo civilizado era el oráculo de Delfos. Si los dioses se dignaban dar a conocer su voluntad a los mortales por algún medio, ese medio era la Pitia de Apolo en Delfos.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó Perseo—. El dios no lo permitiría…

—No es la primera vez que ocurre —intervino Pausanias—. Hace veinte años…

Leónidas, sin mirar a su sobrino, levantó una mano. El gesto bastó para hacer callar a Pausanias. Aunque este se hallaba algo apartado del pebetero más cercano y la sombra de una columna oscurecía su rostro, Perseo se dio cuenta de que había enrojecido.

—Parece que todo ha sido a través de un tal Cobón, un intermediario que ha sobornado a una de las tres Pitias.

Perseo apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. Su abuela le había inculcado la devoción por los dioses. «Si les rindes el debido culto, su poder estará contigo y nada malo te pasará. Mira cómo Helena ha sido siempre benévola conmigo. Pero si les faltas al respeto, si los pones por testigos falsamente, te perseguirán hasta la tumba y más allá. ¡Nunca juegues con poderes que están más allá de tu comprensión!».

Se preguntó si la razón de que Cleómenes no estuviera allí, y Leónidas ocupara su lugar, era que Apolo había decidido matarlo con las mismas flechas emponzoñadas que masacraron a los griegos junto a Troya. Pero mucho se temía que no.

—Perífalo, la Pitia implicada, ya ha sido castigada —prosiguió Leónidas —. La han echado del oráculo, con una marca de hierro en la frente por sacrílega. Pero no antes de confesar que estuvo en Esparta hace menos de dos años. Y que fue el rey Cleómenes, mi hermano, quien le dictó exactamente el oráculo que debía pronunciar.

Esta vez, Leónidas consiguió no apartar la mirada, aunque el esfuerzo para evitarlo quedó traicionado por la forma en que, al pronunciar las palabras «mi hermano», pasó las uñas por el brazo del trono, como si quisiera dejar muescas en la piedra.

Perseo entornó los ojos y respiró muy despacio, expulsando el aire entre los dientes. No sabía qué era lo que le robaba el aliento, si la silla vacía de Gorgo o la revelación de aquel sacrilegio. ¿Debería alegrarse al saberlo? ¿Significaba eso que podía recuperar su antigua vida?

¿*Quería* recuperar su antigua vida? ¿Cambiar los bosques y los montes donde, mientras cobrara las piezas humanas que le reclamaban, era tan libre como la misma Ártemis, por el palacio Euripóntida, un lugar preñado de silencios, secretos y culpas nunca expresadas? ¿Ahora que no quedaba allí nadie de su familia, que su padre y su hermano estaban en Persia colaborando con los bárbaros, que su madre se había vuelto a casar y renegaba de su exmarido y de sus hijos? Sobre todo, ¿quería volver allí ahora que su abuela, la única persona de la familia que de verdad lo había amado, ya no estaba entre los vivos?

Volvió a mirar la silla vacía. Aunque todo retornara al estado original, antes de que su padre perdiera el trono, Gorgo nunca sería una opción.

¿Y si pudiera secuestrarla, como Jasón hizo con Medea, como Paris con Helena, como Teseo con Ariadna, y llevarla lejos de allí? ¿Llevar una vida de héroe errante, como Heracles con Deyanira? Los dos solos, sin más responsabilidad para Perseo que luchar las peleas que pudieran surgir y demostrar su *areté*.

Pero aquellas historias nunca terminaban bien. Medea se había vengado de la traición de Jasón matando a sus hijos, Helena había vuelto con su esposo tras la muerte violenta de Paris, Teseo había abandonado a Ariadna en la isla de Naxos. Y Heracles había muerto envenenado, literalmente, por el exceso de amor de Deyanira.

«La vida del héroe es gloriosa, pero terrible», le decía su abuela cuando le narraba aquellas truculentas historias.

¿Y cómo era la vida del príncipe sin trono, del guerrero espartano sin ciudadanía, del asesino de ilotas de la Criptía? Terrible también, y ni siquiera gozaba del alivio de la gloria y el renombre.

—¿No tienes nada que preguntar? —dijo Leónidas, malinterpretando el silencio de Perseo—. ¿No quieres saber si eso significa que se le va a devolver el trono a tu padre?

—Supongo que me has hecho venir para eso. Y que la respuesta es no.

—No te he convocado aquí por ese motivo, pero la respuesta, tristemente, es no.

—Aunque la Pitia haya sido sobornada —intervino Pausanias, hablando a toda velocidad para evitar que su tío lo interrumpiera—, no hizo más que confirmar pruebas que ya existían contra la legitimidad de tu padre. Hay testimonios de sirvientes y, sobre todo, está la palabra del éforo Isanor. Además hay unos registros en…

—Basta, Pausanias —ordenó Leónidas—. No estamos aquí para discutir de agua que ya pasó bajo el puente.

—Si una Pitia ha sido capaz de perjurar, mucho más podría hacerlo un éforo.

—Podría, sí —contestó Leónidas—. Pero ni la asamblea de ciudadanos ni el consejo de ancianos van a retractarse de su decisión. Tu padre está ahora mismo en la corte de Darío, conspirando contra su patria y contra toda Grecia. El camino que ha recorrido ya no tiene vuelta atrás.

—Tal vez no habría recorrido ese camino si no lo hubieran obligado.

—¿Vas a defender la conducta de tu padre?

Perseo rechinó los dientes un instante, pero enseguida bajó la mirada.

—No. No defiendo la traición.

—Tu padre podría haberse quedado en Esparta, como te quedaste tú, para ser uno más.

—Me quedé porque se fueron sin avisarme. No tenía otra opción.

—¿Y qué habrías hecho si te hubiesen avisado?

«¿Qué habría hecho?», se preguntó él mismo. El amor por su padre se había apagado cuando todavía era niño, y ni en la tiniebla impenetrable del

Tártaro se habrían vislumbrado sus rescoldos. En cuanto al que sentía por su hermano, se había convertido en un sabor ácido en la boca cada vez que pensaba en él. ¿Seguirlos a Persia? No.

No porque Esparta le ofreciera grandes alicientes. El único que se le ocurría estaba fuera de su alcance.

A no ser que…, se dijo, mirando otra vez de reojo a la silla vacía.

«¿A no ser qué?», se respondió al instante. Si en el futuro los aedos y rapsodas llegaban a cantar alguna vez poemas sobre él y Gorgo, apostaría un ojo a que en ninguna de esas versiones acababan juntos engendrando hijos sanos y robustos.

—Te he hecho llamar porque creo que mereces conocer la verdad —dijo Leónidas, sin esperar la respuesta de Perseo—. Al menos, la parte de la verdad que yo mismo conozco. Pero no solo por ese motivo.

—Te escucho.

—Lo que te voy a contar debe quedar solo entre nosotros —le advirtió Leónidas, bajando por primera vez del estrado para acercarse a Perseo. Al hacerlo, perdía la ventaja de la estatura. ¿Había menguado de tamaño desde la última vez que se habían visto?

No, el Agíada no era tan viejo como para empezar a encogerse como un anciano. Era él, que había seguido creciendo durante aquellos meses. Consciente de ello, Perseo juntó los pies y estiró el cuello para ganar todavía más altura.

—Nunca he sido amigo de chismorreos, Leónidas —respondió Perseo.

—No obstante, debes jurar por Hécate y por la Estigia que no dirás nada de lo que aquí oigas. —Volviéndose a su sobrino, Leónidas añadió—: Tú también, Pausanias.

—Tío, pero si yo ya…

—Tú también.

Pausanias asintió y se acercó, abandonando por fin las sombras de la columna. ¿Por la Estigia?, se preguntó Perseo. Aquel voto obligaba a los mismísimos dioses. Si lo incumplían, se veían desterrados del Olimpo y privados de la ambrosía por nueve años.

Tanto Pausanias como Perseo recitaron el terrible juramento, plagado de

maldiciones y amenazas. Cuando terminaron, Leónidas volvió a subir los peldaños del estrado. Absorto en sus pensamientos, se recogió el manto tras las piernas como si fuera a sentarse en el trono, pero en el último momento se dio cuenta de lo que iba a hacer y se arrepintió.

—Mi hermano Cleómenes tiene ojos y oídos en toda Esparta y en media Grecia —explicó, enderezándose de nuevo—. Cuando se enteró de que el complot de Delfos estaba a punto de quedar al descubierto, anunció a los éforos y al consejo que iba a hacer un viaje al norte. Su pretexto era que quería averiguar si es verdad que los tesalios pretenden entregar el agua y la tierra a Darío como han hecho los macedonios.

—¿Macedonia se ha rendido ya a los persas? —preguntó Perseo. Si desconocía casi todo lo que ocurría en Esparta, el resto del mundo era para él una vasta sombra de ignorancia.

—Así es —afirmó Pausanias—. El Gran Rey se acerca cada vez más.

—El Gran Rey es una amenaza que afrontaremos llegado el momento —repuso Leónidas—. La que se cierne sobre Esparta ahora es mucho más grave.

—¿Y tiene que ver con Cleómenes?

—Con *el rey* Cleómenes —recalcó Leónidas—. Mi hermano todavía conserva ese título, al contrario que tu padre.

Perseo no replicó. Desde niño se le había inculcado la costumbre de referirse a los miembros de la otra dinastía sin utilizar título ninguno, solo por los nombres.

—El caso es que mi hermano nunca llegó a Tesalia —continuó Leónidas —. Cuando llegó a Tegea, simplemente desapareció.

—¿Que desapareció? ¿Sin más?

Leónidas miró a Pausanias con un ademán apenas perceptible, como si le dijera: «Explícalo tú». Su sobrino volvió a enrojecer, pero habló sin titubear.

—Mi tío, el rey, llevaba veinte guardias reales. Se alojaron todos ellos en el recinto de Atenea Alea. Al amanecer, diez de ellos aparecieron muertos. Al parecer, los otros diez guardias los degollaron mientras dormían y se fueron con el rey.

—¿Adónde? ¿No siguieron a Tesalia?

—No. Mi tío está recorriendo las ciudades y los pueblos de Arcadia. Se dedica a incitar a todos los arcadios a formar una gran alianza para rebelarse contra Esparta.

—¿Cómo lo puedes saber?

Cuando Pausanias hizo ademán de hablar, Leónidas volvió a acallarlo con un gesto.

—Hay alguien en el séquito de mi hermano que nos ha informado, enviándole una carta a Pausanias.

Perseo se quedó tan petrificado como si la propia Medusa hubiera clavado en él sus ojos gorgónicos. Aquello era inaudito. El rey que más alardeaba —y, siendo ecuánimes, había que reconocer que con razón— de haberse esforzado por la grandeza de Esparta, el que había humillado a la odiada Argos, el que había conseguido que las ciudades de toda Arcadia y medio Peloponeso firmaran pactos de vasallaje con Esparta, ¿se estaba dedicando ahora a destejer toda su labor como una Penélope enloquecida?

—¿Por qué motivo puede estar actuando así? —preguntó Perseo—. Ni siquiera mi padre se habría…

Al darse cuenta de lo que iba a decir, se mordió la lengua.

—¿Atrevido a tal traición? —completó Leónidas—. Tu padre no tiene nada que ver con mi hermano, Perseo. Cleómenes es mucho más grande, para lo bueno y también, por desgracia, para lo malo. Lo único que ha buscado siempre es su gloria personal. Hasta ahora, esta había coincidido con la de Esparta. A la primera ocasión en que ambos caminos se han separado, se acabó. Créeme, lo conozco bien. Quizá pienses que hablo así por envidia…

—No soy quién para juzgar eso.

—No, claro que no. Pero te lo digo yo —replicó Leónidas, traicionándose un poco al acariciar de nuevo el trono de piedra. ¿Acaso lo deseaba más de lo que quería reconocer?—. Nunca lo he envidiado. Mi hermano siempre ha vivido atormentado por su propio veneno. Llevo toda mi vida intentando protegerlo de sí mismo. Y te aseguro que es un trabajo más sacrificado que el de un ilota, sin recompensa ni muchas veces resultados.

Perseo enarcó ambas cejas, sorprendido por el arrebato de sinceridad y confianza de Leónidas. Los macizos hombros del Agíada se habían hundido, como si de repente se sintiera agotado de mantener sobre ellos el peso de la

bóveda celeste.

Fue solo durante unos segundos. Enseguida se enderezó y volvió a ser el mismo Leónidas broncíneo de siempre.

—No olvides, además, que mi hermano no se considera un espartano. ¿Quién en esta ciudad no se lo ha oído cien veces?

—¿Puedo preguntarte si tú sí te consideras un espartano, Leónidas?

Pausanias carraspeó, seguramente sorprendido por la aparente insolencia de Perseo. Pero este no pretendía ser impertinente, sino que sentía curiosidad auténtica por la respuesta de Leónidas.

—Aunque fuese verdad que nuestros antepasados eran aqueos que se aliaron con los dorios para conquistar esta tierra —respondió el Agíada—, ¿cuánta sangre doria no se habrá mezclado en las venas de tu familia y en las de la mía como para decir esas tonterías? ¡Claro que soy espartano! Espartano nací y espartano moriré. Y estoy dispuesto a hacer lo que sea por esta ciudad, hasta mi último aliento.

Leónidas se acercó al borde del estrado y miró a Perseo a los ojos. A su pesar, el joven sintió un escalofrío. La mirada de Leónidas recordaba a la de su hermano, intensa, profunda. Pero donde en los ojos de Cleómenes solo se intuía el vacío del abismo insondable que lleva a los tormentos del Tártaro, la hondura de los de Leónidas era distinta, inmensa y poderosa como el mar.

«Ten cuidado —se dijo—. Quiere manipularte igual que el otro».

—¿Estás dispuesto tú también a hacer lo que sea por Esparta, Perseo?

Perseo cruzó las manos tras la espalda. Al hacerlo, sabía que sus deltoides y pectorales, no menos poderosos que los de Leónidas, se levantaban.

—Se me ha enseñado a servir a Esparta.

—¿Seguro? Sé lo que has estado haciendo estos últimos meses. Lo que has hecho y lo que *no has* hecho.

Perseo agachó la cabeza, comprendiendo que Leónidas se refería a lo que había ocurrido dos noches antes en aquella cabaña del Taigeto. Pero anchas eran sus espaldas y bien podía cargar en ellas el peso de sus acciones. Ni cien arengas sobre la obediencia debida a Esparta ni mil azotes ni latigazos podrían convencerlo de que existía honor en convertirse en verdugo de mujeres y niños.

Otros miembros de la Criptía actuaban como asesinos clandestinos, pero Perseo no soportaba la idea de matar a nadie por la espalda utilizando el lazo o el puñal, por lo que siempre había ofrecido a las víctimas que le señalaban la posibilidad de luchar frente a frente.

Dos noches antes se había encontrado en una situación aún más conflictiva. Regresaba de una misión particularmente larga en Mesenia, que lo había llevado hasta el mar y las cercanías de Pilos, cuando, al descender por la ladera oriental del Taigeto, se encontró con cuatro miembros de la Criptía. Su jefe era un oficial llamado Ménares, antiguo compañero del batallón de Pitana: el mismo que solía ponerse a su lado en la formación e insultarle por culpa de su hermano Nabis.

Ménares, que era superior jerárquico suyo en la Criptía, le dijo a Perseo que lo necesitaban para completar una misión muy peligrosa, «neutralizar» a un posible líder ilota llamado Fliarao, como solían decir por no reconocer que lo que hacían era asesinar.

Cuando entraron en la cabaña, encapuchados, descubrieron que el tal Fliarao estaba acompañado por su padre, ya anciano, por su esposa y por sus tres hijos, dos chicas y un chico, este último todavía de pecho.

Ménares y sus compañeros pretendían acabar con toda la familia. De esa manera, no habría posibilidad de que nadie vengara en el futuro a Fliarao. Además, Ménares sugirió que aprovecharan la situación para disfrutar de un buen rato con la mujer de Fliarao y con la hija mayor.

—Llevaos a Fliarao —les dijo Perseo—, pero dejad a esta gente en paz. No es de ley natural que unos guerreros espartanos asesinen a personas indefensas. No nos han visto el rostro, así que no se pueden vengar de nosotros.

—Son ilotas, estúpido, no personas. —Trazando una especie de escalera en el aire con la mano, Ménares añadió—: Recuerda: arriba espartanos, en medio periecos, debajo ovejas y vacas, y por último ilotas.

«Defender a los débiles y poner orden en el mundo». Para Perseo, aquel precepto que le había imbuido su abuela se hallaba muy por encima de cualquier ley espartana o norma de la *agogé*.

—Ya me habéis oído —repitió Perseo—. Llevaos a Fliarao y dejad a los demás.

Ménares dio un paso hacia él, tirando de la empuñadura de su espada.

Perseo fue mucho más rápido y le descargó un golpe con el astil de la lanza, con tanta fuerza que lo derribó medio inconsciente. Los demás, que habían oído hablar de él y sabían con quién se enfrentaban, decidieron llevarse solo a Fliarao y renunciar al resto de la presa.

Todavía aturdido y sangrando por debajo de la capucha, Ménares le había amenazado.

—Voy a informar de esto. ¡Lo vas a pagar caro, amigo de los ilotas!

—Informa de todo lo que quieras, pero no se te ocurra volver por aquí —ordenó Perseo, señalándolo con la lanza—. Pienso regresar aquí cada pocos días. Si le ocurre algo a esta gente, me lo tomaré como una afrenta personal. Y aunque lleves capucha, yo sí sé quién eres. ¿Me has entendido?

Ménares le hizo un gesto obsceno y se marchó sin mirar atrás. Perseo no estaba seguro de que su amenaza surtiera efecto, de modo que se pasó el resto de la noche con los habitantes de la cabaña, mientras estos, siguiendo su consejo, recogían sus enseres para marcharse de allí y buscarse la vida en algún otro lugar.

—¿Serás capaz esta vez de cumplir las órdenes, aunque no te gusten? —preguntó Leónidas.

Perseo se lo pensó unos segundos. La corrupción de la Pitia hacía tambalearse sus creencias. Pero las enseñanzas de su abuela tenían más peso.

—Cumplo mis órdenes siempre que no quebranten las leyes de los dioses. Prefiero enfrentarme al castigo de los hombres, por salvaje que sea, que al de los dioses.

Leónidas asintió.

—No se te va a pedir nada que sea sacrílego, Perseo. —Señalando a Pausanias con la punta de la barba, añadió—: Tu misión será escoltar a mi sobrino y viajar con él a Arcadia, hasta encontrar a Cleómenes.

Perseo miró a Pausanias. Este agachó la barbilla y le rehuyó los ojos. Aunque era unos diez años mayor que Perseo, en cierto modo parecía más joven debido a su timidez y su inseguridad. Perseo había oído suficientes comentarios sobre él para saber que en el palacio Agíada, y entre buena parte de los mandos militares, se lo consideraba poco menos que una especie de tarado, apenas un paso por encima de los *trésantes*, los inútiles para el combate a los que se hacía el vacío en la ciudad.

Sin embargo, Perseo había conversado unas cuantas veces con él en festivales y otras celebraciones públicas. Lo suficiente para darse cuenta de que poseía una mente más inquisitiva y un pensamiento más original y brillante que la mayoría de los espartanos con los que trataba. Además era un pozo de conocimientos: podía recitar genealogías heroicas y mitológicas casi hasta los tiempos en que el taimado Cronos reinaba en el universo.

Pero de una cosa sí estaba seguro Perseo. Alguien como Pausanias jamás podría mandar tropas.

«Por eso Leónidas quiere que lo escolte yo», comprendió.

—Una vez hayáis encontrado a mi hermano —continuó Leónidas—, Pausanias le dirá lo que le tiene que decir para que regrese.

Tras una breve pausa, fue el mismo Pausanias quien dijo:

—El tío Cleómenes sería capaz de convencer a Caronte para sacarlo del infierno, pero él nunca se ha dejado convencer por nadie. ¿Y si no quiere regresar?

La mirada de Leónidas pasó de Pausanias a Perseo.

—Entonces Perseo se asegurará de que vuelva. Empleando la fuerza si es preciso. La estrictamente necesaria. Pero en ningún caso, y os repito, en *ningún* caso podéis permitir que Cleómenes siga levantando a las ciudades arcadias contra nosotros. Ahora, podéis ir haciendo los preparativos. Dentro de dos noches saldréis de Esparta sin que nadie se entere.

Pausanias asintió y, despidiéndose de Perseo con un gesto apenas perceptible, se dirigió hacia una puerta lateral.

—Yo solo no puedo hacer lo que me encomiendas —intervino Perseo—. Necesitaré hombres. No un ejército, pero sí al menos un pelotón.

—Tendrán que ser *hebontes* como tú.

Perseo asintió. Siendo él quien era, o más exactamente quien ya *no* era, unos soldados veteranos, ciudadanos de pleno derecho, no aceptarían jamás sus órdenes. Él era demasiado joven y las clases de edad de Esparta, demasiado rígidas.

—Creo que sé a quiénes elegir —respondió.

«Una lamentable banda de bastardos y tarados», se dijo a sí mismo. Más de lo primero que de lo segundo, con algunas mezclas. Pero no conocía a

muchos más. Con sus virtudes y sus muchos defectos, los miembros del pelotón Gea tendrían que servirle.

Leónidas le dio la espalda, como si se sintiera súbitamente interesado por los frescos del fondo de la sala, que representaban a Heracles golpeando con su porra las cabezas de la Hidra de Lerna. Interpretando aquello como la venia para retirarse, Perseo se dio la vuelta para dirigirse a las puertas del salón.

La voz retumbante del Agíada lo detuvo.

—Cuando regreses, se te considerará un gran benefactor de tu ciudad. Serás un ciudadano espartano con todos los derechos.

«Y no un *móthax* mantenido por Escaleno, que es a lo mejor a lo que puedo aspirar», pensó Perseo, deteniendo sus pasos. ¿Podría pertenecer a un banquete comunal, reunirse con otros ciudadanos espartanos, hablar de guerras, de mujeres y efebos, gastar bromas cuarteleras? Aunque lo contrario supusiera seguir siendo un lobo solitario recorriendo los montes, la perspectiva que le brindaba Leónidas no le ofrecía ninguna emoción.

—Hay algo más —añadió el Agíada, como si le hubiera leído los pensamientos—. Podrás obtener lo que desee tu corazón.

—¿Mi corazón?

A su pesar, el de Perseo se aceleró. Se giró por completo hacia Leónidas, que había bajado del estrado para acercarse a él.

—Trae a mi hermano a Esparta —dijo el Agíada, en un tono menos formal y más cansado que en sus palabras anteriores—. Por las buenas o por las malas. Ahora mismo es el mayor peligro para nuestra ciudad. Si lo haces, es muy posible que esté en mi mano concederte lo que quieras pedirme.

—¿Qué puedo querer pedir yo, más que servir fielmente a mi patria? —repuso Perseo, sin apenas disimular el sarcasmo.

—Queda una última cosa que todavía no te he contado —agregó el Agíada—. Hay otra persona con mi hermano que también debe regresar a Esparta.

—¿Quién?

—Mi sobrina —continuó Leónidas—. Cleómenes se la llevó con él. Es ella quien se las ha arreglado para enviar a su primo Pausanias una carta en la que le ha informado de los planes y las actividades de su padre.

—¿Gorgo? —Perseo se esforzó por no delatarse, pero bastaron aquellas dos sílabas para que su voz le sonara temblorosa a él mismo.

—Tienes que traerla también, sana y salva. Junto con su bebé.

—¿Su… bebé?

—A estas alturas ya debe haber nacido. Ahora, retírate, Perseo, y prepara lo que tengas que preparar.

Sin añadir más palabras, Leónidas se marchó por la misma dirección que había tomado su sobrino Pausanias. Perseo se quedó solo en aquella sala del trono de una dinastía con la que de pronto parecía haber emparentado.

Trató de respirar hondo, pero el aire se negaba a entrar en su pecho.

«Su bebé».

El hijo de Gorgo.

Recordó su último abrazo en la celda, la primera y única vez en que la entrega de Gorgo había sido total.

«Podrás obtener lo que desee tu corazón».

Perseo acababa de concebir un deseo. Pero no se atrevió a ponerlo en palabras, ni siquiera dentro de su mente, temeroso de que alguna divinidad envidiosa pudiera aventarlas con su aliento.

Cuando Perseo habló con los miembros de su antiguo pelotón y les planteó la misión que le habían encomendado, no hubo uno solo, ni siquiera su buen amigo Escaleno, que accediera de buen grado. Tuvo que intervenir el mismo Leónidas, recordarles que era un asunto de estado y, sobre todo, que todos ellos serían recompensados con tierras que podrían añadir a los lotes familiares de los que ya disponían.

Aun así, había dos que se seguían resistiendo: Nicanor, que después de haber sido el jefe del pelotón se negaba a convertirse en subordinado de Perseo, y, por supuesto, Gerión.

—No pienso obedecerte a ti, Basilisco. No tengo por costumbre obedecer a nadie al que haya dado una paliza —le dijo el gigante, cruzando aquellos brazos que parecían perniles.

—¿Y si la paliza te la diera yo a ti? —sugirió Perseo.

Gerión echó la cabeza atrás y soltó una carcajada como el rugido de un

oso. Después volvió a mirar a Perseo y replicó:

—Si estás pensando en pelear con escudo y lanza, es que crees que he nacido ayer. Si quieres demostrar que eres mejor que yo, tendrás que hacerlo con las manos desnudas.

—Si consigues vencer a Gerión —intervino Nicanor—, yo también te aceptaré como jefe.

—¿Y qué debo pagar si pierdo la apuesta? —preguntó Perseo.

Gerión volvió a reírse.

—¡Nada! No podrás pagar nada porque estarás muerto.

El combate se libró esa misma noche en la sede de un *pheiditíon*, uno de los banquetes comunales en los que se reunían casi todas las noches varones de diversos grupos de edades. Para ser uno de los Iguales, un espartano de pleno derecho, había que ser aceptado en un *pheiditíon*. A aquellas alturas, todos los compañeros de pelotón de Perseo lo habían conseguido ya; incluso Tresas, gracias al patrocinio económico de Escaleno.

Perseo, desterrado en el monte por orden de Cleómenes, no había vuelto a pisar Esparta, y tampoco tenía medios para ingresar en ningún *pheiditíon*. No obstante, en el banquete en el que participaban en común Gerión, Escaleno y Tresas, los miembros más veteranos le ofrecieron admitirlo con un año exento de contribuciones si era capaz de derribar a Gerión. Obviamente, deseaban contemplar un buen espectáculo de lucha.

Terminada la cena, de la que Perseo apenas probó bocado mientras que Gerión se atiborraba, los criados que atendían el banquete apartaron las mesas para dejar un cuadrilátero libre en el centro, cubierto por el tendal que los protegía de la intemperie.

Mientras los miembros del *pheiditíon* se distribuían alrededor de la improvisada palestra para contemplar el espectáculo, Perseo y Gerión se pusieron frente a frente.

—¿Cuáles son las reglas? —preguntó Perseo.

—Que te voy a machacar —respondió Gerión—. Te voy a dejar tan reducido a pulpa que te tendrán que enterrar con una chapa colgada del cuello para reconocer tu nombre.

—No había pensado en un duelo a muerte. ¿De qué me sirves tú si te mato, Gerión? ¿Es que tengo que acabar contigo para que reconozcas tu

derrota?

—Yo jamás te obedeceré a ti, Basilisco.

El miembro más anciano del *pheiditíon,* que ejercía de presidente, declaró que no le parecía justo que el duelo fuera a muerte. Después de deliberar con los más veteranos, anunció:

—Hemos decidido lo siguiente: el perdedor será quien quede tendido en el suelo el tiempo suficiente para que el aedo recite estos versos de Homero.

El aedo en cuestión era un cantor errante natural de Corcira que había acudido aquella noche para amenizar la cena. Pulsando las cuerdas de su lira para comprobar su afinación, dijo:

—¿Recordáis el pasaje de la *Ilíada* en que Héctor y Aquiles se van a batir en duelo, y Héctor le pide a Aquiles que, en caso de matarlo, devuelva su cadáver a los troyanos? Yo recitaré la respuesta de Aquiles:

*¡Héctor, maldito, no me hables de pactos!*

*Así como no valen juramentos entre hombres y leones*

*y no existe concordia entre lobos y corderos,*

*pues encarnizados enemigos son por naturaleza,*

*tampoco tú y yo podemos ser amigos, ni habrá*

*juramentos entre ambos, hasta que uno de los dos caiga*

*y el guerrero Ares se sacie con su sangre.*

El anciano del banquete asintió con gesto serio y declaró:

—Si cuando el aedo termine de recitar «se sacie con su sangre» el que haya caído sigue en el suelo, ese será el perdedor.

Gerión se golpeó en la palma con su enorme puño y, con una carcajada, exclamó:

—¡Hombres y leones! Está claro quién es cada uno.

—Eso lo veremos enseguida —respondió Perseo.

Ambos se descalzaron, se quitaron las túnicas y se quedaron en taparrabos. Perseo observó cómo varios de los miembros del banquete se daban codazos y cuchicheaban con miradas de admiración. Aunque a sus veinte años su belleza ya no era tan del gusto de quienes preferían a los efebos

de cuerpos más blandos, sabía que su cuerpo llamaba la atención.

Ahora bien, el de Gerión no provocaba admiración, sino miedo. Pese a que Perseo había crecido algo más en los últimos tiempos, Gerión seguía sacándole más de media cabeza. La diferencia de volumen resultaba mucho más llamativa, pues Gerión pesaba casi el doble que él. Y, por desgracia para Perseo, solo una parte de aquel peso consistía en grasa.

Levantando los brazos sobre la cabeza para lucir sus gigantescos bíceps, Gerión dijo:

—Estás a tiempo de salir corriendo, Basilisco.

—Y tú estás a tiempo de aceptar mi autoridad y ahorrarte un buen dolor de cabeza.

Tras su dolorosa experiencia con Gerión a la vuelta de la *phouaxir*, Perseo había extraído algunas conclusiones. En primer lugar, no debía dejar que esos brazos lo rodearan. También tenía que evitar por todos los medios caer al suelo. Si Gerión se le echaba encima, ya no podría levantarse. Aunque tal vez no necesitara recurrir a su peso: con una sola patada de esas pezuñas de buey era capaz de reventarle las entrañas, del mismo modo que lo había visto reventar puertas atrancadas con el pie descalzo.

Al ver que Perseo no se movía, Gerión tomó la iniciativa, estiró los brazos en una posición de lucha para agarrarlo por los hombros y avanzó hacia él. Perseo retrocedió rápidamente y se escabulló a un lado.

—¡Cobarde!

—¿Crees que esto es un certamen de lucha? —respondió Perseo, rodeándolo por la espalda, en una táctica similar a la que Bagabigna había seguido con él en su duelo—. Pero ¿no habíamos quedado en que no había reglas?

Gerión giró sobre sus talones para encararlo y cerró los puños.

—Que sea así, si así lo quieres —gruñó.

Cuando aquellos dedos grandes como salchichas se juntaban, el puño parecía una enorme bola de piedra rematada por callos grises en los nudillos. Perseo ya conocía los estragos que provocaban sus golpes. Aunque él mismo tenía las manos más fuertes que Gerión, allí terminaba su ventaja: cada golpe del coloso llevaba detrás todo el empuje de sus cerca de doscientos kilos.

Gerión volvió a acercarse, echó el brazo atrás y soltó un puñetazo. Lo

bueno era que, tomando tanto impulso, era como si anunciara sus intenciones encendiendo una almenara en lo alto del Taigeto. Lo malo era que un golpe así, si le alcanzaba, podía romperle la mandíbula en siete trozos.

Perseo se agachó bajo el brazo de Gerión, que hizo zumbar el aire sobre su cabeza, y antes de pasar al otro lado para apartarse de él, le descargó un puñetazo en las costillas.

O donde se suponía, por analogía con cuerpos más humanos, que estaban las costillas, ya que no se veían, tapadas por una capa de músculo y grasa.

Mas, si Perseo esperaba que esa capa estuviera blanda, se llevó una desagradable sorpresa. Fue como si golpeara el tronco de un olivo. Tenía los puños duros y no se hizo daño, pero no producir ningún efecto con un golpe tan bien dirigido resultaba frustrante.

Y también preocupante.

«Puedo pegarle mucho más fuerte», trató de animarse. Su puñetazo había sido un contraataque, en el que apenas había podido adquirir impulso. Aun así, era consciente de que a cualquier otro rival lo habría derribado sin respiración.

Cuando Gerión se giró y le lanzó otro puñetazo, Perseo pensó que su contrincante era un mal pugilista. En realidad, Gerión tenía prohibido practicar el pugilato desde los doce años, edad a la que mató a su primer rival. Solo se le permitía competir en la lucha, que teóricamente era menos peligrosa, aunque a aquellas alturas de su carrera ya había acabado con las vidas de otros dos adversarios.

Pero hoy no valía ninguna prohibición. Lo que estaban haciendo se asemejaba más al pancracio que a la lucha o al pugilato: todo valía con tal de hacer morder el polvo al enemigo.

Gerión volvió a la carga. Todos sus puñetazos eran iguales: hombro hacia atrás, golpe en horizontal. Perseo notó de nuevo el aire que desplazaba su brazo. Agachándose por debajo, en esta ocasión no buscó las costillas, sino la boca del estómago del gigante.

Con esa misma técnica muchos de los oponentes con los que le hacía entrenar Fénix habían quedado fuera de combate, doblados en el suelo y sin resuello.

Pero golpear a Gerión era como pegar a un saco lleno de harina; y no

cualquier harina, sino una a la que le hubiera entrado humedad y se hubiese vuelto dura como piedra.

Perseo retrocedió, bailando un poco sobre sus pies. Empezaba a desanimarse. Ahora sí que había puesto todas sus ganas en el golpe y no había conseguido nada. Gerión pareció darse cuenta y le dijo:

—Los besos de mi abuela dolían más, Basilisco.

Gerión volvió a acercarse. Esta vez cambió de táctica y puso los dos brazos por delante como hacía Perseo. Sin apenas recorrido, lanzó el puño contra la guardia de su contrincante, como si lo estuviera tanteando. Perseo bloqueó el golpe con el antebrazo, como mandaban los cánones, y retrocedió.

—Mierda —murmuró para sí.

Sin necesidad de impulso, el golpe de Gerión había sido como una coz. Perseo se mordió los labios para disimular el dolor. La táctica de detener los golpes así, como podría haber hecho con otro rival, no le iba a servir. En el mejor de los casos, Gerión le dejaría los brazos entumecidos de dolor. En el peor, se los rompería.

Siguió bailando alrededor de Gerión, tratando de cansarlo. Por probar, tiró un par de puñetazos a los antebrazos de él y comprobó que esa táctica tampoco le iba a servir, pues era como golpear sendas columnas de mármol.

Gerión, que tendía a ser impaciente, se cansó de seguir la técnica ortodoxa y buscó otro golpe demoledor. Perseo lo esquivó por el otro lado —temía caer en una trampa si lo hacía siempre por el mismo lado—, dio un salto y aprovechó el impulso para asestarle un codazo en la cara.

Durante la Criptía había matado a un hombre de ese modo, sin tan siquiera pretenderlo. Su codazo había sido tan potente que le había hundido el hueso de la nariz en el cerebro, aparte de fracturarle una vértebra al doblarle la nuca hacia atrás.

En cambio, a Gerión el cuello apenas se le movió. Si es que se podía decir que tuviera cuello: sus trapecios eran tan macizos que parecían salirle de las orejas. El gigante, por su parte, soltó su propio codo, que alcanzó en el costado a Perseo y lo envió lejos como si fuera una mosca. Perseo tropezó y por un instante corrió peligro de quedar tendido en el suelo; pero se revolvió enseguida y se puso en pie, alejándose de su rival.

El codazo de Perseo había estado perfectamente dirigido, apoyado por

todo su peso y su fuerza, y sin embargo solo había conseguido enrojecer un poco el pómulo de su rival. El codazo de Gerión había sido improvisado, casi un acto reflejo, y aun así había estado a punto de derribar a Perseo, que notaba las costillas doloridas por el impacto.

Volvieron a acercarse, y Gerión siguió lanzando puñetazos ante los que Perseo retrocedía o hurtaba la cabeza. En un contraataque, Perseo se arriesgó a acercarse más a Gerión. Agachando su propia cabeza, le propinó un gancho en la barbilla. Lo hizo con todas sus fuerzas, levantando el puño derecho desde la rodilla atrasada para coger impulso, y conforme subía giró la cadera y el torso hacia la izquierda y sacó hacia el exterior el talón de la pierna de apoyo.

El golpe fue perfecto y alcanzó a su rival justo debajo del mentón. El dolor en los nudillos fue tremendo, pero Perseo hizo caso omiso de él y acompañó el golpe con otro de izquierda que impactó en la oreja de Gerión.

Por toda respuesta, el gigante estiró ambos brazos y lo empujó para librarse de él. Perseo trastabilló hacia atrás y, como pudo, mantuvo el equilibrio.

Aquel golpe, el gancho, se lo había enseñado a Perseo un campeón olímpico de pugilato. «Si impacta bien, nunca falla: tu rival cae como si Zeus lo fulminara con el rayo». El suyo no solo había impactado bien, sino que además lo había acompañado con otro golpe que debería haber terminado de derribarlo.

Del labio inferior de Gerión salía un hilo de sangre, pero eso no evitaba que sonriera.

«Sabe que le he dado con todo lo que tenía», se dijo Perseo. Empezaba a pensar que la idea de desafiar a Gerión no había sido arriesgada, sino directamente suicida. Por supuesto, podría levantar la mano y extender un dedo para rendirse, pero ¿qué pensarían todos aquellos testigos?

Mas lo cierto era que no sabía qué hacer.

Gerión se lanzó otra vez a por él, con más ímpetu que antes, como un gigantesco carnero embistiendo con la cabeza por delante. Perseo amagó con apartarse a la izquierda, pero ya lo había hecho varias veces, y en el último momento cambió de opinión y se desplazó a la derecha. Ese instante de vacilación lo retrasó lo justo para que el puñetazo que Gerión soltó con su zurda lo alcanzara entre el hombro y el pecho, allí donde se juntaban deltoides

y pectoral.

El golpe no fue muy rápido, pero venía apoyado por todo el peso de aquel buey e hizo girar a Perseo sobre sí mismo. En ese instante de desequilibrio, Gerión usó el mismo brazo para lanzar un revés casi sin mirar que alcanzó a Perseo en la sien.

Sin saber cómo, se vio con una rodilla en el suelo. Se apresuró a levantarse y alejarse, sabiendo por instinto dónde estaba su adversario. El golpe en el hombro había tocado el hueso y le había dejado el brazo izquierdo semidormido. En cuanto al puñetazo en la sien, le había dejado un zumbido en el oído y estrellas titilando delante de sus ojos.

«Esto se parece demasiado a nuestra última pelea», pensó Perseo.

Pero Gerión, que había visto su debilidad, volvió a por él. Esta vez consiguió agarrar a Perseo de la muñeca izquierda, tirar de él para acercárselo y propinarle un puñetazo con la otra mano.

Fue como si los ocho hoplitas de una columna de falange le hubieran embestido todos juntos: un escudo de roble y bronce apoyado por el peso de ocho guerreros.

Durante un instante, las estrellas se fundieron en una niebla blanca que lo ocupaba todo.

Después, cuando la visión se le aclaró un poco, Perseo recordó dónde estaba. En el *pheiditíon* de su amigo Escaleno, tendido en el polvo. Gerión le había soltado la mano, cuando podría haber aprovechado para arrancarle allí mismo los brazos como hizo el cíclope Polifemo con los compañeros de Odiseo.

Sus piernas lo levantaron por instinto. Detrás de la niebla estaba el gigante, blandiendo los puños por delante del rostro y sonriendo.

«Está jugando conmigo», comprendió Perseo.

Al parecer, no había táctica que sirviera con Gerión. Perseo había apostado a derribarlo a puñetazos manteniendo la distancia y había fracasado.

Cuerpo a cuerpo ni se lo planteaba.

¿O sí?

Entonces recordó algo que había visto en las Jacintias, el día en que vio por primera vez a Gerión. Un muchacho que competía contra otro mucho más

grande que él.

«Si esto no me sale bien, aquí se acabaron mis días», pensó.

Perseo retrocedió como para coger impulso. Gerión se rio de él.

—¿Pretendes embestirme, hombrecito?

Para hacerle creer que sí, Perseo arrastró el pie por la arena un par de veces, como un toro a punto de arrancarse.

Ambos corrieron el uno hacia el otro, levantando los puños en el aire para el choque definitivo.

En el último instante Perseo se tiró al suelo con los pies por delante, en una brutal barrida dirigida al tobillo de la pierna que Gerión tenía más adelantada. Lo hizo con una sincronización perfecta, y aunque su rival pesaba el doble que él, el impulso que llevaba Perseo era tal que consiguió levantarle el pie del suelo y derribarlo.

Haciendo caso omiso del dolor en su rostro, Perseo se apresuró a levantarse y se lanzó sobre la espalda de Gerión. Rápidamente, le rodeó el cuello, apretando la nuez entre los huesos del brazo y el antebrazo.

Con el fin de evitar que Gerión se soltara, Perseo usó la mano del mismo brazo que estrangulaba a su rival para agarrarse el bíceps del brazo izquierdo. Al mismo tiempo, plantó la mano izquierda sobre la maciza nuca de Gerión e hizo palanca.

«Si no lo consigo, moriré», comprendió. Desesperado, empleó todas sus fuerzas, fuerzas que jamás en su vida había sospechado que tuviera. Boca abajo, Gerión se revolvió, se giró de medio lado, incluso se puso encima de Perseo. Pero este aguantó el enorme peso de su rival y siguió apretando.

No había nada más en el mundo que sus brazos, el cuello y la nuca de Gerión. A eso se reducía el universo: ni Urano estrellado, ni Gea fértil, ni Cronos ni su hijo Zeus… Perseo apretó y apretó, pese a que Gerión le clavaba los dedos en los antebrazos y levantaba el trasero del suelo para dejarlo caer sobre él y tratar de aplastarlo con su mole.

Poco a poco las sacudidas de Gerión se hicieron más débiles. Perseo notó sabor a sangre en la boca y comprendió que no se debía al puñetazo que había recibido, sino a su propio esfuerzo. Notaba la presión en las venas de su frente y de su cuello; si seguía, le iba a reventar.

«Aguanta un poco más», se dijo y recordó lo que le había dicho Leónidas.

«Lo que desee tu corazón».

Por Gorgo. Un último esfuerzo…

Finalmente, Gerión dejó de moverse, pues su cerebro había dejado de recibir sangre hacía rato. Perseo consiguió girarlo y ponerlo boca abajo en el suelo. El aedo empezó a recitar los versos de Homero y llegó al final.

… *Y el guerrero Ares se sacie con su sangre.*

—¿Quién es el león ahora? —susurró Perseo al oído de su adversario, soltando por fin la presa. Pensó que ahora podría haber seguido hasta matarlo y el mundo se habría librado de un bruto de corazón cruel.

Pero para ganar una guerra se necesitan las mejores armas. Y no había mejor arma que aquel gigante homicida.

La cuestión era si conseguiría controlarlo.

### Montañas de Arcadia, primavera de 490 a. C.

—Este sitio no es bueno para acampar —dijo Perseo, mirando a los lados.

—No vamos a encontrar otro mejor en muchas horas de camino —respondió Zeuxis, el guía arcadio.

La noche les había caído recorriendo la garganta del río Olbio. Como en tantos otros lugares del Peloponeso, aquel lugar estaba plagado de recuerdos y señales de Heracles. En este caso, el propio cauce del río lo había excavado el gran héroe con sus manos. O así contaban las tradiciones locales, porque a Perseo le daba la impresión de que aquel escarpado cañón, tortuoso y sembrado de rocas, era más obra del capricho del propio río que del trabajo consciente de ningún humano.

El lugar donde se habían detenido a pasar la noche era una pequeña terraza, que por el oeste se asomaba a la pedregosa ladera que bajaba al río y por el este se hallaba protegida del viento por una gran roca puntiaguda que se alzaba del suelo como el colmillo de un gigante. Allí habían improvisado su vivac encendiendo dos hogueras. En torno a la mayor de ellas se sentaban siete miembros del pelotón Gea —y un heraldo Taltibíada llamado Alceo— más Pausanias y el guía Zeuxis, mientras que los cuatro ilotas que los acompañaban permanecían junto al otro fuego, acuclillados en lugar de sentados para que se notara que en todo momento estaban dispuestos a ponerse en pie y servir a sus señores. Faltaban Tresas, que montaba guardia vigilando las inmediaciones, y Tisámeno, que aparecía y desaparecía a su

antojo.

A sus pies, el Olbio murmuraba en la noche. El cielo estaba tan encapotado que las montañas que cerraban la garganta se fundían con el negro del firmamento, como si el mundo prácticamente se redujera a la terraza donde se encontraban.

Cosa que no gustaba nada a Perseo. Tal vez en los dos círculos luminosos que proyectaban las hogueras podían sentirse seguros, pero se trataba de una impresión engañosa. Sus voces alcanzaban más lejos que la luz, arrastradas por el viento hasta oídos desconocidos, y posiblemente hostiles.

Llevaba con los nervios tensos como cuerdas de lira desde que habían entrado en Arcadia. Desde aquel lugar, en las inmediaciones de Tegea, habían divisado a su izquierda la cima cónica del monte Liceo. «El centro espiritual de Arcadia», según Zeuxis. La montaña se veía borrosa, coronada por nubes azuladas que se desgarraban como velos y bajaban por sus laderas. El guía les había explicado la razón por la que se formaban esas nubes.

—Allí arriba está la fuente sagrada de Hagno. Cuando el sacerdote de Zeus Liceo quiere provocar lluvia, toma una rama de encina y remueve la superficie de la fuente. Del agua empieza a subir una bruma fina como polvillo, que sube a las alturas, se convierte en nubes y descarga su lluvia sobre Arcadia como bendición del padre Zeus.

También les había contado que allí arriba, en la cima, lugar sagrado donde había nacido Zeus —y no en Creta—, no reinaban las mismas leyes naturales que en el resto del mundo, y por eso ningún objeto, ni animal, ni ser humano proyectaba sombra en el suelo.

—¿Siguen haciendo sacrificios humanos en la cima del Liceo? —había preguntado Pausanias. Cada vez que el guía les explicaba algún rasgo o anécdota peculiar sobre los lugares que visitaban, parecía sentirse obligado a intervenir. Aunque él mismo le confesó a Perseo que jamás había estado más al norte de Tegea, se había informado a conciencia leyendo crónicas de viajeros, leyendas e himnos de las divinidades locales.

Al oír la pregunta de Pausanias, Zeuxis había sacudido la cabeza. Era un hombre ya maduro, que dejaba claro con su actitud que si aguantaba las intervenciones a veces impertinentes de Pausanias era únicamente porque se trataba del espartano de más alto rango de la pequeña expedición.

—Esos son infundios que propalan los demás griegos, envidiosos porque

es en nuestra montaña donde nació Zeus.

—Pues yo tengo entendido —insistió Pausanias— que cuando se hacen sacrificios a Zeus Liceo se mezclan en el caldero trozos de carne humana con los de los animales y que quien prueba alguno sin darse cuenta se convierte en lobo durante diez años.

—Si eso ocurrió alguna vez, dejó de hacerse hace mil años por lo menos, en tiempos de Licaón —respondió Zeuxis.

Perseo había oído de niño la historia del legendario rey Licaón, hijo de Pelasgo, uno de los primeros hombres que poblaron la tierra griega. Licaón, además de cometer la impiedad de sacrificar bebés recién nacidos sobre el altar de Zeus, se había atrevido a ofrecerle su carne asada cuando el rey de los dioses apareció en su palacio disfrazado de viajero para verificar si se cumplían las leyes de hospitalidad. Ultrajado, Zeus derribó el altar y los convirtió a él y a sus hijos en lobos.

Lobos. Tierra de lobos, sin duda, pensó ahora Perseo, aguzando el oído. ¿Eran imaginaciones suyas, el ulular del viento en algún recodo del cañón, o una manada de lobos aullando?

Mientras sus compañeros se calentaban alrededor del fuego y asaban pinchos de carne del cordero que habían comprado en la última posada del camino, junto a la laguna Estinfalia, Perseo era incapaz de sentarse. Cuando lo hacía unos instantes sobre alguna piedra, sus piernas volvían a saltar por sí solas como la cuerda de un arco.

—¿Qué te ocurre, Perseo? —preguntó Escaleno—. Parece que tuvieras lombrices en el intestino.

Por supuesto, Brontes no reprimió un comentario sobre un objeto alargado como una lombriz, pero mucho más grueso, introducido en el cuerpo de Perseo. Este ni se molestó. Ya ni hacía caso de ese tipo de bromas.

—No me gusta este sitio —repitió Perseo, saliendo del círculo de luz y entrecerrando los ojos para escudriñar entre las sombras. Allí tenían en todo momento a un centinela móvil, lejos de la zona alumbrada para que los posibles enemigos no lo vieran. En aquel turno le había correspondido vigilar a Tresas.

—Vuelve aquí, Perseo —dijo Escaleno—. Bebe un poco de este vino y verás cómo te empieza a gustar el lugar.

Perseo volvió sobre sus pasos, tomó el pellejo que le tendía Escaleno y lo olisqueó.

—No me agrada su olor. Demasiado dulce para mí —contestó, devolviéndoselo a Escaleno. Este lo olfateó a su vez.

—Mirra, canela, azafrán… Una buena mezcla para aromatizarlo y que embriague menos. ¿Qué tiene de malo?

«El tabernero que nos lo ha vendido ha sido demasiado simpático», pensó Perseo, pero se guardó de expresar sus sospechas.

En general, recibían miradas hoscas allá por donde pasaban y según avanzaban hacia el norte los gestos hostiles eran menos disimulados. Tal vez porque la gente allí era más primitiva y disimulaba menos sus sentimientos al ver las capas rojas y los escudos con la lambda que colgaban a sus espaldas. Conforme se internaban en las montañas, la tierra era cada vez más pobre. A muchos de los lugareños que encontraban se los veía demacrados, con los hombros vencidos y los rostros surcados de arrugas prematuras. Por supuesto, también se veían guerreros bien alimentados, nobles locales que conocían el poder de Esparta y por eso se esforzaban por mostrarse más amables. Pero el común de los campesinos y pastores parecían muy pobres.

Perseo levantó la mirada al cielo, donde la luna llena se acababa de abrir paso entre cortinas rasgadas de nubes, y calculó con los dedos, hasta llegar al meñique de la mano derecha. Llevaban ya diez días en Arcadia preguntando por el paradero del rey Cleómenes. Los lugareños más ignorantes no sabían tan siquiera de quién les estaban hablando. «¿Rey de dónde?». Los miembros de las élites locales sí, pero las escasas noticias que les brindaban se contradecían. De hacerles caso, Cleómenes era capaz de estar a la vez en cinco sitios: Ménalo, Cafias, Licosura, Orcómeno, Nonacris.

A esta última, situada en el límite entre Arcadia y Acaya, era adonde se dirigían. No se trataba de una ciudad importante, apenas un villorrio según el guía, pero se encontraba cerca de las aguas de la laguna Estigia.

—Encontraremos a mi tío allí, seguro —insistió ahora Pausanias, después de empinar el odre que le había tendido Escaleno.

—¿Es que tienes dotes de adivino? —preguntó Gerión con su vozarrón gutural.

Perseo había observado que los demás miembros del pelotón trataban a Pausanias lindando la frontera con la insolencia, en ese terreno en el que se

obedecen las órdenes, pero con el retraso justo y la relajación en la postura que insinúan que no se respeta a quien las imparte. Era evidente que consideraban que el Agíada estaba allí por ser sobrino de quien era, no por sus méritos. Méritos que en Esparta, tras la dureza igualadora de la *agogé*, contaban más que en otras ciudades griegas. Pero cuando se trataba de Gerión, no se molestaba en bordear esa frontera como otros, sino que la atravesaba a pisotones cada vez que le daba la gana.

Tampoco podía decirse que manifestara respeto por el propio Perseo, pese a que había perdido el combate con él. Todo lo más, mantenía su palabra: acompañaba a la expedición sin salirse del camino y sin buscar problemas. Que obedeciera órdenes ya era mucho pedir.

A ratos, Perseo se preguntaba si la aportación que pudiera contribuir la fuerza bruta de Gerión compensaba la tensión que su presencia le causaba, esa rivalidad, ese desafío constante que saturaba el aire entre ambos. Ambos sabían que en una nueva pelea era muy difícil que Perseo volviera a vencer. Siempre que fuera con las manos desnudas. Perseo no estaba dispuesto a pasar de nuevo por aquella ordalía. Por eso su espada nunca abandonaba su cinto, ni siquiera cuando dormía. Del mismo modo que él sentía un sano temor por los músculos de Gerión, este era consciente de que en un duelo con armas no le duraría a Perseo ni el tiempo de recitar los dos primeros versos del peán.

—No se necesitan dotes de adivino si se utiliza la cabeza —contestó Pausanias a la insolencia de Gerión—. Mi tío quiere organizar una alianza contra Esparta, unida por juramentos. ¿Cuál es el juramento más sagrado?

Gerión se agarró la entrepierna por encima de la túnica.

—Este —respondió—. Cuando juro algo por mis santos cojones, siempre se cumple.

A su pesar, Perseo se tuvo que reír con los demás. Pausanias se ruborizó un poco; se le notaba sobre todo en la frente, junto a la raíz de los cabellos, que parecían confundirse con la piel. Pero, si se había ofendido, procuró disimularlo.

—Después de tus… partes pudendas —prosiguió—, el siguiente juramento más sagrado que existe es el de la Estigia.

—Tiene lógica —intervino Nicanor—. Los propios dioses juran por la Estigia.

—Así es —corroboró Pausanias—. Como los dioses no pueden jurar por sí mismos, porque estaría en su mano engañarse impunemente, lo hacen por las aguas de la Estigia, y quien comete perjurio es expulsado del Olimpo.

—¿Es que tu tío pretende alistar dioses para luchar contra Esparta? —preguntó Escaleno—. Los espartanos nunca preguntamos ni quiénes ni cuántos son los enemigos, únicamente dónde están. Pero si ese «dónde» es el Olimpo, es para pensárselo.

—Esperemos que no llegue a tanto —dijo Nicanor, cruzándose de brazos. El anterior jefe del pelotón Gea parecía casi relajado de haberse librado del mando. Seguramente, pensó Perseo, porque así ya no tenía que entendérselas con Gerión.

—Mi tío ha obtenido tantas victorias en su vida que ha llegado a creerse un dios —comentó Pausanias—. Por eso pienso que irá al lugar más apropiado para su naturaleza divina.

—¿Naturaleza divina? ¿Ese sacrílego? —intervino el heraldo. Como todos los Taltibíadas de Esparta, estaba convencido de que Cleómenes había incitado el asesinato de los diplomáticos persas.

—Yo no he dicho que sea un dios, sino que se lo cree —replicó Pausanias. Como si se acordara de repente de quién era él y a qué familia pertenecía, añadió—: Y no olvides que estás hablando de quien todavía es rey de Esparta.

—¿Qué opinas tú, Tisámeno? —preguntó Escaleno, volviéndose hacia atrás.

El adivino, que había permanecido callado hasta entonces, dio dos pasos al frente y pareció materializarse de entre las sombras. Perseo había observado que poseía el poder de desvanecerse en cuanto uno lo perdía de vista por un instante. Pero en cuanto aparecía, los cascabeles de su larga barba —aquella que Perseo había visto pasar de negra a blanca en segundos— volvían a tintinear como por ensalmo.

—La Estigia fue un lugar sagrado, pero ahora es abominable —declaró Tisámeno—. Sombras más oscuras que las del Hades acechan junto a sus aguas.

—¿No nos recomiendas que vayamos allí? —preguntó Escaleno.

—Para cazar a Cerbero, Heracles tuvo que bajar al infierno.

Solía responder así, en tono sentencioso. En general, era parco e incluso

reacio a compartir información, algo bastante frecuente en los adivinos. Perseo estaba convencido de que los acompañaba únicamente porque eso convenía a sus propios planes y propósitos.

Pausanias se volvió hacia el guía y preguntó:

—¿Cuánto nos queda para llegar a la Estigia y comprobar si tengo razón?

—Ah, pensé que sin duda ya lo sabías por alguna de tus lecturas —respondió Zeuxis. Pausanias volvió a sonrojarse, si es que su piel había empalidecido en algún momento—. Desde aquí, podríamos llegar mañana al anochecer.

—¿De noche a ese sitio? —preguntó Brontes—. ¡Ni aunque Afrodita me espere allí con las piernas abiertas!

—Aprovecha el poco tiempo que te queda para blasfemar contra los dioses —dijo Tisámeno—. Pronto ya no podrás hacerlo.

Brontes, que era muy supersticioso a pesar de su mala lengua, se agarró los testículos, escupió e hizo unos cuantos gestos apotropaicos más. Tisámeno se dio la vuelta para alejarse, pero un segundo antes miró a Perseo y le habló:

—Quédate en las sombras. Esta noche la luz es más peligrosa que la oscuridad.

Perseo vaciló un instante. ¿Qué habría querido decir? Después se agachó para recoger del suelo su lanza de doble punta y siguió al adivino.

En vano. Cuando pasó al otro lado de la gran piedra que los protegía del viento, Tisámeno había desaparecido, tan repentino como si se hubiera desmaterializado entre la oscuridad de la noche.

Al ver que Perseo se alejaba del vivac, tal como tenía por costumbre, Pausanias se incomodó un poco. Prefería tenerlo cerca. Aunque, como miembro de la familia Agíada, él era el guerrero de rango más alto, en la práctica el mando militar de la pequeña expedición lo ostentaba Perseo. El hijo de Damarato, al menos, tenía la deferencia de fingir que consultaba sus decisiones con Pausanias, e incluso le hacía caso de vez en cuando, como había hecho con la decisión de encaminarse a la Estigia.

Cada vez que se quedaba a solas con los otros miembros del pelotón, Pausanias se sentía intimidado. Sabía que no habría debido ser así: ellos no eran más que unos *hebontes*, mientras que Pausanias se acercaba ya a la treintena. Pero el hecho era que cuando se dirigía a ellos sentía cómo su

autoridad se balanceaba sobre un hilo tan fino como los que Aracne usaba para tejer sus tapices.

A ratos tenía la impresión de que, por más que uno hubiera rascado en el fondo de un caldero requemado, habría resultado imposible elegir peores desechos humanos para una misión. El único con cultura y educación suficientes para merecer una conversación, Escaleno, no dejaba de ser un cojo con una mano atrofiada al que, en circunstancias normales, los ancianos habrían ordenado abandonar en las Apótetas.

Antes de salir de Esparta se lo había comentado a Leónidas. Su tío había respondido meneando la cabeza.

—Si Perseo los ha escogido, sus razones tendrá.

—Esos… tipos son unos indeseables.

—¿Tipos? ¿Es que no tienen nombre para ti?

Cuando Pausanias reconoció que ignoraba sus nombres, Leónidas le reconvino.

—Lo primero que has de hacer es memorizar cómo se llaman. Después aprende quiénes son de verdad, sin quedarte solo en los nombres.

—No entiendo a qué te refieres, tío.

—Del mismo modo que un hoplita debe sentir sus armas como prolongaciones de sus brazos, tú debes sentir como prolongaciones de tu alma a los hombres que mandas. Para eso has de conocerlos como conoces cada veta de la madera de tu lanza. Algún día dirigirás un gran ejército, pero para ello tienes que aprender a dirigir primero un pelotón.

«¿Dirigir un gran ejército, yo? Que los dioses me libren», había rezado silenciosamente Pausanias, como hacía cada vez que pensaba en aquella posibilidad.

No obstante, tratando de seguir el consejo de su tío, Pausanias observaba constantemente a esos hombres. Por ejemplo, mientras caminaban estudiaba su forma de marchar. Iban gastándose bromas constantes, algunas de ellas muy pesadas, y por supuesto no marcaban el paso; pero no se trataba de una marcha indisciplinada, pues en ningún momento dejaban de mirar a todos lados, estudiando su entorno. Tenían la *phouaxir* muy reciente; los soldados que se acercaban a los treinta, como Pausanias, perdían un poco de ese contacto primordial con la naturaleza que desarrollaban los jóvenes al final

del campamento.

Pero, sobre todo, Pausanias los estudiaba por las noches, junto al fuego del campamento que encendían los cuatro ilotas que los acompañaban.

Resultaba interesante observar cómo se relacionaban entre ellos: quiénes llevaban la voz cantante, quiénes procuraban no rozarse por evitar peleas, quiénes eran los más bocazas y quiénes los más taciturnos. Uno de los más locuaces era el cojo Espertias, al que llamaban Escaleno sin que a él pareciese molestarle. En ocasiones Escaleno podía resultar irritante, pero superaba tanto en ingenio a los demás que la mayoría de las veces ni se enteraban de que les estaba tomando el pelo, por lo que buscaba a menudo la mirada de complicidad de Pausanias, como si le dijera en privado: «Esto lo entendemos tú y yo porque somos gente culta, no como este hatajo de botarates». Por algún motivo, a Escaleno se lo perdonaban todo; quizás porque por las noches solían dormirse arrullados por aquella voz de plata, que seguía sonando igual de limpia por mucho vino que hubiera trasegado antes.

Había otro que hablaba incluso más que Escaleno, el apodado Brontes. Parecía poseído por un demonio interior que brotaba sin cesar y le obligaba a decir en voz alta todo lo que pensaba, por no hablar de la frenética actividad a la que lo sometía. En cuanto se paraban, se arrojaba al suelo a hacer flexiones, o se colgaba de la rama de un árbol para contar dominadas. Solo se callaba a veces cuando Gerión le decía: «Cierra la boca, la tienes llena de moscas que no paran de zumbar».

Un talento para la imagen poética que chocaba en Gerión. Era evidente que todos en el grupo temían a aquel coloso. Teniéndolo en el batallón, Pausanias se sentía como debió de sentirse Jasón cuando llevó a Heracles en la expedición de los argonautas para encontrar el vellocino de oro. ¿Cómo no hacerse acompañar en aquella mítica misión por el héroe más poderoso de Grecia? Pero Heracles, con su tremenda superioridad física, no hacía más que socavar el caudillaje de Jasón y con sus arrebatos de ira ponía en peligro la integridad física de los demás. No era de extrañar que, cuando se quedó en el camino buscando a su amante Hilas, los demás argonautas suspiraran de alivio.

Con Gerión ocurría algo similar. Incluso ahora, sentado a cierta distancia de Pausanias, el coloso irradiaba amenaza. Si pedía vino a los ilotas, estos se apresuraban a servírselo, pero lo hacían estirando mucho los brazos para poner la mayor distancia con él, ya que la mínima inconveniencia le servía de

excusa para lanzarles un sopapo que, por desganado que fuese, los derribaba en el suelo como si hubieran recibido una coz.

Pausanias había observado que solo había uno de ellos que no parecía temer a Gerión, que no se levantaba para cederle la mejor piedra al lado del fuego, ni encogía las piernas para hacerle sitio, ni se apartaba en las fuentes para permitir que bebiera el primero.

Perseo.

De todo el grupo, incluido Pausanias, Perseo era quien menos hablaba con los demás, quien más apartado se mantenía de todos. Siempre andaba rumiando pensamientos que, a juzgar por su ceño, no debían de ser muy luminosos. A Pausanias, que recordaba perfectamente el día que lo recogió en brazos de aquella charca tras el topetazo con el jabalí, le daba la impresión de que el príncipe destronado había envejecido el doble que él durante aquel tiempo. No por su cuerpo, que parecía el de la estatua de bronce de un dios inmune al tiempo, sino por sus ojos. ¿Qué habrían visto aquellos ojos?

Renunciando a encontrar a Tisámeno, Perseo dudó unos momentos si regresar al pequeño vivac o alejarse en la oscuridad y finalmente eligió esto último. Le apetecía estar a solas un rato. Le agobiaban la compañía constante de los demás, sus conversaciones, incluso el ruido de sus respiraciones y el olor de sus cuerpos. Tras los meses de la Criptía, en la soledad casi total de los bosques y los montes, había olvidado que la vida militar suponía estar a todas horas cerca de otros soldados. Si ahora que compartía misión con quince personas más sentía esa opresión en el pecho, ¿qué no le ocurriría en una auténtica campaña, con miles de soldados hacinados en un campamento?

Caminó un rato en paralelo al río, siempre por encima de su corriente, mientras escrutaba la noche. Al apartarse del fuego, sus pupilas se acostumbraron poco a poco a la oscuridad. Ladera abajo, entre las ramas de pinos y sauces, se entreveía la espuma del río como una presencia fantasmal. El rumor del agua se mezclaba con el roce del viento en las hojas, creando una armonía mucho más agradable que la discordancia de las voces y carcajadas humanas.

Llegó a un punto donde el cañón del río giraba en una curva hacia el noroeste. La luna se había desnudado por unos instantes del velo de nubes. Su luz fría iluminó un oscuro pico que sobresalía en la distancia por encima de todos los demás: la montaña de Aroania, de cuyas cimas bajaban las aguas sagradas de la Estigia. A un día de marcha, según el guía.

Perseo apoyó en el suelo la lanza, un arma de dos puntas que se había hecho fabricar por un herrero para aquella misión en la que no combatirían al estilo cerrado de la falange. Ahora llevaba una de ellas tapada con una cuja de cuero, y fue la que puso en tierra.

Durante unos instantes se quedó contemplando la garganta y los picos de la lejanía bajo la luz plateada de Selene, mientras aspiraba los olores de la noche. Pino y resina, sobre todo, y tomillo y romero. El viento, que soplaba desde el campamento, le traía a ratos voces sueltas, y también el aroma del cordero que habían asado para cenar.

Seguramente los lobos captaban aquel olor, pero no se atrevían a acercarse al fuego. Por sus aullidos, Perseo calculaba que los más cercanos debían de merodear a unos dos kilómetros, tal vez menos.

Desde que en Orcómeno dejaron atrás la llanura para internarse en las montañas, no había dejado de oír aullidos de lobos. Quizá se había obsesionado con ellos, pero a veces le sonaban demasiado rítmicos, coordinados, como si se estuvieran comunicando entre sí. Había algo extrañamente humano en ellos. Tal vez se trataba de hombres que habían probado la carne de otros humanos y se habían convertido en lobos por diez años.

Pero Perseo podía creer cualquier cosa que se contara sobre aquellos parajes. Ahora mismo, escudriñando la oscuridad, mientras el viento frío agitaba los faldones de su capa contra sus pantorrillas, podía percibir un hálito más sutil e inmaterial que la niebla, un vapor invisible que subía del suelo y que flotaba sobre el río.

La respiración de la tierra.

Aquel hálito impregnaba el aire en toda la región, pero Perseo lo sentía más intenso conforme se acercaban a la Estigia. Era algo primordial, instintivo, en ocasiones maligno. A ratos tenía la impresión de que bajo el suelo se escondían ojos, cuyos párpados se abrían a su paso bajo la alfombra de agujas de pino. Era como si la misma tierra y los troncos de los árboles los vigilaran.

Aquel lugar era el dominio de una divinidad más antigua que los dioses del Olimpo, una presencia anciana, envidiosa de los hombres, refugiada en aquellos últimos reductos. Perseo apenas se atrevía a pensar en ella por no despertar su ira. Pues Gea, la Tierra, aunque fuese la diosa madre de todo y de todos, era tan vieja que se había recocido para mal en el jugo de sus propios

años, en el caldo negro de los celos que sentía por los nuevos dioses celestes como Zeus o Apolo. Por eso de ella habían salido las mayores amenazas, los monstruos más aborrecibles como Tifón, o Porfirión y Alcioneo y el resto de los Gigantes, o las siniestras Erinias.

Perseo había oído hablar de lugares semejantes, enclaves místicos donde las fuerzas telúricas emergían del subsuelo. ¿Qué otra cosa eran, si no, el oráculo de Delfos o la cueva del Taigeto? Pero aquí no se trataba de un solo lugar, sino de una región entera preñada de misterio y amenaza.

Sintió un escalofrío en la nuca, como si lo vigilaran ojos hostiles. Se giró en derredor, empuñando la lanza con ambas manos, pero no vio nada. Los aullidos se habían callado y tampoco le llegaban las voces del vivac. La única voz era la del viento.

Respiró hondo y volvió a mirar a la montaña, preguntándose si allí encontrarían a Cleómenes. Sobre todo, ¿estaría Gorgo con él?

¿Y su hijo?

«Nuestro hijo», pensó. O quiso pensarlo. Pese a que lo intuía, no podía estar seguro. La última noche que se habían visto, cuando Perseo plantó por única vez su semilla en el vientre de Gorgo, ella había logrado zafarse de los avances de su padre. Pero en los meses posteriores, mientras Perseo estaba fuera de la ciudad, ¿quién sabe qué habría ocurrido con aquel monstruo incestuoso?

«Cuando vea al niño, tendré la certeza», se dijo Perseo. De algún modo, una abominación nacida de un incesto tenía que emitir alguna señal, un aura maligna y reconocible.

Cada vez que pensaba en Gorgo, el vacío que ella le había dejado le cerraba la boca del estómago con un nudo que bajaba por todas sus vísceras. Era una sensación que no le dejaba dormir y le entrecortaba la respiración. Si no había dejado de comer era por disciplina; sabía que para mantener su cuerpo en forma necesitaba alimentarlo con combustible constante.

Pensando en ese combustible, se dio cuenta de que tenía la vejiga llena. Desde que estaba en la Criptía se había acostumbrado a orinar en la oscuridad, levantando la mirada a las estrellas. Dejó la lanza apoyada en una piedra, con la punta descubierta hacia arriba, y buscó con la vista Orión. Mientras orinaba, rezó al gran cazador de la maza de bronce para que él y el olfato de su perro Sirio lo guiaran en su cacería.

—Concededme mi presa —murmuró.

Sí, para cobrarla resultaba vital estar en forma y mantener todas sus fuerzas. Aunque Cleómenes seguía siendo rey oficialmente, Perseo había recibido de Leónidas la orden expresa, avalada por los éforos, de utilizar la violencia necesaria para llevarlo de vuelta a Esparta.

—En ningún caso mi hermanastro puede quedarse en Arcadia —le había dicho Leónidas—. Lo queremos vivo. Pero, si no hubiera otro remedio, trae al menos su cuerpo.

«Resístete, Cleómenes —pensó Perseo, colocándose la túnica y la capa de nuevo—. Resístete lo suficiente para que tengamos que llevarte muerto a Esparta».

Concentrado en sus pensamientos, cuando oyó el silbido a sus espaldas ya era tarde para reaccionar y el hombre lobo le había echado el lazo al cuello.

Pausanias se había quedado dormido casi sin darse cuenta. Una extraña pesadez se había ido apoderando de él, un sopor viscoso y cálido que se notaba como una niebla picante detrás de los ojos. Lo último que recordaba, mientras los demás empezaban a dar cabezadas, era una conversación en susurros con Escaleno. Algo embriagado, Pausanias le había contado la verdad sobre su misión.

—Tengo que prometerle a mi tío que, cuando vuelva a Esparta, se le perdonará todo y podrá seguir reinando como antes. —Bajando la voz, consciente de que estaba cometiendo una indiscreción, Pausanias había añadido—: Pero no va a ser así. Mi tío Leónidas considera que esta vez su hermanastro ha superado todos los límites. No se puede consentir que un traidor a la patria sea rey.

Escaleno se había quedado pensativo un rato; lo que, en su caso, suponía darle otros dos tientos al odre de vino.

—¿Te das cuenta de que tú puedes llegar a convertirte en rey de Esparta? —comentó por fin.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Pausanias.

—Deberías comportarte con más autoridad ante los demás.

—¿Acaso no lo hago?

—¿Me lo preguntas en serio?

Esta vez fue Pausanias quien guardó silencio unos instantes.

—¿Cómo se hace eso? —inquirió después—. Lo dices como si fuera sencillo.

—Piensa en Perseo —respondió Escaleno—. Él ya no va a ser rey. Pero a veces la majestad le sale por los poros.

—Exageras.

—No, en serio. Tú observa cómo pone las manos detrás de la espalda cuando se acerca a la hoguera, demostrando que no teme a nadie, y cómo cuando pide algo a los ilotas lo hace bajando el tono de la voz. Está acostumbrado a que se sigan sus órdenes, por eso no necesita gritar.

—¿Debo ir con las manos detrás de la espalda? ¿Para que si me tropiezo me rompa los dientes?

Escaleno soltó una carcajada. Después, con la reiteración propia de los borrachos, añadió:

—Debes parecer más regio. Solo digo que puedes convertirte algún día en rey de Esparta.

—Y las gallinas pueden volar.

—No, escúchame. —Usando los muñones atrofiados de la mano derecha a modo de pinza, Escaleno echó cuentas con los dedos de la izquierda—. Tu tío Cleómenes. Vamos a llevárnoslo para que lo encierren, porque está más loco que Acó, la que hablaba con su espejo. Luego está tu tío Leónidas.

Escaleno miró a los lados para comprobar si alguien los escuchaba. Pausanias lo imitó. Al torcer el cuello descubrió que todas las estrellas del cielo se ponían a girar como una rueda sobre él. «He bebido demasiado», pensó. Los otros debían de haber empinado el codo todavía más, porque no quedaba ni uno que no se hubiera tumbado o acurrucado cerca de la hoguera y estuviera roncando. Incluso los ilotas, un poco apartados junto a su propio fuego, estaban dormidos; por lo que se veía, se habían aplicado al vino con tanto fervor como sus señores.

—Leónidas podría ser un gran rey —continuó Escaleno—. Pero, entre nosotros, mucho me temo que no va a dejar descendencia. A no ser que deje embarazado a Diéneces, claro está.

Pausanias enrojeció. Respetaba mucho a Leónidas y también a Diéneces. Pero ni a él mismo le parecía del todo decoroso que, a las edades que tenían

ya ambos —¡por Zeus!, barbudos ya los dos—, mantuvieran una relación que saltaba a la vista en cuanto se miraban. Leónidas, que se acercaba ya a la cincuentena, se había casado dos veces, pero ambos matrimonios habían resultado efímeros y estériles. Oficialmente se había divorciado de las dos esposas porque eran incapaces de procrear. Pero, tras casarse con otros hombres con la aquiescencia de Leónidas, ambas habían quedado embarazadas, lo que evidenciaba que la culpa no era de ellas. Por indicios y comentarios velados, Pausanias sospechaba que el problema no radicaba en que la semilla de su tío fuera aguada y estéril, sino en que ni siquiera llegaba a sembrarla donde la tenía que sembrar.

Escaleno proseguía su cuenta.

—Si muriera Leónidas, lo sucedería su hermano Cleómbroto. Pero tu padre tiene tanta pinta de sobrevivir a Leónidas como yo de ganar la carrera del estadio en Olimpia.

Eso era cierto, por muy grosero que resultase el comentario. La mala salud de Cleómbroto era conocida por todo el mundo.

—Así que, cuando las Keres se lleven a nuestro buen Leónidas, ¿quién quedará, dando por supuesto que tu padre ya ande criando malvas? Únicamente tú, mi querido Pausanias.

—Yo no quiero ser rey.

—¿De verdad que no quieres? ¿Me vas a decir que nunca has pensado en ello?

Pausanias agachó la mirada. En los últimos tiempos lo había pensado a menudo, pero no por el poder ni la gloria, sino por su prima Gorgo.

Gorgo se había ido de Esparta embarazada. Que una doncella espartana quedase preñada sin haberse casado antes no suponía ninguna tragedia. El problema era averiguar quién era el padre de la criatura —algo que ella mantenía en secreto—, considerando que se trataba de la hija epiclera, única heredera del rey Cleómenes y de su fortuna.

Habría una solución que, además, dejaría toda la herencia dentro de la casa Agíada: decir ante todos que él era el padre. Al pensar en ello de nuevo, no pudo evitar enrojecer, y miró a otro lado para que Escaleno no se diera cuenta, lo que le provocó otro momento de vértigo. «Maldito vino», se dijo. No era consciente de haber bebido tanto como para encontrarse tan mareado.

Llevaba enamorado de Gorgo casi desde que ella era una niña; primero se conformaba con admirar su belleza y disfrutar de su encanto; con el tiempo, cuando a ella le brotaron los pechos y otras curvas, empezó a concebir un amor más carnal.

Si, cuando regresaran a Esparta, él le ofreciera hacerse pasar por el padre, seguramente ella tendría que aceptar. Gorgo necesitaba un esposo, era inconcebible criar a aquel hijo a solas.

El niño ya había nacido cuando Cleómenes y Gorgo estaban en Orcómeno. Pausanias lo sabía porque ella se lo había contado en la misma carta en la que le hablaba de la conspiración urdida por el rey. Saber que su prima confiaba tanto en él como para revelar un secreto de su padre debería haberlo reconfortado; pero en la misma carta le insistía en las palabras de siempre: «Eres un hermano para mí». Ese comentario no dejaba de mortificar a Pausanias, que quería ser algo muy distinto que un hermano para Gorgo.

En cualquier caso, el hijo de Gorgo no podría jamás convertirse en rey a no ser que su padre también lo fuera. Aquel era un argumento a favor de Pausanias. Si las cosas acontecían según los cálculos de Escaleno, a la muerte de Leónidas, él, Pausanias, ascendería al trono.

Conocía a su prima lo bastante para saber que era ambiciosa y le interesaba la política. La mejor forma de influir en política en Esparta era ser esposa y madre de un rey.

«Sí, creo que aceptará», se dijo.

Mientras él hacía ensoñaciones con conseguir a su prima, Escaleno continuaba con sus planes dinásticos.

—… Por lo que, quieras o no, es muy posible que te conviertas en rey. Así que debes reforzar tu autoridad, pues tendrás que dirigir ejércitos y llevarlos a la batalla.

¿Mandar ejércitos él? ¿Guiarlos a la batalla? El pensamiento era tan absurdo que Pausanias soltó una carcajada. Por suerte, si se convertía en rey, siempre podría descargar esa responsabilidad en su colega Euripóntida.

Ese pensamiento, «¿Mandar ejércitos yo?», fue el último que se grabó en su memoria antes de caer más muerto que dormido.

—Chssss. No te muevas.

Pausanias no podía respirar. Estaba tan aturdido por el sueño y el vino que

tardó en darse cuenta de que lo que le oprimía la boca y la nariz era una mano, áspera y fría. Se removió y trató de apartar aquella mordaza, pero entonces sintió que algo aguzado y metálico le pinchaba detrás de la oreja, en el punto vital donde se juntaban la mandíbula y el cráneo.

Abrió los ojos. A la luz de las llamas, que seguían ardiendo, vio un rostro tan extraño e inhumano que pensó por unos segundos que estaba dentro de una pesadilla provocada por el vino y el cordero asado. Y si era un sueño, no le podía pasar nada malo.

Sin embargo, había comprobado que en los sueños no solía notar sensaciones táctiles ni olfativas, mientras que la presión metálica tras la oreja, la mano implacable sobre su boca y el olor a sangre en el aliento del desconocido parecían muy reales.

—Si te mueves o dices mu, te atravieso el cerebro de parte a parte —amenazó el hombre, en dialecto arcadio.

Los pómulos de aquel desconocido sobresalían de su rostro como escollos rompiendo la piel, proyectando sombras negras sobre las cavidades de sus mejillas. Tenía los labios finos y teñidos de negro, en una boca tan ancha que al sonreír las arrugas entre la nariz y las comisuras casi le llegaban hasta las orejas. Todo en aquel rostro estaba formado por aristas y facetas cortantes, como si un escultor sin el menor sentido de la proporción ni la estética lo hubiera tallado en piedra.

Los dientes eran lo más inquietante: tenía los incisivos de arriba limados en forma triangular, a modo de colmillos, tan aguzados como los de la piel de lobo que llevaba puesta sobre la cabeza.

—¿Lo has entendido? —preguntó el hombre—. Parpadea dos veces para decir sí.

Pausanias lo hizo. Solo entonces el hombre lobo retiró la mano para dejarle respirar, pero siguió presionando el cuchillo contra su piel.

Moviendo solo los ojos, Pausanias trató de mirar en derredor. Los demás miembros de la pequeña expedición se hallaban en la misma situación que él, rodeados de enemigos ataviados con pieles de lobo. A todos ellos los estaban maniatando, en una labor que los asaltantes llevaban a cabo por parejas: mientras un hombre lobo apoyaba la punta de una lanza en la espalda de cada prisionero, otro le retorcía las manos a la espalda para atárselas con cuerdas.

Había treinta enemigos allí, tal vez más. ¿Cómo habían podido llegar de esa manera tan silenciosa y sorprenderlos a todos?

Pausanias pensó en cómo se les había subido el vino a él y a los demás. Estaba seguro de que no había bebido más que otras veces. Recordó también las visiones desasosegantes de su sueño y el extraño torpor que todavía enredaba su mente como una telaraña.

Los habían drogado.

Pero ¿quién?

Al ver cómo Zeuxis ayudaba a otro hombre lobo a atar las manos a Gerión, Pausanias comprendió que había sido el guía. «Levántate y acaba con ellos», pensó Pausanias, tratando de enviar aquella orden mental al gigante. Pero este seguía tendido boca abajo, con la boca entreabierta y babeando ligeramente. Ni siquiera se despertó cuando le ataron también un lazo al cuello como precaución adicional.

—Boca abajo, perro espartano —ordenó el hombre lobo de los colmillos.

Pausanias se giró en el suelo, pensando que los arcadios debían de sentir muy poco respeto por él si consideraban que un solo hombre bastaba para maniatarlo. El hombre lobo le retorció las manos a la espalda sin conmiseración, y después se las ató con ásperas sogas de cáñamo, apretándoselas hasta cortarle la circulación.

Mientras lo hacía, Zeuxis, que ya había terminado con Gerión, se acercó a ellos.

—Ayúdanos, por favor, Zeuxis —pidió Pausanias—. Explícales que…

Por toda respuesta, el guía arcadio apretó los dientes, echó la pierna atrás para tomar impulso y le propinó un punterazo en la boca del estómago. Desprevenido, Pausanias no tuvo tiempo de contraer los abdominales y la patada le cortó la respiración.

—¡Dime tú ahora cuáles son las costumbres de mi pueblo, noble

Pausanias! —exclamó Zeuxis, pateándolo de nuevo, esta vez en el pecho—. ¡Enséñame los nombres de las ciudades de mi país! —La tercera patada fue dirigida hacia el rostro. Pausanias la vio venir esta vez y se encogió, de tal modo que recibió el impacto en la frente—. ¡Dime que los bárbaros arcadios hacen sacrificios humanos!

—¡Basta! —ordenó el hombre lobo de los dientes limados—. Este y todos tienen que estar en condiciones de andar. Nos queda un largo camino.

El hombre lobo le tiró del pelo para obligarlo a levantarse. Pausanias, que apenas podía respirar, notó cómo se le venía a la boca un líquido ácido y vomitó sobre sus propios pies.

Cuando consiguió por fin introducir algo de aire en sus pulmones, miró alrededor. Los demás miembros del pelotón estaban tan aturdidos e indefensos como él. Quien no parecía despertar era Gerión, aunque sus ronquidos indicaban que seguía vivo.

—¿Quiénes sois? —preguntó al hombre lobo de los colmillos.

El arcadio le propinó un guantazo con el dorso de la mano. Con los brazos atados a la espalda —una pose regia, pensó de forma absurda—, Pausanias no pudo hacer más que encajar el golpe y lamerse la sangre que le empezó a brotar del labio, mezclándose con el sabor acre de los vómitos.

—¿No os enseñan a los espartanos que no debéis hablar hasta que no os pregunten vuestros mayores?

«Los espartanos solo reconocemos como mayores a nuestros ancianos, no a los extranjeros». La respuesta pasó por la mente de Pausanias, pero no asomó a sus labios. Pese a su silencio, el hombre lobo le propinó otra bofetada, esta vez con la palma y en la otra mejilla.

—No obstante, perro espartano —dijo el hombre lobo—, te diré quién soy yo. Licaón, hijo de Fidón el mesenio y Leto la arcadia. Menos que un infrahombre para un espartano como tú, ¿no crees?

Pausanias agachó la cabeza y no contestó, para evitarse males mayores. Entre patadas y bofetones, no recordaba haber recibido tantos golpes ni siquiera en la *agogé*.

Volvió a mirar a Gerión. Entre cuatro, habían logrado por fin despertarlo y levantarlo. Uno de ellos, que llevaba una piel de oso en lugar de lobo y era casi tan grande como el propio Gerión, le tiró de la barba para acercárselo a la

cara.

—Pareces fuerte. ¿Crees que me podrías derrotar con los puños, puerco espartano?

Incluso adormilado, Gerión le tiró un mordisco y le escupió.

—Creo que con las manos atadas te voy a arrancar el hígado y comérmelo crudo, perro arcadio.

El hombre oso corpulento retrocedió un paso, se limpió el salivazo y golpeó con el puño la mandíbula de Gerión. La cabeza del gigante, sostenida por aquel cuello que parecía una columna dórica, apenas se movió.

«No es buena idea ofender a alguien como Gerión si no lo matas al momento», pensó Pausanias.

Una vez los tuvieron atados a todos, los hombres lobo tiraron de sus cautivos por un sendero angosto y pedregoso que bajaba al río. Pausanias trató de contarlos. Estaban los cuatro ilotas y también seis miembros del pelotón. No vio por ninguna parte al adivino. Tampoco estaban Perseo, ni el heraldo Taltibíada ni Tresas.

«Espero que hayan escapado», se dijo.

Licaón tiró de él, haciéndole cerrar la comitiva. Solo entonces vio Pausanias al otro personaje que le faltaba, el heraldo Taltibíada. Se hallaba tendido en el suelo, junto a la hoguera. Le habían rebanado la garganta de lado a lado. Sus ojos muertos miraban a la nada.

Aquello era un pésimo augurio. Si, en lugar de tomarlo prisionero, habían decidido asesinar a un heraldo protegido por los dioses, significaba que aquellos hombres lobo estaban dispuestos a cometer sacrilegios mucho peores.

Aunque Tresas estuviera vivo, no iba a servir como ayuda. Ahora todo dependía de Perseo. Mas, por muy buen guerrero que fuera el hijo de Damarato, ¿cómo iba a poder él solo contra tantos enemigos?

Perseo se enfrentaba a sus propios problemas.

Casi al mismo tiempo que oía el silbido del aire, algo presionó su garganta y dio un tirón salvaje de ella. Perseo tardó una fracción de segundo en comprender que lo que le rodeaba el cuello era un lazo de soga. Llevándose los dedos al cuello para separar las ásperas fibras de cáñamo de su nuez, se giró sobre los talones, buscó con la otra mano el resto de la cuerda y tiró de

ella.

A la luz de la luna tamizada por las nubes pudo ver a su atacante. Era un hombre vestido con pieles de lobo, que llevaba un arco y una aljaba cargada de flechas a la espalda. «Los aullidos», comprendió. Con razón le habían parecido demasiado coordinados: se trataba de señales para comunicarse entre humanos, no entre animales.

El arcadio volvió a tirar de la cuerda para derribarlo, pero la resistencia de Perseo, más fuerte y pesado que él, lo sorprendió.

—¡Rápido! ¡Tiradlo al suelo! —exclamó el arcadio.

Al oír a sus espaldas pasos que crujían sobre los cascajos del terreno, Perseo volvió la mirada hacia la nueva amenaza. Tres atacantes venían corriendo hacia él con las manos desnudas.

«Tiradlo al suelo». Eso significaba que no querían matarlo. De lo contrario, su atacante le habría disparado una flecha por la espalda, o los otros tres lo estarían asaltando con lanzas.

Así que lo querían prisionero.

Después de colgar de las cadenas en la mazmorra de Cleómenes, Perseo se había jurado a sí mismo que jamás volvería a ser cautivo de ningún hombre. Y menos si se trataba de arcadios semibárbaros que, a buen seguro, estaban pensando en torturarlo.

Resignándose a soltar la cuerda por el momento, Perseo decidió enfrentarse primero con los tres atacantes que corrían hacia él. El lazo le apretaba tanto el cuello que le cortaba la respiración y también el flujo de sangre a la cabeza. Era lo mismo que él le había hecho a Gerión, pero de una forma mucho más precisa, pues la presión de la soga se concentraba en menos superficie que la del antebrazo.

Lo que significaba que iba a tardar menos en desmayarse.

Tenía que actuar rápido, por orden y de forma decisiva, con ataques devastadores. De lo contrario, estaba perdido.

Buscó la lanza con la mirada y calculó la distancia y el tiempo.

Demasiado lejos.

Volvió la atención hacia los atacantes. Uno de los arcadios, el que venía por la derecha de Perseo, se había adelantado apenas un metro de los demás.

Traía las manos en alto, esperando probablemente que Perseo se defendiera de él con los puños.

Tomó una decisión instantánea. Atacar abajo.

Desde niño había comprobado que los pies podían ser un arma como otra cualquiera; pero su experiencia en la lucha le había enseñado asimismo que los dedos de los pies eran frágiles y podían romperse al chocar contra una espinilla o un codo.

Otra cosa era el talón, un hueso duro como la piedra.

Se trataba de golpear justo en el momento y lugar adecuados para infligir el máximo daño. Para Perseo la coordinación en la lucha era algo innato, como para algunos la armonía en la danza y para otros, como Escaleno, en el canto. Sin necesidad de pensarlo, calculó su movimiento para que su talón impactara en la rodilla izquierda de su enemigo justo cuando esta se hallaba retrasada y completamente extendida, el momento en que la articulación era más frágil.

Perseo puso en el golpe todo su peso, más de noventa kilos de músculos y huesos, y también su alma. Cuando el talón y la rodilla chocaron, la pierna del arcadio se dobló hacia atrás, como si le hubiera aparecido una nueva articulación en la corva. Perseo ni prestó atención a su grito de dolor: el chasquido de los huesos y los ligamentos rotos le brindó toda la información que necesitaba.

El adversario que venía por el centro ya estaba casi encima de él, mientras que el tercero describía un pequeño rodeo para atacar a Perseo por la espalda. Mejor ahí, pensó Perseo, ya que podría aprovechar la fuerza de la soga que seguía tirando de él para darle una sorpresa.

Pero antes tenía que entenderse con el segundo hombre. Este se encontraba ya demasiado cerca para usar las piernas contra él.

Perseo no necesitaba usar el talón de nuevo. Tenía otro hueso tan duro o más al que recurrir.

El codo.

—¡Hijo de puta espartano, cáete de una vez! —masculló el atacante, tratando de agarrarlo.

Perseo se dejó apresar e incluso permitió que el arcadio tirara de él. Aprovechando el impulso, giró con toda la cintura y proyectó el codo en

horizontal. El golpe alcanzó a su enemigo en el ojo izquierdo y el puente de la nariz. De nuevo, Perseo no se reservó ni un ápice de energía, y esta vez incluso sumó a su propio peso la fuerza de su adversario atrayéndolo hacia él.

El cuello del arcadio se movió violentamente a un lado.

Una sacudida tan fuerte en la cabeza podía dejar fuera de combate a cualquiera. Pero Perseo no estaba seguro de haberlo conseguido y no quería correr riesgos. Mientras continuaba el giro destinado a encararse con el tercer adversario, lanzó de nuevo el codo derecho, esta vez hacia atrás, para rematar al segundo.

Lo hizo sin mirar, sabiendo perfectamente dónde se hallaba el blanco.

Y acertó en él de pleno. El crujido seco y la sensación de algo que cedía bajo su codo indicaban que había destrozado la nariz de su rival, hundiéndosela en la cara.

El tercer adversario, el que había intentado atacarlo por la espalda, estaba prácticamente sobre él. Por la forma en que adelantaba los brazos, con las manos abiertas a media altura, su intención era impedir que Perseo lo golpeara con los codos o con los puños.

Pero no era ese el plan de Perseo. Tenía un regalo pensado para el arcadio y se lo entregó sin demora.

Había golpeado a un atacante con el talón y a otro con el codo. Todavía le quedaba un hueso muy duro por utilizar, un arma que casi ningún rival esperaba.

La cabeza.

Perseo se dejó agarrar por el otro hombre, lo aferró a su vez de los codos y tiró de él. Tomando aire, cobró un poco de impulso echando la cabeza hacia atrás en contra de la resistencia de la cuerda. Después se rindió a esta y le añadió su propia fuerza, proyectando el cuello adelante y abajo. Desde su mayor altura, su frente, un hueso sólido como pocos, cayó como un martillo de herrero sobre el puente de la nariz de su adversario.

Por tercera vez escuchó el crujido de huesos rotos. Las piernas del arcadio se doblaron como si el monstruo Tifón le hubiera arrancado los tendones y cayó al suelo como un guiñapo.

El primer atacante, el de la rodilla rota, todavía podía suponer un peligro, y en ese momento se encontraba fuera del campo visual de Perseo. Pero antes

de encargarse de él no tenía más remedio que librarse de la soga: los ojos le zumbaban y la vista se le estaba nublando. No aguantaría consciente muchos segundos más.

Se volvió por fin hacia el hombre que le había lazado, que durante el breve combate no había dejado de ladrar instrucciones, o tal vez maldiciones; Perseo lo ignoraba, porque hasta aquel momento apenas le había prestado atención.

Ahora la tenía toda enfocada en él.

El hombre dio otro tirón de la cuerda para derribar a Perseo. Este, renunciando a introducir los dedos entre la soga y el cuello para aliviar la presión, agarró la cuerda con ambas manos y jaló de ella hacia sí. Aunque el cáñamo le seguía mordiendo la piel hasta hacerle sangrar, logró aflojar la presión y respirar un poco.

Arrojar un lazo como ese podía ser una buena manera de atrapar a un caballo o a una vaca. Pero ni los caballos ni las vacas tenían manos.

Perseo sí. Y también treinta kilos más de músculos que su rival.

Tiró de la cuerda alternando ambas manos, como el pescador que saca una red del mar, para atraer hacia sí al arcadio. Este, viendo el tamaño de su contrincante, comprendió que en aquella competición no podía vencer y dejó caer el lazo.

El nudo seguía tan apretado que Perseo todavía no podía respirar bien. Su propio resuello competía con los latidos de su corazón, que batían como tambores en sus oídos. Buscó el nudo para tratar de deshacerlo, pero una nueva emergencia requería su atención.

El arcadio había descolgado el arco y sacado del carcaj una flecha que estaba empulgando a la vez que levantaba el arma para apuntar a Perseo. Aunque no fuese tan rápido como los afamados arqueros persas, sin duda le debía de sobrar velocidad para disparar antes de que Perseo se pudiera acercar a él.

La flecha podía detenerlo, o matarlo. Incluso fallar. Para averiguarlo, Perseo tendría que arriesgarse a correr hacia su enemigo. Los espartanos nunca huían. Y él menos que ninguno.

Corrió en zigzag, tratando de sortear los escasos metros que los separaban en el menor tiempo posible, mientras esperaba el inevitable silbido de la

flecha que precedería al impacto.

Pero la flecha no llegó a salir del arco.

Con un gruñido, el arcadio vomitó un chorro de sangre por la boca, y sus brazos se aflojaron y soltaron el arma, que cayó a sus pies. Todavía se mantuvo de pie unos segundos, pero después se desplomó de rodillas. Cuando lo hizo, Perseo pudo ver quién estaba detrás de él.

Tresas.

«Benditos sean los dioses», pensó Perseo, refrenando su carrera. Su compañero había atravesado el tórax del arcadio con la lanza; la punta asomaba ensangrentada más de medio palmo por el centro del pecho.

Cuando el arcadio se desplomó de bruces por fin, Tresas tiró de la lanza, pero no consiguió extraerla. Comprendiendo que se había enganchado en los huesos, Perseo agarró el astil con ambas manos, plantó el pie entre los omóplatos del cadáver, junto a la herida de entrada, y dijo:

—No sueltes. Mira, pisa como hago yo.

Tresas lo imitó. Perseo hizo girar la lanza a un lado y a otro, y sintió a través de la madera el crujido de las costillas, mientras el aire salía de los pulmones perforados con un tenue silbido. Cuando notó que la punta había quedado en perpendicular con el espinazo, soltó la lanza.

—Ahora, pisa y sácala tú solo.

Tresas apretó los dientes, entrecerró los ojos y tiró con fuerza. Tras un par de intentos, la punta en forma de hoja salió por fin de entre las costillas.

Después de eso, Tresas se agachó para vomitar. Mientras tanto, Perseo sopesó la opción de usar su lanza para cortar la cuerda, pensó que lo más probable era que acabara clavándose el filo en el cuello y decidió emplear los dedos, aunque nunca había sido demasiado habilidoso para deshacer nudos.

Cuando se libró por fin del lazo y la circulación retornó de repente a su cabeza, notó un fogonazo tras los ojos y estuvo a punto de perder el conocimiento. Se agachó, se apoyó en las rodillas y respiró hondo. Unos segundos después había pasado todo.

—Es la primera vez que mato a un hombre —reconoció Tresas, incorporándose y limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—Lo sé. Y no podría haber sido un momento más oportuno. Ven. Todavía

no hemos terminado.

Perseo trotó hacia los tres rivales a los que había derribado, seguido por Tresas. El arcadio de la rodilla rota se seguía retorciendo en el suelo, llorando de dolor. Aquel al que había propinado los dos codazos parecía inconsciente, mientras que el tercero, el que había recibido el cabezazo, se había puesto de rodillas y estaba tratando de levantarse.

Fue a ese al que liquidó el primero, clavándole la lanza en el cuello. Un movimiento rápido, adelante y atrás, para seccionarle la carótida. El arcadio se desplomó entre borbotones de sangre y, tras patalear un par de veces, se quedó inmóvil.

Después se encargó del hombre de la rodilla destrozada. Dándole la vuelta con la punta de la bota para ponerlo boca arriba, le plantó la lanza entre ambas clavículas y, haciendo caso omiso de su mirada de horror, apretó y giró la punta dentro de su cuerpo hasta asegurarse de que estaba bien muerto.

Únicamente quedaba el que estaba inconsciente. También tenía el rostro lleno de sangre, y la nariz y el labio superior eran una ruina, como si una mula furiosa lo hubiera coceado.

Perseo le apoyó la lanza en el cuello, pero esta vez no apretó.

—Remata a este tú —le ordenó a Tresas.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Tresas rodeó el astil con ambas manos y cerró los ojos.

—Ábrelos. Empuja con los ojos abiertos.

—No voy a fallar.

—No es por eso. Tienes que acostumbrarte a matar.

—¿Por qué?

—Porque eres un espartano. Y porque vamos a necesitar que mates a más gente. Venga, aprieta de una vez. Los dioses de la guerra te perdonarán.

Por fin, rechinando los dientes, Tresas hizo fuerza hacia abajo y la lanza se hundió en el cuello del arcadio. En el mismo instante en que este exhalaba un quejido ahogado en sangre, Tresas no pudo evitarlo y cerró los ojos. Perseo no se lo echó en cara. Para alguien como Tresas, lo que acababa de

hacer suponía un acto de valor mucho más meritorio que cualquier proeza que pudiera llevar a cabo una bestia sanguinaria como Gerión.

—Lo has hecho bien —dijo, palmeándole el hombro. Tresas intentó vomitar otra vez, pero apenas le quedaba una agüilla sucia en el cuerpo.

—¿Qué ha pasado con los demás? —preguntó después, incorporándose.

—No creo que me hayan atacado a mí solo —respondió Perseo, recogiendo su propia lanza de donde la había dejado.

—Son buenos guerreros. Seguro que han sabido defenderse de cualquier ataque.

Perseo meneó la cabeza.

—No si han sido muchos asaltantes y los han pillado por sorpresa. Vamos a comprobarlo, pero acercándonos con cuidado. Me temo lo peor.

—¿Lo peor?

—Que tengamos que completar solos la misión.

—Pero eso es imposible. Los dos solos…

—Nos han dado una orden y los espartanos nunca desobedecen órdenes.

«Sobre todo si está Gorgo de por medio», añadió para sí Perseo.

—No vais a estar solos.

Perseo se volvió hacia el lugar de donde provenía la voz. Del mismo modo que había desaparecido, Tisámeno parecía haberse materializado de la nada detrás de un olivo silvestre retorcido como una garra.

—¿Lo has visto todo? —le preguntó Perseo.

El adivino asintió con gesto grave, y los cascabeles campanillearon. Sus cabellos y su barba fosforescían en la oscuridad como si estuvieran tejidos de rayos de luna.

—¿Y no has podido ayudarme?

—Te las arreglabas solo. Y tu amigo necesitaba bañar su lanza en sangre por primera vez. —Tisámeno debió de considerar que aquella explicación era más que suficiente y se dio la vuelta para alejarse—. Seguidme.

Al ver que tomaba un sendero ladera arriba, lejos de la terraza donde habían acampado, Perseo le preguntó adónde se dirigía.

—Ya no podemos hacer nada por tus compañeros.

—Un espartano no abandona a los suyos.

El adivino refrenó el paso tan solo un instante para mirarlo de reojo.

—Incluso un espartano tiene cerebro suficiente para saber cuándo debe esperar la mejor ocasión. Eres valiente como un león, Perseo. Pero en la guerra, como dice Cleómenes, donde no alcanza la piel del león hay que coser un poco de piel de zorra.

Sin decir más, prosiguió su camino, con aquel paso tan vivo que incluso a Perseo le costaba seguir. El joven se quedó pensando unos segundos y después decidió seguir al adivino.

«Espero que de verdad le inspiren los dioses», se dijo. De lo contrario, mucho se temía que ninguno iba a salir vivo de Arcadia.

### La laguna Estigia, norte de Arcadia

—¿Qué divinidades pueden sentirse complacidas con esas víctimas si no son las infernales? —dijo Pausanias. Aunque habló en voz alta, el estrépito de la cascada y las risotadas y los cánticos de sus captores apenas le dejaban escuchar sus propias palabras.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que estamos en el infierno? —preguntó Escaleno a su lado.

Pausanias miró de reojo a su compañero de cautiverio y, por lo que sospechaba, de últimos momentos. Como él, Escaleno estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada en el murete que rodeaba la laguna, las manos atadas detrás de la espalda con ligaduras de esparto y los tobillos inmovilizados del mismo modo. Más allá estaban los demás, la penosa fila de prisioneros que quedaban del pelotón. Polidectes, Nicanor, Brontes con la boca llena de estopa para que dejara de hablar. A Gerión no solo le habían atado muñecas y tobillos, sino que le habían añadido más ligaduras alrededor de las rodillas y los hombros.

—Atadme hasta los ojos si queréis —había amenazado a sus captores mientras le anudaban las cuerdas—. ¡Cuando me suelte, os aplastaré el cráneo con los dedos y os sorberé los sesos!

Los arcadios habían empezado riéndose de él. Pero sus carcajadas sonaban cada vez más nerviosas y menos sinceras conforme el gigante describía de forma tan gráfica como un pintor de vasijas las torturas a que los

iba a someter. Finalmente, también le habían metido un haz de estopa en la boca y lo habían asegurado amordazándolo con un trapo sucio.

De torturas, en cualquier caso, parecían entender más los arcadios que Gerión. Habían empezado con los ilotas.

A dos de ellos los habían liberado tras interrogarlos y averiguar que eran nativos de Mesenia. Ahora ambos estaban sirviendo vino y carne a la brasa a los arcadios, aparentemente más felices con sus nuevos amos que con los antiguos, a los que cada vez que tenían ocasión de acercarse insultaban y escupían.

A los otros dos, Telias y Nileo, al descubrir que eran ilotas de Laconia los habían maniatado como a los espartanos. El que parecía dirigir aquel bárbaro ritual, el hombre de la piel de lobo y los incisivos limados que se hacía llamar Licaón, les había dicho:

—Solo hay una escoria peor que un espartano, y es un esclavo laconio que se arrastra como una babosa para lamerles los pies a sus amos.

Él mismo había arrancado los ojos de Telias con los dedos. El ilota se removía ahora en el suelo, tirado entre el muro y la hoguera donde se calentaba el impío guiso, pero sus lamentos habían ido perdiendo fuerza y ya apenas se le oía. Mientras tanto, sus globos oculares se cocinaban en el caldero, sobre un gran trípode de bronce, junto con los de un perro negro y sarnoso al que habían cegado casi al mismo tiempo. Una bruja, una anciana vestida de pieles de cabra mal remendadas, removía la mezcla borboteante con una enorme cuchara de madera, sin dejar de salmodiar encantamientos.

Pausanias ignoraba qué lógica o receta macabra imperaba en aquel sacrificio. En él, cada cautivo parecía destinado a un tormento distinto. Así, a Nileo, el segundo ilota laconio, lo agarraron entre tres arcadios, le arrancaron la túnica, le abrieron el abdomen en canal con una hoz de aspecto herrumbroso y después, usando las manos para hurgar en sus entrañas, le sacaron las tripas como si desenrollaran una maroma. Cuando juzgaron que ya tenían suficiente longitud de intestino para su cocción, cortaron de nuevo con la hoz. Mientras el desventurado ilota agonizaba sobre la tierra, sin siquiera el consuelo de poder sujetarse la herida con las manos atadas, sus vísceras se unieron a las de un ternero cojo, que arrastraba tras de sí una pata deforme.

Junto al altar cercano aguardaban los demás animales que iban a ser sacrificados. Había un cabrito escuálido y tan negro que debería haberse

reservado para quemárselo entero a los muertos, no para compartir su carne con humanos, una enorme cerda preñada, un búho al que le habían cortado las alas y algunas otras bestias que, desde su posición, Pausanias no alcanzaba a ver.

—¿Qué nos tocará perder a nosotros? —preguntó. Había intentado no decirlo en voz alta, pero las palabras se le habían escapado.

—Tranquilo, espartano. No puede haber nada peor que perder las tripas como ese pobre ilota —respondió Escaleno.

«¿Seguro?», pensó Pausanias, notando cómo se le encogía el escroto.

Al notar un cambio en la luz, Pausanias volvió la mirada hacia la derecha. Allí, sobre las montañas del este, acababa de salir la luna. Su faz apenas menguante, dos días después del plenilunio, se veía teñida de un rojo sucio, como si alguien hubiera llevado a cabo un sacrificio impío sobre su superficie inmaculada.

Volvió la mirada al frente. Al otro lado de la laguna de aguas oscuras se alzaba el acantilado de la montaña de Aroania, una enorme pared vertical que prácticamente tapaba el cielo. Para ver la parte superior, Pausanias tenía que doblar el cuello hasta que la nuca le chocaba con el pequeño muro. Desde aquellas alturas se precipitaba la cascada que ahora, bajo la luz lunar, parecía la cabellera rojiza de la propia Selene, tendida entre el cielo y el suelo.

Las aguas de la Estigia.

La laguna redonda, de unos veinte metros de lado, estaba rodeada, salvo por la parte del acantilado y la cascada, por un muro de sillares desiguales en forma de C, en el cual estaban apoyados los prisioneros. A poca distancia de ellos, entre la pared y el borde del agua, en la misma bisectriz de la C, ardía uno de los fuegos que alumbraban la escena. Sobre él habían colocado un trípode de largas patas de bronce, y de él colgaba el enorme caldero de cobre en el que la bruja guisaba su impía cocción. A pocos pasos de ella había un gran tajo de matarife de madera de acacia, lleno de rajas y manchado de sangre y colgajos de vísceras. Allí había puesto Licaón la cabeza de un ilota para sacarle los ojos y allí habían cortado los intestinos del otro.

Había otras tres hogueras y otros tantos trípodes, con calderos y sartenes y espetones en los que se asaban carnes de todo tipo para los asistentes. Los que mandaban allí eran todos varones, vestidos con pieles de lobo y, en algunos casos, de oso. Pausanias calculaba que habría tal vez veinte. Quitando a

Licaón y a Zeuxis, que había abandonado su papel de guía para convertirse en un licántropo más, Pausanias no reconocía a los demás, e ignoraba si eran los mismos que los habían hecho prisioneros la víspera, pues el viaje desde la garganta del Olbio hasta el monte de Aroania fue una pesadilla. Sin comer, sin apenas beber, entorpecido por la droga que les habían echado en el vino, sus piernas parecían de madera. No todos habían aguantado el viaje. A mediodía, el taciturno Idomeneo se había desplomado en el suelo y había empezado a vomitar una mezcla de la cena de la noche anterior y bilis. Al comprobar que no había manera de levantarlo, Licaón le había rebanado el cuello con un cuchillo. Aunque saltaba a la vista que era el jefe de los hombres lobo, también resultaba evidente que gozaba tanto matando que prefería hacerlo con su propia mano en lugar de encargárselo a sus subordinados.

Entre los hombres lobo y los hombres oso había sirvientes de ambos sexos que atendían las hogueras, llevaban carne y pan en bandejas a los celebrantes y les escanciaban vino de cuatro grandes cráteras. De cuando en cuando alguno de los celebrantes tomaba a alguna criada, le levantaba la túnica y la poseía allí mismo, poniéndola a cuatro patas en el suelo, sin molestarse en alejarse de la luz, acompañando su cópula de aullidos de lobo. Algunos de los sirvientes varones, los más jóvenes e imberbes, tampoco se libraban de aquellas atenciones.

Amén de los fuegos, de los pebeteros y de cuatro pinos aislados, lo único que se levantaba en aquel recinto era una gran estatua de madera, poco más que un poste tallado que, por los cánticos que le dedicaban, estaba consagrado a Dioniso Omófagos, «devorador de carne cruda», la versión más salvaje y primitiva del dios. En su honor, algunos de los celebrantes tocaban flautas de Pan, llevaban crótalos en las muñecas y los tobillos y entrechocaban címbalos de bronce. En lugar de las escalas dóricas a las que estaba acostumbrado Pausanias, interpretaban cadencias y notas anárquicas y disonantes, que contribuían al ambiente de locura que reinaba en aquel bárbaro festejo.

«Esto no nos puede estar pasando —se dijo Pausanias—. No me puede estar pasando a mí».

Tratando de calmarse y concentrarse en cualquier cosa salvo aquel espectáculo de pesadilla, cerró los ojos y recitó:

—«Allí mora una diosa aborrecida por los dioses inmortales, / la terrible Estigia, hija mayor de Océano. / Vive apartada de los dioses en su gloriosa morada / con techos de enormes rocas, sostenida / por plateadas columnas que

alcanzan el cielo».

—«Cuando alguno de los que habitan el Olimpo miente, / Zeus envía a Iris para que traiga en copa de oro / el gran juramento de los dioses, la célebre agua gélida / que cae de una alta y escarpada roca».

Pausanias se volvió hacia Escaleno, sorprendido.

—¿Conoces los versos de Hesíodo?

—Siempre he tenido buena memoria para los versos. Qué desperdicio un talento así en una ciudad como la nuestra, ¿no crees?

Pausanias no respondió. Durante la *agogé* solía pensar que Esparta era un lugar salvaje y primitivo, y soñaba con huir volando de allí igual que Ícaro, cruzar el Egeo e instalarse en alguna refinada ciudad jonia como Mileto o Éfeso. Pero ahora, viendo a aquellos arcadios ataviados con bastas pieles, tocados con cráneos de caballos o cuernos de cabra, que se acercaban bailando y brincando al tajo del matarife para mancharse los dedos de sangre y chupetearla y untarse la cara con ella, se le antojaba que algún hechizo maligno lo había trasladado a la época del auténtico Licaón, y que se encontraba en la siniestra corte de aquel rey salvaje que sacrificaba a sus visitantes para asar su carne y ofrecérsela a los siguientes huéspedes, y que había tenido la osadía de actuar así con el mismísimo Zeus.

¿Quién le decía que el hombre bestia que se hacía llamar Licaón no era el mismo del mito? El mestizo de padre mesenio y madre arcadia llevaba sobre la espalda una piel de lobo que, a juzgar por cómo le arrastraba por detrás, debía de haber pertenecido a un ejemplar enorme, el padre de todos los lobos. La mandíbula superior le cubría la frente, pero las fauces de la bestia no infundían ni la mitad de miedo que el rostro del propio Licaón, con aquellos pómulos descarnados, los incisivos limados como dientes de sierra y la lengua oscura que asomaba entre sus labios como una sanguijuela cebada.

Licaón se acercó a ellos, acompañado por un hombre lobo, que no era otro que el guía Zeuxis, y el hombre oso corpulento que había desafiado a Gerión la noche anterior.

—Enseñadme sus manos —ordenó Licaón.

Aunque se temía lo que iba a acabar ocurriendo, Pausanias no pudo evitar mirar. Escaleno tenía los dedos de la derecha atrofiados, algunos como bolitas y otros que no pasaban de la primera falange, aunque Pausanias había observado que con ellos se las arreglaba casi tan bien como cualquier otro con

la mano completa.

—Para vosotros los espartanos, ¿qué es más importante, el escudo o la lanza? —preguntó Licaón.

«No contestes», pensó Pausanias, pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Por dónde habla mejor un arcadio, por la boca o por el culo? —Fue la respuesta de Escaleno.

Licaón contestó con un gruñido, se dio la vuelta y se dirigió hacia el tajo de carnicero. Los otros dos se llevaron a Escaleno, que arrastraba la pierna coja como si se le hubiera dormido por las ligaduras.

—¿Quieres un poco de vino?

Pausanias miró a su izquierda y dio un respingo en el sitio. Quien se había dirigido a él no era ningún hombre lobo ni oso, sino el mismísimo Cleómenes. Su tío llevaba un manto púrpura lleno de manchas y se había coronado la cabeza con pámpanos. Al parecer, en los últimos tiempos no había encontrado con qué teñirse, pues las raíces blancas del pelo pasaban ya de los dos dedos de longitud.

—¿Qué haces aquí, tío?

Por toda respuesta, Cleómenes le acercó el vino a la cara para que lo oliera. Lo estaba bebiendo en una copa de oro, su favorita. El relieve labrado en ella representaba a dos sátiros con cola de caballo que estaban dando de beber a un tercero. Este se encontraba ya tan ebrio que se había sentado en el suelo, con las manos apoyadas tras la espalda, y tenía la boca vuelta hacia arriba para que sus compañeros le vertieran el vino en ella directamente de un enorme odre. Los tres lucían erecciones desproporcionadas.

Pausanias olisqueó el vino. Era puro, como solía beberlo Cleómenes a pesar de las críticas. Pero había algo más en él que le brindaba un olor entre fétido y dulzón.

Pausanias había visto cómo la bruja pulverizaba entre los dedos unas setas secas y dejaba caer el polvillo desmenuzado en las copas de los celebrantes. Estos no se hallaban simplemente borrachos: aunque unos pocos se tambaleaban como clásicos beodos, los más hacían cabriolas, bailaban como curetes cretenses, daban brincos increíbles o se chocaban entre sí pecho contra pecho con carcajadas que ni siquiera parecían humanas. Sin duda, en aquellas setas había algo de locura dionisíaca concentrada.

—¿No bebes, sobrino? ¿Es que no quieres compartir la fiesta conmigo?

Pausanias alzó la vista y estudió los ojos de Cleómenes. Tenía las pupilas tan dilatadas que prácticamente habían engullido los iris, como si se los hubiera untado con jugo de belladona. Tal vez, pensó, se trataba de un efecto de aquellas setas.

Un grito penetrante atravesó la noche, acallando incluso los cánticos desaforados de los celebrantes. Pausanias volvió la mirada hacia el tajo de carnicero. Aquel aullido casi sobrenatural había brotado de la garganta de Escaleno; parecía mentira que una voz tan limpia como la suya pudiera emitir un sonido así.

Al final, Licaón había ordenado al matarife que le cortara al joven espartano los dedos de la mano izquierda. El infortunado Escaleno iba a contar desde aquel momento con dos juegos de muñones, uno en cada mano.

Si es que salían con vida de allí, cosa de la que dudaba mucho Pausanias.

El grito de Escaleno empezó a bajar de tono hasta convertirse en un lamento ahogado por el griterío de la fiesta y el estrépito del agua. Dos sirvientes trajeron un caldero más pequeño, en el que habían estado calentando sebo hasta hacerlo hervir, y Zeuxis y el hombre oso obligaron a Escaleno a meter la mano en él. Cuando el sebo humeante abrasó su mano, el segundo aullido de dolor de Escaleno superó incluso al primero.

Pausanias cerró los ojos y deseó poder cerrar los oídos, pero le era imposible tapárselos con las manos atadas a la espalda.

—Tu amigo el cojo tiene suerte —comentó Cleómenes—. La grasa hirviendo le cauterizará las heridas. Sobrevivirá. Y no va a quedar mucho más lisiado de lo que está ya, al fin y al cabo.

Mientras los torturadores obligaban a Escaleno a mantener la mano dentro del sebo hirviente, a pesar de sus alaridos, el matarife recogió sus dedos del tajo y se los tendió a la bruja, que los echó al caldero junto a unas manos de cerdo.

—¿Qué me va a tocar a mí? —preguntó Pausanias.

Cleómenes le acarició las orejas con una suavidad que le hizo estremecerse.

—Podrías vivir sin ellas, ¿no crees? Incluso te podrías coser unas orejas de murciélago, para oír mejor.

«Está más loco que nunca». Pausanias se preguntó si aquella expresión extraviada se debía únicamente a las setas alucinógenas o si la vesania se había asentado de forma definitiva en el rostro de su tío.

—¿Por qué nos hacen todo esto? —quiso saber—. ¿Por qué no nos ejecutan sin más?

Zeuxis y el hombre oso corpulento trajeron a Escaleno y lo tiraron sin miramientos al lado de Pausanias. El joven, de nuevo con las manos atadas a la espalda, cayó de costado y se quedó así, meciéndose y gimiendo entre dientes. Al oler el hedor de la carne quemada y el sebo recalentado, Pausanias sintió ganas de vomitar. ¿Iban a echarle a él también grasa hirviendo en las heridas?

—Es cosa mía —respondió Cleómenes y añadió, recitando a Homero como si hablara de sí mismo—: «*Diós d'eteléieto bulé*. Cumplíase la voluntad de Zeus».

—¿Qué quieres decir?

—Que es un juramento terrible y sagrado el que les voy a sacar a esos arcadios para que me sigan a la guerra. Un juramento preparado por esa mujer que ves ahí, removiendo el caldero. Frixo me ha resultado más útil a lo largo de mi vida que todos los ejércitos de Esparta, ¿sabes?

—¿No te basta que los arcadios juren por las aguas de la Estigia?

—¡Nooo! Quiero que estén unidos a mí por todos los juramentos posibles. Míralos. Han venido a mi llamado representantes de las cofradías de lobos y osos de cada ciudad arcadia importante. Los suficientes para llevar al campo de batalla al menos el triple de escudos que Esparta. Allí está el representante de Tegea —dijo, señalando con el dedo— y junto a él, el de Mantinea. Esos que están ahí son el de Feneo, el de Nonacris y el de Orcómeno. Así, hasta quince ciudades.

Mientras Cleómenes hablaba, Zeuxis y el hombre oso se llevaron a Polidectes. El joven aseguró que no les iba a dar el placer de oírle gritar, pero al mismo tiempo trató de clavar los pies en el suelo como un asno testarudo para evitar que lo acercaran al tajo. Fue en vano, ya que el hombre oso lo derribó de un puñetazo en la sien y entre él y Zeuxis lo arrastraron por el suelo.

Al comprobar que todavía no le tocaba a él, Pausanias sintió un alivio animal, visceral, del que él mismo se avergonzó.

—Todos compartiremos el guiso, en el que hay carne y sangre de cerdo, de oveja, de ternera… y de espartano —explicó Cleómenes—. Nadie sabrá muy bien qué come, pero podrá estar seguro de que sus dientes habrán probado carne de espartano. Porque ese es el juramento que vamos a hacer: que, así como nos comemos la carne de vosotros, espartanos, devoraremos vuestra ciudad y la dejaremos pelada hasta los huesos.

—Pero, tío, ¡tú eres espartano!

—¿Cuántas veces tendré que decírtelo para que entre en esa cabeza hueca como un caldero? —Cleómenes le golpeó de plano en la oreja con aquella mano dura como un escudo chapado—. Yo soy aqueo, como estos arcadios que ves ahí, descendiente de los verdaderos primeros pobladores. ¡No soy yo quien traiciona a Esparta, sino Esparta quien me ha traicionado a mí, el rey al que había jurado obedecer!

El pacto mensual entre los éforos, representantes del pueblo espartano, y los reyes no era tal como lo expresaba Cleómenes. Los éforos juraban respetar a los reyes siempre que estos se mantuvieran a su vez dentro del respeto a las leyes. ¿Y qué ley humana o divina no se había saltado Cleómenes a lo largo de su reinado?

Pausanias no se habría atrevido a decírselo por nada del mundo. Ahora solo estaba aterrado pensando en lo que le esperaba. Había recibido golpes de vergajo, como todo el mundo en la *agogé*, y heridas, y el cansancio extremo en las piernas que se convertía en un dolor insufrible, y la quemazón en los pulmones que llenaba la boca de sabor a sangre. Pero sabía en todo momento que ese dolor pasaría y que su cuerpo se recuperaría.

Ahora se enfrentaba a la mutilación. En el mejor, ¿o peor?, de los casos, quedaría así para el resto de su vida.

—¡Todos me traicionáis! —prosiguió Cleómenes, disparado en su diatriba —. ¡Tú me traicionas también! ¡Tú, que eres un Agíada, sangre de mi sangre!

—Tío, yo no…

La mano de Cleómenes se cerró sobre su cuello. Sus dedos seguían siendo duros y fuertes como las tenazas de un herrero. «Tal vez ni siquiera llegue el dolor», pensó Pausanias, mientras notaba cómo se le hinchaban las venas del cuello. Tal vez las Keres se apiadarían de él y se lo llevarían antes de lo peor…

Pero su tío lo soltó y su voz se calmó, tan de súbito como una granizada

de verano que amaina de repente.

—Es inútil que lo intentéis —dijo en tono suave, casi untuoso—. También sus hermanos y su esposa y sus hijos se aliaron contra Zeus, ¿y de qué les sirvió? Nuestro poder es ahora mayor que nunca.

¿Con «nuestro» se refería a Zeus y a él? ¿Realmente Cleómenes estaba empezando a identificarse con el rey de los dioses?

«Padre de los dioses, Cronida, castiga a este impío que pretende igualarse a ti», rezó Pausanias en su interior. Pero sabía que era en vano. Si cuando Cleómenes ordenó incendiar el bosque sagrado de Argos con miles de hombres dentro no cayó fuego del cielo para abrasarlo, si ni Hermes ni Zeus lo castigaron por hacer asesinar a los embajadores persas, ¿por qué iban a fulminarlo ahora?

De pronto, Cleómenes se dio la vuelta y se apartó de él, inspirado por alguna idea repentina.

—Mis propios hermanos me quieren encerrar. Pero ella, pero ella… Nuestra propia hija predilecta, la de ojos glaucos. ¡Nos traicionó! ¡Nos quiso encadenar!

Pausanias tardó en comprender a qué se refería su tío, que se alejaba a grandes zancadas braceando como Briareo el Hecatónquiro.

Entonces recordó cómo Poseidón y Hera, hartos de la soberbia de Zeus, lo habían encadenado a su trono con la ayuda de su hija Atenea. El padre de los dioses había logrado liberarse únicamente gracias a la ayuda de la ninfa Tetis y el gigante de los cien brazos, Briareo. Todos los implicados habían sufrido represalias. Todos.

Por todos los dioses, ¿qué pretendía hacerle Cleómenes a Gorgo? El horror hizo que, por un instante, Pausanias olvidara el destino que lo aguardaba a él mismo.

Pero lo recordó enseguida cuando vio cómo el matarife abría las costillas de Polidectes, metía las manos en su pecho, sacaba su corazón todavía palpitante y se lo ofrecía a la vieja bruja Frixo.

Gorgo llevaba varios días encerrada en un cobertizo, con su criada Crino y con el niño. Por más que le había rogado a su padre que los sacara de allí, él andaba tan ocupado con su gran conspiración que apenas la escuchaba. «No es lugar para un bebé», insistía ella, pero era en vano. El lugar era frío, por

más fuegos que encendieran, y lleno de corrientes de aire, y tenía las paredes mohosas y bofadas de humedad. Había objetos por doquier: haces de leña, rollos de soga, ánforas, y hachas y hoces herrumbrosas colgadas de las paredes. En un rincón, apilados de cualquier manera, estaban los escudos y las lanzas de unos soldados espartanos que, según su padre, habían venido a detenerlo y fracasado de forma miserable en su intento. Allí olía a boñiga de cabra, a paja mojada y a arpillera y madera podridas, pero lo que más apestaba eran las grandes tinas de orina en las que se curtían las pieles. Aquel hedor lo impregnaba todo.

Las condiciones durante el viaje nunca habían sido buenas, pero en aquel lugar perdido de los dioses, que ni siquiera llegaba a aldea, eran peores que en ningún otro. Salvo, acaso, en el poblacho entre Mantinea y Orcómeno, un lugar tan pequeño y mísero que ni nombre tenía. Allí, como si a la diosa Ilitía no se le hubiera podido ocurrir un lugar más infecto, había dado a luz. La habían ayudado dos mujeres del lugar, en un parto que, considerando que era primeriza, había resultado sorprendentemente fácil.

—Eres una buena yegua —le había dicho una de las improvisadas comadronas, propinándole un azote en las nalgas—. Tienes mejores caderas de lo que parece. Podrás criar más potrillos como este.

—Contened vuestra lengua y vuestras manos. Es la hija del rey de Esparta —había amenazado su fiel Crino. Aunque aquellas mujeres eran de vil condición, la estatura y la corpulencia de la criada de Gorgo las habían convencido de que era conveniente guardar más decoro delante de ella.

Crino no había tenido hijos, y su aspecto era menos maternal que el de Atenea y Ártemis juntas. Sin embargo, estaba ayudando a Gorgo a cuidar al bebé con una ternura que resultaba asombrosa en una mujer de rasgos tan duros como ella. Ahora mismo, mientras Gorgo se lavaba el pecho después de amamantar a su hijo, Crino se estaba encargando de limpiar al bebé y taparlo con ropas sueltas —los espartanos no enfajaban a los niños hasta el cuello, como era costumbre en otros pueblos de Grecia—. Después, con toda la delicadeza que podía caber en ella, lo puso en su cuna, poco más que una caja acolchada con mantas de lana. En las manos de Crino, Plistarco parecía todavía más pequeño e indefenso.

El niño había nacido con el pelo muy corto y de un color indefinido. Poco a poco se le empezaba a oscurecer; considerando la situación, Gorgo agradecía que no hubiera salido rubio como su padre.

Pues no cobijaba duda alguna de quién era su progenitor: el único hombre con el que se había acostado en su vida y del que no había vuelto a saber nada desde la noche en que hicieron el amor en aquella mazmorra.

Pobre criatura, pensó ahora Gorgo; concebido en una prisión, tenía que crecer en otra…

La puerta del cobertizo se abrió de golpe, con tanta fuerza que chocó contra la pared. Cleómenes, que la había abierto de una patada, entró a grandes zancadas. Sus pasos no eran del todo rectos, lo que demostraba que había bebido —lo contrario habría resultado inconcebible a esas horas de la noche—, pero se lo veía pletórico de energías en lugar de adormilado.

Algo que presagiaba más peligros.

Detrás de él venían dos ilotas mesenios; eran de los pocos miembros supervivientes del cortejo real que había salido de Esparta con la excusa de viajar en misión oficial a Tesalia. Apenas entraron en Arcadia, su padre había hecho asesinar a la mitad de guardias reales que traían. Pero incluso los diez que le eran lo bastante fieles como para llegar al extremo de matar a sus compañeros habían acabado incurriendo en su ira por ofensas y desobediencias más imaginarias que reales, por lo que Cleómenes había organizado una emboscada con sus aliados arcadios.

A Gorgo se le había quedado grabado en la memoria el paraje donde sufrieron el ataque, porque durante un largo rato creyó que allí acabarían sus días y los de su hijo recién nacido. Según el mito, en la laguna de Estinfalia habitaban grandes pájaros con alas de bronce que dejaban caer sus plumas aguzadas sobre los viajeros para después devorarlos. Al atardecer, que fue cuando pasaron junto a su orilla, lo que parecía de bronce era el propio lago, sembrado de islas de juncos y nenúfares que se le antojaron manchas de óxido en su superficie.

Y fue allí donde los atacó una horda de arqueros y soldados de infantería ligera, que como las aves de la leyenda arremetieron contra los restos de la guardia real desde lejos, con flechas y venablos. La forma más humillante de morir para unos guerreros espartanos, sin poder enfrentarse cuerpo a cuerpo a sus atacantes.

Gorgo le había dicho a Crino que la estrangulara con su propio ceñidor y que después hiciera lo propio con el bebé, pues no estaba dispuesta a servir de juguete para la lujuria de aquellos arcadios. De haber tenido un puñal, ella misma se lo habría clavado, pero su padre ni siquiera dejaba que llevara

alfileres en la ropa. Cuando su criada se disponía a rodearle el cuello con el ceñidor, Gorgo contempló incrédula cómo Cleómenes y el jefe de los atacantes, un hombre que más parecía un demonio de los bosques llamado Licaón, se abrazaban.

Por unos instantes había pensado que lo más honorable para ella sería, en efecto, morir allí y entonces con honra, como una mujer espartana, puesto que su padre había renunciado y traicionado a su patria. Después miró al pequeño Plistarco, que cerraba su diminuto puño para tirarle del pelo, y pensó que todavía tenía algo por lo que resistir un poco más. Si la carta que le había enviado a Pausanias surtía algún efecto…

Pero a aquellas alturas, Gorgo había perdido toda esperanza de que viniera alguien de Esparta a rescatarlos a ella y a su bebé. Cada lugar que visitaban parecía peor que el anterior, cada nuevo aliado de su padre, más tosco y salvaje y el mismo Cleómenes se mostraba cada día más trastornado y megalómano.

Los dos ilotas traían con ellos una enorme crátera de barro, que pusieron en el suelo del cobertizo resoplando por el esfuerzo. Cleómenes los despidió con un gesto y ellos salieron cerrando la puerta tras de sí.

La crátera olía todavía a pintura. Sobre el fondo rojo se veía a una mujer o diosa silueteada con trazos blancos y esmaltada en negro, al estilo antiguo. Estaba inclinada sobre el borde de una corriente de agua, un río o una charca, y sostenía a un niño pequeño agarrado del tobillo con la evidente intención de sumergirlo.

Las letras, apenas menos toscas que los dibujos, no dejaban lugar a la duda. «Tetis» rezaba el rótulo de la diosa y «Aquiles», el del bebé. Gorgo se estremeció. En una versión del mito que no aparecía en Homero, Tetis había intentado convertir en inmortal a su hijo sumergiéndolo en las aguas de la Estigia; existía otra todavía más bárbara en la que lo hacía quemándole la parte mortal del cuerpo por las noches y curándole las heridas con ambrosía.

—¿Qué vas a hacer, padre? —preguntó Gorgo, alarmada—. ¿Para qué traes eso?

Cleómenes se acercó a la cuna improvisada donde descansaba su nieto. Él seguía creyendo que era su hijo. En la noche en que Perseo la dejó embarazada, Gorgo había emborrachado a su padre lo bastante para que cayera dormido antes de poseerla como pretendía. Después había recurrido a Crino, la única sirviente de cuya lealtad no dudaba, para que masturbara a

Cleómenes mientras dormía y este despertara con la sensación de haber culminado el acto sexual.

De todos los servicios que había realizado Crino por ella, aquel era el que Gorgo más le agradecía.

El bebé era todavía demasiado pequeño para enfocar la vista con claridad, pero debió de intuir el bulto de su abuelo, porque movió las manitas hacia arriba y emitió una especie de gorjeo, que Gorgo solía interpretar como una muestra de placer o diversión.

Cleómenes se agachó sobre la cuna y tomó al niño en brazos.

—¿Qué vas a hacer, padre? —insistió Gorgo, con la voz cada vez más tensa, al ver que Cleómenes empezaba a apartar las capas de ropa del bebé.

—Quiero cerciorarme de que mi hijo sea perfecto.

—Ya lo es —replicó Gorgo—. Lo has comprobado cien veces. Aunque aparecieran aquí a examinarlo todos los ancianos del consejo, no le encontrarían la menor tacha.

La joven se acercó a su padre y tendió los brazos para quitarle al bebé. Cleómenes se giró y apretó el menudo cuerpo de Plistarco contra su pecho. Lo hizo con tanta brusquedad que el crío cambió sus gorjeos por un penetrante llanto.

—No basta con eso —aseguró Cleómenes, mirándola de reojo. Gorgo se horrorizó al ver el tamaño de sus pupilas, grandes y negras como las de una lechuza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gorgo, tirando en vano de los brazos de él. Su padre era demasiado fuerte para ella.

—No basta con que sea perfecto como un espartano. Debe ser perfecto como un dios.

—¡Mi hijo no es ningún dios, maldito loco!

Cuando las palabras salieron del cerco de sus dientes, ni la propia Gorgo pudo creer lo que había dicho. Cleómenes, sin soltar al bebé, se dio media vuelta y le propinó una bofetada con el dorso de la mano, que le partió el labio y la lanzó de bruces contra unos sacos de paja. Durante unos instantes Gorgo lo vio todo rojo y el oído izquierdo le empezó a silbar con un pitido agudísimo, como si hubiera estallado un trueno junto a su oreja.

—¡Es hijo de mi semilla, tú solo pusiste el vientre! —exclamó Cleómenes —. Y yo digo que hay que purificarlo. ¡Las aguas de la Estigia limpiarán su parte humana y lo convertirán en un inmortal como su padre!

—¡Tú no eres su padre!

Él se volvió hacia ella con los ojos desencajados, sin dejar de quitarle ropa al bebé, que ya estaba tan solo en pañales y no dejaba de llorar.

—¿Cómo que no soy su padre? ¿Crees que no conozco la sangre de mi sangre cuando la veo?

Gorgo se levantó, apretó los puños con rabia y se acercó a su padre de nuevo.

—¡No puedes ser su padre!

—¡Lo soy!

—¡Jamás hicimos esa abominación! ¡Yo te emborraché, viejo odre de vino! ¡Su padre es Perseo!

Con un grito de ira que hizo estremecerse el cobertizo, Cleómenes levantó el puño y lo descargó sobre Gorgo. Esta apenas tuvo tiempo de apartar la cabeza y el golpe la alcanzó en la sien, no muy lejos de donde había recibido la bofetada. Si esta le había parecido fuerte, el puño de su padre fue como el martillo de los cíclopes usándola a ella a modo de yunque, y toda su visión se convirtió en un campo de niebla cegadora.

Durante unos instantes, Gorgo perdió la noción de dónde estaba, incluso de la propia postura de su cuerpo. Pero por encima del zumbido de sus oídos y entre la bruma blanca de sus ojos una voz apremiante gritaba: «¡Tu hijo, tu hijo!».

Las manos de Gorgo estaban tocando algo duro. El suelo. Había caído de rodillas. Se levantó una vez más y trató de enfocar la vista.

Su padre ya había desnudado al niño y se disponía a dejarlo caer en la crátera llena de agua de la Estigia.

—¡Nooooo! ¡Crinooooo!

La criada, condicionada por una vida entera sirviendo en el palacio real, no se había atrevido a reaccionar hasta entonces. Al escuchar el grito de Gorgo, se abalanzó sobre Cleómenes para arrebatarle al bebé de las manos.

La mano derecha del rey buscó bajo el cinto el puñal que siempre llevaba

allí, una reliquia de los tiempos de los héroes con hoja de bronce e incrustaciones de oro y plata que representaban una batalla entre aqueos y troyanos. Gorgo conocía bien aquella daga, pues su padre se la había enseñado cientos de veces cuando era niña.

Para alguien de su edad, que además estaba empapado de vino, la respuesta de Cleómenes fue fulgurante. Una fracción de latido antes la daga estaba en su cinto y una fracción de latido después había aparecido, como por arte de magia, hundida bajo el mentón de Crino. Enseñando los dientes como una fiera rabiosa, Cleómenes retorció la empuñadura y clavó aún más la hoja, mientras la criada gorgoteaba escupiendo burbujas de sangre.

Cleómenes tiró del puñal para extraerlo, y después, con el codo, empujó a Crino, que se desplomó como un pino talado. Cuando su occipucio chocó contra el suelo, se oyó un crujido de huesos rotos. Pero Gorgo sabía, por la expresión de sus ojos mientras Cleómenes le revolvía la daga en la garganta, que había caído ya muerta.

Olvidándose de la criada a la que acababa de asesinar, Cleómenes se acercó a la crátera y dejó caer al bebé dentro. Al oír el chapoteo, Gorgo se abalanzó hacia su padre. Sabía que este tenía el puñal y que no vacilaría en clavárselo como había hecho con Crino, pero, al ver cómo el pequeño Plistarco desaparecía de la vista por la boca del ánfora, un instinto más fuerte que cualquier otro que hubiera conocido en su vida se apoderó de ella.

—¡Nooooo!

Rodeando el obstáculo que ofrecía el cuerpo de su padre, Gorgo metió las manos en la crátera, tratando de coger al bebé, que se había hundido y la miraba desde debajo de la superficie con los ojos muy abiertos, la boca apretada y una gran burbuja de aire en la nariz.

Cleómenes interpuso el brazo izquierdo para impedírselo. Mientras seguía manoteando bajo el agua para aferrar a Plistarco, Gorgo mordió a su padre. Lo hizo de forma salvaje, como una leona herida, ignorando el dolor de su mandíbula golpeada, hasta que notó cómo la boca se le llenaba de sangre.

Cleómenes se la sacudió de encima con un alarido de dolor. Gorgo cayó al suelo sobre su trasero y se golpeó la espalda y la nuca contra un tonel. Trató de levantarse al momento —«Mi hijo se ahoga, mi hijo se ahoga»—, pero eran demasiados golpes seguidos en la cabeza y sus piernas tardaban en responder.

Se oyó un fuerte restallido y la puerta del cobertizo chocó contra la pared con más violencia incluso que cuando antes la había abierto Cleómenes.

Un hombre alto, con el cabello y la barba tan blancos como nieve recién caída, se precipitó dentro del cobertizo blandiendo sobre su cabeza un largo báculo. Pese al color de su pelo, era más joven y rápido que Cleómenes, y consiguió descargarle un golpe que no le atinó en la cabeza por un par de centímetros. El chasquido hizo pensar a Gorgo que le había roto la clavícula, pero su padre estaba tan borracho, drogado o ambas cosas que no reparó en el dolor. Agarrando el bastón, se lo quitó de las manos al desconocido y lo arrojó al suelo.

Los dos hombres se agarraron como combatientes de lucha y en la pugna el desconocido consiguió apartar al rey de la crátera. Recuperando por fin el dominio de sus piernas, Gorgo se levantó y corrió a rescatar a su hijo. El niño seguía con los ojos abiertos, manoteando de tal forma que solo los deditos le asomaban fuera del agua. La joven se apresuró a cogerlo por las axilas y lo levantó.

Plistarco la miraba sin parpadear, pero no respiraba. Gorgo le apretó la espalda, lo levantó, lo sacudió un poco, con el temor de romperle el frágil cuello, pero sin saber qué hacer para que recuperase el aliento. «Boca abajo, mejor boca abajo», pensó, y le dio la vuelta y volvió a agitarlo con el mayor cuidado posible.

Por fin, el niño escupió agua, menos de la que Gorgo esperaba, y empezó a llorar. Ella lo estrechó contra su pecho y su cara, sin saber si el líquido que empapaba sus mejillas era el agua de la Estigia o sus propias lágrimas.

—¡Hijo mío! ¡Todo está bien, no va a pasar nada!

Volvió a mirar a los contendientes. Ambos se tenían agarrados por los hombros, con las cabezas agachadas, una contra otra, empujando como dos luchadores en una palestra, resoplando y gruñendo.

Gorgo dudó unos instantes. Su instinto era no soltar a su hijo, y secarlo y envolverlo en ropas cuanto antes. Pero si su padre, que siempre había poseído una fuerza tremenda, vencía en la pelea, ella no habría conseguido nada.

Buscó un arma. En una de las paredes había espadas, hachas y lanzas colgadas de ganchos, pero el cayado del hombre de la barba blanca estaba más cerca, a apenas tres pasos de ella, y la flor de loto de plata que lo remataba parecía lo bastante contundente.

Gorgo dejó a Plistarco en la cuna, chistándole para que calmara sus llantos, y recogió el bastón del suelo. Después rodeó a los contendientes para quedar a la espalda de su padre y, empuñando el báculo como si fuera un hacha sacrificial, exclamó:

—¡Muérete, cabrón!

La flor de plata cayó sobre la nuca de Cleómenes. Gorgo había intentado emplear todas sus fuerzas, pero no sintió que fueran suficientes, como si estuviera en un sueño y una mano viscosa le agarrara los brazos y retuviera su energía. No obstante, aquella impresión debió de ser falsa. El golpe fue lo bastante violento para que su padre cayera sobre una rodilla, soltando la presa de su adversario para protegerse la cabeza con las manos.

Gorgo, dejándose arrastrar por una violencia y una furia incontenibles, lo golpeó en la espalda una, dos, tres veces, y cuando Cleómenes intentó cubrirse, le alcanzó otra vez en la cabeza.

—¡Muérete, aunque me maldigan las Erinias!

Su padre cayó al suelo de bruces. El otro hombre se apresuró a echarse sobre él, apoyándole la rodilla en la nuca. Mientras se quitaba el cinturón y, con una destreza sorprendente, retorcía los brazos de Cleómenes tras la espalda y los ataba, le ordenó a Gorgo:

—Rápido. Tú atiende a tu hijo, antes de que se quede helado.

Gorgo asintió, soltó el báculo y corrió de nuevo con Plistarco. Estrechándolo con el brazo izquierdo, arrancó las mantas de la cama y usó una de ellas para secarlo con friegas vigorosas. Después utilizó la ropa seca para envolverlo, esta vez apretándolo a conciencia, mientras el bebé seguía llorando.

—¡Gracias, padre Zeus! ¡Gracias, hermosa Helena! ¡Habéis hecho un milagro! —decía, a la vez que lo llenaba de besos y lo acunaba contra su pecho.

—Siempre es bueno dar gracias a los dioses —aseveró el desconocido, apretando el cinturón sobre las muñecas de Cleómenes sin conmiseración ninguna—. Pero no se trata de un milagro. Cuando un bebé muy pequeño se sumerge en el agua, su corazón y su respiración se enlentecen por instinto hasta casi detenerse. Por eso no ha tragado casi agua. Es un recuerdo de los meses en que ha estado flotando dentro del líquido de tu matriz.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Gorgo—. ¿Tienes ojos que ven dentro del cuerpo de las mujeres?

—No. Pero sí puedo invocar todos mis recuerdos, desde el mismo momento en que la semilla de mi padre fructificó en el útero de mi madre. Soy Tisámeno el adivino, y poseo esa y otras virtudes.

Una vez maniatado el prisionero, el tal Tisámeno se incorporó y estudió su obra. Cleómenes se giró de lado en el suelo y empezó a mascullar:

—Traidores, cobardes. Traidores, sois unos traidores. Os arrojaré al tenebroso Tártaro, allí donde más profundo es el abismo infernal. Así sabréis que soy el más poderoso. ¡Haced la prueba! Colgad del cielo una soga de oro y agarradla todos, dioses y diosas. ¡Ni con esas sacaréis del cielo a Zeus, el amo supremo!

—Está delirando —dijo Tisámeno, agachándose para tirar de él e incorporarlo—. Su cerebro ha reventado de tanta divinidad que cree tener dentro.

Gorgo no pudo contener una carcajada seca. Allí yacía el hombre al que idolatraba de niña y al que había ido perdiendo el respeto a lo largo de los años. Un guiñapo por cuya boca chorreaba una mezcla de vino y babas. Sus cabellos mal teñidos se veían apelmazados y manchados de sangre, la misma que manchaba la flor de plata del bastón del adivino.

—¿Por qué lo levantas? Dejémoslo aquí.

Resoplando por el esfuerzo, el adivino terminó de incorporar a Cleómenes, lo agarró por el cinturón que lo maniataba a la espalda y lo empujó.

—¿Puedes coger ese puñal, mi señora? —pidió, señalando con la barbilla el cuchillo de Cleómenes, tirado entre la paja del suelo—. Es una pieza demasiado valiosa para dejarla entre estos bárbaros y por justicia te pertenece.

Gorgo estuvo a punto de decir que no quería nada de su padre, pero cambió de opinión y se agachó. Limpiando la sangre de la hoja en su propio manto, se lo guardó debajo de la ropa. Después se acercó al cadáver de Crino, se arrodilló junto a ella y, con cuidado de no soltar al niño, la besó en la frente.

—Adiós, Crino. Fuiste fiel hasta el último momento —murmuró y añadió una breve plegaria—: Por favor, señor Hermes Psicopompos, cuida de llevar

su alma al mejor rincón del Hades. No había en toda Esparta guerrero más valiente que esta mujer.

Por desgracia, no estaba en situación de enterrarla o quemar su cuerpo como habría querido. Pero se prometió a sí misma que, cuando llegara a Esparta, haría cavar un cenotafio con una lápida y ofrecería en él tantos sacrificios que el espíritu de la leal Crino se sentiría lo bastante satisfecho como para no merodear ni atormentar el mundo de los vivos. Con este pensamiento, siguió a Tisámeno y a su padre fuera del cobertizo.

Los celebrantes estaban cada vez más borrachos de vino y de hongos, y de gritos de víctimas y sangre derramada. Pausanias se sentía tan horrorizado y, a su pesar, tan fascinado como debió de sentirse el rey Penteo de Tebas la noche en que intentó impedir el ritual de las mujeres que adoraban a Dioniso.

El hombre oso se acercó a Gerión y, señalándolo con su manaza, dijo:

—Al gordo lo vamos a dejar para el final.

Al oír que Gerión protestaba, el hombre oso le levantó la mordaza y le sacó la estopa de la boca. Gerión trató de morderlo, con un bocado tan fuerte que Pausanias pudo oír el chasquido de los dientes al chocar. Pero el arcadio logró apartar los dedos a tiempo y le propinó una bofetada más humillante que fuerte.

—¿A quién llamas gordo, bastardo? —dijo Gerión—. Con que me sueltes las piernas me va a bastar para masticarte los hígados.

—Es curioso que digas eso, vaca espartana —dijo Licaón, acercándose a ellos—. Es precisamente tu hígado lo que queremos.

Sin molestarse en amordazar de nuevo a Gerión, el gigantón de la piel del oso se agachó sobre Brontes, lo agarró del pelo y tiró de él para levantarlo y arrastrarlo hasta el tajo. «¿Qué le tocará perder a él?», se preguntó. Por el momento habían sobrevivido dos víctimas, un ilota sin ojos y Escaleno sin dedos, mientras que el otro ilota, con los intestinos eviscerados, y Polidectes, al que habían sacado el corazón, yacían muertos.

Su duda duró poco. El hombre oso apretó las mejillas y la garganta de Brontes hasta obligarlo a sacar la lengua, mientras el matarife acercaba unas tenazas que había calentado en el fuego.

Pausanias quería apartar los ojos, pero algún dios cruel, acaso el sanguinario Ares, parecía sujetarle el cuello para que los clavara en aquella

escena.

—¿Sabes lo que es esto, pelirrojo?

La voz siseante de Licaón rompió el conjuro e hizo que desviara la mirada. Justo a tiempo, pues en ese preciso instante un grito tan penetrante como lo había sido el de Escaleno taladró la noche. La diferencia fue que a los pocos segundos el alarido se convirtió en un gorgoteo gutural y húmedo. De reojo, Pausanias vio cómo el matarife arrojaba al caldero el trozo de carne que había arrancado con unas tenazas.

La lengua de Brontes.

—Te he hecho una pregunta, pelirrojo —insistió Licaón, haciendo tintinear ante él unas argollas herrumbrosas con un trozo de cadena colgando —. ¿Sabes qué es esto?

—Unos grilletes —respondió Pausanias.

Licaón se acuclilló a su lado. El aliento le olía a vino y a algo dulzón, y por debajo de todo ello a una putrefacción más honda, algún mal oculto que emanaba de sus pulmones. Pausanias quería apartar el rostro a un lado para no captar aquel hedor vomitivo, pero no se atrevía a ofender a aquel demonio encarnado.

—Son la reliquia de algo que ocurrió hace sesenta años en Tegea. Mi abuelo, que estuvo allí, me lo contó. La batalla de las Cadenas, la llamamos nosotros. ¿Has oído hablar de ella?

Pausanias sospechaba a qué se refería el arcadomesenio. No era una historia que se contara en la *agogé* ni de la que se hablara apenas en los banquetes comunales, pero había escuchado alusiones y leído alguna oscura referencia.

—Los espartanos, tus espartanos, recibieron un oráculo en que se les dijo que medirían la llanura de Tegea con cordeles. ¿Sabes lo que creyeron? —Pausanias no sabía qué era peor, contestar o no, y se limitó a mover la cabeza a ambos lados—. Creyeron que el dios les decía que podían repartirse las tierras de Tegea, como hicieron con las de Mesenia, y después las del resto de Arcadia. Así que partieron a la guerra con estas cadenas —continuó Licaón, agitando las que tenía en la mano junto a los oídos de Pausanias—. Estaban convencidos de que les servirían para esclavizar a los arcadios y hacerlos trabajar como ilotas. Los invencibles espartanos, marchando hacia la gloria una vez más. ¿Qué crees que pasó?

—¿Perdieron la batalla? —musitó Pausanias, sin apenas aliento.

—Mil de vuestros espartiatas —dijo Licaón, soltándole un salivazo en la sigma de «espartiatas»— cayeron prisioneros. Desde entonces midieron a cordel nuestras tierras. Pero para doblar el lomo y clavar la azada en ellas. Mil espartanos menos para reproducirse y criar otros perros como ellos.

El arcadomesenio volvió a sacudir los grilletes, mientras el hombre oso traía a rastras a Brontes y lo tiraba al suelo sin miramientos.

—Todos los grilletes que trajeron tus espartanos están consagrados en Tegea, en el friso del templo de Atenea Alea —prosiguió Licaón—. Sirven como recuerdo del poder de los arcadios, cuando os humillábamos en el campo de batalla.

»Y vamos a volver a hacerlo. Cuando todos los ilotas se rebelen a la vez más allá del Itome, cuando os dejen de alimentar, estómagos parásitos, y al mismo tiempo las falanges arcadias bajen al sur, llevaremos todos esos grilletes. Pero me temo que no serán suficientes y que tendremos que forjar más. ¿Cuántos sois los Iguales, espartano?

—No puedo decirlo —respondió Pausanias, queriendo aparentar más firmeza en la voz de la que le salió.

—Tu tío ya nos lo ha dicho con pelos y señales, estúpido. Sois diez mil. ¿Sabes cuántos podemos movilizar entre Arcadia y Mesenia? ¿Tienes idea, pelirrojo? ¡Cinco veces más! Cuando aparezcan cincuenta mil guerreros delante de tu ciudad, vuestras afamadas zorras espartanas verán por fin los escudos de los enemigos y será lo último que vean antes de abrirse de piernas para nosotros.

Licaón volvió a agitar los grilletes junto a la cara de Pausanias, arañándole con un reborde oxidado. Después señaló a Nicanor y le indicó a Zeuxis y al hombre oso que lo llevaran al tajo.

—Tiene unas orejas muy bien puestas —dijo—. ¡Cortádselas!

«Pero ¿no me las iban a cortar a mí?», se preguntó Pausanias. Se le ocurrían mil apéndices peores que sus orejas y que podía perder. Licaón, leyéndole los pensamientos, le apoyó la punta de su cuchillo en la ingle y lo deslizó hacia un lado. Pausanias notó cómo se le encogía el escroto. Si sus testículos hubieran tenido voluntad propia, habrían seguido subiendo hasta la garganta.

—Adivinas lo que vas a perder tú, ¿verdad? —siseó Licaón, relamiéndose con aquella lengua negra y agrietada—. Tranquilo, perro espartano. Puedes tener un gran futuro. Dicen que el Gran Rey aprecia mucho a los eunucos y les entrega fortunas y cargos de confianza.

Hipnotizado, Pausanias vio cómo el hombre oso apretaba el cuello de Nicanor contra un lado del tajo y cómo el matarife le cortaba la oreja moviendo el cuchillo adelante y atrás, adelante y atrás, como si se la aserrara. El anterior jefe del pelotón Gea demostró su entereza apretando los dientes para no gritar, hasta que uno de los sirvientes le vertió sebo hirviendo en la herida. Pausanias pensó que aquello no lo hacían por cauterizar, sino por aumentar la tortura, y su horror aumentó al pensar que le iban a echar esa grasa abrasadora en la entrepierna.

En ese momento, por detrás del terrible espectáculo de la vieja removiendo órganos humanos y animales en su caldero y del tajo donde se disponían a cercenar la otra oreja de Nicanor, Pausanias vio una sombra, algo oscuro que rompía la cortina plateada de la cascada y se precipitaba hacia la laguna. Durante una fracción de segundo pensó que se trataba de una ilusión óptica, pero luego se oyó un sonoro chapoteo y el agua de la Estigia se levantó en una columna de espuma.

Licaón se enderezó, apartó el cuchillo de las ingles de Pausanias y se acercó hacia la laguna, contrayendo sus rasgos demoníacos en un gesto de perplejidad.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¡Id a mirar!

Dos hombres lobo y un hombre oso que llevaba una antorcha se aproximaron al borde de la laguna a investigar. Pausanias estiró el cuello y se apoyó en el muro para tratar de levantarse un poco y averiguar qué ocurría. La laguna se veía tan oscura que era imposible saber, al menos desde donde se encontraba él, qué se ocultaba bajo su superficie.

El hombre oso se inclinó con la tea y algo debió de ver, porque levantó el brazo izquierdo y dio una voz de alerta.

El agua silbó y de ella brotó algo brillante y metálico, rápido como el ataque de una serpiente. Pausanias tardó en comprender qué era, hasta que aquello apareció asomando tras la nuca del arcadio. Fue apenas un instante y desapareció de nuevo.

Mientras el hombre oso caía de bruces al agua, la superficie del lago se

abrió a su lado y de ella brotó de golpe Perseo, como si lo hubiera propulsado la cuerda de un arco, para plantarse en la orilla con su lanza de dos puntas. ¿Era posible salir del agua de un salto semejante?

Para Perseo sí, pensó Pausanias, que sintió cómo la sangre se le inflamaba pese al frío de la noche.

«No te hagas ilusiones —se advirtió a sí mismo—. Es solo uno contra muchos».

Perseo debía de ser consciente de su inferioridad numérica, porque se dedicó rápidamente a equilibrar cifras. Chorreando agua de la túnica, la única prenda que llevaba aparte de las botas, clavó una de las puntas de la lanza en el cuello del hombre lobo más cercano, la sacó y en el movimiento de vuelta la hundió bajo el esternón de su tercer enemigo.

Todo había ocurrido a tal velocidad, apenas cinco latidos, que la mayoría de los presentes ni se había dado cuenta de lo que pasaba.

—¡Matadlo! —gritó Licaón, señalando a Perseo—. ¡Acabad con ese sacrílego!

«¿Sacrílego, dices tú?», se preguntó Pausanias.

Los arcadios que estaban más cerca, y también los menos borrachos, desenvainaron sus cuchillos, y algunos de ellos tomaron las lanzas que habían dejado en improvisados astilleros, para acometer a Perseo. No les habría hecho falta, pues el joven espartano ya se abatía sobre ellos como un halcón que bajara desde las alturas sobre su presa.

Durante el viaje, Pausanias no había llegado a ver a Perseo usar aquella lanza que se había pergeñado, aunque sabía que se apartaba de los demás para entrenarse a solas, donde nadie pudiera verlo. «Es más raro que un pez con plumas», decían de él los demás. Escaleno, el que mejor lo conocía, le había explicado que Perseo estaba obsesionado con el combate que había perdido con Bagabigna. Por eso se había empeñado en reconstruir en su memoria y en su imaginación los movimientos del persa, como un músico que a medias recuerda y a medias improvisa una canción. «En el proceso ha creado su propio arte del combate».

Pausanias, que se había mostrado algo escéptico, no tuvo más remedio que creer ahora las palabras de Escaleno. Lo que estaba haciendo Perseo ahora no tenía nada que ver con lo que había presenciado en el gimnasio de Heracles en aquella infausta jornada. El joven espartano, que había crecido en

estatura y volumen muscular, era incluso más rápido que entonces. Sobre todo, la precisión de sus movimientos era letal.

Mientras que los rivales que le salían al paso buscaban protegerse con sus movimientos, él se limitaba a atacar. Y cada vez que lo hacía con cualquiera de los dos mortíferos extremos de su lanza, la hundía en el cuerpo de algún enemigo con la precisión de un cirujano. Buscaba el cuello, el abdomen, las ingles o los muslos, nunca el centro del cuerpo. Pensando en ello, Pausanias entendió la razón. Si golpeaba el tórax, las hojas gemelas de la lanza podrían atrancarse entre las costillas y Perseo tardaría demasiado en extraer el arma.

«Eso que tiene en la lanza son tripas», comprendió Pausanias al ver una especie de culebra que se retorcía colgada de la hoja. Perseo hizo un rápido molinete con su arma y aquel estorbo salió volando por los aires, hasta llegar junto a los pies de Pausanias. Este encogió las piernas, asqueado. No era lo mismo tocar las vísceras de un toro o de un cerdo en un sacrificio que las de un humano lo tocaran a él.

Pausanias notó un movimiento a su izquierda. Una sombra acababa de caer del parapeto del muro.

—Tranquilos —susurró aquel nuevo intruso—. Soy yo, Tresas.

El joven espartano se agachó detrás de Escaleno para librarlo de las ligaduras. Tal como sugería su apodo, le temblaban las manos tanto que en los dos primeros intentos el filo del cuchillo solo cortó el aire.

—Como tuviéramos que robar panderetas contigo, íbamos aviados —protestó Escaleno. Su voz, siempre clara y limpia, sonaba contenida, como si tuviera que morderse la lengua para no gritar de dolor—. ¡Suelta primero a Gerión, no a mí!

—Ya que he empezado, es mejor que termine —dijo Tresas.

Nervioso por la torpeza del joven, Pausanias volvió la mirada hacia Perseo. Durante un rato había sembrado el caos, pero la situación había empeorado para él. Comprendiendo que era más prudente mantenerse lejos de aquella letal lanza doble, sus rivales habían formado un círculo de diez hombres armados con lanzas, cuchillos y hachas, y se mantenían a distancia.

Lo malo para Perseo era que se acercaban al círculo dos arqueros, preparando sus flechas. La bruja había dejado de remover el caldero y le apuntaba con su cucharón, mientras profería maldiciones en arcadio y en algún otro idioma ininteligible.

Al oír un sonido de satisfacción a su lado, Pausanias comprobó que Escaleno había quedado libre por fin. Tresas le entregó otro cuchillo, y con el que llevaba él se acercó gateando a Gerión para cortarle las ataduras.

—¿Me vas a soltar? —gruñó el gigante—. Si yo fuera tú y tú fueras yo, aprovecharía para clavarte ese puñal en los riñones.

—Yo no soy tú —respondió Tresas, jadeando mientras se apresuraba a cortar las cuerdas—. Si lo fuera, no me harías falta.

Mientras, Escaleno cogió el cuchillo con los dedos atrofiados de la mano derecha, pero para usarlo en las ataduras de Pausanias tuvo que ayudarse de los muñones cauterizados de la izquierda. Por los ruidos que hacía a sus espaldas, el dolor que debía de sentir superaba lo descriptible. Mientras el cuchillo rozaba las sogas, *frrr, frrr, frrr*, Pausanias murmuraba: «Rápido, rápido, rápido».

El círculo de enemigos que rodeaba a Perseo se había abierto por un lado para permitir que los dos arqueros apuntaran a Perseo. Solo entonces se dio cuenta Pausanias de que ya no se oían ni música ni voces, ni se veían sirvientes ni criadas. Al parecer, todos los que no eran los conspiradores arcadios habían huido del lugar.

Al mismo tiempo que Pausanias se veía libre de las cuerdas, Nicanor, que llevaba un rato apoyado en el tajo del matarife agarrándose el muñón abrasado de su oreja, profirió un estridente grito de guerra y se arrojó contra uno de los arqueros que se disponía a disparar contra Perseo. Rápidamente, tres hombres lobo se abatieron sobre él para detenerlo y los cuatro cayeron al suelo en un confuso montón. Pero la distracción sirvió para que el arquero se desconcentrara un instante, que aprovechó Perseo para abalanzarse sobre él desde el centro del círculo con un salto asombroso, que terminó con una rodilla clavada en la tierra y la punta de su lanza atravesando las tripas de su enemigo.

Todavía quedaba otro arquero, que estaba desplazándose para seguir los movimientos de Perseo y apuntarle por la espalda. Escaleno cojeó lo más rápido que pudo hacia un fuego donde una sartén con tajadas de tocino se calentaba colgada de un trípode. Rápidamente cogió la sartén y la arrojó contra el arquero. La sartén voló por el aire como un disco e impactó en la nuca de su objetivo con una precisión que dejó asombrado a Pausanias. El golpe no resultó mortal, pero bastó para desviar el disparo y hacer que la flecha, en lugar de alcanzar a Perseo, se clavara en la pierna de un hombre

lobo. El grito de dolor y frustración del arquero quedó silenciado por el alarido de Escaleno, que se había abrasado la mano sana al agarrar la sartén.

Todo estaba ocurriendo a tal velocidad que Pausanias apenas tenía tiempo de seguir los movimientos de cada uno. Gerión, libre por fin de las cuerdas que lo habían inmovilizado, cargó como un toro furioso contra los arcadios que seguían alrededor de Perseo. Tresas, armado con un simple cuchillo, lo siguió con un grito de rabia tal vez demasiado agudo. Escaleno, pese a que acababa de quemarse la mano, volvió a empuñar con ella el cuchillo que le había dado Tresas y lo siguió hacia la refriega.

Gerión tenía claro cuál era su objetivo: el hombre oso que se había permitido intercambiar bravatas con él y que le había abofeteado y metido estopa en la boca. Ahora que Gerión estaba de pie, se podía apreciar que le sacaba al arcadio más de un palmo de estatura, por no hablar de la corpulencia.

El hombre oso tenía una ventaja: se había hecho con una lanza y, empuñándola con ambas manos, trató de ensartar a Gerión con ella. Pero el gigante espartano era mucho más rápido de lo que sugería su volumen, y ladeó el cuerpo a tiempo de esquivar la punta. Agarrando el astil con la mano izquierda, lo partió entre los dedos al tiempo que propinaba un codazo a su adversario en el rostro.

Pausanias pudo ver cómo el hombre oso escupía sangre y dientes antes de que Gerión lo agarrara por el cuello, pero se perdió el desenlace del combate, ya que tenía sus propios problemas.

—¡Ven aquí, pelirrojo! ¿Crees que vas a salvar tus huevos?

De todos los posibles rivales, el demoníaco Licaón lo había elegido a él. Mientras entre el caldero de la bruja y el borde de la laguna se libraba el meollo de la lucha, el jefe de los hombres lobo se acercó a Pausanias, con las piernas flexionadas, los brazos abiertos y en la mano derecha el cuchillo curvo con el que antes había amenazado con castrarlo.

Pausanias, en cambio, estaba desarmado.

«Eres un espartano», se recordó a sí mismo. Eso debía de servir para vencer a cualquier otro rival, bárbaro o griego, ¿o no?

No en vano había pasado desde niño aprendiendo todo tipo de técnicas de lucha en la *agogé*. Nunca había sido el mejor, aunque los había peores que él. Su tío Leónidas le había explicado cuál era su problema.

«No tienes un mal físico. Eres resistente, ágil… Pero siempre retienes tus golpes, los dejas cortos por miedo a hacer daño y a que te lo hagan a ti. Te falta el impulso de agresión propio de un auténtico guerrero. Tienes que desarrollarlo, sacarlo de dentro».

Qué fácil era decirlo para alguien que había nacido con ese impulso. Y qué difícil sacarlo de dentro cuando, para empezar, nunca había estado allí.

Pausanias se agachó un poco y extendió los brazos, imitando la postura de su rival y estudiando su arma. El cuchillo era parecido a una *kópis* curva, pero no tan largo. Una punta aguzada que se podía clavar, más una hoja de un palmo y medio. Al menos, no tenía doble filo, por lo que Pausanias solo debía precaverse contra la parte interior.

—¿Te gusta mi cuchillo? No voy a ser tan piadoso con él como pensaba —dijo Licaón, haciendo entrechocar los colmillos y asomando la lengua entre ellos—. Te voy a rajar el escroto para sacarte los huevos. Eso va a ser lo que te duela menos. Después te los voy a hacer comer. Y mientras los masticas, te voy a colgar cabeza abajo, a rajarte la piel por el culo y despellejarte tirando de ella hasta llegar a la espalda.

«No le escuches —se ordenó Pausanias—. No imagines lo que puede ocurrir si cumple su amenaza».

Volvió a recordar las enseñanzas de Leónidas. «Solo se tiene miedo de lo que todavía no ha llegado. Cuando estés en combate, no pienses en lo que está por llegar, agarra únicamente el momento que tienes entre los dedos, con tanta fuerza como si empuñaras una lanza. No pienses en el futuro, no pienses que existe el futuro. El truco de Fobos para apoderarse de ti es ese, el mismo que usa la engañosa Esperanza».

«Mira solo el cuchillo», se recordó. Eso y los ojos de su adversario, donde cualquier destello podía darle una pista del siguiente movimiento.

—Eres un espartano. El peor espartano es mejor que el mejor arcadio.

Sin darse cuenta, se lo había dicho a sí mismo en voz alta. Licaón soltó una carcajada áspera y se cambió el cuchillo de mano en el aire un par de veces.

—¿Eso crees, pelirrojo? Lleváis demasiado tiempo gobernando esclavos y peleando contra esos mariquitas de Argos para saber lo que son enemigos de verdad.

Tras su breve exhibición, Licaón aferró el cuchillo de otra forma y Pausanias comprendió que esta vez iba en serio. Tenía el filo del cuchillo alineado con los segundos nudillos y sobre estos, el pulgar. Pausanias, si bien no estaba versado en ninguna práctica de combate, conocía las teorías de casi todas por habérselas preguntado a los expertos. Por eso sabía que el agarre de Licaón servía para tener la hoja más lejos del cuerpo y dar cortes a más distancia. A cambio, cuanto más se extendía el brazo, menor era la fuerza del golpe.

Lo que tenía que hacer Pausanias, obviamente, era mantener la distancia con su adversario. Aunque lograra asestarle un tajo, por doloroso que fuese, con eso no lo iba a matar. En cambio, si Licaón lograba acercarse lo suficiente para clavarle la punta entre las costillas, todo habría terminado.

Pausanias intentó tragar saliva, aunque tenía la boca seca como esparto. ¿Qué más debía recordar? En los últimos años de la *agogé* les habían explicado cómo luchar contra tropas no regulares, es decir, contra ilotas traidores. «Todos los ilotas son traidores potenciales por su naturaleza —les decían—. Y usan armas de traidores, como el cuchillo. Si un cuchillo te alcanza en los hombros o en los brazos, vas a tener problemas. Si te hiere en el cuello, estás muerto». Recordando aquello, Pausanias puso por delante de su garganta la mano izquierda. En el peor de los casos, que fuera ella la que se llevara el corte.

Licaón se enderezó, casi de puntillas, bailando de un pie a otro, con la cuchilla abajo, amagando a ambos lados, sin dejar de sonreír.

—Cuando te eche sal en la espalda desollada y chilles como un gorrino, veremos si eres tan bueno, *espartano*.

—Mejor que un mestizo de una puta mesenia y un follacabras arcadio sí que soy —respondió Pausanias, tratando de sacar de quicio a su rival.

—¿Follacabras? ¿Follacabras has llamado a mi padre?

Licaón se lanzó a fondo hacia el estómago de Pausanias, que esquivó la embestida saltando hacia la izquierda de su adversario, siempre lo más lejos posible de la hoja. Después de aquel intento el hombre lobo se apartó de nuevo y su indignación fingida se convirtió en carcajadas.

—Vamos, pelirrojo. No tenemos toda la noche.

Siguieron su danza en círculos, el mestizo avanzando y amagando y Pausanias retrocediendo, con cuidado de no verse acorralado contra el muro.

En sus giros, intuía detrás de su contrincante cómo los demás seguían peleando, pero procuraba abstraerse, pues era consciente de que el primer segundo de descuido sería el último.

En el séptimo amago, por fin, el cuchillo de Licaón mordió su antebrazo izquierdo y dibujó una línea de sangre en él. Pausanias sintió más escozor que dolor, pero comprendió que era únicamente cuestión de tiempo recibir una herida más grave.

«Así no voy a conseguir nada», pensó. ¿Qué le diría su tío Leónidas si estuviera ahora detrás de él, como un entrenador?

¿Qué es lo que hace un espartano en caso de duda?

*Atacar.*

Estaba empezando a captar las pautas en los movimientos de Licaón. Al ver cómo contraía las mejillas por un instante, supo que le iba a lanzar una cuchillada hacia las ingles. En lugar de apartarse, se adelantó al movimiento, con una muda plegaria a los dioses.

Su antebrazo izquierdo golpeó al de Licaón, un poco por encima de la muñeca, y detuvo el golpe. Pero su intención no era defenderse, sino atacar, así que empujó, a la vez que agarraba el hombro izquierdo de Licaón con su mano derecha. Aprovechando su impulso, retorció hacia atrás el brazo armado de su rival, apartando de sí la punta del cuchillo, y de paso le rodeó el codo con la mano izquierda. Aquello le permitió hacer palanca en una posición de lucha que había practicado: Licaón tenía ahora el brazo estirado hacia atrás, el codo forzado y la muñeca torcida.

Ahora que lo tenía agarrado, comprobó que el mestizo, por muy amenazantes que fueran sus rasgos y su piel de lobo, no era más fuerte que él. Aunque Pausanias nunca había sido el más entusiasta en los ejercicios del campamento, incluso los mínimos de la *agogé* robustecían el cuerpo más que cualquier otro ejercicio físico imaginable. Y, por suerte, si bien no poseía la musculatura de sus tíos Cleómenes y Leónidas, tampoco había heredado la condición débil y enfermiza de su padre.

«Lo importante para vencer a un rival es que no os importe el daño que podáis causarle —les decía su instructor de lucha—. Ese es problema suyo, no vuestro».

Pausanias siguió forcejeando hacia atrás, con la intención de romperle el brazo a Licaón o, al menos, conseguir que soltara el cuchillo.

Lo que no se esperaba era que el hombre lobo lo mordiera con aquellos espantosos dientes limados.

Pausanias soltó un alarido. El dolor era tan intenso que su primer instinto fue apartarse de Licaón. Pero sabía que si lo hacía quedaría de nuevo al alcance del cuchillo.

De pronto, Licaón abrió las mandíbulas y su rostro quedó congelado en un gesto de estupor. Pausanias notó un roce en la túnica, algo que casi le tocó el pecho.

Al mirar abajo, vio una punta de metal que brotaba del estómago de Licaón y giraba a ambos lados como un taladro. El hombre lobo se quedó mirando a Pausanias, con aquellas pupilas dilatadas por la droga, como si no comprendiera lo que acababa de pasar. Por fin, sus dedos se aflojaron y soltó el cuchillo. La punta de la lanza desapareció, dejando un agujero en su abdomen del que brotó un gran borbotón de sangre oscura.

Pausanias se apartó, soltando a Licaón. Este cayó de rodillas y vomitó una mezcla nauseabunda de sangre, vino y trozos de carne. Antes de derrumbarse miró a Pausanias y sonrió.

—He envenenado tu sangre con mis dientes, pelirrojo. Vas a sufrir tales tormentos que pedirás la muerte como Quirón.

Por fin, se desplomó de bruces y quedó inmóvil en el suelo. Solo entonces vio Pausanias que era Perseo quien había abatido al hombre lobo.

—Si aprietas un poco más la lanza, me la clavas a mí.

Perseo sonrió de medio lado, mientras limpiaba la hoja de la lanza en la piel de lobo de Licaón.

—De nada —se limitó a decir.

Pese a su inferioridad numérica, los espartanos habían quedado dueños de aquel reducido campo de batalla. Se veían cuerpos tendidos por todas partes, algunos de ellos todavía agonizando. Brontes se había acuclillado sobre Zeuxis, al que estaba haciendo tragarse sus propios genitales. Lo que le estuviera diciendo resultaba ininteligible con su lengua mutilada.

—Lo que han hecho estos salvajes con Brontes es imperdonable —dijo Escaleno—. Nos vamos a perder los diálogos más ingeniosos de toda Esparta.

Gerión estaba tomando sus propias represalias. Tras matar al hombre oso, había tirado a la bruja al suelo y la tenía agarrada por los tobillos. Por un

instante, Pausanias pensó que el gigante pretendía violarla. La duda apenas duró un segundo. Gerión la levantó cabeza abajo en el aire, lo que hizo que las pieles de cabra entrecosidas cayeran al suelo, y la anciana quedara vestida tan solo con una túnica sucia y remendada que se le remangó hasta la cintura.

No era un espectáculo agradable, aunque Pausanias no podía apartar la vista. Aún fue más terrible cuando Gerión la metió de cabeza en el gran perol donde había estado cocinando aquel nefasto guiso. Cuando los gritos de la bruja se convirtieron en un borboteo ahogado, la soltó, y aquellas piernas huesudas quedaron en alto, pataleando sobre el borde del caldero. Este acabó volcándose con los golpes, y la anciana cayó chillando y revolviéndose entre caldo humeante y trozos de carne y vísceras de todo tipo.

—No quiero saber con qué se han mezclado mis dedos —comentó Escaleno, con ambas manos guardadas bajo las axilas. Pausanias estaba asombrado del temple con el que sobrellevaba las heridas y las quemaduras.

La bruja no dejaba de retorcerse en el suelo. Las llamas que calentaban el caldero prendieron fuego a su túnica, y de ahí se extendieron a sus cabellos ralos y blancos. Los chillidos y las contorsiones se multiplicaron, mientras un espantoso olor a pelo quemado flotaba en el aire. Pausanias y Escaleno se miraron, como preguntándose «¿Qué hacemos?». Pero fue Perseo quien se acercó a la anciana y la remató clavándole la lanza en la garganta.

—¿Por qué has hecho eso? —gruñó Gerión—. Quería que sufriera.

—Me estaba haciendo sufrir a mí con sus gritos —respondió Perseo.

Por enésima vez, ambos se midieron con las miradas. Finalmente, para sorpresa de Pausanias y de todos los demás, Gerión se acercó a Perseo y le tendió la mano.

—Gracias por venir a buscarnos, Basilisco.

Perseo se quedó un momento mirando la mano de Gerión, como si sospechara que allí podía esconderse una trampa. Después él también extendió la suya. Aunque al lado de aquel gigante incluso él quedaba empequeñecido, Pausanias observó que las manos de ambos se hallaban a la par en tamaño, pues las de Perseo eran mayores de lo que habría correspondido a su estatura. No quiso imaginar qué fuerzas compitieron en aquel apretón.

—No debes darme las gracias, Gerión. Sois mis compañeros.

En ese momento, después de todas las rivalidades que había visto en el camino, tras los horrores presenciados junto a la laguna Estigia, Pausanias vio algo que lo sorprendió. Escaleno, Nicanor, Tresas y Brontes se acercaron a sus dos camaradas, y los seis supervivientes del pelotón Gea, tres de ellos recién mutilados, se enlazaron las manos en los hombros y gritaron al unísono:

—¡¡Espartaaaa!!

Pausanias sintió cómo se le erizaba el vello de los antebrazos y la nuca. Mandando hombres como esos, se podía marchar hasta el fin del mundo. En verdad lo habían hecho, viajando hasta la mismísima laguna Estigia y las fauces de la muerte.

El problema era que él quedaba fuera de aquella hermandad.

Recordó las palabras de Leónidas. «Algún día dirigirás un gran ejército, pero para ello tienes que aprender a dirigir primero un pelotón».

—Jamás lo conseguiré, tío —murmuró.

—Oh, sí, claro que lo conseguirás.

Pausanias se volvió, sorprendido de oír una voz tan cerca cuando no había llegado a escuchar pasos. Era el adivino Tisámeno, que llevaba a Cleómenes con las manos atadas a la espalda, tirando de él como si fuera un cordero. Su tío tenía la cabeza ensangrentada y la mirada aún más extraviada que antes.

Pero lo que hizo que se le acelerara el corazón fue ver a Gorgo, que traía abrazado a un bebé. «Qué hermosa es», se dijo, como si la contemplara por primera vez.

—¿Cómo sabes que lo conseguiré? —preguntó, mirando de nuevo a Tisámeno—. Ni siquiera sabes de qué estoy hablando.

El adivino le puso la mano en el hombro y apretó. Sus dedos irradiaban un calor que parecía sobrenatural.

—Lo conseguirás, hijo de Cleómbroto, en la mayor ocasión que hayan visto los griegos. Lo sé, porque lo he visto.

—¿Cómo puedes haber visto lo que todavía no ha sucedido?

Los finos labios de Tisámeno se curvaron en una sonrisa enigmática.

—Lo he visto porque ya he estado ahí, Pausanias. A tu lado, en el centro de la batalla.

# 3

## Frontera entre Arcadia y Laconia

La víspera antes de llegar a Esparta la pasaron en las cercanías de Belemina, la primera aldea de Laconia. Era una noche de primavera clara y sin viento, por lo que en lugar de alojarse en el pueblo, encendieron un fuego en lo alto de una pequeña loma. Mientras los demás se disponían a preparar la cena, Perseo se acercó al borde de la achatada cima. Desde allí se podía divisar el valle del Eurotas, que descendía hacia el sur en un suave declive. Punteando la oscura sombra del río se veían luces dispersas. Las más cercanas debían de ser las de Pelana. Como el aire estaba tan diáfano, Perseo sospechó que las últimas luces que se intuían podían ser las de la propia Esparta.

«Mi hogar», pensó. Por primera vez en mucho tiempo lo sintió así, sin rencor ninguno hacia la ciudad que lo había visto humillado y le había arrebatado su futuro. Acaso, pensó, porque el nuevo futuro que atisbaba le parecía mucho más deseable que el antiguo. Entre reinar en el silencioso palacio Euripóntida con una mujer que lo despreciaba, tal como había vivido su padre tantos años, o ser un guerrero espartano con una esposa bella y de noble espíritu que lo amaba y con el hijo de ambos, la decisión no tenía color.

Se obligó a sí mismo a no manifestar aquel deseo de forma tan franca ni siquiera en sus pensamientos, no fuera a ser que alguna divinidad envidiosa se lo frustrara. Todavía dependía de otras personas para conseguirlo. Por ahora, Cleómenes seguía siendo el soberano nominal de la casa Agíada. Si finalmente era depuesto, dependería de su hermanastro Leónidas concederle a Perseo la mano de Gorgo. Leónidas parecía hombre de fiar, uno de los espartanos más cabales; pero Perseo había aprendido a recelar de todo y de todos.

—¡Acércate a la lumbre, Perseo, y bebe un poco de vino!

Al oír la voz de Escaleno, Perseo se volvió hacia el grupo, que rodeaba el fuego en círculo y compartía la carne asada, el pan y el vino con la alegría de

quienes ya se encontraban en territorio amigo y no tenían que vigilar con miedo los alrededores ni repartir turnos de guardia tan estrictos.

«¿Estamos a salvo de verdad?», se preguntó.

El viaje de regreso de Arcadia había sido mucho más complicado y penoso que el de ida. Difícilmente se podía llamar caminos a algunos de los parajes escabrosos por donde los había guiado Tisámeno. Pero el adivino insistía en que no podían regresar por la misma ruta que los había traído, ya que corrían el riesgo de caer en alguna emboscada.

—¿Quién nos puede emboscar, si Perseo no ha dejado a nadie con vida? —objetaba Escaleno.

Tras el combate junto a la Estigia, habían contado cadáveres. Amén de la bruja y de tres sirvientes arcadios, había dieciséis hombres lobo y cuatro hombres oso. De ellos, Perseo podía reclamar trece. Lo sabía porque, si cerraba los ojos, era capaz de reconstruir cada una de sus maniobras. Para él, cada pelea era como para un citaredo o un arpista una pieza musical, algo a la vez intuitivo, pero compuesto de movimientos que podía recordar.

La primera parte del rescate de sus compañeros había sido la más difícil. Con la lanza colgada a la espalda, había tenido que escalar la pared de la que caían las aguas de la Estigia y, una vez alcanzada cierta altura, se había desplazado lateralmente hasta ponerse debajo de la misma cascada, buscando asideros para pies y manos en la oscuridad. De no haber tenido unos dedos tan fuertes, se habría despeñado varias veces.

Una vez detrás de la cortina de agua, había saltado atravesándola desde una altura de quince metros, rezando a la diosa Estigia para caer en una zona con profundidad suficiente y no destrozarse las piernas contra el fondo. La divinidad le sonrió y también le permitió atravesar buceando sus aguas supuestamente tóxicas sin sufrir ningún daño.

Una vez fuera de las aguas de la laguna, el resto había sido terminar una tarea para la que estaba mucho más preparado que para la escalada.

Combatir.

Matar.

Después de la breve refriega, los supervivientes del pelotón Gea habían quedado dueños y señores del reducido campo de batalla. Pero no había tiempo para levantar un trofeo con armas y piedras, como solía hacerse en

esos casos.

—Tenemos que alejarnos cuanto antes —les había advertido Tisámeno—. No estoy seguro de que hayáis eliminado a todos los conspiradores. Además, los esclavos que han huido pueden alertar a más miembros de la *hetairía* del Lobo.

Pese a las heridas de algunos, el cansancio de todos y la poca colaboración de Cleómenes, habían caminado a marchas forzadas el resto de la noche y más de media mañana del día siguiente, hasta que consideraron que habían puesto suficiente distancia de por medio entre ellos y la Estigia para hacer un alto. Tresas y, sobre todo, Escaleno se habían empeñado en preguntarle a Tisámeno por aquella sociedad secreta, pero el adivino se limitó a mirar a los lados con aire misterioso y les respondió:

—Estas tierras salvajes no son un lugar propicio para hablar de ciertas cosas.

Después de un breve alto, demasiado escaso para reponer realmente las fuerzas, habían reemprendido el viaje. Caminaban sin cesar, aguantando a duras penas el paso de Tisámeno. Descansaban apenas unas horas de noche, siempre escuchando en la lejanía aquellos aullidos que ya no sabían si eran de lobos de verdad o de licántropos de la misteriosa *hetairía* persiguiéndolos. Lo peor era arrastrar todo el rato a Cleómenes, que se resistía a caminar y de vez en cuando acababa viajando sobre los enormes hombros de Gerión.

La carga del bebé era mucho más llevadera. Pese a que Gorgo era joven y siempre se había mantenido en forma, Perseo la veía tan cansada que se pergeñó una especie de arnés con correajes para llevar a Plistarco apretado contra su pecho. El calor de aquel cuerpecillo y el latido de su diminuto corazón eran una sensación nueva para él. Cuando lo transportaba de esta manera, a menudo le ponía la mano en la cabeza, ahuecándola con toda suavidad, y comprobaba que sus enormes dedos le abarcaban todo el cráneo, y notaba en su muñeca el palpitar de las venas del niño.

«Es mi hijo», se repetía, incrédulo. Miraba de reojo a Gorgo, y ambos, cuando nadie los observaba, cruzaban sonrisas fugaces.

Perseo estaba decidido a mantener en secreto que él era el padre del niño hasta que Leónidas lo autorizara a casarse con Gorgo. Ella, sin que lo hubieran hablado, parecía haberlo entendido, y en apariencia trataba a Perseo como a los demás miembros del pelotón. Todos ellos se habían convertido en devotos guardaespaldas de la joven, tan atentos a ayudarla en cualquier

detalle y hacerle más cómodo el viaje como a empujar o mortificar a su padre.

—Como al final sea verdad que van a permitir que Cleómenes siga siendo rey, ya podemos exiliarnos a Argos —comentaba Escaleno, y no del todo en broma.

Para Perseo, Cleómenes era la mayor preocupación. En la primera noche de huida, Gorgo, tras abrazar a su primo, se había acercado a Perseo y le había rozado fugazmente la mano con una sonrisa que lo sugería todo. Pero después le había susurrado con otro gesto más grave:

—Mi padre lo sabe.

Perseo había comprendido que se refería a que Plistarco era hijo suyo. Su temor era que Cleómenes empezara a pregonarlo delante de los demás antes de tiempo.

El Agíada, no obstante, parecía albergar otras preocupaciones que la paternidad de su nieto. En el primer día de viaje comprobaron que era tan insaciable con el vino como la monstruosa Caribdis con las mareas. Secundando una moción presentada por Escaleno, decidieron que no iban a permitir que Cleómenes les dejara sin provisiones de vino, así que se lo retiraron de golpe y empezaron a darle agua pura.

Fue como si le hubieran obligado a beberse el mismísimo veneno de la Hidra de Lerna, a juzgar por las blasfemias y espumarajos que brotaban de su boca y las convulsiones y sudores de sus miembros.

—Demasiados años embriagándose con vino puro —había sentenciado Tisámeno—. Cuando un hombre lleva toda su vida así, retirarle la bebida cuesta un mes de una enfermedad más penosa que la peor de las borracheras.

Era el adivino quien de vez en cuando lograba tranquilizar un poco a Cleómenes, mirándolo a los ojos muy de cerca y susurrando salmodias que debían de poseer cierto poder calmante. Cuando lo hacía, durante unas horas el rey se convertía en una especie de cuerpo vacío que se limitaba a tararear ruidos sin sentido y se dejaba empujar por aquellos senderos montañosos.

Ahora, mientras cenaban en aquella loma al borde de Laconia, tenían a Cleómenes algo apartado de la hoguera, atado al tronco de un pino joven. De momento estaba dormitando, y de vez en cuando se limitaba a farfullar quejas ininteligibles, por lo que Perseo le quitó un rato la mordaza. Se inclinó junto a él, evitando la cercanía de sus dientes, pues a veces intentaba morder a los demás como un perro rabioso.

—Si empiezas a dar voces y a insultarnos, te apretaré la mordaza hasta que te asfixies. Tu hermanastro me ordenó que te llevara a Esparta, pero no me dijo que fuera imprescindible que llegaras con vida, ¿entiendes?

No era la primera vez que lo amenazaba de tal manera, y normalmente Cleómenes contestaba con miradas de odio dignas de una Gorgona. Pero ahora tenía los ojos perdidos en algún delirio interior, tal vez el sueño de acaudillar a todos los griegos para conquistar el Imperio persa, o al revés, y no respondió.

—Toma, Perseo. Bebe un poco de vino.

Al oír la voz gutural de Gerión, Perseo se incorporó. El gigante se había acercado a él para tenderle uno de los odres de vino que habían rellenado en una posada del camino. Girándose para tapar el pellejo con su cuerpo y evitar que Cleómenes lo viera, Perseo dio un largo trago. Era un vino áspero, pero al menos estaban seguros de que no lo habían mezclado con drogas.

Después de beber, Perseo le devolvió el odre a Gerión. Este le palmeó la espalda con lo que debía de considerar un suave gesto de amistad y le dijo:

—Ven con todos, anda.

Perseo palmeó a su vez los macizos músculos dorsales del gigante y lo acompañó hacia la hoguera. La actitud de Gerión hacia él había cambiado de forma radical desde la Estigia. Perseo sabía que no le había traído el vino por disciplina, ni mucho menos por servilismo, a pesar de que él fuera el jefe del pelotón, pues era incapaz de ambas cosas. Se trataba más bien de algo parecido a la camaradería. Perseo se sentía más orgulloso de haber conseguido unas mínimas muestras de amistad de aquel bruto, tan tosco y salvaje como el mismo Polifemo, que de cualquiera de sus proezas con la lanza.

—¿Qué nos dices ahora, Tisámeno? —preguntó Escaleno, mientras Perseo se sentaba en una piedra a su lado—. ¿Nos hablarás de una vez de esos hombres lobo que se empeñaron en comernos vivos?

Al decirlo, su sonrisa se borró un momento mientras observaba los muñones vendados de su mano izquierda. Brontes, que seguía sin callarse pese a que le habían arrancado la lengua, apoyó la pregunta de Escaleno farfullando algo de lo que Perseo solo entendió la palabra «Cabrones».

Por fin, Tisámeno accedió. Mientras los tres pellejos de vino corrían de mano en mano, el adivino les explicó que la *hetairía* del Lobo estaba

compuesta por miembros de las aristocracias que gobernaban las ciudades de Arcadia. Los elegidos eran muy jóvenes, prácticamente adolescentes a los que sus iniciadores conducían a un lago sin nombre, en un valle recóndito cerca del monte Liceo.

—Cuando uno de los elegidos llega a ese lago, se desnuda, cuelga las ropas de un roble y cruza a nado las aguas. Al salir en la otra orilla ya no es humano, sino lobo. Como tal, vive en compañía de otros lobos durante ocho años, formando manadas, asaltando rebaños y atacando también a gente cuya carne consumen en rituales caníbales. Después de los ocho años, cada iniciado regresa al lago, lo atraviesa en sentido inverso, recoge sus ropas del mismo roble donde las ha dejado y se transforma de nuevo en hombre. Desde ese momento ya es un guerrero consagrado y miembro de la *hetairía*.

—¿Se convierten en lobos de verdad? —preguntó Tresas.

—Y nunca dejan de serlo del todo —fue la respuesta de Tisámeno—. Fieras sanguinarias, que no le pierden el gusto a la carne humana.

Mientras explicaba aquello, el adivino dirigía miradas de reojo a Perseo.

—Los licántropos se reúnen en rituales secretos y nefandos como el que habéis visto y sufrido —continuó—. Pero también actúan juntos, conspirando en cada una de sus ciudades, siempre para mantener el poder de sus oligarquías. A los caudillos de las facciones rivales los atacan en la noche, bien sea en sus casas o en descampados. De ese modo siembran el terror entre quienes podrían arrebatar la hegemonía a los nobles que la detentan, que casualmente suelen ser los padres de los jóvenes hombres lobo. Pues el terror es un arma poderosa.

Cuando Tisámeno volvió de nuevo los ojos hacia él, Perseo entendió lo que significaba su mirada. Como miembro de la Criptía, él mismo había sido herramienta del terror con que Esparta dominaba a sus ilotas.

«Esos tiempos se acabaron», se dijo Perseo. Estaba equivocado. Ignoraba que, durante su viaje a Arcadia, Leónidas y el rey Latíquidas se habían reunido con varios miembros del consejo de ancianos para tratar la cuestión de la Criptía. Pese a las objeciones de Leónidas, habían decidido que aquella sociedad secreta creada por Cleómenes debía mantenerse para controlar la amenaza de una rebelión ilota.

—O sea, que mi tío usó esa *hetairía* para forjar una alianza secreta contra Esparta —dijo Pausanias. Al hacerlo miró de reojo a Gorgo. Perseo había

notado que repetía ese gesto cada vez que hacía una observación que consideraba inteligente o ingeniosa. Por desgracia para él, la mitad de las veces su prima ni siquiera se daba cuenta.

«Pobre diablo», se dijo. Pausanias estaba enamorado de Gorgo, pero su amor albergaba tan pocas esperanzas como el que sentía Hefesto por la virginal Atenea.

—Así es —respondió Tisámeno—. El primer paso era conseguir el juramento de sus miembros. Por eso Cleómenes los convocó en la Estigia. Una vez comprometidos con aquel terrible voto, cada uno de ellos utilizaría su influencia en su ciudad para levantar guerreros contra Esparta.

—¿Hemos conjurado esa amenaza? —preguntó Pausanias.

—Eso creo —contestó Tisámeno—. La sociedad de los hombres lobo no cuenta con tantos miembros. Entre Perseo y los demás, es posible que hayáis matado casi a la mitad. Y, sobre todo, sin Cleómenes y sus intrigas, los arcadios no se atreverán a unirse contra Esparta.

«Cleómenes y sus intrigas». Al oír aquellas palabras, Perseo, que no era hombre de estarse quieto mucho tiempo, se levantó casi por reflejo y se acercó de nuevo al árbol donde tenían atado al rey. Tras comprobar que las ligaduras de las manos seguían firmes, hizo lo mismo con las de los tobillos. Cleómenes gruñó algo ininteligible y trató de sacudirse, pero, al comprobar que era en vano, se quedó quieto, cerró los ojos y se sumió de nuevo en aquella especie de duermevela atormentado en que pasaba buena parte del tiempo.

—Espero que las Erinias se le aparezcan para atormentarlo incluso en sueños.

Perseo se volvió. Gorgo se había acercado con tanto sigilo que casi no la había oído. La joven llevaba al bebé apretado contra su pecho, acunando todo su cuerpo y la pequeña cabeza en el hueco de un brazo con la soltura que le daba ya la costumbre.

La cercanía de Gorgo le resultaba casi dolorosa. Perseo abrió y cerró los puños varias veces, clavándose las uñas en la palma para contenerse y no tocarla.

Pero fue ella quien le agarró la mano con la suya y, echando un vistazo de soslayo hacia el fuego para comprobar que nadie los miraba, se acercó un poco a él, se puso de puntillas y le dio un beso muy suave entre la mejilla y el

cuello.

—Sé lo que estás pensando, Perseo. Las cosas han cambiado.

Perseo la miró, sin decir nada. En la oscuridad no era fácil interpretar sus gestos, pero le pareció que sonreía y que sus ojos, casi siempre tristes, se animaban.

—La respuesta es sí, Perseo —susurró Gorgo, y con otro beso fugaz se apartó de él y regresó a la hoguera.

Ahora fue él quien sonrió entre las sombras. Todavía no había hecho la pregunta, pero al menos ya tenía la respuesta de Gorgo.

ESPARTA, PRIMAVERA DE 490 A. C.

Unos días después de que llegaran a Esparta, Leónidas convocó a Perseo al mismo salón del trono donde le había encomendado la misión. En esta ocasión no se hallaba presente Pausanias.

—Siento no haberte llamado antes, Perseo —se disculpó Leónidas a modo de saludo—. Había asuntos que debían ser tratados antes de hablar contigo.

Perseo agachó la barbilla de forma casi imperceptible, en un gesto que formalmente denotaba sumisión a su rey, pero que desde su mayor estatura casi representaba condescendencia.

—Un soldado espartano está acostumbrado a esperar —dijo—. ¿No es tu amigo Diéneces quien dice que la guerra consiste en minutos de terror y meses de aburrimiento?

—Diéneces es tan amigo de las frases sentenciosas que ya les pierdo la cuenta.

En realidad, la espera había sacado de quicio a Perseo, que se había alojado durante aquellos días en casa de Escaleno. Ahora que estaba fuera del campamento y de la Criptía, no poseía medios de subsistencia propios. Puesto que todas las posesiones de su familia habían sido confiscadas tras la huida de Damarato, se veía obligado a depender de las riquezas de su amigo, reducido al estado de *móthax*, un ciudadano de segunda.

La situación cambiaría si finalmente se casaba con Gorgo. Como hija epiclera, ella era heredera de un gran patrimonio: aunque la dinastía real se transmitía por los varones, las mujeres espartanas tenían derecho a conservar y administrar haciendas, algo que escandalizaba al resto de los griegos, sobre

todo a los misóginos atenienses.

—Sabes que no soy hombre de andarse con rodeos, Perseo —continuó Leónidas—. Te he hecho llamar para hablarte de mi hermanastro.

—Así lo imaginaba.

—Como rey nuestro, pese a sus fallos, hizo grande a la ciudad. Como enemigo intrigando contra nosotros, no podría haber nadie peor. Has rendido un gran servicio a tu patria, Perseo.

—Solo he hecho lo que demandaban el honor y el deber, Leónidas.

Leónidas asintió, satisfecho con la respuesta.

—La situación de mi hermano no ha mejorado desde que está en Esparta. Mi hermano Cleómbroto y yo hemos decidido que lo mejor era encerrarlo. Se ha vuelto tan agresivo que la emprende a bastonazos, a patadas o incluso a mordiscos con todo el que se le acerca.

Para demostrarlo, Leónidas giró un poco la cabeza y se señaló un chichón en la sien izquierda, bajo la línea del pelo.

—Incluso hemos tenido que ponerle un cepo en los pies para inmovilizarlo, porque sigue teniendo mucha fuerza. Anteayer rompió las costillas a dos guardias.

—¿Le estáis dando vino? —preguntó Perseo.

—No tanto como él pide, pero sí. No tenemos interés en hacerle sufrir más de lo necesario. Es imposible librarlo del poder de Dioniso, así que hagamos que este tiempo le sea lo más llevadero posible.

«Se merece todo el sufrimiento que le puedan infligir», pensó Perseo, pero se lo calló.

—A decir verdad, ya da igual que beba o que no beba —prosiguió Leónidas—. Ha perdido la razón. En su encierro empieza a delirar y a creerse Zeus. A mí me llama Poseidón y a Cleómbroto, Hades, y se empeña en que estamos conspirando para arrebatarle el Olimpo.

«¿Y no hay algo de verdad en ello? ¿No es lo que quieres tú, Leónidas?», se preguntó Perseo. La mano de Leónidas, que en su visita anterior acariciaba el trono de su hermanastro, ahora se posaba en el brazo de mármol con la palma abierta, como si ya casi se sintiera dueño de él.

Perseo entrecerró los ojos y durante unos segundos se imaginó a sí mismo

en el trono de su padre. Después meneó la cabeza. Aquello no iba con su carácter. Sentarse inmóvil como una estatua, escuchando litigios de ciudadanos, decidiendo sobre las fortunas de hijas huérfanas, recibiendo a embajadores de las ciudades aliadas y escuchando sus quejas… Esa parte de ser rey nunca le había convencido. Él siempre se había visto saliendo de Esparta al frente de un ejército y al son de las flautas, despedido por toda la ciudad, y después corriendo con sus hombres al combate al grito de *Eleléeeu* para infundir pavor en el corazón de los enemigos. Esa sí le parecía una gloria ambicionable, no la de permanecer sentado sin apenas moverse en un salón penumbroso, como había hecho su padre durante tantos años.

En cualquier caso, no iba a alcanzar ninguna de las dos glorias. Echaba de menos la posibilidad de cargar en primera línea seguido por toda la falange de Esparta, pero se decía que el más grande de todos los héroes, Heracles, no había conseguido jamás un trono; y, sin embargo, la fama de sus hazañas se había hecho inmortal.

—Mañana vamos a proponer a los éforos y al consejo de ancianos que mi hermano sea depuesto por incapacidad mental. Cuando vean por ellos mismos su estado, comprenderán que no hay otro remedio, y convencerán a la asamblea. —Con las manos entrelazadas a la espalda, Perseo asintió, sin decir nada—. Al ser declarado incapaz, tampoco podrá administrar su patrimonio. A todos los efectos, mi sobrina se convertirá en epiclera, como si se hubiera quedado huérfana. Y yo sucederé a mi hermano como rey. ¿Sabes lo que eso significa?

—Creo intuirlo.

El corazón de Perseo se aceleró. El rey era quien decidía sobre el matrimonio de las hijas epicleras, pero normalmente lo hacía de tal forma que la fortuna quedara dentro de la familia. Y hasta ese momento no se le había ocurrido pensar que había un posible pretendiente de Gorgo mucho más cercano a ella.

Su primo Pausanias.

Leónidas escondió un instante la mano tras la espalda, buscó algo detrás de su cinturón y se lo enseñó a Perseo.

—Mi sobrina me ha dado esto para ti. Quiere que lo guardes tú como prenda.

Perseo se acercó para coger el objeto que le tendía Leónidas. Era el puñal

de bronce con incrustaciones de oro y plata que pertenecía a Cleómenes y, antes que a él, al rey Anaxándridas.

—Pero esto… es una herencia de los Agíadas. No puedo aceptarlo.

—Sí que puedes. En cierto modo, vas a convertirte en un Agíada.

«Como prenda». Aquellas dos palabras casi le habían pasado desapercibidas.

Una prenda de esponsales…

Leónidas le puso la mano en el hombro y apretó.

—Has demostrado valía. Cualquiera que está en la desdicha y de pronto es ensalzado puede adaptarse a ello. Pero lo contrario, caer desde lo más alto, levantarse de nuevo y hallar dignidad en la nueva situación, demuestra de qué está hecho un hombre.

Perseo tragó saliva.

—No sé qué decir, Leónidas.

—Lo importante no es lo que digas, hijo, sino lo que hagas. Los espartanos somos más hombres de acción que de palabra, como bien sabes.

Leónidas volvió a subir al estrado que sostenía el trono. Desde esa altura, declaró con voz más solemne.

—Se acercan tiempos difíciles. Darío no ha olvidado la afrenta que le hicimos sufrir espartanos y atenienses. Nos han llegado noticias de que Datis, uno de sus generales, está organizando una flota como jamás se ha visto para transportar un gran ejército a Grecia. La guerra es inminente.

El interés de Perseo se disparó. ¿Vendría Bagabigna con ese ejército? Seguramente no perdería la oportunidad de vengarse, ya que sobre el cadáver de Fénix había jurado que volvería a Esparta para reducirla a cenizas. Pensando que ahora se sentía capaz de derrotarlo, contrajo involuntariamente los músculos.

—Los tiempos difíciles son también tiempos para los grandes guerreros —continuó Leónidas—. Pueden ser los días en que Esparta encuentre un enemigo a su altura y en que el nombre de nuestra ciudad se haga inmortal.

—Aquiles fue Aquiles gracias a que había un Héctor…

—Eso es, Perseo.

Al ver que Leónidas se daba la vuelta para contemplar los viejos frescos de la pared del fondo, Perseo pensó que le daba la venia para marcharse y se dispuso a salir. Pero cuando ya se había dado la vuelta, el Agíada le dijo:

—Hay algo más. Mi hermanastro quiere hablar contigo.

Perseo giró en redondo sobre sus talones.

—¿Conmigo?

—Según él, tiene algo muy importante que decirte. —Leónidas volvió a rebuscar en su ropa y sacó un trozo de tela doblado—. Me ha hecho llegar esto para ti. Es un mensaje.

Perseo desdobló el trapo y leyó aquellas líneas torcidas y desiguales.

*Crees que te arrebaté lo que era tuyo. Es posible. Pero también está en mi mano devolvértelo. Habla conmigo. Todavía puedes ser rey. Tan solo tienes que conocer la verdad.*

¿Conocer la verdad? ¿Qué quería decir Cleómenes? ¿Iba a desvelarle más pormenores de la conjura que había urdido contra su padre?

—¿Has leído lo que me ha escrito tu hermano?

—No estaba destinado a mis ojos, sino a los tuyos. —Leónidas entornó los párpados y añadió—: Quiero suponer que, si se tratara de alguna traición contra Esparta, me la revelarías.

—Lo haría. Pero, al parecer, se trata de un asunto privado entre nosotros.

—En ese caso, lo respeto. Pero si admites un consejo de alguien más viejo, no te recomiendo que hables con él. No tienes nada que ganar.

—Tampoco tengo nada que perder. ¿Qué me puede arrebatar a estas alturas?

—Con mi hermanastro siempre hay algo que perder. Incluso loco, sigue siendo tan astuto como un zorro. No creo que quiera verte para nada bueno.

—Nada de lo que haga o diga puede afectarme ya.

Leónidas asintió con gesto solemne. Después dio dos palmadas y una de las puertas laterales se abrió para dar paso a una pareja de guardias reales ataviados con capas rojas.

—Ellos te llevarán con Cleómenes. Pero recuerda lo que te digo, Perseo.

Ten cuidado con él. Una serpiente atada sigue siendo peligrosa si conserva los colmillos.

# 4

Los dos guardias condujeron a Perseo por un largo pasillo de paredes de piedra labrada, hasta llegar ante una puerta de roble abollonada con clavos de bronce. En ella vigilaban en posición de firmes otros dos soldados, que aceptaron el relevo de los que venían con Perseo. Había también un ilota ya entrado en años, que pegaba cabezadas sentado en un escabel. A una orden seca de los guardias, el ilota dio un respingo. Tras levantarse con gesto desorientado mientras musitaba disculpas, abrió la puerta, que rechinó sobre sus goznes.

Cleómenes estaba encerrado en un cubículo sin ventanas. Una de las paredes estaba decorada con un fresco descolorido y desportillado que representaba, con figuras geométricas muy antiguas, el entierro de un héroe olvidado. El dibujo era demasiado tosco y esquemático para que Perseo pudiera identificar al finado, y no se veía rótulo alguno que señalara su identidad.

Para tratarse de la celda de un rey, el mobiliario era muy escaso: una cama con patas de bronce en forma de garras de león, un arcón de roble y un par de pebeteros en los que ardían hierbas y maderas aromáticas. Todo ello se veía prácticamente apelotonado en un lado de la habitación; Perseo supuso que el motivo era mantenerlo apartado de su único ocupante.

Cleómenes estaba sentado en un banco de piedra pegado a la pared situada a la derecha de la puerta. Tenía los pies encerrados en un cepo de madera, tal como él mismo había hecho aprisionar a Perseo. Pero a él le habían dejado las manos libres; y, por otra parte, su posición no le forzaba tanto los tobillos. Seguramente se encontraba mucho más cómodo que Perseo en su momento.

El hombre que, al menos en teoría, seguía siendo rey de Esparta vestía únicamente una túnica roja, sin cinturón. Por lo torcida que se veía la prenda sobre su cuerpo y los desgarrones en el tejido, Perseo sospechó que se la intentaba quitar a tirones en sus ataques de rabia. Sin saber por qué, le vino a

la mente la imagen de Heracles tratando de arrancarse su propia piel cuando el veneno de la Hidra mezclado con la sangre del centauro Neso le corroía las carnes. ¿Sería la locura de Cleómenes tan peligrosa como la de Heracles?

«Es un viejo en las últimas», pensó Perseo. Dijera lo que dijera Leónidas, ahora que estaba preso en el cepo, el hombre que había llegado a ser el gobernante más poderoso de Grecia ya no podía hacer daño a nadie.

Al ver entrar a Perseo, Cleómenes levantó la mirada. Las llamas de los pebeteros tallaban sus rasgos con sombras que lo hacían parecer más demacrado. Tenía el cabello y la barba desgreñados, y el blanco de las raíces le había ganado la batalla al tinte negro de las puntas. Parecía veinte años más viejo que el Cleómenes que no mucho tiempo atrás se había burlado de él encadenándolo a otro cepo.

El único objeto que tenía a mano Cleómenes era una jarra, una *oinokhoe* de las que se usaban para sacar el vino de la crátera y servirlo en las copas. Al parecer, con un simple cáliz no le bastaba para mitigar su sed.

—¿Puedes creerlo? —dijo Cleómenes, volcando la jarra sobre la palma de la mano para verificar que no quedaba ni una gota—. Dicen que me tiene que durar hasta mediodía. ¡Como si aquí dentro supiera siquiera si es de día o es de noche!

Perseo se quedó a una distancia más respetuosa que prudencial, con las manos cruzadas a la espalda para demostrar a Cleómenes que no le tenía ningún miedo.

—He leído tu nota. Tu hermanastro me la ha dado y me ha dicho que querías verme.

Cleómenes emitió unos ruidos guturales, como si tratara de recordar algo y al mismo tiempo aclararse de flemas la garganta.

—Mis amados hermanastros todavía no saben qué hacer conmigo, ¿verdad? —comentó, por fin—. Están deseando librarse de mí, pero no comprenden que es imposible.

—Yo diría que, de momento, lo han conseguido.

El gesto de Cleómenes se contrajo en una mueca gorgónica. Sin previo aviso, lanzó la jarra contra el rostro de Perseo. Este, que se esperaba algo parecido, la cazó al vuelo con la mano derecha sin separar la otra de la espalda. Después la depositó sobre el arcón y volvió a situarse frente a

Cleómenes.

—¿Por qué no echas a esa loca que tienes detrás? —preguntó Cleómenes, con voz repentinamente calmada tras aquel arrebato—. Quiero hablar contigo en privado.

Aunque bien sabía que no había nadie más en la estancia, Perseo miró de reojo a su espalda.

—¿A qué loca te refieres?

—Esa mujer que tiene serpientes en vez de cabellos.

—¿Es que te atormentan las Erinias? Sería justo. Has intentado atentar contra tu propia madre, Esparta.

—Esparta no es mi madre. ¡Yo soy un Heráclida! Además, ¿atormentaron las Erinias a Zeus cuando destronó a su padre? Toda esa mierda de la sangre y la familia solo vale para los mortales. Nosotros estamos por encima de ello.

Perseo se dijo que aguantaría como mucho un par de retahílas más como esa antes de marcharse. Allí estaba perdiendo el tiempo. Por otra parte, lo cierto era que le colmaba de satisfacción ver en tal estado a aquel rey tan soberbio que había llegado a comportarse como un tirano.

Cleómenes volvió a cambiar de tono de voz, hasta el punto de que de repente pareció que era otro hombre el que ocupaba la celda. Pese a que las llamas de los pebeteros apenas alcanzaban para disolver las sombras de la estancia, sus pupilas se contrajeron como cabezas de alfiler. Perseo se preguntó si Cleómenes lo estaría viendo tan siquiera.

—Se avecina una tormenta —anunció el rey, declamando con voz de rapsoda—. Una tormenta como Grecia jamás ha visto. ¡Será la mayor guerra que se haya librado desde la lucha entre los Olímpicos y los Titanes! La venganza de los asiáticos por Troya. Pero los persas traerán el doble de barcos de los que llevó Agamenón y un ejército como jamás se haya visto.

«Si se desata esa guerra, será por tu culpa, viejo sacrílego», pensó Perseo, pero se guardó sus palabras.

Cleómenes volvió a clavar la mirada en Perseo y sus pupilas recobraron el tamaño normal.

—¿Has oído que los persas tienen un solo dios? Ellos aseguran que es tan poderoso que con ese dios les basta y les sobra para vencer en cualquier batalla. Pero ¿sabes una cosa? A nosotros también nos basta con un solo dios.

Contra el poder persa, se dijo Perseo, toda ayuda divina era poca, así que a los griegos les convenía hacer sacrificios a Zeus, Atenea, Apolo y toda la corte olímpica. Pero sabía que contradecir a un loco era como echar agua al mar, de modo que se calló.

—Y lo estás viendo.

—¿Qué estoy viendo?

—¡Al dios del que te hablo, estúpido! —Tras aquel breve arrebato de ira, la voz cambió de nuevo a un tono falsamente amistoso—. Aquí me tienes, a tu dios. Por eso has venido aquí, para soltarme, ¿verdad, Briareo?

De nuevo la mirada de Cleómenes se extravió más allá de Perseo. Este sintió un escalofrío, como si los ojos del rey pudieran conjurar allí mismo alguna presencia sobrenatural, y casi notó en la espalda la caricia viscosa de los cien tentáculos de Briareo, el gigante que liberó a Zeus de las cadenas con que sus hermanos lo ataron al trono.

—Creo que ya hemos hablado suficiente —dijo Perseo—. No quiero molestarte más en tu retiro.

El sarcasmo de Perseo pareció devolver a la realidad a Cleómenes, que enfocó de nuevo la mirada y replicó:

—Tienes que decirles a mis hermanastros que me saquen de aquí. Solo yo puedo ganar esta guerra. ¡Tú sabes que no hay nadie en toda Grecia que posea mi genio como general!

—¿Por qué debería decírselo yo? ¿Qué te debo yo más que ofensas e injurias, *rey* Cleómenes?

—¿Qué me debes, Perseo? ¿Preguntas qué me debes?

Perseo percibió otro cambio en la voz. Era como si dentro de Cleómenes anidaran tres o cuatro espíritus, tal vez cuatro. Un pelotón de *dáimones*. Y de ninguno de ellos podía fiarse.

Leónidas tenía razón. Lo mejor para él era marcharse de allí y olvidarse de Cleómenes, que ya no podía afectar en nada a su vida.

—¡Me debes la lealtad de la propia sangre!

Perseo retrocedió medio paso involuntariamente. ¿A qué se refería Cleómenes hablando de la sangre? ¿Acaso se había enterado de que Leónidas le había prometido otorgarle su permiso para casarse con Gorgo?

No, eso no era posible. Cleómenes estaba incomunicado, y además Leónidas no era hombre que manifestara sus intenciones salvo en el momento en que las llevaba a la práctica.

Sin embargo, Cleómenes debió de leer el gesto de Perseo.

—Lo que te he dicho te ha hecho pensar en mi hija, ¿cierto?

Perseo levantó la barbilla y miró al rey a los ojos, intentando no demostrar debilidad.

—Ella me ha dicho la verdad sobre vosotros —insistió Cleómenes—. Me ha dicho que el niño es tuyo. —Perseo no respondió—. Sé lo que ha pasado. Mi hermanastro te ha ofrecido que te cases con ella. Así podrías fornicar impunemente con esa zorra, en lugar de esconderte a la orilla del río como has hecho todo este tiempo.

Perseo apretó los puños. Lo que podía aguantar tenía un límite.

O eso creía él.

—Un padre no debería hablar así de su hija —dijo, sin separar apenas los dientes.

—Antiguamente, los padres teníamos derecho de vida y muerte sobre nuestros hijos. Eso fue antes de que ese derecho se lo arrogara el consejo de ancianos. Puedo decir lo que quiera de ella. Gorgo, mi propia hija, me traicionó. ¿No comprendes que yo solo quería purificar al niño?

Aunque Perseo tenía que dar saltos lógicos para seguir los razonamientos convulsos de Cleómenes, captó el sentido de sus palabras. Gorgo le había contado cómo su padre había intentado sumergir al bebé en las aguas de la Estigia, pensando que eso lo convertiría en un inmortal.

—Estuviste a punto de matarlo —respondió, esforzándose para no levantar la voz—. A tu propio nieto.

—Oh, sí. Sangre de mi sangre. Nieto por partida doble.

La voz había cambiado de nuevo. Ahora sonaba más baja, más astuta, como el ronroneo de una fiera a punto de saltar sobre su presa. Perseo se esforzó por no retroceder otro paso. Cleómenes estaba atado al cepo y, sin la jarra, no tenía nada que pudiera lanzar contra él.

Salvo palabras.

«Tengo que irme de aquí».

Pero la curiosidad venció a su propio consejo.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, pero ¿no te lo contó tu madre?

Perseo sintió que se le enfriaban los pies y los oídos empezaban a latirle. Trató de que su gesto no lo delatara, pero no debió de conseguirlo: Cleómenes olfateó la sangre como un perro de caza.

—Nada en tu familia es lo que parece ser, Perseo. Si es que se puede hablar de *tu* familia y no de *tus* familias, porque en ella hay muchas más sangres de las que crees, y ninguna de ellas es Euripóntida.

—Ya se han demostrado tus calumnias contra mi padre. Más mentiras no van a afectarme. Hace tiempo que acepté que jamás sería rey. Y prefiero que sea así en lugar de convertirme en alguien como tú.

—¿Mentiras? Lo que te estoy diciendo es verdad, Perseo. *La* verdad. Ni Damarato era hijo de quien creía ser, sino del primer esposo de tu abuela, ni tú…

Perseo se adelantó dos pasos y su mano, cobrando voluntad propia, aferró la barba del rey y tiró de ella. Cleómenes le rodeó la muñeca con los dedos y apretó para zafarse, pero la fuerza de su mano, más que considerable, no se podía comparar con la de Perseo.

—¿Ni yo qué, maldito loco?

—Los únicos que comparten sangre son esos dos, Damarato y la sabandija a la que crees tu hermano.

—¡Somos mellizos! ¡Hijos del mismo padre!

—Ya. Por eso os parecéis tanto.

Cleómenes lo dijo con una ironía tan serena que Perseo, a su pesar, se sintió impresionado. Soltándole de un empujón, retrocedió de nuevo y se frotó las manos contra la falda de la túnica, como si hubiera tocado a una babosa.

—¿Es que no lo comprendes, Perseo? ¿Cómo podrías haber heredado tu estatura, tu fuerza física y tu brío de un alfeñique mezquino como Damarato? ¿Quieres saber lo que pasó en verdad?

—¡No! No quiero escuchar tus mentiras.

—Si son mentiras, no pueden hacerte daño.

—Es lo único que sabes hacer, daño.

—Conoces bien a tu madre. Siempre ha despreciado a su marido, como lo desprecian todos los que lo conocen.

—¿Qué sabrás tú de todo eso?

—Lo sé todo. Siempre he tenido ojos y oídos en vuestro palacio. Y más cosas.

—¡Mientes!

—¿Acaso cuando su marido cayó en desgracia lo apoyó, como habría hecho una buena esposa espartana? No, lo abandonó.

—Lo que haya ocurrido hace dos años no tiene nada que ver con lo que ocurrió hace veinte.

—Siempre ha sido igual entre ellos. Tu madre y Damarato solo copularon una vez, cuando él se la arrebató a Latíquidas mediante un truco.

«Eso no es asunto tuyo», pensó Perseo, pero fue incapaz de articular aquellas palabras, del mismo modo que era incapaz de abandonar la estancia y dejar a Cleómenes con la palabra en la boca, aun sabiendo que era lo que debería hacer.

—Sin duda fue una cópula desastrosa, porque de ella salió tu mellizo —continuó Cleómenes—. Tan desastrosa que tu madre decidió que jamás volvería a acostarse con tu supuesto padre.

—Tú no puedes saber eso. Es imposible.

—Oh, pero sí que lo sé. ¿No te he dicho que tengo ojos y oídos en la mansión Euripóntida, como en toda Esparta y en más de media Grecia?

Entre otros ojos, recordó Perseo, había contado con los de Nabis. ¿Cuántos traidores más habían anidado en palacio durante todos aquellos años?

—Al día siguiente de su única cópula con tu madre —dijo Cleómenes—, Damarato salió de la ciudad al frente de un ejército, porque su supuesto padre, Aristón, estaba ya demasiado enfermo para hacerlo. Fue una de las pocas veces en que mandó tropas en el campo. No añadiré en el campo de batalla, porque no llegó a encontrar al enemigo al que buscaba y volvió sin combatir. ¡Ridículo y patético incluso para eso!

Si una Gorgona hubiera mirado a Perseo, no se habría quedado más

petrificado de lo que estaba. Ignoraba si Cleómenes había recuperado la cordura de golpe o si los desvaríos anteriores no habían sido más que una añagaza para pillarlo desprevenido. Fuera como fuese, estaba hablando por primera vez de forma controlada y coherente.

Otro asunto era que su boca no estuviera escupiendo más que patrañas.

—Y entonces yo, Cleómenes el conquistador, conquisté también el palacio de los Euripóntidas. ¿Quieres saber cómo entré? Por invitación de la mismísima esposa del rey.

—Eso es absurdo —respondió Perseo con voz más titubeante de lo que habría querido.

—Fue una noche de luna nueva, muy oscura. Me guio un ilota de tu palacio. Entré por la puerta trasera, la de la fachada norte, la misma por la que tú escapabas para ver a mi hija creyendo que era en secreto. ¿Te digo por dónde fui luego?

—Tú jamás has estado en nuestro palacio. Hablas de oídas.

—Recorrí un pasillo hasta un patio donde hay dos cipreses. De ese patio, el ilota me llevó a una escalera de madera que llevaba hasta la puerta que cerraba el segundo piso.

Perseo vio en su mente el patio, la escalera. Tras el último peldaño, la puerta del gineceo palaciego que, desde aquel día en que oyó a sus padres discutir, siempre estaba candada. Volvió a subir las escaleras, de nuevo con las piernas de un niño, cada escalón repentinamente el doble de alto…

—Me habían dejado la puerta abierta sin llave. A la izquierda, junto a la balaustrada que rodea el patio de los cipreses, ¿te suena lo que te cuento?, llegué a la puerta de los aposentos de tu madre…

> *… Pertrechado con una rama como arma, el niño Perseo subió la escalera que llevaba al gineceo de su madre. Pesaba tan poco todavía que los peldaños de madera no llegaron a rechinar bajo sus pies. Al llegar arriba, giró hacia la izquierda y pasó entre las columnas de cedro que sujetaban el artesonado, buscando la habitación de su madre…*

—Ella me aguardaba allí, vestida tan solo con una túnica transparente de Amorgos…

«Debo irme», se repitió Perseo, asustado por la aterradora dirección que llevaban las palabras del rey. Pero sus ojos lo tenían hipnotizado.

Sus dedos acariciaron la empuñadura de marfil del cuchillo que le había dado Leónidas. ¿Qué pasaría si se lo clavaba en la garganta a Cleómenes? ¿Quién lloraría su muerte o lo condenaría por ella?

—¿Quieres que te cuente cómo es la alcoba de tu madre? —preguntó Cleómenes.

—No la has pisado en tu vida.

—Y no obstante, te la puedo describir con detalle. Hay un fresco que representa a…

*… Un fresco que fascinaba e inquietaba a Perseo, y que su padre detestaba. Su madre se lo había encargado a Aglaofón de Tasos, uno de los pintores más afamados de Grecia. La pintura representaba a un hombre desnudo, con la rodilla izquierda apoyada en el suelo y la pierna derecha extendida. Una mujer ataviada con una túnica azul le pisaba la corva, le tiraba del pelo con una mano y con la otra levantaba el tirso que se disponía a clavarle a modo de lanza. Otra mujer vestida de malva le agarraba del brazo izquierdo, mientras que por detrás una tercera levantaba una gran piedra para aplastarle la cabeza…*

—… Penteo, cuando el muy necio intentó impedir los rituales de Dioniso. Habrás visto muchas veces esa pintura. La madre y las tías de Penteo lo desnudan, le pinchan con un tirso, le aplastan la cabeza con una piedra.

*… La imagen irradiaba algo aterrador, que atraía y estremecía al mismo tiempo a Perseo. Aquel hombre Penteo, de nombre tan parecido al suyo, se hallaba indefenso ante una fuerza mucho más brutal, mucho más primordial que la de una falange de soldados…*

—Delante de ese fresco, en una cama que tenía las patas en forma de pezuñas de sátiro, pasó todo.

—No pasó nada.

La voz de Perseo le sonaba cada vez más débil a él mismo, como un eco ahogado por la distancia. Apenas veía a Cleómenes. Los recuerdos conjurados por este se habían materializado ante sus ojos como los espíritus de los muertos ante la sangre de cordero derramada por Odiseo en las puertas del

Hades. Detrás del rey loco ya no veía aquella antigua escena de entierro, sino el fresco de la alcoba de su madre. En su mente las imágenes cobraban vida, y las Ménades furiosas agitaban los brazos y los cabellos, y despedazaban a Penteo una y otra vez.

—Sí que pasó. Pasó que poseí a tu madre. Y lo hice en el mismo lecho donde la débil semilla de Damarato había concebido a Nabis la víspera.

—Es mentira —musitó Perseo.

—Tu madre solo se acostó con Damarato una vez, la primera y la última. De esa semilla clara como el agua solo podía haber nacido una criatura débil y cobarde como tu hermano. No pueden negar que son tal para cual.

*… Su madre hacía aspavientos, con las manos contraídas como garras y los labios recogidos, enseñando los dientes en una mueca feral.*

*—Para sentir ira hay que tener sangre. ¡Pero tú tienes las venas tan secas como el miembro!…*

—Pero tú, en cambio… Mírate bien —continuó Cleómenes—. Tú eres otra cosa muy distinta, Perseo. ¿De dónde te crees que has sacado tu fuerza, tu pasión? ¿De ese hombre pálido y triste que incluso en el reino de Hades parecería el más muerto entre los muertos?

Perseo movió la cabeza a los lados. «Es mentira, es mentira».

—Nabis y yo somos mellizos —dijo en voz alta—. Mi padre nos engendró a la vez.

—Nabis y tú sois tan mellizos como Heracles e Ificles, como Helena y Clitemnestra o como Cástor y Pólux. Las madres fueron las mismas, pero los padres no. ¿No sabes que la semilla de un dios siempre prevalece sobre la de un mortal? Por eso, aunque tú fuiste engendrado un día después, cuando naciste eras más grande que tu hermano, del mismo modo que yo siempre he sido más grande que Damarato.

—Yo soy distinto que Nabis porque me parezco a mi madre y él, a mi padre.

—Tonterías. Las mujeres no ponen nada en los hijos. Son solo un receptáculo para nuestra semilla.

Perseo había escuchado esa misma teoría, y le parecía una solemne estupidez, pues conocía muchos hijos que se parecían más a sus madres que a sus padres.

Pero lo que estaba en duda no era la identidad de su madre, sino la de su padre.

Un momento, se dijo. ¿De verdad estaba empezando a creer la ponzoña que vertía Cleómenes en sus oídos?

—¿Qué te parece descubrir que eres hijo de todo un dios entre los hombres? ¿Acaso no lo sospechabas? —preguntó Cleómenes.

—Lo único que sospecho es que estás más loco de lo que creía.

—Ella, tu hermana…

—¡No la llames mi hermana! No lo es.

—Tu hermana no me ha dejado purificar al niño. Pero hay que hacerlo, para que sea inmortal, ¿no lo entiendes? Casi toda la sangre que lleva ese crío es mía, por ti y por tu hermana. Pero hay que limpiarle la inmundicia mortal que queda en él por los restos de otras sangres inferiores. Como no me dejasteis lavarlo en la Estigia, habrá que quemarle con fuego las partes mortales hasta que solo quede su naturaleza divina.

Cleómenes tenía de nuevo los ojos muy abiertos y las pupilas muy dilatadas, como si contemplara un mundo al que los demás no se podían ni asomar.

—No es mi hermana —insistió Perseo, cada vez con menos fuerza. En su cabeza, veía y escuchaba la conversación de sus padres una y otra vez.

*—… Gracias a mí eres reina —decía Damarato.*

*—¿Que gracias a ti soy reina? En buena hora me dejé raptar por ti. Podría haber sido reina con él. Todavía podría ser reina con* él.

*—Cállate ya, mujer. No sabes lo que dices.*

*—Él es mucho más hombre que tú. Merece ser rey cien veces más que tú.*

*—Deja de provocarme o conocerás mi ira, mujer.*

*—¿Conocer tu ira? ¿Conocer tu ira? Para sentir ira hay que tener sangre. ¡Pero tú tienes las venas tan secas como el miembro!*

*—Para tenerlo seco he sido capaz de engendrar dos varones sanos, no como él.*

*Pércalo soltó una carcajada desdeñosa.*

*—¿Dos varones sanos? ¡Qué sabrás tú…!*

«Dos varones sanos», se repitió Perseo. Aquella frase que durante un tiempo lo había obsesionado y que había acabado arrinconando en lo más profundo de su memoria volvía ahora para atormentarlo.

*… He sido capaz de engendrar dos varones sanos, no como él…*

No como él, no como Cleómenes, que había sido incapaz de engendrar un heredero varón y tenía una hija como única descendiente. ¿Era eso lo que había querido decir Damarato?

«Cleómenes no es mi padre, no puede ser mi padre», se repitió. Pero, de repente, toda aquella conversación que había espiado cobraba un nuevo sentido. Su madre había amenazado a su padre («No te atrevas a ponerme la mano encima, *rey* de Esparta. No te atrevas a hacerlo si quieres mantener lo que tienes y no te mereces»), aludiendo a que tanto su origen como su corona eran ilegítimos. Pero también había dejado claro que cometía adulterio, y nada menos que con el otro rey.

*… ¿Dos varones sanos? ¡Qué sabrás tú…!*

—Sé que al seducir a mi hija estabas pensando en fundir las dos casas reales, y no te dabas cuenta de que pertenecías a la única que de verdad debería existir en Esparta —continuaba la voz de Cleómenes, percutiendo como el martillo de un herrero—. No eres un Euripóntida, hijo mío. Eres un Agíada. Acéptalo con orgullo.

«No soy un Agíada —pensó Perseo—. Lo que soy es una abominación, hijo de una abominación».

Los dos, Gorgo y él, eran una abominación. Su hijo Plistarco era una abominación.

Al ver su palidez y su gesto descompuesto, Cleómenes redobló sus ataques.

—¿Por qué te preocupas tanto, Perseo? No pasa nada. Solo te has acostado con tu hermana, has fecundado con tu semilla a tu hermana, has engendrado un hijo con tu hermana.

«Tu hermana. Tu hermana. Tu hermana».

—¿No lo hizo Zeus con Hera y con Deméter? Estoy seguro de que el viejo lascivo lo hizo también con esa estrecha de Hestia, aunque los poetas digan lo contrario.

«Tu hermana. Tu hermana. Tu hermana».

El dolor al imaginar el rostro de Gorgo se le había agarrado al pecho como las pinzas de un cangrejo monstruoso. Apenas podía respirar. Veía el rostro de ella a su lado, sobre su hombro, cerrando los ojos y mordiéndole el hombro en el momento del éxtasis, su aliento cálido en el oído de Perseo al gemir…

«¡Es mi hermana!».

¿Por qué no caía un rayo del cielo y los fulminaba a ambos?

Cleómenes seguía atacando.

—¿Crees que no me fijaba en cómo mirabas a tu hermana, cómo la seguías con los ojos cuando caminaba para ver cómo sus senos se movían bajo la túnica? Pero no te culpo, hijo. Yo también soy de su sangre y he deseado lo mismo que tú. Besar esos pechos, morderlos con los dientes… Los dioses no tenemos las mismas limitaciones que los mortales.

—Cállate —masculló Perseo.

—¿Crees que ella no lo sabía? Es mi hija, siempre ha obedecido mis mandatos. Yo fui quien la llevó a ti, para purificar nuestra sangre y obtener un heredero puramente Agíada, de la sangre de Heracles.

—¡Cállate!

—Ella siempre ha sabido que es tu hermana. Y ahora tú también lo sabes.

—¡¡¡Mienteeees!!!

«Ella lo sabía», le dijo una voz que no quería escuchar. ¿Acaso no era ella quien lo había seducido, bañándose desnuda en el río delante de él?

Gorgo siempre había evitado que él derramase su simiente dentro de ella. No podía ser cierto que quería tener un hijo con él por orden de su padre.

Pero ¿y si todo había sido un truco para estimular más su deseo, para conseguir que a fuerza de esperar la semilla de él quedase más reforzada para aquella última cópula en la mazmorra?

«No puedes dudar de ella», se dijo. Las insidias de Cleómenes solo buscaban volverlo contra Gorgo.

Pero ¿qué más daba que ella lo supiese o no, si era su hermana?

«Abominación. Somos una abominación».

Y, sin embargo, la seguía deseando y amando.

¿Había seguido deseando Edipo a Yocasta al enterarse de que era su madre, del mismo modo que Cauno, hijo de Mileto, había seguido deseando a su hermana Biblis y por eso había huido a un país remoto?

Al pensar en Edipo, supo de pronto lo que tenía que hacer. Sus dedos buscaron el cuchillo que llevaba bajo el cinto y, agarrando de nuevo a Cleómenes por la barba, le puso la punta de bronce bajo la nuez.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Cleómenes—. ¿Quieres matar a tu padre? ¿No te importa que las Erinias atormenten tus horas de vigilia y de sueño el resto de tu vida?

«Es mi hermana —se repitió Perseo, que apenas escuchaba ya las palabras de Cleómenes—. Somos una abominación».

«Una abominación».

Se vio a sí mismo hundiendo el cuchillo hasta la empuñadura en la garganta de Cleómenes, pero su propia mano no quiso obedecerlo. Solo veía a Gorgo desnuda en sus brazos, tratando de besarle como la ninfa Biblis pretendía besar a su hermano Cauno. «Ámame, Perseo. Tómame, Perseo». Los rasgos de la joven se habían deformado, sus cabellos se habían convertido en serpientes, sus ojos, en ascuas rojas. Su lengua asomaba entre sus labios, bífida y negra. «Bésame, *hermano*».

Perseo se apartó del rey loco y cayó de rodillas. Tenía que sacarse esa visión de la cabeza como fuera. ¿Qué había hecho Edipo al descubrir la verdad sobre él y Yocasta?

¿Qué mejor forma de conjurar cualquier visión que no poder ver nunca más?

La mano que no había querido obedecerle para matar a Cleómenes cobró voluntad propia, poseída por algún dios o por un *dáimon* interno, y volvió el cuchillo contra su propio rostro. La punta se clavó en su ojo izquierdo, y lo recorrió de un lado a otro desgarrando la córnea y rompiendo el iris, mientras sus oídos escuchaban en la lejanía un grito penetrante que brotaba de sus propios pulmones, un alarido tan ajeno como el dolor inhumano de la herida que se estaba infligiendo a sí mismo.

«Somos una abominación», se repitió, mientras por su mejilla goteaba un reguero de sangre cálida y humores internos.

«¡Oh, dioses, que no vea yo más la luz del día!», rezó, volviendo el

cuchillo contra su otro ojo.

—¡Quieto, Perseo!

Una mano inesperadamente fuerte agarró su muñeca, la retorció con destreza y le obligó a soltar el cuchillo. El arma cayó al suelo y rebotó dos, tres veces con un tintineo de bronce. Entre las nubes de dolor y sangre que velaban su visión, Perseo levantó la mirada. El adivino Tisámeno le estaba sujetando la mano derecha.

—Ella es mi hermana —murmuró Perseo. El dolor iba y venía en oleadas, pero ni así conseguía acallar la voz interior.

«Somos una abominación, hijos de un ser abominable».

Tisámeno lo agarró por los hombros y lo obligó a levantarse.

—Sal de aquí, Perseo. Aléjate de este hombre. Es veneno puro para ti y para cualquiera.

Perseo asintió débilmente.

—Es una abominación —repitió en voz alta—. Somos una abominación.

—Tú no eres nada de eso —le dijo Tisámeno.

El adivino recogió el cuchillo del suelo y con él cortó un trozo de su propia túnica y se lo dio a Perseo.

—Póntelo en el ojo. Contén esa hemorragia.

Perseo cogió el retazo de tela y se lo apretó contra el ojo. El dolor se hizo más intenso y de pronto dejó de pertenecer a alguien ajeno para ser todo suyo. Se quitó la tela y, a través de una bruma sucia que lo emborronaba todo, vio la sangre que la empapaba y también un fluido viscoso.

Pero ni la sangre ni aquel fluido habían purificado el mal. La abominación seguía allí, habitando en su interior como un parásito.

—Vete, Perseo —insistió Tisámeno—. Sal de aquí.

—Salir de aquí —respondió Perseo, apenas capaz de articular palabra—. Irme.

—Sí, vete. Rápido.

—Marcharme de aquí.

—Vamos. Yo me encargaré de Cleómenes.

Perseo se dio la vuelta tambaleándose y salió por la puerta, que estaba abierta. El viejo ilota daba cabezadas en su taburete, mientras que los dos soldados de guardia habían desaparecido. Convencidos o hechizados por Tisámeno; Perseo no se hallaba en condiciones para preguntarse por el motivo.

Tenía que salir de allí. Del abominable palacio de los Agíadas. Alejarse de Gorgo. De su amante.

De su hermana.

Corrió por el mismo pasillo que lo había traído hasta allí, buscando la salida, perseguido por sus gritos de dolor y desesperación, que rebotaban en las paredes de piedra como lamentos de espíritus perdidos en el camino al Hades.

«Sal de aquí», le había dicho el adivino. Pensaba seguir su consejo.

Jamás regresaría a Esparta.

Tisámeno y Cleómenes se habían quedado solos en la estancia.

—A mí no me engañas —sentenció el adivino—. No estás tan loco como quieres hacer creer a los demás.

—Yo no quiero hacer creer nada —respondió Cleómenes—. Sois los demás los que no comprendéis.

Tisámeno se acercó a él, doblando su cuerpo alargado por encima del cepo. Las trenzas y las barbas colgaban bajo su rostro como las ramas de un sauce albino.

Cleómenes sabía que sus ojos inquietaban a los demás. Toda su vida había disfrutado haciendo que sus interlocutores apartaran la mirada; él podía sostenerla todo el tiempo que fuese necesario, y además, mientras lo hacía, le gustaba concebir pensamientos terribles, como verse a sí mismo arrancando a tiras la piel de la otra persona, de modo que esa oscuridad se trasluciese en sus pupilas. Solo cuando quería embaucar a otros se permitía apartar la vista el primero para no intimidar.

Pero los ojos del adivino eran diferentes. De color ámbar, tan dorados como los de un lobo. Cuando se clavaron en los de Cleómenes, este descubrió que ya no podía desviar la mirada de ellos, pero que tampoco tenía el control de la situación. Era como si un cirujano de guerra le hubiera inmovilizado la pierna para hurgar en una herida; en este caso, donde hurgaba el adivino era

en el alma de Cleómenes.

—Lo que ocurre es que no eres un hombre —dijo Tisámeno.

—¡Al fin alguien lo comprende!

Por un instante, el corazón de Cleómenes se llenó de un cálido júbilo. Toda su vida había recibido adulación de quienes lo rodeaban, a veces incluso adoración y, por supuesto, miedo; pero su necesidad de experimentar esas sensaciones, de absorberlas de los demás como los dioses inhalan el humo de los sacrificios, no había hecho sino crecer con los años.

—Yo no he dicho que seas un dios. —Las palabras del adivino apagaron ese calor de súbito.

—Has dicho que no soy un hombre.

—Porque eres varios. Todos ellos están dentro de tu alma y cada uno es más monstruoso que el vecino que mora a su lado.

«Nos está viendo, nos está viendo a todos. No dejes que nos vea», dijo una voz interna que Cleómenes no era capaz de controlar.

—Tú sabes que eres un sacrílego. Sabes que eres un asesino. Sabes que has intentado cometer incesto con tu hija. Estás lleno de miasma. La miasma te sale por todas partes. Sabes que lo cometiste con tu madre y después la mataste. Sabes que asesinaste a tu esposa y al hijo que esperabas.

Cleómenes quería apartar la mirada, pero ni el cuello ni las órbitas de sus ojos le obedecían.

—Soy un dios. La culpa es para los mortales, que no son capaces de cargar con el peso de sus actos.

—Has jugado con ese muchacho. Te crees muy poderoso. Todo mentira. Has podido hacerle daño porque su corazón es noble. Pero incluso alguien con el alma tan corrompida como la tuya también puede sufrir. Y vas a sufrir.

—Estoy por encima del sufrimiento.

Dentro de su cabeza un coro de voces cantaba esa misma frase, «Estoy por encima del sufrimiento». Pero otra discordante, aguda e infantil, se salía de la melodía para decir: «Eres un monstruo. Mereces lo peor».

—Estás tan lleno de impureza que ya te devora. Te corroe por dentro. Tu carne ya no es alimento suficiente para la ponzoña que tienes dentro.

La voz del adivino perdía entonación a cada frase, convirtiéndose en una cantinela monótona y penetrante, en una gota de agua horadando la roca.

—… La putrefacción de tu alma ya no cabe en tu cuerpo. Mira tu pierna…

Por fin, Cleómenes consiguió apartar sus ojos de aquellos iris de lobo. Lo que vio fue mucho peor. En su espinilla, a medio palmo del tobillo aprisionado por el cepo, había aparecido un bulto, una tumoración entre amarilla y verdosa, como un moratón que empezara a curarse. Pero, lejos de curarse, la piel empezó a abombarse, y después le brotaron grietas y se cuarteó como el lodo de un charco secándose bajo el sol. Del bulto brotó una especie de gusano negro, poco más grueso que un cabello, que agitó su cuerpo alargado como un tallo de hierba ondeando bajo el viento y emitió un chillido agudísimo, casi imperceptible, que parecía decir algo como «¡Salve, Cleómenes! Soy tu alma inmortal». A ese gusano lo siguieron otros, un manojo serpenteante de ellos, todos ellos saludándolo con aquel cimbreo. Cada parásito parecía tener un rostro diminuto, plagado de ojos como el vigilante Argos Panoptes, y todos aquellos ojos blancos se posaron en Cleómenes.

—Es un truco, un hechizo de mago —murmuró Cleómenes, tratando de mirar al rostro a Tisámeno para conjurar aquella visión.

Pero ahora de donde no podía despegar los ojos era de su propia pierna. Un culebreo la recorría por dentro, un cosquilleo que le subía hacia el muslo, entre áspero y esponjoso, cálido y frío al mismo tiempo. Trató de apartar el pie, pero no pudo mover el cepo. Además, comprendió, no le serviría de nada, porque aquella infección o invasión o lo que fuese se hallaba dentro de su pierna.

Mientras los gusanos se agitaban en su espinilla, justo debajo de la rodilla se le empezó a formar otro bulto. Cuando la piel reventó, justo antes de que asomaran más gusanos, brotaron dos borbotones de un líquido verde y purulento que chorrearon por su pantorrilla y, al caer al suelo, empezaron a corroer las losas levantando un vapor siseante que hizo toser a Cleómenes.

—Contempla tu divina naturaleza, Cleómenes —dijo Tisámeno—. Esta es la deidad que llevas dentro, este es tu poder inmortal.

—¡Socorro! ¡Ayúdame! —gritó Cleómenes, tratando en vano de doblar la pierna. Cuando otro manojo de parásitos salió de la segunda herida, quiso arrancarlos con la mano, pero al rozarlos notó una sensación tan viscosa que

le subieron unas arcadas repentinas y vomitó sobre la túnica el vino que acababa de beber.

—Qué ayuda necesita un dios como tú. Resiste, pronto se completará tu metamorfosis y el verdadero Cleómenes brotará de la crisálida en toda su gloria.

—¡Noooo! ¡Por favor, haz algo, líbrame de esto!

Tisámeno se agachó para recoger del suelo el cuchillo que había dejado caer Perseo. Después se incorporó, pasó los pies por encima del cepo y le tendió el arma a Cleómenes.

—Con esto puedes acelerar tu apoteosis, gran rey.

Los dedos de Cleómenes se cerraron sobre el cuchillo, con tanta fuerza que los nudillos palidecieron tan blancos como la empuñadura de marfil. Buscó la primera herida, y clavó en ella la punta y empezó a cortar hacia los lados para segar las cabezas de los gusanos negros. Los chillidos de estos se volvieron todavía más agudos, tan penetrantes que se le clavaban en el cerebro como diminutos alfileres.

Cleómenes se tapó el oído izquierdo con la mano, pero los gritos estaban dentro de su cabeza. Cortó la segunda pústula, y para su satisfacción los gusanos negros se convirtieron en hebras grises y quebradizas y después en un polvillo que desapareció como ceniza.

Pero por encima de su rodilla estaba apareciendo otro bulto. Incluso antes de que la piel se rasgara, él mismo se clavó el cuchillo. Como esperaba, brotaron más cabezas de parásitos y él les aplicó el filo con paciencia, cortando de un lado a otro. Los chillidos de las criaturas se sumaron a sus propios gritos de rabia y dolor.

Dolor, sí. Era espantoso, inconcebible, y al mismo tiempo lo llenaba de una mórbida satisfacción en la que se regodeaba.

—¡Morid, cabrones! —masculló, apretando los dientes—. ¡Ya sé lo que sois! ¡Sois la carne putrefacta mortal!

—Bien hecho, rey Cleómenes —dijo Tisámeno—. Estás a punto de terminar tu transformación.

Lo que estaba haciendo, comprendió Cleómenes, era mucho más eficaz que lo que había intentado al sumergir a su nieto en las aguas de la Estigia. «Voy a convertirme en dios por fin», pensó. Y en cuanto lo hiciera, sacaría los

pies del cepo, saldría por la puerta de su celda, abandonaría el palacio y sobrevolaría los tejados de Esparta como Apolo, semejante a la noche. ¿Había dicho como Apolo? No, aún más glorioso que Zeus o que Helios en su carro de fuego, y todos levantarían las cabezas para admirar su gloria y se arrodillarían ante él.

—Cuidado, más arriba también —le advirtió Tisámeno.

En el abultado cuádriceps de su pierna derecha, estaba brotando otro repugnante forúnculo. Cleómenes, que ya le había tomado el gusto a aquella operación, se clavó el cuchillo y volvió a hurgar con saña. Esos gusanos se multiplicaban por todo su cuerpo, pero él iba a extirparse hasta el último de ellos.

—Date prisa, hay más —le apremió Tisámeno.

Mientras brotaba sangre y pus de la herida bajo la cuchilla de bronce, los parásitos empezaron a moverse bajo la piel, trasluciéndose mientras culebreaban por las venas arriba, hacia sus ingles. Sin vacilar, Cleómenes se levantó la túnica y se clavó el cuchillo a apenas tres dedos de sus testículos. De la herida brotó un gran chorro de sangre roja, que arrastró al salir una masa de gusanos negros, que chillaban frustrados por perder su presa.

—¡Gritad todo lo que queráis, bastardos!

—Ya estás a punto, rey Cleómenes —le dijo Tisámeno—. No desfallezcas ahora.

Otro río negro fluía bajo su piel, en dirección al vientre. Impaciente, Cleómenes usó el filo del puñal para desgarrar la túnica y vio que el ombligo se le estaba hinchando como la protuberancia central de un escudo de hoplita. Ahora que ya había aprendido a actuar rápido, se adelantó, y antes de que las repugnantes lombrices negras le rasgaran la piel, hundió a fondo la punta del cuchillo y la removió, rompiendo primero la capa de grasa, después el músculo y destrozando luego los intestinos.

—Dioses del Olimpo —murmuró, insensible ya a su propio dolor—, abrid los brazos. Voy con vosotros. No, no los abráis. ¡Arrodillaos ante mí! ¡Tenéis un nuevo señor!

Cuando todo acabó, el cuerpo de Cleómenes había resbalado del banco de la pared y yacía retorcido en el suelo, sobre un charco oscuro. Las heridas de la pierna habían sangrado en abundancia, pero la peor, la que le había impedido seguir acuchillándose hasta llegar al corazón, había sido la de la arteria

femoral. Tenía la túnica arremangada sobre el cuerpo, mostrando los genitales lacios y el vello púbico gris. Un cuerpo que había sido soberbio y que ahora se veía en un estado indigno, empeorado por el hedor de los intestinos que le asomaban por la herida del abdomen.

Y, sin embargo, su rostro mostraba una sonrisa apacible, como si por fin hubiera conseguido lo que quería.

—Todo esto era necesario —musitó Tisámeno.

El adivino se agachó sobre el cadáver y tiró de la túnica para taparle las vergüenzas. Después le quitó el cuchillo de bronce de entre los dedos, lo limpió por ambos lados en la falda de la túnica y se lo guardó. A cambio, sacó de debajo de su ropa un puñal sin adornos y algo herrumbroso y lo dejó clavado en la herida del abdomen. Nada debía incriminar a Perseo.

Al salir, comprobó que el anciano ilota seguía dormitando en su taburete y que los guardias a los que había despachado no habían regresado todavía. Agachándose junto al oído del sirviente, Tisámeno murmuró:

—El rey te pidió un cuchillo. Te amenazó con torturas tan horribles que se lo diste y él se despedazó solo.

—El rey me pidió un cuchillo —murmuró en sueños el ilota—. Me amenazó. Se despedazó.

Satisfecho, Tisámeno atravesó el pasillo hacia la salida.

El dios de Delfos le había garantizado que obtendría cinco victorias y que la primera de ellas sería la más gloriosa que el mundo hubiera contemplado hasta entonces. Para conseguirla, para dejar una huella imborrable entre los mortales, Tisámeno estaba dispuesto a todo.

En el futuro que había visto durante su estancia en la cueva del Taigeto, todo tenía que encajar de aquella manera. Cleómenes ya sobraba. Su hermanastro Leónidas, en cambio, tenía un papel muy importante que desempeñar.

Y, sobre todo, estaba el papel de Perseo. Era vital para lograr esa victoria.

El joven príncipe destronado había huido despavorido, para jamás regresar a Esparta. Al menos, eso era lo que él creía. Pues existían reclamos más poderosos incluso que el del amor o el del deber.

Y Perseo todavía no podía saberlo, pero en un día aún lejano regresaría para cobrarse su revancha.

# Carta de Escaleno a Perseo

Invierno de 490 a. C.

De Espertias, hijo de Anaristo, más conocido por los cabrones de sus amigos como Escaleno, a Perseo, hijo de Damarato, ¡salud!

Me congratula haber recibido noticias tuyas por aquel rapsoda errante. Me cuenta que estás en Acarnania, ganándote la vida con tu lanza. Me parece una ocupación honrada, la mejor para un espartano que se encuentra lejos de su patria. Al fin y al cabo, ¿no lo hizo también el gran poeta Arquíloco de Paros? Mientras no arrojes el escudo detrás de un matorral como hizo él, nadie te podrá echar nada en cara. ¡Y si lo haces y nadie se entera, tampoco!

Espero que los azares de la vida del soldado de fortuna no te hagan ilocalizable y que esta carta acabe llegando a tus manos. No será tan larga como habría deseado, pero no quería dictársela a nadie y ya sabes que los dedos de mi mano derecha no agarran muy bien la pluma. De los de la izquierda prefiero ni hablar…

Lamento mucho oír lo del accidente de tu ojo. Con eso te conviertes en uno más de nuestro pelotón de mutilados. Ahora lo único que falta es que le arranquemos a Gerión alguna parte de su cuerpo. La que menos utiliza es la cabeza, salvo para derribar paredes.

Al grano. Te doy noticias de nuestra ciudad. Nuestro bienamado Cleómenes apareció muerto, con los pies en el cepo y el cuerpo lleno de heridas que él mismo se había infligido. ¿De dónde sacó el cuchillo? Al parecer, convenció al anciano ilota que lo vigilaba para que se lo entregara.

Como es tradición en nuestra patria, a la muerte de Cleómenes varios desfiles de mujeres recorrieron en procesión las calles, plañendo por el difunto y golpeando calderos de bronce con cucharones. En cada casa al menos un hombre y una mujer libres se tiznaron el cuerpo con cenizas, en señal de luto. Para terminar, el día de su inhumación se reunieron alrededor del sepulcro miles de personas entre espartiatas, ilotas y periecos, y al son de

las flautas todos se golpearon —nos golpeamos, yo también estaba allí— la frente una y otra vez, repitiendo: «Nunca jamás ha habido un rey como el gran Cleómenes». En eso nadie mentía, supongo.

Todo se hizo conforme a la tradición, sí, pero en esas muestras había más exhibición que auténtico dolor. La muerte de Cleómenes ha significado un alivio para la ciudad. Todo el mundo piensa que en los últimos años se había vuelto loco, pero aquí se atribuye su demencia a su afición al vino sin mezclar. Yo creo que, por muy puro que sea, el jugo de Dioniso no puede enloquecer a nadie. No pienso propalar esas calumnias contra mi dios favorito, no sea que me castigue. Vamos a pensar que la mente de Cleómenes estaba un poco perturbada por su propia naturaleza.

Siguiendo la sucesión esperada en la casa Agíada, nuestro nuevo rey es Leónidas. Los ciudadanos están contentos. Aunque los viejos del lugar recuerdan que Cleómenes fue muy popular en su momento, ya sabes que últimamente era más temido que respetado, y que se criticaba mucho esa pertinaz costumbre suya de cometer sacrilegios. En cambio, Leónidas es un hombre íntegro, más cercano a la gente que su colega Latíquidas y mucho más marcial. ¡Larga vida al rey Leónidas!

Más noticias sobre la casa Agíada, que sospecho que, aunque no sea la tuya, te interesarán. Durante nuestro regreso de Arcadia me di cuenta de las miradas amorosas que le lanzaba Pausanias a su prima Gorgo, lo que me hizo pensar que ambos se acabarían casando. Habría sido la mejor manera de mantener la herencia de Cleómenes en la familia, ¿no crees? Siendo primos, y considerando que entre ellos no existe una gran diferencia de edad, habría resultado lo más lógico. Sin embargo, curiosamente, con quien se ha desposado Gorgo ha sido con el mismísimo Leónidas, su tío, que le saca treinta años. Según lo que se ha contado, Leónidas y Gorgo concibieron a Plistarco cuando ya tenían preparada la boda, pero en aquel momento se descubrieron las intrigas de Cleómenes con Delfos y este se marchó de Esparta prácticamente secuestrando a su hija.

De momento, el niño se parece a su madre, lo que significa que de refilón se parece a su padre, ya que este no deja de ser también su tío abuelo. ¡Ya era hora de que el bueno de Leónidas engendrase un heredero, después de dos matrimonios estériles!

¿Detectas algo de ironía en mis palabras? ¡No lo quieran los dioses!

A veces, no me hagas mucho caso, tengo la impresión de que toda esta

historia de Gorgo tiene algo que ver con que abandonaras Esparta sin decirle nada a nadie. Recuerda que, cuando quieras regresar, yo, al menos, te esperaré con los brazos abiertos.

Me he reservado para el final otros acontecimientos de los que supongo que te habrás enterado al menos de oídas. La expedición persa de la que oímos hablar antes de la primavera no era, finalmente, ningún bulo. Una flota y un ejército enormes cruzaron el Egeo saqueando e incendiando todo lo que pillaban a su paso. Ahora la ciudad de Eretria es solo un recuerdo, y los supervivientes de su destrucción se han convertido en esclavos en algún lugar del vasto Imperio persa.

Lo mismo estuvo a punto de ocurrirle a Atenas. Deberíamos haberlos socorrido, como nos recordó el portentoso Fidípides, un corredor que en solo un par de días cubrió el camino de ida y vuelta entre nuestras dos ciudades. Sin embargo, los éforos adujeron que, mientras no terminase el festival de Apolo Carneo, Esparta no podía enviar un ejército a la guerra.

De hecho, ya había un ejército en la guerra, al mando del sucesor —o usurpador— de tu padre, Latíquidas, y por eso no disponíamos de tropas suficientes para mandar ayuda a los atenienses. Se trata de un asunto sobre el que se ha jurado mantener el secreto, y no debería comentártelo ni por carta. Pero ya sabes que soy un deslenguado y lo haré: la rebelión de ilotas que el difunto Cleómenes estaba organizando estalló por fin en el norte de Mesenia, y aunque haya sido sin la colaboración de los arcadios, nos ha hecho sufrir bastantes apuros. Te congratulará saber que Latíquidas ha demostrado ser un inepto como general, y que fue Leónidas quien le tuvo que sacar las castañas del fuego. La sublevación fue sofocada finalmente, pero ni siquiera se habla de ella, para evitar que el resto de aliados —o vasallos— del Peloponeso sospechen que Esparta tiene una debilidad: la amenaza que se cierne sobre nosotros en nuestros propios territorios.

En cualquier caso, los atenienses sorprendieron a todo el mundo derrotando ellos solos a los persas en la llanura de Maratón con una carga de infantería que se ha convertido en legendaria. También, hay que añadir, porque son ellos mismos los que se están encargando de propalar la leyenda.

Es justo reconocer que, en verdad, consiguieron una gran victoria. Finalmente, gracias al empeño de Leónidas, que no quería que Esparta quedara deshonrada por no cumplir su palabra, un ejército de dos mil hombres entre espartiatas y periecos salió de la ciudad a marchas forzadas y dos días

después llegó a Maratón. Yo formaba parte de esa tropa, y vi con mis propios ojos el campo de batalla sembrado de cadáveres persas, y también el abundante botín que cosecharon los atenienses.

Ahora bien, como cuentan algunos prisioneros, el ejército que trató de destruir Atenas supone apenas una minúscula porción de las fuerzas que puede reclutar el Gran Rey. O sea, que más temprano que tarde los griegos que queramos seguir siendo libres —como espero que sea el caso de nuestra patria— tendremos que enfrentarnos contra el Imperio persa. Será la madre de todas las guerras, así que espero que cuando llegue el momento tú, el mejor guerrero que he visto jamás —ya que los huesos del que llamaban Asesino Blanco deben de seguir pudriéndose en el pozo donde lo arrojaron—, regreses a Esparta. No concibo una guerra contra los persas sin Perseo, del mismo modo que nadie habría concebido una guerra de Troya sin Aquiles. ¿Habrá que irte a buscar con algún truco como hizo el astuto Odiseo para engañar a Aquiles y sacarlo del palacio de su padre Peleo?

Que los dioses te guarden, Perseo. Ese es el deseo de tu amigo Escaleno.

# Cuarta parte

## Termópilas

# Carta de Escaleno a Perseo

Verano de 480 a. C.

De Espertias, hijo de Anaristo, más conocido como Escaleno, a su buen amigo Perseo, hijo de Damarato, ¡salud!

Aunque en tu última carta no me preguntaste ni por Gorgo ni por el joven príncipe Plistarco, te diré que la hija del nunca lo bastante llorado Cleómenes sigue tan bella y tan inteligente como siempre, y que su hijo crece fuerte y sano, más alto que la mayoría de los chicos de su edad. Incluso más alto de lo que parecería lógico considerando la estatura de su padre, Leónidas. En cuanto a este, mantiene su prestigio entre el pueblo. De Latíquidas poco más te puedo decir que es un pan sin sal. Al menos, no ha mandado ningún ejército más desde aquel día desastroso del que ni me atrevo a hablarte, así que mantenemos nuestras tropas intactas.

Me dices que estás en las fronteras entre Epiro y Tesalia, combatiendo como mercenario en las guerras que libran entre sí las tribus del lugar. También me comentas que hasta aquella isla han llegado los rumores de que la gran guerra que llevamos esperando tanto tiempo es inminente.

Te confirmo esos rumores: la guerra ya ha empezado. Voy a ponerte en antecedentes, por si no han llegado noticias a esas tierras semisalvajes donde te encuentras ahora.

Hace unos meses, Jerjes volvió a enviar embajadores a toda Grecia pidiendo el agua y la tierra. A toda Grecia, claro está, salvo a los atenienses y a nosotros. Cosa de la que me congratulo, porque no tengo ningún deseo de que nuestros paisanos cometan otro sacrilegio con los heraldos y yo me vea obligado a viajar a la corte del Gran Rey a expiarlo por segunda vez.

Muchas ciudades y pueblos enteros se han rendido a Jerjes sin tan siquiera intentar luchar. Así han hecho los macedonios, y también los tesalios. Estos últimos son magníficos jinetes, que, por desgracia, en lugar de reforzar nuestra pobre caballería contra los persas, se pondrán a las órdenes de estos y

harán que la contienda resulte incluso más desequilibrada.

Pues el ejército que trae consigo Jerjes es el mayor que jamás se haya visto, y la flota no le va a la zaga. Se habla de mil doscientos barcos y de millones de hombres. Leónidas, menos exagerado, me ha dicho en confianza que, según los informes de los espías que enviamos a Sardes hace meses, el Gran Rey ha movilizado a más de ciento veinte mil hombres. Esa cifra sí es de fiar, pues proviene del mismísimo Jerjes: cuando se enteró de que sus hombres habían capturado a los tres espías griegos y los estaban torturando, ordenó que los liberasen y que les enseñasen los campamentos donde se estaban congregando todas sus tropas.

El Gran Rey parece pensar que, al conocer la verdadera dimensión de sus preparativos, la mayoría de los griegos se rendirán sin batallar. Con el fin de impresionarnos con su poder, incluso ha unido Asia con Europa mediante un puente de barcos, y ha hecho excavar un canal que atraviesa de lado a lado el promontorio del monte Atos para esquivar sus tormentas. Da la impresión de que estaría dispuesto incluso a apilar montañas, unas sobre otras, como hicieron los gigantes Alévadas que quisieron asaltar el Olimpo.

Todo ello para conquistar Grecia, por supuesto, pero también para vengarse de los atenienses por la humillación que le hicieron sufrir a su padre Darío en Maratón. Y, de paso, para someternos a nosotros, los espartanos, que nos consideramos los primeros entre los griegos libres. Pero esto último hay gente que parece no entenderlo aquí, en Esparta. Muchos, y entre ellos el rey Latíquidas, están convencidos de que Jerjes se conformará con destruir Atenas, se quedará al norte del istmo de Corinto y a nosotros nos dejará en paz. ¿Qué se le ha perdido a él, un hombre que posee todas las riquezas concebibles, en un lugar tan pobre y montañoso como el Peloponeso?

Quienes así hablan no conocen la mente del Gran Rey, ni han caminado por las calzadas de su imperio. Yo, que las he recorrido y he visto con mis propios ojos las huellas de su inconmensurable poder, puedo decir que Jerjes solo concibe un dominio bajo el sol, y es el suyo. Mientras quede un país en la tierra que no esté sometido a su poder, intentará conquistarlo.

En conclusión, aquella gran guerra de la que te hablé, ¿hace cuánto?, ¿diez años?, ya se nos viene encima. No es como los relatos de Lamia o de otras criaturas terroríficas que se cuentan para amedrentar a los niños.

La invasión ha comenzado.

¿Hace falta que te diga algo más, mi Aquiles? Venzamos o perdamos,

Esparta jamás se habrá encontrado con un enemigo como el Imperio persa. Puede ser la hora más oscura de nuestra ciudad, o la más brillante. En cualquiera de los dos casos, nada me haría sentirme más honrado que luchar al lado de Perseo, el mayor guerrero que he visto y el mejor amigo que he conocido.

Que los dioses te guarden, Perseo. Aquí, tu amigo Escaleno, que te espera con los brazos abiertos y el escudo embrazado.

Añado estas últimas líneas a la carta antes de que el mensajero parta para el norte. Es un correo a caballo que tiene otros asuntos urgentes que tratar, así que espero que la misiva te llegue en tres días, cuatro a lo sumo, y te cuente las últimas novedades sobre la invasión persa.

Para enfrentarse a ella, los estados griegos que se niegan a rendirse al Gran Rey se han reunido en Corinto. Los más decididos a luchar contra Jerjes son los atenienses, y entre ellos Temístocles. Precisamente fue él quien convenció a sus compatriotas para utilizar la plata de sus minas en la construcción de una nueva flota. Gracias a los ciento setenta barcos que aporta Atenas, la alianza griega puede contar con unas trescientas cincuenta naves de guerra que oponer al Gran Rey. Esos trescientos cincuenta barcos deben evitar que los mil doscientos de Jerjes pasen más al sur del cabo de Artemisio, al norte de la isla de Eubea. Una misión harto complicada, como puedes imaginar. Máxime cuando el jefe nominal de nuestra flota es un primo de Latíquidas, Euribíades, que no sabe diferenciar babor de estribor. Yo tampoco, pero al menos no pretendo que nadie me nombre almirante. Recemos a los dioses para que Temístocles sea capaz de manejar a Euribíades.

La desproporción resulta todavía más exagerada en el ejército de tierra, y debo añadir que por nuestra culpa. La alianza ha elegido defender las Termópilas, un estrecho paso entre la montaña y el mar que es la puerta de Grecia central y que seguro que conoces. Los expertos en estas cuestiones sostienen que en ese desfiladero una fuerza inferior es capaz de detener a otra superior en número, pero hasta qué punto puede ser inferior ya es discutible.

Con la excusa de que celebramos las Carneas —el mismo festival con el que ya nos hicimos los remolones hace diez años y dejamos que los atenienses se enfrentaran solos a los persas en Maratón—, no vamos a enviar más que una fuerza testimonial de trescientos hombres, los que forman la guardia personal de Leónidas. Y gracias a que este se ha empeñado. El

supuesto plan de nuestras autoridades es enviar refuerzos cuando pasen las Carneas, pero en verdad su intención —la de Latíquidas el primero— es construir una muralla que fortifique el istmo de Corinto, y dejar que los estados situados al norte de este se las apañen como puedan contra el invasor.

De momento, la fuerza que partirá a las Termópilas cuenta con los trescientos hombres de Leónidas, más arcadios y otros soldados del Peloponeso, a los que se unirán fuerzas de Corinto, y también beocios de Tespis y de Tebas, y es de suponer que tropas locrias y focenses que conocen la zona. Como mucho, cinco mil hombres. ¡Contra los ciento veinte mil de la *Spada*, el todopoderoso ejército de Jerjes!

Le entrego ya la carta al mensajero, que está montado a caballo y apremiándome con la mano extendida para recogerla. De nuevo, ruego que los dioses te guarden, Perseo. Mucho me temo que esta guerra tan desequilibrada termine antes de que puedas participar en ella.

Tu amigo, Escaleno.

### Carta de Perseo a Escaleno

Querido Escaleno,

Disculpa que no me entretenga con más detalles sobre mí ni sobre lo que he hecho desde la última vez que te escribí. Cuando el mensajero que me trajo tu carta te entregue la mía, es probable que yo ya esté en las Termópilas, esperando a la llegada de Leónidas y sus hombres. ¿Trescientos, dices?

Serán trescientos uno.

En ese inmenso ejército del que me hablas vienen algunas personas con las que tengo cuentas pendientes. Y nadie dirá que Perseo es un hombre que no salda sus cuentas.

Como ya he hecho en otras ocasiones, te pido que no le cuentes nada a nadie sobre mí. Es mejor que los demás, Gorgo incluida, no sepan que sigo vivo. En cualquier caso, es muy probable que, si la situación es tan grave como la describes, deje de estarlo en breve.

Puede que no volvamos a saber el uno del otro, mi querido Escaleno. Si es así, espero que disfrutes de la vida larga y próspera que te mereces tú, el mejor de mis amigos.

# 1

Las Termópilas, 480 a. C.

—¡Espartanos! ¡Desayunad bien! ¡No os preocupéis si gastáis todas las provisiones! ¡Esta noche, Hades y Perséfone nos darán la cena gratis en el infierno!

Respondiendo a las palabras del rey Leónidas, doscientas cincuenta lanzas de fresno aporrearon otros tantos escudos de roble. Las lambdas pintadas sobre las chapas que los recubrían se veían descoloridas y arañadas, y los bordes desportillados después de dos jornadas de combates contra el mayor ejército jamás reunido. Pese al cansancio, los golpes resonaron tan intimidantes como el primer día. Doscientas cincuenta voces roncas como cuervos aullaron:

—*Eleléeeuuuu!!!*

Cuando el eco del grito guerrero se perdió rebotando entre las paredes del desfiladero, los soldados se miraron entre sí. Aún no se habían calado los yelmos que los convertían en realmente Iguales. De ese modo, pudieron reconocer los rostros de los demás y comprobar que algunos de los que habían formado en la última revista de la noche no se hallaban presentes. A dos de ellos, Éurito y Aristodemo, los había mandado Leónidas a la cercana ciudad de Alpeno para que los médicos los trataran de sendas infecciones oculares. Pero faltaba un tercer guerrero, y esa ausencia provocó susurros y miradas nerviosas entre los hombres.

Perseo.

A decir verdad, ninguno de aquellos soldados era íntimo amigo suyo. Perseo había estado lejos de Esparta más de diez años, pero incluso cuando vivía en la ciudad no dejaba de ser un tipo de tendencias solitarias. Si los demás lo echaban de menos no era tanto como camarada, sino porque combatiendo era un demonio. Durante sus años fuera de la ciudad sirviendo como soldado de fortuna, sus virtudes guerreras se habían acrecentado todavía

más. En la primera línea de la falange era un valladar inexpugnable. Sobre todo, no había nadie comparable a él en las caóticas refriegas que se producían de cuando en cuando al romperse la pared de escudos. Aunque los espartanos sostenían que ningún individuo era imprescindible, Leónidas se dio cuenta ahora de que la marcha de Perseo había sembrado la inquietud entre los hombres que aún quedaban de los trescientos originales.

«¿Habré cometido un error?», se preguntó el rey. Pero ya estaba hecho. Él mismo había ordenado a Perseo regresar a Esparta, portador de un mensaje secreto. Lo había hecho poco después de que asomase el sol, justo antes de comunicar a sus hombres que estaban rodeados y, por tanto, condenados. Esto tampoco se lo había dicho al propio Perseo, pues en tal caso él, que ya se había mostrado renuente a marchar, se habría negado a abandonar a sus compañeros de filas.

La víspera, mientras anochecía sobre las Termópilas, Leónidas le dijo a Cimón, el joven guerrero ateniense que ejercía de observador:

—Puede que al final no decepcionemos a nuestros aliados.

Las palabras de Leónidas se debían a que no podía evitar sentirse culpable. Los atenienses lo habían apostado todo en la guerra contra los persas: más de ciento setenta trirremes al mando de su mejor general, Temístocles, amén de los remeros y hoplitas necesarios para equiparlos. La rácana respuesta de Esparta había consistido en enviar tan solo a trescientos guerreros de los ocho mil en plenitud de facultades que podría haber movilizado. El pretexto: las fiestas Carneas en honor de Apolo. En realidad, el otro rey de Esparta, Latíquidas el Euripóntida, había expresado la verdadera causa de forma descarnada durante una sesión del consejo de ancianos.

—Los atenienses no son nuestro problema. ¡Ni siquiera son dorios! Por mí, su ciudad puede arder por los cuatro costados. ¡Lo que me preocupa es el destino de Esparta!

Pese a la oposición de Latíquidas y de buena parte de los consejeros, que pretendían defender únicamente el istmo de Corinto y abandonar a su suerte a Atenas, Leónidas se había empeñado en partir a las Termópilas. Únicamente había podido llevar consigo trescientos espartiatas, los máximos que la ley le permitía elegir como *hippeîs* o guardia personal. A esos se les habían sumado aliados de Arcadia, más tropas de Tespia, Tebas y la Fócide que los aguardaban en el desfiladero. Poco más de cinco mil hombres. Y ni siquiera podía contar con todos, porque había tenido que despachar a un millar, el

contingente focense, para vigilar los pasos montañosos por los que los persas podrían rodearlos y atacar su retaguardia.

Incluso así, con un ejército tan reducido, Leónidas había logrado contener los incesantes asaltos de la poderosa *Spada* de Jerjes, formada por ciento veinte mil hombres. De ahí sus palabras de esperanza al ateniense Cimón, a las que añadió mientras se calentaba las manos junto a la hoguera:

—Nosotros resistiremos el tiempo que sea menester.

Careciendo de la presciencia de los dioses, Leónidas no podía ser consciente de lo que estaba ocurriendo en aquel preciso instante. Mientras él trazaba planes de futuro con Cimón, seis mil *Anushiya* o Inmortales, tropas de élite de Jerjes, marchaban bajo la luna llena, en una maniobra envolvente por las alturas del monte Calídromo.

La suma de esperanza e ignorancia hizo que Leónidas durmiera esa noche mejor que ninguna de las anteriores. También se debía, aunque le doliera reconocerlo, a que después de dos días de combate se sentía molido. Y a que, además, desde horas antes de acostarse se había abstenido de catar el vino ni el agua para que la maldita vejiga de sesentón lo dejara en paz.

Pero justo antes de amanecer, una visión perturbó su sueño. En ella aparecía un rostro conocido, con el cabello y la barba largos y de una blancura inmaculada. El adivino Tisámeno, apoyado en el báculo que no necesitaba para dejar atrás caminando al más ágil de los soldados.

—Leónidas, hijo de Anaxándridas —le dijo Tisámeno—. Hoy será tu último día en el mundo de los vivos.

—Eso está por ver —respondió Leónidas, consciente de hallarse dentro de un sueño.

—Cree mis palabras. Todo el que se quede hoy en las Termópilas estará muerto antes de que caiga el sol.

—En ese caso, todos moriremos, porque no vamos a abandonar la posición.

—Perseo no. Él no puede morir. Debes enviarlo lejos de aquí.

—¿Por qué? ¿Qué tiene él que lo haga diferente? Nació de padres mortales, como yo y como todos los demás. ¡Claro que puede morir!

—Hazme caso, Leónidas. Despáchalo lejos. No es su destino perecer aquí, sino combatir en la mayor batalla que se haya librado jamás en suelo griego,

junto a las orillas del Asopo. Todos los hombres que están aquí contigo son prescindibles. Únicamente él es necesario.

Leónidas se sintió triste al oír aquello. ¡La mayor batalla jamás librada en Grecia! Incluso dentro del sueño, comprendió que las palabras de Tisámeno eran proféticas, que él iba a morir en las Termópilas y que no llegaría a contemplar esa gloriosa batalla.

—Haz lo que te digo Leónidas…

—Leónidas. Leónidas. Pronto amanecerá.

El rey abrió los ojos. Siguiendo sus órdenes, uno de los centinelas de la última guardia se había agachado junto a él para despertarlo, pues siempre procuraba acostarse el último y levantarse el primero.

Intrigado y entristecido por la visión, se incorporó y, con cuidado de no pisar a nadie, pasó de puntillas entre los hombres que dormían envueltos en las capas que les servían al mismo tiempo de manta y jergón. Después, mientras orinaba junto al muro —el viejo Muro Focense que habían reparado para defender el paso conocido como Segunda Puerta—, volvió a pensar en las palabras de Tisámeno.

El dios de Delfos había garantizado al adivino que obtendría cinco grandes victorias militares. Tisámeno se había presentado ante los éforos y los reyes de Esparta con aquel oráculo escrito y sellado en una lámina de oro, y les había dicho:

—Convertidme en ciudadano de Esparta y os prometo que esas cinco victorias serán para vosotros.

Ellos habían accedido, convencidos por la autoridad de la Pitia y de su señor Apolo. Antes de partir para las Termópilas, Leónidas había hecho venir a Tisámeno para pedirle que lo acompañara. Pero el adivino se había negado, meneando la cabeza con gesto triste.

—No es tu destino obtener ninguna de esas victorias, mi rey —le había dicho—. Pero te aseguro que tu gloria será duradera y tu nombre recordado para siempre.

«Por morir en las Termópilas», pensó ahora mientras orinaba, un proceso tan lento y fastidioso como de costumbre en los últimos tiempos. No podía saber que cerca de su vejiga estaba creciendo un mal que, de no mediar otra enfermedad ni accidente, lo habría llevado al Hades antes de cinco años.

Cuando terminó y se acomodó la ropa, vio que Megistias, el adivino que los acompañaba a falta de Tisámeno, ya estaba ocupado con el sacrificio matutino, a resguardo del viento en un recoveco entre la muralla y el acantilado. Tras rajar el abdomen de una cabra que luego serviría de desayuno a los soldados, Megistias examinó las vísceras como era preceptivo. Apenas tardó unos segundos en menear la cabeza y levantar la mirada hacia su hijo Temistio, que sostenía una antorcha para alumbrarlo.

«Cuando un adivino mueve así la cabeza, mala cosa es», pensó Leónidas.

—¿Qué ocurre, Megistias? —le preguntó, acercándose a él.

—Compruébalo tú mismo, mi rey.

Leónidas se inclinó sobre el cadáver, del que seguía manando sangre. Como rey, era también sacerdote de Zeus Lacedemón. Después de tantos años celebrando sacrificios públicos en nombre de la ciudad, sabía reconocer un hígado en mal estado cuando lo veía. Y este era de los peores que se había encontrado, pese a que la cabra no debía de tener ni dos años. Los hígados buenos eran rojos y tan lisos que en ocasiones se reflejaba en ellos el rostro del sacerdote. Este, en cambio, se veía amarillento y granulado, y exhalaba un olor fétido.

Megistias se volvió hacia Leónidas. Sus ojos estaban velados por unas incipientes cataratas, pero gracias a su experiencia y a la ayuda de su hijo todavía podía interpretar los signos que los dioses le mostraban en las vísceras de las víctimas y en otros portentos.

—Bien sabes, mi rey, que los presagios han sido favorables cada día. Pero hoy no.

—Parece evidente —respondió Leónidas.

Megistias señaló con la punta del cuchillo ensangrentado una hendidura entre dos lóbulos del hígado. Allí se advertía una tumoración oscura, casi negra.

—Estas son las Termópilas y este bulto somos nosotros. —El adivino se enderezó, ayudándose con las manos apoyadas en los muslos. Consciente de la trascendencia de sus siguientes palabras y algo pagado de sí mismo por ello, ahuecó la voz y declaró—: Todos los hombres que se queden en este desfiladero morirán antes del anochecer.

«Todo el que se quede hoy en las Termópilas estará muerto antes de que

caiga el sol», había dicho Tisámeno en su visión.

—¿No hay otra interpretación? —preguntó Leónidas, aunque conocía bien la respuesta.

—No, mi rey. Pocas veces son tan claros los dioses como ahora.

Leónidas giró sobre sus talones y volvió la mirada hacia el mar. Aún se veía oscuro, el «vinoso ponto» de Homero. A menos de cien pasos, y sin embargo tan indiferente y ajeno a las luchas de los hombres como si se hallara a mil estadios de distancia.

Leónidas se arrebujó en la capa. Un pico se quedó suelto, flameando a su espalda como la vela de una nave. Era la hora más fría, pero ni la temperatura ni la brisa tenían la culpa del estremecimiento que lo había invadido.

Conocía bien esa sensación, la garra helada que le había apretado las tripas y contraído el esfínter.

El miedo a la muerte.

Por mucho que a los espartanos se les imbuyera desde niños que no debían temer a las aladas Keres, no dejaban de ser humanos y, en tanto que humanos, animales, y como animales que eran sus reacciones instintivas se reducían a tres. Esconderse, huir…

O pelear. Esa era la única reacción que se le permitía a un hijo de Esparta.

De lo que no dudaba Leónidas era de que estaba contemplando su último amanecer. A veces los adivinos se equivocaban, o los dioses se complacían en confundirlos con señales ambiguas. Pero en otras ocasiones eran claros y tajantes. Ya incluso antes de la expedición a las Termópilas, el oráculo de Apolo en Delfos había pronunciado estas infaustas palabras:

*¡Oh, moradores de la extensa Esparta!*

*O vuestra poderosa y excelsa ciudad es destruida por los persas*

*o bien Lacedemonia llorará la muerte de un rey.*

*Pues el invasor tiene el poder de Zeus, y no se detendrá*

*hasta que devore a la ciudad o al rey hasta los huesos.*

Mostrarse escéptico ante un aviso de las divinidades podía ser comprensible. Dudar de tres —un oráculo, una visión en sueños y una víctima sacrificial— resultaba impensable. De ahí que Leónidas comprendiera al

instante que la esperanza que había albergado en la víspera, la misma que le había manifestado al ateniense Cimón, era tan infundada como la efímera mejoría que experimenta un anciano agonizante justo antes de morir.

El hijo de Megistias frunció el entrecejo mientras revolvía con la mano izquierda manchada de sangre las vísceras de la cabra. Creyendo lo que le decían los dioses, pero sin acabar de comprender.

—¿Cuál puede ser la causa de que muramos hoy? —preguntó, incorporándose con bastante más facilidad que su padre—. ¿Acaso el Gran Rey tiene tropas aún mejores que los Inmortales o que los traidores griegos que nos ha arrojado hasta ahora?

Leónidas meneó la cabeza tristemente.

—Todos sabemos cuál es el punto débil de nuestra defensa —admitió, señalando hacia las alturas.

Allí abajo, en la Segunda Puerta, con el mar a la derecha y a la izquierda las escarpas casi verticales del monte Calídromo, su posición era prácticamente inexpugnable. Sobre todo, si la defendían espartanos.

Pero por detrás de las crestas rocosas, que se recortaban contra el cielo turquesa como las placas en el lomo de un dragón, se encontraba la senda Anopea. Un camino angosto y trabajoso, aunque ni mucho menos impracticable. Por eso Leónidas había enviado a mil focenses, conocedores del lugar, para defenderlo.

Y ahora, estaba casi seguro de ello, aquellos hombres habían dejado de defenderlo.

Se volvió hacia Megistias. El *mántis* provenía de la montañosa Acarnania, una región famosa por sus profetas. Llevaba, no obstante, más de veinte años en Esparta, por lo que se había convertido casi en un lacedemonio más. Leónidas no podría contar cuántas vísceras había examinado Megistias para él ni cuántos portentos le había descifrado.

—Tú ya has cumplido tu labor aquí, viejo amigo —le dijo—. Debes irte.

—¿Por qué quieres librarte de mí, mi rey?

—Eres un hombre sagrado, no un guerrero.

Megistias se acercó un paso y apretó la muñeca de Leónidas. Sus dedos estaban moteados de manchas hepáticas. El rey no conocía su verdadera edad, pues a los adivinos les gusta envolverse en velos de misterios; pero

sospechaba que Megistias parecía más viejo de lo que era.

—Es justo y decoroso que yo acabe aquí mis días contigo, mi rey —aseguró Megistias. Su voz no tembló. En su interior, ese hombre ya había contemplado muchas veces su propio funeral y había disfrutado de esa morbosa sensación. Pero luego, volviendo la mirada neblinosa a su hijo, añadió—: Solo te pido que a él lo envíes lejos.

—Eso está hecho, amigo —concedió Leónidas—. Él no morirá en las Termópilas.

Temistio, hijo tardío que había cumplido apenas los veinte años, los miró a ambos, pero no protestó. Él no era espartano, y no tenía por qué disimular que estaba muerto de miedo.

Leónidas ordenó a los centinelas que despertaran a los demás soldados. La aguda llamada de las trompetas espantó a una bandada de estorninos, que pasaron aleteando y graznando sobre las cabezas de los soldados que se incorporaban. «Si fuéramos sensatos, haríamos lo mismo que ellos», pensó el rey.

Pero no iban a ser sensatos. No podían serlo. Eran espartanos.

Mientras los hombres se desperezaban, orinaban, saltaban y se estiraban para calentar los miembros doloridos, Leónidas se apartó un poco y caminó hacia el mar. Las crestas de las olas que rompían brillaban plateadas por los primeros rayos de luz. El viento, que por la noche había soplado de tierra, trayendo el humo de las hogueras del campamento persa, ahora venía del mar y arrastraba olor a sal y algas.

Entrecerrando los ojos ante el resol, el rey distinguió una sombra en el agua. «Perseo», comprendió. Siempre individualista, Perseo convivía con la apretada cercanía de la falange cuando no tenía más remedio, pero en cuanto podía se apartaba del grupo para estar a solas.

Entre las rocas de la orilla, Leónidas encontró una piedra plana y con la altura justa para sentarse. Cuando dejó caer el trasero sobre ella, sintió como si le clavaran cuchillos de acero en los cuádriceps; tenía comprobado que la tensión y el esfuerzo del combate, aunque este no durara más de unos minutos, exigían más a las piernas que un día de marcha o subir al Taigeto. No obstante, aguantó el dolor en silencio; desde que el difunto Cleómenes se burlara de él tiempo atrás («Cuando te sientas y te levantas, gruñes como un anciano, Leónidas»), se cuidaba mucho de proferir el menor resoplido.

Uno de sus ilotas, Traso, lo había seguido a unos pasos de distancia, siempre atento a sus órdenes. Ahora, cuando Leónidas chasqueó los dedos, Traso se acercó y le tendió la bolsa de cuero en la que guardaba sus pertenencias.

Aparte de las armas, pensó Leónidas, todo el bagaje de un rey como él cabía en aquel morral. ¡Qué diferencia con lo que arrastraba tras de sí Jerjes! Según les habían informado, solo la enorme tienda de campaña roja que habían visto desde las alturas del Calídromo ocupaba más de cien fardos, cada uno de ellos diez veces más pesado que el humilde zurrón de Leónidas.

Desató la cuerda que cerraba la bolsa y sacó de ella un cilindro de madera de dos palmos de longitud, perfectamente tallado. Tenía enrollada alrededor una tira de ante, tan apretada que no quedaba el menor resquicio entre las vueltas.

—Toma, mi rey —dijo Traso, entregándole también un cálamo y un frasco con tinta hecha de una mezcla de hollín, resina y agua.

«¿Qué pretendo hacer?», pensó Leónidas cuando acercó el cálamo al extremo izquierdo del cilindro. Solo veía un borrón. Hacía ya más de cinco años que era incapaz de leer una carta, mucho menos de escribir en un soporte tan pequeño como aquel.

Parpadeó con fuerza, como si aquello le fuese a servir para recuperar visión, y miró a lo lejos. Perseo acababa de salir del agua y trepaba desnudo por las rocas hasta la explanada. Con aquellos músculos y aquella estatura, podría haber pasado por un bronce de los escultores Canaco o Agéladas.

Apartando la mirada de Perseo, el rey volvió a centrarla en el cilindro de madera. Por más que se lo alejaba, seguía viéndolo demasiado borroso para escribir en él. No obstante, no quería confiar aquel mensaje a un criado.

—Mi rey, puedes conseguirte unos ojos nuevos, o bien unos brazos de diez codos de largo. Pero me parece más fácil que me dictes lo que quieres escribir.

Leónidas levantó la mirada al oír la voz de Diéneces. El oficial, que se había acercado tan sigiloso como un gato egipcio, se sentó a su lado en la piedra, muslo con muslo, con toda confianza.

—Siempre has estado delgado —le dijo Leónidas, observando cómo las fibras y venas de Diéneces se marcaban como vetas en un árbol seco—. Pero ahora estás tan flaco que vas a dejar de proyectar sombra.

—Matar persas a destajo consume mucha gordura, mi rey.

Pese a lo afilado que se le veía el rostro, Diéneces tenía buen aspecto. A sus cuarenta años, se hallaba en la plenitud. Una espléndida plenitud. Algunos sabios afirmaban que el rostro de un hombre era un papiro que relataba su vida. A juicio de Leónidas, el de Diéneces narraba una historia magnífica, la biografía de alguien que había crecido con los años, como un buen vino de Quíos madurando en el ánfora. Un guerrero duro como un sarmiento, al que la violencia, sin embargo, no le había encallecido el corazón.

Leónidas le pasó el cilindro y el recado de escribir. No había hombre en Esparta ni en el mundo entero en quien confiara más que en Diéneces. Una de las cosas que más le gustaban de él era que nunca perdía la calma, y no había otro como él para ese humor fanfarrón y conciso tan del gusto de los espartanos. De sus labios había salido, sin torcer el rictus, la frase más celebrada en el campamento durante los últimos días. Cuando llegaron a las Termópilas, un natural del lugar que venía huyendo de los persas se había detenido unos instantes para advertir a los espartanos:

—¡Cuando sus arqueros disparan a la vez, sus flechas forman una nube que tapa el sol!

—¿No os parece genial, hermanos? —había respondido Diéneces, mientras se giraba hacia sus conmilitones espartanos—. ¡Así lucharemos a la sombra!

Leónidas palmeó ahora el muslo de su oficial y amigo y le dijo:

—Gracias, Diéneces. Todavía no se lo he dicho a nuestros chicos, pero me temo que este va a ser el último mensaje que escriba.

—Eso ya lo sé —respondió Diéneces, mojando el cálamo en el tintero.

—¿Lo sabes? ¿De pronto te han regalado los dioses el don de la profecía como a Megistias?

—No lo necesito. Tu cara es un papiro abierto.

Leónidas suspiró, pensó bien lo que quería transmitir y empezó a dictar. No podía permitirse un mensaje largo; aquel sistema no admitía demasiadas frases. Así, por más conciso que intentó ser, cuando Diéneces terminó de escribir apenas quedaba espacio libre en la tira de piel que rodeaba la vara.

—Un mensaje en verdad importante, mi rey —afirmó Diéneces—. Brotado del corazón.

Leónidas tomó el cilindro que le tendía Diéneces, se puso en pie y abrió los brazos. El oficial comprendió, se incorporó también y se dejó abrazar. Leónidas lo estrechó con tanta fuerza que las costillas de su amigo crujieron.

—Tú eres el único que de verdad sabe lo que hay en mi corazón, Diéneces —le susurró al oído.

Después se apartó un poco y lo agarró por los hombros. Ambos se miraron a los ojos durante unos segundos.

—Haz que los chicos vayan preparando las armas —ordenó Leónidas por fin—. Yo voy a buscar un mensajero.

—Por un momento he temido que ese mensajero fuera a ser yo —respondió Diéneces.

Leónidas sonrió y negó con la cabeza.

—¿Crees que renunciaría a tenerte a mi lado en la última batalla? No soy tan insensato.

—¿Por qué debo hacerlo yo?

Leónidas había llevado aparte a Perseo para entregarle la tira de piel, ya desenrollada de la escítala, el cilindro de madera que usaban los espartanos para transmitir mensajes secretos. Ahora el mensaje no tenía ningún sentido; se había convertido en una sucesión de letras ininteligibles. Para descifrar el texto, su receptor tendría que enrollar la cinta en una vara gemela de la que tenía Leónidas. Solo así las vueltas de la tira coincidirían exactamente y se podría leer el texto en horizontal tal como lo había escrito Leónidas.

—Eres el hombre más adecuado para esta misión.

—Si la misión consistiera en matar a otros hombres, no lo dudo. Para enviar un recado puedes mandar a cualquiera.

—Es una orden de tu rey. Juraste obedecerme. Hace solo tres días. ¿Tan corta es tu memoria?

Perseo torció el gesto y miró hacia su izquierda con su único ojo. Por más que Leónidas le preguntaba cómo perdió el otro, el Euripóntida se negaba a contestar y solo ofrecía evasivas.

—Son compañeros, Leónidas —respondió por fin Perseo—. No puedo abandonarlos.

«Compañeros» y no «mis compañeros». Siempre manteniendo la

distancia. Y «Leónidas», no «mi rey». Así lo había llamado antes, cuando uno de ellos estaba destinado al cetro y el otro no, antes de que las caprichosas Moiras le dieran la vuelta a todo. Y así seguía llamándolo.

«Únicamente él es necesario».

Leónidas tomó la mano de Perseo, le puso la cinta de piel en ella y le cerró los dedos.

—Que Hermes guíe tus pasos para que no te extravíes y para que llegues sano y salvo a Esparta. Si entregas tu mensaje a tiempo, Jerjes no tardará en saber cuánto daño pueden hacerle ocho mil guerreros espartanos.

Era una mentira. El mensaje no tenía nada que ver con pedir refuerzos.

—¿Ella puede convencer al usurpador y a los ancianos?

«El usurpador». Perseo jamás se refería a Latíquidas por su nombre.

—Ella puede conseguirlo todo, y lo sabes —respondió Leónidas—. Marcha ya, espartano.

Perseo abrió la mano, observó por un instante la cinta arrugada que tenía entre los dedos y, por fin, asintió.

Solo cuando Perseo se hubo perdido de vista en dirección al este, hacia la villa de Alpeno, se dirigió Leónidas a los restos de sus trescientos hombres y les dijo:

—¡Espartanos! ¡Desayunad bien! ¡No os preocupéis si gastáis las provisiones! ¡Esta noche, Hades y Perséfone nos darán la cena gratis en el infierno!

Y ellos respondieron:

—*Eleléeeuuuu!!!*

—¿Te parece que con el calor que va a hacer hoy es el mejor día para embutirse en una reliquia como esta, mi rey? —preguntó Diéneces.

El sol se había levantado ya sobre el mar. Su reflejo arrancaba cabrillas de plata en las olas del golfo Malíaco, a la derecha de los hombres que se aprestaban para su última batalla. Tras lavarse, los doscientos cincuenta espartanos en condiciones de combatir habían peinado y trenzado sus largos cabellos, como si acudieran a una boda en lugar de a una cita con las Moiras. Ahora, ya adecentados, la mayoría de ellos terminaban de ajustar sus corazas de lino prensado, aunque algunos llevaban blindajes de bronce más

anticuados y aparatosos.

Ninguna armadura era más antigua que la que el ilota Traso estaba terminando de atar para Leónidas. Estaba forjada en bronce repujado, y decorada con filigranas de plata y oro que representaban a Heracles domando al perro Cerbero, tricéfalo guardián del infierno. Entre peto y espaldar, la pieza pesaba cerca de veinte kilos. Era tan ancha que incluso el fornido Leónidas se había tenido que poner encima de la túnica carmesí un jubón acolchado, la *spolás*, de modo que la coraza se ajustara a su cuerpo sin bailar. Para que ningún detalle desentonara, ese jubón era de piel de león, el animal de Heracles.

—Esta armadura la llevó mi hermano Cleómenes —explicó Leónidas—. Antes que él, la llevó nuestro padre Anaxándridas, y antes su padre León de Esparta, y antes…

—Si recitas la lista de tus ancestros, mi rey, es posible que cuando acabes tengamos al mismo Jerjes de invitado para la cena —repuso Diéneces, ayudando a ajustar los cierres laterales mientras Traso se agachaba para colocarle las grebas a Leónidas.

Según una tradición que se transmitía entre los soberanos Agíadas, aquella armadura, que Leónidas iba a usar en combate por primera vez, la había forjado el mismísimo Hefesto. El divinal herrero se la regaló a Heracles para celebrar que el héroe había terminado sus trabajos, esas misiones cada vez más difíciles que debían haber sido diez y que se habían convertido en doce por un quítame allá esas vacas y otras minucias. De ahí que en la escena del pectoral figurase la última tarea, el descenso y subida de Heracles al reino de los muertos.

En opinión de Leónidas, se trataba de una premonición: a no mucho tardar él y sus hombres iban a pasar por delante de Cerbero. Sin duda el perro de las tres cabezas se limitaría a saludarlos meneando la cola, ya que no solía poner objeciones a que nadie entrara al infierno. Sus triples dentelladas las reservaba para las almas que pretendían escapar de él.

A los guerreros les había acrecentado la moral ver que su rey se embutía en aquella pesada coraza. «¡Heracles está con nosotros!», era una de las consignas que corría entre las filas. «¡No podemos perder!».

Diéneces, más escéptico que el común de los mortales, movió la cabeza en señal de desaprobación mientras se mojaba un dedo en saliva y limpiaba una pella de barro de una de las tres cabezas caninas embutidas en la coraza.

—Después de lo que le has hecho sufrir estos últimos días, el Gran Rey estará complacido contigo —dijo—. Le vas a regalar un excelente trofeo.

—Ese trofeo hará que los demás espartanos combatan con más ahínco para recuperarlo —respondió Leónidas.

—Pero al final ellos también caerán y Jerjes se quedará con tu armadura. Sería mejor habérsela dado a Perseo para que la llevase de vuelta a Esparta. Ahora tu hijo nunca la heredará.

«El hijo de Perseo», corrigió mentalmente Leónidas y contestó en voz alta:

—No, Diéneces. No será así.

—Si tú lo dices, mi rey…

—Escucha mis palabras: puede que hoy Jerjes expolie nuestras armas, pero al final serán sus tesoros los que adornen nuestros templos.

Diéneces miró a los lados y bajó la voz.

—¿En verdad crees que los griegos podemos ganar esta guerra?

—Así debo creerlo.

«Y por eso he mandado lejos a Perseo, porque un viejo loco me ha dicho en sueños que él es necesario para ganarla».

—No luchamos solo contra bronce y hierro, Leónidas. No es fácil vencer cuando el enemigo hace llover oro sobre los corruptos de nuestra ciudad, empezando por tu colega en el trono.

—¿Te sientes desfallecer ahora, Diéneces? ¿Cuando nos preparamos para nuestro momento más glorioso?

El oficial sonrió tristemente.

—Nunca puedo desfallecer cuando combato al lado de mi rey.

—¡Esas son las palabras de un espartano! Acompáñame ahora a pasar revista a las tropas, amigo.

A la derecha de los espartanos, junto a la línea costera, se habían desplegado los dos batallones enviados por la ciudad de Tespia. Era el lugar de honor, tradicionalmente reservado a las mejores tropas, donde en circunstancias normales habrían formado los hombres de Leónidas, que hoy, sin embargo, iban a luchar en el centro. En cuanto al batallón tebano, se había

situado a la izquierda, allí donde se alzaban las crestas calizas del Calídromo.

Leónidas había enviado al resto de las tropas, formadas por soldados del Peloponeso, por el camino que llevaba al este. «¡Corred! —les había instruido —. ¡Marchaos de aquí antes de que aparezcan los enemigos a nuestra espalda y quedéis encerrados en el desfiladero con nosotros!».

Leónidas también había intentado despachar lejos tanto a los tespios como a los tebanos. Ahora, acercándose a Demófilo, jefe del contingente de Tespia, insistió.

—La ley de Esparta nos prohíbe expresamente abandonar el campo de batalla ante ningún enemigo, por numeroso que sea. Debemos permanecer en nuestros puestos para vencer o morir. Pero vosotros podéis sobrevivir para combatir otro día. La guerra no se termina en las Termópilas.

Demófilo, uno de los once beotarcas que dirigía la Liga Beocia, respondió sacudiendo con vigor su hirsuta cabeza.

—El honor no es solo patrimonio de Esparta.

—Nadie ha dicho que lo sea.

—Hemos combatido estos días a vuestro lado con valor, Leónidas —aseguró Demófilo, señalando a sus hombres—. Si abandonamos este desfiladero ahora, nuestra ciudad caerá en manos de los persas.

—Eso ya no podemos impedirlo, amigo, y lo sabes —dijo Diéneces—. Lo más que podemos hacer aquí hoy, lo que vamos a hacer, es morir con honor y belleza, a la manera espartana.

Leónidas emitió un breve gruñido de aprobación ante las palabras de su amigo. No obstante, alcanzar una hermosa muerte no era la única razón por la que había decidido quedarse a defender la Segunda Puerta. La otra era pura y simple camaradería: cubrir la retirada de los contingentes del Peloponeso. La experiencia de otras batallas contra los persas había enseñado a los griegos que una retirada, por organizada que fuese, suponía la aniquilación a manos de su caballería y sus arqueros.

—En ese caso —insistió el jefe tespio—, creo que nos hemos ganado el derecho a compartir ese honor muriendo a vuestro lado.

Leónidas asintió con el respeto que las palabras del beotarca merecían. Cuando cayera el sol y todos ellos hubieran muerto, en la pequeña ciudad de Tespias no quedarían prácticamente varones en edad de tomar las armas.

Aunque no lo expresó en voz alta, pensó que aquel sería un sacrificio digno de recuerdo.

Después de aquello, se dirigieron al otro extremo de la formación; un paseo de poco más de cien metros, dado lo exiguo de sus tropas. Allí estaban los tebanos, mandados por el otro beotarca, Leontíadas. Medio tocayo de Leónidas, y un tipo tan duro como la última carne que queda pegada al hueso del jamón.

Todos los griegos sabían que Tebas, la ciudad más importante y antigua de Beocia, aguardaba con los brazos abiertos a los invasores persas. Por eso los oligarcas que gobernaban la ciudad se habían limitado a enviar un batallón, cuando Tespia, mucho más pequeña, había contribuido con dos.

Por conversaciones con los tebanos, Leónidas había averiguado que aquellos cuatrocientos guerreros pertenecían a las familias que más se habían opuesto a pactar con Jerjes. Era una forma de que los oligarcas que gobernaban Tebas lavaran la cara ante los demás griegos y, aprovechando que el Alfeo pasaba por Olimpia, se libraran de toda oposición en su ciudad.

—Leontíadas, hijo de Eurímaco, ¿qué dices tú? —preguntó Leónidas—. Sé cómo están las cosas en tu ciudad, pero al menos podéis volver a ella para recoger a vuestras mujeres y vuestros hijos y llevarlos al Peloponeso. Allí se os cobijará como os merecéis.

—Te agradezco el ofrecimiento, Leónidas —contestó el tebano, que tenía la voz áspera como una amoladera—. Pero ¿con qué cara vamos a entrar en nuestra ciudad para anunciar que los persas están a punto de tomarla? ¿Qué vamos a decirles? ¿Qué huimos como nenas mientras vosotros os quedáis aquí defendiéndonos el culo para que no nos lo rompa el cabrón de Jerjes?

Divertido ante la grosería del tebano, Leónidas le dio un abrazo y dijo:

—No insistiré más, amigo. Será un honor combatir hoy también a vuestro lado.

Tebanos y tespios no fueron los únicos voluntarios. El adivino Megistias, después de sacrificar a Ártemis Cazadora la única cabra que había quedado con ellos en el campamento y comprobar que el flujo de la sangre en el suelo trazaba un presagio favorable —«A la diosa le complace que muramos aquí»—, manifestó su intención de formar con los espartanos como un hoplita más.

—Pero, amigo —le dijo Leónidas—, ¿cuánto hace que no empuñas las

armas?

—¡Demasiado! —exclamó Megistias, cuyo hijo ya se había marchado al amanecer, con Perseo—. Prefiero morir de una lanzada que tirado en un catre cagando sangre.

Tan convencido estaba Megistias de su muerte que incluso le había dictado a su hijo un epitafio no excesivamente modesto.

*Este es el sepulcro del célebre Megistias,*

*un adivino que, aunque bien sabía que las Keres lo acechaban,*

*se negó a abandonar al caudillo de Esparta.*

Por último, quien pidió a Leónidas quedarse en las Termópilas fue Cimón, el ateniense a quien el Agíada, tras verlo combatir, había dejado de llamar «cachorro de león» para dejarlo simplemente en «león». Aunque era un magnífico espécimen que no habría desentonado en las filas espartanas, Leónidas declinó su ofrecimiento.

—Debes ir a contarle a Temístocles lo que ha pasado aquí —le ordenó el rey, a sabiendas de que entre Cimón y Temístocles existían diferencias de opinión y también algún problema personal que se intuía, pero del que ninguno de los dos hablaba—. Explícaselo también a los demás griegos. Diles que el ejército de Jerjes no es invencible.

Resignado, pero al mismo tiempo soñando en futuras batallas, Cimón aceptó.

—Lo haré, mi rey.

«Mi rey». Que un ateniense, miembro de un pueblo que se enorgullecía de no tener reyes desde hace siglos, dijera eso demostraba hasta qué punto aquel joven Apolo ateniense era proespartano. A Leónidas le conmovió y sus ojos se humedecieron. Ya era demasiado rato aguantando las lágrimas, porque los gestos de tespios y tebanos y, en especial, de Megistias lo habían emocionado.

—Sobre todo, dile a Temístocles que, cuando piense en Esparta, no se acuerde de las intrigas del consejo de ancianos ni de mi colega Latíquidas —le dijo a Cimón para despedirse—. Que se acuerde de mí, de mis trescientos hombres y de las Termópilas.

# 2

## Alpeno, cerca de las Termópilas

Acompañado por el hijo del adivino Megistias y algunos sirvientes, Perseo llegó a Alpeno con las primeras luces del día. Era una villa pequeña, situada en la ladera más oriental del Calídromo, cerca de la desembocadura del río Esperqueo. A juzgar por su tamaño, no debía de llegar ni a trescientos habitantes. La mayoría de ellos la habían evacuado ante la llegada de la *Spada*, pero aquellas bajas se compensaban de sobra con los nuevos moradores del lugar, los heridos griegos a los que Leónidas había ido enviando allí, lejos de la línea de batalla, desde el primer día de combate.

Los asistentes del ejército habían improvisado hospitales de campaña en diversos recintos. En el del pequeño templo de Asclepio, hijo de Apolo el sanador, atendían a los heridos espartanos. La calle principal de la villa pasaba por allí, de modo que Perseo se detuvo un momento para visitar a los hombres con los que había combatido durante tres intensos días.

Bajo unos toldos tendidos entre tres grandes laureles había unas veinte camillas, en las que yacían heridos en diversos estados de gravedad. Mientras el médico y los tres cirujanos atendían a algunos, los ilotas limpiaban o alimentaban a los demás, y también sacaban los cadáveres de los que ya habían fallecido. El aroma balsámico de las hojas de laurel, la planta de Apolo, apenas podía competir con los hedores de la sangre coagulada, los vómitos, la gangrena y la disentería.

Dos soldados sentados en sillas plegables tomaban un frugal desayuno de queso, aceitunas y vino aguado. Eran Aristodemo y Éurito, los dos guerreros a los que Leónidas había enviado a Alpeno la noche anterior para que los atendieran de sendas infecciones oculares. Al ver llegar a Perseo, Aristodemo, que era quien tenía los ojos en mejor estado, se levantó sorprendido y susurró algo al oído de Éurito, que también se incorporó.

Perseo observó con cierta satisfacción que aquellos dos hombres le

mostraban el mismo respeto que si hubiera sido rey; en lugar de ganarse ese respeto por su sangre, lo había hecho gracias a su lanza. Algo que jamás habría conseguido su presunto padre, Damarato.

—¿Qué haces aquí, Perseo? —preguntó Éurito, con la mirada desenfocada —. ¿Ha ocurrido algo durante la noche? ¿Acaso te han herido?

Perseo observó los ojos de Éurito. Tenía un tracoma en un estado tan avanzado que ambas córneas ya se veían ulceradas. Seguramente no volvería a ver. La infección de Aristodemo era menos grave, una conjuntivitis que, sin embargo, le hacía lagrimear constantemente una secreción verde de aspecto repugnante.

Casi sin darse cuenta, Perseo se tocó el parche que le cubría el ojo izquierdo y lo enderezó. Gracias a la intervención de Tisámeno, al menos conservaba el derecho, pero a menudo soñaba que también lo perdía. Al principio, estar tuerto le había supuesto algunos problemas para calcular las distancias de combate; a fuerza de tiempo y práctica, había vuelto a ser capaz de golpear con la lanza o incluso arrojarla con tanta precisión como antes.

—No —respondió—. No ha habido ataques. La noche ha sido tranquila. Estoy aquí porque Leónidas me envía a Esparta con un mensaje.

Aquello era tal vez revelar más de lo debido, pero Perseo no dejaba de sentirse culpable por abandonar el campo de batalla. Jamás lo habría hecho de no ser por que había jurado obedecer a Leónidas.

Un soldado tendido en una camilla cercana exhaló un quejido y un ilota acudió a llevarle vino mezclado con agua. El soldado tenía la boca hinchada como si se la hubiera coceado una mula y le faltaban todos los incisivos.

—Obra de esa zorra de Artemisia —explicó Aristodemo.

Perseo puso un rictus de desagrado. Había visto combatir a Artemisia el día anterior, a unos diez metros de donde él mismo se batía contra los enemigos. La reina guerrera de Halicarnaso era un personaje que le resultaba fascinante, y de quien ya había oído hablar durante su tiempo como mercenario a las órdenes del sátrapa de Caria.

—No tienes por qué llamarla «zorra». No usa engaños ni tretas para combatir. A este hombre lo hirió de frente, no por la espalda.

—Es una infamia que una mujer se atreva a combatir contra hombres — repuso Aristodemo—. ¿No sabes que los atenienses han puesto precio a su

cabeza?

—Son atenienses —terció Éurito—. Son tan poco hombres y tienen tanto miedo de que sus mujeres les pongan los cuernos que las encierran en casa. No como nosotros, que dejamos que hagan ejercicio y se bañen en las aguas del Eurotas. ¡Yo digo que esa Artemisia sería una buena mujer espartana!

Las aguas del Eurotas… Al acordarse de su rincón secreto, de las horas de amor robadas bajo el sauce, a Perseo le dio un vuelco el corazón. Sus dedos rozaron la tira de cuero con el mensaje de Leónidas. Para no perderla, se la había enrollado a la cintura a modo de pulsera.

¿Qué cara pondría al presentarse ante ella? ¿Sería capaz de mantener la compostura cuando su mero recuerdo le alteraba de tal modo las palpitaciones?

Tendría que ser capaz. Ya no era Perseo el adolescente, sino el hombre, el guerrero, el mercenario endurecido que habría necesitado una pica de cuatro metros para grabar en el astil una muesca por cada enemigo muerto.

Sacudió la cabeza para ahuyentar la imagen de Gorgo. Por más que lo intentaba, no lograba pensar en ella como su hermana. Constantemente le asaltaban imágenes de su cuerpo desnudo, y volvía a sentir la tersura de su piel, los besos húmedos y apasionados con los que parecía que quisiera absorberle el alma.

Por un par de cartas que había intercambiado en secreto con Escaleno, Perseo sabía que Leónidas, en lugar de desposar a su sobrina con cualquier otro espartano, había decidido casarse con ella y hacerse pasar por padre de Plistarco. Al hacerlo, seguramente respetaba la voluntad de la propia Gorgo, lo cual hacía pensar a Perseo que la herida sufrida por la joven era muy profunda, tanto como para no desear convivir con ningún otro hombre.

Pues, o mucho se equivocaba Perseo, o Leónidas ni siquiera había tocado a su sobrina en todos esos años. El rey Agíada solo tenía un amor, su amigo Diéneces. Sus dos matrimonios anteriores habían resultado estériles, y después de su supuesto hijo Plistarco no había engendrado ningún otro con Gorgo. La mayoría de los espartanos probaban las relaciones carnales con otros varones, pero en el caso de Leónidas no se trataba de algo esporádico, sino de su propia naturaleza. Según comentaba el siempre malicioso Escaleno en una de sus cartas a Perseo, «Estoy seguro de que no se le levantaría ni aunque se le presentara desnuda la mismísima Afrodita».

Volvió a acariciar la cinta de cuero. ¿Qué prefería él? ¿Que Gorgo fuera una esposa feliz con Leónidas y que considerase a Perseo solo un hermoso recuerdo, o que siguiera durmiendo en un lecho solitario, llorando las cicatrices del pasado?

—Pues yo sigo pensando que esa Artemisia no es más que una puta consentida por esos persas maricas —insistió Aristodemo.

Perseo lo miró de reojo. Un reguero verde y viscoso caía por la mejilla del guerrero. ¿Por qué demonios no se limpiaba?

«Me encanta mirarte a los ojos. Podría estar haciéndolo días y días».

Eso le decía ella cuando se abrazaban, entre beso y beso. ¿Qué opinaría ahora si lo viera sin el parche? Según un viejo dicho espartano, «Las cicatrices embellecen al guerrero». Pero Perseo dudaba mucho de que a Gorgo le pareciera hermoso su ojo seco y muerto.

¿Y qué opinaría del otro, el que aún veía? Después de aquellos años estaba lleno de sombras y sangre. Violencia, llamas, saqueos. Muerte, mucha muerte. En Sicilia, luchando contra los cartagineses. En Cirene, contra los nómadas libios. En Egipto, en la rebelión antipersa. En Caria y Lidia, contra quienes se rebelaban contra el Gran Rey. En Tesalia, contra los vecinos focenses. Había recorrido muchas tierras, había aprendido a hablar el persa y a chapurrear el egipcio y otras lenguas.

Al menos, pensó mientras Aristodemo se extendía en una descripción gráfica de lo que haría con Artemisia si cayera en su poder, nunca había violado ni asesinado a una mujer, ni jamás había estampado la cabeza de un bebé contra un muro como hacían los guerreros más encallecidos. Siempre se había mantenido fiel al código de honor —«Defender a los débiles y poner orden en el mundo»— que le había enseñado Ferenice.

¿Sabría ver eso Gorgo en su mirada?

¿Y qué más daba, si seguía siendo su hermana?

Unas voces lo sacaron de sus pensamientos. Al otro lado de la pequeña tapia que cercaba el templo de Asclepio venía gente gritando despavorida y agitando los brazos.

—¡Que vienen los persas!

Perseo salió a la calle principal, seguido por Aristodemo y Éurito, que tuvo que apoyarse en el hombro de su compañero para orientarse.

Un tropel de soldados griegos venía corriendo desde el oeste. Algunos llevaban el escudo colgado a la espalda, pero la mayoría venían armados únicamente con lanzas. Era evidente que habían arrojado sus broqueles para huir más deprisa. No siendo espartanos, para ellos convertirse en *rhipsáspides*, «arrojaescudos», no suponía un baldón tan grave.

Perseo, que en Sicilia se había visto en la tesitura de ser perseguido por jinetes cartagineses, sabía bien que sin los ocho o diez kilos de la *aspís* de roble se corría mucho más ligero. Él, sin embargo, no lo había hecho, en parte por el antiguo prurito espartano. Gracias a eso había salvado la vida: al llegar a la seguridad de unos riscos con otros compañeros mercenarios, comprobó que su escudo, que llevaba colgado a la espalda, había recibido dos impactos de flecha que se habrían clavado entre sus costillas.

—¿Qué ocurre, amigo? —preguntó a uno de los fugitivos, agarrándolo del brazo para detenerlo en seco.

—¡Huid de aquí! ¡Corred! ¡Vienen los persas!

—Eso es imposible. Acabo de llegar del paso de las Termópilas. Leónidas sigue allí.

El hombre lo miró con ojos blancos de terror y trató de sacudirse su brazo. Pero la tenaza de los dedos de Perseo era demasiado fuerte.

—No vienen por las Termópilas. ¡Nos han echado de la senda Anopea!

Perseo reconoció el dialecto del hombre. Era un focense, del contingente de mil soldados que el rey espartano había apostado en las alturas para vigilar ese camino.

—¿No os ordenó Leónidas que la defendierais con vuestra vida?

El focense sacudió la cabeza e intentó librarse de nuevo de la mano de Perseo. Este soltó su presa por fin. Sus dedos se habían quedado marcados en el bíceps del otro hombre.

—¡Era imposible defenderla! Los dioses son testigos de que hicimos lo que pudimos. Eran miles y miles. ¡Los mismísimos Inmortales!

Perseo dejó que el focense se marchara corriendo con sus compañeros y evaluó la situación.

Era de esperar que los persas, que contaban con oficiales y generales muy capaces, intentaran una maniobra envolvente para superar el escollo de las Termópilas. Lo sorprendente era que hubiesen sido capaces de llevarla a cabo

tan rápido.

Leónidas y los suyos se iban a encontrar como una chapa de hierro batida entre un yunque y un martillo, recibiendo golpes por todos lados. Y en tales casos, la chapa nunca vencía.

—¿Qué hacemos? —preguntó Éurito, confuso ante lo que para él no eran más que borrones en movimiento.

Perseo sopesó las opciones. Había ido a las Termópilas buscando revancha contra su familia y, sobre todo, contra Bagabigna. El día anterior lo había visto de lejos, una mancha de blanco al lado del dosel desde el que Jerjes contemplaba los combates al modo de Zeus.

Al parecer, los dioses se empeñaban en privarle de su venganza. Primero con la orden que le había dado Leónidas. Y ahora…

En ese momento comprendió. La orden no era más que una añagaza del rey para alejarlo del desastre y llevarlo de vuelta con Gorgo. Leónidas, avisado por los dioses o por algún otro indicio, conocía de antemano lo que iba a pasar. De ahí la mirada grave, el gesto ausente justo antes de entregarle el mensaje.

Volvió a mirar la correa enrollada en su muñeca, con aquellas letras incomprensibles.

Por mucho que se lo hubiera mandado Leónidas, había órdenes que ni siquiera un espartano podía obedecer.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar Éurito.

Perseo respiró hondo, recordando las enseñanzas de Fénix.

«Ante el peligro, los animales solo conocen tres respuestas: huir, esconderse o atacar».

A veces, un mercenario podía elegir esconderse o huir para atacar y vencer otro día.

Pero un espartano combatiendo con camaradas espartanos no tenía esa opción. Y él, le pesara o no, había elegido volver a ser espartano.

Volviéndose hacia los otros dos soldados, respondió:

—Está claro. Volver a las Termópilas a morir con nuestros camaradas.

3

## Las Termópilas

—Sé que, como espartanos, no precisáis arengas que os infundan valor.

El pecho de Leónidas y su poderoso cuello formaban una caja de resonancia tan ancha y profunda que no necesitaba desgañitarse como otros generales para que su voz llegara a todos sus hombres.

Por eso y porque, contando con los cincuenta sirvientes que completaban las filas de su pequeña falange, tan solo tenía trescientos hombres a los que dirigirse.

Desde la época de las guerras contra los arcadios, se había extendido la costumbre de que, antes de la batalla, el enomotarca de cada sección formara un corro con sus hombres —treinta o cuarenta a lo sumo— con el fin de impartirles alguna consigna final, o simplemente para recordarles el código de honor espartano. Ahora Leónidas decidió olvidar por un momento que era rey —cargo que nunca había deseado—, recordar su pasado como simple oficial y compartir aquel instante decisivo con sus hombres.

Puesto que un corro de trescientos habría sido demasiado grande, los soldados formaron varios anillos concéntricos ordenados por alturas. Leónidas se colocó en el del centro, abriendo los brazos para enlazarse por los hombros con los guerreros que tenía al lado. Los demás, desde el círculo interior hasta el exterior, hicieron lo propio. Ahora todos formaban un gran organismo, un único cuerpo alimentado por los latidos de trescientos corazones.

El rey se puso en cuclillas y los hombres del círculo interior lo imitaron. Los músculos de las piernas de Leónidas y las articulaciones de sus rodillas se quejaron amargamente por lo incómodo de la posición, pero era el modo de que los soldados de atrás pudieran verlo todo.

—No, no necesitáis arengas —repitió—. Pero quiero daros las gracias,

porque ha sido un honor combatir a vuestro lado.

Todos ellos estaban ya armados, con los yelmos colgados de los barbuquejos o a medio embutir sobre la frente, los escudos apoyados en el suelo. Las lanzas las habían dejado fuera de la formación, apoyadas unas con otras en grupos de tres, formando un pequeño bosque de madera y hierro. Cada uno sabía bien cuál era la suya, ya que los nombres de los dueños estaban grabados a cuchillo en las astas de fresno.

—Sabéis que hoy no va a ser un día como los anteriores —dijo Leónidas. «Porque vamos a morir todos», añadió para sí, pero sabía que no era necesario decirlo—. Por eso, hoy no vamos a defender la posición. Hoy no vamos a aguardar al enemigo en el muro focense. ¡Hoy, espartanos, vamos a atacar!

—*Eleléeeuuuu!!!*

—¿Qué vamos a hacer espartanos?

—¡Atacar!

Tras disolver el corro, con los corazones enardecidos por las palabras de Leónidas, los guerreros embrazaron los pesados escudos de roble, empuñaron las lanzas y ocuparon sus puestos en la formación. En la primera fila solo se veían las lambdas de Laconia, y lo mismo sucedía en la segunda, pero en la tercera y última los broqueles espartanos alternaban con otros arrebatados en el campo de batalla a los soldados griegos de Artemisia, la reina guerrera, e incluso con algunos escudos persas de mimbre y cuero.

Esas armas abigarradas las habían dejado para los cincuenta ilotas que rellenaban la última fila y que —más por azar que por intento— completaban el número de trescientos hoplitas, los mismos que habían partido de Esparta. Si esos hombres estaban allí era por propia voluntad: por orden de Leónidas, todos los guerreros espartanos habían firmado documentos para emancipar a sus criados y los habían despachado de regreso a Laconia. En agradecimiento a los servicios prestados en las Termópilas, a partir de ese momento se habían convertido en hombres libres. No espartiatas, por supuesto, no miembros de la élite de los Iguales: ciudadanos de segunda fila, mas al menos ya no serían siervos de nadie.

Sin embargo, muchos ilotas se habían negado a abandonar a sus señores. Entre ellos el sirviente más leal de Leónidas, Traso.

—¿Cómo voy a irme, mi rey? ¿Sabes cuántos años tengo?

—Alguno más que yo, Traso. Pero no muchos más.

—Son sesenta y cinco, mi rey.

—Aun así, conservas la salud de un toro. Puedes disfrutarla con tus hijos y tus nietos en tu nueva finca.

Antes de abandonar Esparta, Leónidas había testado sus viñedos favoritos a Traso. Una recompensa justa, puesto que el ilota le había ayudado durante tres décadas a fabricar vino y mejorarlo cosecha tras cosecha.

—¿Cuántos años de vida me pueden quedar, mi rey? ¿Cinco, diez?

—Nunca se sabe lo que nos reservan los dioses.

—Sean los que sean, mi rey, ¿voy a pasarlos recordando que dejé abandonado al señor a quien he servido desde que era niño? Que los viñedos sean para mi hijo. Yo me quedo aquí, a morir contigo.

A otros espartanos, como el difunto Cleómenes, que consideraban a los criados como parte del mobiliario, las palabras de Traso les habrían resbalado junto a los oídos como el susurro de las hojas en un bosque. A Leónidas, sin embargo, le emocionaron. Apretando el hombro del ilota con aquellos dedos capaces de partir una manzana verde, dijo:

—Eres un hombre libre.

—Eso me has dicho, mi rey.

—Si te quedas, debes combatir como tal.

—Gracias, mi rey.

Al no ser un ciudadano espartiata ni estar entrenado como tal, a Traso le correspondía luchar en la última fila, junto a los demás ilotas. En otros combates, los soldados desplegados al final de la formación ni siquiera tenían la ocasión de batir sus hierros con el enemigo. Pero esta vez no sería así, pues Leónidas había desplegado una falange de muy poca profundidad: tres filas. Sin duda, al último hombre de cada fila le llegaría la ocasión de relevar a sus compañeros caídos.

Antes de caer a su vez.

*—¿Qué es lo que pide el espartano? —preguntó Leónidas.*

*—¡Siempre combatir! —respondió el corro de guerreros.*

*—¿Le importa al espartano si es viejo?*

*—¡No!*

*—¿Le importa si está enfermo?*

*—¡No!*

*—¿Le importa si acaba de luchar y está malherido?*

*—¡No!*

*—¿Qué es lo que pide?*

*—¡Luchar, luchar y luchar!*

Leónidas volvió la mirada al oeste, hacia el campo de batalla. Allí se abría una explanada triangular sembrada de arbustos y cuarteada por el sol. El vértice oriental del triángulo era la Segunda Puerta, la angostura que Leónidas y sus hombres llevaban varios días defendiendo, mientras que la base occidental marcaba el borde del territorio persa.

Allí, a unos mil metros de los griegos, las tropas de Jerjes estaban formando para el combate. Lo más preocupante no era esa primera línea, compuesta por quinientos o seiscientos escudos, sino que detrás de ella se aglomeraban incontables filas más. Acabar con esa multitud era una tarea tan inacabable como cercenar las cabezas de la Hidra de Lerna. Al pensarlo, los dedos de Leónidas acariciaron inconscientemente el relieve de su coraza que representaba a Heracles.

Por si los adversarios fueran pocos, no había que olvidar que de un momento a otro los guerreros escogidos de Jerjes iban a atacarlos por la retaguardia. Un rato antes habían llegado cincuenta focenses despavoridos para advertirles de aquello que Leónidas ya conocía por los presagios de Megistias: que los Inmortales habían tomado la senda Anopea.

«Todo será rápido», pensó Leónidas. Por muy espartano que fuese, por mucho que amase el combate, la idea de un palmo de hierro enemigo perforando sus intestinos le provocaba escalofríos.

Por fin, se puso el casco, el último gesto antes de la refriega. Sus hombres llevaban yelmos corintios, que cubrían todo el rostro, salvo los ojos y la boca, convirtiéndolos en despersonalizadas máquinas de matar. El morrión de Leónidas, en cambio, dejaba su rostro al descubierto y permitía reconocerlo perfectamente. Como la armadura de Heracles, se trataba de otra reliquia superviviente de la Edad de los Héroes. Estaba fabricado de tiras de cuero forradas de fieltro por dentro y reforzadas por fuera con ochenta colmillos de

jabalí: un casco igual al que utilizó el astuto Odiseo para infiltrarse de noche en las filas troyanas junto a Diomedes.

La brisa, caprichosa, traía a ratos los ruidos del campamento persa: trompetas, gritos, tambores, cánticos, relinchos. El sol seguía su camino inexorable a sus espaldas. Leónidas miró a sus pies y observó su propia sombra, flanqueada por las de sus compañeros de filas. Antes de que él lo pensara, esa sombra, como dotada de voluntad propia, levantó la lanza hacia el cielo. A la señal, los tres flautistas que seguían a la formación empezaron a tocar el himno de Cástor, mientras que el portaestandarte levantaba sobre su cabeza el pendón rojo en el que se representaba con hilos negros, blancos y dorados la figura del héroe.

Y los trescientos se pusieron en marcha por última vez.

*—Recordad nuestro código, espartanos. ¡No hay emblema más glorioso…!*

*—¡Que el escudo de Esparta!*

*—¡Mi escudo no me protege a mí…!*

*—¡Sino a mi compañero!*

*—¡Jamás abandonaré el escudo…!*

*—¡A no ser que ya no me quede otra arma y lo rompa aplastando a mi enemigo!*

Avanzaban con los escudos solapados, de modo que cada hombre cubría con el sobrante de su broquel el costado derecho del compañero que tenía a su izquierda. Las manos, con la palma hacia abajo, aferraban con fuerza las lanzas, cuyas largas puntas de hierro asomaban por debajo de los broqueles. Marchaban con esa disciplina lenta y silenciosa que tanto inquietaba a los enemigos, nunca tan adiestrados en el arte de matar como los espartanos.

Sin embargo, en esta ocasión no formaban con el frente habitual, un muro de escudos recto, sino que su línea dibujaba una gran lambda. Y en la punta acerada de esa flecha, en el vértice de la lambda, marchaba Leónidas. Pues como todos ellos llevaban escuchando desde niños, como el gran Licurgo había establecido en sus leyes, un rey espartano debía ser el primero en entrar en la batalla y el último en abandonarla.

*—¿Le importa al espartano quiénes son los enemigos?*

*—¡No!*

*—¿Le importa cuáles son los enemigos?*

*—¡No!*

*—¿Qué es lo único que le importa de ellos?*

*—¡Dónde están!*

Se hallaban ya a tan poca distancia de los enemigos que se distinguía a los combatientes individuales. Decidido a conquistar Grecia, Jerjes había traído de Asia abigarradas tropas de todas las naciones: sacas, bactrios, asirios, etíopes, libios, frigios, armenios, árabes. Y, por supuesto, muchos griegos renegados como Artemisia, la reina guerrera de Halicarnaso.

Pero hoy, el Gran Rey, convencido de su victoria y dispuesto a honrar a su pueblo por encima de los demás, había puesto en primera fila a las tropas de su propia nación, a los guerreros iranios de la *Spada*. Venían ataviados con caftanes azules y rojos, y protegidos con escudos de armaduras de escamas que reflejaban los rayos del sol. Sus líneas prietas y ordenadas ofrecían un espectáculo que otros hombres habrían encontrado atemorizador, pero que para un espartano resultaba tan bello como una puesta de sol sobre el Taigeto nevado.

«Ya que uno ha de morir, que sea ante un enemigo limpio y disciplinado», pensó Leónidas.

Si bien su casco tenía dos carrilleras que le cubrían los oídos, no amortiguaba tanto los sonidos como el yelmo corintio. Debido a eso, por encima del seco sonido de sus pisadas y las de sus hombres en la tierra agostada, pudo escuchar perfectamente las trompetas que llamaban a la batalla en el ejército persa.

En la primera fila formaban los *sparabara*, guerreros que portaban escudos grandes como puertas tras los que se parapetaban los arqueros. Esperando un avance lento y cadencioso de los espartanos, como era habitual, pensaban sin duda en mantenerlos a distancia con andanadas de flechas mientras aguardaban a la llegada de los Inmortales por la retaguardia.

Iban a llevarse una sorpresa.

*—¿Qué busca siempre el espartano?*

*—¡Acortar la distancia con el enemigo!*

*—¡Mejor que la flecha…!*

*—¡La lanza!*

*—¡Mejor que la lanza…!*

*—¡La espada!*

*—¡Y cuando toda arma se haya roto…!*

*—¡A puño y a pie, a uña y a diente!*

Llegado ese momento, las venas de la garganta de Leónidas se hincharon y su voz brotó de su ancho pecho como el rugido del león del que llevaba el nombre.

—¡Por Esparta! ¡Por Heracles! ¡Por Cástor y por Pólux y por la divina Helena! ¡¡Hijos de Esparta!! ¡¡¡Cargaaaaaaaaad!!!

A la orden de su rey, los hombres de Leónidas levantaron los escudos y, tal como habían hecho los atenienses en Maratón, corrieron.

Y Leónidas corría el primero de ellos, a sus sesenta años y con treinta kilos de armas encima. Sus latidos resonaban como el batir de los tambores en el momento culminante de la danza pírrica. Se preguntó si aguantaría ese ritmo. Había visto a hombres diez e incluso veinte años más jóvenes que él caer fulminados por exigir a su corazón esfuerzos como aquel. Pero no se preocupó demasiado por ello, ya que notaba que por las venas le corría un fuego como no había inflamado su cuerpo en los combates de los dos días anteriores.

Los espartanos estaban rompiendo otra inveterada costumbre, pues, además de cargar a la carrera, lo hacían entre alaridos y aullidos demoníacos. Las puntas de las lanzas persas, que asomaban casi inmóviles por encima de los inmensos escudos, empezaron ahora a agitarse como juncos en un vendaval. Leónidas comprendió que era la obra de Fobos, y se lo agradeció: el Miedo es el mayor aliado de los espartanos, que conviven con él desde el mismo día en que nacen. El pánico hacía que los ojos de los persas se abrieran desmesuradamente, tanto que se distinguía perfectamente el blanco de la esclerótica rodeando el iris. O esa impresión tuvo Leónidas; sin poseer la vista privilegiada de un dios, difícil le habría sido captar tal detalle, que tal vez aportó su imaginación.

*—Hasta ahora os habéis contenido, habéis guardado energías para aguantar y combatir al día siguiente. Hoy no tenéis que reservar nada. ¡Hoy tenéis que darlo todo!*

*—¡Hoy lo daremos todo! —clamó el corro de guerreros.*

*—¡No os vayáis a la otra orilla de la Estigia lamentando haberos guardado fuerzas, pues de nada os van a valer en el infierno!*

Una andanada de proyectiles cayó sobre ellos y convirtió los escudos espartanos en alfileteros acribillados de flechas. Pero los arqueros persas, afamados por su velocidad, no tuvieron tiempo para disparar una segunda ráfaga, pues los espartanos ya estaban encima.

Y entonces se produjo el choque, mucho más violento que en las contiendas de la víspera y la antevíspera. Pues hasta ahora habían sido los persas y sus aliados quienes embestían, y siempre el temor los había forzado a refrenar la carga unos metros antes, y detenerse a distancia de lanza para tentar los escudos espartanos.

*—¡Acabad con todos! ¡Segadlos como mieses! Por última vez, ofreced un sacrificio a Zeus Agétor y a Ártemis Agrotera, y también a las divinidades infernales. ¡Que los dioses no beban la sangre espartana hasta que estén bien saciados de sangre persa!*

¿Saciarse los dioses?, se preguntó Leónidas. ¿De la sangre y el humo de los sacrificios, de la carne humana, del espectáculo de las breves, miserables y turbulentas vidas de los mortales?

No, los dioses nunca se saciaban. Y a los espartanos no les importaba ofrecerles ese espectáculo.

El combate fue mucho más salvaje que los de los días anteriores. Aunque la guerra era brutal siempre, la mayoría de las veces los contendientes mostraban un punto de contención, de freno, y había más de exhibición y de danza guerrera en sus actos que de auténtica carnicería, como cuando los machos de una manada competían por impresionar a las hembras más que por aniquilarse entre ellos.

Pero aquel día no fue así.

Aquel día, en la tercera jornada de las Termópilas, la barbarie de la refriega llegó a tal grado que incluso el sanguinario Ares se lo habría pensado antes de entrar en combate.

La lambda espartana se abrió paso entre las filas persas como el bisturí que saja una herida purulenta. Los hombres de Leónidas dejaron atrás enseguida a los batallones de los aliados que combatían en los flancos. Pese a

que tespios y tebanos combatían con denuedo, no tardaron en quedar absorbidos por la marea persa, como gotas de aceite flotando en el agua; con la diferencia de que las gotas de aceite mantienen su tamaño, mientras que las falanges de tespios y tebanos poco a poco iban reduciéndose a la nada.

Sin nada que perder salvo la vida, los trescientos de Leónidas masacraron las primeras filas enemigas. Entre los infantes persas había oficiales montados a caballo y vestidos con vistosos ropajes, y contra esos se dirigió primero la ira de los espartanos. A uno de ellos lo abatieron entre Leónidas y Diéneces: fue este quien alanceó al caballo y Leónidas quien remató al jinete caído con la espada, pues la lanza la había partido en dos al ensartar de parte a parte a un *sparabara*.

Ellos no podían saberlo, ya que no habían mantenido conversaciones diplomáticas antes de la batalla, pero el notable al que mataron era un hermano de Jerjes llamado Aurvataspa. Más tarde los griegos, que siempre habían tenido el oído un poco duro para las lenguas extranjeras, lo rebautizaron como Abrocomas.

A esas alturas del combate no era Leónidas el único que había quebrado la lanza. Muchos de sus hombres, rotos los astiles de las picas, seguían hiriendo y matando enemigos con las espadas, pero también usaban los escudos como armas y, tal como rezaba el código espartano, incluso los puños y los pies y, si un persa se acercaba lo bastante, la emprendían con él a dentelladas.

Leónidas había participado desde muy joven en maniobras, batallas campales, escaramuzas y emboscadas de todo tipo, pero jamás se había visto en una refriega tan violenta. Diéneces debió de leerle el pensamiento en la frente, porque, escupiendo una mezcla de saliva, polvo y sangre, exclamó:

—¡Nunca me había visto en otra como esta!

—¡Ni yo, amigo!

Ahítos de matar, con la mitad de las lanzas astilladas, los espartanos hicieron un alto para apoyar rodillas y escudos en el suelo y recobrar el aliento. Delante de ellos, las líneas persas reculaban, pero únicamente para abrirse y dejar paso a tropas de refresco.

—Esos persas que nos iban a sodomizar todavía no llegan —comentó Diéneces, mirando hacia atrás—. ¿Y si ha sido un embuste para que abandonáramos la posición?

Leónidas giró el cuello y los soldados que tenía detrás se apartaron un

poco para no estorbarle la vista. Se hallaban a casi un kilómetro del Muro Focense, más lejos de su posición de lo que habían llegado en los días anteriores. La explanada que habían dejado atrás se veía alfombrada de cuerpos; Leónidas sintió una truculenta satisfacción al comprobar que había más cadáveres ataviados con caftanes que con corazas de lino.

A unos trescientos metros a su izquierda, junto al Calídromo, se libraba un confuso combate entre los persas y los supervivientes tebanos, cuyos detalles resultaba imposible captar entre el caos y las nubes de polvo. Pero el hecho de que los tebanos hubieran roto sus líneas significaba que estaban condenados.

«Como nosotros», se recordó a sí mismo Leónidas. Solo era cuestión de tiempo.

Detrás de él, Megistias aguantaba todavía en pie. El adivino había perdido el yelmo en algún momento o se había desembarazado de él. Tenía el rostro del color de los rescoldos de una hoguera apagada, y su pecho silbaba como un fuelle roto. Leónidas pensó que no iba a hacer falta ninguna lanza enemiga para enviarlo en breve al inframundo.

Aun así, Megistias, que había escuchado las palabras de Diéneces, encontró suficiente aire en sus pulmones para contestar:

—No es ningún embuste. Los dioses han sido muy claros.

—Qué le vamos a hacer —respondió Diéneces—. De todos modos, con los persas que tenemos delante hay más que suficiente. ¿Cuántos has matado tú, mi rey?

Sin soltar el puño de la espada, Leónidas abrió tres dedos.

—No está mal para un sesentón en su último día de vida, ¿no crees, amigo? —dijo entre dientes. La boca le sabía a metal, o a sangre, o los dos sabores eran uno y el mismo.

Diéneces y él se miraron a los ojos durante un par de segundos.

Leónidas presintió que aquella iba a ser la última mirada que intercambiaran.

Algo oscureció el sol un instante. Leónidas no se molestó en alzar la vista para comprobar si se trataba de una gaviota, un cuervo o alguna otra ave. De sobra sabía lo que aleteaba sobre su cabeza.

Las Keres.

—¡Ya vuelven! —exclamó a su izquierda el gemelo Alfeo.

Por entre las filas que habían retrocedido, abriéndose paso a latigazos o directamente pisoteando a sus compañeros, venía una nueva unidad de lanceros, *arshtika* uniformados con túnicas azules tan inmaculadas como si acabaran de traérselas del lavadero.

Al frente de ellos cabalgaba un oficial ataviado con una casaca y unos pantalones tan blancos como el corcel que montaba, adornados únicamente por quebradas grecas negras. Blindado por una larga coraza de escamas doradas, no llevaba escudo; únicamente una larga lanza que empuñaba con ambas manos mientras manejaba a su montura con las rodillas.

A Leónidas se le paró el corazón un instante.

—Yo conozco a ese hombre —murmuró, mientras sus guerreros, sin terciar orden alguna, levantaban los escudos y se disponían a otro asalto.

A un gesto del oficial persa, sus lanceros se lanzaron a la carrera entre alaridos. «¡Venid a por más, hijos de puta!», exclamó alguien cerca de Leónidas. Habría jurado que era la voz de su ilota Traso.

El oficial estaba ya tan cerca que Leónidas pudo distinguir sus rasgos bajo la mitra. Unos labios gruesos y burlones, una barba recortada y fina, muy distinta de las barbazas luengas y rizadas que solían llevar los persas. «Yo conozco a ese hombre», repitió Leónidas.

A ambos lados, el combate se había reanudado, entre golpes de metal y madera, jadeos y gruñidos guturales. Pero para Leónidas el mundo había quedado reducido al oficial persa. Aunque habían pasado más de diez años, se acordaba perfectamente de su rostro.

A cinco pasos de Leónidas, el persa desmontó. Lo hizo con un movimiento líquido, pasando una pierna por encima de la cruz del caballo, con la misma facilidad insultante con que —Leónidas lo recordó ahora— combatía a dos manos con aquella lanza.

De pronto, el fuego que recorría sus venas se había apagado. Un dolor sordo, profundo, le recorría todos los miembros partiendo de los riñones.

—Es un placer verte de nuevo, Leónidas —dijo el persa en un griego casi perfecto.

El nombre acudió por fin a su memoria.

Bagabigna, conocido como el Asesino Blanco tras masacrar a los

defensores de Mileto. El mismo que había derrotado a Perseo en el gimnasio de Heracles.

Ahora comprendía a qué se refería Perseo cuando decía que había venido a las Termópilas a saldar cuentas. No se refería ni a su padre ni a su hermano, sino al guerrero persa.

—Pero no puede ser —balbuceó—. Estás muerto. Después del duelo te arrojaron al…

No pudo completar la frase. Como una serpiente, el persa atacó. Leónidas levantó el escudo a tiempo de interceptar la lanza que se proyectaba hacia su rostro. Pero un instante después, o quizás al mismo tiempo —¿cómo podía alguien ser tan rápido?—, sintió un golpe muy fuerte casi en la ingle.

«Me ha dado una patada», pensó Leónidas, porque el impacto había sido más contundente que punzante. Pero cuando miró abajo, vio que la punta de la lanza, alargada como una hoja de laurel, había atravesado una de las tiras de cuero que reforzaban su coraza, y también la túnica roja, y se había clavado en su muslo.

Leónidas soltó el escudo y agarró la lanza con la mano izquierda, con la intención no de arrancarla de su cuerpo, sino de usarla para acercarse al persa y clavarle la espada en la garganta. Pero Bagabigna, de nuevo, fue mucho más rápido que él y tiró de su arma con tanta violencia que la hoja de hierro cortó los dedos del rey espartano y dejó dos de ellos colgando de unos restos de pellejo.

Solo eran unos dedos. No tenían importancia.

—¡¡Leónidassss!!

La voz de Diéneces le llegó desde una distancia infinita, aunque su amigo estaba prácticamente pegado a su costado derecho. Con un extraño desapego, Leónidas observó cómo un chorro de sangre roja y limpia brotaba de la herida. No notaba dolor, tan solo una sensación extrañamente dulce.

«Me ha dado en el triángulo de Tánatos», pensó Leónidas. Allí, donde se juntaban la vena y la arteria femorales, cualquier herida era mortal de necesidad.

# 4

## Camino de Alpeno a las Termópilas

Perseo regresaba por el mismo camino por el que había venido de las Termópilas apenas dos horas antes. A su izquierda se levantaba la frondosa ladera del Calídromo y a su derecha, tras varias líneas de árboles, se divisaban las aguas del golfo. En un hueco entre los pinos entrevió una nave que se alejaba hacia el este. Entornando el ojo para que no lo deslumbrara el cabrilleo del sol en las olas, Perseo creyó distinguir el navío de enlace con la flota de la alianza griega anclada en el norte de Eubea.

El ateniense al mando de aquel barco era un guerrero de tan buen porte que ni siquiera parecía ateniense: Cimón, hijo del general Milcíades, al que se consideraba el vencedor oficial de la batalla de Maratón. En realidad, según le había contado Leónidas junto al fuego del campamento un par de noches antes, el artífice de aquella victoria no había sido Milcíades, sino Temístocles, el intrigante ateniense que había visitado Esparta en la época de la malhadada embajada enviada por Darío. Por supuesto, se lo había explicado cuando el hijo de Milcíades no se encontraba presente.

Cimón era un admirador confeso de Esparta. No solo se dejaba el cabello largo a la manera de los lacedemonios, sino que incluso hablaba con cierta afectación, pronunciando *matér* con la a larga doria en lugar de *metér* como hacían jonios y atenienses. Su actitud no se limitaba a ser una pose: Perseo lo había visto combatir y no desmerecía de ningún espartano.

Salvo del propio Perseo, obviamente. Consciente de sus virtudes guerreras, en parte naturales y en parte acrecentadas por el ejercicio, llevaba muchos años sin encontrar a un rival de su talla. El único que le importaba, y al que quería derrotar delante del mayor número posible de testigos, se encontraba entre las filas del ejército enemigo. Pero Bagabigna era un único hombre entre más de cien mil: encontrarlo en plena batalla habría sido como hallar una aguja en un pajar. Algo que no iba a ocurrir de ningún modo.

—Por favor, señor. No vayas tan rápido. Mi amo apenas puede seguir tu paso.

Perseo se dio la vuelta y refrenó un poco su trote. Detrás de él venía Éurito, guiado por su ilota, que prácticamente lo llevaba de la mano para evitar que tropezara con las piedras o raíces del sendero.

El otro guerrero afectado de infección ocular, Aristodemo, no había querido acompañarlos.

—No estoy en condiciones de combatir —había alegado.

—¿Que no lo estás? —le reprochó su compañero Éurito, cuyo estado era mucho peor—. Quienes no están en condiciones son todos esos.

Éurito había señalado a los heridos de las camillas a los que los criados, médicos y cirujanos evacuaban como podían del templo de Asclepio. A los que se encontraban más graves los estaban rematando cortándoles las venas de los brazos o clavándoles espadas o lanzas en el pecho para evitar que fueran apresados y torturados por el enemigo. Si bien se suponía que los persas adoraban a Ahuramazda, un dios solar parecido a Apolo, el padre de Asclepio, lo más previsible era que primero masacraran a todos los heridos refugiados en su recinto y solo después cayeran en la cuenta de que tal vez estaban cometiendo un sacrilegio.

—No puedo combatir así —insistió Aristodemo—. En mi estado no voy a servirles de nada a mis compañeros.

—¡No se trata de ser útil! ¡Se trata de honor! —respondió Éurito.

—Habrá más batallas. ¡Las Termópilas ya están perdidas!

Éurito había escupido a los pies de quien hasta aquel momento era su amigo. En cuanto a Perseo, había preferido no decir nada. Conocía la expresión que se había adueñado del rostro de Aristodemo demudando el color de su piel. Había caído en el poder de Fobos. No el que inspira el miedo normal antes de una batalla cuando la posibilidad de hallar la muerte se mezcla con la excitación de formar en las filas con otros camaradas cargado de bronce y hierro. No, el terror que se había apoderado de él era una sensación mucho más intensa, provocada por la certeza del final inminente. No todos los hombres, ni siquiera si eran espartanos, eran capaces de enfrentarse a la seguridad de que las alas de las Keres iban a envolverlos en su funesta sombra.

El mismo Perseo no se sentía nada feliz con la perspectiva de su muerte inmediata. Durante su viaje a la Estigia, Tisámeno le había explicado que, debido a la profecía del oráculo de Delfos, sabía que iba a conseguir cinco victorias como adivino. Las visiones que había recibido en su trance de la cueva del Taigeto habían sido más precisas incluso: en ellas había contemplado una gran batalla, la más gloriosa jamás librada entre griegos y bárbaros, tan violenta y de tal magnitud que ni las más épicas de la guerra de Troya se le habrían podido comparar.

—Y esa será la primera de las victorias que le brinde a Esparta.

Pero Tisámeno no había acudido a las Termópilas. Y aunque lo hubiera hecho, saltaba a la vista que en el día de hoy Esparta no iba a cosechar ninguna victoria, ni grande ni pequeña.

Pero a veces, se decía Perseo, un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer. Como su amigo Escaleno le había comentado en una ocasión hablando de la muerte, «a veces hay que abandonar el simposio antes de que lleguen las flautistas más guapas».

Otros disfrutarían de esa victoria prometida por Tisámeno. No así Perseo. Pero al menos nadie podría decir de él que en la última hora había abandonado a sus camaradas ni, sobre todo, al mejor rey que había tenido Esparta en mucho tiempo.

Sin darse cuenta, Perseo había vuelto a acelerar el paso. Cuando el criado de Éurito se quejó, le respondió:

—Tenemos que llegar con Leónidas antes de que aparezcan los persas por su espalda.

—Ya va a ser demasiado tarde para avisarlos —respondió Éurito, jadeante.

—No se trata de avisarlos —dijo Perseo—. Lo que quiero es que nos dé tiempo a unirnos a ellos.

Aunque no lo expresó en voz alta, al menos quería morir formando parte de una falange espartana y no destripado en un camino como un vulgar salteador.

Perseo oyó pasos precipitados y sonido de metal y correajes entrechocando. Por un momento pensó que se trataba de enemigos que venían de frente, pero al pasar un recodo del camino descubrió que eran soldados

griegos. Venían a decenas, cientos, en destacamentos separados o en columnas apretadas, todos ellos al paso ligero o al menos alargando las zancadas para alejarse del peligro con la mayor rapidez posible. Muchos de ellos abandonaban las márgenes del camino y marchaban entre los árboles por adelantar a sus compañeros, e incluso algunos trepaban por la ladera buscando la seguridad que podían brindarles las alturas del Calídromo. Cuando se cruzaban con Perseo y Éurito, les hacían aspavientos y exclamaban:

—¿Adónde vais, locos?

No obstante, al ver a Perseo, el terrible guerrero que sacaba una cabeza a los demás y al que habían visto combatir como un demonio en el desfiladero, se abrían a ambos lados de él, como olas cortadas por el espolón de un trirreme.

El último grupo con el que se cruzaron fue el reducido contingente micénico, que trataba de marchar con más dignidad, aunque los soldados miraban cada pocos pasos a sus espaldas con gestos de nerviosismo. Después de aquellos encuentros, que habían retardado su avance permitiendo que Éurito recobrara el resuello, tuvieron durante un rato el camino expedito.

«Los próximos con que nos topemos serán enemigos», pensó Perseo, y se descolgó el escudo de la espalda y lo embrazó.

Llegaron a un repecho del camino donde el cambio de pendiente les impedía ver lo que había al otro lado. Al coronarlo, en un punto rodeado de árboles que entrelazaban sus ramas por encima a modo de dosel, Perseo vio a los persas.

Venían diez o doce adelantados, otros veinte o treinta detrás de ellos, y más a lo lejos un número indeterminado. Seguramente se trataba de un destacamento que los mandos habían enviado a Alpeno mientras el grueso atacaba la posición espartana en la Tercera Puerta.

Los infantes persas vestían ropas oscuras, y traían brazos y rostros tiznados. Perseo, que en más de una ocasión se había embadurnado de hollín o cenizas para alguna operación nocturna, comprendió que lo habían hecho para infiltrarse sin ser vistos entre los bosques y las breñas.

Sin dejar de correr, varios de los persas cargaron sus arcos. Uno de ellos disparó y la flecha silbó cerca del rostro de Perseo. A sus espaldas, el ilota de Éurito soltó un grito de dolor. Por el tono de su voz y el sonido de la caída,

Perseo comprendió que la herida había sido mortal.

—¡Toma tu escudo, espartano! —exclamó Perseo, dirigiéndose a Éurito —. ¡Es noble y decoroso que nosotros muramos aquí!

Con el rabillo del ojo vio que a su izquierda, bajando por el pinar de la ladera, venían más soldados persas que se habían salido del sendero. Pese al tizne y las pieles y trapos con que se cubrían, reconoció debajo los vistosos caftanes de los *Anushiya*, los mal llamados Inmortales, pues se habían enfrentado con ellos la víspera.

A sus espaldas oyó el ruido de armas entrechocando y, apenas un segundo después, el restallido de varias cuerdas de arco al soltarse. Se giró rápidamente y vio a Éurito caído e inmóvil en el suelo, con una flecha clavada en su garganta, otra en un ojo y una tercera en el muslo.

«¿Por qué estoy vivo todavía?», se preguntó.

Entre los enemigos que venían de frente y los que habían aparecido por la ladera, Perseo se encontró en el centro de un círculo de arqueros y lanceros. Había al menos veinte persas rodeándolo. Cada vez que avanzaba un paso, los que tenía delante retrocedían, mientras que los que estaban a su espalda avanzaban para acercarse, aunque nunca a distancia de ser golpeados por su lanza. Los arqueros llevaban sus armas cargadas, con las cuerdas a medio tensar y las flechas apuntando al suelo, pero Perseo no se hacía ilusiones: podían dispararle en menos de medio latido de corazón.

—Dejad de jugar conmigo, bastardos —dijo en persa, girando a todas partes como un león acorralado.

Había comprendido que ya no iba a poder cobrarse más vidas enemigas. Aunque le dolía morir así, pensó que no tenía derecho a quejarse. Desde aquellos dos mesenios a los que mató durante la *phouaxir*, había enviado al Hades «innumerables almas de guerreros», como habría cantado Homero.

—¿Desde cuándo sabes hablar persa, hermano?

Al oír aquella voz, Perseo se quedó paralizado. El círculo de persas se abrió, y entre ellos apareció un hombre ataviado con una panoplia griega y cubierto con un casco corintio que le tapaba el rostro. Dejando el escudo en el suelo, descansando en sus rodillas, se levantó el yelmo con la mano derecha.

Hacía más de once años que Perseo no lo veía. El rostro ya enjuto se había afilado con el tiempo, mostrando unas líneas rectas y talladas a buril, y los

labios se veían más finos y los ojos estrechos como rendijas. Era como si las escasas aberturas que mostraba hacia el mundo exterior se hubieran cerrado todavía más, hasta convertirlo en una imagen algo más joven del taciturno Damarato.

Su hermano Nabis.

Nabis levantó la mano y habló en persa.

—No disparéis los arcos. Es mi hermano, hijo de Damarato.

«Eso crees tú, ingenuo», pensó Perseo, observando con maliciosa satisfacción que el acento persa de Nabis era peor que el suyo, pese a los años que llevaba refugiado en la corte del Gran Rey.

Se suscitó una breve discusión. Un persa con aspecto de oficial dijo que, por muy hermano de Nabis que fuese, Perseo no dejaba de ser un perro espartano, como todos los que iban a morir en las Termópilas.

Nabis se tragó el epíteto de «perro espartano» sin pestañear, pero dijo algo que a Perseo le interesó sobremanera.

—¿No sabéis que el mismísimo Bagabigna ha ofrecido una recompensa de quinientos daricos a quien le lleve vivo a Perseo, hijo de Damarato?

Al oír la cifra de quinientos daricos, la agresividad del oficial se mitigó de golpe. En cuanto a Nabis, volviéndose hacia Perseo, añadió:

—Si sabes lo que te conviene, suelta las armas. Ni siquiera tú eres enemigo para todos estos hombres.

«Pero tal vez para Bagabigna sí», pensó Perseo, dejando caer al suelo el escudo y la lanza.

—¿Vas a llevarme a presencia de Bagabigna? —preguntó Perseo.

—Así es. Ayer estuvo junto al trono del Gran Rey y te vio combatir. Ahora, ponte de rodillas con las manos a la espalda. No me fío de ti.

Al parecer, todavía no era el día que las Moiras habían elegido para su muerte. Obedeciendo las órdenes de su hermano, Perseo se puso de rodillas con las manos a la espalda y se dejó atar.

Desde los tiempos de la *agogé* había rogado a los dioses, y sobre todo a Némesis la Retribuidora, que le otorgaran la venganza sobre Cleómenes, Nabis y Bagabigna.

Cleómenes ya había caído. Ahora, aunque fuese como prisionero, iban a llevarlo al campamento persa. Cerca de Nabis y del Asesino Blanco.

¿Lo torturarían?

No. Ese habría sido el estilo de Datis el medo, el general que perdió la batalla de Maratón, pero no el de Bagabigna.

Recordó que Fénix, apuñalado por el Asesino Blanco, le había recomendado: «Ten a tus amigos en la casa de al lado, pero a tus enemigos todavía más cerca, en tu mismo lecho». Y él los iba a tener al alcance de su mano.

«Comprobarás que he aprendido unos cuantos trucos nuevos, persa», se dijo, pensando en Bagabigna.

Su hermano se acercó a él con la espada desenfundada. Un arma magnífica, con empuñadura de marfil y nácar. Mientras jugueteaba acariciando el pomo, Nabis dijo:

—¿Sabes una cosa, hermanito? Siempre he tenido ganas de verte así, de rodillas a mis pies.

El gesto de odio que contrajo los rasgos de Nabis sorprendió tanto a Perseo que, cuando le descargó un golpe en la sien con toda su rabia, ni siquiera lo vio venir.

Después no recordaría el momento del golpe.

Ni nada más.

# 5

## Las Termópilas

*—¿Cuántas veces muere el hombre que tiene miedo a la muerte?*

*—¡¡Cien!!*

*—¿Y cuántas veces muere un guerrero?*

*—¡¡Una!!*

*—¿Podemos elegir no morir?*

*—¡¡Noooo!!*

*—¿Qué podemos elegir?*

*—¡¡Morir como espartanos!!*

Leónidas cayó de rodillas, fascinado por el charco rojo que pintaba en el polvo el manantial de su propia sangre.

El tiempo y el espacio se espesaron como leche cuajada. Leónidas suspiró y el silbido de su propio aliento hizo retumbar ecos en su interior.

Pese a todo, se levantó.

La sangre había dejado de brotar. ¿Cómo era posible? Palpó con los dedos: la herida se había cerrado.

Levantó la mirada, dispuesto a enfrentarse de nuevo con aquel demoníaco persa que había regresado del Hades. Mas en lugar de encontrarse con Bagabigna, vio a un joven de mirada entre alegre y pícara, tocado con un ancho sombrero de caminante y armado únicamente con una vara de olivo en la que se enroscaban dos serpientes.

—Hermes Psicopompos… —murmuró.

—El mismo —respondió el dios.

—Entonces, ¿en esto consiste estar…?

Aunque el rey no llegó a pronunciar la última palabra, Hermes asintió.

Leónidas se miró las manos. Intactas, limpias de polvo y sangre, incluso de las pequeñas manchas pardas que le habían brotado con los años. Veía los bordes de los dedos y el color de su piel con una extraña nitidez, como si hasta entonces hubiera estado sumergido en agua turbia y oscura y por primera vez saliera a la luz del día.

—Mira abajo —le dijo el dios.

Él lo hizo. Bajo sus pies, la batalla continuaba. Pero ahora se libraba un combate de sombras, en negros, grises y blancos sin brillo, y los ruidos llegaban amortiguados como desde una inmensa lejanía.

Vio su propio cuerpo, caído boca arriba sobre el polvo. Dos guerreros enemigos tironeaban de sus brazos para llevárselo, mientras Traso y Alfeo hacían lo propio con sus piernas en dirección contraria. Por encima de su cadáver, persas y espartanos se asestaban lanzazos y estocadas como si combatieran por el cuerpo de Patroclo.

Con una mezcla de lejanía y orgullo, Leónidas vio cómo la nube de adversarios que pretendían apoderarse de su cuerpo y de sus armas retrocedía hasta cuatro veces, y cómo el bravo Diéneces conseguía hacer recular al propio Bagabigna. Por fin, el oficial persa que debería haber estado muerto levantó la mano y exclamó:

—¡Dejad que se lo lleven! Pronto lo acompañarán.

Lo curioso para Leónidas fue que entendió la orden de Bagabigna aunque este la había expresado en persa, idioma del que el rey espartano conocía apenas un manojo de palabras, la mayoría insultos.

—Es lo que ocurre cuando uno está muerto —le explicó Hermes.

Desde las alturas, Leónidas contempló cómo su cadáver pasaba entre los brazos de sus hombres, que retrocedían cargando con él hacia el Muro Focense. No se estaban retirando, comprendió, sino que se alejaban de la horda de enemigos para evitar que se apoderaran de su rey. Tras cruzar el estrecho paso entre la muralla y el mar, aquellos últimos espartanos —ya menos de la mitad— subieron a un pequeño cerro sembrado de arbustos, con forma de túmulo. «Colono», lo llamaban los lugareños.

Al ver que toda la horda de Jerjes llegaba por el oeste mientras que por el

este acudían, por fin, los Inmortales que habían rodeado la montaña, Leónidas comprendió que aquella colina iba a ser, en efecto, el túmulo de sus soldados.

Los proyectiles caían sin cesar, como aquella nube que según Diéneces les serviría de sombra, mientras los supervivientes trataban en vano de protegerse con los broqueles. Hasta que el propio Diéneces, con una flecha clavada en el muslo derecho, otra encima de la clavícula y una tercera, ya rota, en la mano izquierda, se puso en pie y dejó caer el escudo. Desafiando a las flechas, se dibujó en su rostro una sonrisa feroz. Sus dientes, unos dientes blancos y rectos de una rara perfección, se veían ahora rojos de sangre.

—¡Camaradas! ¡Hermanos! —exclamó—. ¡Recordad que los espartanos no…!

*—¡Los espartanos no morimos! ¿Qué hacemos?*

*—¡¡Nos reagrupamos en el infierno!!*

—¡… En el infierno!

Al oír cómo los pocos que quedaban vivos bajo el diluvio de flechas contestaban a su oficial con su último aliento, Leónidas sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Solo que ya no tenía espalda.

Unos enormes pájaros grises de piel coriácea y desprovista de plumas habían sobrevolado hasta ese instante el campo de batalla. Ahora descendieron sobre la colina en picado, como halcones. Arrebatando entre sus huesudas garras las sombras de quienes habían sido unos minutos antes guerreros de Esparta, se las llevaron entre agudos graznidos.

Una vez que las Keres se perdieron de vista, tan solo quedó el cerro, cubierto de cadáveres acribillados de flechas.

El tiempo corría cada vez más raudo. A continuación, Leónidas vio su propia cabeza clavada en el extremo de una pica, un tétrico trofeo que los soldados persas se pasaban alegremente de mano en mano para llevársela a Jerjes.

Y de pronto todo desapareció. Ya no había ni persas ni griegos. Las Termópilas habían quedado solitarias, azotadas por un viento indiferente a todo, un vendaval que levantaba remolinos de polvo en el suelo y cabrillas de espuma en el mar. El único rastro de presencia humana era un león de mármol en la cima de la colina. En el pedestal, unas letras grabadas a cincel rezaban:

Extranjero, ve a anunciar a los espartanos

que aquí yacemos obedeciendo sus órdenes.

—Te he dejado entrever algo del futuro —le dijo Hermes—. Pero ya es hora de que cruces al otro lado conmigo.

Ante los ojos de Leónidas, las sombras borrosas en que se había convertido el mundo exterior terminaron de esfumarse. Únicamente quedaban Hermes y un túnel de bruma que conducía hacia una luz remota. El dios, volando hacia el resplandor, le hizo una señal con el caduceo para que lo siguiera. Pero Leónidas no se había librado todavía del apego y la curiosidad que los recién muertos sienten por el mundo de los vivos.

—Las Termópilas han caído —se lamentó—. Jerjes nos ha derrotado.

—Créeme, Leónidas —le animó Hermes—. Pocas victorias habrá nunca tan gloriosas y celebradas como tu derrota.

—Pero ¿qué pasará ahora? ¿Qué le ocurrirá a Grecia?

El dios volvió la vista atrás para comprobar que Leónidas lo seguía.

—Eso ya no es preocupación tuya. Pero no pierdas la fe. Aún os quedan el valor de ocho mil espartanos y la fuerza de un hombre que pudo ser rey.

Aunque no dijo el nombre, Leónidas comprendió.

—Perseo —susurró.

Y por fin se zambulló con Hermes en la luz y todo terminó.

—Ha abierto el ojo.

—Por fin.

¿Había abierto los párpados, de verdad? Su cabeza era el mundo, y el mundo entero era una nube de dolor y presión, una inflamación que se extendía por dentro, detrás de su ojo, entre sus oídos, embotándole los pensamientos.

Solo sabía que era Perseo. El nombre flotaba ante su vista, en letras de color ocre, como grabadas a punzón en una vasija. Pero las letras se mezclaban, Preseo Rpsoes Srepeo, se burlaban de él, se abrían todas como lambdas, lambdas de Laconia, y las lambdas se convertían en alas de gaviota y volaban lejos de su vista.

Ya no había nombre. Ni Perseo, ni Laconia. Ni Esparta, ni Gorgo, ni Cleómenes, ni Damarato. Todos habían volado lejos, muy lejos.

El cielo. Blanco sobre su cabeza. Era lo único que veía. Demasiado blanco, dolía. Bajo su cuerpo, una superficie dura. Seca. ¿Áspera?

—Parece asustado.

¿Asustado? ¿Él? Nunca lo estaba. No tenía que estarlo.

—Creo que no sabe dónde está.

No reconocía las voces. Le retumbaban dentro de la cabeza, como martillazos en una fragua. Hefesto y sus tres cíclopes aporreando una plancha de hierro, *clang, clang, clang*. Los golpes rebotaban entre las paredes de su cráneo, y cada vez que regresaban eran más fuertes y penetrantes.

Pero tampoco era un eco vacío. Era más como si la fragua estuviera inundada, *glub, glub, glub*, como si su cráneo estuviera lleno de un líquido sucio y espeso y las palabras y los pensamientos nadaran a duras penas ahí dentro.

Un rostro se inclinó sobre él. Era menos luminoso que el cielo. Mejor. Así dolía menos verlo.

Era una mujer. Tenía el cabello oscuro, recogido atrás. Los ojos del color del hierro.

No, no podía ser una mujer. Llevaba armas. Una coraza de cuero con escamas de bronce, y su mano aferraba el astil de una lanza.

Pero los rasgos eran de mujer. Debía de ser la diosa Hestia, la única que llevaba armadura. No, Hestia no. Atenea. Pero ¿acaso no eran invulnerables las diosas? Esta tenía una herida en la oreja. Le faltaba un lóbulo. ¿Era el derecho o el izquierdo? ¿Por qué no podía distinguir un lado de otro?

Se tocó la cara. Tenía un parche sobre un ojo. ¿Derecho o izquierdo?

¿Cuándo había perdido aquel ojo?

—Tranquilo, Perseo. Esa es una vieja herida —le dijo ella.

—¿Quién eres? ¿Eres una diosa?

—No soy ninguna diosa. Soy Artemisia.

—Eres la diosa Ártemis.

—Ártemis no. Artemisia. Artemisia de Halicarnaso. Tú no me conoces, pero yo conozco a tu padre, el rey Damarato.

—Mi padre…

La mujer volvió el rostro a un lado para hablar con alguien. Él no podía mover la cabeza. Si lo intentaba, el líquido que borboteaba dentro de su cabeza se convertía en el oleaje de una tormenta.

—Está desorientado —explicó la mujer y se volvió a él de nuevo—. ¿Sabes quién eres?

—Quién.

—Eres…

Vio cómo los labios de la mujer-diosa pronunciaban un nombre, el suyo. Pero el sonido se convirtió en burbujas que crecieron dentro de su cabeza, subieron hacia la superficie, y cuando llegaron y reventaron…

La niebla.

El olvido.

Tesalia, campamento persa, invierno de 480/479 a. C.

Abrió el ojo, desorientado.

Tenía la vaga sensación de que, en algún momento de su vida, o del tiempo, o de lo que fuera —pues incluso conceptos como «su vida» o «tiempo» se le escapaban—, no había estado desorientado. Intuía que la desorientación no era el estado natural, pero esa misma intuición se le escapaba entre los dedos como bruma.

Cerró el ojo de nuevo. Le dolía la cabeza. Mucho. Un dolor insoportable. Era más que un dolor, era una presencia física y palpitante, como un corazón que palpitara *bum, bum, bum,* debajo de su cráneo. Un corazón fabricado de lana mojada con sangre y con nieve sucia. Eso era lo que tenía dentro de la cabeza, un corazón de lana apelmazada que le apretaba, que le embotaba por dentro, *bum, bum, bum,* cada pensamiento.

Abrió el ojo otra vez. Casi mejor así. Si lo dejaba cerrado, se quedaba a solas con las sensaciones de dentro de la cabeza, con ese doloroso embotamiento.

Vio que estaba tumbado en una cama, desnudo y destapado. Debajo de su cuerpo había pieles. El pelo de esas pieles era muy fino y suave. Sobre su cabeza no se cernía un techo de madera ni de piedra, sino de lona, y las vigas no eran vigas, sino postes de cedro que sujetaban la lona. A modo de paredes se veían gasas y visillos, y también enrejados de cañas, y entre las cañas de las celosías colgaban hiedras y flores entrelazadas.

Las flores olían. Como olía el pebetero que quemaba aceite de rosas. Olores dulces. Querían recordarle algo, pero el *bum, bum, bum* lo borraba todo.

Levantó la cabeza y el torso. Al hacerlo, vio cómo los músculos de sus abdominales se contraían y se marcaban surcos entre ellos. Tenía todo el cuerpo depilado, salvo el pubis. ¿Eso era normal?

En realidad, no se hallaba del todo desnudo. Tenía una tira de piel alrededor de la cabeza que sujetaba un parche sobre uno de sus dos ojos. No tenía claro si se trataba del izquierdo o del derecho, ¿por qué les daban nombres diferentes?

Rozó el parche con los dedos, sin atreverse a apretar. Al hacerlo y preguntarse por un instante qué le había ocurrido a su ojo, fue como si se asomara al Tártaro. El abismo infernal se abrió a sus pies, una grieta en el

suelo como una boca monstruosa, y de esa grieta brotaron vapores de azufre y tentáculos aún más oscuros y viscosos que los de la niebla de su mente.

*Stygós! Stygós!*, le gritaron unas voces. «¡Abominación! ¡Abominación!».

Sacudió la cabeza para ahuyentar las voces y la visión del abismo. Al hacerlo, sintió una extraña pesadez en la nuca y todo giró en un vórtice durante unos segundos.

Pero, al menos, las voces se callaron.

Había algo más en contacto con su cuerpo, también de piel de animal. Una tira de cuero enrollada en una de sus muñecas, la misma del lado donde le faltaba el ojo. Era una pulsera extraña, de material un tanto tosco, y estaba adornada con trazos negros, oscuros, como dibujados con tinta.

Acarició la pulsera. De algún modo, presintió que estaba relacionada con el parche del ojo, que detrás de los dos objetos de cuero se escondían un mismo rostro y un mismo nombre. Pero no podía recordar, no podía saber.

—Tranquilo, Perseo. Estás en tu tienda.

Miró a su izquierda, moviendo el cuello con cuidado para no sufrir más vértigos. Había una mujer tendida de costado, con la cabeza apoyada en la mano derecha. También estaba desnuda. Sus senos eran opulentos. Tenía el brazo izquierdo levantado sobre la cabeza en una pose que sugería comodidad e indolencia. Su axila estaba depilada, como el resto del cuerpo. Incluso su pubis. De nuevo se preguntó si eso era normal.

La mujer era guapa. Tenía la nariz respingona y los ojos chispeantes. Una cara divertida, pensó él.

—¿Quién eres?

Ella le acarició el vientre por debajo del ombligo, rozando la línea del vello. El contacto era agradable y el cuerpo de él reaccionó. Esa sensación pareció aliviar la del *bum, bum, bum* dentro de su cráneo.

—¿Quién eres?

Ella le acarició el vientre por debajo del ombligo. El contacto era agradable. El cuerpo de él reaccionó. Pero la sensación allí abajo era casi dolorosa. ¿Eso era normal?

—Qué triste —dijo ella.

—¿Triste?

—Nos amamos, te adormilas, y cuando vuelves a abrir los ojos, nunca me recuerdas. Perdón, quería decir el ojo…

¿El ojo? Él rozó el parche de cuero que le cubría uno de ellos. El izquierdo. Era el izquierdo, sí.

*Stygós! Stygós!*, le gritaron una vez más las voces, pese a que para él volvían a ser nuevas e inexplicables. «¡Abominación! ¡Abominación!».

Inconscientemente, tocó la pulsera que rodeaba su muñeca izquierda.

—Es curioso el apego que le tienes a esa tira de cuero —comentó la mujer —. Te la han intentado quitar para bañarte, y cada vez que lo han hecho, aunque estuvieras casi inconsciente, has estado a punto de romperle los dedos a quien lo hiciera. —La mujer emitió una especie de ronroneo y añadió—: ¿Cómo puedes tener tanta fuerza en las manos?

Él se volvió hacia la mujer.

—¿Te conozco? —le preguntó.

Ella se acercó, le pegó los pechos al costado y le besó. Su boca sabía graciosa. Picante. ¿Balsámica? «Es almáciga», pensó él. El recuerdo había brotado de entre la bruma blanquecina que a ratos nublaba su visión. ¿Por qué recordaba cosas y no personas?

—Pero también es bonito que te ocurra eso —dijo ella cuando se despegó de él, después de haberle mordisqueado los labios a conciencia—. ¡Siempre es la primera vez para nosotros!

Le agarró el miembro y lo acarició un instante, riéndose. Debía de ser una mujer muy traviesa, pensó él.

—¿De verdad no te acuerdas de quién soy?

Él intentó recordar. Pero era como si unas uñas sucias y rotas hurgaran en su cabeza. En vano. El dolor se hizo más fuerte y no surgió ninguna imagen, nada que le brindara una pista. Cerró los párpados y se apretó la frente.

—Tranquilo —susurró la mujer, acariciándole las sienes—. Casi es mejor que no te acuerdes. Ven, levanta un poco y bebe. Esto te aliviará.

Él obedeció y se incorporó en la cama. Al lado había una mesita con varios frascos y pomos encima. También un cáliz de plata, que la mujer le tendió, arreglándoselas de paso para realzar sus pechos con el movimiento.

Perseo olisqueó con cautela el líquido de la copa.

—Es vino cocido con polvo de rosas —le explicó la mujer—. Heráclides ha dicho que te vendrá bien para el dolor de cabeza.

—¿Heracles?

Un destello de un gigante musculoso, vestido con una piel de león.

—Heráclides de Cos. Es el médico personal de Mardonio, el general que manda este ejército en nombre del Gran Rey Jerjes.

Todos aquellos nombres… Perseo sabía que los nombres debían ir unidos a rostros, como el hilo de pescar ha de ir unido a un anzuelo con cebo. Pero cuando él tiraba del hilo para recogerlo, solo aparecía el anzuelo, sin nada más. Sin rostros. Y cada vez que lo hacía para intentar recordar, aquella náusea interior de su cabeza se agravaba.

—Bebe.

Él bebió. No le gustaba el sabor y quiso apartar la copa, pero ella insistió.

—Me duele la cabeza.

—Tranquilo, Perseo. Has estado mucho peor.

—Perseo. ¿Quién es ese?

—Tú. ¿Quién va a ser?

El nombre le trajo reminiscencias. Un caballo con alas. ¿Acaso él había montado un caballo volador? No, eso no era posible.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó Perseo—. Todavía no me lo has dicho.

—Cloe.

—Cloe.

—Soy la esposa de Damarato. —Ella le mostró un anillo con una gruesa piedra violeta. Era lo único que llevaba puesto, aparte de una tobillera de oro —. Él me regaló esto para que no lo olvide.

—¿Tienes esposo?

—Sí, Perseo. Él es Damarato, el legítimo rey de Esparta.

—Esparta…

Cada nombre era un nuevo hilo. Pero su cabeza… Ella le acababa de decir que la bebida le calmaría el dolor. Perseo dio un largo trago, y luego otro, y

aunque le estragaba tanto dulzor, acabó vaciando la copa. Pero no notó que hacerlo le aliviara la jaqueca.

—Esparta es tu ciudad. La ciudad más poderosa de Grecia. La que vamos a conquistar para tu padre y para ti.

—Mi padre.

—Damarato. El legítimo rey de Esparta.

—¿Tú eres su esposa?

—Ajá.

Perseo se incorporó y se cubrió las vergüenzas con un cojín forrado de una tela muy suave y resbaladiza. Seda. Se llamaba seda. ¿Por qué recordaba nombres de cosas y no de personas?

—¿Qué te pasa, Perseo? ¿Te has vuelto tímido de repente?

—No podemos hacer esto. No está bien.

La mujer, Cloe, se levantó del lecho. No, no estaba bien, pensó Perseo, pero no pudo dejar de mirar su espalda desnuda, cómo se ensanchaba en las caderas y las nalgas. Ella era suave al tacto, y también a la vista, e incluso suave al olfato.

Cloe silbó un par de notas. Un visillo que colgaba entre dos celosías de caña se abrió y al otro lado apareció una mujer. Su piel era negra como la primera noche de mes. «Debe de ser nubia», pensó Perseo, sin saber de dónde provenía aquel recuerdo que no había intentado convocar.

La esclava tomó un vestido verde que estaba extendido sobre un arcón y se lo puso a Cloe, acomodando el pliegue sobrante encima de sus hombros y sus pechos y cerrando después los botones de plata. «En Esparta los vestidos se cierran con alfileres», pensó Perseo.

Le vino otro nombre a la cabeza. Fedra. Una mujer que se había acostado con el hijo de su esposo. Aunque no era hijo de ella, no estaba bien, y no había terminado bien. Muerte y destrucción por doquier.

Sin embargo, él no sentía nada. *Sabía* que hacer eso no estaba bien, pero no lo *sentía*. No le provocaba ningún remordimiento. No conocía a esa mujer. Y a su padre (¿cómo había dicho ella que se llamaba?) tampoco. ¿Qué le importaba a él lo que les ocurriera?

Cerró los párpados, pero no le vino ningún recuerdo. Rey de Esparta. ¿Él

era hijo del rey de Esparta? ¿Significaba eso que se iba a convertir en rey algún día?

Nada de eso significaba nada.

Volvió a abrir el ojo. Cloe ya estaba vestida. Eso sí le molestaba. Querría haberle dicho que se quitara la túnica otra vez.

—No está bien —dijo en voz alta, sin saber ni él mismo a qué se refería exactamente.

Cloe se acercó a la cama, le tomó la cabeza entre las manos y lo besó en la frente. Sus labios apagaron un poco el latido del tambor interno de su cabeza.

—No, Perseo, no está bien. Pero yo todavía soy joven y quiero gozar mientras pueda. Por muy rey que sea tu padre, su cetro hace tiempo que dejó de ponerse rígido.

—No te entiendo. ¿Qué tiene que ver su cetro?

—No hace falta que entiendas. —Ella le pasó la mano por los pectorales y las tetillas, y a Perseo se le puso la piel de gallina—. Lo bueno es que la próxima vez que venga a disfrutar de tu espléndido cuerpo, tú lo habrás olvidado de nuevo.

Después se fue, junto con la esclava. Perseo se dejó caer en la cama. Quería moverse, salir de la tienda, pero un sopor que era como un velo empapado se había apoderado de él.

Fuera se oían ruidos, muchos ruidos. Voces, risas, gritos, relinchos de caballos y de asno, y otros sonidos que no sabía interpretar. No, era mejor quedarse dentro. El mundo exterior debía de ser demasiado grande y complicado, lleno de caras y nombres.

Mejor dormir de nuevo.

# Quinta parte

## Amnesia

# 1

Las Termópilas, primavera de 479 a. C.

A sus treinta y cinco años, Artemisia, reina de Halicarnaso y vasalla de Jerjes, se conservaba en perfecta forma física gracias a la caza, las marchas, las cabalgatas y el entrenamiento con las armas. Por eso, cuando coronó el túmulo a largas zancadas y se paró a tomar aliento, sus pulsaciones no tardaron en regresar a su ritmo normal.

Aunque hacía calor, la brisa del mar soplaba con fuerza y hacía flamear el faldón de su túnica contra sus muslos. Artemisia respiró hondo y miró en derredor. Recordaba el lugar perfectamente, aunque con otra perspectiva. El verano anterior había estado al pie de ese mismo túmulo, presenciando cómo en el mismo suelo que ahora hollaba los últimos guerreros espartanos morían acribillados a flechazos mientras protegían el cadáver de Leónidas.

Una protección que a la postre resultó fútil, pues Jerjes había ordenado decapitar el cuerpo de su rival y clavar su cabeza en una pica para pasearla por el campamento como macabro trofeo.

Desde lo alto del túmulo se disfrutaba de una buena visión del paso. Abajo, a la izquierda y al pie del Calídromo, se levantaban los restos de la muralla que habían defendido los hombres de Leónidas, y más allá se extendía el angosto paso entre el monte y el mar. Por él marchaban en aquel momento las fuerzas de la *Spada*.

Un año antes, Artemisia las había visto pasar bajo el mando del propio Jerjes. En aquel entonces el conjunto era mucho más abigarrado, con contingentes de todos los pueblos sometidos al Gran Rey, desde Egipto hasta el río Indo. Ahora lo que veía era más homogéneo. Dentro de las lógicas variaciones de equipamiento y uniformes, la infantería irania que desfilaba en columna de a cuatro no mostraba tantas diferencias: lanza, escudo de mimbre y cuero, arco y flechas, caftanes rojos y azules. Algunos de sus miembros, los más notables y pudientes, llevaban también armaduras de escamas que

destellaban bajo el sol.

El propio contingente de Artemisia ya había pasado. En esta ocasión era mucho más reducido que el que trajera para la primera expedición: veinte hombres en total. Para ser exactos, la reina de Halicarnaso no se encontraba allí por la contribución que pudieran brindar sus soldados, sino porque Mardonio, que confiaba en ella como consejera, se lo había pedido así a Jerjes.

Tras el desastre de Salamina, en el que la flota griega obtuvo una resonante victoria sobre la del Gran Rey, este había encomendado personalmente a Artemisia que llevara en sus naves a su esposa Amestris y a los hijos e hijas que había traído consigo, tanto los engendrados con Amestris como los de otras mujeres. Artemisia, que para entonces se hallaba hastiada y desilusionada de aquella guerra, había pensado que con aquella misión finalizaban sus compromisos y que podría regresar a gobernar Halicarnaso y, lo que se antojaba una tarea mucho más complicada, educar a su díscolo hijo Pisindalis como futuro rey.

Sin embargo, todavía no había terminado de instalarse en su palacio de Halicarnaso cuando recibió un correo real. En la carta, sin preámbulos ni lisonjas, Jerjes ordenaba a Artemisia que volviera inmediatamente a Europa y se pusiera a las órdenes de Mardonio.

Aunque a Artemisia se le pasó por la cabeza rebelarse contra las órdenes y enviar un mensaje a Temístocles para declarar su apoyo a la causa griega, se impuso su sensatez. De haber sido reina de una isla, tal vez lo habría hecho, pues la flota ateniense podría haberla protegido. Pero Halicarnaso se hallaba en una península lo bastante ancha para permitir el paso a las poderosas máquinas de asedio de la *Spada*. Y, por otra parte, si se aliaba con los atenienses, enemigos declarados de las tiranías y otros gobiernos absolutos, Artemisia dudaba mucho de que le permitieran conservar el poder. ¡A ella, para colmo una mujer!

Después de pensárselo apenas una noche, había decidido obedecer la orden de Jerjes. La marcha hasta Grecia había sido larga y tediosa; viajar por mar era impensable para ella, ya que después de Salamina la flota griega dominaba el Egeo, y Artemisia no olvidaba que los atenienses habían puesto precio a su cabeza: nada menos que diez mil dracmas para quien la capturara viva y la llevara prisionera a Atenas.

Por fin, había dado alcance a la *Spada* justo allí, en un lugar tan señero

como las Termópilas. Con esta, Artemisia llevaba ya tres campañas en Grecia. Aunque las dos anteriores habían terminado en sendas derrotas, Maratón y Salamina, paradójicamente su situación personal había mejorado tras aquellos fracasos.

En Maratón había colaborado con un misterioso personaje enmascarado, Patikara, del que había acabado descubriendo que era el mismísimo Jerjes, a la sazón príncipe heredero del Imperio persa, aunque ella no le había revelado ni a él ni a nadie que lo sabía. De hecho, fue la acción del propio Jerjes en colaboración con Artemisia la que propició la derrota en Maratón: habían recurrido a un criado de ella para informar al enemigo —en concreto, al primo de Artemisia, el astuto Temístocles— del momento exacto en que las tropas persas iban a embarcar y abandonar la bahía. En ese trance de relativo caos, cuando buena parte del contingente persa estaba ya en las naves, los atenienses cargaron como suicidas… y vencieron.

Artemisia había escapado a duras penas de aquel desastre, con hoplitas atenienses pisándole los talones hasta su nave. Uno de ellos, hermano del poeta Esquilo, que tanta fama estaba ganando con sus tragedias, estuvo a punto de subir a bordo de la nave de Artemisia, pero ella había reaccionado a tiempo cortándole el brazo con un hacha mientras sus remeros se esforzaban por alejar el barco de la orilla.

Aquella conspiración a medias con Patikara, que, de haberla descubierto Darío, se habría considerado alta traición, le ganó a Artemisia el favor real cuando Jerjes subió al trono de su padre. De ser la esposa del tirano Sangodo, al enviudar había pasado primero a convertirse en tirana ella misma y después en reina, con una bula imperial firmada por el Gran Rey que la convertía en soberana de Halicarnaso y de las islas de Nisiro, Cos y Calidna.

¿Qué había movido a Jerjes a enmascararse en Maratón y boicotear la campaña del general Datis? Obviamente, Artemisia no había osado preguntárselo nunca. De hecho, no había hablado con nadie de lo sucedido aquella noche, ni tan siquiera con Fidón, el más fiel de sus oficiales. Las cábalas las había hecho a solas, y la única respuesta que se le ocurría era que Jerjes quería reservarse para sí la gloria de conquistar Grecia, aunque para ello tuviera que arrebatársela a su padre.

Diez años después de Maratón, a cambio de los favores recibidos, Artemisia había tenido que alistarse en la gran campaña de Jerjes: una flota de más de mil doscientos barcos, un ejército terrestre de ciento veinte mil

hombres y un número igual o mayor de criados y acompañantes. Ella había contribuido con cinco barcos de guerra y cuatro de transporte, amén de trescientos hoplitas. Con ellos había combatido en las Termópilas, frente a frente contra los afamados espartanos. El recuerdo de aquellos minutos de encarnizado combate no era un botín que hubiera ganado, sino algo que había perdido: el lóbulo de su oreja izquierda.

Fue en aquel día cuando su admiración por Jerjes empezó a enfriarse. El Gran Rey se había acostado con ella por la noche para, al amanecer, enviar a las tropas de Halicarnaso contra las de Leónidas sin decirle nada. Artemisia había llegado a tiempo de combatir y de resultar herida; pero aquella jugarreta de Jerjes la indignó tanto que, de no haber sido por la intervención de Mardonio, que se la llevó aparte, le habría echado una reprimenda en público al monarca que, sin duda, le habría costado la vida.

Al día siguiente, Artemisia había visto de nuevo menoscabada la grandeza de Jerjes cuando este ordenó que cortaran la cabeza de Leónidas y la clavaran en una pica para exhibirla por todo el campamento. Aun así, siguió sirviéndole con lealtad, e incluso cuando se celebró el consejo militar previo a la batalla de Salamina, ella fue la única que se atrevió a desaconsejar que la flota persa entrara en el estrecho.

Recordaba perfectamente la conversación con Mardonio, que le preguntó por qué se oponía. «Tengo un mal presentimiento —había respondido ella—. No me fío de Temístocles». Y bien conocía al ateniense; primero, porque era primo suyo por parte de su madre, natural de Halicarnaso; y segundo, porque en Maratón se había acostado con él furtivamente y en esa única noche de amor había concebido a Pisindalis, al que había hecho pasar por hijo de su legítimo esposo.

Su presentimiento resultó certero. Los barcos persas cayeron en una trampa, como atunes en una almadraba. Artemisia escapó a medias merced a su astucia, embistiendo a una nave de su propia flota, y a medias gracias a la suerte, pues Temístocles la había visto y le había facilitado la huida. De sus otros cuatro barcos de guerra, dos se habían ido a pique en la batalla.

Una vez terminada la naumaquia, Artemisia se había presentado ante Jerjes. Estaba convencida de que alguien había visto su maniobra y de que la iban a ejecutar por traidora, tal vez empalándola como a Euforión, el infortunado ateniense que había traído la falsa noticia de que la flota griega iba a abandonar sus posiciones durante la noche. Lejos de eso, Jerjes le

agradeció que ella, únicamente ella, le hubiera aconsejado no librar la batalla.

El rey le había pedido su parecer. ¿Qué debía hacer a continuación? Artemisia, con hiel en los labios y plomo en las piernas y el corazón, había disimulado y le había dicho a Jerjes:

—Majestad, creo que Mardonio tiene razón. Lo más conveniente es que vuelvas a tu patria y lo dejes a él con las tropas que te ha solicitado. Sigo convencida de que los griegos caerán como fruta madura. Y tú regresarás triunfante, pues has destruido la ciudad de Atenas, cumpliendo así la voluntad de tu padre.

Con eso creía la reina de Halicarnaso que terminaban sus deberes, pues Mardonio había pedido quedarse en Grecia solo con tres divisiones de guerreros iranios. Pero era el mismo general el que había solicitado la presencia de Artemisia. Y por eso se veía de nuevo allí, en las Termópilas.

Aunque no sentía ninguna ilusión por aquella guerra, a Artemisia no le quedaba más remedio que reconocer que la situación que había encontrado era mejor de la que esperaba. La expedición de Jerjes era un fastuoso espectáculo, pero la de Mardonio parecía mucho más racional. Haberse librado de la presencia del rey, con sus exigencias de protocolo y con todo el séquito que arrastraba, incluidas aquellas tiendas que parecían palacios, lo facilitaba todo.

Las tropas seguían desfilando entre el mar y la montaña, un río interminable de destellos y vivos colores. Junto con el olor a sal, la brisa arrastraba las voces de mando, los relinchos de los caballos y los toques de las trompetas. Dos jinetes se apartaron de la formación y se dirigieron hacia el túmulo, seguidos a cierta distancia por una escolta de unos veinte hombres también montados.

Los hombres de la escolta se quedaron al pie de la pequeña loma, pero los dos jinetes de cabeza la subieron sin molestarse en desmontar, ya que las laderas eran suaves y ambos eran magníficos jinetes. Como todos los persas, en realidad, pues de niños aprendían a montar a caballo y a andar prácticamente al mismo tiempo. «Y a disparar el arco y a decir la verdad», afirmaba un viejo dicho, ya que se suponía que su dios principal, Ahuramazda, era enemigo de toda mentira.

En la práctica, Artemisia había comprobado que los persas eran tan mentirosos como cualquier otro pueblo. Empezando por su rey Jerjes, capaz de recurrir a máscaras y mensajes secretos para conseguir sus propósitos.

Al llegar arriba, el primero de los dos jinetes desmontó pasando la pierna con agilidad por encima del cuello de su caballo, una magnífica bestia cuya blancura era tan inmaculada como la de las ropas de su jinete.

—Qué buena perspectiva hay desde aquí —comentó.

Artemisia conocía a aquel hombre de vista, por la campaña del año anterior, aunque nunca había llegado a conversar con él. Se llamaba Bagabigna, y a la sazón mandaba un *hazarabam* de caballería, mil jinetes. Aunque en las ocasiones en que entraba a deliberar en los consejos de campaña se quedaba en segunda fila, Artemisia ya se había fijado en él. Si la mayoría de oficiales de la *Spada* tenían buena planta —uno de los requisitos que se les exigía era cuidar su vestido y su forma física—, Bagabigna destacaba entre ellos por su apostura. Sin llegar a la estatura de Jerjes, era un hombre alto y de proporciones atléticas. Sobre todo, llamaba la atención por la mezcla de elegancia y seguridad de sus movimientos y ademanes.

En aquel entonces Artemisia había pensado que se trataba de un hombre atractivo y al mismo tiempo peligroso; tal vez lo primero se debiera a lo segundo. Ahora que lo estaba tratando más, se ratificaba en su opinión. Pese a sus ropas inmaculadas, su facilidad para sonreír y sus modales amistosos, algo hacía intuir que a su lado cualquier persona se encontraba a menos de medio latido de la muerte. Aunque nunca lo decían delante de él, era conocido entre las tropas por su mote griego, *Leukofontes* o Asesino Blanco, que al parecer se había ganado en la toma de Mileto.

Mardonio había ascendido a Bagabigna, que ahora dirigía la mitad de la caballería, mientras que la otra mitad la mandaba Masistio, un noble que descollaba entre todos los demás por ser el hombre más alto de todo el ejército persa.

En la práctica, Bagabigna solo rendía cuentas ante Mardonio; además, durante su estancia en Tesalia se había convertido en su mano derecha, sobre todo por el apoyo que le había dado en sus disputas con Artabazo, un noble persa que tenía mucha influencia ante Jerjes y que rivalizaba a menudo con el general supremo de la expedición.

General que, precisamente, era el segundo jinete que había subido cabalgando a la loma. Mardonio bajó de su montura con más rigidez y menos soltura que Bagabigna. Si bien ambos hombres tenían la misma edad, en torno a los cuarenta, Mardonio parecía diez años mayor que el otro, y era más bajo y de piernas cortas y recias. En lugar de perfume de rosas, olía a cuero y

sudor, y también a la grasa que usaba como fijador para su barba, teñida de un rojo carmesí que de lejos parecía una llamarada flotando sobre su pecho.

Mardonio y Artemisia habían desarrollado con el tiempo una curiosa amistad, pese a las diferencias de condición y nivel entre ambos: persa y griega, hombre y mujer, general y subordinada. Como jefe supremo del ejército, Mardonio tenía que ofrecer a los demás una imagen de poder y solemnidad. Pero para él esa imagen no era tan importante como la eficacia en el mando. Por eso no se levantaba por encima de los demás a la distancia casi divina de Jerjes y de vez en cuando se mezclaba con sus hombres, bebía y bromeaba con ellos y visitaba y consolaba a los heridos y enfermos en el hospital de campaña.

—Pensar que los espartanos nos retuvieron aquí tres días con un puñado de hombres —comentó el general, pasándose la mano por el cráneo rasurado para enjugarse el sudor.

Bagabigna hizo una mueca. Artemisia había observado que le ocurría cada vez que delante de él se mencionaba a Esparta o sus habitantes.

—Nos habíamos empeñado en un asalto frontal —dijo el Asesino Blanco —. La fuerza bruta no siempre es la mejor solución.

Mardonio enarcó una ceja. También se las pintaba de rojo y el tinte a veces le manchaba la piel.

—¿Interpreto en tus palabras una crítica a mi táctica, noble Bagabigna?

—Lejos de mi intención, mi señor. Solo enunciaba un principio general. ¿Qué opinas tú, mi señora Artemisia?

Si bien la posición oficial de Artemisia en el ejército de Mardonio distaba de quedar clara, en ningún caso se hallaba por encima de la de Bagabigna. A pesar de ello, el persa era tan galante que siempre se dirigía a ella como «mi señora».

—No admiro la fuerza bruta de Ares —respondió Artemisia—. Prefiero a Atenea, que es una valiente guerrera sin que le falten ni gracia ni sutileza. De todos modos, mi señor Mardonio, tres días no son tantos para tomar una posición como esta. Nadie podría poner el menor reproche a tu generalato.

—Si me lo dijera otra persona, Artemisia —comentó Mardonio—, pensaría que es adulación de corte. Pero agradezco tus palabras, porque sé que son sinceras.

Artemisia agradeció a su vez el comentario inclinando la barbilla. Por supuesto, sabía hasta qué punto podía ser sincera con Mardonio. Pero en este caso no mentía. Ningún ejército griego habría podido llevar a cabo con tanta disciplina aquella maniobra envolvente, de noche y por un paraje abrupto y boscoso, con la que los *Anushiya* habían aparecido a la espalda de Leónidas y sus hombres. Como mucho, lo habría conseguido el ejército espartano. Aunque lo dudaba.

—¿Puedo preguntarte algo, Mardonio? —dijo Artemisia.

—Los amigos siempre son libres de preguntar —contestó el general.

Días después de la batalla, cuando la *Spada* ya se había alejado dejando tras de sí únicamente una pequeña guarnición, los habitantes de aquellos parajes habían enterrado en el lugar a los caídos de Esparta, Tebas y Tespia, agrupándolos por ciudades. Pero Artemisia ignoraba cuál había sido el destino del cadáver del rey espartano.

—¿Qué fue del cuerpo de Leónidas?

—Yo mismo convencí al Gran Rey para que permitiera que lo enterrasen, como muestra de respeto a un noble enemigo —respondió Mardonio.

—¿Por qué habría que respetar sus cadáveres cuando ellos en vida no mostraron ningún respeto por las leyes de los dioses? —preguntó Bagabigna.

—No entiendo a qué te refieres —contestó Artemisia—. Los espartanos tienen fama de ser los más religiosos entre los hombres.

—No lo demostraron así cuando visité Esparta hace más de diez años.

—Sigo sin comprenderte.

—¿Es que no sabes lo que hicieron los atenienses y los espartanos con los embajadores que Darío envió a Grecia a pedir tierra y agua, Artemisia? —intervino Mardonio.

—No —respondió ella.

—Yo te puedo contar de primera mano lo que hicieron los espartanos —dijo Bagabigna.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Artemisia, despertada su curiosidad.

El gesto del persa se había demudado. La sonrisa entre irónica y divertida que adornaba normalmente su rostro se había borrado. Artemisia observó que su mano izquierda jugueteaba con la empuñadura nacarada del sable.

Instintivamente se apartó de la posible trayectoria de la espada, pues lo había visto desenvainar a tal velocidad que el acero fulguraba como un rayo, y no quería que su garganta se interpusiera en el camino del filo curvado.

—Estábamos en un gimnasio —explicó Bagabigna, con la mirada lejana, perdida en el pasado—, uno de esos lugares donde a los griegos os encanta ejercitaros desnudos.

—No a todos —le interrumpió Artemisia, que jamás lo había hecho.

—¿Conoces a Perseo, el hijo del rey Damarato?

Artemisia asintió.

—Lo vi cuando lo hicieron prisionero.

—Todavía está aquí —dijo Bagabigna—. Al menos su cuerpo, no su espíritu.

—¿Quieres decir que está muerto? —inquirió Artemisia.

Bagabigna negó con la cabeza, pero no añadió más explicaciones sobre aquella frase, lo que intrigó a la reina.

—Aquel día Perseo y yo combatimos en ese gimnasio. Era un duelo entre ambos, una apuesta para demostrar si los espartanos son tan superiores a todos los demás guerreros del mundo como alardean de ser.

—¿Y cuál fue el resultado? —preguntó Artemisia.

—El único posible. Vencí. Pero fue un gran rival, a pesar de su juventud.

No había ninguna jactancia en la voz de Bagabigna. Podría haber estado enunciando una ley natural, como «en invierno hace más frío» o «el sol sale por el este».

—¿Y qué ocurrió después? ¿Los espartanos no se tomaron a bien que derrotaras a su campeón?

—No, no creo que fuera eso. Aquello estaba orquestado. —El persa entrecerró los ojos, recordando—. Fue todo muy rápido y confuso. Yo estaba explicando a los espartanos los términos del acuerdo que les proponía el Gran Rey cuando se desató todo.

—¿Les proponías un acuerdo en un gimnasio, después de un combate? —Artemisia echó atrás la barbilla—. Para esas decisiones los griegos recurrimos a nuestros consejos y asambleas. Incluso yo debo tener en cuenta a los

ciudadanos de Halicarnaso y respetar las formalidades.

Bagabigna se quedó mirándola de un modo raro. Artemisia se preguntó si su objeción le había molestado más por ser mujer o por ser griega, y de nuevo vigiló la mano derecha de Bagabigna. Pero los dedos del persa no se acercaron en ningún momento a la espada.

—Ya te avisé, Bagabigna —intervino Mardonio, con una carcajada seca —. Artemisia es una mujer que dice lo que piensa.

—No hay mayor virtud que la verdad —sentenció Bagabigna, como quien recita una fórmula.

—En cualquier caso —continuó Mardonio—, lo que ocurrió no tuvo nada que ver con el lugar donde se encontraban. Los atenienses cometieron con nuestros embajadores el mismo sacrilegio que los espartanos, y lo hicieron en una de esas asambleas de las que tú hablas, Artemisia.

—¿Qué clase de sacrilegio? —preguntó Artemisia.

Mardonio le hizo una seña a Bagabigna para que continuara su relato. Al hacerlo, su barba tiesa y roja crujió contra su pecho.

—Cuando les hablé de la ofrenda simbólica de agua y tierra que pedía Darío —prosiguió Bagabigna—, la muchedumbre se abalanzó sobre mí y sobre mis compañeros de embajada. Ni siquiera yo pude contra tanta multitud. Entre patadas y puñetazos, nos sacaron a rastras de aquel lugar y nos arrojaron uno por uno al pozo más hondo que encontraron. —Los ojos de Bagabigna se empañaban conforme avanzaba en su relato. A Artemisia le sorprendió; no parecía un hombre propenso a demostrar sus emociones—. A mí me tiraron el último. Caí sobre los demás, y con los pies le rompí el cuello al anciano Istafernes, el jefe de nuestra embajada. Allí nos dejaron, tapando el brocal y diciéndonos que, si queríamos agua para Darío, la sacáramos del pozo y se la lleváramos.

—Qué barbaridad —musitó Artemisia en tono sincero. Antes de enviar una embajada a una ciudad extranjera, se intercambiaban decenas de votos y juramentos. Lo que contaba Bagabigna era más propio de cíclopes antropófagos que de griegos civilizados.

—Los atenienses hicieron algo parecido —intervino Mardonio—. Despeñaron a nuestros embajadores por una cantera de piedra y les dijeron que sacaran de allí la tierra. No sobrevivió ninguno para contarlo.

«Pero Bagabigna sí, obviamente», pensó Artemisia y preguntó en voz alta:

—¿Qué sucedió después?

—«Después» es una palabra demasiado sencilla y breve para resumir aquel horror. El pozo no era lo bastante ancho para que todos pudiéramos respirar a la vez sacando la cabeza del agua. Ordené a los sirvientes de menos categoría que tragaran agua para ahogarse y hundirse hasta el fondo. Murieron con dignidad, salvo dos a los que tuve que degollar yo mismo con mi cuchillo.

Por la frialdad de su tono, Artemisia dedujo que no era la muerte de aquellos criados lo que atormentaba al noble persa y convertía su sonrisa en un rictus al recordar aquella historia. En sus palabras no se percibía ni el más leve temblor de remordimiento.

—Los demás tampoco fueron capaces de aguantar demasiado tiempo flotando. O tal vez sí. En la oscuridad de aquel pozo se perdía la noción del tiempo.

»Al ver que cada vez les costaba más mantenerse a flote y empezaban a ahogarse poco a poco, yo mismo los hundí, y me sumergí en el agua como pude en aquel lugar angosto y apilé sus cuerpos de modo que sirvieran como una especie de escalera para apoyarse.

«¿Los degollaste también?», pensó Artemisia, pero no se atrevió a preguntarlo en voz alta. Imaginando que ella pudiera encontrarse en una situación así con alguien como el Asesino Blanco, sintió un escalofrío de horror. Y, sin embargo, el fin de aquellos que habían perecido primero tal vez había sido más piadoso que el de los últimos.

—Era casi imposible, pero lo logré. Conseguí que Sura pudiera poner los pies sobre el cuerpo de uno de los nuestros para que no tuviera que gastar sus energías manteniéndose a flote.

»En verdad no lo hice porque tuviera esperanzas de que nos salváramos. Estaba convencido de que íbamos a morir, pero únicamente quería vivir un rato más, aguantar más tiempo junto a ella.

—¿Quién era Sura? —preguntó Artemisia.

—Sura era el sol de mis días y la luna de mis noches, la brisa en el desierto y el fuego en la montaña —respondió Bagabigna.

La sinceridad y poesía de su tono conmovió a Artemisia, que se encontró deseando que aquella mujer hubiera sobrevivido, aunque fuera pisando sobre los cadáveres de los demás.

—No se ahogó, no —dijo Bagabigna, sacudiendo la cabeza—. Pero el agua estaba fría. Muy fría. Yo la abrazaba, le intentaba dar el calor de mi cuerpo, pero el agua del pozo me lo robaba igual que a ella. No sé cuándo murió. Cuando llevaba un largo rato sin decir nada ni moverse, me di cuenta de que había dejado de sentir su respiración en su cuello.

El persa apartó la mirada hacia el mar, para evitar que Artemisia viera que tenía los ojos húmedos.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el pozo? —preguntó ella.

—Un día y medio.

Artemisia conocía lo rápido que podía matar la gelidez del agua y, por lo que contaba el persa, aquel pozo no era precisamente cálido como los baños de las Termópilas.

—¿Cómo pudiste aguantar tanto tiempo el frío?

Bagabigna, la mirada fija en las aguas del golfo, sonrió sin alegría.

—La esperanza de vengarse da mucho calor a la sangre. Eso me mantuvo con vida cuando todos los demás habían perecido.

—Pero… ¿cómo saliste del pozo?

—La segunda noche, alguien levantó la tapa del pozo y echó una cuerda dentro. Así conseguí escapar.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Artemisia.

—Eso da igual. El hombre que lo hizo ya no existe. Al menos como tal.

—¿Mataste a quien te salvó? —se extrañó ella.

Bagabigna entrecerró los ojos y no contestó. «El hombre que lo hizo ya no existe. Al menos como tal», se repitió Artemisia. Una expresión enigmática si lo que Bagabigna quería decir era que lo había matado.

Ahí se ocultaba algo más.

—Esparta pagará por ello —masculló Bagabigna—. Si en mi mano está, no quedará de ella piedra sobre piedra.

Artemisia observó que, al pronunciar esas palabras, el persa tamborileaba

con los dedos sobre un cilindro de cuero negro que llevaba bajo la faja. El cilindro estaba atado con cinta roja y sellado con una pequeña bula de barro, en la que creyó reconocer el emblema del Gran Rey. Ya había reparado antes en que varios de los altos mandos del ejército portaban tubos de cuero similares; entre ellos el mismo Mardonio. Sospechaba que en su interior guardaban papiros con órdenes y se preguntaba por qué ella, como *bandaka*, no había recibido nada similar.

—Ya te he dicho que buscas una venganza personal —le dijo Mardonio, en tono más amistoso que severo. Artemisia intuyó que habían discutido sobre aquello más de una vez.

—La guerra solo puede tomarse de una manera, y es personal. Hay que poner *todo* en ella. La cabeza, el corazón, las vísceras. Es la única forma de ganarla.

Mardonio puso la mano en el pecho de Bagabigna.

—Amigo mío, tú pon tu corazón cuando llegue el momento de combatir, pero deja que sea esta cabeza —le aconsejó, tocando con los dedos de la otra mano su propio cráneo pelado— la que dirija esta guerra. Así me lo ha encomendado el Rey de Reyes, así se lo ha inspirado a él el Señor de la Sabiduría.

Con esas palabras, Mardonio montó a caballo de nuevo, rígido pero sin ayuda ajena, y se marchó ladera abajo. En lo alto del túmulo quedaron solos Bagabigna y Artemisia. De pronto, ella se sintió extrañamente tímida, consciente a la vez de la amenaza y el atractivo del persa.

—Mi señora Artemisia —dijo Bagabigna—, ¿te es familiar el nombre de Patikara?

A Artemisia se le heló la sangre en las venas al oír, once años después, el nombre de aquel guerrero alto de la armadura negra y la máscara de oro, que no era otro que un alias de Jerjes.

—Puedes contestar sin temor —prosiguió Bagabigna al comprobar que ella no articulaba palabra—. La pregunta te la hago en nombre del mismísimo Gran Rey, señor de las tierras.

—Sí, el nombre me resulta familiar —respondió Artemisia—. Ambos estuvimos en la campaña del general Datis.

—El Gran Rey quiere recordarte que en aquella ocasión hubo planes

dentro de los planes y que no todos los conocía quien teóricamente mandaba la expedición. ¿Ocurrió tal como te estoy diciendo?

—Ocurrió —contestó Artemisia, con la boca seca.

Jamás había hablado de aquello con nadie. Si se sabía que era ella quien había enviado un mensaje a Temístocles para avisarle de la maniobra de la flota persa y que ese mensaje había propiciado la derrota de Maratón, nadie le echaría la culpa a Patikara, que no era otro que Jerjes, sino a ella. Y la crucifixión sería tal vez el destino más piadoso que podía aguardarla.

—Pues el Gran Rey quiere que sepas que ahora mismo, en esta campaña, no todos los planes los conoce quien dirige el ejército. De nuevo hay planes dentro de los planes.

Artemisia agachó la cabeza, pensando: «Oh, no». Otra vez se veía en conspiraciones, como en Maratón.

—Cuando llegue el momento —prosiguió Bagabigna—, y se conozcan las verdaderas instrucciones de Jerjes, ¿con quién estarás, Artemisia? ¿Con el Rey de Reyes o con tu amigo Mardonio?

—Yo soy fiel *bandaka* de mi señor Jerjes —respondió Artemisia sin levantar la mirada, utilizando el término persa que indicaba un lazo de amistad y vasallaje con el emperador persa.

Bagabigna le puso la mano en la barbilla y tiró de ella para obligarla a que lo mirara a los ojos.

—No son necesarias más palabras. Ahora, ¿quieres bajar conmigo, mi señora? Mi corcel niseo es lo bastante fuerte para cargar con nosotros dos.

—No es necesario, noble Bagabigna —contestó Artemisia, tratando de afirmar el tono de su voz—. Me gusta recorrer a pie los campos, como lo hace la diosa por la que me impusieron el nombre.

Rozando apenas el pomo de la espada, el persa esbozó una sonrisa. La calidez de aquellos labios carnosos no llegó a encender el frío de sus ojos y Artemisia no pudo sino recordar que lo llamaban el Asesino Blanco por algo. Después, Bagabigna montó en su caballo blanco con aquella elegancia que jamás lo abandonaba y, con un gesto de despedida, bajó cabalgando de la loma.

En pie sobre el túmulo donde había caído hasta el último de los hombres de Leónidas, Artemisia comprendió que, pese a su frialdad, la pasión de

Bagabigna había delatado parte de sus planes.

Fuera porque él mismo hubiera convencido a Jerjes o por designio de este, el Asesino Blanco no descansaría hasta haber reducido a cenizas Esparta y cosechar su venganza aniquilando a todos sus habitantes.

# 2

Esparta, primavera de 479 a. C.

—Cásate conmigo.

Gorgo se volvió hacia su primo Pausanias. No podía decir que se sintiera sorprendida. Esperaba esa pregunta desde que llegó la noticia de que Leónidas y sus hombres habían perecido en las Termópilas.

Por eso tenía preparada la respuesta. Agarrando la mano de Pausanias durante unos segundos, contestó:

—Te necesito como amigo y primo. También te necesito como tutor y regente de mi hijo. Pero no te necesito como marido. No te ofendas. No necesito a nadie como marido.

Pausanias, que ya se había ruborizado levemente al hacer la pregunta, se ruborizó todavía más y apartó la mirada.

—Tenía que intentarlo.

Se había rendido sin luchar.

Esa era una de las razones por las que Gorgo no lo quería como esposo ni se sentía atraída por él. De hecho, a veces tenía el impulso de abofetearlo y decirle: «¡Resístete! ¡Lucha por lo que quieres!». Pero su primo estaba demasiado acostumbrado a perder, y a resignarse cuando le decían que no, y eso ya no tenía remedio.

Ambos se hallaban en el ala sur del palacio de los Agíadas, una zona que podía resultar insoportablemente calurosa en verano, pero que en los días buenos de primavera era muy agradable. Estaban en el segundo piso, asomados a un balcón de madera que se proyectaba sobre el tejadillo del pórtico que rodeaba el patio de los Mirtos. El patio recibía su nombre de la planta más abundante en él, recortada en forma de setos simétricos, pero en el centro crecían también un granado y una higuera. A la sombra de esta, en un

banco de mármol rosado, se sentaba Plistarco, hijo de Gorgo y rey menor de edad de la dinastía Agíada. En aquel momento, el niño estaba aprendiendo la historia de su linaje, oyéndola del anciano Euctemón, tío de Cleómenes. Euctemón, que llevaba años ciego debido a unas cataratas que teñían su mirada de un blanco inquietante, le estaba enseñando la lección a Plistarco a la vieja usanza: sin leer, recurriendo únicamente a la memoria.

El muchacho no dejaba de mover las piernas sobre el banco, de rascarse la rodilla o de mirar a los lados. De cuando en cuando, Euctemón, que sentía sus movimientos de oído, lo reconvenía y Plistarco se estaba quieto un rato. Pero enseguida se agitaba de nuevo. Gorgo lo conocía lo bastante bien para saber que se reconcomía de impaciencia y que habría preferido mil veces estar nadando en el río, montando a caballo o arrojando el disco en un prado.

O incluso entrenándose en la *agogé*, el campamento al que, como futuro rey, no asistiría nunca.

Igual que le había ocurrido a su padre.

—La gente dice que el niño se parece mucho a Leónidas —comentó Pausanias, como si el asunto de la boda se hubiera borrado de su cabeza.

Gorgo sabía que el comentario de su primo no era del todo inocente. Durante el viaje desde Arcadia, Pausanias se había dedicado a observarlos a Perseo y a ella con miradas pesquisidoras cada vez que hablaban, y también a Plistarco, que no era más que un bebé. En aquellos días, Gorgo se había negado a contestar a ninguna pregunta sobre la paternidad del niño. Después, una vez llegados a Esparta, aseveró delante de todo el mundo que el niño era de Leónidas y que lo había engendrado con él antes de partir al norte secuestrada por su padre, cuando ya tenían concertada la boda.

—Sí, tiene mucho de su padre —respondió Gorgo sin comprometerse.

La frase se podía tomar de varias maneras. Aquello en lo que Plistarco se parecía a Leónidas era, en realidad, lo que había heredado de ella. La piel morena, el cabello oscuro, los lóbulos de las orejas pegados a las mejillas. Pero había otros detalles de interpretación más ambigua. Por ejemplo, el desarrollo muscular de Plistarco, muy superior al que cabría esperar en un niño de su edad, se podría haber atribuido a Leónidas, que siempre había sido un hombre de gran fortaleza física. En realidad, Plistarco lo había heredado de su verdadero padre, al igual que la estatura: a los once años, medía como la mayoría de los muchachos a los trece.

Al menos, Plistarco no había salido con el cabello rubio de Perseo, algo que habría resultado muy sospechoso. No se conocía ningún rubio entre los Agíadas. Un pelirrojo sí: Pausanias. Se decía que había sacado aquel color de pelo de la madre del rey Aristodemo, bisabuela tanto de él como de la propia Gorgo, a la que esta no había conocido.

En cuanto a los ojos de Plistarco, eran de un tono verdoso, a medias entre el azul de Perseo y el castaño de su madre, pero solo se veían claros a la luz directa del sol, por lo que podían dar el pego. Tenían, por otra parte, la forma sutilmente oblicua de los ojos de Gorgo, lo que confería al muchacho esa mirada un tanto triste tan propia de su madre.

Tristeza.

Desde las Termópilas, la tristeza era la sensación predominante en la vida de Gorgo, el modo musical en el que se afinaba la música de sus días. Sobre todo durante el invierno. Había sido un invierno melancólico, o así se lo había parecido a ella. El frío había sido más intenso de lo habitual, y la nieve había bajado por las laderas del Taigeto hasta cotas desusadas en años anteriores. Incluso había cuajado en las calles de Esparta durante dos días enteros, algo que Gorgo no había presenciado en sus treinta años de vida. Los adivinos interpretaron aquella nevada como solían hacer, unos para bien y otros para mal: para unos significaba que el poder persa quedaría congelado en el norte de Grecia, mientras que otros aseguraban que los persas caerían sobre el valle del Eurotas numerosos como copos de nieve.

Mientras la nieve duró, a Gorgo se le antojó que las calles, los árboles y los tejados blancos ofrecían un espectáculo bellísimo, pero no pudo evitar que se le cayeran las lágrimas, pues le pareció que la propia tierra estaba amortajada.

¿Cómo no iba a estar triste? Había perdido a su marido, que mucho antes que eso había sido su tío favorito. La suya era una relación muy extraña, que únicamente podía definir diciendo que él era, simplemente, Leónidas.

Diez años antes, cuando Perseo desapareció de Esparta sin decirle nada a nadie, Gorgo había quedado devastada durante un tiempo, incapaz de reaccionar. Apenas probaba bocado, de tal suerte que la leche huyó de sus pechos y hubo que ponerle una nodriza a Plistarco. Tampoco se bañaba, ni se peinaba, ni se cambiaba de ropa si no se lo hacían las esclavas. Se pasaba el tiempo mirando a la nada, incapaz incluso de llorar. Fue entonces cuando Leónidas, al ver que la joven no quería casarse con Pausanias, el pariente más

cercano y candidato más probable para el matrimonio, decidió utilizar su prerrogativa real de arreglar el matrimonio de las huérfanas herederas para casarse directamente con ella. En realidad, se trataba de una forma de cuidar de Gorgo y de su hijo, y ella lo había entendido así.

—Te prometo que no te molestaré —le había asegurado Leónidas.

Y así había sido. Leónidas ni siquiera intentó consumar su matrimonio. De hecho, le había confesado a Gorgo que era impotente con las mujeres. Ese era el motivo por el que sus dos matrimonios anteriores habían resultado estériles y por el que había concedido el divorcio a sus esposas con tanta facilidad.

Gorgo había preferido que fuese así. En caso de necesidad, habría cumplido con su deber marital como espartana y Agíada que era. Pero no podía evitar que al pensar en ello la imagen del sexo, de la pasión carnal que había conocido con Perseo, se le mezclara con las imágenes de su tío, un hombre ya bien crecido cuando ella era tan solo una cría. Cuando eso ocurría, algo se rebelaba en su cabeza y en su estómago. El matrimonio entre tío y sobrina podía ser legal en Esparta, pero ella no dejaba de verlo como un incesto.

Leónidas se sentía orgulloso de hacerse pasar por padre de Plistarco, y así se lo manifestaba a Gorgo en privado. ¿Acaso, argumentaba, no fue el rey Tindáreo padre adoptivo del divino Pólux, que había sido engendrado de la semilla de Zeus, por no hablar de la divina Helena? Entre los antepasados de los reyes de Esparta, muchos personajes no eran hijos de quienes parecían.

Ahora, refiriéndose a Plistarco, Pausanias, que había guardado silencio un rato, dijo:

—Es muy inteligente. Y muy curioso.

—Pero también muy desobediente —repuso Gorgo.

El niño ya se había rebelado más de una vez contra ella. En eso, para ser ecuánimes, había salido a la propia Gorgo. No tenía más que recordar cuando ella misma era niña, hija única de Cleómenes, y crecía sin una madre. Su padre, que durante aquella época la adoraba hasta el punto de ser incapaz de educarla, jamás le había puesto la mano encima. Pero su aya Lampito lo hacía por él cada vez que Gorgo se lo merecía, algo que sucedía a menudo.

Gorgo prefería no delegar esa función. Una vez superado el estado casi catatónico en que se sumió tras la desaparición de Perseo, había decidido

tomar las riendas en la crianza de Plistarco. Precisamente por tratarse de un hijo único —Gorgo no planeaba tener ninguno más—, era cuestión suya apañárselas para que creciera recto, como un árbol al que se poda cada poco tiempo para que llegue a las alturas en lugar de dispersarse, torcerse y convertirse en un arbusto de pocas miras pegado al suelo.

Una vez, cuando Plistarco tenía nueve años, la había desafiado.

—Soy rey. ¡No me puedes pegar!

Por toda respuesta, ella lo sentó en sus rodillas y le propinó una buena azotaina. Después le preguntó:

—¿He podido o no he podido?

—¡No tienes derecho! ¡Te prohíbo que vuelvas a hacerlo!

Ella lo puso de pie y le arreó una bofetada. El crío la miró con gesto incrédulo.

—Vuelvo a preguntarte. ¿He podido o no he podido?

Por toda respuesta, él enrojeció y apretó los dientes. Los ojos se le arrasaron de lágrimas, pero no emitió ningún ruido.

—No prohíbas nada a nadie si no eres capaz de evitar que lo haga —le dijo Gorgo—. Un rey que está todo el día mandando y prohibiendo, y que necesita dar órdenes para que se cumpla su voluntad, solo demuestra que es débil. Si, para colmo, sus órdenes no son obedecidas, demuestra ser doblemente débil. Aprende de tu padre Leónidas.

—¿Es que él no da órdenes?

—Solo las estrictamente necesarias.

Y era cierto. Leónidas estaba acostumbrado a imponer su voluntad por una razón: en ningún momento se le pasaba por la cabeza la noción de que sus hombres pudieran desobedecerlo. Esa seguridad lo rodeaba como un halo y le confería una gran autoridad.

El último Perseo al que ella había visto, el del regreso desde Arcadia, irradiaba un aura parecida. Pero su seguridad no era tanto la de un rey, sino la de un héroe solitario. Un Aquiles más que un Agamenón.

Perseo.

¿Por qué no podía olvidarlo? ¿Por qué Tique, la diosa del azar, era tan

cruel con ella?

Después de diez años perdido sin que nadie supiera nada de él, Perseo tenía que haber reaparecido precisamente en las Termópilas, en aquella campaña suicida. Si al menos ella no se hubiera enterado… Pero los ilotas que habían regresado de allí contaban que Perseo se había presentado por sorpresa en el desfiladero, y que durante los dos días de batallas había combatido como un demonio en primera fila. Después, en la última jornada, pese a que Leónidas le había encomendado una misión, había regresado al desfiladero a morir con sus camaradas.

Muerto. ¿Qué era peor, muerto como ahora o desaparecido como antes? ¿Saber que jamás lo volvería a ver o albergar la engañosa esperanza de que algún día volvería?

Se dio cuenta de que llevaba un rato sin respirar, con la garganta anudada. Tragó saliva y trató de tomar aire.

—… Desobedientes.

Gorgo se volvió hacia su primo.

—Perdona, no te había oído.

—Digo que es bueno que los niños empiecen siendo desobedientes. Los súbditos del Gran Rey son sus esclavos porque le obedecen por falta de espíritu. Los espartanos somos libres porque, aunque nos sobran espíritu y valor, gracias a nuestra educación aprendemos a dominarlos y subordinarlos a la ley.

Gorgo sonrió con tristeza.

—Tu razonamiento suena bien, primo. Se nota que lo has aprendido.

Pausanias se ruborizó.

—¿Qué quieres decir?

Ella apoyó las manos en la barandilla y volvió a mirar a su hijo, sin contestar. No quería decirlo por no molestar a su primo, pero pensaba que Pausanias siempre se había mostrado demasiado obediente. Al menos, Gorgo nunca lo había visto contradecir a nadie.

Leónidas había sido muy distinto. Pese a que reconocía su subordinación a Cleómenes, se oponía a su hermanastro cada vez que pensaba que estaba cometiendo un error o una injusticia. Gorgo todavía recordaba las voces que

había oído desde detrás de una pared de piedra cuando Leónidas le recriminó haber incendiado aquel bosque sagrado en Argos. «Esa no es forma honorable de ganar una batalla. ¡Me avergüenzo de ti como Agíada y como espartano!», le había espetado. Después se oyó el sonido de una bofetada, y Leónidas salió de la estancia con la mejilla roja y fuego en los ojos. Por supuesto, delante de los demás Leónidas no emitió la menor crítica contra Cleómenes, ni entonces ni nunca. Toda su insubordinación quedaba en privado.

Gorgo, por otra parte, había conocido hombres que hacían exhibiciones de su supuesto carácter cuando tenían testigos delante («¡A mí no me diría eso ni el mismísimo rey!») y que, sin embargo, cuando se encontraban ante la presencia imponente de su padre, se derretían como escarcha bajo el sol.

Pausanias no era ni de un tipo ni de otro. Ni se oponía en privado a las órdenes ni se jactaba de hacerlo en público. Lo normal era que agachara la cabeza y obedeciera.

El problema era que, ahora, las órdenes las tenía que dar él. Y carecía de autoridad y firmeza para impartirlas con convicción.

Pese a que Pausanias era un hombre que se guardaba casi todo para sí, Gorgo creía conocerlo bien. Su primo habría sido más feliz en cualquier otra ciudad. En Corinto, en Atenas, en Tebas. Sobre todo en esa Mileto de la que tanto hablaba, la ciudad de los grandes sabios, de Tales y sus discípulos: un paraíso para intelectuales como él mismo, que prefería enterrarse en papiros antes que tratar con la gente.

Pero Mileto había desaparecido hacía tiempo, aplastada bajo el rodillo persa.

«Como podemos desaparecer todos nosotros», se dijo ahora Gorgo, mirando de soslayo a su primo. Caído Leónidas, quedaban el otro rey, Latíquidas, del que Gorgo sospechaba que estaba vendido al oro persa, y el propio Pausanias, que a la muerte de su padre Cleómbroto se había convertido en tutor y regente de Plistarco.

En la práctica, eso significaba que Pausanias era el nuevo rey Agíada. Y que, dada la actitud más que ambigua de Latíquidas, era él quien debía dirigir la guerra contra los persas.

Gorgo suspiró, un suspiro largo y hondo. Quería mucho a su primo, pero estaba convencida de que ella misma habría sido mejor general. El futuro que pendía sobre Esparta era muy oscuro.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Pausanias cambió de tema.

—Los persas se han puesto en movimiento. Regresan hacia el sur.

Gorgo asintió. Ya sospechaba que iba a ocurrir así, en contra de la mayoría de las opiniones.

En el verano anterior, cuando cayeron las Termópilas, el temor y la consternación se habían extendido por Esparta. Como siempre ocurría, todo el mundo había procurado disimular al mejor estilo lacónico. Las madres, las esposas y las hermanas de los trescientos que habían muerto con Leónidas marchaban por las calles erguidas y sonrientes, orgullosas de ellos y aceptando las felicitaciones de los demás. Pero esas sonrisas se limitaban a curvar sus labios y no iluminaban sus ojos. Y en cuanto alguien dejaba de mirarlas, sus hombros se hundían.

Que era lo mismo que le ocurría a Gorgo, que había perdido a Leónidas y, sin siquiera haber tenido tiempo de saber que estaba allí, a Perseo. Delante de todo el mundo simulaba ser fuerte, pero en su alcoba lloraba acurrucándose y abrazando la manta.

No solo el dolor se disimulaba. También el miedo. En los gimnasios, los templos y las calles se fanfarroneaba a todas horas: «Si trescientos espartiatas detuvieron al todopoderoso Jerjes tres días, y tuvieron que caer a traición, ¿qué no harán ocho mil?».

Pero en privado se escuchaban otras conversaciones, murmullos no tan optimistas, rumores que acababan llegando a oídos de Gorgo. A lo que más temía todo el mundo era a la caballería, un arma de la que Esparta carecía. En las Termópilas, Jerjes no había podido utilizarla. Pero ¿qué ocurriría cuando diez mil jinetes cargaran a la vez por la llanura del Eurotas, haciéndola retemblar bajo los cascos de sus caballos? ¿Quién sería capaz de detenerlos, si además venían apoyados por decenas de miles de lanceros y arqueros?

Por eso tanto Latíquidas como el padre de Pausanias, que ya por entonces se encontraba muy enfermo, habían decidido que la mejor defensa era levantar una gran muralla en el istmo de Corinto con el fin de evitar que los persas invadieran el Peloponeso. «Cuando conquiste Atenas —decía Latíquidas—, el Gran Rey se conformará y nos dejará tranquilos».

Un absurdo, sostenía Pausanias cuando hablaba con Gorgo. «A los persas les trae sin cuidado esa muralla, aunque la levantemos hasta la altura del mismísimo Olimpo. Con su flota pueden desembarcar en Argos, que les

prestará muy gustosa sus playas y sus puertos, y desde allí nos atacarán con todos sus efectivos».

Por suerte o por milagro, la alianza griega había cosechado una victoria donde menos se esperaba: en el mar, junto a la isla de Salamina. «Ha sido gracias a la flota mandada por nuestro Euribíades», presumían muchos espartanos. Pero de nuevo Pausanias se lo había dejado claro a Gorgo. «Todo ha sido obra de Temístocles. Si no fuera por él y por las naves de los atenienses, ahora tendríamos a la caballería y los arqueros persas llamando a nuestras puertas».

Después de Salamina, empezaron a recibirse noticias contradictorias, entre el júbilo y el temor. Primero se dijo que todos los persas regresaban a Asia, que Jerjes se había asustado, o aburrido de sus planes de invasión, o ambas cosas a la vez. Pero cuando pasaron un par de meses, se supo que había dejado en Grecia al mejor de sus generales, Mardonio. Y con él a lo más selecto de su ejército. En lugar de ciento veinte mil hombres, setenta mil. Suficientes todavía para superar en número a todas las tropas que la alianza griega pudiera poner en el campo de batalla.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Gorgo.

—Los atenienses nos han pedido que llevemos nuestras tropas a su país, y que desde allí nos dirijamos a los pasos de Beocia e impidamos que los persas vuelvan a invadir el Ática.

—Pero les hemos dicho que no —aventuró Gorgo.

—¡Qué bien conoces a Latíquidas y a los éforos!

—¿Se han negado todos?

Los reyes mandaban los ejércitos en la guerra, pero las decisiones de política exterior las tomaban los éforos. El padre de Gorgo se las había arreglado casi siempre para contar con éforos sumisos que le dejaran hacer y deshacer a su antojo. En cambio Leónidas había optado, durante sus diez años de reinado, por no interferir en las votaciones. El nocivo e involuntario resultado de su honradez era que ahora la mayoría de los éforos no se hallaban bajo la influencia de los Agíadas, sino del rey Euripóntida, Latíquidas.

—Todos menos uno —respondió Pausanias.

—¿Espertias?

—Escaleno, sí.

—¿Y tú qué les has dicho?

—¿Qué podía decirles? Que no podemos seguir esperando a que los persas devoren toda Grecia pedazo a pedazo. Que tenemos que sacar el ejército de la ciudad y luchar.

—Pero no has insistido.

Pausanias volvió a enrojecer.

—No sirve de nada. Ya conoces sus argumentos. No podemos alejar a nuestros hoplitas de la ciudad. Los ilotas podrían sublevarse… Ya sabes.

Siempre esa amenaza. «Los espartanos —decía su padre Cleómenes— presumimos de valor, pero en realidad el amo de nuestra ciudad es Fobos, el Miedo». Por temor a los ilotas, sobre todo a los de Mesenia, se habían sometido desde hacía siglos a la durísima disciplina de la *agogé*, convirtiendo a cada ciudadano en un arma letal. Presumían del mejor ejército del mundo, pero al ser mucho menos numeroso que los potenciales enemigos contra los que lo habían creado, apenas se atrevían a utilizarlo fuera de sus fronteras.

Ahora un enemigo que no era potencial sino real se cernía sobre ellos. El mismo ante el que habían perecido los dos hombres a los que más había amado Gorgo en su vida.

¿Cómo podrían evitar que los persas cayeran sobre Esparta y, tal como aseguraba aquella profecía de Delfos, la devoraran hasta los huesos?

¿Cómo podía evitarlo ella?

De pronto lo comprendió.

Como espartana, no se le permitía demostrar su valor en el campo de batalla, pero sí infundírselo a otros.

Tomando la mano de su primo, le hizo soltarse de la barandilla y volverse hacia ella.

—Pausanias —le dijo—. Me lo he pensado mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Que me casaré contigo.

Las pupilas de él se dilataron y un rubor que esta vez no era de vergüenza coloreó sus mejillas.

—¿Estás hablando en serio?

—Hay una condición.

Ante la objeción, las pupilas de Pausanias volvieron a su diámetro anterior.

—¿Cuál?

—Seré tu esposa cuando regreses a Esparta.

—¿Cuando regrese? ¿De dónde tengo que regresar? No te entiendo.

—Del campo de batalla. Vuelve a Esparta al frente del ejército, después de vencer a los persas y expulsarlos de Grecia, y yo, Gorgo, hija de Cleómenes, seré tu esposa. Así te lo juro por Helena, por Hera y por Ártemis Cazadora.

Pausanias agachó la mirada y no contestó, pero tampoco soltó la mano de Gorgo.

«¿He hecho bien?», se preguntó ella. No por primera ni última vez, pensó en lo distintas que habrían sido las cosas si Perseo hubiera llegado a ser rey. Él sí habría sabido dirigir a los espartanos a la batalla.

Pero Esparta tendría que conformarse con Pausanias.

# 3

Cercanías de Atenas, primavera de 479 a. C.

Perseo se quedó desorientado.

Tenía la vaga sensación de que, en algún momento, no había estado desorientado. Intuía que la desorientación no era el estado natural, pero dicha intuición se le escapaba entre los dedos como arena en una playa.

Estaba de pie en una tienda de campaña. Fuera soplaba un viento que agitaba los faldones y las paredes de lona y hacía carraquear las cuerdas.

No recordaba haber llegado hasta allí. A decir verdad, no recordaba nada.

Ante él había tres hombres a los que no conocía. A tales alturas, no identificarlos no debería haberle extrañado ni inquietado tanto. Pero olvidaba incluso el hecho de que olvidaba, por lo que a cada momento se encontraba saliendo de aquella espesa bruma blanca en la que habitaba su mente, para asomarse de nuevas a un mundo en el que las cosas parecían vagamente familiares mientras que, por otra parte, la gente le resultaba completamente desconocida. En algunas ocasiones, cuando la niebla lo devoraba otra vez atrayéndolo hacia su seno con tentáculos de vapor pegajoso para borrarle de nuevo los recuerdos, era consciente de lo que le ocurría y quería resistirse y estaba a punto de gritar pidiendo socorro. Pero al momento aquel malvado *dáimon* que se había apoderado de su cerebro alisaba todo lo que había escrito en él como si fuera una tablilla de cera, y tenía que empezar de nuevo como Penélope con la mortaja de su suegro Laertes.

—Tranquilo, señor. —Al oír aquella voz a su espalda, Perseo se volvió sobre los talones. Un hombre casi dos cabezas más bajo que él, vestido con ropas humildes, lo saludó agachando la cabeza—. Me llamo Glauco y estoy a tu servicio —se apresuró a decir aquel cuarto hombre, como si quisiera brindar la mayor cantidad de información en el menor tiempo posible—. No estás en tu tienda, sino en la del noble Damarato, legítimo rey de Esparta. Tú eres Perseo, su hijo. Te encuentras confuso por el golpe que recibiste en la

cabeza, cerca de las Termópilas.

Él trató de asimilar toda aquella información. De modo que Perseo era su nombre, y uno de los tres hombres que lo estaban observando debía de ser Damarato, su padre.

Aquel nombre no le decía nada. El de Esparta sí. Significaba «cuerda», lo que hizo que le viniera a la cabeza la imagen de una soga trenzada de cáñamo. Pero también era un lugar, al parecer; un lugar unido a unas sensaciones que asomaron un instante, se burlaron de él como ninfas juguetonas y se escondieron de nuevo entre la bruma de su cerebro.

El viento que soplaba en el exterior no era invernal, ni nocturno. Al menos eso lo entendía Perseo: que era de día y que, por tanto, en el exterior debía de brillar el sol. Dentro de la tienda hacía calor, de modo que habían abierto puertas a ambos lados para que corriera el aire.

Miró a su derecha. La tienda estaba situada en un suave declive que conducía a una llanura; toda la cuesta se veía sembrada de más tiendas de campaña, algunas de lona y otras de piel, sobre las cuales ondeaban estandartes y gallardetes, agitándose y retorciéndose al viento como sinuosas serpientes de vivos colores. Entre las tiendas se movía sin cesar una multitud de hombres: soldados, criados, aguadores, vivanderos, y también muchas mujeres e incluso críos vocingleros. No faltaban las bestias de carga: bueyes, acémilas. Había, asimismo, unos animales grandes y feos, que tenían una enorme joroba en el lomo y se movían bamboleándose con una cachaza muy peculiar.

«Camellos», pensó. ¿Por qué no recordaba su propio nombre y sí el de aquellas bestias?

Gracias a la panorámica abierta que le brindaba la cuesta, Perseo pudo ver lo que se extendía más allá del campamento. Una ciudad de tejados hundidos y casas incendiadas. De entre sus ruinas descollaba una mole de roca coronada por bastiones verticales de aspecto inexpugnable. Pero no debían de serlo tanto, pues de los edificios construidos sobre su larga cima achatada también se levantaban negras columnas de humo. Así que quien fuera lo había expugnado. El viento, que soplaba desde allí, arrastraba olor a quemado, pavesas ya apagadas y vaharadas de calor.

—¿Qué es eso de allí? —preguntó Perseo, señalando hacia aquella elevación.

Uno de los tres hombres siguió con la mirada el dedo de Perseo y respondió:

—¿Eso? Es lo que queda de la Acrópolis de Atenas. Los muy ingenuos de los atenienses creyeron que por hundir unos cuantos barcos fenicios y egipcios habían hecho mella en el poder de Jerjes. Pero han aprendido la lección por segunda vez: contra el poder del Gran Rey no hay victoria posible.

Perseo reparó en que existía un parecido llamativo entre dos de los tres hombres, el que acababa de hablar y el más viejo, que estaba sentado en un macizo sitial de madera oscura y tallada. Supuso, por su edad y por ser el único que no estaba de pie, que el anciano era Damarato, su supuesto padre. El rey legítimo de Esparta. ¿Qué significaba esa expresión? ¿Que había algún otro rey que no era legítimo?

Observó las similitudes entre los dos hombres. Las mejillas de ambos, más exangües en el caso del anciano, se veían cruzadas por arrugas rectas que bajaban de los pómulos a la mandíbula como sendas cuchilladas. También se asemejaban en la mirada. Los ojos de ambos eran oscuros, estrechos. Mortecinos. Ventanas cerradas, pensó Perseo sin saber muy bien por qué se le había ocurrido aquella metáfora.

—Mi señor —susurró el criado Glauco, poniéndose de puntillas para acercarse a su oído—. Ese hombre que ha hablado es tu hermano mellizo Nabis, hijo también del noble rey Damarato.

—Mi hermano —musitó Perseo. Se miró las manos, que parecían mucho más grandes que las de su supuesto mellizo, y se tocó la piel del rostro. No notó en ella ni las dos cuchilladas ni los toscos poros. Pero sí rozó el cuero del parche que tapaba su ojo. Su hermano tenía dos ojos. Él no.

El ojo. «¡Abominación!».

—¿Qué hacías en las Termópilas sirviendo a Leónidas?

La pregunta la había hecho el hombre más anciano, el único que estaba sentado. Pese al calor, vestía una túnica blanca con grecas azules que le llegaba hasta los tobillos, dejando al descubierto unas finas sandalias rojas. El tono de su pregunta había sido hostil. Perseo experimentó una confusa sensación de culpa que, curiosamente, le resultó familiar durante unos instantes, como si lo normal y esperable fuese sentir culpa ante aquel hombre.

Damarato, rey de Esparta. ¿Realmente era su padre? «No me cae bien»,

pensó Perseo.

—¿Qué hacía yo sirviendo a quién? —repitió Perseo, preguntándose si los nombres de Termópilas y Leónidas deberían haber significado algo para él.

—A un rey de la otra dinastía. Todo el mundo conoce la vil traición que cometieron contra mí. Contra la familia a la que se supone que pertenecías.

Perseo no respondió. No tenía ni idea de qué le estaba hablando aquel hombre.

—¿No sabes por qué tu hermano y yo estamos aquí con el ejército de Jerjes? —insistió Damarato.

Perseo meneó la cabeza a ambos lados, muy despacio. Se miró la muñeca izquierda. Allí tenía enrollada una cinta de cuero decorada con líneas oscuras. ¿Letras? «Las letras sirven para decir cosas», pensó. ¿Decían algo importante las de aquella pulsera?

—Nunca anduviste muy largo de entendederas, pero se ve que el golpe te ha quitado incluso las pocas que tenías —dijo Damarato, apretando tanto los labios que desaparecieron de la vista—. Hemos venido para recuperar lo que es legítimamente mío. De paso, con la ayuda de Mardonio, vamos a acabar con la absurda anomalía de que haya dos reyes en Esparta. Espero que tú, como hijo mío, nos ayudes en ello. ¿Qué dices a eso?

Las palabras del anciano apenas significaban nada para Perseo. No contestó.

El anciano soltó un bufido, se retrepó en el asiento y volvió la mirada al tercer hombre, que aguardaba de pie a poca distancia del sitial.

—Esto es absurdo. ¿Cómo puede ser que no recuerde nada? —preguntó el anciano.

—Esa amnesia que sufre tu hijo no es del todo inusitada —intervino el interpelado.

—Ese es el médico Heráclides de Cos —explicó el criado Glauco, acercándose de nuevo a Perseo para murmurarle el nombre.

El tal Heráclides era un hombre menudo y delgado. Aunque parecía el más joven de todos, tenía ya entradas en la frente que pretendía disimular peinándose el flequillo a un lado. Sus ojos eran mucho más grandes y expresivos que los de Damarato y Nabis.

Algo en aquel médico inspiraba confianza. Cuando se acercó a Perseo, este no reculó, como habría hecho ante otro desconocido. Heráclides se puso de puntillas para examinarle la pupila del ojo derecho.

—Sospecho que, si tuviera el otro ojo —dijo el médico—, ambas pupilas no se verían del todo iguales.

—¿Qué quieres decir con que su amnesia no es del todo inusitada? —preguntó Damarato en tono áspero.

El médico se apartó de Perseo y se volvió hacia el ¿rey? de Esparta.

—Por mi experiencia, señor —contestó Heráclides—, he comprobado que los hombres poseemos tres tipos de memoria. Está la memoria de los acontecimientos de la vida, tanto los más cercanos en el tiempo como los más remotos. Curiosamente, son los recientes los que antes se pierden. Así, un anciano puede recordar perfectamente eventos de su niñez y, sin embargo, no saber qué cenó la noche anterior.

—¿A qué te refieres con eso? Yo ya soy viejo, pero recuerdo perfectamente lo que cené anoche, y la noche anterior, y la anterior a esa.

—No estoy diciendo que les ocurra a todos los ancianos, solo a los que empiezan a perder sus facultades mentales. Lo cual, obviamente, no es tu caso, pues mantienes tu lucidez intacta. —Volviéndose hacia Perseo un instante, el médico le guiñó un ojo y comentó en voz casi inaudible—: Aunque se ve que la facultad del buen humor la perdió el mismo día en que nació.

—Lo que tengas que decir, dilo en alto —le reprendió Damarato.

El médico asintió y, mirando de nuevo al que se hacía llamar rey de Esparta, prosiguió su pequeña disertación.

—Después está la memoria de quiénes somos. Aunque una persona pueda olvidar hechos concretos, incluso perder el recuerdo de días enteros y de otras personas, normalmente conoce su nombre, su origen, su ciudad, quiénes eran sus padres.

»Y, por último, está la tercera memoria, la de las prácticas que aprendemos a lo largo de nuestra vida. Andar, montar a caballo, nadar, hablar, leer y escribir. Incluso hablar otros lenguajes.

»Perseo ha perdido las dos primeras memorias. No sabe quién es, ni os reconoce a vosotros, sus familiares, ni recuerda cuál es su patria. Tampoco se

acuerda de cómo llegó hasta aquí, ni de nada de lo ocurrido en su vida antes de la batalla de las Termópilas.

»Pero lo más curioso no es eso, sino que es incapaz de crear nuevos recuerdos. Cada día, es como si bebiera de las aguas del río Leteo y su memoria se borrara igual que la tablilla de cera de un niño en la clase del gramatista.

—¿Todo ello por un golpe en la cabeza? —preguntó Damarato.

—Es que le dieron muy fuerte —comentó el hombre más joven, Nabis, con un gesto extraño que Perseo no supo interpretar. Parecía tristeza, pero había algo en ella que la deformaba y la convertía en otra cosa—. Perseo, ¿no te acuerdas ni siquiera de cuando éramos niños y te salvé de aquel jabalí?

Perseo entrecerró los ojos. No consiguió verse a sí mismo de niño, aunque sabía lo que era un niño. A cambio sí logró evocar la imagen de un animal grande, peludo, fiero, con colmillos que sobresalían de su boca. ¿Un jabalí?

En lugar de contestar, movió la cabeza a los lados.

—¿Qué historia es esa del jabalí? —preguntó Damarato.

—Fue algo que nos ocurrió de niños —respondió Nabis—. Perseo recibió otro golpe en la cabeza por culpa de un jabalí y el pedagogo nos…

Damarato hizo un gesto seco con la mano.

—Es igual. Agua pasada ya. —Dirigiéndose al médico, preguntó—: ¿Tiene cura lo que le ocurre a mi hijo? ¿Va a quedarse siempre así?

—No sabría decirte, noble Damarato —respondió Heráclides—. He encontrado algunos casos que se parecen al suyo, personas que pierden los recuerdos constantemente y que tienen que fabular historias para rellenar los huecos de su memoria. Pero se trata de un tipo de hombres muy diferentes a tu hijo. Mucho más viejos que él y habitualmente borrachos tan empedernidos que el jugo de Dioniso les ha empapado y esponjado el cerebro. Esos hombres nunca van a mejor y acaban completamente dementes.

»Pero lo que le ha ocurrido a Perseo es distinto. Su amnesia no se debe al mucho vino, sino a un golpe en la cabeza que, sin embargo, apenas le produjo hemorragia. Yo sospecho que el problema tiene que ver con el equilibrio de los humores internos.

El médico se acercó de nuevo a Perseo. Poniéndose de puntillas, le preguntó:

—¿Puedo moverte el pelo?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque la primera vez que lo hice sin preguntártelo, casi me arrancas la mano.

Perseo asintió. Con dedos cuidadosos, el médico le revolvió el pelo junto a la sien derecha mientras seguía hablando.

—¿Sabes si aquel golpe lo recibió en el mismo lado que el que sufrió con el jabalí, Nabis?

El hombre más joven, del que decían que era su mellizo, miró durante un instante hacia su derecha, como si estuviera buscando algo allí en el aire. Ya lo había hecho varias veces antes y ese gesto quiso despertar un recuerdo en Perseo. Pero cuando trató de aferrarlo con los dedos de la mente, ¡pafff!, se convirtió en humo.

—Sí, fue ahí mismo —respondió Nabis.

—Supongo que esa zona de su cerebro quedó reblandecida. Lo curioso es que tu hermano no ha perdido el tercer tipo de recuerdo que os he mencionado, el de las habilidades que se aprenden. Es evidente que sus movimientos vuelven a ser coordinados, que sabe manejar las armas y montar a caballo.

—¿Montar a caballo? —preguntó Perseo.

Pero en ese momento los dedos del médico le apretaron la sien y fue como si un rayo blanco atravesara su cabeza de parte a parte por detrás de sus ojos, y con un chasquido todo…

Desapareció.

# 4

## Esparta

Era la primera vez que Pausanias entraba en el Eforión, el edificio del ágora donde se reunían los cinco éforos. Pese a pertenecer a la familia real, había estado siempre alejado del poder y de sus decisiones. Hasta que la tijera de Átropos, la inflexible diosa del destino, había ido cortando uno por uno los hilos de las vidas de sus mayores: primero Cleómenes, después Leónidas y por último Cleómbroto, su padre.

Fuera hacía un tiempo agradable. Era una de aquellas tardes de primavera en que, después de varios días de lluvia, el cielo se aclaraba sobre Esparta, mientras que sobre el Taigeto se alzaban capas espectaculares de nubes, una escultura efímera creada por Zeus antes de complacerse en deshacer su propia obra. En cambio, el interior del Eforión había retenido el frío del invierno, que emanaba de las losas del suelo, y el único calor procedía de los braseros de bronce que quemaban maderas aromáticas.

Los éforos aguardaban sentados en un largo banco de piedra, y sentados se mantuvieron cuando entraron Latíquidas y Pausanias, para los que los sirvientes del Eforión habían traído arrastrando dos pesados sitiales de roble.

Las celosías de madera se hallaban cerradas para evitar oídos indiscretos. Pese a las llamas de los braseros, la sala se hallaba en penumbra. Al no tratarse de una reunión oficial, no se celebró ningún sacrificio, de modo que Pausanias ocupó su puesto sin más.

Frente a él se sentó Latíquidas. El soberano Euripóntida era un palmo más alto que él. Tenía una espesa cabellera que había empezado a encanecer cuando todavía era joven y que ya se había vuelto completamente blanca aunque pasaba por poco de los cincuenta; era una de esas cabelleras que acompañan a sus dueños hasta la tumba. Se conservaba bien, aunque había un punto de blandura en sus músculos. Según Leónidas, que había sido su colega más de una década, Latíquidas solo tenía apariencia exterior, mientras que por

dentro carecía de nervio.

Por desgracia, era Latíquidas quien, a la muerte de Cleómbroto, había heredado el mando al frente de la Liga del Peloponeso. Eso significaba, por ende, que también dirigía la alianza de estados griegos que se oponían a Persia.

Latíquidas carecía de la inteligencia y el carisma necesarios para aquel empeño. Pausanias lo había visto en la asamblea de los ciudadanos más de una vez. Mientras que las aclamaciones a Leónidas eran sinceras y, a menudo, ensordecedoras, las que recibía Latíquidas siempre sonaban tibias. A sus órdenes, los espartanos no retrocederían un paso, sin duda, porque así lo mandaba la ley. Pero para ir más lejos, para atreverse a llevar la guerra a las puertas del mismísimo infierno, habría hecho falta alguien como Leónidas.

«O como Perseo», se dijo Pausanias, recordando aquellos terribles días de la Estigia. El hijo de Damarato habría sido un buen rey. Quizá no tanto para tiempos de paz, pero sí para esa guerra, la mayor que los griegos habían visto en toda su historia.

Frente al banco de los éforos había cinco sillas plegables, más humildes que los sitiales del rey y el regente. En ellas se sentaron los últimos en llegar, que eran los comandantes de los cinco batallones designados para aquel año. Entre ellos se encontraba Eurianacte, primo de Pausanias, que mandaba el batallón de Mesoa; no tenían una relación demasiado estrecha, pero al menos se sentía apoyado con su presencia en la sala. Para su desagrado, también estaba Amonfareto, antiguo director de la *agogé* y ahora jefe del batallón de Pitana, que nunca se había molestado en ocultar el desprecio que sentía por Pausanias.

Una vez sentados todos, tomó la palabra Zeuxipo, el éforo epónimo cuyo nombre quedaría grabado en las crónicas de la ciudad. Cincuentón, había perdido casi todo el pelo de joven. Compensaba esa falta dejándose la barba muy larga y peinándosela en trenzas que no dejaba de hurgar y sobar como si fueran las guedejas del mítico vellocino y quisiera encontrar oro en polvo entre ellas.

—Como sabéis —empezó Zeuxipo—, mis colegas Brásidas y Espertias han regresado de su misión en Salamina. Brásidas, explica las novedades a los comandantes y a nuestros reyes.

El interpelado, un tipo alto y delgado, de ojos tan saltones y móviles como su nuez, hizo ademán de levantarse del banco. Después se dio cuenta de que

estaba en su sede, donde teóricamente los éforos eran la máxima autoridad y no debían gesto de respeto a nadie más, y se quedó sentado.

—Lo primero que debo comunicaros es que, en el mismo momento en que nos disponíamos a regresar de Salamina, vimos algo terrible.

—¿Qué? —preguntó Latíquidas. Su postura aparentemente relajada, con las piernas separadas, la cabeza hacia atrás y las manos apoyadas en los brazos del sitial, daba a entender que, pese a que la reunión se celebraba en el Eforión, él pensaba hacer valer su autoridad como rey.

—Vimos cómo el ejército de Mardonio aparecía en el Ática, entraba en la ciudad de Atenas y la incendiaba por segunda vez —respondió Brásidas.

Hubo un momento de silencio. En Esparta había gente, bastante ilusa en opinión de Pausanias, que durante todo el invierno había sostenido que Mardonio solo esperaba a que llegara el buen tiempo para emprender el regreso a Asia. Ahora, aquella absurda teoría acababa de ser rebatida por los hechos.

—Vaya noticia más sorprendente —respondió el rey Latíquidas—. No hace falta tener la inteligencia del sabio Quilón para saber que Atenas siempre ha sido el objetivo de la campaña persa. De hecho, la única intención que mueve a Jerjes y Mardonio es borrar de la faz de la tierra esa ciudad de charlatanes.

«¿Y quién dice que cuando la aniquilen se detendrán ahí?», pensó Pausanias. Las palabras murieron en su garganta. Por más que se repetía a sí mismo: «Eres el regente, eres el regente», se sentía tan intimidado ante aquellos hombres como si Iris, la mensajera de los dioses, lo hubiera invitado a asistir a un banquete en el Olimpo y se encontrara ante la imponente presencia de Atenea, Apolo o el mismísimo Zeus.

Brásidas carraspeó y trató de proseguir.

—Mi rey…

—Eres un éforo —lo interrumpió su colega Zeuxipo—. No tienes por qué dirigirte así a Latíquidas. Esto es Esparta, no la corte tiránica de Jerjes.

Brásidas bajó un instante los ojos. Pausanias pensó que aquel hombre, larguirucho y nervioso, era de esa clase de éforos de los que le había hablado su tío Cleómenes. «En teoría, esos condenados éforos me controlan —le decía —. Se permiten quedarse sentados cuando me ven entrar, y dos de ellos

vienen conmigo a la guerra para vigilarme hasta cuando voy a la letrina. ¡Ah, pero esa es la teoría! La mayoría de ellos saben bien que serán éforos un año, solo un año en toda su vida, mientras que yo seguiré siendo rey siempre. Así que piensan: “Cuando vuelva a ser un ciudadano normal, ¿cómo se podrá vengar de mí el poderoso Cleómenes? ¿Voy a convertirlo en mi enemigo por un momento de gloria?”. Y, por supuesto, deciden que no les conviene y acaban comiendo de mi mano».

Zeuxipo, a quien le gustaba llamar la atención sobre el cargo que ostentaba, era más difícil de tratar que Brásidas. En una reunión de su banquete privado, se había permitido el lujo de comentar a sus compañeros de *pheiditíon*: «Con Cleómenes y Leónidas se ha acabado la época de los reyes fuertes. ¡Es el tiempo de los éforos y del pueblo espartano!». A tipos como esos, Cleómenes les daba sedal como a una carpa para hacerles creer que se salían con la suya y, después, cuando menos se lo esperaban, ¡zas!, tiraba de la caña, los sacaba del agua y los dejaba boqueando sobre la hierba.

Pero Cleómenes ya no estaba entre los vivos.

Pausanias sacudió la cabeza y trató de volver al presente. Brásidas seguía explicando el resultado de la misión que los había llevado a él y a Espertias a Atenas.

—Aunque Mardonio haya vuelto a incendiar Atenas, no es tan obvio que pretenda aniquilar a sus habitantes, rey Latíquidas —dijo el éforo—. De hecho, les ha enviado como embajador al rey Alejandro de Macedonia para pactar con ellos.

—¡Ese traidor propersa! ¡Que los perros de Hécate le mastiquen los testículos! —masculló Amonfareto.

Amonfareto había pasado ya de los sesenta años, pero la edad no había suavizado su carácter. La mayoría de los que estaban allí habían sufrido sus rigores cuando dirigía la *agogé*. Debido a ello, conservaba sobre los demás un ascendiente del que les costaba librarse. En particular a Pausanias. Pese a que ahora se encontraba por encima de él en la jerarquía, cuando Amonfareto clavaba los ojos en él, le parecía oírle gritar: «¡Mastigóforo! ¡Cinco azotes al del pelo rojo por moverse en formación!».

—Mardonio ha ofrecido a los atenienses el perdón de Jerjes —continuó Brásidas—. Les ha prometido que, si le ofrecen por fin el agua y la tierra, les devolverá su territorio.

—No tendría que devolvérselo —intervino Amonfareto— si ellos no lo hubieran evacuado con el rabo entre las piernas, como los perros cobardes que son. ¡Eso jamás habría ocurrido en Esparta! ¡Que me fulminen los rayos de Zeus Uranio si alguna vez permito yo que mis tropas retrocedan ante los persas!

Por más que Amonfareto lo intimidara, a Pausanias le pareció que aquel comentario era demasiado injusto como para callarse. Odiándose a sí mismo por el calor de la sangre que afluía a su rostro, dijo:

—Los atenienses no son unos perros cobardes, y lo demostraron en Maratón.

—¡En Maratón no había más que cuatro bárbaros piojosos montados en jamelgos famélicos! —le interrumpió Amonfareto—. Ya habéis visto cómo, en cuanto se acerca un ejército de verdad, los atenienses abandonan sus templos y sus santuarios y permiten que el bárbaro los incendie. ¡Vuelvo a decir que eso jamás pasaría en Esparta!

«Porque los bárbaros todavía no han asomado por el valle del Eurotas con su caballería», pensó Pausanias. A los espartanos, aunque nadie lo confesara, les espantaba la idea de enfrentarse con la caballería persa. Solo en jinetes, Mardonio superaba en número a todos los hoplitas que Esparta podía poner en el campo de batalla.

El éforo Brásidas carraspeó.

—¿Podría continuar?

—Caballeros —advirtió Zeuxipo—, os recuerdo que estamos en el Eforión y que esta es una reunión del colegio de éforos. Rey, regente, comandantes de batallón: estáis aquí como delicadeza nuestra, para que escuchemos vuestras opiniones y nosotros, las vuestras.

Todos asintieron, salvo Amonfareto, que siguió mirando a Pausanias con ojos furiosos durante un rato, como amenazándolo: «No vuelvas a defender a los atenienses, niñato».

—Mardonio ha ofrecido a los atenienses regresar a Atenas sin sufrir más ataques —prosiguió Brásidas—. También les ha prometido restaurar los santuarios incendiados y no interferir en su gobierno. Si acceden, asegura él, no serán súbditos de Jerjes, sino sus aliados principales en Grecia.

—¿Les va a dejar mantener el gobierno de la chusma? —preguntó

Latíquidas.

—Mardonio tiene suficiente poder para prometer a los atenienses todo lo que se le ocurra —intervino Espertias, el éforo que había acompañado a Brásidas en la embajada a Atenas—. Al fin y al cabo, después puede hacer lo que le dé la gana.

En público, Pausanias procuraba llamarlo Espertias, aunque no podía dejar de pensar en él como Escaleno, el Cojo. Si el éforo ya había nacido con los dedos de la mano derecha atrofiados, en el bárbaro ritual de la Estigia le habían mutilado, para colmo, las dos primeras falanges de los dedos de la izquierda. No obstante, Pausanias había visto cómo se las ingeniaba para embrazar un escudo construido a su medida, y también cómo con aquella diestra deforme no solo empuñaba la lanza de forma aceptable, sino que lanzaba piedras con tal puntería que era capaz de derribar un nido de gorriones a más de treinta pasos.

—Eso es cierto —dijo el primo de Pausanias—. ¿Es que no recordáis lo que nos ofreció el padre de Jerjes a los espartanos cuando mandó a sus embajadores hace más de diez años? Fue lo mismo que les está prometiendo ahora a los atenienses.

—Lo que recuerdo de entonces es que por culpa de Cleómenes, tío del regente aquí presente, esos embajadores fueron asesinados de forma sacrílega —replicó Latíquidas, mirando con hostilidad a Pausanias.

—No hace falta recordar eso ahora, mi rey —zanjó Escaleno, insistiendo en el título con cierta sorna—. Ese crimen ya fue expiado, y creo que no hace falta repetir por quién. Pensemos en lo venidero, no en el pasado.

La mención a la expiación por la muerte de los embajadores no era baladí. Si Escaleno había sido votado como éforo apenas cumplidos los treinta años era por la popularidad que había ganado ante el pueblo espartano al ofrecerse como voluntario para ir a la corte persa y dejarse matar en compensación por aquel sacrilegio.

El éforo Zeuxipo, jugueteando pensativo con las largas trenzas de su barba, dijo:

—Es cierto que los persas siempre han jugado dos partidas con los mismos dados, una con nosotros y otra con los atenienses. En una de las dos tienen que estar haciendo trampas.

—O en las dos —repuso Escaleno. Pausanias y su primo asintieron ante

su comentario.

—Como sea —continuó Brásidas—, esa ha sido la oferta de Mardonio a los atenienses. Les ha dicho que pueden conservar su libertad. Pero también les ha recordado que, si se niegan, la mano del rey es tan larga que llega a los confines del mundo. Y que, si por casualidad remota logran derrotarle a él, a Mardonio, Jerjes no vacilará en reclutar un ejército tres veces mayor.

Durante un rato reinó un silencio lúgubre. Era algo que no solían comentar, pero que todos tenían en cuenta. Grecia, encajonada entre las montañas y el mar, era pequeña, y tan pobre que, cuando la población crecía, la mayoría de las ciudades tenían que enviar los excedentes a fundar colonias. Esparta, una de las excepciones, podía movilizar poco más de diez mil hoplitas en la flor de la edad, y tan solo la mitad de ellos guerreros de élite de la *agogé*, pues el resto eran habitantes de las ciudades vecinas que no poseían la ciudadanía espartana.

En cambio, los recursos del Imperio persa eran inagotables. Aunque sufriera algún contratiempo, superaba los reveses por el procedimiento de reclutar más hombres y recurrir a una fuerza aplastante.

Latíquidas así se lo recordó a los demás.

—Pensad en ello. Cuando esos afeminados jonios se rebelaron contra Darío, lo más que consiguieron fue incendiar una de sus ciudades. ¿Qué les pasó después? Que la rebelión acabó aplastada y, como escarmiento, Mileto fue arrasada hasta la última piedra y los supervivientes, vendidos como esclavos. —Un triste destino, pensó Pausanias, que había tenido el privilegio de visitar Mileto con Temístocles un año antes de su caída—. ¿Recordáis las carcajadas de toda Grecia cuando la flota de Mardonio naufragó en el monte Atos? —continuó Latíquidas—. «Los persas ni siquiera saben nadar», se decía. Pensamos que la amenaza había acabado, ¿y qué ocurrió? Sin despeinarse la barba, Darío alistó otra flota con la que saqueó todo el Egeo y destruyó Eretria. Atenas se salvó solo por casualidad.

«¿Llamas casualidad al valor de Maratón?». Al darse cuenta de que las palabras le iban a salir atropelladas por la indignación, Pausanias se calló. ¿Por qué no podía él hablar con el aplomo de los demás?, se preguntó, mortificado.

—Ya habéis visto lo que pasó luego —prosiguió Latíquidas—. Jerjes organizó una expedición mucho mayor que la de nuestros antepasados cuando tomaron Troya. Y los atenienses, que tan ufanos estaban por ganar una

escaramuza en Maratón, tuvieron que abandonar su ciudad y verla destruida.

—Perdona, mi rey, pero me da la impresión de que te olvidas de Salamina —intervino Escaleno—. Yo estaba allí con tu primo Euribíades, y me atrevería a asegurar que fue una gran victoria para Grecia.

—Sí, y un simple traspié para Jerjes, como si a un águila le arrancas un par de plumas de la cola. ¿Es que no entendéis mi argumento? —Latíquidas se impacientó—. Cada vez que los persas sufren un revés, responden golpeando dos veces más fuerte. Ya habéis visto cómo los atenienses, que tanto presumen de esa tierra en la que siempre han vivido, la han vuelto a abandonar. ¡Y esta vez, comprobaréis que es para siempre!

—Tu esperanza en la victoria me inspira, ¡oh, rey! —dijo Escaleno, levantando la copa en un brindis y apurando su contenido. Después, como en aquella reunión no había sirvientes, él mismo se levantó cojeando para tomar de una mesa aledaña la jarra de vino y rellenarse la copa—. ¿Alguien quiere más?

—El vino es mal consejero —le recriminó Amonfareto—. ¿No os enseñamos eso en la *agogé*?

—¿Nos lo enseñasteis? A lo mejor he bebido tanto que lo he olvidado.

—¡Irrespetuoso!

—Cuidado, noble Amonfareto. Estás hablando con un magistrado del pueblo de Esparta —amenazó Escaleno—. Querido colega Zeuxipo, cuando quieras puedes salir en defensa de mi dignidad.

El aludido se limitó a soltar un gruñido que no comprometía a nada. Escaleno, antes de volver a su sitio, se acercó a Pausanias y le escanció vino.

—Yo no…

—Te vendrá bien, regente —susurró el éforo—. Te soltará la lengua y además podrás echarle la culpa a la bebida de esas chapetas que te están saliendo en el rostro.

Aunque el comentario no contribuyó precisamente a enfriar las mejillas de Pausanias, este aceptó el vino y se bebió la mitad de un trago.

Latíquidas había retornado al tema.

—Hablas de esperanza, éforo. Pero la engañosa esperanza es propia de mujeres, niños e incautos, no de hombres crecidos.

—Y, sin embargo, si habita entre nosotros es por algo —replicó Escaleno —. ¿Recuerdas los versos de Hesíodo sobre Pandora y el jarro donde guardaba todos los males la tapa de su tinaja?

—No, pero sospecho que me los vas a recordar tú.

Escaleno carraspeó antes de recitar. Tenía una voz magnífica, flexible, sonora y limpia desde los tonos más graves a los más agudos.

—«Al quitar con sus manos la gran tapa de aquella tinaja, Pandora dispersó todos los males por el mundo y acarreó para la humanidad tristes calamidades. Tan solo se quedó dentro la Esperanza, bajo los bordes de la indestructible tinaja, y no voló hacia la puerta, porque antes Pandora le puso la tapa al ánfora, por voluntad de Zeus portador de la égida y amontonador de nubes».

—¿Era Hesíodo un poeta espartano? —espetó Amonfareto y se respondió él mismo—: ¡No! Era beocio, como esos traidores sodomitas que han pactado con Jerjes. Sus versos no significan nada.

—No voy a entrar en disputas poéticas —dijo Latíquidas—. Yo no quiero esperanza, sino seguridad y previsión. Pese a todo lo que ha ocurrido, hasta ahora los espartanos nos hemos salvado de lo peor.

Pausanias sintió cómo la sangre sorteaba sus mejillas y se le subía directa a los oídos, que le zumbaron de indignación. Aquellas palabras no podían pasar sin una respuesta.

—¿Hablas en serio? ¿Que nos hemos salvado de lo peor? ¿Perder a un rey y a trescientos buenos espartanos no te parece lo bastante malo?

—Lamento la pérdida de esos hombres tanto como cualquiera —respondió Latíquidas—. Pero, en tu inexperiencia, joven Pausanias, ignoras que si Leónidas se empeñó en sacrificarse en las Termópilas fue contra mi voluntad y la de la mayoría del consejo de ancianos. Yo siempre he mantenido que la única posición que se puede defender es el istmo y que nuestra fortaleza inexpugnable ha de ser el Peloponeso.

—¡Bien hablado! —apostilló Amonfareto.

—¿Y el resto de los griegos, por los que Leónidas se sacrificó? ¿Los dejaremos abandonados a su suerte? —preguntó Pausanias.

—La mayoría del resto de los griegos han pactado con Jerjes. Mira qué poco tardaron los tesalios y los tebanos en ofrecerle el agua y la tierra. —

Bajando la voz, Latíquidas añadió—: Y si los corintios no lo hacen, es porque nos tienen demasiado cerca.

—¿Y los atenienses?

—¿Cuántas veces tengo que deciros que os olvidéis de los atenienses? Ni hablamos igual que ellos, ni vestimos como ellos, ni tenemos los mismos héroes, ni nos dejamos mandar por la chusma como ellos.

Pausanias estuvo a punto de responder que Latíquidas estaba exagerando de forma tramposa las diferencias entre ambas ciudades, mucho menores que sus semejanzas, pero el rey Euripóntida se había lanzado en su discurso y no dejó hueco para interrumpirlo.

—Os digo una cosa a todos. Lo mejor para nosotros es que Jerjes destruya Atenas de una vez para siempre. Ya os he explicado en más de una ocasión que esa ciudad, con sus costumbres corruptas, es un cáncer. Dejad que siga creciendo como lo hace, inscribiendo como ciudadanos a bastardos, mendigos y bárbaros, y algún día nos arrepentiremos. ¡La amenaza de los ilotas nos parecerá algo risible!

—Deberíamos hacer caso a nuestro rey —dijo Escaleno—. Cuando habla de la amenaza ilota, lo hace por experiencia propia.

Pausanias estuvo a punto de aplaudir el comentario del éforo, aunque no dijo nada.

Aquel era un asunto del que apenas se hablaba en público. Once años antes, cuando los gobernantes espartanos creían que habían acabado con la amenaza de Cleómenes y la posible alianza de las ciudades arcadias contra Esparta, descubrieron que durante su exilio el rey también se había reunido con caudillos de Mesenia. Como resultado, al mismo tiempo que Cleómenes se despedazaba a sí mismo con un cuchillo, se produjo una sublevación de ilotas en la que los rebeldes llegaron a movilizar un ejército de más de diez mil guerreros.

El encargado de aplastar aquella sublevación fue Latíquidas, en una guerra secreta que no se comunicó al resto de aliados por no dañar el prestigio de Esparta. Aquella fue la razón de que, cuando el corredor Fidípides llegó ante los éforos a pedir ayuda contra los invasores que habían desembarcado en Maratón, se le negara con el pretexto del festival de Apolo Carneo.

Durante aquella campaña, Latíquidas y su ejército, formado por espartiatas y por periecos, se metieron solos en una trampa al penetrar en una

garganta boscosa del Taigeto sin enviar exploradores por las crestas que la rodeaban. Como era de esperar, los rebeldes los rodearon y bloquearon las dos salidas del paso. Solo la llegada a marchas forzadas de Leónidas y sus hombres, que venían del campo de batalla de Maratón, evitó que un ejército espartano acabase pereciendo de hambre por la ineptitud de Latíquidas.

El Euripóntida captó el sarcasmo, al igual que todo el mundo en la sala, pero se abstuvo de contestar a Escaleno. En su lugar, miró a Pausanias y dijo:

—Tú, más que nadie, deberías conocer bien el peligro de los atenienses.

—¿A qué te refieres? —preguntó Pausanias, sin saber a qué aludía Latíquidas.

—¿Recuerdas cuando tu tío Cleómenes ayudó a expulsar al tirano Hipias de Atenas? ¡Ah, no, eres demasiado joven! Hipias se dejó en un templo de la Acrópolis una colección de oráculos délficos. Cleómenes los encontró y los trajo a Esparta. Cuando yo ascendí al trono en lugar del impostor Damarato, Cleómenes me los enseñó, puesto que se trataba de un asunto de estado lo bastante importante para compartirlo conmigo. ¿Acaso tú no has visto esas profecías, Pausanias? No creo que tu tío las quemara.

Pausanias apretó los labios y no respondió. Conocía de sobra esos oráculos, una colección de tablillas de madera que habían pasado de las manos de Cleómenes a las de Leónidas, después a las de Cleómbroto y, por fin, a las suyas. En ellos se profetizaba la grandeza de Atenas a costa de la de Esparta. Entre otros versos había unos que rezaban:

*Muchas y graves afrentas sufrirá Lacedemón*

*a costa de los hijos de Erecteo,*

*y la lanza de Atenea flotando en el agua*

*perforará la piel de león de Heracles,*

*y Teseo el Egeida volverá a raptar*

*a la ilustre hija espartana de Zeus y Leda.*

—¿Existen esos oráculos, Pausanias? —preguntó Zeuxipo.

—Hay tantos documentos en palacio que yo…

—¡Por el poder que me ha concedido el pueblo de Esparta, te exijo que me contestes, Pausanias, hijo de Cleómbroto! —exclamó el éforo, señalándolo con el bastón.

—Existen.

Un murmullo recorrió la sala. Latíquidas continuó su ataque.

—¿Y no es verdad que en ellos se dice que Esparta va a sufrir numerosas ofensas a manos de los atenienses y que eso va a ocurrir durante mucho tiempo?

Pausanias asintió con la barbilla.

—No te he oído, tutor del rey —se empeñó Latíquidas—. ¿Puedes contestarme en voz alta?

Escaleno acudió en ayuda de Pausanias.

—Supongamos que tienes razón, rey Latíquidas. Supongamos que Atenas es un peligro para nosotros.

—¿Supongamos? —preguntó Amonfareto—. ¿Tienes la desfachatez de dudar del dios Apolo?

—Por supuesto que no. ¿Cuándo en su historia el oráculo de Delfos ha vaticinado nada que no sea verdad? —respondió en tono venenoso Escaleno.

Se oyeron un par de carraspeos nerviosos, pero nadie respondió. Todo el mundo sabía que la Pitia que aseguró que Damarato no era hijo legítimo del rey Aristón había sido sobornada por Cleómenes. Pero lo que nadie conocía, salvo Pausanias, era que ese soborno lo había pagado y organizado su amigo Temístocles. Y estaba dispuesto a llevarse ese secreto a la morada de Hades.

—Lo que quiero decir —prosiguió Escaleno— es que, si Atenas es un peligro tan grande para Esparta, ¿qué ocurrirá en el caso de que no acudamos en su ayuda y los atenienses acaben aceptando las condiciones que le ofrece Jerjes? ¿No se convertirá Atenas en una amenaza mucho mayor para nosotros si se convierte en aliada de los persas? ¿No nos pasará como a Edipo, que, por evitar una profecía, aceleró su cumplimiento?

—Con la rendición de Atenas, Jerjes se quedará satisfecho —aseguró Latíquidas—. El Peloponeso tiene poco que ofrecerles, y no es adecuado para su caballería. Los persas nos dejarán con nuestros dominios y nosotros a ellos con los suyos.

—En cuanto a que Atenas pacte con los bárbaros —dijo el éforo Brásidas —, tú mejor que nadie sabes que no debemos preocuparnos por eso, Escale… Perdón, Espertias.

—No te preocupes, Brásidas. Que no me llames cojo no va a alargarme la pierna. Sí, los dos estábamos delante cuando el general Arístides respondió a la propuesta de Mardonio. Debo decir que fue digna de un espartano. Hay que reconocer que ese hombre tiene planta de espartano. —Escaleno se levantó del banco y, poniéndose la mano en el pecho y levantando la mirada a las alturas, declamó—: «Nosotros, los atenienses, somos más que conscientes de que el poder de Jerjes es muy superior al nuestro y de que su brazo es largo y llega a todos los rincones del orbe. Sobra recordarnos nuestra inferioridad. Pese a ella, amamos tanto la libertad que la vamos a defender con nuestras últimas fuerzas. Mientras el sol siga recorriendo el mismo sendero en el cielo, mientras quede un solo ateniense vivo, ¡jamás pactaremos con Jerjes!». —Escaleno volvió a sentarse y en un tono de voz más natural añadió—: Dicho esto, echaron a Alejandro el macedonio de Atenas y le prohibieron volver a dirigirse a ellos con propuestas similares.

Casi todos los presentes asintieron, satisfechos y aliviados con la contestación de los atenienses. La respuesta de Latíquidas, en cambio, fue sardónica.

—«Mientras quede un solo ateniense vivo». Vaya, puede que matemos dos pájaros con la misma flecha.

—Lo importante —dijo Zeuxipo— es que se niegan a pactar con los persas.

Brásidas asintió con vigor y añadió:

—Cuando Es… pertias y yo nos reunimos con ellos, ya sin la presencia de Alejandro, insistieron en lo mismo. «Estad tranquilos, espartanos. No hay oro suficiente en el mundo como para que los atenienses consintamos en que Grecia sea esclavizada».

—Testifico que mi colega Brásidas ha repetido de forma literal esas palabras tan altas y solemnes —confirmó Escaleno—. Demasiado altas y solemnes, tal vez, como toda esa historia del sol dando vueltas en el cielo por no se sabe dónde.

—¿Qué insinúas? —preguntó Amonfareto.

—¿Os habéis fijado en la cantidad de adverbios y partículas que tenemos en griego para corroborar lo que decimos? «Ciertamente», «en verdad», «de hecho», «sin duda», «en verdad de verdad»… Cuantas más amontonamos en una frase, como el pescadero que echa peso y peso en la balanza, es porque

menos seguros estamos de que nuestro interlocutor nos vaya a creer.

—Te enredas en frases largas como un ateniense —le reprochó Amonfareto—. ¡Habla como un espartano, demonios!

—Trataré de explicarlo en palabras que todos podáis entender, mi admirado y temporalmente subordinado Amonfareto.

—¡Te vas a comer tus…!

—¡Silencio! —exigió Zeuxipo, golpeando el suelo con la contera del bastón—. Amonfareto, respeta la autoridad de los éforos. Y a ti, Espertias, te agradeceríamos que nos privaras de tu dudoso sentido del humor.

—Por supuesto, mi honorable colega —dijo Escaleno—. Lo que quiero decir es que todos los «ciertamente» del mundo, todas las promesas, todas las alusiones altisonantes al sol y al oro del mundo dejan de valer cuando llega la palabra mágica.

—¿Y cuál es? —preguntó Pausanias, siguiendo el juego de la pausa dramática que había hecho Escaleno.

—«Pero».

—¿Cómo que «pero»? —preguntó Amonfareto, confuso. Al entrecerrar los ojos, se le levantaba el labio inferior y dejaba al descubierto los incisivos, que tenía rotos desde que Pausanias podía recordar.

—A eso es a lo que hay que atender, caballeros. A lo que viene detrás del «pero». Nosotros entregamos a los atenienses la propuesta convenida. —Escaleno hizo ademán de desenrollar un papiro imaginario y recitó—: «Amigos atenienses, nos solidarizamos con vosotros por la pérdida de vuestras cosechas, la destrucción de vuestras casas y vuestros templos y *bar, bar, bar, bar, bar*. Prometemos alimentar a vuestras mujeres y a los niños, ancianos y enfermos que no sean aptos para la guerra».

—Bien sabéis que yo me opuse a esa propuesta —dijo Latíquidas—. El trigo no sale de debajo de las piedras.

—Puedes estar tranquilo, mi rey, que nuestras reservas de trigo seguirán intactas —repuso Escaleno—. Arístides, en nombre de sus diez generales, nos dijo que, aunque nos agradecía la oferta, los atenienses se negaban a ser una carga para nosotros.

—Engreídos —masculló Amonfareto.

—*Pero*, y aquí es donde viene la objeción, lo que sí nos piden en nombre de nuestra alianza es que enviemos un ejército a marchas forzadas para unirnos a ellos en las fronteras del Ática, enfrentarnos a los persas allí y expulsarlos hacia el norte.

—¡Ah! —exclamó Latíquidas—. ¡O sea, que no quieren ser una carga, pero nos piden que abandonemos nuestro país y dejemos a nuestras mujeres y nuestros hijos indefensos!

—¿Dijeron algo más? —preguntó Zeuxipo.

—No —respondió Escaleno—. Pero las palabras «Y si no lo hacéis, ateneos a las consecuencias» quedaron flotando en el aire.

—¿Es eso cierto, Brásidas? ¿Insinuaron algo así? —dijo Zeuxipo.

—Yo no lo escuché —respondió el interpelado.

—¡Por los Gemelos! —exclamó Escaleno—. Luego dicen que los espartanos somos sutiles como el zorro. Pero, Brásidas, ¿es que no te diste cuenta de que nos estaban amenazando?

—¿Pronunciaron alguna amenaza explícita? —insistió Latíquidas.

—Explícitamente, no —respondió Escaleno—. Pero cualquiera puede…

—En ese caso, no hay más de qué hablar. —El rey se dio un puñetazo en la palma de la mano—. El ejército espartano no va a salir de esta tierra. ¡Como han dicho los atenienses, eso no ocurrirá mientras el sol siga su curso en el cielo!

—Pues yo creo que es lo más inteligente que podemos hacer —dijo Pausanias, casi sin levantar la voz. A él mismo lo sorprendió la serenidad de su tono—. Salirle al encuentro al enemigo en lugar de quedarnos esperando a que venga él.

—¿Quién eres tú para decir eso? —preguntó Latíquidas.

«No te dejes acobardar».

—Lo sabes de sobra. Soy el regente de Plistarco, legítimo rey de la dinastía Agíada.

—Lo es —reconoció Zeuxipo—. Tiene derecho a hablar en nombre del rey.

—Lo que sé de sobra, y tú también lo sabes, Pausanias —sentenció

Latíquidas, apuntándolo con el dedo—, es lo que me dijo tu padre cuando volvió a Esparta después del eclipse.

Latíquidas se refería a un eclipse de sol que se había contemplado en el istmo de Corinto a principios de otoño, después de la batalla de Salamina. Interpretándolo como un aviso de los dioses, Cleómbroto había tomado consigo el ejército que fortificaba el istmo y lo había traído de regreso a Esparta.

Por aquel entonces, ya se encontraba muy enfermo, había perdido más de veinte kilos y no dejaba de toser y esputar sangre. Como apenas se podía mover del lecho, había hecho venir a Latíquidas, lo cual sentaba un precedente inusitado desde hacía generaciones: un rey visitando a otro en su palacio.

Y allí, para humillación de Pausanias, Cleómbroto le había dicho a Latíquidas que, a partir de aquel momento, renunciaba al mando supremo del ejército griego en las operaciones fuera de Esparta; un mando que los aliados habían entregado a Leónidas y que a la muerte de este había pasado a Cleómbroto.

—Estoy demasiado enfermo ya para ejercerlo.

—Es una decisión sensata —respondió en aquel momento Latíquidas.

—Padre, no lo entiendo —se quejó Pausanias.

—Debes dejarle a Latíquidas el mando del ejército, hijo.

—¡Pero somos Agíadas! Desde siempre los espartanos nos han honrado por encima de los demás. ¿Cómo vamos a ceder el primer puesto a los Euripóntidas?

—Tú no posees el espíritu de mi hermano Leónidas, ni el mío. Por tus venas parece que corre vino aguado en vez de sangre.

Pausanias había agachado la cabeza, entre el alivio por librarse de una carga que sabía que lo superaba y la vergüenza por las palabras de su padre, que ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que Latíquidas seguía allí, en su alcoba.

—No es culpa tuya, hijo —dijo Cleómbroto—. Las estirpes degeneran, y después a veces vuelven a remontar. Sigue con tus poemas, tus libros, tus Musas. Deja que otros gobiernen los asuntos de la guerra.

—¿Quieres que repita las palabras de tu padre? —preguntó Latíquidas, con la

sonrisa del depredador que tiene aferrada a una liebre por el cuello—. ¿O prefieres que las cante con una lira y las ponga en verso, amado de las Musas?

—Dejad vuestras disputas fuera de aquí —intervino Zeuxipo—. Vuelvo a recordaros que esta es la sede de los éforos. Creo que ya se ha discutido bastante. Conocemos lo que Mardonio ha dicho a los atenienses y sabemos lo que los atenienses nos han pedido a nosotros. Es hora de que los éforos, en nombre del pueblo soberano de Esparta, deliberemos sobre la respuesta que les vamos a dar.

Era la señal para que todos los que no pertenecían al colegio de los éforos abandonaran la sala. Pausanias lo hizo el primero, acelerando el paso para salir antes de que nadie pudiera ver su rostro de vergüenza.

«Esto me supera», pensó al salir al exterior. El sol estaba cayendo sobre el Taigeto, tiñendo sus picos de un suave color violeta. Obedeciendo a una seña más vehemente de lo que él mismo habría querido —«¿A quién quiero demostrar mi autoridad?»—, los soldados de su guardia lo siguieron.

«¿Por qué no tendré yo la grandeza de Leónidas, o incluso la de Cleómenes?», se preguntó. Quizá, se dijo, él debería haber nacido mujer y Gorgo hombre. Ella no se dejaría arredrar por Latíquidas o Amonfareto.

# 5

## Campamento persa, cercanías de Atenas

Abrió el ojo, desorientado.

Lo cerró.

No era bueno estar desorientado. Dentro de su cabeza palpitaba un corazón sucio, de lana apelmazada. *Bum*, *bum*, *bum*. Un tiempo antes —para él el tiempo había dejado de existir— ese palpitar había sido más ruidoso, doloroso y constante, pero él no podía saberlo. Si mejoraba, era inconsciente de su mejoría.

Abrió los párpados de nuevo. Cuando los tenía cerrados, las sensaciones dentro de su cabeza eran más intensas, el mundo exterior desaparecía y se quedaba a solas con aquella cueva oscura y poblada de viscosas brumas que era él mismo.

—Ya te ha vuelto a ocurrir.

Estudió el entorno. Se encontraba en una tienda de campaña, la que le habían asignado para dormir, aunque incluso eso lo había olvidado. Vio postes de cedro sujetando una lona parda, visillos y enrejados de cañas a modo de paredes, con flores entrelazadas. Olía al aroma de las flores, pero olía más a quemado. Algo ardía o había ardido fuera de la tienda, pero tampoco podía saber que aquel olor lo traían el humo y las pavesas que se levantaban del incendio constante de Atenas.

Estaba sentado en una silla plegable, con el codo apoyado en una mesa de madera de campaña. Delante de él había un hombre desconocido, que le hacía una seña a un segundo para que se marchara.

—Fuera, Glauco —dijo el primer hombre, reforzando su gesto con palabras, algo que a Perseo, por la razón que fuese, le pareció propio de una persona débil y sin autoridad—. Yo me ocupo de atender a mi hermano.

Cuando el segundo hombre, el tal Glauco, salió de la tienda, el faldón se abrió y Perseo tuvo una visión momentánea de más tiendas y pabellones, y estandartes y hombres y caballos moviéndose en el exterior. Pero el faldón se cerró enseguida y el mundo se redujo a aquel espacio que podría haber cruzado en poco más de ocho zancadas.

Perseo miró en derredor. Había algunos arcones, una cama, unos braseros ahora apagados, armas diversas, una alfombra. Pero nadie más en la tienda. ¿A quién se refería el desconocido?

«A mí», comprendió Perseo.

—¿Soy yo tu hermano? —preguntó Perseo.

El desconocido sonrió. La sonrisa le curvaba los labios y le arrugaba las mejillas, que eran flacas y se veían surcadas por dos líneas rectas y verticales como sendos tajos de cuchillo. Pero no iluminaba aquellos ojos estrechos y fríos.

—Tu hermano mellizo de toda la vida, Perseo. Nabis, nacido unas horas antes que tú. Nacido cuando tu abuelo el rey Aristón todavía vivía, mientras que cuando naciste tú él ya había muerto. Por eso nuestro padre Damarato se convirtió en rey y tú, en su heredero nacido en la púrpura. ¿Cuántas veces te lo tengo que contar?

—¿Me lo has contado alguna vez?

El desconocido, o Nabis, como decía llamarse, se aflojó el grueso cinturón cargado de gemas, se levantó la túnica azafranada y rebuscó bajo el *perizoma* hasta sacarse el miembro, para lo cual tuvo que afanarse unos segundos. Después orinó en una jarra de plata repujada.

—¿Por qué meas ahí dentro? —preguntó Perseo.

—Tengo muchas ganas de orinar, pero no me apetece salir de la tienda ni buscar una bacinilla. Hay cosas que quiero explicarte.

A Perseo no le pareció que el hombre que decía ser su hermano tuviera tantas ganas de vaciar la vejiga, pues después de un chorro débil y breve volvió a guardarse el miembro bajo el taparrabos, se recolocó la túnica y depositó la jarra sobre un velador de mármol, junto a tres copas también de plata repujada.

—Aunque es inútil que te las explique —añadió Nabis—. Las vas a olvidar en un par de horas, si no antes. ¿No te acuerdas de que apenas hace un

momento también estaba aquí nuestro padre? —Perseo movió la cabeza a ambos lados, lentamente—. Ha salido desesperado ya de entenderse contigo. Nunca tuvo mucha paciencia, y con la edad no ha mejorado. «Es inútil —ha dicho—. Tratar de razonar con este cretino es como echar agua al mar».

Nabis se sentó en otra silla plegable frente a él, a unos cinco pasos. Por alguna razón, Perseo pensó que aquel hermano suyo no se atrevía a acercarse demasiado a él. También se dio cuenta de que tenía las piernas algo giradas hacia el exterior de la tienda, como preparándose para saltar del asiento y salir corriendo en cualquier momento. Su rostro, mirándolo de frente, y sus piernas, ladeadas, emitían mensajes contradictorios.

Nabis tomó una de las copas del velador y bebió de ella. Después empezó a explicarle una larga historia sobre la infancia de ambos. Le dijo, por ejemplo, que cuando ambos eran niños había salido huyendo de un jabalí, y lo había hecho corriendo hacia Perseo a propósito para que el animal lo arrollara.

—En realidad, no era un jabalí, sino un jabato. Pero para nosotros era tan grande como la bestia a la que capturó Heracles en Erimanto. Te tiró al suelo de un topetazo, solo que, en lugar de enzarzarse contigo y sacarte las tripas como yo esperaba, siguió corriendo. Luego le dije a todo el mundo que había intentado salvarte…

Los pies de Nabis tamborilearon nerviosos en el suelo, como si se preparara para saltar y huir de la tienda. Había dejado la copa de nuevo en el velador y se había arremangado un poco la túnica, pero seguía mirando a Perseo con aquella sonrisa. Parecía feliz, aunque en su felicidad había algo extraño. Pútrido, pensó Perseo sin saber por qué.

—… Pero era mentira. Me di cuenta de que la abuela no me creía. Ni me creía ni me quería, nada más te quería a ti. ¿Me guardas rencor por lo del jabalí, Perseo?

—¿Debería guardártelo?

Aquella historia le sonaba tan ajena como ajeno le era aquel hombre que decía ser su hermano. Perseo comprendió qué era lo que estropeaba la sonrisa de Nabis. «Es un hombre triste y asustado», pensó.

Nabis prosiguió contando historias. Cómo, cuando él acababa de empezar la *agogé*, Perseo se había escapado del palacio para ir a verlo. Lo hizo con tanto acierto que llegó al campamento en el mismo momento en que seis

chicos de un grado superior le estaban obligando a orinar en el suelo para que luego se revolcara en el charco formado por su propia meada.

—Fue un buen día —dijo Nabis, sonriendo de nuevo—. Me libraste de aquello, pero, sobre todo, te llevaste una buena paliza. Aunque les costó dártela, hay que reconocerlo. Trasilao, ¿te acuerdas de Trasilao?

Perseo negó de nuevo con la cabeza.

—Lograste partirles la cara a cuatro de ellos, pero al final Trasilao, con la ayuda de otros dos, te tumbó en el suelo y te retorció el brazo. Te dijo que estabas loco, y que nadie podía vencer a seis enemigos, pero que eras valiente, así que te dejó marchar.

—¿Tú qué hiciste?

—Yo había salido corriendo y lo vi todo desde lejos.

—¿Yo te ayudé y tú no me ayudaste a mí?

—¿Para qué? ¿Para que en lugar de llevarte tú la paliza nos la hubiéramos llevado los dos? ¿De qué habría servido?

—Yo no habría hecho eso.

—No es que no lo hubieras hecho, es que no lo hiciste.

*Bum, bum, bum*. Los latidos en su cabeza. Una imagen, un fogonazo. Se vio a sí mismo un instante, peleando contra Trasilao y otros cinco adversarios. Pero no eran niños, sino hombres; hombres armados como él.

«¿Sigues creyendo que nadie es capaz de vencer a seis enemigos?».

Un relámpago cruzó su cabeza de lado a lado. En lugar de un trueno, vino acompañado por un chasquido, como si dentro de su cabeza se hubiera roto una rama seca. Después…

—Ya te ha vuelto a ocurrir.

Perseo abrió el ojo.

Se encontraba en una tienda de campaña, un lugar en el que no recordaba haber estado nunca. De hecho, no recordaba tampoco haber estado en ningún otro lugar.

Frente a él, había un hombre sentado en una silla plegable. Tenía el cabello oscuro, los ojos oscuros, estrechos y fríos. Lo que más llamaba la atención de su rostro eran las arrugas rectas de sus mejillas.

El desconocido le explicó que era su hermano mellizo, que se llamaba Nabis y que los dos eran hijos del legítimo rey de Esparta, Damarato. Después de extenderse en una historia sobre la infancia de ambos, con un jabalí de por medio y una pelea contra seis niños, y tras comprobar que Perseo no se acordaba de nada, se levantó, tomó una jarra de plata repujada de un velador y sirvió vino en una copa también de plata.

Una vez llenada la copa hasta el borde, se acercó a Perseo, que estaba sentado en otra silla plegable, y le tendió la copa. Lo hizo de lejos, doblando el cuerpo por la cintura, adelantando el hombro derecho y estirando mucho el brazo, como si tuviera miedo de acercarse a él.

—Toma, bebe. Te vendrá bien para el dolor de cabeza.

Perseo se acercó la copa a los labios y bebió. Nada de lo que le había contado quien decía ser su hermano le resultaba familiar, pero el sabor del vino sí lo era. Y aquel no estaba bueno: demasiado salado y amargo. Cuando quiso devolverle la copa, Nabis le dijo:

—Debes bebértelo todo. Así te lo ha recetado el médico Heráclidas.

—¿Por qué sabe así?

Nabis retrocedió un paso, miró un instante a su izquierda y respondió:

—Tiene extracto de fruto de cardo silvestre y de látex de higuera. Por eso te sabe amargo. Pero es bueno para los dolores de cabeza. ¿A que te duele la cabeza?

—Sí.

—Venga, bébetelo todo.

Perseo así lo hizo, a pesar del sabor desagradable, y después le devolvió la copa a Nabis. Este, con una extraña sonrisa en el rostro, la dejó de nuevo en el velador.

—Es increíble lo rápido que olvidas las cosas, Perseo. Hace apenas un instante Heráclides en persona estuvo aquí, mezclando la cocción medicinal con el vino, y te explicó lo mismo que yo te acabo de contar. ¿No lo recuerdas?

Perseo negó con la cabeza.

En el velador había otra jarra, no de plata sino de cerámica pintada con figuras rojas. Una de ellas llevaba una piel de león a modo de manto, con las

fauces cubriéndole la frente.

«Heracles», pensó Perseo. ¿Por qué recordaba el nombre de un hombre que estaba pintado en una jarra y no el de su hermano ni el de su padre?

Nabis se sirvió vino de aquella jarra y bebió, chasqueando la lengua de placer después de un largo trago.

—Tampoco recuerdas, por supuesto, todo lo que ha intentado explicarte nuestro padre.

Perseo no respondió, ni se molestó en mover la cabeza esta vez. El tono de Nabis no había sido el propio de una pregunta, sino el de una afirmación.

El hombre que decía ser su hermano le habló de un gran rey, más poderoso que los de Esparta, que gobernaba un inmenso imperio y que había traído el ejército más impresionante de la historia para conquistar un país pequeño y pobre llamado Grecia. El padre de ambos, Damarato, que debido a una intriga de sus enemigos había perdido el trono de Esparta, su ciudad, regresaba con las tropas de aquel rey más poderoso con la intención de recuperar lo que era suyo.

—Y de convertirse, de paso —dijo Nabis—, en único rey de Esparta. Sabe que el trono Agíada lo ocupa un niño y que su regente es un erudito sin personalidad llamado Pausanias, y quiere aprovechar para acabar con esa dinastía. ¿No recuerdas lo que ha dicho antes? «Así como no hay dos soles luciendo sobre Esparta, tampoco puede haber dos reyes gobernando Esparta».

Perseo negó con la cabeza.

Agíada. Pausanias. Ambos nombres despertaron ecos dentro de su cráneo, pero cuando creyó que podía apresarlos, se amortecieron hasta convertirse en sonidos lejanos y sin sentido. Sin saber por qué, se miró el antebrazo izquierdo. Allí tenía un curioso brazalete, una tira de cuero enrollada alrededor de su muñeca. ¿Eran letras o adornos aquellas manchas negras?

Nabis se había vuelto a servir vino.

—Yo también quiero —dijo Perseo.

Nabis señaló la jarra de plata. Perseo negó con la cabeza.

—De ese no.

—Es el único que te permite beber el médico. Lo siento.

Perseo entrecerró el ojo y se levantó. Al hacerlo, descubrió que le sacaba

la cabeza a quien decía ser su hermano mellizo. Nabis reculó un par de pasos, con gesto alarmado.

—Está bien, está bien —aceptó, apresurándose a escanciar vino de la jarra de barro—. Pero nada más una copa.

Mientras Perseo probaba el vino de la otra jarra y comprobaba que su sabor era mucho más dulce y agradable, Nabis se apartó un poco, poniendo el velador de por medio entre ambos.

—¿Sabes que si nuestro padre se convierte de nuevo en rey de Esparta, cuando muera, tú deberías heredar el trono?

—No. No lo sé —respondió Perseo, volviendo a sentarse.

—Pero eso no va a ocurrir. ¿Y tienes idea del motivo?

—No.

—El Gran Rey está jugando a los ratones y el gato tanto con nuestro padre como con Latíquidas, el pariente que le usurpó el trono. A Latíquidas le está haciendo llegar sobornos para que no saque al ejército espartano del Peloponeso ni ayude a los atenienses. Además de esas riquezas, le ha prometido que lo convertirá en sátrapa de toda Grecia. ¿Sabes qué es un sátrapa?

Perseo entornó el ojo. Curiosamente, sí lo sabía, y asintió con la barbilla.

—Jerjes no solo está sobornando a Latíquidas, sino también a otros espartanos que ocupan puestos clave —continuó Nabis—. De esta manera se asegura de que Esparta no ayude a Atenas. En cuanto a nuestro padre, le ha prometido que, cuando entre en Esparta, se librará de Latíquidas, lo instalará a él en el trono y lo convertirá en sátrapa de toda Grecia. ¿Te das cuenta del doble juego?

Perseo notó de nuevo el *bum*, *bum*, *bum* dentro de su cabeza. Por un instante una niebla blanca ocupó su campo de visión, pero se despejó enseguida.

—No pueden ser ni reyes ni sátrapas ambos —dijo.

—Así es. Nuestro padre cree que cuenta con ventaja, pues sabe que su primo Latíquidas está recibiendo esos sobornos, y se relame pensando en la cara de estúpido que pondrá cuando el ejército persa entre en Esparta y se lo arrebate todo. Pero él también desconoce lo que va a pasar a ciencia cierta. ¿Quieres saberlo?

Perseo ignoraba si quería saberlo. Aquel hermano al que acababa de conocer se empeñaba en hablarle de una intriga entre personajes desconocidos por apoderarse de una ciudad que no significaba nada para él. Como respuesta, se limitó a proferir un gruñido ambiguo.

—La verdadera intención de Jerjes, una intención que no conoce ni tan siquiera su general Mardonio, es arrasar Esparta hasta que no quede piedra sobre piedra —confesó Nabis, apoyando sus palabras con un gesto en el que cruzó ambas manos—. Después echará sal sobre las ruinas, para que ni la hiedra crezca allí.

Sorprendido por la expresión de felicidad de Nabis, Perseo preguntó:

—¿Por qué?

—Hace años, el mismo día que Bagabigna te bajó los humos delante de media Esparta, los embajadores del padre de Jerjes fueron asesinados. Fue un sacrilegio, igual al que cometieron los atenienses al mismo tiempo. Años después Esparta mandó a dos ciudadanos para que el Gran Rey se resarciera con ellos del sacrilegio. A uno lo conocías tú, un cojo deforme y ridículo llamado Espertias y apodado Escaleno.

—Escaleno —murmuró Perseo. Por supuesto, no lo recordaba.

—Jerjes se mostró magnánimo con ellos y declaró que la afrenta quedaba perdonada. Pero no era así. El Gran Rey no puede permitir que el sacrilegio que cometieron tanto los espartanos como los atenienses quede impune. ¿Qué ocurriría en el resto de su imperio si pensaran que se puede ofender a Jerjes sin sufrir represalias? Su intención es combatir por separado contra ambas ciudades, destruirlas, matar a todos sus varones y esclavizar a sus mujeres y a sus niños para que sirvan de ejemplo en todas partes y jamás nadie se vuelva a rebelar contra su poder. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Perseo asintió, aunque no estaba muy seguro de entender en realidad.

—Si nuestro padre es espartano —añadió, en tono titubeante—, entonces tú y yo somos espartanos.

—Lo somos —respondió Nabis.

—Entonces, ¿por qué sonríes tanto?

—¿Por qué no iba a sonreír?

—Dices que ese Gran Rey quiere destruir tu ciudad. Eso es malo.

Nabis soltó una carcajada y se sirvió más vino.

—¡Pobre Perseo! Siempre has sido un ingenuo y ahora que has perdido la memoria mucho más.

Perseo apretó los puños.

—¿Te burlas de mí?

Nabis se apresuró a hacer un gesto aplacador, mostrando la palma de la mano izquierda.

—¡No, Ártemis me libre! Me has preguntado por qué sonrío. Lo que ocurre es que tú no te acuerdas de Esparta. Cualquier oficial de este campamento vive con más lujo del que han vivido en su vida los reyes de Esparta. Del refinamiento de la corte de Jerjes no puedo casi ni hablarte. Las sedas, las joyas, los manjares, los baños. ¡Las concubinas! Jerjes nos ha entregado tres ciudades, Halisarna, Teutrania y Pérgamo, cada una de ellas diez veces más rica que Esparta. ¿Te habías enterado de eso?

Perseo negó con la barbilla. El trapo sucio y mojado que ocupaba el interior de su cráneo se estaba hinchando más y más, haciendo que las palabras del que decía ser su hermano sonaran amortiguadas, como si las escuchara con la cabeza metida en una charca.

—¿Crees que tengo el menor interés en volver a Esparta a comer caldo negro, vestir como un pordiosero y bañarme en el Eurotas? ¡Yo reniego de Esparta! —Agarrándose la entrepierna con la mano izquierda, Nabis escupió a un lado—. ¡Esto es lo que opino yo de Esparta!

—¿Por qué me dices todo eso?

Nabis avanzó hacia él un par de pasos, cerró los puños y se inclinó para mirarlo con un gesto de odio que desconcertó a Perseo.

—¡Porque me encanta contártelo una y otra vez! ¡Porque lo vas a olvidar en cuanto yo salga de esta tienda, y aunque no lo olvides y trates de explicárselo a alguien, a todo el mundo le dará igual! ¡Porque te aborrezco!

—¿Por qué me aborreces? ¿No eres mi hermano? ¿No dices que te defendí cuando eras pequeño?

—¡Nunca te he pedido que me defiendas! ¡Nunca te he pedido que seas el gran Perseo, más alto, más guapo, más fuerte que el pobre Nabis con sus piernas flacas y torcidas!

Perseo se miró las manos. Pensó que si las cerraba en torno al cuello de Nabis, no tardaría mucho en estrangularlo. Pero ¿por qué motivo iba a hacerlo? Nabis lo odiaba a él, eso era evidente, pero él no odiaba a Nabis. A decir verdad, no sentía nada por él.

Lo único que sentía era el trapo mojado presionando contra las paredes de su cráneo, hinchándose, latiendo.

*Bum, bum, bum.*

Su hermano se arriesgó a acercarse un poco más, tanto que a Perseo le alcanzaron unas gotas de saliva.

—Conozco esa cara que estás poniendo —siseó Nabis—. Dentro de un momento se te caerá la mandíbula, babearás y pondrás el único ojo en blanco. Y te olvidarás de todo lo que he dicho, y la próxima vez me verás mear de nuevo en una jarra y, como se te olvidará, te serviré mi orina en una copa y te la beberás como el cretino que eres. —*Bum, bum, bum*—. Los dioses me han concedido la mejor venganza que podía ansiar —dijo Nabis, reculando de nuevo—. Fui yo quien te golpeó en la cabeza, ¿sabes?, no un soldado persa. Quería romperte el cráneo, pero lo tienes demasiado duro. Y, sin embargo, lo que conseguí es una revancha mucho más dulce. Porque ahora puedo humillarte una y otra vez, una y otra vez, y disfrutarlo siempre como si fuera la primera…

Perseo trató de levantarse, no tanto por golpear a Nabis como por taparle la boca y dejar de oír su voz, que se mezclaba con el *bum, bum, bum* en un ritmo insoportable. Pero el techo de la tienda empezó a girar sobre su cabeza como un firmamento enloquecido, las piernas le fallaron y cayó sobre la alfombra…

Y todo se desvaneció…

## Esparta

Mientras esperaba a la decisión de los éforos sobre el mensaje de los atenienses, los pasos sin rumbo de Pausanias lo llevaron hasta el pozo donde habían arrojado a los embajadores de Darío. Recordando los acontecimientos de aquel día, provocados por las intrigas de su amigo Temístocles, pensó en este y en lo bien que le habría venido su ayuda en aquel momento. Un hombre más inteligente que él y, sobre todo, con más personalidad.

Unos años antes, unos ilotas habían bajado al pozo con cuerdas para recoger los restos de los embajadores, enrollarlos en mantas e incinerarlos fuera de la ciudad con sacrificios propiciatorios. Por lo que Pausanias conocía de la religión persa, dudaba de que ese procedimiento aplacara el enojo de su dios solar, tan obsesionado con la pureza que el mismísimo Apolo casi parecía sucio por comparación. Lo curioso era que, según le habían contado a Pausanias, el número de esqueletos extraídos del pozo no cuadraba con el de embajadores y sirvientes a los que habían arrojado a su interior; al parecer, había desaparecido uno, lo que daría lugar con el tiempo a diversas explicaciones, a cual más estrafalaria.

Involuntariamente, Pausanias estiró una mano para rozar el brocal de piedra, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer, apartó los dedos por evitar el contagio de algún miasma. El pozo había vuelto a ser sellado con una tapa de madera.

—Tranquilo, Pausanias. Aquel sacrilegio ya quedó expiado.

Pausanias se volvió. Escaleno venía hacia él, caminando de aquella manera tan peculiar: en lugar de usar el bastón con el brazo contrario de su pierna atrofiada, se apoyaba en el mismo lado. De una manera u otra, incluso cuando no recurría al báculo, se las arreglaba para mantener el paso de los demás, algo que siempre había admirado a Pausanias.

—Ese pozo ya no está maldito —prosiguió Escaleno—. Puedes tocarlo sin

miedo.

—Prefiero no hacerlo. La gente asegura que, en cada aniversario de aquello, se oyen gritos que suben de su interior.

Para demostrar el poco miedo que le infundían aquellos rumores, Escaleno golpeó con los nudillos la tapa de madera.

—¡Toc, toc! ¿Hay alguien ahí abajo?

—No gastes esas bromas.

—No te preocupes tanto, Pausanias. Ya te he dicho que el sacrilegio quedó expiado. ¿De quién te puedes fiar mejor que de mí?

—Puede que ante Jerjes haya quedado expiado. Pero ante los dioses no.

Escaleno tomó del codo a Pausanias para apartarlo tanto del pozo como de los oídos de los guardias que escoltaban al regente. Ambos se sentaron en un banco de piedra a la sombra de una higuera.

—Según me contaron los sacerdotes —explicó Escaleno—, desde que mi compañero Bulis y yo volvimos de Persia, los sacrificios volvieron a ser favorables. Por lo menos, la mayoría de las veces. Yo lo consideraría una prueba de que ni Hermes ni el heraldo Taltibio siguen enfadados.

—¿Por qué te presentaste voluntario para ir a Persia? —preguntó Pausanias—. ¿No te parecieron suficientes los horrores que vivimos en Arcadia?

—¿No tengo aspecto de ser un hombre valiente que se sacrifica por su patria? ¿Es que los cojos no podemos tener un corazón de león?

Aunque el tono de Escaleno rezumaba ironía, como solía ocurrir cada vez que hablaba, Pausanias recordó cómo, con la mano izquierda mutilada y abrasada por el sebo, Escaleno había agarrado con la otra mano una sartén candente para arrojarla contra el arquero que se disponía a matar a Perseo. Por deforme que fuera su cuerpo, en su interior aquel hombre poseía un corazón digno de un león.

Los sacrificios a los que se refería Escaleno eran los que se realizaban en nombre de la ciudad en el templo consagrado a Taltibio, el afamado heraldo de Agamenón. A partir de la muerte de los diplomáticos persas, esos sacrificios ofrecían cada vez peores presagios y se temía que una desgracia terrible se acabara abatiendo sobre Esparta por aquella impiedad. Un éforo había presentado a la asamblea la moción de enviar embajadores espartanos al

Gran Rey para que este se vengara con ellos, aunque fuera recurriendo a las espantosas torturas por las que tan infamemente célebres eran los asiáticos.

La asamblea había aprobado por aclamación la propuesta. Únicamente faltaba que se presentaran dos voluntarios para llevarla a cabo, aun a riesgo de ser crucificados, despellejados o hervidos en aceite. Los dos que lo hicieron fueron Bulis, hijo de Nicolao, y Espertias, hijo de Anaristo.

—Eso es lo que se cuenta por ahí, claro. Pero fue mi padre quien tuvo el noble detalle de presentarme como voluntario en su nombre —dijo Escaleno. Mostrando a Pausanias sus manos deformes, una de nacimiento y la otra por la mutilación sufrida en la Estigia, añadió—: Siempre se ha sentido avergonzado de mí. Le repugna la idea de que cuando él muera, lo único que quede de la familia sea yo.

—¿Y esperó tantos años para hacerlo? —preguntó Pausanias—. ¿Por qué no te abandonó en las Apótetas?

—Porque ya había abandonado a dos hermanos que nacieron antes que yo, comparados con los cuales yo debía de ser un Adonis. Era el tercer bebé que tenía mi madre. Ella convenció a mi padre y a los ancianos de que, teniendo en cuenta las malformaciones de mis dos predecesores, yo resultaba casi aceptable.

—Pero entonces, si tu padre se resignó a criarte, ¿por qué decidió enviarte a una muerte que podía resultar horrible?

—Eres un hombre inteligente, Pausanias, aunque seas tan tímido. Piensa. ¿Qué pudo hacerle cambiar de opinión?

Pausanias se quedó pensando unos segundos, hasta que una lamparilla se encendió en su mente.

—¿Tu padre tuvo otro hijo después de ti?

—Así es. Mi madre murió hace ocho años y mi padre tardó poco en encontrar una nueva esposa. Cuando engendró con ella otro hijo varón y vio que nacía con todos sus apéndices de la misma longitud, mi padre pensó que se le abrían los Campos Elíseos. Gracias a mi sacrificio, nuestra familia honraría a la patria y dejaría un recuerdo imborrable en la historia de Esparta, con la ventaja de que ese recuerdo sería solo una hermosa historia y no la molesta presencia de un tipo deforme como yo.

—Y tú aceptaste.

—¿Qué puede hacer un espartano soltero de menos de treinta años salvo obedecer a su padre?

Nada, obviamente, pensó Pausanias. Eso no hacía falta ni siquiera responderlo en voz alta.

—Debo admitir que fue un viaje asombroso —dijo Escaleno.

El éforo le contó cómo nada más llegar a Asia Menor, Hidarnes, el jefe de los Inmortales, los había agasajado en su mansión. Después le habló también del Camino Real y la rapidez y organización de sus postas. La ciudad de Babilonia le había maravillado por sus riquezas, lo abigarrado de sus gentes y el colorido de sus templos, aunque tenía que reconocer que se había llevado una pequeña decepción.

—Me habían dicho que todas las mujeres de Babilonia se prostituyen al menos una vez en su vida, pero debimos de pillar la ciudad en el festival de la castidad o algo así —explicó—. Te puedo asegurar que las babilonias se tapan más que las espartanas.

Por fin, los dos enviados llegaron a Susa. Sin ser tan populosa como Babilonia, en ella habrían cabido Esparta, Atenas y Corinto juntas. En aquella ciudad los tuvieron esperando un mes a que Jerjes los recibiera.

—Así que estuvimos todo ese tiempo sin saber si el Gran Rey ordenaría que nos arrancaran el pellejo, nos descuartizaran, nos empalaran, o simplemente nos arrojaran a un pozo para ser justos y recíprocos con lo que habíamos hecho.

—¿Cómo pudisteis aguantar esa tensión?

—En el caso de mi compañero Bulis, perdiendo veinte kilos de peso. En mi caso, no me puse tan nervioso. Al fin y al cabo, lo que me hicieran no podía ser mucho peor que cortarme los dedos y meterme la mano en sebo hirviendo, ¿no crees?

Pausanias no contestó, aunque pensó que todo podía ir a peor en la vida.

—Lo que hice fue sobrevivir a la espera fornicando mucho y bebiendo más —continuó Escaleno—. Se podrán decir cosas malas del Rey de Reyes, pero no que sea tacaño en su hospitalidad. No llegué a acostarme con cincuenta muchachas distintas en cincuenta noches como hizo Heracles con las hijas del rey Tespio, pero no me debió de faltar mucho.

»Pasado ese mes, nos llevaron a presencia del Gran Rey. Nos indicaron

que debíamos arrodillarnos ante él. Por supuesto, como espartanos libres que somos, nos negamos a tal humillación.

—¿Y qué pasó?

—Que los guardias nos golpearon en las corvas con esas manzanas doradas que llevan en la contera de las lanzas y caímos de rodillas. Como fue a la fuerza, ya no nos sentimos humillados.

»Jerjes es un tipo imponente. Casi dos metros, inmóvil como una estatua, una barba hasta el pecho, una voz profunda y retumbante… Estuvo un rato hablando, y nosotros de rodillas, mirando a la alfombra sin saber cuánto nos quedaba de vida. Por fin, el intérprete tradujo sus palabras.

—¿Y qué dijo?

Imitando el tono grandilocuente que acababa de describir, Escaleno declamó:

—«Espartanos, no voy a emular vuestra impía conducta. Si vosotros quebrantasteis las normas de los dioses y de los hombres al asesinar a embajadores sagrados, yo no voy a incurrir en ese mismo crimen. Volved a vuestra patria sin sufrir menoscabo alguno». No solo nos perdonó, sino que, para quedar por encima de nosotros los espartanos, nos hizo regalos valiosos antes de enviarnos de vuelta a casa. Por supuesto, cuando llegamos aquí nos apresuramos a entregárselos a los éforos para evitar que nadie nos pudiera acusar de corrupción.

—¿Seguro que lo entregaste todo? —preguntó Pausanias, al detectar cierta ironía en el tono de Escaleno.

—Bueno, es posible que me quedara con un par de túnicas de seda para cuando… ya sabes. Me gusta imaginarme que soy el Gran Rey y poseo mi propio harén.

Terminado el relato de Espertias, ambos guardaron silencio durante unos minutos. Por fin, Pausanias lo rompió.

—Habéis votado muy rápido.

—Lo hemos hecho.

—Y ha ganado lo que propone Latíquidas.

Escaleno asintió.

—Tres de mis colegas han votado en contra de ayudar a los atenienses y

Brásidas se ha abstenido. El único que ha apoyado la propuesta de salir del Peloponeso con el ejército he sido yo.

Pausanias movió la cabeza a los lados.

—Mi tío estaría avergonzado. Él y sus hombres se sacrificaron para evitar que cayera sobre Esparta un baldón de cobardía. Ahora vamos a dejar que unos griegos que ya han derrotado dos veces a los bárbaros se conviertan en sus esclavos, mientras nosotros nos quedamos sin hacer nada.

—Sí, pese a nuestra fama de valientes, tal parece que tuviéramos miedo a los persas. ¿Cómo hemos llegado a esto?

»Aunque fuese un sacrilegio, lo que ocurrió con los embajadores persas demostró en su momento que los espartanos no estábamos dispuestos a negociar con Darío.

Pausanias se quedó pensativo. Tras estar a punto de arrancar a hablar dos veces, se decidió a la tercera.

—Hay algo que la mayoría de la gente ignora —dijo por fin, mirando a ambos lados y bajando la voz—. ¿Recuerdas a Temístocles?

—Perfectamente —respondió Escaleno—. El artífice de Salamina. Lo he vuelto a ver en esa isla durante mi embajada. Al parecer, se ha retirado de la política. Todo un misterio.

—¿Retirado, Temístocles? Eso es que debe de andar tramando algo. Fue él quien consiguió que Cleómenes organizara la muerte de los embajadores junto con los éforos que estaban de su parte.

Escaleno pareció genuinamente sorprendido.

—¿Él convenció a Cleómenes para hacer algo tan impío? No deja de tener su mérito, manipular a un manipulador.

—No le resultó fácil. Tuvo que sobornar a Cleómenes, pero Temístocles es un hombre que está dispuesto a sacrificar sus riquezas con tal de obtener sus fines.

—¿Me equivoco, o ese soborno tuvo que ver con el oráculo en que la Pitia dijo que Damarato no era hijo del rey Aristón?

—Mejor no hablar de eso ahora —respondió Pausanias, haciendo un gesto para alejar el mal, pues no quería malquistarse con el dios Apolo—. La cuestión es que Temístocles es un manipulador nato.

Escaleno asintió con aire pensativo, rascándose la barbilla con las falanges mutiladas de la mano izquierda.

—Él consiguió la victoria en Salamina, pese al inútil de nuestro Euribíades —murmuró—. Manipuló a este, manipuló a Cleómenes… ¿Estás pensando en que manipule a Latíquidas y a mis colegas los éforos?

—Si él no lo consigue, ni el mismísimo Hermes lo conseguirá —respondió Pausanias.

Él mismo comprendía que la solución que proponía era descabellada: traer a la xenófoba Esparta a un extranjero para convencer a sus gobernantes de que, pese a la amenaza siempre latente de los ilotas, debían sacar todo su ejército para ayudar a una ciudad que, según ciertos oráculos, se convertiría con el tiempo en su enemiga mortal.

Pero no se le ocurría otro plan y quería saber qué opinaba Escaleno.

—Habría que volver a Salamina a buscar a Temístocles —dijo Escaleno —. Tú eres su amigo. Deberías ir tú.

Pausanias sacudió la cabeza.

—Como regente, no puedo salir de Esparta si no es acompañado por dos éforos. Y el único en el que puedo confiar eres tú.

De pronto tuvo una idea, pero solo de pensar en ella se sonrojó. Escaleno, que parecía conocerlo demasiado bien, soltó una carcajada.

—Ya sé en quién has pensado para esa embajada, y no es en este tu seguro servidor, ¿verdad?

—No sé qué quieres decir.

—Sí lo sabes. Y creo que la viuda de Leónidas es una magnífica elección. Estoy seguro de que tu prima Gorgo sabrá convencer a ese viejo zorro de Temístocles de que vuelva a la política y manipule al mismísimo Hades si hace falta para que atenienses y espartanos nos juntemos de una vez y echemos a los persas de Grecia pateándoles el culo hasta la mismísima Babilonia.

# 7

## Campamento persa, cercanías de Atenas

—¿Qué te ha ocurrido, Perseo? ¿Has vuelto a quedarte en blanco?

Perseo miró a su alrededor.

Se encontraba en un pequeño cercado, rodeado de tiendas de vivos colores coronadas con estandartes que flameaban al viento. El cielo estaba sembrado de nubes blancas con forma de vellón de oveja que se desplazaban hacia el este. A lo lejos se divisaba una ciudad, de la que se levantaban algunas columnas de humo, torcidas hacia el este por el soplo del viento. En el centro de la ciudad se alzaba un cerro de paredes verticales como murallas y cima plana. Sobre dicha cima se levantaban templos, o más bien ruinas y escombros de templos.

—Esa es Atenas. La soberbia Atenas, que tanto se jactó de vencer a nuestro rey en una escaramuza de barcos. Ahí la tienes, destruida por segunda vez, mientras sus habitantes se refugian al otro lado de las aguas como los cobardes que son.

Perseo se volvió hacia quien le había hablado. Era un hombre más bajo que él, aunque por comparación con los demás que se veían en el cercado o moviéndose entre las tiendas, resultaba alto. Vestía unos pantalones blancos y llevaba el torso desnudo y depilado, y ahora brillante por el sudor. Sus músculos estaban definidos, sin apenas una capa de grasa para borrar sus contornos, y su piel morena no mostraba más imperfecciones que una cicatriz entre la tetilla izquierda y el ombligo. Con cierto desapasionamiento, Perseo pensó que era un ejemplar humano magnífico.

El desconocido empuñaba una lanza de dos metros y medio, protegida tanto en la punta como en la contera con sendas bolas de cuero. Ahora tenía la lanza apoyada en el suelo y observaba a Perseo con curiosidad.

Perseo se miró a sí mismo, tratando de ver lo mismo que veía aquel

hombre. Únicamente llevaba puestos unos pantalones, azules y con bordados dorados. Pensó que era una prenda cómoda, aunque por alguna razón le resultaba extraña, como si sus piernas no estuvieran acostumbradas a no sentir el soplo del aire en la piel. Observó sus propios músculos, con brazos más abultados que los del otro hombre y los abdominales incluso más marcados. Tampoco tenía vello en el tórax, y por la forma en que sentía el contacto de su piel con el tejido del pantalón sospechó que de cintura para abajo también estaba depilado.

—Tranquilo —le dijo el hombre—. Descansa un momento.

Al darse cuenta de que tenía en la mano izquierda una lanza similar a la de su interlocutor, Perseo la apoyó también en el suelo arenoso del cercado.

—Al menos esta vez no te has desplomado. Solo te has quedado quieto unos segundos, como una estatua de mármol. Parece que tu estado va mejorando.

—¿Qué significa que esta vez no me he desplomado? No entiendo qué quieres decir.

—Cada vez que te ocurre, pierdes todos tus recuerdos y olvidas quién eres.

—¿Y quién soy?

El hombre sonrió y se lo explicó. Perseo. Hijo de Damarato, hijo de Aristón. Rey derrocado de Esparta por una conspiración de sus enemigos, y *bar, bar, bar*. Al final aceleró la retahíla hasta que a Perseo le sonó como un zumbido de moscas en los oídos.

—Lo importante no es de quién eres hijo —concluyó el desconocido—, sino quién eres tú.

«Lo importante no es de quién eres hijo», se repitió Perseo. Aquellas palabras despertaron una sensación extraña, como un anzuelo que se enganchó dentro de sus tripas y tiró de ellas. La palabra *stygós*, «abominación», pasó fugaz por su cabeza, como un soplo de aire que entrara por un oído y, dejando una estela gélida y sucia a su paso por su cráneo, saliera por el otro. Por puro reflejo, se tocó el parche que cubría la falta de su ojo izquierdo.

—Eres Perseo el guerrero —siguió contándole el hombre del pantalón blanco—. El más grande que he conocido en mi vida, y créeme que me he

enfrentado contra los mejores combatientes del mundo, desde este miserable país de Grecia hasta el mismísimo río Indo.

—¿Y quién eres tú? ¿Somos amigos?

El hombre soltó una carcajada y le palmeó el hombro. Aunque lo hizo con fuerza, Perseo, más pesado que él, no se movió. Observó con curiosidad su propio deltoides. Era una bola de músculo surcada por finas líneas allí donde se marcaban las fibras.

—Después del golpe perdiste fuerza —le dijo el hombre—, pero ya ha pasado suficiente tiempo y vuelves a ser como antes. ¿Qué digo como antes? Eres más alto y mucho más fuerte que el muchacho con el que combatí en Esparta hace trece años. Ahora me sacas medio palmo, por lo menos, y has echado unos hombros que pareces el escudo de un *sparabara*.

—¿Tú y yo combatimos? ¿Entonces es que no somos amigos?

—Yo soy Bagabigna, hijo de Artavardiya. Natural de Ahwaz, fiel seguidor de Ahuramazda, el Señor de la Sabiduría, y jefe de cinco *hazarabam* de caballería. ¿Mi nombre no te sugiere nada?

Perseo negó con la cabeza.

—Fuimos rivales, pero no tenemos por qué ser enemigos —aseguró el persa.

—¿No?

—Cuando esta guerra termine, te llevaré conmigo a Susa y te presentaré al Gran Rey. Un guerrero como tú le causará buena impresión y seguramente te dará un buen puesto en su ejército. Si te conviertes en un buen seguidor de la verdad, cuando acaben tus días en este mundo y cruces el puente de Chinvat…

—¿Qué puente es ese?

—Ya te he hablado de él, pero lo has olvidado. Solo aprendes a dar golpes y derribar enemigos. Deberías asimilar también cuál es el espíritu de un guerrero. Así que te lo voy a repetir.

—Está bien —dijo Perseo, sospechando que iba a ser inútil.

—Cuando mueras, llegarás ante el puente de Chinvat, que resplandece y asciende como el arco iris. Dos perros con cuatro ojos lo vigilan…

—¿No es un perro con tres cabezas?

Eso lo sabía Perseo sin necesidad de pensar en ello. Lo que no recordaba era el nombre de aquel can.

—Eso son barbarismos vuestros —respondió Bagabigna—. Se trata de dos perros, y tienen tantos ojos porque miran dentro de tu alma. A la entrada del puente se encuentra también el juez Mitra, que pesará tus acciones nobles y también las viles. Si estas predominan, el puente encogerá, y tú tratarás de cruzarlo juntando los pies. No lo conseguirás, porque se hará tan estrecho como el filo de una espada, y entonces te precipitarás al abismo y el demonio Vizaresh te agarrará entre sus fauces.

»Pero si, en cambio, tus obras han sido buenas y tú has tenido grandeza de ánimo, si tienes *arta*, si hay verdad en tu alma, el puente se ensanchará y la diosa Daena te tomará de la mano y te llevará con los nobles guerreros al Garo-Devana, la Mansión de los Cánticos.

Perseo meneó la cabeza.

—No sé, pero creo que te equivocas con los nombres.

—¿Cómo voy a equivocarme? Sois vosotros los griegos quienes ponéis nombres raros a los dioses y demonios que te he dicho, como Minos, Hermes, Cerbero… Venga, como esto no habrá servido de nada vamos a seguir entrenándonos.

Bagabigna retrocedió unos pasos y empezó a trazar círculos con la lanza.

—Haz lo mismo que hago yo. Y no trates de recordar. Déjate llevar. Posees el instinto de un guerrero y ese nunca te fallará.

Sin pensar, Perseo lo imitó. Durante unos segundos se quedó fascinado observando la forma en que la lanza giraba entre sus manos, como si estas hubieran cobrado voluntad propia. Se le escapó una carcajada. Manejando aquella arma sentía un curioso bienestar, al contrario que las náuseas que lo asaltaban cuando se esforzaba por recordar nombres y rostros.

—¡Guardia superior!

Con una velocidad asombrosa, Bagabigna cambió el agarre de su lanza y la proyectó de arriba abajo contra la cabeza de Perseo. El aire zumbó al paso fulgurante del arma. Pero Perseo reaccionó interponiendo la lanza de forma instintiva, bloqueó el golpe sin dificultad y contraatacó. El persa retrocedió, paró el ataque de Perseo y lanzó otro a media altura. Era como una danza de movimientos veloces y coordinados, entre jadeos y gruñidos, el roce de las

botas en la arena, el entrechocar de las astas de madera, ¡tactactactac!, tan rápido y penetrante como los crótalos de los coribantes al castañetear.

—¡Por Mitra, no entiendo que de un día para otro no te acuerdes de cómo te llamas y de esto no te hayas olvidado! —exclamó Bagabigna.

Así transcurrió un rato. La respiración y los latidos de Perseo se aceleraron, hasta que su corazón parecía seguir el ritmo de las lanzas, ¡tactactactac!, pero para él era una sensación cómoda, gozosa, tan euforizante como la de sentir la transpiración empapando su piel.

En el momento en que más estaba disfrutando, los interrumpió el sonido de unos aplausos. Bagabigna reculó unos pasos, rompiendo el contacto, e hizo un gesto a Perseo para que se detuviera.

Al otro lado de la valla que rodeaba la palestra había un hombre moreno, más bajo que ellos, con dos arrugas muy marcadas en las mejillas. Vestía una túnica hasta las rodillas, ceñida con un grueso cinturón tachonado de gemas, bajo la cual asomaban dos canillas flacas y un tanto arqueadas. Se cubría la cabeza con un sombrero de paja, pese a que tenía la tez morena y a que en aquel momento una extensa nube había tapado el sol.

—¡Enhorabuena, hermano! —exclamó el desconocido—. ¿Te das cuenta de que cada día eres más persa y menos espartano? Eso es que estás aprendiendo la lección.

—¿Quién es ese? —preguntó Perseo, mirando a Bagabigna.

—Tu mellizo, Nabis —respondió el persa—. No creo que ninguna madre haya parido jamás dos hermanos más diferentes que vosotros.

—¿Quién es ese? —preguntó Perseo.

Bagabigna, el hombre con el que se estaba entrenando en el uso de las armas en aquel cercado, respondió:

—Ya me lo preguntaste hace dos días. Es Nabis, tu mellizo, aunque no os parezcáis en nada. —Sin molestarse en bajar la voz, añadió—: Y no es ni la sombra del hombre que eres tú.

El cielo estaba despejado. La caída del sol teñía la bóveda azul de un tono violáceo. De la ciudad desierta llamada Atenas se elevaban negras columnas de humo, pues los persas renovaban los incendios sin cesar, llevando incluso leña de los campos para levantar grandes hogueras que los atenienses pudieran ver desde la vecina isla de Salamina. De esa manera, esperaban

provocarlos para que desembarcaran en el continente y lucharan.

Aquello se lo acababa de contar en un descanso del ejercicio Bagabigna, el persa. También le había explicado que ambos habían combatido delante de miles de personas en Esparta, hacía mucho tiempo, cuando Perseo era poco más que un muchacho.

—Entonces me permití el lujo de jugar contigo —le había dicho el persa —. Ahora me resultaría mucho más complicado vencerte.

—¿Te resultaría? —preguntó Perseo.

El persa sonrió con aquellos labios carnosos y burlones. Pero en su burla no había enemistad, si bien Perseo sospechaba que no necesitaba sentirla para matar a un ser humano sin la menor vacilación. Por relajado que pareciera, en los gestos y la mirada de aquel hombre había en todo momento un aura de peligro mortal.

¿Dudaría él, Perseo, a la hora de matar a alguien?

Se dio cuenta de que aquella pregunta tenía una respuesta mucho más sencilla que todas las demás que se estaba haciendo.

No vacilaría ni un segundo.

«Yo ya he matado», comprendió. E intuyó que sus manos, con armas o sin ellas, habían segado muchas vidas, tal vez tantas como aquel persa.

O acaso más.

Fue entonces cuando lo interrumpieron los aplausos de aquel presunto hermano suyo. Era verdad, pensó Perseo al observarlo, que no se parecían en nada. Él debía de sacarle más de una cabeza a Nabis, sus músculos abultaban el doble y su piel era mucho más clara.

—No le hagas caso —dijo Bagabigna—. Únicamente pretende burlarse de ti. Al parecer, le hace mucha gracia que pierdas los recuerdos.

—¿Por qué?

—Debería resultarte evidente.

Perseo meneó la cabeza, sin entender.

—Siente envidia por ti —le explicó el persa—. Que Ahuramazda me perdone, pero yo no creo que la mentira sea el peor pecado de un hombre. Lo es la envidia. Porque además se mezcla con la mentira y pudre las entrañas

año tras año, incubando un odio mezquino.

—¡Te aborrezco, Perseo! —exclamó Nabis en la tienda de campaña.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Perseo, cerrando los puños—. Sé que podría matarte con estas manos.

«Lo sé, pero no lo voy a hacer», se dijo a sí mismo.

—No lo vas a hacer, estúpido —respondió Nabis—. Ya procuro yo mostrarte mi odio cuando sé lo que te va a pasar. En unos instantes se te abrirá la boca como a un anciano chocho y te pondrás a babear. Te olvidarás de todo lo que he dicho y hecho. Y cuando veas cómo orino otra vez en la jarra de plata lo olvidarás, y así podré darte a beber mis meados como hago una y otra vez.

*Bum*, *bum*, *bum*. Aquel trapo sucio y mojado latiendo en su cabeza, presionando por dentro, espesando sus pensamientos.

—Los dioses me han concedido la mejor venganza —dijo Nabis—. Puedo humillarte una y otra vez, y disfrutar como si fuera la primera vez cuando pones esa cara de asco bebiendo mi orina…

—Tu hermano lleva pudriéndose de envidia desde que erais niños. ¿No lo sabías?

Perseo se apoyó en la lanza y miró hacia el desconocido que lo observaba con los codos sobre el cercado. El cielo estaba encapotado y caía sobre ellos una fina llovizna que, con el calor de la mañana, resultaba agradable sobre la piel. Bagabigna le había explicado que seguían acampados en las cercanías de Atenas, mientras los diplomáticos del general Mardonio hacían todo tipo de promesas por separado a espartanos y atenienses para dividir y romper su alianza.

—No sabía ni siquiera que era mi hermano —respondió Perseo.

Bagabigna también le había contado que esa confusión que sentía se debía a que casi un año antes había recibido un golpe muy fuerte en la cabeza con el pomo de una espada. Según el médico Heráclides, que seguía el curso de su mal, aunque el impacto no le había roto ningún hueso, el cerebro se le había removido dentro del cráneo y eso había perturbado la mezcla adecuada de los humores internos, en particular la flema.

Al principio, le había explicado Bagabigna, incluso se temió por su vida, pero con el tiempo Perseo había mejorado poco a poco. Seguía sin recordar

nada del pasado y todavía olvidaba aquello que le ocurría de nuevo, al igual que se disipaban de su memoria todas las personas que se le presentaban, sin excepción ninguna. Pero, al menos, los momentos en que su memoria se borraba se iban espaciando paulatinamente. Si antes los episodios de amnesia se producían diez o doce veces al día, ahora se habían reducido a dos o tres como mucho. En ocasiones había aguantado una jornada entera sin perder los recuerdos, aunque al despertar tras una noche de sueño su mente volvía a ser como una tablilla de cera recién alisada.

—¿Lo olvido todo, *todo*? —había preguntado Perseo.

No, y eso era lo asombroso, le había respondido Bagabigna. Tratar de que retuviera en la memoria nombres, rostros o hechos del pasado era una tarea tan frustrante como escribir versos con un palo en la arena de una playa batida por las olas. Pero Perseo no solo recordaba perfectamente las habilidades físicas y sobre todo las destrezas bélicas aprendidas antaño, sino que aprendía e iba acumulando en su memoria muscular los trucos que practicaba cada pocos días con Bagabigna en aquel cercado.

—¿Mi hermano me odia? —preguntó ahora Perseo.

—Mucho. Desde siempre. Para que te des cuenta de hasta qué grado te detesta, la noche anterior a nuestro duelo vino a verme en secreto para revelarme tus debilidades como combatiente.

Perseo se sentía confuso en todo momento. Pero en aquel instante, lo que más le desconcertó fue comprender que estaba practicando las artes del combate junto al mismo guerrero que, según él mismo le acababa de contar, lo había derrotado delante de miles de espartanos.

—¿Por qué me enseñas tus trucos, si fuimos enemigos?

—Enemigos no —respondió Bagabigna—. Fuimos rivales. No es lo mismo.

Bagabigna le recordó que él, Perseo, había considerado una infamia el sacrilegio cometido contra los embajadores de Darío. Por eso había ido a rescatarlos del pozo en el secreto de la noche.

—Pero fue demasiado tarde —dijo Bagabigna, abandonando por un momento su sempiterna sonrisa—. Mi amada Sura ya había muerto. Por eso me sentía tan lleno de ira que maté a los dos hombres que venían contigo.

—¿Iban dos hombres conmigo? ¿Quiénes eran?

—Maestros y amigos tuyos. No fue una acción digna de mí. Por ella, te pido perdón.

Perseo meneó la cabeza y se masajeó la sien con la mano izquierda. De nuevo aquel latido cuando trataba de recordar.

No, no podía perdonar a Bagabigna. No podía ni necesitaba hacerlo. Ni recordaba la ofensa ni albergaba el menor sentimiento hacia él, salvo una leve simpatía que había desarrollado en la última hora.

Una simpatía que, como casi todo lo demás, también se borró de su cabeza al atardecer, mientras el sol velado por las nubes se ponía tras las montañas del Parnes.

## 8

Salamina, verano de 479 a. C.

No era la primera vez que Gorgo salía de Esparta. Había visitado varios santuarios de Laconia, e incluso Olimpia y Corinto para ver los juegos. Pero nunca había salido del Peloponeso ni montado en barco. Viajaba a bordo de un trirreme llamado *Díke*, uno de los pocos navíos de guerra que poseía Esparta. Amén de transportarla a ella y los quince guardias reales que la acompañaban, servía asimismo de escolta para una de aquellas panzudas naves mercantes untadas de pez conocidas como *olkás*. La *olkás* navegaba cargada de provisiones, donación personal de la reina Gorgo para socorrer a los atenienses, que se veían por segunda vez en el trance de abandonar su patria y perder sus cosechas.

Durante el viaje, los fuertes olores del barco y el balanceo incesante de las olas la hicieron vomitar varias veces. A cambio, disfrutó largas horas acodada en la borda, contemplando la recortada costa de Laconia y la Argólide, y maravillada por los infinitos detalles del litoral que desfilaba ante ella, siempre parecido y siempre cambiante.

Después perdieron de vista el Peloponeso para atravesar el golfo Sarónico. Pasaron brevemente por la isla de Egina, que ahora formaba parte de la alianza antipersa, aunque cuando Darío mandó a sus embajadores a pedir el agua y la tierra había mantenido una actitud ambigua. Su difunto padre no tenía más que malas palabras para los eginetas: cobardes, granujas, mercaderes tramposos, piratas sin escrúpulos.

Por fin su destino, Salamina, apareció en el horizonte. Gorgo se sintió algo decepcionada al verla. Al acercarse a ella desde el sur, ni siquiera parecía una isla, tan cerca estaba del continente. Las alturas que parecían elevarse sobre ella no pertenecían a la propia Salamina, sino que se alzaban más allá, en la tierra del Ática. Señalando con el dedo a una de aquellas montañas, el trierarca de la nave le dijo:

—Mira, señora. Ese es el monte Egáleo. Allí fue donde Jerjes hizo plantar su trono para contemplar la que creía que sería su gran victoria.

El hombre se emocionaba hablando de aquello. Era perieco, no espartano, y pertenecía a una de las familias más distinguidas de la ciudad portuaria de Giteón.

—¿Estuviste en la batalla?

—Sí, señora. No se vio una ocasión así nunca ni se volverá a ver. Parecía que lo teníamos todo perdido y, sin embargo, fuimos capaces de humillar al Gran Rey delante de sus barbas.

Gorgo trató de tirarle de la lengua.

—Euribíades tuvo mucho mérito. No debió de resultar fácil dirigir una flota de tantas ciudades.

El trierarca miró a ambos lados. La única persona que se encontraba al alcance del oído era el piloto, relajado con las manos sobre las palas del timón. Los guardias reales se hallaban sentados cerca de la proa, mientras sus ilotas les sacaban brillo a los escudos y aceitaban las puntas de las lanzas con el fin de que sus señores hicieran una entrada vistosa en Salamina. Reinaba un silencio relajado en la nave, solo roto por los crujidos de sus maderos, el batir del agua contra el casco y el monótono son de la flauta que marcaba el ritmo de los remeros.

—¿Puedo hablarte con sinceridad de Euribíades, señora? —dijo por fin el trierarca.

—Claro. —Bajando la voz, Gorgo añadió en el mismo tono conspirador —: Euribíades es primo del *otro* rey. No tiene nada que ver con mi familia, así que puedes decir de él lo que quieras.

—Yo a Euribíades no le habría dado el mando de una flota. Ni siquiera de un solo barco. Como mucho, le habría dejado llevar un bote de remos en el Eurotas, señora, y con alguien para vigilarlo. Todo el mundo que estuvo en Salamina en aquellos días sabe cuál fue el verdadero artífice de la victoria.

—¿Y quién fue?

—Temístocles.

—Temístocles —repitió ella.

Él era el motivo por el que Gorgo viajaba a Salamina.

Al sobrepasar el alargado promontorio de Cinosura, que se llamaba igual que una de las aldeas que formaban Esparta, se pudo comprobar por fin que Salamina era una isla. La costa de Atenas se hallaba tan cerca que Gorgo alcanzó a ver jinetes que galopaban por la playa siguiendo la trayectoria de la *Díke*.

—Persas —informó el trierarca.

—¿No corremos peligro tan cerca de la orilla?

Los únicos persas que Gorgo había visto hasta entonces eran los miembros de aquella infausta embajada que acabó en el pozo. Cada vez que se acordaba de aquellos días, volvía a ver la imagen de Perseo desplomándose sobre la arena, vencido por Bagabigna.

Perseo, siempre Perseo en su memoria. ¿Cuántos años debían pasar para que el vacío de su ausencia dejase de morderla por dentro?

—Mientras no desembarquemos allí ni nos acerquemos a tiro de sus flechas, no hay peligro ninguno —explicó el trierarca—. Gracias a Temístocles, el mar es nuestro.

De nuevo, el recuerdo de aquellos días de la embajada. Temístocles había estado en Esparta al mismo tiempo que los diplomáticos persas. Gorgo había hablado con él y el ateniense le había regalado una túnica de Amorgos; no tan transparente e insinuante como solían ser las prendas de aquella isla, porque al fin y al cabo ella era la joven hija de un rey y no habría parecido apropiado.

Se dio cuenta de que no conseguía recordar bien los detalles de su rostro. Se superponían a él las facciones de Perseo, de nuevo, de cabellos rubios y piel clara, y también las de Bagabigna, al que llamaban el Asesino Blanco, que se parecía algo más a Temístocles, con su barba negra y sus rasgos burlones. Ambas caras emborronaban su memoria. ¿Lo reconocería cuando lo viera?

Cuando llegaron a Salamina, comprobó que tanto el puerto como la ciudad eran pequeños, y lo parecían incluso más por encontrarse atestados de refugiados atenienses. Como la visita de Gorgo había sido pactada mediante heraldos, en cuanto su trirreme varó en la playa acudieron a recibirla varias autoridades. Entre ellas se hallaba el arconte epónimo de aquel año, un tal Jantipo que se empeñó en hacer hincapié en que no se trataba del mismo Jantipo general y enemigo político de Temístocles.

Los estibadores del puerto descargaron la bodega de la *olkás* y subieron

las provisiones en carretas para transportarlas al ágora de la ciudad, donde debían ser distribuidas entre los ciudadanos. Gorgo había traído doscientos sacos de trigo y cien de cebada, más diez ánforas de aceite y otras diez de vino laconio, amén de garbanzos, lentejas, quesos en aceite y carnes y pescados en salazón, todo ello en abundancia.

Al observar el aspecto desharrapado y sucio de los estibadores, Gorgo le preguntó a Jantipo si eran siervos como los ilotas.

—No, no lo son —respondió el arconte—. En Atenas apenas tenemos esclavos públicos como los vuestros. La mayoría son propiedad de sus amos.

El ateniense no estaba del todo en lo cierto, aunque Gorgo no lo sacó de su error. Los ilotas no eran esclavos del Estado, puesto que estaban asignados a las fincas que poseía y heredaba cada ciudadano espartano. Pero tampoco eran exactamente esclavos particulares, ya que a sus amos no les estaba permitido venderlos: formaban una parte tan inseparable de sus propiedades como la propia tierra o los cultivos que crecían de ella.

—De todos modos —continuó Jantipo—, la mayoría de esos hombres que ves descargando son ciudadanos, no esclavos.

—¿Ciudadanos? —se extrañó Gorgo—. ¿Con ese aspecto?

—No de las primeras clases del censo, desde luego. No pueden alistarse como hoplitas, pero han servido en la flota. De todos modos, no los juzgues por el aspecto que tienen ahora. Las condiciones aquí son muy duras. La poca agua potable que hay en la isla la usamos para beber. Lavamos la ropa en el mar, pero hasta para eso sufrimos problemas de espacio.

Entre rechinar de ejes y traquetear de ruedas, los carros emprendieron la subida al ágora. Incluso los bueyes que tiraban de ellos parecían más flacos de lo normal. Con el fin de evitar que se organizara un motín y la gente se llevara a la fuerza las provisiones, dos hileras de soldados atenienses armados con escudos y lanzas marchaban a cada lado del pequeño convoy.

Gorgo caminó detrás de los carros, protegida por sus propios guardias, cuyas vistosas capas rojas ondeaban agitadas por la brisa. La noticia de su llegada había corrido entre la gente, y tanto el puerto como las calles que llevaban al ágora se veían abarrotados. Muchos gritaban: «¡Viva la reina Gorgo!», pero había algunos exaltados que la imprecaban e insultaban a los espartanos: «¡Nos habéis traicionado! ¡Habéis dejado que vuelvan a quemar nuestra tierra!».

Una mujer de cabellos grises se coló entre dos escoltas, se acercó a Gorgo y la agarró de las manos.

—¡Bendita seas, señora! En nombre de la venerada madre Deméter, de su hija Core y de Triptólemo, bendita seas.

La mujer le puso en las manos un collar de hilos trenzados, del que colgaba la figura de la diosa Deméter tallada en hueso. Cuando los guardias trataron de apartarla, Gorgo les dijo que la dejaran. La mujer siguió caminando junto a ella un rato y le contó:

—Yo conocí a tu padre, señora. Lo vi tan cerca como te veo a ti ahora, cuando vino a Atenas a liberarnos del tirano Hipias. ¡Dile a tu hijo que venga ahora a liberarnos de los persas! ¡Te lo ruego, señora!

—Haré lo que esté en mi mano, buena madre —prometió Gorgo, despidiéndose de ella con dos besos.

Antes de buscar a Temístocles, Gorgo ofreció un sacrificio en el ágora en honor del patrón de Salamina, Áyax Telamonio, uno de los grandes héroes de la guerra de Troya. Rodeada por la multitud de refugiados, estudió sus rostros y sus cuerpos, y encontró en muchos de ellos síntomas de desnutrición, sobre todo en los niños. Brazos y piernas como palos, pechos abombados, piel quebradiza, llagas, labios agrietados. Lo más conmovedor eran los ojos tristes y opacos, que se veían desproporcionadamente grandes encima de esas mejillas hundidas y aquellos pómulos que parecían a punto de rasgar la piel.

«No hay nada más triste que verte expulsado de tu tierra», pensó Gorgo. Los atenienses no se merecían esa suerte después de lo que habían hecho por la libertad de los demás griegos, espartanos incluidos. Gorgo apretó los dientes y se juró a sí misma que no cejaría hasta conseguir que los espartanos salieran al encuentro de los persas como los hombres que decían ser. Únicamente así el sacrificio de Leónidas cobraría sentido.

Dos auxiliares del arconte la guiaron hasta la morada de Temístocles, aunque también la advirtieron de que tal vez no lo encontraría allí. Subieron por un sendero que conducía a lo alto del promontorio de Cinosura. En circunstancias normales, le explicaron sus guías, habrían paseado entre pinos y encinas y algún que otro santuario. Ahora no quedaba un solo árbol en pie, pues los habían talado todos para levantar casetas y, sobre todo, para conseguir leña con la que cocinar y calentarse. Ambas márgenes del camino estaban pobladas de cabañas, chabolas y tiendas de campaña, y en ocasiones simples sombrajos bajo los que se cobijaban familias enteras. De vez en

cuando veían alguna cabra, siempre atada y al alcance de la mirada vigilante de sus dueños. No parecía haber ningún otro animal en la isla.

—Hasta las lagartijas nos las hemos comido ya, señora —dijo uno de los guías.

—¿Os habéis quedado sin ganado?

—Tenemos vacas y bueyes en la isla de Eubea. De vez en cuando traen alguno para sacrificarlo y repartir la carne, pero están muy racionados.

La casa que buscaban se encontraba en el punto más alto de Cinosura. Desde allí se dominaba la entrada a la bahía de Salamina y también los puertos del Pireo, que gracias a las fortificaciones que había hecho construir Temístocles seguían en poder de los atenienses. Según le explicaron a Gorgo los guías, en aquella casa había vivido sus últimos años Clístenes, el político que había convertido Atenas en lo que espartanos como el rey Latíquidas denominaban «el gobierno de la chusma». Para los dos ayudantes del arconte, en cambio, el tal Clístenes había sido un gran hombre ante cuyo recuerdo pronunciaban todo tipo de bendiciones.

Como se temía, Temístocles no estaba en su hogar. Así se lo explicó su esposa, que salió a la puerta a recibirla.

—Mi marido ha salido con los trirremes que patrullan la costa. No volverá hasta el anochecer. —La mujer le agarró el brazo con calidez y añadió—: Pero espero que nos honres quedándote con nosotros y acompañándonos a cenar.

Apolonia, la mujer del estadista ateniense, debía de ser más o menos de la misma edad que Gorgo. Tenía el cabello negro y espeso recogido tras la nuca, una dentadura perfecta de las que se veían una entre cien y unos ojos grandes, oscuros y algo tristes. Estaba embarazada, pero, aparte de la tripa incipiente, conservaba una buena figura. Su silueta sorprendió todavía más a Gorgo cuando Apolonia le contó que había dado a luz cuatro veces. Las cuatro habían sido niñas: tres de Temístocles y una de su anterior esposo, que había perecido en Eretria junto con otros ciudadanos en la primera guerra contra los persas, luchando contra la caballería enemiga para evitar que capturaran a sus familias.

—Estoy segura de que esto va a ser una niña —dijo Apolonia, tocándose el vientre por encima de la túnica—. La primera esposa de Temístocles solo le daba niños y yo solo sé hacerle niñas.

No lo decía con tristeza. Cuando Gorgo conoció a las niñas, lo comprendió. Al verlas tan guapas, limpias y bien peinadas —la mayor ya era una mujercita a la que habían comprometido para casarla dos años después—, y al oírlas reír, cantar y jugar pese a lo precario de la situación en la isla, Gorgo pensó que no le importaría tener una hija. Que se dejara peinar, que la peinara a ella, que le contara cosas en lugar de guardar el hosco silencio en que solía sumirse su hijo Plistarco.

La más pequeña de las niñas, Nicómaca, todavía tomaba el pecho. A Apolonia se le había cortado la leche poco después del parto, de modo que habían contratado a una nodriza laconia, de una familia espartana venida a menos.

—Así la niña se criará lozana como una espartana —explicó muy seria Apolonia.

La casa, que tenía un solo piso y no era demasiado grande, se encontraba tan atestada como cualquier otra vivienda de Salamina, y en ella reinaba una incesante algarabía compuesta a partes iguales de risotadas, portazos, muebles arrastrados por el suelo, carreras y discusiones. Aparte de las cuatro hijas de Apolonia, también se alojaban allí tres de los hijos de Temístocles y de su primera esposa —el mayor se encontraba con la flota, pues servía ya como hoplita de cubierta a bordo de un trirreme—. Asimismo vivía allí Nicómaca, hermana viuda de Temístocles, que cuidaba de su madre. Esta, Euterpe, había perdido la cabeza hacía ya tiempo, y compensaba los recuerdos perdidos fabulando otros. Cuando vio a Gorgo, se empeñó en que era su hermana pequeña, Adrastea, y no hacía más que insistirle: «¡Qué mayor estás!», pues la tal Adrastea había muerto, al parecer, a los quince años.

No se acababa ahí la población transitoria de aquella morada. Había dos primos de Temístocles, con sus mujeres y sus respectivas proles, que por suerte no eran tan numerosas como la del dueño de la casa, más una familia originaria de Eretria que, igual que Apolonia, estaba pasando por el trance de perder su hogar por tercera vez. Y, por último, un antiguo amigo de Temístocles ya mayor, llamado Mnesífilo, que saludó a Gorgo recitándole versos de Tirteo y máximas del sabio Quilón.

Entre todos ellos y unos pocos criados —uno de los cuales, un gigantesco persa llamado Sicino, ocupaba el sitio de tres personas— no quedaba un solo rincón vacío. Como hacía buen tiempo y empezaba a caer la tarde, cenaron en el pequeño jardín, con vistas a la costa del Ática. En lugar de reclinarse en los

divanes, los adultos se sentaron en ellos para aprovechar mejor el espacio, mientras que los críos cenaron sobre un mantel tendido en el suelo. Los guardias reales no habrían podido entrar allí de ninguna forma, así que se quedaron al otro lado de la tapia, sentados en unas piedras y comiendo sus propias raciones.

La cena fue modesta: queso, pescado en salazón, aceitunas y pan, este último en raciones bastante escasas. Mientras comían, y mientras ella contestaba a las preguntas que le hacían sobre Esparta, Gorgo observó que Apolonia no dejaba de moverse y procuraba controlarlo todo. El esfuerzo por mantener un hogar lo más cómodo y acogedor posible en aquellas circunstancias le pareció admirable. Pese a la aglomeración de gente, la escasez de espacio, alimentos y criados, y las incomodidades del embarazo, Apolonia tenía palabras amables y atenciones para su cuñada, los primos de su esposo, los antiguos vecinos de Eretria e incluso para su suegra, que se empeñaba en que estaban en Halicarnaso y ella era la soberana de la ciudad. De vez en cuando llamaba a alguna de sus hijas, ya fuera a la mayor, Nesi, o a Síbaris e Italia, que tenían seis y siete años respectivamente, y les decía algo al oído. Ellas, muy modositas, obedecían y le llevaban un platillo de comida a la abuela, le servían vino a Mnesífilo o entraban a por una bandeja de comida.

Gorgo había observado que dentro de la casa había muy pocos muebles, pero Apolonia compensaba lo exiguo de la decoración recogiendo flores y poniéndolas en jarrones y, sobre todo, dirigiendo a los críos con la autoridad de un paidónomo para mantenerlo todo lo más limpio y ordenado posible. Viendo el cuidado que ponía en todo, Gorgo solo podía intuir lo doloroso que habría sido para ella ver incendiados sus hogares de Eretria primero y de Atenas después.

Por más que Apolonia trató de evitarlo, el tema de la guerra salió a colación varias veces durante la cena. Los comensales varones, todos ellos demasiado mayores ya para servir en el ejército, tenían opiniones muy claras sobre cómo debía llevarse la lucha contra los persas; aunque, por supuesto, ni una sola de dichas opiniones coincidía. Oyéndolos, habría parecido que cualquier ciudadano ateniense era más experto en tácticas y estrategias militares que un general espartano.

Ya habían terminado de cenar, y estaban bebiendo vino muy aguado y picando unas almendras e higos secos, cuando uno de los niños, cuyo padre se encontraba de servicio, se levantó para preguntarle a Gorgo:

—¿Es verdad que tú eres la reina de Esparta?

«No exactamente», pensó ella. Pero era hija de un rey, había sido esposa de otro y madre del actual. Aunque la ley espartana no le otorgara poderes específicos, sus palabras eran escuchadas y a menudo atendidas. Así que finalmente contestó que sí, que lo era.

—¿A que un soldado espartano vale por diez atenienses?

A Gorgo se le escapó una carcajada.

—¿De dónde sacas eso?

—¿Lo ves, Timón? —dijo otro crío, que después repitió con retintín, alargando y canturreando las últimas sílabas—. ¡Los soldados espartanos no son más fuertes que dieeez atenieeenses!

Gorgo pensó que en Esparta ambos niños estarían ya en los primeros años de la *agogé*. Aunque parecían simpáticos, los encontraba demasiado inquietos y ruidosos; tal vez porque en su ciudad los muchachos de su edad normalmente estaban recogidos en un campamento, donde les enseñaban las virtudes del silencio.

—Pero ¿a que los soldados de Esparta sí que son los mejores del mundo? —insistió Timón.

—Bueno, eso nos gusta creer —respondió Gorgo.

—Entonces, ¿cuándo vais a venir a salvarnos?

La madre del niño se levantó en ese momento, tomó a su hijo de la mano y se lo llevó de la mesa, mandándole que dejara de molestar a la invitada. Gorgo se quedó callada, haciéndose la misma pregunta que el pequeño Timón.

¿Cuándo vamos a salvar a los atenienses, que nos salvaron a todos los demás, y demostrar que es verdad que parimos a los mejores guerreros del mundo?

## 9

Campamento persa, cercanías de Atenas

—… Sura ya había muerto. Aun así, te pido perdón, Perseo. No fue una acción digna de mí.

Mientras decía esto, los dedos de Bagabigna tamborilearon sobre un tubo de cuero negro, rodeado por una cinta roja sellada con barro cocido, que tenía metido entre la faja y el caftán. Perseo se preguntó qué habría ahí dentro. El tubo era demasiado fino para contener un puñal, a no ser que se tratara de un punzón sin tan siquiera mango. Pero el persa no había dejado de tocarlo mientras contaba la trágica historia de cómo su amada había muerto en un pozo.

Era de noche. Perseo estaba en la tienda de Bagabigna, sentado frente a él en unos mullidos cojines de seda rellenos de plumas de pavo. Había entrenado antes del ocaso con el persa y después ambos se habían dejado lavar por los sirvientes. Bagabigna le había explicado que la razón de que le gustara tanto ejercitarse en el combate con él, con Perseo, era que no existía ningún otro rival que lo pusiera a prueba con tanta exigencia.

Había en el ejército de Mardonio, en la *Spada*, un hombre que alardeaba de que podía derrotar a Bagabigna, el Asesino Blanco. Ese hombre se llamaba Masistio, y era un alto oficial que tenía a su cargo la mitad de la caballería que no comandaba Bagabigna. Ambos poseían el mismo rango, rivalizaban ante Mardonio y no simpatizaban en absoluto.

—Masistio es un gigante, un coloso una cabeza más alto que tú, y eso ya es mucho decir —dijo Bagabigna mientras picaba unas uvas pasas de la bandeja de plata que le ofrecía una de sus bellas criadas.

Perseo entrecerró su ojo y captó una fugaz vislumbre de un gigante, una montaña de hombre, de rasgos brutales y músculos de piedra, y se vio a sí mismo colgado de su cuello y gruñendo por el esfuerzo para derrotarlo. Pero la imagen se desvaneció como el reflejo de un sauce en un estanque cuando

empieza a caer un aguacero.

—Masistio posee una gran fuerza —prosiguió Bagabigna—. Pero no sería rival para un guerrero mucho más hábil y rápido, como tú o como yo. Por eso solo dice que es mejor que yo cuando no estoy delante para desafiarlo.

Sonaba una suave melodía de lira, tocada por una mujer que permanecía apartada detrás de un visillo, apenas una sombra en la semioscuridad de la tienda. Olía a perfumes exóticos, un tanto dulzones, que hacían que a Perseo se le embotara la cabeza aún más. Al darse cuenta, su anfitrión ordenó a dos criados que apagaran los pebeteros y levantaran los faldones de la tienda para que entrara el aire de la noche.

Bagabigna hizo una castañeta con los dedos para indicar a la copera, una esclava rubia de piel lechosa, que sirviera vino a Perseo. Este se quedó fascinado viendo cómo el chorro, de un púrpura casi negro a la luz de las velas, se retorcía en el aire antes de caer en la copa. Al agacharse sobre él, la túnica de la copera se abrió un poco y dejó entrever un pecho más blanco incluso que el resto de la piel, rematado por un pezón rosado como los dedos de la aurora. Aquella visión y el perfume dulce que emanaba de su cuerpo hicieron que la sangre acudiera a los ijares de Perseo. Por unos segundos, sintió el impulso de derribar a la muchacha sobre las alfombras que cubrían el suelo de la tienda y poseerla allí mismo.

«No, Perseo —le advirtió una voz interior femenina, tal vez una diosa o el espíritu de un ancestro—. Se te dio tu fuerza para proteger a las mujeres, no para abusar de ellas».

Después de servirle, la esclava regresó al diván donde ella y otra joven igualmente bella, pero de tez morena y cabellos negros, se reclinaban sobre una piel de leopardo. Mientras tanto, la lirista había empezado a cantar una pieza de una extraña belleza en un lenguaje que a Perseo le resultaba absolutamente desconocido.

—Es un poema muy antiguo, cantado en babilonio —le explicó Bagabigna—. Cuenta la historia de Gilgamesh, que era rey de Uruk y el mejor guerrero de su época, y de su rivalidad primero y su amistad después con Enkidu, un salvaje al que Gilgamesh enseñó a convertirse en hombre.

—¿Cómo de antiguo es el poema? —preguntó Perseo, que, anclado en un presente perpetuo, tenía problemas para comprender el concepto de tiempo, ya fuera pasado o futuro.

—Mucho más que vuestros poemas de Homero. Miles de años, tantos que entonces todavía los dioses caminaban entre los hombres. Al menos eso dicen, ¡que me perdone Ahuramazda, único Señor de la Sabiduría! ¿Sabes por qué he pedido que la lirista interprete ese canto?

Perseo negó con la cabeza. Él no podía recordarlo, pero durante meses aquel movimiento, por sutilmente que lo hiciera, le provocaba vértigos, y al principio incluso vómitos. Pero aquellos síntomas ya se habían pasado.

—Tú y yo hemos sido rivales y ahora empezamos a ser amigos. Como Gilgamesh y Enkidu —dijo Bagabigna.

—¿Cuál de los dos soy yo?

—¿No es evidente? Tu amnesia te ha convertido en una especie de criatura salvaje. Además, cuando hice que te trajeran ante mí podías responder a su descripción. «Hirsuto es su cuerpo, tiene cabellos largos de mujer…».

Por eso ahora, comprendió Perseo, llevaba el cuerpo depilado y el cabello más corto.

—¿Sabes cómo consigue Gilgamesh que Enkidu pierda su salvajismo animal?

—¿Cómo iba a saberlo? No entiendo la canción.

—Gilgamesh le envía una bella prostituta con la que se acuesta. Desde el momento en que Enkidu lo hace, las bestias salvajes huyen de él, y no le queda más remedio que unirse a los demás hombres en la civilización. Del mismo modo, yo espero que tú abandones la barbarie griega para convertirte en un hombre refinado, como tu potencial merece.

Bagabigna se interrumpió y, mirando el fondo de su copa, soltó una carcajada.

—Es curioso que yo te hable de refinamiento mientras bebo de este cáliz.

—¿Por qué? —preguntó Perseo.

El persa se lo tendió. Era una copa muy ancha, forrada por fuera de piel de buey y por dentro recubierta de oro.

—¿Qué tiene de particular?

—¿Sabes qué hay entre la piel y el baño de oro? Un cráneo humano, aserrado por debajo de las cejas. Perteneció a un jefe escita al que maté en

duelo. Fueron sus propios deudos los que me ofrecieron este trofeo, ya que el escita en cuestión pensaba hacer lo mismo con mi cráneo si me hubiera vencido.

Al ver que la copa estaba vacía, la hermosa esclava rubia se levantó del diván con flexibilidad felina y volvió a servir vino a su señor. Perseo, que llevaba un rato sin beber, dio un largo trago y dejó que la bella joven le escanciara más. No recordaba haber probado un vino tan exquisito en su vida.

Aunque, a decir verdad, por más familiar que le resultara el sabor de la bebida, no se acordaba de ninguna ocasión concreta en la que la hubiera probado.

—¿Por qué te ríes? —quiso saber Perseo.

—He pensado en Enkidu haciendo el amor con esa joven a orillas del Éufrates. Y me he acordado de hace unos meses, cuando entré en tu tienda y te sorprendí acostándote con Cloe. Una situación embarazosa. Menos mal que la olvidaste.

—¿Cloe? ¿Quién es? ¿Una prostituta?

—No exactamente. Es la esposa de tu padre.

Perseo enarcó una ceja.

—¿Me he acostado con la esposa de mi padre?

—Varias veces. Y no has seguido haciéndolo porque la has dejado embarazada y lleva meses con náuseas. Ahora bien, tu padre Damarato está más que contento. A sus años, piensa que es él quien ha engendrado otro heredero. La necedad de un viejo compartiendo lecho con una mujer joven no tiene parangón.

Perseo pensó en ello. De modo que el hijo que iba a tener su padre —el hombre del que le acababan de decir que era su padre— no era en realidad hijo de quien se suponía. Aquello quiso evocarle algo más, y durante un momento le invadió un sudor frío y de nuevo la palabra «abominación» cruzó por su mente. Pero fue únicamente un instante.

—¿Acostarte y preñar a tu madrastra no te hace sentir culpable? —preguntó Bagabigna.

Perseo apenas tardó un segundo en negar con la cabeza de nuevo. El persa podría haberle estado contando la historia de un personaje mitológico. No conocía el rostro de su presunto padre, ni de la tal Cloe, ni, por supuesto,

recordaba haber copulado con ella. Era incapaz de experimentar ninguna emoción por aquello.

La canción continuaba, ahora en un tono más lánguido. Bagabigna torció la cabeza para escuchar mejor y después tradujo:

—Esto le dijeron los dioses a Enkidu: «Y Gilgamesh, tu amigo del alma, ¿acaso no te ofreció un lecho de honor? Te colocó en el lecho más amplio, en el puesto de honor, a su izquierda, para que los soberanos de la tierra besaran tus pies». —Bagabigna le acercó la copa para brindar. Después de que ambos bebieran, añadió—: Tú y yo podemos hacer grandes cosas, Perseo. Tu mente mejora. Tu espíritu mejora. Yo te convertiré en un caballero de Ahuramazda. Seremos como Gilgamesh y Enkidu, y nos haremos grandes en el Imperio persa ante los ojos de Jerjes.

De pronto, Bagabigna se calló y se quedó un rato mirando el contenido de su copa mientras la giraba lentamente con la muñeca. Sin abrir apenas los labios, musitó algo en persa.

Al parecer, ignoraba que su invitado conocía ese lenguaje. «¿Cuándo lo he aprendido?», se dijo Perseo. No podía responderse, pero tampoco podría haberlo hecho si alguien le hubiese preguntado dónde había aprendido griego.

—¿Quién sabe? —murmuró Bagabigna en su idioma—. Del mismo modo que Darío le quitó el trono a Bardiya, tal vez yo pueda…

Las últimas palabras las pronunció entre dientes, por lo que Perseo no alcanzó a entenderlas. Después, como si hubiera salido de un repentino trance, Bagabigna se levantó del diván y extendió la mano para ayudar a Perseo a incorporarse también.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Cuando Perseo buscó dónde dejar la copa, la concubina rubia de las gasas transparentes acudió solícita a quitársela de la mano. De nuevo Perseo captó el perfume de violetas, que aparecía y desaparecía como por ensalmo.

La tienda de Bagabigna era alargada y se hallaba dividida en compartimentos mediante visillos y cortinas. Apartando una de estas, de fieltro grueso y oscuro, el persa enseñó a su invitado una pequeña estancia interior en la que ardían varias lamparillas de aceite.

—Esta es mi modesta sala de trofeos. Cuando esta guerra acabe, me los llevaré a mi mansión de Susa, donde te podré enseñar muchos más.

Sobre la alfombra que cubría el suelo se apilaban varias corazas y yelmos, más lanzas, espadas y cuchillos. Había asimismo seis o siete escudos, todos abollados y algunos incluso con manchas de sangre, y también un estandarte que representaba a una divinidad.

—Es uno de vuestros Dióscuros —le explicó Bagabigna—. En concreto, Cástor, uno de los patrones de Esparta. Así que ahora os hemos dejado con la mitad de protección.

A Perseo le resultaba familiar la imagen del estandarte, pero se movía dentro de su memoria como el reflejo de un rayo de sol en el agua, huidizo y burlón.

Las dos piezas que más destacaban de aquellas panoplias se hallaban en el centro, montadas sobre un maniquí de madera. Cubriendo la cabeza de este, se veía un curioso yelmo de tiras de cuero reforzadas por colmillos de jabalí. Perseo recibió un fogonazo en la memoria, algo relacionado con el nombre de Odiseo, pero cuando quiso atraparlo ya se había desvanecido como un relámpago en la noche.

Sobre el torso de madera se podía contemplar la pieza más valiosa de todas. Era una coraza de bronce repujado, que relucía con el brillo del aceite recién aplicado. En el pecho, unas filigranas de plata y de oro representaban a un héroe que llevaba una gran porra y una piel de león, y que se enfrentaba a un perro de tres cabezas.

—¿Sabes a quién pertenecían estas armas?

Perseo trató de recordar. La escena le despertaba reminiscencias vagas. «Heracles», pensó.

—Heracles —pronunció en voz alta.

Bagabigna soltó una carcajada.

—Heracles es el personaje que aparece retratado en la coraza. Es como vuestro Gilgamesh griego, aunque por supuesto mucho menos antiguo. Dicen que la armadura le perteneció a él, pero yo se la arrebaté a otro rival. A Leónidas. Te he hablado varias veces de él.

—No lo recuerdo.

Perseo pasó las yemas de los dedos por los trazados de metales preciosos. La labor era muy fina, aunque los dibujos en sí se veían algo toscos, arcaicos. A Perseo le llamó la atención que los artistas representaran los ojos de las

personas como si estuvieran de frente, y no de perfil; algo en lo que, aunque no lo recordara, había reparado muchas veces desde que era niño.

—Leónidas era uno de los dos reyes de Esparta —respondió Bagabigna —. El más valiente de los dos, sin duda. Un hombre al que no se podía sobornar, no como a tu pariente Latíquidas.

—¿Latíquidas?

—Es el otro rey espartano. Primo de tu padre, el que le arrebató el trono. Está recibiendo nuestro oro para evitar que el ejército espartano salga al campo de batalla a defender a los atenienses.

Oro, pensó Perseo, rozando de nuevo las filigranas doradas.

—¿Y ese hombre recibe oro delante de todos los demás espartanos? —preguntó—. ¿No le dicen nada por hacerlo?

Bagabigna volvió a reír.

—Los agentes del Gran Rey son mucho más sutiles que eso —replicó—. Ese oro se deposita a su nombre en el oráculo de Delfos y en otros santuarios. Latíquidas y los demás griegos a los que sobornamos creen que pronto podrán disponer de todas esas riquezas a su antojo.

Perseo miró de reojo a Bagabigna. Su rostro, iluminado desde abajo por las temblorosas llamas de las lamparillas, parecía mucho más duro y hostil de repente.

—¿Creen? ¿Qué quieres decir? ¿Es que no va a ocurrir?

—No es intención de Jerjes permitir que Latíquidas siga siendo rey. Ni siquiera lo es entregarle el trono a tu padre Damarato, aunque este lo crea así. No habrá trono en Esparta.

—No comprendo tus palabras.

Bagabigna volvió a tabalear en el cilindro de cuero negro guardado bajo su faja.

—Tanto Mardonio como los principales oficiales de la *Spada* tenemos un tubo como este, cerrado con el sello del mismísimo Jerjes. Debemos llevarlo siempre encima, incluso cuando dormimos. Dentro se guardan instrucciones dictadas por el Gran Rey, que únicamente debemos leer cuando él nos dé la orden.

—¿Cómo puede dar órdenes si está tan lejos de aquí?

—Ahora mismo, Jerjes se encuentra en Sardes, la más cercana de las capitales imperiales. Está esperando a que los atenienses se decidan a aceptar la oferta de Mardonio y nos entreguen sus barcos. Con ellos invadiremos el Peloponeso y las tierras de Esparta. Eso no tardará mucho en ocurrir, debido a que gracias a nuestros sobornos Latíquidas y otros altos cargos espartanos se niegan a socorrer a los atenienses. Estos se encuentran al borde de la hambruna, entre la espada y la pared. No tendrán más remedio que pasarse a nuestro bando.

Bagabigna hizo una pausa, en la que se dedicó a repasar con los dedos el intrincado labrado de la coraza de bronce de Leónidas.

—Cuando eso ocurra, Mardonio se lo comunicará a Jerjes por un sistema de almenaras que rodea todo el Egeo. La señal de fuego le llegará en la misma noche, y entonces el Gran Rey tomará su decisión y por el mismo conducto nos enviará su orden a la noche siguiente. Orden que consistirá en abrir el sello de este cilindro de cuero, desenrollar el papiro que guarda en su interior y leer las instrucciones que su visir Mitradates tomó al dictado y copió personalmente para cada uno de los principales oficiales del ejército.

—Entonces, ¿esas instrucciones son secretas?

—Lo son… para casi todo el mundo —respondió Bagabigna, con una sonrisa un tanto pagada de sí mismo—. En ellas se detalla el destino que deben sufrir tu ciudad y la de los atenienses.

—¿Las conoce Mardonio?

Bagabigna negó con la cabeza.

—Para convencer a los demás de una mentira, lo mejor es que quien tenga que hacerlo la crea él mismo. Mardonio está negociando en paralelo con Atenas y Esparta, haciendo que crean que si se pasan a nuestro bando, se convertirán en cabeza de la satrapía de Persia.

»Él mismo piensa que es así, que para acabar con esta guerra a nuestro soberano le basta con conseguir la sumisión de las dos principales ciudades de Grecia, o al menos de una de ellas para derrotar a la otra. Así ha querido Jerjes que lo crea el mismo Mardonio, con el fin de que sus negociaciones resulten más creíbles.

—¿Y no va a ser así? —preguntó Perseo, cada vez más perplejo. Le resultaba difícil seguir unas intrigas que implicaban personas y ciudades cuya existencia había olvidado.

—No lo es. Esta guerra no acabará con la rendición de Esparta y Atenas, sino con su total destrucción. Sobornaremos y mentiremos todo lo que tengamos que sobornar y mentir para evitar que los atenienses y tus compatriotas unan sus fuerzas, con el fin de vencerlos por separado. Pero, una vez que lo hagamos, ninguna de esas dos ciudades será capital de ninguna satrapía, porque habrá desaparecido de la faz de la tierra. Así lo ordena Jerjes en esta carta —dijo Bagabigna, acariciando de nuevo el cilindro de cuero.

—Pero ¿cómo lo puedes saber tú si está sellada?

El persa sacó el tubo de debajo de la faja y le enseñó a Perseo el sello. En él se mostraba a un rey o guerrero que combatía contra un león, mientras sobre sus cabezas flotaba un sol alado. El mismo que había visto bordado en los estandartes que ondeaban sobre las tiendas del campamento.

—Como ves, la arcilla está intacta. Nadie ha abierto este sello.

—Entonces, ¿cómo sabes lo que está escrito dentro?

Una sonrisa irónica.

—Eso se lo debo a tu buen hermano, Nabis, que en más de una ocasión ha hecho de espía para mí.

—¿Y Nabis cómo lo sabe? ¿Tiene amistad con Jerjes?

—No es amistad, sino algo más íntimo, y tampoco es con Jerjes, sino con su visir, el eunuco Mitradates.

Perseo tardó unos instantes en comprender.

—¿Son… amantes?

—Así es. Prefiero no pensar en lo que hacen en privado —dijo Bagabigna con gesto de asco—. Esa costumbre tan extendida en vosotros de la sodomía es una aberración. Pero a mí me ha venido bien para obtener información.

—¿Por qué quiere Jerjes destruir esas dos ciudades?

—¿Has olvidado lo que te acabo de contar sobre los embajadores, sobre lo que me hicieron a mí, sobre lo que le hicieron a Sura?

—Es por eso…

—¡Nadie que asesina a los heraldos del Gran Rey puede quedar impune, por mucho tiempo que haya transcurrido! La venganza de Persia es inexorable.

Bagabigna miró a la cara a Perseo. Este descubrió en los ojos del persa un brillo homicida que durante la cena no había percibido en ningún momento.

—Yo mismo me encargaré de que Esparta sea reducida a ruinas y que sus campos sean sembrados con sal. Así te lo dije aquel día, cuando me sacaste del pozo.

Perseo recordó que, mientras cenaban, el propio Bagabigna le había hablado de eso y de cómo había matado a dos amigos suyos. Pero la verdadera memoria de los hechos no estaba en su cabeza y, al no estar, no podía encontrar en su interior ninguna emoción, ni buena ni mala.

—¿Eso te afecta, Perseo, que la ciudad donde naciste desaparezca de la faz de la tierra?

Perseo pensó unos segundos. No conocía ninguna ciudad, ni Esparta ni ninguna otra. Únicamente había visto los escombros humeantes de la que le habían dicho que se llamaba Atenas, situada al sur del campamento, y eso había ocurrido unas horas antes. La había destruido el ejército al que pertenecía Bagabigna y, en cierto modo, él mismo.

—No, no me afecta —respondió—. Soy de Esparta porque tú lo dices.

—¿De veras no sientes nada cuando te digo que quiero destruir tu patria y arrasar sus templos y palacios?

Perseo meneó la cabeza.

—Nada —respondió, con sinceridad. En cualquier caso, ¿qué más daba lo que pudiera sentir o lo que le contara Bagabigna si, al parecer, todo se iba a borrar de su recuerdo en cualquier momento, en unas horas a lo sumo?

Si le hubieran dicho que él no era espartano sino persa, o ateniense, o de cualquier otro lugar, se lo habría creído igual.

—¿No sientes nada cuando te digo que vas a ver a todos los varones espartanos destripados por las calles de tu ciudad? —insistió Bagabigna.

Perseo negó por segunda vez con la cabeza.

—¿Tampoco sientes nada cuando te digo que todas las mujeres espartanas van a ser violadas por nuestros soldados y vendidas como esclavas por todo el imperio?

Perseo iba a negar por tercera vez cuando tuvo una vislumbre.

Una mujer. De frente, tan cerca de él que respiraba su aliento. Unos ojos

oscuros y melancólicos.

Se miró la muñeca, donde llevaba aquella misteriosa pulsera de cuero.

«Gorgo». Así se llamaba ella. La mujer a la que debía entregar la pulsera.

—Estás dudando, Perseo —dijo Bagabigna, acercándose a él para mirarlo mejor—. Es noble por tu parte que te duela imaginarte así a las mujeres de tu patria.

—Yo no tengo patria —contestó él.

—No me gusta ser cruel con las mujeres —prosiguió Bagabigna, como si no le hubiera escuchado—. Pero había mujeres espartanas entre la turba que nos arrojó a aquel pozo. Había mujeres espartanas entre la gentuza que le arrancó la ropa a Sura antes de tirarla hacia su muerte. Deben pagar, ¡y pagarán!

Cuando pronunció la última frase, los dientes del persa rechinaron como amoladeras afilando una hoja de acero. Perseo comprendió que Bagabigna tenía una cuenta pendiente con Esparta, una venganza que pensaba cobrarse como fuera.

«Gorgo», volvió a pensar. ¿Olvidaría aquel nombre de nuevo?

Porque se dio cuenta de que sí sentía algo al imaginar que aquella mujer de la que ahora solo recordaba los ojos y el sonido de su aliento entrecortado fuera violada y esclavizada.

No podía consentir que aquello ocurriese.

Pero ¿qué podría hacer para evitarlo si al día siguiente ni siquiera iba a recordar la conversación?

# 10

## Salamina

El sol estaba cayendo ya y varios comensales se habían retirado a dormir a sus pequeños cubículos, cuando unas luces aparecieron en el mar, como si minúsculos *dáimones* resplandecientes se acercaran a la isla bailando sobre las olas.

—Ahí viene mi marido —anunció Apolonia. Levantándose, le preguntó a Gorgo—: ¿Quieres venir a recibirlo?

—Por supuesto —respondió Gorgo.

Apolonia la llevó por un sendero distinto del que habían seguido para subir a la casa. Era más empinado y estaba rodeado de rocas, pero también resultaba más corto. Por delante de ellas caminaba Sicino, el silencioso gigante persa de la cicatriz en el rostro, alumbrándoles el camino con una enorme tea. Detrás de ellas bajaban, también con antorchas, los quince guardias reales, pese a que Gorgo había insistido en que no necesitaba que la acompañaran todos.

—No estamos en territorio enemigo —le dijo a Filotas, el joven oficial al mando del grupo.

—Un espartano siempre tiene que actuar como si estuviera en territorio enemigo, señora —respondió Filotas, muy serio.

«Sobre todo cuando está en casa», pensó Gorgo. A decir verdad, el enemigo más peligroso lo tenían en su propia tierra. Su padre solía decir: «Si no fuera porque temen nuestras armas, los ilotas nos comerían crudos. No quieran los dioses que algún día caiga una calamidad sobre esta ciudad, como un terremoto o una inundación, porque por mucho que ahora nos sonrían y nos digan “Sí, señor” a todo lo que mandamos, ese día intentarán aniquilarnos».

De hecho, su padre había tomado precauciones para evitar que llegara

aquel día aciago. Por tal motivo había creado la Criptía, el cuerpo secreto de jóvenes juramentados que recorrían en la noche Laconia y Mesenia sembrando el terror entre los ilotas y asesinando a todo aquel que remotamente mostrara trazas de convertirse en futuro caudillo de una rebelión.

La Criptía en la que había servido Perseo, con la condición de no regresar a Esparta si no quería ser ejecutado por el padre de Gorgo. De nuevo el vacío que había dejado la mordió por dentro. Rogó a Lete, la diosa del olvido, que le diera de beber sus aguas, sin pensar que la desmemoria podía ser incluso más cruel que el recuerdo y que en aquel mismo momento alguien al otro lado del estrecho de Salamina se esforzaba por acordarse de ella, de su rostro y de su nombre.

Mientras bajaban al puerto, Apolonia se interesó por Plistarco. Después le dio el pésame por Leónidas, aunque ya había transcurrido casi un año de su muerte.

—Solo lo vi una vez, después de Maratón. Es curioso. Tu esposo tenía porte de guerrero, pero al oírlo hablar no infundía miedo, sino calma.

—Es cierto —dijo Gorgo con tristeza. Echaba mucho de menos la serenidad que experimentaba al lado de su tío y que le había ayudado a sobrellevar la tristeza de los años.

—Leónidas hablaba con mucho cariño de ti y de vuestro hijo recién nacido. Me sorprendió tanta ternura en un espartano.

Gorgo sonrió entre las sombras.

—Pese a nuestra fama, nuestros hombres no son ogros comeniños.

«Salvo mi padre», completó para sí, recordando los bárbaros rituales de la Estigia.

—Tú tampoco eres como afirman algunos que sois las espartanas.

—¿Qué dicen de nosotras? —preguntó Gorgo, a pesar de que se hacía una idea.

—A juzgar por las historias que cuentan de vosotras, vais por la calle con túnicas transparentes, abiertas hasta la cintura y más arriba para lucir vuestros encantos y ofrecérselos al primero que pasa.

Gorgo soltó una carcajada.

—Supongo que es una estupidez tan grande como lo que mi aya me contaba de vosotras, las atenienses.

—¿Ah, sí? ¿Cómo somos las mujeres de Atenas?

—Me decía que tenía que salir del palacio, tomar el sol y correr junto al Eurotas. De lo contrario, según ella, acabaría como una mujer ateniense: pálida, fofa, callada y sojuzgada por mi marido y bebiendo vino a escondidas en casa.

Apolonia ladeó la cabeza, como si estuviera considerando cada punto de la lista.

—No corro por la playa ni lanzo la jabalina —dijo, pellizcándose un brazo —, pero creo que todavía no se me están cayendo las carnes. ¡Y nunca me he escondido para beber vino!

—Supongo que no hay que creer todos los infundios que se cuentan acerca de la forma de ser de otros pueblos —concluyó Gorgo.

—Depende de lo que te cuenten. Si oyes a alguien decir que los persas son implacables en la guerra y que sus torturas son indescriptibles, créele —sentenció Apolonia.

Cuando las dos mujeres y los guardias reales llegaron al puerto, los diez trirremes de la patrulla ya estaban acercándose a la orilla a golpe de remo, con las velas recogidas. Mientras los barcos varaban en la orilla, Apolonia se dirigió hacia uno de ellos; era la *Artemisia*, le explicó a Gorgo, la nave en la que Temístocles había combatido personalmente durante la batalla de Salamina.

Debido al hacinamiento de la isla, la mayoría de los olores que había captado Gorgo durante su visita no eran precisamente agradables. Pero al aproximarse a los trirremes, el hedor fue en aumento, hasta que no pudo evitar taparse la nariz. Apolonia rio, divertida, e imitó su gesto.

—Menos mal que en este embarazo todavía no he empezado a vomitar —comentó.

—¿Por qué huele tan mal?

—Piénsalo. Casi doscientos hombres encerrados bajo cubierta, remando y sudando durante todo el día. Por no hablar de otras cosas que huelen peor que el sudor.

La nave que la había traído a ella hasta Salamina no olía tan mal ni por

asomo. Pero el trierarca le había explicado que llevaban solo dos tercios de los remeros posibles y además se enorgullecía de que habían fregado el barco a conciencia dos días antes.

Por las escalas tendidas a popa empezaron a descender los remeros de los demás trirremes. «Qué poca épica», pensó Gorgo, comparando la escena con la de los guerreros espartanos trenzando sus cabellos y armándose con espléndidos yelmos empenachados y escudos relucientes.

De cada nave bajaba una procesión de hombres delgados, sucios, sudorosos, la mayoría de ellos vestidos únicamente con taparrabos. En general, eran más bajos que los soldados espartanos e incluso que los hoplitas atenienses. Aunque debían de estar cansados, hablaban entre ellos a voces, con expresiones de su dialecto que Gorgo no entendía bien, pero que sospechaba debían de ser muy groseras. Cuando algunos de ellos pasaron cerca de ella, aparte de sufrir las vaharadas de sudor revenido que brotaban de sus axilas, pudo ver que muchos tenían los dientes rotos o podridos.

Su gesto debió de traicionar lo que pensaba, porque Apolonia le dijo:

—Esos hombres nunca han comido tan bien como esos magníficos soldados que traes contigo. Y ahora, la guerra lo ha empeorado todo.

De la *Artemisia* solo habían desembarcado los hoplitas y los arqueros de la dotación, mientras que los remeros seguían a bordo. Cuando estos empezaron a salir de la bodega por fin, Apolonia se fijó en el primero de ellos. Vestido también con un taparrabos, se había plantado de espaldas a la popa y, conforme los demás remeros iban saliendo a la cubierta, extendía la mano y los saludaba a todos. Ellos inclinaban la cabeza al pasar, respondían al saludo y seguían su camino.

—Está llamando a cada uno por su nombre —explicó Apolonia—. Los conoce a todos. La verdad, nunca he podido entender cómo lo hace.

Gorgo recordó su breve encuentro con Temístocles en Esparta, cuando, después de escuchar una sola vez la lista de antepasados de los Euripóntidas, él consiguió recitarla de carrerilla y al revés.

De modo que era aquel hombre. Un simple remero.

—¿Es tu marido?

Apolonia asintió.

Por fin, cuando bajó a tierra el último remero, Temístocles se despidió de

los marineros del trirreme, que debían encargarse de verificar y recoger los aparejos, y descendió por la escala.

A la luz de la antorcha de Sicino, Gorgo lo reconoció. Sí, ahora recordaba sus rasgos. Temístocles estaba delgado y en buena forma física, aunque la flacidez que traen los años se le empezaba a notar en los músculos y la piel. En cambio, sus ojos se veían igual de oscuros y penetrantes que cuando visitó Esparta.

Al ver a Apolonia sonrió y le dio un beso en los labios, una efusión que sorprendió a Gorgo, ya que, aunque fuera de noche, no dejaban de encontrarse en público. Después, Temístocles miró a Gorgo y su comitiva de guardias, frunció el ceño y dijo:

—Reina Gorgo. De haber sabido que ibas a venir a visitarme, me habría adecentado un poco.

—Ya lo hemos previsto —indicó Apolonia. A una señal suya, Sicino le tendió una túnica a Temístocles y le ayudó a ponérsela sobre el *perizoma*. A cambio, el ateniense le entregó al criado un cojín. Por lo que había visto Gorgo, era el único equipo que los remeros llevaban encima. Sin duda, mucho más ligero y económico que una panoplia de hierro, bronce y lino prensado.

—Procura colocarte a barlovento, Gorgo —dijo Temístocles.

—¿Dónde has dicho? —preguntó ella, poco ducha en términos marineros.

—A favor del viento, para que no te llegue mi olor. El aroma que a uno se le pega remando en un trirreme no es precisamente de rosas.

Antes de marcharse del puerto, Temístocles tuvo que atender a varias personas que se acercaron a preguntarle, a hacerle peticiones o, sin más, a quejarse de la falta de comida y de agua, del hacinamiento o de las ofensas reales o simuladas que les infligían los vecinos con los que se veían obligados a vivir.

Tras escuchar con paciencia a todos los solicitantes, Temístocles regresó por fin con Apolonia y Gorgo, y todos juntos emprendieron la subida hacia su casa por el mismo camino por el que habían bajado. Gorgo pudo comprender la razón por la que elegían la ruta más empinada: la senda ascendía a través de un paraje escarpado y solitario donde no se podía plantar ni un toldo. De haber tomado el otro camino, que estaba rodeado de todo tipo de viviendas improvisadas, a Temístocles lo habría abordado tanta gente que se habrían eternizado antes de llegar a su casa.

—La discreción espartana —comentó Temístocles mientras subían.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gorgo.

—Estás preguntándote por qué quien fuera general autocrátor de los atenienses se encierra durante todo un día en una bodega maloliente para remar con los humildes de Atenas y patrullar las costas.

—Reconozco que es sorprendente.

Más que sorprendida, se sentía preocupada. Si a Temístocles lo habían degradado hasta tal punto, mucho se temía que su viaje a Salamina había sido en vano.

Él debió de interpretar sus dudas al momento.

—No se trata de ningún castigo. Desde joven he remado en los barcos de mi padre. Es un ejercicio magnífico para los brazos, la espalda e incluso las piernas, aunque no lo parezca. Siempre que uno no tenga que hacerlo todos los días de sol a sol, claro está.

Apolonia, muy discreta, se había adelantado unos pasos para dejar que Temístocles y Gorgo hablaran con libertad. Los guardias espartanos venían detrás, también a una distancia prudencial y en absoluto silencio.

—Por otra parte —continuó Temístocles—, tenerme bogando a su lado sube la moral de los remeros. Es como cuando los hoplitas ven a su general combatiendo en primera fila con ellos.

—Comprendo —dijo Gorgo.

A decir verdad, no acababa de entenderlo. Jamás se habría imaginado a su padre realizando tareas serviles con los ilotas. Pero después se acordó de Leónidas, que no se avergonzaba de empuñar la azada para cavar sus propias viñas, y comprendió un poco más. Siendo tan distintos, Leónidas y Temístocles tenían cosas importantes en común. Por eso habían congeniado tanto.

—No es que sirva de nada que yo los motive —murmuró Temístocles después de un breve silencio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gorgo.

—Solo soy un ciudadano más. Estoy completamente retirado de la política y de la guerra. Todo eso se acabó para mí.

El gesto de alarma de Gorgo debió de resultar tan evidente que

Temístocles se apresuró a añadir:

—Lo lamento. Has venido a ver a Temístocles el general y el político, el vencedor de Salamina, y te encuentras con esto.

Gorgo trató de reaccionar.

—No me esperaba encontrar a Temístocles el remero, si es lo que quieres decir. Aun así, no creo que te hayas retirado del todo como tú dices.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Te he visto en la cubierta. Era como si pasaras revista a tus tropas, aunque…

Gorgo se interrumpió.

—¿Aunque mis tropas fueran una banda de desharrapados?

—No quería decir eso.

—Entiendo lo que piensas. Mi madre me quiso criar en el desprecio a la chusma. Pero esos desharrapados, y no los espléndidos hoplitas de Esparta, o por qué no decirlo, de Atenas, fueron los que humillaron al Gran Rey en Salamina.

Gorgo se preguntó si los espartanos ganarían algún día una guerra recurriendo a los ilotas. Si el peligro llegaba a ser lo bastante grave, quizá no les quedaría otro remedio.

Pero se estaban desviando de lo que a ella le importaba ahora, que no tenía nada que ver con clases sociales.

—Sigues teniendo influencia, Temístocles. En Esparta se te admira por la victoria de Salamina.

—¿No se la atribuyen a Euribíades?

Gorgo esbozó una sonrisa despectiva. La conversación que había tenido con el capitán de la nave en su viaje a Salamina no había hecho sino confirmarle lo que ya le habían comentado Escaleno y Pausanias: que Euribíades era un inepto.

—Nuestro amor por la patria no llega al grado de la ceguera. Por su cuenta, Euribíades no sería capaz de ganar ni la batalla de los Platanistas.

—No voy a quedarme afónico defendiendo sus cualidades —repuso Temístocles—. Agradezco que los espartanos reconozcan mis méritos. Es

muy halagador. Pero eso no significa que se vayan a dejar influir por un extranjero.

—No se resistieron demasiado a tu influencia cuando conseguiste que una multitud enfurecida arrojara al pozo a los embajadores.

Temístocles sujetó del brazo a Gorgo para detenerla y bajó la voz.

—No digas eso. El éforo que provocó aquel motín estaba a las órdenes del rey Cleómenes, no de las mías.

—¿Olvidas que la noche anterior yo me encontraba con mi padre cuando viniste a hablar con él? Él me dijo que me quedara atendiendo el banquete en su lugar porque se dio cuenta de que le ibas a proponer algo de lo que nunca se podría hablar en público.

«Y después me marché y me fui al río a ver a mi amante», recordó.

Qué lejana parecía aquella noche. Su padre y Perseo estaban muertos. Temístocles, casi un desconocido, era su único vínculo con aquel pasado remoto.

—Supongamos que fue así —dijo Temístocles—. Te ruego que no hables de ello delante de nadie, y menos de Apolonia. Hice lo que tenía que hacer.

—Entonces ya no estamos suponiendo. Estás reconociendo que fuiste tú.

—Había demasiadas personas en tu ciudad y en la mía dispuestas a sacrificar su libertad a cambio del oro de los persas. Por desgracia, en la mía todavía queda gente así.

«Y puede que en la mía también», pensó Gorgo. El rey Latíquidas insistía en que no quería ayudar a los atenienses porque suponían un peligro para Esparta. Pero tanto ella como Escaleno y Pausanias sospechaban que la verdadera razón era que recibía sobornos de Jerjes.

—Si los dioses están enojados por lo que ocurrió —continuó Temístocles —, ya se han cobrado de sobra su deuda destruyendo dos veces mi ciudad.

—No he mencionado el asunto de los embajadores para echártelo en cara, Temístocles. Intentaba demostrar algo.

Temístocles le soltó el brazo y ambos empezaron a caminar de nuevo. Tras ellos los guardias, que también se habían detenido, reanudaron la marcha. El único ruido que hacían era el crujido seco de sus botas sobre el camino y el golpeteo rítmico de las conteras de sus lanzas, que clavaban en el

suelo a modo de báculos para subir la cuesta.

—¿Qué querías demostrar? —preguntó Temístocles.

—Mi padre no era hombre fácil de manejar. Sin embargo, tú conseguiste que hiciera lo que querías.

—Solo porque era lo mismo que él también estaba deseando hacer.

—Y porque además le ayudaste a desembarazarse de Damarato.

«Gracias a tu influencia en el oráculo de Delfos», le faltó decir a Gorgo. Pero pensó que no convenía mentar en voz alta de nuevo los asuntos de los dioses y se calló. En cualquier caso, Temístocles pareció captar el sobreentendido.

—Creo que exageras mi grado de influencia. Si la he perdido en Atenas, ¿cómo voy a tenerla en Esparta?

—Vamos, Temístocles. Pausanias suele decir que eres más astuto que Odiseo. Y Odiseo, que era el más humilde de los caudillos griegos, se las arreglaba para manejar a todos los demás. ¿Vas a ser tú menos que él?

—¿Qué quieres que haga?

—Que vengas a Esparta conmigo. Pausanias necesita tu ayuda.

—¿Para qué?

—Mi primo quiere ayudar a tu ciudad. Piensa que el ejército debe salir de Esparta y plantar batalla a los persas fuera del Peloponeso. Está convencido de que, si seguimos aguardando, solo conseguiremos que Mardonio vaya engullendo Grecia a pequeños bocados.

—De eso ya he hablado más de una vez con él. Estamos completamente de acuerdo. ¿Cuál es su problema?

—Le falta autoridad. Su propio padre confiaba tan poco en él que le cedió el mando del ejército a Latíquidas. Ahora es muy difícil que lo recupere. Tendría que convencer a los éforos, para que ellos a su vez convenzan a la asamblea. Pero Latíquidas es rey, mientras que Pausanias es solo regente. Y, además, nunca ha ejercido mandos importantes en la guerra.

—¿Por qué quiere mandar el ejército? Siempre lo han llamado más las artes de las Musas que las armas de Ares.

—En realidad, soy yo quien quiere que lo mande —reconoció Gorgo.

—¿Por qué?

Gorgo agachó la mirada, pensando en los miles de personas que se hacinaban en aquella isla, sucios, desnutridos, al borde de la desesperación.

—No quiero que mi patria corra la misma suerte que la tuya. El oráculo dijo que, o uno de nuestros reyes moría, o nuestra ciudad sería arrasada. Si no evitamos que esto ocurra, el sacrificio de Leónidas habrá sido en vano.

—Quizá deberías ser tú el general de Esparta y no Pausanias —dijo Temístocles.

Gorgo pensó en ello un instante.

—He oído que en el ejército persa combate una reina amazona.

—Artemisia de Halicarnaso —respondió Temístocles.

—No me imagino poniéndome una coraza. Creo que las espartanas ya cumplimos nuestra misión de sobra pariendo hombres de verdad.

Temístocles sonrió.

—Mi mujer dice que preferiría tres veces estar a pie firme con el escudo ante el enemigo que parir una sola vez.

—No debe de darle tanto miedo cuando ha tenido cuatro hijas.

—Creo que lo dice para demostrar que es más valiente que yo. Y no dudo de que lo sea.

—¿Sabes que en Esparta tenemos leyes para limitar el lujo en los funerales?

—Lo había oído, sí. En Atenas también. No queremos despilfarros, mutilaciones públicas o sacrificios humanos como hacen los escitas. Pero no entiendo qué tiene que ver con…

—En Esparta ni siquiera ponemos epitafios a nuestros muertos. Todos los ciudadanos son iguales, incluso ante las Keres. Pero hay dos excepciones. Una es para los guerreros que caen en combate. ¿Adivinas cuál es la otra, Temístocles?

—¿Las mujeres que mueren dando a luz?

Gorgo se rio.

—¿Ves como eres muy perspicaz? Por eso te necesita Pausanias. Él es inteligente, pero… de otra manera. Puede recitar poemas enteros de memoria,

y conoce la historia de más de cien ciudades y la genealogía de todos los héroes. Pero no conoce a las personas, no sabe manejarlas ni inspirarlas. Tú sí.

—¿Qué crees que podré hacer yo?

—Él confía en ti. Contigo y con tus consejos cerca, tendrá menos dudas, se sentirá más seguro. Crecerá por fin.

—Eso no servirá de nada si el mando del ejército lo sigue teniendo Latíquidas.

Ya habían llegado a lo alto del promontorio por el que subía el camino y tenían a la vista la casa de Temístocles. En el jardín se veían luces encendidas.

Esta vez fue Gorgo quien agarró el brazo de Temístocles para que esperara.

—Por eso es imprescindible que Latíquidas pierda el mando del ejército.

—¿Y qué crees que puedo hacer para conseguirlo? No pretenderás que soborne a toda la asamblea espartana. Pese a lo que digan mis enemigos, no soy tan rico. Esta guerra está sangrando mi patrimonio.

—Por la cuenta que te trae, tendrás que encontrar un modo.

—¿Soy demasiado suspicaz, o detecto una amenaza en tus palabras?

—Hay una amenaza, Temístocles. No solo para ti, sino para tu ciudad entera. Te juro por los Dióscuros y por la memoria de mi esposo Leónidas que lo que te voy a decir es cierto. —Temístocles asintió, sin parpadear, animándola a continuar—. Latíquidas ha declarado que Atenas es un cáncer para Grecia y que lo mejor para Esparta es que Jerjes os aniquile. Aborrece tu ciudad. Para colmo, tiene en su poder unas profecías que mi padre trajo de Atenas. En ellas se asegura que vuestra ciudad será para nosotros causa de males innumerables. Por eso su intención es permitir que Atenas y los atenienses sean borrados de la faz de la tierra.

Hubo unos segundos de silencio, mientras Temístocles rumiaba aquellas palabras. Estaban tan cerca de la casa que la brisa transportaba las carcajadas y los gritos de los niños, así como las voces de Apolonia y otras madres insistiéndoles en que ya era hora de dormir.

—Tengo que pensar en lo que me has dicho —respondió por fin Temístocles.

—Dicen que el sueño y la noche son buenos consejeros. Reflexiona escuchándolos. Espero tu respuesta mañana. Por supuesto, si vienes a Esparta conmigo, los tuyos también son mis invitados. En Esparta tenemos espacio y comida de sobra.

«Todavía», añadió para sí Gorgo.

Acodado en la barandilla de piedra que rodeaba el jardín, Temístocles meditó sobre la propuesta de la reina espartana. En el horizonte oscuro, las columnas de humo habían desaparecido, pero a cambio se veían zonas de resplandor rojo, palpitando como corazones lejanos.

Los rescoldos de Atenas, brillando en la noche.

«Juro que, si alguna vez volvemos a nuestra ciudad, haré construir unas murallas más altas e inexpugnables que las de Troya», se dijo.

Las palabras de Gorgo sobre los oráculos de la Acrópolis lo habían preocupado sobremanera. Trece años antes, durante la visita de Temístocles que culminó con la muerte de los embajadores, Cleómenes le había hablado de aquellos documentos. Los había conseguido cuando estuvo en Atenas para derrocar al tirano Hipias y ahora los guardaban a buen recaudo en un sótano de su palacio.

A su regreso a Atenas, Temístocles le había preguntado por ellos a la sacerdotisa del santuario de Atenea Políade. La mujer, una anciana aristócrata de la familia de los Eteobutadas, le contó que, cuando Cleómenes quiso entrar en el templo, ella intentó impedírselo, diciéndole: «Está decretado que ningún dorio puede penetrar en este lugar». El rey respondió: «Mujer, yo no soy dorio, sino aqueo», y la apartó a un lado y entró en el recinto.

Cuando Cleómenes se marchó de Atenas, la sacerdotisa echó en falta aquellos oráculos. Aunque los magistrados enviaron un mensajero a Esparta para reclamarlos, el rey negó que los tuviera en su poder y aquello pareció dejar zanjado el asunto.

Durante un tiempo. Ahora, Latíquidas tenía en su mano utilizar esas profecías para argumentar que los lacedemonios no debían ayudar a los atenienses. Si había un pueblo que se tomaba en serio las palabras de los dioses, era el espartano.

—¿Qué te parecería visitar Esparta, Apolonia? —preguntó en voz alta.

—¿Cómo has sabido que era yo? —dijo ella, rodeándole la cintura con los

brazos por detrás—. Vengo descalza y de puntillas. —Con una risita, añadió —: Y de barlovento, para que no puedas oler mi perfume.

—La luna te ha traicionado. La tienes a tu espalda y ha dibujado tu sombra.

Ella pegó su rostro a la espalda de él y ronroneó, cariñosa. El día anterior habían tenido una bronca terrible, pero a Temístocles no le sorprendió aquella mudanza. Por capricho de Ilitía, Apolonia sufría drásticos cambios de humor en los embarazos impares. Y aquel era el quinto.

—No me has contestado, Apolonia.

—¿Esa espartana quiere llevarte a su palacio? Ten cuidado, no vaya a hacer como la reina Ónfale, que convirtió a Heracles en su esclavo y lo vistió de mujer.

—Espero que no.

Temístocles le resumió su conversación con Gorgo, omitiendo cualquier alusión a la muerte de los embajadores.

—Allí estaríais más anchos y no habría que pelear tanto para conseguir provisiones —concluyó Temístocles, pensando en su numerosa prole, así como en su hermana, su madre y los criados—. Pero si vamos a Trecén también estaremos mejor que aquí, y a cambio yo podré estar tranquilo sin devanarme los sesos en intrigas contra esos tozudos espartanos.

—¿Qué es lo que quieres tú?

—¿Querer yo? Nada. Ya he conseguido todo lo que quería. Construí una flota, la mandé contra Jerjes y vencí. Si Zeus me fulminara ahora, mi vida estaría colmada.

Ella le dio una palmada en la cabeza.

—Si Zeus te fulminara ahora, el rayo me caería a mí también.

—Era una forma de hablar.

—Pues no hables así. No tientes a los dioses. Además, es mentira.

—¿Qué es mentira?

—Que tienes todo lo que quieres. Tú siempre quieres más. —El dedo de Apolonia trazó círculos en la sien de Temístocles—. Tu mente está siempre *bar, bar, bar*, maquinando.

—¿Qué más da lo que yo quiera? Prometí a Cimón, Arístides y los demás que me apartaría de la política.

—De la política ateniense. No de la espartana.

—Vaya. No se me había ocurrido considerarlo de esa manera.

—¿Ves? En el fondo quieres que te convenza.

Temístocles se dio la vuelta, abrazó a Apolonia y la besó. Después, echó atrás la espalda para verle mejor la cara. Sus ojos empezaban a tener problemas para enfocar los objetos cercanos.

—¿Cuándo no me has convencido de lo que quieres?

—Además —continuó ella—, el enemigo no está vencido. ¿De qué sirve tu gran victoria si los persas han vuelto a tomar la ciudad?

—¿Ahora pones en duda mi victoria?

—¡No! Pero necesitamos otra más. La última. Es la tercera vez que abandono mi hogar, Temístocles. No quiero que se repita jamás. Hay que expulsar a los persas de Grecia. Para siempre.

—Hay millones de griegos. ¿Por qué tengo que ser yo?

Esta vez fue ella quien le besó.

—Porque sabes que, si hay un hombre capaz de ganarle la guerra al Imperio persa, ese eres tú.

Al día siguiente, Temístocles y toda su familia partieron de Salamina en la nave de la reina Gorgo. Pero el ateniense no estaba dispuesto a ir a Esparta armado únicamente con su poder de convicción. Por eso, al mismo tiempo que la nave zarpaba del puerto, una falúa llevaba a un viejo amigo suyo a la costa de la Megáride.

Cuando la embarcación tomó tierra, el mensajero Fidípides, el mismo que once años antes había corrido de Atenas a Esparta y de Esparta a Atenas en tan solo dos días, se ató las botas, se ajustó la ropa y emprendió su camino con aquel trote ligero y pertinaz que lo había hecho famoso. Su destino era el oráculo de Delfos. Pero lo que le había encomendado Temístocles no era consultar a la Pitia, sino descubrir secretos aún más escondidos que la voluntad de los dioses.

# 11

Campamento persa, cercanías de Atenas

Perseo despertó desorientado.

Por supuesto, no recordaba su nombre. Pero, aunque él no tenía forma de saberlo, los síntomas de su cabeza estaban mejorando. Por dentro, la inflamación provocada por la sacudida de su propio cerebro contra las paredes de su cráneo remitía. No obstante, seguía siendo incapaz de fijar demasiado tiempo los recuerdos nuevos.

Se hallaba en una tienda de campaña, la misma en la que había despertado tantas veces, con los enrejados de cañas decorados con hiedras y flores.

Hacía calor. Él estaba desnudo y destapado. Bajo su cuerpo, en lugar de pieles como en otras ocasiones, había una sábana de lino, un tanto arrugada por movimientos anteriores de los que, por supuesto, no guardaba memoria alguna.

Junto a su costado había algo que emitía su propio calor. Volvió la mirada a su izquierda. Había una mujer desnuda en la cama, vuelta de espaldas hacia él. Observó la curva de su cadera, cómo se elevaba a partir de la cintura como una duna —había visto dunas en Cirene, aunque solo guardaba una vaga imagen de ellas, sin nombres geográficos ni localización temporal— y después bajaba en el suave declive del muslo. Las formas no eran carnosas, aunque por encima de las nalgas se advertían dos pequeñas oquedades, los hoyuelos de Afrodita: una muestra de voluptuosidad en una espalda en la que apenas se veía rastro de grasa.

Perseo se incorporó en el lecho. A su lado, sobre un velador de mármol, había una jarra con vino muy aguado. La cogió y dio un trago directamente de la boca, sin molestarse en llenar una copa. Estaba caliente, pero le suavizó la sequedad de la boca.

En ese momento se apartó un visillo que separaba el dormitorio del resto

de la tienda y apareció un hombre menudo, vestido con ropas humildes.

—Perdona, señor. Soy Glauco, asignado a tu servicio. Tú eres Perseo el espartano, hijo de Damarato. ¿Lo recuerdas?

Él negó con la cabeza. Perseo. El nombre le resultaba familiar. Entornó los párpados y se vio sujetando en la mano la cabeza de un monstruo que tenía cabellos por serpientes.

—Hace dos noches me pediste que lo primero que hiciera cuando te despertaras cada día fuera entregarte esto.

El tal Glauco le dio un papiro enrollado con una cinta verde. Perseo desató el nudo, mientras el criado tomaba la jarra y servía vino en una de las dos copas de plata que había sobre el velador. Después desplegó el papiro en horizontal y descubrió un texto escrito en varias columnas.

De Perseo el espartano a Perseo el espartano. Salud.

Te sorprenderá que te escriba esta carta, porque tú eres yo mismo y yo mismo soy tú. Cuando la leas, no recordarás haberla escrito, del mismo modo que no recordarás quién eres, ni siquiera tu nombre. Yo tampoco lo recordaba la última vez que me lo dijeron. Al parecer, tú y yo olvidamos constantemente todo lo que nos ocurre. Debe de ser verdad, porque no recuerdo haber conocido antes a ninguna de las personas con las que he hablado hoy.

Debo escribir rápido antes de que el olvido vuelva a caer sobre mí. He estado cenando con un hombre llamado Bagabigna. Es un oficial de un enorme ejército llamado la *Spada* con el que estamos invadiendo Grecia.

En Grecia hay dos ciudades más importantes que las demás. Se llaman Atenas y Esparta. Yo, es decir, tú eres de Esparta.

Bagabigna dice que el general de este ejército, que se llama Mardonio, está intentando pactar con Atenas y Esparta por separado para que no se unan contra él.

—¿De verdad yo te di esta carta? —preguntó Perseo.

—Sí, mi señor. No solo me la diste, sino que la escribiste tú.

—¿Yo?

—Cuando llegaste hace dos noches, me pediste recado de escribir y yo te lo traje. Entonces redactaste esta carta a toda velocidad. ¿Ves que hay borrones? Escribías tan rápido que tú mismo te llevabas la tinta con la mano.

—¿Por qué hice eso?

—Porque había cosas que sabías que ibas a olvidar y querías recordártelas a ti mismo cuando despertaras.

—¿Tú las has leído?

El criado agachó la cabeza.

—Yo no sé leer, mi señor.

—Aquí habla de Atenas y de Esparta, y dice que yo soy espartano. ¿Estamos en Esparta?

—No, señor. Estamos muy cerca de Atenas, pero lejos de Esparta.

—Lejos de Esparta.

Señalando a la mujer desnuda junto a él, el criado añadió:

—Estaré fuera, mi señor. Si me necesitas, basta que pronuncies mi nombre.

Perseo asintió y siguió leyendo. Al parecer esos pactos que ofrecía el general a Atenas y Esparta eran falsos. Existían unas instrucciones secretas del rey que mandaba al general Mardonio; instrucciones para arrasar ambas ciudades, borrarlas del mapa y asesinar o esclavizar a todos sus habitantes.

Sé que no está bien permitir que Esparta sea destruida. Yo soy espartano. No sé lo que significa eso, pero lo soy.

Bagabigna quiere vengarse porque una mujer a la que amaba murió por culpa de los espartanos. Ese día yo estaba allí, pero no lo recuerdo.

La venganza de Bagabigna va a hacer que las mujeres de Esparta sufran.

Creo que hay una mujer en Esparta a la que yo amo, como Bagabigna amaba a la suya. No la recuerdo, pero cuando pienso que existe me duele el pecho y se me empaña la vista.

No puedo permitir que la venganza de Bagabigna haga sufrir a las mujeres de Esparta, porque la mujer a la que amo también la sufriría.

Sé que no está bien.

«Creo que hay una mujer en Esparta a la que yo amo».

Perseo miró de nuevo a la mujer desnuda que seguía durmiendo a su lado. ¿Era ella? Le rozó la cadera con los dedos y el contacto de su piel le resultó agradable. Pero no le dolió el pecho al hacerlo. ¿Significaba eso que no la amaba?

Cerró el ojo y rebuscó en las brumas que flotaban dentro de su cabeza. Esas brumas brotaban de un río, como tentáculos vaporosos. Recordó una sensación húmeda y sus pies hundidos en el cieno agarrándose a las raíces de un árbol. Un cuerpo entrelazado con el suyo.

Las sensaciones huyeron, burlándose de él. Pero el corazón le había dado un vuelco y las lágrimas habían acudido a sus ojos, incluso al que no tenía.

Abrió los párpados de nuevo y continuó leyendo. En la misma carta se contaba a sí mismo que, según Bagabigna, se había acostado con Cloe, la esposa de su propio padre, que era el antiguo rey de Esparta, y la había dejado embarazada.

¿Todo eso había hecho? ¡Qué complicada era la vida que había llevado hasta entonces!

Por fin, la mujer acostada junto a él se removió, se giró boca arriba y se estiró, llevándose las manos a los ojos para frotárselos. Perseo observó que tenía el vientre liso. No parecía que estuviera embarazada.

La mujer abrió los ojos y sonrió. Después estiró una mano y acarició el brazo de Perseo con la punta de los dedos.

—Qué guapo debías de ser cuando tenías los dos ojos. Lo sigues siendo incluso ahora con uno solo, tan azul.

Él se tocó el parche. «¡Abominación!», gritó una voz dentro de su cabeza. Por alguna razón, la relacionó con la sensación anterior, la de esa mujer a la

que creía amar o haber amado.

Que no era esta que acababa de hablarle, de eso estaba seguro. Sin embargo, le gustaba. Le pasó la mano por el pecho y observó cómo los pezones pardos se ponían de punta al instante.

Ella ronroneó.

—Parece mentira que una mano tan grande y fuerte pueda al mismo tiempo ser tan suave —dijo la mujer.

—¿Te llamas Cloe?

La mujer se rio. Al hacerlo, se le marcaron unas pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos. Perseo pensó que no era joven. No obstante, su cuerpo poseía una belleza todavía lozana.

—No soy la esposa de tu padre, Perseo, si eso es lo que preguntas.

La mujer se incorporó y, tirando de una sábana arrugada a los pies de la cama, se tapó hasta la altura de los pechos. Aun cubierta, sus movimientos hacían que de cuando en cuando la sábana resbalara y dejara entrever los pezones. Algo que Perseo descubrió que era más excitante que contemplar sus senos directamente desnudos.

—Soy Artemisia —añadió la mujer.

Perseo se sentía confuso. En realidad, se estaba dando cuenta de que todo resultaba confuso para él.

Siempre.

—¿La diosa?

La mujer soltó otra carcajada. Parecía contenta, como si le hubiera sucedido algo bueno recientemente.

—No, no soy ninguna diosa —contestó, acariciándole la mejilla a Perseo —. Pero tu criado me buscó como si fuera la diosa Ártemis.

—No entiendo.

—Ayer, cuando apenas había amanecido, tu criado apareció en mi tienda. Venía a buscarme de tu parte.

—¿Por qué?

—Habías tenido una visión en sueños. En ella se te aparecía un adivino, un hombre alto y delgado, con una barba larga y blanca.

—No lo recuerdo.

—Pero sí lo recordabas ayer. Por eso enviaste a tu sirviente. El adivino de la visión te dijo que debías recurrir a la diosa cazadora para salvar a Esparta.

—Ártemis…

Por alguna razón, Perseo recordaba los nombres de los dioses y no los de las personas. ¿Sería porque todo lo relativo a las divinidades, al ser tan poderosas, dejaba una marca más intensa?

—Esa misma. Cuando se lo dijiste a tu criado, él pensó que tal vez el sueño se podía referir a mí, porque recibo mi nombre por la diosa y porque a menudo salgo a cazar con Mardonio y otros oficiales persas. Fue por eso por lo que vino a buscarme.

Solo entonces, cuando ella giró el rostro por completo hacia él, se dio cuenta Perseo de que le faltaba el lóbulo de la oreja izquierda. Ella advirtió su mirada y se tocó la cicatriz con los dedos índice y pulgar, un tanto incómoda.

—¿Te molesta que te mire? —preguntó Perseo.

—No te preocupes. Esta cicatriz se la debo a los tuyos.

—¿A los míos?

—Los espartanos. De hecho, tú estabas combatiendo entre ellos ese día. Desde donde yo estaba se te veía, luchando en la primera fila. Eras el más alto de todos.

—¿Fui yo quien te…?

—No, no fuiste tú. Yo no lo habría olvidado. Pero deja que te siga contando lo que pasó ayer.

Al escuchar el mensaje de Glauco, Artemisia había decidido ir a ver a Perseo, por pura curiosidad. Como le acababa de explicar, ya se había fijado en él durante la batalla; pero además, el último día, cuando Leónidas y sus trescientos cayeron hasta el último hombre, había visto a Perseo desmayado tras un golpe muy fuerte en la cabeza.

—Reconozco que ya entonces me llamaste la atención. Y cuando llegó tu criado, pensé que aquí había una historia que escuchar. Aunque no solo una historia…

Los dedos de Artemisia corretearon por el vientre liso de Perseo, acercándose a su pubis. Lo tenía depilado, por el motivo que fuera, aunque ya

empezaba a brotarle el vello y eso hacía que le picara la piel.

—Nos hemos acostado… —aventuró Perseo. Aunque no lo recordara, parecía evidente.

—Lo hemos hecho, sí.

Artemisia prosiguió. El día anterior, cuando llegó a la tienda de Perseo, ya era media mañana. Al entrar, descubrió que no estaba solo, sino con su hermano Nabis.

—¿Es que tengo un hermano?

—No solo eso, sino además mellizo. Aunque no se encontrarán dos hermanos menos parecidos bajo el sol que vosotros dos.

Nabis, que conocía a Artemisia, la había saludado de una forma que ella encontró excesivamente amable. Como tantos hombres de aquel ejército, el hermano de Perseo parecía creer que el hecho de que ella se comportara con tal libertad y soltura significaba que estaba dispuesta a acostarse con cualquiera.

—¿Y no es así? —preguntó Perseo.

Artemisia soltó una carcajada, le volvió a acariciar la mejilla y después le besó suavemente.

—No sé cómo eras antes, Perseo, pero ahora eres tan ingenuo que me resultas tierno. De todos modos, hay algo que me hace sospechar que siempre has sido noble, pero te lo explicaré después.

—¿Por qué no me lo explicas ahora?

—No seas impaciente.

Artemisia continuó su relato. Mientras ella y Nabis conversaban, Perseo se había quedado durante unos instantes inmóvil y callado, con la mandíbula caída y la mirada perdida en la nada. Bajando la voz, Nabis le había dicho a Artemisia:

—Cuando le pasa eso, después no recuerda nada, el pobre diablo. Hay que recordarle cómo se llama, quién soy yo, quién es nuestro padre, dónde está. Sería divertido si no resultara patético.

Cuando Perseo salió de aquel breve trance, perplejo y desorientado, Nabis le recordó de nuevo su nombre, su origen, quiénes eran sus parientes. Después de aquello, le dio a beber vino de una copa de plata. Perseo se quejó de que el

sabor era amargo y su hermano mellizo le explicó que se debía a que el vino estaba mezclado con unos fármacos recetados por el médico Heráclides.

Por fin, cuando Artemisia insistió en que deseaba hablar a solas con Perseo, Nabis se marchó. Lo hizo a regañadientes y con una mirada que implicaba alguna intención salaz de Artemisia hacia Perseo, lo que hizo que ella deseara propinarle una patada en los testículos, técnica de combate que tenía perfectamente dominada.

Cuando se quedaron a solas, Perseo le pidió que se acercara, ya que quería hablar con ella en voz baja. Incluso le dijo a Glauco que saliera a la puerta de la tienda para cerciorarse de que nadie se acercaba a escuchar.

—Sospecho que no querías que te oyera ni tu criado.

Artemisia, como había hecho el mismo Perseo, estaba hablando ahora en susurros, tan cerca de él que su aliento le cosquilleaba en la cara. La proximidad de su cuerpo le resultaba agradable. Perseo tenía la vaga sensación de haber estado muy cerca de otro cuerpo desnudo de mujer, pegado a unos pechos más turgentes que los de Artemisia. ¿Era esa mujer a la que no recordaba, pero que mencionaba en la carta?

No pudo concentrarse en rastrear aquella sensación, pues Artemisia seguía hablando.

—Lo que me contaste entonces me sorprendió mucho. Al parecer, después de enviar a tu criado a buscarme olvidaste el sueño que te había impulsado a hacerlo. Pero tenías una carta que te habías escrito a ti mismo y la leíste. En esa carta habías apuntado los planes secretos de Jerjes para destruir Esparta.

—¿Planes secretos? ¿Qué quieres…?

Artemisia le puso un dedo en la boca para callarlo. Después pareció pensárselo mejor y repitió el gesto con un beso. Su lengua jugueteó un instante con los labios de Perseo, pero enseguida se apartó.

—Paciencia. Te estoy hablando de lo que tú mismo me contaste ayer. Sitúate: tu criado me estaba buscando y tú acababas de leer la carta. Entonces llegó a visitarte tu hermano, algo que sospecho que hace a diario.

—Mi hermano. Nabis.

—Sí. Mientras hablaba contigo, se puso a orinar dentro de una jarra de vino, lo cual te sorprendió. Me temo que debe de haberlo hecho muchas veces. Es evidente que te aborrece. Por eso te dije que debes de ser un hombre

noble: las sabandijas como Nabis odian a quienes son superiores a ellos.

¿Que su hermano lo aborrecía? Perseo no comprendía ni por qué sí ni por qué no, puesto que en realidad no recordaba ni el hecho de tener un hermano.

—Después, tu hermano empezó a hablarte de las órdenes secretas de Jerjes para destruir Esparta. Eran las mismas órdenes de las que acababas de enterarte por tu propia carta.

—¿Por qué me contó eso?

—Debe de haberlo hecho muchas veces, igual que lo de orinar en la jarra. También te dijo que no importaba que conocieras esos planes, porque antes de que el sol llegara a lo más alto del cielo los habrías olvidado.

—Sigo sin entender.

—Sin embargo, en aquel momento entendiste lo suficiente. Cuando yo entré en la tienda, pusiste la misma cara con la que tu hermano te imita cuando te explica cómo pierdes los recuerdos. Nabis se creyó que te había vuelto a asaltar la amnesia y por eso te sirvió en una copa el vino mezclado con su orina. Tú querías engañarlo para que se marchara de una vez y te dejara hablar conmigo. Así que hiciste de tripas corazón y bebiste como si no supieras lo que había en la copa.

Perseo puso cara de asco.

—¿Me bebí su pis?

Artemisia se acercó más a él, le dio un beso bajo la oreja y murmuró:

—No siempre el valor consiste en plantar los talones y apretar los dientes en la primera línea de batalla.

—¿Por qué hice eso? —preguntó Perseo—. ¿Por qué lo hago?

Él mismo volvió a desenrollar su carta. Al leerla, le volvieron a brotar un par de lágrimas sin saber por qué.

—Esparta es tu patria, Perseo, aunque no lo recuerdes. Debe de haber allí gente a la que quieres. Sobre todo, parece que hay una mujer a la que amas lo suficiente como para que todavía te quede una brizna de memoria.

Perseo se volvió hacia ella.

—Cuando te conté todo eso, ¿tú qué hiciste?

—Regresar a mi tienda al momento y tratar de olvidarlo todo. Pero yo no

tengo ni la bendición ni la maldición del olvido, como tú.

Artemisia le había estado dando vueltas a su breve entrevista con Perseo. Todo le cuadraba. Ella misma había hablado con Bagabigna y conocía sus ansias de venganza por lo que le había ocurrido en Esparta. Por otra parte, también conocía a Jerjes. Un hombre de grandísima dignidad en apariencia, pero que en la realidad era capaz de recurrir al engaño si era necesario, y amante de las intrigas y los planes secretos.

—Por eso creo que lo que me contaste es verdad, Perseo. Mardonio piensa que su misión es vencer a los griegos, conquistarlos y establecer una nueva satrapía, no aniquilar a las dos ciudades más poderosas de Grecia, sino someterlas. Él mismo ignora qué dicen esas instrucciones secretas, pero sé que las lleva en un cilindro de cuero igual que el que te enseñó Bagabigna. Y también se las he visto a otros oficiales de alto rango, como Masistio o Artabazo.

Tras convencerse de que lo que le había contado Perseo era cierto, Artemisia decidió verlo de nuevo. Lo había hecho la noche anterior, al final de la primera guardia. Si en su primera visita había acudido como la reina guerrera que era, ataviada con su armadura y escoltada por seis soldados que se quedaron a esperarla fuera de la tienda de Perseo, en la segunda había decidido ir embozada y acompañada únicamente por el hombre de más confianza de su séquito, su primo Palamedes.

—Volvimos a hablar de todo el asunto, bebimos vino… y luego pasó lo que pasó. Por eso los dos estamos aquí desnudos. —Artemisia acarició los cabellos de Perseo y le sonrió de una forma que suavizaba sus rasgos, un tanto duros dentro de su belleza—. Pero tú ya no te acuerdas, es una lástima.

Perseo negó con la cabeza.

—Tampoco recordarás que ya hemos planeado algo —continuó Artemisia —. Por suerte, yo sí guardo en la memoria nuestra conversación. Esta misma noche actuaremos.

—¿Actuaremos?

—Los dos. No vamos a consentir que los planes de Jerjes tengan éxito.

—Tú no eres de Esparta ni de Atenas. ¿Qué más te da a ti? —preguntó Perseo, con genuina perplejidad.

Artemisia suspiró y se subió la sábana, que había vuelto a resbalar por

debajo de sus pechos.

—Tú no recuerdas lo que pasó en las Termópilas el último día. Estabas herido e inconsciente, y de todos modos lo habrías olvidado. Pero yo vi morir a los últimos espartanos sobre aquel túmulo, protegiendo el cuerpo de su rey.

Los ojos de Artemisia se llenaron de lágrimas. Para disimular, apartó la mirada de Perseo y la clavó en el enrejado de cañas.

—¿Sabes una cosa? Yo los admiraba de niña. Mi instructor Fidón, el que me dejó esta cicatriz —dijo Artemisia, señalando una marca rosada junto a su ojo izquierdo—, era hijo de madre espartana. Siempre me contaba historias sobre el valor de los guerreros de vuestra ciudad que me impresionaban. No, no quiero que Esparta sea destruida.

»Por otra parte, aunque esos bastardos atenienses hayan puesto precio a mi cabeza, hay un ateniense en particular al que le debo algo. No voy a permitir que él ni los suyos perezcan.

—¿Qué le debes a ese hombre?

Artemisia se enjugó un par de lágrimas y volvió a mirar a Perseo a la cara.

—Nadie sabe lo que te voy a contar, Perseo. Ni siquiera ese ateniense del que te hablo. Pero a ti te lo puedo revelar, porque no tardarás en olvidarlo. Temístocles el ateniense, el hombre que consiguió derrotar a Darío en Maratón y a Jerjes en Salamina, es el padre de mi hijo. Es también el único hombre al que he amado, aunque a menudo lo he odiado más de lo que lo he amado.

»No, Perseo. Si está en mi mano, no voy a permitir que Atenas y Esparta caminen por separado a la destrucción por culpa de un engaño.

—¿Qué vas a hacer?

—Qué vamos a hacer. Vamos a conseguir que, al menos, atenienses y espartanos conozcan la verdad y actúen en consecuencia. Después, que sea el dios de la guerra quien decida.

# 12

Por las tardes, Perseo solía dar un paseo por el campamento persa. O eso decía Glauco. La mayoría de las veces no se acordaba al día siguiente. Incluso, en más de una ocasión, se detenía a mitad del paseo allí donde estuviera, desorientado, y le preguntaba a su criado dónde estaban e incluso quién era él.

El mismo día en que Perseo amaneció desnudo junto a Artemisia, su caminata, más larga de lo habitual, los llevó a ambos al sector donde acampaban los griegos aliados del Imperio persa. A esas alturas de la tarde, Perseo ya había sufrido otro episodio de amnesia y había olvidado de nuevo su nombre y todo lo demás, incluyendo su última conversación con Artemisia. No obstante, guardaba una carta que la reina de Halicarnaso le había ayudado a escribir, y que debía leer al anochecer cuando Glauco se lo recordara.

Mientras llegaba el momento, Perseo y su criado continuaron su paseo. Tras dejar atrás las últimas tiendas de campaña, llegaron a una explanada desnuda de vegetación que estaba dividida en varios cercados por vallas de madera. En todos ellos había caballos, unos practicando maniobras militares con sus jinetes y otros paciendo sueltos o atendidos por sirvientes que doblaban esfuerzos como mozos de cuadras y soldados de infantería ligera.

Perseo se acodó en uno de los maderos del cercado para contemplar a los caballos.

—¿De qué pueblo son esos hombres? —preguntó, señalando a los jinetes que se entrenaban en aquel campo.

—Son tesalios, señor —contestó Glauco—. ¿No recuerdas que hemos pasado el invierno en Tesalia con el ejército del Gran Rey?

Perseo no contestó. Prefería no pensar demasiado, ni en su memoria ni en ninguna otra cosa. Tanto el pasado como el futuro eran muros de niebla, espacios opacos en los que la mirada de su mente chocaba, o más bien resbalaba, como el aceite resbala sobre el agua.

Resultaba más relajante contemplar el mundo exterior, aunque no entendiera muchas de las cosas que veía, que tratar de comprender lo que ocurría dentro de su cabeza. Por eso, Perseo se dedicó durante un rato a observar las vistosas evoluciones de los jinetes.

Los tesalios se habían equipado como si fuesen a librar una batalla de verdad. Aunque no usaban escudo como los infantes, no estaban desguarnecidos ni mucho menos: todos llevaban corazas, algunas de lino y otras de escamas o lamas de bronce, y yelmos beocios que dejaban el rostro al descubierto. Los había que se cubrían también los muslos o el brazo que manejaba las riendas con protecciones de cuero o de tela acolchada, el mismo material de las testeras y petrales que protegían a algunos caballos. Como armas ofensivas blandían un par de jabalinas de madera de cornejo, o bien una jabalina y una lanza similar a la de la infantería. Además, como último recurso para cuando hubiesen disparado o roto las demás armas, tenían un sable ceñido a la cadera izquierda.

La única diferencia entre aquel entrenamiento y una batalla real era que tanto las jabalinas como las lanzas tenían las puntas emboladas. Por lo demás, los participantes se acometían con la agresividad de enemigos acérrimos, y entre golpes y fintas muchos jinetes rodaban por el polvo entre gruñidos. Pero, por aparatosas que fuesen sus caídas, se levantaban enseguida y saltaban de nuevo sobre los lomos de sus caballos con tanta agilidad como si en lugar de armaduras vistieran ligeras túnicas de lino.

—Estás deseando montar y pelear como uno más, ¿verdad, Perseo?

Perseo se volvió hacia el hombre que le había hablado. Era también tesalio y, por los relieves que decoraban su coraza, debía de ser de buena familia, probablemente un oficial. Era más joven que él, moreno y nervudo, con los pómulos muy marcados y dos incisivos que asomaban incluso cuando cerraba la boca.

—Me conoces —dijo Perseo.

—Sí.

—Todo el mundo me conoce. Pero yo no conozco a nadie.

—No te preocupes. Me han llegado noticias del extraño mal que afecta a tus recuerdos. —El tesalio le tendió la mano y se presentó—: Soy Menón, hijo de Menón, de los Equecrátidas de Farsalia.

—Yo soy…

—Perseo, hijo de Damarato, antiguo rey de Esparta. Lo sé. Aunque yo te conozco más bien como Perseo, hijo de tus obras y soldado errante. O, si no te ofende, mercenario.

—¿Hijo de mis obras? ¿Quién me puso ese apodo?

—Tú mismo. No te oí mencionar a tu padre mientras combatimos juntos. Entonces sabía que habías nacido en Esparta, pero no que tu padre fuese un rey destronado.

—¿Hemos combatido juntos tú y yo?

—Hace cuatro años, en una campaña contra los focenses.

—¿Vencimos?

El tesalio torció la boca en un gesto ambiguo.

—Al menos salimos vivos. Esos bastardos nos tendieron una trampa en el desfiladero de Hiámpolis. Abrieron una enorme zanja, la llenaron de ánforas vacías y la recubrieron con tierra suelta. Cuando nuestra caballería cargó, la arena cedió y más de doscientos caballos se rompieron las patas dentro de las ánforas. ¿Quién puede hacer eso a unos animales tan nobles? —se indignó Menón, rechinando los dientes—. Solo gente tan baja y vil como los focenses.

—¿Por qué peleábamos?

—La guerra entre tesalios y focenses es tan antigua que casi ni nos acordamos de por qué empezó. Supongo que les ocurre lo mismo a todos los pueblos lindantes. Mira cómo los atenienses han tenido que abandonar esta tierra, mientras que sus vecinos tebanos se dedican a devastarla para el Gran Rey.

—¿Estamos en Atenas? —preguntó Perseo.

—Al norte de la ciudad, junto al demo de Acarnas. Tampoco recuerdas haber viajado hasta aquí desde mi patria, ¿no?

—No.

Menón se volvió hacia el campo de maniobras, se llevó los dedos a la boca y profirió un silbido tan penetrante que a Perseo le reverberó dentro del cráneo. Por suerte, sus jaquecas eran cada vez menos intensas y más esporádicas.

Un jinete se acercó galopando al borde del cercado.

—Señor…

—Dales un descanso, Filipo.

—¿Cuánto, señor?

—Lo que se tarda en beber una copa de vino.

—Ahora mismo yo me la bebería de un trago, señor. Tengo la boca como si masticara estopa —dijo el tal Filipo, golpeándose con la fusta en la pantorrilla para espantar una mosca.

Perseo pensó que, con aquellas gruesas botas de cuero que llegaban hasta las rodillas, seguramente no había sentido el golpe. A cambio, dentro de ellas los pies se le debían de estar cociendo como panes en un horno.

—Calcula lo que tardarías en bebértela si estuvieras sentado tranquilamente en un simposio y viendo a unas bailarinas, no haciendo instrucción bajo el sol —respondió Menón.

Filipo volvió grupas y regresó con los demás jinetes, levantando nubecillas de polvo tras los cascos de su montura.

—¿Tú mandas a estos hombres? —quiso saber Perseo—. ¿Eres su rey?

Soltando una carcajada, Menón descolgó la cantimplora de su cinturón y le quitó el tapón. Cuando iba a beber, se lo pensó mejor y se la tendió primero a Perseo. Este entrecerró el ojo y trató de recordar algo. La memoria no quería acudir, pero algo le decía que debía desconfiar de las bebidas que le ofrecían.

—Es agua, nada más. No pretendo envenenarte.

—No tendrías por qué, supongo —dijo Perseo, aceptando la cantimplora. El agua estaba tibia. No obstante, bebió un buen trago.

—Contestando a tu pregunta, no soy rey. En Tesalia no tenemos reyes desde hace mucho tiempo. Los únicos griegos que mantenéis la realeza sois los espartanos. Yo soy tetrarca de la Confederación Tesalia.

—O sea, que eres como un rey.

—¡No! Ser tetrarca significa que mando las tropas de una de las cuatro tetrarquías. Solo conservaré el cargo si no lo hago tan mal como para que decidan quitármelo.

A una señal de trompeta, los jinetes terminaron el descanso y reanudaron el adiestramiento.

—Filipo es tan estricto como un instructor espartano, ¿no crees? —preguntó Menón.

—No lo sé. No recuerdo mi instrucción.

—Pues debió de ser muy dura y seguro que tuviste a los mejores instructores. No he visto en mi vida a un guerrero como tú.

—¿De veras?

—¿Nadie más te lo ha dicho?

—Puede que sí. Lo habré olvidado.

Menón frunció el ceño, como si se le hubiera ocurrido algo.

—Ven. Vamos a ver si al menos tus brazos se acuerdan de que eras un guerrero.

Apoyando las manos en el tronco del cercado, Menón lo saltó pasando ambas piernas por encima sin tocarlo. A Perseo le gustó el gesto y lo imitó sin pensarlo. Su cuerpo parecía recordar cosas con la facilidad que se le negaba a su cerebro.

Menón volvió a silbar y agitó los brazos para llamar la atención de un jinete que cabalgaba un enorme caballo blanco. El soldado se apartó de los demás y trotó hacia el tetrarca.

—¿Me has llamado, señor?

—Sí, Baquílides. Quiero que le prestes uno de tus venablos a mi amigo Perseo.

Sin desmontar, Baquílides se acercó a Perseo. Este notó el intenso calor que emanaba del cuerpo del caballo y le acarició el costado instintivamente. Al animal pareció agradarle.

—Ten —le dijo el tesalio, tendiéndole una de sus jabalinas.

Perseo la examinó, equilibrándola sobre la palma de la mano. Madera de cornejo, más dura que el fresno de las lanzas de infantería. La punta estaba envuelta en una gruesa bola de cuero acolchado. En el otro extremo había un lazo de cuerda cuya finalidad ignoraba.

—Vamos a ver quién tiene más puntería, Baquílides —sentenció Menón, apartándose unos pasos de Perseo.

—Eso está hecho, señor.

El jinete taloneó a su caballo y se alejó. Cuando estaba a unos cincuenta metros, hizo que su montura volviera grupas y cabalgó hacia Perseo. El trote se convirtió en galope, y Baquílides levantó el brazo derecho sobre su cabeza y lo extendió hacia atrás para tomar impulso. Cuando estaba a treinta metros de Perseo, apretó los muslos contra el cuerpo de su corcel, levantó el trasero y, reforzando el lanzamiento con el peso de su cuerpo, disparó su arma.

La jabalina voló directa y certera hacia Perseo. Este, en el último instante y sin pensárselo, apartó la cabeza. El venablo pasó tan cerca de su rostro que notó el silbido del aire rozando su oreja.

«Me toca a mí», se dijo. Echó atrás el brazo y el pie derechos y a continuación, sin más impulso que el que pudo obtener de girar las caderas y adelantar la pierna atrasada, lanzó la jabalina. Instintivamente, había metido los dedos dentro del lazo. Cuando vio cómo el proyectil giraba en el aire sobre el eje de su propia asta, comprendió para qué servía la cuerda.

Baquílides no anduvo tan rápido de reflejos como Perseo. Con un ruido sordo, la jabalina lo alcanzó en pleno rostro. El tesalio resbaló sobre la piel que le servía de silla de montar, cayó por la grupa del caballo con las piernas hacia arriba y chocó de espaldas contra el suelo.

Menón soltó una carcajada y aplaudió.

—No sé qué ha sido más insultante, Perseo, si la facilidad con que has descabalgado a mi hombre o la sangre fría con que has esquivado su venablo. ¿Qué no sería tu puntería si tuvieras los dos ojos?

—No pretendía insultar.

—Era una forma de hablar —aseguró el tesalio, palmeándole la espalda —. ¡Por la clava de Heracles! Sigues teniendo los músculos duros como piedra.

Se acercaron al caído, al que ya atendían otros compañeros entre burlas y risas. Perseo observó que el caballo, tras perder a su jinete, había refrenado su galope para dar la vuelta y regresar con él.

—Los adiestramos así para que no nos abandonen en plena batalla —le explicó Menón. Después, al llegar junto a su soldado y ver su gesto aturdido, le preguntó—: ¿Te acuerdas de quién eres?

—Claro que sí, señor. Soy Baquílides, hijo de Apolodoro.

—Menos mal, Perseo —dijo Menón, volviéndose hacia el espartano—.

No le has dado tan fuerte en la cabeza como te atizaron a ti.

Aprovechando que estaban dentro del cercado, mientras observaban las evoluciones de los escuadrones, el tetrarca explicó a Perseo algunas de las particularidades de la caballería tesalia.

—Nosotros no combatimos como los persas o los escitas. ¿Has visto lo que hacen ellos?

—Supongo que lo habré visto. Quiero… No sé.

—Tranquilo, no te esfuerces en recordar. Yo te lo explicaré. Cuando atacan, los persas cargan a caballo contra el enemigo como si fueran a comérselo crudo. Pero, cuando están a unos treinta pasos de él, empiezan a refrenar el galope, disparan sus flechas y huyen, sin dar la oportunidad al adversario de defenderse. Los más hábiles de ellos son capaces, incluso, de retorcerse sobre sus caballos y seguir disparando mientras se alejan. ¡Una táctica que le habría encantado al cobarde de Paris! Pero observa lo que hacen mis hombres.

El escuadrón más cercano a ellos se había dividido en dos grupos de veinte jinetes. Tras alejarse cierta distancia, cargaron unos contra otros entre ululatos. Cuando estaban a unos treinta metros, empezaron a disparar sus venablos embolados. Aquellos jinetes que resultaron alcanzados por algún proyectil tiraron de las riendas para detener a sus caballos y se apartaron de la formación. Los demás continuaron con su cabalgata, enristrando las lanzas que les quedaban como si fueran hoplitas.

—Si chocan a esa velocidad, van a matar a los caballos —dijo Perseo.

—Espera y verás.

Cuando parecía que el choque era inminente, los caballos refrenaron el paso y se apartaron, evitando el choque directo con los corceles que venían contra ellos. No bien estuvieron a la distancia justa para el cuerpo a cuerpo, los jinetes empezaron a tirar lanzazos a sus adversarios, al tiempo que manejaban a sus monturas con la rienda de la mano izquierda y las rodillas, buscando rodear al contrario y golpearlo por algún punto desguarnecido.

Durante un rato se libró un combate encarnizado, en medio de una nube de polvo y una algarabía de relinchos, gritos y gruñidos. Algunos jinetes caían al suelo y otros se retiraban del combate al verse alcanzados por las lanzas de los adversarios en algún punto vulnerable. No obstante, el significado exacto de «punto vulnerable» suscitaba a veces discusiones en las que tenía que

terciar el oficial Filipo. A un soldado que se negó a abandonar la refriega, aduciendo que solo le habían rozado la coraza, lo descabalgó Filipo desde el suelo asestándole un contundente varazo con el asta de su lanza.

Mientras la polvareda se disipaba, y jinetes y caballos se tomaban un respiro, Menón llamó a un sirviente para que le trajera un pellejo de vino y se lo pasó a Perseo. Este bebió un poco y se lo devolvió.

—Con tanto polvo en el aire se seca la boca —observó Menón, echando un trago digno de Caribdis. Una vez más, Perseo se sorprendió del tamaño de sus dientes. Después, Menón se enjugó los labios y la barba con el dorso de la mano y añadió—: Habrás visto que mis hombres no pelean como los persas.

—Es verdad. No rehúyen el choque.

—No solo no lo rehúyen. ¡Lo buscan! Los jinetes tesalios somos doblemente eficaces. Gracias a nuestra puntería con las jabalinas, podemos derribar al enemigo a distancia aunque intente huir de nosotros. Y con nuestras lanzas y espadas podemos luchar cuerpo a cuerpo contra otras fuerzas de caballería e incluso de infantería. ¡No estoy alardeando si te digo que la caballería tesalia es la mejor del mundo!

Perseo, que no recordaba ni las personas ni las anécdotas de su vida, tenía sin embargo grabadas ciertas doctrinas que algún maestro o instructor debía de haberle inculcado. Una de ellas era que la caballería resultaba inútil contra una falange cerrada de hoplitas, y así se lo dijo a Menón.

—Eso depende —respondió el tesalio—. Si se trata de una falange muy disciplinada, si sus soldados son realmente valientes y si ninguno retrocede al ver cómo embiste contra él una manada de caballos cargados de hierro, es posible que esa falange resista la carga. Pero en el momento en que se abran huecos en la formación, la situación cambia. Y no digamos si los hoplitas sueltan los escudos y echan a correr. Entonces se produce una masacre. ¡No hay ninguna fuerza como la caballería para rematar a un enemigo que huye!

Perseo frunció el ceño, recordando otra de aquellas antiguas enseñanzas. Era curioso cómo acudían a su memoria frases y consejas, pero no recordaba dónde las había escuchado.

—A los espartanos se les dice que, una vez que se pone en fuga al enemigo, no hay que ensañarse con él persiguiéndolo.

—Los espartanos sois como la zorra de la fábula —replicó Menón—, que como no pudo alcanzar las uvas del parral dijo que estaban verdes.

—No te entiendo.

—Vuestros hoplitas son lentos como carromatos de bueyes. Jamás podrían alcanzar a un enemigo que huye. Por eso disfrazáis esa impotencia de magnanimidad con el enemigo. Pero a veces, cuando se derrota a un adversario, hay que perseguirlo hasta aniquilarlo. Es la única forma de que no se recobre y vuelva al año siguiente con más fuerza para quemar tus cosechas y robar tu ganado y tus mujeres.

De pronto, Menón vio algo detrás de Perseo y le dijo:

—Ven conmigo.

Perseo observó que el gesto del tesalio había cambiado. Al arrugar el ceño, se le levantaba el labio superior y se le veían más los incisivos, lo que hacía que pareciera un conejo mordisqueando un repollo.

Volvieron a saltar el cercado. Por el exterior llegaban quince o veinte jinetes más. Mientras los demás se quedaban apartados, uno de ellos se acercó tanto a ellos que los ollares de su caballo prácticamente les echaban el aliento encima. Su armadura y sus correajes eran más lujosos que los de Menón, y llevaba además pesados collares de oro y anillos con gruesas piedras preciosas.

—¿Qué están haciendo tus hombres, Menón?

—¿Acaso no se ve? Lo que hacen los soldados: entrenar para la guerra.

—Los vas a marear de tanto dar vueltas.

—Así se acostumbran. —La hostilidad entre Menón y aquel tipo era manifiesta.

—Que lo dejen ya. Quiero que cojas diez escuadrones y los mandes en esa dirección. —El recién llegado señaló con su jabalina hacia los montes del oeste, que se veían poblados de árboles—. Me han dicho que allí hay buenos bosques. Trae toda la leña que puedas. Aquí no queda nada, ni un maldito zarzal.

—Mis hombres son caballeros, Tórax, no leñadores ni criados —protestó Menón.

—¿Tus caballeros tienen dos manos? —preguntó el llamado Tórax. Al ver que su pregunta retórica no recibía respuesta, dijo—: Pues si las tienen, pueden cortar leña como cualquier otro.

—No es su misión.

—Su misión es hacer lo que yo ordene. Como la tuya. Que salgan cuanto antes. Quiero tener la leña aquí mañana mismo.

Dando la conversación por terminada, Tórax chasqueó la lengua para indicar a su caballo que se moviera. El animal le obedeció, no sin dejar antes de irse un regalo en forma de pila de excrementos que casi cayó sobre los pies de Perseo.

—Ese hombre es muy insolente —dijo el espartano cuando Tórax ya se había alejado.

—Lo es. —Menón lo agarró del brazo y tiró de él—. Ven, no vayas a pisar ese cagajón.

—¿Quién es?

—Es Tórax, comandante supremo de la Confederación Tesalia.

—Entonces es tu superior.

—No por sus méritos, sino por las riquezas de su familia, los Alévadas de Larisa. Yo debería dirigir nuestra caballería en esta campaña y no él. Mi tetrarquía aporta ochocientos jinetes, mientras que las otras tres juntas han enviado mil doscientos.

—Si tu tetrarquía es más poderosa que las demás, ¿por qué no mandas tú?

—No he dicho que sea más poderosa, sino que aporta más. No es lo mismo. Los Alévadas odian tanto a nuestro clan que han convencido al consejo de la confederación para que nos haga traer más soldados que nadie. De ese modo seremos los que corran con más gastos y sufran más bajas si hay batalla. ¡Y encima Tórax se permite el lujo de humillarnos!

—No deberías dejarte humillar —dijo Perseo.

Menón enarcó una ceja.

—¿Qué puedo hacer? ¿No has visto todas las joyas que lleva encima Tórax? Es *barnaka*, o *dambaka*, o como se diga eso.

—*Bandaka* —corrigió Perseo, sin saber de qué rincón de su cenagosa memoria había surgido aquella palabra persa.

—Eso es. Amigo especial de Mardonio y del Gran Rey. Gracias a que, cada vez que le piden algo, se pone a cuatro patas y menea la cola como un

perro faldero. A veces pienso que… —Menón meneó la cabeza y se interrumpió.

—¿A veces qué piensas?

—No me atrevo a expresarlo en voz alta. Si se lo contaras a los persas, me ejecutarían por traidor.

—¿Por qué se lo iba a contar?

—Tu familia le debe mucho a Jerjes.

—Por lo que me han contado, mañana ya habré olvidado lo que me digas ahora. Si no te fías de mi silencio, puedes fiarte de mi olvido.

Menón miró a los lados, agarró a Perseo por el codo para alejarlo de oídos indiscretos, incluidos los del ilota Glauco, y bajó la voz.

—Ya te lo he dicho antes. La caballería tesalia es la mejor del mundo. Y la mía es la mejor de Tesalia. Es una vergüenza que con tropas de esa calidad nos hayamos sometido a Jerjes. ¡Deberíamos luchar por la libertad! Tú eres un guerrero. ¿No crees que la libertad es la mejor causa por la que se puede pelear?

—No lo sé. —Perseo se apretó las sienes—. Es todo muy complicado. Me duele la cabeza.

—No es tan complicado. En realidad, es bastante sencillo. —Contando con los dedos, Menón enumeró—: Todos somos griegos que hablamos la misma lengua, competimos en los mismos juegos, adoramos a los mismos dioses y tenemos las mismas costumbres. A pesar de eso, hemos venido a combatir contra otros griegos, nuestros hermanos, para someterlos a un amo lejano al que, si alguna vez llegamos a ver, tendremos que adorar arrastrándonos ante sus pies. Los griegos no nos arrodillamos ni delante de nuestros dioses. ¡No es propio de hombres libres!

Durante su breve discurso, Menón había agarrado el brazo de Perseo y, llevado por la pasión, estaba empezando a clavarle las uñas. Perseo contrajo los músculos, lo que bastó para relajar la presa del tesalio. Este volvió a mirar a los lados y bajó de nuevo el volumen de su voz.

—Por eso pienso que una noche de estas voy a reunir a mis jinetes para llevármelos de aquí.

—Esta mañana he visto cómo empalaban a cinco griegos. Decían que eran focenses y que habían desertado.

—Nosotros no desertaríamos. Nos uniríamos al bando en el que tendríamos que estar. ¡Lo haríamos para luchar por la libertad de Grecia!

Glauco carraspeó, interrumpiendo la soflama de Menón. Perseo se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre?

—Perdóname, señor —se disculpó el ilota, con la cabeza gacha y frotándose las manos—. Se está haciendo tarde.

—¿Tarde para qué?

Glauco miró a ambos lados.

—Tienes que ver a la noble Artemisia.

—¿Quién es Artemisia?

—Alguien muy importante, señor.

—Vete, Perseo —dijo Menón—. Al parecer, nosotros tenemos que ir a cortar leña.

Perseo se volvió hacia él y le tendió la mano.

—Es un placer haberte conocido, Menón.

—De nuevo.

—De nuevo, sí. Puedes estar tranquilo. No le contaré a nadie lo que me has dicho.

—Ojalá no lo olvidaras —dijo Menón, estrechándole la mano—. Ojalá ninguno de los griegos que está aquí lo olvidara.

Mientras caminaban de vuelta hacia su tienda, Perseo sintió un restallido dentro de su cabeza y un fogonazo recorrió su visión de lado a lado. Se detuvo durante unos segundos, apretándose las sienes.

—Mi señor —dijo Glauco—, ¿has perdido…?

—No, Glauco —respondió Perseo, tomando aliento—. No he olvidado todavía.

Lo que acababa de recibir era una visión enviada por los dioses. ¿Del pasado, del futuro? En ella cabalgaba un gran caballo blanco y detrás de él la llanura entera retemblaba como si Zeus descargara sobre ella toda la furia de sus truenos.

# 13

Debía de ser una de las pocas ocasiones en su vida, si no la única, en que Artemisia había acudido a una cena con la intención decidida de seducir a un hombre.

Sabía que su cuerpo, más atlético que voluptuoso, no podía compararse con los de otras esposas, concubinas y cortesanas que habían acudido esa noche y que se sentaban con los varones en los mullidos cojines de plumas o se reclinaban en los divanes al estilo griego. Entre todas ellas destacaba una espectacular joven de cabellos rubios, efecto que subrayaba esparciéndose sobre ellos polvo de oro. Hija de un noble de la isla de Cos y pariente del médico Heráclides, se llamaba Neera. La habían capturado primero como rehén de guerra, pero merced a su belleza se había convertido en concubina de Farándates, el oficial jefe del campamento persa, un hombre ya entrado en años y tan feo como hermosa era ella. Neera vestía una túnica azafrán en varias capas que, al resbalar unas sobre otras, ofrecían sutiles juegos de transparencias. Casi todos los varones babeaban al contemplarla y, cuando Farándates no los observaba, intercambiaban miradas apreciativas entre ellos.

La noche era calurosa, sin duda; tanto que, en lugar de cenar dentro de la tienda roja de Jerjes que ahora ocupaba Mardonio, los sirvientes habían tendido un gran toldo al aire libre y colocado bajo él las alfombras, los divanes, los cojines y las mesas. La temperatura ofrecía una buena excusa para que Artemisia, en lugar de embutirse en la armadura como en otras ocasiones, hubiera acudido al banquete ataviada con una sencilla túnica verde que, sin ser diáfana como la de Neera, se ceñía a su cuerpo y parecía aumentar las curvas de sus caderas. Sabedora de que sus pechos no eran opulentos, pero de que a cambio poseía un cuello largo y esbelto que más de un amante había alabado, se había puesto una gargantilla de oro con una gruesa amatista violeta que colgaba justo en la escotadura de su esternón, allí donde se juntaban ambas clavículas. Llevaba también un fino chal de hilos de color cobre, que dejaba resbalar como al desgaire para descubrir los hombros y

resaltar así la longitud y la forma elegante de su cuello.

Artemisia observaba con satisfacción que muchas miradas y atenciones se dirigían a ella, pese a que superaba en años a la mayoría de las mujeres presentes. Probablemente la razón era que todas ellas desempeñaban un papel decorativo, mientras que Artemisia era *bandaka*, miembro del reducido núcleo formado por los amigos del Gran Rey. Acostumbrada a gobernar desde hacía años, emanaba poder. Eso hacía que los hombres, en general, la miraran con una mezcla de admiración y resentimiento. Ella sabía de sobra que muchos de los comensales que ahora cruzaban sonrisas con ella estaban deseando, en el fondo de sus corazones, someterla o incluso violarla para demostrar que se hallaban por encima de ella.

Y seguramente el más peligroso de todos ellos era el hombre al que había venido a seducir.

Masistio, hijo de Hidarnes, era el guerrero de aspecto más impresionante del ejército persa. Pasaba de largo los dos metros, pero no era un gigante desgarbado y enfermo de acromegalia, sino que poseía un cuerpo proporcionado que movía con coordinación e incluso con cierta agilidad. Lo menos armónico en él resultaba su cabeza, demasiado pequeña, que hacía parecer sus hombros ridículamente anchos.

Masistio era tan conocido por su estatura como por su temperamento agresivo, sus arrebatos de ira y su propensión a la crueldad. Las unidades de la caballería irania se hallaban repartidas entre él y Bagabigna, y quienes estaban bajo el mando de este último se consideraban afortunados. El Asesino Blanco, por lo que había averiguado Artemisia, era un comandante disciplinado, severo y distante casi siempre, pero previsible: mientras sus hombres cumplieran con su deber y mostraran valor en la batalla, no tenían por qué temer nada de él.

En cambio, las opiniones sobre Masistio eran muy diferentes, y ninguna buena. Un día podía mostrarse como amigo cordial de sus hombres, emborracharse y jugar a los dados con ellos, repartir abrazos que les hacían crujir las costillas y también concederles dádivas desproporcionadas sin motivo aparente. Pero apenas unos minutos después, como el vino le sentara mal —algo que ocurría con harta frecuencia—, insultaba a los mismos a los que antes había abrazado, hacía comentarios ofensivos sobre sus esposas, sus madres o sus hijas, o montaba en cólera y ordenaba castigos durísimos y arbitrarios. En ocasiones incluso se había dejado llevar por la ira y, en un

arrebato, había matado a golpes a alguno de sus hombres. Por lo que había escuchado Artemisia, Masistio resultaba un compañero de juerga tan peligroso como Heracles.

Y, sin embargo, era ese hombre tan peligroso el que esta noche interesaba a Artemisia, que se dedicaba a lanzarle sonrisas y miradas de reojo, con pestañeos incluidos.

Ya empezada la cena, cuando Mardonio ocupó su asiento al lado del trono vacío —un pesado sillón de cedro con incrustaciones de lapislázuli y marfil que aludía a la presencia remota de Jerjes—, todos acudieron a saludarlo, bien prosternándose ante él, bien lanzándole un beso con una reverencia, bien besándolo en la boca como hacían los *bandakas*. Puesto que pertenecía a este último grupo y era su amiga personal, Artemisia rozó fugazmente los labios del general, lo que hizo que se raspara la cara con los pelos de su barba, tiesos como cerdas. Una vez que se separó del general, Masistio, que acababa de rendir su propio homenaje a Mardonio, le dijo:

—Noble Artemisia, ¿acaso no merezco yo el honor de tu saludo?

Ella asintió. Pero cuando el gigante se inclinó, como el padre que se agacha para besar a su hija pequeña, Artemisia se limitó a acercar los labios a su rostro, que olía a vino, y, antes de que hubiera contacto, se apartó de él con una sonrisa traviesa.

Mientras Artemisia volvía a su puesto junto al exrey Damarato, Bagabigna se aproximó a ella y la agarró suavemente del codo.

—Mi señora Artemisia, disculpa mi osadía —susurró en griego, acercándose tanto que ella pudo captar su perfume—. Si me permites una sugerencia, creo que no estás eligiendo del todo bien.

—¿Quién te ha dicho que esté eligiendo algo, noble Bagabigna?

Mirando con descaro a Masistio, Bagabigna dijo:

—El tamaño, cuando va unido a la fuerza bruta, puede suponer más un defecto que una virtud.

Ella soltó una carcajada. Unos versos que solía escuchar en los simposios sugerían que un varón debía hacer ejercicio en el gimnasio para tener «el pecho fuerte, la piel lustrosa, los hombros anchos, los glúteos respingones y el pene pequeño». Como mujer, a Artemisia le parecía bien aquel ideal de belleza…, salvo la última parte. Sin desear monstruosidades como la de

Príapo, tampoco le atraían los ridículos miembros que solían rematar las entrepiernas de las estatuas de héroes y dioses.

—Siempre tengo en cuenta tus opiniones, noble Bagabigna —respondió.

Al observar que el Asesino Blanco regresaba a su asiento con una mirada más contrariada que irónica, se preguntó si estaba celoso. Si se hubiera tratado de elegir un amante, ella habría preferido cien veces a Bagabigna, por peligroso que le pareciera. De hecho, cuando se acercaba a él —o él a ella, como acababa de suceder—, le ocurría lo mismo que cuando era niña y se asomaba a los acantilados de Halicarnaso. Viendo cómo las olas rompían en los escollos muchos metros más abajo, pensaba: «Si ahora salto, ¿volaré como Ícaro?». Su propio pensamiento la llenaba de pánico, intuyendo que algún día tal vez no sería capaz de controlar el impulso y se despeñaría, por lo que siempre acababa corriendo para alejarse del abismo. Bagabigna la atraía y repelía al mismo tiempo de un modo similar al de aquel acantilado.

¿Cuántas veces en su vida se había asomado al abismo? Desde hacía tiempo, había adquirido la peligrosa costumbre de seguir impulsos que la llevaban a meterse en apuros. Hasta ahora había salido con bien de ellos, como cuando participó en la conspiración de Patikara-Jerjes en Maratón, o al menos no había perdido, como cuando embistió a un trirreme de su propio bando en Salamina.

Pero lo que planeaba ahora era muy distinto. De ser descubierta, le esperaba una muerte probablemente horrible. Y si no lo era, tenía bien poco que ganar.

Artemisia volvió al diván que ocupaba junto a Damarato, un lecho que, para su agrado, era tan ancho que no tenían que tocarse. Al reclinarse, con movimientos calculados para que no se le arrugara la túnica, miró otra vez de reojo a Masistio.

Como había supuesto, el gigante también la estaba observando a ella con todo descaro.

El plan marchaba bien.

—Me ha dicho mi hijo Nabis que ayer visitaste a Perseo.

Artemisia se giró un poco hacia su compañero de diván. El comentario de Damarato sonaba desaprobador, al igual que todo lo que brotaba de su boca; era como si siempre quisiera demostrar que sus interlocutores tenían la culpa de algo, lo que fuese.

—Así es, Damarato. Visité a tu hijo.

Ella lo trataba en pie de igualdad, una igualdad que a decir verdad no existía. Damarato se decía rey de Esparta en el exilio, mientras que ella era reina efectiva de una ciudad tan importante y próspera como Halicarnaso, amén de varias islas. Según el protocolo, ambos ocupaban un puesto similar, pero Artemisia gozaba de la confianza de Mardonio, que consultaba con ella a menudo, mientras que Damarato siempre permanecía apartado del núcleo donde se tomaban las decisiones.

En realidad, pensó Artemisia al observar a Nabis, que estaba sentado en un cojín unos metros más allá, era el hijo de Damarato quien gozaba de más influencia en la corte real, aunque fuese en la sombra. Ahora, después de leer lo que había escrito Perseo, comprendía el motivo.

—¿Qué de interesante puede tener la compañía de Perseo? —preguntó Damarato.

—Tu hijo me parece un personaje interesante en sí —respondió ella.

«Y no sabes cuánto», añadió para sus adentros.

Recordaba con mucha dulzura la noche de amor con Perseo. Una noche que a estas alturas ya ni existía para el pobre desdichado. Pensando en él, Artemisia se mordió sin querer el labio inferior. Perseo era incluso más alto y musculoso que Jerjes, el amante más poderoso y escultural del que había gozado hasta entonces.

Recordando el comentario anterior de Bagabigna sobre la importancia de ciertos tamaños, se dijo, disimulando una sonrisa, que Perseo era más poderoso que Jerjes en muchos sentidos. Sin embargo, también era un amante atento, dulce, incluso tierno de una forma ingenua. Tenía las manos muy grandes y fuertes, más incluso de lo que correspondían a su estatura, pero sabía usarlas para acariciar con una delicadeza inusitada.

¿Era así el Perseo original? ¿Así de sencillo, un hombre que había nacido para ser rey? ¿Así de noble? ¿O se debía a que su mente se había vaciado y ahora era como un niño perpetuo?

«Mi hijo Pisindalis es un niño y nunca ha sido ni tan sencillo ni tan noble», se respondió ella misma.

—¿Interesante? —repitió Damarato.

—Nunca había visto un caso como el suyo —se explicó Artemisia,

obviando los motivos de su interés por Perseo que no pensaba explicar al exrey—. Y te puedo asegurar que he visto muchas lesiones de guerra y todo tipo de males que aquejan a los heridos.

—Ya antes del accidente nunca había destacado por sus entendederas. Pero ahora incluso un niño de seis años tendría una conversación más inteligente que él. —Haciendo un gesto de barrer el aire con la mano, Damarato sentenció—: Es un caso perdido.

—Al menos, noble Damarato, tienes otro hijo cuya inteligencia permanece incólume.

El exrey miró de reojo a Nabis, que en lugar de reclinarse a la griega estaba sentado en un cojín, charlando con unos oficiales de caballería persa.

—Es más inteligente que su hermano —reconoció Damarato—. Pero está olvidando de dónde procede. Cualquier día dejará de hablar griego y de adorar a los dioses que habitan el Olimpo y se pondrá pantalones y se dedicará a devorar fuego.

Por más que padre e hijo se parecieran, resultaba evidente que Damarato tampoco sentía un gran aprecio por Nabis. No por primera vez, Artemisia pensó que, si un cirujano abriera el pecho de Damarato para buscarle el corazón, únicamente encontraría un trozo de cecina seca donde los demás humanos tenían una víscera roja y palpitante.

Por otra parte, si bien era cierto que a Nabis solo le faltaba ponerse pantalones para parecer un noble persa, el mismo Damarato se había acostumbrado a vestir con más opulencia de lo que haría un espartano en circunstancias normales. Así lo demostraban las gruesas franjas de púrpura de Tiro de su túnica, los anillos de sus dedos o la gruesa torques de oro que llevaba al cuello y que seguramente no le ayudaba a enderezar una espalda ya de por sí vencida hacia el suelo.

Un sirviente pasó con una bandeja de electro labrada que contenía pinchos de carne de pato especiada. Era un plato ligero y fácil de coger con las manos, por lo que Artemisia aceptó, y después llevó los labios a la copa y se los mojó con vino. Al principio de la cena había enviado a uno de sus sirvientes a hablar con el joven copero que servía vino en su zona del banquete: a cambio de un par de dracmas, el muchacho se acercaba con frecuencia y, ocultando con destreza el pico de la jarra, fingía rellenarle la copa. La idea de Artemisia era simular que se estaba achispando, pero mantener la cabeza serena.

A su alrededor, las conversaciones saltaban de un tema a otro, fluctuaban, se dividían y se volvían a fundir, tanto en persa como en griego, pero también en medo, en indio, en arameo y en algún otro idioma que Artemisia ni siquiera reconocía. Su oído, que seguía siendo muy fino, captó la que estaban manteniendo a su derecha, a apenas unos pasos, Mardonio y el rey Alejandro de Macedonia. Mientras hacía como que seguía escuchando a Damarato, que se había extendido en una perorata sobre las antiguas virtudes de Grecia y Esparta, Artemisia concentró su atención en lo que hablaban aquellos dos personajes.

Los macedonios, parientes lejanos de los griegos, tenían fama entre estos de montañeses toscos y borrachos que fornicaban con sus cabras, tanto antes como después de matarlas, y se cubrían con sus pieles malolientes. Un tópico exagerado que tal vez retratara a muchos de los macedonios, pero no a su monarca. Alejandro, refinado amante de la cultura helénica, hablaba el griego con un acento exquisito, de suerte que era capaz de charlar con Artemisia en dorio o con los jonios o los eolios del ejército en sus propios dialectos. Era un hombre menudo, pero tan bien proporcionado que uno no se daba cuenta de lo bajo que era hasta ponerse a su lado. Las manos, la cabeza, los pies: todo en él parecía diseñado a escala reducida, como si al moldearlo en el torno el alfarero hubiera descubierto que andaba corto de arcilla. A cambio, poseía una voz muy diáfana y un tanto aguda, lo que permitía a Artemisia captar casi todo lo que decía pese a las demás conversaciones y al aburrido runrún de la voz de Damarato.

Al parecer, Alejandro había ido a Salamina como embajador para ofrecer a los atenienses por tercera vez el acuerdo que les proponía Mardonio.

—Pero se empeñan en negarse —explicaba el rey—. Tienen tal empeño en repetir la palabra «libertad» que llega a resultar lastimoso.

Por lo que pudo entender Artemisia, el acuerdo implicaba devolver a los atenienses el Ática, que ahora se hallaba en poder de los persas. Incluso se les ofrecía aumentar su territorio anexionándose el de sus vecinos los megarenses, con quienes sostenían conflictos la mayor parte del tiempo. Ni siquiera se verían obligados a derrocar su gobierno actual para admitir tiranías ni oligarquías, como habían tenido que hacer otras ciudades sometidas a los persas: el Gran Rey, en su generosidad, estaba dispuesto a permitir que mantuvieran sus instituciones, e incluso a restaurar de su propio bolsillo los templos y santuarios que había destruido. (En justa venganza por el incendio de Sardes, añadía).

Menos mal, pensó Artemisia, que Damarato no gozaba de un oído tan fino como ella, porque a él, como rey legítimo de Esparta, se le había prometido lo mismo que Alejandro ofrecía a los atenienses. Y al hombre que le había usurpado el trono y reinaba en su lugar, Leotíquidas o Laotíquidas o como se llamara, también le habían vendido la misma mercancía, cuando era obvio que ambos no podían gobernar a la vez.

De modo que el Gran Rey estaba urdiendo planes dentro de planes y trampas dentro de trampas, con intrigas que implicaban engañar a su propio amigo y general Mardonio.

¡Qué cinismo el de Jerjes! Artemisia podía entender que estuviera manteniendo a cabo un doble juego con atenienses y espartanos para luego someterlos y convertirlos en vasallos como a todas las demás naciones del imperio. Porque hermosas palabras había para todos los súbditos de Jerjes, no solo para Atenas y Esparta. Si Artemisia hiciera caso de los discursos de los gobernantes persas, habría creído en verdad que no existía en toda la vasta extensión del imperio un aliado más valioso que la ciudad de Halicarnaso, que prácticamente era la joya de la corona persa.

Pero lo que Jerjes pretendía iba mucho más allá de la adulación o el engaño. Lo que estaba haciendo era ofrecer promesas a ambas ciudades por separado no para someterlas, sino para llevarlas como vacas al matadero.

«¿Qué se me ha perdido a mí en todo esto?», se preguntó Artemisia por enésima vez. ¿De dónde brotaban esos impulsos que la acometían de cuando en cuando?

Suspiró para sí. Del mismo modo que la ambición y el ansia de emociones fuertes la habían llevado a conspirar con Patikara en Maratón, ahora no podía evitar llevar a cabo su propio doble juego. ¿Era porque la nobleza, o tal vez el cuerpo de Perseo, la habían conmovido? ¿Era porque recordaba el sacrificio de los espartanos y de Leónidas, y su valor?

Acaso la verdadera razón era que estaba harta de ser una pieza manipulable en los juegos del todopoderoso Jerjes. Este jugaba con los humanos, incluso con reyes como ella o Damarato, del mismo modo que Zeus lo hacía con los guerreros humanos en la guerra de Troya. Pesando el destino de unos y otros, como el día en que Aquiles se enfrentó contra Héctor, y el dios del rayo tomó la balanza de oro y puso en un plato el destino mortal de ambos, y el de Héctor pesó más y por tanto bajó al Hades.

Si estaba en su mano, ni atenienses ni espartanos, ni Temístocles ni Perseo

sufrirían el destino funesto de Héctor.

La cena se prolongó más de lo habitual, pues en esta ocasión Mardonio había invitado a un número mayor de comensales y había hecho traer viandas extra, como las afamadas anguilas del lago Copais aportadas por sus aliados tebanos. Aun así, la disciplina era más estricta que en la campaña del año anterior, cuando a veces los banquetes proseguían después de que Jerjes los abandonara, y algunos degeneraban en orgías que no tenían nada que envidiar a los más desenfrenados simposios griegos.

En la campaña actual, mucho más disciplinada, cuando Mardonio se levantaba y daba un par de palmadas, significaba algo así como si un padre de modales apacibles pero moral rigurosa exclamara: «¡Niños! Ha llegado la hora de acostarse, que mañana hay que ir a cavar las viñas».

Llegado ese momento, mientras el general se despedía por orden jerárquico de sus hombres, los sirvientes empezaron a recoger las mesas a toda velocidad y ya no se sirvió más vino. El único que consiguió apoderarse de una jarra de casi un litro fue Masistio: ni el copero al que se la arrebató ni nadie más se hubieran atrevido a oponerse a aquel gigante que incluso a los banquetes asistía con su pesada armadura de lamas de bronce y oro.

Una vez que Artemisia se hubo despedido de Mardonio, Bagabigna se acercó a ella de nuevo. Dirigiendo una mirada a Masistio, que seguía empinando el codo al tiempo que protestaba por lo pronto que había terminado la cena, el Asesino Blanco dijo:

—Ten cuidado, mi bella señora. Las polillas que se acercan a la llama se acaban abrasando.

Artemisia buscó una réplica ingeniosa. Al no hallarla, se limitó a rozar el brazo de Bagabigna y sonreírle. Él podría haber sido el objetivo de la maniobra que tenía pensada para esa noche, igual que podrían haberlo sido algunos otros de los más altos oficiales del ejército. Pero Masistio gozaba de una ventaja sobre los demás que lo hacía preferible: era el que más borracho estaba con mucha diferencia.

A cambio, tenía un inconveniente: era tan grande y fuerte como un toro semental, lo que significaba que todo podía acabar en desastre.

Mientras se alejaba del toldo para dirigirse a su sector del campamento, Artemisia ordenó a su primo Palamedes y a los otros dos soldados que habían asistido al banquete que se adelantaran hasta perderse de vista, y ella empezó

a rezagarse a propósito.

Tal como se esperaba, no tardó en escuchar unos pasos pesados que hacían crujir la tierra y un tintineo de escamas de metal. Una voz grave y pastosa por el vino exclamó:

—¡Espera, Artemisia!

Ella se detuvo y respiró hondo.

¿Y si las cosas no salían bien y él trataba de violarla, como haría a buen seguro en cuanto Artemisia no le siguiera el juego?

Nerviosa, se tocó el moño. Lo llevaba recogido con un aguzado pasador de bronce. Era el mismo que había usado en Maratón para matar a su primer hombre —luego habían caído más, aunque a lanza y espada— y eliminarlo como testigo de la conspiración de Patikara-Jerjes. Todavía recordaba el crujido de la punta al penetrar en el cráneo a través del oído.

Cuando Masistio llegó a su altura, preguntó:

—¿Adónde vas, bella Artemisia?

—A retirarme como todo el mundo, noble Masistio. Mañana será un nuevo y largo día de guerra.

—¿Y por qué marchas tan sola?

Artemisia reemprendió el camino sin apresurar demasiado el paso. El gigante la siguió. Se tambaleaba un poco al andar, lo que hizo temer a Artemisia que se le derrumbara encima como un muro ciclópeo.

—Mis hombres van por delante. A veces me gusta caminar sin escolta y contemplar las estrellas a solas —respondió, levantando la mirada al cielo.

—Te acompaño, si no te molesta. También me gusta ver las estrellas.

—¿A qué mujer podría molestarle la compañía del caballero más apuesto de toda la *Spada*?

Nerviosa, Artemisia aceleró el paso casi sin darse cuenta, caminando entre las tiendas mientras procuraba esquivar los vientos clavados al suelo, que se distinguían en la oscuridad gracias a largas tiras de tela blanca. Masistio no anduvo tan listo y dio un traspié con una cuerda. Entre maldiciones, dio tres o cuatro trompicones amenazando con caer de bruces, pero de forma milagrosa acabó recuperando el equilibrio.

—Ven por aquí, noble Masistio. Si me quieres acompañar, yo te guiaré por un camino más seguro —comentó Artemisia, agarrándolo del codo. Para hacerlo, tuvo que levantar su propia mano casi a la altura de su cabeza. Aquel tipo era una auténtica montaña de músculos y metal.

Tratar de compensar los tambaleos de Masistio era como controlar a cuatro garañones en una cuadriga, pero Artemisia se las arregló para guiarlo hacia el lugar que buscaba, un pequeño solar oscuro delimitado por las traseras de varias tiendas de campaña. Cuando llegaron allí, Artemisia se detuvo y dijo:

—Descansa si no te encuentras bien, Masistio.

—Es verdad, no me encuentro bien.

La sonrisa lasciva del gigante hizo pensar a Artemisia que tal vez no estaba tan ebrio como ella había pensado. Eso podía volverlo mucho más peligroso.

—¿Y sabes por qué no me encuentro bien?

«Porque bebes como diez escitas juntos en un funeral», estuvo a punto de contestar ella.

—Cuando me miras —se respondió a sí mismo Masistio—, haces que mi corazón se desmaye dentro de mi pecho. Si te miro yo, mi voz no me obedece.

—Qué halagador —respondió Artemisia, comprendiendo que el gigante trataba de seducirla recurriendo a los versos de un poema.

—Tengo la lengua rota y me zumban los oídos. —«Ese zumbido es por el vino», pensó Artemisia, cada vez más mordaz—. Y brota de mí el sudor.

Era evidente que brotaba, se dijo Artemisia, a juzgar por el olor que salía de debajo de aquella armadura dorada. No le vendría mal quitársela más a menudo y bañarse, pensó.

O bien el poema había terminado, o bien Masistio no conocía más versos. Pasando de la literatura a la acción, agarró a Artemisia por encima de los codos y la levantó en vilo, apretando los dedos con tanta fuerza que ella tuvo que contener un gruñido de dolor. Haciéndola chocar contra las placas de su armadura, el gigante trató de besarla. En la oscuridad y borracho, no acertó a hacerlo en la boca y le plantó los labios barbudos en la nariz. Su aliento apestaba a vino a medio digerir y a especias.

Artemisia se preguntó si al final tendría que recurrir al pasador. Si mataba a Masistio, comandante de cinco mil jinetes, ¿cómo lo justificaría, por muy *bandaka* que fuese?

Masistio la bajó al suelo de nuevo y, soltándole un brazo, le palpó los senos. Tanta delicadeza como habían mostrado los dedos de Perseo se convirtió en brutalidad en los de Masistio, que le apretaron los pechos como si quisieran llegar hasta las costillas. Artemisia agarró la muñeca de Masistio con ambas manos para apartarlo de ella, pues le estaba haciendo mucho daño, pero fue como tratar de mover un árbol.

—¡Mucho mejor así que cuando vienes con coraza! —exclamó el gigante con voz ronca—. No es natural que una mujer se cubra las tetas con bronce. Si Ahuramazda hubiera querido que…

En ese momento, una sombra apareció por detrás del gigante persa, saltó encima de él y se colgó de su cuello.

Sorprendido, Masistio soltó a Artemisia para enfrentarse a aquel atacante. Ella se apresuró a apartarse para ver mejor lo que ocurría. Ahora que ya no tenía que controlar al gigante pudo mirar a los lados. Respiró aliviada al comprobar que, aparte del misterioso asaltante, también su primo Palamedes y los otros dos soldados de su escolta habían entrado en aquella pequeña plaza rectangular.

Quien se había colgado del cuello de Masistio no era otro que Perseo. Rodeando la garganta del gigante, le estaba apretando la nuez entre la intersección de su brazo y su antebrazo izquierdo, mientras la mano izquierda agarraba su bíceps derecho y la mano derecha oprimía la nuca de Masistio.

El gigante intentaba resistirse y levantaba los brazos para agarrar a Perseo, pero la pesada armadura entorpecía y limitaba sus movimientos sin llegar a protegerle el cuello. Por otra parte, Artemisia había comprobado que la fuerza de las manos de Perseo era incluso mayor que la del resto de su cuerpo, de por sí más que considerable, por lo que librarse de su presa resultaba muy difícil.

Poco a poco, el espartano, que era un palmo más bajo que su rival, logró doblarle la espalda hasta que en lugar de colgar de él pudo posar los pies en el suelo. Una vez apoyado, la fuerza de su presa se multiplicó.

El gigante persa gruñía con quejidos guturales cada vez más ahogados. Antes de lo que esperaba Artemisia, las piernas se le doblaron y sus brazos cayeron inertes al costado. De haber tenido a su espalda a otro oponente

menos fuerte, habría caído sobre él aplastándolo contra el suelo; pero Perseo logró controlar su peso y lo hizo bajar hasta depositarlo en tierra como un enorme fardo.

Artemisia se acercó a Masistio y se inclinó sobre él. Había perdido el conocimiento, aunque seguía respirando débilmente.

—Veo que hay cosas que no has olvidado, Perseo —dijo Artemisia—. Cómo luchar, por ejemplo.

Perseo movió apenas una clavícula, el amago de gesto que en un espartano equivalía a encogerse de hombros. Otro atavismo que conservaba de su pasado olvidado.

—Era la forma más natural de hacerlo —respondió, como si haber dejado fuera de combate al hombre más alto y fuerte de todo el ejército persa fuese un logro sin importancia.

Artemisia buscó bajo la gruesa faja amarilla que rodeaba la armadura de Masistio y se apresuró a tomar el botín que había buscado desde el principio: el cilindro negro de cuero con el sello real.

—¿Recuerdas lo que te dije, Perseo? —preguntó, incorporándose con una sonrisa de triunfo—. El plan podía salir bien.

—No, no lo recuerdo —respondió Perseo—. Pero tenía una carta que, al parecer, escribí yo mismo para recordármelo.

Artemisia se acercó a Perseo, se puso de puntillas y le dio un beso, usando la lengua para separarle un poco los labios. No fue tanto una invasión como una forma de quitarse el mal sabor de boca por el intento de beso de Masistio.

Después se apartó un poco y se volvió hacia su primo. Palamedes era un joven alto y esbelto, de espesos rizos negros y nariz aguileña. A su manera, se parecía a Temístocles, con quien le unía un parentesco lejano.

—Toma esto. Asegúrate de que llega a las manos adecuadas. No a las del rey que reemplazó a Damarato, sino a las del que sucedió a Leónidas. Al Agíada.

Palamedes asintió, tomó el cilindro y se lo guardó bajo su propio ceñidor.

—Sobre todo —continuó Artemisia—, haz lo posible por que se entere Temístocles. Si consigues verlo, entrégale esto para convencerlo de que soy yo quien le envía el mensaje.

Artemisia le entregó un pequeño frasco de alabastro que contenía perfume de violetas. Conociendo al ateniense, confiaba en que su recuerdo fuese lo bastante sutil para comprender el mensaje.

—¿Qué pasará contigo, mi señora? —preguntó Palamedes.

—No te preocupes. Masistio se despertará mañana aquí mismo, con resaca y sin saber lo que ha pasado. Ni siquiera ha visto a su agresor.

—¿Y cuando descubra que no tiene esto? —preguntó Palamedes, tocando con los dedos el tubo de cuero.

—Te repito que no debes preocuparte. Ahora, tú y Perseo debéis cumplir tu misión.

Artemisia giró de nuevo sobre sus talones para mirar a Perseo.

—Seguramente será la última vez que nos veamos —le dijo—. Aunque tú ni siquiera la recordarás. Me olvidarás, como si jamás hubiera existido.

Artemisia volvió a ponerse de puntillas para besarlo. Esta vez fue un beso largo y profundo. Perseo se dejó hacer, mirándola fijamente y sin decir nada. Por alguna razón, incluso en la oscuridad de la noche, Artemisia se sintió más iluminada bajo la mirada de aquel único ojo de lo que se había sentido nunca al ser observada por otras personas.

Por fin, la reina caria se apartó de él.

—Es hora de que vuelvas a tu patria, Perseo. Si todo va bien, gracias al mensaje que Palamedes y tú lleváis se va a desencadenar la madre de todas las batallas. Y en ese momento Esparta te necesitará. Los tuyos te necesitarán.

«Los míos», pensó Perseo. En su presente continuo, no sabía quiénes eran los suyos. Artemisia o el propio Palamedes, a los que solo conocía de unas horas antes, eran más suyos que aquellos de los que lo ignoraba todo en una ciudad que había olvidado.

Pero había algo relacionado con el nombre de Esparta. Tenía que ver con unos ojos tristes, con un perfume de mujer. Con una sensación húmeda, acuática. Era algo elusivo, como una imagen burlona siempre en el rabillo del ojo, pero que se aferraba a sus entrañas.

Sí, comprendió. Era bueno que regresara a aquel lugar llamado Esparta en el que no recordaba haber estado jamás.

# 14

Ática, camino de Eleusis

Al principio, la misión de Palamedes y Perseo transcurrió bien. Por sugerencia de Artemisia vestían pantalones, caftanes y tiaras persas. La idea era que, una vez que salieran del Ática, se desprenderían de todo ese atavío y se quedarían únicamente con las túnicas que llevaban debajo, para no despertar sospechas en el territorio de la alianza griega.

Dentro del campamento persa no había demasiada vigilancia, salvo por algunas patrullas que paseaban entre las tiendas comprobando que no se produjeran peleas, borracheras o robos entre los soldados. Pero, en general, con el toque de queda dictado por Mardonio, que hacía llevar a rajatabla las ordenanzas, entre las tiendas reinaban una calma y un silencio apenas rotos por cuchicheos y ronquidos.

Palamedes, instruido por Artemisia, había estudiado durante el día el camino que él y Perseo debían seguir para cruzar aquel laberinto de lona y cuerdas y llegar al extremo oeste del campamento. Una vez llegaron al perímetro exterior, encontraron hogueras junto a las cuales había grupos de arqueros que medio vigilaban, medio dormitaban. Pero aquellos puestos se hallaban lo bastante espaciados como para colarse entre ellos de manera subrepticia. No se toparon en ningún momento con empalizadas, zanjas ni ningún otro obstáculo. Los persas, sabedores de que los griegos no contaban con caballería digna de tal nombre, no temían ataques por sorpresa: si un ejército de hoplitas decidía atacarlos, los oirían aproximarse mucho antes de que llegaran por el temblor de sus pisadas y los divisarían por la nube de polvo. El sector más vigilado se hallaba al sur, por donde se podía temer un desembarco sorpresa de los hoplitas atenienses. Pero ni siquiera eso se consideraba un peligro real, puesto que los atenienses podían movilizar como mucho diez mil soldados de infantería pesada contra un ejército siete u ocho veces superior en número.

Una vez perdieron de vista las últimas hogueras de vigilancia, tomaron el camino que conducía a Eleusis, la villa sagrada donde los atenienses celebraban unos cultos mistéricos en honor de la madre Deméter y de su hija, que bajaba a los infiernos como Perséfone y volvía a resurgir cada primavera como Core. Esa ruta debía conducirlos por el paso de Coridalo, un camino estrecho entre los montes del Parnes, al norte, y el Egáleo, al sur. Apenas tenía cuestas y era fácil de transitar, pero por eso mismo podía resultar peligroso. Decidieron apartarse de él y marchar por las laderas del Parnes, cuyas crestas se alzaban a poco más de trescientos metros sobre la llanura.

En aquella zona, pese a que se hallaba a cierta distancia del campamento, se veían ya muchos árboles cortados: la voracidad del ejército persa parecía inagotable. A unas dos horas del amanecer, se encontraron precisamente con una patrulla de soldados que habían sido enviados a las faldas del monte a recoger leña. No eran muchos, tal vez doce o quince, y estaban todos dormidos, vivaqueando alrededor de los rescoldos de un fuego, algunos tapados con sus mantos y otros no, pues la noche era cálida. Tan solo había uno despierto montando guardia, y no con demasiado celo: estaba sentado sobre una piedra y se dedicaba a contemplar las brasas con gesto de aburrimiento.

Al parecer, aquellos forrajeadores esperaban poco peligro del oeste, lo cual no era de extrañar. No se habían tenido noticias de avances enemigos desde aquella dirección en ningún momento de la guerra. Pese a la victoria de la flota griega en Salamina, los supuestos aliados del Peloponeso ni siquiera hacían amago de abandonar la seguridad del muro que habían levantado en el istmo de Corinto, y permitían que los persas camparan a sus anchas por el territorio que los atenienses se habían visto obligados a abandonar por segunda vez.

En cuanto a un ataque por el este, ¿por qué motivo lo iban a esperar? ¿Quién iba a desertar del campamento persa para unirse a un bando, el griego, que parecía abocado a la derrota?

—Son tesalios —murmuró Palamedes, mientras él y Perseo estudiaban la situación desde detrás de unas rocas cercanas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Perseo, que ya había olvidado su conversación de esa misma tarde con el comandante tesalio Menón y más aún sus campañas como mercenario en Tesalia.

—Observa esas armas al lado del fuego y esos escudos.

Los tesalios participaban en la expedición persa como jinetes. Los caballos de aquella patrulla de forrajeadores se hallaban a poca distancia, maneados entre unos acebuches. Sacando de la vaina su cuchillo, Palamedes sugirió:

—Vamos a llevarnos dos de esos caballos. Pero antes hay que encargarse del tipo que está de guardia.

Perseo le puso la mano en el antebrazo.

—Yo me ocupo —dijo, con una seguridad que sorprendió al joven de Halicarnaso.

Perseo salió del amparo de la roca y se acercó al centinela, moviéndose con una agilidad y un sigilo pasmosos en alguien de su tamaño, como si sus pies flotaran por encima del suelo. Al llegar junto al tesalio, se agachó y lo apresó con la misma llave que había utilizado para desmayar a Masistio. En este caso, todo terminó mucho más rápido y el centinela se desplomó sin proferir el menor ruido.

Procurando ser tan silencioso como Perseo, Palamedes se acercó a los caballos y empezó a cortar las sogas que retenían a los dos últimos de la reata, sin dejar de mirar hacia la hoguera para comprobar si alguno de los tesalios se despertaba. Perseo seguía allí, de pie sobre el centinela al que acababa de dejar inconsciente. ¿Por qué demonios no venía ya?

Cuando consiguió desatar al segundo caballo, este relinchó y el ruido alertó a los demás animales, que empezaron a resoplar y resollar inquietos. Palamedes se apresuró a montar a pelo sobre uno de los corceles que había desatado e hizo un gesto impaciente con la mano a Perseo.

Entonces comprendió.

El espartano acababa de sufrir otro ataque de amnesia, en el momento más inoportuno. Varios de los tesalios empezaban a removerse en el suelo, alertados por los ruidos de los caballos.

—¡Perseo! ¡Ven aquí! —llamó Palamedes.

Perseo ni se movió. Palamedes comprendió que en ese instante ni siquiera recordaba su nombre, ni tenía la menor idea de quién era.

¿Qué podía hacer? Dos de los tesalios ya se habían incorporado. Aunque todavía parecían aturdidos, no tardarían más que unos segundos en comprender la situación y abalanzarse sobre Perseo.

«Tengo una misión», recordó Palamedes, comprobando que el cilindro de cuero que contenía el papiro seguía bien sujeto bajo su cinturón. No quedaba tiempo para salvar al espartano. Taloneando al caballo para obligarlo a moverse ladera abajo, se agarró a sus crines y rezó a todos los dioses para que los tesalios se entretuvieran un rato acabando con Perseo antes de emprender su persecución.

Sin volver la vista atrás, Palamedes y su montura bajaron hasta el paso de Coridalo y emprendieron la cabalgata hacia Eleusis.

ESPARTA, VERANO DE 479 A. C.

Pausanias estaba en su despacho, a la luz de las velas, repasando el principio de aquella crónica que había empezado a escribir hacía más de diez años. La idea se debía en buena parte a Temístocles: cuando ambos se encontraron en Maratón, sobre un campo de batalla sembrado de cadáveres persas, su amigo ateniense lo convenció de que aquella batalla no suponía el final de una guerra, sino el primer episodio de un conflicto mucho más vasto y de más alcance.

Allí, en la primera columna del primer papiro, tenía escrito:

> Esta es la crónica de Pausanias el espartano, hijo de Cleómbroto, sobre la guerra entre persas y griegos. Emprendió la tarea justo después de la batalla que atenienses y bárbaros libraron en Maratón, pues desde aquel momento comprendió que iba a ser más importante y digna de memoria que cualquiera de los conflictos que se habían librado en el pasado, incluyendo la guerra de Troya. Y si ha escrito este relato ha sido para evitar que los hechos de los hombres y las asombrosas empresas y proezas de griegos y de bárbaros caigan en el olvido…

Notaba la vista un poco borrosa y las letras le bailaban como si estuvieran escritas en agua. Tal vez había abusado del vino durante la cena. Eso sí, rebajado: no quería seguir el ejemplo de su tío Cleómenes, cuya locura muchos atribuían a su vicio de beber vino puro como los escitas.

Él y Escaleno, el único éforo en el que confiaba, habían cenado con dos atenienses, miembros de la embajada que llevaba ya varios días en Esparta,

intentando convencer a los éforos y a Latíquidas de que movilizaran al ejército y abandonaran de una vez la protección del istmo para acudir en ayuda de su ciudad. Los invitados eran Arístides, el más destacado y prestigioso de los generales atenienses elegidos en aquel año, y Cimón, un joven de la aristocracia de Atenas, pero rendido admirador de Esparta; al menos hasta entonces, porque su entusiasmo empezaba a decaer conforme pasaban los días y la embajada no hacía más que recibir largas.

Al principio de la velada los había acompañado Plistarco, el joven rey. A sus once años, mostraba la educación y el comedimiento que se esperaban de un espartano; tal vez porque no estaba su madre delante, ya que con ella siempre se mostraba más rebelde. Durante la cena, a Pausanias le llamó la atención cómo el muchacho imitaba casi sin querer el acento de los invitados, con la aspiración de la *phi*, la *theta* y la *khi*, marcando tanto énfasis en aquellas consonantes que a veces casi las escupía, mientras que el ateniense Cimón, en cambio, tendía a abrir las vocales y a sesear al modo espartano.

Antes de retirarse, Plistarco se despidió de los invitados con unas palabras que seguramente le había inspirado su madre antes de partir para Atenas.

—Es una lástima que yo no tenga edad suficiente para mandar un ejército, pues sé que no habrá otra ocasión como esta para demostrar el valor de Esparta. Pero podéis confiar plenamente en mi tío Pausanias, como yo mismo confío. ¡Que los dioses protejan a Atenas y a Esparta!

La intención era buena, pero al propio Pausanias aquel breve discurso le había sonado hueco, sin convicción, como si en realidad su sobrino no depositara demasiada fe en él. Era lo mismo que les ocurría a todos los demás, y a él más que a nadie.

¡Cuánto echaba de menos el apoyo de Temístocles! Con él su confianza se habría triplicado. Se suponía que Gorgo había ido a buscarlo para traerlo a Esparta, pero Pausanias no confiaba demasiado en que regresara con él.

Uno de los dos invitados, Cimón, era hijo del difunto general Milcíades, al que todos consideraban el vencedor de Maratón. No obstante, Pausanias sabía que en Maratón, como en tantos otros hechos de aquella larga guerra —el asesinato de los embajadores persas, por ejemplo—, la inteligencia oculta entre las sombras había sido la de Temístocles. Si su amigo estuviera allí con ellos, seguramente se le habría ocurrido una solución para salir de aquella situación en la que llevaban empantanados tantos meses.

Escaleno, que no acostumbraba morderse la lengua, debía de haber

pensado algo parecido, porque durante la cena preguntó a los dos atenienses:

—¿Cómo es que no ha venido Temístocles con vosotros?

—¿Por qué habría de venir? —respondió Arístides.

—Que sea el mejor general de Atenas me parece una razón más que convincente.

—¿Quién ha dicho que lo sea? —intervino Cimón.

Pausanias estudió al joven «cachorro de león», como lo llamaba Leónidas. Se había criado en política prácticamente a los pechos de Temístocles, pero después había decidido pasarse al bando de sus rivales, los conocidos en Atenas como Eupátridas, «hijos de buenos padres». Sin embargo, los dos habían firmado una especie de armisticio justo antes de la batalla de Salamina, en aras de la victoria.

Al final, fue Arístides —conocido por sus virtudes como el Justo— quien respondió con sinceridad a la pregunta de Escaleno.

—Temístocles está retirado de la política.

—¿Voluntariamente? —se extrañó Escaleno, mientras rellenaba las copas de vino de todos.

«Con razón veo un poco borroso», se dijo ahora Pausanias, recordando que Escaleno había oficiado de simposiarca extraoficial, decidiendo la proporción de agua y de vino y escanciando la bebida cuando los sirvientes andaban un poco lentos. Circunstancia que para Escaleno, que no soportaba tener la copa vacía ni un segundo, se daba casi siempre.

—Fue la contrapartida que nos ofreció a cambio de que aceptáramos su plan en Salamina —les explicó Arístides—. Nosotros cumplimos con nuestra parte en su momento, y ahora él está cumpliendo con la suya. No puede ser general, ni embajador, ni arconte. Solo un ciudadano privado más, con derecho a votar en la asamblea como todo el mundo.

Animado por el vino, y también por la lealtad que le debía a su amigo, Pausanias, que ya conocía esos hechos, intervino en aquel punto.

—Pues a mí me parece un desperdicio. Por rivalidades personales os habéis desprendido del hombre más inteligente que he conocido en mi vida.

—Temístocles es más astuto que inteligente —repuso Cimón. «Qué edificante, apuñalando a tu antiguo mentor», se dijo Pausanias—. Y las

guerras se ganan más con valor que con astucia.

Tras revolver su copa en las manos, Escaleno sacudió la muñeca y arrojó los posos del vino lejos de sí con tanta precisión que acertó de lleno a la llama de una vela que ardía sobre un candelabro y la apagó. Ajeno a las miradas de admiración provocadas por su puntería, añadió:

—Veo que eres muy admirador de nuestro carácter, mi querido Cimón.

—Así es —contestó el aludido, acariciándose involuntariamente las largas trenzas que se dejaba crecer al modo espartano.

—Pues deberías saber que nosotros los espartanos, que no cedemos en valor ante nadie, también valoramos la astucia. —Dirigiéndose a Pausanias, Escaleno preguntó—: ¿Cuál era esa frase de tu tío Cleómenes?

—«En la guerra, donde no alcanza la piel del león hay que coser un poco de piel de zorra» —citó Pausanias.

Aquello provocó sonrisas condescendientes en los dos atenienses.

—No sé qué piel hay que coser en este caso —dijo Arístides—, pero de algún modo tenemos que solucionar esta situación, regente. Nuestros compatriotas están pasando hambre y ven cómo el enemigo sigue devastando nuestros templos, nuestras casas y nuestros cultivos. Si no tomáis pronto la determinación de ayudarnos…

La conclusión de la frase era clara: nos pasaremos con nuestros navíos al bando de los persas, que nos han ofrecido su alianza. La amenaza era muy seria, pero Latíquidas y los éforos que lo apoyaban se negaban a creerla y la consideraban una baladronada.

O, como opinaba Gorgo, simplemente actuaban así porque estaban sobornados por el oro persa.

Recordando la conversación de la cena, Pausanias se frotó los ojos y pensó si merecía la pena seguir escribiendo. En los últimos meses, casi en el último año contando Salamina, no se había producido un solo choque de armas de importancia: tan solo intercambios de embajadores, conversaciones interminables y cruce de cartas. Al final, tal como lo veía Pausanias, los persas iban a acabar ganando la guerra por aburrimiento.

Oyó cómo llamaban a la puerta con los nudillos. Pausanias preguntó quién era y un criado se asomó para decirle:

—Mi señor, la reina Gorgo desea verte.

Pausanias se levantó con tanta vehemencia que estuvo a punto de tirar la silla al suelo. Después se apresuró a acudir a la puerta, mientras el criado se retiraba en silencio.

Al ver a su prima, no pudo sino contener el aliento. Nunca la había visto tan bella. Gorgo traía un candelabro en la mano, llevaba el pelo suelto sobre los hombros y caminaba descalza. Ni siquiera se había puesto un chal sobre la túnica, lo que hacía que a la luz de las velas sus formas se insinuaran bajo el fino tejido de lino azul.

—¡Prima! Has vuelto por fin. ¿Has traído a…?

Ella asintió y después preguntó:

—¿Puedo pasar?

Pausanias se hizo a un lado para dejar que entrara y a continuación cerró la puerta tras ella. En cuanto lo hizo se arrepintió: no era algo propio de él quedarse a solas de noche con una mujer, y por más señas su prima. Pero Gorgo se volvió hacia él y, acercándose tanto que Pausanias pudo oler su perfume y captar la tibieza que emanaba de su piel, murmuró:

—Sí, lo he traído. Está durmiendo en los aposentos de los invitados, o maquinando algo, no sabría decirte. Esa mente tan complicada nunca descansa.

—Lo sé. Conozco bien a Temístocles.

—Pero ahora no he venido a hablar de él.

La voz de Gorgo sonaba ronca y a la vez susurrante, como si brotara de lo más profundo de su cuerpo. Pausanias sintió que se le abría un vacío en el estómago, un abismo interior por el que estaba a punto de precipitarse.

—¿A qué has venido entonces, Gorgo?

Por toda respuesta, ella dejó la vela sobre la mesa, se soltó los prendedores de la túnica y dejó que resbalara sobre sus hombros.

No llevaba nada debajo.

—A sentir algo que no siento hace más de diez años. Esta noche te necesito.

—¿Me necesitas? ¿A mí…?

Gorgo le puso una mano en la boca y le chistó suavemente para que se

callara. Después retiró los dedos y los reemplazó por sus labios.

Pausanias soñó que estaba acostado al lado de Gorgo, abrazado a su cuerpo desnudo, su piel suave, su cabello fragante. Pegado a su espalda y rodeándola con los brazos, su mano derecha abarcando el pecho blando y tibio, uno de esos pechos con los que tantos años había soñado y que por fin había conseguido acariciar y besar.

Entonces entreabrió los párpados y recordó que no era un sueño y que aquello había ocurrido en verdad.

¿O no? Al estirar la mano para palpar el cuerpo de su prima, solo encontró el lecho vacío.

—Estoy aquí.

Pausanias terminó de abrir los ojos y levantó la mirada. Gorgo ya se había puesto la túnica, lo que hizo que él se avergonzara de repente de su propia desnudez. Tirando de la sábana para cubrirse las partes pudendas, se sentó en el lecho.

Gorgo estaba asomada a la ventana. La brisa movía sus cabellos, que flotaban sueltos sobre su espalda. La luz de las velas alumbraba su perfil y dibujaba las transparencias de su cuerpo bajo la túnica de lino.

«Dioses, qué hermosa es», se dijo Pausanias, y aquel pensamiento le resultó físicamente doloroso.

—Debes prometerme una cosa —pidió Gorgo, con la mirada perdida en las sombras del exterior.

En circunstancias normales, Pausanias, siempre prudente, habría preguntado: «¿Qué cosa?» antes de comprometerse. Pero por Gorgo estaba dispuesto a todo, y más después de lo que había ocurrido entre ellos.

—Lo que tú me pidas.

Por fin, Gorgo se dignó volver la mirada hacia él. Su gesto, con la barbilla levantada y los ojos muy abiertos, casi sin parpadear, hizo que a Pausanias se le antojara todavía más remota, más inalcanzable que nunca.

—Esto no tiene nada que ver con la promesa que te hice yo —dijo Gorgo.

«Casarte conmigo si venzo a los persas como general», recordó Pausanias.

—Entiendo —respondió en voz alta.

—Es una promesa que te voy a pedir yo a ti.

—Lo que sea —aceptó Pausanias, imprudente por segunda vez.

—Esparta no tiene murallas porque nunca le han hecho falta. Las mujeres de Esparta jamás hemos visto los escudos de nuestros enemigos.

—Así reza nuestra tradición.

—Prométeme que va a seguir siendo así. Prométeme que las espartanas no veremos jamás los escudos de mimbre de los persas.

Pausanias tragó saliva. ¿Podía prometer eso?

Tenía que hacerlo.

—Por Heracles, por Helena y por los divinos Gemelos, te juro que así será. Las espartanas no veréis los escudos del enemigo entrando en nuestra ciudad.

Por toda respuesta, Gorgo asintió con la barbilla. Después se dirigió a la puerta de la alcoba, la abrió, salió sin mirar atrás y cerró tras de sí.

Pausanias sintió un nudo en la garganta. En un banquete había escuchado un poema que aseguraba que, en contra de la opinión común, era peor perder lo que se había poseído una vez que no haberlo tenido nunca.

Él había poseído a Gorgo durante unas horas, breves, tan intangibles como un sueño ahora que habían pasado. Pese a su juramento, Pausanias estaba convencido de que jamás volvería a disfrutar de su cuerpo.

Se le presentaban dos tareas irrealizables. La primera, convencer a las demás autoridades de que era necesario sacar las tropas de Esparta. La segunda, dirigirlas en la batalla.

Y vencer.

Cualquiera de ellas se hallaba tan por encima de sus fuerzas como lo habría estado matar a la Hidra de Lerna o capturar al infernal Cerbero.

Al día siguiente, en el Eforión, se celebró una nueva reunión. Los cinco éforos estaban sentados en su banco de piedra y Latíquidas y Pausanias, en sus respectivos sitiales de roble. Hacía calor, por lo que las celosías de las ventanas se encontraban abiertas. Para evitar oídos indiscretos, en el exterior del edificio había un cordón de guardias reales y del Eforión situados a cinco pasos de cada pared.

También habían acudido los embajadores atenienses, una legación de seis personas que insistían en sus argumentos una y otra vez. Latíquidas los escuchaba con una sonrisa desdeñosa, aunque al menos no repetía en voz alta lo que todos le habían oído decir cuando los atenienses no estaban delante:

—¿Cómo se atreven a amenazarnos unos cobardes que se han dejado arrebatar su ciudad por unos bárbaros no una, sino dos veces?

Por detrás de los embajadores se encontraba Temístocles, sentado en un taburete, con el codo apoyado en un muslo y la barbilla en la mano. Parecía estar escuchando con atención, aunque Pausanias sospechaba que andaba rumiando sus propios designios.

—¿Tienes algún plan para convencer a los demás de que saquemos al ejército de Esparta? —le había preguntado Pausanias cuando ambos se reunieron en palacio muy temprano para tomar un frugal desayuno.

—Todavía no —le había contestado Temístocles—. Pero algo se me ocurrirá.

—¿Me estás tomando el pelo? La situación es muy grave.

Temístocles le había sonreído.

—Ten paciencia, Pausanias. Si todo va bien, es posible que hoy mismo recibamos noticias muy interesantes para nuestra causa.

Pausanias había dejado caer los hombros, desesperado.

—A veces llego a olvidar cuál es nuestra causa.

—¿No recuerdas una conversación que tuvimos hace años, junto a ese pozo donde tus compatriotas arrojaron a los embajadores persas?

—Te veía en el futuro una alianza de ciudades griegas libres. Una gran flota dirigida por mí. Y el más grande ejército jamás reunido en Grecia mandado por ti.

—La recuerdo, sí.

—Entre la providencia divina y la inteligencia humana han conseguido que la primera parte de mi sueño se cumpla. Esa es una señal de que la segunda parte también se cumplirá. Confía en los dioses. Confía en mí. —Temístocles había tomado la mano de Pausanias y la había apretado con fuerza—. Y confía un poco en ti.

Iniciada la reunión con un sacrificio y un voto a los dioses, el éforo Zeuxipo

se levantó y se dirigió a los embajadores.

—Tened paciencia, atenienses. En este momento no podemos enviar tropas fuera de la ciudad. Estamos celebrando las fiestas Jacintias y no queremos ofender a Apolo.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Arístides, que día a día se mostraba más impaciente pese a la petición de Zeuxipo—. ¿Cuándo hacéis la guerra, si se puede saber? Cuando no son las Carneas son las Jacintias, pero el caso es que nunca es buen momento para vosotros.

—Hacemos la guerra cuando le conviene a nuestra ciudad —respondió Latíquidas—, no cuando os interesa a vosotros, atenienses.

El desprecio que mostraba el rey Euripóntida por Atenas resultaba demasiado evidente, incluso en su postura, casi recostado en el sitial y con las piernas abiertas. Pausanias, que cuidaba de mantener una compostura exquisita, observó cómo Cimón, más joven e impulsivo, tenía los nudillos blancos de apretar los puños. Era evidente que se moría de ganas de estampárselos a Latíquidas en la cara.

El éforo Brásidas levantó la mano e intervino en un tono más contemporizador.

—El muro del istmo ya está completado, con parapeto y almenas en todo su recorrido, de mar a mar. Desde él podemos rechazar todas las andanadas de flechas que nos quieran mandar los arqueros persas. Mientras los persas sigan en Grecia, podéis trasladaros vosotros y vuestras familias al Peloponeso. Allí os buscaremos tierras y estaréis protegidos.

—¿De qué servirá el muro si los persas lo pasan de largo con barcos y desembarcan más al sur? —preguntó Arístides.

—Eso no ocurrirá. No tienen flota —respondió Latíquidas en tono seco.

—Por ahora —masculló Cimón.

—¿Qué has dicho, joven? —inquirió Latíquidas, enderezándose en el sitial.

Arístides hizo un gesto para calmar a Cimón y contestó en su lugar.

—Estáis hablando de buscarnos tierras. Pero los persas también nos las han ofrecido. Las que nosotros queramos y donde queramos. Nos hemos negado por Zeus Helenio y por nuestro honor. Pero nuestra paciencia tiene un límite.

—¿Qué quieres decir, ateniense? ¿Nos estás amenazando? —preguntó Latíquidas. Su indignación sonaba más exagerada que auténtica.

—Estoy diciendo exactamente lo que has oído —respondió Arístides, sin dejarse intimidar. En cierto modo se parecía a Latíquidas, alto y de piel y cabellos claros, pero no había en él ningún asomo de blandura. A decir verdad, habría lucido mejor como rey de Esparta que el Euripóntida.

«Y que yo mismo», se dijo para sus adentros Pausanias.

En ese momento de tensión, las hojas de la puerta exterior se abrieron. Un oficial de la guardia del Eforión —un cuerpo independiente de la guardia real, aunque menos nutrido— informó:

—Nobles éforos, acaban de llegar dos mensajeros que desean veros.

Zeuxipo, que como éforo epónimo llevaba todo su mandato arrogándose la potestad de hablar en nombre de los demás, se levantó y caminó hacia la puerta, golpeteando las losas del suelo con su báculo.

—¿Dos nada menos? Que esperen. ¿No veis que estamos reunidos tratando asuntos de la guerra contra los persas?

—De esa guerra se trata, noble Zeuxipo —respondió el oficial, sin arredrarse—. Si no, no me habría molestado en avisaros.

Zeuxipo soltó un gruñido difícil de interpretar. Al ver que nadie se decidía, Pausanias se levantó a su vez y le hizo un gesto al oficial.

—Haz que pasen.

—Zeuxipo ya lo ha dicho —gruñó Latíquidas—. Estamos en una reunión.

Pausanias notó cómo la sangre afluía a su rostro, pero esta vez no se acobardó, bien fuera porque se sentía más seguro gracias a la presencia de Temístocles o por la promesa que le había hecho a su prima. «No verás escudos persas en Esparta».

—Una reunión en la que no avanzamos nada y no dejamos de repetirnos —dijo Pausanias—. ¡Yo digo que hagamos pasar a esos mensajeros!

—Y yo secundo la propuesta —intervino Escaleno, levantando la mano desde el banco.

En cualquier caso, ya era tarde para votar. Por propia iniciativa, el oficial había dejado pasar a los dos personajes en cuestión. Uno era un auténtico heraldo, con su caduceo y otros admnículos de su oficio; un hombre de

estatura menos que mediana y cuerpo fibroso, con la piel curtida por el sol. Pausanias lo conocía, pues había estado muchas veces en Esparta y además era el mensajero más famoso de Grecia: Fidípides el ateniense, que había recorrido la distancia entre Atenas y Esparta en un viaje de ida y vuelta ya legendario en menos de dos días.

El otro era un hombre más joven, alto y musculoso, vestido con ropas militares polvorientas. Griego, sin duda, si bien Pausanias no supo identificar su procedencia a simple vista.

Ambos traían en la mano sendos cilindros de cuero, que sin duda contenían cartas o algún otro tipo de documento.

—¿Quién de vosotros hablará primero? —preguntó Zeuxipo, al comprobar que la entrada de los mensajeros en el Eforión era ya un hecho consumado.

—¡Un momento! —exclamó Temístocles, levantándose del asiento donde había permanecido en silencio—. Uno de los mensajeros viene a verme a mí, ¿verdad, Fidípides?

El ilustre corredor asintió y se dirigió hacia él sin vacilar.

—¿Desde cuándo un ateniense utiliza el Eforión como su oficina particular? —protestó Zeuxipo en tono indignado.

—Discúlpame, le dije a Fidípides que el mensaje era muy urgente y que debía entregármelo dondequiera que me encontrara —respondió Temístocles —. Ha sido casualidad que coincida con esta reunión.

—A la que no has sido invitado, ateniense —terció Latíquidas.

—Lo he invitado yo —replicó Pausanias.

Temístocles, sin inmutarse ante la palmaria hostilidad del rey y del éforo epónimo, quitó la tapa del tubo que le había entregado Fidípides y extrajo de su interior varios papiros enrollados. Al ver en su rostro un amago de sonrisa, Pausanias sintió que el ánimo se le levantaba, como si tras días de tormenta un rayo de sol acabara de asomar por un resquicio entre las nubes.

—Y, sin embargo, mi admirado rey Latíquidas —dijo Temístocles, sin levantar la vista de los documentos que estaba examinando—, te aseguro que te interesa, y mucho, que yo haya acudido a esta reunión. ¿Te he dicho que mi buen amigo Fidípides ha venido corriendo directamente desde Delfos?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Latíquidas, levantándose por fin de su

asiento.

—Si eres tan amable de venir a comprobarlo, te lo enseñaré.

Como si hubiera olvidado que allí él era el rey y Temístocles un simple extranjero, Latíquidas se apresuró a acercarse al rincón donde el ateniense había extendido aquellos papiros sobre un banco de madera y los estudiaba con unos gestos de interés que Pausanias encontró un tanto exagerados.

Mientras tanto, el otro mensajero se presentó.

—Vengo del campamento persa en Atenas. Me llamo Palamedes. Traigo un mensaje de alguien muy importante y debo entregarlo en mano a uno de los dos reyes.

Latíquidas, que se había inclinado por encima del hombro de Temístocles para examinar los documentos, levantó la cabeza desde allí y chasqueó los dedos.

—¡Aquí hay un único rey y soy yo! ¡Tráeme ese mensaje, muchacho!

—¡Qué acaparador! —exclamó Escaleno, que a esas alturas de la reunión ya había dado cuenta de tres copas de vino—. ¿No conoces la fábula del perro que cruzaba el río con un trozo de carne, vio su reflejo en el agua, creyó que allí había más carne y al abrir la boca para cogerla perdió el trozo de carne que ya era suyo? La codicia nunca es buena.

La mirada furiosa de Latíquidas hizo pensar a Pausanias que Escaleno había utilizado la palabra «codicia» con toda la intención y que había dado en el clavo.

El hombre que decía llamarse Palamedes, tras quedarse unos instantes dubitativo a media distancia entre Latíquidas y Pausanias, habló:

—La persona que me encargó traer este mensaje me dijo que no debía entregárselo al rey que sucedió a Damarato, sino al que sucedió a Leónidas.

—Eso se refiere al rey Plistarco —intervino el éforo Zeuxipo—. Habrá que traerlo aquí.

—No seas absurdo, Zeuxipo —dijo Escaleno, con la lengua cada vez más suelta—. A todos los efectos, el sucesor de Leónidas es Pausanias. Amigo Palamedes, puedes darle tu mensaje.

El mensajero, fuese un heraldo o, como sospechaba Pausanias, un desertor, se acercó a él y le entregó aquel canuto de piel. Tenía un sello de

barro en el que se representaba a un personaje de porte heroico, tal vez un rey, luchando contra un león bajo el típico sol alado de los persas.

—Es el sello del mismísimo Jerjes —le informó Palamedes al observar sus dudas.

Pausanias rompió el sello y desató el cordel. Después retiró la tapa del canuto y sacó de dentro un papiro casi blanco, de una suavidad y una textura exquisitas. Pero al desenrollarlo para leer se encontró con un amasijo de signos incomprensibles, una especie de cuñas que recordaban a diminutas huellas de pájaro sobre el barro.

—¿Qué es esto? —inquirió Pausanias, enseñándole el papiro a Palamedes —. ¿Tú sabes persa?

—Lo chapurreo, señor, pero no sé leerlo —reconoció el mensajero.

—¿Alguien de vosotros sabe leer persa? —preguntó en voz alta Pausanias. Al momento se arrepintió de su pregunta, pues era evidente que nadie allí iba a saber descifrar aquel galimatías de signos.

—Tú eres el erudito aquí, regente —dijo Zeuxipo en tono sarcástico—. Al menos, eso me han dicho.

—¡Esperad! Yo os leeré lo que está escrito en esa carta.

Todos se volvieron hacia el rincón más oscuro de la sala. Allí, al pie de una enorme estatua de piedra que representaba a Apolo, se erguía el adivino Tisámeno, agarrando con ambas manos su báculo. ¿En qué momento se había colado en el Eforión? ¿O había llegado el primero y se había mantenido oculto entre las sombras hasta entonces?

Fuere como fuere, su llegada no podía ser más providencial. Pausanias levantó la mano, ofreciéndole el mensaje de Palamedes, y el adivino se acercó a él, clavando la contera de su bastón en las losas con su energía habitual y haciendo campanillear los cascabeles de su barba.

Tisámeno tomó el papiro, se apoyó el báculo sobre el pecho para tener ambas manos libres y lo desenrolló. Al ver que fruncía el ceño y arrugaba la nariz como si estuviera oliendo algo desagradable, Pausanias pensó que un nativo de Élide, por muy adivino que fuese, no podía conocer la escritura oficial de la corte de Jerjes, y perdió las breves esperanzas que había albergado.

Mientras Tisámeno seguía examinando el mensaje, Pausanias miró de

reojo al otro lado de la sala. Allí, Temístocles se dedicaba a bisbisear y señalar con el dedo diversas líneas de los documentos que había traído Fidípides, mientras Latíquidas, con el rostro rojo de ira, vergüenza o ambas cosas, sacudía la cabeza y contestaba entre dientes. Saltaba a la vista que se estaba conteniendo para no gritar.

Por fin, Tisámeno carraspeó en tono solemne y, ahuecando la voz, leyó:

—«De Jerjes, el Gran Rey, Rey de Reyes, Rey de las Tierras, hijo de Darío, el Aqueménida. A su amigo y vasallo Masistio, hijo de Hidarnes, comandante de su caballería en el país de los griegos.

»Cuando tú y mis demás comandantes rompáis mi sello real y leáis estas órdenes, deberéis hacer lo siguiente para cumplir mi voluntad y la de Ahuramazda, Señor de la Sabiduría, pues es nuestro deseo vengar por fin el incendio de los palacios de mi padre en Sardes y también la sacrílega muerte de sus embajadores en Atenas y Esparta.

»Tanto atenienses como espartanos, seguidores de la mentira, deben conocer mi justa ira, la ira de Jerjes, el Gran Rey, Rey de Reyes, Rey de las Tierras, hijo de Darío, el Aqueménida. Por tal motivo, bien sea que el señor Ahuramazda os conceda derrotarlos en el campo de batalla juntos o por separado, o que me ofrezcan el agua y la tierra en señal de vasallaje juntos o por separado, y sean cuales sean las condiciones que en mi nombre mi general Mardonio haya estipulado con ellos juntos o por separado, yo ordeno, por la grandeza y la verdad de Ahuramazda…».

Tisámeno hizo una pausa y levantó la vista, como si quisiera comprobar si le estaban haciendo caso. Pausanias aprovechó para mirar en derredor. Todos en el Eforión estaban pendientes del mensaje; incluso Temístocles y Latíquidas, que habían interrumpido momentáneamente su discusión.

Tisámeno volvió a carraspear y reanudó la traducción.

—«Que Atenas y Esparta sean incendiadas, y después de incendiadas demolidas, y después de demolidas sean incendiadas de nuevo, y así sucesivamente hasta que no quede una sola piedra que se eleve más de una cuarta de braza sobre el suelo, ni un árbol ni una planta que no sea cardo o mala hierba. Que las tumbas de ambas ciudades sean abiertas y execradas, y los huesos de sus muertos arrojados por el suelo para que las tierras que los reciban queden mancilladas. Que sus campos se siembren de sal en dos pasarangas a la redonda. Que los soldados atenienses y espartanos que no hayan muerto en la batalla y caigan prisioneros o se entreguen a sí mismos

como tales sean ejecutados. Que sus mujeres y sus niños sean marcados con hierros candentes y deportados a Asia para ser vendidos como esclavos y repartidos por todos los vastos dominios que señoreo.

»Este es el mandato de Jerjes, el Gran Rey, Rey de Reyes, Rey de las Tierras, hijo de Darío, el Aqueménida, por voluntad de Ahuramazda, Señor de la Sabiduría, y como tal debe cumplirse».

Las últimas palabras de Tisámeno, no menos rotundas y solemnes que si las hubiera pronunciado el mismo Jerjes, retumbaron entre las paredes de piedra de la estancia. Durante unos segundos, mientras el adivino enrollaba de nuevo el papiro y lo introducía en el cilindro de cuero, nadie dijo nada. Todos se limitaron a cruzar miradas, a medias entre la incredulidad y el temor.

El mensaje, comprendió Pausanias, lo dejaba todo muy claro. Por más pactos y sobornos que les estuviera ofreciendo Mardonio en nombre del Gran Rey, todo era mentira.

Jerjes solo pretendía la aniquilación total de Atenas y de Esparta.

Para sorpresa de Pausanias, quien primero rompió el silencio fue Latíquidas, que regresó dando zancadas a la zona donde estaba su sitial, mientras exclamaba:

—¡Esto lo cambia todo!

Al llegar ante el banco de piedra, Latíquidas clavó la mirada en Zeuxipo y en otros dos éforos, abriendo los ojos de forma exagerada y moviendo la barbilla como si quisiera transmitirles un mensaje secreto. Fuese cual fuese, ni Escaleno ni Brásidas parecían compartirlo.

Pausanias sospechó que lo que podían tener los cuatro en común era que habían sido sobornados por Jerjes.

Y que Temístocles los había pillado.

Trató de disimular una sonrisa. Con razón el mensaje venía de Delfos. Era el lugar más seguro de Grecia para depositar dinero y tesoros a nombre de terceras personas. A través de Delfos había sobornado Temístocles a Cleómenes en el pasado, de modo que conocía muy bien cómo funcionaba el santuario.

Los documentos que le había enseñado a Latíquidas debían de ser recibos de las «donaciones» persas a nombre del rey y de sus cómplices éforos.

—¡De haber sabido esto antes, las cosas habrían sido muy distintas! —

insistió Latíquidas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arístides.

Latíquidas se volvió hacia el general ateniense. Seguía teniendo las mejillas coloradas. Pausanias miró de reojo a Temístocles, que había terminado de recoger sus papiros y los había guardado en su propio tubo. Conocía lo bastante a su amigo para interpretar que aquella sonrisa apenas insinuada significaba que se había salido con la suya. En aquel momento las afiladas garras de Temístocles se habían cerrado sobre los testículos de Latíquidas y no los soltarían con facilidad.

Para demostrarlo, el rey Latíquidas demostró un cambio de opinión tan asombroso como no se había conocido desde la Palinodia de Estesícoro.

—Nobles éforos, representantes del pueblo de Esparta —dijo, mirándolos a todos esta vez, uno por uno—. Yo propongo que, con efecto inmediato, se proceda a una movilización general de los ciudadanos espartanos hasta un número de cinco mil, más un número igual de hoplitas periecos y los auxiliares que sean necesarios, y que ese ejército salga al encuentro del bárbaro en el Ática, en Beocia o en los confines de Grecia si es necesario para expulsarlo de una vez por todas de nuestra tierra. Y propongo también que se convoque a todos nuestros aliados de la Liga del Peloponeso para que se reúnan con nosotros en Corinto con todas las tropas que tengan disponibles.

—¡Bravo, Latíquidas, así se habla! —Aplaudió Escaleno con sus manos deformes.

Los demás éforos se miraron entre sí y no tardaron en secundar la propuesta. De ellos dependía declarar la guerra, pero dirigirla como generales era un privilegio de los reyes.

Pausanias recordó la promesa que le había hecho Gorgo. Si regresaba a Esparta al frente de un ejército victorioso sobre los persas, se casaría con él.

Ahora, Latíquidas, que tan reacio se había mostrado a ayudar a los atenienses, pretendía robarle la iniciativa a él, Pausanias, el único que había sostenido que era necesario salir al encuentro de los persas y no esperar a que invadieran el Peloponeso.

Arístides y Cimón, entusiasmados por el giro que habían tomado los acontecimientos, estrecharon la mano de Latíquidas y de los éforos, mientras Pausanias, frustrado, se mantenía en segundo plano. Tan solo Escaleno lo miró e hizo un gesto con las palmas hacia arriba, como diciéndole: «Qué se le

va a hacer, los dioses no conceden todos sus dones de golpe».

Temístocles, que había permanecido apartado, se incorporó al grupo e hizo una pregunta.

—Vuestra ley dice que solo uno de los dos reyes de Esparta puede dirigir ese ejército que proyectáis movilizar. ¿Quién de vosotros será?

Latíquidas compuso un gesto de asombro, como si aquella pregunta tuviera una respuesta tan obvia que no mereciera la pena ni formularla.

—¿Que quién de nosotros será? Es evidente. Esparta tiene que vengar la muerte de Leónidas y sus hombres. ¿Hay alguien más adecuado para hacerlo que su hijo, y en su nombre su tutor y regente Pausanias?

De pronto, todas las miradas se volvieron hacia él, que sintió cómo la sangre huía del resto de su cuerpo para afluir a su rostro. Temístocles fue el primero en acercarse a él para abrazarlo. Mientras lo hacía, Pausanias le susurró al oído:

—¿Con qué le has amenazado para salirte con la tuya? ¿Con el destierro o la ejecución?

—Amén de la confiscación de sus bienes, que casi le duele más —respondió Temístocles—. Pero no ha sido solo obra mía, como te dije esta mañana. Te pedí que confiaras en mí…

—Y también en los dioses. Pues esta intervención ha sido divina.

La grave voz de Tisámeno sonó casi en su oído y lo sobresaltó. Dando un respingo, se soltó del abrazo de su amigo. El adivino le tendió el cilindro de cuero. Pausanias lo cogió y después miró a su amigo, al que el mensajero Palamedes acababa de entregarle un pequeño tarro de alabastro. Temístocles lo destapó, lo movió en pequeños círculos, se lo llevó a la nariz y lo olisqueó. Tras unos segundos, una sonrisa iluminó su rostro.

—Tienes razón, adivino. De una intervención divina se trata, pues la misma diosa Ártemis es la que nos ha brindado su ayuda para que por fin nos unamos contra los bárbaros.

Como ocurría con los documentos que Fidípides había traído de Delfos, Pausanias sospechó que allí se escondía algún secreto que, con tiempo y paciencia, su amigo acabaría revelándole en detalle.

Pero, mientras, tenía algo más urgente de lo que preocuparse.

Aprender a mandar un ejército.

# Sexta parte

## Platea

# 1

Ladera norte del Citerón, verano de 479 a. C.

Tras pasar entre dos picos sembrados de pinos, el camino se abrió y por fin se extendió ante sus ojos la gran llanura de Beocia.

—Ya llegamos ante el enemigo —comentó Escaleno—. Los dados están echados, no tenemos vuelta atrás.

Pausanias asintió. Le corría un hormigueo por el estómago, mezcla de responsabilidad, preocupación y miedo. Salvo por los exploradores de vanguardia, era él quien marchaba en cabeza de la expedición. Detrás de él, entre los hoplitas que formaban el corazón del ejército, la infantería ligera y los sirvientes, viajaban noventa mil personas.

Y todas ellas estaban a su cargo.

Respiró hondo y, procurando alargar las zancadas para demostrar más determinación, siguió a Hiparco, un noble de Platea que lo acompañaba para mostrarle la topografía de la comarca. Ambos subieron a una peña que servía de mirador. Poco después se unieron a ellos su primo Eurianacte, que le servía como lugarteniente y comandante del batallón de Mesoa, Temístocles y Escaleno. Al pie de la roca se quedaron cien *hippeîs* que le servían como escolta —los otros doscientos se habían quedado en Esparta con el rey niño —. Entre aquellos soldados estaban los miembros del batallón Gea que habían sobrevivido a la misión en Arcadia y a las mutilaciones de la Estigia, que se habían convertido en una especie de guardia personal dentro de la guardia personal.

Desde allí, el camino bajaba por la ladera hasta el pie del Citerón. En esa zona el terreno era más accidentado y descendía hacia el río Asopo en suaves lomas y algunas quebradas pobladas de matorrales y zarzas. Más allá, una línea ondulante de sauces y alisos revelaba el curso del río, que corría de oeste a este paralelo a las montañas.

Aunque había muchos elementos naturales y artificiales que Pausanias debía estudiar y considerar, lo primero que le llamó la atención se hallaba a unos cuatro kilómetros al norte de su posición, más allá del río.

El campamento persa.

A pesar de que los exploradores le habían informado sobre él, Pausanias no estaba preparado para el tamaño de aquella construcción. Temístocles, que tenía un ojo extraordinario para calcular proporciones y distancias, dijo:

—Ese fuerte mide casi dos kilómetros de lado.

Eurianacte, el primo de Pausanias, silbó entre dientes.

—¡Dos kilómetros! Más de diez estadios de Olimpia uno detrás de otro. Dentro de esa empalizada cabríamos todos nosotros: hoplitas, peltastas, criados…

—Apretando los edificios, ahí cabría toda Esparta y aún sobraría espacio —aventuró Escaleno.

Pausanias no dijo nada todavía. Había comprobado que a veces el silencio daba sensación de autoridad. Y toda la que pudiera mostrar era poca, considerando que el contingente que le seguía era el mayor reunido en toda la historia de Grecia.

Y él era su general.

Pocos días antes, el ejército entero se había reunido en el istmo de Corinto, al pie de la muralla que había hecho construir su padre cuando ya era un montón de huesos que no dejaba de toser y esputar sangre. Allí, Pausanias, asustado ante la magnitud de su misión, le había confesado a Temístocles:

—No puedo hacerlo. No puedo acaudillar esta empresa.

—Pues tienes que hacerlo. Tú, y nadie más, eres el general de la alianza.

—Ni siquiera soy rey, y tengo que lidiar contra uno de los dos éforos que me acompañan y contra varios comandantes de batallón. Eso por no hablar de los generales de todas las demás ciudades. ¡Cada uno de ellos se cree que es el único que sabe cómo dirigir esta guerra!

—Tienes que mostrarte seguro ante ellos. Si ven debilidad en ti, Arístides y los demás generales olerán tu miedo, empezarán a comerte terreno. Cuando quieras darte cuenta, serán ellos los que dirijan el ejército y no tú.

—¿Cómo puedo evitarlo? Yo no soy como tú.

—Pues tendrás que serlo. Tendrás que ser el Temístocles de Esparta.

—Eso es fácil decirlo para ti, pero yo…

Su amigo se había impacientado con él.

—¿Fácil? ¿Crees que yo tuve las cosas fáciles en algún momento? ¿Qué crees que hice yo? Para conseguir el mando de la flota tuve que bregar contra magistrados, consejeros, generales, enemigos personales, y convencer a una asamblea tres veces más numerosa que la de Esparta. Después de todo eso, aún me las tuve tiesas con Euribíades, el almirante que me impusisteis los espartanos, y con todos los demás generales de la flota, por no hablar de mis compatriotas Arístides, Cimón y Jantipo. Y aun así, me salí con la mía.

—¿Cómo lo lograste?

—Haciendo lo que fuese menester. Rogando, amenazando, sobornando. Engañando. —La mirada de Temístocles se perdió a un lado, evocando el pasado como si Salamina ya estuviera muy lejana en el tiempo—. Sobre todo, creyendo en mi plan.

—¿Y si te hubieras equivocado? ¿Nunca tuviste miedo de fracasar?

—En todo momento.

—Entonces, ¿cómo podías tomar decisiones? —Pausanias se estremeció literalmente—. No soporto la idea de encontrarme constantemente ante dilemas y encrucijadas. Me duele la cabeza pensando en tener que decidir.

—¿Quieres saber cómo lo hacía yo?

—¿Siendo mucho más inteligente que yo?

Temístocles había soltado una carcajada.

—En absoluto, mi querido Pausanias. Es posible que la inteligencia sea precisamente tu problema. La persona inteligente puede encontrarse en un cruce de tres caminos y prever adónde lleva cada uno, con sus pros y sus contras. Eso hace que se quede allí clavado, indeciso, sopesando si las ventajas de cada sendero superan a sus inconvenientes.

—Eso es lo prudente.

—Cuando llega la hora de la verdadera emergencia, la prudencia puede convertirse en inacción y la inacción, en locura.

—Entonces, ¿cómo decidir qué sendero se debe tomar?

—Haz como yo. No seguí ningún sendero que ya estuviera trillado. Lo que hice fue crear mi propio camino para alcanzar el objetivo final, que era derrotar a la flota de Jerjes. Cada vez que me surgía alguna duda, cada vez que tenía que tomar una decisión, me preguntaba a mí mismo: «¿Esto ayuda a cumplir con mi plan?». Si la respuesta era sí, seguía adelante. Si era no, por sensata que pareciera esa decisión, tomaba la contraria.

Todo aquello le sonaba a Pausanias muy ateniense y muy poco espartano.

—También tuviste suerte. Los dioses te sonrieron.

—Como decimos en mi ciudad: «Aunque cuentes con la ayuda de Atenea, mueve tú también la mano». Los dioses sonríen a quienes se ayudan a sí mismos.

Dos días después de aquella conversación, el ejército, que avanzaba con lentitud esperando noticias del enemigo, había entrado en el Ática por el camino de Eleusis. Se hallaban ya en territorio que había sido ocupado por los persas, aunque ahora Mardonio lo hubiese abandonado para retirarse a Beocia.

En Eleusis, situada cerca de la frontera con Mégara, las huellas de destrucción no eran tan visibles como las que encontrarían más adelante, en la propia Atenas. No obstante, los persas habían incendiado y profanado algunos templos, incluido el santuario donde los atenienses celebraban los sagrados misterios en honor de Deméter y su hija, que todos los inviernos descendía al Hades como Perséfone y todas las primaveras volvía a la luz como Core.

Cerca de aquel santuario, junto a la ladera de una colina, se habían reunido los contingentes de todas las ciudades para prestar un juramento que sellara su alianza contra el persa. El texto lo había preparado Pausanias, que se sentía satisfecho del tono solemne y un tanto arcaico que había conseguido al redactarlo.

Encaramado a un estrado de madera sobre el que se había dispuesto un altar, Pausanias se vio por primera vez frente a frente con sus hombres. Con *todos* sus hombres, los noventa mil. Pues no dependían de él únicamente los hoplitas, sino también los peltastas, y los forrajeadores y sirvientes de todo tipo. Al no formar en orden de batalla, había muchas filas de profundidad, cien o más. Aun así, el frente se extendía a ambos lados del campo de visión de Pausanias. El espectáculo era imponente, y no pudo evitar que, al subir al estrado y mirar a la multitud, las piernas le temblaran. Para impedir que se notara, dobló ligeramente las rodillas, contrajo los muslos y cruzó las manos a

la espalda en un gesto de aparente relajamiento.

Habría resultado imposible que su voz, ni la de nadie, ni siquiera la del mítico Esténtor, alcanzase a tal muchedumbre. Por eso, debajo del estrado se había situado Escaleno, dispuesto a repetir las palabras de Pausanias. A su vez, lo que pronunciara Escaleno sería repetido por decenas de heraldos situados entre la multitud, subidos a pedestales o a montones de piedras erigidos a tales efectos.

Con casi doscientos mil ojos pendientes de sus movimientos, Pausanias degolló junto al altar un cabrito blanco con manchas negras. A su lado, sujetando la cabeza de la víctima, estaba Tisámeno, el adivino jefe de la expedición, alto y enjuto, sus cabellos y su barba de nieve ondeando al viento. Pausanias asestó la cuchillada de forma certera, sin que le temblara la mano, y consideró que aquella era una buena señal. Tisámeno, del que bien creía que era capaz de leer la mente de cualquiera, observó cómo fluía la sangre sobre el estrado y dijo:

—Los dioses nos sonríen.

Mientras los ayudantes del adivino rajaban el vientre de la víctima, le sacaban las vísceras y cortaban tajadas de carne para asarlas sobre la parrilla del altar, Pausanias se volvió hacia el ejército. Hacía calor, pero no se quitó el manto rojo, pues sabía que el efecto del viento haciéndolo flamear a su costado añadía solemnidad a la ocasión.

Tragó saliva, carraspeó para sí y, por fin, se decidió a exclamar:

—¡Lucharé hasta la muerte!

Escaleno se puso las manos delante de la boca a modo de bocina de barco y, con su voz, clara y poderosa como una trompeta, repitió:

—¡Lucharé hasta la muerte!

Durante unos segundos se oyeron ecos repetidos, cada vez más débiles, conforme los heraldos repetían las palabras que todos debían memorizar y se las transmitían unos a otros. Después, un breve toque de trompeta dio la orden para que noventa mil gargantas repitieran:

—¡¡LUCHARÉ HASTA LA MUERTE!!

La última sílaba quedó retemblando durante unos segundos en la ladera. Aquel clamor unánime, un griterío que multiplicaba por diez las aclamaciones más vigorosas de la asamblea de Esparta, hizo que hasta el último pelo del

cuerpo de Pausanias se pusiera de punta.

Entonces, y solo entonces, fue consciente por primera vez de que él, Pausanias el pelirrojo, el tímido, el erudito, el hijo del enfermizo Cleómbroto, estaba en verdad al mando del ejército griego más poderoso jamás reunido. Aquellos noventa mil hombres estaban obedeciendo sus órdenes, repitiendo sus palabras.

Cerró los ojos un instante y vio los ojos de su prima, mirándole por encima de la luz de la vela. Murmuró para sí:

—No verás los escudos de mimbre de los persas, Gorgo. Te lo prometo. —Después, recordando dónde estaba, abrió los párpados y recitó la siguiente frase del juramento—: ¡No estimaré más valiosa mi propia vida que la libertad!

Cuando noventa mil voces rugieron la palabra «libertad», Pausanias comprobó que su piel todavía podía estremecerse más. ¡Libertad! ¿Existía alguna palabra más hermosa que aquella en la lengua griega? Ni Jerjes ni sus súbditos podrían entenderlo jamás. Todos aquellos hombres, aquellos hijos de Grecia, estaban allí libremente, por su propia voluntad, sin obedecer a látigos ni amenazas, por defender sus tierras, sus dioses, sus familias, sus costumbres.

Por defender su libertad.

Frase a frase, Pausanias siguió desgranando los términos del juramento.

—¡No abandonaré a mi oficial, ni vivo ni muerto! ¡No retrocederé a menos que mis oficiales me lo manden y obedeceré todas las órdenes del general!

Cuando la multitud coreó la última palabra, comprendió que aquel cuyas órdenes debían ser obedecidas era él, el *strategós*.

—¡Enterraré en el campo de batalla a mis camaradas muertos y no dejaré sin sepultar a ninguno de ellos! —continuó recitando—. ¡Cuando derrotemos a los bárbaros, haré pagar un diezmo a la ciudad de los traidores tebanos! ¡Jamás destruiré Atenas, Esparta o Platea, ni Corinto, Mégara o Sición, ni Eretria, Tegea o Micenas, ni ninguna de las demás ciudades que han combatido como aliadas nuestras, ni consentiré que pasen hambre, ni les cortaré el suministro de agua, estemos en paz o en guerra!

Mientras la multitud repetía las cláusulas del juramento, los sacerdotes y

comandantes de los diversos contingentes habían procedido a realizar sus propios sacrificios. Cuando Pausanias pronunció la última frase, cubrieron con los escudos los cuerpos de las víctimas esperando las maldiciones finales.

Todo el mundo había escuchado y pronunciado los términos del compromiso, pero faltaban las siniestras consecuencias que acarrearía quebrantarlo. Pausanias tomó aire de nuevo y exclamó, coreado por el ejército:

—¡Y si guardo este juramento, tal como está escrito, que mi ciudad tenga buena salud, pero que enferme si lo incumplo! ¡Que nunca sea saqueada, pero que lo sea si lo incumplo! ¡Que mi tierra sea fértil, pero que sea estéril si lo incumplo! ¡Que nuestras mujeres den a luz hijos parecidos a sus padres, pero que alumbren monstruos si lo incumplo! ¡Que nuestro ganado produzca crías de su especie, pero que nazcan monstruos si lo incumplo!

Terminado el juramento, durante más de dos horas todos los miembros de la expedición desfilaron delante de los altares para mojarse los dedos en la sangre de las bestias muertas y después recibir un bocado de su carne o de sus vísceras. De ese modo, todos quedaban atados entre sí y vinculados a su general.

Ahora toda esa multitud de soldados, sirvientes y bestias de carga, su responsabilidad, ascendía por el paso de Drioscéfalas, «Cabezas de Encina», con la parsimonia a la que la obligaba su propio número.

Y, sin embargo, por lo que Pausanias sabía, el ejército que mandaba Mardonio los superaba ampliamente. De los noventa mil hombres que él traía, menos de la mitad eran hoplitas, y de estos ni siquiera la mitad podían considerarse auténticos soldados. Los demás eran campesinos, alfareros, talabarteros, broncistas o incluso ociosos terratenientes que, con más o menos empeño, se adiestraban unas semanas al año en el uso de las armas. En cambio, las tropas que traía Mardonio habían sido reclutadas entre los soldados profesionales del vasto Imperio persa, cuya extensión superaba en un grado inconcebible a la de Grecia.

—No pienses en los números —le dijo Temístocles.

—¿Cómo sabes que lo estoy haciendo?

—Los puedo ver pintados en tu cabeza. Además, es lo que estoy haciendo yo, por eso lo sé.

La víspera había estallado una tormenta que había limpiado la atmósfera,

de manera que más allá del río Asopo se divisaba toda la llanura de Beocia, un tapiz de matices dorados punteado por parches pardos allí donde los terrenos habían quedado en barbecho. Arboledas y sotos salpicaban de verde la campiña, salvo en tres o cuatro kilómetros a la redonda del fuerte, donde no había quedado en pie ninguna planta más alta que una zarza.

Al norte del campamento persa se distinguían los tejados rojos de Tebas y la línea gris de sus murallas, pero la vista alcanzaba más allá. A la izquierda de Tebas, aquella gran mancha clara en la que el sol se reflejaba como en un espejo no podía ser sino el lago Copais, famoso en toda Grecia por sus anguilas. Y más allá de Tebas todavía se atisbaba una estrecha franja de mar, el estrecho de Euripo, e incluso las montañas del norte de Eubea. Aunque la distancia teñía de azul sus laderas boscosas, el aire estaba tan diáfano que la línea de las cimas se recortaba nítida como el filo de una espada contra el cielo.

Por espectacular que fuese la vista, lo que interesaba a Pausanias se encontraba mucho más cerca, de modo que enseguida dirigió de nuevo su atención a las inmediaciones del río. A la izquierda del inmenso fuerte se veían tres manchas blancas extensas y separadas. De ellas, como ocurría en el fuerte, se levantaban infinidad de pequeñas columnas negras, humaredas que señalaban la presencia de los fuegos donde se sacrificaba y cocinaba.

Señalando aquellas manchas con el dedo, Eurianacte preguntó:

—¿Son aldeas?

—No —contestó Hiparco el platense—. Eso no estaba allí la última vez. Son campamentos militares.

—¿Cuántos hombres puede tener Mardonio que ni siquiera le caben en ese monstruo de fuerte que ha construido? —se extrañó Eurianacte.

—¿No os acordáis de que a los espartanos no nos importa ni quiénes ni cuántos son los enemigos? —preguntó Escaleno.

—Limitaos a decirnos dónde están y nos encargaremos de ellos —completó el proverbio Pausanias.

—Me reconforta mucho vuestra confianza —dijo Temístocles—. Pero no creo que esos campamentos estén ahí por una cuestión de números.

Pausanias pensó en preguntar el motivo. Después recordó un consejo de Temístocles: «Pregunta poco y responde todavía menos. Deja que hablen los

demás». «¿Y tú? Tú preguntas mucho». «Yo puedo hacerlo ahora porque no he venido aquí como general».

Fue su primo quien formuló la pregunta.

—¿Y qué otra razón puede haber?

—Mardonio debe de haber instalado ahí a sus aliados griegos para no mezclarlos con los persas.

Pausanias comprendió. En los pocos días que llevaba reunida la expedición griega ya se habían producido roces e incluso peleas, pese a que todos adoraban a los mismos dioses, hablaban la misma lengua y compartían costumbres. Cuando se juntaban contingentes de naciones, idiomas y usos diversos, la posibilidad de que surgieran conflictos se agravaba todavía más.

Claro que Mardonio contaba con una ventaja sobre él. Al no ser general de hombres libres, podía resolver los problemas de disciplina recurriendo a la crucifixión, el empalamiento o el despellejamiento. Y Pausanias no.

—¿Cómo puede ser que Mardonio tenga más soldados griegos que nosotros? —preguntó Hiparco.

—Según nuestros informes, no tiene más —dijo Temístocles.

«Pero sí demasiados», pensó Pausanias. Muchos pueblos griegos habían sacrificado la libertad por la seguridad. Locrios, malios, macedonios —que solo eran medio griegos—, focenses… Lo más preocupante era que la única caballería griega digna de tal nombre, la tesalia, se hallaba al otro lado del río con Mardonio. Y que este también contaba con la poderosa infantería de Tebas, una vez que la oligarquía propersa que gobernaba esa ciudad se había librado de sus opositores enviándolos a morir a las Termópilas.

En Maratón, los hoplitas atenienses habían demostrado su valor y su superioridad en la lucha cuerpo a cuerpo cargando por sorpresa contra la infantería persa. Se trató de una jugada afortunada, cuyos resultados había comprobado el mismo Pausanias al visitar el campo de batalla con su tío Leónidas. Pero ahora Mardonio podía recurrir a lo mejor de ambos continentes: infantería de choque griega en número suficiente como para contrarrestar esa superioridad cuerpo a cuerpo, más decenas de miles de jinetes y arqueros asiáticos para el combate móvil y a distancia.

Pausanias no dejaba de darle vueltas a aquel rompecabezas, a veces solo y a veces conversando con personas de confianza como su primo, Temístocles o

Escaleno. Necesitaban atraer a las tropas móviles persas a una distancia lo bastante corta como para hacer eficaz la superioridad de los hoplitas en ese tipo de combate. Pero ¿qué harían entretanto con los griegos que luchaban por Mardonio?

Pausanias sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y se dedicó a estudiar su destino inmediato, el paisaje que se extendía entre las laderas del Citerón y el río. Allí el monte bajaba en estribaciones que se convertían en pequeñas crestas y lomas que llegaban hasta el río, elevaciones fáciles de superar incluso para la caballería, aunque sin duda entorpecerían sus evoluciones. Las dos más llamativas eran la llamada cresta del Asopo, que se interponía en la línea recta entre ellos y el fuerte persa sin llegar a ocultarlo de la vista, y la cresta de Pirgos, algo más alta y situada unos mil metros al oeste de la otra.

Pausanias pensó que en las navas y cauces secos que se extendían entre las ondulaciones del terreno se podían ocultar hombres y animales. Eso podía ser un peligro para ellos si alguna patrulla enemiga infiltrada les pasaba inadvertida, pero también una ventaja si eran los griegos quienes conseguían emboscar tropas entre la vegetación de aquellas hondonadas.

«El engaño es la clave», insistía Temístocles, que había recurrido a él en Salamina. Pero quien engaña, pensaba Pausanias sin expresarlo en voz alta, también puede ser engañado. ¿Superaría él, un general bisoño, la astucia de un veterano con el colmillo tan retorcido como Mardonio?

—¿Qué son esas ruinas de ahí abajo? —preguntó Escaleno.

Siguiendo la dirección que marcaba el índice atrofiado del éforo, Pausanias miró hacia su izquierda.

—Esa *era* Platea. Mi ciudad —respondió Hiparco.

—Los persas se han ensañado con ella, sin duda —comentó Escaleno.

Incluso desde aquella distancia se podían apreciar agujeros y tramos derruidos en la muralla gris que rodeaba la pequeña ciudad, y de su interior se elevaban columnas de humo negro sobre los tejados desplomados. La ciudad llevaba abandonada más de un año, desde la invasión de Jerjes: sus mujeres, niños y ancianos habían sido evacuados a Salamina y Trecén, mientras que todos los varones en edad de combatir formaban ahora en las filas del ejército de Pausanias.

Aun así, al enterarse de que el ejército griego se acercaba, el enemigo

había entrado de nuevo en Platea para demoler lo que quedara en pie e incendiar lo que todavía pudiese arder.

—Los persas no —dijo Hiparco, apretando las mandíbulas—. Apuesto a que han sido esos bastardos tebanos.

—Qué bonito es el amor entre vecinos —comentó Escaleno.

—Los peores rencores siempre son entre vecinos —intervino Temístocles —. Nosotros mantenemos viejas rencillas con los megarenses y, por supuesto, con los beocios.

—Lo nuestro no es una rencilla —repuso Hiparco—. Los tebanos nos aborrecen y nos quieren exterminar porque nunca nos hemos querido someter a los caprichos de sus oligarcas.

Pausanias había procurado informarse a conciencia sobre todos los pueblos y ciudades que formaban parte de su ejército. Por eso sabía que los platenses no habían sido borrados de la faz de la tierra gracias únicamente a que habían buscado la amistad de Atenas, y a que a esta le convenía contar con una aliada al otro lado de las montañas que la separaban de Beocia.

—¿Qué ciudad es esa? —preguntó Eurianacte, señalando a la población en la que desembocaba el camino que tenían que bajar para llegar a la llanura.

—Hisias —respondió Hiparco. Después, apuntando a la derecha, a otra ciudad que se hallaba también al pie de la ladera, a unos dos kilómetros, añadió—: Y esa es Eritras. Las dos están abandonadas. Pero, como podéis ver, no han sido destruidas.

—Es obvio que pasarse al bando persa tiene sus ventajas —observó Escaleno.

Pensando que Eritras parecía un buen punto para anclar el flanco derecho, el lugar de honor donde formarían los espartanos, Pausanias se volvió hacia su primo.

—Ve marchando con tus tropas, Eurianacte. Cuando llegues abajo, lleva tu batallón a la derecha hasta que alcances Eritras o el punto más cercano que te parezca defendible. Nos veremos enseguida.

Para despedirse de él, Pausanias le extendió la mano, pero su primo le abrazó con fuerza y le besó en la mejilla.

—Todo va a salir bien —le susurró—. Los dioses siempre están con los valientes y tú mandas a los más valientes del mundo.

Dicho esto, Eurianacte se volvió hacia la columna de marcha, que se había detenido en el repecho que había bajo el mirador, y dio la orden para iniciar el descenso.

La columna se puso en marcha y empezó a bajar por el sendero. Los únicos sonidos que se oían eran el seco crujir de las botas en la ladera, tan característico de un descenso en el que las piernas frenan en lugar de impulsar, y el tintineo metálico del equipo de los hoplitas.

En cualquier campaña, el momento de tomar posiciones en el campo de batalla tras una larga marcha era muy peligroso, pues se podían sufrir ataques inesperados del enemigo sin tener las líneas preparadas. Por eso, en la columna de vanguardia marchaba el batallón de Mesoa, la unidad de confianza de Pausanias y Eurianacte. Para escoltarlo en aquel terreno tan abrupto y tan poco propicio a los hoplitas, alrededor de aquel pesado río de bronce y hierro bajaban en paralelo otros dos torrentes más rápidos y vivaces, formados por ilotas laconios provistos de venablos, más doscientos peltastas de infantería ligera del Ática y Platea que conocían aquellos pasos, amén de otros tantos mercenarios escitas, soberbios arqueros que les había prestado Arístides. Unos y otros corrían y brincaban como cabras entre las unidades más pesadas, atentos a cualquier emergencia. Contingentes similares, aunque menos numerosos, controlaban las alturas del Citerón que rodeaban el paso de Drioscéfalas con el fin de prevenir posibles emboscadas.

Lo que más preocupaba ahora a Pausanias era que Mardonio enviara jinetes a hostigar su despliegue. Como les ocurría a todos los espartanos, Pausanias no acababa de comprender cómo funcionaban las operaciones de caballería; ante los arqueros montados y los jinetes blindados persas sentía un temor que, como sus demás compatriotas, procuraba disfrazar de lacónica prudencia.

—¿Veis caballería a este lado del río? —preguntó.

Temístocles le señaló varios puntos al pie del monte donde, fijándose bien, se podían distinguir exploradores a caballo, solos o en patrullas de cuatro o cinco jinetes.

—No suponen ninguna amenaza —concluyó.

—Excepto porque van a informar de nuestros movimientos a Mardonio —dijo Pausanias.

—¿De qué pueden informarle? —preguntó Temístocles, encogiéndose de

hombros—. ¿De que vamos a formar un frente de escudos al pie de las montañas y de que vosotros los espartanos vais a colocaros en el flanco derecho? Para eso no hacen falta ni espías ni adivinos.

—Un ejército puede ganar una guerra sin espías —intervino Tisámeno—. Jamás podrá ganar sin adivinos. Los espías averiguan los planes de los hombres. Los adivinos interpretamos los planes de los dioses.

—Ya que sabes interpretar signos —dijo Temístocles—, ¿puedes decirme qué es eso que se ve allí a lo lejos?

Pausanias entrecerró los ojos para distinguir lo que señalaba el ateniense. Primero había pensado que se trataba de una columna de humo de algún fuego, pero fijándose bien vio que era una polvareda alta y estrecha que se desplazaba al otro lado del Asopo. Debajo de ella se advertía un movimiento confuso.

—Eso es un destacamento de caballería —respondió Tisámeno—. ¿Qué vas a preguntarme la próxima vez, cuántos lados tiene un triángulo?

—Un destacamento, así es —asintió Temístocles—. Pero está lo bastante lejos para no ser una amenaza.

Por su parte, el adivino señaló al oeste. Pausanias y los demás volvieron la mirada hacia allá. Sobre sus cabezas, recortándose por delante de las lejanas siluetas del Parnaso, una bandada de pájaros negros revoloteaba en movimientos aparentemente azarosos. Lo curioso era que, cuando el grupo cambiaba de dirección a la vez, sus alas ofrecían a la vista el perfil más fino y las aves se convertían en líneas grises que parecían esfumarse de la vista. Lo hacían una y otra vez, y en sus maniobras la bandada se contraía y se expandía, se volvía negra y se difuminaba de nuevo.

Pausanias sintió una extraña calma observando aquellas evoluciones. Por curiosidad, se tomó el pulso en el cuello y comprobó que sus latidos, que se habían disparado al asomarse a la llanura de Platea, se habían acompasado al movimiento de los pájaros.

—Y tú, Temístocles —dijo Tisámeno—, ¿sabes interpretar qué significa eso?

El ateniense se quedó pensando unos segundos. Al ver que encogía los labios un instante, Pausanias, que lo conocía bien, se dio cuenta de que a su amigo se le había ocurrido una réplica ingeniosa y había decidido callársela.

—No, no lo sé —reconoció.

—Por eso los adivinos somos imprescindibles.

Sin añadir más, Tisámeno emprendió el descenso junto a la columna de hoplitas, clavando su báculo en el suelo a cada paso como si alanceara enemigos.

—Es todo un personaje —comentó Temístocles.

—Puedes jurar que sí —respondió Escaleno.

Pausanias respiró hondo, tratando de aprovechar la calma que le había imbuido la visión de la bandada. «Esto ya no tiene vuelta atrás», se dijo. El enemigo estaba a la vista y ellos se hallaban a la vista del enemigo, y a sus pies se abría una enorme llanura en la que ya no iba a ser posible esconder a un ejército tan numeroso como el que habían traído.

—Sea como sea, esta guerra se decidirá ahí abajo —concluyó Temístocles, como si le hubiera leído los pensamientos.

—Entonces, es hora de que nosotros también bajemos.

# 2

## Fuerte persa, al sur del Asopo

—¿Por qué no atacas a los griegos ahora, mientras bajan de la montaña? —preguntó Artabazo, hijo de Farnaces. Como jefe de las fuerzas de reserva que vigilaban las rutas al norte y el suministro de provisiones, era el segundo oficial de mayor rango en el ejército de Mardonio.

Y también el que más le llevaba la contraria por el puro placer de hacerlo, según había observado Artemisia.

—No busco vencer en una escaramuza —respondió Mardonio—. Quiero la victoria definitiva.

—En ese caso —respondió Artabazo, sin disimular la ironía de su tono—, no puedo sino alabar la prudencia de tu decisión.

Tanto Artemisia como Artabazo, Mardonio y los principales comandantes del ejército persa se hallaban en el último piso de la atalaya de madera que dominaba la esquina suroeste de la fortaleza persa. La jerarquía se demostraba en la distancia que separaba a cada uno del general: los altos oficiales de pura cepa persa se hallaban al lado de Mardonio, mientras que los más apartados eran los griegos que habían rendido vasallaje al Gran Rey, como los generales tebanos Timegénidas y Atagino o los tesalios Tórax y Menón. En medio se encontraba Hegesístrato, un adivino de Élide que gozaba de gran prestigio y al que Mardonio pagaba para que le examinara las vísceras de las víctimas y se congraciara así el apoyo de los dioses griegos. «Toda ayuda divina es poca», solía decir el general persa.

La propia Artemisia, como *bandaka* personal de Jerjes, permanecía en la segunda fila, solo adelantada por personajes tan elevados como Artabazo, Bagabigna o Gobrias.

Con Mardonio la jerarquía y el orden lo eran todo. De hecho, desde que el general de la barba roja ejercía el mando sin necesidad de consultar sus

decisiones con Jerjes, Artemisia no dejaba de sorprenderse de la eficacia de la *Spada*. ¡Qué distinto todo de los retrasos, las órdenes contradictorias y la descoordinación cuando cada decisión y cada acto estaban supeditados a expresar la grandeza del Gran Rey y, en ocasiones, a cumplir sus caprichos!

El ejemplo más claro de esa eficiencia había sido la construcción del fuerte. Al recibir la noticia de que el ejército de los aliados griegos se dirigía a Beocia, los hombres de Mardonio lo habían edificado en menos de cinco días. Para ello, primero habían excavado zanjas en un perímetro cuadrado de dos kilómetros de lado. Después, apilando y compactando la tierra extraída del suelo habían levantado en el borde interior de la fosa un terraplén de más de dos metros de altura. Sobre este, para rematar, habían plantado una empalizada. Para construirla, habían talado todos los bosquecillos y árboles aislados de los alrededores. Si la zona al norte del Asopo ya era llana de por sí, ahora se veía lisa como un inmenso tambor en el que resonaban sin cesar los cascos de la caballería persa maniobrando de acá para allá. Una ventaja adicional era que resultaba imposible que nadie se acercase al fuerte sin que los vigías lo avistasen mucho antes. Juntos, la zanja, el terraplén y la estacada suponían un formidable obstáculo: todo aquel que quisiera asaltar el campamento persa tendría que superar un desnivel de más de seis metros, y además hacerlo bajo el fuego de los arqueros apostados en el parapeto interior de la empalizada.

Mientras miles de sirvientes y soldados trabajaban fortificando el perímetro, otros tantos se habían dedicado a trazar en el interior líneas que se cruzaban en ángulos rectos para delimitar los sectores de los diversos batallones. Contemplado desde la atalaya, el conjunto resultaba curiosamente agradable a la vista, con una mezcla de rigurosa simetría en la disposición de las tiendas y alegre abigarramiento en los vivos colores de pabellones y estandartes.

El orden impuesto por Mardonio alcanzaba a todos los aspectos de la vida cotidiana. El más importante era la evacuación de residuos humanos y animales. Jenófanes, el médico que atendió las heridas de Artemisia en la batalla de las Termópilas, le había comentado en una ocasión que, en tanto no se entrara en combate, el peor enemigo de los soldados era la disentería provocada por la contaminación de las aguas que bebían. Para evitarla, Mardonio había hecho instalar las letrinas en lugares elegidos. Al amanecer, salían del campamento largas hileras de carretones cargados de excrementos humanos y animales para verterlos lejos. Muchos de aquellos restos, una vez

secados al sol, acababan regresando al fuerte convertidos en combustible para las hogueras.

La tropa hacía chistes sobre lo estricta que era la disciplina intestinal, aunque quebrantarla acarreaba consecuencias muy graves. Si un soldado, por urgencia o desidia, dejaba sus deposiciones en cualquier otro lugar, era azotado la primera vez y crucificado la segunda.

En realidad, casi cualquier muestra de indisciplina se castigaba con la ejecución. En diversos puntos del campamento se podían ver cuerpos empalados o colgados de estacas, que seguían allí como ejemplo hasta que el olor se hacía insoportable. Si bien Mardonio no se complacía en la crueldad como Datis, el general que había dirigido la campaña de Maratón, tampoco se andaba con miramientos para imponer la disciplina.

Aunque Artemisia se podía pasar horas fascinada en la atalaya, contemplando la vida del campamento desde aquella perspectiva casi divina, ahora su atención se hallaba fuera de él, al sur. A algo más de cuatro kilómetros de ellos se levantaba la cadena del Citerón, que corría de oeste a este, desde el golfo de Corinto hasta unirse con las montañas del Parnes.

Desde aquella distancia resultaba imposible distinguir figuras humanas. Sin embargo, el sol de la mañana se reflejaba en una especie de río de metal que bajaba por la ladera desde un collado abierto entre dos cimas. Al ver los destellos que arrancaban los rayos de Helios, a Artemisia se le antojó que se trataba de una enorme serpiente de bronce, un monstruoso dragón que salía de su guarida en lo alto de la montaña para bajar a la llanura.

Cuando llegó al piedemonte, la serpiente se escindió en dos cuerpos. Uno de ellos se desplazó al este y otro al oeste. Era fácil interpretar lo que ocurría: la columna de marcha de los griegos se estaba dividiendo para desplegar un amplio frente entre la falda del Citerón y la llanura.

Tal como acababa de sugerir Artabazo, habría resultado muy sencillo enviar caballería ligera y arqueros para hostigar a los griegos mientras bajaban en columna de marcha. La táctica hoplítica estaba pensada para el combate de frente, no para escaramuzas rápidas en terrenos accidentados.

—Las palabras de Mardonio son sabias —intervino Bagabigna—. Si atacáramos ahora a los griegos, les infligiríamos algunas bajas y los obligaríamos a retirarse al Ática. ¿Qué ganaríamos con ello?

Nadie contestó a la pregunta. Mardonio ya lo había explicado en la

reunión de su estado mayor, y no era hombre que repitiera dos veces sus instrucciones.

Al enterarse de que los espartanos habían decidido, por fin, acaudillar la alianza de estados griegos, el general persa había ordenado abandonar el Ática. No porque tuviera miedo de los hoplitas espartanos, sino porque la comarca de Atenas no era apropiada para la caballería. Por otra parte, después de asolarla dos veces e impedir que sus habitantes sembraran la última cosecha de cereal, apenas quedaban provisiones en ella.

Era mucho más conveniente instalarse en la espaciosa llanura de Beocia, cuya capital era la ciudad vasalla de Tebas. Allí podrían abastecerse de víveres. «Aunque no eternamente», le había confesado Mardonio a Artemisia. Sin una flota de apoyo, la *Spada* se veía obligada a subsistir a medias sobre el terreno y a medias de los convoyes de suministros que llegaban de Tesalia y Macedonia.

Tras un breve silencio en el que se pudo oír cómo Mardonio se rascaba su áspera barba roja, el general declaró:

—Si tuviera suficiente tela púrpura, extendería un millar de alfombras desde el monte hasta el río para invitar a los griegos a venir hasta aquí. Lo último que quiero es ahuyentarlos ahora.

—Por el momento, parece que están aceptando la invitación —intervino Gobrias, el comandante de las tropas bactrianas—. ¿Hasta dónde llegarán?

—Cruzarán el río —declaró el adivino Hegesístrato—. Y cuando lo hagan, serán derrotados. Así lo han decidido los dioses.

—No lo cruzarán —replicó Artemisia. Aquel adivino no gozaba de sus simpatías. Le parecía un personaje siniestro, con su caminar *tap, tap, tap*, pues tenía una pata de palo y una muleta, y no las apoyaba precisamente con delicadeza. Además, debía de opinar que la higiene y la adivinación eran prácticas contradictorias, por lo que iba siempre mugriento y apestaba a sudor y a otros olores que Artemisia prefería no reconocer.

Como de costumbre, Artabazo, Gobrias y algún que otro oficial miraron a Artemisia con hostilidad. Mardonio no dijo nada, pues en aquel momento estaba escuchando con atención las explicaciones de Akbar, un fenicio que ya en la batalla de Salamina había ejercido de observador real al lado del trono de Jerjes. Akbar poseía una vista digna del argonauta Linceo y la complementaba con una herramienta maravillosa llamada dioptra. Se trataba

de un largo tubo provisto de cristales en ambos extremos que acercaba mágicamente los objetos lejanos, aunque a cambio del inconveniente de invertirlos. Siempre que veía al fenicio manejar aquel tubo para estudiar los movimientos del enemigo, Artemisia se acordaba de Temístocles: originalmente, la dioptra le pertenecía a él, pero se la habían confiscado cuando lo descubrieron espiando en Babilonia y le arrancaron las uñas para torturarlo.

Abstraída durante unos segundos en el recuerdo de su primo y efímero amante, Artemisia no había escuchado a Bagabigna, que tuvo que carraspear para repetir su pregunta.

—¿Podría explicarnos mi señora Artemisia por qué es fácil adivinar hasta dónde piensan avanzar los griegos?

—Hace once años, en Maratón, entre nuestras líneas y las griegas se extendía una llanura. No era tan amplia como esta, pero resultaba más que suficiente para desplegar las tropas que traía el general Datis. Los atenienses se quedaron justo entre el monte y la llanura, donde no podíamos atacarlos con la caballería. No se movieron de allí durante más de diez días.

—¿Crees que eso es lo que harán ahora, mi señora Artemisia?

—Sin duda. Nadie está tan loco como para abandonar una posición ventajosa por otra peor.

—Pero en Maratón lo hicieron. ¿Qué los incitó a salir de allí a plantar batalla?

«Un mensaje que el mismísimo Jerjes, disfrazado de Patikara, me hizo enviarles a los griegos para que supieran que la caballería y la mitad de la infantería estaban embarcando, y que era el mejor momento para atacar».

Por supuesto, Artemisia jamás reconocería aquello en voz alta. A veces soñaba con aquella noche en Maratón y, cuando se despertaba, lo hacía con el corazón en la boca y preguntándose si se habría delatado hablando en sueños.

—Lo ignoro —respondió—. Solo sé que los dioses les sonrieron y tuvieron la fortuna de cargar contra nosotros en el momento mejor para ellos y más inoportuno para nosotros.

La sonrisa de Bagabigna hizo pensar a Artemisia que tal vez sabía algo más. ¿Tanto confiaba Jerjes en él como para revelarle lo que había hecho en Maratón, traicionando los planes de su padre Darío?

Pero Darío estaba muerto y Jerjes era el Gran Rey, Señor de las Tierras. No tenía a nadie encima que pudiera acusarlo de traición.

Mientras que a Artemisia sí.

Pero la de Maratón no era la traición más reciente de Artemisia. Para recordárselo, en aquel instante aparecieron en la atalaya Damarato y sus hijos Nabis y Perseo.

A diferencia de lo que había ocurrido en Maratón, a esta última traición no la había incitado ningún enmascarado. Todo había sido decisión de la propia Artemisia. Mucho se temía que, si se llegaba a descubrir, su cadáver no tardaría en colgar de la empalizada como los de los infortunados que incurrían en la ira de Mardonio.

Artemisia respiró hondo. Su primo Palamedes tenía instrucciones de entregar el mensaje sin revelar que la fuente era ella. La única pista de su identidad era un frasco de perfume de violetas, destinado a convencer a Temístocles de que la información era fiable. Conociendo a su primo, Artemisia estaba convencida de que habría sido discreto.

Rezó a su diosa mentora para que así fuese. Si entre los mandos griegos corría la noticia de que ella, Artemisia de Halicarnaso, era quien les había descubierto las verdaderas intenciones del Gran Rey, el rumor no tardaría en llegarle a Mardonio a través de espías y desertores, que nunca faltaban.

Trató de espantar aquellos temores, que no la conducirían a nada, y volvió su atención a los tres espartanos. El primero en acercarse fue Damarato, al que Mardonio había tenido la deferencia de invitar a la atalaya para que presenciara la llegada del ejército griego. Un paso por detrás de él venía Nabis, que había hecho ostentación de que servía a su padre como báculo para subir la escalera, aunque a Damarato, que se conservaba fibroso y delgado como un espárrago, no le hacía falta esa ayuda.

Detrás de ambos, superándolos en estatura incluso antes de coronar el último peldaño de la escalera, venía Perseo. Su mirada perdida delataba que había sufrido un ataque de amnesia reciente; probablemente, al despertar por la mañana.

Al verlo, a Artemisia se le aceleró el corazón. Como ella misma le había dicho a Perseo, únicamente había amado a un hombre en su vida, a Temístocles. Tal vez porque lo admiraba y necesitaba admirar para amar, y a pocos hombres los consideraba a la altura de su admiración.

¿Sentía algo parecido por Perseo? Físicamente, era un ejemplar extraordinario, sin duda. Incluso la nariz torcida y el parche en el ojo lo embellecían de alguna forma, pues lo convertían en un hombre real, de aspecto viril, y no en una relamida estatua de Apolo. Y no se trataba únicamente de su aspecto, sino de su fuerza. Artemisia lo había visto entrenarse con Bagabigna y, sobre todo, dejar sin conocimiento al gigantesco Masistio recurriendo únicamente a sus brazos.

Sin darse cuenta se mordió el labio, recordando cómo esos mismos brazos la habían inmovilizado en el lecho agarrándole ambas sienes para mirarla a los ojos mientras la penetraba.

Artemisia se obligó a sí misma a apartar la mirada de Perseo, pues se dio cuenta de que su cuerpo estaba reaccionando de forma involuntaria, algo que le resultaba más que embarazoso allí, rodeada de tantos hombres.

Mas no era únicamente el físico lo que la atraía de Perseo. Pese al mal que lo aquejaba —era como si cada día bebiera al menos una vez de las aguas del Leteo, el río infernal del Olvido—, había en el espartano algo noble, grandioso y a la vez atormentado, como si los dioses lo hubieran señalado con el dedo por envidia y lo hubieran castigado con mil maldiciones.

Perseo no debería encontrarse allí, sino en Esparta. Pero cuando estaba a punto de abandonar el territorio dominado por los persas había sufrido uno de sus ataques. Le había sucedido en el momento más inoportuno, cuando acababa de dejar inconsciente a un centinela y de robar un caballo para Palamedes. Al menos, esos eran los hechos tal como los reconstruía Artemisia: Perseo, obviamente, no los recordaba.

Por suerte para él, su amnesia no lo había sorprendido en medio de un círculo de soldados persas, sacas o incluso tebanos, que lo habrían alanceado sin conmiseración, sino de jinetes tesalios que lo conocían. Uno de ellos, Baquílides, era el que había llevado a Perseo de regreso.

Artemisia había sonsacado a Baquílides, comprobando con alivio que el tesalio, lejos de sospechar que Perseo intentaba huir del campamento para llevar un mensaje al enemigo, creía que había actuado de aquel modo tan extraño impulsado por la desorientación que lo aquejaba. Al menos, por ahí podía estar segura de que el secreto de su traición seguía a salvo.

—Mi querido Damarato —saludó Mardonio al ver al exrey de Esparta—. Artemisia cree que los griegos van a adoptar un despliegue defensivo al pie de esas montañas. Tú, que conoces al rey de Esparta, ¿qué crees que hará?

El espartano apretó los labios, de por sí finos, antes de responder. Él y Mardonio habían mantenido ya una conversación parecida delante de Artemisia. En ella, Damarato había señalado al general persa que Pausanias no era rey, sino regente en nombre del hijo de Leónidas. Pero esta vez o no quiso corregir de nuevo a su anfitrión o no se atrevió.

Artemisia sospechaba que Mardonio cometía aquel error a propósito. En privado, el general le había dicho: «Reyes, regentes, ¿qué más da? No son reyes de verdad. Solo hay un Gran Rey bajo el sol». El comentario había molestado a Artemisia, que se dio cuenta de que para los gobernantes persas su título de reina de Halicarnaso era poco más que un adorno, una bagatela con la que dejaban que se hiciera ilusiones de poder.

¿Era posible que ella, *bandaka* de Jerjes, se estuviera volviendo más rebelde que los griegos que veían al otro lado del río?

—No puedo decírtelo con certeza —contestó, por fin, Damarato—. Pausanias era muy joven cuando salimos de Esparta. Recuerdo que era un joven muy tímido y con pocas luces. Cuando alguien le dirigía la palabra en público, solía ruborizarse como una doncella.

—¿Y tú, Nabis? —preguntó Mardonio—. ¿Qué opinas?

El hijo de Damarato se adelantó un paso e hinchó el pecho, complacido de que el mismísimo general de la *Spada* solicitara su parecer.

—Conozco a Pausanias desde que yo era niño. Vi cómo lo tiraban al agua en la batalla de los Platanistas.

—¿Los Platanistas?

—Todos los años, cuando los batallones de…

Damarato se volvió hacia su hijo con gesto severo.

—No creo que al general le interesen esos pormenores.

Nabis pareció a punto de replicar a su padre, pero se contuvo.

—Cuando serví en la *agogé*, su director, Amonfareto, me dijo que Pausanias era débil e inmaduro. No llegó a llamarlo cobarde ni temblón, pero me aseguró que no poseía el valor de un auténtico guerrero. También me dijo que ojalá los dioses no quisieran que la sucesión recayera sobre él, porque quien no estaba capacitado para servir como soldado menos lo estaba para mandar como general.

—¿Qué nombre has dicho? —preguntó Mardonio.

—Amonfareto —intervino Bagabigna—. Ahora es comandante de uno de los batallones de Esparta.

Mardonio asintió, acariciándose la barba como si quisiera sacarle filo.

—De modo que Pausanias tiene a sus órdenes a alguien que duda de su autoridad —dijo Mardonio—. Interesante.

—Todo parece indicar que su liderazgo es débil —ratificó Bagabigna.

—En cualquier caso —intervino Damarato, que parecía molesto de que lo hubieran apartado de la conversación—, Pausanias adoptará una táctica prudente. Los generales espartanos son muy cautelosos, exceptuando al insensato de Cleómenes…

—Que ganó muchas más batallas que Damarato —susurró Bagabigna, acercándose al oído de Artemisia. Esta sonrió fugazmente.

—… Y se lo piensan mucho antes de tomar cualquier decisión —continuó Damarato, sin llegar a escuchar la pulla de Bagabigna—. Pero, cuando lo hacen, la llevan a cabo con todas sus energías y hasta las últimas consecuencias.

—Eso tengo entendido —dijo Mardonio—. ¿Hay algo más que puedas contarnos sobre Pausanias?

—Incluso en el caso de que a ese joven se le ocurra cualquier temeridad o de que los dioses le infundan un ataque de locura, lleva con él a dos éforos que controlan sus acciones. De no obedecer sus indicaciones, puede ser juzgado y condenado en Esparta.

—Qué costumbre más absurda —comentó Bagabigna en voz lo bastante alta como para que Damarato lo oyera. Cuando se trataba de Esparta, tendía a olvidar sus exquisitos modales.

—Los espartanos, como todos los griegos —replicó Damarato—, temen que una sola persona acumule demasiado poder, pues piensan que el poder vuelve soberbios a los hombres, los corrompe y acarrea su perdición.

—Gracias por tu opinión, mi querido amigo —dijo Mardonio—. Aunque no sea la más sabia. En la guerra el poder debe concentrarse en la misma mano. Es preferible el error de uno solo que los aciertos de muchos cuando son contradictorios.

Dicho esto, el general dio la espalda a todos y volvió a apoyarse en la balaustrada para mirar hacia el sur. Por respeto a su silencio, las conversaciones se acallaron durante un rato.

Imitando a Mardonio, Artemisia se asomó sobre el antepecho. Entre el río y la fortaleza fluía una corriente constante de mensajeros a caballo que iban y venían, exploradores que cruzaban los vados del Asopo en ambos sentidos para observar la posición y movimientos de las tropas griegas. Cuando dichos mensajeros llegaban a las puertas del campamento, presentaban sus informes a los oficiales de guardia, quienes los cotejaban con la información anterior, los expurgaban de todo aquello que fuera redundante y se los entregaban a sus superiores, quienes a su vez se los pasaban a los secretarios de Mardonio. Estos, cuando juzgaban que alguna novedad era relevante, se dirigían al general y se la susurraban al oído. Mardonio a veces se guardaba la información sin más y otras impartía instrucciones, siempre en voz baja. Solo comunicaba a su estado mayor las decisiones más importantes, y a menudo cuando ya las había tomado.

Sin lugar a dudas, Mardonio no sufría los inconvenientes que solían afectar a los generales griegos. Él no tenía que rendir cuentas a nadie más que a Jerjes, quien se hallaba, a efectos prácticos, tan remoto como la mítica Hiperbórea.

Y, sin embargo, Mardonio no concentraba tanto poder como él creía, pues le faltaba un requisito imprescindible.

Información. La información sobre los verdaderos planes de Jerjes, que en aquella atalaya únicamente conocían Bagabigna, Nabis y la propia Artemisia.

El tránsito de oficiales y secretarios era tan constante que las escaleras que daban acceso al puesto de observación crujían cada pocos minutos con pasos apresurados que subían o bajaban. Las primeras veces Artemisia había mirado por curiosidad, pero ya apenas reparaba en aquel trajín. Sin embargo, cuando los peldaños rechinaron como si fueran a partirse y el crujido sonó acompañado de un agudo tintineo de metales, Artemisia se volvió para comprobar quién subía.

Tal como sospechaba, se trataba de Masistio.

Todos se apartaron para dejar paso al gigante; todos salvo Perseo, con cuyo hombro se rozó al pasar.

Artemisia disimuló una sonrisa. Ni Perseo recordaba que había dejado

inconsciente a Masistio, ni este se acordaba de por qué había despertado tirado entre unas tiendas de campaña en mitad de la noche con un terrible dolor de cabeza.

Dos días después del incidente, Artemisia se había vuelto a cruzar con Masistio. Este no había hecho el menor comentario, como si aquella noche no hubiera recitado versos para seducirla ni intentado besarla. Obviamente, ella no se lo recordó.

Lo que sí había observado Artemisia era que el gigante llevaba a la cintura un cilindro de cuero negro igual que el que ella le había robado. Aunque la bula de barro al final de la cinta quedaba estratégicamente oculta debajo de la faja, Artemisia sospechaba que el sello no era el de Jerjes y que, antes que confesar que le habían robado unas instrucciones entregadas personalmente por el Gran Rey, Masistio había preferido agenciarse una imitación del canuto que contenía las órdenes reales.

El gigante saludó a Mardonio lanzándole un beso con una leve reverencia, tal como se hacía en encuentros informales como aquel. El general correspondió a su saludo y después les hizo una seña a él y a Bagabigna para que se acercaran.

Al verlos a los dos juntos, aunque Masistio le sacaba casi dos cabezas a Bagabigna, Artemisia no albergó dudas de cuál de ellos era el más peligroso. Habría apostado mil dracmas a que, antes de que el gigante pudiera levantar tan siquiera un puño, el Asesino Blanco sería capaz de clavarle una daga en el cuello y arrancarle la nuez.

—Por lo que nos cuenta Artemisia y nos confirma Damarato, ambos leales amigos del Gran Rey —dijo Mardonio—, los griegos se van a quedar al pie de esa ladera por temor a nuestra caballería. Mañana mismo, en cuanto amanezca, vamos a comprobar cuáles son los puntos débiles de su posición. Cada uno de vosotros tomará tres mil jinetes y se dedicará a hacerles la vida difícil. No quiero que se sientan cómodos allí.

Tanto Masistio como Bagabigna asintieron. Mardonio se acercó más a ellos y les agarró las manos.

—Sin correr riesgos. Lo que quiero es que esos rebeldes sufran, que lo pasen mal cada hora que el sol se levante en el cielo. Así empezarán a hacer lo que siempre hacen los griegos en estos casos: criticar a sus jefes y desobedecer las órdenes.

Una vez impartidas estas instrucciones, Mardonio soltó las manos de ambos comandantes y se dirigió a todos los que se encontraban en la atalaya.

—Si los griegos tuvieran la sabia costumbre de crucificar a los indisciplinados, sus ejércitos serían prácticamente invencibles.

—Solo «prácticamente», si me permites el comentario —intervino Bagabigna.

Mardonio soltó una carcajada.

—Era una manera de hablar. Escuchadme, amigos. Aunque los griegos se empeñen en pegarse a las rocas de esa ladera como mejillones, vamos a sacarlos de allí y traerlos a campo abierto, donde libraremos la última batalla. Y, cuando lo hagamos y zanjemos esta guerra, el estandarte de Ahuramazda ondeará para siempre sobre Atenas y Esparta.

—Sobre sus ruinas —murmuró Bagabigna, en voz tan baja que solo Artemisia lo escuchó.

3

## Pie del Citerón

La primera noche en las cercanías de Platea fue muy larga para Pausanias. Se despertó varias veces, se levantó para comprobar las guardias y recorrió las líneas hasta llegar a la mitad del frente. Incluso subió por la ladera hasta un punto ventajoso que llamaban el mirador de Layo. Desde allí contempló el fuerte persa, una ciudad de forma perfectamente cuadrada plagada de minúsculas luces. Al oeste resplandecían más puntos luminosos, centenares, tal vez miles, allí donde ardían las hogueras de los campamentos de los tebanos, tesalios, locrios y otros griegos. Parecía como si el firmamento se reflejara en la llanura, sobre un mar de tierra y hierba seca. El viento, menos ardiente que durante el día, soplaba del norte y traía olor a humo, tanto de las hogueras griegas como de las del enemigo.

Una vez que amaneció, después de desayunar, Pausanias decidió recorrer otra vez todo el frente para verificar que las tropas estaban bien instaladas y seguían sus instrucciones. Lo acompañaban siempre Temístocles y Escaleno, más cien *hippeîs* mandados por Cármidas. Cerca de él, montado a caballo, marchaba su escudero Filotas, que también portaba el estandarte con la imagen sagrada de Pólux —la del otro Dióscuro, Cástor, había caído en poder de los persas tras las Termópilas—. Por último, detrás de ellos se movía una nube de mensajeros y corredores, tanto a pie como a caballo, que iban y venían constantemente con informes y recados.

Entre las cabezas de aquel séquito, la de Gerión destacaba como la de un instructor adulto en la *agogé* de los niños. Pausanias, pese a la ordalía que habían compartido en la Estigia, mantenía ciertas reservas sobre él. Gerión era como los cíclopes de la isla de Polifemo, un espíritu salvaje que no temía ni respetaba a dioses ni hombres. Nunca se dirigía a él como «regente» ni «general», sino simplemente como «Pausanias», y eso cuando se molestaba en pronunciar su nombre. Cuando seguía instrucciones, lo hacía siempre un poco más tarde de lo que exigía la disciplina, dejando bien claro que obedecía

porque él quería, no porque nada lo obligara.

—Da igual que sea un animal. Lleva a ese hombre contigo —le había recomendado Temístocles—. Es una fuerza de la naturaleza y mejor que lo tengas cerca para controlarlo un poco.

—¿Controlarlo? Ese hombre es incontrolable.

—Pues cuando llegue el momento, limítate a soltarlo como Poseidón soltó a Ceto y deja que lo arrase todo.

Pausanias dejó a su primo Eurianacte al mando del campamento espartano, bien seguro de que allí todas las líneas, las armas, las consignas y los turnos de guardia estaban perfectamente organizados, y empezó su revista de este a oeste, saliendo de Eritras para llegar prácticamente hasta Platea.

Mientras pasaba por delante de los batallones y falanges, que formaban un conjunto de lo más variopinto —y un tanto caótico desde el punto de vista espartano—, los generales y oficiales se presentaban a él para transmitirle todo tipo de peticiones y, sobre todo, quejas contra los demás contingentes. El repertorio era muy amplio: empujones en las colas para coger agua de las fuentes, intercambios de bromas que acababan convirtiéndose en insultos y puñetazos, robos de leña, hogueras aventadas a propósito para ahumar a los que vivaqueaban al lado; y todo ello sin entrar en cuestiones más escatológicas relativas al emplazamiento de las letrinas, la dirección del viento y los olores.

—¡Y eso que solo es el primer día! —exclamó Escaleno—. A este paso, cuando Mardonio abra las famosas instrucciones de Jerjes, no tendrá griegos a los que destruir.

Pausanias escuchaba a todo el mundo sin dejar de caminar con zancadas largas y vigorosas. El sol, que apenas acababa de salir, ya calentaba lo suficiente para que aquel paso le hiciera transpirar, y notaba cómo la túnica y las capas de lino de la coraza empezaban a absorber el sudor. Pero había observado que atender a sus subordinados sin detenerse era la única forma de que no lo entretuvieran horas y horas embrollándolo en conversaciones circulares que jamás parecían tener salida. Mientras él caminaba, su ilota de confianza, Trifón, lo seguía a escasa distancia y tomaba nota de todo lo que Pausanias le dictaba en tablillas de cera, que una vez rellenas le pasaba a otro ayudante provisto de un gran saco de arpillera donde las guardaba.

Pese a las quejas de los mandos, los soldados parecían contentos de ver a

su general y se levantaban a su paso, lo saludaban, pronunciaban bendiciones e incluso algunos se acercaban a él para ofrecerle vino o una rebanada de pan con queso. A Pausanias no dejaba de sorprenderle, pero era algo que ya había empezado a ocurrir después del juramento de Eleusis y durante todo el camino hasta Platea.

—¿Te das cuenta de que eres muy popular entre las tropas? —le preguntó Temístocles.

—¿De verdad?

Pausanias apenas lo podía creer. «Popular» era un término que jamás se hubiera aplicado a sí mismo.

—Temístocles tiene razón —corroboró Escaleno, resoplando para mantener el paso con ese anadeo peculiar al que le obligaba su cojera—. Solo hace falta poner la oreja para escuchar los comentarios de los soldados.

—Mi tío Cleómenes habría montado en cólera si alguien le hubiese dicho que era popular entre la tropa.

—Tú no eres tu tío Cleómenes, ni falta que hace —dijo Escaleno—. Hay tantos tipos de general como hombres.

—Y la mayoría malos.

—No eres un mal general —aseguró Temístocles—. Puede que no hayas nacido con el instinto para la guerra que tienen otros. Pero estás tan preocupado por hacerlo bien que realmente lo estás haciendo bien. Los hombres se dan cuenta de que te desvelas literalmente por ellos. Te acuestas el último, te levantas el primero e incluso te paseas a medianoche para comprobar que todo está en orden. Eso les da seguridad en su general.

¿Seguridad?, se preguntó Pausanias. Si estaba haciendo todo lo que comentaba Temístocles era por lo contrario, por la inseguridad que sentía. Incluso en aquel preciso instante, mientras pasaba por delante de sus tropas, se decía a sí mismo que era imposible que todo el ejército persa, ochenta, noventa, cien mil soldados, los que fuesen, se les echara encima de repente y simultáneamente en todo el frente. Pero no era fácil librarse de esa ansiedad. Durante la noche, cada vez que cerraba los ojos y empezaba a hundirse en las aguas del sueño, se había despertado con un sobresalto creyendo que oía unas trompetas de alarma que solo sonaban en su cabeza.

—Además —proseguía Temístocles—, también te respetan.

—¿Se puede ser popular y respetado al mismo tiempo?

—Yo no soy espartano, pero creo que tu tío Leónidas era ambas cosas.

—Leónidas era un gran hombre.

—Puede que lo fuera, pero nunca ostentó un mando como el tuyo. Tú eres el general del ejército más grande que jamás se haya visto en Grecia. ¿Cómo no te van a respetar?

«General del ejército más grande», se repitió Pausanias. Era un pensamiento inspirador, pero también inquietante. La responsabilidad era tremenda, tan grande que debería haberlo aplastado bajo su peso.

Sin embargo, él mismo se daba cuenta de que caminaba con los hombros más erguidos y la espalda recta, como si hubiera crecido medio palmo. Eso le venía ocurriendo desde el momento en que había oído a noventa mil hombres jurar que lucharían hasta la muerte por la libertad y que obedecerían sus órdenes.

«Libertad —se repetía a sí mismo—. Somos los campeones de la libertad». Un concepto que ni siquiera él habría sabido definir, pero de cuya existencia estaba tan seguro como de que el sol daba vueltas alrededor de la Tierra.

Durante el paseo, Pausanias comprobó lo que ya había observado durante la marcha. La calidad del armamento, el grado de disciplina y la preparación física de las tropas variaba mucho entre ciudad y ciudad. Los corintios, por ejemplo, lucían escudos, yelmos y corazas nuevos y relucientes, como era de esperar en una ciudad tan rica, pero los cuerpos que se veían debajo parecían más blandos que los de los robustos arcadios o los nervudos ambraciotas, que a cambio contaban con unas panoplias más toscas y sucias.

El último contingente al que pasó revista Pausanias fue el de los atenienses. Arístides los había hecho formar en línea de combate, con ocho de fondo. Por el momento, sin enemigos a la vista, los soldados tenían los escudos apoyados en el suelo, los yelmos bajo el brazo o colgados a la espalda y las hombreras de las corazas levantadas. Todos parecían hablar al mismo tiempo y en voz tan alta que en Esparta se habría considerado una grosería.

—¿Esta es la famosa chusma que gobierna tu ciudad? —preguntó Pausanias, procurando que solo lo escuchara Temístocles.

Su amigo soltó una carcajada.

—¡Tendrías que ver a la verdadera chusma, que es la que rema en los barcos de nuestra flota! Lo que estás viendo es la flor y nata de nuestra ciudad, los orgullosos vencedores de Maratón, o sus hijos. Pero es que nosotros no valoramos tanto como vosotros el silencio y la compostura.

—Eso salta a la vista —dijo Pausanias, tapándose los oídos cuando pasaron por delante de un grupo de soldados particularmente escandalosos.

—Esos que estás viendo son los acarnienses, los más fanfarrones de nuestro ejército. Pero no te engañes: en combate son duros como raíces de olivo.

El extremo oeste del ejército ateniense y, por tanto, del ejército griego llegaba hasta los restos de la muralla oriental de Platea. Allí se encontraron con el rubio Arístides. Al verlo tan erguido, con aquella estatura y aquel aplomo, Pausanias se enderezó más recordando el consejo de Temístocles. «Tienes que mostrarte seguro ante ellos. Si ven debilidad en ti, Arístides y los demás generales olerán tu miedo, empezarán a comerte terreno y, cuando quieras darte cuenta, serán ellos los que dirijan el ejército».

Arístides venía acompañado por su propio séquito de allegados. Temístocles, que prácticamente conocía a todos los atenienses por su nombre, comentó:

—No veo a ninguno de los demás generales.

—Les he dicho que es bueno para la moral de los soldados que cada uno esté con su batallón en lugar de seguirme a todas partes —respondió Arístides.

—Una buena forma de no tenerlos aquí incordiando como moscones —dijo Temístocles.

Pausanias, que durante años había oído a su amigo hablar pestes de Arístides, observó que ahora no parecía haber demasiada hostilidad entre ambos hombres. Después de Salamina incluso se había creado entre ambos cierta camaradería y respeto mutuo. Con todo, saltaba a la vista que Arístides no estaba dispuesto a ceder el liderazgo del ejército ateniense en manos de Temístocles ni de ningún otro, convencido de que él y nadie más era el mejor general posible para aquel ejército de tierra.

El sistema militar ateniense no dejaba de sorprender a Pausanias. Cada

año elegían a diez generales, uno por cada tribu, y todos ellos poseían la misma autoridad. Si los espartanos habían comprendido, a raíz de las desavenencias entre Cleómenes y Damarato, que no debían enviar a la guerra a dos reyes a la vez, ¿cómo se las arreglaban los atenienses para evitar que sus reuniones de generales se convirtieran en peleas de gallos?

Al menos, en esta ocasión, la asamblea ateniense se había dado cuenta de que la guerra contra los persas era un asunto mucho más serio que los conflictos con los vecinos, y había decidido otorgar a Arístides primacía sobre sus colegas, del mismo modo que se había hecho con Temístocles el año anterior.

Cuando llegaron al extremo de la formación, junto a un sector casi intacto de la muralla de Platea, subieron al parapeto y de ahí a una torre de vigilancia que ofrecía una buena panorámica de los alrededores. A indicación de Pausanias, Trifón le entregó una de las tablillas, la más grande, tanto que había que sujetarla con ambas manos. En ella el secretario había representado con caracteres minuciosos el despliegue del ejército griego. Temístocles y Arístides se acercaron a ver el dibujo y los rótulos. El segundo entrecerró los párpados, pero fue incapaz de enfocar la vista tan de cerca y tuvo que preguntar a Pausanias, lo que hizo a este sentir una satisfacción un tanto malsana.

—A veces los más jóvenes tenemos ventajas —comentó.

—Los más jóvenes siempre tenéis ventajas —respondió Arístides—, porque con el tiempo obtenéis las que poseemos los más viejos, mientras que nosotros no podemos recuperar las que poseéis vosotros.

En el ala derecha, el puesto de honor, formaban los espartanos, cinco mil ciudadanos de pleno derecho entrenados en la *agogé*, muchos de ellos curtidos en batallas contra los eternos enemigos de Argos y otros, en la guerra secreta contra los ilotas de Mesenia que habían librado al mismo tiempo que los atenienses combatían en Maratón.

Tras haber recorrido todo el frente, las pocas dudas que Pausanias hubiese podido albergar sobre sus compatriotas se habían disipado por comparación. El despliegue de los espartanos era perfecto. Aunque el calor empezaba a apretar, Eurianacte los tenía armados con coraza, yelmo y escudo, con órdenes de seguir así en tanto la situación no se aclarase y supieran cómo reaccionaban los persas ante su llegada.

Al contrario que en las filas atenienses, en las de Esparta reinaba el

silencio. Todo lo más se escuchaban comentarios breves y punzantes, con aquel estilo lacónico que utilizaban para infundirse valor. Era como si aquellos hombres, cuyas edades iban de los veinte a los cuarenta años —en raros casos más—, se tomaran aquella expedición como unas maniobras rutinarias, o incluso como una jira campestre con sus familias. Pausanias estaba convencido de que sus espartanos podían enfrentarse a cualquier enemigo y derrotarlo.

Pero solo eran cinco mil.

Mezclados con los batallones espartanos, completando sus filas, se desplegaban cinco mil periecos, hoplitas de calidad más que razonable. Los diez mil juntos formaban prácticamente una unidad, conocida por los demás como el ejército lacedemonio; no obstante, Pausanias sabía que, a la hora de realizar maniobras realmente complicadas, solo podía fiarse por completo de los auténticos espartanos.

A la izquierda de aquellos cinco batallones formaban mil quinientos arcadios de Tegea, antiguos rivales y ahora aliados de Esparta. Valientes y algo más civilizados que los arcadios de las montañas.

Esos once mil quinientos soldados constituían el ala derecha del ejército griego. A continuación, en el centro, repartidos en una larguísima fila irregular que seguía el relieve del terreno, había corintios y también arcadios de diversas ciudades, más contingentes de Potidea, Sición, Epidauro, Trecén, Micenas y Tirinto, de la isla de Egina, de la región de Ambracia y de muchos otros pueblos.

En el ala izquierda formaban, en primer lugar, tres mil hoplitas de Mégara. Separados de ellos unos cincuenta metros por un roquedal que no permitía juntar las líneas, se hallaban los seiscientos soldados de Platea, que habían llorado y se habían mesado los cabellos y maldecido a los persas al ver las ruinas de su ciudad. Por último, en el extremo izquierdo se encontraban los ocho mil hoplitas atenienses, el mayor contingente individual que aportaba una ciudad. Algo que tanto Arístides como Temístocles se cuidaron de resaltar.

En total, la línea del frente sumaba cuarenta mil hoplitas. Esas eran las fuerzas en las que Pausanias, con su mentalidad espartana, confiaba realmente. El número de asistentes que teóricamente contaban como infantería ligera se acercaba a esa cifra. Se podía recurrir a ellos para tareas de vigilancia y exploración, como forrajeadores, en escaramuzas e incluso para

cubrir los flancos de una falange siempre que el terreno les ofreciese alguna protección. Pero llegada la hora del *othismós*, el choque frontal, Pausanias sabía que no podría contar con ellos, pues la mayoría no eran auténticos soldados.

Había una excepción, no obstante. Los atenienses traían, amén de sus hoplitas, a ochocientos arqueros de élite, entre escitas, cretenses y ciudadanos de la propia Atenas. Originalmente los habían contratado como mercenarios para combatir en las cubiertas de las naves de guerra. Pero ahora que los atenienses habían transferido la mayor parte de su esfuerzo bélico de la flota al ejército, habían reclutado a la mayoría de esos arqueros para servir en tierra.

—Está muy bien que estudies el despliegue de tu ejército en esa tablilla, Pausanias —comentó Arístides—. Pero ahora deberías echar un vistazo a tu ejército de verdad. Sospecho que vamos a tener compañía.

Pausanias cerró la tablilla, se la entregó a Trifón y se asomó sobre el parapeto de la torre, tal como le indicaba Arístides.

A unos cuatro kilómetros al este de allí, entre el fuerte persa y el río, se levantaba una larga columna de polvo, que crecía en tamaño al mismo tiempo que avanzaba. La polvareda no tardó en cruzar la línea de árboles que señalaba el cauce del Asopo y se dividió en varias columnas, que se abrieron en abanico.

—Mardonio manda contra nosotros su caballería —comentó Temístocles.

Pausanias apretó los dedos sobre el borde de una almena, con tanta fuerza que se le pusieron blancos. Observando su nerviosismo, Temístocles le dijo:

—El fuego de la caballería persa es molesto, pero no tan continuo como el de los arqueros a pie que disparan andanada tras andanada desde detrás de sus escudos.

Mientras las polvaredas se multiplicaban y se acercaban hacia su propia posición, no tardaron en llegar mensajeros a caballo y corredores para informar a Pausanias de que estaban siendo atacados por jinetes enemigos. Desde lo alto de la torre, con ayuda de la potente voz de Escaleno, Pausanias repitió las instrucciones que todo el mundo conocía ya.

—¡Mantened la formación cerrada! ¡Los caballos no embisten contra un muro de escudos! ¡No rompáis las filas, es lo que ellos quieren! ¡Vuestros escudos y vuestras corazas pueden resistir las flechas!

Durante un largo rato, el tráfico de emisarios y de informes continuó. A Pausanias le tranquilizó recibir uno de su primo Eurianacte, en el que le comunicaba que estaban recibiendo ataques de la caballería persa a los que definió como «nube de mosquitos».

Por el momento, la larga línea ateniense, que empezaba al pie de la muralla y se prolongaba por una suave cuesta hasta el roquedal que los separaba de los megarenses, no había recibido ninguna ofensiva.

Pero fue precisamente del sector de Mégara, que Pausanias no alcanzaba a ver por el relieve del terreno, de donde vino la alarma.

—¡Nos están atacando! ¡Necesitamos ayuda!

Pausanias se dio la vuelta al oír aquella voz jadeante. El recién llegado debía de ser un noble, a juzgar por su lujosa armadura, que traía cubierta de polvo. Lo había visto llegar a caballo, desmontar a toda prisa y entrar corriendo por un agujero de la muralla. Por lo poco que había tardado en aparecer en lo alto de la torre, la situación debía de ser apremiante.

Temístocles se acercó a Pausanias y le susurró el nombre de aquel oficial. «Títaco».

—La caballería está atacando todo el frente, Títaco —dijo Pausanias—. Lo que tenéis que hacer es mantener las líneas y no caer en sus provocaciones. El terreno en el que estáis no es adecuado para la caballería, así que tarde o temprano se retirará.

—El nuestro sí que lo es —contestó Títaco, moviendo la cabeza con vigor —. Está siendo de lo más adecuado para sus jinetes. ¡Nos están machacando!

Pausanias recordó las cifras.

—Sois tres mil hoplitas, más el apoyo que os dé vuestra infantería ligera. ¿No podéis aguantar?

—¡Imposible, general! En otros lugares la caballería no puede atacar en masa, porque el terreno está sembrado de rocas y de olivos y solo permite columnas estrechas. Pero nosotros hemos tenido la mala suerte de que nos ha tocado delante un campo de cereales tan liso como una mesa.

Al decir esto, Títaco miró de reojo a Arístides, como si le echara la culpa de haber desplegado a los de Mégara en un terreno tan poco favorable. Pausanias recordó que atenienses y megarenses, como típicos vecinos, mantenían rencillas y litigios ancestrales.

—¿Cuántos jinetes os atacan?

—Son tantos como nosotros, si no más.

—Tres mil jinetes son muchos jinetes —comentó Temístocles.

—Lo son —respondió Títaco—. Si no recibimos ayuda, tendremos que retroceder hasta la ladera del monte.

—¡Ni se os ocurra! —ordenó Arístides—. Eso rompería las líneas.

Pausanias se volvió hacia el ateniense, frunciendo el ceño. Arístides le aguantó la mirada unos segundos y después la apartó.

—Disculpa —dijo.

Pausanias volvió su atención al megarense.

—Si rompéis las líneas, por el hueco que dejéis ahí podrá colarse toda su caballería y partir nuestro frente en dos.

—¿Y qué hacemos, general? ¿Dejar que nos masacren hasta el último hombre mientras los demás ven la batalla desde lejos? ¡Necesitamos refuerzos!

Pausanias trató de pensar. No podía permitirse un desastre como perder a tres mil hombres y ver sus líneas rotas cuando todavía no llevaban un día entero junto a Platea. Pero el primer recurso que se le venía a la cabeza, los espartanos, se encontraba demasiado lejos, en el otro extremo del frente.

—Dile a Arístides que envíe hombres —le susurró Temístocles—. Él es quien está más cerca.

Para entonces, el sector ateniense que tenían a la vista también estaba recibiendo ataques. Pero allí el terreno era más accidentado, sembrado de piedras, tapias, olivos y vides que dejaban poco espacio para la caballería, por lo que los asaltos eran en puntos muy determinados y poco convincentes. Los jinetes enemigos, indios de piel más oscura que los persas y también bárbaros sacas, se acercaban a la línea de escudos entre gritos, disparaban algunas andanadas que acababan clavadas en el suelo en tierra de nadie y se alejaban galopando sin dejar de insultar a los atenienses.

Pausanias se volvió hacia Arístides, que se adelantó a su petición.

—Yo puedo prescindir de tropas —dijo Arístides.

—Se necesitaría gente ágil para enfrentarse a la caballería —sugirió

Temístocles.

—Puedo enviarte a trescientos jóvenes que yo mismo he entrenado durante este año —confirmó Arístides.

En un rescoldo de su vieja enemistad, Temístocles puso los ojos en blanco un segundo, como si dijera: «Ya está el aristócrata alardeando».

—Forman el batallón de Erecteo —le explicó Arístides a Pausanias, haciendo caso omiso de Temístocles—. Los tengo en reserva, fuera de las líneas. Son muy ágiles y rápidos, y pueden acudir enseguida a cualquier punto donde se los necesite.

—¿A qué esperamos, pues? —le apremió Pausanias, dando la espalda al parapeto para bajar de la muralla.

Mientras salían del recinto de la ciudad en ruinas, Pausanias pensó algo más. Los persas estaban acostumbrados a hostigar a sus enemigos con las flechas y a hacerlo impunemente si dichos enemigos eran hoplitas griegos. Pero los atenienses habían traído consigo una fuerza de arqueros considerable.

—Tus arqueros —le ordenó a Arístides—. Envía también a tus arqueros.

—Los arqueros a pie son muy vulnerables ante la caballería —objetó Arístides.

—No si están protegidos por una formación de infantería —respondió Pausanias. Eran sus lecturas las que hablaban, no su experiencia. Por suerte, Temístocles lo apoyó enseguida.

—Pausanias lleva razón, Arístides.

El general ateniense asintió y sin perder tiempo empezó a impartir órdenes. Se encontraban tras la retaguardia de las falanges atenienses, viendo la espalda a los hoplitas de las últimas filas, que aguantaban en formación ya con los yelmos calados y sin el relajamiento de una hora antes.

Al oír pasos apresurados y rítmicos tras él, Pausanias se dio la vuelta. Los trescientos jóvenes del batallón de Erecteo venían al paso ligero desde el olivar donde habían permanecido a la sombra, ahorrando fuerzas. Se movían con tanta rapidez y una formación tan regular que cualquiera habría jurado que eran espartanos. No tardaron en formar una columna de marcha que se plantó ante Pausanias. La encabezaba un oficial de pequeña estatura y movimientos vivaces al que le presentaron como Olimpiodoro.

Al mismo tiempo iban acudiendo los arqueros, una tropa más variopinta,

ruidosa y en apariencia desordenada, en número de quinientos. Los escitas vestían pantalones y casacas de vivos colores y se tocaban con tiaras. Aunque ahora combatían a pie, habían aprendido a montar a caballo casi antes que a andar, por lo que llevaban los típicos arcos de la caballería asiática, más cortos y recurvados y compuestos de láminas de madera, hueso y tendones. En cambio, el atavío de los cretenses y de los atenienses era la típica túnica griega, si bien algunos llevaban encima jubones de cuero y se protegían con pequeños escudos redondos sujetos al codo izquierdo. Sus arcos, fabricados para la infantería, eran solo de madera: la simplicidad de su material se compensaba con su mayor longitud.

En cuanto tuvo reunidos a los refuerzos, Pausanias ordenó a Títaco:

—Ven conmigo. Yo mismo los llevaré.

Arístides se acercó a él, le agarró por el codo sin apretar y le dijo:

—No te acerques a la primera línea.

—Un general debe dar ejemplo.

—Si llega el momento en que todo esté en juego y no quede más remedio que cargar todos juntos contra el enemigo, sí. Pero esto acaba de empezar y no podemos permitirnos el lujo de perder a nuestro general. En este ejército ahora mismo todos somos prescindibles. Solo tú eres necesario.

«Solo tú eres necesario». No esperaba Pausanias escuchar algo así en su vida.

—Arístides tiene razón —corroboró Temístocles.

Pausanias los miró a ambos y asintió. No podía decir que sintiera miedo físico, pero tampoco experimentaba deseos de cargar contra una horda de jinetes en la primera fila.

—Seguiré vuestro consejo.

Pausanias montó en el caballo que le ofrecía Filotas, su escudero, y ordenó a Títaco que abriera la marcha en el suyo. Detrás de ellos corrían en columnas paralelas los trescientos jóvenes atenienses y los cien *hippeîs* que escoltaban a Pausanias, marcando el paso y rivalizando en marcialidad. Por detrás de ellos venían los arqueros cretenses y escitas, estos últimos entonando cánticos en su idioma bárbaro e incomprensible. Muchos de ellos llevaban tatuajes en la cara, y su aspecto, con sus pantalones y tiaras, recordaba más al de los enemigos persas que a los aliados griegos.

No tardaron en dejar atrás las falanges de Atenas y Platea y llegar al roquedal que los separaba de la de Mégara. Tras descrestar una cuesta, se abrió ante sus ojos un largo y suave declive. Allí, orientados hacia el norte, formaban los megarenses. Por su izquierda, la parte más alta, los resguardaban las rocas, mientras que al otro lado tenían una torrentera bastante honda que los protegía de los choques directos.

Pausanias calculó que el frente medía unos cuatrocientos metros. Por detrás de las ocho filas de escudos, los sirvientes y peltastas iban sacando de entre las filas a los heridos para atenderlos en la retaguardia, y a los muertos para depositarlos en el suelo a la espera de que llegara el momento de enterrarlos.

Para alarma de Pausanias, el número de cuerpos que arrastraban por el polvo era cada vez mayor.

Al otro lado de la alargada falange de Mégara estaban los jinetes persas, a los que por fin podía ver Pausanias más de cerca, atacando en oleadas. El terreno delante de los hoplitas era tan llano que permitía a los enemigos formar varias columnas de cuatro o cinco jinetes de ancho. Cada una de esas columnas cabalgaba de frente contra la primera línea de hoplitas, que los aguardaban rodilla en tierra y parapetados tras los escudos. Cuando los jinetes se hallaban a unos quince metros, hacían una variación a la derecha y, controlando a sus monturas con las rodillas, empezaban a disparar. Así galopaban durante un rato, con tanta habilidad que no necesitaban mirar al frente para no tropezar con sus compañeros de formación, y transcurrida cierta distancia giraban de nuevo a la derecha y se alejaban, algunos de ellos retorciéndose sobre las grupas para seguir disparando.

Mientras que otros sectores del ejército griego recibían ataques de columnas dispersas donde el relieve y la vegetación lo permitían, allí todo el frente estaba sufriendo la ofensiva y el número de jinetes enemigos iba en aumento. La cantidad de flechas que podían disparar era tan asombrosa como ensordecedor el ruido del combate. Los cascos hacían retumbar la llanura, los caballos relinchaban, los jinetes ululaban de una manera peculiar cuando no insultaban en griego a sus enemigos, llamándolos mujeres y comadrejas cobardes. Los arcos crujían al soltar la tensión acumulada, las flechas silbaban como enjambres en el aire y después repiqueteaban como granizo en las chapas que recubrían los escudos. Los megarenses contestaban con sus propios insultos, pero también se escuchaban entre ellos gruñidos y gritos de dolor. No faltaban los toques de trompeta y las órdenes que casi nadie podía

escuchar. Todo ello en medio de nubes y remolinos de polvo y heno, levantados por el viento ardiente que soplaba en rachas desde el oeste.

«Bienvenido a la guerra», pensó Pausanias.

—¿Qué hacemos, general? —preguntó Olimpiodoro, el jefe de los trescientos guerreros atenienses.

Pausanias trató de extraer algún orden del caos que estaba contemplando. Por el lado izquierdo, la altura del terreno y las piedras protegían el flanco megarense. Por la derecha tenían la torrentera, una trampa que podía despear y romper las patas de los caballos, pero terreno accesible para la infantería.

—¡Por allí! —señaló con el brazo y se dispuso a desmontar para guiarlos.

Al sentir una mano en el muslo, miró a la derecha. Allí estaba Temístocles, que había corrido con los demás y que, para sorpresa de Pausanias, apenas resollaba.

—No vayas tú.

—¿Cómo voy a mandar a otros hombres a la lucha si no voy yo?

Gerión se puso delante, tan grande que el caballo de Pausanias a su lado parecía un pollino.

—Deja que nos ocupemos nosotros, Pausanias.

Pausanias accedió. Diez *hippeîs* se quedaron a su lado, junto con su escudero, mientras que los demás se organizaron rápidamente en columna para acudir al frente junto a los atenienses. Por supuesto, siendo espartanos ocuparon el lado derecho sin que nadie se lo dijera.

Cuando acababa de repartir a los arqueros, mandando a los escitas a colarse entre las filas megarenses y a los cretenses con el refuerzo de la derecha, Pausanias se dio cuenta de que Escaleno estaba corriendo hacia el frente con los *hippeîs*.

—¡Espertias! ¡Espertias! —Comprobando el poco efecto que surtía su verdadero nombre, Pausanias recurrió a su apodo—: ¡Escaleno, vuelve aquí!

En medio del fragor, Escaleno o no lo escuchó o fingió que no lo hacía.

—Un éforo tampoco debería arriesgarse de esa manera.

—No se puede controlar todo —le dijo Temístocles—. La guerra es el reino del caos y el desorden. Tú ya has organizado a tus hombres, ahora debes

confiar en ellos.

Escaleno apretó los dientes. A sus treinta años, no podía decirse que fuera viejo, pero cada vez le costaba más correr y mantener el ritmo de los demás. Nadie sabía los dolores terribles que sufría en la cadera y en la rodilla, obligado a posturas innaturales para contrarrestar la diferencia de longitud entre ambas piernas.

No era el único defecto físico que debía compensar. Su escudo tenía un agarre especial, fabricado por un experto talabartero. Lo llevaba prácticamente atado, ya que con la mano izquierda mutilada no podía asir la *antilabe*, la áspera cuerda que recorría el borde interior del escudo. En cuanto a la derecha, sus muñones estaban lo bastante entrenados como para aferrar la lanza de fresno, pero sabía que su habilidad con ella no podía igualar a la de un hoplita de cuerpo íntegro.

Cuando llegaron a la torrentera, espartanos y atenienses se repartieron en filas, formando una especie de línea oblicua que sobresalía del ala derecha megarense como un gran cuerno. Escaleno y Olimpiodoro, el jefe del batallón de Erecteo, coincidieron allí hombro con hombro.

—¡Esparta y Atenas por fin luchando juntas! —exclamó Escaleno.

—¡Ya era hora! —respondió el ateniense, un hombre menudo y enjuto que parecía estar en una forma física espléndida a juzgar por lo pausado de su respiración.

—¡Por Helena y Atenea!

—¡Por Teseo y por Heracles!

Animados por el ejemplo de Escaleno y Olimpiodoro, los demás repitieron sus consignas y sus voces levantaron la moral de los megarenses, que agitaron las lanzas sobre sus cabezas y golpearon los escudos.

—Bonito gesto, pero poco eficaz contra la caballería —comentó Escaleno.

Los jinetes seguían cargando en aquella especie de remolino constante que giraba de derecha a izquierda. En realidad, eran varios remolinos atacando simultáneamente todo el frente de Mégara, pero Escaleno solo tenía ojos para la columna que los atacaba a ellos. En los segundos que llevaba allí, ya habían impactado dos proyectiles contra su escudo.

—¡Primera fila, rodilla en tierra! —ordenó Olimpiodoro—. ¡Arqueros, disparad!

Escaleno, que se había colocado en primera fila recurriendo a su dignidad de éforo, se apresuró a clavar la rodilla siguiendo la indicación del ateniense. A su espalda oyó el quejido de la madera de tejo combándose y el restallido de las cuerdas de tripa al soltarse, y casi en el mismo instante decenas de silbidos sobre su cabeza.

Los arqueros cretenses no se anduvieron con contemplaciones y dispararon contra los blancos más grandes, los caballos. Aunque la mayoría de los proyectiles no alcanzaron su objetivo, sí lo hicieron los suficientes como para derribar a más de quince animales. Hasta aquel momento los jinetes persas se las prometían muy felices, pero de repente empezaron a caer con sus monturas. Cada uno que se revolcaba por el polvo provocaba que el siguiente, si no andaba muy listo, tropezase con él. De esa manera empezaron a formarse montoneras, lo que aumentó el caos y provocó más nubes de polvo, pero también redujo el número de saetas que caían sobre Escaleno y sus compañeros de formación.

—¡Espero que vuestros arqueros escitas estén mostrando la misma puntería que los cretenses! —le dijo a Olimpiodoro.

—¡No lo dudes! —respondió el ateniense, encogiéndose bajo el escudo por puro reflejo para protegerse de un proyectil que volaba hacia su rostro. Desde detrás de su protección, miró de lado a Escaleno y sonrió. Tenía todos los incisivos rotos—. ¡Son todavía mejores que los cretenses!

Asomándose con cuidado sobre el brocal de su escudo, por el estrecho ángulo que le dejaba el visor del yelmo, Escaleno vio que entre todos los jinetes persas destacaba uno por su tamaño y su armamento. Si sus ojos no lo engañaban, era tan alto como Gerión y montaba un enorme corcel negro, enjaezado de oro, que sacaba fácilmente dos manos de alzada a los demás. El jinete llevaba una túnica púrpura sin mangas y abierta por los costados para lucir una armadura de escamas dorada que destellaba incluso entre la nube de polvo. Disparaba el arco como los demás, pero detrás de él cabalgaba un escudero que le llevaba la lanza. También lo acompañaba un portaestandarte, lo que indicaba que se trataba de un oficial de alto rango.

Sin duda, no podía ser otro que Masistio, hijo de Hidarnes. Escaleno lo había conocido en Babilonia, cuando acudió allí a ofrecerse como víctima propiciatoria por el asesinato de los embajadores. Gigantesco, desaforado en lo físico y en lo moral, tan borracho y putero que a su lado el mismo Escaleno parecía un aficionado, y con un corazón tan negro y vacío como el interior de

un olivo podrido.

—¡Disparad al jefe! ¡Matad a ese bastardo! —exclamó Escaleno, señalando a Masistio con su lanza.

Escaleno tenía una voz tan penetrante que incluso a él le ensordeció su grito. Fuera por sus palabras o por propia iniciativa, la mayoría de los disparos de la siguiente andanada volaron buscando a Masistio. Algunas flechas lo alcanzaron a él, pero los impactos no fueron lo bastante directos ni cercanos como para penetrar en su grueso blindaje y rebotaron en su cuerpo sin producir efecto aparente. Con todo, cinco saetas se clavaron en el cuerpo y las patas traseras de su enorme corcel. El caballo niseo, impulsado por la inercia de la carrera, aguantó todavía unos metros antes de caer de bruces, levantando una espesa polvareda blanca con su enorme masa. Masistio voló sobre la cabeza de su montura y se revolcó por el suelo. Allí quedó inmóvil durante unos instantes cuan largo era, aturdido por el impacto.

—¡Ahí tienes, hijo de…!

El que había gritado era un joven ateniense que estaba detrás de Olimpiodoro. Llevado por el entusiasmo se había levantado, descuidando por un instante su guardia. Escaleno, prácticamente pegado a él, pudo oír perfectamente cómo el insulto se convertía en un estertor que moría en su garganta. Una flecha emplumada de rojo había aparecido como de la nada, clavada en la boca del ateniense, justo entre las carrilleras de su yelmo.

—¡Protegeos bien! —gritó—. ¡Ellos no dejan de disparar!

Los jinetes seguían cabalgando en aquella rueda, aunque varios de ellos habían caído, y el caos de polvo y relinchos era todavía más confuso que antes. La mayoría seguían pasando, pero más alejados que antes para evitar los disparos de los cretenses. Al parecer, muchos de ellos ni se habían enterado de que su jefe había dado con sus huesos en tierra. Sí lo hicieron el portaestandarte y un par de caballeros también blindados, que tiraron de las riendas para volver atrás y rescatar a Masistio.

Este se estaba recuperando del impacto. Sentándose en el suelo, se dio la vuelta sobre el trasero para comprobar el estado de su caballo. El animal seguía revolviéndose en el polvo y coceaba al aire entre relinchos lastimeros.

Aquel caballo ya no se levantaría. Pero si dejaban que lo hiciera Masistio, sus hombres no tardarían en cederle otra montura. Sin duda, en cuanto se alejara de las líneas griegas no cometería la imprudencia de volver a acercarse

tanto y perderían la ocasión de acabar con él.

No podían permitirlo. La pieza que estaba en el suelo era caza mayor.

—¡No hay que dejar que se levante! —gritó Escaleno, mirando hacia Cármidas, el jefe de los *hippeîs*, que estaba a diez escudos a su derecha—. ¡Si lo matamos a él, los demás perderán la moral y se irán!

Cármidas se le quedó mirando, con un gesto difícil de interpretar detrás de su cerrado casco corintio. Tras unos segundos de duda, se levantó, blandió la lanza sobre su cabeza y gritó:

—¡Espartanos! ¡Seguidme!

Los noventa *hippeîs* que se habían apostado en el extremo derecho de la formación, ocupando el lugar de honor sin pedirle cuentas a nadie, se levantaron como un solo hombre y siguieron a Cármidas, que ya corría hacia Masistio sin mirar atrás, con la confianza ciega de que sus hombres lo seguirían. Con los movimientos ya instintivos que llevaban practicando desde adolescentes, los espartanos se cubrieron con los escudos en alto y corrieron sin desorganizarse.

Escaleno, que cerraba la primera fila por la izquierda, vio que a su derecha Olimpiodoro y los atenienses también echaban a correr. Al parecer, no estaban dispuestos a que los espartanos acaparasen la gloria de cobrar aquella presa.

—¡Matadlo y volved atrás! —gritó Cármidas—. ¡Entrar y salir de nuevo!

Parecía una orden sensata. No era cuestión de que ellos solos se quedaran adelantados al resto de la falange, recibiendo las embestidas de la caballería.

Sin embargo, como solía ocurrir en la guerra, las cosas se complicaron. Masistio logró levantarse a tiempo de defenderse de la embestida. Desenvainando su espada, un sable que medía más de un metro, lanzó un tremendo tajo contra Cármidas. El oficial, que corría ligeramente adelantado, interpuso el escudo, pero el golpe llevaba tanta fuerza que incluso así lo derribó. Cuando cayó al suelo, Masistio le pisó el cuello y le aplastó la tráquea con un espantoso crujido. El jefe de los *hippeîs* quedó tendido, revolviéndose y ahogándose en sangre y flemas.

El portaestandarte y otros dos caballeros, que ya habían llegado en auxilio de Masistio, intentaron derribar a los primeros hoplitas de la fila encabritando a sus caballos para que los aplastaran bajo sus cascos. Para entonces, más

jinetes persas acudían a la refriega, al percatarse de que su jefe había quedado descabalgado.

Viendo a Masistio de pie, Escaleno pensó que era incluso más alto de lo que lo recordaba, o tal vez al verlo en acción impresionaba más. Los hoplitas que estaban cerca de él trataban de clavarle sus lanzas, pero las puntas de hierro resbalaban rechinando por las gruesas escamas de su armadura. El gigante agarró una de esas lanzas con la mano izquierda, se la arrancó a su propietario de las manos y después invirtió el movimiento para golpearlo con el regatón en la cara, rompiéndole varios dientes con el impacto. Luego siguió repartiendo golpes con ambas manos, con tal violencia que en lugar de dos brazos parecía tener cien, como un Hecatónquiro. A sus pies, Cármidas había dejado de retorcerse y yacía inmóvil, como una pieza abatida en una cacería.

Escaleno dejó de mirar a su derecha para contemplar la titánica pelea de Masistio con sus atacantes, pues frente a él una nueva amenaza requería su atención. Había más caballos surgiendo de entre la nube de polvo, bestias que desde la altura de Escaleno parecían gigantescas, infernales, multiplicándose como las cabezas de la hidra.

—¡Aguantad! —gritó Olimpiodoro, a su lado—. ¡Las picas a los morros de los caballos!

A su lado, los soldados apretaron las filas para detener a los jinetes persas, que habían dejado los arcos para tirar de espadas y lanzas. Olimpiodoro se acercó más a Escaleno para protegerse con el sobrante de su escudo. Ambos cruzaron una rápida mirada de complicidad.

—¡Atenea y Helena! —dijo el ateniense.

—¡Heracles y Teseo! —respondió Escaleno con la contraseña que habían improvisado.

Perseo había despertado desorientado, como tantas mañanas. El sueño era particularmente propicio a borrarle los recuerdos.

Pero ahora no estaba desorientado. Se encontraba en el campo de batalla y era como si hubiera pasado allí toda su vida.

Cabalgaba con Bagabigna, más su portaestandarte, su trompeta, su escudero y varios caballeros, todos ellos tan blindados como el Asesino Blanco.

En realidad, lo había conocido esa misma mañana —como, al parecer, lo

conocía muchos otros días—, cuando el persa apareció en su tienda para buscarlo y llevarlo a la batalla.

En ese momento, Perseo estaba a punto de leer un papiro que le había entregado su criado, un tal Glauco. Le había dicho que era importante que lo leyera todas las mañanas, para recordar algunos asuntos vitales. Pero Bagabigna lo había interrumpido dando voces y palmadas.

—¡No hay tiempo para eso! Hoy cabalgarás conmigo. ¡Gilgamesh y Enkidu juntos!

—Me han dicho que mi nombre es Perseo…

Bagabigna le palmeó la espalda.

—Sí, te llamas Perseo. Pero hoy eres mi hermano de armas. ¡Ven, vamos a desatar los corceles de la guerra contra nuestros enemigos!

El persa le había dado las explicaciones mientras lo llevaba a su propia tienda para armarlo. Allí le prestó una coraza de anillos de hierro. Cuando Perseo se la puso por encima de la cabeza, la cota cayó sobre su cuerpo como una lluvia de metal, tintineando al resbalar por sus caderas. Era pesada, pero se trataba de un peso reconfortante que lo hacía sentir más poderoso.

—Eres bastante más grande que yo, pero la ventaja de la malla es que se ajusta al cuerpo. Tampoco te creas invulnerable, no obstante. —Bagabigna clavó el dedo sobre una anilla—. Un golpe punzante muy certero podría abrir una anilla y penetrar, así que acuérdate de cubrirte.

Después de eso todo había sido rápido y caótico, casi como un sueño. Cuando se quiso dar cuenta, Perseo ya estaba montado en un bayo de gran alzada, apropiado para alguien de su peso. Le habían armado con una lanza, puesto que no era experto en usar el arco, y menos montado a caballo. También le habían dado un yelmo, que según le explicó Arsaces, el escudero que le asignó Bagabigna, era típico de la caballería tesalia.

Resultaba desconcertante despertarse sin recuerdos y verse de repente montado en un caballo, dentro de una formación en la que había cientos, miles de jinetes más. A su alrededor se oían relinchos y resoplidos, tintineo de armas, órdenes, arengas y gritos en persa, un idioma que sentía extrañamente ajeno y del que, no obstante, captaba la mayoría de las palabras.

Salieron por unas grandes puertas de madera del recinto donde habían estado hasta entonces. Perseo se volvió sobre su montura y vio que dejaban

atrás un enorme campamento cuadrado rodeado por terraplenes y empalizadas. Una vez fuera, se organizaron por escuadrones y escucharon.

—No te apartes de mí, Perseo —le dijo Arsaces. Era un joven imberbe y muy guapo, con unos ojos grises asombrosamente claros—. Yo procuraré estar donde se encuentre Bagabigna.

—Bagabigna ha dicho que es mi amigo.

—Sí, pero también es jefe de caballería y no puede estar todo el rato atendiéndote a ti. De eso me encargo yo.

La sensación de cabalgar dentro de una formación como aquella resultaba impresionante, embriagadora. Perseo experimentó una tenue sensación de familiaridad, como si no fuera la primera vez que lo hacía. Aunque Bagabigna le había dicho: «Tú eres más guerrero de a pie que jinete, ten cuidado», en realidad no le costaba manejar el caballo. El animal, fuerte y brioso, captaba también la fuerza y el brío del propio Perseo y se entendía con él.

Rápidamente se formaron auténticos torrentes de jinetes, decenas de columnas que trotaban hacia el río, mirándose y saludándose entre ellos, agitando lanzas, arcos y estandartes sobre sus cabezas entre cánticos. Todo parecía una gran fiesta, animada por los abigarrados colores de los caftanes, las tiaras y los pantalones que vestían los persas, y por los brillantes adornos que decoraban los jaeces de sus caballos. Al llegar a la orilla del Asopo, los jinetes tiraron de las riendas y cada uno procuró seguir el instinto de su animal para encontrar el vado más seguro. Los cascos chapoteaban en la corriente, que en muchos sitios apenas llegaba a las corvas de los caballos.

Siguiendo a Arsaces, que a su vez no perdía de vista a Bagabigna, Perseo y un *satabam* de cien jinetes cabalgaban en todo momento alrededor de su jefe, que no dejaba de enviar mensajeros y recibirlos.

Junto con varias columnas más, después de cruzar el río se dirigieron hacia el este, por donde el sol ya empezaba a calentar. Allí, no muy lejos de la ladera del monte, entre olivos dispersos, se veía una larga línea de escudos que seguía las ondulaciones del terreno como una sinuosa serpiente de bronce.

—Esos son los espartanos —informó Bagabigna, escupiendo a un lado y mascullando una maldición entre dientes—. Antes de que llegue otra luna nueva, juro que todos estarán muertos. Pero ¡mira cómo mantienen la línea! Hay que reconocer que esos bastardos tienen clase.

Espartanos. Perseo había oído a Glauco decir que él era Perseo, el espartano. Lo que veía delante, esa pared de escudos redondos pintados con la letra lambda, las puntas de las lanzas asomando por encima, los yelmos pulidos reflejando la luz del sol: todo eso le resultaba familiar, pero no lograba localizarlo.

Las columnas de caballería persa empezaron a acometer la línea espartana por algunos puntos, allí donde se abrían espacios más despejados. Disparaban flechas contra los enemigos, pero lo hacían a cierta distancia, por precaución. El mismo Bagabigna probó a hacerlo y le dijo a Perseo que lo siguiera.

—Tú solo cabalga detrás de mí, no tienes que hacer nada.

Cargaron de frente contra la línea de escudos. Sobre estos, las puntas de las lanzas se mantenían firmes, como cañas en un día sin viento. Eso significaba que las manos que las empuñaban no temblaban, lo que hizo sentir a Perseo un extraño bienestar. ¿Por qué, si no conocía de nada a esos hombres?

Llegaron a aproximarse tanto a los enemigos que Perseo pudo ver los ojos y las bocas de los soldados por debajo de los yelmos cerrados. Bagabigna dio una voz, y su caballo corrigió su dirección y giró en ángulo recto a la derecha. Con movimientos casi acuáticos, el persa se giró sobre el lomo de su corcel blanco, tomó una flecha del carcaj que llevaba atado junto al muslo y disparó. Los hombres que lo acompañaban lo imitaron, entre ululatos y desafíos a los guerreros espartanos.

Perseo, que solo tenía que controlar a su montura, no disparar, observó el resultado. Algunas flechas, la mayoría, se clavaron o resbalaron en el suelo, mientras que otras rebotaron en los escudos con repiqueteo metálico.

No ocurrió nada más. Los espartanos se mantuvieron tan quietos y silenciosos como si no tuvieran ningún enemigo delante.

Bagabigna cabalgó en paralelo a la fila enemiga durante unos treinta metros, sin dejar de disparar, y después hizo otra variación derecha y se alejó de los espartanos, seguido por los hombres de su *satabam*. Todos juntos subieron una pequeña cuesta que les ofrecía una perspectiva más amplia de la acción. Allí, el Asesino Blanco tiró de las riendas de su caballo para detenerlo.

—¡Son un hueso duro de roer! —exclamó en persa, dirigiéndose a sus hombres. Su dicción era tan clara que Perseo lo entendió perfectamente—.

¡Hoy no probaremos carne espartana! ¡Vamos a estudiar el resto de la línea!

Antes de alejarse, Bagabigna despachó más mensajeros con instrucciones. Perseo creyó entender que quería que otros escuadrones siguieran acosando a los espartanos, para que al menos se sintieran incómodos y tuvieran que pasar la mayor parte del día cociéndose bajo el metal recalentado de sus yelmos y corazas. Con todo, aquel lugar no era propicio para la caballería, por lo que las columnas de jinetes solo podían aproximarse al frente de escudos siguiendo unos estrechos pasillos.

Mientras recorrían el frente griego, que se veía mucho más desigual una vez que habían dejado atrás el sector espartano, llegó un nuevo mensajero. Venía a galope tendido, cubierto de polvo y de espuma de su caballo, como si lo persiguieran las mismísimas Erinias, unas criaturas de cabellos serpentinos cuyo nombre había recordado Perseo sin saber muy bien por qué.

—¡Masistio ha encontrado un punto débil en el frente griego! —anunció el mensajero. A decir verdad, Perseo se dio cuenta de que no había utilizado la palabra «griego», sino un término ofensivo que recordaba más a «bárbaro», que a su vez era la palabra despectiva con que los griegos se referían a los persas y a todos los demás extranjeros.

Al oír el nombre de Masistio, Bagabigna se revolvió sobre su montura como si lo hubieran espoleado.

—Ese bastardo no se va a llevar él solo la gloria hoy. ¡Seguidme!

Mientras Perseo cabalgaba con los persas contra su propio pueblo, la batalla en el sector de Mégara proseguía encarnizada alrededor de Masistio. El coloso había logrado derribar ya a cinco espartanos y mantenía en jaque a veinte más. Blandía en la diestra su espada y en la zurda la lanza arrebatada a un espartano, y la precisión que les faltaba a sus golpes la compensaba de sobra con el alcance de su envergadura y la potencia de sus músculos. Tenía heridas en el cuello y la cara, pero no eran graves, y los lanzazos que le asestaban resbalaban por su gruesa armadura sin hacerle efecto.

Escaleno había retrocedido un par de pasos, del mismo modo que delante de él los guerreros persas, algunos todavía montados y otros pie en tierra, se habían apartado hacia atrás. Era una de esas extrañas pausas que se producían a veces en los combates, como si las mentes de los guerreros intercambiaran una tregua silenciosa con tan solo mirarse.

—¡Dejadme a mí!

La línea espartana se abrió a ambos lados, y entre los yelmos de bronce, separando a sus compañeros como el espolón de un trirreme corta el agua, se adelantó Gerión. Durante la carga se había rezagado en la última fila, pues con su volumen nunca se le había dado bien correr: en la *agogé*, él era el único al que ganaba Escaleno en la carrera, pues compensaba su cojera con mucha mayor resistencia.

Masistio y Gerión se vieron frente a frente. Ambos tenían la misma estatura, pero el cuerpo del espartano era incluso más ancho y su cabeza mucho más voluminosa, mientras que su cuello, que se confundía con sus trapecios de piedra, parecía prácticamente inexistente.

Para sorpresa de Escaleno, Gerión soltó la lanza y desembrazó el escudo para dárselo al camarada que tenía al lado, que no era otro que el deslenguado —literalmente— Brontes. Aunque más que entregárselo, se lo estampó en el pecho y casi lo derribó. Después se despojó del yelmo. Tenía la barba blanca de polvo y saliva, y sus ojos llameaban.

—¡Soy Gerión, y mi padre era un cabrón hijo de puta al que no pienso nombrar! ¿Quién eres tú, bárbaro sodomita?

El persa debió de entender que era un desafío, porque se palmeó el pecho y pronunció su propio nombre. Después se quitó la tiara, envainó la espada y dejó caer la lanza, ya astillada a fuerza de golpes.

Sin más preámbulo, los dos gigantes se abalanzaron uno contra otro entre gruñidos. Nadie se movió alrededor, como si el mundo se hubiera congelado, como si los dioses homéricos hubieran lanzado un encantamiento para presenciar un duelo singular entre Héctor y Diomedes o entre Paris y Menelao.

No, pensó Escaleno. Aquellos dos brutos eran reencarnaciones del mismo guerrero duplicado, el gigantesco Áyax Telamonio, natural de Salamina, el hombre que no temía a los dioses ni a nada y que había pagado su soberbia con la locura.

Cuando ambos colosos iban a chocar, Gerión agachó el cuello y usó el cráneo para embestir como un ariete. El cabezazo en el pecho de Masistio sonó como si un tronco de madera hubiera golpeado un escudo de bronce, de tal manera que Escaleno pensó por un momento que su antiguo camarada de pelotón se había partido la crisma. Pero luego recordó que no había que subestimar el grosor de los huesos de Gerión, cráneo incluido.

Masistio, sorprendido, reculó por el impacto y contraatacó descargando ambos puños sobre la espalda de Gerión. Pero este, que pareció no acusar el doble golpe, rodeó a su adversario con ambos brazos tratando de derribarlo.

O tal vez de levantarlo, Escaleno lo ignoraba. Por el momento, la táctica que estaba siguiendo Gerión no le parecía la más inteligente ni adecuada.

Masistio metió los brazos por debajo de las axilas de Gerión para obligarle a soltar la presa. El espartano gruñó, vociferó y blasfemó, tratando de resistir. Pero, por increíble que pareciera, Masistio era todavía más fuerte que él y poco a poco consiguió abrirle los brazos. Los persas jalearon a su jefe e hicieron gestos obscenos a los griegos, mientras que estos, atenienses y espartanos por igual, trataban de animar a su propio campeón.

Por fin, Masistio abrió del todo la presa de Gerión y lo agarró por los codos.

Escaleno no esperaba ver el día en que alguien derrotara a Gerión por pura fuerza bruta. Perseo había recurrido a la rapidez, la capacidad de encajar golpes y, finalmente, a la astucia. Pero el persa tenía inmovilizados los brazos de Gerión y lo miraba a la cara con una sonrisa feral. Solo entonces vio Escaleno que su compañero de armas se había abierto una brecha encima de la ceja izquierda al chocar contra la armadura de Masistio.

Gerión correspondió a la sonrisa del persa con otra aún más estremecedora, por cuanto sus rasgos eran más bestiales. «Le ha engañado», comprendió Escaleno. A su camarada le sobraban fuerzas para mantener su presa, pero había fingido una debilidad que no sentía.

Con un gruñido ronco, Gerión echó el cuello atrás, tomó impulso y, convirtiendo el gruñido en grito, volvió a lanzar un cabezazo, al mismo tiempo que agarraba los hombros de Masistio y tiraba de ellos para atraerlo hacia sí.

Los dos movimientos combinados dieron como resultado un choque brutal. La diferencia fue que la parte superior de la frente de Gerión, contra la que Escaleno le había visto aplastar nueces y partir tablas y ladrillos, chocó contra la nariz y los ojos del persa, allí donde los huesos de la cabeza eran más frágiles.

Como si los ruidos de la batalla que los rodeaba quedaran amortiguados por un manto de lana, Escaleno pudo oír perfectamente el crujido de los huesos haciéndose astillas. El gigante persa soltó su presa y retrocedió, con el

rostro ensangrentado. Pero Gerión no estaba dispuesto a dejarlo ir todavía y sobre el destrozo que había causado en el rostro de Masistio volvió a arremeter con la cabeza como un ariete empeñado en abrir brecha en una muralla.

El segundo golpe bastó para que las piernas de Masistio se doblaran, como si sus huesos se hubieran cocido hasta convertirse en gelatina. El gigante cayó de rodillas, su rostro convertido en una ruina de sangre, moco y dientes rotos, y parecía que iba a desplomarse de bruces, pero Gerión le puso el pie en el pecho y lo empujó para que cayera de espaldas.

—¡Nadie es más fuerte que Gerión! —rugió, pasándose la mano por la frente y la cara para extenderse por ella su propia sangre y la de su enemigo a modo de pintura de guerra.

Desenvainando su propia espada, el espartano se inclinó sobre el cuerpo del gigante y se la clavó en el ojo. El persa levantó los brazos en el aire una vez, dos, abrió y cerró las manos enormes, y después se quedó quieto.

Entonces los dioses que estaban presenciando el duelo levantaron el encantamiento, y de pronto todos, griegos y persas, se lanzaron al centro de la arena a por el cadáver de Masistio.

La lucha que siguió fue más confusa incluso que la fase anterior. Caído Masistio, los griegos lograron avanzar unos metros contra los persas, que en su mayoría habían desmontado y tenían un armamento peor para el cuerpo a cuerpo. Pero cuando los soldados de infantería ligera estaban ya colándose entre las últimas filas de hoplitas para tirar del cuerpo de Masistio y llevárselo de allí, se oyó un nuevo toque de trompeta, y por encima de las cabezas de los persas tremoló un estandarte blanco.

Las líneas enemigas se abrieron, y Escaleno y sus compañeros de formación se encontraron frente a frente con un nuevo escuadrón de jinetes. Uno de ellos, que vestía de blanco, arremetió contra la falange espartana, a la izquierda de Escaleno, y empezó a repartir golpes a ambos lados con su espada, hendiendo un yelmo y partiendo una lanza de sendos tajos.

Escaleno lo reconoció. Pero aquel hombre no podía estar allí. Era Bagabigna, el Asesino Blanco de Mileto, al que habían arrojado al pozo en Esparta delante de sus ojos.

Algo más urgente y cercano reclamó su atención. Escaleno volvió la mirada al frente, donde un jinete de mayor tamaño que Bagabigna, blindado

con una especie de túnica de metal que brillaba bajo el sol, le embestía con una lanza. Escaleno interpuso el escudo justo a tiempo de evitar que el golpe le atravesara el cuello de parte a parte, pero el impacto, apoyado por el peso de jinete y corcel, fue tan potente que lo derribó de espaldas.

Intuyendo que el siguiente golpe buscaría sus ingles o sus arterias femorales, ahora expuestas, Escaleno trató de cubrirse desde el suelo. La lanza del enemigo golpeó donde tenía previsto, pero de nuevo lo hizo con más fuerza de la que esperaba, perforando la chapa de bronce y arrancando astillas de roble. Escaleno, atado al escudo por las correas, sintió un agudo dolor en la muñeca y temió que se le hubiera roto.

El jinete levantó la lanza sobre la cabeza, dispuesto a asestar el golpe definitivo. Por primera vez, Escaleno vio su rostro, y aunque los pómulos se veían más afilados que diez años antes, y un parche cubría uno de sus ojos azules, lo reconoció. Rápidamente, soltó su propia lanza y se echó atrás el yelmo con la mano derecha.

—¡Perseo! ¡No lo hagas, Perseo!

Su amigo frenó el brazo a mitad de movimiento y su único ojo se abrió en un gesto de estupor.

—¡Perseo, soy yo! ¡Escaleno, tu amigo Escaleno! —Tratando de sentarse en el suelo, el éforo señaló a otros guerreros que luchaban alrededor—. ¡Allí están Gerión, y Brontes, y Tresas, y toda la cuadrilla! ¿Es que no nos reconoces?

No, no podía reconocerlos. Escaleno recordó lo que les había contado Palamedes, el desertor que les había traído el mensaje con las instrucciones secretas de Jerjes. Perseo no había muerto en las Termópilas, pero el golpe recibido en la cabeza había dejado su mente convertida en un erial vacío, un terreno pedregoso en barbecho permanente donde los recuerdos no podían arraigar.

«Estoy muerto», comprendió y cerró los ojos esperando el golpe final.

Al comprobar que ese golpe tardaba, volvió a abrirlos. Perseo seguía mirándolo, con la lanza todavía enarbolada sobre la cabeza, dudando qué hacer. Por fin, bajó el arma, tiró de las riendas para hacer que su caballo se diera la vuelta y se alejó, desapareciendo entre el mar de jinetes y la nube de polvo como un barco que se esfuma en la niebla.

Escaleno sintió unas manos que lo agarraban de las axilas y lo levantaban

del suelo. Era Olimpiodoro.

—¿Qué acaba de pasar aquí? —le preguntó el oficial ateniense.

—No lo sé —reconoció Escaleno.

—Los dos parecéis haber visto un fantasma, el persa y tú.

—Persa no —respondió Escaleno—. Perseo es su nombre.

Los soldados que estaban a su espalda tiraron de él para hacerlo retroceder diciéndole que, como éforo, ya había luchado bastante. El combate proseguía, y tenía trazas de hacerlo indefinidamente, con retrocesos y avances alternativos. Pero entonces Bagabigna logró abrirse paso hasta el cadáver de Masistio, el trofeo por el que se batían unos y otros. Al ver aquel enorme corpachón tendido en el polvo, el Asesino Blanco sonrió, con una sonrisa que a Escaleno se le antojó de genuina alegría, y gritó:

—¡Aquí ya no hay nada que hacer! ¡Trompeta, toca retirada! ¡Nos marchamos!

Apenas un minuto después, cuando la nube de polvo empezó a asentarse en el suelo, la caballería persa era una sombra que menguaba de tamaño conforme se alejaba hacia el río. Exhausto, Escaleno se dejó caer de rodillas y apoyó la barbilla sobre el escudo. Solo entonces se dio cuenta de que tenía el rostro lleno de lágrimas.

—¡Se retiran! —exclamó Pausanias—. ¡No sé muy bien por qué, pero se retiran!

Temístocles le dijo algo, que apenas pudo oír por culpa del griterío que se había levantado entre las filas griegas. Los megarenses aullaban de alegría y aporreaban sus escudos, y los espartanos y atenienses que habían llegado a reforzarlos y que habían combatido de manera tan brutal y caótica en el ala derecha no les iban a la zaga en sus cánticos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Pausanias, inclinándose sobre el costado de su caballo para acercar el oído a su amigo.

—¡Que no importa saber por qué, mientras se retiren! ¡Ya te he dicho que la guerra es el reino del caos!

Pausanias se enderezó de nuevo y observó el campo de batalla. Allí había decenas de cadáveres, tal vez más de cien, y también muchos caballos tendidos, algunos de ellos agitando las patas y relinchando en su agonía. Pero observó con satisfacción que la mayoría de los cuerpos vestían los vivos

colores de los guerreros persas.

—¡Nunca te había visto sonreír de esa manera! —le dijo Temístocles.

—¡Esto ha empezado bien! —respondió Pausanias—. ¡Son los dioses quienes sonríen a nuestra causa, no yo!

Poco sospechaba en ese momento que sería la última ocasión que tendría de sonreír en muchos días.

# 4

## Campamento persa

Perseo había despertado desorientado. Él no tenía modo de saberlo, pero ni siquiera podía leer las cartas que se escribía a sí mismo días antes y que usaba para brindarse información, ya que Artemisia había sobornado a Glauco para que no se las diera.

Llevaba un rato levantado, sin salir de la tienda de campaña que por el momento era el único mundo que conocía, cuando llegó un hombre que decía ser su hermano mellizo y llamarse Nabis. Lo primero que hizo fue servirle vino en una copa de plata y tendérsela para que bebiera.

—Esto sabe muy amargo —se quejó Perseo.

—Ya te lo expliqué ayer —le dijo el tal Nabis—. Es una cocción que preparó anoche el médico Heráclides. Es buena para el mal que te aqueja.

Perseo torció el gesto, pero bebió de la copa, mientras miraba de reojo al hombre que había venido con Nabis. Era un personaje peculiar, que contemplaba a Perseo con gesto intenso, como si lo conociera de algo o como si lo quisiera convertir en piedra.

Todo el mundo al que había visto esa mañana lo conocía de algo, mientras que él no conocía a nadie. Se trataba de una sensación desconcertante. Cuando cerraba el ojo, se veía a sí mismo caminando por un terreno cenagoso, chapoteando en agua sucia de la que se levantaban columnas y volutas de bruma. De cuando en cuando intuía rostros en el agua, como si debajo de la superficie flotaran fantasmas. Eran los rostros de las personas que estaba viendo y de muchas otras que todavía no había visto. Abrían los labios y parecía que cada uno iba a pronunciar su nombre, pero siempre se desvanecían antes de hacerlo, y el nombre reventaba en burbujas vacías y sin sonido.

Perseo volvió a abrir el ojo.

—Este es Hegesístrato de Élide —le dijo Nabis—, adivino del clan de los Telíadas. Lo viste hace unos días, ¿no recuerdas?

—Tú mismo has dicho que lo olvido todo varias veces al día. ¿Cómo iba a acordarme? —contestó Perseo, apoyándose las manos en los muslos y balanceándose en el asiento.

El adivino se acercó a él y se inclinó para examinarlo de cerca. Pese al calor, vestía una túnica parda y basta de estopa, que le llegaba hasta los tobillos y tenía mangas hasta las muñecas. Perseo pensó que dentro de una prenda así él se habría cocido de calor. El adivino tenía la barba y los cabellos largos, polvorientos y enmarañados, y olía a sudor y a ajo.

Lo que más llamó la atención de Perseo fue la pierna derecha del tal Hegesístrato. La tenía cortada por debajo de la rodilla y el muñón estaba atado con correas de cuero a una pata de madera oscura y pulida. Para caminar se apoyaba en una muleta que le llegaba hasta la axila y le obligaba a torcer la espalda.

—¿Sabes que tú y yo compartimos la misma celda, aunque no a la vez?

Perseo negó con la cabeza.

—Si no fue a la vez, ¿cómo fue que la compartimos?

—Es una forma de expresarse —respondió Hegesístrato—. Yo te sustituí en esa mazmorra, en el palacio del rey Cleómenes. Te soltaron del cepo un día y me pusieron a mí en él al siguiente. No sé por qué estabas allí, pero me dijeron que eras hijo del rey al que habían derrocado.

—Nuestro padre, Damarato —apuntó Nabis.

El adivino se enderezó. Fue un alivio para Perseo, que dejó de olerle el aliento.

—Debían de considerarte muy peligroso, porque me dijeron que te habían tenido encadenado a unos grilletes y con los dos pies en el cepo. A mí solo me metieron un pie, el derecho. El agujero del cepo tenía manchas de sangre de tu pierna cuando lo cerraron sobre mi tobillo. ¿Sabes por qué me encarcelaron a mí?

Perseo volvió a negar con la cabeza. En realidad, no le importaba demasiado el motivo por el que pudieran haber encerrado a aquel hombre. Pero en aquel instante tampoco se le ocurría nada más interesante que hacer que escucharlo.

—Tu medicina —insistió Nabis—. Tienes que beberla.

A regañadientes, Perseo tomó de nuevo la copa del velador y dio un trago. Su sabor no mejoraba en cada dosis. Además, si tan buena era esa mezcla de fármacos, se preguntó, ¿por qué lo seguía olvidando todo?

—Yo odio a Esparta —dijo Hegesístrato con tono venenoso—. ¡No la odio, la aborrezco! Durante años me dediqué a hacer sacrificios y profecías para los rebeldes mesenios. Gracias a mí tendieron algunas emboscadas a vuestros orgullosos soldaditos y mataron a muchos. Pero al final me capturaron y me llevaron ante vuestro rey Cleómenes, que hizo que me encerraran y ordenó que me dejaran pudrirme en esa celda, sin darme de beber ni de comer.

—No era nuestro rey —intervino Nabis—. Era el de los otros.

Hegesístrato se volvió hacia él.

—Pero tú trabajabas para él. ¿Crees que no lo sé? Yo lo sé todo, joven Nabis.

—No me llames joven. Tengo ya treinta años.

—Para el sabio, todos los ignorantes son jóvenes.

Hegesístrato miró de nuevo a Perseo. Este reparó en que el adivino era ligeramente estrábico, lo que resultaba inquietante, pues no tenía claro en cuál de los dos ojos debía fijar la vista.

—Cleómenes me dijo que yo me iba a pudrir, mientras que yo le vaticiné que sería él quien muriera aherrojado a un cepo y no yo. También le aseguré que viviría para ver a Esparta convertida en un montón de cenizas humeantes. Dime, joven Perseo, ¿tú me ves podrido acaso?

Perseo no se molestó esta vez en negar con la cabeza. El olor a sudor revenido del adivino y el negro de sus dientes le hicieron pensar que quizás algo podrido sí estaba.

—Mira mi pie derecho. ¿Lo ves?

—No tienes pie derecho —respondió Perseo.

—Así es. Yo llevaba un cuchillo que no se molestaron en quitarme cuando me encerraron. ¿Qué iba a hacer con él?

—No lo sé.

—Ellos tampoco lo sabían. Lo que hice fue cortarme poco a poco rebanadas del empeine, *ris, ras, ris, ras*, como si cortara tajadas de un pernil de cerdo. Gracias a mi adiestramiento como adivino, supe vencer el dolor, hasta que mi pie quedó lo bastante reducido como para sacarlo del cepo.

»Aunque estaba dejando un reguero de sangre por todas partes, me puse de pie y me acerqué a la pared de adobe, buscando el punto más débil. Había una zona húmeda, y la humedecí más orinando en ella. Después me dediqué a escarbar con la punta del cuchillo, pensando que en cualquier momento los guardias de Cleómenes vendrían a buscarme. Pero la orden de dejar que me pudriera era literal, así que nadie vino a verme y tuve tiempo suficiente de hacer un agujero en la pared.

»De ese modo hui de la prisión de Cleómenes y de vuestra maldita ciudad. Cojeando y con el pie envuelto en jirones de mi propia túnica, viajé hacia el norte, rehuyendo los caminos y ocultándome en los bosques. Dormía de día, tapándome con ramas y hojas, y viajaba de noche. En solo tres noches llegué a Tegea, donde me tuvieron que amputar la pierna a esta altura que ves, porque la herida se me había empezado a gangrenar.

»Desde entonces he buscado la ruina de Esparta por todos los medios. Ya ves que la primera parte de mi profecía se cumplió: Cleómenes murió en el cepo, usando un cuchillo para despedazarse, no para huir como yo. Dentro de poco se cumplirá la segunda y vuestra soberbia ciudad será destruida. ¿Qué te parece eso, joven Perseo?

Perseo hizo un gesto poco comprometedor. Quien decía ser su hermano le había asegurado que los dos eran oriundos de Esparta. Aquello podía ser cierto, o no.

—No me parece nada —respondió, sin saber todavía a cuál de los dos ojos de Hegesístrato debía mirar—. Pero me gustaría que no te me acercaras tanto al hablar.

El adivino frunció el ceño y, haciendo caso omiso de las palabras de Perseo, se inclinó para aproximarse más a él.

—¿Por qué dices eso?

—No me gusta tu olor.

Hegesístrato se acercó todavía más, burlón. Su aliento le estaba revolviendo el estómago a Perseo, que reaccionó agarrándolo del cuello. Su mano era tan grande que abarcaba todo el gaznate del adivino, cuyos ojos se

abrieron en gesto de sorpresa.

Perseo se levantó y, al hacerlo, sin ningún esfuerzo, enderezó al adivino.

—He dicho que no me gusta tu olor —repitió Perseo, apartándolo de un empujón—. Aléjate de mí.

En ese instante, el faldón de la puerta se abrió y entraron en la tienda otros dos personajes. Uno era una mujer de cabellos oscuros y recogidos en un moño, ataviada con una armadura de hombre y armada con una espada al cinto.

El otro visitante vestía una larga túnica blanca y era casi tan alto como Perseo y de complexión nervuda. Tenía el cabello largo y muy negro recogido en una coleta, y la barba, también muy larga, le colgaba sobre el pecho. La venda parda que cubría sus ojos indicaba que era ciego, y venía apoyándose en el hombro de la mujer por un lado y en un báculo por el otro.

Por alguna razón, Perseo pensó que iba a conseguir recordarlo. Cerró el ojo y se vio de nuevo entre las brumas del pantano. En el agua flotaba un rostro. Antes de que se esfumara, convertido en burbujas, vio que tenía el pelo blanco, como un anciano, y que la barba estaba trenzada y adornada con cascabeles.

Cuando la imagen desapareció, Perseo abrió los párpados de nuevo y miró al recién llegado. Quería encontrarle algún parecido, pero el recuerdo que había estado a punto de aprehender se le había escapado.

La llegada de esos personajes hizo que Perseo soltara el cuello de Hegesístrato.

—Artemisia… —saludó Nabis con una inclinación casi imperceptible.

Perseo sospechó que no reinaba gran simpatía entre la mujer y su hermano. A ella no la conocía, como no conocía a nadie, pero le gustó su aspecto. Artemisia se le antojaba un nombre adecuado para ella.

La mujer saludó, asimismo, a Hegesístrato, sin ninguna cordialidad.

—Me gustaría hablar con tu hermano en privado.

—Sé que te gusta mucho hablar con mi hermano en privado —respondió Nabis. Su sonrisa, que implicaba algún doble sentido, desagradó a Perseo. De darle a elegir, habría preferido ser hermano de aquella mujer antes que de Nabis.

—Puedes guardarte tus opiniones —replicó Artemisia.

Nabis salió de la tienda, seguido por el adivino cojo, que iba tocándose la garganta allí donde los dedos de Perseo le habían dejado cuatro marcas rojas. Antes de irse, se volvió hacia Perseo y lo miró poniendo los ojos bizcos, lo que en un estrábico resultaba incluso más inquietante, mientras le dedicaba un gesto de maldición con los dedos.

En cuanto Hegesístrato desapareció de la vista, el hombre ciego se acercó a Perseo, extendió una palma mirando hacia él y bisbiseó algunas palabras incomprensibles, entre las que Perseo creyó distinguir algo así como «Andricepedotirso».

—¿Qué haces? —preguntó Perseo.

—La maldición que te ha lanzado Hegesístrato ha quedado anulada —respondió el ciego.

Artemisia se acercó a la puerta de la tienda, levantó el faldón y echó un vistazo fuera. Al otro lado montaban guardia unos soldados.

—No dejéis que esos dos se acerquen —les ordenó Artemisia. Después, a un gesto suyo, entró otro hombre.

El recién llegado, que tendría unos treinta años, era un tanto bajo de estatura. Aunque su torso estaba bien proporcionado, las piernas resultaban algo cortas por comparación. Parpadeaba constantemente como si le escocieran los ojos y se frotaba las manos en un gesto nervioso.

Al ver a Perseo, se abalanzó sobre él. Perseo, sorprendido, se encontró con que el recién llegado lo abrazaba, rodeándole la cintura con los brazos, y le apretaba la cara contra el pecho.

—¡Perseo! ¡Es verdad que estás vivo!

Después, apartándose de él para verlo mejor, el desconocido entornó todavía más los párpados y preguntó:

—¿Qué le ha pasado a tu ojo?

Perseo sintió una brevísima náusea, que le subía desde el estómago a la garganta, y una vocecilla que gritaba: «¡Abominación!».

Fue tan solo un instante.

—No lo sé. ¿Quién eres tú?

—¿No te acuerdas de mí? ¡Soy Tresas!

—Ya te he dicho que no se acuerda de nada —dijo Artemisia, con voz seria.

—Pero hemos venido a arreglar eso —aseguró el hombre ciego—. Vamos a hacer que lo recuerdes todo, Perseo.

### Cercanías del lago Copais, al norte de Platea

Sentado sobre una piedra, Perseo escuchaba el chisporroteo de las anguilas y los pichones que se asaban en la parrilla con hierbas aromáticas, y salivaba al aspirar aquel delicioso olor. Mientras tanto, un hombre de baja estatura que parpadeaba nervioso y decía apodarse Tresas le estaba contando que acababa de sufrir una de sus crisis de amnesia. Visto desde fuera, era como si de pronto un *dáimon* le hubiera robado el alma, arrebatándole toda expresión del rostro y de la mirada y dejando un vacío opaco en su lugar. Después, Perseo había caído de rodillas y se había quedado un rato de ese modo, con los brazos algo separados de los costados y las palmas de las manos apuntando al suelo como si impetrara a los dioses infernales.

—Tú y yo fuimos compañeros de *agogé*, aunque solo unos meses —continúo explicándole Tresas—, porque tú estabas destinado a ser rey de Esparta y te educaste en palacio.

—¿Yo iba a ser rey?

Tresas le relató brevemente su historia. Al menos, hasta donde él conocía. Para concluir, le dijo:

—Después de que lleváramos a Esparta al rey Cleómenes y sus hermanos lo sujetaran al cepo, tú desapareciste y nadie más supo de ti. Salvo Escaleno, que intercambió algunas cartas contigo. Pero no se lo contó a nadie. Solo me lo confesó hace unos días, cuando estuviste a punto de atravesarlo con tu lanza.

—¿Con mi lanza? ¿De qué estás hablando?

Un hombre alto, vestido con una túnica tan blanca como negros eran sus cabellos, se acercó a ellos, haciendo tintinear los cascabeles que decoraban las trenzas de su barba.

—Si le intentas explicar toda su vida —le dijo a Tresas—, cuando llegues a la mitad volverá a sufrir uno de sus ataques, lo olvidará todo y tendrás que volver a empezar. Limítate a contarle a Perseo qué hacemos aquí, quiénes

somos nosotros y adónde vamos.

Sin más, aquel individuo alto se alejó de nuevo. Había más hombres allí, diez o doce, todos ellos armados. Perseo no conocía a ninguno. A poca distancia unos caballos pastaban o abrevaban en la orilla del lago. Algunos de aquellos hombres estaban almohazando a los caballos, mientras otros dos cocinaban en la parrilla y discutían entre sí cuál era el mejor punto de la carne que estaban asando.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Perseo.

—Jinetes tesalios —respondió Tresas—. Algunos te conocen, porque serviste con ellos como mercenario hace unos años. Ese que está dando la vuelta a las anguilas se llama Baquílides. Es el jefe de la patrulla.

Perseo miró en esa dirección, guiñando el ojo ante el resplandor del sol, que empezaba a ponerse sobre las montañas. Se hallaban entre una arboleda y un cañaveral que crecía a la orilla de un gran lago, en el que habían pescado las anguilas. Tresas le dijo que esos peces le daban su fama al lago, que se llamaba Copais y estaba situado al norte de Tebas. Con el atardecer, se había levantado una brisa que refrescaba el aire y que traía un olor dulzón de cieno y de vegetación pudriéndose.

—¿Por qué estamos con esos tesalios? —preguntó Perseo.

—Los ha enviado un viejo amigo tuyo, Menón, tetrarca de la Confederación Tesalia, para que nos escolten. Nos encontraron cuando ya nos habíamos alejado del campamento persa. Fue la reina Artemisia de Halicarnaso la que habló con Menón para que nos mandara esos jinetes.

Artemisia, Menón. Los nombres no le decían nada.

—¿Por qué nos tienen que escoltar?

—Según Tisámeno, no es necesario —respondió Tresas—. Pero es verdad que con ellos y sus caballos viajamos más rápido.

—¿Quién es Tisámeno?

—Ese hombre alto de la túnica blanca que acaba de regañarme. También lo has conocido, aunque con el pelo blanco. Es todo un personaje.

Tresas levantó la mirada para comprobar que Tisámeno se hallaba lo bastante lejos para no oír sus palabras y después le relató su historia a Perseo.

Siendo bastante joven, Tisámeno había acudido al oráculo de Delfos a

consultar por qué no tenía hijos, si se debía a la esterilidad de su esposa o era culpa de que su propia semilla estaba aguada. La Pitia le contestó que, si quería hijos, no tendría más remedio que adoptarlos. A cambio de aquella mala noticia, le brindó otra buena que no tenía nada que ver con el motivo de su visita al oráculo, pues el dios de Delfos solía mostrarse caprichoso y a menudo ofrecía a los consultantes respuestas a preguntas que no habían planteado.

En realidad, la Pitia estaba haciendo un juego de palabras, pues la mala noticia era que Tisámeno sería *ágonos*, «sin hijos», y la buena que a cambio triunfaría por cinco veces en los más importantes *agônes*, «luchas» o «certámenes».

Tisámeno, que pertenecía a un linaje de augures muy prestigioso en la Élide, el de los Yámidas, ya había empezado su aprendizaje como adivino. Sin embargo, creyendo que la gloria inmortal de la victoria en las Olimpiadas, en su propia patria, podría compensar la desgracia de no dejar descendencia, y aprovechando que tenía un físico privilegiado, se dedicó al entrenamiento atlético con la idea de participar en las cinco pruebas del pentatlón. Llegó a la última prueba, la lucha, empatado con el gran atleta Jerónimo de Andros. Pero Jerónimo, un rival escurridizo como las anguilas que estaban comiendo —a estas alturas del relato los tesalios ya le habían dado una, envuelta en una hoja de parra—, logró derribarlo tres veces por dos en que Tisámeno lo tumbó a él.

Frustrado por su derrota, Tisámeno se preguntaba por qué el oráculo de Delfos se había equivocado de aquella manera. Su padre, ciego y moribundo, pero todavía de mente lúcida, le explicó que debía interpretar la palabra *agônes* en su sentido más sangriento, «batallas», y consagrarse por completo a su formación para convertirse en adivino del ejército.

Al morir su padre, Tisámeno partió en un largo viaje. Nunca hablaba con nadie, salvo misteriosas alusiones a los escitas, a países misteriosos más allá de los desiertos de Hircania e incluso a la legendaria Hiperbórea.

Tresas también tuvo que explicarle al propio Perseo cómo este había conocido al adivino. Cuando estaban en la *phouaxir*, Perseo lo había acompañado hasta una cueva gélida situada en la ladera del monte más alto del Taigeto y allí había montado guardia mientras el adivino entraba en trance y su espíritu, al igual que el de Epiménides el cretense o el del sabio Pitágoras, abandonaba su cuerpo para visitar lugares y tiempos remotos.

De aquel trance de la cueva había salido con los cabellos tan blancos

como si fuera un anciano, aunque por aquel entonces tenía treinta años y ahora apenas pasaba de los cuarenta.

—¿Cabellos blancos? —preguntó Perseo—. Ahora los tiene negros.

—Eran blancos hasta ayer, cuando fuimos al campamento persa.

—¿Se los ha teñido?

—Si se los ha teñido, lo ha hecho tan rápido que yo no me di ni cuenta. Cuando empezamos a vadear el Asopo los tenía blancos, y cuando llegamos a la otra orilla y me di la vuelta para mirarlo, te juro que ya los tenía negros.

—¿Por qué lo ha hecho?

Tresas le habló de otro adivino de la Élide, Hegesístrato, que era enemigo mortal de Esparta y servía a los persas. Hegesístrato conocía de vista a Tisámeno, pues ambos habían coincidido en Corinto unos años atrás. Del mismo modo, podía haber más personas en el campamento de Mardonio que lo reconocieran, así que se había hecho pasar por ciego, acompañado por Tresas a modo de destrón.

—Tisámeno posee un poder de convicción increíble. Además conoce las contraseñas del campamento persa, o las adivina. No lo sé. Nos dejaron entrar, creyendo que Tisámeno era un augur al servicio de los persas, y después fuimos a buscar a la reina Artemisia. Según Tisámeno ella era la persona que mejor nos podía ayudar.

—¿Quién es Artemisia? ¿Ayudar a qué?

—Vamos a llevarte al oráculo de Trofonio.

—¿Quién es ese Trofonio?

—Era. Dicen que fue él quien construyó el primer templo de Apolo en Delfos. Pero hay otro oráculo suyo más cerca de aquí. Mañana llegaremos, aunque me temo que ya no te acordarás de esta conversación. Por eso precisamente te llevamos allí.

—¿Por eso?

—El oráculo de Trofonio está consagrado al Olvido y la Memoria. Te llevamos allí para que recuperes tus recuerdos.

### Oráculo de Trofonio, al norte de Platea

Perseo despertó desorientado. Estaba tumbado en una yacija extendida sobre

un suelo de losas desiguales, en un cubículo pequeño de paredes de adobe sin pintar. Al lado tenía una bacinilla, vacía, y una jarra de agua, medio llena.

La puerta se abrió rechinando y entraron dos personas. Eran dos jóvenes, poco más que críos de doce o trece años, todavía imberbes y con los rasgos blandos y sin formar de los efebos. Ambos eran gemelos, indistinguibles, morenos de tez y cabellos, y vestían túnicas blancas sin mangas. Uno traía un plato con comida y otro un tazón humeante.

—¿Quiénes sois? —preguntó Perseo, incorporándose en el suelo y poniéndose de pie al momento con la flexibilidad de un felino. Al hacerlo, se sintió satisfecho de su cuerpo, sin saber por qué, y se miró las manos.

Grandes y fuertes. Una vez de pie, comprobó que les sacaba dos cabezas a los muchachos.

—Somos los Hermas —dijo uno de ellos, con la voz aguda de quien todavía no había pasado la pubertad—. Y tú eres Perseo, el espartano.

Los muchachos le señalaron una mesa de madera y un taburete, ambos tallados con tosquedad, como a cuchilladas propinadas por un carpintero impaciente, y pusieron allí el plato y el tazón. Perseo descubrió que tenía mucha hambre, una sensación casi dolorosa, como si las paredes del estómago se le estuvieran pegando por dentro. Se sentó y echó mano al plato de madera. Dentro había carne recién asada y adobada con romero y tomillo.

—Es de los sacrificios, Perseo. Buena carne —aseguró el otro Herma, o tal vez se habían cambiado de lado y era el mismo que había hablado la primera vez. Sus voces eran tan idénticas como sus rostros.

Perseo cogió la carne con los dedos y la comió con voracidad de lobo. Cuando terminó, seguía teniendo casi tanta hambre como antes. Le faltaba algo para sentirse saciado.

—Quiero pan —pidió.

—Solo puedes comer carne mientras estés aquí. Si no, los dioses no te otorgarán sus visiones.

—¿Dónde estoy?

En ese momento entró un hombre no mucho más alto que los efebos, de torso ancho y piernas cortas, que parpadeaba todo el rato como si le escocieran los ojos.

—Estás en el oráculo de Trofonio, Perseo. Te hemos traído para que

recuperes la memoria. Llevas ya tres días aquí. Ahora tenemos que practicar los rituales matutinos.

Mientras salían del cubículo, el tal Tresas le explicó quién era él, Perseo, hijo de Damarato, y cómo había llegado a parar allí.

—Te hemos sacado del campamento persa, pero tú eres espartano, como yo, y tienes que combatir por tu patria.

—¿Mi patria?

Cuando Tresas le explicó el concepto, Perseo no acabó de comprenderlo. La patria era la tierra de los padres, de los antepasados, de los héroes y de los dioses tradicionales, donde estaban enterrados sus ancestros. Pero como Perseo no recordaba no ya quiénes eran su padre y su madre, sino tan siquiera quién era él, las palabras de quien decía ser su amigo no despertaban en él ninguna emoción.

Solo sintió algo cuando Tresas mencionó a una mujer llamada Gorgo. Se trataba de la viuda del difunto rey Leónidas y madre del rey actual, el niño Plistarco.

—Como Plistarco no tiene la edad suficiente, nuestro regente y general es Pausanias. Tú y yo les salvamos la vida a Pausanias y a Gorgo en la laguna Estigia, ¿no lo recuerdas?

Gorgo. El nombre le hizo evocar unos ojos tristes y dulces, y una sensación cálida en los ijares. Sin saber por qué, Perseo se acarició la muñeca izquierda, donde llevaba enrollada una tira de ante. Estaba bastante sucia, pero se distinguían unos adornos o garabatos oscuros, tal vez letras.

Salieron al exterior. Perseo giró el cuello para ver dónde había pasado la noche o, por lo que él sabía, toda su vida anterior. Era un templo modesto, con columnas de madera pintadas de rojo y techo de tejas. En el frontón había unas estatuas desproporcionadas y de aspecto tosco.

—Es el templo del Buen Dáimon y la Buena Tique, señor —le dijo uno de los efebos.

El Buen Espíritu y la Buena Suerte. Tresas le explicó que llevaba allí tres días, comiendo solo carne de sacrificios, sin pan ni gachas, y sin apenas grasa. Eso explicaba que se sintiera un poco mareado y tuviera tanta hambre, pues era de todo el mundo sabido que la carne sola no alimenta ni sacia. Además, las cocciones de hierbas que le preparaban para beber también podían

provocarle náuseas, según le habían dicho los sacerdotes. Pero ayudaba a que su cabeza empezara a prepararse para el viaje que debía emprender.

—¿Adónde?

—A tus recuerdos.

Perseo miró a su derecha. Allí, a su lado, caminaba un hombre delgado y alto, clavando en el suelo un largo báculo que, obviamente, no necesitaba para apoyarse, sino más bien para descargar energías. Tenía el cabello y la barba muy blancos, como un anciano, pero tanto sus rasgos como sus andares, tan vivos que casi resultaban bruscos, se correspondían con los de una persona relativamente joven y tenía los ojos de color ámbar como un lobo.

¿Había sufrido otro lapso en su memoria, o aquel hombre acababa de materializarse de la nada junto a él?

Tresas le explicó que aquel desconocido era Tisámeno, el adivino, y empezó a resumirle su historia, hasta que el propio Tisámeno lo interrumpió.

—Déjalo ya, o cuando acabes Perseo habrá perdido los recuerdos y tendrás que empezar de nuevo. ¡Cualquiera diría que te gusta escuchar el sonido de tu propia voz!

El camino que seguían había empezado rodeado de bardales que delimitaban pequeños huertos, pero no tardaron en internarse en un bosquecillo. El sendero se empinó poco a poco, lo cual no hizo que Tisámeno redujera el ritmo de su paso. Perseo no tenía problemas para seguirlo, pero Tresas empezó a jadear y los dos muchachos se quedaban rezagados todo el tiempo y de vez en cuando tenían que emprender una breve carrera para alcanzarlos.

—¡Señores! ¡Señores! —exclamaron en cierto momento—. ¡Esperad, tenéis que ver esto!

El adivino se detuvo y se dio la vuelta, y Perseo y Tresas lo imitaron. Los muchachos, con el rostro arrebolado por el esfuerzo, habían salido del sendero por una angosta trocha que llevaba a un calvero. En el centro se abría una hondonada, al lado de la cual se levantaba una estela rectangular.

—Hay que rezar también a Agamedes para que su hermano no se enfade —explicó uno de los chicos.

Se acercaron a la estela, que estaba labrada con relieves geométricos. Entre diversas figuras difíciles de interpretar, un hombre llevaba en las manos

lo que parecía ser la cabeza de otro. Alternándose, los dos hermanos explicaron la historia. Agamedes era hermano de Trofonio, el patrón del santuario en el que se encontraban. Los dos eran hijos de Apolo y hábiles arquitectos que se dedicaban a edificar templos y palacios. El más famoso construido por ellos fue el que erigieron para su propio padre en Delfos. También levantaron un tesoro para Hirieo, rey de Hiria, una ciudad de Beocia situada al este de Tebas.

—Pero en aquella época se dejaron llevar por la codicia, así que dejaron suelta una de las piedras de la pared del tesoro de tal modo que podían quitarla desde el exterior —explicó uno de los hermanos.

—Cada noche de luna nueva, quitaban la piedra, entraban en el tesoro y se llevaban objetos de oro y plata —continuó el otro—. El rey Hirieo estaba atónito, pues las cerraduras y los sellos del tesoro seguían intactos, mientras que el montón de riquezas apiladas dentro no dejaba de disminuir.

—Así que Hirieo hizo poner varios cepos de caza dentro, disimulados entre las monedas, las joyas y las copas. En la siguiente noche en que entraron ambos hermanos, uno de los cepos se cerró y pilló la pierna de Agamedes.

Perseo miraba de uno a otro gemelo conforme se alternaban en el relato, sin ninguna diferencia apreciable ni en el tono ni en las inflexiones de voz.

—Su hermano intentó liberarlo, pero comprendió que era imposible, pues el cepo estaba sujeto con una cadena a una columna. Como sabía que al día siguiente el rey Hirieo haría que torturaran a Agamedes, y este acabaría delatándolo a él como cómplice, Trofonio sacó su espada, le cortó la cabeza a su propio hermano y se la llevó bajo el brazo para que no pudieran identificarlo.

Tresas puso un gesto de horror, mientras Perseo se acercaba más a la estela para examinar el relieve. A la derecha de la figura que se llevaba la cabeza bajo el brazo se veía otra que caía en un agujero, levantando los brazos hacia el cielo.

—Pero el espíritu de Agamedes estaba furioso con su hermano, así que cuando Trofonio pasaba por este bosque, la tierra se abrió y se lo tragó, justo en esta hondonada —continuó uno de los hermanos. Perseo ya no estaba seguro de si era el que había empezado el relato o el otro.

—Por eso este es el hoyo de Agamedes y aquí hay que rezarle para que deje de estar enojado con Trofonio y permita que los consultantes de su

oráculo obtengan la verdad.

Durante unos segundos, los hermanos agacharon la cabeza y recitaron entre dientes una plegaria que a Perseo le resultó incomprensible. Después, los dos echaron a correr para regresar al sendero, y en esta ocasión tuvieron que ser los adultos quienes apretaran el paso para seguirlos.

Poco más allá de la hondonada, traspusieron una pequeña cresta. Pasada esta, el camino descendía hacia un río que corría entre sauces con un rumor que a Perseo le resultó relajante. Junto a un recodo de la orilla donde el agua se remansaba, se abría un claro, en el que había un altar de piedras negras con una parrilla. Delante del altar se levantaba una estatua muy tosca, poco más que una columna tallada con rasgos vagamente antropomorfos.

Allí había dos sacerdotes, ambos con la cabeza cubierta, uno vestido de blanco y otro de negro. Junto a ellos ramoneaba un cabrito atado con una cuerda para que no escapara.

Cuando llegaron a su altura, el sacerdote de negro dijo, dirigiéndose a Perseo:

—Ya conoces el procedimiento.

—Si lo conociera, no tendría por qué estar aquí —respondió Tisámeno. Tanto su tono como la forma en que ambos sacerdotes lo miraron hicieron sospechar a Perseo que no se llevaba bien con ellos.

El sacerdote de blanco le explicó que tenía que bañarse en aquel río, el Hercina. Pues los consultantes que acudían al oráculo de Trofonio no debían tomar baños calientes, sino purificarse únicamente con las aguas del Hercina.

Perseo se desató el ceñidor y dejó caer la túnica a sus pies. Cuando se quedó desnudo, observó que tanto los dos muchachos como los sacerdotes lo miraban con admiración poco disimulada. Al contemplarse a sí mismo de arriba abajo, observó que apenas tenía grasa sobre los músculos y, algo que le extrañó más, que llevaba todo el cuerpo depilado, aunque ya le empezaba a crecer el vello.

El agua estaba fría, si bien no tanto que cortase el aliento. Perseo caminó y chapoteó hasta llegar a un punto donde le cubría y a partir de ahí nadó hasta la otra orilla. Era un ejercicio agradable y que le salía de forma natural. Cuando dio la vuelta, comprobó que Tresas venía hacia él, también nadando.

—La del Eurotas está mucho más fría, ¿no crees, Perseo?

Eurotas. La palabra quiso sugerirle algo. Sacó la mano izquierda del agua y volvió a mirarse la pulsera, sin saber por qué.

Cuando salieron del agua, los sacerdotes ya habían sacrificado al cabrito, le habían rajado el abdomen y estaban examinando su hígado. El que vestía de negro movió la cabeza a los lados y chasqueó la lengua.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tisámeno.

—Ayer y anteayer no hubo problemas, pero hoy los dioses no son propicios. Apolo, Zeus Rey, Deméter Europe y Henióque están de acuerdo, pero Cronos y Hera no, así que Trofonio no puede recibir al consultante. Habrá que empezar de nuevo a partir de mañana.

—¿Y pagaros otros tres días y traer otros tres cabritos? —preguntó Tisámeno, frunciendo el ceño con un gesto que hizo a Perseo imaginarse a un dios colérico lanzando rayos desde las alturas.

—Así es la voluntad de los dioses.

—Escucha, espantajo vestido de cuervo —dijo Tisámeno. Sus palabras provocaron aspavientos de indignación en el sacerdote vestido de negro y un gesto apotropaico en el de la túnica blanca—. Ese hígado está en perfecto estado. No habrás visto un hígado más sano en tu vida.

—¡No pienso dejar que un aficionado me dé lecciones de aruspicina! —exclamó el sacerdote de negro, dándose la vuelta con un exagerado floreo para subrayar su dignidad ofendida.

Antes de que pudiera alejarse, Tisámeno lo agarró de la mano a la altura de los nudillos y empezó a apretar. Perseo, curioso, observó que el adivino tenía los dedos largos. Debían de ser casi tan fuertes como los suyos, a juzgar por cómo empezó a palidecer y sudar el sacerdote de negro.

—Ahora mismo le darás a comer a Perseo la carne de este cabrito y seguiremos adelante con todo el procedimiento. De lo contrario, te romperé todos los huesos de la mano, del primero al último.

—¿Quién demonios eres tú? —gruñó el sacerdote, retorciéndose para tratar de librarse de la presa—. ¡Tu mano quema!

—Alguien al que los dioses le susurran al oído. Y ahora mismo me están diciendo que, si te dejas llevar por la avaricia, vas a perder esas manos tan ansiosas de coger oro.

—¡Está bien, está bien! ¡Puede que me haya equivocado al examinar el

hígado! ¡Con la sombra de este sauce no se ven del todo bien los pliegues ni los lóbulos!

Por fin, Tisámeno soltó al sacerdote. Le había dejado los dedos marcados en la piel. No se trataba de las rojeces propias de un apretón, sino de auténticas quemaduras, como si aquel hombre hubiera metido la mano entre las brasas del altar.

En un silencio tenso, el sacerdote de blanco terminó de despellejar al cabrito, cortó tajadas de sus patas y las cocinó sobre el ara. A Perseo se le hizo la boca agua al escuchar el chisporroteo de la grasa cayendo sobre el altar y ver los hilillos de humo blanco que ascendían hacia las alturas para alimentar a los dioses, siempre hambrientos de ofrendas.

Aquel día fue bueno para Perseo, que no sufrió más ataques de amnesia; al menos, eso le explicó Tresas, quien le dijo que en algunas jornadas perdía sus recuerdos dos e incluso tres veces. Por eso, cuando se hizo de noche y lo llevaron al hoyo para sacrificar un cabrito a Agamedes y ganarse definitivamente su benevolencia, recordaba perfectamente la historia de los dos hermanos que lo mismo construían templos que los saqueaban.

Mientras examinaban el hígado del cabrito a la luz de unas antorchas, los sacerdotes no dejaban de mirar de reojo a Tisámeno. El adivino, a su vez, los observaba a ellos con el ceño fruncido y ambas manos sobre el puño de su báculo.

—Agamedes da su aprobación —declaró el sacerdote vestido de blanco. El otro, que traía vendada la mano donde los dedos de Tisámeno le habían quemado, no había abierto la boca en ningún momento.

Tomaron el mismo camino que habían seguido durante el día, de nuevo la comitiva formada por los dos sacerdotes, Perseo, Tresas, Tisámeno y los dos Hermas, que en esta ocasión cargaban con una escalera de madera de unos dos metros de longitud. Cuando llegaron al río Hercina, Perseo volvió a bañarse, pero en esta ocasión no se puso después las mismas ropas que traía. Todavía desnudo, los dos Hermas lo ungieron de aceite de los pies a la cabeza, uno por delante y otro por detrás. Después lo vistieron con una túnica de lino, tan fina que era prácticamente como no llevar nada encima, se la ciñeron con un cíngulo amarillo y le calzaron unas botas de cuero.

Una vez vestido Perseo, la pequeña procesión tomó otro sendero que seguía ascendiendo entre los árboles. Transcurrido un largo rato, llegaron hasta una pared de roca cubierta de hiedras y de musgo, de la que salían dos

caños de bronce. El sacerdote blanco llenó un cuenco de madera con el agua que manaba del caño de la izquierda y se lo tendió a Perseo.

—Bebe de la fuente de Lete y olvida. Olvida las cargas y las impurezas que traes aquí, libérate de todo.

Tresas se acercó a Tisámeno y le comentó algo en voz baja, pero Perseo lo escuchó perfectamente. Fuera por aquella dieta solo de carne o por los misteriosos brebajes que le hacían tomar, sus sentidos estaban increíblemente afinados, e incluso le producían extrañas sensaciones, sinestesias en que las palabras se convertían en colores, mientras que las imágenes despertaban ecos entre sus oídos.

—¿Que olvide? —había dicho Tresas—. ¿Más todavía? Pero ¿no se trata precisamente de que recuerde?

—Silencio —le ordenó Tisámeno.

Perseo bebió hasta dejar el cuenco vacío. El agua estaba muy fría y dejaba cierto regusto a cal en la lengua. Le devolvió el cuenco al sacerdote, que lo llenó esta vez en el caño de la derecha y se lo entregó de nuevo.

—Bebe de la fuente de Mnemósine, para que puedas recordar las palabras con las que Trofonio te va a iluminar en el oráculo.

—Eso me gusta más —susurró Tresas, esta vez únicamente para sí.

Perseo tomó el cuenco y volvió a apurarlo. En esta ocasión el agua estaba tibia y el sabor que dejaba era metálico. Se preguntó cómo podía ser, si los caños estaban separados por apenas dos palmos y el agua debía de proceder de la misma fuente. Pero seguramente era uno de tantos prodigios obrados por los dioses, de modo que renunció a responderse a sí mismo.

Una vez que Perseo hubo bebido de las aguas del Olvido y de la Memoria, reemprendieron la marcha, siempre ascendente. Entre los árboles el aire era cada vez más húmedo y fresco, pero la caminata servía para que Perseo, pese a lo sutil de su túnica, mantuviera el calor corporal.

Subían en silencio, roto tan solo por sus pisadas, el murmullo del viento en las hojas y las llamadas de los autillos y otras aves nocturnas. Perseo, que en su estado de confusión no tenía una noción muy clara del tiempo, la perdió por completo.

Por fin llegaron al oráculo en sí, que se encontraba en un claro rodeado de pinos. No era un templo construido a la típica usanza, con columnas y tejado

a dos aguas, sino un gran zócalo de mármol en el suelo, en forma de círculo, delimitado por una verja de bronce con dos puertas.

El sacerdote blanco le hizo una seña a uno de los gemelos, que le entregó a Perseo una bolsa de tela. Este la abrió y comprobó que dentro había unos pastelillos de miel. Después de tres días de comer únicamente carne —su mente no lo recordaba, pero su estómago sí—, el olor a dulce le hizo salivar de hambre.

—No son para ti —le dijo el sacerdote.

—¿Para quién, entonces?

—Para las serpientes que vas a encontrar dentro.

Sin saber muy bien por qué, acaso por el frío, Perseo sintió un violento estremecimiento que no pudo controlar.

—¿Tienes miedo? —preguntó el sacerdote—. Me han dicho que eres espartano, y se supone que los espartanos no le tenéis miedo a nada.

El sacerdote de negro sacó una llave y abrió una de las dos puertas de la verja. Después se volvió hacia Tisámeno y, guardando con él una distancia más que prudencial, le dijo:

—Vosotros os tenéis que quedar aquí. Si no habéis pasado los ritos, no podéis ver lo que hay dentro.

—¡Infeliz! —respondió Tisámeno, fulminándolo con los ojos—. Yo ya he sido iniciado en este oráculo y en todos los que alcances a imaginar.

—¿Cuándo? Llevo aquí sirviendo más de treinta años y jamás te he visto.

—Las vidas que he vivido suman mucho más de treinta años —respondió Tisámeno, extendiendo la mano derecha con la palma abierta. Perseo habría jurado que su piel resplandecía—. ¿Quieres sentir mi calor de nuevo?

El sacerdote de negro se limitó a contestar con un gruñido y pasó por la puerta de la verja, sin cerrarla tras de sí. Perseo lo siguió, y a continuación lo hicieron el sacerdote de blanco y Tisámeno. Tresas y los dos muchachos se quedaron fuera.

En el centro del círculo de mármol se abría un agujero también redondo, una especie de pozo de unos dos metros de profundidad.

—A partir de aquí, debes continuar tú solo, Perseo —le explicó el sacerdote de blanco.

Perseo volvió a estremecerse. Al ver que uno de los muchachos le pasaba la escalera a través de los barrotes de la verja, comprendió lo que debía hacer. Cogiendo la escalera, se agachó y la apoyó en la pared del pozo, cuidando de que el ángulo fuera el correcto para que las patas de madera no resbalaran. Después bajó por la escalera, siempre con la bolsa de los pastelillos en la mano derecha.

Cuando llegó al fondo, el sacerdote de blanco retiró la escalera, dejando a Perseo solo allí abajo. Al mirar a lo alto, descubrió que el pozo no medía dos metros como antes —en tal caso, dadas su estatura y su fuerza, no habría tenido ningún problema en poner las manos en el borde y salir izándose a pulso—, sino que se había hecho más hondo por obra de algún hechizo de los dioses o del mismo Trofonio.

—¡Tienes que quitarte toda la ropa! —le dijo el sacerdote, poniéndose las manos a ambos lados de la boca para amplificar su voz.

—¿Por qué? —preguntó Perseo, que ya se sentía demasiado desnudo con aquella túnica tan fina.

—¡Vas a desnacer y luego a nacer de nuevo! ¡No se puede nacer vestido!

Perseo se quitó primero las botas y después el cíngulo y la túnica. Allí abajo hacía todavía más frío. La piel se le puso de gallina y los testículos se le encogieron, en parte por la temperatura y en parte por temor. En la pared del pozo había una abertura más ancha que alta, pero en cualquier caso muy angosta, y sospechaba que tendría que introducirse por ella.

—¡Echa la bolsa por el agujero! —le ordenó el sacerdote.

Perseo se agachó, puso la bolsa junto al hueco y la empujó. Al hacerlo, le pareció ver que en la oscuridad del interior se encendían luces rojas, como brasas.

O como tres pares de ojos en llamas. «Las Erinias», pensó. No recordaba personas y sin embargo sí guardaba en su memoria a aquellas criaturas que tenían serpientes por cabellos y ojos llameantes, empuñaban una espada en una mano y una antorcha en la otra y atormentaban a quienes cometían crímenes y pecados contra su propia sangre.

—¡Tienes que entrar con los pies por delante!

Perseo miró hacia arriba. Las cabezas de los dos sacerdotes y de Tisámeno, asomadas a la boca del pozo, parecían estar cada vez más lejos.

Sintió deseos de contestar que no quería, que tenía miedo, tal como habría hecho un niño pequeño.

Un nombre le vino a la mente. Eufaes. El fantasma de un asesino de niños. Él le había tenido miedo, pero lo había superado en algún momento.

Después escuchó una voz, que al resonar dentro de su cabeza hacía saltar chispas de colores de las paredes de su cráneo: «Ante el peligro, los animales solo tienen tres salidas: esconderse como los conejos, huir como los ciervos o atacar como los leones. ¿Qué eres tú, Perseo?».

Respiró hondo, se frotó el pecho para entrar en calor y se sentó. El suelo del agujero estaba húmedo y frío. Volvió a tomar aliento, metió los pies por aquella siniestra abertura y después se tumbó, estremeciéndose cuando sus paletillas tocaron las losas. Malo era tener que colarse por aquel agujero tan estrecho, en el que dudaba que le cupieran los hombros. Pero hacerlo además con las piernas por delante, sin ver lo que lo aguardaba, era todavía peor.

«Me voy a atrancar ahí dentro y voy a morir asfixiado», pensó. «¿Qué eres tú, Perseo? ¿Conejo, ciervo o león?».

Haciendo fuerza con las manos en el suelo, se empujó adelante. Cuando ya tenía las rodillas dentro del agujero, notó una corriente de aire frío en los pies. El aire se convirtió de repente en algo húmedo y viscoso, una especie de dedos o tentáculos a medias sólidos y a medias inmateriales que atraparon sus tobillos y tiraron de él con una fuerza terrible.

No iba a morir asfixiado, comprendió. Iba a morir devorado por la presencia monstruosa que habitaba en esa cueva.

# 5

## Campamento griego, cercanías de Platea

Diez días después de aquel éxito que había supuesto ahuyentar a la caballería persa y cobrarse la vida de su comandante, el gigantesco Masistio, la situación había cambiado radicalmente.

En las últimas jornadas, Pausanias no había tenido apenas un rato de respiro para continuar su crónica. Ahora, tras levantar la reunión del consejo de generales en la que había impartido las instrucciones para la maniobra que debían realizar a medianoche, se encerró en su tienda a escribir. Tenía miedo de que, si dejaba transcurrir más tiempo, los acontecimientos se apelotonasen en su memoria y se acabasen confundiendo unos con otros.

Qué demonios, se dijo, ¿por qué iba a tener miedo de eso? Lo que debía temer ahora era una amenaza mucho más grave y probable. La coalición de ciudades que tanto esfuerzo había costado unir estaba a punto de desintegrarse y reventar como un odre de los vientos mal cosido. Si eso ocurría y los espartanos trataban de regresar a su patria solos, sin sus aliados, Mardonio olería la sangre y les daría caza antes de que llegaran a la protección del muro del Istmo.

Por otra parte, si el plan que había concebido y que solo le había revelado a Temístocles tenía éxito, ni siquiera eso iba a garantizar que él, Pausanias, estuviera vivo a la noche siguiente. ¿Cuántos generales de ejércitos victoriosos morían en la batalla?

Racionalmente, comprendía que la menor de las preocupaciones debería haber sido su crónica. Y, sin embargo, había descubierto hacía tiempo que sentarse a escribir le servía para serenar y organizar mejor sus pensamientos.

Considerando que en cuanto oscureciera iba a reunirse con otras cuatro personas para exponerles su verdadero plan —un plan mucho más complicado que la maniobra que había explicado a los demás generales—, le convenía que su mente estuviese lo más serena y organizada posible.

Metódico, fue desplegando el papiro hasta encontrar el punto donde se había quedado unos días atrás, a mitad de una columna. Tras colocar un disco de plomo a cada lado para que el papiro no volviera a enrollarse por sí solo, mojó la caña en una tinta preparada con hollín de tea y resina, más ajenjo molido para ahuyentar a los ratones y evitar que royeran el manuscrito.

Tomó aliento y pensó. Siempre le resultaba difícil arrancar a escribir de nuevo. Trató de construir primero la frase en su cabeza. Le fastidiaba sobremanera descubrir a la mitad que se había equivocado y tener que borrar con la esponja, ya que siempre quedaba algo de mancha.

Al principio de la crónica había tomado la decisión de referirse a sí mismo como «Pausanias» o «el regente», no como «yo». De esa manera, confiaba, su relato sonaría más verídico y convencería mejor a la posteridad.

«¿Habrá posteridad que lea esto?», se preguntó. Si las cosas salían mal, era muy posible que antes de que el sol volviera a ponerse, el ejército griego resultara aniquilado, él muerto y sus pertenencias saqueadas y quemadas. Entre ellas la crónica.

No, eso último no iba a pasar, se dijo. Aunque se tratase de una obra incompleta, al amanecer se la confiaría a unos sirvientes para que se llevasen el manuscrito a las alturas del Citerón, lejos de los persas.

«Empieza ya, Pausanias», se dijo. El relato de lo ocurrido en las últimas jornadas era tan complicado como complicados habían sido aquellos días.

> Cuando los griegos lograron repeler los asaltos de la caballería persa, sus ánimos se espolearon. En cuanto al cadáver de Masistio, llamaba tanto la atención por su estatura y por el lujo de su armadura de oro y bronce que el general Pausanias ordenó colocarlo sobre un carro y hacerlo circular delante de las filas griegas. Se llegó al extremo de que muchos soldados, sobre todo en los contingentes menos disciplinados, rompían filas para acercarse y contemplar el cuerpo de aquel jefe persa tan importante.
>
> Animados por el éxito contra los persas, tres días después, los griegos decidieron avanzar sus posiciones, alejándose de las faldas del Citerón y acercando el frente al Asopo. De este modo tenían más cerca el suministro de agua del propio río, aunque en ocasiones

los aguadores debían ser protegidos por los escudos de los hoplitas para evitar las flechas de los bárbaros que les disparaban desde la otra orilla. Por otra parte, al pie de la cresta del Asopo, donde se situaron el ala derecha y el centro del ejército griego, había unos manantiales conocidos como fuente Gargafia que ofrecían también agua potable en cantidades razonables.

«Razonables» era tal vez un adjetivo demasiado optimista. Con los calores del verano, y considerando que había allí noventa mil personas, el suministro de agua para beber había supuesto un serio problema desde el principio. Lavarse resultaba todavía más difícil, de ahí que el campamento hubiera empezado a apestar a partir del segundo día.

De esta manera, todas las líneas se trasladaron unos dos kilómetros al noroeste. El ala derecha, donde seguían los espartanos, se situó en la parte este de la cresta del Asopo y el ala izquierda ateniense en la cresta de Pirgos. Entre ambas se desplegaban el resto de los contingentes.

Aunque Pausanias no compartió esta información con todo el mundo, su intención, de acuerdo con sus oficiales y allegados, era incitar al combate a los persas. Después de su fracaso en la primera intentona con la caballería, Mardonio no había lanzado ninguna otra ofensiva. Era evidente que sabía que el terreno al pie del Citerón era el menos apropiado para operaciones de caballería. Por eso Pausanias y los suyos pensaron que, si adelantaban las líneas a un terreno que pareciera más tentador, Mardonio se decidiría a cruzar el Asopo con sus fuerzas y combatir en una batalla decisiva.

No hay que olvidar que los presagios de Tisámeno, el adivino principal del ejército griego, aseguraban que el ejército que cruzase el Asopo el primero para dar la batalla sería derrotado. En cambio, el que mantuviese una táctica defensiva obtendría la victoria. Cuando Pausanias contempló el terreno liso que se extendía al

otro lado del río, comprendió que el consejo de Tisámeno era sensato y que lo mejor era mantenerse al sur del Asopo, donde las ondulaciones, las rocas y la vegetación ofrecían algunos obstáculos que impedirían desplegar en masa la caballería enemiga.

Durante los días siguientes, el general persa también hizo salir a sus tropas del campamento y las formó al otro lado del Asopo frente a las griegas. Gracias a sus estandartes, sus abigarradas vestimentas y a la información de los exploradores, los mandos griegos pudieron conocer el despliegue de los bárbaros.

Frente a los espartanos, Mardonio situó a sus tropas de confianza, los persas. Desde la posición griega era evidente que estos superaban en número a los espartanos, pues los rebasaban por el este y, además, se observaba una excepcional profundidad de filas, mientras que en el ejército espartano el fondo era el habitual de ocho escudos. Si Mardonio obraba así era porque sabía de sobra que las mejores tropas del ejército griego eran las de Esparta.

A continuación de los persas, Mardonio alineó de este a oeste a otras tropas asiáticas en orden menguante de confianza: medos, bactrios, indios y sacas, todos ellos opuestos al centro del ejército griego, donde también se situaban los contingentes más variados y, por eso mismo, menos fiables.

Por último, en el extremo oeste de su formación, Mardonio situó a sus aliados griegos. Allí había focenses, locrios, melieos y macedonios. Pero los principales y más peligrosos de los griegos desleales eran los tebanos y los tesalios. Los primeros, enemigos jurados de los atenienses, se alinearon frente a estos con su poderosa infantería. Los segundos aportaban sobre todo caballería. Una desgracia para los griegos que, cuando Mardonio ya de por sí traía una caballería tan nutrida desde Asia, los tesalios, conocidos por ser los mejores jinetes de Grecia, se hubieran pasado al

bando del enemigo.

Pausanias descansó y se frotó la muñeca. La caballería, siempre la caballería. Ese era el punto débil de su ejército. ¡Qué no habría dado él por contar al menos con mil jinetes con los que poder acudir en auxilio de la infantería y cerrar las brechas que se abrían en sus líneas, algo inevitable en un frente de más de tres kilómetros de longitud!

Durante unos días, ambos ejércitos permanecieron frente a frente, desplegados bajo el sol. Los soldados griegos, de natural ardiente, empezaban a impacientarse, y pedían a su general que les hiciese cruzar el río para enfrentarse a los persas. Pero los sacrificios que realizaba el adivino Tisámeno corroboraban siempre lo mismo: los presagios eran favorables a los griegos si se mantenían a la defensiva. Eran él mismo y los demás sacerdotes quienes recorrían las líneas a diario para recordar a los griegos que debían tener paciencia y, tal como habían jurado en Eleusis, obedecer las órdenes de su general.

Así transcurrieron ocho días. Entonces Mardonio, seguramente por consejo de traidores tebanos que conocían la zona, envió parte de su caballería al mando de Bagabigna —Masistio, como se comentó, ya había muerto— al paso que los atenienses denominan Drioscéfalas, «Cabezas de Encina», una ruta que comunica Atenas con Platea a través del monte. Allí los jinetes persas interceptaron un convoy que traía provisiones desde el Peloponeso. Aunque estaba escoltado por soldados, estos resultaron insuficientes ante el ataque de la caballería y fueron masacrados, al igual que la mayoría de los sirvientes que acompañaban la caravana. Hasta quinientas bestias de carga cayeron en poder de Bagabigna. Pero el botín más importante fue el de las provisiones, que deberían haber alimentado al ejército griego durante cuatro días.

A partir de ese momento, los griegos empezaron a sufrir privaciones. El estado de ánimo empeoraba aún

más por el calor y por la sed creciente, pues Mardonio había decidido redoblar la presión de sus arqueros sobre todos aquellos que se acercaban al Asopo a beber. Prácticamente el único suministro de agua potable era el de la fuente Gargafia, lo que suponía paseos de varios kilómetros para los contingentes más alejados y larguísimas colas de espera para todo el mundo.

La sed, el hambre y la incertidumbre estaban causando disensiones entre los griegos. Algunos contingentes amenazaban con abandonar la alianza y regresar a sus ciudades si la situación no cambiaba pronto, para bien o para mal.

Pausanias se detuvo un momento antes de continuar. ¿Debía escribir en el papiro lo que estaba pensando?

Es para la posteridad, recordó. No para los enemigos que tengo en la propia Esparta. Empapó de nuevo el cálamo y escribió:

*En el propio ejército espartano, el éforo Zeuxipo y el general del batallón de Pitana, Amonfareto, empezaban a cuestionar cada vez con mayor descaro las decisiones del general Pausanias. Trasladarse a la segunda posición, le dijeron, había sido un error garrafal. Se hallaban mucho más expuestos al fuego enemigo, a la sed y al sol, pues el terreno estaba mucho más pelado de árboles. Para colmo, al encontrarse tan alejados de las laderas del monte, no habían sido capaces de controlar los pasos que venían del sur y habían perdido un convoy entero de provisiones.*

—¿Quién te garantiza que no vamos a perder también el siguiente convoy, muchacho? —le había preguntado en una reunión Amonfareto, con los ojos inyectados en sangre.

—¡Para ti, general o regente! ¡No lo olvides, Amonfareto! —había contestado Pausanias, con la voz quebrada por la cólera.

Al recordar aquello, se dio cuenta de que había enrojecido por una mezcla de vergüenza e ira. De buen grado habría hecho azotar al antiguo director de

la *agogé*, pero Escaleno, que estaba a su lado, le había recomendado moderación.

Se dio cuenta de que llevaba media línea rasgando el papiro sin llegar a escribir y volvió a mojar el cálamo. Ahora le tocaba reconocer su error.

Lo cierto era que la segunda posición no resultaba tan ventajosa como el general Pausanias había creído. A sus desventajas se sumaba que Mardonio se negaba a atravesar el Asopo con el grueso de sus fuerzas para una batalla a gran escala.

Por desgracia, quienes sí cruzaban el río cada día con mayor insolencia eran los escuadrones de caballería enemiga. Aprovechando la velocidad de sus monturas, se alejaban tanto por el este como por el oeste, vadeaban el Asopo lejos del frente y luego aparecían de súbito por la espalda, entre el Citerón y las filas griegas, acosando a los soldados y sobre todo a los sirvientes con sus flechas y sus venablos para luego retirarse sin sufrir represalias.

Dos días después de que los persas se apoderasen del convoy de provisiones, la situación se agravó incluso más. Poco antes del amanecer, un gran contingente de jinetes persas, mandados de nuevo por Bagabigna, lanzó un ataque masivo contra la fuente Gargafia. Allí los griegos perdieron a muchos hombres. Sin embargo, lo peor fue que los persas arrojaron a la fuente cadáveres podridos de cabras y de ovejas, e incluso de prisioneros a los que habían despellejado, y rompieron y cegaron con piedras muchos de sus caños. Cuando se retiraron, dejando tras de sí a más de doscientos griegos muertos, la fuente había quedado prácticamente inservible.

Para colmo, el siguiente convoy que debía llegar con provisiones permanecía al otro lado del Citerón, sin atreverse a cruzar las montañas por miedo a la caballería persa, que se había hecho dueña de la tierra de nadie entre la retaguardia griega y las laderas del

monte.

—¡Son los putos amos de nuestra retaguardia! —le había gritado Amonfareto esa misma mañana, en otra reunión privada del mando espartano —. ¡Entran y salen cuando les sale de las pelotas y cada vez nos tienen más acoquinados!

Aunque no quisiera, Pausanias tenía que reconocer que Amonfareto llevaba razón. Por eso, unas horas después había convocado a los comandantes de todas las ciudades y les había explicado lo que iban a hacer durante esa misma noche.

Que no era lo que tenía pensado, en realidad, pues era muy consciente de que su verdadero y casi descabellado plan debía conocerlo el menor número posible de personas.

La reunión se celebró en el ala derecha del ejército griego, en la posición espartana. Tras escuchar las opiniones de los aliados y deliberar, el general Pausanias manifestó que lo mejor era regresar a una posición cercana a la que habían ocupado los primeros días, al pie del Citerón. De esta manera podrían proteger a los sirvientes que traían el convoy del Peloponeso y recibir los víveres. Por otra parte, en la falda del monte había algunos arroyos y fuentes que, si bien no suministraban tanta agua como el río y la fuente Gargafia, al menos permitirían que los hombres no murieran de sed.

La decisión final fue que el ejército se replegaría en cuanto empezara la segunda guardia de la noche, en dirección sur. Para no alargar el trayecto en la oscuridad, los espartanos no ocuparían su posición en Eritras, como habían hecho los primeros días, sino en Hisias. A partir de ahí se situarían en orden el resto de los contingentes, con los atenienses ocupando el extremo izquierdo junto a la misma Platea.

—Señor, tus invitados ya han venido —le anunció su secretario Trifón.

Pausanias dejó el cálamo y sopló sobre el papiro para secar la tinta. Era un buen momento para interrumpir su crónica, pues lo que iba a tratar con aquellos cuatro hombres solo lo pondría por escrito en el caso de que todo

resultara conforme a sus planes.

Estaba convencido de que volver a una posición ultradefensiva a la ladera del Citerón significaba pan para hoy y hambre para mañana. Parecía mentira que otros generales no lo vieran así. Era evidente que Mardonio, al que nadie impedía recibir víveres del norte, pensaba aguantar hasta que la alianza griega se rompiera para derrotar a sus miembros uno por uno. No tenía ninguna necesidad de cruzar el río para enfrentarse con ellos en terreno desventajoso para sus intereses, y por tanto no lo haría.

La única forma de salir de aquel trance era imitar a Temístocles. Tender una trampa al enemigo con el fin de obligarlo a combatir con todas sus tropas en el terreno apropiado para los griegos. Para ello, Mardonio debía recibir información errónea y tomar una decisión también errónea creyendo que se le ofrecía la posibilidad de aplastar al enemigo.

Pausanias llevaba todo el día pensando en ello. Antes y después de la reunión había recorrido a caballo toda la retaguardia y había cabalgado hasta las faldas del Citerón para estudiar el terreno, aun a riesgo de ser atacado por los jinetes de Bagabigna.

Eso le había servido también para supervisar el estado de sus tropas y comprobar, de paso, que su popularidad había menguado mucho. Los soldados estaban sucios, demacrados e irritables, y también renegridos por el sol, ya que apenas había sombras donde guarecerse. Apestaban como animales de establo, pese a que no sudaban demasiado, pues apenas tenían agua que beber, y muchos empezaban a desmayarse víctimas de deshidratación y golpes de calor. Además, estaban hastiados de los insultos de los persas y de sufrir el acoso de sus flechas desde el otro lado del río o desde su misma retaguardia, que apenas eran capaces de proteger de la caballería enemiga.

—Los hombres de la flota también estaban así antes de la batalla de Salamina —le había dicho Temístocles, que lo acompañaba en su inspección.

—Así, ¿cómo?

—Al borde de la desesperación y a punto de hundirse en ella. Ahora mismo todavía puedes conseguir que esa desesperación los convierta en leones furiosos. Pero si pasa un solo día más, los perderás.

Recordando esas palabras de Temístocles, Pausanias se levantó de la silla y se estiró. Se sentía agotado, le dolían todos los músculos y los párpados le

escocían después de tantos días mal durmiendo tres o cuatro horas cada noche, y esas pocas horas a saltos. Mas, por otra parte, el desafío lo mantenía despierto y su sangre hervía con una extraña euforia.

Él, Pausanias, el erudito, el tímido, podía tener la clave para acabar de una vez por todas con esa guerra.

—El principio de mi plan es igual que el que he explicado a los demás generales.

Pausanias desenrolló una tela en la que había dibujado un tosco esquema de los alrededores. Después colocó sobre la tela varias piedrecillas blancas que representaban las posiciones de las alas y el centro del ejército griego. Al otro lado de la línea sinuosa del río puso unos guijarros oscuros para señalar la distribución de las tropas persas. Por último, metió su espada envainada por debajo de la tela para simular el relieve del Citerón.

Se habían reunido en los restos de un antiguo templete consagrado a quién sabía qué divinidad. Aunque por dentro estaba vacío y las manchas de tizne revelaban que se había convertido en refugio de pastores, la estructura se conservaba en buen estado. Pausanias necesitaba discreción absoluta. De haberse metido en una tienda de campaña, sus siluetas en las paredes de lona habrían podido delatarlos. La gente se haría preguntas. ¿Qué hacían un puñado de mandos juntos después de la reunión de todo el estado mayor? Intrigar, sin duda.

En cambio, estando allí encerrados, esperaba que no trascendiera una sola palabra de su conversación. Únicamente había convocado a Escaleno y Temístocles como hombres de confianza y a Arístides y Mirónides por parte de los atenienses, ya que estos iban a desempeñar un papel fundamental en su plan. Durante los días previos, Mirónides había demostrado ser un general eficaz, aunque a veces algo obtuso y literal. En cualquier caso, era el colega en quien más confiaba Arístides; si algo le ocurría a este, Pausanias necesitaba que alguien más conociera sus verdaderos planes.

—¿Qué quieres decir con que el principio del plan es el mismo? —preguntó Arístides.

—De todo lo que os voy a explicar, no les vamos a decir nada ni a los de Corinto, ni a los de Micenas, ni a los de Ambracia, ni a los de Potidea, y no continúo porque creo que todos conocemos de memoria la lista de aliados.

—De modo que los contingentes del centro siguen adelante con la idea de

abandonar sus posiciones actuales durante la segunda guardia y tomar otras nuevas justo al este de Platea.

—Así es, Arístides. Y lo que quiero es que Mardonio se entere.

—Entonces, ¿por qué has insistido en que debe hacerse todo en silencio?

—Decir lo contrario habría resultado sospechoso —respondió Pausanias.

—Imaginadlo —intervino Escaleno—. «Id cantando y bailando al son de las flautas y aporreando los escudos con las lanzas». Sí, habría sido sospechoso.

—Estamos hablando de tropas de casi veinte ciudades distintas —continuó Pausanias—. Aunque esos soldados fueran disciplinados y organizados, que no lo son, resultaría imposible que realizaran esa operación de noche sin hacer ruido. Mardonio se enterará de lo que ocurre, podéis estar seguros. Eso, por no hablar de los espías que infiltra entre nosotros. Apuesto a que ya se las han ingeniado para informarle.

—¿Y si decide atacar a esas tropas precisamente cuando estén en marcha? —objetó Mirónides, el otro general ateniense—. Serán mucho más vulnerables.

Pausanias había previsto esa objeción, pero se sentía más seguro que otras veces. El plan funcionaba en su cabeza. Posiblemente en el terreno las cosas se complicarían, pero no dejaba de pensar en lo que le había contado Temístocles sobre la batalla de Salamina, en cómo había abandonado los caminos ya transitados para probar tácticas nuevas. Y también en cómo había recurrido al engaño para lograr que la flota persa combatiera en las aguas menos apropiadas para sus características.

Iba a demostrar a su amigo y a todo el mundo que un espartano también podía recurrir al engaño. Como decía a menudo su tío Cleómenes, que de argucias sabía lo suyo: «Donde no llegue la piel del león, un parche de piel de zorro viene muy bien».

—No lo hará —respondió a Mirónides—. No atacará a las unidades de nuestro centro. Primero tendrá que comprobar lo que ocurre, deliberar con sus oficiales… Para cuando quiera tomar una decisión, ya estará amaneciendo. Además, una operación nocturna con caballería sería muy arriesgada.

—Eso suponemos —intervino Escaleno—. Nuestra experiencia en operaciones de caballería es más o menos la misma que la de un leñador

arcadio componiendo poesía.

Arístides movió la cabeza a un lado y chasqueó la lengua.

—Todavía no acabo de entenderte, Pausanias. ¿Tú quieres que Mardonio los ataque o no los ataque? —preguntó Arístides.

—No. Quiero que Mardonio nos ataque a *nosotros*.

—¿A quiénes?

—Al ala derecha. A los espartanos.

—Entonces, lo que planeas no es una retirada…

—No, no lo es.

Pausanias hizo una pausa y miró a Temístocles, el único al que había expuesto su idea. Su amigo asintió con un gesto casi imperceptible de ánimo.

—Si nos limitamos a retroceder para volver al punto de partida —prosiguió Pausanias—, la moral de las tropas se hundirá. Los soldados pensarán, y con razón, que en más de diez días sufriendo todo tipo de penalidades no hemos conseguido nada. Antes de dos días tendremos un motín y, por muchos juramentos que hayamos hecho, la alianza no tardará en disolverse.

—En eso tienes razón —admitió Mirónides—. Nuestros propios colegas no han salido nada contentos de la otra reunión. Dicen que esta maniobra demuestra que vamos perdiendo.

—Lo interesante es que también lo crea el enemigo —sentenció Pausanias, hablando cada vez más rápido y con mayor entusiasmo—. Tenemos que conseguir que Mardonio acepte un enfrentamiento general y decisivo.

—Para eso hemos venido hasta aquí —dijo Arístides—. Es el modo griego de hacer la guerra. Pero llevamos diez días ofreciéndole batalla y no la ha aceptado. ¿Qué te hace pensar que lo hará ahora?

—Es evidente que ni nosotros vamos a aceptar dar la batalla en su terreno ni él en el nuestro. Hay que encontrar uno que sea favorable para ambos bandos, o que al menos lo parezca.

—Explícate.

Pausanias carraspeó y señaló con el dedo las piedrecillas situadas en el ala

derecha.

—Nosotros vamos a cumplir con la parte del plan que he expuesto delante de todos. Es decir, vamos a dirigirnos hacia Hisias, como si nuestra intención fuera ocupar una posición al pie del monte, muy parecida a la que ocupamos el primer día.

—¿Y qué tiene eso de particular? —La impaciencia en el tono de Arístides empezaba a ser patente—. Imagino que si nos has reunido con tanto secreto es porque tienes algún dado cargado en el cubilete. ¿Dónde está la astucia?

—Claro que hay un dado cargado. La clave está en que vamos a llevar a cabo esa maniobra unas horas más tarde. En la reunión general he dicho que cuando amanezca estaremos todos en nuestras nuevas posiciones. Pero no va a ser así.

—¿Y dónde vamos a estar?

—A esas horas las unidades del centro estarán ya junto a Platea, pero no así nosotros ni vosotros. Los espartanos levantaremos el campamento al romper el alba. Para entonces, Mardonio ya se habrá enterado de que nuestro ejército se está desplazando al Citerón. Sus exploradores verán perfectamente cómo nos ponemos en marcha y se lo comunicarán. Él pensará: «Estos espartanos son lentos hasta para llevar a cabo sus propios planes». Y quizá no le faltará razón.

—O sea —intervino Escaleno—, que a lo mejor nuestra proverbial fama de tortugas nos va a resultar útil en esta ocasión.

—Eso espero. Cuando Mardonio vea que bajamos de la cresta del Asopo y marchamos en dirección sureste para dirigirnos a Hisias, seguro que enviará su caballería a hostigarnos.

En su tosco mapa, Pausanias señaló con el dedo la mancha rotulada «Hisias». Al norte había otro punto marcado como «Templo de Deméter». En los últimos días había recorrido esa zona en todas las direcciones, a pie y a caballo, estudiando el relieve y los obstáculos naturales y, en particular, qué se alcanzaba a ver y qué quedaba oculto desde cada punto.

—En lugar de seguir hasta Hisias, nosotros nos detendremos aquí —continuó Pausanias, señalando el templo de Deméter—. Ya he hecho colocar montones de piedras en los puntos correspondientes para que cada unidad sepa dónde debe desplegarse.

—¿Y qué tiene de bueno esa zona? —preguntó Arístides.

—Eso me pregunto yo —dijo Escaleno—. No puede decirse que sea lisa como una tabla, pero sí es lo bastante llana para que actúe la caballería. De hecho, por ahí entraron los jinetes de Bagabigna para atacar la fuente Gargafia.

—Es que precisamente necesitamos un terreno que sirva para la caballería —repuso Pausanias—. Si no es así, los persas se retirarán de nuevo al otro lado del río dejándonos llegar hasta la ladera del Citerón, y estaremos de nuevo en el mismo punto que cuando empezamos.

—Solo que después de haber consumido catorce días de provisiones, paciencia y moral —intervino Temístocles, que hasta entonces había guardado silencio.

—Sigo sin comprender —dijo Arístides.

—Tal como lo he planeado —respondió Pausanuias—, nuestra ala derecha se desplegará dejando a su derecha el río Molunte. A estas alturas del año no lleva mucha agua, pero sus orillas son lo bastante escarpadas para formar una defensa natural, y al otro lado hay un tamujal tan espeso que es prácticamente impenetrable. Por ese lado no correremos más peligro que disparos de flechas demasiado lejanos para ser eficaces.

»En cambio, nuestro flanco izquierdo va a quedar más expuesto por…

—Perdona —intervino Mirónides—. El flanco izquierdo somos nosotros, los atenienses.

—Me refiero al flanco izquierdo del ala derecha. Considera ahora que los espartanos y los tegeatas formamos una unidad compacta, y olvídate del resto de las unidades. Enseguida hablaré de vuestro papel.

Mirónides asintió, aparentemente convencido. Por detrás de su hombro Temístocles sonrió e hizo un gesto con los dedos, como diciéndole: «Vas muy bien». Pausanias sintió que le afluía sangre al rostro; pero en este momento no era por vergüenza ni timidez, como en otras ocasiones, sino porque se sentía excitado y su mente funcionaba a toda velocidad.

—Como decía, nuestro flanco izquierdo, donde forman los arcadios de Tegea, va a quedar mucho más expuesto que el otro, porque va a desplegarse en una zona relativamente llana, al final de la cuesta que baja de la cresta del Asopo. Por allí podemos recibir ataques de caballería e incluso ser

flanqueados en una maniobra envolvente.

—Espero que me perdones, Pausanias —insistió Arístides—, pero hasta ahora no le encuentro ninguna ventaja a tu plan. Si colocas a tu ejército en una posición que permita a los persas flanquearte con su caballería, ¡eso es exactamente lo que harán!

—Así lo espero —respondió Pausanias, enderezándose inconscientemente para compensar la diferencia de estatura con el general ateniense.

—Cuando los jinetes de Mardonio os flanqueen, por muy admirable que sean el valor y la disciplina de los espartanos, estaréis perdidos.

—Si uno quiere pescar un pez grande, necesita un cebo lo bastante grande —volvió a intervenir Temístocles. Esa misma expresión la habían utilizado Pausanias y él durante la conversación anterior.

—¿Es que este plan es cosa tuya, Temístocles? —preguntó Arístides a su compatriota.

—No, mi querido Arístides. Te juro por todas las trapacerías de Hermes que la idea es íntegramente de Pausanias.

Hilando el símil que había planteado Temístocles, Pausanias dijo:

—Nosotros, los espartanos, somos el cebo. Sabemos que Mardonio quiere destruirnos antes que a nadie, porque nos considera los enemigos más peligrosos.

—¿Y nosotros los atenienses qué somos, jóvenes doncellas que llevan el peplo de Atenea en procesión? —Se molestó Mirónides—. Que yo sepa, los únicos que hemos derrotado a los persas hasta ahora somos nosotros.

—Nadie ha insinuado algo así —terció Temístocles—. Pausanias se ha limitado a decir que Mardonio *considera* a los espartanos los más peligrosos. Eso se demuestra en que durante todos estos días ha hecho formar frente a ellos a sus tropas persas de confianza.

—Eso es exactamente lo que iba a decir yo —prosiguió Pausanias—. Puesto que la prioridad de Mardonio es aniquilarnos a los espartanos, se trata de animarle a que se trague el cebo y se enganche en el anzuelo.

—Yo veo el cebo —intervino Escaleno—, pero no el anzuelo. Y eso me inquieta bastante, ya que formo parte del cebo y lo más normal es que acabe dentro del estómago del pez.

—El anzuelo que va a enganchar y asfixiar a Mardonio sois vosotros —sentenció Pausanias con una sonrisa triunfal, dirigiéndose a Arístides y Mirónides.

—¿Nosotros? —preguntó Mirónides—. ¿Los atenienses?

—Así es.

Con gesto perplejo, Mirónides puso el dedo a la izquierda de la mancha que representaba a Platea.

—Pero ¿nosotros no vamos a desplazarnos justo al este de Platea? Esas han sido tus instrucciones.

Pausanias asintió.

—Pero allí vamos a estar muy alejados de vuestra posición —dijo Arístides—. Demasiado para hacer de anzuelo, ¿no crees?

—Como bien ha dicho Mirónides, esas han sido mis instrucciones durante la reunión con los aliados —respondió Pausanias—. Y, como estoy casi seguro de que entre nosotros hay gente que informa al enemigo, no creo que Mardonio tarde mucho en enterarse.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Mirónides.

Fue Temístocles quien le contestó.

—Lo contrario sería casi imposible, habiendo tantos generales y oficiales al corriente de las decisiones que se toman. Al final las informaciones se acaban filtrando.

—Y de eso se trata —añadió Pausanias—. Quiero que él crea que vosotros os retiráis al Citerón en paralelo con las tropas del centro. Pero no es lo que vais a hacer.

Pausanias clavó su índice en la zona marcada como Pirgos, donde estaban estacionados los atenienses. Después trazó con él una línea oblicua hacia el sureste, pasando junto a la fuente Gargafia.

—En lugar de desplazaros al sur, vais a marchar por aquí. Lo haréis de noche y vosotros sí que respetaréis de forma estricta la disciplina de silencio.

Mirónides meneó la cabeza.

—No será fácil.

—No sois rústicos ambraciotas ni arcadios —intervino Escaleno—. Sois

los vencedores de Maratón, como tú mismo has dicho. Seguro que podéis conseguirlo.

Arístides planteó otra objeción.

—Nuestra trayectoria se va a cruzar con la de las tropas del centro. Puede acabar siendo un caos.

—Os pondréis en marcha cuando todos ellos hayan pasado, al final de la segunda guardia —explicó Pausanias—. Es sumamente importante que lo hagáis todavía de noche y organizando el menor revuelo posible. Quiero que Mardonio *oiga* cómo nuestros aliados del centro se ponen en marcha en plena noche y que nos *vea* a nosotros ponernos en marcha al amanecer. Sois vosotros los únicos que debéis mantener el secreto.

—A nuestros hombres se les ha informado de que deben marchar en dirección sur, no sureste —protestó Mirónides.

—Hablad ahora con los estrategos y los taxiarcas —sugirió Temístocles —. Solo con ellos. Aseguraos de que ellos saben el camino y de que sus hombres los sigan. Pero no les expliquéis nada más.

—No sé si será fácil —repitió Mirónides, resoplando.

—¿Y qué más? —preguntó Arístides, que parecía más interesado que antes en la idea de Pausanias—. ¿Cómo sigue tu plan?

—Cuando amanezca, tendréis que estar aquí, quietos y en silencio. —Pausanias señaló la vertiente suroeste de la cresta del Asopo, cerca de la fuente Gargafia—. Aunque haya luz, los persas no os podrán ver desde el otro lado del río.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Mirónides.

Pausanias asintió con vigor.

—Cuando estéis allí, comprobaréis que el relieve de esa zona no os permite ver el Asopo. Por tanto, desde el otro lado del río tampoco os verán a vosotros.

—Vuelvo a preguntar, ¿estás seguro?

—Mi querido Mirónides —dijo Temístocles—, ¿no crees que si ahora sales de este edificio y te pones al otro lado de la pared para que Pausanias no te vea, tú tampoco podrás verlo? No hace falta ser un filósofo de Mileto para comprender eso.

—Ahórrate tu condescendencia —replicó el general ateniense.

Pausanias empezaba a arrepentirse de haber invitado a Mirónides a la reunión, pero Arístides le había asegurado que era un hombre de plena confianza y que a la hora de actuar había pocos tan eficaces como él.

—Yo creo que tienes razón. Estando ahí no se nos verá desde las posiciones persas —admitió Arístides—. Ahora, una vez que estemos en esa posición, ¿qué más ocurrirá?

—Antes de que amanezca, ordenad que los hombres desayunen y hagan todo lo que tengan que hacer. Deben estar preparados para entrar en combate. Mientras, nosotros aguardaremos en la posición que os he descrito, ofreciendo nuestro flanco izquierdo al enemigo…

—… Tan tentador como el seno desnudo de una púber canéfora —dijo Escaleno.

Pausanias miró de reojo al éforo, un tanto molesto por la interrupción, pero no le dijo nada y prosiguió:

—Me temo que durante un rato tendremos que aguantar el hostigamiento de la caballería persa. Pero necesito que Mardonio crea que esta vez nos ha pillado y que el acoso de sus jinetes nos tiene clavados en el sitio, sin poder avanzar ni retroceder. Solo así se decidirá a enviar más tropas. Si todo sale como preveo, sacará por fin a su infantería selecta, incluyendo a los Inmortales, decidido a aplastarnos. Tendremos a sus lanceros y arqueros atacándonos de frente, y a sus jinetes presionándonos por la izquierda, donde están los tegeatas.

—Y entonces es cuando intervenimos nosotros —dijo Arístides.

—Así es. Tendréis que actuar en el momento justo. Si lo hacéis demasiado pronto, los persas no picarán el anzuelo y se retirarán. Si tardáis demasiado y la caballería nos rodea por detrás mientras sus arqueros nos acribillan por delante…

—Estaremos más que jodidos —resumió Escaleno.

Arístides enarcó las cejas.

—O sea, que vamos a acudir como refuerzo contra los jinetes de Mardonio. Infantería cargando contra caballería. Una idea un tanto extravagante, ¿no?

—Si la caballería estuviera desplegada delante de vosotros mirándoos a la

cara, sí, porque solo tendrían que espolear a sus caballos y huir —replicó Pausanias.

—Pero como van a estar ocupados tratando de jodernos a nosotros —completó Escaleno—, podréis darles bien por detrás. Encular al enemigo por sorpresa siempre funciona.

Arístides puso mala cara. Por lo que le había contado Temístocles, y el propio Pausanias había comprobado, el general ateniense era un hombre bastante puritano. Que entre adultos y adolescentes imberbes hubiera sexo y que se consumara recurriendo a ciertas regiones de la anatomía era algo tolerable, casi natural; pero que se hablara de ello y se gastaran bromas como la de Escaleno le parecía de mal gusto.

—No sé. Tu plan depende de demasiados factores. Que Mardonio detecte la maniobra de retirada de los contingentes del centro, que no vea la nuestra, que decida mandar a sus tropas contra vosotros, que lleguemos justo a tiempo…

—Todos los planes dependen de muchos factores —repuso Temístocles —. Pero al final, lo más importante es saber si Mardonio aceptará la batalla.

—La aceptará.

Todos se volvieron hacia la puerta del templete. En ella había aparecido una silueta alta y delgada, recortándose contra el resplandor plateado de la luna. La silueta avanzó un par de pasos y entró en el círculo de luz que proyectaba la única antorcha que habían traído.

A Pausanias no le sorprendió descubrir que se trataba de Tisámeno. El adivino era todo un experto en aparecer cuando no se lo esperaba y de la forma más dramática.

—Mardonio aceptará la batalla —repitió el adivino de Élide—. Pero que tu plan, regente Pausanias, funcione o no depende de la voluntad de los dioses.

Pausanias entornó los ojos.

—Los dioses están de nuestra parte —respondió—. ¿Cómo no van a estarlo? Somos griegos, no bárbaros que adoran a un disco con alas.

—Incluso los bárbaros pueden ser a veces una herramienta de los dioses para castigar la soberbia de un griego —dijo Tisámeno—. No confíes demasiado en tu plan ni en tu inteligencia, regente Pausanias. Siempre habrá

alguien más listo que tú.

Con estas palabras, Tisámeno se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—Detente, Tisámeno.

El adivino se giró de medio lado, enarcando una ceja.

—¿Es eso una orden, regente?

Pausanias sintió que las mejillas le ardían y en esta ocasión sí era de rubor. Con algo de suerte, se dijo, a la luz de la antorcha los demás no notarían que se había sonrojado.

—Es una consulta, adivino. ¿Sigues pensando que el ejército que cruce el Asopo perderá?

Tisámeno movió la cabeza a un lado y al otro, y las campanillas de su barba tintinearon dos veces.

—No se trata de lo que yo piense, sino de lo que veo, y el futuro es cada vez más confuso. Los presagios sugieren que debes seguir una táctica defensiva y no atacar hasta que los dioses te envíen su señal.

—¿Qué señal?

—Cuando llegue, sabrás cuál es.

Si aquellas palabras de Tisámeno reconfortaron un poco a Pausanias, las que masculló inmediatamente después al tiempo que salía del templete le robaron aquella breve tranquilidad.

—Si es que consigue llegar…

INTERIOR DEL FUERTE PERSA

Perseo despertó.

Durante unos instantes, se sintió desorientado.

Así se había sentido durante un año entero.

Pero enseguida reconoció los detalles de la tienda de campaña, iluminados por lamparillas de aceite y por el resplandor de la luna al otro lado de la lona. Aunque la tienda no estuviera montada en el mismo sitio, era la misma en la que había despertado amnésico una y otra vez, en Tesalia, en la Fócide, en el Ática y ahora, si no se equivocaba, en Beocia. Su mansión y su celda, al mismo tiempo.

Todos los recuerdos empezaron a desplegarse en su mente, como un larguísimo papiro. O casi todos, pues la última vez que tenía conciencia de haber cerrado los párpados fue cuando metió los pies dentro de la cueva de Trofonio y una fuerza irresistible lo arrastró hacia el interior. Fuese lo que fuese lo que hubiera ocurrido dentro del oráculo, lo había olvidado y prefería seguir ignorándolo. Lo importante era que ya sabía quién era, dónde estaba y qué le había ocurrido.

Él era Perseo, conocido por todo el mundo como hijo de Damarato, el rey de Esparta que había perdido el trono por no ser hijo del anterior rey, Aristón. ¿O sí lo era? Hasta su muerte, Ferenice se había negado a reconocer la verdad de esos rumores, incluso cuando Damarato la interrogó bajo juramento. Por otra parte, se había demostrado que la respuesta del oráculo de Delfos no era veraz, sino que había sido inducida por un soborno.

Pero ¿qué más le daba a Perseo? Ferenice, la mujer a la que tanto había querido desde niño, no era su verdadera abuela, de modo que a él le resultaba indiferente con quién hubiera engendrado a Damarato, si con Aristón o con su primer esposo. Pues Perseo no era hijo de Damarato, sino del loco

Cleómenes.

Se incorporó en el lecho y tocó el parche con los dedos. Los recuerdos los había recobrado, pero no así el ojo que él mismo se había apuñalado.

Aunque la magia de Trofonio no le había devuelto el ojo, no dejaba de ser asombrosa. Cerrando el que le quedaba, podía evocar no solo su vida anterior a las Termópilas, sino cada uno de sus confusos despertares en el campamento persa. Recordó, por ejemplo, que se había acostado con Artemisia y que ella había recurrido a él para enviar un mensaje a Esparta avisando de las verdaderas intenciones de Jerjes.

La imagen de Artemisia desnuda en su lecho le trajo enseguida la de Cloe, esposa de Damarato. ¡Así que estaba embarazada de Perseo! Cuando la criatura naciera, Damarato creería tener un heredero de sangre Euripóntida…, si es que él lo era en verdad. Pero el hijo sería de Perseo, considerado también Euripóntida, pero en realidad un Agíada encubierto. ¿Quién podría orientarse en el laberinto de las dos dinastías espartanas?

A su vez, la imagen de Cloe desnuda le hizo acordarse de la primera vez que la había visto vestida, durante las fiestas Jacintias. Ella y su padre venían refugiados de Mileto, arrasada por los persas.

Todo se agolpaba en su cabeza. Cloe y su padre le habían hablado del Asesino Blanco, un guerrero terrorífico que había sembrado la muerte en las murallas de Mileto y pocos minutos después Perseo lo había conocido en persona.

Bagabigna, el hombre que lo había humillado delante de media Esparta. El mismo que había asesinado a Fénix y a Hipólito, después de que Perseo lo salvara de aquel pozo.

En los últimos tiempos, Bagabigna le había pedido perdón y había intentado hacerse amigo suyo. ¿Era eso lo que buscaba, su amistad? ¿O lo que pretendía era el triunfo absoluto, convertir a un espartano de la casa real como él en un persa para demostrar la superioridad de los bárbaros sobre los griegos?

Era demasiado pensar, demasiado recordar. Ahora tenía que decidir qué curso de acción seguir. Lo primero que hizo fue vestirse, ceñirse la túnica que tenía más a mano y calzarse unas sandalias. Echó un vistazo en derredor, pero no había armas en la tienda. Recordó que, cuando se entrenaba con Bagabigna, era el persa quien le prestaba una lanza.

Bagabigna. Bagabigna de nuevo. Quería destruir Esparta porque los espartanos habían asesinado al amor de su vida.

Él, Perseo, también tenía un amor de su vida.

—Gorgo —murmuró.

Al pronunciar aquel nombre, la palabra «abominación» volvió a aletear dentro de su cabeza, pero la ahuyentó. Durante sus años lejos de Esparta había aprendido a vivir con aquella revelación. Cuando estaba solo, muchas noches, cerraba los párpados y rememoraba sus momentos de amor con Gorgo, momentos siempre robados al resto del mundo. El recuerdo a menudo le hacía llorar, pero ya no se sentía enloquecer de culpa. Sus sentimientos por Gorgo habían sido nobles, de eso estaba seguro. Todavía los guardaba en un rincón de su corazón, en alguna parte que no había llegado a encallecerse del todo entre tanta guerra y destrucción como había vivido.

Lo que no podía hacer era volver con Gorgo a sabiendas de quién era ella o, más bien, quién era él. Al igual que había hecho el mítico Cauno con su hermana, la ninfa Biblis, a Perseo no le quedaba más remedio que huir de ella aunque fuera al otro extremo del orbe.

Sin embargo, la última orden de Leónidas había sido que regresara a Esparta para ver a Gorgo. Perseo volvió a mirar la pulsera de ante que rodeaba su muñeca, y recordó lo que era y por qué se había empeñado en que nadie se la quitara. Un mensaje secreto del rey, escrito sobre una escítala y después desenrollado, destinado a ser leído por la persona que tuviera una copia exacta de aquella vara. En este caso, Gorgo.

«Ella puede conseguirlo todo, y lo sabes», le había dicho Leónidas. Se suponía que, cuando Perseo le entregara el mensaje, Gorgo lograría convencer al rey Latíquidas y a los éforos de que enviaran refuerzos a las Termópilas cuanto antes.

Pero la verdad no era esa. Leónidas le había confiado esa misión para alejarlo, ya que sabía que las Termópilas iban a caer y que todos los que se quedaran a defenderlas perecerían.

¿Por qué tanto empeño en que precisamente él, Perseo, sobreviviera? ¿Porque él era el verdadero padre del heredero Agíada? A esas alturas, revelarlo habría causado tal escándalo que Plistarco habría perdido el trono incluso antes de llegar a sentarse en él.

En cualquier caso, ya no tenía sentido llevar ese mensaje. Las Termópilas

habían caído hacía un año. Desde entonces, los griegos habían conseguido vencer a la flota de Jerjes en Salamina. Ahora, lo último que Perseo recordaba sobre la guerra era que habían logrado resistir una escaramuza de caballería en la que él mismo había participado. En ella había caído Masistio, algo que, al parecer, los griegos habían considerado un gran triunfo.

¿Cómo estaría la situación ahora? ¿Cuántos días habían transcurrido?

En la pared de lona había una ventana cuadrada cubierta por una fina redecilla que dejaba pasar el aire y la luz y mantenía fuera las moscas. Acercándose a ella, Perseo vio que el cielo estaba despejado y que en él brillaba una luna redonda y blanca.

Cerró el ojo y trató de recordar cómo estaba la luna cuando salió del campamento para ir al oráculo de Trofonio. En cuarto creciente, menos de la mitad de su disco visible. Calculó que habrían pasado entre ocho y diez días. ¿Se habría librado ya la batalla definitiva? Si era así, ¿quién había vencido y dónde estaban ahora? ¿Seguían en la llanura de Beocia?

En ese momento oyó pasos fuera de la tienda y vio de reojo una sombra que se acercaba. Automáticamente cerró los puños y flexionó las piernas, dispuesto a abalanzarse sobre quien se presentara en la puerta.

Una mano apartó el fleco y un rostro conocido se asomó al interior, iluminado por la luz de una palmatoria.

Era Nabis.

Al ver a su hermano, el tropel de recuerdos se aceleró y cabalgó ante los ojos de su mente como una carga de caballería tesalia. Todo, incluso el día del jabalí junto al parque de los Platanistas.

*—¡Te aborrezco!*

*—¿Por qué me aborreces? ¿No eres mi hermano? ¿No dices que te defendí cuando eras pequeño?*

*—¡Nunca te he pedido que me defiendas! ¡Nunca te he pedido que seas el gran Perseo, más alto, más guapo, más fuerte que el pobre Nabis con sus piernas flacas y torcidas!*

—Buenas noches —saludó Nabis, pasando al interior—. ¿Sabes quién soy?

«Cree que mi memoria sigue enferma», se dio cuenta Perseo. Rápidamente, abrió las manos, dejó caer los hombros, pegó los brazos a los

costados y entreabrió la boca en lo que consideró un gesto lo bastante bovino. Con suerte, Nabis le brindaría la información que necesitaba para saber qué hacer a continuación.

—Ya veo que te ha vuelto a pasar. No te asustes. Pierdes la memoria constantemente, pero para eso estoy yo, para recordarte de nuevo quién eres. Eres Perseo, hijo de Damarato, rey legítimo de Esparta, y yo soy Nabis, tu hermano mellizo y la persona que más se preocupa por ti.

Mientras hablaba, Nabis se acercó al velador, tomó la jarra de plata repujada y sirvió vino en uno de los cálices que pertenecía al mismo juego. Después se acercó a Perseo y le tendió la copa. Este se quedó mirándola, procurando adoptar un gesto tan liso y vacuo como una tablilla de cera recién extendida.

—Toma, Perseo. Es vino mezclado con látex de higuera y cardo silvestre. Sabe amargo, pero te aliviará el dolor de cabeza. ¿Te duele la cabeza?

Perseo se palpó la sien derecha, la frente, la sien izquierda, buscando ese corazón interior alojado dentro de su cráneo que lo martilleaba a todas horas con el *bum, bum, bum*.

Ese falso corazón había dejado de latir. Por primera vez en mucho tiempo no le dolía la cabeza, y gracias a eso lo veía y oía todo con mayor claridad. La sensación era como haber tenido la cabeza sumergida en una charca de agua turbia y sacarla de repente a una atmósfera tan diáfana como la de una tarde después de la lluvia.

—Sí, me duele —respondió.

Tomó la copa y se la acercó a la boca. Como lo único que no recordaba era lo sucedido después de entrar en el oráculo de Trofonio, no podía saber cuándo había orinado Nabis en la jarra, pero no dudaba de que lo había hecho. Dejó que el líquido mojara sus labios durante unos segundos, como si bebiera, y después se acercó al velador y depositó encima el cáliz, al lado de una lámpara cuya llama ardía cada vez más débil.

Al mirar a Nabis, observó en su rostro un gesto de extrañeza. Su hermano no parecía estar acostumbrado a que él mostrara tanta iniciativa como para moverse de donde estaba y dejar la copa en la mesita. Pero la extrañeza no condujo a la sospecha. Quizá Nabis no sabía que lo habían llevado a curarse a un santuario de la memoria. Perseo recordaba ahora cómo habían salido del campamento persa de noche, él embozado y encorvado para disimular su

estatura, siguiendo a Tisámeno y Tresas y fiado a los poderes de persuasión del adivino.

¿Cómo había regresado? ¿Lo habían traído también Tisámeno y Tresas, o habían dejado que lo acompañaran de vuelta los jinetes tesalios?

*—La caballería tesalia es la mejor del mundo —le dijo Menón—. Y la mía es la mejor de Tesalia. Es una vergüenza que con tropas de esa calidad nos hayamos sometido a Jerjes. ¡Deberíamos luchar por la libertad!*

—Tampoco sabes dónde estás, ¿verdad? —preguntó Nabis.

Perseo negó con la cabeza. Nabis le repitió por enésima vez la explicación: el campamento persa, la *Spada*, el mejor ejército del mundo, la campaña contra los griegos rebeldes, *bar, bar, bar*… Después añadió su retahíla sobre las órdenes de Jerjes para destruir Atenas y Esparta y borrarlas del mapa.

—Hoy va a ser el principio del fin para los griegos —comentó Nabis, sirviéndose vino de la jarra de cerámica que él siempre usaba para no confundirse y no acabar bebiendo su propia orina.

Perseo iba a preguntar por qué, pero pensó que resultaría más convincente si en su lugar emitía una especie de gruñido confuso. Nabis respondió, como esperaba.

—Ahora mismo se está celebrando una reunión intempestiva entre Mardonio y su alto mando. Ha convocado a todos los jefes militares, pero no nos ha llamado ni a nuestro padre ni a mí, porque no tenemos tropas aquí. Eso significa que esta misma noche o mañana al amanecer va a llevar a cabo alguna acción decisiva. —Nabis levantó la copa al aire y brindó—. ¡Por la destrucción de Esparta, la ciudad más ingrata del mundo!

### Atalaya del fuerte persa

La criada de Artemisia, la única mujer que la acompañaba en su séquito, estaba desabrochándole las fíbulas de la túnica cuando llegó un mensajero para convocarla a un consejo de guerra urgente en la atalaya que todos conocían como «de Mardonio», ya que era su puesto de observación habitual.

Artemisia se apresuró a embutirse en la armadura y se dirigió hacia el sector sur escoltada por seis de sus hombres. Dos de ellos llevaban antorchas, pero la luna llena lucía con tanto brillo y el cielo estaba tan despejado que

podrían haberse orientado entre las tiendas sin necesidad de sus llamas. Aunque algún soplo de brisa más fresco levantaba esporádicamente los bordes de su túnica y se colaba por sus muslos, el aire estaba encalmado.

Mientras sus hombres se quedaban al pie de la atalaya, Artemisia subió de dos en dos los peldaños de madera que llevaban hasta la plataforma superior. Allí, un secretario estaba colocando a los comandantes y oficiales en semicírculos concéntricos, con Mardonio en el centro. A Artemisia le asignó la segunda fila, algo que tal vez debería haber hecho que se sintiera halagada: únicamente se había convocado a quienes ostentaban mando de tropas, y a ella como asesora. Otros personajes como Damarato y Nabis, más los Pisistrátidas —descendientes del tirano ateniense Pisístrato, cuyo hijo Hipias había muerto en el exilio en la corte persa—, no estaban presentes.

Tras los mandos persas se hallaban los griegos aliados. Quienes más prestigio tenían, entre otros motivos porque estaban oficiando de anfitriones de los persas, eran los tebanos Timegénidas y Atagino, ambos beotarcas, magistrados de la Confederación Beocia. Cerca de ellos, aunque no en muy buenas relaciones, se encontraban los jefes tesalios Tórax y Menón. Si los anteriores eran beotarcas, magistrados de la Confederación Beocia que administraba aquella región, los dos últimos eran tetrarcas, cargos de la Confederación Tesalia. ¡Con lo sencillo que era ser rey sin más, o reina, como la propia Artemisia! Aunque tenía que reconocer que ella misma se veía obligada a consultar y explicar muchas de sus decisiones a sus propios consejos ciudadanos, pues los griegos, en todas sus variedades, eran muy refractarios a dejarse gobernar sin más por monarquías absolutas.

Mardonio volvió a apoyar las manos en la balaustrada y miró hacia el sur, donde la luna bañaba de plata los perfiles del Citerón. Por delante de la masa oscura del monte, la miríada de luces del campamento griego dibujaba una línea larga y sinuosa que seguía las ondulaciones del terreno. Artemisia llevaba tantos días contemplando los principales accidentes del relieve que ya conocía de memoria dónde estaban, así como la posición de las líneas griegas.

Y no dudaba de que Mardonio también.

Tras las plegarias de rigor por el bienestar del Gran Rey y de toda su familia, Mardonio fue directo al asunto que los había convocado.

—Tenemos información fehaciente de que se está produciendo una actividad inusitada en los campamentos griegos. La última acción de nuestra caballería, ejecutada con toda audacia y perfección por el noble Bagabigna

aquí presente, ha puesto a los griegos en una situación insostenible. Esta misma noche van a empezar a replegarse.

Mardonio dejó una pausa, que hizo que los comandantes y oficiales susurraran y comentaran entre ellos. Cuando el general hablaba de «información fehaciente», Artemisia sabía que no eran palabras vanas. Salvo casos en que el enemigo intoxicaba enviando informes falseados a propósito —como había ocurrido en Salamina merced a la astucia de Temístocles—, la inteligencia militar persa se encontraba varios peldaños por encima de la que pudieran tener los griegos. Esa superioridad se basaba en su mejor organización, su jerarquía burocratizada y también, en buena medida, en que las reservas de oro persa permitían sobornar a manos llenas. Para transmitir los informes, los espías de Mardonio, cuando no podían establecer comunicación directa y verbal, recurrían a todo tipo de trucos y códigos, como escudos reflectantes, señales con fuego o con humo e incluso palomas a las que separaban de sus crías para que, gracias a su sentido de la orientación, volaran de vuelta al nido a alimentarlas, con mensajes atados a sus patas. Asimismo, los desertores sabían que podían ser bien recibidos y mejor recompensados en el campamento persa siempre que trajeran información valiosa.

—El regente Pausanias —prosiguió Mardonio— se ha reunido con los generales de las ciudades rebeldes. En esa reunión les ha explicado cómo va a ser el repliegue, que los llevará hasta las laderas del Citerón, prácticamente en las mismas posiciones que tomaron al llegar aquí hace unos días.

»Nosotros vamos a aprovechar ese repliegue para cruzar el río con el grueso de nuestras tropas, atacar a los griegos cuando más desorganizados estén y poner fin a esta guerra de una maldita vez.

Hubo una nueva pausa y más comentarios, en esta ocasión menos disimulados.

—Cuando termine la reunión, despertad a las tropas. Ha de hacerse en persona, tienda por tienda, sin voces ni trompetas ni nada que alerte al enemigo. Los hombres deben comer algo, por muy temprano que sea, vestirse y armarse respetando la disciplina de silencio.

»A quien la rompa, ejecutadlo en el acto. No quiero detenciones, azotes ni amenazas de tortura. Todo el que haga ruido debe morir al momento y ante los ojos de sus compañeros de modo que los soldados sepan que esto va en serio.

Tras unos segundos para que los comandantes asimilaran sus palabras, Mardonio habló del despliegue. Las tropas debían formar como todos los días, ante la orilla norte del río. En el ala izquierda, frente a las líneas espartanas, se situarían los persas. Los demás contingentes asiáticos, en el centro y en el flanco derecho, frente a los atenienses, se desplegarían los tebanos y el resto de griegos vasallos de Jerjes.

—¿Y la caballería? —preguntó Bagabigna—. ¿Cómo quieres repartirla?

—La caballería de los aliados griegos actuará en el flanco derecho, apoyando a su propia infantería para aplastar a los atenienses.

A poca distancia de Artemisia, uno de los caudillos tesalios, Tórax, de los Alévadas de Larisa, dijo que machacar a aquellos aficionados atenienses iba a ser como violar a una mujer borracha, algo que suscitó bastantes carcajadas, una mirada desdeñosa de Bagabigna y un gesto de repugnancia del otro tetrarca tesalio que estaba con él, Menón de Farsalia.

—En cuanto a la caballería persa —continuó Mardonio, dirigiéndose a Bagabigna—, quiero que tengas cinco mil jinetes en el flanco izquierdo, listos para cruzar el río cuando yo lo ordene.

—Así lo haré, general.

Según la información recibida, prosiguió Mardonio, el repliegue griego se iba a hacer por fases. Las primeras unidades en retirarse serían las más variopintas y desorganizadas, las que formaban en el centro del ejército. Después lo harían los atenienses y, por último, vigilando las maniobras de los demás, los espartanos.

Para entonces, el general persa calculó que estaría a punto de romper el alba, pues no era tarea sencilla desplazar a tantos hombres en una operación nocturna, aunque fuese bajo la luna llena. Cuando los espartanos se pusieran en marcha hacia el Citerón, tendrían que atravesar una zona intermedia entre la cresta del Asopo, donde ahora estaban desplegados, y el piedemonte.

—Todavía de noche y cargados con armas e impedimenta, forzosamente se moverán despacio —explicó Mardonio—. La zona intermedia que he mencionado es apropiada para la caballería, tal como ha demostrado estos días Bagabigna, infiltrándose con gran valor y pericia por detrás de las líneas griegas para hostigarlos y contaminar su suministro de agua.

Bagabigna, que no era en absoluto inmune a los halagos, se acarició su barba recién recortada y asintió satisfecho.

—En ese punto es donde nuestra caballería va a dejar clavados a los espartanos, mientras nuestra infantería, lanceros y arqueros combinados, cruza el Asopo para enfrentarse a ellos. Será la primera y última vez que lo haga, os lo garantizo. Yo mismo dirigiré esa operación.

»Lo más probable es que ni siquiera lleguemos al combate cuerpo a cuerpo. Nuestra caballería se dedicará a acosar a los espartanos por los flancos y la retaguardia para evitar que lleguen a la montaña, mientras que nuestros arqueros los someterán a un diluvio constante de flechas desde el frente a una distancia lo bastante corta como para que nuestros proyectiles atraviesen sus defensas.

Artemisia comprendió. Acosados por todas partes, los espartanos no podrían cargar de frente contra los persas, pues eso desordenaría sus últimas filas y supondría ver su espalda atacada por la caballería.

De modo que tendrían que elegir entre romper su formación y perecer bajo los cascos y las espadas de los jinetes persas, o quedarse en el sitio y acabar acribillados como habían acabado los últimos soldados de Leónidas en las Termópilas. Una alternativa diabólica.

Artemisia miró en derredor. Aparte de a Damarato y su hijo, otro personaje al que había echado en falta era Hegesístrato, el adivino que le había asegurado a Mardonio que el primer ejército que cruzara el Asopo sería derrotado. Al parecer, el general persa ya había decidido su plan de acción y no precisaba de la clarividencia de los dioses griegos.

Sobre todo, si esos dioses se empeñaban en llevarle la contraria.

En cualquier caso, tomando en cuenta lo que había ocurrido en los últimos días, Artemisia empezaba a sospechar que, en la balanza que pesaba el poder de los dioses, ahora pesaba mucho más el de Ahuramazda que el de todos los Olímpicos juntos.

INTERIOR DEL FUERTE PERSA

—Toma, Perseo. Debes beber otra vez. De lo contrario, te dolerá la cabeza y tus ataques serán todavía peores.

Nabis le tendió la copa de plata a su hermano. Este, fingiendo un estado mental tan obtuso como el de los meses anteriores, se las había arreglado para averiguar en qué situación se encontraba la campaña. Su último recuerdo en ese sentido era del día siguiente a la llegada de los griegos a Platea, cuando la caballería persa había tanteado sus posiciones con una ofensiva general. En

ella, probablemente por dejarse llevar por su entusiasmo, o porque estuviera más borracho aún que resacoso —Nabis no ahorraba comentarios venenosos contra nadie—, Masistio había caído y los griegos se habían apoderado de su cadáver.

—A decir verdad, creo que Bagabigna tampoco se esforzó demasiado por recuperar su cuerpo. Fue el único que no se molestó en cortar las crines de su caballo como señal de duelo por él.

Masistio. Perseo lo recordaba perfectamente. El gigante persa, un tipo tan alto y, en buena medida, tan brutal como el mismísimo Gerión. Sin embargo, no tenía ese cuello de toro, por lo que le había resultado más fácil dejarlo inconsciente cortándole la circulación a la cabeza.

También recordaba la batalla por su cadáver. En ella había participado personalmente y había estado a punto de atravesar con la lanza a Escaleno, sin reconocerlo.

Un escalofrío le recorrió la espalda. De haber matado a Escaleno, jamás se lo habría perdonado. Su compañero de *agogé* había acabado siendo como un hermano para él.

¿Un hermano? Considerando al que tenía ahora delante de él, a ese gusano mentiroso y cobarde, Escaleno era mucho más que un hermano.

Pero ya había terminado la hora de los fingimientos. Perseo tenía la información que necesitaba y había llegado el momento de actuar.

—¿Por qué no bebes, Perseo? —preguntó Nabis, con voz untuosa.

Perseo se acercó al velador, dejó la copa de plata y tomó en su lugar la jarra que su hermano usaba para orinar delante de él aprovechando que luego lo olvidaba. Después, se dio la vuelta, se acercó a Nabis y, sin previo aviso, le propinó un manotazo, haciendo que soltara su propia copa, la que únicamente contenía vino. El líquido se desparramó sobre el tapiz, dejando una mancha que a la débil luz de las lámparas se le antojó negra como la sangre de un sacrificio infernal.

—¿Qué dem…?

La frase quedó ahogada en la garganta de Nabis por los dedos de Perseo. Nabis le agarró la muñeca con ambas manos y trató de zafarse; en vano, pues la diferencia de fuerza entre los dos no había hecho sino aumentar con la edad. Presa de una ira fría, Perseo usó una combinación de brazo derecho y

pierna izquierda para derribar a Nabis, con tanta facilidad que ni siquiera derramó una gota del líquido de la jarra que sostenía en la otra mano.

Cuando Nabis cayó de espaldas, Perseo le soltó el cuello y usó la mano libre para abrirle los brazos, extendérselos en el suelo y ponerle las rodillas encima, tal como hacía cuando ambos eran niños y él lo inmovilizaba y lo obligaba a comer hierba o polvo.

«Quizá era de todo eso de lo que se estaba vengando», se dijo, pero fue un pensamiento pasajero que no mitigó un ápice de su furia.

—Bébetelo tú, Nabis. Al fin y al cabo, ha salido de tu cuerpo.

Su hermano sacudió el rostro a ambos lados, tratando de esquivar el pico de la jarra. Perseo le plantó la mano derecha sobre la cara para aplastársela contra el suelo y le apretó la nariz. Cuando Nabis no tuvo más remedio que abrir la boca para respirar, Perseo prácticamente le volcó encima la jarra. Su hermano tragó, borboteó y tosió. Perseo le dejó respirar unos segundos y después le obligó a beber más.

—¿Qué tal saben tus propios meados, hermano? ¿Demasiado agrios? A lo mejor es porque salen de tu corazón amargado, no de tu vejiga.

A la segunda vez que Nabis tragó la mezcla de vino y orina, empezó a sentir arcadas. Perseo le dejó que girara la cabeza y que vomitara parte del líquido. Su hermano empezó a sufrir una especie de convulsiones y Perseo temió que le diera un ataque epiléptico o algo similar. Pero no eran más que los hipos previos a un llanto lastimero.

De pronto, Perseo recordó aquel día en que Nabis corrió llorando en busca de su madre porque no quería ir a la *agogé* y la venganza de hacerle beber su orina dejó de parecerle satisfactoria. Tiró la jarra contra un extremo de la tienda y agarró las mejillas de Nabis para forzarlo a que lo mirase de frente.

—No sé qué te he hecho para que me aborrezcas, hermano. Sí, sé que me lo has dicho, que me envidiabas por ser más alto y fuerte. Pero ese no es motivo. Yo te envidiaba a ti porque fuiste al campamento con los demás niños y a mí me dejaste solo en el palacio, pero nunca te odié por eso. ¡Nunca te odié!

—¡Yo nunca quise ir!

Perseo se levantó y tiró de la mano de Nabis para alzarlo del suelo. Qué sencillo, pensó, sería volver a agarrarlo del cuello y aplastarle la nuez. ¿Qué

perdería nadie? ¿Quién iba a echar de menos a Nabis? No su padre, que tenía el corazón incluso más seco y ajado que él. Pero al menos Damarato era incapaz de albergar emociones realmente intensas, mientras que Nabis había demostrado que el odio y el rencor que podía esconder su alma no conocían límites.

—¡Yo tenía que haber sido el rey, no tú! —gimoteó Nabis, entre lágrimas y mocos. Asqueado, Perseo levantó la mano, tiró de un visillo colgado del techo que a veces se usaba para crear otra división en la tienda y rasgó la tela para que su hermano se limpiara la cara.

—Yo no quería ser rey. Yo quería ser un guerrero y mandar soldados en la batalla. Ninguno de los dos conseguimos lo que queríamos al final.

—Oh, pero tú sí. Tú eres el gran Perseo, el guerrero invencible.

¿Lo era?

No del todo. Existía alguien mejor que él y eso le había torturado durante años. Esa era la razón principal de que hubiera ido a las Termópilas. No tanto por Esparta, ni por Leónidas, aunque siempre había sentido cierta lealtad hacia el Agíada.

Era porque sabía que él estaba allí. Bagabigna, el Asesino Blanco.

Pero ahora las cosas habían cambiado. Su revancha personal podía aguardar. Sobre la ciudad en la que había nacido pendía la amenaza de la aniquilación. Aunque se había jurado a sí mismo no regresar jamás a Esparta, quería que siguiera existiendo tal como era y como estaba, bañada por el Eurotas y protegida por la muralla del Taigeto.

Sobre todo, quería que Esparta siguiera existiendo como hogar para Gorgo y para aquel hijo que nunca debía enterarse de que era fruto de un amor incestuoso.

En cualquier caso, antes de actuar debía encargarse de Nabis.

—¿Qué vas a hacer, hermano? —preguntó Nabis, reculando un paso al ver la determinación en sus ojos.

Antes de que pudiera escapar, Perseo dio un par de zancadas rápidas, lo agarró de la túnica, tiró de él y le hizo darse la vuelta. Después le rodeó el cuello con la misma maniobra que había utilizado para dejar fuera de combate a rivales tan formidables como Gerión o Masistio y apretó.

Nabis se debatió en vano, pataleando en el aire. De nuevo, Perseo pensó

en lo fácil que sería continuar apretando incluso después de que su hermano perdiera el conocimiento y dejar su cadáver tendido sobre la alfombra, encima de sus propios vómitos y fluidos mezclados con el vino. Así no dejaría ningún testigo detrás. ¿Qué importaba un cadáver más en su larga cuenta?

No. No se trataba de un cadáver más. Aunque hubieran nacido de distinta semilla paterna, los dos habían compartido el mismo útero. Perseo no tenía ninguna intención de encontrarse en sus sueños con las monstruosas Erinias, acusándolo de haber derramado la sangre de su sangre.

—No te voy a matar, *hermano* —masculló Perseo al oído de Nabis—. El peor castigo para alguien con el corazón tan negro como tú es dejar que siga vivo, reconcomiéndose en su propia ponzoña.

Nabis ya había dejado de debatirse, por lo que Perseo no pudo saber si había escuchado sus últimas palabras o no. Cuando juzgó que ya había perdido la consciencia, lo dejó caer al suelo. Arrodillándose junto a él, comprobó que todavía respiraba. Después arrancó más cortinas de la tienda, las hizo jirones y utilizó estos para amordazar y atar a su hermano, doblándole el cuerpo y uniendo las ligaduras de los tobillos por detrás de la espalda. Por último, levantó su cuerpo del suelo como si fuera un cordero listo para el sacrificio, lo metió dentro del baúl más grande que había en la tienda y cerró la tapa sobre él.

Su mente, que había estado tantos meses abotargada y espesa, de pronto parecía funcionar a una velocidad asombrosa. Si todos los mandos importantes se encontraban reunidos en la atalaya con Mardonio, eso significaba que Bagabigna no estaba en su tienda.

Había cosas en ella que quería recuperar. Tendría que burlar la vigilancia, pero para eso se había entrenado en el sigilo espartano durante la *phouaxir* y luego como asesino al servicio del estado en la Criptía.

Y después, había otro viejo amigo al que quería ver.

Su memoria, que parecía haberse convertido en un estanque de aguas cristalinas, le trajo a la mente las últimas palabras que le había dirigido su abuela: «Los dioses nos reparten a todos bienes y males, a unos más que a otros. Pero el que sufre los golpes más duros puede acabar sus días con tal brillo que todos lo consideren feliz al resumir su vida. Tú, que ya no vas a ser rey, tienes ahora la ocasión de convertirte no solo en un espartano de verdad, sino en el mejor de los espartanos».

## Atalaya del fuerte persa

Terminado aquel consejo de guerra, los comandantes y oficiales partieron para cumplir sus órdenes, por orden ascendente y despidiéndose de Mardonio tal como requería el protocolo. Finalmente, tan solo quedaron en la atalaya el propio general, Artemisia, a la que Mardonio había pedido que no se marchara, y algunos secretarios y emisarios, más Akbar, el fenicio que manejaba para él la dioptra de Temístocles.

—¿Y bien, mi leal Artemisia? —preguntó Mardonio, acercándose a ella.

«Leal», se repitió ella, y el corazón dejó de latirle por unos segundos. ¿Estaba siendo sarcástico? ¿Había descubierto sus tejemanejes y se disponía a castigarla?

—¿Sí, noble Mardonio?

—Hace un año, después de un consejo de guerra similar a este mantuvimos una breve conversación. ¿La recuerdas?

Ella asintió.

—Me preguntaste por qué me había opuesto a que la flota de nuestro Gran Rey entrara en el estrecho de Salamina y ofreciera batalla a los griegos.

—Y tú me dijiste que tenías un mal presentimiento. Que no te fiabas de Temístocles. Y al final se demostró que llevabas razón.

Artemisia agachó la barbilla. Llevar razón ante alguien tan poderoso como Mardonio, aunque existiese entre ambos cierta amistad —ciertamente asimétrica—, podía resultar contraproducente, por lo que prefirió no insistir.

—¿Ahora no tienes ningún presentimiento?

«Que los griegos están a punto de sufrir un desastre, como era de esperar», pensó Artemisia. Aquella retirada nocturna solo podía conducir a un caos en que los diversos batallones griegos serían una presa fácil.

Tragó saliva.

—Más que un presentimiento, tengo una duda, Mardonio.

—Exprésala.

—¿Por qué quieres arriesgarte a vencer a los griegos en una batalla decisiva? El modo de hacer la guerra de los griegos se basa precisamente en eso, en librar batallas decisivas. Es… nuestro carácter.

—Lo sé.

—¿No sería más sencillo desgastar a tus enemigos hasta que peleen entre ellos, se separen por ciudades y muchos de ellos se pasen a tu bando? Si esperas un poco, atenienses y espartanos se quedarán solos.

«O tendrán una ocasión mejor», añadió para sí.

—Te reconoceré una cosa, mujer —dijo Mardonio—. Quiero vencer a los griegos en una batalla decisiva, porque sé que puedo hacerlo.

—Eso creyó…

Al darse cuenta de lo que iba a decir, Artemisia se mordió la lengua.

—Di lo que piensas, Artemisia. Por eso le pedí a Jerjes que te enviara conmigo, porque eres sensata y sincera. Dos virtudes que rara vez coinciden.

—Quería decir que eso mismo creyó Datis.

Mardonio rio con ganas y la rígida punta de su barba se agitó al ritmo de sus carcajadas.

—Mi querida Artemisia, no es Datis quien manda este ejército, sino Mardonio. De todos los generales que los griegos puedan mandar contra mí, solo me preocupa uno. Y ya ni siquiera es general.

—Temístocles…

—Por eso te preguntaba si tienes un presentimiento.

Mardonio volvió a apoyar las manos en la balaustrada y miró hacia el sur, donde la luna brillaba sobre los perfiles del Citerón.

—No —respondió Artemisia con sinceridad—. Esta vez no lo tengo.

—¿Sabes que Temístocles está en el campamento griego?

Artemisia no tenía constancia de ello, pero lo sospechaba.

—Es lógico —respondió—. Los atenienses han traído casi todo su ejército de ciudadanos. Pero, como acabas de decir, Temístocles ya no es general. Dudo que el hombre que manda las tropas de Atenas haga caso de sus consejos. Arístides y él son viejos enemigos.

—Quizá te extrañe saberlo, pero Temístocles no está en el campamento ateniense, sino en el espartano, susurrando sus consejos todo el tiempo en los oídos de Pausanias.

—¿Y un espartano hace caso de lo que le dice un ateniense?

—Así es. Puede que ese Pausanias sea un indeciso, o un inepto, o incluso un cobarde. Pero tiene a su lado al hombre al que más temo.

Mardonio jugueteó un rato con su barba. Después chasqueó los dedos, y el hombre de la dioptra dejó de apuntarla hacia el sur y corrió a recibir sus órdenes.

—Akbar, toma un caballo, una escolta y a diez correos. Quiero que te acerques al río y lo recorras corriente arriba y corriente abajo, apuntando tu tubo mágico al campamento de los griegos. Envíame a los correos constantemente, informándome con detalle de todo lo que veas. No te dejes engañar por los fuegos, y busca movimiento de tropas por todas partes, hasta por la quebrada o el breñal que te parezcan más inaccesibles.

Mardonio había impartido sus instrucciones en arameo, la lengua franca del Imperio aqueménida. Como no era su idioma nativo, lo hablaba despacio y con las inflexiones abiertas de las vocales persas, lo que permitió que Artemisia lo entendiera perfectamente. Cuando Akbar se marchó escaleras abajo, Mardonio se acercó de nuevo a Artemisia.

—Estoy convencido de que en esta maniobra hay una comadreja encerrada, aguardando para mordernos —dijo, agarrando a Artemisia por el codo con toda confianza—. Pero voy a hacer que salga de la madriguera y le voy a aplastar la cabeza. El engaño de Salamina no se va a repetir, ¿y sabes por qué, Artemisia?

Ella negó con la cabeza. Los dedos de Mardonio le apretaron el brazo con tanta fuerza que le hicieron daño, pero no se quejó.

—Sé que no se lo dirás a nadie. Pero en Salamina estaba al mando Jerjes, hijo de Darío, el Aqueménida. En su grandiosidad, al Gran Rey se le puede engañar, porque su espíritu sobrevuela a los mortales desde tal altura que no alcanza a ver sus miserias ni sus mentiras.

»Pero aquí en Platea está al mando Mardonio, hijo de Gobrias. A mí no se me engaña tan fácilmente. Te garantizo, Artemisia, que mañana, cuando subamos a esta misma atalaya y veamos el disco de la luna con un bocado menos, esta guerra habrá terminado.

### Interior del fuerte persa

Mientras bajaban por la escalera de la atalaya, Tórax de Larisa, comandante

supremo de la Federación Tesalia, agarró por el brazo a Menón para decirle:

—Tú y tus hombres formaréis en el ala izquierda, por detrás de los focenses. Como *hegemón*, a mí me corresponde el ala derecha, junto a la infantería tebana.

—No te lo pensaba discutir, Tórax.

—Mejor. Prefiero que durante la batalla tú y yo estemos lo más lejos posible. Procura que tus hombres no se caigan del caballo. ¡No nos dejes en ridículo a todos los tesalios!

Sin más, Tórax se apartó de él. Cuando llegaron al pie de la atalaya, Menón dejó que su superior montara a caballo antes que él y sus hombres se dirigieran hacia la puerta norte de la fortaleza. Su primo y lugarteniente Demetrio, un joven que parecía mayor de lo que era por lo curtido de su piel y lo enjuto de sus rasgos, le preguntó:

—¿Qué te ha dicho? Parece como si te hubiera hecho tragar un pellejo entero de aceite de ricino.

—No es tanto qué ha dicho sino cómo lo ha dicho. Ya sabía que se reservaría el ala derecha para él. Así tendrá a su lado a la infantería tebana, que es mucho más fiable que la focense, y tal vez ni tenga que entrar en combate. A nosotros, en cambio, nos va a tocar combatir contra el flanco derecho ateniense, donde ponen a sus mejores hombres.

—A mejor enemigo, mayor el honor de la victoria —sentenció su primo.

—¿Tú crees? —respondió Menón, poniendo las manos sobre el lomo de su caballo para encaramarse a él.

Demetrio se encogió de hombros.

—No me queda más remedio que verlo así.

Menón maniobró para acercar su caballo al de Demetrio, hasta que las pantorrillas de ambos se tocaron.

—Escucha —le dijo, casi en susurros—, no tengo ninguna intención de sacrificar las vidas de mis hombres para que luego ese bastardo pomposo de Tórax se lleve todo el mérito. Vamos a combatir por el bárbaro porque no nos queda más remedio. Al débil le toca obedecer al fuerte, es ley de vida. Pero no tenemos por qué poner todo nuestro empeño en la batalla, ¿me explico?

—Con claridad meridiana, primo.

—Si los atenienses rompen líneas, arrojan los escudos y huyen, les daremos caza. Pero mientras no ocurra eso, rehuiremos el choque con ellos. Si está en mi mano, pretendo llevarme a mis ochocientos jinetes vivos de vuelta a Farsalia. A todos ellos.

—Una loable intención —asintió Demetrio.

Considerando que Tórax ya se habría adelantado lo suficiente como para no tener que respirar la polvareda levantada por sus jinetes, Menón taloneó los flancos de su caballo y se dirigió hacia la salida del fuerte, seguido por sus hombres. Su campamento se hallaba a unos tres kilómetros, frente a la posición que ocupaban los atenienses desde hacía días. No le hacía una particular ilusión combatir contra ellos. Había visitado Atenas en dos ocasiones, y le habían gustado tanto su Acrópolis como el carácter abierto y a ratos fanfarrón de sus habitantes. ¿Por qué demonios debía matar a hombres que hablaban casi igual que él, que adoraban a los mismos dioses y que participaban también en los Juegos Olímpicos?

Estaban atravesando el campamento, en lugar de salir por la puerta sur, que habría sido la ruta más rápida. Pero Mardonio les había ordenado que no lo hicieran, pues su movimiento podría haber sido detectado por espías enemigos. Por tal motivo tenían que dar un rodeo hasta salir por la puerta norte, más lejos de las líneas griegas. Trotaban a un ritmo ligero, sin causar demasiado ruido, tal como se les había instruido que debían hacer. Entre las tiendas ya se detectaba movimiento, pues unos hombres empezaban a llamar a otros entre susurros. Al parecer, la disciplina de silencio se estaba respetando a rajatabla.

Hasta que un silbido la rompió. El caballo de Menón reaccionó refrenando el paso, como hicieron los demás animales de la pequeña comitiva. Aquel silbido era una de las diversas señales acústicas con que los jinetes tesalios entrenaban a sus monturas.

A la derecha de Menón, una figura salió de entre las tiendas. Era un hombre alto y de hombros anchos, vestido con un uniforme persa. Su forma de moverse le resultaba familiar.

—¡Aguarda, Menón!

Al reconocer la voz, el tesalio bajó del caballo de un salto y corrió a abrazar a su viejo amigo.

—¡Perseo! ¡Ahora sí eres tú!

Al palmear la espalda de Perseo, Menón notó un sonido metálico. El espartano llevaba un caftán azul, pero la prenda no le acababa de cerrar bien en el pecho, lo que revelaba el brillo de una coraza de bronce con filigranas de oro y plata. También llevaba una espada al cinto y un rollo de tela roja.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Menón—. ¿A ti también te han ordenado ir a la batalla?

—Voy a la batalla, sí. Pero no porque nadie me lo haya ordenado.

—¿Qué quieres decir?

Perseo desplegó parte del rollo, para mostrarle un bordado que representaba a un héroe con un yelmo circular sobre la cabeza; en realidad, era un fragmento del huevo del que había nacido, como hijo de Leda y de Zeus metamorfoseado en cisne.

—Creo que es hora de que el estandarte de Cástor vuelva a la guerra.

Menón reconoció aquel estandarte. Lo había visto año y medio antes, cuando el rey Leónidas viajó a Tesalia para comprobar si los pasos entre el monte Olimpo y el mar eran defendibles.

—¿Sigues pensando que la libertad es la mejor causa por la que se puede pelear, amigo? —preguntó Perseo.

Menón sintió que un calor inesperado le encendía las entrañas. Sonriendo con sus dientes de conejo, palmeó de nuevo la espalda de Perseo.

—¡Así es como habla mi hermano de armas, Perseo el espartano!

Volviéndose hacia Demetrio, que también había desmontado, le pidió:

—Tú que eres ligero, monta con otro y deja tu caballo a Perseo. Luego ya le buscaremos otra montura.

Demetrio asintió, sin protestar, y le cedió las riendas a Perseo. Este, a pesar de la carga de la armadura, trepó con facilidad al caballo.

Una vez que los dos estuvieron montados, Menón extendió la mano y se la estrechó a Perseo.

—Es hora de que Perseo el espartano y Menón el tesalio vuelvan a cabalgar juntos —dijo.

—Por la libertad —respondió Perseo.

—Así sea. ¡Por la libertad!

# 7

## Campamento espartano, cresta del Asopo

Escaleno apenas pudo dormir después de la reunión secreta con Pausanias. Había bebido vino, tal vez en demasía, y a las dos o tres horas se había tenido que levantar para alejarse unos pasos de donde dormía y vaciar la vejiga. Al menos, esa necesidad fisiológica no contribuía tanto a apestar el campamento, porque el suelo sediento de finales de verano absorbía cualquier líquido y, con ello, el olor. O eso quería creer él. El hedor que despedía aquella multitud era espantoso. No sabía qué era peor, si la peste del sudor fermentado de tantos días sin poderse lavar, o la de los excrementos de humanos y animales malamente enterrados.

«Si seguimos aquí un par de días más, no hará falta que nos maten las flechas persas, lo hará la disentería», pensó mientras orinaba.

Después intentó dormir de nuevo, pero le resultaba imposible conciliar el sueño. Le dolía la cabeza, en un inicio de resaca. Pensando que la única solución para evitarla era beber más vino, se acercó a su sirviente personal, Mircino, le dio la vuelta sobre el suelo y cogió el odre de vino que tenía protegido bajo el cuerpo. Como solía decir él, en Esparta todos los ciudadanos eran Iguales, pero la ventaja de poseer riquezas era que permitía a algunos ser más Iguales que otros, y para Escaleno eso se traducía en que nunca le faltaba suministro de vino.

Con el odre en la mano, se dirigió hacia uno de los fuegos. Allí vigilaban tres jóvenes, por su aspecto recién salidos de la *agogé*. Estaban hablando entre ellos, nerviosos por lo que les aguardaba cuando se hiciera de día.

Al ver que se acercaba, lo saludaron, pues todo el mundo conocía a Escaleno, el éforo cojo.

—¿Quieres calentarte con nosotros?

La pregunta era irónica, pues la noche era más que cálida. Los tres

jóvenes se mantenían a barlovento para alejarse lo más posible del calor de las llamas, y alimentaban estas lo justo para que no se les pudiera echar en cara que habían apagado la hoguera.

Escaleno les pasó el odre para que dieran un trago y siguió su paseo. A su alrededor, se oía un concierto de gruñidos. Los soldados dormían tendidos sobre sus mantos, casi ninguno envuelto en ellos. Al lado de cada uno se veían en el suelo su coraza, su yelmo y su escudo, y no muy lejos dormía el sirviente de cada soldado. En cuanto se diese la señal, con la ayuda del ilota, un espartano podía estar de pie y con la panoplia puesta en poco más de un par de minutos.

Otra cosa bien distinta era hacerlo solo. Bien lo sabía él, que había sufrido tanto para armarse cada mañana durante la *agogé*. En una ocasión Perseo, por ayudarle a él a ponerse la coraza, había llegado el último a formación y lo había pagado con una tanda de azotes.

Pensando en Perseo, recordó la asombrosa imagen de la batalla del primer día, cuando su antiguo camarada había estado a punto de atravesarlo con la lanza, montado sobre un caballo que lo hacía parecer todavía más alto e imponente, y con una armadura que, por lo que brillaba, bien podría haber sido de plata.

Diez días antes, cuando Escaleno le contó a Pausanias que Perseo estaba vivo, pero que por alguna razón desconocida combatía ahora con los persas, el regente había demostrado un interés relativo.

—Un solo hombre no puede cambiar la guerra.

—En eso te equivocas, regente —le había dicho Tisámeno.

Después de aquella conversación, el adivino había llevado en un aparte a Escaleno. Tras hacerle repetir los detalles sobre su fugaz encuentro con Perseo, había asentido sin más y se había alejado.

De lo siguiente de lo que se enteró Escaleno fue de que Tisámeno se había ausentado unos días del campamento, sin encomendarse a nadie como en él era habitual, y además se había llevado consigo a Tresas. Este, al menos, había hablado con Escaleno antes de marcharse.

—Es por algo relacionado con Perseo —le había dicho.

Habían regresado varios días después y Tisámeno no le había dado explicaciones a nadie. Escaleno no había tenido tiempo de hablar

tranquilamente con Tresas y pensó que ahora era una ocasión tan buena como otra cualquiera.

No tuvo que molestarse en despertar a su antiguo compañero de pelotón, pues Tresas estaba revolviéndose en el suelo sobre la manta, tan inquieto como lo estaba él un rato antes. Cuando Escaleno se sentó a su lado y le tocó el hombro, Tresas se incorporó al momento.

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada. Toma un poco de vino. Solo quiero charlar un rato.

—¿De qué?

—Cuéntame ese viaje tan interesante que has hecho con el loco del pelo blanco.

Tresas le explicó con todo detalle lo que había vivido durante esos días, incluyendo las tres jornadas de espera en el oráculo de Trofonio.

—En la última noche, Perseo entró en una abertura en el suelo, una especie de pozo. Yo no lo vi, porque no me permitieron pasar de la verja de bronce que lo rodeaba. Allí estuvo mucho tiempo, casi un turno de guardia entero.

Tresas siguió explicando. Perseo había salido del pozo en parte por su propio pie y en parte apoyándose en los hombros de dos bellos muchachos, los Hermas, que a duras penas podían con su peso. No hablaba y tenía la vista perdida: era como si el ataque de amnesia que sufría periódicamente y que lo dejaba en blanco se hubiera prolongado, como si solo su cuerpo siguiera en el mundo mientras que su alma había sido transportada a algún otro reino distante.

Entre los sacerdotes y los dos muchachos lo llevaron a un lugar cercano al oráculo, donde había una especie de trono tosco tallado en una roca natural. Lo sentaron allí y dijeron que aquel era el trono de Mnemósine, la Memoria. Después le preguntaron qué había visto abajo y qué había aprendido, con la intención de anotarlo en tablillas y luego exponerlas en su templo.

Tresas estaba aterrorizado. Incluso él, con su miopía, podía advertir que Perseo tenía el ojo vuelto hacia arriba de tal manera que solo se veía el blanco del globo ocular y que le caía saliva por las comisuras de la boca.

—Los sacerdotes le preguntaron qué había visto allí abajo. Él contestó: «Mi padre, he hablado con mi padre».

—¿Habló con Damarato en el oráculo? —se extrañó Escaleno—. Si está vivo…

—No sé si era con Damarato. Escucha. Después de eso, Perseo empezó a mover la cabeza a los lados y a hablar con una voz muy rara, como si un espíritu lo hubiera poseído, y dijo: «Él es mucho más hombre que tú. Merece la pena ser rey cien veces más que tú».

—¿Qué quería decir?

—No tengo ni idea. Pero lo que sucedió después fue todavía más extraño. Perseo parpadeó un par de veces y por fin su ojo volvió a aparecer, tan azul como siempre. Pero seguía estando en trance, como si no nos viera, y empezó a decir: «No era él. Él me mintió. ¡Me mintió! Él me dijo que yo fui engendrado un día después y que a pesar de eso nací más grande que mi hermano. ¡Pero no soy ninguna abominación!».

»Perseo estaba muy agitado. En ese momento me miró y me agarró del brazo, y casi me lo arranca con esa fuerza que tiene. Ni siquiera estoy seguro de que supiera quién era yo, y empezó a decir: “Cuando él la raptó, ella ya estaba encinta. La semilla no fructificó un día después, sino una luna antes. ¡Él me mintió!”.

»Yo le pregunté quién le había mentido, pero entonces Tisámeno me apartó. Era como si no quisiera que Perseo hablara más. Le puso una mano en la frente, murmuró algún encantamiento, y Perseo cerró el ojo y se quedó dormido al instante.

Escaleno se quedó pensativo unos segundos. Intuía que allí había algo muy importante para Perseo, algo que tenía que ver con su sospechosa huida de Esparta y con la no menos sospechosa muerte del rey Cleómenes. Los secretos de ambas familias reales eran oscuros, muy oscuros. Y, por alguna razón, Tisámeno no quería que salieran a la luz.

—¿Qué pasó después con Perseo? ¿Por qué no lo trajisteis de vuelta a nuestro campamento?

—Tisámeno le había prometido a su padre Damarato que lo traería de regreso del oráculo. Con esa condición nos habían dejado salir del campamento persa.

—¿Y quién obligaba a Tisámeno a cumplir su palabra? Podríais haber traído a Perseo perfectamente.

—Ya sabes cómo es Tisámeno. Cuando le pregunté, me dijo que Perseo debía regresar con su familia, pues así lo habían decretado los dioses.

—Chiflado intrigante —masculló Escaleno. Tenía más temor por las habilidades del adivino que verdadero respeto, pues sospechaba que era tan retorcido que habría sido capaz de engañarse a sí mismo—. ¿Pudiste hablar con Perseo en algún momento?

Tresas meneó la cabeza.

—Era imposible. En el camino de ida, se olvidaba de todo constantemente y había que explicárselo de nuevo. Pero en el regreso estaba en trance, como dormido. Lo montamos en un caballo y se mantenía en pie, pero miraba como si no viera y no abría la boca para hablar.

—¿No se suponía que Tisámeno lo había llevado al oráculo para curarlo? ¿Qué clase de curación era esa?

—Lo ignoro —reconoció Tresas.

—Me pregunto si lo volveremos a ver —dijo Escaleno—. No quisiera encontrármelo otra vez como enemigo. No se me ocurre otro peor que él.

Todo se había retrasado.

—No te pongas tan nervioso, Pausanias —le tranquilizó Temístocles—. Es normal. No estamos tratando con piedrecillas, como cuando nos explicaste tu plan. Son hombres, cada uno con sus temores, sus manías, sus ideas. Miles de ellos.

Los informes llegaban constantemente. El repliegue del centro, con contingentes de más de veinte ciudades distintas, estaba resultando incluso más caótico de lo que Pausanias esperaba. Algunos, como los corintios o los potideos, ya habían llegado a las inmediaciones del templo de Hera, junto a las murallas derruidas de Platea, pero muchos otros seguían de camino.

El problema era que el trayecto que debían seguir los atenienses, el elemento más importante de su plan, se cruzaba con el de los demás. Por eso, los hombres de Arístides tenían que esperar. Pese a que los aliados griegos habían acordado un santo y seña para reconocerse entre ellos, cualquier operación militar de noche podía terminar en desastre si no se actuaba con precaución. Todos conocían la historia de los Argonautas, que habían desembarcado en el país de los doliones por dos veces. La primera fueron recibidos como huéspedes e intercambiaron regalos; la segunda, debido a una

tempestad, ni unos ni otros se reconocieron y los Argonautas masacraron a sus anfitriones del día anterior.

Por fin, bien entrada la tercera guardia, llegó otro mensajero de Arístides con buenas noticias.

—Estamos en posición, señor —anunció el enviado, desmontando del caballo—. Arístides me ha encargado que te diga literalmente: «Los atenienses están bien resguardados de la vista tras la cresta del Asopo, preparados para actuar en cuanto nos lo indiques».

—Muy bien, muchacho —respondió Pausanias—. Vuelve con Arístides y dile que nosotros vamos a empezar a movernos ya.

Pausanias había trepado a una roca que le permitía dominar de un vistazo sus líneas. Desde hacía una hora, todos los hombres habían desayunado y estaban prácticamente listos para marchar. Todavía no se habían terminado de ajustar las armas, por no fatigarse de forma innecesaria con el peso, pero sus ilotas las tenían a punto.

El cielo empezó a agrisarse. Era el momento de empezar la maniobra, con suficiente luz para que los persas la detectaran. Pausanias se volvió hacia su primo Eurianacte, que debía ponerse en marcha el primero.

—Que Cástor y Pólux nos asistan —le dijo, dándole un abrazo y palmeándole el espaldar de la coraza.

—Que Helena nos proteja, primo —respondió Eurianacte—. Pase lo que pase hoy, en verdad te digo que eres un buen general.

Con esto, Eurianacte se marchó hacia el flanco derecho. Pausanias se quedó pensativo. «Un buen general», no «un gran general».

Tampoco podía esperar nada más. Todavía no había demostrado nada. Pero, si su plan salía adelante como él esperaba, quizás les iba a dar una sorpresa a todos.

Desde donde estaba, vio cómo los batallones se ponían en marcha, con buena disciplina pero, por orden expresa suya, organizando cierto alboroto. Quería que los persas supieran lo que estaba ocurriendo. Primero salió el batallón de Mesoa, y lo siguieron los de Amiclas y Cinosura. El de Limnas ya se había puesto en movimiento cuando un mensajero llegó con malas noticias.

—Señor, Amonfareto se niega a mover su batallón.

—¿Cómo? ¿Que ese viejo chiflado se niega a obedecer mis órdenes?

Pausanias se apresuró a acudir al frente del batallón de Pitana, acompañado de su escolta habitual. Comprobó que todos los hoplitas de Pitana estaban armados y en sus puestos, pero clavados en el sitio y mirando al norte.

—¿Por qué no os habéis puesto en marcha ya? —le preguntó Pausanias a Amonfareto, conteniendo su ira a duras penas.

—¿Es que no ves eso? —preguntó Amonfareto, señalando al otro lado del Asopo.

Las primeras luces del día permitían atisbar que delante del fuerte persa se había desplegado una larguísima formación de enemigos, que se perdía de vista por ambos lados. Era la primera vez que veían a las tropas de Mardonio desplegadas de esa manera y en tal número.

—Claro que lo veo. No estoy ciego. ¡Di a tus hombres que se pongan en marcha!

El antiguo paidónomo agitó su báculo en el aire.

—¡No! ¡Me niego a retirarme a la vista de los enemigos! ¿Es que lo que te enseñé cuando eras un crío no te sirvió de nada? ¡Los espartanos jamás nos retiramos! ¡Esto que estamos haciendo es una huida y una deshonra!

Gerión, que había venido con Pausanias, se acercó a él y preguntó en voz lo bastante alta como para que se le oyera:

—¿Quieres que le quiebre el espinazo, Pausanias?

«Ganas tengo», pensó Pausanias, pero hizo un gesto para calmar a Gerión.

Por detrás de Amonfareto formaban casi dos mil soldados entre espartanos y periecos, listos para el combate pero totalmente desconcertados por la discusión entre el regente y el comandante al que tenían que aguantar todos los días; todo el mundo sabía que no había disciplina más dura que la de Pitana, pues Amonfareto trataba a sus hombres como si fueran adolescentes de la *agogé*.

—¡Además, ya es de día! —exclamó Amonfareto—. ¡No comprendes que nos van a perseguir!

—¿Cuál es tu problema? —preguntó Escaleno—. ¿Dices que es deshonra retirarse ante el enemigo, pero por otra parte lo que tienes es miedo de salir ahí abajo a campo abierto porque te pueden perseguir?

—La deshonra es que un tullido como tú lleve ese escudo —respondió Amonfareto.

Aquello hizo perder los estribos a Pausanias, que había visto a Escaleno demostrar mucho más valor en la Estigia del que jamás tendría Amonfareto.

—¡Él honra ese escudo mil veces más que tú, viejo loco!

—¿A quién te atreves a llamar viejo loco, jovenzuelo insolente? ¡Vales todavía menos que tu padre!

Ante los insultos de Amonfareto, Pausanias perdió el control e hizo algo que llevaba mucho tiempo deseando. Como si hubiera cobrado vida, su mano derecha golpeó de revés el rostro de Amonfareto. No fue el golpe más hábil: con la palma de la mano no se habría hecho daño, mientras que el choque de los huesos del dorso contra el pómulo de Amonfareto resultó muy doloroso.

Pero ver cómo los ojos de su antiguo director de *agogé* se desencajaban compensó de sobra el dolor de su mano.

—¿Cómo…? ¿Cómo…? ¿Te atreves…? ¿A mí…? ¿Mis años no…?

Pausanias se acercó a él. De pronto había visto debilidad en los ojos de aquel viejo terrible. Debilidad, en alguien que siempre había abusado de los débiles.

—Escucha —le dijo, tan cerca que su saliva salpicó el rostro de Amonfareto—. Vas a poner tu batallón en marcha ahora mismo o tendré que dar yo la orden en persona. Pero si lo hago, te juro por los perros de Hécate que antes haré que Gerión te arranque los brazos y las piernas y los arroje a ambos lados de ese camino para que todos tus hombres pasen entre tus miembros descuartizados. ¿Crees que alguien lloraría por eso?

Por el color del rostro de Amonfareto, Pausanias pensó que iba a darle una apoplejía. Habría jurado incluso que, ante sus ojos, varias venillas de la nariz le acababan de reventar. Finalmente, el general retrocedió un par de pasos y, señalando a Pausanias con un dedo curvado por la artritis, respondió:

—Cuando volvamos a Esparta, te juro que serás juzgado, y la muerte que sufrió tu tío Cleómenes te parecerá dulce y piadosa en comparación.

—Tú obedece las órdenes y maldíceme todo lo que quieras, viejo carcamal.

Pausanias mismo estaba asombrado de sus palabras. Toda la vida atemorizado ante personas como Amonfareto y de pronto comprendía que

tenía el poder para atemorizarlos a ellos. La sensación a medias lo embriagaba y a medias lo asustaba. ¿Era él quien estaba hablando así?

—Claro que te maldigo —gruñó Amonfareto, con el gesto deformado y la voz tan quebrada por la ira que no era ni capaz de gritar—. Yo te maldigo, Pausanias, hijo de Cleómbroto. ¡Puede que yo no lo vea, pero llegará el día en que se te nieguen el pan y la sal, el agua y la llama, y los espartanos arrastren tu cadáver por las calles!

Pausanias no pudo evitar estremecerse.

—Una terrible maldición —dijo uno de sus guardias, haciendo gestos apotropaicos.

—Si por cada vez que alguien me ha maldecido a mí se hubiera cumplido tan solo la cuarta parte de los males que me han deseado —intervino Escaleno —, ¿qué sería de mí? Venga, regente, deberíamos volver a nuestro puesto.

Pausanias tragó saliva. Escaleno llevaba razón.

Había llegado el momento de la verdad.

### Atalaya del fuerte persa, una hora antes

A Artemisia le sorprendía que Mardonio fuese capaz de dar cabezadas de pie, apoyado en la barandilla de la atalaya. Ella no había sido capaz de pegar ojo. No tenía responsabilidad directa en lo que fuese a ocurrir durante el resto de la noche ni en las primeras horas de la mañana, que era cuando suponía que se iba a desencadenar la gran batalla, pero quería estar allí para enterarse de lo que pasaba y Mardonio no la había despedido en ningún momento.

Entrada la última guardia de la noche, llegaron informantes enviados por el fenicio Akbar, el hombre de la dioptra. Desde el otro lado del río había visto cómo los atenienses se ponían en marcha, abandonando la cresta de Pirgos donde habían permanecido tantos días. Después, los había perdido de vista por culpa del terreno del relieve. Siguiendo las instrucciones de Mardonio, que quería cerciorarse de la dirección exacta que seguían, Akbar había enviado a dos muchachos de diez años, furtivos como garduñas, a cruzar el río para seguirlos.

Uno de esos muchachos venía con los informantes. Era un chico de la zona, y fue la misma Artemisia quien tradujo al persa sus comentarios, ya que hablaba con un acento demasiado cerrado para que Mardonio lo entendiera.

—Los atenienses no se han retirado a Platea —dijo el niño—. Han tomado

el camino a Hisias, pero no han llegado allí.

—¿Estás seguro? —preguntó Mardonio a través de Artemisia.

El niño asintió con vehemencia.

—Yo mismo los he visto, señor. Están todos detrás de la cresta del Asopo, en una cañada que lleva a la fuente Gargafia. Están en silencio y sin luces, como un ejército de fantasmas. Pero he visto cómo brillan sus armas bajo la luz de la luna.

—¿Seguro que están todos?

—¡Sí, señor! Son muchos, miles y miles. Además los he olido. El viento sopla de allí y trae su olor —aseguró el muchacho, tapándose las narices con una mano y señalando con la otra hacia el sur.

Mardonio ordenó a uno de sus secretarios que recompensara al improvisado espía con cinco daricos de oro, lo que hizo que al muchacho se le abrieran tanto los ojos que relucieron incluso en la oscuridad. Después el general se golpeó la palma con el puño y exclamó:

—¡Sabía que había un truco!

—¿Qué crees que pretenden los atenienses? —preguntó Artemisia.

—¿No es obvio? Lanzarse por sorpresa sobre nosotros desde su posición cuando estemos atacando a los espartanos. Pero si estos aguardan la llegada de refuerzos, se van a llevar una sorpresa muy desagradable.

Mardonio impartió órdenes a gran velocidad. En cierto modo, su plan no había cambiado. Los beotarcas Timegénidas y Atagino habían recibido instrucciones de atacar a los atenienses, con quienes Tebas tenía cuentas pendientes desde hacía tiempo. El plan seguía adelante, con la diferencia de que el joven espía lugareño partió con los emisarios de Mardonio para dirigirse al campamento tebano y revelar el paradero exacto de los atenienses.

Casi al mismo tiempo llegó un mensajero de Bagabigna para informar de la situación. Tenía a la caballería desplegada al norte del fuerte, oculta por la propia empalizada para evitar que los posibles espías griegos la detectaran.

—No es eso lo que yo le había ordenado —gruñó Mardonio.

Artemisia pensó que la idea de Bagabigna no era tan mala, puesto que el emplazamiento era más discreto y la caballería podía recorrer la distancia entre esa posición y el Asopo a gran velocidad. Por supuesto, se abstuvo de

llevarle la contraria a Mardonio.

En cuanto a la infantería persa, prosiguió el mensajero, había salido del campamento gradualmente, pero en buen orden, y ya estaba desplegada en las orillas del río, con amplios pasillos entre sus unidades para permitir el paso de la caballería. Los hombres estaban rodilla en tierra o sentados, para ofrecer menos perfil al enemigo, y descansaban en silencio, a la espera de órdenes.

Mardonio asintió, satisfecho, y tras impartir nuevas instrucciones por medio de mensajeros, ordenó a sus asistentes que le ayudaran a ponerse la armadura de lamas.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Artemisia.

—Entrar en combate —respondió el general—. Ahora, despídete de mí.

Como amiga oficial que era de Mardonio, Artemisia se acercó y le besó en los labios. En vez de buscar el simple roce, él apretó ligeramente y se demoró unos segundos más de lo habitual. Artemisia se dio cuenta de que el general persa había entrecerrado los ojos. Fue una sensación rara, aunque no del todo desagradable.

—Tú aguarda aquí, Artemisia. Quiero que seas testigo de todo. Hoy es el día. Hoy es *mi* día.

### Llanura entre el Citerón y el Asopo

—¡Hoy es el día en que acabamos esta guerra! —proclamó Pausanias—. ¡Resistid, espartanos! ¡Aguantad con la paciencia en que se os ha adiestrado desde el primer día en que, con siete años, entrasteis en la *agogé*!

Pausanias estaba pasando por delante de sus tropas, allí donde se juntaban los batallones de Cinosura y Pitana —al final, el viejo loco de Amonfareto había ordenado el repliegue de su batallón—. Le hubiera gustado arengar personalmente a todos los soldados, pero el frente que tenía que cubrir medía más de mil metros y no había tiempo ya para recorrerlo, pues frente a ellos la infantería persa había tomado posiciones y se estaba preparando para disparar.

Pausanias sabía que estaba corriendo un riesgo físico, pese a que por detrás de él marchaban dos de sus guardias cubriéndolo con sus escudos. Pero, como Temístocles y él habían comentado en una conversación, en aquel momento no sentía miedo a la muerte ni al dolor, tan solo a fracasar.

«Mi plan es bueno —se repitió—. Mi plan va a salir bien».

Siguió caminando frente a sus hombres. Bajo los yelmos calados, solo se veían ojos hoscos y decididos, labios apretados y trenzas bien aceitadas y perfumadas cayendo sobre los hombros. Con la misma lambda roja pintada en los escudos y los cabellos perfectamente peinados cayendo sobre los hombros, parecían todos una copia repetida del espartano perfecto, el mejor soldado del mundo.

—¡No vamos a cargar antes de tiempo! —exclamó.

A cierta distancia de él, tanto a izquierda como a derecha, los heraldos transmitían sus palabras, que a su vez alcanzaban a otros heraldos, hasta llegar así a los extremos de la formación.

—¡Hoy no queremos poner en fuga a nuestros enemigos! ¡Hoy queremos que se junten todos allí, delante de nosotros, hasta el último bárbaro persa con sus pantalones y sus alhajas de mujeres!

Su comentario despectivo fue saludado con carcajadas. Pausanias levantó la mano y se hizo el silencio al instante.

«Esto es tener poder», comprendió.

—¡Mantened las filas! ¡Los persas se creen que nos dan miedo con sus flechas, pero llevamos tantos días viéndolas que ya sabemos que son como el pis de un bebé, que no valen para nada!

Más risas.

—¡No os mováis de vuestro puesto hasta que llegue el momento! ¡Cuando los dioses nos manden su señal, atacaremos! ¡Y yo os prometo que será una carga como el mundo jamás haya visto! ¡Por Esparta!

—*Eleléeeeu!!*

Al grito de guerra de los espartanos, contestaron los persas con el suyo propio. Alguien avisó: «¡Flechas!» y Pausanias volvió la mirada hacia el frente enemigo.

Una nube de sombras negras, como una bandada de pájaros que cubriera de horizonte a horizonte, se levantó desde detrás de los escudos persas. Las saetas silbaron en el aire, volando hacia ellos. Pausanias se quedó hipnotizado contemplándolas, pero sus escoltas se pegaron a él y lo protegieron con los escudos.

Durante un par de segundos se oyó un repiqueteo constante de metal contra metal. La mayoría de las flechas, como había ocurrido en andanadas

anteriores, se quedaban en tierra de nadie. Pero una parte de ellas llegaban hasta las filas espartanas y, cuando se hablaba de veinte mil proyectiles disparados a la vez, una parte no dejaba de ser un gran número.

Al oír un gruñido, Pausanias miró a Filotas, su escudero personal, que había levantado su propia *aspís* para cubrirle a él la cabeza.

—¿Te han herido?

—No es nada, señor —respondió el joven. Una flecha le había rozado la pantorrilla, pero Pausanias pudo ver enseguida que se trataba de una herida superficial.

Tampoco era cuestión de correr riesgos innecesarios, pensó Pausanias, y abandonó aquella zona tan expuesta para regresar al pasillo que se abría entre los batallones de Pitana y Cinosura. La línea de guardias que lo cerraba con sus escudos le abrió paso y Pausanias y sus escoltas entraron en aquella zona algo más despejada.

Allí, Tisámeno acababa de sacrificar un cabrito y estaba estudiando con su habitual gesto adusto el charco de sangre que brotaba de la garganta recién degollada.

—¿Qué dicen los dioses? —preguntó Pausanias.

—Que esperemos —respondió el adivino—. Todavía tienen que enviar su señal.

—Ya va llegando el momento de que lo hagan.

Llevaban ya un largo rato en aquella posición, la que Pausanias mismo había hecho marcar previamente con montones de piedras para que cada batallón conociera su emplazamiento exacto. Durante los primeros minutos, lo sucedido había sido una repetición de lo que Pausanias mismo había presenciado en el primer día de combate, cuando la caballería enemiga atacó a los megarenses, el día en que cayó el gigante Masistio.

Empezaron recibiendo la ofensiva de oleadas de jinetes, decenas de columnas que cargaban en paralelo contra las filas espartanas, giraban hacia la derecha para que los jinetes dispararan sus flechas de lado, y a continuación se alejaban. Siguiendo órdenes, los soldados aguantaban, la primera fila arrodillada y las posteriores de pie, cubriéndose con los escudos.

En aquel momento, las bajas todavía eran muy reducidas. Podrían incluso haberse retirado hasta el piedemonte sin grandes problemas, pero la táctica de

Pausanias era hacer creer a Mardonio que los ataques de su caballería los tenían clavados en aquel terreno. Solo así picaría el cebo y enviaría a su infantería.

Tal como estaba esperando Pausanias, poco después empezó a oírse un gran retumbar, como el sonido de una tormenta lejana. La tormenta se fue acercando y aquel estruendo se resolvió poco a poco en sonidos distinguibles: tambores, cornetas, millares de pisadas en el suelo, todo ello acompañado por nubes de polvo aún más espesas que se alzaban por detrás de los jinetes.

Por fin, los escuadrones de caballería se apartaron y, cuando las polvaredas levantadas por sus cascos se asentaron, los espartanos pudieron ver al otro lado una larguísima línea de escudos, altos como puertas y pintados de vivos colores entre los que predominaba el rojo, portados por los *sparabara*.

Aquella línea de los *spara* se detuvo a unos cincuenta metros del frente espartano, lo bastante cerca para distinguir rostros, diseños pintados en los escudos, estandartes. También era una buena distancia para cargar, pero Pausanias estaba esperando a que las filas persas terminaran de cerrarse. El relieve del terreno, que formaba una ligera cuesta, permitía ver cómo por detrás de los escudos venían filas y filas de arqueros vestidos con caftanes rojos y de lanceros ataviados de azul. Incluso los lanceros portaban arcos, esos temibles arcos compuestos de los asiáticos. Lo que suponía que iban a recibir, como ya les había ocurrido a los atenienses en Maratón, cientos de miles de flechas durante los próximos minutos.

Ese había sido el momento elegido por Pausanias para lanzar su breve arenga. Justo a tiempo, pues apenas había regresado a su puesto en el pasillo entre batallones, cuando a una nueva orden de las trompetas, presumiblemente impartida por el propio Mardonio, los *sparabara* levantaron del suelo sus enormes escudos y avanzaron unos metros más.

La siguiente andanada de flechas fue mucho más dañina.

Aun así, los hoplitas mantuvieron la disciplina y nadie se movió de su puesto. Se oyeron algunos gritos de dolor y avisos para que los sirvientes ilotas se colaran entre las filas para recoger a algún que otro herido.

En la retaguardia y en la zona de mando de Pausanias se movía un tráfico constante de mensajeros a caballo y a pie. Uno de estos llegó del flanco izquierdo, donde se hallaban los de Tegea, y con voz jadeante informó a Pausanias:

—¡General! ¡La caballería persa nos está atacando por el ala izquierda! ¿Qué hacemos?

—Resistid. Pronto llegará ayuda —ordenó Pausanias, a lo que Temístocles, que se había reunido con él en aquel punto, asintió aprobador.

Mientras el corredor tegeata regresaba a su puesto, Pausanias hizo una señal a dos jinetes que aguardaban sus instrucciones. Sin necesidad de más información, los dos talonearon a sus monturas y partieron a galope tendido hacia el este.

Era el momento de que los atenienses atacaran por allí, sorprendiendo a los jinetes de Mardonio. Y, en cuanto oyera a los hombres de Arístides cantar el peán, Pausanias, dijera lo que dijera Tisámeno, iba a dar la orden de cargar.

—Los hombres están impacientes por atacar, señor —vino a decirle un hombre al que no conocía; a juzgar por la cresta transversal de su casco, se trataba de un oficial.

—Vuelve a tu puesto y diles que la impaciencia es buena —respondió Pausanias—. Así atacarán con más ganas.

Mientras el oficial se alejaba, Temístocles apretó el brazo de su amigo.

—Lo estás haciendo bien, Pausanias. Pronto, cuando desates a esos perros de la guerra que tienes por soldados, podrás dejar de pensar.

—Eso espero —contestó el regente.

Pasaban los minutos. La infantería persa seguía disparando andanadas, y los ilotas de la retaguardia retirando heridos y algún que otro cadáver. Empezaban a correr murmullos por las filas. ¿A qué estaban esperando para atacar?

—¿Por qué no aparecen los malditos atenienses? —preguntó Pausanias.

Se había subido a lomos de un caballo por tener mejor visión del terreno. Por el norte, la interminable línea de escudos persas seguía inmóvil y de ella se levantaban constantes nubes de flechas. Al este, por donde debían venir los atenienses, no veía más que columnas de polvo, que señalaban los ataques de la caballería persa.

En ese momento llegó uno de los dos mensajeros que había ido a avisar a los atenienses. Venía blanco de polvo y tenía una flecha clavada en el muslo.

—¿Y tu compañero? —preguntó Pausanias.

—¡Muerto, general! La caballería persa nos ha cerrado el paso por allí —informó el mensajero, señalando hacia el camino que venía por la fuente Gargafia—. Yo he podido escapar de milagro.

—¿Y los atenienses?

El mensajero sacudió la cabeza.

—Arístides me ha encargado que te diga que algo extraño ha pasado. Cuando se disponían a venir en tu ayuda, han recibido el ataque de la caballería persa, y después de toda la infantería tebana. Están en apuros y preguntan si les puedes enviar refuerzos.

Pausanias sintió cómo el suelo se abría a sus pies y casi creyó ver las tinieblas del Tártaro reclamándolo.

—¡Imposible! ¿Cómo les vamos a mandar refuerzos si somos nosotros los que los necesitamos?

Temístocles le puso la mano en el hombro y le dijo al oído:

—Cálmate. Si te oyen decir eso, tus hombres pensarán que estás asustado y ellos también se asustarán.

Pausanias se volvió hacia su amigo y le preguntó:

—¿Cómo demonios han averiguado que los atenienses estaban emboscados allí? ¡No podían verlos, estoy seguro!

—El plan que un hombre inteligente puede diseñar, otro hombre inteligente lo puede sospechar. Y Mardonio no es Jerjes.

—¿Qué hacemos ahora?

Para su sorpresa, por primera vez desde que lo conocía, Temístocles respondió:

—No lo sé.

En pocos minutos, la situación empezó a volverse insostenible. La caballería enemiga no solo se dedicaba a hostigar el flanco de los de Tegea con una presión cada vez más intensa, sino que también estaba aprovechando los pasillos que le ofrecía el terreno para colarse por detrás de sus filas y atacar la propia retaguardia espartana.

Los hoplitas de las últimas filas, que solían vivir las batallas con más tranquilidad, tuvieron que girar sobre sus talones para cubrirse con los

escudos y protegerse de las flechas que les disparaban los jinetes persas.

La retaguardia había dejado de ser un lugar seguro. Los asistentes que normalmente aguardaban allí para reponer lanzas rotas, retirar heridos o llevar cantimploras si la batalla se alargaba, no tuvieron más remedio que retirarse hacia la ladera, porque desprovistos de escudos o armaduras, estaban empezando a caer como moscas. De ese modo, la falange espartana había quedado aislada, una larga línea con ocho filas de profundidad.

De momento, los ataques por la retaguardia se extendían solo a las líneas de Tegea y al batallón de Pitana. Amonfareto no tardó en aparecer, con el rostro desencajado.

—¡Nos están acribillando, Pausanias! ¿Era este tu magnífico plan? ¡Si nos rodean, no va a quedar un solo espartano vivo! ¡Da la orden de cargar!

Pausanias estaba bloqueado, sin saber qué decir. Tuvo que ser Escaleno quien acudiera en su ayuda.

—Vuelve a tu puesto, comandante, o haré que se te juzgue por alta traición cuando volvamos a Esparta —advirtió, con el tono más duro que Pausanias le había escuchado utilizar jamás.

—¡A vosotros será a quienes se juzgue! —los amenazó Amonfareto, pero al menos regresó con su batallón.

—Él tiene razón —dijo Pausanias con voz débil—. Tengo que dar la orden de cargar ya.

—No puedes hacerlo ahora —replicó Temístocles—. No con la caballería detrás de nosotros. Si lo haces, partirás las filas de la falange en dos y estará todo perdido.

Desesperado, Pausanias volvió a acercarse al adivino, que acababa de rajarle el cuello a otro cabrito.

—¿Qué dicen los dioses?

—Lo mismo que antes —respondió el adivino, mojando un dedo en el charco de sangre y llevándoselo a la boca—. Mantente a la defensiva hasta que llegue la señal.

—¿Qué señal? —preguntó Pausanias—. Por los perros de Hécate, ¿qué maldita señal?

Un caballo relinchó a su espalda. Pausanias se dio la vuelta sobresaltado.

Era un explorador, cubierto de polvo y sangre.

—¡General! ¡Allí arriba! ¡Mira!

Pausanias siguió la dirección que le marcaba el dedo del emisario. Por ahí se alzaba la cresta del Asopo, donde hasta unas horas antes habían estado acampados.

—Por todos los dioses, no —murmuró Pausanias.

En lo alto de la cresta había aparecido una nueva tropa de caballería.

—Por si teníamos pocos enemigos encima, ahora esto —dijo Escaleno a su lado.

—¡Pero general, no es lo que parece! —aseguró el explorador—. ¡Los he podido ver más de cerca y deben de ser de los nuestros!

—Eso es imposible —replicó Pausanias—. Nosotros no tenemos caballería.

—Pero, general, llevan gallardetes con la lambda de Esparta y también tienen nuestro estandarte. ¡El estandarte de Cástor, general, el que perdimos en las Termópilas!

—Pero es… es… es imposible —tartamudeó Pausanias, con la vista fija en la cresta. Allí seguían congregándose jinetes; decenas, cientos de ellos.

Una mano apretó su hombro a través de la coraza de lino. Era Temístocles.

—Me parece, Pausanias, que los dioses acaban de enviarnos la señal que esperaba Tisámeno.

8

## Cresta del Asopo

—Es la primera vez que contemplo al famoso ejército espartano —dijo Menón.

Perseo, Menón y sus ochocientos jinetes tesalios habían coronado la suave elevación de la cresta del Asopo. A partir de allí la ladera bajaba en una larga pendiente hacia la llanura donde se levantaba la ciudad de Hisias. La diferencia de altitud les permitía apreciar todo el despliegue de la infantería espartana, una línea de más de mil metros de longitud orientada de este a oeste.

—Yo tampoco había visto nunca a los cinco batallones juntos —contestó Perseo. Al contemplar al ejército de su patria en pleno, se le había erizado el vello de los antebrazos.

En realidad, en el frente se apreciaban seis divisiones, no cinco, lo que significaba que había también tropas de alguna ciudad aliada. Los segmentos más alejados eran los batallones espartanos. Desde allí resultaba difícil apreciar separaciones entre unidades, pero Perseo sabía que entre batallón y batallón se abrían pasillos de al menos cinco metros de anchura.

Por la longitud del frente, calculó que había nueve o diez mil hoplitas, o tal vez más, formados en ocho filas. Eso significaba que Esparta había recurrido a una movilización de más de la mitad de los Iguales aptos para el combate, y que había reclutado también soldados periecos; soldados de confianza que se sentían muy honrados por el hecho de que los poderosos espartanos los escogieran para completar sus filas.

En el ala izquierda, la más cercana a ellos, había un sexto batallón cuyo frente se advertía más quebrado; no solo porque estaba recibiendo más ataques que ningún otro, sino porque no era espartano. Conociendo las tradiciones de su ciudad, Perseo comprendió que se trataba de soldados de Tegea. Cuando esta ciudad y Esparta no peleaban entre sí —hecho que

sucedía con cierta frecuencia—, sino que combatían como aliadas, los tegeatas se plantaban siempre a la izquierda de los espartanos.

—Me temo que tus compatriotas se encuentran en una situación complicada —dijo Menón, arrugando el ceño para ver mejor, lo que hizo que asomaran bajo su labio superior sus grandes dientes de conejo.

Frente a las líneas espartanas, los *hazarabam* persas habían formado su propia línea, más alargada que la griega. Había tan poca distancia entre ambos ejércitos que, para un ojo menos experimentado en la guerra que el de Perseo, habrían podido parecer uno solo. Las primeras filas de ambas huestes se hallaban a unos cincuenta metros. Una distancia que solo beneficiaba a los persas, cuyos arqueros estaban disparando desde detrás de la colorida muralla que formaban los grandes escudos de los *sparabara*.

—¿Por qué no atacan tus espartanos? —preguntó Menón—. Están parados ahí como perdices borrachas, dejando que los persas practiquen con ellos el tiro al blanco. ¡Deberían lanzarse a por ellos como hicieron los atenienses en Maratón!

Perseo negó con la cabeza. Su amigo tesalio podía ser experto en tácticas de caballería, pero no parecía comprender las exigencias de la infantería.

En aquel momento, numerosas tropas persas habían logrado flanquear al ejército espartano por su ala izquierda, e incluso habían iniciado una maniobra envolvente por detrás. El contingente de Tegea, situado en ese extremo, era el que se hallaba en una situación más apurada. Su frente recibía disparos desde detrás de los *spara*, mientras que su flanco izquierdo y su retaguardia estaban siendo atacados por arqueros a caballo y a pie. Vistos desde la loma, los tegeatas parecían prácticamente estatuas clavadas en el suelo, mientras que las tropas persas no dejaban de moverse, avanzando y retrocediendo en grupos que se encogían y dilataban a la vista como bandadas de pájaros en vuelo.

Cuervos, pensó Perseo. Carroñeros que trataban de arrancar pedazos de carne de un cuerpo obligado a estar inmóvil.

Los dos batallones espartanos situados a continuación de los tegeatas empezaban a sufrir el mismo acoso a retaguardia. Las chapas de bronce de los escudos de las dos últimas filas parecían rielar bajo el sol; los cambiantes reflejos dorados indicaban que los soldados de esas filas se habían visto obligados a dar media vuelta sobre los talones para protegerse de los enemigos que los atacaban desde el sur.

Por eso el regente no podía ordenar una carga sin más, tal como proponía Menón. Si lo hacía, los soldados de su retaguardia no tendrían más remedio que quedarse atrás, o bien dar la espalda al enemigo y correr detrás de sus compañeros, lo que los dejaría a merced de los arqueros persas que los estaban hostigando.

Cualquiera de las dos alternativas era mala e incluso podía resultar desastrosa.

—La pregunta ahora es: ¿a quién ayudamos? —dijo Menón—. ¿A los atenienses o a los espartanos?

Perseo hizo que su caballo se moviera hacia la derecha. Mientras espartanos y persas peleaban al sureste de la cresta del Asopo, en dirección suroeste se había entablado otra batalla. Apenas un kilómetro y medio separaba los dos combates, pero podrían haberse librado en extremos opuestos del mundo. El relieve impedía que los contendientes de ambas lides vieran lo que ocurría en el otro campo de batalla, y sin duda estaban demasiado ensordecidos por la batahola de su propia lucha como para percibir los gritos que llegaban del otro lado.

Ese segundo enfrentamiento se estaba librando entre los tebanos y otros griegos aliados de Mardonio y, por el otro bando, los hoplitas de Atenas, Mégara y Platea. Así se lo había explicado Menón, que había recibido instrucciones directamente de Mardonio en la atalaya del fuerte. Sus órdenes personales, en este caso de su superior y adversario Tórax, eran apoyar con sus ochocientos jinetes a los tebanos en el ala izquierda.

Menón, que no sentía el menor entusiasmo por la causa persa, tenía la intención de cumplir esas órdenes con tibieza y brindar un apoyo más aparente que real, de modo que fueran los tebanos quienes cargaran con el peso y el desgaste de la operación.

Hasta que apareció Perseo y le recordó la conversación que habían mantenido días antes sobre la libertad de Grecia. En ese momento, Menón había decidido lisa y llanamente desobedecer las órdenes de Mardonio y pasarse al enemigo.

—Las crónicas decidirán si soy un traidor o un héroe —le había dicho a Perseo mientras ordenaba a sus hombres que se rezagaran antes de pasar el río.

Una vez cruzado el Asopo, mientras dejaban que los tebanos se

adelantaran en su marcha contra los atenienses, los jinetes de Menón se habían separado hacia el este para coronar la cresta del Asopo. Ahora, desde aquella posición ventajosa, podían contemplar al mismo tiempo los dos campos de batalla.

—Yo sé a quién debo ayudar —dijo Perseo—. Me debo a mi patria.

—Nosotros nos debemos a la libertad de Grecia —respondió Menón—. ¿Cómo podemos defenderla mejor?

Perseo apretó la rodilla contra el flanco del caballo para que este se moviera a la izquierda y volvió a observar los apuros en que se encontraba la infantería espartana. Probablemente era la mejor del mundo, pero ahora necesitaba un apoyo de caballería más que un campo de trigo necesita la lluvia.

—Batallas entre griegos ha habido muchas y habrá más —razonó Perseo —. Ninguna de ellas ha decidido ni decidirá el futuro de Grecia. Pero esos que están ahí abajo atacando a mis compatriotas son persas.

—Y los manda el mismísimo Barbas de Fuego. Él mismo nos dijo que lo iba a hacer, que esta batalla era suya.

Perseo comprendió que se refería a Mardonio. Había estado en su presencia varias veces durante su amnesia y su barba roja era inconfundible.

—Si no intervenimos cuanto antes —continuó—, los persas acabarán rodeando a los míos. Ni siquiera los espartanos somos capaces de sobrevivir a una maniobra envolvente. Cuando Mardonio nos masacre, podrá dedicar su atención a los atenienses y aniquilarlos también. Primero acabará con nosotros, y luego con ellos. Si queremos evitarlo tenemos que intervenir ya.

Menón asintió.

—Me has convencido. ¡Demetrio!

A la llamada de Menón, su primo y lugarteniente acudió enseguida. Mientras Menón le impartía instrucciones, Perseo siguió observando la batalla. Estaba impaciente por entrar en la liza. Cuando más tardaran en hacerlo, más desesperada e insalvable sería la situación de los espartanos.

Si es que todavía quedaba alguna esperanza. Las tropas que hostigaban a las líneas de Pausanias por la izquierda y por la retaguardia eran mucho más numerosas que las de Menón. Sus ochocientos jinetes iban a tener que enfrentarse contra tres o cuatro mil hombres, entre arqueros a caballo y a pie.

Estérope, su montura, estaba tan nervioso como él, o incluso más. Era el caballo blanco de Baquílides, el jinete al que unos días antes Perseo había descabalgado practicando con una jabalina embolada. Baquílides había tenido la deferencia de traer otro caballo a la batalla para prestarle a Estérope, que era uno de los corceles más grandes del ejército tesalio y podía cargar sin problemas con el peso de Perseo y su armadura.

—Tranquilo, amigo. Tranquilo —susurró Perseo, tirando de la rienda con fuerza.

Probablemente no habría sido capaz de contener al caballo de no ser por Janto, el paje que, de pie a la izquierda de Perseo, sujetaba la brida y a ratos casi se colgaba de ella.

Cada jinete tenía su propio ayudante, que había venido trotando desde el campamento al lado de su señor. Ahora esos sirvientes oficiaban de palafreneros, reteniendo a los caballos para que ninguno se lanzara antes de tiempo y provocara una estampida general. Más tarde, en cuanto Menón mandara cargar, aquellos hombres correrían detrás de la formación para levantar a jinetes y caballos caídos, recoger heridos y apartarlos del campo de batalla o acabar con los soldados enemigos que tuvieran al alcance de sus venablos y cuchillos.

—Eh, Perseo —dijo Menón, acercándose de nuevo a él—. ¿Crees que podrás cabalgar con nosotros sin caerte del caballo?

Perseo sonrió.

—Puedes apostar por ello.

—Entonces, vamos allá. ¡Nos veremos saqueando la tienda de Mardonio!

—¡O en el infierno! —respondió Perseo, levantando la jabalina que empuñaba en la diestra para entrechocarla con la de Menón. Cada uno de ellos tenía en la mano izquierda, además, una lanza que aferraban al mismo tiempo que las riendas. Manejar estas de tal guisa no resultaba fácil, por lo que tenían que recurrir sobre todo a las rodillas, los talones y la voz para dirigir a los caballos.

Menón se giró en el sitio para arengar a sus hombres. Obedeciendo a su jinete, su montura, un espléndido corcel negro, se encabritó durante unos segundos. Mientras el caballo relinchaba y manoteaba en el aire, el tetrarca gritó:

—¡Tesalios! ¡Hijos de Aquiles y Peleo! ¡¡*Héllas eléutheros*[1]!!

—*Héllas eléutheros!!*

La trompeta del primer escuadrón dio la orden de avanzar y las de todas las demás unidades respondieron al unísono. Los pajes soltaron por fin las bridas de los caballos. El palafrenero de Perseo se quedó en el sitio, quieto y con los brazos pegados a los costados, confiando, como los demás, en que los jinetes y sus monturas pasarían rodeándolo por los lados sin arrollarlo.

Perseo solo aflojó un poco las riendas, de modo que Estérope empezó a trotar por la pendiente con precaución, retenido por la presión del bocado.

—¡Tranquilo! —le dijo Menón—. La cuesta no es demasiado empinada para nuestros caballos. Confía en tu montura.

Perseo miraba de reojo a Menón para no adelantarse ni rezagarse. Los dos formaban la punta del rombo del primer escuadrón, que a su vez era la vanguardia de los ochocientos jinetes tesalios.

—¡Estandartes! —ordenó Menón.

Cinco de los jinetes que cabalgaban en el primer escuadrón plantaron los regatones de sus largas picas en las cujas de cuero colgadas al costado izquierdo de sus caballos. Sobre sus cabezas, las insignias que habían improvisado ondearon al viento: cuatro lambdas rojas pintadas sobre túnicas blancas. Perseo había ingeniado aquello para que los espartanos los reconocieran como aliados y no los atacaran creyendo que se trataba de tropas persas de refuerzo.

Pero el estandarte que de verdad importaba era el rojo que representaba a Cástor. Cuando los espartanos lo vieran, comprenderían que el Dióscuro que habían perdido en las Termópilas volvía a la batalla.

—¡Tocad la marcha espartana! —ordenó Menón.

Como precaución añadida a los estandartes, Perseo había enseñado a los músicos las primeras notas del himno de Helena. Los trompetas las hicieron resonar con fuerza, una y otra vez. La melodía era tan pegadiza que, a la tercera repetición, los jinetes tesalios ya la habían aprendido y la estaban entonando a voz en cuello, mientras sus caballos aceleraban el paso.

«Ahora —pensó Perseo, mirándose el antebrazo derecho—. Ahora es cuando se me han puesto los pelos de punta». Una carga de caballería con los mejores jinetes de Grecia, al son del himno de la patrona de su patria.

¿Qué más podía pedir un guerrero?

—¿Querías perderte esta sensación, espartano? —le preguntó Menón, mientras la carga tomaba impulso y se convertía en galope—. ¿No es embriagadora?

—¡Lo es!

No era la primera vez que Perseo cabalgaba dentro de una formación de ataque tesalia, pero jamás lo había hecho en una batalla a tal escala. La sensación de poder, de fuerza imparable, era mayor que en una falange. Se mezclaba, además, con una extraña euforia, la impresión de estar a punto de perder el control y, sin embargo, mantenerlo justo en el finísimo filo de una espada. Si una batalla entre hombres resultaba imprevisible e instintiva, lo era mucho más con aquellas enormes bestias que transmitían su calor, sus efluvios y sus aceleradas palpitaciones.

Ya habían sobrepasado la mitad de la cuesta. Al oír el estrépito de los cascos y las trompetas a sus espaldas, muchos de los persas que acosaban el flanco izquierdo de los griegos se dieron la vuelta para comprobar qué ocurría. Durante unos instantes —en ello confiaban Menón y Perseo— se quedarían paralizados y perplejos, sin saber qué hacer, pues hasta el último sirviente del ejército de Mardonio sabía que los griegos no tenían caballería.

Los espartanos captaron la situación antes.

Cuando en las filas espartanas vieron los estandartes y oyeron el himno de su ciudad, de ellas se levantó un clamor unánime. Diez mil lanzas aporrearon otros tantos escudos y diez mil gargantas gritaron a la vez:

—*Eleléeeeuuuu!!!*

«Esa sí que es música para mis oídos», pensó Perseo.

De pronto, todo lo que había ocurrido en su vida desde el aciago día en que se enfrentó a Bagabigna parecía cobrar sentido.

Todo lo había conducido a este día, a este momento.

A esta carga.

Ya estaban muy cerca de los enemigos. Muchos de ellos seguían de espaldas a la amenaza que se les venía encima; o bien no habían mirado atrás, o si lo habían hecho se habían desentendido, pensando que la tropa tesalia venía a reforzarlos en algún cambio de planes de última hora.

El suelo retemblaba bajo los cascos de los caballos. Perseo se había imaginado aquel estrépito como algo aterrador. Pero, ahora que estaba dentro, el ensordecedor estruendo de aquella estampida controlada resultaba embriagador. Durante una travesía a Egipto, el barco que lo transportaba se había visto en medio de una tormenta, entre truenos, relámpagos y montañas de espuma, y él se había agarrado a la proa de la nave cabalgando las olas y gritando de exultación. Ahora experimentaba algo parecido, como si su corcel fuera el águila de Zeus y él se hubiese convertido en heraldo de la tempestad. A través de las piernas notaba la mezcla de miedo y furia de su caballo, y el calor de la espuma que brotaba de su piel.

Ya habían llegado a terreno llano. Los jinetes y arqueros persas se dieron cuenta, por fin, de que algo no marchaba bien: los supuestos aliados venían dispuestos a arrollarlos. Algunos de los soldados de a pie dispararon sus flechas contra los tesalios, pero la mayoría de ellos volvieron la espalda y huyeron despavoridos.

Se trataba de la reacción normal de la infantería ligera ante una carga de caballería: que los que se pueden pagar armas lujosas y se llevan el mérito de la victoria se hagan los héroes.

¿Qué habría hecho Perseo en su lugar? ¿Ser conejo, ciervo o león?

Nunca lo había dudado.

La huida no era una opción.

Su trayectoria lo llevaba derecho hacia un jinete saca, que cargó una flecha y disparó a toda prisa contra él. El proyectil impactó en una de las cabezas de Cerbero repujadas en la coraza de bronce que fuera de Leónidas y rebotó con un retintín metálico.

—Has tenido tu ocasión, bárbaro —masculló Perseo.

Por encima de las cabezas de Perseo y Estérope empezaron a silbar las jabalinas tesalias. Menón, que seguía cabalgando al lado del espartano, arrojó su venablo y lo clavó en los riñones de un arquero que trataba de huir; un tiro excelente, que abatió a su presa a una distancia de más de veinte pasos.

Perseo, no tan avezado a disparar a caballo como los tesalios, aguardó a estar un poco más cerca. Al verlo, el enemigo que le había lanzado la flecha tiró de las riendas para hacer que su caballo volviera grupas y huyera. Perseo calculó la distancia, echó el brazo atrás y, sin más impulso que el que le daban los hombros, disparó. Su venablo voló diez metros y se clavó en el cuello de

su objetivo, atravesándolo de parte a parte. El bárbaro cayó por el lado derecho de su montura y en su caída hizo tropezar y rodar por el polvo a otro caballo con su jinete.

—¡Excelente! —exclamó Menón.

Ya estaban encima de los persas. Pese a la velocidad que llevaban los tesalios, no se produjo un choque frontal. Apenas un puñado de jinetes enemigos se atrevió a plantarles cara, mientras que la mayoría huía, arrollando en la estampida a sus propios arqueros. Los jinetes tesalios, entrenados para el choque cuerpo a cuerpo, se abrieron paso entre los persas como el cuchillo de un adivino diseccionando el hígado de una víctima.

Perseo se pasó la lanza a la mano derecha, la acunó en el codo y la rodeó con el antebrazo, tal como había visto hacer durante la instrucción a los hombres de Menón. Un infante persa al que sus propios compañeros habían derribado se levantó del suelo delante de Perseo y desenvainó su cuchillo, con la intención de destripar a Estérope. Perseo le clavó la lanza en la boca, rompiéndole los dientes y la mandíbula con el golpe, y siguió adelante.

—*Mariya arikaa!!* —exclamó una voz aguda.

El caballero que había lanzado el desafío a Perseo destacaba entre los demás jinetes como una piedra afilada que sobresale de un río y rompe en dos la corriente. Mientras a su alrededor todos huían, él era el único que encaraba al enemigo. Por las franjas púrpura de su caftán, las cadenas de oro que rodeaban su cuello, el blindaje que protegía a su caballo y la larga lanza que empuñaba, Perseo comprendió que se trataba de un alto oficial.

Un tesalio, mejor jinete que Perseo, adelantó a este por la derecha y cargó contra aquel gallardo enemigo. Pero su pericia con las armas era muy inferior a su dominio de la equitación y, tras un breve cruce de hierros, el persa lo abatió de una lanzada en el rostro.

—¡Prueba conmigo, bárbaro! —exclamó Perseo, lanzándose contra el oficial.

Mientras a ambos lados de Perseo pasaba un torrente de jinetes tesalios en persecución de los enemigos que huían, él se quedó a luchar contra el caballero persa. Estérope y el corcel de su adversario toparon pecho contra pecho, y después empezaron a empujarse por el costado izquierdo y a propinarse golpes con el cuello, revolviéndose entre espumarajos y levantando nubes de polvo con los cascos. Mientras, Perseo y el oficial

trataban de alancearse con saña sobre las cabezas de los caballos. Estaban demasiado cerca para manejar bien armas tan largas, pero Perseo no quería soltar la lanza para empuñar la espada; aquel segundo perdido podía resultar letal.

El persa dejó las riendas y agarró la mano izquierda de Perseo. Este sonrió con fiereza. Intentar ganar a fuerza bruta al hombre que había vencido incluso al gigantesco Gerión era un error.

Aquel bárbaro no cometería ninguno más.

Olvidándose de sus propias riendas, Perseo sacudió el brazo con violencia para librarse de los dedos de su enemigo. Después, siempre con la zurda, agarró las cadenas de oro que rodeaban el cuello del oficial y dio un tirón salvaje, al mismo tiempo que se inclinaba sobre su montura y proyectaba el cuerpo adelante para propinar un tremendo cabezazo a su adversario. El casco de colmillos de jabalí golpeó la nariz del persa y la reventó con un crujido de huesos rotos y un borbotón de sangre. Después, Perseo empujó a su contrincante con todas sus fuerzas y lo derribó por la grupa del caballo. Rápidamente volvió a tomar la rienda y, ayudándose de la rodilla, hizo girar a Estérope para dejar al persa a su derecha. Antes de que pudiera levantarse, le hundió la lanza en el cuello y la removió hasta sentir que las vértebras se partían.

Menón, que se había quedado en aquella zona para impartir instrucciones, se acercó a él. Detrás de él venía uno de los portaestandartes, haciendo ondear la lambda roja sobre sus cabezas.

—¡Todavía te convertiremos en un buen jinete! —dijo Menón.

—¡Siempre he sido un buen jinete!

—¡Para ser espartano, tal vez!

En torno a Perseo el panorama se había despejado en parte. El polvo se estaba asentando lo justo para permitirle distinguir lo que pasaba. Los únicos enemigos que quedaban por allí estaban tendidos en el suelo. Algunos se retorcían, malheridos, pero su agonía duraba poco: los auxiliares tesalios acudían corriendo y se apresuraban a rematarlos y a quitarles collares, anillos y pendientes, y también los despojaban de las espadas, los puñales e incluso los temibles arcos compuestos.

Perseo miró hacia el sur. Los escuadrones de Demetrio, el primo de Menón, estaban persiguiendo a los enemigos que habían acosado a la

retaguardia griega, empujándolos hacia el Citerón como pastores que arrean al ganado. Allí los fugitivos persas se topaban con la infantería ligera griega que bajaba corriendo de la ladera para enfrentarse a ellos. La mayoría, dedujo Perseo, debían de ser ilotas, que ahora, gracias a la ayuda de los tesalios, podían acercarse de nuevo a las filas griegas para auxiliar a sus señores.

Después dirigió su mirada al norte. Por allí, la otra mitad de los jinetes de Menón había puesto en fuga a la caballería persa de esa zona. Aunque los jinetes bárbaros eran mucho más numerosos, no estaban acostumbrados a combatir a corta distancia, sino a disparar sus arcos de lejos y retirarse. Y esto último era lo que estaban haciendo ahora para refugiarse dentro de sus propias filas, pero de forma tumultuosa y provocando el caos en el ala derecha de su ejército. La sorpresa y la potencia de choque de los tesalios habían hecho que cundiera el miedo entre ellos. Y cuando Fobos se apodera del corazón de un grupo de guerreros, es una emoción tan contagiosa como la peste y se propaga como un incendio en un trigal.

Por fin, Perseo fijó su atención en la parte este del campo de batalla. Allí, a menos de veinte metros de él, empezaban las filas griegas. Los tegeatas, que habían presenciado el duelo entre ambas caballerías, agitaban sus lanzas en alto y gritaban para aclamar a los tesalios.

Menón envió un mensajero para ordenar a los escuadrones de la parte norte que dejaran de perseguir al enemigo y regresaran a la posición en la que estaban él y Perseo.

—¿Qué vais a hacer ahora, Menón? —preguntó Perseo cuando escuchó aquellas instrucciones.

—Quedarnos aquí para proteger este flanco de más ataques de la caballería persa. Si es que puedo conseguir que mis hombres vuelvan. ¡Cuando huelen sangre, son como perros molosos!

—Yo debo irme, Menón. Mi lugar está ahora con los míos.

Por toda respuesta, Menón se cambió la lanza de brazo para tenderle la mano a Perseo. Este imitó su gesto y se la estrechó con fuerza.

—En verdad tú, y no Tórax, mereces ser el *tagós* de Tesalia —dijo Perseo —. Has salvado el honor de tu país.

Menón sonrió, enseñando sus dientes de conejo. Pero de conejo no tenía nada, pensó Perseo. Había que tener el valor de un león para arriesgarse al mismo tiempo a la ira del Gran Rey y a la venganza de los clanes nobles que

gobernaban Tesalia.

—Corre —le apremió Menón—, no te entretengas más o te perderás el resto de la batalla.

Perseo le pidió la insignia de Cástor al portaestandarte que la llevaba. Después la levantó sobre su cabeza y, despidiéndose de los tesalios con una inclinación de barbilla, volvió grupas y se alejó de ellos.

Perseo quería que los griegos lo vieran allí, en la tierra de nadie entre ambos ejércitos. Pero sabía que las flechas enemigas podían alcanzarlo, así que convenía galopar lo más rápido posible. Soltando las riendas, taloneó al corcel blanco y lo animó:

—¡Vuela, Estérope, vuela!

A su izquierda se alzaba la pared de cuero y mimbre de los escudos persas. Cada pocos segundos una andanada de flechas se elevaba por encima de los *sparas* y oscurecía el cielo como una bandada de pájaros de mal agüero. Tras los escudos se parapetaban las filas de la infantería enemiga, tupidas como las celdas de un panal. Entre sus cabezas se alzaban oficiales a caballo, gritando instrucciones. Uno de ellos, a juzgar por el estandarte de Ahuramazda que lo acompañaba, era el mismo Mardonio. No muy lejos de él se veía a otro oficial montado en un corcel negro que contrastaba con su caftán blanco. Resultaba imposible distinguir sus rasgos desde ahí, pero Perseo supo que se trataba de Bagabigna.

—Que Enialio y Atenea hagan lo posible para que nos encontremos hoy, *amigo* —masculló Perseo.

Una flecha cayó del cielo sobre el flanco de Estérope. Por fortuna o voluntad de algún numen, golpeó de refilón y el petral acolchado la desvió. Perseo volvió a azuzar al caballo y apretó la rodilla para desviarlo a la derecha, lo más cerca posible de las filas griegas sin tropezar con sus lanzas, mientras musitaba una plegaria: «Ártemis Cazadora, tú, divina flechadora, protégeme de los dardos del enemigo. Si he de morir, que sea viendo de cerca los ojos de mi adversario y no abatido de lejos como Aquiles».

La velocidad del galope de Estérope hacía flamear el estandarte de Cástor como si lo agitara un vendaval. A pesar de las flechas, los hoplitas de Tegea se asomaron sobre los escudos para jalear a Perseo a su paso.

Pero el griterío de los tegeatas no fue nada comparado con el clamor que se levantó cuando los dejó atrás y cabalgó delante de Pitana, el primer

batallón espartano. Perseo estiró aún más el brazo para que el estandarte subiera hasta las nubes y, volviendo la vista a la derecha, rugió:

—¡¡¡Espartaaaaaa!!!

Miles de voces respondieron:

—*Eleléeeeuuuu!!!*

Mientras oía las aclamaciones, Perseo recordó lo que le había contado su abuela sobre los gemelos de Argos, Cleobis y Bitón. Por petición de su madre, la diosa Hera les había concedido el don más preciado que se puede otorgar a un hombre: la muerte en el momento culminante de la vida. ¿Era este el suyo, el clímax de su vida?

«Todavía no me llevéis —rogó Perseo—. Aún tengo que cumplir un par de metas antes de morir».

Gracias a su estatura y a la altura extra que le brindaba el caballo, Perseo podía ver a cierta distancia, incluso por encima de los penachos que adornaban las cimeras de los espartanos. Al final de las filas de Pitana se abría un hueco que las separaba del siguiente batallón. Delante de ese pasillo había miembros de la guardia real y, detrás de ellos, las túnicas blancas de Tisámeno y sus ayudantes destacaban como neveros.

Si estaba el sacerdote, pensó Perseo, Pausanias no podía hallarse muy lejos. Perseo no esperaba encontrarlo allí, sino en el lugar de honor del ala derecha. Si el regente había acudido a aquel lugar era porque había comprendido que allí la situación era más apurada.

Al llegar a la altura del pasillo, Perseo tiró de las riendas de Estérope para frenarlo y se detuvo ante las dos filas de guardias reales. Después pasó la pierna izquierda sobre el cuerpo del caballo y desmontó de un salto.

Los guardias se apartaron a un lado para dejarles paso a él y a Estérope. En sus gestos se mezclaban la alegría y la perplejidad.

—¡Heracles! —murmuró uno—. ¡Heracles ha venido a ayudarnos!

—Idiota, es el rey Leónidas, ¿es que no te das cuenta?

—Leónidas era moreno…

Perseo no escuchó cómo terminaba la discusión. Pausanias venía hacia él, sus cabellos rojos como fuego bajo el sol. Pero se le adelantó Escaleno, su viejo amigo de la *agogé*, que corrió cojeando hacia él y lo abrazó con tanta

fuerza que las juntas de la coraza de Perseo rechinaron. Después Escaleno se apartó un poco, le puso la mano en la mejilla y lo miró a la cara.

—¿Sabes quién soy? —preguntó—. ¿Me reconoces?

—¡Por Pólux, cómo has encogido con la edad, Gerión!

Escaleno abrió los ojos en un gesto de estupor. Pero enseguida se dio cuenta de que Perseo le estaba tomando el pelo y le dio una bofetada entre cariñosa y enfadada.

No hubo tiempo para más saludos ni cumplidos, porque Pausanias ya le estaba preguntando:

—Perseo, ¿qué ha ocurrido aquí?

—Caballería tesalia. Se ha pasado a nuestro bando.

Al ver que por detrás del adivino había un nutrido grupo de ilotas, Perseo levantó la mano y reclamó que alguien viniera a hacerse cargo de su caballo.

Frente a él, Pausanias se quedó mirando hacia las alturas un segundo, con la boca abierta.

—¿Qué ocurre? —inquirió Perseo.

Por toda respuesta, Pausanias agarró a Perseo y tiró de él hacia adelante con tanto ímpetu que ambos estuvieron a punto de caer al suelo. Sin comprender qué sucedía, Perseo miró atrás.

Una saeta se había clavado en el suelo a apenas un palmo de donde estaba él segundos antes.

«Estoy tentando demasiado a la suerte con las flechas», pensó. Antes de que los escuderos se llevaran a Estérope a retaguardia, desató el escudo que había sujetado al costado del caballo y lo embrazó. Era el momento de ocupar un puesto con los suyos, en la falange espartana.

—¿Era esta la señal que esperabas? —exclamó Pausanias, dirigiéndose al adivino.

Tisámeno ya se había agachado sobre el tercer cabrito y lo estaba degollando. No debió de hacerlo de la misma forma que las veces anteriores, porque en este caso el infortunado animal se sacudió en el suelo antes de morir y su sangre, en lugar de estancarse bajo su cabeza, formó un reguero por delante, un minúsculo río rojo que corría hacia el norte.

Pausanias no pensaba expresarlo en voz alta, porque conocía bien el temperamento del adivino, pero estaba convencido de que sabía manejar el cuchillo con la habilidad suficiente para que el flujo de sangre de la víctima obedeciera a su voluntad.

—¡Los dioses son favorables! —anunció Tisámeno, enderezándose.

—Loados sean —suspiró Pausanias. Después, volviéndose hacia el templo de Deméter que se alzaba por detrás de las líneas griegas, exclamó—: ¡Oh, Deméter, augusta diosa de hermosa cabellera! ¡No permitas hoy que las esperanzas de mis hombres se frustren! ¡Sonríenos en la batalla!

Terminada su breve plegaria, Pausanias se quitó la guirnalda con que se había adornado la cabeza mientras duraban los sacrificios, tomó el casco que le tendía su escudero Filotas y se lo caló. Tisámeno, sus ayudantes y el resto de los sirvientes retrocedieron sin más tardanza por el pasillo hacia la zona de retaguardia. Temístocles se quedó un momento allí, dubitativo.

—¡Ve con ellos! —le ordenó Pausanias.

—Será la primera vez que veo una batalla desde fuera.

—Grecia gana mucho más con tu mente viva que con tu cuerpo muerto.

Tras una breve vacilación, el ateniense asintió. Ambos se dieron un rápido abrazo, y después Temístocles se marchó con Tisámeno y los demás auxiliares a la retaguardia. Allí ya no correrían tanto peligro, gracias a la providencial llegada de la caballería tesalia. Un milagro que Perseo tendría que explicarle.

«Si salimos vivos», se dijo Pausanias.

Los guardias abrieron paso al regente, que ocupó su puesto por fin en la primera fila.

Al otro lado de la franja que separaba ambos ejércitos se oyó una voz de mando. Miles de arcos restallaron liberando la tensión de sus varas de madera, cuerno y tendones, y una nueva nube de flechas voló hacia ellos. Todos los soldados levantaron los escudos para protegerse, menos Pausanias, que en aquel momento se sentía tocado por los dioses. Al ver al regente desprotegido, Filotas se apresuró a cubrirlo a costa de dejar su propio cuerpo desguarnecido.

Como llevaba ocurriendo desde hacía una hora, la mayor parte de las flechas cayeron en tierra de nadie sin llegar a las filas espartanas. Pero era una

andanada de al menos veinte mil proyectiles, por lo que incluso así muchas repiquetearon sobre los escudos y de nuevo se escucharon voces que gritaban: «¡Herido!».

Dos saetas se habían clavado en el suelo a medio metro de los pies de Pausanias, iguales y paralelas, como si las hubieran disparado los Dióscuros. El regente se adelantó un paso y las arrancó a patadas, pensando que para la próxima andanada se cubriría. No quería que el joven Filotas recibiera un flechazo por protegerlo a él.

—¿Permite nuestra ley que un Agíada y un Euripóntida combatan juntos?

Pausanias se volvió al oír la voz de Perseo. Su cabeza se alzaba medio palmo por encima de la del más alto de los guardias reales. La armadura de bronce con repujados de oro y plata que tan bien conocía, y que ya creía perdida para siempre en alguna cámara del tesoro en Susa o Babilonia, se veía manchada de polvo y salpicaduras de sangre. Todo hacía sospechar que la sangre no era suya.

—Ponte a mi derecha, Perseo. ¿Qué mejor escudo que el tuyo para proteger mi costado?

Mientras Perseo se hacía un hueco con los hombros entre los guardias, uno de estos, que se había hecho cargo de la lanza de Pausanias, se la devolvió. El regente la empuñó, haciéndola girar en la mano para enjugarse el sudor en la tira de piel que rodeaba el astil. Lo último que quería era que alguien viera cómo se le escurría la lanza de entre los dedos.

—¡Flechas! —avisaron varias voces.

Los soldados de las primeras filas volvieron a cubrirse con los escudos. Esta vez Pausanias los imitó. Pese al estorbo del *aspís*, advirtió movimiento con el rabillo del ojo. Cuando terminó aquella nueva andanada, miró hacia la izquierda. Por aquella zona, a unos doscientos metros, una unidad entera cargaba contra el enemigo levantando nubes de polvo bajo sus botas.

—¿Quién ha desobedecido mis órdenes? —preguntó—. ¿Quién se ha atrevido a romper la formación?

—Nuestros hombres no han sido, señor —respondió Filotas—. Son los tegeatas.

Una nueva andanada llegó del frente persa. Los *sparabara* seguían sin moverse, aunque fuera adelantándose tan solo unos metros para mejorar el

alcance y precisión de sus proyectiles. ¿A qué estaba aguardando Mardonio? ¿A reunir a todas sus tropas en el mismo sitio para triplicar en número a los espartanos?

«Nosotros no vamos a esperar más», pensó Pausanias. En cuanto las flechas dejaron de caer, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Abajooooo… lanzas!

A su orden, las primeras filas abatieron sus picas proyectándolas hacia el frente. Los espartanos solían realizar esta maniobra con cierto exceso de fuerza, sacudiendo los antebrazos como si manejaran un látigo. Pero el zumbido de miles de lanzas de fresno hendiendo el aire aterrorizaba al enemigo y, al mismo tiempo, insuflaba coraje al hoplita que formaba en la falange.

—¡¿Qué busca siempre el espartano?! —preguntó Pausanias.

—¡Acortar la distancia con el enemigo! —vociferaron a su lado Perseo y los hombres de su guardia.

Al recitar la letanía guerrera que le había enseñado su tío Leónidas, Pausanias sabía que era imposible que su voz llegase a los extremos de un frente de más de mil escudos. Pero cuando los hombres que lo rodeaban contestaron, el efecto se extendió como las ondas en el agua cuando se arroja una piedra en un estanque. Al final todos los espartanos estaban gritando como un solo hombre.

—¡Mejor que la flecha…! —gritó Pausanias.

—¡La lanza!

—¡Mejor que la lanza…!

—¡La espada!

—¡Y cuando toda arma se haya roto…!

—¡A puño y a pie, a uña y a diente!

—¡Por Esparta! ¡Por Heracles! ¡Por la memoria de vuestro rey Leónidas!

—*Eleléeuuu!!*

Pausanias levantó la lanza sobre su cabeza y dio el primer paso. El más importante, el que habían estado conteniendo hasta entonces. Con la garganta ya quebrada, gritó:

—¡¡Hijos de Esparta!! ¡¡¡Cargaaaaaad!!!

Diez mil pies retemblaron sobre la llanura en un pisotón que levantó ecos hasta las laderas del Citerón. Una vez, y después otra, y otra, y otra más, BLAM, BLAM, BLAM, como en un desfile. Los espartanos solían marchar así hacia sus enemigos, callados, atentos al pausado son de sus flautas. Avanzaban a ese ritmo cadencioso para mantener las líneas rectas, y también para dar tiempo a que los rivales los vieran venir. Hoscos, callados, con las trenzas colgando sobre los hombros, las lambdas en los escudos, las túnicas del color de la sangre asomando bajo las corazas. Los legendarios espartanos, que infundían tanto pavor en el enemigo que a menudo este volvía la espalda y huía cuando aún estaban a cincuenta metros.

Pero hoy no, decidió Pausanias. Hoy no lo iban a hacer así.

—¡Paso ligero! —ordenó, mientras él mismo arrancaba a trotar.

Por un instante, oyó la voz de su tío Cleómenes: «Vas a hacer el ridículo, sobrino. Tú no vales para esto. No tienes suficiente *areté* para que tus hombres te sigan». Imaginó cómo su padre Cleómbroto movía la cabeza asintiendo con rotundidad a las palabras de su hermanastro.

Durante un par de segundos que se le antojaron eternos, se vio él solo, pateando la llanura por delante de sus hombres, patético y débil. Ridículo, como le acababa de decir el espíritu de Cleómenes.

Pero entonces la orden corrió por las filas y los flautistas aceleraron el ritmo de su obsesiva melodía. Pausanias oyó el trepidar del suelo bajo miles de botas, el resuello de miles de alientos, el roce de cuero contra cuero, el resonar de los talabartes contra las corazas y el entrechocar de las espadas contra los brocales de las vainas, y no necesitó mirar a los lados para saber que no estaba solo, y un estremecimiento indescifrable recorrió su espalda.

—¡No creas que me vas a dejar atrás! —jadeó tras él Escaleno. Pausanias miró un momento de reojo. Pese a su cojera, el éforo mantenía el paso, resoplando y mordiéndose los labios para aguantar el dolor de su pierna tullida.

Pausanias pensó que nunca antes un general espartano había dirigido una carga como aquella. Casi doce mil hoplitas, y de ellos cinco mil espartiatas, armas humanas forjadas en la despiadada escuela de la *agogé*, guerreros implacables que despreciaban sus propias vidas incluso más que las de los enemigos.

Y no mandaba la carga Cleómenes. Ni siquiera el gran Leónidas.

La mandaba él, Pausanias, hijo de Cleómbroto.

«Ojalá Gorgo pudiera ver esto».

—¿Qué crees que cantaría sobre esto Homero, Perseo? —preguntó detrás de ellos Escaleno.

Pausanias miró a su derecha. Allí trotaba el príncipe destronado, alto y pálido, la barba rubia y polvorienta cubriendo la mandíbula apretada, y el parche tapando su ojo derecho. Un dios de la guerra salvaje, renacido de entre las sombras del Hades.

—¡El poeta es Pausanias, no yo! —contestó Perseo, sin apartar la vista del frente.

«Un poeta y ahora un guerrero, como Arquíloco», pensó Pausanias. Solo que él no pensaba arrojar el escudo como había hecho el lírico de Paros.

Las flechas llovían, mucho más tupidas y numerosas ahora que estaban acortando distancias. Se hallaban a menos de cincuenta metros, la distancia más peligrosa. Había que cubrirla cuanto antes.

¿Qué habían hecho los atenienses en Maratón?

Correr.

Y lo que hicieran esos locos aficionados, cualquier soldado de Esparta podía mejorarlo.

—¡¡Ahora!! ¡¡Corred!! —gritó Pausanias.

Y, a su orden, los espartanos corrieron. Como rocas que ruedan desde un peñascal arrastradas por un río torrencial, corrieron. Como el voraz fuego que arrasa un bosque bajando desde las cimas de un monte, corrieron. Como las bandadas de grullas que, huyendo del invierno, vuelan hacia las corrientes del océano llevando a los pigmeos la muerte y la parca, corrieron.

Detrás de él, sobreponiéndose al dolor, Escaleno entonó con su voz de plata la *Epidromé*, la marcha que aprendían todos en la *agogé* mientras corrían bajo el sol cargados de armas:

*¡Como el viento aplasta la hierba!*

Primero decenas, luego cientos y finalmente miles de gargantas contestaron:

*Como el viento aplasta la hierba,*

*como el mar arrastra la arena,*

*¡hijos de Esparta, corred!*

*¡Que vibren las voces,*

*que tiemblen las piedras!*

*¡Hijos de Esparta, corred!*

*¡Que los perros de Hécate ladren!*

*¡Que las almas del Hades aúllen!*

*¡Hijos de Esparta, corred, corred, corred!*

Las flechas silbaban sobre sus cabezas y redoblaban en los escudos como pedrisco en los tejados. Los persas ya no aguardaban la orden de disparar en andanadas, sino que soltaban a discreción. Gruñendo por el peso y el esfuerzo de la carrera, los espartanos llevaban los escudos en alto, con las puntiagudas lanzas asomando por debajo, las astas de fresno vibrando sonoras al ritmo de la carrera.

«Las flechas son mucho más peligrosas si vuelan en horizontal —le había explicado Temístocles, con su experiencia de Maratón—. Pero, como los arqueros de la primera fila tienen que disparar por encima de los *sparas*, y los de las siguientes filas sobre las cabezas de sus compañeros, no tienen más remedio que hacerlo en parábola, y resulta más fácil protegerse».

Ya estaban tan cerca que distinguían los rostros de los *sparabara*, escuderos elegidos por su estatura y su fuerza para aguantar aquella barrera de cuero y mimbre. Detrás de ellos se aglomeraba fila tras fila de guerreros vestidos con caftanes azules. Lanceros e Inmortales mezclados con ellos. Muchos estaban colgando los arcos al hombro, empuñaban las lanzas y las blandían sobre las cabezas entre gritos, tratando de infundirse ánimos y al mismo tiempo amedrentar a los rivales.

Al comprobar que el diluvio de proyectiles amainaba, Pausanias ordenó:

—¡Escudos abajo!

Era una orden superflua. La mayoría de los espartanos habían abatido los escudos para ver mejor a sus adversarios y preparar el choque.

—¡Lo has hecho bien! —dijo Perseo a su lado—. ¡Olvídate ya de todo!

«¿Qué quiere decir?», se preguntó Pausanias. Pero no pensó más en ello, pues ya podía verle el blanco de los ojos al hombre que tenía enfrente. «No cierres los tuyos», pensó.

Normalmente, cuando dos falanges griegas se embestían, unos segundos antes de que llegara el momento del choque conocido como *othismós*, los soldados aminoraban el paso y se detenían a distancia de lanza unos de otros, con el fin de evitar la brutalidad de un impacto capaz de romper costillas y piernas.

Pero ellos no eran una falange normal.

Ellos eran espartanos.

El reflejo natural de frenar antes del choque, el mismo que hacía que un caballo rehusara cargar contra un muro de escudos, les había sido extirpado desde niños. Los entrenaban para embestir con los hombros contra árboles y muros, y después contra los escudos de sus mayores, una y otra vez, con armas y sin ellas, aunque eso supusiera abrirse la cabeza o fracturarse un hueso.

Y ahora aquel entrenamiento dio su fruto.

El choque sonó como el fragor de un mar bravío batiendo un malecón de granito, o como cuando un relámpago cruza el cielo de parte a parte y su trueno inacabable retumba en una cárcava. Las chapas de bronce de las *aspídes* espartanas se estrellaron contra los enormes escudos de cuero y mimbre de los persas, cargados por todo el peso y el impulso de la carrera de los hoplitas. Algunos *sparas* resistieron en pie, sostenidos por los guerreros de la primera línea, que apoyaban en ellos los hombros, empujando como asediados que tratan de evitar que un ariete derribe la puerta. Muchos más cayeron o se rompieron por la extrema violencia de la embestida.

Uno de los *sparas* que aguantó en pie fue el del guerrero con el que topó Pausanias, quien casi se descoyuntó el hombro al chocar. Maldiciendo su falta de peso, tiró un lanzazo al rostro del persa, que se agachó bajo el borde de su escudo para esquivarlo. Detrás de él, un *arshtika* persa dirigió un golpe contra Pausanias. El arma no tenía suficiente alcance y bastó con que el regente interpusiera el escudo para que la punta resbalara sin fuerza sobre la chapa metálica.

Perseo, que no solo había derribado el *spara* que tenía frente a él, sino que también había dejado tumbado bajo él a su portador, se volvió a la izquierda y

propinó una tremenda patada al escudo que se le resistía a Pausanias. La pantalla de mimbre y cuero giró sobre sí misma como una puerta, y Perseo aprovechó el hueco para meter la lanza a una velocidad fulgurante y clavarla en el muslo del guerrero persa.

—¡Paso expedito, Pausanias! —exclamó Perseo.

Pausanias usó su lanza para rematar al persa, que había hincado la rodilla en el suelo. Al oír y sentir el chasquido de la clavícula partiéndose bajo la punta de hierro y ver el chorro oscuro que brotaba de la herida, notó cómo le afluía la sangre a la entrepierna. Solo entonces se dio cuenta de que hasta ese momento había tenido los testículos tan duros y encogidos como dos canicas de arcilla.

—¡Es el primer hombre al que mato!

Se escuchó a sí mismo y se dio cuenta de que había pensado en voz alta sin querer.

—¿El primero? —preguntó Perseo, retrocediendo un instante para tomar impulso antes de otro ataque—. ¡Yo llevo cuatro!

«El primero en mi vida, no hoy, como tú». Esta vez, el pensamiento de Pausanias no escapó del cerco de sus dientes.

Casi sin darse cuenta, se había quedado un poco atrás, pues tanto Perseo como sus guardias se habían adelantado para cubrirlo con sus cuerpos. El Euripóntida se estaba abriendo paso como un dios de la destrucción, o como Diomedes en su *aristeía*, cuando lo poseyó tal furor asesino que se enfrentó al mismísimo Ares y lo hirió.

—¡Dejadme pasar! —les ordenó Pausanias, pero ellos no le escucharon.

Unos nudillos golpearon su yelmo. Pausanias giró el cuello y vio a Escaleno, que se acercó para exclamar casi a su oído:

—¡Deja que te protejan! Has cargado el primero, has inspirado a tus hombres y has matado a un enemigo.

—¡Solo a uno!

—En una batalla, la mayoría de los soldados no mata a ningún enemigo. Lo contrario sería aritméticamente imposible.

—¡Pero mira a Perseo!

—Él es de otra raza de hombres.

Pero no encontrarse en la primera fila no significaba estar exento de peligros. A pocos pasos de ellos, un Inmortal persa de estatura descomunal agarró la lanza de Filotas, partió el astil de fresno entre las manos, lo apartó de un empujón y derribó con el hombro al guardia que estaba detrás de Filotas. Viendo libre el camino hacia el regente, se abalanzó sobre él profiriendo tal alarido que Pausanias pudo verle hasta la campanilla. La energía y el odio de aquel hombre al que nunca había visto lo dejaron paralizado por unos instantes.

«Voy a morir», supo con toda certeza.

El grito del persa se convirtió en un gorgoteo. Una punta de hierro apareció a través de su garganta. Como si tuviera vida propia, la lanza se removió a derecha e izquierda rompiendo varios dientes, y luego desapareció por donde había venido como una lombriz que se esconde en tierra.

El gigante persa cayó al suelo de bruces, sobre un escudo de mimbre medio roto que acabó de desvencijar con el peso de su cuerpo. Detrás, Perseo saludó con su lanza ensangrentada a Pausanias.

—¿Estamos en paz por lo del jabalí? —exclamó.

Pausanias tardó un instante en comprender. El jabalí. La mascota del batallón de Mesoa. Aquel animal había derribado a Perseo, que no tenía más de seis o siete años, y él lo había recogido del suelo para llevárselo a su abuela.

—¿Ves lo que te decía? —preguntó Escaleno, agarrándolo del cinturón para hacerle recular—. Deja que se batan primero los más fieros. Ellos lo prefieren así.

—Quizá tengas razón —respondió Pausanias, tratando de controlar el temblor de sus piernas.

—Ya has dado ejemplo. No queremos perder a nuestro general tan pronto.

Pausanias retrocedió un poco más. Desde allí, a poco más de cuatro metros del frente quebrado donde se batían espartanos y persas, contempló el espectáculo que se le ofrecía, aunque su horizonte quedaba muy limitado por el polvo, las lanzas que subían y bajaban, los enormes escudos y los penachos que tremolaban sobre los yelmos.

Griegos y bárbaros gritaban y aullaban de rabia, de miedo, de alegría guerrera, de una mezcla salvaje de unas y otras emociones animales, mientras

entrechocaban lanzas y escudos y buscaban los puntos débiles de sus adversarios. Por detrás de la primera fila espartana, los demás hoplitas animaban a sus camaradas y tiraban lanzazos por los resquicios intentando herir a algún enemigo. Cuando veían que un compañero reculaba, lo empujaban apretando el escudo contra su espalda o, si lo veían agotado, lo apartaban sin contemplaciones y ocupaban su puesto.

Más atrás aún, los sirvientes ilotas brincaban de un lado a otro como bailarines y daban saltos para tratar de distinguir algo por encima de las cabezas de los contendientes. En cuanto veían una ocasión, se colaban entre las filas para llevar una lanza de repuesto a sus señores, sacar a los hoplitas heridos de la formación o rebanar el gaznate a todo persa que hubiera caído al suelo, aunque ya estuviese muerto. Olía a sangre, a sudor y a metal recalentado bajo el sol, y de vez en cuando también llegaba el fétido efluvio de las tripas evisceradas y pisoteadas que desparramaban sus contenidos sobre el polvo.

Pausanias se imaginó que, en las alturas, los dioses olímpicos, que no contemplaban un espectáculo así desde la carga de Aquiles y sus mirmidones junto al Escamandro, aullaban y se frotaban las níveas manos, complacidos por el espectáculo.

¿Qué estaría ocurriendo en el resto del frente? En aquel caos de polvo, ruido y furia homicida resultaba casi imposible saberlo. En ese momento comprendió lo que le había dicho Perseo.

«Lo has hecho bien. Olvídate ya de todo».

Había puesto las piezas en movimiento. Ya no era una batalla de generales, sino de soldados. Y él se había convertido en uno más.

Perseo se dio cuenta de que había avanzado demasiado, abriéndose paso entre los enemigos como el espolón de un barco. Varios soldados de la guardia real lo habían seguido, pero todos ellos corrían el riesgo de quedar embolsados, como una isla perdida dentro de un mar de tropas. Un guardia le gritó:

—¡Detente! ¡Tenemos que mantenernos cerca de Pausanias!

Perseo retrocedió, tanteando el suelo con los talones para no tropezar con los cadáveres que él mismo había sembrado a su paso, mientras movía la lanza a derecha e izquierda señalando a los enemigos y mirándoles a los ojos para avisarles: «Os estoy viendo». Nadie se atrevió a acercarse a él. No los culpaba. Había presas más fáciles, y una cosa era buscar la gloria en combate

y otra morir de forma estúpida.

—¿Habías estado alguna vez en una batalla como esta? —le preguntó el guardia real que le había avisado. Perseo había oído que lo llamaban Filotas. Era muy joven, no tendría ni veinticinco años, y su voz vibraba con esa mezcla inefable de furia, miedo y fuego en las venas que solo un auténtico guerrero podía entender.

—¡Jamás! —respondió Perseo—. ¡Esta es la mayor ocasión que han visto los mortales!

Y él, gracias a los dioses, había salido del brumoso letargo de su mente para participar en ella.

Alguien ladró una orden en persa, «*Fravatah!*». Los lanceros que habían mantenido la distancia con Perseo clavaron la rodilla en el suelo. Detrás de ellos, un oficial de los Inmortales cargó una flecha en su arco y disparó. El persa estaba a poco más de cuatro metros; una distancia tan corta que Perseo oyó el impacto de la flecha casi antes que el silbido del aire.

A su lado, Filotas se miró el pecho, incrédulo. La saeta había atravesado la coraza de lino y se había hundido casi un palmo en su cuerpo. Antes de que la sangre tuviera tiempo de mancharle el peto, el joven puso los ojos en blanco, cayó de rodillas y se desplomó de bruces en el suelo.

El *Anushiya* cargó otra flecha a una velocidad endiablada, se volvió hacia Perseo y disparó.

La coraza de Heracles era mucho más sólida y pesada que el linotórax del guardia real. Tal vez podría detener un proyectil casi a bocajarro. O tal vez no. Perseo no tenía intención de comprobarlo. Más rápido de reflejos aún que el persa, ladeó el cuerpo e interpuso el escudo. La flecha impactó con la fuerza de un martillazo en la chapa de bronce y la perforó, taladró las capas de roble y su punta piramidal asomó por el interior, rasguñándole la piel.

Perseo se dio cuenta de que si el persa hubiera apuntado un dedo más abajo, o él hubiese levantado el escudo un poco más, la flecha le habría atravesado el antebrazo de parte a parte.

El Inmortal ya estaba empulgando un tercer proyectil. Perseo decidió no darle tiempo y cargó contra él, apartando a los enemigos arrodillados que le impedían el paso: a uno le partió los dientes con el borde del escudo y a otro le rompió la nariz golpeándolo de revés con el asta de la lanza.

Al ver que aquel dios de la destrucción se abalanzaba sobre él, el persa se dejó poseer por el miedo. Pese a que debía de haber practicado esa maniobra más de un millón de veces a lo largo de su vida, le temblaron los dedos y la punta de la flecha le resbaló por el borde de madera del arco.

A Perseo no le resbaló la empuñadura de la lanza. Dando una última zancada, clavó la rodilla en el suelo para ganar distancia, proyectó su arma y hundió la punta de hierro en la ingle del persa, que aulló de dolor. Tras remover la lanza dentro de la herida, la sacó y volvió a golpear a su enemigo en el pecho. La coraza de escamas que el persa tenía bajo el caftán detuvo el segundo golpe, pero no así el tercero, que lo alcanzó justo en la nuez.

—¡Veamos si de verdad eres Inmortal!

El oficial cayó al suelo y Perseo le pisó el pecho para desclavarle la lanza. A su alrededor, los demás enemigos retrocedieron como hienas cuando llega el león.

Mientras Perseo arrancaba la flecha clavada en su escudo, oyó la voz de otro guardia real a su espalda.

—¡El regente ordena que vayas atrás para hablar con él! ¡Ahora mismo!

Perseo estuvo a punto de contestarle que él era un guerrero libre, un ejército de un solo hombre que se había aliado con ellos por un día y que no obedecía órdenes de nadie. Después se dio cuenta de que era la furia del combate la que lo poseía y que un espartano de verdad debía mantener esa furia sometida con las riendas de la disciplina.

Sin darle la espalda al frente, retrocedió tal como le habían ordenado. Otros ocuparon su lugar cerrando filas.

Detrás de las líneas, protegidos por guardias con escudos —los persas seguían disparando, aun a riesgo de que parte de sus proyectiles alcanzaran a sus propios hombres—, estaban conferenciando Pausanias, Temístocles y Escaleno. También se hallaba allí un personaje por el que Perseo no sentía ninguna simpatía, pese a que había sido en su momento uno de los mayores aduladores de Damarato: Amonfareto.

—¡Márchate! —le estaba diciendo Pausanias, rojo de ira—. ¡Ya has hecho bastante daño hoy!

Amonfareto se alejó blasfemando. Cuando se cruzó con él, Perseo se preguntó cuántos años tendría aquel hombre. Más de sesenta, sin duda. Y no

parecía que la edad hubiera mejorado su carácter.

—Me han dicho que me presente ante ti, Pausanias —dijo, cuadrándose ante el regente.

—Tenemos que hablar —respondió Pausanias—. Pensé que la carga iba a ser definitiva, pero las cosas no van bien. Nada bien.

Como ya sabían, de los atenienses no podían esperar ayuda. Los mensajeros y observadores informaban de que estaban manteniendo el tipo contra los tebanos, pero la caballería griega los estaba presionando mucho. De hecho, era Arístides quien mandaba una petición casi desesperada: «Por favor, acabad con los persas cuanto antes y venid a auxiliarnos».

Antes de que apareciera Perseo con los jinetes tesalios, Pausanias había enviado un mensajero a Platea para pedir refuerzos. Delante de la ciudad se hallaban apostadas las tropas que durante todos esos días habían formado el centro de las líneas griegas, más de veinte mil hombres entre infantería pesada y ligera. Pero había transcurrido mucho tiempo desde entonces y solo ahora recibía noticias.

Que no eran buenas.

El mensajero, un heraldo acostumbrado a contemplar batallas, explicó la situación de forma precisa y breve. Al recibir la petición de ayuda de Pausanias, las tropas estacionadas delante de Platea habían intentado cumplir las órdenes y acudir en ayuda de los espartanos. Pero lo habían hecho con tanta urgencia que, en lugar de adoptar un orden de combate defensivo, se habían puesto en movimiento en columnas de marcha, sin tan siquiera coordinarse entre sí. Los corintios se habían desplazado al pie de las laderas del Citerón, un terreno bastante seguro, mientras que el resto del contingente tomó el camino más cómodo por la llanura, en total desorganización. Al darse cuenta, buena parte de la caballería tebana que acosaba a los atenienses había abandonado momentáneamente la batalla contra ellos para atacar a esas tropas que parecían ser una presa más fácil, y se le habían unido jinetes indios y bactrios que permanecían en reserva.

—Al ver que los demás eran atacados, los corintios han bajado de la ladera para ayudarlos —prosiguió el mensajero—. Pero antes de que pudieran cerrar filas, la caballería ha cargado contra ellos también.

—¿Con qué resultado? —preguntó Pausanias.

—Nefasto, señor. Han matado a cientos o miles, y a los demás los han puesto en fuga.

—¿A quiénes han puesto en fuga? ¿A los corintios, o a los otros que venían por el llano?

—A todos, señor. Corintios, potideos, arcadios, ambraciotas… Todos han corrido a refugiarse a Platea o a las montañas.

—¡Por Fobos y por Hécate! —maldijo Pausanias—. Vuelve ahora mismo y dile a Cleócrito que reorganice a todos los que pueda y los traiga cuanto antes.

—Es inútil —dijo Temístocles—. Hoy esas tropas no te servirán de nada. La derrota y la fuga los han desmoralizado. Si consigues reunirlos, allá donde los mandes solo llevarán confusión y miedo.

—Eso no es todo, señor —interrumpió el mensajero.

—¿Más malas noticias?

—La caballería que los ha derrotado ha vuelto a la batalla contra los atenienses.

Pausanias resopló.

—Así que sigo sin poder contar con ellos.

—Es todavía peor que eso —opinó Temístocles—. Entre el martillo de la caballería y el yunque de la infantería, mis compatriotas no van a aguantar eternamente.

—Ya veo —dijo Pausanias.

La euforia de la primera carga le había hecho creer que la batalla ya estaba ganada, pero ahora la garra del miedo, no el miedo a la muerte sino al fracaso, volvió a hurgarle las entrañas.

—O sea, que de tres batallas hemos perdido una en el centro sin apenas empezarla y la de la izquierda marcha cada vez peor —masculló.

—Eso parece —intervinio Escaleno.

Pausanias se dio un puñetazo en la palma y exclamó:

—¡Pues tenemos que resolverlo todo aquí y ahora! Hay que vencer en este mismo frente. Si Esparta no vence hoy, Grecia entera perderá.

Perseo señaló con la lanza a la parte posterior del frente de batalla, allí donde los hoplitas de las últimas filas jaleaban y empujaban a sus compañeros, y los escuderos seguían sacando heridos por los huecos de la formación.

—Aquí, de momento, estamos estancados. Los nuestros están pisando los restos de los escudos enemigos, ¿veis? Los persas apenas han retrocedido.

Desgraciadamente, pensó Pausanias, Perseo llevaba razón. Tras la energía gastada en la carga y el tiempo que llevaban combatiendo, únicamente habían conseguido ganar unos palmos de terreno, una mísera ganancia. Los espartanos no estaban acostumbrados a que sus rivales mantuvieran la formación con tanta tenacidad.

Pausanias se volvió hacia el oficial de enlace que le había enviado su primo Eurianacte desde el ala derecha.

—¿Cómo le van las cosas al batallón de Mesoa? —le preguntó.

—Estamos igual que vosotros, señor. Los persas resisten mucho mejor de lo que esperábamos.

—¿Ala izquierda? ¿Alguna buena noticia, por variar?

El enlace de Tegea negó con la cabeza.

—Al principio rompimos sus líneas, señor. Pero cuando espantamos a sus arqueros, por detrás de ellos aparecieron sus lanceros, que son mucho más duros de roer, y sobre todo esos malditos Inmortales. Matamos a más hombres de los que ellos nos matan, pero parece que no se les acaban nunca. Además, la caballería de ellos ha vuelto a atacar. Menos mal que están allí los tesalios, que se las están teniendo tiesas con los jinetes bárbaros.

Pausanias se volvió hacia Temístocles.

—¿No decías que una fuerza que se da a la fuga ya es inútil durante el resto del combate? —Él mismo se dio cuenta de que su tono se estaba agriando, como si los demás fueran culpables de la situación, o como si dar malas noticias constituyera una especie de traición.

—Ese principio no se aplica a la caballería —respondió el ateniense—. Los jinetes persas están acostumbrados a atacar y retirarse cuantas veces sean necesarias. No lo ven como vergüenza ni deshonor, y por eso pueden volver al combate con la moral intacta.

Pausanias resopló.

—¿Alguien me puede decir por qué no avanzamos? ¿No nos jactamos de ser los mejores soldados de Grecia? ¡A ver si al final tanta disciplina y tanto sacrificio no sirven para nada!

Pausanias se dio cuenta de que varios de los presentes ponían gesto escandalizado. ¿Criticar la *agogé*? ¡Nunca!

Perseo, sin alterar el ademán, respondió a la pregunta de Pausanias:

—Las tropas que tiene Mardonio no son las que tenía Jerjes. Aunque sigue contando con más hombres que nosotros, se ha quedado con los mejores. Además, los ha sometido a una disciplina mucho más dura que la que había antes. Sus soldados lo respetan, pero también le tienen miedo.

—¿Hasta qué punto?

—Delante de él nadie va a arrojar las armas y huir. Temen más al deshonor y a su castigo que a la muerte.

—Eso es porque está él delante —murmuró Temístocles.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pausanias, volviéndose hacia el ateniense.

—¿No es evidente? Si quieres matar a un enemigo, ¿dónde lo golpeas, en los brazos o en el corazón? El corazón de este ejército es Mardonio. —Temístocles se golpeó en el pecho con el puño—. ¡Pues vamos a clavarle nuestra espada!

El plan de Temístocles era sencillo. Que resultase eficaz ya era otra cuestión. Consistía en utilizar el espolón de un trirreme para atacar al corazón de Mardonio. Pero un trirreme construido no de tablones de madera, sino de soldados. Los mejores de los que podían disponer: la guardia real.

Pausanias envió soldados de las últimas filas para cerrar el hueco entre los batallones de Pitana y Cinosura. De este modo pudo retirar a todos los miembros de la guardia real que combatían en esa zona. Todavía quedaban noventa en condiciones de luchar. Se los llevó por detrás de los combatientes, a la distancia suficiente para estar a resguardo de las flechas enemigas, y les expuso la táctica que había propuesto Temístocles.

—Quédate tú con el mérito —le había sugerido su amigo en un aparte—. Además, preferirán seguir el plan de un general espartano que el de un ciudadano ateniense.

Cuando Pausanias terminó con la explicación, estudió los gestos de los

*hippeîs*. La mayoría eran jóvenes de entre veinte y treinta años, pero había también veteranos de hasta cuarenta, que mantenían las condiciones físicas y, sobre todo, morales para continuar sirviendo en la guardia real.

Y estaban allí los supervivientes del pelotón Gea. El deslenguado Brontes, el corredor Nicanor, el valeroso Tresas, capaz de superar todas sus limitaciones, al igual que Escaleno. El brutal Gerión.

Y, por supuesto, Perseo, el Ares particular de aquella unidad.

Para su inquietud, Pausanias descubrió miradas de duda en muchos de aquellos guardias. Por supuesto, seguirían a su general hasta la mansión de Hades si fuera preciso, pues así lo ordenaba la costumbre espartana. Pero si quería que el plan funcionase, necesitaba que sus hombres recurrieran a todo su empuje, a toda su agresividad. Y para eso necesitaban tener fe.

Recordó lo que hacía su tío en esas circunstancias e hizo un gesto para que los guardias formaran un corro de varios círculos concéntricos. Después pasó las manos sobre los hombros de los dos hombres que tenía el lado, uno de los cuales era Tresas, y ellos hicieron lo mismo con sus compañeros, hasta que todos estuvieron enlazados de aquella manera. Perseo y Escaleno, que se habían quedado fuera del grupo hablando, se agacharon para entrar y se hicieron un hueco entre los demás. Pausanias lo agradeció. Era consciente de que la presencia de Perseo, después de su espectacular aparición, subía mucho la moral de los hombres.

Pero necesitaban algo más. Necesitaban que su general enardeciera sus ánimos.

Pausanias tragó saliva y respiró hondo.

—¡Compatriotas míos! ¡Caballeros del rey Plistarco! Miraos ahora mismo. Sí, miraos unos a otros. ¿Qué veis?

—¡A gente muy fea, empezando por mí! —exclamó Escaleno. Los demás saludaron con carcajadas la ocurrencia.

—No es así, pero no vamos a discutir de belleza ahora. Os diré lo que yo veo: la mejor cosecha que puede producir la mejor tierra, y esa tierra es la que riega el Eurotas. ¡Esa tierra es Esparta!

—¡¡Esparta!! —respondieron todos.

—También veréis que sois pocos. Porque, pese a lo que digan los demás, los espartanos sabemos contar. —Más risas—. Sí, sois pocos, pero de esos

pocos depende el destino de muchos. La vida de vuestros compañeros espartanos. La libertad de Grecia. ¡El fin de la tiranía persa! —Pausanias hizo una pausa. Después, bajando la voz como si les contara un secreto, preguntó —: ¿Sabéis lo que me dijo la reina Gorgo, la viuda de Leónidas?

Tenía comprobado que el nombre de Leónidas inflamaba los corazones de sus hombres. Por eso no dejaban de dirigir miradas de reojo a la armadura de Perseo que había pertenecido al difunto rey.

—Me dijo que las mujeres espartanas nunca han visto los escudos de un ejército invasor. ¡Nunca! ¿Qué otra ciudad griega puede decir eso?

—¡Ninguna! —respondió Nicanor.

—¡Exactamente! Pues bien, la reina Gorgo me pidió que siguiera siendo así. Me lo pidió, con estas palabras: «Prométeme que las espartanas no veremos jamás los escudos de mimbre de los persas». ¿Qué opináis vosotros, espartanos? ¿Vais a dejar que nuestras mujeres se conviertan en esclavas de los bárbaros?

—¡Nunca! —respondieron ellos.

—¡Pues acabemos con esto de una vez!

Rápidamente adoptaron la formación propuesta por Temístocles. Se trataba de concentrar mucha fuerza en muy poco espacio y en muy poco tiempo: una carga que, dependiendo del resultado, terminaría siendo homicida o simplemente suicida.

Normalmente una formación de hoplitas conjugaba un frente muy largo —más de mil escudos había desplegado Pausanias en aquella llanura— con un fondo relativamente reducido de ocho filas.

Ahora el frente iba a estar formado únicamente por tres hombres: el espolón del trirreme. El del centro, como no podía ser de otra forma, era Gerión. Como le había dicho Temístocles: «Cuando cuentas con una fuerza de la naturaleza en tu ejército, es de estúpidos no utilizarla». Lo flanqueaban a ambos lados Brontes y otro soldado de gran fuerza física llamado Antíloco.

Detrás de los tres primeros se colocaron otros cinco hombres, y seis en la tercera fila. Pero estos seis se habían dividido en dos grupos de tres, separados entre sí por un metro. A partir de ahí las filas eran siempre de seis, con un hueco cada vez más amplio entre los tríos que las formaban. De esta manera, acabaron dibujando una cuña con una profundidad de quince escudos.

En el espacio interior de la cuña, sobre su enorme corcel blanco, cabalgaba su particular dios de la guerra, Perseo.

Pausanias mismo ocupó un lugar en la vanguardia de aquel espolón humano. No en la primera fila, pero sí en la segunda, con dos hombres a cada lado, uno de ellos un joven prematuramente calvo llamado Licareto que reemplazaba como su escudero personal a Filotas, caído poco antes de un flechazo.

Sabía que tenía que estar allí, con los demás. Por escasas que fueran las posibilidades de éxito de aquella táctica, no podía permitirse quedar fuera de la formación. De lo contrario, lo señalarían con el dedo el resto de su vida. «Mirad, el general que mandaba a sus hombres a morir en lugar de él».

Cuando ya estaba casi dispuesta la cuña, oyó a Escaleno hablando a su espalda. El éforo estaba mandando a uno de los guardias al final de la fila para ocupar su lugar y colocarse detrás de Pausanias.

—Tú no tienes por qué hacerlo —dijo Pausanias, volviéndose hacia él—. Yo actúo en nombre del rey. Por eso tengo que entrar en batalla el primero y retirarme el último. Es lo que habría hecho Leónidas.

«Aunque preferiría estar en cualquier otro sitio», añadió para sí.

—Mi misión como éforo es supervisar en todo momento lo que hagas para evitar que cometas errores.

—Creo que «supervisar» no se aplica a esta situación.

—Es igual. No me voy a mover de aquí. Recuerda la máxima del sabio Quilón.

—¿Cuál de ellas? Tenía muchas.

—«¿Cómo se puede ser un hombre libre durante toda la vida? Despreciando a la muerte». Una gran verdad.

Pausanias sonrió con cierta melancolía.

—No sé si te he dado las gracias lo suficiente. Si esto sale bien, todo el mundo se subirá a mi cuadriga y dirá que siempre confió en mi victoria. Pero el único que no ha boicoteado mis órdenes y me ha apoyado desde el principio has sido tú.

Escaleno bajó la voz y se acercó a él para que nadie más lo oyera.

—Me preocupa verte tan efusivo con tus sentimientos. ¿Es que crees que

no vamos a salir de esta?

—Ya lo has visto —le respondió Pausanias en el mismo tono—. Tenemos que atravesar por lo menos treinta metros de enemigos. No va a ser fácil.

—Pues entonces, hagámoslo cuanto antes.

Todos estaban ya en posición. Los primeros de la cuña y los hombres situados en los lados exteriores abatieron las lanzas, mientras que los que formaban dentro las elevaron en ángulo sobre las cabezas de sus compañeros. Después, cada uno metió el hombro izquierdo bajo la concavidad de su escudo, ya que tendrían que usar todo el peso del cuerpo para empujar.

—Por mi parte, estoy listo —anunció Perseo.

Pausanias respiró hondo y dio la orden.

—¡Por nuestra reina! ¡Por nuestras mujeres! ¡Por Helena! ¡¡Ahora!!

Sin más dilación, Gerión y sus dos compañeros de la proa arrancaron a correr. Pausanias y los demás los siguieron al instante, tan pegados unos a otros que se rozaban las espaldas con los escudos. La clave era no dejar ninguna separación, de modo que toda la unidad penetrase en las filas enemigas como un enorme ariete, sin fisuras.

En el frente, donde seguía la pugna, los soldados que se encontraban en la zona elegida, en perpendicular a la posición que ocupaba Mardonio, se apartaron a ambos lados haciéndose hueco entre los compañeros más cercanos. De este modo dejaron un pasillo abierto de casi diez metros de ancho, más que de sobra para que penetrara el ariete humano.

Tapado por los guardias que corrían delante de él, que lo superaban en estatura, Pausanias apenas podía ver adónde se dirigían. Esta segunda ofensiva no tenía nada que ver con la anterior. Se dio cuenta de que había gastado buena parte de sus energías y su acometividad en la primera. La tensión, las carreras y la noche sin dormir empezaban a cobrarle su deuda en las piernas, que parecían haberse convertido en mantequilla.

Además, en esta carga no lo acompañaba su ejército. Tan solo noventa locos. Menos incluso que los que murieron con Leónidas en las Termópilas.

Entre las cabezas y los escudos de la primera fila, Pausanias alcanzó a entrever los rostros de los enemigos. Aquellos hombres acababan de descubrir de pronto que los hoplitas contra los que peleaban se habían esfumado. Pero antes de que pudieran reaccionar y aprovechar la brecha, se encontraban con

que otros soldados cargaban de frente contra ellos. Por sus miradas de estupor, el regente se imaginó que debían de pensar lo mismo que él.

Que estaban locos.

En esta carga no hubo más consignas, ni himnos, ni invocaciones. Cada uno de ellos se limitó a gritar, un alarido prolongado, animal, que surgía de las entrañas, entre los que destacaba el gruñido ciclópeo de Gerión. Un instante después, el gigante y sus dos compañeros de proa chocaron contra los infantes persas y los apartaron a lanzazos y golpes de escudo. Matar o no matar daba igual: la orden era abrir hueco echando a un lado a los adversarios que les cerraban el camino y hacerlo de la forma más contundente posible para que los compañeros que venían detrás hicieran lo mismo o acabaran con ellos, siempre aquello que resultase más rápido.

Sin saber si así corría más o menos peligro, Pausanias se puso el escudo por delante de la cara, encogió los hombros y empujó contra la espalda de Antíloco, el guardia que lo precedía.

—¡Avanzad, avanzad! —Trató de animarlos.

—¡No os paréis! —decía otro por detrás—. ¡Estamos avanzando!

Otros colaboraban diciendo «Adelante», «No os detengáis», «Vamos bien». Su paso se refrenó y toparon con más resistencia. No obstante, seguían moviéndose. En cierto momento Pausanias notó un impacto que rechinó sobre el metal de su casco y, lo que era aún peor, se lo movió. Aunque se trataba de un yelmo corintio más abierto de lo normal, apropiado para un general que necesitaba mayor campo de visión, el golpe lo había desplazado de tal forma que ahora tenía un ojo casi tapado por el protector nasal, mientras que por el otro no podía ver nada.

Sin detenerse, agobiado por encontrarse encerrado dentro de su propio casco, intentó recolocarlo sacudiendo el cuello a los lados. Al ver que no conseguía nada, se ayudó golpeando el yelmo con la muñeca derecha, pues tenía los dedos demasiado ocupados aferrando la lanza. Por fin consiguió ver mejor, aunque su panorama prácticamente se reducía al cuenco interior de su escudo y el espaldar de Antíloco.

Un instante después, Antíloco cayó al suelo con un grito de dolor. Pausanias marchaba tan pegado a él que lo pisó sin querer, dio un par de pasos sobre su cuerpo y estuvo a punto de caer. Su escudero Licareto, que corría a su izquierda, se las arregló para cambiarse rápidamente la lanza a la

mano que sujetaba el escudo, agarrar el codo de Pausanias y ayudarle a recuperar el equilibrio. Después pasó adelante para ocupar el puesto de Antíloco y no dejar a su general al descubierto, al tiempo que volvía a empuñar su arma con la diestra y asestaba un lanzazo a un persa en pleno rostro.

Ahora el frente de la cuña se había reducido a dos hombres. Aunque más desprotegido, Pausanias disfrutaba al menos de un campo de visión más amplio. Delante de ellos había una aglomeración de cabezas tocadas con tiaras, rostros barbudos y furiosos que los maldecían y manos que agitaban espadas, lanzas rotas o dagas, tratando de usarlas contra ellos. Pero la apretura era tanta que apenas quedaba espacio para manejar las armas. Prácticamente lo único que podían hacer los persas era empujar a su vez para oponerse al avance de la cuña espartana. Sin embargo, mientras que los hombres de la guardia real actuaban de forma coordinada y con un plan, la resistencia de los persas era anárquica y caótica.

Además, los espartanos contaban con Perseo, que desde su caballo tiraba lanzazos a un lado y otro por encima de las cabezas de sus compañeros, manejando a dos manos su larga pica. Su corcel se había adelantado tanto dentro de la formación que Pausanias notaba su aliento en el cogote y sus relinchos le taladraban los tímpanos.

¿Cuánto tiempo llevaban así, avanzando a trompicones, oyendo las maldiciones de los enemigos y los gritos de agonía de los guardias que iban cayendo en las filas exteriores de la cuña? Tal vez el tiempo para cantar un himno a Apolo, pensó Pausanias; o mejor a Ares, dadas las circunstancias. Aunque casi no se atrevía a mirar atrás, sabía que a esas alturas incluso la popa de su trirreme humano había dejado atrás la primera línea del frente persa. Sin duda, otros hoplitas de Pitana y Cinosura estarían intentando seguir la estela de sus camaradas aprovechando el hueco. Pausanias esperaba que lo hubieran conseguido, porque de lo contrario él y sus hombres se habrían convertido en una nave en alta mar, condenada a ser engullida por las olas.

—¡Lo veo! —gritó Perseo desde su altura—. ¡Ahí está Mardonio! ¡Empujad! ¡Empujad!

Gerión y Brontes hicieron un esfuerzo más en la punta de la cuña, y Pausanias, impulsado a su vez por los hombres que lo seguían, presionó con todo su peso contra sus espaldares. Pero a Perseo no le debió de parecer velocidad suficiente, porque exclamó:

—¡Paso! ¡Abrid paso!

Pausanias se echó a un lado, arrastrado por su escudero. El enorme caballo blanco pasó por el hueco y prácticamente arrolló a Gerión y Brontes.

Perseo y su corcel lograron abrirse paso con más facilidad de lo que esperaba Pausanias. Habían llegado a una zona en que los hombres no estaban tan apiñados; además, en lugar de lanceros de élite, eran arqueros o simplemente auxiliares, como los ilotas griegos, y la resistencia que oponían era mucho más débil.

Los hombres de la cuña aprovecharon la estela del caballo para acelerar el paso y sus gritos de ánimo se redoblaron. Un grupo de sirvientes persas huyó en desbandada y, al hacerlo, dejó despejada una franja de terreno que les permitió ver más allá.

Gracias a eso, Pausanias pudo ver a Mardonio, a unos diez metros de ellos, montado en un caballo blanco apenas más pequeño que el de Perseo. Pero no estaba solo. A su alrededor había lanceros ataviados con caftanes azules y corazas de escamas, tropas de primera clase aún frescas, como demostraban sus uniformes inmaculados.

Al ver que Perseo se lanzaba hacia su general, los lanceros se aprestaron a recibirlo cerrando un anillo alrededor de Mardonio. Los guardias reales de Pausanias, por su parte, siguieron a Perseo exprimiendo fuerzas de alguna reserva escondida dentro de sus cuerpos o sus almas; tal vez la misma reserva que habían desarrollado durante las larguísimas marchas por el Taigeto sin apenas agua ni comida, cuando cada paso parecía el último antes de desplomarse.

Entre el mar de cabezas, manos y lanzas sobresalían dos hombres a caballo, Perseo y Mardonio, el primero tratando de llegar al segundo para matarlo. Por detrás de Perseo se alzaba la figura colosal de Gerión, que había roto ya la lanza y utilizaba el escudo por un lado y su enorme puño por otro para golpear a diestra y siniestra. Él era ya el resto del espolón del trirreme, pues en algún momento del que Pausanias no era consciente, Brontes debía de haber caído.

De reojo, Pausanias vio a otro jinete, y volvió la mirada a la izquierda para comprobarlo.

Aquel caballo era tan negro que, por contraste, el caftán blanco de su jinete casi deslumbraba. Bagabigna, el invencible campeón persa al que la

multitud había arrojado a morir a un pozo por instigación de Cleómenes y Temístocles.

Quienes decían haberlo visto, como Escaleno en la batalla en la que cayó el gigante Masistio o los soldados que habían sobrevivido al ataque a la fuente Gargafia, no habían sufrido visiones debidas al calor o la malicia de los dioses. Algún prodigio divino había hecho que el Asesino Blanco regresara de entre los muertos.

Quien no había visto todavía a su némesis era Perseo. Pausanias trató de avisarlo, pero su voz se perdió en la barahúnda de gritos mientras Bagabigna cargaba una flecha en su arco y la disparaba.

La saeta se clavó en el cuello del caballo de Perseo, justo en el espacio desprotegido entre la testera y el petral. El animal relinchó de dolor y se encabritó, agitando los cascos en el aire. A Perseo, concentrado en abrirse paso hasta Mardonio, el brusco movimiento de Estérope lo pilló por sorpresa y resbaló hacia atrás por la grupa hasta dar con sus huesos en el suelo. El caballo, enloquecido de dolor, volvió a plantar las patas en el suelo, aceleró su embestida contra los soldados que protegían a Mardonio y arrolló a algunos de ellos. Pero los demás lo alancearon sin piedad, hasta que el bravo corcel se desplomó sin vida, su hermoso cuerpo blanco salpicado de sangre.

Gerión se abrió paso hacia Perseo braceando como si chapoteara en un mar de escudos, lanzas y cabezas y arrojando persas a un lado y otro. Cuando se agachó entre los enemigos para tratar de levantar del suelo a Perseo, un arquero sacó una flecha de su carcaj y, empuñándola a modo de daga, se la clavó en la nuca, entre el hueco que dejaban el yelmo y la coraza. Con un alarido inhumano, el gigante cayó de rodillas. Los persas que lo rodeaban aprovecharon para abalanzarse sobre él desde todas las direcciones para aplastarlo. Por si no fueran bastantes, más soldados se arrojaron sobre los que ya oprimían con su peso a Gerión, formando una pila de cuerpos.

—¡Por el miembro de Príapo! —maldijo Escaleno—. ¡Hemos perdido a los dos mejores!

«¿Perdido? ¿Perdido?», se repitió Pausanias.

«Prométeme que las espartanas no veremos jamás los escudos de mimbre de los persas».

—¡No hemos llegado hasta aquí para perder ahora! —exclamó Pausanias —. ¡Somos espartanos!

Empujando a sus propios guardias para abrirse paso, Pausanias se lanzó al frente gritando como un poseso.

—¡Adelante! ¡Por nuestra reina Gorgo y nuestro rey Plistarco!

Sus hombres lo siguieron sin dudar. Varios de ellos lo adelantaron mientras otros dos lo cubrían con sus cuerpos para evitar que entrase en aquella refriega. Al mismo tiempo, los soldados de Mardonio se lanzaron en dirección contraria para llegar al lugar donde habían caído Perseo y Gerión.

El combate que se entabló sobre los cuerpos de ambos espartanos fue homérico. Allí cayeron *arshtika* persas y hoplitas espartanos, unos y otros aferrando sus lanzas casi por la punta para poder usarlos a modo de puñales, recurriendo a las espadas e incluso a los dientes. La refriega fue la más encarnizada que había visto Pausanias en aquel día de violencia extremada. Poco a poco se formó en el centro una montonera de cuerpos sobre la que unos y otros trataban de escalar para herir a los contrarios.

Pese a los soldados que trataban de proteger a Pausanias, la presión sobre ellos era cada vez más fuerte, tanto que uno de sus propios guardias le hizo caer de rodillas. Allí abajo, entre un barullo inextricable de piernas, Pausanias vio a Perseo, que trataba de quitarse de encima los cuerpos que habían caído sobre él.

Perseo también lo vio a él y estiró la mano pidiendo ayuda. Pausanias intentó agarrarlo, pero le faltaba más de un metro para llegar a él. En ese momento sus guardias tiraron de él para levantarlo y lo apartaron de Perseo. Este desapareció, sepultado bajo la masa de cuerpos. A Pausanias se le quedó grabada la imagen de su ojo, solo un ojo asomando entre los cuerpos, con una mirada de terror como no recordaba haberle visto jamás.

Ya en pie, Pausanias se dio cuenta de que había perdido la lanza. Tal vez la había dejado clavada en el cuerpo de alguien, no habría sabido asegurarlo. De ser así, esperaba que al menos fuera en el cuerpo de un persa. En cualquier caso, no habría podido utilizarla. Mientras a unos metros sus hombres y los lanceros se masacraban, él estaba tan estrujado entre los cuerpos de sus guardias que no podía ni separar los brazos de los costados. Al igual que Mardonio, se encontraba rodeado por un círculo de fieles decididos a protegerlo. La diferencia era que a ellos los enemigos los tenían rodeados y apretaban cada vez con más fuerza, mientras que Mardonio seguía desembarazado, moviéndose con toda libertad a lomos de su caballo.

La coraza de Pausanias crujía por la presión y por debajo empezaban a

crujirle también las costillas. No podía moverse y pronto no podría respirar. «No vamos a salir de esta», comprendió. Así debieron de morir los hombres de su tío en las Termópilas. Trescientos guerreros con Leónidas, casi cien con Pausanias. ¿Le cantarían en un poema, al menos?

—¡Maldita sea! —gritó su escudero, pegado ahora a su hombro derecho. Su ojo estaba bañado en sangre. En realidad, resultaba imposible saber si debajo de esa sangre y de los colgajos de carne seguía habiendo un ojo—. ¿Por qué no tenemos arqueros nosotros también?

Pausanias comprendió la frustración de su escudero. Mardonio, destacado a lomos de su caballo sobre las cabezas de sus escoltas, se hallaba lo bastante cerca como para atinarle con una flecha, pero era tan inalcanzable para una lanza o una espada como Zeus en su trono del Olimpo.

Las miradas de Pausanias y Mardonio se cruzaron. El general persa lo señaló con la punta de su lanza y dio una orden. Tenía la voz tan potente que, sin entender lo que decía, Pausanias le oyó perfectamente. ¿Qué había dicho? ¿Lo había reconocido? ¿Había mandado a sus hombres que le trajeran la cabeza del regente de Esparta ensartada en una pica?

—¡Hacedme sitio! —gritó Escaleno casi al oído de Pausanias—. ¡Por los perros de Hécate y las tetas de Perséfone, necesito espacio!

La voz de Escaleno, más penetrante que la de Mardonio, sonó junto al oído de Pausanias. Sin concebir para qué podría querer sitio el éforo, aparte de para respirar y no morir aplastado, Pausanias ordenó que le hicieran sitio. Los guardias hicieron un esfuerzo supremo y, empujando a los enemigos que los presionaban por todos lados, abrieron un pequeño hueco en el centro del corro.

—¡Lo que sea, hazlo rápido! —jadeó Pausanias.

Escaleno, que se había agachado, se incorporó con una sonrisa malévola en el rostro. Había agarrado del suelo una piedra tan grande como un puño, provista de cantos afilados.

—A falta de flechas, la madre Gea nos ofrece sus propias armas —dijo.

Pausanias se preguntó hasta qué punto podía ser certero Escaleno con aquellos dedos atrofiados. Entonces recordó cómo se los había abrasado agarrando una sartén candente en la Estigia para lanzársela a uno de aquellos salvajes arcadios.

—¡Apolo y Ártemis, hijos de Leto divina, otorgadme una brizna de vuestra puntería! —exclamó Escaleno y, sin tomar apenas impulso, arrojó la piedra al estilo de un cabrero con una fuerza insospechada en aquel cuerpo.

La piedra voló por el aire hacia Mardonio. Pausanias dejó de oírlo todo salvo los latidos que retumbaban en sus sienes. Uno, dos. Como si el padre Zeus hubiera congelado el tiempo para disfrutar de alguna de sus amantes. Tres, cuatro.

El general persa estaba mirando hacia un lado para impartir instrucciones a sus hombres y no vio venir el proyectil.

El tiempo pareció acelerarse de nuevo. La piedra chocó contra la sien de Mardonio por debajo de la tiara que lo protegía. Un impacto directo.

Ni la flecha más aguzada habría provocado un efecto tan instantáneo. Los brazos de Mardonio cayeron fláccidos a los costados, soltando la lanza y las riendas, y él se desplomó del caballo como Áyax de Oileo debió de precipitarse a las olas cuando el rayo de Zeus lo fulminó por su impiedad.

Durante un par de segundos se hizo un silencio sobrenatural. Después un grito de horror taladró el aire, seguido por otro, y otro, y otro más, hasta que los lamentos de los persas se unieron en un coro desgarrador para convertirse en un gemido colectivo que se propagó en ondas a los cuatro vientos.

Pausanias, que se había quedado estupefacto por unos instantes, parpadeó, sacudió la cabeza como quien despierta de un pesado letargo, y gritó:

—¡A por él! ¡Vamos, espartanos, rematad a Mardonio!

De pronto la presión agobiante que los aplastaba cedió, como si los brazos y las piernas de sus enemigos se hubieran convertido en mantequilla. Cobrando nuevos ánimos, los guardias reales improvisaron una nueva cuña y avanzaron hacia el caballo blanco de Mardonio, ahora sin jinete. Mientras, Escaleno se volvió hacia el sur, donde debían de estar todos los demás espartanos, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Mardonio ha caído! ¡Mardonio ha caído!

Su mensaje pasó por encima de los soldados persas y llegó a las primeras filas de los griegos, y desde ahí se transmitió de boca en boca. Un momento después se empezaron a oír gritos en griego; gritos que crecieron, hasta que se convirtieron en un único clamor:

—*Eleléeeeuuuu!!!*

Como si aquel grito hubiera convocado de las profundidades a un Gigante nacido de Gea y de la sangre de Urano, a apenas dos metros de Pausanias la pila de cuerpos persas se abrió de golpe y entre ellos aparecieron dos brazos y dos hombros enormes sacudiéndose enemigos de encima. Perdido ya el yelmo, Gerión se arrancó la flecha de la nuca y respondió al alarido de guerra:

—*Eleléeeeuuuu!!*

Pausanias miró hacia atrás un instante, en dirección sur. Los persas que les habían cerrado el paso por allí huían despavoridos. Sobre sus cabezas se alzaban las puntas de las lanzas griegas y también los penachos de sus cascos. Los espartanos, por fin, habían conseguido romper la línea enemiga.

Entonces recordó que Gerión no era el único caído.

—¡Perseo!

Pausanias se dio la vuelta de nuevo. Varios de sus hombres seguían a Gerión, al que la herida de la flecha parecía haberlo afectado tanto como la picadura de un mosquito, y trataban de abrirse paso hasta Mardonio para cerciorarse de su muerte.

—¡Dejadme pasar! —gritó Pausanias, apartando sin contemplaciones a los tres guardias que habían formado un triángulo para protegerlo—: ¡Ayudadme a buscar a Perseo!

Un montón de cuerpos señalaba a modo de túmulo el lugar donde había caído Perseo. Si seguía vivo, era evidente que no le quedaban tantas fuerzas como a Gerión para librarse de ellos.

En aquella pila yacían tres espartanos, dos de ellos ya exánimes y uno herido en una pierna y un brazo. A los dos primeros los apartaron y al tercero lo ayudaron a incorporarse. Debajo había más cadáveres, todos persas. Pausanias empezó a empujarlos a los lados, renegando por que los dioses no le hubieran concedido unos músculos más fuertes. ¿Qué ocurría con los cuerpos muertos para que pesaran más que los vivos? ¿No se suponía que cuando uno moría perdía algo de su propio ser, en lugar de ganarlo?

Con la ayuda de sus hombres, Pausanias echó a un lado al menos seis cadáveres más. Por fin, entre dos cuerpos, el de un arquero vestido de rojo y un lancero ataviado de azul, vieron asomar dos manos pálidas.

Por un momento, Pausanias temió que fueran las manos de un cadáver. Pero un segundo después se movieron e hicieron fuerza contra los costados de

los dos persas. Libre de la mayor parte del peso que lo oprimía, Perseo logró sacudirse de encima aquellos cuerpos.

Pausanias se inclinó sobre él, le tendió la mano y lo ayudó a incorporarse. No fue un esfuerzo baladí, pues, aunque no fuese una mole como Gerión, entre su tamaño y su armadura Perseo pasaba de largo de los cien kilos.

—Vuelves a estar en deuda conmigo, Perseo —le dijo Pausanias con sincera alegría, palmeándole la espalda—. Parece que siempre tengo que recogerte del suelo.

Perseo movió la cabeza a los lados un instante. Después musitó «Gracias» y volvió la vista hacia donde había caído Mardonio. Sin preguntar más, desenvainó su espada y corrió hacia allá sorteando cuerpos.

—Algunos no conocen el descanso del guerrero —sentenció Escaleno.

—Vayamos a ver qué ha pasado —respondió Pausanias, quitándose el casco. Solo entonces se dio cuenta de que el aire fuera de esa cárcel de bronce, aunque fuera un día de verano, no quemaba como un horno.

Protegidos ahora por dos líneas de guardias, mientras por detrás de ellos ya llegaban refuerzos espartanos, éforo y general siguieron a Perseo. No tardaron en alcanzar el lugar donde había caído Mardonio; era fácil de localizar por Gerión, que le estaba volteando el cuello a un lado y a otro con la bota para comprobar si estaba muerto. Era obvio que sí. Si la pedrada de Escaleno no lo había matado directamente, sin duda no podía haber sobrevivido a las tres lanzas que sobresalían de su cuerpo.

A su alrededor yacían muchos de sus hombres y también un caballo blanco. No era el suyo, que al parecer había huido desbocado, sino el bravo corcel tesalio sobre el que había cargado Perseo. Perseo se agachó a examinar las lanzas que sobresalían del cadáver de Mardonio. Una de ellas estaba clavada en su cuello, atravesando de paso su barba roja, que tenía un aspecto tan rígido como el ala de una coraza de lino. Al ver que era el arma más larga y la que se hallaba menos astillada, la arrancó del cadáver.

—Perdona, señor. Es mía.

Quien se había dirigido a Perseo casi con timidez era Triptólemo, uno de los miembros más jóvenes de los *hippeîs*, casi recién salido de la *agogé*. Una de las alas de su coraza se había levantado, con los broches rotos, de modo que parecía un tercer brazo saludando al lado de su oreja. Como todos los demás, tenía el rostro y el cuerpo cubiertos de una mugre en la que se

mezclaban polvo, sangre ajena y propia y otros residuos en los que Pausanias prefería no pensar.

Perseo hizo ademán de devolverle la lanza, pero Triptólemo negó con la cabeza.

—Será un honor que la empuñes tú, Perseo —dijo—. Yo me buscaré otra.

Hacia el norte, el campo que un momento antes estaba plagado de enemigos ahora se veía despejado de todo lo que no fueran cadáveres de hombres y caballos y armas abandonadas, sobre todo escudos. Las columnas de polvo señalaban la dirección en la que los hombres de la todopoderosa *Spada* huían en tropel. Pausanias pensó que parecía mentira la rapidez con la que había sucedido todo tras la caída de Mardonio.

—He ganado esta batalla —murmuró—. De verdad la he ganado. Por Atenea, Ares y Eníalo, no lo puedo creer.

—Todavía tienes que vencer esta guerra —replicó Perseo.

—¿Qué quieres decir?

—Un amigo me explicó que, a veces, cuando se derrota a un adversario, hay que perseguirlo hasta aniquilarlo. Es la única forma de que no vuelva al año siguiente con más fuerza para quemar tus cosechas y robar tu ganado y tus mujeres.

—¿Ese amigo es espartano? ¿Entiende de guerra?

—Ese amigo se llama Menón de Tesalia, y su caballería es la que acaba de salvar a nuestro ejército, regente.

Pausanias suspiró, preguntándose si Atlas se sentiría tan cansado de sujetar sobre sus hombros la bóveda del cielo como lo estaba él ahora. Apenas notaba las piernas; pero sospechaba que cuando empezara a notarlas los calambres no le dejarían dar ni dos pasos.

A Perseo, en cambio, pese a haber permanecido un buen rato aplastado bajo una pila de cuerpos, se lo veía capaz de librar tres batallas más como aquella. También a Gerión, que se estaba agachando para que Tresas le restañara la herida de la nuca con un jirón de tela polvoriento. En realidad, la flecha apenas había podido atravesar los masivos músculos de su trapecio.

Miró en derredor. Cualquiera de sus guardias parecía más entero que él, si bien pocos de ellos habían salido ilesos de aquella carga suicida en busca de Mardonio. Así, su escudero Licareto había perdido finalmente el ojo derecho,

en una imagen siniestramente simétrica del propio Perseo.

«Tengo que estar a su altura —pensó—. Leónidas no me perdonaría que no lo hiciera».

Volvió a calarse el casco, embrazó el escudo que le tendía otro de sus guardias y exclamó:

—¡Muy bien, espartanos! ¡Formad las filas otra vez! ¡Vamos a perseguir al enemigo hasta Asia y, si hace falta, hasta los confines del mundo!

En realidad, la orden no era del todo necesaria. Por el ala izquierda los tegeatas y los hombres de Amonfareto ya corrían hacia el Asopo en persecución de los persas, y los batallones del flanco derecho hacían lo propio. Los seguía una auténtica nube humana, formada por ilotas, soldados de infantería ligera de otras ciudades e incluso lugareños que se apuntaban ahora, al final de la batalla, con la esperanza de rapiñar algo de botín. Detrás quedaron los muertos y los heridos, los persas para ser rematados y expoliados y los espartanos para ser atendidos por sus sirvientes.

La guardia real ya había formado de nuevo en un despliegue regular alrededor de Pausanias. El más veterano que seguía con vida, Diofanto, le dio novedades. De noventa y siete guardias que había al principio del día, quedaban únicamente cuarenta y cinco en condiciones de combatir. La mayoría de ellos había caído durante la carga suicida para matar a Mardonio.

—¡Pausanias!

Al oír la voz de Temístocles, miró hacia atrás. El ateniense venía hacia él y traía de las bridas un caballo. Lo seguían varios ilotas con otros dos corceles. Uno era el de Pausanias y el otro, el de Escaleno.

—¿Puedo sugerir al regente y al éforo una cabalgata hasta el fuerte persa? —preguntó Temístocles.

—Se agradece —respondió Pausanias.

Tenía el cuerpo tan dolorido por la tensión y los golpes recibidos durante la última carga que su escudero tuvo que ayudarle a montar. Una vez encaramado al caballo, con un campo de visión algo más amplio, recordó de pronto que a poca distancia se libraba otra batalla.

—¿Cómo van las cosas en el frente ateniense?

Temístocles sonrió.

—Buenas noticias. Mis compatriotas han puesto en fuga a los tebanos. Mejor será que tus hombres lleguen pronto al fuerte si quieren botín, porque me temo que los atenienses ya corren hacia él.

FUERTE PERSA

Artemisia seguía en la atalaya, donde había contemplado la batalla desde sus prolegómenos. No estaba sola allí arriba; la acompañaban secretarios y ayudantes de las diversas unidades, más el jefe del campamento, Farándates, conocido por ser el hombre más feo de la *Spada* y tener la concubina más hermosa, Neera de Cos.

Akbar, el observador que manejaba la dioptra de Temístocles, iba describiendo lo que veía. Había una parte que no necesitaba de demasiada interpretación: la polvareda salpicada de puntos de vivos colores que representaba la retirada en masa de la infantería y la caballería persa. Algo que no era propio de ejércitos victoriosos.

Las cosas tampoco marchaban bien para los intereses del Gran Rey en las zonas de combate más alejadas del fuerte. Allí, al oeste, los atenienses también habían puesto en fuga a sus adversarios.

Artemisia albergaba sensaciones contradictorias, y una de ellas urgente. Había conspirado para evitar la derrota de la causa griega, por lo que debería haberse sentido satisfecha. Pero en el caos y la matanza que se avecinaban, iba a resultar difícil convencer a atenienses y espartanos de que ella había sido su aliada. Sin aguardar más, se dio la vuelta y corrió hacia la escalera que bajaba de la atalaya.

—¿Adónde vas? —le preguntó Farándates.

—¡Lo más lejos posible de aquí! ¡Y si tienes una pizca de sensatez, harás lo mismo que yo!

Bajó las escaleras prácticamente saltando los tramos y agarrándose a los barrotes de madera para girar en los rellanos. Abajo la aguardaban sus hombres, que no tardaron en comprender que la situación no pintaba nada bien para ellos.

—¡Hay que salir de aquí! —les ordenó—. ¡Tomad lo más valioso que tengáis, pero no perdáis el tiempo! ¡Esto se va a convertir en una ratonera!

Las cinco tiendas donde se alojaban se encontraban cerca del pabellón de Mardonio. Allí recogieron algunas joyas, copas y monedas que habían

quedado custodiadas por cinco de sus compañeros, y huyeron a toda velocidad a la puerta norte del campamento, dispuestos a tomar el camino que llevaba a Tebas. No eran los primeros que emprendían esa huida, de modo que la calle entre las tiendas se empezó a atascar con una aglomeración de soldados libres de servicio, sirvientes de todo tipo, esposas, concubinas, prostitutas y esclavas e incluso críos, más aquellos que intentaban escapar del campamento a caballo, arrollando a todo el que se pusiera de por medio.

Usando sin piedad los astiles de las lanzas, e incluso las puntas de acero en alguna ocasión, llegaron a la puerta norte. Ahí se había formado un tapón de gente, pero más de cincuenta guardias la custodiaban y alanceaban sin piedad a todo el que se acercaba.

—¡Nadie puede salir sin autorización del jefe del campamento!

Artemisia maldijo a Farándates y a sí misma por aconsejarle que huyera del fuerte. Conociendo a aquel personaje, que no era precisamente un dechado de virtudes guerreras, debía de haber salido ya por esa misma puerta, no sin antes dar la orden de cerrarla para dejar a los griegos una presa suculenta y evitar que lo persiguieran a él.

Los hombres de Artemisia estaban armados, pero eran menos numerosos que los guardias de la puerta y además resultaba impensable combatir en medio de aquella multitud.

—¡A la puerta oeste! ¡Vamos!

Moviéndose contra corriente, retrocedieron y tomaron la primera calle que se abría a su derecha. Culebreando entre las tiendas para buscar huecos, llegaron lo bastante cerca de su objetivo para que Artemisia concibiera ciertas esperanzas, pues allí se advertía menos aglomeración.

En ese momento las puertas se abrieron, pero no para salir, sino para dejar entrar a un tropel de soldados en fuga. Mientras tanto, desde el parapeto y las torres de vigilancia las trompetas repetían una penetrante llamada de diez notas. Tras su larga experiencia con el ejército persa, Artemisia conocía todos los toques, aunque este únicamente lo había oído en ensayos.

Defender la empalizada.

Mientras sus hombres seguían corriendo, ahora como pollos descabezados en diversas direcciones, ella se frenó en seco.

Estaba encerrada.

Hasta entonces había conseguido huir en Maratón, trepando al puente de su nave capitana en el último momento. También en Salamina, haciéndose pasar por enemiga de Jerjes para colarse entre las naves atenienses.

«Quien gana dos veces a los dados, gana tres», intentó animarse, recordando un viejo dicho de Halicarnaso. Pero ni ella misma lo creía.

Había tentado demasiadas veces a la suerte y a los dioses. Había trampeado demasiado con las Moiras. Esta vez nada iba a impedir que la tijera de la inexorable Átropos cortara el hilo de su vida.

Apretó los dientes y acarició tanto el pomo de su espada como la bola que remataba el punzón de su moño, dos armas con las cuales había matado más de una vez.

Quien quisiera gozar de Artemisia tendría que hacerlo con su cuerpo frío y yerto.

Nadie iba a coger viva a la reina de Halicarnaso.

# 10

EXTERIOR DEL FUERTE PERSA

Todo orden de batalla se había roto ya. En el lado sur del fuerte persa, los espartanos asaltaban la empalizada por cientos de puntos a la vez, mientras los defensores descargaban sobre ellos las últimas flechas de sus aljabas.

Una de esas flechas desesperadas impactó en el cuello de Gerión cuando este acababa de arrancar con las manos dos troncos de la empalizada. El gigante agarró el asta con la mano izquierda y la partió entre los dedos, dejándose la punta clavada. Al hacerlo, no pudo evitar que sus pies resbalaran por la tierra suelta del terraplén, y cayó de bruces sobre este y se deslizó casi hasta el fondo del foso.

Rápidamente, Escaleno y Perseo acudieron a ayudarlo. Incluso con la punta de la saeta clavada tapando la herida, en cada latido de su corazón brotaba un borbotón de sangre.

—Sal de aquí. Tienen que verte esa herida, Gerión —dijo Escaleno. Pero cuando su mirada se cruzó con la de Perseo, movió la cabeza a un lado como diciendo: «Ni siquiera él puede salir de esta».

—¡Déjame! ¡Solo es un picotazo! —gruñó Gerión, apartando al éforo.

Volvió a subir por el terraplén, metió los brazos por la abertura que él mismo acababa de practicar y agarró los troncos que había a ambos lados, tirando hacia fuera con las palmas. Con un gruñido de esfuerzo, mientras la sangre teñía de rojo el peto de lino, el gigante contrajo sus portentosos dorsales con tanta fuerza que los cordones que le cerraban la coraza por el lado izquierdo se rompieron y saltaron como látigos.

Y, en el mismo momento en que se le abría la armadura, una segunda flecha negra se le clavó en la axila izquierda.

Con un último esfuerzo, Gerión arrancó otros dos troncos de la empalizada y cayó con ellos de espaldas por el terraplén.

Perseo se dejó resbalar hasta el fondo del foso y agarró la cabeza de Gerión. El gigante tosió un chorro de sangre y dijo:

—Toma el fuerte y jode a esos cabrones, Perseo.

Después sus ojos se velaron con la pátina opaca con que las Keres cubren la mirada de los muertos.

«Jode a esos cabrones», se repitió Perseo. No esperaba palabras memorables de Gerión, pero aquellas, al menos, retrataban su personalidad con su último aliento. Para el gigante espartano, casi todos los demás mortales eran unos cabrones, y a lo que podía los había jodido bien. Incluyendo a Perseo más de una vez.

Ahora que habían puesto en fuga a los persas, los ilotas que al principio del combate se desperdigaron por las laderas del Citerón habían regresado al campo de batalla siguiendo a los hoplitas. Había algo más que fidelidad en ello: también la esperanza de conseguir botín para ellos y ocultárselo a sus amos espartanos.

Perseo buscó con la mirada al ilota de Gerión, un muchacho rubio, de rasgos finos, casi barbilampiño. Al ver cómo los ojos del sirviente brillaban con una alegría apenas disimulada ante el cadáver de su señor, Perseo pensó que Gerión había debido de usar su cuerpo para darse placer; y no precisamente con la delicadeza que, como había tratado de imbuirles Leónidas, se debía a un *erómenos*, sino con la brutalidad de un arcadio que fornica con sus cabras.

—Llévatelo de aquí —ordenó al ilota y añadió una advertencia—: Después iré a ver si lo has lavado y ungido de aceites.

El mensaje estaba claro: nada de profanar ni saquear su cadáver. El joven criado, como todos los demás ilotas que acompañaban al ejército, tenía familia en Laconia o en Mesenia, así que no le quedaba más remedio que portarse bien con su difunto señor si no quería que sus parientes sufrieran represalias.

Perseo pensó en el epitafio de Gerión. No podía decirse de él que, como un Heracles redivivo, hubiese combatido contra monstruos y plagas y socorrido a la humanidad. Seguramente Gerión no había ayudado a nadie en su vida por iniciativa propia. Pero su agresividad y su brutalidad habían resultado útiles en más de una ocasión para la causa espartana. «A Posidonio, conocido como Gerión —podría rezar la inscripción—, que con esos brazos

que le valieron para ganar la lucha en dos Olimpiadas abrió una brecha en la empalizada de los persas en Platea».

Perseo oyó un silbido pasar al lado de su oreja. Una flecha se clavó en el suelo junto a la cabeza del gigante muerto.

Levantó la mirada. En lo alto del terraplén, sus compañeros estaban luchando en la brecha recién abierta y ampliándola a fuerza de empujones y de hacer palanca con escudos y lanzas, mientras se protegían como podían de las flechas de los defensores.

Más arriba, por encima de los troncos de la estacada, se alzaba una torre de vigilancia. Era la más alta y ancha de todas. En el campamento la conocían como la atalaya de Mardonio, porque era allí donde el general subía para escudriñar los movimientos de las tropas griegas. Allí convocaba a menudo consejos de guerra, formales o no.

La atalaya tenía varios pisos unidos por escalas de madera. En el último, a unos diez metros de altura sobre el terraplén, había un arquero. Solo uno. Vestido de blanco, levantando su arco sobre la cabeza en mudo saludo a Perseo.

Bagabigna.

Perseo dejó el cuerpo de Gerión en manos de su ilota y trepó de nuevo por la rampa. La brecha se había ampliado ya a más de tres metros y por ella entraban en tropel los espartanos del batallón de Pitana sin nada que lo impidiera. Desmoralizados, los defensores del otro lado de la empalizada debían de haberse retirado al interior del campamento.

—¡Dejad paso! —ordenó Perseo, moviendo el escudo a ambos lados para abrirse camino. Al ver que se trataba de él, el portador de la armadura de Heracles, los demás aguantaron sus empujones y le permitieron entrar en el recinto vallado.

Al otro lado de la estacada había una zona despejada de unos cinco metros. Pasada esa especie de calle, los techos puntiagudos y multicolores de las tiendas de campaña se extendían hasta perderse de vista. Perseo vio pasar a su lado a Nicanor, que se desgañitaba diciendo a sus hombres:

—¡No prendáis fuego a nada o las llamas nos quitarán el botín!

«Nicanor, tan desinteresado como Gerión», se dijo Perseo.

Sin dedicar otro segundo de atención a su antiguo jefe de pelotón, Perseo

dirigió la mirada hacia su izquierda. Allí, pegada a la empalizada, se alzaba la atalaya sobre ocho gruesas vigas de roble. Ya no había defensores en ninguna de sus plantas. Únicamente Bagabigna, aguardándolo allí arriba.

«Si me quisiera matar de un flechazo, ya lo habría hecho», pensó Perseo y se echó el escudo a la espalda para trepar más desembarazado. Subió el primer tramo de peldaños diciéndose a sí mismo: «Despacio, despacio», tratando de reservar fuerzas para la prueba que se avecinaba.

Pues no dudaba de que la amistad entre Gilgamesh y Enkidu había dejado de existir.

La escalera desembocaba en el primer piso, situado al mismo nivel que los troncos de la estacada exterior. Había dos cuerpos allí, tendidos uno al lado del otro, abrazados como amantes. Un guerrero espartano y otro persa. El persa le había clavado a su enemigo una flecha en el cuello, usándola a modo de puñal, mientras que el espartano había hundido su espada en el cuerpo del persa, atravesándolo de parte a parte con tal brutalidad que en la punta de su arma se había quedado enganchado un trozo de vértebra rota. ¿Se llevarían las Keres sus almas al mismo sitio, o habría infiernos separados para griegos y bárbaros?

«Reserva fuerzas», volvió a decirse Perseo al acometer la segunda escalera. Pero sus piernas parecían haber cobrado voluntad propia y empezaron a devorar los peldaños de dos en dos. La madera crujió bajo su peso, que con aquella impedimenta pasaba de ciento treinta kilos. Conforme ascendía, su ángulo de visión del campamento mejoraba. Las calles entre las tiendas se veían atestadas de gente que corría, luchaba y gritaba, y también de cuerpos que se amontonaban en el suelo. En el centro, como si del ágora de una ciudad se tratara, se levantaba la tienda azul de Mardonio, sobre la que todavía ondeaba el estandarte de Ahuramazda como si nada hubiera ocurrido.

El segundo piso estaba desierto. El tercero también. Perseo se detuvo un momento ante el último tramo de escaleras, que desembocaba en una trampilla abierta en el techo de aquel nivel.

—¿A qué esperas, Perseo? —Le llegó la voz de Bagabigna. Como si le hubiera leído el pensamiento, el persa añadió—: Si te hubiese querido matar, ya tendrías tres flechas clavadas en el cuerpo.

Perseo respiró hondo y subió el último tramo con una lentitud deliberada. Por fin llegó arriba.

No era la primera vez que trepaba allí, al lugar más elevado del fuerte, aunque en las ocasiones anteriores prácticamente había sido un cuerpo sin alma el que había pisado aquellas tablas. Al norte podía ver todo el campamento. Conforme la vista se alejaba, los hombres que corrían y peleaban parecían cada vez más un hervidero de hormigas de movimientos caóticos, casi espasmódicos.

Quien le interesaba estaba mucho más cerca, esperándolo con esa sonrisa que nunca se le borraba del rostro.

Bagabigna.

Por pura costumbre de guerrero, Perseo echó una rápida mirada a su alrededor, estudiando el terreno. Como escenario para un combate no era muy amplio, por más que fuese la torre más grande del fuerte. La plataforma cuadrada sobre la que pisaban tenía unos doce pasos de lado y estaba rodeada por una balaustrada de casi metro y medio de altura. La trampilla por la que había subido Perseo se abría junto a la barandilla del extremo sur, mientras que Bagabigna estaba apoyado en la balaustrada norte.

—Esta palestra es más pequeña que la del gimnasio de Heracles —dijo Perseo—. No vas a poder bailar como a ti te gusta.

—Así que ahora lo recuerdas todo. Incluido nuestro duelo.

—Todo y más. Recuerdo incluso cosas que había olvidado antes de perder la memoria.

—¿Cómo es posible que sepas que las habías olvidado?

—Lo sé. Podrías preguntarle a mi hermano. Él te confirmaría que he recuperado memorias olvidadas de nuestra niñez.

—Lo cierto es que ya no tienes la misma mirada.

—No lo sé. No suelo verme mi propio ojo.

—No es el mismo. No es esa mirada nublada que has tenido estos últimos meses. Pero tampoco es la de aquel novato con el que peleé en Esparta.

—¿De veras?

—Veo que has matado. Antes lo dudaba, pero ahora lo sé.

—Sí.

—Has matado mucho.

—Es posible. ¿Eso me ha cambiado la mirada?

—Acuérdate de lo que te dije. Matar lo cambia todo.

Perseo recordó aquellas palabras. Pero, sobre todo, vio de nuevo a Fénix y a Hipólito, tendidos en el suelo, gorgoteando por las heridas que Bagabigna les había abierto en la garganta con su daga.

—Percibo tu ira —dijo el persa—. Sé que estás enojado conmigo. Pero cuando te pedí perdón, lo hice con sinceridad. Debes entender que mi furia era tan grande como mi pérdida.

Bagabigna había dejado el arco y el carcaj apoyados en un rincón de la barandilla. Solo tenía su lanza, pintada de negro desde la contera hasta la aguzadísima punta y adornada con unas cintas rojas.

La levantó y empezó a hacerla girar entre el dorso y la palma de la mano, como un prestidigitador. Aunque ambos se encontraban lejos, Perseo, conociendo la rapidez cegadora de su adversario, ladeó el cuerpo y se cubrió con el escudo.

—¿Qué ocurriría si arrojara mi arma a los pies y me entregara a ti como prisionero? —preguntó Bagabigna.

—Me decepcionarías.

La sonrisa del persa se hizo más amplia. No parecía haber asomo de ironía en ella.

—También me decepcionarías tú si me lo pidieras, Perseo. Pero antes de que nos enfrentemos, me gustaría saber por qué quieres matarme. Considéralo legítima curiosidad. ¿No te basta que te haya pedido perdón por la muerte de tus maestros?

—Aunque te perdonara por eso, sé que pretendes destruir mi patria. Tú mismo me lo dijiste aquel día y me lo repetiste hace poco en tu propia tienda de campaña.

Bagabigna detuvo el giro de la lanza en seco, encajándola bajo su axila derecha con un movimiento tan rápido que hizo zumbar el aire.

—¿Y qué querías? Tu patria me arrojó a un pozo. Tu patria asesinó a mi amada.

—Eso fue un crimen. Lo reconozco, y si te saqué del pozo fue para compensarte. Ojalá os hubiera podido sacar con vida a todos, incluida a tu

amada.

—Ojalá —dijo con tristeza Bagabigna.

—Pero no por ello voy a consentir que destruyas Esparta.

—¿Por qué te importa tanto? Tu propia patria te expulsó.

—No. Solo me convirtió en uno más.

—Tú nunca has querido ser uno más.

Perseo vaciló un segundo.

—Ser solo un espartano más es mucho más que ser el primero de los persas.

—Ingenioso juego de palabras. Pero tu padre asegura que los miembros de tu linaje sois descendientes de Heracles, no auténticos espartanos.

«Él no es mi padre», pensó Perseo. Pero no lo expresó así en voz alta.

—Yo ya no soy hijo de Damarato. Únicamente soy hijo de Esparta.

—Entonces, ¿por qué estuviste diez años lejos de ella?

Los párpados del ojo que Perseo no tenía se contrajeron en un rictus. Jamás le había confesado a nadie la verdadera razón. Sintió la tentación de hacerlo ahora, puesto que o él o Bagabigna estarían muertos en breve; pero la desechó.

—A veces no nos queda más remedio que alejarnos de lo que amamos. Pero cuando llega el momento, regresamos a defenderlo. —Perseo apuntó con la lanza a Bagabigna. Todavía estaban demasiado alejados para que su gesto fuera una amenaza inmediata—. Y tú quieres destruirlo.

—No te engañes. Tú no me quieres matar por eso. No me quieres matar ni por tu maestro Fénix ni por Esparta, y lo sabes.

—¿Y por qué te quiero matar?

—Quieres demostrar algo.

—¿A quién se lo quiero demostrar? ¿A los demás espartanos? ¿A los persas y griegos que nos están observando?

Perseo señaló con la lanza hacia el suelo. En el espacio que se abría bajo la atalaya se habían congregado soldados de uno y otro bando, separados por una franja de tierra vacía. Todos tenían las miradas vueltas hacia las alturas,

expectantes, como si se hubiera declarado una tregua tácita para asistir al duelo de dos héroes homéricos sobre las murallas de la mismísima Troya.

—No. A ellos no —respondió Bagabigna.

—¿Entonces a quién? ¿A los dioses?

—Tampoco.

Perseo se estaba impacientando. Ahora era él quien jugueteaba con la lanza, haciéndola girar entre los dedos como si quisiera prender fuego con la contera en el suelo de la atalaya.

—¿Crees que necesito demostrármelo a mí mismo?

—Vénceme y te lo diré. Si no, te quedarás sin saberlo.

El persa llevaba bajo la ropa una coraza de lamas plateadas que asomaban por el cuello, pero su cabeza estaba descubierta. Perseo se quitó el yelmo y, agachándose con cuidado, lo dejó sobre el primer peldaño que bajaba al piso inferior. De este modo no lo pisaría, a no ser que cayera por la trampilla; y en tal caso, estaría perdido.

—¿Vas a soltar también el escudo, Perseo? —preguntó Bagabigna, que había empezado ya a moverse en paralelo a la balaustrada, con aquel cruce lateral de pies que le hacía parecer un danzarín.

—No.

—¿Insistes en pelear con ese estorbo? ¿Para eso te he enseñado el verdadero arte de la lanza?

—Ese arte lo aprendí por mi cuenta y muchas almas del Hades pueden dar fe de ello. Pero hoy es el día más glorioso de mi patria, y en él voy a vencerte combatiendo como un espartano.

Perseo se acercó despacio al centro de la plataforma. Al hacerlo, pisó con fuerza las tablas para escuchar cómo crujían y notar si se combaban bajo su peso. El suelo parecía sólido.

Bagabigna seguía moviendo la lanza con ambas manos por delante del cuerpo, a tal velocidad que, por una ilusión óptica, el arma parecía dividirse en dos. A Perseo no le impresionó. Había practicado esos trucos por su cuenta y de memoria durante años, y después con el propio Asesino Blanco en el campamento persa. Servían para distraer al contrario. Mas solo si el contrario se dejaba distraer.

Él no necesitaba mirar fijamente a la lanza para saber cómo era. La había visto muchas veces. Incluso había contemplado cómo el propio Bagabigna, sin recurrir a sirvientes ni armeros, la pulía con tanto cariño como si ungiera de aceite la espalda desnuda de una concubina. La hoja, dos palmos de hierro negro, tenía los bordes tan finos que habría podido partir un pelo por la mitad.

La lanza de Perseo también estaba afilada, pero no con tanto esmero. Su principal arma era la punta, lo bastante aguzada como para rasgar la piel con una mínima presión. Era algo más corta de lo que habría querido, debido a que Perseo le sacaba casi una cabeza a Triptólemo, el guardia real que se la había entregado.

Bagabigna, que debía de estar pensando también en estaturas, dijo:

—Ya te dije que habías crecido mucho por fuera. Ahora es el momento de comprobar si has crecido también por dentro.

—Te sigue gustando demasiado hablar.

—Dicen que el don de la palabra distingue a los hombres de las bestias.

Los ojos de Bagabigna lo avisaron cuando pronunció la sílaba «bes». Sin amagos y sin tomar impulso, el persa saltó adelante deslizando la lanza entre sus manos para proyectar la punta, de tal manera que en una fracción de segundo ganó más de dos metros de distancia. El golpe buscó el muslo de Perseo, que interpuso el escudo a tiempo. El hierro repiqueteó sobre el bronce, mientras Perseo se desplazaba a la derecha para atacar por el costado izquierdo a Bagabigna. No esperaba encontrar el cuerpo de su contrincante tan pronto, y no lo encontró. El persa hurtó el torso retorciéndolo en un escorzo y, con aquella rapidez endiablada que no había menguado con los años, levantó la lanza y la abatió para golpear en vertical la cabeza de Perseo.

Perseo volvió a bloquear con el escudo y esta vez retrocedió sin contraatacar. La ventaja que tenía Bagabigna era que su estilo le permitía usar tanto la punta de su lanza como el filo y golpear desde cualquier eje casi como si usara una espada, pero con mucho más alcance. Ya lo había hecho en su único duelo, con la diferencia de que entonces el extremo de su arma estaba embotado, mientras que ahora cualquier golpe, de punta o de lado, podía resultar letal.

El arma de Perseo, por el contrario, era mucho más eficaz tirando estocadas de punta que tajos, ya que el hecho de manejarla con una mano y el impedimento del propio escudo robaban mucha fuerza a los movimientos

laterales.

Bagabigna fingió retroceder para llevar a su rival al centro de la plataforma. Sospechando que quería situarlo allí para poder girar a su alrededor y bailarlo como había hecho en la palestra, Perseo no avanzó.

—Acércate tú, persa. Yo no tengo prisa. ¿No ves que los griegos ya hemos ganado la batalla?

—La única batalla que a ti te importa se libra aquí.

Como si el que tuviera prisa fuera él, Bagabigna realizó una serie de ataques fulgurantes, usando los dos extremos de la lanza para buscar la cabeza y las piernas de Perseo en rapidísima sucesión. El espartano subió y bajó el escudo con la economía de movimientos justa para detener todos los golpes, *clong-clong-clong-clong*, y contraatacó con una estocada que en esta ocasión sí alcanzó el costado del persa.

Bagabigna reculó de un brinco y examinó un instante el desgarrón en forma de lambda que la punta de hierro le había abierto en el blanco caftán. Por debajo, las escamas de su armadura rielaron bajo el sol como peces bajo la superficie de un estanque, y Perseo guiñó el ojo para no deslumbrarse.

—Has podido hacerme daño —dijo Bagabigna—. Incluso diría que me has hecho daño.

—Lástima que esta vez lleves coraza.

—Me la habría quitado, pero con el trajín de esta campaña no he tenido tiempo de depilarme el torso.

Era mentira, y bien lo sabía Perseo, pues Bagabigna hacía que sus criados lo depilaran cada dos o tres días como mucho, e incluso había ordenado que hicieran lo mismo con Perseo. Pero no dejó de hacerle gracia su broma. Pensó que, de haber sido ambos persas o ambos espartanos, podrían haber entablado una amistad duradera.

Solo fue un pensamiento efímero. Durante sus campañas en tantos países más de una vez había compartido pan y bebido vino con guerreros a los que dos días después les había hundido la lanza o la espada entre las costillas.

Bagabigna volvió a atacar. Esta vez la lluvia de golpes duró más. Una estocada del persa arrancó astillas del borde del escudo de Perseo e incluso llegó a resbalar rechinando por su coraza de bronce. Al final de aquella serie, Perseo se limitó a tirar una sola lanzada, con tanta intención que su adversario

apenas tuvo tiempo de apartar el rostro en el último instante.

—Has cambiado de táctica —se sorprendió Bagabigna, retrocediendo para mantener la distancia.

Perseo no respondió. Su adversario tenía razón. El día en que pelearon delante de media Esparta, Perseo había gastado muchas energías lanzando ataques constantes que, pese a la fuerza demoledora que ponía en ellos, no conseguían nada. Con el tiempo, había comprobado que atacar podía resultar más agotador que defender. Solo era así si el que se defendía no se ponía nervioso, si mantenía la calma y se anticipaba a los movimientos del rival lo justo para bloquearlos con el escudo.

Y Perseo, que en aquel duelo había acabado apabullado por los golpes de Bagabigna, había aprendido a no ponerse nervioso. Le bastaba con vigilar el gesto del persa. Sus ojos le decían casi todo, así como su boca y su cuello. También tenía que vigilar sus manos y sus pies, por supuesto; pero si el rostro de su adversario se mantenía en el centro de su pupila, el resto de su cuerpo nunca andaba demasiado lejos.

El persa lanzó una nueva serie de ataques encadenados, cuatro de ellos de finta y dos tirándose a fondo. Perseo se cubrió la pierna izquierda primero y la cabeza después, los puntos donde Bagabigna había conseguido golpearlo en aquel duelo.

Volvieron a separarse.

—¿No te cansas de sujetar ese escudo tan pesado? —preguntó Bagabigna.

—Estoy cómodo. Puedo seguir así hasta que caiga la tarde.

En su primer duelo había dicho algo parecido. La diferencia era que ahora pronunció aquellas palabras sin jadear. No porque el corazón no le latiera a toda prisa; se trataba de algo que había aprendido a hacer durante tantos años de combates: hablar como si apenas le costara respirar, aunque fuese mentira. Ofrecía impresión de serenidad y desmoralizaba al enemigo.

Aunque dudaba de que eso sirviera para desmoralizar a alguien como Bagabigna, un veterano que conocía los mismos trucos.

Estaba tan concentrado que el griterío de la matanza en el campamento sonaba como un zumbido de moscas en sus oídos. Pero de pronto se oyó un gran estrépito que le hizo volver la mirada a la derecha, apenas un instante. La atalaya de la esquina sureste del campamento se acababa de derrumbar entre

una nube de polvo.

«Espero que no derriben esta torre mientras seguimos aquí arriba».

—¡Cuidado!

El grito de aviso de un espectador de abajo alcanzó sus oídos al mismo tiempo que una voz interior le alertaba: «¡Te has descuidado!». Instintivamente, interpuso el escudo y proyectó la lanza.

Oyó simultáneamente el rechinar del hierro sobre el bronce y un gruñido de dolor. Bagabigna trastabilló, se revolcó sobre las tablas en una voltereta y un segundo después se puso en pie de nuevo, a cinco metros. «Le he dado», pensó Perseo, que a través de la madera había notado en su muñeca la resistencia de la carne al rasgarse.

El persa, que en aquella maniobra había quedado de cara al sol, entrecerró los ojos. Tenía la lanza aferrada únicamente con la mano derecha mientras se tapaba el cuello con la izquierda. La apartó un momento para mirarse la palma y Perseo pudo comprobar que, en efecto, le había herido. El filo de su lanza le había abierto una raja horizontal desde debajo de la oreja hasta justo encima de la nuez. Por la forma de sangrar, Perseo pensó que no le había cortado la carótida, pero que sí le había rasgado la yugular lo suficiente para provocarle una copiosa hemorragia.

En lugar de volver a cubrirse la herida, Bagabigna se puso la mano en el cuello para hacer presión sobre la vena y contener la sangría.

—Solo puedo usar una mano —dijo. Era evidente que la herida no le había afectado la laringe—. ¿Vas a soltar el escudo para pelear en igualdad de condiciones?

—No busco ser igual que tú, bárbaro. Solo busco vencerte.

Perseo avanzó con decisión y tiró una lanzada al rostro de Bagabigna. Este se echó para atrás y detuvo el golpe a duras penas con su arma. Los dos astiles se trabaron un momento. Aprovechando que la distancia se había reducido y que la lanza del persa no podía alcanzarlo, Perseo embistió contra él cargando sobre el escudo sus cien kilos de músculos reforzados por casi treinta de bronce y hierro.

Bagabigna volvió a trastabillar. Mientras retrocedía tuvo que dejar de presionarse la herida y bracear en el aire en un intento de conservar el equilibrio. Perseo, que había olido literalmente la sangre de su adversario,

volvió a usar todo el impulso de su cuerpo, esta vez para hincarle la lanza en el pie izquierdo, con tanta fuerza que notó cómo la punta atravesaba la carne y los huesos y se hundía en las tablas del suelo.

Con un aullido de dolor, Bagabigna cayó sentado contra la balaustrada, que rechinó quejumbrosa por el impacto. La propia caída hizo que la lanza de Perseo siguiera cortándole, hasta que el filo le salió entre los dedos partiéndole el pie en dos como una pezuña.

«Los colmillos de un león herido siguen siendo aguzados», decía un proverbio macedonio. Mientras el persa aferrara su arma, no dejaba de ser peligroso. Perseo le tiró otra lanzada y esta vez le atravesó el bíceps de parte a parte y se lo dejó clavado a una de las columnas de la barandilla.

Los dedos de Bagabigna se abrieron sin fuerza y su lanza cayó sobre las tablas. Perseo la apartó de una patada y estudió unos segundos a su rival. Tenía la mano derecha inutilizada y con la zurda se había vuelto a presionar la yugular, consciente de que era por esa herida por donde antes se le iba a escapar la vida.

—¿Me dirás ahora a quién le quería demostrar algo?

—¿No es evidente? —respondió Bagabigna, resollando. Tenía los dientes rojos de sangre.

—No te queda mucho tiempo para adivinanzas.

—A mí.

—¿A ti? ¿Qué quieres decir?

—Me lo querías demostrar a mí. Querías que yo reconociera que eres mejor. ¿Es verdad?

—Tal vez.

—Lo reconozco, Perseo. Eres mejor.

—Lo soy.

—Tú has crecido. Mientras crecías, yo menguaba.

—¿Pones como excusa la edad?

—Excusa no. Realidad, Perseo. Es ley de vida. Estás en plenitud. Eres como… vuestro Aquiles…

La voz del persa sonaba cada vez más débil. Su rostro se estaba volviendo

blanco y sus labios azules.

—… Sin que te des cuenta, día a día, año a año, entrarás en declive. Un poco más lento. Un poco más débil. Entonces llegará alguien más fuerte y con más hambre de victoria que tú.

—¿Quieres robarme la alegría de la victoria?

—No. No es eso. Estoy orgulloso de ti. Yo te convertí en el guerrero que eres.

Bagabigna apretó los dientes y los párpados y ahogó un gruñido. Las heridas del brazo y el pie probablemente no eran mortales, pero el dolor debía de resultar insoportable.

—¿Vas a dejar que… me desangre?

—No.

Perseo desenvainó la espada y se arrodilló al lado derecho de Bagabigna, lo bastante lejos de su mano izquierda, por si en el último instante decidía sacarse un puñal de la ropa y morir matando. Después le apoyó la punta de la espada entre ambas clavículas, por encima del borde de la coraza. Recordando lo que el persa le había contado sobre la otra vida, rezó:

—Que el puente de Chinvat sea ancho bajo tus pies, Bagabigna hijo de Artavardiya, que Daena te conduzca con bien a la Mansión de los Cánticos junto con los bravos guerreros.

Bagabigna, que había cerrado los párpados, los abrió de nuevo, miró de reojo a Perseo y sonrió.

«Ni muriendo podría borrarle la sonrisa», pensó Perseo y con ambas manos le hundió la espada en el cuerpo hasta que la punta topó con las vértebras.

Después desclavó ambas armas y las limpió en el caftán del persa, que ya había perdido su blancura inmaculada. Si nadie se llevaba su cuerpo, volvería a por él para rendirle las honras fúnebres que merecía. Pero ahora había otras cosas a las que atender.

Cuando se enderezó y contempló el cadáver de su adversario, no sintió ninguna alegría. ¿Se la había robado Bagabigna? No, se respondió a sí mismo. No era eso.

De pronto la revancha por su derrota y la venganza por Fénix e Hipólito

se habían convertido en cenizas frías. Por debajo solo quedaba una extraña tristeza, como si hubiera matado a una parte de sí mismo.

Y tal vez lo había hecho. Porque, tal como le había dicho Bagabigna, era él quien había creado al Perseo que ahora se alzaba victorioso sobre su cadáver.

—¡Perseo! ¡Perseo! ¡Perseo!

Al oír las voces, se asomó a la balaustrada. Abajo había cientos de griegos, la mayoría de ellos espartanos, gritando de júbilo y enarbolando las lanzas. Los persas que habían contemplado el combate ya se habían desbandado hacia el centro del campamento. Perseo no habría dado ni un óbolo por sus vidas. Así era la ley de la guerra. Pero también había mujeres en el campamento y niños que no tenían por qué morir. Alguien debía velar por ellos.

«Proteger al débil y poner orden en el mundo», le decía siempre su abuela.

—¡Perseo! ¡Perseo! ¡Perseo!

Se disponía a bajar ya de la atalaya, pero se detuvo a disfrutar unos segundos más de aquella sensación. Matar al rival que había ocupado sus obsesiones y sus sueños durante años no había sido placentero. Oír las aclamaciones de los espartanos sí.

Recordó la frase de Fénix. «Brindarás a Grecia un espectáculo como nunca ha contemplado. ¡Un rey ganando batallas con su propia lanza!».

Él no era rey. Y, por supuesto, no había vencido la batalla él solo. Pero sabía que su carga con los tesalios había cambiado el rumbo del combate, así que levantó la lanza y el escudo sobre la cabeza, y durante unos segundos dejó que el rugido de los guerreros acariciara sus oídos.

# 11

## Pabellón de Mardonio

En medio del caos y la matanza que reinaban en el fuerte persa, Artemisia había logrado reunir a algunos de sus hombres y llevarlos al pabellón de Mardonio. Allí les había ordenado desprenderse de las armas y esconderse en las dependencias más alejadas del exterior junto a los pajes, eunucos y cocineros, pensando que sería lo más seguro para ellos.

Con la misma idea que Artemisia, muchas esposas y concubinas de altos oficiales persas se habían refugiado en la tienda del general. Entre ellas se encontraba la amante de Farándates, quien la había abandonado sin decir nada del mismo modo que había abandonado su responsabilidad como jefe de campamento. Al ver a Artemisia, la bella Neera se arrojó ante ella y se abrazó a sus rodillas en el tradicional gesto de suplicante.

—¡Sálvanos, señora! ¡Por favor, no dejes que nos hagan daño! —rogó, con los ojos arrasados de lágrimas y los cabellos dorados desparramándose sobre los pies de Artemisia.

Como natural de Cos, Neera no dejaba de ser súbdita de Artemisia, a la que Jerjes había concedido el dominio de esa isla, junto con las de Nisiro y Calidna. Eso, y el ritual de la súplica, que no se podía rechazar sin ofender a los dioses, la obligaban a protegerla.

Artemisia trató de pensar a toda velocidad. Después reunió en la estancia principal de la tienda a esclavas y concubinas, y les dijo que lo prepararan todo para que el lugar pareciera un bazar babilonio lleno de vajillas, copas de oro y plata, cubiertos, divanes taraceados, almohadas de seda, tapices, jarras de vino y cualquier otro objeto que sugiriese lujo y riquezas.

—Los hombres vienen con la furia de la batalla y su sed de sangre se convierte de repente en hambre de sexo —les explicó.

En ese estado, prosiguió, los varones eran como animales que se dejaban

impulsar por las pasiones más instintivas y brutales, y que a veces las satisfacían todas a la vez, forzando primero y asesinando después —o en orden inverso— a las prisioneras, o simplemente destrozándoles el cuerpo en horribles violaciones colectivas.

Pero si, al entrar en la tienda, los griegos victoriosos se encontraban con un espectáculo refinado y magnífico, lo que se les despertaría sería la codicia del oro y la plata. Una pasión distinta y más calculadora, una que no compartían humanos y animales.

Al menos, esa era la esperanza de Artemisia.

Siguiendo las instrucciones de la reina guerrera, las concubinas se engalanaron con sus mejores joyas, evitando vestirse con gasas y sedas transparentes para no provocar la lujuria de los vencedores. En pocos minutos, la tienda parecía un sueño, el harén de un potentado oriental.

—¿Funcionará, mi reina? —preguntó Neera, apretando la mano de Artemisia.

La redecilla de oro, las cadenas y las ajorcas resaltaban su belleza y el rubio de sus cabellos. Aquella mujer exudaba tal sensualidad que la propia Artemisia sintió la tentación de estrecharla contra su pecho y probar sus labios. Reprimiendo el impulso y preguntándose si los vencedores conseguirían hacer lo mismo, contestó:

—Si los primeros hombres que entran aquí tienen un mínimo de corazón y de aprecio por la belleza, funcionará.

Los ruidos del saqueo sonaban cada vez más cercanos. Gritos, relinchos, cánticos, órdenes. Voces en griego que amenazaban e insultaban y voces en persa, cada vez menos, que suplicaban piedad. Varias mujeres empezaron a sollozar. Resultaba comprensible, pues algunas no eran más que niñas de trece o catorce años, pero Artemisia dio un par de palmadas para hacerlas callar.

—¡No lloréis! Sonreíd como sonríen quienes reciben a los vencedores. Eso les hará creer que acaban de regresar a su casa, no que están entrando en territorio enemigo.

Por fin, el momento que temían llegó. Algo golpeó por fuera el faldón de la tienda para abrirlo. Artemisia sintió que se le paraba el corazón. Ni en Maratón ni en Salamina había albergado tal sensación de amenaza y de muerte inminente.

Lo primero que asomó fue la punta de una lanza. El hierro negro chorreaba sangre, lo que hizo que muchas de las mujeres apenas pudieran sofocar gemidos de horror. Artemisia se volvió hacia ellas, hizo un rápido gesto con las palmas de las manos para calmarlas, y después se adelantó para demostrar que las protegía a todas.

Detrás de la lanza asomó el rostro de un soldado. Otro, más impaciente, rasgó la tela de la tienda con su espada, *rip*, *rip*, *rip*, y entró casi trastabillando por el hueco que había abierto. Detrás de ellos pasaron otros cuatro hombres más.

Eran todos hoplitas. Uno de ellos llevaba una coraza de bronce en forma de campana, mientras que sus cinco compañeros se protegían con petos de lino, sucios de sangre y hollín y llenos de rasguños. Cuando vieron el espectáculo, sus ojos se abrieron como platos y llamaron a más compañeros, que no tardaron en entrar.

El hombre de la coraza de bronce avanzó unos pasos, observando con admiración las mullidas alfombras que pisaban sus botas manchadas de sangre y barro.

—¿Qué rincón celestial es este? —preguntó.

A Artemisia no le gustó nada cómo sus pupilas bailaban de una mujer a otra.

—Es la tienda del general Mardonio —respondió Artemisia—. Todas estas mujeres que veis son prisioneras suyas y os dan gracias a los dioses y a vosotros por haberlas liberado.

—¿Así que os hemos liberado? Hummm…

El hoplita, que a juzgar por su coraza debía de ser un oficial, empezó a dar vueltas alrededor de Artemisia, que se mantuvo firme. Los demás soldados aguardaban a cierta distancia, propinándose codazos de apreciación entre ellos. Habían entrado ya diez, pero el último había tenido la precaución de cerrar de nuevo el faldón de la puerta.

«No quieren que los demás vean lo que pasa aquí. Mal asunto», pensó Artemisia.

—¿Tú también eres prisionera? —preguntó el oficial—. ¿Es que a Mardonio le gusta vestir a sus concubinas de soldado? ¿Qué clase de pervertido es?

«Soy la reina Artemisia de Halicarnaso», estuvo a punto de decir, pero se lo pensó mejor. Le convenía andarse con cuidado. El dialecto de aquellos hombres no era jonio, lo que excluía que fuesen atenienses, que eran quienes habían puesto precio a su cabeza. Tampoco era dorio y desde luego no tenían aspecto de espartanos. El acento y las terminaciones de las palabras le recordaban al chipriota, un dialecto con el que estaba más familiarizada. Según le habían contado, arcadios y chipriotas hablaban variedades del griego muy parecidas.

Y si había un pueblo que tenía fama de salvaje y atrasado entre los demás griegos, ese era el de los arcadios.

En cualquier caso, mucho se temía que su nombre era demasiado célebre. Recordó que, en la batalla de las Termópilas, un oficial espartano se había burlado de ella. «¡No deberías estar aquí, Artemisia!». Era el mismo que, con su último aliento, la había maldecido: «¡Has traicionado a tu raza, ramera!».

Eso era lo que sabían o creían saber todos los griegos, que Artemisia estaba vendida a los persas. Lo que ignoraban era que ella los había ayudado en dos ocasiones; primero en Maratón, obligada, por Patikara-Jerjes, y después por propia voluntad, enviando un mensaje a Esparta.

Sin embargo, sospechaba que ahora no le iba a ser de ninguna utilidad recordar sus servicios a la causa griega.

El oficial que ella suponía arcadio pasó por detrás de ella, cada vez más cerca, y le olisqueó el pelo.

—Huele a perfume. Pero no es tuyo. No me digas que eres una guerrera de verdad…

—Icario —dijo uno de los soldados, dirigiéndose a su oficial—. ¿No crees que debe de ser la reina Artemisia? Los atenienses ofrecen diez mil dracmas por ella.

—¡Diez mil dracmas! Una recompensa suculenta. ¿Sabéis si hay que llevársela vestida para cobrarlas?

Diciendo eso, el llamado Icario le propinó un azote en las nalgas y trató de magreárselas, algo que no resultaba tan sencillo con las tiras de grueso cuero abollonado que remataban su coraza por debajo de la cintura.

Artemisia ni se lo pensó. Simplemente se apartó un paso de Icario, se giró hacia él y, aprovechando el impulso de las caderas, le clavó el codo en la

nariz. Tenía comprobado que utilizar el hueso del codo en lugar de los nudillos resultaba mucho más doloroso para el contrario y menos para ella. La nariz de Icario se partió con un satisfactorio crujido y el oficial retrocedió, tratando de taparse la hemorragia con la mano izquierda.

—¡Puta, ramera de Jerjes! ¡Vas a pagar por esto!

Con la mano derecha desenfundó la espada y lanzó un tajo contra la cara de Artemisia.

Ella desenvainó aún más rápido y detuvo el golpe con su propio acero.

—*¡Batadla!* —gruñó el oficial, retrocediendo sin dejar de sangrar—. ¡He dicho que la *batéis*!

Las demás mujeres recularon, asustadas. Los soldados se miraron entre sí, pero los que traían lanza la proyectaron adelante, mientras que otros tres que la debían de haber perdido durante el combate aferraron sus espadas y avanzaron hacia Artemisia.

Ella comprendió que iba a morir, si bien no estaba dispuesta a hacerlo sin llevarse a unos cuantos por delante. Lo que la preocupaba, empero, era que, una vez que la mataran, ya nada detendría la sed de sangre de esos hombres.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Artemisia se volvió. Desde el interior de la tienda, abriéndose paso entre las concubinas, venía un hombre rubio y muy alto, ataviado con una coraza de bronce en cuyo frontal un Heracles de oro capturaba a un Cerbero de plata.

Era la armadura de Leónidas, pero ahora no protegía el torso de su antiguo propietario, sino el de Perseo. Un Perseo, saltaba a la vista, totalmente diferente del que ella había conocido y con el que había compartido el lecho.

Algunas de las mujeres lo reconocieron y también debieron de ver en él a alguien muy distinto del hombre sin memoria ni voluntad que habían visto durante todo aquel tiempo en el campamento y al que habían tratado como a una especie de atracción o curiosidad. La bella Neera no tardó ni un suspiro en arrojarse a sus pies y abrazarse a sus piernas, exclamando:

—¡Perseo! ¡Menos mal que has venido a salvarnos! ¡Protégenos, te lo suplico!

Con firmeza, tal vez más de la necesaria —lo que hizo pensar a Artemisia que algo extraño había ocurrido entre el espartano y Neera—, él la apartó. Después avanzó hacia Icario y sus hombres con pasos lentos, pero decididos.

Artemisia, por si acaso, reculó hacia el centro de la tienda.

—¿*Quiéd* eres tú? —preguntó Icario, señalándolo con la espada.

Sin dignarse mirarlo, Perseo movió la lanza de revés con una sola mano y, usando la contera, le asestó un golpe tremendo en la muñeca, al que siguió un instante después otro en la mejilla. El oficial soltó la espada y cayó sobre una rodilla, llevándose la mano a la cara por dos veces ensangrentada.

Haciendo caso omiso de Icario, Perseo avanzó hacia los demás hoplitas, que seguían apuntándolo con sus lanzas.

—Vosotros sois de Tegea.

Los soldados asintieron, abriéndose en abanico como si quisieran atacar a Perseo a la vez desde varios lados.

—¿Sabéis quién soy yo?

Varios de ellos volvieron a asentir. Uno de ellos, que traía la coraza de lino casi hecha jirones, dijo:

—Tú eres el hombre que ha traído a los tesalios.

Y otro añadió:

—Eres Perseo. El espartano que ha matado al Asesino Blanco.

«Al final ha vencido a Bagabigna», comprendió Artemisia.

El espartano siguió avanzando hacia las puntas de las lanzas, hasta que los otros tuvieron que retroceder para no pincharlo.

—Ahora que sabéis quién soy, os lo diré. Nadie va a tocar a estas mujeres. Nadie va a tocar nada de lo que hay aquí.

Los hoplitas tegeatas cruzaron miradas. Artemisia casi podía ver cómo luchaban en sus mentes la codicia y la lujuria por un lado y, por otro, el temor a enfrentarse a Perseo.

Previendo que iba a correr la sangre, se pasó la espada a la mano izquierda un momento para secarse el sudor de la diestra en la túnica.

En ese instante, por si faltaban actores en aquella representación, el faldón de la puerta se abrió a ambos lados, empujado por las lanzas de otros dos soldados cuyos escudos los señalaban como espartanos. Entre ellos venía un hombre que debía de tener más o menos su edad. Con aquellos cabellos rojos, no podía ser otro sino Pausanias, el general del ejército griego.

Si Artemisia albergaba alguna duda, se le disipó al ver que al lado del espartano venía Temístocles, su primo, amante de una sola noche y padre de su hijo Pisindalis. Su corazón, que ya antes palpitaba como los tambores de los coribantes, ahora se aceleró todavía más.

—Las lanzas al suelo —ordenó uno de los hoplitas espartanos.

A pesar de que apenas había levantado la voz, los tegeatas dejaron caer las lanzas y quienes blandían espadas las devolvieron a sus vainas. La confianza del espartano no era la única razón; por detrás de Pausanias y Temístocles había llegado un nutrido grupo de soldados, sin duda guardias reales.

La hermosa Neera aprovechó el momento para repetir su ritual, abrazándose en esta ocasión a las rodillas de Pausanias. Con una retórica digna de un poema épico, la joven exclamó:

—¡Soberano de Esparta, líbrame como suplicante de la esclavitud que es el destino de las cautivas! En verdad tú ya me has hecho un favor al acabar con estos bárbaros que no respetan a *dáimones* ni dioses. Soy griega, mujer libre y natural de Cos, hija de Hegetóridas y nieta de Antágoras. El villano persa que me tenía en su poder me raptó de Cos por la fuerza.

La belleza casi sobrenatural de Neera hizo que a Pausanias se le dilataran las pupilas. Tomando las manos de la joven, la obligó a levantarse. Ella se quedó al lado del regente espartano, tan cerca que los cuerpos de ambos se rozaban, y sin duda él, aunque viniera ahíto de sangre del campo de batalla, podía captar el perfume de la mujer como lo había captado Artemisia.

«Sospecho que Neera ha encontrado un nuevo protector», pensó la reina caria.

Mirando a los tegeatas primero y después a sus hombres, Pausanias dijo:

—¡Transmitid mis órdenes! Nadie debe tocar a una sola mujer en todo el campamento. Quien roce aunque sea uno solo de sus cabellos o un simple chal será ejecutado.

Mientras Pausanias seguía impartiendo instrucciones acerca del botín, que debía ser recogido y llevado allí, junto a la tienda de Mardonio, para ser contabilizado y repartido por lotes, Temístocles se acercó a ella.

—Te conservas bien, primo —saludó ella.

—Tú te conservas todavía mejor —repuso él, extendiendo las manos para tomar las suyas.

Se cogieron los dedos y se miraron a los ojos. Ambos sonrieron, pero el contacto no hizo que Artemisia sintiera aquel hormigueo en el estómago que la había convencido de adolescente de que estaba enamorada de él.

—Alguien hizo un gran servicio a la causa griega —dijo Temístocles en voz baja.

—Pero alguien sigue siendo reina de Halicarnaso —respondió ella—, y Halicarnaso aún pertenece al Imperio persa.

El ateniense bajó la barbilla en un gesto aquiescente.

—Te garantizo que podrás regresar allí, Artemisia. —Acercándose más a ella, susurró en su oído—: Nadie sabrá por mi boca los servicios que has brindado a la libertad de Grecia. Pero cuando esa libertad llegue a los griegos de Asia…

—¿Me estás amenazando, primo?

Él se rio con tanta suavidad que su aliento hizo cosquillas en la piel de Artemisia.

—Iba a decir que sé que sabrás adaptarte.

Se separaron, con una última mirada. Temístocles se acercó a Pausanias, del que Neera todavía no se había apartado, y ambos deliberaron.

Artemisia se volvió y recorrió con una mirada el botín que habían reunido allí ella y las demás mujeres. Delante de todos aquellos tesoros, Perseo se había quedado inmóvil, apoyado en su lanza como una estatua fundida en bronce. Por un instante, Artemisia temió que hubiera sufrido uno de sus ataques de amnesia.

—¿Me recuerdas, Perseo?

Perseo parpadeó y su pupila reaccionó enfocándose en ella. Artemisia comprendió que simplemente había aprovechado aquellos instantes para descansar.

—Te recuerdo, Artemisia —respondió él.

—¿Cuánto recuerdas?

—Todo.

Incluso esas breves palabras le sirvieron para darse cuenta de que la voz de Perseo ya no sonaba igual. Su mirada. La nobleza y la dulzura que había

encontrado seguían allí, escondidas en el fondo azul de su único ojo. Pero por delante se había alzado una barrera, una cortina de acero. ¿Qué había ocurrido en su vida, qué había recordado en el oráculo de Trofonio para endurecerle la mirada de aquel modo?

Pensó en qué le habría dicho Temístocles si ella le hubiera preguntado a él en qué había cambiado su mirada, si encontraba alguna diferencia entre los ojos de la joven ambiciosa que había desembarcado en Maratón once años antes y los de la reina cansada y un tanto cínica del presente. Pero no se lo iba a preguntar, porque en realidad conocía la respuesta.

La guerra la había cambiado, como cambiaba a todo el mundo. La guerra mayor y más cruel que jamás hubieran visto o librado griegos y bárbaros. Una guerra en la que tanto ella como los demás que estaban en aquella tienda —Temístocles, Pausanias, Perseo— habían sido, para bien o para mal, actores principales.

Pero esa guerra, por fin, había terminado.

El mundo que todos ellos habían conocido ya nunca sería el mismo.

Y, sin poder evitar un estremecimiento de orgullo, Artemisia pensó que ese mundo hablaría más griego que persa.

# Epílogo

Esparta, principios de otoño de 479 a. C.

Después de oscurecer, su hora favorita para escribir, y sentado en su aposento del palacio Agíada, Pausanias se dispuso a continuar con su crónica. Procediendo con su rutina habitual, desenrolló el papiro hasta encontrar la columna donde había interrumpido su relato y colocó los pesos de plomo a ambos lados. Era el cuarto rollo que empleaba desde que empezara la crónica once años antes, en la época de Maratón. La diferencia estribaba en que este papiro lo había conseguido como botín en la tienda de Mardonio, y no se trataba del típico saítico de baja calidad que había utilizado hasta entonces, sino de un hierático que absorbía la tinta a la perfección y dejaba las letras nítidas y perfiladas, como vistas a través de un cielo diáfano después de una tormenta.

Al comprobar que la punta del cálamo se había embotado ligeramente, la afiló con una cuchilla y se dispuso a mojarla en el tintero.

Respiró hondo. Todo parecía igual, pero todo había cambiado. El papiro era solo una muestra más.

Aunque todavía no podía creerlo, él ya no era el pobre Pausanias, el tímido Pausanias, el sobrino obediente de Cleómenes, el hijo del enfermizo Cleómbroto.

Ahora era Pausanias el regente, general de la alianza griega y por encima de todo, vencedor de Platea. Por si lo olvidaba, por si en algún instante llegaba a pensar que su entrada triunfal en el lujoso pabellón de Mardonio era un sueño, allí estaba aquella mujer, Neera, hermosa como una visión del Olimpo, con la rubia cabeza apoyada en su hombro izquierdo y los dedos de largas uñas correteando sobre su muslo. Las transparencias de la finísima seda que vestía, también arrebatada a los persas, resultaban más excitantes que la propia desnudez. Pero ya habían hecho el amor por la mañana, y a mediodía,

y Pausanias sentía cierto dolor en los ijares. Además, había cosas que quería dejar escritas esa misma noche, antes de las celebraciones del día siguiente.

No, no era el mismo, ciertamente. Aunque en algunos momentos, ese pensamiento le producía cierta incomodidad, una especie de culpa que trataba de apartar de su mente como si fuera un molesto moscardón.

Esa culpa se debía a Gorgo. Cuando la procesión triunfal entró en Esparta con él a la cabeza, ella y el rey niño le habían salido al encuentro para saludarlo y coronarlo con guirnaldas de flores como salvador de la ciudad.

—Has cumplido tu promesa, primo. Los únicos escudos que vemos las espartanas son los de nuestros hombres —dijo Gorgo, señalando a todas las mujeres que habían acudido a recibir a los vencedores.

Si bien Pausanias se había ruborizado un poco, se sentía orgulloso de haberse controlado lo suficiente como para que su sonrojo se confundiese bajo el atezado del sol que tanto había castigado su piel durante aquella campaña. En voz baja, de modo que Gorgo fuese la única que pudiera escucharlo, contestó:

—Agradezco tus palabras. No obstante, te libero de tu parte de la promesa.

—¿Qué quieres decir? —susurró Gorgo.

—Entiendo que la hiciste en un momento de necesidad para ti y para la patria, y que casarte conmigo no era el verdadero deseo de tu corazón. Por eso te eximo de ese matrimonio.

—Soy espartana y solo tengo una palabra. Los deseos de mi corazón no cuentan en esto.

—Y aun así, insisto en liberarte de tu promesa. Seguiré siendo tu leal amigo y fiel tutor de tu hijo, pero no es necesario que me convierta en tu esposo.

Ella entrecerró los párpados, miró de reojo a Plistarco y después a Pausanias. Su gesto se había endurecido.

—Has cambiado, Pausanias. No eres el mismo que partió a Platea.

—Y tú no eres la primera persona que me lo dice.

Ella había estado a punto de replicar algo, pero después se mordió por un segundo el labio y asintió.

Sin embargo, la frase que no había llegado a decirle a su primo la había pronunciado unos días después conversando en privado con Escaleno. Este, durante una cena en la que había bebido de más —tal como era habitual en él —, cometió la indiscreción de revelársela a Pausanias.

—Tu prima dice que no le gusta el nuevo Pausanias.

¿Que no le gustaba el nuevo Pausanias? ¿Y qué esperaba? ¿Que siguiera siendo el mismo Pausanias de siempre, el hombre tímido que se dejaba pisotear y avasallar por todo el mundo? ¿El mismo Pausanias cuyo amor jamás se había tomado en serio?

«Lo siento mucho, prima. No me quisiste en su momento y tu oportunidad conmigo pasó», pensó ahora, mirando de reojo a Neera.

¡Qué perfil tan delicioso el suyo! Sintió que lo invadía una oleada de deseo y también de orgullo por haber sido capaz de poseerla dos veces ese mismo día y que ella le dijese: «Nunca he tenido un amante que me haga sentir lo que tú».

Pero la crónica lo reclamaba ahora. Con un suspiro, revisó la columna que había estado escribiendo la noche anterior y que había interrumpido antes de tiempo. La culpa había sido de Neera. Aburrida de verlo escribir tanto rato, se había puesto a retozar por debajo de su cintura, hasta que él se puso tan nervioso que incluso dejó caer tinta sobre el papiro. Allí seguía el borrón, ya seco. En otro momento se habría enojado por aquella imperfección en su manuscrito. Ahora, sin embargo, le servía como recuerdo de que compartía lecho con una mujer tan bella que cuando recorría con ella las calles de Esparta todas las cabezas se volvían para mirarlos; a ella con admiración y anhelo, y a él con envidia.

No, no estaba mal que envidiaran a Pausanias, hijo de Cleómbroto.

Releyó entre dientes las últimas columnas para retomar el hilo de su relato, que había dejado en el momento en que la falange espartana había quedado detenida en el campo de batalla bajo el acoso de los arqueros y la caballería de Mardonio.

> De este modo los espartanos se vieron aislados, ya que los atenienses no podían acudir en su ayuda. Dispuestos a enfrentarse a Mardonio y al grueso de las tropas persas, procedieron a realizar sacrificios a los dioses. Pero los presagios no eran favorables, por

lo que no podían cargar contra ellos.

Mientras tanto, los bárbaros continuaban disparando nubes de flechas desde detrás de su barricada de escudos y muchos de los hombres de Pausanias caían muertos o heridos.

En esa angustiosa circunstancia, el general Pausanias levantó las manos al templo de Hera y rogó a la diosa que no frustrara las esperanzas de sus hombres. Por fin, los espartanos obtuvieron presagios favorables, y en ese momento Pausanias ordenó cargar contra los persas. Estos soltaron los arcos y les hicieron frente con las lanzas…

Pausanias aceleró la lectura del texto de la batalla, pasando el dedo sobre las líneas. No se lo quería reconocer a sí mismo, pero se sentía un tanto culpable por no haber mencionado en su crónica el papel desempeñado por Perseo y la caballería tesalia. Neera, a quien le había consultado, le había sugerido que lo silenciase.

—Eres el rey de Esparta.

—El regente.

—Como si fueras el rey —le había dicho ella, tapándole los labios con un dedo—. En Persia todos los generales y los oficiales saben que cualquiera de sus victorias se atribuye siempre al Gran Rey. Tú has sido la mente y el corazón del ejército griego. Todo lo que han hecho sus soldados lo han hecho en tu nombre, así que es tu nombre el que debe perdurar para que las gentes lo conozcan.

«Es tu nombre el que debe perdurar». Era lógico y justo que así fuese, pues los reyes —o regentes en su caso— siempre recibían honores especiales. De haber sido Perseo el rey y general de la batalla, ¿quién se habría acordado de Pausanias?

Mirando de nuevo a Neera, que lo recompensó dejando caer aquellos párpados lánguidos y curvados, Pausanias continuó el relato donde lo había dejado, tras la muerte de Mardonio abatido por una pedrada.

Mientras tanto, en el otro extremo del campo de batalla las tropas atenienses lograron derrotar a los tebanos y otros griegos traidores, que se retiraron en

desbandada al otro lado del río y no pararon hasta refugiarse tras las murallas de Tebas. Si no sufrieron más bajas fue porque su caballería los protegió durante la retirada y evitó que los atenienses los masacrasen.

Los espartanos y los atenienses, victoriosos en dos campos de batalla que distaban apenas veinte estadios, asaltaron simultáneamente el campamento de Mardonio. Allí los griegos vengaron por fin todas las ofensas recibidas de los persas durante aquella guerra: de los bárbaros que se refugiaron en la fortaleza apenas sobrevivieron tres mil.

Un contingente más numeroso de bárbaros se retiró con el general Artabazo. Cuando este se percató de que las tornas se volvían contra los persas y recibió la noticia de que Mardonio había caído, Artabazo tomó las tropas que mandaba en el centro del ejército persa, a las que se unieron los supervivientes de las de Mardonio que no cometieron el error de encerrarse en la fortaleza. Todos ellos se retiraron al norte. No se contentaron con refugiarse en Tebas, sino que, asustados por el empuje de las tropas de Pausanias, continuaron camino hasta la Fócide y más allá de las Termópilas.

Con los restos del orgulloso ejército persa, Artabazo se alojó en Tesalia unos días, y desde Tesalia prosiguió su camino por Macedonia y Tracia. Cuando los persas intentaron atravesar el río Estrimón, que se había congelado, a muchos los sorprendió el deshielo y perecieron ahogados, y del resto muchos otros también fueron cayendo en Tracia. Cuando Artabazo llegó a Asia, apenas le quedaba la mitad de las tropas con las que había huido de Platea.

Y así, más de veinte años desde que Darío clavara sus estandartes a este lado del Helesponto, los persas por fin se retiraron de Europa.

Pausanias mordisqueó el otro extremo del cálamo, recordando la

conversación mantenida esa misma noche con Temístocles, al final de una cena privada entre ambos.

—Los persas han demostrado su debilidad —le había dicho el ateniense —. Ahora que los hemos expulsado de Europa y somos los dueños del mar, todos los que hemos combatido en Salamina y Platea deberíamos firmar una alianza con el fin de cruzar el Egeo y liberar a nuestros hermanos griegos de Jonia.

—¿Es que no te cansas de hacer la guerra? —le había preguntado Pausanias.

—La mejor forma de defenderse es atacar. Mi ciudad ha sido destruida no una vez, sino dos. ¡Me niego a que eso vuelva a ocurrir! En lugar de esperar a que los persas se recuperen y vuelvan a traer la guerra a Grecia, debemos ser nosotros los que aprovechemos el espíritu de unidad que ha engendrado esta victoria y llevemos la guerra a Asia.

Bien sabía Pausanias que no era únicamente el afán liberador lo que movía a Temístocles, sino la codicia. Las riquezas encontradas en el campamento de Mardonio les habían abierto los ojos a todos. Si cuando iban a la guerra los bárbaros llevaban encima tantas joyas y ropajes de seda, tal cantidad de oro y plata, tales muebles de maderas preciosas, por no hablar de la belleza de sus esposas y concubinas, ¿qué tesoros almacenarían en las capitales del Gran Rey? ¿Qué montañas de oro y plata no se acumularían en Susa, en Ecbatana y, sobre todo, en la legendaria Babilonia, esperando a ser conquistadas por guerreros lo bastante audaces?

Pausanias volvió el rostro hacia Neera, que le sonrió con dulzura, y recordó el momento en que él y sus hombres entraron en la tienda de Mardonio y se encontraron con todo aquel lujo asiático.

—Qué insensatos han sido estos persas —había comentado Pausanias mientras paseaban sobre aquellas mullidas alfombras—. Disponiendo en su patria de todas estas riquezas, ¡se les ocurre venir a robarnos a nosotros los griegos, que somos pobres!

Los comandantes habían celebrado su comentario. A decir verdad, desde que ganó la batalla, Pausanias se había dado cuenta de que cualquier ocurrencia que saliera de su boca le parecía a todo el mundo muchísimo más graciosa que antes.

Volvió a tomar el cálamo. Al hacerlo, los eslabones de la pulsera que

llevaba en la muñeca derecha tintinearon con el sutil son del oro. Otro despojo del vencedor, un adorno que había pertenecido al mismísimo Mardonio y que su escudero Licareto le había ofrecido como homenaje. Siguió escribiendo.

> Tras la batalla, Pausanias ordenó que nadie tocara el botín: los ilotas debían reunir todos los tesoros para que pudieran recontarse y repartirse de forma justa. Se encontraron ropajes y tapices de tejidos preciosos, decorados con maravillosos diseños. También tiendas recamadas con hilos de oro y plata, lo que provocó muchos chistes entre los espartanos, acostumbrados a dormir en campaña no ya en tiendas de tosca arpillera, sino envueltos en sus mantos sobre las piedras del suelo. «¿Cómo iban a ganar la guerra los ricos que venían a conquistar la tierra de los pobres?», comentó el éforo Espertias.

Pausanias estuvo a punto de escribir su apodo, Escaleno, en lugar de su nombre, pero se arrepintió antes de hacerlo. Su crónica debía sonar seria y veraz.

> Se hallaron, asimismo, calderos de oro y plata metidos en grandes sacos y cargados en carros: al parecer, algún noble persa había intentado sacarlos de la fortaleza al ver el cariz que adquiría la batalla, pero el asalto de los griegos se lo había impedido. Lechos, divanes, sillas y cofres con incrustaciones de oro, marfil y piedras preciosas. Vajillas y copas de todos los tamaños y formas, y también de oro, plata y electro. Por no contar los adornos que llevaba encima cada guerrero persa.
>
> Cuando se reunió todo este botín, una auténtica montaña de riquezas, los aliados ofrendaron la décima parte al oráculo de Delfos, tal como habían jurado hacer antes de llegar a la llanura de Platea...

—No se lo merecen —había declarado Temístocles en su momento—. Desde el principio los sacerdotes de Delfos no han hecho otra cosa que emitir oráculos derrotistas y aconsejarnos la rendición. ¿Ahora vas a entregarles el

diezmo del botín?

—Así lo juramos —le recordó Pausanias—. Y no conviene incurrir en la ira de Apolo.

> … Se entregaron, asimismo, valiosas ofrendas a los santuarios de Poseidón en el istmo de Corinto y de Zeus en Olimpia. Lo que quedó se repartió por ciudades, conforme al número de soldados que cada una había aportado y sus méritos en la batalla.
>
> Como honor especial, a Pausanias, el vencedor de Platea, se le concedió un botín especial, incluyendo carros, caballos e incluso camellos…

Como Pausanias pronunciaba en voz baja las frases al tiempo que las escribía, Neera escuchó sus palabras. Sus dedos se deslizaron entre las piernas de él y no tardaron en obtener la reacción que esperaban.

¿Por tercera vez en el mismo día? «¡Por Príapo! —se dijo Pausanias, orgulloso—. En verdad es cierto que ella no puede haber tenido otro amante como yo».

—¿Formo yo parte del botín, Pausanias?

—No, querida.

Él se sonrojó y al instante se maldijo por ello. Por más que fuese el vencedor de Platea, seguía teniendo el rubor demasiado fácil.

—Tú no eres una presa obtenida en la guerra. Tú eres un regalo enviado por los dioses.

—¿Como Pandora?

Él soltó una carcajada.

—Bueno, espero que tú no traigas una jarra llena de males.

Ella le besó. Su lengua era tan jugosa que Pausanias dejó el cálamo —bien lejos del papiro esta vez— y se olvidó de su crónica. Pasados los años, encerrado en el templo de Atenea sin nada que comer ni beber, recapacitaría y concluiría que aquella hermosa mujer había sido su Pandora particular.

Pero todavía quedaba mucho para que llegaran los días oscuros. De momento, el brillo áureo de la victoria de Platea borraba cualquier sombra.

Nunca en la historia de Esparta el gimnasio de Heracles había estado tan abarrotado, ni siquiera el día en que se batieron en duelo Perseo y Bagabigna. Las gradas se hallaban pobladas de espectadores, apretujados hombro con hombro y pegados muslo contra muslo. Por detrás de ellos, entre las columnas que sujetaban el pórtico y hasta las paredes del recinto, había miles de personas más, poniéndose de puntillas unas sobre otras para ver mejor. Al tejado, como en otras ocasiones, se habían encaramado los críos de la *agogé*, dispuestos a aprender ejemplos de valor de sus mayores.

Pero ni así bastaba para dar cabida a todos los que querían presenciar la ceremonia de la victoria, de modo que al menos otros mil espectadores ocupaban incluso la arena de la palestra, un hecho desusado hasta entonces. Para dejar paso a los que iban a entrar a recibir las condecoraciones, dos largas barandillas de madera separaban un pasillo de poco más de dos metros de ancho entre la entrada oriental y la grada donde presidían el acto el regente Pausanias y el rey Latíquidas.

Después de llevar a cabo los sacrificios pertinentes, los éforos condecoraron a los dos generales vencedores en la guerra. Latíquidas el Euripóntida recibió la corona de olivo por haber destruido a una flota persa en Micale, no muy lejos de Mileto. Al ver su sonrisa triunfal, cualquiera habría creído que el verdadero artífice de aquella victoria era Latíquidas —él, que no había visto un barco en su vida—, y no los atenienses Jantipo y Cimón.

El siguiente en recibir la corona fue el regente Pausanias, que fue aclamado con aplausos mucho más entusiastas que Latíquidas. Todos en Esparta sabían que la batalla de Platea había sido el momento decisivo de la guerra. Gracias a aquella victoria, habían expulsado para siempre a los persas de Grecia, alejando aquella amenaza que se había cernido sobre sus cabezas desde hacía más de una generación.

De pie entre Latíquidas y Pausanias, el adivino Tisámeno los observó a ambos. Los mantos que llevaban, despojos tomados a los persas, no estaban teñidos de rojo sin más como siempre había sido costumbre en Esparta, sino de auténtica púrpura real de Tiro, y valían más que su peso en plata.

La victoria de Platea, Tisámeno lo sabía, era la más gloriosa de las cinco que el dios de Delfos le había prometido. Pero también sería el germen de futuros males para Esparta. Sobre todo, para los dos personajes reales que lo flanqueaban, Latíquidas y Pausanias, a los que el amor por las riquezas acarrearía la ruina.

Otro gran artífice del triunfo, el ateniense Temístocles, recibió una corona de olivo, el árbol de la sabia Atenea, como premio a la inteligencia. A continuación, los heraldos proclamaron los nombres de aquellos espartanos caídos que habían dado mayores muestras de valor en Platea. Sus familiares desfilaron por la palestra para presentarse ante el rey y el regente y recoger las coronas póstumas. Durante ese breve paseo recibieron las felicitaciones y las palmadas de los espectadores pegados a las barandillas, pues para un espartano no existía mayor honor que tener a un hijo, padre, hermano o esposo muerto en glorioso combate.

La multitud aclamó en especial el recuerdo de Posidonio, más conocido como Gerión, que, tras demostrar su coraje y su fuerza en el choque frontal entre espartanos y bárbaros, había abierto una brecha en la empalizada enemiga antes de ser abatido por las flechas persas.

Por fin llegó el momento más esperado, pues quien más y quien menos sabía por rumores lo que iba a ocurrir. Tras un penetrante toque de trompeta que acalló las voces, el veterano Geleonte, patriarca de los heraldos Taltibíadas, proclamó:

—¡Hombres y mujeres de Esparta! Para terminar de honrar a los dioses y a los caídos de las Termópilas, se van a ofrendar ante vosotros las armas que el bárbaro Jerjes arrebató a nuestro bienamado rey Leónidas. ¡Su armadura y su yelmo, así como el estandarte de nuestro protector Cástor!

Al oír el nombre de Leónidas, todo el mundo aclamó al héroe de las Termópilas. Los que estaban sentados se pusieron en pie y los que estaban de pie brincaron y dieron palmas en el sitio. La trompeta volvió a reclamar silencio y el heraldo continuó:

—¡Esos objetos que el Gran Rey consideraba sus despojos retornan ante vosotros los espartanos, sus legítimos dueños! ¡Y lo hacen gracias al hombre que apareció como una señal de los dioses en la hora más oscura para nuestra patria, el mismo que cabalgó delante de nuestras filas como el primero de los espartanos! ¡¡¡Perseo!!!

Al oír aquel nombre, la aclamación se convirtió en un rugido, un trueno que hizo temblar las gradas de aquel gimnasio donde años antes el mismo hombre al que ahora aplaudían y vitoreaban caía derrotado ante un bárbaro persa. Ahora todo el mundo conocía sus proezas, pues los miles de soldados que las habían contemplado habían hecho correr por la ciudad el relato de la legendaria cabalgata de Perseo, galopando a lomos de un espléndido corcel

blanco y desafiando las flechas de los persas para enarbolar delante de las filas espartanas el estandarte de Cástor que él mismo había recuperado del campamento de los bárbaros.

Al lado de Pausanias, Tisámeno asintió y sonrió satisfecho. El regente pensó que era la primera sonrisa auténtica que jamás había visto en aquel rostro tan adusto.

—Escucha, Ferenice, escucha esos aplausos —murmuró el adivino—. ¿No te lo dije yo? ¿No te lo dijo Tisámeno el Yámida? Tu nieto fue el último entre los espartanos, pero en la hora decisiva ha sido el primero de los espartanos.

Pausanias se removió incómodo. ¿Se trataba de una percepción suya, o la ovación por Perseo era más intensa y calurosa que la que le habían dedicado a él?

Tisámeno se volvió hacia él y le clavó aquellos ojos oscuros y penetrantes.

—Lo es, hijo de Cleómbroto.

—No te he preguntado nada, adivino.

—Te lo has preguntado a ti mismo y yo te contesto. Es mejor que disfrutes de la gloria del momento y no dejes que la envidia ni la codicia corroan tu ánimo. Aunque es inútil que te lo diga, pues aquello que las Moiras tienen decretado ya está tejido en el tapiz del tiempo.

Con estas palabras, Tisámeno volvió a mirar a la arena, donde ya la panoplia y el estandarte avanzaban por el estrecho pasillo hacia el altar de Heracles. Mientras tanto, los gritos de la multitud hacían retumbar hasta las piedras.

—¡¡PERSEO!! ¡¡PERSEO!! ¡¡PERSEO!!

Pausanias miró a su derecha. Allí estaba el joven rey Plistarco, aplaudiendo como los demás al hombre de quien no sospechaba que era su padre. Al otro lado, su madre Gorgo tenía las manos entrelazadas y miraba a la palestra con los labios apretados y los ojos llenos de lágrimas.

Pausanias experimentó una fugaz punzada de culpa. Había sentido mucho amor por Gorgo. Pero ese amor se había convertido en reliquia del pasado. Él ya no era el mismo hombre. Ahora estaba con la hermosísima Neera. Aún más, sabía que el hombre en el que se había convertido podía optar a algo

incluso mejor que Neera. ¿Por qué conformarse con lo que ahora tenía, si podía aspirar a poseerlo todo? ¿Por qué un regente de Esparta no podía conquistar más grandeza que el Rey de Reyes de Persia, si mandaba mejores soldados?

Y mientras Pausanias revolvía en su mente las ambiciones que a la postre acarrearían su ruina, la multitud seguía aclamando el paso de las armas del gran Leónidas y del estandarte de Cástor.

—¡¡PERSEO!! ¡¡PERSEO!! ¡¡PERSEO!!

Unos días antes, poco después de que el ejército llegara a Esparta, Gorgo había recibido una visita en privado.

Él traía una tira de cuero, enrollada y sucia, guardada dentro de una bolsita de tela. Cuando se la entregó y se la puso en las manos, le tomó los dedos y se los cerró con ternura.

—Leónidas escribió este mensaje para ti. Fue su última voluntad que lo recibieras. Aunque sea con un año de retraso, aquí lo tienes.

Gorgo apretó los párpados, pero ni aun así pudo contener dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas. Aquella humilde tira de piel representaba el último recuerdo de su tío, que más de un año después de su muerte volvía a hablarle desde el Hades.

¿Debía leer aquel mensaje, escuchar sus últimas palabras, o dejarlas en suspenso, en la eterna posibilidad de todas las frases que pueden llegar a ser dichas y quedan en el limbo?

No. Ella era una espartana y, como espartana, debía cumplir con su deber y conocer la última voluntad de su marido. En un pequeño cofre de madera de cedro guardaba muchos recuerdos y objetos personales. Entre ellos, la escítala que le había dado Leónidas, un cilindro de madera de olivo, gemelo del que él mismo se había llevado a las Termópilas.

Gorgo tomó la tira de piel e hizo coincidir el diminuto agujero que tenía en el extremo con una muesca de la escítala, y para sujetarla introdujo por el agujero un pequeño pasador de cobre. Después, empezó a enrollar la cinta alrededor del cilindro, con sumo cuidado de que los bordes de cada vuelta coincidieran sin solaparse.

Nunca había tenido demasiada paciencia, pues de niña se escapaba a menudo cuando trataban de enseñarla a bordar y se aburría. Con todo, cuando

llegó al otro extremo de la vara, consiguió que coincidieran la muesca y el agujero del final de la cinta. Tras poner el segundo pasador, el mensaje apareció ante sus ojos, transformado en un texto y no en una mezcolanza de letras sin sentido. Girando la escítala en sus manos, trató de encontrar el principio.

Querida Gorgo:

Cuando recibas este mensaje, ya estaré muerto. Busca un hombre noble, cásate con él, sé feliz y engendra buenos hijos. Te recomiendo que pienses en el portador de este mensaje como candidato.

Salud,

*Leónidas.*

Las últimas líneas apenas pudo leerlas, pues tenía los ojos arrasados de lágrimas. Levantando los ojos hacia el hombre que le había entregado la cinta de cuero, preguntó con la voz quebrada:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —preguntó a su vez él.

—¿Por qué no ha venido a traérmelo él? ¿Por qué no ha querido verme? ¿Por qué ni siquiera ha entrado en Esparta?

El portador del mensaje abrió la boca para decir algo. Pero incluso él, el ingenioso Escaleno, se quedó por una vez sin palabras, de modo que se limitó a abrir los brazos y estrechar entre ellos a la desconsolada reina de Esparta.

—¡¡PERSEO!! ¡¡PERSEO!! ¡¡PERSEO!!

Junto al altar de Heracles, encima de un montón de despojos capturados a los persas —armaduras y yelmos de oro, alfanjes con empuñaduras de marfil y nácar, caftanes de seda— se había erigido un trofeo, una cruz formada por dos postes de madera de cedro. Usando el travesaño horizontal a modo de brazos, Escaleno y Tresas colocaron allí la armadura que usó Leónidas en su última batalla, en las Termópilas, y en el poste vertical el casco de colmillos. Sobre la panoplia, clavado en el suelo, ondeaba el estandarte de Cástor, agitado por una brisa que acababa de levantarse como señal de que los dioses estaban complacidos con la victoria de sus hijos espartanos.

—¡¡PERSEO!! ¡¡PERSEO!! ¡¡PERSEO!!

—¿Has visto, Tresas? —preguntó Escaleno, enderezando el yelmo de Leónidas para que quedara más vistoso—. ¿Cuando entramos en la *agogé* y todos se burlaban de nosotros, esperabas que algún día nos aclamarían así?

—No digas tonterías —respondió su amigo—. No es a nosotros a quienes aclaman, sino a Perseo.

—Da igual, Tresas. Saborea este momento y recuerda que cuando Perseo nadó en las aguas de la Estigia, cuando cargó a caballo con la caballería tesalia y cuando embistió contra el general Mardonio, al que dicho sea de paso derribé yo, nosotros estábamos allí.

Los dos hombres que habían traído aquellos preciados objetos levantaron los brazos y giraron sobre sus talones, disfrutando del homenaje que la multitud rendía a su amigo, el hombre que había vuelto de las brumas de la muerte y el olvido para salvar a su patria, Esparta.

### Frontera norte de Esparta

La comitiva real llegó hasta Belemina, la última aldea del territorio espartano antes de entrar en Laconia. Allí se quedaron los trescientos guardias reales que el regente había enviado a escoltar a Temístocles, como último homenaje de la ciudad de Esparta. Al detenerse, los trescientos clavaron los pies y juntaron los tacones a la vez, haciendo retemblar el suelo de aquella forma tan marcial típica de los espartanos.

Temístocles ordenó al auriga que lo conducía que detuviera el carro, la mejor cuadriga de la ciudad, tirada por espléndidos corceles de los establos de la casa Agíada. Volvía a Atenas con ese presente, con la corona de olivo como premio a la inteligencia y, además, escoltado por trescientos soldados escogidos entre los mejores del mundo: era un honor que los espartanos no habían rendido jamás a un extranjero.

Mientras se daba la vuelta sobre el carro para despedirse de los guardias, se preguntó qué más podía pedir.

Tal vez acababa de cruzar un umbral, el momento culminante de su vida. Quizás debería resignarse ya a ver pasar los barcos delante del Pireo, tomando una copa de vino con Apolonia, viendo a sus hijos crecer y después a los hijos de sus hijos.

Pero no. No había llegado todavía el momento de descansar. Solo lo haría cuando terminara de cumplir con algunos proyectos que tenía pendientes. Para ello, mucho se temía que tendría que engañar a los mismos espartanos

que lo habían homenajeado, pues no eran partidarios de construir murallas y Atenas las necesitaba.

—¡Temístocles! ¡Temístocles!

Al oír que gritaban su nombre, miró a la derecha. Por la ladera de la loma que dominaba el camino bajaba una figura que le resultaba familiar por su estatura y su porte. Cuando se acercó un poco más, Temístocles reconoció los cabellos y la barba trigueños, y también el parche en el ojo.

Una vez que llegó a su altura, Perseo plantó la mano en la barandilla de la cuadriga y preguntó:

—¿Admites a un viajero en tu carro, ateniense?

—Eso depende de dónde quieras viajar.

—Me han dicho que estáis reconstruyendo el Pireo y desde allí se puede embarcar en naves que viajan a todos los países del mundo.

—Así es. ¿Quieres navegar a algún país en concreto?

Perseo movió apenas los hombros, ese gesto que para un espartano equivalía a encogerlos.

—Me da igual. —Apretando el astil de su lanza, añadió—: Subiré al primer barco que encuentre y allí donde me lleve encontraré una guerra en la que luchar.

Temístocles le tendió la mano y, aunque al guerrero espartano no le hacía ninguna falta el gesto, le ayudó a subir al carro. Después ordenó al auriga que reemprendiera la marcha, y ellos y su pequeña escolta tomaron el camino que los llevaría a Tegea, Corinto y de ahí a Atenas.

Desde un bosquecillo cercano, un hombre vestido con túnica y manto blancos vio cómo la reducida comitiva se alejaba hacia el norte. Apoyando ambas manos sobre la flor de loto de su báculo, suspiró pesadamente.

—Adiós por ahora, Perseo. Siento no haberte dicho toda la verdad sobre tu origen, pero las Moiras no han decretado que de momento regreses a Esparta.

El adivino recordó el momento en que la multitud espartana había aclamado al héroe. Mientras todos gritaban su nombre, el rey Latíquidas, de pie a la izquierda de Tisámeno, había vuelto el rostro hacia él para decirle:

—Es una pena que Perseo no haya querido entrar en Esparta para recibir

este homenaje. A mi pesar debo reconocer que, para ser hijo de Damarato, ese joven tenía planta y temple. —Mirando de reojo a su propio hijo Zeuxidamo, un joven pálido, flaco y enfermizo al que la gente apodaba Cinisco, «el Cachorro», Latíquidas había añadido—: Los dioses se han burlado de mí. Zeuxidamo debería haber sido hijo de Damarato, igual que Perseo debería haber sido hijo mío.

Rememorando aquella conversación, Tisámeno esbozó una sonrisa de tristeza. Latíquidas ignoraba la ironía de sus palabras. Pues Perseo era en verdad hijo suyo, no de Damarato, como casi todo el mundo pensaba, ni de Cleómenes, como este había hecho creer al propio Perseo. En el vientre de Pércalo, la semilla de su pretendiente y amante Latíquidas había germinado casi un mes antes que la de Damarato. Por eso Perseo había nacido más grande y fuerte que Nabis, del mismo modo que Heracles había nacido más grande y fuerte que Ificles.

Pero eso no lo debía conocer Perseo, pues a Tisámeno no le interesaba por el momento. Para cumplir sus planes, necesitaba que Perseo siguiera siendo el lobo solitario, el guerrero errante que evitaba regresar a su patria porque creía que la mujer a la que amaba era su hermana.

Con un nuevo suspiro, Tisámeno empuñó el báculo y emprendió el camino de regreso. Esparta y otras cuatro victorias lo aguardaban. Y en alguna de ellas, si los designios de las Moiras se cumplían, todavía tendría algo que decir Perseo, el espartano.

*Plasencia, julio de 2017*

# Apéndices

# Nota del autor

Como ya señalé al final de *Salamina*, al tratar de las Guerras Médicas lo que ignoramos supera con creces a lo que conocemos con certeza. La fuente principal es Heródoto, cuyas *Historias* resultan una lectura deliciosa por su estilo vivo y pintoresco y su enorme riqueza en detalles de todo tipo. Por desgracia, a la hora de explicar las batallas resulta muy confuso, bien sea porque sus fuentes lo eran también o porque él mismo carecía de la experiencia militar que atesoraban autores posteriores como Tucídides o Jenofonte.

Debido a ello, los historiadores modernos y contemporáneos se han esforzado por interpretar, cada uno a su manera, las batallas principales de estas guerras: Maratón, Salamina y Platea. Esta última, en concreto, es la más complicada de todas, por el gran número de tropas que implicó —puede que hasta doscientos cincuenta mil combatientes en total entre infantería pesada, ligera y caballería—, por la extensión y la orografía del campo de batalla y por la duración de la campaña, que conoció varias fases y escaramuzas hasta el gran enfrentamiento final.

Siguiendo en lo sustancial el relato de Heródoto, tal como se encuentra en el libro noveno de sus *Historias*, me he permitido algunas libertades en mi narración de la batalla de Platea. La principal licencia es la carga de la caballería tesalia. Sin embargo, el hecho en sí no resulta inverosímil, pues en muchas batallas de la Antigüedad contingentes enteros desertaban o se pasaban al otro bando; algo que los mismos griegos habían sufrido años antes contra los persas en la batalla de Lade.

Entre los personajes que aparecen en *El espartano* hay algunos que son históricos y se mencionan con sus nombres reales; otros a los que he tenido que buscar nombre porque Heródoto solo los menciona como, por ejemplo, «la madre de Damarato» —es el caso de esta, a la que llamo Ferenice, y también de las dos esposas de Cleómenes—; y muchos otros que son

directamente creación mía, como Bagabigna o los diversos miembros del pelotón Gea, con la excepción de Espertias/Escaleno.

Entre los personajes ficticios destacan los dos hijos de Damarato, Perseo y Nabis. En realidad, lo único que sabemos es que en algún momento Damarato debió de tener hijos o hijas: así se deduce, por ejemplo, de un pasaje de Jenofonte —*Helénicas*, 3.1.6— cuando habla de varias ciudades asiáticas que estaban gobernadas por Eurístenes y Procles, descendientes de Damarato.

En cuanto al nombre de este rey y de su sucesor, en la novela he utilizado las versiones propiamente espartanas de sus nombres, tal como hiciera ya en *Salamina*. En Heródoto y otros autores que no escriben en dialecto dorio, sino en jonio o jónico ático, aparecen como Demarato y como Leotíquidas. Esta última versión del nombre, en concreto, la rechacé ya desde *Salamina* por evitar confusiones con Leónidas.

En cualquier caso, incluso cuando se trata de personajes históricos, a veces la información que brinda Heródoto es tan escueta que he tenido que inventar biografías enteras. Es el caso, por ejemplo, de Espertias, mi Escaleno, del que únicamente sabemos que viajó como voluntario a la corte de Jerjes para ofrecerse como chivo expiatorio por la muerte de los embajadores. Por motivos de economía narrativa, le atribuyo a él la pedrada que acabó con la vida de Mardonio; según Heródoto, quien lo abatió fue un tal Arimnesto, y es Plutarco quien añade el detalle de la piedra. Es un recurso que he utilizado en otros casos, como el del enfrentamiento entre los gigantes Masistio y Gerión.

Por otra parte, aun ateniéndome al esquema de los hechos tal como los cuenta Heródoto, el retrato que ofrezco de ciertos personajes, como el del regente Pausanias, no es el habitual en otros relatos históricos, sean novelas o ensayos. Para quienes quieran profundizar más en la apasionante historia de las Guerras Médicas —tal vez el momento más brillante de la Grecia clásica —, mi primera recomendación es que lean a Heródoto y después, si lo desean, consulten en la bibliografía que incluí al final de mi novela *Salamina*.

# Agradecimientos

La escritura de *El espartano* ha supuesto un proceso mucho más largo y difícil que el de otras novelas mías; proceso todavía más complicado por diversas circunstancias personales y familiares. No habría podido sacar el libro adelante sin la ayuda y comprensión de varias personas.

La primera a la que quiero mencionar es mi editora Miryam Galaz. Si siempre la he hecho sufrir, con *El espartano* casi he llegado al extremo de la tortura, tanto por los retrasos como por la forma de componer el texto, que no ha sido precisamente secuencial. Dentro del aparente caos del material que le mandaba, Miryam ha sabido poner orden, me ha aclarado la estructura cuando yo mismo parecía a punto de perderme, me ha hecho fijarme en los elementos esenciales y descartar los accesorios e incluso, con el poderoso instinto narrativo que tiene, me ha sugerido escenas enteras. Evidentemente, sin ella *El espartano* no habría sido posible.

La otra persona que me ha ayudado enormemente a ordenar, descubrir fallos e incoherencias ha sido Paz López-Felpeto, mi correctora y, más que eso, asesora desde hace tiempo en mis novelas y ensayos históricos.

También quiero darle las gracias a Sara Torrico por su meticulosa corrección de las pruebas, y a Sergio García, Luisa Paunero y David Cebrián por su labor de promoción de *El espartano*. Por supuesto, a Ana Rosa Semprún, por su confianza en este proyecto y su paciencia.

Fuera del mundo editorial, la primera persona a la que quiero dar las gracias es Marimar Bejarano, mi mujer, por su apoyo material, logístico y anímico, aparte de por su comprensión. Son ya muchos libros sufriendo conmigo el proceso de creación, que se hace más duro conforme se acerca el final de cada obra. Si los escritores tendemos a ausentarnos del mundo real para sumergirnos en nuestros universos de ficción, en un proyecto de la envergadura de *El espartano* esas ausencias han sido más largas y, diría, más lejanas, y quien más las sufre es la persona que está más cerca. Este libro, al

igual que los anteriores, no habría sido posible sin Marimar.

Quiero darle las gracias, asimismo, a mi hija, Lydia, por sus ánimos y también por su comprensión con mis ausencias físicas. Creo que disfrutará de esta novela. También a mis hermanos Jose y Jorge, en estos tiempos difíciles que hemos vivido juntos, y a mi cuñada Yolanda y a mis sobrinas Bárbara y Tania.

Compaginar la escritura con otros trabajos siempre es complicado, no solo por el tiempo medido en horas, sino por los recursos mentales que se emplean. En ese sentido, quiero por una parte dar las gracias por su comprensión y por otra pedir disculpas por mis despistes y errores tanto a mis alumnos como a mis compañeros del IES Gabriel y Galán de Plasencia, donde llevo dando clase tantos años como publicando libros, desde aquella primera *La luna quieta*. Para mí siempre ha sido un orgullo mencionar que pertenezco a este centro.

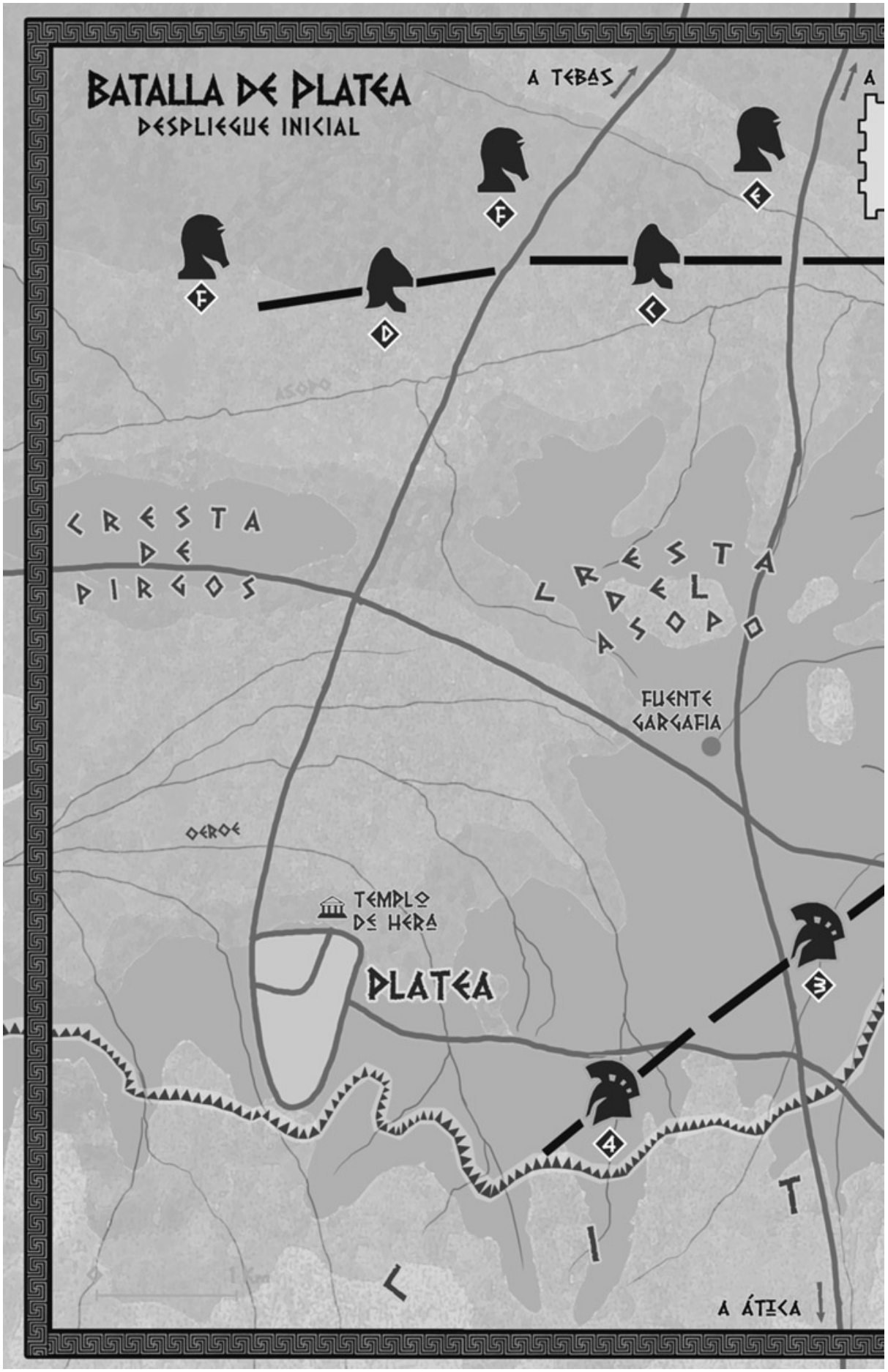
En particular, quiero dar las gracias a mis compañeros del equipo directivo del Gabriel y Galán, que me han brindado aliento y ayuda material cuando más falta me ha hecho. A Carlos Pulido y Damián Beneyto. A David Moreno, que me ha ayudado tanto en su labor de director como de amigo y prácticamente de hermano. (Lo de director es nuevo en este libro; no así las otras dos funciones). La ayuda material ha sido más directa en el caso de Inmaculada Blanco, jefa de estudios y vecina puerta con puerta (además de asesora para cuestiones botánicas) y, sobre todo, de Almudena Chaparro, jefa adjunta como yo y compañera de despacho, que ha cubierto mis ausencias mentales y me ha animado en todo momento.

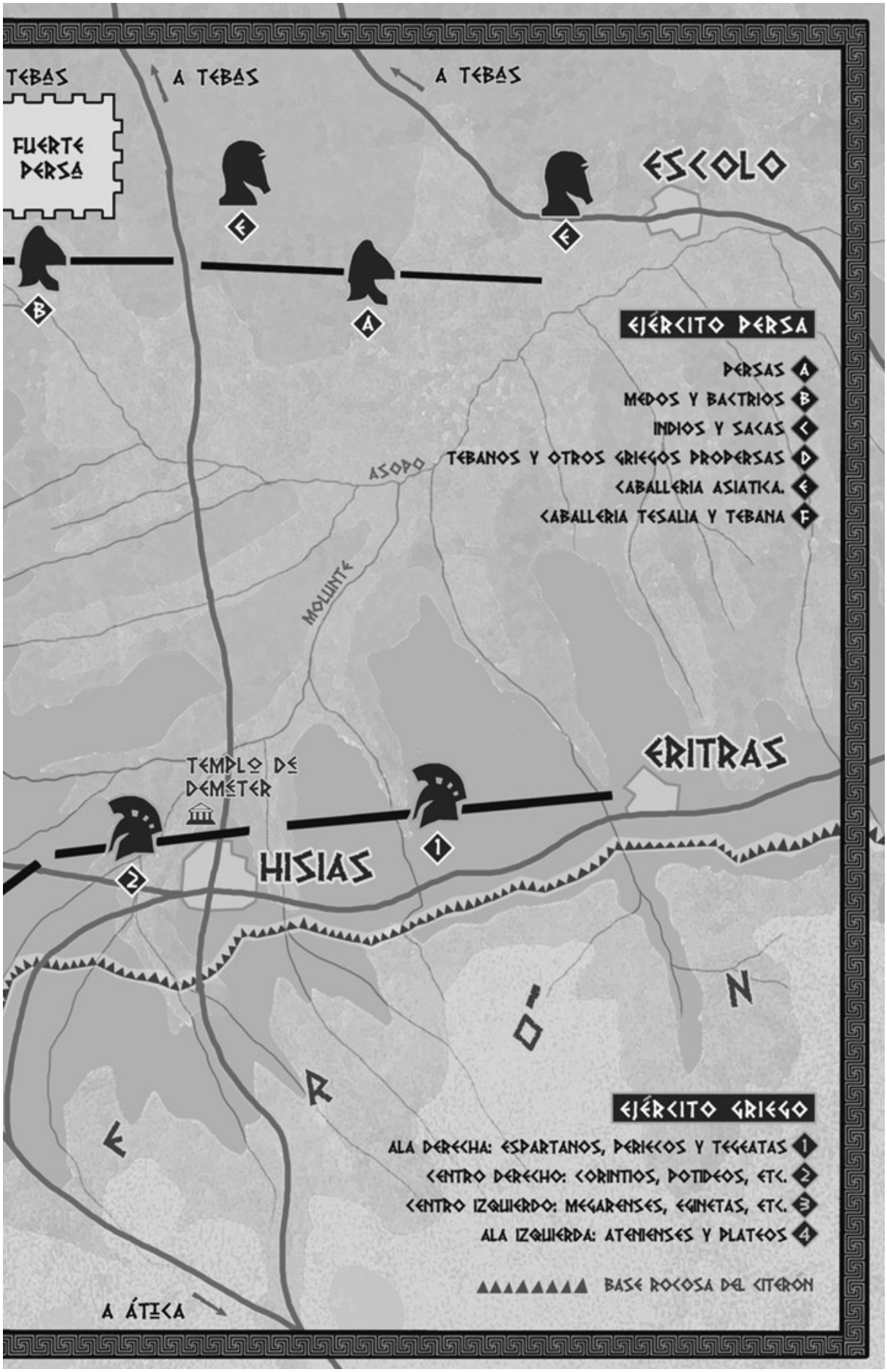
Por supuesto, no podía faltar José Quiñones, el Reverendo, cuya ayuda profesional y personal se ha extendido durante los dos años de creación de *El espartano*, incluso durante este curso en el que ya no está en nuestro instituto. Por su amistad, su colaboración, su hospitalidad y tantas otras cosas.

Mi agradecimiento, por supuesto, a todos mis lectores, y mis disculpas por esta larga ausencia. Espero que el resultado, *El espartano*, haya merecido la pena.

MACEDONIA
PELA
TERMA
ESTAGIRA
CALCÍDICA
METONE
OLINTO
PIDNA
POTIDEA
TORONE
MONTE OLIMPO
TESALIA
EPIRO
LARISA
FERAS
DODONA
ESCÍATOS
ARTEMISIO
TERMÓPILAS
ACARNANIA
EUBEA
LÉUCADE
ETOLIA
FÓCIDE
LÓCRIDE
CALCIS
LÓCRIDE
DELFOS
BEOCIA
TEBAS
PLATEA
ACAYA
ATENAS
CEFALENIA
MÉGARA
NONACRIS
CORINTO
ÉLIDE
SALAMINA
ZACINTO
OLIMPIA
ARGOS
ARGÓLIDE
EGINA
ARCADIA
TRECÉN
TEGEA
MESENIA
ESPARTA
LACONIA
GITIÓN
CITERA

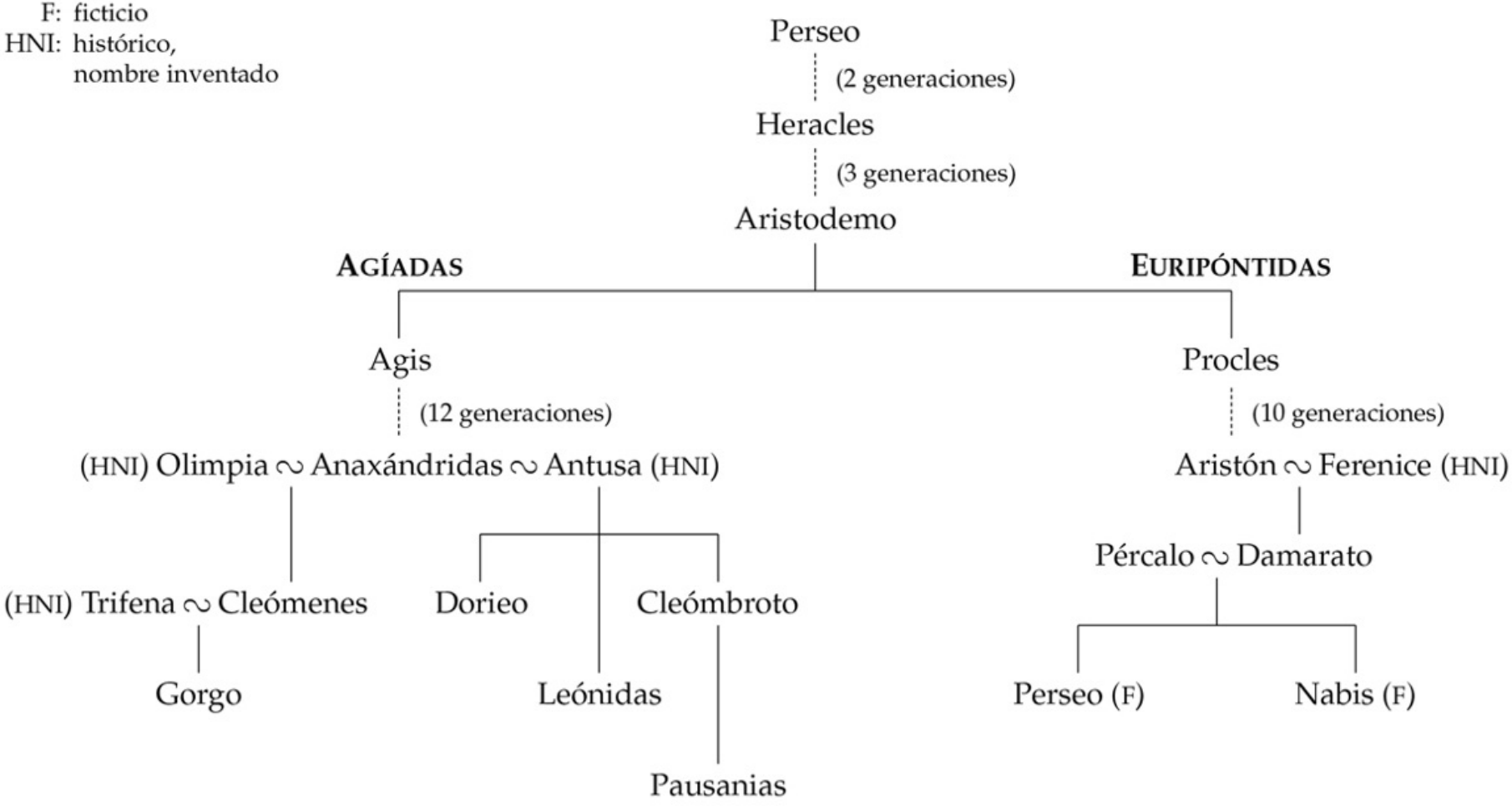
ABDERA
TRACIA
TASOS
SAMOTRACIA
IMBROS
SESTO
ABIDO
MONTE ATOS
LEMNOS
ILIÓN
MISIA
ADRAMITIO
LESBOS
MAR EGEO
MITILENE
PÉRGAMO
LIDIA
FOCEA
QUIOS
ESMIRNA
CLAZÓMENAS
SARDES
COLOFÓN
CARISTO
ÉFESO
ANDROS
SAMOS
LAURIÓN
SUNIÓN
MICALE
CARIA
CEOS
MILETO
DELOS
MICONOS
HALICARNASO
NAXOS
MELOS
CNIDO
TERA
RODAS


BATALLA DE PLATEA
DESPLIEGUE INICIAL
A TEBAS
A
F
F
D
C
E
ASOPO
CRESTA DE PIRGOS
CRESTA DEL ASOPO
FUENTE GARGAFIA
OEROE
TEMPLO DE HERA
PLATEA
3
4
A ÁTICA


TEBAS
A TEBAS
A TEBAS
FUERTE PERSA
ESCOLO
ASOPO
MOLUNTE
ERITRAS
TEMPLO DE DEMETER
HISIAS
A ÁTICA
EJÉRCITO PERSA
PERSAS A
MEDOS Y BACTRIOS B
INDIOS Y SACAS C
TEBANOS Y OTROS GRIEGOS PROPERSAS D
CABALLERIA ASIATICA. E
CABALLERIA TESALIA Y TEBANA F
EJÉRCITO GRIEGO
ALA DERECHA: ESPARTANOS, PERIECOS Y TEGEATAS 1
CENTRO DERECHO: CORINTIOS, POTIDEOS, ETC. 2
CENTRO IZQUIERDO: MEGARENSES, EGINETAS, ETC. 3
ALA IZQUIERDA: ATENIENSES Y PLATEOS 4
BASE ROCOSA DEL CITERON

# ÁRBOL GENEALÓGICO DE LAS DINASTÍAS ESPARTANAS
(492 A. C.)

F: ficticio
HNI: histórico, nombre inventado



ESTE LIBRO SE TERMINÓ EN EL VERANO DE 2017, DOS MIL CUATROCIENTOS NOVENTA Y SEIS AÑOS DESPUÉS DE LA VICTORIA DE LOS GRIEGOS FRENTE A LOS PERSAS EN LA BATALLA DE PLATEA.

Javier Negrete (Madrid, 1964) reside en Plasencia, donde es profesor de griego en el IES Gabriel y Galán. Tiene una hija llamada Lydia. Experto conocedor del mundo clásico y traductor de Plutarco, ha ambientado varias de sus novelas en Grecia. Su obra literaria abarca diferentes géneros, desde la fantasía a la novela histórica, pasando por la ciencia ficción.

# Notas

[1] ¡Grecia libre! <<